GENEALOGÍA
DE LOS DIOSES PAGANOS

Edición preparada por M.ª Consuelo Alvarez y Rosa M.ª Iglesias
© Copyrigth, 1983
EDITORA NACIONAL - Madrid (España)
ISBN: 84-276-0634-6
Depósito legal: M. 37.616-1983
Gráficas Valencia, S. A. Paseo de Talleres, 18. Madrid-21

CLASICOS PARA UNA BIBLIOTECA CONTEMPORÁNEA
Literatura

GIOVANNI BOCCACCIO

GENEALOGÍA DE LOS DIOSES PAGANOS

Edición preparada por
M.ª Consuelo Alvarez y Rosa M.ª Iglesias

EDITORA NACIONAL
Torregalindo, 10 - Madríd-16

A nuestros padres

INTRODUCCIÓN

La Genealogía de los dioses paganos *de Giovanni Boccaccio marca, sin duda alguna, un hito en la transmisión de la Mitología clásica de la Edad Media al Renacimiento y es el más completo* corpus mythologicum *surgido en ese período llamado de transición en el que florecen los grandes poetas del Trescientos italiano: Dante y Petrarca y el además creador de la narrativa moderna europea, Boccaccio.*

EL AUTOR

La vida de Boccaccio, que transcurre a lo largo del siglo XIV (1313-1375), ha estado rodeada de una cierta aureola de misterio en lo que a su nacimiento se refiere y ello debido al propio escritor, que en su Filocolo * *da rienda suelta a su fantasía haciéndose descender de una princesa parisina. Esto, 'junto con los datos no muy claros acerca de su nacimiento, ha hecho pensar que quizá habría nacido en Varis, dato éste que ha sido desestimado por los estudiosos de Boccaccio, como Branca, Ricci y Arce entre otros.*

Hijo ilegítimo de Boccaccio o Boccaccino de Chelino y de una

[1] Cf. Vittore Branca, *Boccaccio y su época,* pp. 171 ss. Cf. nota 7.

dama desconocida, nace Boccaccio en Florencia o quizá en Certaldo, pueblo cercano a Florencia de donde es originaria su familia, en 1313, y el propio autor se muestra como hijo de Florencia[2].

Pertenece a una próspera familia dedicada a los negocios y recibe una cuidada educación, sabiendo ya leer a los seis años, como él mismo manifiesta[3]*: aprende a leer con los clásicos y entre éstos conoce a Ovidio desde muy temprana edad. Su padre quiere darle una educación que le reporte beneficios y así sabemos que cuando Boccaccino es trasladado a Ñapóles como consejero del rey Roberto, en 1327, lleva consigo a su familia y comienza entonces el aprendizaje mercantil de Boccaccio tal como él mismo pone de manifiesto en el capítulo décimo del libro XV de la* Genealogía, *capítulo que es autobiográfico y al que habremos de referirnos a menudo. Tras los estudios de prácticas mercantiles pasa a estudiar derecho canónico durante cinco o seis años, sin ninguna afición ya que a lo que él está destinado* ex útero matris *es a la poesía:* in hoc natus sum. *En esta defensa que hace de sus especiales condiciones para la poética vemos un claro reflejo de la autobiografía de Ovidio en* Tristes, *IV, 10, donde el poeta declara cómo, a pesar de las intenciones de su padre con respecto a él, todo lo que escribía era verso.*

En este período de la vida de Boccaccio, al que se le ha llamado período napolitano, es cuando tiene lugar toda la formación de este autor debida a los grandes maestros que en Ñapóles tiene. Aquí conoce a Niccola Acciaiuoli gracias al cual frecuenta la corte de Roberto, rey de Ñapóles, teniendo así acceso a la gran Biblioteca del rey en la que encuentra a Paulo de Perugia, personaje que tan grande importancia tendrá en su vida, sobre todo para la elaboración de su gran compendio mitológico[4]*, y por mediación suya entrará en contacto, por vez primera, con la cultura griega y bizantina.*

Comienza en esta época, entre 1330 y 1340, su labor literaria, influida totalmente por la vida cortesana; en torno a 1341 abandona Ñapóles con su familia y vuelve a Florencia donde es testigo de la terrible peste de 1348 en la que pierde a parte de su familia y entre éstos a su padre y será este suceso el que le dará el motivo para su gran obra: Decamerón.

En Florencia, al frente de su familia, se convierte en un ciu-

[2] Cf. *Genealogía,* XII, 65.
[3] Cf. *Genealogía,* XV, 10.
[4] Cf. *Genealogía,* XV, 6.

dadano de gran importancia y comienzan sus viajes presidiendo embajadas a distintos lugares, como la que le lleva en 1350 a Rávena con una compensación de diez florines de oro a la hija de Dante, ya fallecido, sor Beatriz. Se ha supuesto que sería en este viaje cuando se encontró con Becchino Bellincione, pariente del rey Hugo de Chipre, quien antes le había instado a componer una gran obra mitológica.*

A partir de 1351 surgen sus relaciones con Petrarca con quien intercambia sus descubrimientos de obras clásicas[6]*. Y es más o menos por estos años cuando Boccaccio sufre la gran crisis espiritual que le lleva a solicitar, en una visita que hace a Aviñón, de Inocencio VI autorización para hacerse clérigo y así en 1360 obtiene la concesión de acceder a las órdenes menores.*

En este difícil momento de su vida, en 1360, está casi dispuesto a quemar su Decamerón, *pero las dudas que tiene en su crisis le hacen recurrir a su gran* magister *Petrarca y como consecuencia no quema su gran obra. Tras esta crisis, vuelve Boccaccio su vista al clasicismo, al latín y es entonces cuando se dedica a sus obras en esta lengua, desde el* Bucolicum carmen *hasta los* Genealogiae deorum gentilium libri, *y es en estos años cuando descubre el griego de la mano de Leoncio Pilato, descubrimiento que le llevará a perfeccionar su* Genealogía *a cuya revisión se dedica hasta el fin de sus días en 1375 en Certaldo*[1]*.*

OBRAS

Difícil es separar la producción de Boccaccio de las circunstancias de su vida. Por ello no hemos hecho quizá mucho hincapié en los pormenores biográficos de este autor, para ir completando

[5] Cf. *Genealogía,* XV, 13.

[6] Petrarca descubre en 1350 el *Pro Archín* de Cicerón y lo da a conocer. Boccaccio en 1355 descubre en Monte Casino el *De lingua latina* de Varrón, parte del *Pro Cluentio,* la *Rethorica ad Herennium,* Apuleyo y Tácito *Anuales,* XI-XVI, e *Historiae, I-V.* En 1357, Petrarca le da un códice de Plinio o de Pomponio Mela junto con sus *Invectivae contra medicum.*

[7] Para una biografía detallada de nuestro autor cf. especialmente V. Branca, *Giovanni Boccaccio, profilo biográfico,* Milano, 1967. Esta obra ha sido traducida,^ bajo el título *Bocado y su época* por L. Pancorbo, Madrid, 1975. Cf. además V. Branca-P. G. Ricci. «Notizie e documenti per la biografia del Boccaccio» en *Studi sul Boccaccio,* III, pp. 5-24.

los detalles de su vida a medida que hablemos de su producción. Sin embargo, queremos hacer en este momento una salvedad y es que no tenemos la intención de extendernos demasiado en sus obras ni haremos una crítica exhaustiva ya que no debemos salimos del campo que nos ocupa que es el de la Genealogía de los dioses paganos *y por tanto el terreno de la Mitología clásica y su pervivencia en esta obra; ni tampoco podemos sumergirnos con un excesivo intrusismo en el campo reservado a los filólogos italianos y a los especialistas en Boccaccio. Alas como las obras de nuestro autor en gran medida tienen reminiscencias clásicas y como para valorar la* Genealogía *pensamos que no debe ser aislada del resto de su producción, haremos un pequeño recorrido por las obras de Boccaccio,*

Mientras entre 1330-40 Boccaccio va madurando en Ñapóles, comienza a la par su producción literaria. Sus primeras obras son titubeantes y no se conoce con exactitud la fecha de su composición. La primera parece ser la Elegía di Costanza *escrita sin saber «con qué y con cuántos pies camina el verso» como él mismo dice en el capítulo décimo del libro XV de la* Genealogía. *Escribe también su primera obra mitológica:* Allegoria mitológica, *un centón de los dos primeros libros de las* Metamorfosis *de Ovidio con alegorías cristianas mezcladas con el paganismo de la mitología. En la* Caccia di Diana, *de 1334, ya se advierte más seguridad en el estilo. También es una obra que está imbuida de los mitos paganos. Diana, la diosa cazadora, está en el centro, pero será abandonada por las damas napolitanas que la dejan para unirse a Venus.*

Como vemos, desde el comienzo de su producción las leyendas clásicas, los mitos paganos están en su obra como hilo conductor y es Ovidio el autor que en principio influye más en él. Así en el Filocolo, *cuya fecha de composición se sitúa en torno a 1336, está presente el Ovidio de las* Metamorfosis *trasladadas a un ambiente sentimental y elegiaco, también está el* Arte amatoria *a la que todavía no considera superada, como hace en el libro XV de la* Genealogía, *y en el tras fondo de la obra están las* Heroidas. *Se representan en el* Filococo *los amores de Florio y Biancofiore, teniendo como modelo la historia francesa de* Floire et Blancheflor, *aunando así la influencia latina y francesa, sobre todo la de la literatura de la lengua* oil *como él mismo recomienda en* Fiammetta *VIII, 7, 1. Además el propio Boccaccio está representado en esta obra bajo el personaje de Idalogo que aprende del pastor*

maestro Calmeta, quien es una cobertura literaria del «venerable preceptor» de Boccaccio: Ándalo de Negro[8].

Tanto en el Filocolo *(«fatiga de amor») como en el* Filostrato *(«vencido de amor») está en juego el gusto de Boccaccio por utilizar términos griegos, lengua que aún tardaría en descubrir, y así se ve en la formación de estos títulos a la que los estudiosos dedican atención especial.*

El Filostrato *quizá compuesto en 1335, según Branca, o entre 1338-39, según Battaglia, es una apasionada historia de amor entre Troilo y Criseida, entrecruzada con los amores de Aquiles y Políxena, hija de Príamo y Hécuba, hermana por tanto de Troilo y siendo Criseida una fusión de las Briseida y Criseida clásicas. El tema pertenece a la leyenda troyana, no proviene de Hornero, quien no lo trata y al que aún no conocía Boccaccio, sino de las reelaboraciones medievales de la leyenda troyana. Mucho se ha discutido y se sigue haciendo acerca de las fuentes de esta obra*[9] *elaborada por Boccaccio con el conocimiento que del tema le daban en conjunto todas las obras medievales desde el* Román de Troie *de Benott de Sainte-Maure, el* Román de Troie en prose, *la* Historia destructionis Troiae *de Guido de Columnis, obras éstas que tienen gran influencia, como se ve en el* Ovide moralisé *que sigue muy de cerca a Benott, aunque lo llama Hornero*[10], *hasta el* Libro de la Storia di Troia *de Binduccio dello Scelto que difundió en Italia el* Román de Trole en prose, *así como la anónima* Istorietta troiana *y el* Romanzo barberiniano, *obras todas éstas que siguen la versión de la leyenda troyana de Dares y Dictis, quienes no hablan de los amores de Troilo y Criseida. El conocimiento del tema de Troilo y Criseida en todas estas obras le sirve de base a Boccaccio para desarrollar su actividad poética, su capacidad de crear ficción. El personaje de Criseida es el esbozo de los retratos femeninos de Boccaccio que alcanzarán su máximo esplendor en la* Fiammetta *y sobre todo en el* Decamerón.

De la misma manera que Boccaccio recibe la influencia de las reelaboraciones medievales de la leyenda troyana, él será el transmisor y el que influirá en la difusión de este tema que Chaucer tomará de él para su Troilo and Criseyda, *que constituye una adaptación del* Filostrato.

Dentro todavía de su período napolitano se encuadra la Teseida,

[8] Cf. A. E. Quaglio, *Scienza e mito nel Boccaccio,* Padova, 1967.
[9] Cf. M. Gozzi, «Sulle fonti del *Filostrato*», en *Studi sul Boceado,* vol. V, pp. 123-209.
[10] Cf. *CFC,* XIII, pp. 9-32.

escrita en 1340, surgida como una huella de la Tebaida *de Publio Papinio Estado, pero que a pesar de intentar ser una epopeya para ensalzar a Italia se convierte en una historia de amor y caballería.*

Tras esta estancia en Ñapóles que tanta luminosidad y brillo sensual da a su creación poética, y donde tiene lugar la formación de Boccaccio gracias a los medios que la corte de Roberto d'Anjou le proporciona debido a la gran cantidad de sabios que en ella hay como Ciño da Pistoia, Acciaiuoli, Paulo Perusino entre otros, vuelve Boccaccio a su Florencia natal y sigue su labor creativa que tiene COÍTÍO primer fruto una poesía sensual, física, todavía imbuida del colorido napolitano, muy cercana por tanto a su anterior producción y desprovista de todo velo alegórico: es su Ninfale d'Ameto *o 1(i* Comedia delle ninfe fiorentine, *compuesta entre 1341-42, obra pastoril que representa el antecedente y el modelo de la* Arcadia *de Sannazaro.*

La siguiente obra es la Amorosa visione *de 1342, en la que aparecen influencias de autores recientes que en modo alguno han de ser desdeñados, tal como el propio Boccaccio apunta en el capítulo sexto del libro XV de la* Genealogía. *En efecto, en esta obra se puede ver el gran influjo de Dante y coincide con los* Trionfi *de Petrarca. Se pone en ella de manifiesto el conflicto entre la cultura académica y los impulsos vitales internos que acabarán con el esplendor de sus obras de madurez. En la* Amorosa visione *se advierte por vez primera un intento de ordenación sistemática de los eruditos conocimientos adquiridos en Ñapóles, sistematización que culminará en la* Genealogía.

Es al año siguiente, en 1343, cuando surge la primera novela psicológica y realista moderna europea. Nos referimos, claro está, a la Elegía di Madonna Fiammetta. *Bajo el nombre de Fiammetta se ha querido ver representada a María de Aquino, la amada de Boccaccio de su época napolitana, a la que llega a imaginarse como hija del rey Roberto. En esta obra es en la que por vez primera (excepción hecha de la Francesca de Dante) en la literatura italiana una mujer confiesa de manera total su existencia pasional como una heroida ovidiana, recordando sobremanera la* Heroida *II de Ovidio, en la que escribe la rodopea Filis a Demofoonte, hijo de Teseo y Fedra y heredero de la perfidia paterna que se puso de manifiesto de forma especial en el abandono de Ariadna.*

Siguiendo con la presencia ovidiana en Boccaccio nos encontramos con el Ninfale Fiesolano *compuesto probablemente entre 1344-46, obra influida por el procedimiento narrativo de las* Me-

tamorfosis *y quizá en cierto modo por la* Aquileida *de Estado, pero también relacionado con anteriores obras del propio autor. De una parte se ha dicho que la unidad novelística lo acerca al* Filostrato *y que el clima idílico lo pone en relación con el* Ameto. *A la vez anticipa el gusto de la representación mítica de inspiración helenizante que se desarrollará sobre todo en el Cuatrocientos con poetas como Guarini en* Il pastor fido, *Tas so en* Aminta *y sobre todo en las* Stanze *y la* Favola di Orfeo *de Angelo Ambrogini Poliziano.*

Tras la peste de 1348, la peste negra que asoló Europa, Florencia queda diezmada y en ella escribe Boccaccio su obra maestra el Decamerón *cuya valoración y comentario excedería totalmente los límites de esta introducción y nuestro objetivo*[11]. *Solamente queremos decir una vez más que también en su máxima obra está presente la influencia clásica, la influencia de la novela antigua de Apuleyo en concreto, de quien toma el procedimiento de ir intercalando relatos que se salen de la línea argumental, que no tiene demasiada importancia. Los relatos cortos, las* novelle *apuleyanas y en especial las del libro IX están presentes en el* Decamerón. *Este sistema de relatos de amoríos será difundido por Boccaccio que lo ha tomado de Apuleyo y que en definitiva tiene su origen en las* Milesias.

Los años que siguen a la composición del Decamerón *constituyen la época crítica de Boccaccio cuando éste vuelve su vista más al clasicismo y al latín. A pesar de esto aún nos encontramos con una obra en* volgare: *el* Corbaccio, *cuya fecha de composición se ha situado en 1355, pero más recientemente ha sido aceptada la fecha de 1365, con lo cual habría sido escrita ya en su retiro de Certaldo. El título de la obra es misterioso y se han aventurado múltiples explicaciones*[12]. *Este panfleto misógino es el canto del cisne de su producción italiana; representa la ruptura con todo lo anterior, reniega en esta obra el autor, de los mitos de toda su creación anterior desde el* Filostrato *al* Decamerón *y se pone de manifiesto sus ataques al «peor sexo»*[13].

En su dedicación a los estudios latinos, que había iniciado en la

[11] Ya hemos dicho que no es nuestro propósito entrar en el campo reservado a filólogos italianos y especialistas en Boccaccio y mucho menos en el caso del *Decamerón.* Cf. para todo esto los estudios de Battaglia, Branca, Ricci, entre otros, y los *Studi sul Boccaccio* realizados bajo la dirección de Branca.

[12] Cf. Branca, *Boccaccio y su época,* p. 291.

[13] Vemos en la *Genealogía* que continuamente al referirse a los varones habla del *sexus melior.*

época napolitana, entre 1355-65 siguiendo el modelo del Bucolicum carmen *de Petrarca, su maestro y amigo, como él lo llama repetidas veces, poema compuesto entre 1346-48, escribe Boccaccio su propio* Bucolicum carmen.

Movido por la idea de revisión de la humanidad que le provoca la revisión de su propia vida, entre 1355 y 1360, aunque con reelaboraciones hasta 1365, escribe el De casibus virorum illustrium *donde presenta a todos los personajes caídos en desgracias desde Adán hasta su propia época.*

A continuación, entre 1360-26, escribe el De claris mulieribus, *obra enciclopédica, erudita y de divulgación que tuvo una enorme influencia en Francia y España.*

Sumergido ya totalmente en esta labor erudita y enciclopédica escribe el gran repertorio geográfico De montibus, silvis, fontibus, lacubus, stagnis seu paludibus *teniendo como modelo y fuente la obra de Vibio Secuester, casi homónima,* De fluminibus, fontibus, lacubus, nemoribus, paludibus, montibus, gentibus per litteras li bellus, *autor al que comentó y enmendó siguiendo las huellas de Petrarca quien también había trabajado sobre este autor y su obra*[14].

Y ya, como culminación de su empresa de compilación erudita, surgen los Genealogiae deorum gentilium libri *traducidos por nosotros como la* Genealogía de los dioses paganos *y ala vez acomete la elaboración del* Trattatello in laude di Dante, *obra escrita entre 1360-1362.*

«GENEALOGÍA DE LOS DIOSES PAGANOS»

La mayor empresa y la más representativa de su experiencia de erudito y humanista es la composión de los quince libros de la Genealogía de los dioses paganos *obra que elabora siguiendo la petición de Hugo IV de Lusignano, rey de Jerusalén y de Chipre, y a la que da comienzo antes de 1350, vertiendo en ella todo el caudal de conocimientos que a lo largo de su vida ha ido adquiriendo.*

Es comúnmente aceptado que en 1360 Boccaccio dio término a su Genealogía[15], *pero la reelaboración y corrección de esta obra ocuparon a nuestro autor hasta su muerte en Certaldo en 1375 y sería*

[14] Cf. la edición de Vibio Secuester de R. Gelsomino, Teubner, Leipzig. 1967.

[15] Cf. Branca, *Boccaccio medievale,* y Romano, ed. Bari, 1951.

quizá en estas reelaboraciones cuando Boccaccio le añadiría los dos últimos libros. Sin duda el papel más importante para la corrección de su obra lo juega Leoncio Pilato, el calabrés que en 1360 llega a Florencia. Es el propio Boccaccio quien lo acoge en su casa y lo introduce en el Estudio Florentino para que allí imparta sus lecciones de griego. Pero antes de que Leoncio lleve a cabo la enseñanza del griego en el Estudio, tiene su primer alumno privado en Boccaccio. Este, que sentía gran interés por esa lengua y por toda la cultura griega, escucha con avidez la traducción que de la obra homérica hace Leoncio y así después introduce en su obra los datos que le ofrecen la Ilíada *y la* Odisea, *obras que entonces por vez primera se dan a conocer en Occidente. El afán con que Boccaccio oye a Leoncio nos lo muestra él mismo en los capítulos sexto y séptimo del libro XV de la* Genealogía. *Gracias, pues, a la labor humanista y renacentista de Boccaccio, comienza a difundirse la obra homérica como consecuencia de las enseñanzas de este discípulo de Barlaam, pero mucho más aventajado que aquél y con mayores conocimientos del latín, como el mismo Boccaccio dice.*

Es Boccaccio, pues, quien descubre que en un mundo neolatino reviven las dos culturas de la antigüedad y él es consciente del papel que en esto desempeña y así lo pone de manifiesto en el capítulo séptimo del libro XV, capítulo íntegramente dedicado a la cultura helénica, diciendo: «También fui yo mismo quien, el primero, con mis propios recursos hice llegar los libros de Hornero y algunos otros griegos a Etruria, de la que habían salido muchos siglos antes para no volver, y los conduje no sólo a Etruria sino a la patria» donde se ve que los lleva a la propia Florencia, la patria.

Así, pues, Boccaccio comienza a ver que el Humanismo debe unir la humanitas *latina y la griega.*

Las enseñanzas de Leoncio abarcan el período comprendido entre 1360 y 1362 y a partir de aquí sería cuando, en efecto, se dedicaría al perfeccionamiento de su obra. En esta línea hablan tanto Branca como Romano, quienes sostienen que quizá sería en 1363 cuando Boccaccio añadió los dos últimos libros. Ponen como punto de referencia el hecho de que en Genealogía, *XIV, 10 habla Boccaccio del* De remediis ad utramque fortunam *de Petrarca como obra ya publicada y ésta se terminó en 1366. Por tanto, estos dos libros pueden ser una reelaboración o, mejor, que no se habían escrito y se habían añadido entonces.*

Muy controvertida es la discusión acerca de las sucesivas redacciones o arreglos de la Genealogía *y muchos autores se han ocupado de ello, como Hortis, Hecker, Hauvette, Landi, Roniano, Osgood y*

Branca, entre otros. Sobre todo se han multiplicado —como apunta Branca— las controversias a partir de la edición de Romano de 1951 "", edición no del todo fiable y con bastantes errores, de lo que hablaremos en su momento.

Mas si hay algo claro es que estos dos últimos libros y las intercalaciones de los textos griegos no pueden pertenecer a la primera redacción puesto que Boccaccio no había recibido aún las enseñanzas de Leoncio. Según manifiesta Romano pertenecería del mismo modo a las últimas reelaboraciones el himno a la Virgen, del Proemio del libro IX, así como también la reforma del capítulo cuarto del libro XIV y de este mismo libro el capítulo noveno y del XV el capítulo noveno también [v].

La Genealogía *de Boccaccio, a la que se dedica por la petición del rey Hugo de Jerusalén y de Chipre, obra que sin duda se sentía inclinado a componer ya desde su 'iuventud, no es algo aislado, como se sabe, dentro de la producción medieval. Los dioses paganos, sus leyendas y manifestaciones en las diversas obras literarias, así como los héroes de la mitología clásica eran recreados ininterrumpidamente por los autores medievales. Vero estas leyendas de dioses y hombres no eran contadas de una manera simple y escueta, sino que eran expuestas desde el punto de vista de hombres no paganos con toda la carga de la simbología cristiana. Papel importante en esto lo juega toda la tradición moralizante de los apologistas cristianos y los Padres de la Iglesia, autores entre los que destaca de manera especial Lactancio Firmiano con sus* Divinas Instituciones, *en las que recoge la traducción de Ennio de la obra de Evémero, obra que recibe el nombre de* Historia sagrada, *a todo lo cual continuamente alude Boccaccio como vemos a lo largo de toda su obra.*

Pero no sólo va a influir este tipo de interpretación evemerista en la transmisión de los dioses paganos sino que también va a jugar un papel importante la interpretación astralista, que puede introducirse dentro de la interpretación simbolista o alegórica de la mitología. En efecto, Boccaccio acude a esta interpretación y pone de manifiesto así sus conocimientos de astronomía que había adquirido de Ándalo de Negro, el Cálmela del Fílocolo, *su «venerable preceptor» genovés a quien conoce en Ñapóles, ciudad en la que éste muere quizá en el año 1334. Por medio de Ándalo entra en contacto con las obras clásicas de contenido astronómico y quizá así conoce el* Poeticon astronomicon *de Higino. Además de las obras del propio*

[16] *Boccaccio medievale.*
[17] Notas de Romano en la edición de Bari, 1951.

Ándalo Tractatus sphaerae materialis, Tractatus theoricae planetarum, *Boccaccio ha conocido las obras de Paolo del Abaco* Trattato d'abbaco d'astronomie e di segreti naturali e medicinali, *escrito en torno a 1339. También conoce a Albumasar y su* Introductorium in astronomiam, *a quien se refiere, y a Alt ben Ridwan, médico y autor del comentario al* Cuatripartito, *mediante el cual, tanto a Ándalo como al propio Boccaccio, les era conocida la obra de Ptolomeo. Hay que suponer que todas las enseñanzas relativas a los astros y a sus fenómenos las obtuvo Boccaccio de todos éstos por mediación de Ándalo y también gracias a Paulo Perusino, en definitiva, de su estancia en la corte del rey Roberto en Ñapóles.*

La corriente de moralización de los mitos paganos también es evidente. Hay que tener en cuenta que la Genealogía *surge en el momento en que a Boccaccio le sobreviene su gran crisis espiritual. Por tanto no deben sorprendernos las interpretaciones morales. Años antes en Francia, en 1328, se había compuesto el anónimo* Ovide moralisé [18], *obra que moralizaba las* Metamorfosis *ovidianas; aparecen asimismo las* Allegoriae *a Ovidio de Giovanni del Virgilio, los* Moralia super Ovidii Metamorphoses *de Holkott y el* Reductorium morale *de Fierre Berquire o Petrus Berchorius, enciclopedia moralizante en quince libros, de los que el último es el* Ovidius moralizatus, *donde se moralizan las* Metamorfosis *de Ovidio, aunque no de manera completa, ya que se suprimen algunas leyendas que se consideran superfluas por parte del autor, añadiéndose otras tomadas de diferentes autores. Esta obra de Berchorius tuvo gran influencia en una importante y controvertida obra medieval que es el* Libellus de imaginibus deorum [w].

Dentro de la tradición moralizante, pero fuera de Ovidio, hay que resaltar también la obra del franciscano inglés John Ridewall, que recibe el nombre de Fulgentius metaforalis, *obra que tiene gran importancia para la composición del* África[OT] *de Petrarca, poema épico que tanto admiraba Boccaccio.*

Recogiendo todo este tipo de interpretaciones surge la gran obra de Boccaccio diferenciándose claramente de todo lo anterior y constituyendo el precedente de los manuales de mitología renacentistas y posteriores.

[18] Cf. *CFC,* XIII, 9-32.
[19] Cf. *CFC,* XIV, pp. 207-223.
[20] Cf. *CFC,* XIV, pp. 207-223

Si bien las obras citadas anteriormente son un precedente de la Genealogía *hay que señalar que no son las fuentes de Boccaccio. Son las obras clásicas leídas unas veces directamente, otras por medio de recopilaciones, las que aparecen constantemente en esta obra como origen de los datos que presenta.*

Haciendo un recorrido por los autores recogidos por Boccaccio y siguiendo un orden cronológico debemos comenzar por Hornero entre los autores griegos que serán los primeros que aquí se examinen. Ya hemos puesto de relieve anteriormente que la Ilíada *y la* Odisea *le son conocidas a Boccaccio gracias a las enseñanzas de Leoncio. Consecuencia de este conocimiento es que en las reelaboraciones de su obra posteriores a las enseñanzas del calabrés aparecen los textos griegos de Hornero o paráfrasis de ellos. Y estos textos griegos están en el Manuscrito Laur. Pl. 52, 9 que transcribe Romano en su edición de Bari de 1951, mientras que no todos aparecen en ediciones anteriores elaboradas teniendo como base otros manuscritos, como ocurre en la edición de Varis de 1511.*

Como se puede ver son unos textos griegos que tienen bastantes faltas pero que representan, de todos modos, un gran avance, has faltas observadas tanto en los textos citados directamente como en las paráfrasis, aparecen reseñadas en sus respectivos lugares en nota. A modo de ejemplo podemos ofrecer aquí algunas de ellas, como lo que ocurre en XI, 39, donde al hablar de Ctímene, la hija de Laertes, y siguiendo el texto de Od., *XV, 367, dice que ésta fue entregada como esposa a Samindis y el texto homérico habla de que fue entregada a alguien de Same:* Samende, *que se pronuncia con iotacismo como Saminde. Y en el capítulo siguiente, al hablar de Ulises y poner de relieve la ayuda que le presta cuando llega a Itaca su porquero Eumeo, Boccaccio habla de un porquero llamado Sibotoe, confundiendo el nombre común* sybotes *que significa porquero y que efectivamente aparece en el texto referido a Eumeo.*

Equivocaciones de este tipo son abundantes y no es algo que deba sorprender ya que si bien había oído la traducción de Leoncio, no por ello hemos de pensar que ya tenía un profundo conocimiento de la lengua griega.

Si Hornero llega a ser conocido directamente por Boccaccio no ocurre lo mismo con Hesíodo, al que se remite en unas pocas ocasiones pero tomando los datos de Servio o Fulgencio y sólo en lo que a la Teogonia *se refiere.*

De los trágicos griegos parece conocer a Eurípides, a cuya tragedia Hécuba *(dándole el título de* Polidoro) *hace referencia en dos o tres ocasiones, pero sin tomar los datos directamente. De Sófocles no hace ni tan siquiera mención y una vez alude a Esquilo tomando la referencia de Cicerón,* Tusculanas, *II, 10, 23 y habla de «Esquilo Pitagórico» sin saber quién es, siguiendo a Cicerón que dice: «Esquilo no sólo poeta, sino también pitagórico.»*

Otro autor griego al que sí conoce y cuyos textos inserta en su obra es Apolonio de Rodas, al que continuamente hace alusión en todo lo referente a la saga de Medea y Jasón y de los Argonautas.

Quizá parezca raro que no hagamos especial mención de la presencia de Platón y Aristóteles en Boccaccio, pero nos parece que la cuestión del conocimiento que se tenía de estos grandes filósofos es harto conocida y obviamos por tanto el referirnos a ella.

Debemos decir que los únicos textos griegos presentados por Boccaccio directamente son los de la Ilíada, *la* Odisea *y, por otra parte, los del* Viaje de los Argonautas *de Apolonio de Rodas, textos que aparecen con su correspondiente traducción latina.*

En cuanto a otros autores griegos mencionados en alguna ocasión debe destacarse aquí el uso que ha hecho de Ferecides, cuyo texto sin duda le llegó por medio de las explicaciones de Leoncio y no lo entendió, como se ve en la nota correspondiente en la traducción, y, sobre todo, queremos poner de relieve como en VII, 41 dice que Paulo Perusino habla «de un no sé qué Eustacio», refiriéndose al comentarista de Hornero sin saber quién podría ser.

Para toda la cronología mítica acude al Chronicon *de Eusebio de Cesárea, obra que ha llegado hasta nosotros solamente gracias a la traducción de Jerónimo. Continuamente es citado Eusebio para intentar poner en claro la cantidad de problemas que la cronología mítica plantea. Y Boccaccio cita a Eusebio sin dar nunca el nombre de Jerónimo* [n].

En lo que respecta a las fuentes latinas la cantidad de autores citados, o seguidos sin citarlos expresamente, es enorme y de ellos pasamos a ocuparnos a continuación.

El autor más antiguo de los escritores, latinos recogidos por Boccaccio es Plauto, de quien toma referencias, especialmente de su Amphitruo *para todo lo relativo a Anfitrión, Alcmena y Hércules como es de suponer y en alguna ocasión aparecen huellas también de la* Aulularia.

De igual modo aparece Ierendo, quien, sin embargo, es menos

[21] Autor citado por nosotros siguiendo la edición de Helm, Berlín, 1956.

conocido por Boccaccio como se ve en algunos de los pasajes en que cita algunas obras por otras, como ocurre en alguna ocasión en que atribuye al Eunuco *versos que pertenecen en realidad a la* Andriana.

Debemos decir aquí que Plauto y Terencio, autores de comedias, son especialmente defendidos por Boccaccio en XIV, 19 cuando se dedica a presentar los méritos que determinados poetas tienen para no ser expulsados de la República platónica, ya que estos dos no son ni histriones ni malos cómicos callejeros sino que su poesía tiene grandes cualidades morales.

El autor del que ahora pasamos a ocuparnos es uno de los que más han influido en el planteamiento de las genealogías de dioses que Boccaccio presenta y después de él en todos sus seguidores. Nos referimos a Cicerón y a su obra Sobre la naturaleza de los dioses, *en cuyo libro III se basa constantemente para la exposición de dos diferentes dioses que allí aparecen, estando así presente Éter como padre del primer Júpiter en II, 1 y el primer Júpiter en II, 2 y así los diferentes Junos, Minervas, Venus, Mercurios, etc. El propio Boccaccio reconoce a Cicerón como una de sus más importantes fuentes para esta labor de descripción genealógica, pero en modo alguno se circunscribe a él.*

Son los grandes poetas latinos quienes dejan una profunda huella en la árida presentación de las diferentes familias y no sólo una huella o influjo de estilo y contenido sino que sus palabras están presentes. ¡Cuántas veces intercala versos de Virgilio! Su Eneida, *obra que admira profundamente, a la que no deja de alabar a la vez que ensalza la gloria alcanzada por Augusto por la orden dada para impedir la quema de la obra cumbre de la epopeya nacional romana en XIV, 20, su* Eneida *está continuamente citada. Largas tiradas de versos de ésta aparecen por toda la* Genealogía *y no sólo al hablar de Dido, de Eneas o de Anquises o del pequeño Iulo o de cualquier suceso relativo al largo errar de la raza troyana, sino que aparecen los versos de este poema traídos a colación cuando quiere poner algún* exemplum [22].

Están presentes asimismo las Bucólicas, *lo están las* Geórgicas *y aunque en menor medida que la Eneida no por ello ha de dejar de resaltarse el uso que de estas dos obras hace, a veces citándolas y otras teniéndolas tan en su mente que escribe versos de éstas sin apenas darse cuenta. Hay que recordar además en este punto que las* Bucólicas *están en el origen del* Bucolicum carmen *que Boccaccio escribió al modo del que había compuesto Petrarca influido por las idílicas composiciones virgilianas.*

[22] Cuando nos referimos a la *Eneida* no damos el título de la obra, solamente el libro y versos a que se refiere.

Difícil le sería a cualquier escritor dedicado a obras de contenido mitológico escapar al influjo ovidiano, pero mucho más difícil le hubiera sido a Boccaccio, quien con Ovidio aprendió casi sus primeras letras. Ya hemos visto al hablar de las restantes obras del autor florentino cómo está presente en ellas el poeta de Sulmona y con más persistencia, si cabe, lo está en la Genealogía. *De ninguna manera pueden estar ausentes los versos de las* Metamorfosis[n], *de la «mayor obra» de Ovidio, como la llama Boccaccio sin dar su título. Continuamente aparecen sus huellas hablando de Faetón, de Céix y Alcíone, de Minos y Escila y un sinfín de pasajes que de enumerarlos nunca acabaríamos de hablar de ellos. Pero no son solamente las* Metamorfosis, *también los* Fastos *están presentes en todo lo relativo a la primitiva historia de Roma y asimismo están las* Heroidas, *que ya habían ejercido su influencia en anteriores obras de este autor en* volgare. *¿A quién mejor podría recurrir Boccaccio para hablar de las heroidas de la mitología clásica que a Ovidio y a sus* Epístolas, *como él las llama?*

Ausentes están en cambio los Amores *y las demás obras de Ovidio como, por ejemplo, su* Arte amatoria *que, sin embargo, ha ejercido su influjo en su creación anterior. Pero a pesar de ello podemos decir sin temor a equivocarnos que es Ovidio, junto con Hornero, el autor al que con más insistencia recurre Boccaccio y a quien más le debe.*

Y dentro de los escritores de la época augústea no podían faltar Horacio y el historiador lito Livio. Si bien Horacio no aparece con tanta profusión como Virgilio y Ovidio, su poesía está presente. La lírica horaciana y sus Epístolas *se dejan traslucir en más de una ocasión en la* Genealogía.

En cuanto a Tito Livio necesariamente ha de recurrirse a él para todo lo concerniente a la leyenda de la Roma primitiva, de la fundación de la ciudad para poder presentar de manera evidente la vida de los dos gemelos más universales: Rómulo y Remo y toda la organización de la ciudad que llegaría a ser la reina del orbe.

Dejando atrás la época augústea nos encontramos con la enorme influencia ejercida sobre Boccaccio por parte de los escritores de lo que ha dado en llamarse la edad argéntea de la literatura latina. Y de éstos comenzaremos por Séneca y la huella de sus tragedias, que inevitablemente debían ser utilizadas por Boccaccio como fuente. Así aparecen recogidos pasajes del Edipo, Agamenón, Tiestes, Hipólito

[23] Al citar las *Metamorfosis* indicamos igualmente los libros y versos sin especificar el nombre de la obra.

(nombre dado por la tradición llamada A *de las tragedias de Séneca a la que conocemos normalmente como la* Fedra, *y recogido por Boccaccio),* Hércules loco, Hércules en el monte Eta, *obras que aparecen recogidas, sus versos copiados, en los capítulos dedicados a los personajes sobre los que ellas gravitan. Pero no sólo es Séneca poeta trágico fuente para Boccaccio, sino que conoce y sigue asimismo las huellas del Séneca filósofo como él mismo lo presenta.*

Tampoco puede estar ausente Lucano, por cuya Farsalia *sentía Boccaccio gran admiración y de la que tenía gran conocimiento y a la que consideraba no sólo obra poética sino histórica.*

Fuera del campo poético hay una serie de autores de esta época que constantemente son citados por Boccaccio. Uno de ellos es Plinio, cuya Historia natural *conocía Boccaccio profundamente y a la que en repetidas ocasiones sigue y cita y a través de la cual puede tener conocimiento también de otros autores que Plinio recoge.*

No hay que desdeñar en modo alguno la gran importancia que para la elaboración de la Genealogía *tiene la* Cosmografía *de Pomponio Mela que, al igual que otras obras de carácter técnico como las ya citadas de Eusebia y Plinio y la de Vitrubio* Sobre la arquitectura, *proporcionan un caudal inestimable de datos preciosos para la composición de una obra tan erudita como la que nos ocupa.*

Otro gran poeta de la edad de plata al que recurre Boccaccio y que es, sin duda, una de sus más caudalosas fuentes es Publio Papinio Estado y de éste aunque alguna vez se recoge algo de su Aquileida, *es la* Tebaida[24] *la que está continuamente presente en la mente del autor hasta el punto de que se puede decir que casi influye en la* Genealogía *tanto como la* Eneida *virgiliana manteniéndose en el tenor de los propios versos de Estado,* Tebaida, *XII, 814, ss.:*

> Vive precor: nec tu divinam Aeneida tempta,
> sed longe sequere et vestigia semper adora

No hay que olvidar que la Tebaida *le era también especialmente familiar a Boccaccio, quien la había tomado como modelo para elaborar lo que él quería que hubiera sido un gran poema épico: la* Teseida.

Cabe resaltar en este momento la presencia de las Metamorfosis *de Apuleyo, obra descubierta por el propio Boccaccio, como se sabe, y que tanto influyó en él para la composición de su obra maestra,*

[24] Al hablar de la producción de Estacio solamente damos el título si Boccaccio se refiere a la *Aquileida,* poniendo sólo los libros y versos si se trata de la *Tebaida.*

como ya hemos puesto de manifiesto anteriormente. Pero no sólo se nota su influencia en el Decamerón *sino que también se deja sentir en la* Genealogía *y sobre todo el maravilloso cuento de Cupido y Psique que aparece en* Met., *IV, 28 - VI, 24. Cuento que resume admirablemente Boccaccio al hablar de Psique, a la que presenta como hija de Apolo, en V, 22 y también lo resume aunque de forma menos exhaustiva en IX, 4 al hablar del primer Cupido.*

Aparte de los datos que toma Boccaccio de la obra de Quinto Curcio, tiene importancia capital para la Genealogía *la obra histórica de Pompeyo Trogo conocida por la* Epítome *de Justino, a quien continuamente se remite.*

De igual modo repetidas veces nos encontramos con testimonios tomados de la obra de Solino Sobre las maravillas del mundo *que le son imprescindibles a Boccaccio para las descripciones de diferentes episodios mitológicos.*

Ya hemos apuntado anteriormente que Boccaccio utiliza la obra de Eusebío para la cronología de los personajes, pero no sólo hace uso de esta obra para situar en el tiempo a los dioses y héroes de los que la Genealogía *se ocupa, sino que también Censorino con su obra* Sobre el día del cumpleaños *le proporciona datos de enorme importancia.*

Llegados a este punto hay que resaltar los nombres de tres autores. Nos referimos a Servio, Lactancia Plácido y Lactancio Firmiano.

Hemos dejado ya constancia de la gran admiración de Boccaccio por Virgilio y del exhaustivo conocimiento que de sus obras tiene. Pues bien, este conocimiento lo profundiza y amplía con los Comentarios *de Servio a las tres obras virgilianas, del cual saca innumerables datos que han sido recogidos en estos escolios, donde se ofrecen cantidad de testimonios de autores que no han llegado hasta nosotros a no ser por estas referencias o autores que aún no eran conocidos por Boccaccio nada más que gracias a la obra serviana.*

Algo similar a lo que ocurre con Servio respecto a Virgilio, sucede con los Comentarios *de Lactancio Plácido a la* Tebaida *y a la* Aquileida *de Estacio. Lactancio es sin duda uno de los autores primordiales para un completo conocimiento de la mitología relacionada con Tebas y con Aquiles, aunque no sólo con esto. Datos preciosísimos, a veces únicos, son los que nos ofrecen los textos de Lactancio Plácido, textos conocidos con gran profundidad por Boccaccio y que le sirven para poner de manifiesto las distintas variantes que hay acerca de determinados pasajes de la mitología clásica.*

Otro Lactancio, identificado por Boccaccio, según parece desprenderse en algunas ocasiones del texto, con el anterior es el autor de

las Divinas instituciones: *Lactancio Firmiano, gracias al cual conoce Boccaccio la* Historia sagrada, *traducción de Ennio de la obra de Evémero. Ya hemos hablado de las distintas interpretaciones que de los mitos hace Boccaccio y entre éstas está la evemerista, para la que le servía de fuente de primer orden la obra de Lactancio, con todo el caudal de datos que presenta y que significan una variación con respecto a otras obras clásicas con relatos míticos.*

Dado que la Genealogía *es una obra de carácter enciclopédico y erudito, como al comienzo de la introducción apuntábamos, no podía estar ausente de ella un autor como Macrobio. El* Comentario al Sueño de Escipión *ciceroniano es utilizado a menudo por Boccaccio, pero mucho más utiliza la más importante obra de Macrobio los* Saturnales. *De ella extrae cantidad de referencias a obras latinas y griegas que de otro modo no pudo manejar y de autores que solamente nos son conocidos gracias a Macrobio. Nos parece evidente que Boccaccio utiliza la obra de este autor antes de conocer el griego, ya que en algunas ocasiones en que ofrece los textos de Macrobio hay crasos errores que sin duda han de ser achacados a su falta de conocimiento de esta lengua.*

Dos poetas, Ausonio y Claudiano, sirven de fuente a Boccaccio y de éstos es especialmente Claudio Claudiano por quien siente una particular predilección. Dentro de la producción de este poeta el Elogio de Estilicen *está presente de manera casi constante, sus versos aparecen transcritos por Boccaccio en innumerables ocasiones, dejando así entrever la admiración que sentía por este poeta.*

Continuando con autores cristianos tenemos que destacar con todo merecimiento a Agustín, cuya Ciudad de Dios *o* Jerusalén celestial *es repetidamente citada en la* Genealogía *debido a la cantidad de datos que Agustín aporta, según la estimación de Boccaccio, para la confección de este gran compendio.*

Y ya entrando más en el medievo autores como Isidoro con sus Etimologías *repletas de datos tan curiosos, Boecio, Marciano Cápela, Beda y Casiodoro aparecen citados por Boccaccio y en especial Rábano Mauro, quien con su obra* Sobre el origen de las cosas [a], *obra que tan gran influencia ha ejercido en composiciones anteñores a la de Boccaccio, como se pone de manifiesto en el* Ovidius moralizatus *de Petrus Berchorius.*

El gran corpus mythologicum *que es la* Genealogía *tiene que estar salpicado, necesariamente, de los datos de obras y autores estrictamente mitográficos. Y en efecto lo está. Así se dejan sentir en él por*

[25] Citado según la *Patrología Latina* de Migne, tomo 111.

tanto las influencias de las Mitologías *de Fulgencio. Continuamente acude Boccaccio a esta obra llena de noticias de gran valor y de diferentes tipos de interpretación y gracias a ella, por ejemplo, en alguna ocasión puede entresacar datos de la* Teogonia *hesíódica.*

Al igual que Fulgencio aparece un autor medieval de gran importancia en todas las obras de contenido mítico. Nos referimos a «Alberico», bajo cuyo nombre —como es normal en la tradición medieval— se nos ofrecen los testimonios del llamado Mitógrafo Vaticano III[M] *editado por Angelo Mai.*

Vistos ya todos estos autores fuente de Boccaccio nos toca pasar ahora a unos autores menos conocidos dentro del campo de la filología clásica. De algunos de ellos como Ándalo, Albumasar y otros ya hemos hablado. De Dante y Petrarca es obvio que toma muchas cosas, son autores a los que admira enormemente y además con Petrarca ya sabemos que estuvo unido por una gran amistad y que tenían intercambios de sus composiciones y de sus descubrimientos, como ya hemos puesto de relieve anteriormente.

Hay dos autores que reclaman nuestra atención: son éstos el ya aludido Paulo de Perugia y Teodoncio. Paulo de Perugia es el erudito que se hallaba al frente de la Biblioteca del rey Roberto de Ñapóles y quien tantas cosas enseña a Boccaccio. Este estaba unido por lazos de amistad a Barlaam, de quien aprende multitud de cosas sobre los dioses paganos de los griegos. La obra de Paulo Perusino que influyó mucho en Boccaccio recibe el nombre de Colecciones, *como Boccaccio manifiesta en XV, 6.*

Unido a Paulo Perusino presenta Boccaccio a Teodoncio en XV, 6. Este autor es una de las más importantes fuentes de Teodoncio y es un misterioso personaje cuya identidad aún no ha sido desvelada. Lo que de él dice Boccaccio es lo siguiente: «El (a saber Paulo Perusino) escribió un enorme libro al que dio el título de Colecciones *en el que, entre otras cosas que eran muchas y se referían a variados temas, lo que se puede encontrar sobre los dioses de los paganos no sólo entre los latinos sino también entre los griegos, pienso que lo coleccionó con ayuda de Barlaam. Y no temeré decir que yo, aún jovencito, mucho antes de que tú-arrastraras mi ánimo a esta obra, tomé de él muchas cosas más con avidez que con capacidad de comprensión y sobre todo todas las cosas que están puestas bajo el nombre de Teodoncio.»*

Sobre Teodoncio dice Hauvette[27] *que podría ser algún recoj.*

[26] Citado por nosotras a veces sólo con el número. Para todo el problema de la identidad de Alberico Cf. *CFC,* XIV, pp. 207-223.

[27] *Boccace, étude biographique et littérahe,* Paris, 1914.

dor latino de la decadencia. Pero la obra que más extensamente se ocupa de este misterioso autor es la de Landi[28]*, quien apunta que Teodoncio sería un filósofo de Campania que habría escrito entre los siglos IX y XI y que habría recogido datos procedentes de filósofos e historiadores griegos como Filócoro, autor que vemos recogido por Macrobio y Eusebio y así lo hacemos constar en los lugares en que aparecen.*

Landi, basándose en la Fons memorabilium universi *de Domenico Bandini da Arezzo, dice que es un filósofo de Campania, puesto que Bandini dice lo que sigue:* Theodontius Campanus diligens investigato(r) poetici figmentí.

Vara fechar la vida de Teodoncio pone un terminus ante quem *ya que en un comentario medieval a las* Metamorfosis *de Ovidio, concretamente en* Met. *XI, 583 y IX, 449, se lee:* vel aliter secundum (sed ms.) theo *y concluye que éste es Theodontius porque las explicaciones son similares a las que aparecen en la* Genealogía, *aunque no compara los textos. Puesto que este códice que tiene como fuente a Menegaldo es del siglo XI. Teodoncio por tanto debe ser anterior.*

Además, intentando precisar la fecha, continúa haciendo conjeturas basándose en que Servio Aen. *I 28 dice:* Theodotius qui res Iliacas perscripsit, *Landi apunta que Teodoncio no podría ser anterior al siglo IX, ya que —según Landi— ha de entenderse que este Servio es el Servius Danielinus o auctus y dice que sus manuscritos más antiguos son de los siglos IX o X, y por tanto Teodoncio no puede ser anterior al siglo IX. Después de ver esta cronología la conjetura de Landi se viene abajo ya que de ningún modo puede fecharse a un autor por la fecha de sus manuscritos.*

El Servius Danielinus o auctus es el nombre que recibe el comentario a las obras de Virgilio editado por Pierre Daniel en 1600 y que corresponde en parte a los comentarios de Elio Donato y en parte a los de Servio, autores de los siglos IV y V, respectivamente.

Visto esto vemos que la conjetura de Landi no tiene peso alguno.

Nosotras, por nuestra parte, al tratar sobre el tema de Teodoncio solamente podemos hacerlo mediante conjeturas, dado lo oscuro del problema y lo complejo del mismo. No podemos aventurar nada, solamente recoger lo que Boccaccio dice acerca de este personaje en XV, 6, según lo cual de él *(de Paulo Perusino) Boccaccio tomó muchas cosas puestas en sus obras* bajo el nombre

[28] *Demogorgone, con saggio di nuova edizione de lia Genealogía deorum gentilium del Boccaccio e silloge dei frammenti di Teodonzio,* Palermo, 1930.

de Teodoncio: sub nomine Theodontii apposita sunt. *Lo que de aquí puede deducirse es que o bien Paulo Perusino hablaba de Teodoncio o que al tomar Boccaccio estos datos siendo «aún un jovencito» sin grandes conocimientos, englobó todos los datos mitográficos bajo este nombre con lo que sería una especie de sobrenombre de Paulo o del propio Boccaccio joven o el nombre dado a una recopilación que no quiere atribuir a autor alguno. Efectivamente, el uso que Boccaccio hace del* sub nomine Theodontii *nos hace sospechar esto último. Y puesto que todos estos datos los conoció en su primera juventud siempre habla de Teodoncio «y después de él Paulo» autor al que tiene en muy grande estima.*

Realmente de Teodoncio no hay noticia alguna en ninguna de las historias de las literaturas griegas y latinas, clásicas ni medievales ni en la Geschichte der klassischen Mythologie und Religionsgeschichte wahrend des Mittelalters im Abendland und wahrend der Neuzeit *de Gruppe publicada en el suplemento de Roscher, ni tampoco en Pauly-Wissowa, ni en las distintas literaturas italianas. Sí habla de Teodoncio Seznec*[29]*, quien se basa en Hauvette, Hortis y Landi, pero no llega a ninguna conclusión y parece aceptar simplemente la conjetura de Landi que ya hemos demostrado como algo insostenible.*

Tras haber intentado escudriñar el problema de este autor misterioso damos por finalizado el recorrido por las distintas fuentes recogidas en la Genealogía; *aunque no haya sido muy exhaustivo examen de ellas, sin embargo pensamos que han sido puestos de relieve y examinados las obras y 'autores que más han influido, estando todas recogidas en las notas correspondientes a lo largo de la traducción.*

ESTRUCTURA DE LA OBRA

La Genealogía de los dioses paganos *está formada por quince libros, de los cuales los trece primeros presentan las genealogías de los dioses paganos, constituyendo los dos últimos, XIV y XV, como se sabe, una defensa de la poesía.*

Cada uno de los libros está encabezado por un proemio que constituye el punto de unión entre ellos y en cierto modo el hilo

[29] *The survival of the pagan gods,* pp. 221 ss.

conductor. Hay además en el comienzo de cada uno de los libros un árbol genealógico que en la edición de Varis aparece grabado y en la de Bari descrito solamente.

En estos proemios el autor se nos presenta como un marinero precavido en un frágil navío, surcando los tempestuosos mares de las leyendas antiguas e intentando llegar al puerto seguro que corresponde al contenido de cada uno de sus libros.

Evidentemente el proemio más extenso de todos es el del Libro Primero en el que Boccaccio nos explica el motivo de la composición de su obra, poniendo de manifiesto cómo «el soldado» Domnino de Parma le hace llegar los deseos de Hugo IV de Lusignano, rey de Jerusalén y de Chipre, en el sentido de que escriba una obra mitológica sobre los dioses de los paganos. Obra mitológica que, sin duda, él estaba decidido a escribir y, debido a los ruegos de este culto rey, se dispone a componer para poder ofrecérsela.

En este proemio explica y justifica qué fuentes son las que va a poder utilizar, lamentándose amargamente de la multitud de obras perdidas que no han llegado hasta él, obras perdidas totalmente por diversas circunstancias y otras llenas de raspaduras y tachones con lo cual le va a ser imposible hacerse una idea exacta de lo que en ellas se trataba. Esta queja de la dificultad de poder manejar algunos textos parcialmente destruidos por ocuparse de asuntos paganos la veremos nuevamente recogida en el libro XIV.

Incluida en el proemio del Libro Primero ofrece toda su investigación intentando aclarar quién puede ser el primer dios de los paganos y así surge ante él, debido a Teodoncio, Demogorgón al que considera el primero de todos los dioses. Ya ponemos de manifiesto en la traducción del texto correspondiente de dónde ha surgido esta divinidad y cómo Lactancio habla de él en el comentario a Tebaida *IV, 516*[M]

A partir de esta divinidad primigenia surgen una serie de dioses, en su mayoría abstracciones, que tienen que ver sobre todo con los lugares inferiores o con la noche y también con las desgracias humanas.

De dos de estas divinidades, de Erebo y la Noche, nace Éter que será el objeto del Libro Segundo, tras haber explicado en el proemio de este libro, cómo ha pasado de las divinidades expuestas previamente a ésta.

En este segundo libro comienzan a ser presentadas divinidades que ya no son meras abstracciones y así está el primer Júpiter, en

[30] Cf. *CFC,* XI, pp. 220-221.

la misma línea en la que Cicerón habla en el Libro Tercero de Sobre la naturaleza de los dioses. *De igual modo aparece la descendencia de este dios donde comienzan a verse personajes de las distintas leyendas mitológicas estando aquí compendiada parte de la genealogía argiva, partiendo de Epafo, y la tebana llegando a los descendientes de Edipo y los desgraciados sucesos de la casa de los Labdácidas.*

El Libro Tercero está dedicado a otro hijo de Éter: a Cielo, que se correspondería con el Urano hesiódico. Así aparece Cielo y sus hijos y entre éstos están algunas de las Titánides y además el primer Vulcano, el primer Mercurio, y la primera y segunda Venus, así como las divinidades de las aguas infernales.

Sin embargo, no se completa en este libro la prole de Cielo sino que en el proemio del libro siguiente se pone de relieve la importancia de uno de sus hijos cuya descendencia será descrita en este Cuarto Libro. Se trata d< un personaje que recibe el nombre de Titán o Titano, que no tiene su origen en la mitología clásica ya que el nombre de Titanes se da a los hijos de Urano y la Tierra a partir de la Teogonia *hesiódica, y en todo caso recibe el nombre de Titán el Sol como hijo del Titán Hiperíon o el propio Hiperíon. En cambio, Boccaccio hace que de Titán o Titano surjan algunos de los Titanes tradicionales, así como los Gigantes y los Hecantonquires.*

Por todo ello, en este libro se habla de Hiperíon, del Sol y de toda su descendencia y también se habla de Atlas como hijo de Titán, presentándolo como hermano del que tradicionalmente es considerado su padre: el Titán Iápeto.

Tras presentar a los Gigantes pone fin Boccaccio al Libro Cuarto y en el proemio del Libro Quinto se dirige en su barquilla a un lugar desde donde poder describir la progenie de otro hijo del Cielo: el segundo Júpiter del que proceden los Dióscuros Tebanos, Diana, Apolo, Tántalo y uno de los Hércules. Pero en este libro no puede ocuparse de todos los hijos de este Júpiter y así en el proemio del Libro Sexto su barquilla arriba al país de Dárdano, quien junto con sus descendientes será el objeto de este libro, cuyo contenido llega hasta Ilia, madre de Remo y Rómulo.

Tras haber hablado de esto, de nuevo se embarca en su nave y se dirige a las profundidades del Océano para poder presentarnos la descendencia de este dios, también hijo de Cielo, y aquí naturalmente nos encontramos con las divinidades marinas y acuáticas en general y con un Sol hijo de Océano.

Hecha esta travesía por el Océano, se dirige a los lugares oscu-

ros y nada agradables en los que habita Saturno, otro de los hijos de Cielo, y de este modo nos presenta a una parte de su prole a excepción de Juno, Neptuno y Júpiter. El Saturno que aquí aparece es el Saturno del Lacio, el antepasado de Pico, de Fauno y Latino y así llega hasta Lavinia, la itálica esposa de Eneas.

El proemio del Libro Noveno, al que ya nos hemos referido al hablar de las redacciones de la Genealogía, *nos presenta a Boccaccio llegando a Samos, isla consagrada a Juno, y al contemplar el marinero las impresionantes ruinas de aquel lugar compone el himno a la Virgen, que debiera ser más venerada por los cristianos con templos tan magníficos como los construidos en honor de la diosa Juno, cuyas ruinas sirven de testimonio de la grandeza y majestad que han tenido en la antigüedad.*

Y tras este proemio describe la progenie de Juno ocupando un lugar muy destacado Marte y sus descendientes entre los que sobresalen los calidonios: Altea, Deyanira y Meleagro, así como también los Centauros y los dos gemelos hijos de Marte y la ya citada Ilia: Remo y Rómulo.

El proemio del Libro Décimo conduce al navio a los reinos de Neptuno y a partir de ahí presenta todas las divinidades y héroes que de él descienden. Entre éstos destacan los tres Cíclopes forjadores del rayo, cuya paternidad atribuye Boccaccio a Neptuno al unirlos al resto de los Cíclopes, siendo así que estos tres Cíclopes son considerados hijos de Urano y la Tierra en toda la tradición mitográfica. De hecho 'Boccaccio tiene conciencia, y así lo hace constar, de que hay distintas clases de Cíclopes, por lo menos dos, pero no sabe que su origen es diferente, debido en parte, quizá, a que no pudo conocer la Teogonia *de Hesíodo.*

Los tres libros siguientes XI, XII y XIII están íntegramente dedicados al último de los hijos de Saturno, del que aún no se había ocupado. Nos referimos al tercer Júpiter, que coincide con el Zeus-Júpiter tradicional, padre de las Musas, Dióscuros, Baco, Perseo y las también tradicionales diosas: Venus y Prosérpina. A éste Júpiter lo presenta como padre de los ya citados Dióscuros: Castor y Pólux y de Clitemnestra y Helena, aunque él personalmente opina que los cuatro lo son de Tindáreo, el esposo de Leda. Al presentar a los cuatro hermanos como hijos de Júpiter se libera de la problemática acerca de la atribución de éstos a Júpiter unos y otros a Tindáreo[31].

[31] Sobre esto cf. Ruiz de Elvira, «Helena. Mito y etopeya», en *CFC*, VI, pp. 95-133.

Expuestos ya estos personajes y divinidades le quedan para el Libro Decimotercero solamente dos héroes: el héroe máximo, sin duda alguna, de toda la mitología clásica: Hércules, y Eolo.

Aparece Hércules y sus trabajos, pero no sólo los Doce tradicionales, ordenados por Euristeo, sino también todas las hazañas realizadas desde su nacimiento y los parerga *que ejecuta mientras lleva a cabo los Doce. Así Boccaccio presenta Treinta y un trabajos, número que será aceptado y recogido en obras posteriores a la* Genealogía *entre las que cabe destacar el* De laboribus Herculis *de Coluccio Salutati*[32].

Una vez que ha hablado de Hércules y de los Heraclidas, continúa con la progenie de Eolo, dedicando especial atención a los diferentes Sísifos y a los distintos Eolos y resumiendo de forma magistral el pasaje de la Ilíada, *donde se habla de Belerofontes. Llega así en la enumeración de la descendencia de Eolo hasta Learco y Melicertes, hijo del Eólida Atamante, centro del capítulo 70 de este libro, capítulo que considera el* omega *de su obra, mientras que Demogorgón constituye el* alpha *de la* Genealogía.

Sin embargo, este capítulo no es el último del Libro Decimotercero, sino que hay otro más donde Boccaccio justifica por qué no pone entre los hijos de Júpiter a Alejandro de Macedonia y a Escipión Africano, puesto que, según Boccaccio dice, ha pasado la época en que los personajes ilustres tenían a gala ser considerados descendientes de dioses.

Y así llegamos a los dos últimos libros de la Genealogía[33], *considerados unánimemente como una adición; su carácter adicional lo demuestra el propio Boccaccio cuando en el proemio del Libro Decimocuarto, siguiendo con el símil de la barquilla, tras hacer una alusión metafórica a todos los lugares que gracias a ella ha recorrido, expresa claramente el comienzo de todo con Demogorgón y pone el punto final con Learco y Melicertes.*

En este proemio dice que la barquilla debe estar asegurada y protegida en la costa para no ser destruida tras sus muchas fatigas. Es éste el motivo del que se vale Boccaccio para justificar su defensa de la poesía diciendo: «Pienso que esto se habrá llevado a cabo realmente cuando yo haya puesto freno, con verdaderos argumentos, a las objeciones hechas ya hace tiempo o a las que vayan

[32] Cf. *CFC*, XI, pp. 288-297.

[33] Estos dos últimos libros han sido objeto de muchos estudios, por lo que nosotras dejamos de lado toda la cuestión referente a la poética medieval, remitiéndonos a Osgood, *Boccace on Poetry*, Princeton, 1956 (= 1930) y a los diferentes trabajos de *Studi sul Boccaccio*.

a hacerse contra la poesía o los poemas por los enemigos del renombre poético.»

Si bien toda la obra implica una cierta noción de poesía, es en estos dos libros donde la poesía y los poetas son los protagonistas.

La defensa la hace Boccaccio oponiéndose a los detractores de los poetas y los ataca una vez que se ha dirigido al rey en el capítulo 1. Así, arremete contra los ignorantes y contra los que sin ser sabios desean aparecer como tales. Vero es en el capítulo 4 donde comienza de hecho la defensa del renombre poético por medio del ataque a los peritos en leyes, quienes encomian la riqueza. A esta alabanza y búsqueda de los bienes materiales opone la pobreza de los poetas ilustres comenzando por Hornero y advierte cuan perenne es su fama frente a la perecedera gloria de los '-juristas, que se va «como humo y acaba con su muerte».

Vero no sólo hay que defender el renombre poético sino la propia poesía, condenada por ser algo supervacaneum, *superfluo, y él demuestra que es una actividad útil, actividad creativa, de invención, que requiere lugares solitarios para poder crearla, pero no porque los poetas sean seres poco civilizados sino porque el bullicio de las ciudades no es apropiado para la inspiración; y para reforzar su argumento recurre a la conocida ansia de soledad de Virgilio y a los denuestos de Horacio contra el griterío de la ciudad.*

Esta creación poética, continúa Boccaccio, no es algo que dé como resultado mentiras, por las que los poetas deban ser considerados embusteros y, aún más, sean merecedores del oprobioso nombre de fabulones, *término acuñado por Agustín.*

También debe intentar Boccaccio separar la poesía de la filosofía, ya que en modo alguno deben ser tenidos los poetas en calidad de monos de imitación de los filósofos. Ni tampoco han de ser condenados los libros poéticos sin haberlos leído ni sin saber cómo surge la poesía, a la que presenta, claro está, nacida en el comienzo de las ceremonias religiosas.

Cuando defiende la lectura de los libros poéticos pone de relieve cómo nadie debe atacar el Arte amatoria *de Ovidio como algo inmoral, ya que en su propia época, finales del siglo XIV, ha sido totalmente superada con otras obras.*

Frente a aquellos que se basan en la República *de Platón, donde el filósofo excluye de su Estado ideal a los poetas, replica Boccaccio que no todos los poetas son desterrados de allí. No lo son ni un Hornero ni un Virgilio, ni tantos otros. Sólo serán expulsados*

los poetas lascivos[M] *y los cómicos y entre éstos nunca estarán Plauto y Terencio en razón del carácter moral de su poesía.*

La tarea de defender la poesía le parece ardua debido a que también tiene que librar de los múltiples insultos que reciben a las Musas, que no deben ser consideradas como «putillas de la escena», cuando los detractores malinterpretan las palabras de Boecio.

Y después de todos estos alegatos, intenta llevar a los enemigos de la poesía y del renombre poético a una mejor opinión con lo que finaliza el Libro Decimocuarto.

En el Libro Decimoquinto continúa defendiendo a la poesía de los que la acusan de inutilidad considerándola un don precioso y pasa en el capítulo 3 a defender su propia obra: la Genealogía de los dioses paganos.

En primer lugar defiende la estructura de la obra concebida como una exposición de familias que arrancan desde un origen único, Demogorgón, en el sentido de la palabra genealogía, y dice que los diferentes miembros de la obra están ordenados cuidadosamente, a pesar de que pueda parecer lo contrario.

Insiste en que no ha inventado nada, sino que todo lo expuesto en su obra ha sido cuidadosamente investigado y que proviene de los comentarios de autores antiguos y que los autores nuevos, citados como testigos de alguno de los datos aportados, son hombres ilustres que no pueden ser desdeñados por los que los desconocen basándose en que no son conocidos y que no tienen el prestigio de la antigüedad, pues todo autor antiguo fue nuevo. Esto es el contenido del capítulo 6, donde presenta a Francisco de Barberino así como a los ilustres Dante y Petrarca, poetas reconocidos ya por todos, y además de Ándalo y Albumasar es aquí donde aparecen los ya citados Teodoncio y Paulo Perusino.

Nuevamente debemos insistir en su conocimiento de la lengua griega que él pone de manifiesto en el capítulo 7, capítulo dedicado a la alabanza de la humanitas *griega y en el que además se defiende de los ataques de los que pudiere ser objeto por haber mezclado en su obra versos griegos. Se defiende de que: «dirán que he insertado en mi obra versos griegos por ostentación». Y añade: «iré a responder con paso humilde. Por tanto digo que si cogiendo lo que no merecen lo ignoran: ¡Es necio buscar en los ríos lo que puedes obtener de la fuente! Yo tenía y aún tengo los libros de Hornero,*

[34] Queremos poner de manifiesto nuestro asombro por el rechazo que Boccaccio hace de poetas como Catulo.

de los que se han tomado muchas cosas útiles para nuestra obra. Y de éstos pueden conocerse muchas cosas tomadas de los antiguos, de los que, como de los ríos, no hay duda de que podrían haberlos tomado y los he tomado muy a menudo; pero alguna vez me ha parecido mucho mejor tomarlo de la fuente que del río. Y no ha sucedido una vez sola que no se encontraba en el río lo que era muy abundante en la fuente».

Hay un importante punto en el que considera debe detenerse y es en la defensa de los poetas míticos y dice que son teólogos ya que bajo sus ficciones se ocultan acciones maravillosas de los dioses y ya por ello Aristóteles los llamó teólogos. Y este nombre no ha de parecer algo injurioso para los cristianos, de la misma forma que todos somos llamados hombres a pesar de las distintas creencias. Y continúa diciendo que en modo alguno es inconveniente para los cristianos tratar de asuntos paganos y así lo ha hecho él, armado con el Evangelio y las enseñanzas de los doctos Padres de la Iglesia y fortalecido con este conocimiento ha tratado los mitos paganos sin ser arrastrado a mal alguno.

Ciertamente el capítulo que a nosotras nos ha parecido el más importante del Libro Decimoquinto es el 10, que constituye una autobiografía y al que nos hemos referido al hablar de la vida de Boccaccio. En él es donde pone de manifiesto su temprana inclinación a la poesía: «a mí me sacó del útero de mi madre preparado, siendo testigo la experiencia, para las reflexiones poéticas y, según mi opinión, nací para esto», claro paralelismo, como ya hemos dicho, con la autobiografía ovidiana.

finalmente justifica su estilo, ampuloso en ocasiones o breve en otras, en razón de lo que podía conocer sobre cada tema; por lo cual, si tenía pocos datos no quiso alargar su exposición vanamente, ni empequeñecerla si en otras ocasiones había muchos testimonios.

Asimismo quiere dejar claro que en ningún momento ha inventando la orden del rey Hugo para componer esta obra sino que evidentemente fue orden suya y tiene testigos para ello. Y hace gala de una honradez tal que afirma tajantemente que jamás habría dedicado obra suya alguna a un personaje importante para alcanzar gloria por esta causa o engrandecer al destinatario, sino que él, sin renunciar a la gloria propia de los poetas, siempre intenta glorificar a Dios.

Tras los capítulos del Libro Decimoquinto hay una Conclusión final en la que pide comprensión para sus múltiples errores y encarga a Hugo, rey muy culto y rodeado de sabios, que los corrija

y enmiende y: «Si por casualidad, ocupado en cosas más importantes, como estáis muy a menudo los reyes, no puedes dedicar tiempo a este trabajo, entonces a todos los hombres honestos, sagrados, piadosos y católicos y especialísimamente al célebre varón Francisco Petrarca, insigne preceptor mío, a manos de los cuales llegará alguna vez esta obra, les pido por la preciosísima sangre de Cristo que todos los errores, si por casualidad sin verlos los mezclé en mis palabras, los quiten con su piedad y benignidad o los lleven a la sagrada verdad; pues quiero que esta obra se ponga bajo su juicio y corrección.»

INFLUENCIAS

Hemos apuntado ya que la Genealogía *es un manual que sirve de modelo a los grandes compendios mitológicos posteriores*[35]. *Pero no sólo influirá en los compendios mitológicos sino en otras obras tanto italianas como del resto de Europa.*

Dentro de Italia, el primer deudor de Boccaccio es Coluccio Salutati (1331-1406), quien en su obra De laboribus Herculis *sigue totalmente al autor florentino tanto en la presentación de la leyenda de Hércules, al que atribuye los treinta y un trabajos como ya hemos visto, como en las interpretaciones de los mitos y en la defensa de la poesía, pues de los cuatro libros de que consta la obra de Salutati el primero de ellos es una defensa poética en la misma línea que los dos últimos de la obra de Boccaccio.*

fuera de Italia, y a caballo entre los siglos XV y XVI, destaca Jean Bouchet, quien en el Temple de Bonne Renommée *sigue la* Genealogía *además de estar influido por toda la cultura humanística italiana. Bouchet cita varias veces a Boccaccio en esta obra, aunque sin hacer referencia a la* Genealogía, *a la que sí alude en otra obra suya,* Les Regnars travertan les voies perilleuses des folies fiances du monde. *El estudio de las coincidencias de Bouchet con Boccaccio ha sido hecho ya por Cigada * de manera exhaustiva y a su artículo nos remitimos, queriendo resaltar solamente el hecho de*

[35] Para ver un exhaustivo estudio de autores que siguen la obra de Boccaccio es imprescindible consultar la obra ya citada de Seznec.

[36] S. Cigada, «La *Genealogía deorum gentilium* del Boccaccio e íl *Temple de Bonne Renommée* di Jean Bouchet» en *Il Boccaccio nella cultura francese,* a cura di C. Pellegrini, Firenze, 1971, pp. 521-556.

que en Bouchet aparece una especie de Ninfas típicas sólo de la obra de Boccaccio, las Hímnides de VII, 14, que el autor toma de Teodoncio, y que llegan a Bouchet o bien directamente de Boccaccio o mediante las Illustrations de Gaule *de Lemaire de Belges, asimismo deudor de la* Genealogía.

Y ya centrándonos en los grandes compendios, el primero que sigue en el tiempo es la Multiplex historia *de Lilio Gregorio Giraldo, aparecida en Basilea en 1548; obra dividida en cinco partes, de las cuales las tres primeras son mitológicas dedicándose la primera a los dioses paganos, la segunda a las Musas y la tercera a la vida de Hércules. Giraldo en su obra sigue a Boccaccio y, si bien no lo tiene como fuente única, la* Genealogía *se trasluce en su compendio. Son mucho más numerosas sus fuentes debido a que conoce el griego de una manera más profunda.*

La obra que se ha llevado el mayor aplauso es sin duda alguna la Mythologia *de Natalis Comes (Natale Conti), aparecida en Venecia sólo tres años después que la de Giraldo, en 1551. La obra de Conti está concebida en la misma línea que la de Giraldo, a la que supera, y en la misma que la de Boccaccio. En sus diez libros se van exponiendo en primer lugar los datos mitográficos para después añadir las interpretaciones evemeristas, moralizantes y físicas. La* Mythologia *de Conti tuvo una enorme fama en su tiempo y una gran influencia, es una obra mucho más rica en datos que la de Boccaccio porque su autor tuvo ya la posibilidad de conocer muchos más textos clásicos, no sólo griegos, y de comprender el griego no de una forma tan rudimentaria como la del autor de la* Genealogía, *obra de la que, no obstante, no debemos olvidarnos para darle toda la importancia a Conti quien, insistimos, es un gran deudor de Boccaccio.*

Reconoce expresamente su deuda para con Boccaccio Vincenzo Cartari (c. 1520-c. 1570) en Le imagini colla sposizione degli dei degli antichi, *cuya primera edición es de 1556.*

En el panorama español es la obra de Pérez de Moya Philosophia secreta, *compuesta alrededor de 1548, la primera que tiene como modelo la* Genealogía *y si bien su autor se remite a Conti es Boccaccio quien más influye en él, no acudiendo más que en raras ocasiones al manejo de fuentes clásicas, y cuando lo hace se ve que no tiene soltura para manejar estos textos.*

Y por último no podemos dejar de aludir a otro español, Baltasar de Vitoria, y a su Teatro de los dioses de la gentilidad, *aparecido en 1620, obra que fue muy alabada por el propio Lope de Vega y que no es otra cosa que una compilación basada en los*

grandes manuales italianos y en especial en la Genealogía de los dioses paganos *de Giovanni Boccaccio de Certaldo, que sin duda para Baltasar de Vitoria era la* Genealogía de los dioses gentiles[37].

NUESTRA TRADUCCIÓN

El texto seguido como base para nuestra traducción es el que presenta la edición de V. Romano de Bari, 1951, que sigue, como hace constar el editor, un solo manuscrito autógrafo de Boccaccio el Ms. Laur. Pl. 52, 9, que recoge todas las autocorrecciones y las últimas adiciones hechas por el autor. Debido a que es exclusivamente una transcripción de un único manuscrito y no lo que en Filología clásica se entiende como una edición crítica y debido también a que tiene lecturas inaceptables, hemos tenido que recurrir algunas veces a otra edición, la de París de 1511, de difícil lectura, como se puede imaginar y que sí existe en la Sección de Raros de la Biblioteca Nacional de Madrid —mientras que no está en la de Bari—. Esta edición fue preparada por I. Kierherus y pertenece a lo que se llama la vulgata *de la* Genealogía, *y contiene además el* De montibus, etc. *del propio Boccaccio. Cuando hay pasajes que en la edición de Bari no son claros, cuando nos encontramos con textos difícilmente comprensibles e incluso cuando vemos que falta texto, hemos acudido a la de París, haciéndolo constar así en su correspondiente nota.*

Para la traducción del Libro Decimocuarto hemos utilizado además el texto y la traducción correspondiente preparados por P. G. Ricci en La letteratura italiana. Storia e testi. *Vol. IX, Milano, 1965, de cuyas notas, como también hacemos constar, nos hemos servido en ocasiones.*

Pero no nos han sido suficientes estos tres textos sino que en ocasiones hemos realizado una labor de crítica textual exhaustiva, tanto en lo que a la lectura del propio Boccaccio se refiere como, y en eso consiste la labor del filólogo, cuando Boccaccio cita a un autor clásico y reproduce el texto de su fuente hemos manejado las ediciones más prestigiadas de cada autor, elegido la lectura más

[37] El título latino de la obra de Boccaccio es *Genealogiae deorutn gentilium libri* y el término *gentilium* lo hemos traducido por «paganos», en tanto que Baltasar de Vitoria, sin duda, lo ha traducido como «gentiles».

adecuada y justificado el término elegido por Boccaccio, de acuerdo con lo que los aparatos críticos nos ofrecen.

El sistema de presentación de las citas es doble. Por una parte aparecen entrecorchetadas dentro del texto, en aras de la comodidad del lector, la localización exacta de todo aquello que Boccaccio cita de primera mano, y en nota aparte las que sabemos que son su fuente, pero o no han sido citadas por él o lo han sido de segunda mano. Vara la localización exacta de las citas, además de nuestros trabajos en CFC, *XI, pp. 219-297, y en* ANUM, *XXXI, pp. 5-37, nos ha sido útil el índice de autores y obras que Romano ofrece en su edición, autores que han sido comprobados en su totalidad y enmendados en su caso, bien entendido que salvo Dante, Petrarca y algún otro que en nota así se indica, los autores que más han requerido nuestra atención son los pertenecientes a la literatura clásica, griega y latina, y los de la literatura latina medieval. Todas estas comprobaciones y correcciones han dado como resultado la constatación de la multitud de errores que el índice de Romano ofrece y que no todos los autores clásicos están en él recogidos.*

Las obras citadas dentro del texto entre corchetes aparecen en castellano por ir incluidas en la traducción y con vistas a una mejor comprensión del lector no especialista, manteniéndose en cambio el título latino en las citas que van en nota.

Al traducir los textos que Boccaccio reproduce de autores antiguos, hemos dado prioridad a los pasajes de los autores citados siguiendo las ediciones más documentadas en detrimento del texto que Boccaccio ofrece, poco comprensible algunas veces, haciéndolo constar en el lugar correspondiente y esto ocurre sobre todo en los pasajes en griego. De ahí que en algunos pasajes se nombre a ciertos personajes con distinta forma, la que da Boccaccio y la de la fuente. En figuras tan significativas como Harmonía, la hija de Venus y Marte y esposa de Cadmo, no respetamos el nombre de Hermíone que Boccaccio le atribuye, ni tampoco el de Adriana para Ariadna[38]*, la hija de Minos y Pasífae.*

Debemos hacer notar que, a excepción de la traducción castellana inédita de la Librería del Cabildo de Toledo, códice 250[39]*, que nosotras no hemos utilizado para nuestro trabajo, ésta es la primera*

[38] Error no sólo imputable a Boccaccio sino quizá debido a una degeneración en la transmisión de estos nombres.

[39] Cf. *Catálogo de la Librería del Cabildo Toledano,* ed. J. M. Octavio de Toledo, Toledo, 1903, p. 57. Véase también J. Piccus, «El traductor español de *Genealogía deorum»,* en *Homenaje a Rodríguez-Moñino,* Madrid, 1966, páginas 59-75, quien atribuye la traducción a Martín de Avila.

traducción de la obra de Boccaccio al castellano. En lo que respecta a otras Lenguas, aparte de la traducción italiana de Betussi, de Venecia, 1585, tenemos, también en italiano, la traducción del libro XIV del ya citado Ricci y en inglés la de los libros XIV y XV de Osgood, Princeton, 1956 (=1930), con una magnífica introducción y notas[40].

Así pues, tanto las virtudes, pocas, como los muchos defectos de esta traducción son totalmente imputables a las traductoras, que con este trabajo esperan que se tenga suficiente conocimiento de la aportación de Boccaccio con su gran corpus mythologicum *a la transmisión de la mitología clásica de la Edad Media al Renacimiento para así poder valorar la* Genealogía de los dioses paganos *con la justicia que se merece.*

[40] Está anunciada, por otra parte, la edición bilingüe de la *Genealogía* en las obras completas de Boccaccio que bajo la dirección de Branca publica la editorial italiana Mondadori, sin que, al menos en julio de 1981, estuviera anunciada o indicada su preparación y consecuentemente su aparición, que aún no ha tenido lugar.

BIBLIOGRAFÍA

1. *Ediciones*

Genealogie Iohannis Boccaccii cum..., Parisii, 1511, ed. I. Kierherus. *Genealogiae deorum gentilium libri,* a cura di V. Romano, Bari, 1951. *Opere in versi. Corbaccio. Trattatello in laude di Dante. Prose latine. Epistóle,* a cura di P. G. Ricci en *La letteratura italiana. Storia e testi.* Vol. IX, Milano, 1965 (donde se contiene el libro XIV de la *Genealogía deorum gentilium* con traducción y notas).

2. *Obras generales y estudios monográficos sobre Boccaccio*

Arce, J.: «Boccaccio nella letteratura castigliana: panorama generale e rassegna bibliografico-critica» en *Il Boccaccio nelle culture e letterature nazionale,* Firenze, 1978, pp. 63-105.

— «Perfil humano de Boccaccio frente a Petrarca y Dante», *El Urogallo,* núm. 34, julio-agosto 1975, pp. 76-80.

— «Boccaccio humanista y su penetración en España», *Publicaciones de la Fundación Universitaria Española,* Madrid, 1975, pp. 3-27.

Battaglia, S.: *Le epoche della letteratura italiana,* Napoli, 1969.

Branca, V.: *Boccaccio Medievale,* Firenze, 1970 (= 1956).

— *Giovanni Boccaccio. Projilo Biográfico,* Milano, 1967. Traducción española de L. Pancorbo, Madrid, 1975.

Burckhardt, J.: *La cultura del Renacimiento en Italia,* Buenos Aires, 1944.

Cigada, S.: «La *Genealogía deorum gentilium* del Boccaccio e il *Temple de Bonne Renommée* di Jean Bouchet», en *Il Boccaccio nella cultura francese,* a cura di C. Pellegrini, Firenze, 1971, pp. 521-556.

Hauvette, H.: *Boccacce, étude biographique et littéraire,* Paris, 1914.

Hortis, A.: *Studi sulle opere latine del Boccaccio,* Trieste, 1879.

Landi, C: *Demogorgone, con saggio di nuova edizione delle «Genealogie deorum gentilium» del Boccaccio e silloge dei frammenti di Teodonzio,* Palermo, 1930.

Quaglio, A. E.: *Scienza e mito nel Boccaccio,* Padova, 1967.

Seznec, J.: *The survival of the pagan gods,* New York, 1940; recientemente ha sido publicada una nueva edición francesa: *La survivance des dieux antiques,* Paris, 1980, que no hemos podido manejar por estar ya en prensa esta obra.

Studi sul Boccaccio, diretti da V. Branca, 10 vols., Firenze, 1963-1978.

Symonds, J. A.: *The Renaissance in Italy,* Hildesheim, 1971 (=London, 1875-86).

Toffanin, G.: *Historia del Humanismo desde el siglo XIII hasta nuestros días,* Buenos Aires, 1953.

Voigt, G.: *Petrarque, Boccacce et le debut de Vhumanisme en Italie d'aprés la Wiederbelung der klassischen Altertums,* Paris, 1894.

3. *Obras generales y estudios monográficos sobre Mitología Clásica*

Alvarez Moran, M. C: «El *Edipo* de Séneca y sus precedentes», *CFC,* VII, 1974, pp. 181-239.

— «La tradición mitográfica en la *Genealogía deorum* y en el *De laboribus Herculis», CFC,* XI, 1976, pp. 219-297.

— «El *Ovide moralisé* moralización medieval de las *Metamorfosis», CFC,* XIII, 1977, pp. 9-32.

— «Notas sobre el *Mitógrafo Vaticano III* y el *Libellus», CFC,* XIV, 1978, pp. 207-223.

Iglesias Montiel, R. M.: «Estudio mitográfico de la *Tebaida* de Estacio», *ANUM,* XXXI, 1976, pp. 3-37.

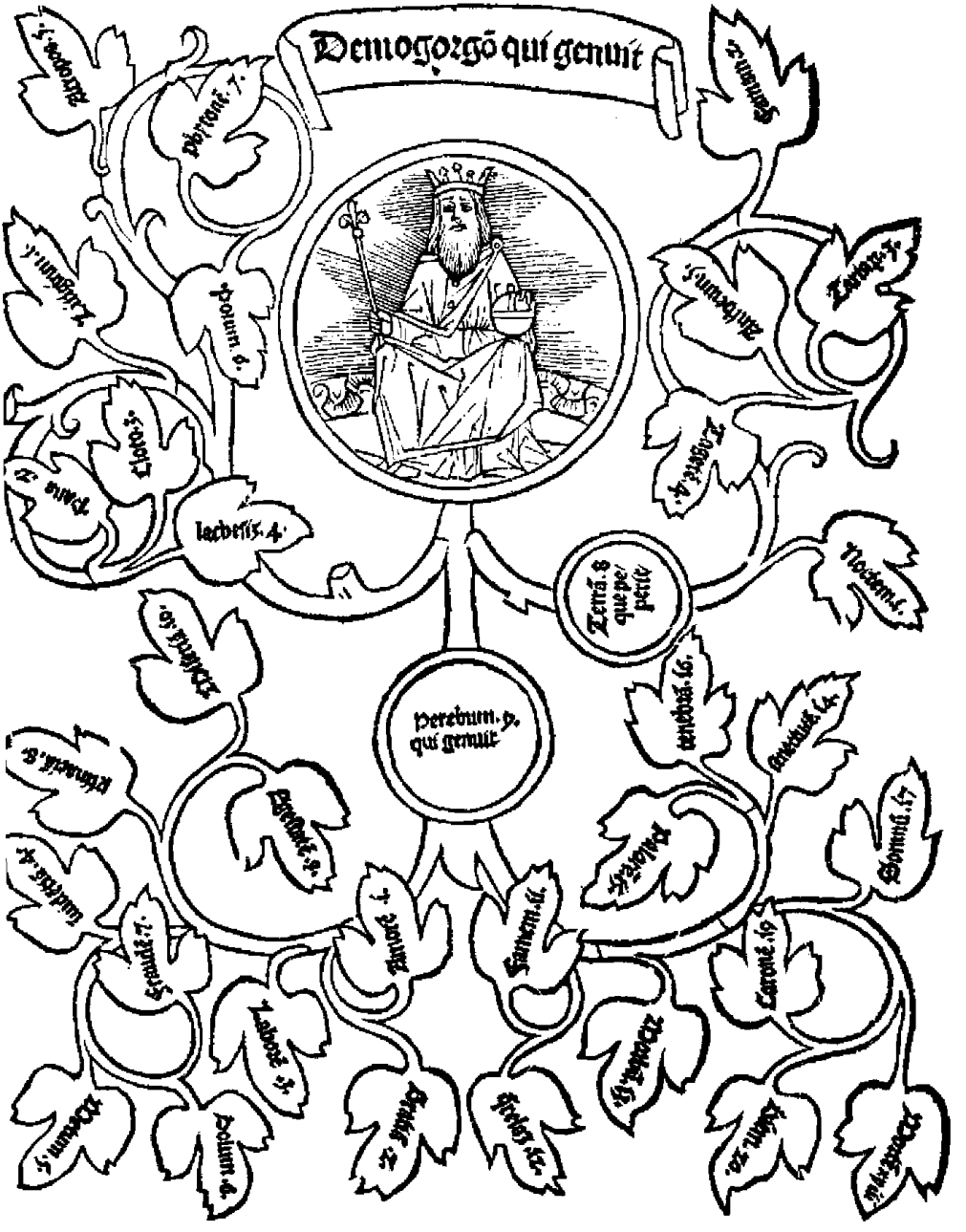
— «Los juegos fúnebres del libro VI de la *Tebaida* de Estacio», *CFC,* XV, 1978, pp. 167-199.

— «Dos pasajes de la *Tebaida* de Estado», *ANUM,* XXXVII, 1980, pp. 17-45.
Roscher, W. H.: *Ausfürliches Lexikon der griechischen Mythologie,* Hildesheim, 1965 (= Leipzig, 18)6-1890).
Ruiz de Elvira Prieto, A.: «Varia Mythographa», *Emérita,* XXXVIII, 2, 1970, pp. 291-310.
— «Céfalo y Procris: Elegía y épica», *CFC,* II, 1971, pp. 97-123.
— «Helena. Mito y etopeya», *CFC,* VI, 1974, pp. 95-133.
— *Mitología clásica,* Madrid, 1975.
Ruiz de Elvira y Serra, M. R.: «Los Pelópidas en la literatura clásica», *CFC,* VII, 1974, pp. 249-302.

COMIENZA FELIZMENTE EL LIBRO PRIMERO DE LA GENEALOGÍA DE LOS DIOSES PAGANOS, DEDICADA AL ILUSTRE HUGO, REY DE JERUSALEN Y DE CHIPRE, SEGÚN JUAN BOCCACCIO DE CERTALDO

En el árbol grabado a la derecha se pone en lo alto Demogorgón, estando la raíz vuelta hacia el cielo, y no sólo como padre de la progenie abajo descrita, sino de todos los dioses paganos; y en las ramas y en las hojas que de él descienden se colocan sus hijos y nietos, sobre todos los cuales se escribe separadamente en este primer libro según el orden en que están grabados. Vero de éstos sólo se exceptúa Éter, sobre el cual y su amplísima descendencia se escribirá en los siguientes. Tuvo Demogorgón nueve hijos e hijas, el primero de los cuales fue Litigio, el segundo Pan, 3.ª Cloto, 4.ª Láquesis, 5.ª Atropo, 6." Polo o Pólux, 7° Pitón o Fanete, 8.ª Tierra y 9° Erebo.

Primus habet stirpem demogorgonis ethere dempto.



Proemio

Si he entendido bien las palabras de Domnino de Parma, egregio soldado tuyo, ilustre rey, deseas ardientemente una genealogía de los dioses paganos y de los héroes que descienden de ellos según las ficciones de los antiguos y, juntamente con ésta, qué pensaron los hombres ilustres de antaño bajo la cobertura de las fábulas. Y me deseas como autor de tan gran obra, elegido por tu Dignidad casi como el hombre más experto y erudito en tales temas. En verdad, para omitir la admiración de tu deseo (pues no es conveniente que un pequeño hombre indague qué mueve a un rey) y para no mencionar qué pienso respecto a mi elección, a fin de que en tanto muestro mi incompetencia no pienses que evito con subterfugios la carga de una tarea impuesta, antes de que yo llegue a una decisión personal sobre la obra encargada, me agrada, el más serenísimo de los reyes, añadir, aunque no todas, al menos algunas palabras que se cruzaron entre Domnino, insigne soldado tuyo, al explicar las órdenes de tu Dignidad, y yo, para que leídas éstas sopeses suficientemente tu juicio sobre mí y mi temeridad cuando me avengo a la obediencia de tu majestad. En efecto, como aquél con locuaz boca pusiese de manifiesto los sagrados estudios de tu Magnificencia y las admirables obras del cargo real y, aún más, algunos títulos insignes y gloriosos de tu persona con abundante facilidad de palabra, terminó por esforzarse con gran empeño en inclinarme a tu decisión y no sólo con un único razonamiento

sino con muchos, algunos de los cuales, lo confieso, me parecían de gran peso. Pero después que se calló y se me concedió la posibilidad de responder, hablé así: «¿Quizá piensas tú, elocuente soldado, o tu rey, que muy pronto ha de ser el mío, Dios mediante, que esta locura de los antiguos, a saber la de querer ser considerados como procreados por sangre divina, ha ocupado un minúsculo ángulo de tierra y que algo tan ridículo como era ha perdurado durante un pequeño espacio de tiempo y que puede fácilmente recopilarse incluso como un trabajo muy reciente? Pero hablaré, siempre con tu beneplácito: ¡Es de muy distinto modo! Pues para no mencionar las Cicladas y las restantes islas del Mar Egeo, Acaya, el Ilírico y Tracia, en cuyos dominios surgieron abundantemente los brotes de esta locura y mientras floreció la república de los griegos infectó poderosamente con su contagio las costas del Ponto Euxino, del Helesponto, del Meonio, del de Icaro, del Panfilio, Cilicio, de Fénix, de Siria y de Egipto. Y no fue inmune a esta enfermedad Chipre, insigne gloria de nuestro rey. De la misma manera contagió toda la ribera de Libia, de las Sirtes y de Numidia y las costas de Atlas y del océano occidental y las muy apartadas regiones de las Hespérides. Y no estuvo contenida solamente en las costas del mar Mediterráneo sino que penetró también hasta regiones desconocidas para el mar. Pues cayeron en este azote, junto con los de la costa, todos los habitantes del Nilo que carece de fuente y a la vez las arenas de Libia junto con sus calamidades y los desiertos de la antiquísima Tebas y además los del Alto Egipto y los abrasados Garamantes y los excesivamente calentados y peludos Etíopes y los perfumados Árabes y los ricos Persas y los pueblos del Ganges y los indios insignes por su color negro, los Babilonios y las elevadas cumbres del Cáucaso y sus escabrosos declives tanto hacia el ardiente Sol como hacia las heladas Osas, el mar Caspio y los fieros Hircanos y todo el Tánais y el siempre nevado Ródope e incluso la inculta barbarie de los Escitas. Y como infectase las aguas del océano oriental y las islas del Mar Rojo, finalmente se desvió incluso hasta nosotros los ítalos hasta el punto de que Roma, señora del mundo, se ofuscó con la nube de esta oscuridad. Y para no divagar por todas partes a través de todas las regiones en las que tuvo mucho poder esta ignorancia, como puedes advertir suficientemente, hubo una sola pequeña porción del mundo entre los Triones y la puesta del Sol que no fue ennoblecida con la progenie de una divinidad de este tipo, aunque, como el resto, fuera contagiada de la nefanda credulidad. Y estas cosas no ocurrie-

ron en nuestro tiempo. Era quizá todavía adolescente Abraham cuando empezó a propagarse ésta entre los de Sición y a penetrar en los ánimos de los hombres ignorantes; sin embargo, tuvo su ebullición en el tiempo de los héroes y llegó a su máxima gloria y fama y se mantuvo hasta los días de la destrucción de la soberbia Ilio. Pues recordamos haber leído que en la guerra de Troya cayeron algunos hijos de los dioses y que Hécuba fue convertida en perra y Polidoro en ramas. Este tiempo ciertamente es muy antiguo y de muchos siglos. Y además no hay que dudar que, allí por donde ha tenido vigencia esta necedad, allí mismo se han escrito enormes volúmenes para que llegara a la posteridad la divina nobleza de los antepasados en un monumento de letras. Y aunque nunca he pensado que de tales ha habido un número pequeño, puesto que fue muy grande, Paulo Perusino, hombre de peso y el más hábil y preocupado investigador de tales cosas, afirmó alguna vez, estando yo presente, que él había conocido de Barlaam, un hombre de Calabria erudito sobre todo en las letras griegas, que no hubo ningún hombre insigne por su importante cargo o por otra preeminencia en toda Grecia, en las islas y en los litorales antes indicados en aquel tiempo en que tuvo vigor esta tontería, que no demostrara de este modo que su origen provenía de algún dios. ¿Qué puedo decir yo, qué tú al contemplar un mal tan antiguo tan difundido a lo largo y a lo ancho, que ha perdurado durante tantos siglos, explicado en tantos volúmenes y extendido en tan gran número de hombres? ¿Crees que yo puedo llevar a cabo los deseos del rey? Ciertamente, aunque los montes ofrezcan pasos fáciles y los desiertos intransitables un camino sin dificultad y conocido, aunque los ríos vados y los mares aguas tranquilas y Eolo desde su antro envíe al que hace una travesía vientos tan impetuosos como favorables y, lo que es más, que cualquier hombre tenga las doradas sandalias del alado Argifonte[1] atadas a sus pies y según sus deseos vuele a donde le plazca, a duras penas podría únicamente recorrer tan largas extensiones de tierra y mar, incluso aunque le apoye la extraordinaria vetustez de los siglos, y no podrá hacer otra cosa. Concederé más: que se dé a quien quieras poder tocar todos estos lugares en un momento y además con el favor de la gracia divina, las noticias de los caracteres e idiomas de las distintas naciones y que se preparen públicamente obras enteras

[1] Argifonte: el matador de Argos. Sobrenombre de Hermes (Mercurio) por haber dado muerte a Argos.

para el que se acerca, ¿qué mortal habrá, sin contarme a mí, que tenga fuerzas tan consistentes, inteligencia tan perspicaz y tan tenaz memoria que pueda ver todas las cosas próximas, entender las vistas, conservar las comprendidas y finalmente escribirlas con la pluma y reunidas llevarlas a una obra? Añadías, además, que explicara qué habían ocultado los hombres sabios bajo la ridicula corteza de las fábulas, ¡como si el ilustre rey pensara que es necio creer que hombres eruditos en casi toda doctrina hubiesen perdido el tiempo y derramado sudores simplemente para describir fábulas que no son acordes con ninguna verdad y que no tienen otro significado que el literal! No lo niego, me agradó esta distinción real y el argumento más seguro me hizo ver que, como tú decías antes, aquél tiene una inteligencia divina. Y me empujó a su deseo mientras me asistan las fuerzas. En realidad, acerca de las explicaciones de este tipo hay mucha más dificultad de la que piensas y es trabajo propio de un teólogo pues, aunque según la opinión de Varrón[2] cuando describió mucho acerca de las cosas divinas y humanas, sea propio de la teología este género que se llama mítico o, según la opinión de otros y quizá mejor, físico, y aunque tenga mucho de falsedad risible, sin embargo se requiere mucha arte para eliminar tal falsedad. Por ello, distinguidísimo soldado, las fuerzas de los hombres han de ser sopesadas y examinadas las inteligencias y así se les impondrán las cargas que les convienen. ¡Atlas pudo sostener sobre su cabeza el cielo y el Alcida[3] pudo reemplazar a aquél cansado bajo la carga, hombres divinos ambos y que tuvieron ambos una fortaleza casi invencible! Pero yo ¿qué? Soy un pequeño hombrecillo, sin ninguna fuerza, de inteligencia lenta y de memoria floja, ¡y tú en mis hombros, no diré el cielo que aquellos sorportaron, sino que deseas poner además la tierra y los mares e incluso los propios habitantes del cielo y junto con ellos a los importantes hombres que los sostuvieron! Esto no es otra cosa que querer que yo sea aplastado por el peso y muera. Pero si sólo esto estaba en el ánimo del rey era una carga adecuada, si es que hay alguno entre los hombres que se baste para tan gran empresa, a las fuerzas del muy ilustre varón Francisco Petrarca del que yo soy alumno hace ya tiempo. Pues es un hombre dotado de inteligencia celeste y de perenne memoria y, además, de admirable facilidad de palabra, a quien son muy familiares las historias de cualquier pueblo, muy conocidos

[2] En Agustín, *Ciudad de Dios,* VI, 5, 1.
[3] Alcida: Hércules. Patronímico por su abuelo «paterno» Alceo.

los significados de las fábulas y, para abreviar, conoce perfectamente cualquier cosa que yace en el sagrado regazo de la filosofía.» Había callado ya cuando aquél, con plácido rostro y florido lenguaje, continuó: «Creo, mucho más que conozco, que son verdad esas cosas que cuentas y veo las dificultades, pero pregunto, Juan mío, si piensas que nuestro rey carece de previsión. ¡Pues mi señor es clarividente y de dulce inteligencia y loable por su regia afabilidad! Y está lejos que quiera agobiar a alguno y mucho menos a ti, por el contrario desde antiguo tiene por costumbre aliviar a cualquiera. Y por ello con razón deben ser comprendidas y acogidas sus órdenes. Por Pólux, fácilmente puede comprenderse que son inaccesibles aquellas naciones que nombraste antes y que sus códices, si existen, son totalmente desconocidos para los latinos. Pero si se descubren algunas cosas de los Griegos que llegaron hasta los Latinos, o algunas cosas de entre los propios latinos con cuyas letras alcanzaron los estudios de los antepasados no poco honor y gloria, desea, aunque no todas, al menos las que puedan merecer tu atención[4]. Ea pues, con ánimo generoso, esperando bien de Dios, afronta el trabajo y, puesto que puedes, hazlo, ya que nadie es requerido para lo imposible. Pues la fortuna no me concedió el encuentro con Francisco Petrarca, ese varón sublime y no sólo entre los chipriotas, sino conocido por su fama que se eleva por encima del cielo, queriéndolo así Dios, según creo, para que yo respetara a aquél, ocupado en cosas muy importantes, y ofreciera a tu juventud un trabajo honorable por el cual tu nombre, que hace poco ha empezado a salir a los aires, comience a brillar con más claridad entre nosotros con una ilustre gloria.» Entonces yo digo: «Ya veo suficientemente, valiente soldado, cómo piensas que, dejados de lado Jos lejanísimos libros de los bárbaros, se puede llevar a cabo íntegramente esta obra a partir de los Griegos y Latinos. ¡Oh, buen Dios! ¿No ves tú mismo, Domnino, que con esta concesión quitas a la obra la parte más grande? Pero hagamos como ya hicieron hace tiempo nuestros príncipes dividiendo el Imperio Romano oriental y occidental; que este monstruo tenga dos cuerpos, uno bárbaro y el restante griego y latino, para el griego y latino los libros que tú mismo nombras. Ni siquiera esto podría conseguir lo que pides. Pues ya antes hemos enseñado esta antigua peste. Reflexiona tú ahora cuántos libros han tenido enemigos al correr de los siglos. Sin duda confesarás

[4] En estas palabras se puede ver la defensa del todavía incipiente Humanismo Renacentista y la constatación del mecenazgo que, al igual que en la época de su epónimo, tendría poco después de Boccaccio su gran esplendor.

que los incendios y los diluvios, para callar casos particulares, se han apoderado de la mayor parte de las bibliotecas; ¡y aunque no hubiera desaparecido otra que la de Alejandría, que hace ya mucho tiempo Filadelfo había organizado con gran entusiasmo, habría ya una gran pérdida de libros, puesto que podías encontrar en ella, según el testimonio de los antiguos, lo que quisieras! Además, al robustecerse el gloriosísimo nombre de Cristo y al apartar su doctrina resplandeciente de verdad sincera las tinieblas del error portador de muerte y sobre todo las del paganismo y al haber declinado también hacía ya tiempo el esplendor de los Griegos y predicar los mensajeros de Cristo contra la infausta religión y empujarla al exterminio, para nadie debe ser dudoso que destruyeron consigo muchos libros repletísimos de esta materia cuando demostraban con una tan verdadera como piadosa predicación que no había muchos dioses ni hijos de dioses sino un único Dios Padre y un único Hijo de Dios. Además concederás que han tenido como enemiga la avaricia cuyas fuerzas no son pequeñas, pues es muy cierto que la capacidad poética no reportaba ningún lucro a los estudiosos y en ella no hay nada de valor a excepción de lo que lleva oro. Consecuencia de ello fue que lo que no llevaba oro no sólo fuera apartado sino despreciado y tirado; y, puesto que casi todos se dirigen a la riqueza con todos sus pies, tales libros cayeron en desuso y así también desaparecieron fácilmente. Del mismo modo, para detrimento de aquellos surgió el odio detestable de algunos príncipes y conspiraron contra ellos no de otro modo que contra enemigos. Y cuántos volúmenes ha destruido este odio no sólo de fábulas sino también de cualquier arte, su número no se pone fácilmente de relieve. Por lo demás, aunque hubieran perdonado a algunos, no los hubiera perdonado, al carecer de restaurador, el paso del tiempo, que tiene dientes silenciosos y de acero que desgastan no sólo los libros sino las más duras rocas y el mismo hierro reduciendo lo demás. Este, por Hércules, ha reducido a polvo muchos volúmenes tanto griegos como latinos. Y aunque éstos y otros muchos lo han sufrido y sobre todo aquellos que podrían ser adecuados para nuestro trabajo, sin embargo no se puede negar que muchos han sobrevivido, pero ninguno en cambio, que yo conozca, escrito sobre esto que deseas. Pues las clases y los nombres tanto de los dioses como de los antepasados andan errantes, dispersos por aquí y por allá a través del mundo. Pues un libro tiene algo sobre éstos y algo otro libro. ¿Quién, pregunto, querría buscar éstos para un trabajo de poca consideración o al menos poco fructífero y estudiar tantos volúmenes, leerlos

y de aquí y de allí sacar muy poco? Creo con toda certeza que ha de abandonarse.» Pero aquél, con sus ojos fijos en mí, dijo: «No se me ocultaba que tendrías algo que decir contra mi moderada petición; pero no me rechazarás hasta el punto de que no quede un pequeño lugar en el que me refugie. Ciertamente no negaré que es verdad lo que afirmas. Quisiera decir ya por segunda vez: ¡puesto que puedes, hazlo! Esta pequeña porción que puedas sacar de aquí y de allí la desea nuestro rey. ¿Podrías incluso decir que no a esto? Pero ¡ay!, temo que una languidez perezosa te prepare estos razonamientos para escapar del trabajo. ¡Sin duda no hay nada más vergonzoso que un joven ocioso! Y si hay que trabajar, puesto que todos nacemos para el trabajo, ¿a quién mejor que a un rey excelente puedes dedicarle tu trabajo? ¡Levántate por tanto y echa fuera esta inactividad y con gran ánimo prepárate para la obra de modo que a la vez obedezcas al rey y construyas para tu nombre un camino hacia la gloriosa fama! Llegarás sin duda, si eres prudente, más allá de donde yo intento empujarte. Tú sabes que el trabajo constante vence todas las cosas; y la fortuna ayuda a los audaces y mucho más el propio Dios, que nunca abandona a los que esperan en él. ¡Anda, pues, piensa y vuelve a pensar con buenos auspicios, destripa los libros, coge la pluma y, mientras obsequias a un rey, conduce tu nombre a una vida muy larga! » Entonces yo digo: «Soy vencido más casi por la elegancia de las palabras que por la fuerza del razonamiento; me apremias y, pues me empujas, me llevas y es necesario que obedezca, quiera o no.» Y así, rey clementísimo, discutimos durante algún tiempo Domnino y yo para que yo en algún momento dirija mi pluma a ti y, sea yo capaz o no, vencido por fin llego empujado a tu decisión. Sin embargo, tú mismo ves con qué fuerzas. Así pues, por orden tuya, abandonados los montículos de guijarros de Certaldo y el estéril suelo, en una barca, aunque sea pequeña, descenderé como nuevo marinero al mar lleno de remolinos y de agudos escollos sin saber qué precio he de pagar por el trabajo, si recorreré todos los litorales e incluso los montañosos bosques, hoyas y antros. Si es necesario haré el recorrido a pie, descenderé hasta los Infiernos y, convertido en otro Dédalo, volaré hasta los aires; por todas partes conforme a tu deseo, de la misma manera que si en una enorme playa reuniera los fragmentos de un gran naufragio, reuniré los restos que descubra de los dioses paganos esparcidos a través de volúmenes casi infinitos y, una vez reunidos, empequeñecidos por el tiempo, medio consumidos y casi destruidos, los reduciré a un único corpus de genealogía en el

orden que pueda para que disfrutes con tu deseo. Sin embargo, me horrorizo de asumir tan gran obra y apenas creo que, aunque resurja y venga otro Prometeo o este mismo que, según afirman los poetas, tenía por costumbre en época remota formar hombres de barro y no yo, haya un artista que baste para esta obra. Ilustre rey, para que no te admires en adelante, quisiera decir: No esperes tener después del empleo de mucho tiempo y de una obra compuesta cuidadosamente durante largas vigilias, un cuerpo perfecto de este tipo; sino mutilado y ojalá no de muchos miembros y quizá se obtendrá deforme o contraído y jorobado por las razones ya expuestas. Además, eximio príncipe, de la misma manera que llegaré a recomponer los miembros, así avanzaré escudriñando los significados escondidos bajo la dura corteza, pero no puedo prometer hacerlo hasta la perfección según la intención de los inventores. Pues ¿quién en nuestra época puede sondear los pechos de los antiguos y explorar sus mentes, separadas hace tiempo de lo mortal hacia la otra vida, y hacer salir fuera los significados que pensaron? ¡Por Pólux, sería más divino que humano! Porque los antiguos, abandonadas las letras notables por su nombre, se fueron al terreno de la materia universal y dejaron los significados de éstas al juicio de los que nacieran después de ellos; de éstos, casi cuantas personas hay casi tantas opiniones se han encontrado. Y no hay que admirarse; pues vemos que las palabras del libro divino están reveladas por la propia verdad lúcida, cierta e inmóvil, aunque algunas veces están cubiertas por un ligero velo de ficción y son arrastradas a tantas interpretaciones cuantos lectores llegan a ellas. Y por ello no me acerco temeroso a esta obra, pues, aunque no hable bien, al menos excitaré a hablar mejor a otro más sabio. Y haciendo esto, en primer lugar escribiré las cosas que pueda extraer de los antiguos, después, cuando sean deficientes o a mi juicio no hablen claramente, añadiré mi opinión. Y esto lo haré con un ánimo gustosísimo para que aparezca claro a algunos que desconocen y detestan desdeñosamente a los poetas, a los que no comprenden de ninguna manera, que aquéllos, aun sin ser católicos, estaban dotados de tan gran sabiduría que nada creado por el hombre ha sido protegido por el velo de la ficción más artísticamente ni adornado con más belleza por el cuidado de las palabras. De lo que aparece claramente que aquéllos estaban empapados de la más grande sabiduría del mundo de la que muy a menudo carecen sus furibundos detractores. De estas investigaciones, además del artificio de los poetas de la ficción y del parentesco de los dioses vanos y sus relaciones explícitas, verás que algunas cosas naturales

se ocultan con un misterio tan grande que admirarás así las hazañas de los caudillos y sus costumbres que no se propagan por cualquier encrucijada. Después de estas cosas, puesto que la obra avanzará hacia un volumen mayor del que piensas, juzgo oportuno, para que encuentres más fácilmente lo que buscas y puedas retener mejor lo que quieres, dividirlo en varias partes y las llamaré libros. Pienso que debe colocarse al principio de cada uno de ellos un árbol en cuya raíz esté el padre de la estirpe, en las ramas pienso colocar según las derivaciones toda la amplia serie de su descendencia, para que mediante esto veas acerca de quiénes y según qué orden te informarás en el libro que sigue. Además encontrarás estos libros diferenciados con los debidos títulos que explican con abundantes palabras lo que en un primer momento has leído solamente con un único nombre en las ramas del árbol. Finalmente añadiré dos libros, en el primero de los cuales respondo a las objeciones hechas a la poesía y a los poetas, en el segundo, que será el último de toda la obra, intento rechazar algunas cosas que puedan objetarme. Para no dejar nada, no quiero que te admires o pienses que es el resultado de una equivocación mía (¡es un viejo delito!) lo que muy a menudo leas, a saber que muchas cosas son hasta tal punto diferentes de la verdad y algunas veces discrepantes en sí mismas que puedas pensar que no han sido ya no opinadas por los filósofos sino ni siquiera pensadas por los incultos, y de este modo en nada concuerdan con los tiempos. Ciertamente éstas y otras, si son distintas de lo lógico, no está en mi intención rebatirlas o corregirlas de algún modo, a no ser que espontáneamente permitan que se las someta a un orden; pues será suficiente para mí volver a escribir lo que descubra y dejar las discusiones para los que filosofan. Finalmente, si los hombres de mente sana, de acuerdo tanto con lo debido como con el pensamiento de Platón, incluso en algunos principios de las cosas más pequeñas acostumbraron a solicitar ayuda divina y a dar comienzo en su nombre lo que tenían que hacer porque, olvidado él, según la opinión de Torcuato[5] ningún comienzo se asegura suficientemente, puedo advertir con claridad qué he de hacer yo, que he de reunir de aquí y de allí el cuerpo de los dioses y de los caudillos paganos, en otro tiempo gigantesco, despedazado miembro a miembro entre los escabrosos y ásperos lugares de la vejez y de los aguijones del odio, desgastado y casi reducido a cenizas y, casi como otro Esculapio he de consolidarlo a semejanza de Hipólito. Y por

[5] Boecio.

ello, puesto que tan sólo con pensarlo titubeo bajo un excesivo peso, al piadosísimo Padre, verdadero Dios y artífice de todas las cosas y Todopoderoso, para quien vivimos todos los mortales, le ruego suplicante que asista favorable a mi proyecto grande y soberbio. ¡Que sea para mí una esplendorosa e inmóvil estrella y guíe el timón de la barquilla que surca un mar que no está acostumbrado a ser vadeado y, cuando la oportunidad lo exija, dé vientos a las velas para que yo sea llevado allí donde su nombre tenga magnificencia, alabanza y honor y gloria sempiterna, y los que lo difaman, por el contrario, engaño, ignominia, deshonra y castigo eterno!

Quién fue considerado el primer dios entre los paganos

Cuando voy a entrar en un mar inmenso y no acostumbrado a navios y voy a emprender un nuevo camino, pienso que ha de ser examinado hábilmente desde qué litoral ha de soltarse la proa de la barquilla para que, soplando un viento favorable, sea transportado directamente a donde el ánimo desea. Litoral que, sin duda, pensaré haber descubierto en el momento en que descubra al que los antiguos imaginaron como su primer dios de modo que, tomado desde él el debido comienzo de la estirpe, pueda yo avanzar con orden hasta su descendencia. Así pues, estaban reunidas en mí todas las fuerzas del alma y desde la alta atalaya de la mente contemplaba todo el contorno del orbe y vi que al punto se levantaban muchos hombres, no de una sola religión y, sin embargo, testigos muy fidedignos de la verdad cualquiera que sea, que afirmaban con su autoridad que hay un único dios al que nadie ha visto nunca y que éste es el verdadero y que carece de principio y de fin, que es omnipotente, padre y creador tanto de las cosas que vemos como de las que no vemos. Puesto que lo creía totalmente y lo había creído ya desde los años de mi infancia, siempre tuve en mente investigar las variadas y diversas opiniones de la mayoría de los antiguos acerca de éste. Me pareció que los propios paganos creían esto mismo, pero que se equivocaban al atribuir autoridad a la criatura del creador y al intentar aproximarse no todos a uno solo sino distintos a distintos. La causa de este error pienso que la introdujeron los que filosofan y piensan de distinto modo, puesto que demostraron a la antigua ignorancia y después de éstos los poetas, a los que Aristóteles llama los primeros teólogos, según sus creencias, que eran los primeros dioses aquellos que ellos consideraron las primeras causas de las cosas. Y por ello,

si eran muchos y opinaron de distinta manera, necesariamente hubo como consecuencia que tuvieran muchos y diferentes dioses las distintas naciones o sectas, cada una de las cuales pensó que el suyo era el verdadero, primero y único dios, padre y señor de los otros. Y así no sólo hicieron esta fiera de tres cabezas como Cerbero, sino que intentaron describirla como un monstruo de muchas más cabezas; mientras investigaba al más antiguo de éstos, me salió al encuentro Tales de Mileto, el hombre más sabio de su época y muy familiarizado con el cielo y los astros y del que yo había oído que había estudiado hacía ya tiempo muchas cosas sobre el verdadero Dios, más por su inteligencia que por su fe. Le rogué que dijera quién pensaba que había sido el primero de los dioses e inmediatamente dijo: «Pienso que la causa primera de todas las cosas fue el agua y que tenía en sí una mente divina que producía todas las cosas y, de la misma manera que entre nosotros humedece todas las plantas, así, haciendo surgir manantiales desde las profundidades hasta el cielo, había fabricado con mano húmeda las estrellas y el restante ornato.» Después encontré a Anaxímenes, otro muy sabio varón, y cuando le pregunto lo mismo que a Tales, responde: «Que el aire es el creador de todas las cosas, puesto que los seres animados, una vez perdido el aire, mueren inmediatamente y sin él no pueden ser creados.» Después de éstos se presentó Crisipo, hombre famoso entre los antiguos que, al ser preguntado, dijo: Que él creía que el fuego era el fundador de todas las cosas porque, sin calor, nada mortal parece poder engendrarse o, una vez engendrado, poder mantenerse. Pero cuando me reuní con Alcmeón de Crotona descubrí a un hombre de espíritu más elevado que los demás. Pues no haciendo caso alguno de los elementos, de repente con su inteligencia se mezcló con los astros, entre los que no sé qué conocería, pero dijo que él pensaba que el sol, la luna y las estrellas y todo el cielo habían sido los fabricantes de todas las cosas: ¡Oh, hombre generoso, que prodiga la deidad que los demás habían concedido sólo a un elemento a todos los cuerpos celestiales! Después de éste abordo a Macrobio, el más joven de todos. Pero él atribuye sólo al sol lo que Alcmeón había otorgado a todo el cielo. Teodoncio[6], en cambio, según pienso, hombre nuevo pero particular investigador de tales cosas, respondió sin citar a nadie: «Fue opinión de los más antiguos Arcadios que la tierra es la causa de todas las cosas

[6] Autor desconocido al que constantemente se remite Boccaccio. Cf. Introducción.

y, pensando que aquella tenía una mente divina, como dice Tales hablando del agua, creyeron que por obra suya habían sido producidas y creadas todas las cosas.» Además, para no mencionar otras cosas, los poetas que siguieron la opinión de Tales llamaron al elemento del agua océano y dijeron que era el padre de todas las cosas, de los dioses y de los hombres y comenzaron a partir de él la genealogía de los dioses, lo que podríamos haber hecho nosotros si no hubiésemos encontrado que, según algunos, Océano fue hijo de Cielo. Y quienes creyeron que Anaxímenes y Crisipo dijeron cosas ciertas, puesto que los poetas ponen a Júpiter en lugar del elemento fuego y algunas veces y muy a menudo en lugar de aire, le entregaron la soberanía de todos los dioses y en sus genealogías lo señalaron como el primero de todos los dioses; a los que ciertamente no seguimos en esto, puesto que recordamos haber leído que Júpiter fue hijo unas veces de Éter, otras de Cielo, otras de Saturno. Quienes dieron prueba de su lealtad a Alcmeón, pretendieron que Celio o Cielo fue el primero de su genealogía. Al cual lo desestimamos, ya que hemos leído que fue engendrado por Éter. Quienes a Macrobio y a sus antecesores, concedieron la primacía de la genealogía al Sol. Los propios poetas testifican que éste tuvo muchos padres, atribuyéndole unas veces como padre a Júpiter, otras a Hiperíon, otras a Vulcano. Quienes pretendieron que la Tierra era la creadora de todas las cosas, como dice Teodoncio, que tenía dentro de ella una mente divina, la llamaron Demogorgón. Al que efectivamente yo considero el padre y principio de los dioses paganos, puesto que he descubierto, según las ficciones poéticas, que éste no ha tenido ningún padre y porque he leído que éste ha sido no sólo padre de Éter, sino abuelo, y de otros muchos dioses de los que éstos han nacido, de los cuales ya se hizo mención antes. Así pues, examinados todos, separados algunos como cabezas superfluas y llevados a los miembros, tras pensar haber encontrado el principio del camino haciendo a Demogorgón no el padre de las cosas sino de los dioses paganos, con la ayuda de Dios entraremos en el escabroso camino a través del Ténaro[7] o el Etna descendiendo hasta las entrañas de la tierra y surcando antes que otros los vados de la laguna Estige.

Descrito con gran majestad el árbol de las tinieblas, a mí, que andaba errante en medio de las entrañas de la tierra, se me apareció el inactivo antepasado de todos los dioses pjganos, rodeado

[7] Ténaro, promontorio de Laconia, era para los antiguos uno de los lugares por donde se entraba a los Infiernos.

por todas partes de nubes y sombra, Demogorgón, horrible por su mismo nombre, cubierto de una cierta palidez musgosa y por una descuidada humedad; exhalando un repulsivo y fétido olor a tierra y confesándose el padre del desgraciado origen más con palabras ajenas que con las suyas propias, se detuvo ante mí, artífice del nuevo trabajo. Me reí, lo confieso, al verlo, recordando la locura de los antiguos que pensaron que aquél había nacido eterno de nadie y padre de todas las cosas y que se ocultaba en las entrañas de la tierra. Puesto que esto realmente concierne poco a la obra, dejémoslo en su miseria, avanzando nosotros hacia lo que deseamos. Pues Teodoncio dice que la causa de esta necia credulidad tiene su origen no en los hombres de ciencia sino más bien en los más antiguos campesinos de Arcadia. Estos, al ser hombres de tierra adentro, montaraces y semisalvajes y como vieran que la tierra, por su propio impulso, producía bosques y toda clase de arbustos, hacía brotar flores, frutos y simientes, que alimentaba a todos los animales y finalmente recibía en sí misma cualquier cosa que moría y, todavía más, que los montes vomitaban llamas, que el fuego se arrancaba del duro sílice, que los vientos soplaban desde lugares cóncavos y valles y se dieran cuenta de que ella, la tierra, se movía alguna vez e incluso emitía rugidos y de sus propias entrañas vertía fuentes, lagos y ríos, como si salieran de ella el fuego etéreo y el aire puro y, totalmente empapada, derramase aquella enorme extensión de agua del océano, y como si pequeñas chispas que volasen a lo alto procedentes del choque de los incendios produjesen los globos del sol y de la luna y se clavaran como estrellas sempiternas desordenadamente en lo más alto del cielo, neciamente lo creyeron. Pero quienes siguieron después de éstos, que tenían el pensamiento algo más profundo, no llamaron simplemente a la tierra la autora de estas cosas, sino que había implícita en ella una mente divina con cuyo pensamiento y voluntad se producían las cosas. Y pensaron que esa mente tenía su morada en lugares subterráneos. Aumentó la credibilidad en este error entre los campesinos el haber entrado en los antros y profundísimos recovecos de la tierra alguna vez, porque en ellos, al avanzar con una luz cada vez más mortecina, parece que se agranda el silencio, la superstición se acostumbró a penetrar en las mentes con el horror natural de los lugares y la sospecha de la presencia desconocida de alguna divinidad que, conjeturada como tal divinidad por aquellos, no la consideraban otro que Demogorgón, por el hecho de que se creía que su mansión estaba en las entrañas de la tierra, como se ha dicho. Así pues, éste, al ser tenido entre

los más antiguos Arcadios en alto honor, considerando que se aumentaba la majestad de su divinidad manteniendo en silencio su nombre, o pensando que no era decoroso que un nombre tan elevado corriese de boca en boca entre los mortales, o quizá temiendo que al ser nombrado se irritara contra ellos, se prohibió, con el consentimiento popular, que fuera nombrado por alguien sin castigo. Lo que ciertamente parece atestiguar Lucano cuando describe a Ericto invocando a los Manes diciendo [VI, 744-747]: «Obedecéis o ha de ser llamado aquél que, al ser invocado, la tierra tiembla sin ser nunca sacudida, el que mira abiertamente a la Górgona y castiga a Erinis temerosa de sus golpes, etc.» Así también Estacio, cuando el anciano ciego Tiresias por orden de Etéocles escudriña el resultado de la guerra de los Tebanos dice [IV, 514-517]: «Pues lo conocemos y tenéis miedo de que algo se diga y se conozca y de turbar a Hécate si yo, Timbreo, no te temiera a ti y al más importante del triple mundo al que es nefasto conocer; a él, pero callo, etc.» Este, del que los dos poetas hablan no expresando su nombre, dice claramente Lactancio[8], hombre insigne y docto, que comenta a Estacio, que es Demogorgón, el más importante y el primero de los dioses paganos. Y nosotros incluso podemos aceptarlo en el caso de que queramos conceder valor a las palabras de los poemas. Pues en Lucano dice la mujer hechicera[9] y pagana, para demostrar su preeminencia y su mansión subterránea, que la tierra tiembla al ser invocado aquél, cosa que nunca hace en otras ocasiones a no ser sacudida[10]. A continuación de esto dice él mismo, que puesto que ve a la Górgona, esto es a la tierra desnuda, es decir en su plenitud, porque habita en las entrañas de la tierra; nosotros por nuestra parte, con respecto a él, sólo vemos la superficie de arriba. O contempla abiertamente a Górgona, ese monstruo que convierte en piedra a quienes la miran, y no por ello se convierte en piedra, para que ello aparezca como un signo más de su preeminencia. En tercer lugar, muestra su poder también en los Infiernos al decir que éste castiga con azotes a Erinis, en lugar de Erinies, esto es las Furias, a saber reprimiéndolas e irritándolas con su poder. Por otra parte, Estacio dice que éste es conocido por los dioses celestiales, de modo

[8] Lactancio Plácido, *Theb.*, IV, 516, presenta en unos manuscritos *demiourgon* y en otros Demogorgón. Cf. Landi y *CFC*, XI, pp. 220-21.

[9] Ericto.

[10] La explicación que da Boccaccio de estos versos de Lucano, *Phars.*, VI, 745-6, está en contradicción con la traducción de Herrero Llórente, en *Colección hispánica de autores griegos y latinos*, vol. II, p. 117.

que demuestra que aquél es subterráneo y el primero de todos e invocado puede doblegar a los Manes a los deseos de los mortales, cosa que ellos no querrían. Dice también que es nefasto conocerlo, porque conocer los secretos de un dios no concierne a todos; pues si fueran conocidos, el poder de la divinidad casi se convertiría en una insignificancia. A éste, además, para que no se angustiara con el tedio de la soledad, la antigüedad generosa y que todo lo ve, como dice Teodoncio, le dio como compañeros a la Eternidad y al Caos y a continuación un importante batallón de hijos; pues ellos entre varones y hembras sostuvieron que habían sido nueve, como más adelante aparecerá con todo detalle. Este era el lugar de la revelación si hubiese algo escondido bajo una ficción poética. Pero, dado que está al descubierto el significado de esta divinidad errónea, tan sólo resta explicar qué parece significar su áspero nombre. Demogorgón en griego significa en latín, según pienso, dios de la tierra. Pues *demon* es dios, como dice Leoncio, pero *Gorgon* se interpreta como tierra. O mejor aún, la sabiduría de la tierra, puesto que se presenta como el dios que sabe o la sabiduría. O, como agrada más a otros, un dios terrible, lo cual se lee del Dios verdadero que habita en los cielos: Su Santo y terrible nombre. Pero éste es terrible por otra causa, pues aquél, por la rectitud de su justicia es terrible en su juicio para los que obran mal, éste en cambio para los que piensan neciamente. Finalmente, antes de ver algo acerca de sus hijos, ha de verse un poco sobre sus compañeros.

CAPÍTULO PRIMERO

Sobre la Eternidad

Sigue lo referente a la Eternidad, a la que los antiguos consideraron compañera de Demogorgón para que éste, que no era nada, pareciera eterno. Ella, con su propio nombre, indica que es por sí misma, pues no se puede medir con ninguna cantidad de tiempo, ni puede ser designada con ningún espacio de tiempo, puesto que contiene toda la vida y no es contenida por ninguna. Me complace, pues, intercalar qué ha escrito acerca de ella Claudio Claudiano cuando en un poema heroico entona las *Alabanzas de Estilicen* [II, 424-435]. Pues dice así: «Está, muy desconocida e inaccesible

para nuestra mente, la desaliñada madre de los años que apenas puede ser abordada por los dioses, cueva de la vida inmensurable que de su vasto regazo suministra y retira los tiempos; una serpiente abarca el antro en el que con plácido numen consume todas las cosas y continuamente se reviste de escamas y volviendo la boca devora su cola recorriendo nuevamente los orígenes en silencioso deslizamiento. Guardiana del Vestíbulo, aunque anciana de rostro agradable, la naturaleza se sienta ante las puertas y de todos sus miembros cuelgan las volátiles almas; el anciano venerable que reparte los números a los astros escribe leyes que han de permanecer y carreras y pausas estables con las que todas las cosas viven y perecen de acuerdo con leyes fijas. El examina, etcétera.» Por último, descrito así el antro, dice lo siguiente [446-449]: «Aquí habitan, diferenciados sus rostros por distintos metales, las Edades" dispuestas en sus lugares, allí se amontonan las de bronce, aquí están rígidas las de hierro, allí centellean las de plata; en la región más importante una casa, etc.» Esto dice él; de lo cual pienso que tú, el más serenísimo de los reyes, puedes percibir con qué agradable estilo y con qué lenguaje pulido y claro describe el poeta qué es la Eternidad y qué se contiene dentro de la Eternidad. El cual, para mostrar el alejamiento de ella de todos los tiempos, la llama gruta de sí misma, esto es, profundidad desconocida de su regazo y que está lejos, y con mayor motivo para los mortales, pero apenas abordable para los dioses, esto es para las criaturas felices que están en la presencia de la divinidad; y finalmente dice de ella que suministra y retira los tiempos, para que sea claro que dentro de ella todo tiempo ha recibido, recibe y recibirá un comienzo y por último llegará a su fin. Y para demostrar en qué orden, describe una serpiente que se rejuvenece continuamente, esto es que en lo referente a ella nunca tiende a la vejez, y que con la boca vuelta hacia la cola la devora, para que gracias a esta acción nos demos cuenta del deslizamiento circular del tiempo, pues siempre el fin de un año es el comienzo del siguiente. Y así será mientras el tiempo dure. Utiliza este ejemplo porque fue costumbre en otro tiempo entre los egipcios describir el tiempo mediante él, antes de que adoptasen la escritura. Y a continuación dice que esto se hace de manera callada porque el tiempo se desliza poco a poco sin que nosotros lo advirtamos. Y describe a la naturaleza llena de almas que vuelan a su alre-

[11] Claudiano y Boccaccio hablan de *saecula* y hemos preferido traducir este término por Edades en lugar de Siglos porque, al menos en este caso, *saecula* es el equivalente a las Edades o Razas humanas.

dedor porque continuamente infunde almas a muchos seres animados y por ello la describe ante las puertas de la Eternidad, para que entendamos que lo que entra en el regazo de la Eternidad, bien sea para permanecer poco o mucho, entra por la acción de la naturaleza, y así está aquí casi como portera y ha de entenderse como naturaleza engendrada naturaleza. Pues lo que la naturaleza produce creando naturaleza nunca sale. Por otra parte, el anciano que en el antro reparte los números a las estrellas creo que es el Dios verdadero, no porque sea anciano, pues ninguna descripción de la edad incide sobre lo eterno, sino porque habla según la costumbre de los mortales, que también llamamos inmortales a los ancianos de mucha edad. Este reparte los números a las estrellas para que entendamos que, siendo él quien actúa y da las órdenes, nosotros distinguimos el paso del tiempo gracias a un movimiento de los astros determinado y fijado por aquél y así, por ejemplo, tenemos un año gracias al recorrido de todo el cielo del sol, así un mes a causa del mismo tipo de circunvolución de la luna y un día por una vuelta completa de la octava esfera. Sobre los siglos, que dice que existen en el mismo lugar, se escribirá más adelante con suficiente amplitud, cuando se hable acerca de las Eonas [12].

CAPÍTULO II

Sobre Caos

El Caos, como afirma Ovidio en el comienzo de su más grande obra [13], fue una materia confusa y mezcla de todas las cosas que iban a crearse. Pues dice así [I, 6-9]: «Uno era el rostro de la naturaleza en el orbe entero, al que llamaron Caos, masa informe y enmarañada y no otra cosa que un peso inerte y, amontonadas en él, las semillas discordantes de cosas mal unidas, etc.» Este o ésta tan hermosa imagen privada de una forma determinada sostuvieron algunos, por otra parte insignes filósofos, que había sido compañera de eternidad de Demogorgón para que, si alguna

[12] IV, 5, donde vemos que las Eonas se identifican con los siglos y por eso aquí lo mantenemos ya que en este caso siglos no aparecen para designar lo que se entiende como las Razas o Edades.

[13] Boccaccio se refiere a menudo con esta expresión a *Las Metamorfosis*.

vez le hubiese venido a la mente producir criaturas, no le faltase materia: como si quien había podido dar forma a diversas cosas no pudiera producir una materia de la que darla. Es ridículo, pero confieso que ya nadie lo rebate.

CAPÍTULO III

Sobre Litigio, primer hijo de Demogorgón

Con estas premisas hay que llegar a la importante descendencia del primer dios de los paganos. Pretendieron que el primer hijo de éste fue Litigio, porque afirman que salió el primero del útero de Caos preñada, pero de padre desconocido. Sobre su nacimiento cuenta Teodoncio la siguiente fábula. Pues dice que fue escrito por el poeta Pronápides en el *Protocosmos* que una vez, estando sentado Demogorgón en el antro de la Eternidad para descansar, se dio cuenta de que había un tumulto en el útero de Caos y, agitado por ello, abrió con su enorme mano el vientre de Caos y, arrancado Litigio que provocaba el tumulto porque tenía un aspecto vergonzoso y deshonesto, lo arrojó a los aires. El, al punto, salió volando hacia lo alto, pues no podía descender a los lugares inferiores, pareciendo el más inferior de todas las cosas éste que lo había arrancado del útero materno. Pero después que Caos, agotada por tan duro esfuerzo, puesto que no tenía una Lucina a quien invocar, totalmente mojada parecía que debía convertirse en sudor, exhalando interminables suspiros de fuego, insistiendo Demogorgón con su fuerte mano, se consiguió por medio de esto que, ahuyentado ya Litigio, diera a luz a las tres Parcas y a Pan junto con ellas. Y después, como Pan le pareciera más apto que las otras para llevar a cabo empresas, lo puso al frente de su casa y le dio a sus hermanas como cortejo. Caos, por su parte, liberada del peso, por orden de Pan vino a ser la morada de Demogorgón. Pero Litigio, a quien nosotros vulgarmente llamamos Discordia, es llamado Lis por Hornero en la *Iitada* [XIX, 91] [14], y es llamada hija de Júpiter que el mismo dice que fue arrojada del cielo a la tierra porque fue herido por Juno

[14] Hornero en realidad, en boca de Agamenón habla de Ate, personificación de la Fatalidad, diosa del castigo y la venganza en *II.,* XIX, 91.

mediante ésta con motivo del nacimiento de Euristeo y Hércules. Por su parte, Teodoncio dice más cosas todavía acerca de Litigio, que añadiré cuando parezca que deben ser puestas adecuadamente siguiendo su curso y que acerca de ello se omiten en este momento. Conoces, preclaro rey, una fábula que produce risa, pero se ha llegado a un punto en el que es oportuno apartar de la verdad la envoltura de la ficción, si bien antes es preciso responder a los que muy a menudo dicen: «¿Por qué los poetas han transmitido las obras de dios, de la naturaleza o de los hombres bajo este velo de fábulas? ¿No tenían otro modo?» Sin duda lo había, pero así como no hay un aspecto igual para todos, de la misma manera no son iguales las decisiones de los espíritus. Aquiles antepuso las armas al ocio, Egisto la holgazanería a las armas, Platón aspiró a la filosofía dejando de lado las demás cosas, Fidias a esculpir estatuas con el buril, Apeles a pintar imágenes con su pincel. Así, para que yo tolere los otros estudios de los hombres, el poeta se complace en ocultar la verdad con fábulas, complacencia cuya causa parece mostrar con bastante exactitud Macrobio en su *Comentario al Sueño de Escipión* [I, 2, 17] cuando dice: «De los otros dioses he hablado y sobre el alma tienden a lo fabuloso no en vano ni para divertirse sino porque saben que en todas partes es enemiga abierta de la naturaleza su definición, la cual, así como alejó de los vulgares sentidos de los hombres su conocimiento mediante un variado velo que cubre las cosas, así quiso que sus secretos fueran tratados por los sabios en fábulas. Así los propios misterios se ocultan en las galerías subterráneas de las fábulas para que incluso así, la naturaleza de tales cosas no se ofrezca desnuda a sus adeptos, sino sólo a los hombres más importantes, sirviendo de intérprete la sabiduría, los demás están contentos con los que conocen el verdadero secreto.» Estas cosas Macrobio, con las que, aunque podría decirse mucho más, pienso que se ha respondido suficientemente a los que preguntan. Además, eminente rey, ha de saberse que en estas ficciones no hay un único conocimiento, sino que más bien puede llamarse *poliseno,* esto es de múltiple significado. El primer significado se obtiene a través de la corteza, y éste se llama literal; los otros, por las denominaciones a través de la corteza y éstos se designan como alegóricos. Y para que se comprenda más fácilmente lo que pretendo, pondremos un ejemplo. Según la ficción poética, Perseo, el hijo de Júpiter, mató a la Górgona y vencedor voló a los aires. Cuando se lee esto al pie de la letra se le concede significado histórico. Si se busca un

significado moral a partir de esta literalidad, aparece la victoria del prudente contra el vicio y el acceso a la virtud. Pero si queremos tomarlo de una manera alegórica, se designa como la elevación de la mente piadosa, una vez despreciados los placeres mundanos, al cielo. Además también se podría decir con un sentido místico que mediante la fábula se representa la ascensión de Cristo junto al padre una vez que ha triunfado como príncipe del mundo. Pero, aunque estos significados sean denominados con diferentes designaciones, sin embargo todos pueden ser llamados alegóricos, cosa que se hace la mayoría de las veces. Pues se dice alegoría a partir de *allon,* que en latín significa ajeno o diferente, y por ello cuantos sean distintos del significado histórico o literal pueden ser llamados con razón alegóricos, como se dijo. Sin embargo, no está en mi ánimo escudriñar según todos los significados las fábulas que siguen, porque pienso que es suficiente haber explicado uno de varios, aunque alguna vez quizá se añadan más. Pero ahora explicaré con pocas palabras lo que creo que ha pensado Pronápides. Pues me parece que Pronápides ha pretendido designar la creación del mundo según la errónea opinión de aquellos que pensaron que un dios había producido, a partir de materia preparada, las cosas que han sido creadas. Pues pienso que Demogorgón, que se da cuenta de que se produce un tumulto en el útero de Caos, no es otra cosa que la divina sabiduría a la que incita alguna causa, por ejemplo la madurez del vientre, esto es que ha llegado la hora del tiempo fijado, y así ha querido tomar a su cargo la creación y apartar con un orden determinado las cosas que estaban mezcladas, y entonces ha extendido la mano, es decir ha prestado atención a su voluntad para producir una obra hermosa y ordenada de un informe lodazal y, apartadas antes las otras cosas del útero de la que sufre, esto es la fatiga de la confusión que sufre a Litigio, que se aparta de las cosas tantas veces cuantas se arrancan las causas de discordia, les ha impuesto el orden debido. Es evidente, pues, que antes que otras cosas ha hecho esto, a saber separar los elementos que estaban confundidos entre sí, pues los calientes luchaban con los fríos, los secos con los húmedos, los ligeros con los pesados[15]. Y como pareciera la primera acción del dios haber arrancado a Litigio de las cosas que luchaban imponiendo un orden, fue llamado el primer hijo de Demogorgón. Que fue arrojado a causa de su vergonzoso aspecto porque es muy vergonzoso litigar; el

[15] Boccaccio está parafraseando aquí a Ov., *Met.,* I, 18-20.

haber volado a lo alto más parece prestar armonía a un orden inventado que querer significar otra cosa. Después el arrojado no tenía a dónde dirigirse sí no se encaminaba a lo alto, puesto que se sabe que él había sido sacado a la luz en las partes inferiores del mundo ya producido. Hornero escribe sobre el hecho de que fue arrojado por los dioses a la tierra porque por obra suya Euristeo nació antes que Hércules, según será narrado en su lugar. Pero en cuanto al sentido intrínseco yo me doy cuenta de esto, de que muy a menudo surgen los litigios entre los mortales por incitación de los cuerpos superiores. Además puede decirse que aquél fue lanzado a la tierra por los dioses de arriba, puesto que entre los dioses de arriba todo se realiza con un seguro y perpetuo orden, a la vez que entre los mortales apenas se encuentra algo que sea concorde. Finalmente, cuando se dice que Caos estaba mojada de sudor *y* que emitía suspiros de fuego, pienso que no se entienden ninguna otra cosa que la primera separación de los elementos, de modo que entendamos por sudor el agua, por suspiros de fuego el aire y el fuego y son cuerpos los que están arriba. Y por gordura de esta mole la tierra que, por consejo de Pan, al punto se convirtió en la casa y morada de Demogorgón. Al haber nacido Pan después de Litigio, creo que los antiguos pensaron que la naturaleza engendrada como naturaleza había tenido su comienzo en aquella separación de los elementos y que fue puesta inmediatamente ante la casa de Demogorgón, esto es del orbe, como si por obra suya, queriéndolo así el dios, se produjeran todas las cosas mortales. Además creo que se creó la ficción de que las Parcas nacieron en el mismo parto y fueron entregadas como cortejo a su hermano por lo mismo, para que se entienda que la naturaleza ha sido producida con estas leyes, para que procree o engendre, alimente y conduzca a todo lo nacido a su fin. Estos tres son los oficios de las Parcas, con los que prestan continuo servicio a la naturaleza, como más extensamente aparecerá en lo que sigue.

CAPÍTULO IV

Sobre Pan, segundo hijo de Demogorgón

Ya se ha demostrado suficientemente antes que Pan fue hijo de Demogorgón. Acerca del cual Teodoncio relata la siguiente fábula. Pues dice que éste había irritado a Cupido con sus pa-

labras y fue superado en un certamen tenido con él y por mandato del vencedor se había enamorado de Siringe, ninfa de Arcadia, la cual, puesto que anteriormente se había divertido con los Sátiros, despreció también unirse a él. Pero como Pan siguiera a la que huía del apremiante amor, ocurrió que ésta se detuvo obstaculizada por el río Ladón e imploró con súplicas el auxilio de las ninfas, por obra de las cuales consiguió convertirse en cañas de los lugares húmedos. Al darse cuenta Pan de que éstas con el movimiento de los vientos eran cantoras cuando chocaban alternativamente, conmovido tanto por el afecto de la muchacha amada por él como por el encanto del sonido, con gusto cogió las cañas y compuso una flauta de siete de ellas que hizo desiguales, según dicen, y cantó el primero esas cosas, como parece atestiguar Virgilio [*Buc,* II, 32-33]: «Pan fue el primero en enseñar a unir cañas desiguales con cera, etc.» Además de este poeta, otros insignes hombres describieron la admirable figura. Pues según dice Rábano en su libro *Sobre el origen de las cosas* [111, 432, C][16]: «Este, además de otras cosas, tiene clavados en su frente unos cuernos que' se dirigen al cielo, una barba abundante y que cuelga sobre el pecho y en lugar de vestidura una piel adornada con manchas a la que los antiguos llamaron nébride[17], así también en la mano una vara y la flauta de siete cañas.» Dice, además, que tenía los miembros inferiores erizados y velludos y que tenía pies de cabra y, como añade Virgilio *[Buc,* X, 24], rostro de color de púrpura. Rábano pensaba que éste era el mismo que Silvano. Pero Virgilio *[ibid.,* 24-26] precisa que eran diferentes diciendo: «Viene también Silvano con el adorno de la cabeza agreste agitando floridas ramas y enormes lirios.» Y allí mismo sigue: «Viene Pan, el dios de la Arcadia.» Y en otro lugar *[Georg.,* II, 494] dice: «A Pan y al anciano Silvano y a sus hermanas las ninfas.» Así pues, con estas premisas ha de llegarse a lo intrínseco. Y puesto que antes se ha dicho que Pan era la naturaleza engendrada como naturaleza, pienso que fácilmente puede verse qué pretendían los que inventaron que había sido vencido por Cupido. Pues tan pronto como la naturaleza fue producida por su propio creador, inmediatamente comenzó a trabajar y complacida con su obra comenzó a amarla y, así estimulada por la complacencia, sucumbió al amor. En cuanto a Siringe, a la que dicen amada por Pan, como dice Leoncio, recibe su nombre de *syren* en griego, que en latín significa

[16] El 111 corresponde al volumen de la *Patrología Latina* de Migne.
[17] Piel de cabrito o corzo que es sobre todo característica de Baco.

cantando al dios, y así podríamos decir que Siringe es la melodía de los cielos o de las esferas que, según la opinión de Pitágoras, era, o es, consecuencia de los movimientos variados entre sí de las revoluciones de las esferas, y por tanto, como lo más agradable al dios y a la naturaleza, es amada por la naturaleza que la produce. O pretendemos más bien que Siringe es la obra de la naturaleza para los cuerpos divinos que actúan a nuestro alrededor, organizada con tan gran orden que, cuando es conducida a un fin determinado por un espacio continuo, hace lo mismo que hacen los que cantan según las reglas para producir armonía, cosa que debe creerse será gratísimo a dios. Ahora bien, por qué dijeron que ésta fue ninfa de Arcadia y convertida en caña, pienso que se ha dicho porque, según opina Teodoncio, los Arcadios fueron los primeros que, una vez inventado el canto, lanzado a través de cañas largas y finas un soplo, encontraron cuatro intervalos de notas y finalmente añadieron tres [18] y por último, ya que hacían muchos caramillos, los reunieron en una sola flauta, siendo inventados los agujeros más lejanos y más cercanos a la boca del que sopla. Pero Macrobio *[com. al Sueño de Escipión,* II, 1, 8] dice que esto fue descubierto por Pitágoras según los golpes de martillos pesados y ligeros. Sin embargo, Josefo, en el libro de la *Antigüedad judía* dice que fue inventado mucho antes por Iubal, según el tintineo de los martillos de su hermano Tubalcaín, que fue herrero[19]. Pero puesto que a los que escribían fábulas les pareció más verdadero que lo habían inventado los Arcadios, quizá porque en aquella época superaban a los demás con la flauta, pretendieron que había sido una ninfa de Arcadia. Pero que Siringe se ha divertido con los Sátiros y ha escapado de Pan y que fue detenida por Ladón y convertida en caña con ayuda de las ninfas oculta a mi juicio algo de buena consideración en torno a nuestros cantos. Pues ésta, despreciados los Sátiros, esto es las inteligencias torpes, huye de Pan, es decir del hombre nacido apto por naturaleza para la música; y ciertamente no huye de la acción sino de la consideración del que desea, a quien parece que en la dilación se le acaba lo que desea. Esta entonces es detenida por Ladón

[18] Cf. Verg., *Aen.,* VI, 646: *septem discrimina vocum.*

[19] Flavio Josefo, *Ant. Iud.,* I, 64, habla de un *Ioubelos* que en hebreo es Túbal-caín y que aparece como *Thobel* en la versión de los *LXX.* Cf. *Génesis,* I, 4, donde hablando de los hijos de Lamech se dice: «Ada dio a luz a Iaba, el cual vino a ser padre de los que habitan en tiendas y crían ganado. El nombre de su hermano era Iubal, padre de cuantos tocan la cítara y la flauta. Sil-la, por su parte, engendró a Túbal-caín, padre de todos los forjadores de cobre y hierro.»

hasta que se complete el instrumento para hacer salir el pensamiento, pues Ladón es un río que alimenta en su ribera las cañas en las que se dice que se convirtió Siringe, de las que sabemos que después se hizo la flauta. De lo cual debemos colegir que la raíz de las cañas está fija en la tierra y así el ejercicio del arte de la música y por ende el descubrimiento del canto se oculta durante mucho tiempo en el pecho del inventor hasta que se le facilita un órgano para emitirlo, lo cual se consigue de cañas arrancadas de raíz con ayuda de la humedad; realizado esto, el sonido meditado con anterioridad se emite con ayuda de la humedad que hace surgir el soplo. Pues si estuviera seco, no se conseguiría ninguna melodía sonora sino más bien un mugido, como vemos que ocurre con el fuego lanzado a través de cañas. Y así Siringe parece que se convirtió en cañas porque resuena a través de las cañas. Pudo suceder, además, que las cañas fuesen descubiertas por el inventor de la flauta junto al Ladón y así fuese detenido por Ladón. Queda qué pudieron pensar acerca de la imagen de Pan, con la que yo pienso que los antiguos pretendieron describir el cuerpo universal de la naturaleza, a saber tanto de las cosas activas como de las pasivas, por ejemplo al considerar los cuernos que tienden al cielo como una descripción de los cuerpos divinos, descripción que percibimos de dos maneras mediante el arte con la que investigando conocemos los cursos de los astros y con el sentido con el que percibimos su influencia sobre nosotros. Por el rostro encendido, pienso que debe entenderse el elemento fuego, con el que pretendieron que estaba unido el aire, a los que así unidos algunos llamaron Júpiter. Por otra parte, por la barba, por la que se demuestra la virilidad, pienso que han querido que se entendiera el poder activo de estos dos elementos así unidos y la obra de éstos sobre la tierra y el agua, cuando interpretaron que ella colgaba sobre el pecho y las partes inferiores. Por otra parte, lo describieron cubierto por una piel moteada para demostrar mediante ella la admirable belleza de la octava esfera adornada con el frecuente resplandor de las estrellas, esfera ciertamente con la que, así como el hombre se cubre con un vestido, de la misma manera se cubre todo lo que concierne a la naturaleza de las cosas. Por la vara, pienso que ha de entenderse el gobierno de la naturaleza por el que se rigen todas las cosas y sobre todo las que carecen de razón y son conducidas a un determinado fin incluso en sus obras. Pero le añadieron la flauta para designar la armonía celeste. El hecho de que tenga un cuerpo erizado y peludo en sus miembros inferiores creo que es la superficie de la tierra,

jorobada de montes y peñascos y cubierta de bosques, de malezas y de hierbas. Pero otros opinaron de distinta manera. A saber que por esta imagen se designaba el Sol, al que creyeron padre y señor de las cosas, entre los que estuvo Macrobio [I, 22, 2]. Y así pretendieron que sus cuernos son el indicio de la luna que renace. Por la cara de púrpura, el aspecto del aire que se enrojece por la mañana y por la tarde; por la abundante barba, los rayos del mismo sol que descienden hasta la tierra; por la piel moteada, la belleza del cielo que deriva de la luz del Sol; por el bastón o vara, el poder y gobierno de las cosas; por la flauta, la armonía del cielo conocida por el movimiento del sol, etc., como antes. Creo, rey magnífico, que ves cuan alto me elevo en la exposición, lo que hago por un doble motivo. En primer lugar, porque confío, puesto que tienes un noble ingenio con el que puedes, a través de las interpretaciones dadas, por pequeñas que sean, penetrar en todos sus más profundos significados. En segundo lugar, porque hay que dejar paso a lo que sigue. Pues si quisiera describir todas las cosas que pueden añadirse a la exposición de esta fábula, ella sola ocuparía casi todo el volumen imaginado. Y, volviendo a lo que dejé de lado, a este Pan, bien porque en un avance progresivo los Arcadios lo asimilaron con Demogorgón, según opinó Teodoncio, bien porque olvidado aquél todos los ánimos se volvieron a éste, le rindieron culto especialmente incluso con sacrificios horrendos, como el humano, ofreciendo sacrificios sobre todo con la sangre de sus hijos, y lo llamaron Pan de *pan* que en latín significa todo, pretendiendo por esto que todas las cosas, cualesquiera que sean, se encierran en el seno de la naturaleza y así esta misma lo es todo. Después los más jóvenes, porque les gustan las innovaciones, lo llamaron Pan Liceo. Otros, suprimido el nombre de Pan, lo llamaron solamente Liceo. Y algunos lo consideraron Júpiter Liceo al ser apartados, por obra de la naturaleza o de Júpiter, los lobos de los rebaños entre los que casi todos ellos vagaban, y así parece que mereció este sobrenombre por haber puesto en fuga a los lobos; pues en griego lobo se dice *lycos.* Pero Agustín, cuando escribe *Sobre la ciudad de Dios* [XVIII, 17] dice que no por esto le corresponde ser llamado Pan Liceo, sino a causa de la frecuente transformación de los hombres en lobos que se daba en Arcadia, lo que pensaban que no podía ocurrir a no ser por obra del poder divino. Por ello parece que Macrobio ha deducido de aquí que Pan no es Júpiter sino el Sol, porque el Sol es padre de toda vida mortal y, al salir aquél, los lobos, dejadas de lado las

emboscadas a los rebaños, acostumbraron a irse a las selvas y así, a consecuencia de este beneficio, lo llamaron Liceo.

CAPÍTULO V

Sobre Cloto, Láquesis y Atropo, hijas de Demogorgón

Cloto, Láquesis y Atropo, como dije arriba cuando hablé de Litigio, fueron hijas de Demogorgón. Sin embargo, Cicerón llama a éstas Parcas cuando escribe *Sobre la naturaleza de los Dioses* [III, 17, 44] y dice que fueron hijas de Erebo y la Noche[20]. Pero yo me adhiero más bien a Teodoncio, que dice que ellas fueron creadas con la naturaleza de las cosas, lo que parece estar mucho más de acuerdo con la verdad, a saber que fueron contemporáneas de la naturaleza de las cosas. A estas mismas, donde antes, Tulio las llama en singular *Fatum* y dice que era hijo del Erebo y la Noche, al que yo llamaré hijo de Demogorgón mucho más que Parcas, teniendo en consideración lo que se escribe sobre el Hado, como después seguirá. Séneca en las cartas a Lucilio llama a éstas *Fata,* aunque dice que lo dijo Cleante, al decir: «Los hados guían al que quiere, arrastran al que quiere.» En torno a esto no sólo describe su oficio, a saber que estas hermanas conducen todas las cosas, pero también las arrastran no de otro modo que si todo sucediera por necesidad. Lo que más claramente parece pensar en sus tragedias el poeta trágico Séneca y sobre todo en aquella cuyo título es *Edipo* cuando dice [980-994]: «Somos llevados por los Hados, confiad en los Hados. Las inquietas preocupaciones no pueden cambiar los hilos del huso inmutable.' Lo que sufrimos la raza mortal y lo que hacemos viene desde lo alto. Láquesis cuida los decretos de su rueca haciéndolos girar con cruel mano, todas las cosas caminan por una senda marcada y el día primero señaló el último. No está permitido a un dios cambiar aquello que corre unido estrechamente a sus causas. Para cada uno viene un orden establecido que no se puede mover con ninguna plegaria, el mismo hecho de tener miedo ha perjudicado a muchos. Muchos han llegado a su destino mientras temen a los Hados, etc.» Estas

[20] Esta es la genealogía hesiódica. Pero las Parcas aparecen también como hijas de Zeus y Temis.

cosas aquél. Lo que también parece haber pensado Ovidio cuando en su más grande obra [XV, 807-14] dice a Venus en la persona de Júpiter: «¿Tú sola, hija, piensas cambiar el hado inevitable? Aunque penetres en la propia morada de las tres hermanas verás allí con un esfuerzo enorme un archivo de cosas hecho de bronce y de sólido hierro, que no temen ni el choque del cielo ni la ira del rayo y, seguras y eternas, no temen ninguna destrucción. Encontrarás allí grabados en diamante que nunca perece los hados de tu estirpe, etc.» En los que además de la opinión ya rechazada puede darse por supuesto- que estas tres hermanas son el Hado, y los Hados todo aquel conjunto que Tulio distinguió en Parcas y Hado queriendo, según pienso, mostrar con la diferencia de nombres más la diferencia de funciones que de personas. Por nuestra parte, acerca de estas tres que por último han de ser reducidas a uno, veamos qué pensaron algunos. Arriba hemos dicho que éstas fueron entregadas al servicio de Pan por su padre y hemos demostrado las causas. Pero Fulgencio, en *Sobre las Mitologías* [I, 8] dice que éstas fueron dadas como regalo a Plutón, creo que para que nos demos cuenta de que las acciones de éstas solamente se desarrollan en la tierra y Plutón es interpretado como tierra. Y dice el mismo Fulgencio que Cloto se interpreta como llamada porque es cosa suya, una vez arrojada la semilla de cualquier cosa, nevarla a su crecimiento hasta el punto de que esté preparada para salir a la luz. Láquesis, como él mismo dice, se interpreta como prolongación o suerte, porque lo que Cloto ha formado llamado a la luz es recibido por Láquesis y conducido a la vida. Por su parte, Atropo, de *a* que es sin, y *tropos,* que es vuelta, se interpreta como sin vuelta porque todo lo que nace inmediatamente, ya que conoce que ha llegado al fin que le ha sido designado, se sumerge en la muerte, de la que no hay vuelta atrás alguna por obra natural. Pero Apuleyo de Madaura, filósofo no despreciable por su autoridad, escribe así acerca de estas cosas en el libro que llama *Cosmografía* [38]: «Pero tres es el número de los Hados, que actúan con la cuenta del tiempo, si pones en relación el poder de éstas con la semejanza del mismo tiempo. Pues lo que se termina en el huso, tiene el aspecto del tiempo pasado, y lo que se retuerce en los dedos indica los espacios del tiempo presente y lo que todavía no se ha sacado de la rueca y está sometido al cuidado de los dedos parece mostrar lo último del futuro y del siglo que sigue. Esta cualidad suya alcanza también a la propiedad de los nombres de éste, de manera que Atropo sea el hado del tiempo pasado, que ni siquiera dios conseguirá que no haya pasado, y del tiempo futuro.

Láquesis ha recibido su nombre de **fin,** porque dios ha concedido su fin incluso a aquellas cosas que habrán de ser; Cloto tiene el cuidado del tiempo presente para convencer con sus acciones **de** que a ninguna cosa le falta una causa inteligente.» Estas cosas Apuleyo. Hay además quienes pretenden que Láquesis es ésta que llamamos fortuna y que por ella se agitan todas las vicisitudes de los mortales. Ahora ha de verse qué pensaban sobre el Hado los antiguos, aunque no difieran mucho de los anteriormente citados. Pues dice así acerca del Hado, Tulio en el libro que escribió *Sobre la adivinación* [I, *55,* 125]: «Llamo Hado a lo que los griegos *eimarmene*[21], esto es el orden y la sucesión de las causas, puesto que una causa engendra a otra, ésta es la verdad eterna que fluye de toda la eternidad. Al ser esto así, nada ha de existir cuyas causas, que consiguen esto mismo, no las contenga la naturaleza. De lo cual se comprende que Hado es, no aquello que se dice de acuerdo con la superstición sino con la filosofía, la causa eterna de las cosas porque han sido hechas aquellas que han sido antes y se hacen las que son inminentes y habrán de ser las que siguen.» Estas cosas, Cicerón. Por su parte Boecio Torcuato, hombre muy erudito y católico, donde escribe *Sobre la consolación de la filosofía* [IV, 6, 7] cuando disputa extensamente acerca de esta materia con la maestra filosofía, habla entre otras cosas acerca del Hado así: «La reproducción de todas las cosas y todo el orden de las naturalezas mutables y cualquier cosa que se mueve de algún modo, reparte las causas, el orden, las formas a partir de la solidez de la mente divina; ésta, colocada en la fortaleza de su sencillez, determinó el fin múltiple para realizar las cosas. Este fin, cuando se contempla en la propia pureza de la mente divina, se llama providencia. Pero cuando se refiere a aquellas cosas que mueve y dispone es llamado Hado por los antiguos». Estas cosas él. Podría añadir qué determina Apuleyo sobre el Hado en la *Cosmografía* y las opiniones de otros, pero puesto que pienso que se ha dicho bastante, describiré brevemente por qué las Parcas o el Hado o los Hados son llamados hijos de Demogorgón o del Erebo y la Noche. Como a menudo aparecerá en lo que sigue y ya ha ocurrido en lo precedente, que se llama hijo del que causa el causado, podemos decir en este momento que estas tres hermanas denominadas con nombres distintos son como hijas causadas por este mismo que es la primera de las causas, como puede verse suficientemente a través

[21] Destino, suerte.

de las palabras citadas ahora mismo de Cicerón y Torcuato. A este dios, según se dijo, los antiguos lo llamaron Demogorgón. Pero el hecho de que hayan nacido del Erebo y la Noche, como dice Tulio, es un razonamiento que puede replicarse. Es el Erebo, como aparecerá más ampliamente en lo que sigue, el más profundo y escondido lugar de la tierra, al que alegóricamente podemos entender como la profundidad de la mente divina, dentro de la cual no puede penetrar la mirada de los mortales. Y puesto que la divina mente, como viéndose a sí misma, comprendiendo qué debía hacer las engendrara por ello en la misma acción que a la naturaleza de las cosas, podemos llamarlas con toda propiedad hijas del Erebo, esto es del arcano y profundísimo rincón más apartado de la mente divina. Por su parte pueden ser llamadas hijas de la Noche en lo que a nosotros respecta porque todas las cosas en las que no puede penetrar la niña de nuestros ojos las llamamos oscuras y semejantes a la noche que carece de luz. Y así, cuando no podemos penetrar con el intelecto en las cosas intrínsecas de la mente divina, ofuscados por la neblina mortal, aunque ella sea muy resplandeciente en sí misma y brillante de luz viva y suficiente, le atribuimos al nombrarla la tara de nuestro embotamiento llamando noche eterna al día, y así serán hijas de la Noche; o queremos decir, puesto que nos son desconocidas las disposiciones de éstas, que aquellas son oscuras y las llamamos hijas de la Noche. Acerca de los nombres propios se ha hablado. Ha de hablarse de los apelativos. En efecto, Tulio llama a éstas Parcas, en mi opinión, por antífrasis, porque no perdonan a nadie; pues entre ellas no hay ninguna consideración de las personas, sólo Dios puede cambiar totalmente sus fuerzas y orden. Por otra parte, *Yatum* o *Fata* es nombre sacado de *for, faris*[22], como si quisieran quienes impusieron este nombre que lo que fuera hecho por ellas fuera casi como algo irrevocable dicho o previsto por dios, como se deduce claramente a través de las palabras de Boecio y también parece pensarlo Agustín en *Sobre la ciudad de Dios* [V, 9]. Pero él mismo aborrece el vocablo advirtiendo que, si alguno menciona la voluntad de Dios o su poder con el nombre de Hado, detenga su opinión, refrene su lengua.

[22] Parcas de *parco:* perdonar. *Fatum* de *for:* hablar.

CAPÍTULO VI

Sobre Polo, sexto hijo de Demogorgón

Dicen además, que Polo fue hijo de Demogorgón y que esto lo afirma Pronápides en el *Protocosmos* al recitar la siguiente fábula acerca de éste: que Demogorgón, al estar sentado a la orilla de las aguas en su mansión y haber compuesto una pequeña esfera de delgado limo, la llamó Polo. El cual, despreciando las cavernas de su padre y la inactividad, vólo a lo alto y, puesto que todavía estaba blando, al volar se hinchó en un cuerpo tan grande que rodeó todas las cosas que antes habían sido compuestas por su padre. Pero no tenía todavía ningún adorno cuando se detuvo como globo de luz junto al padre artesano y, al ver que volaban pequeñas chispas de fuego abundantemente por aquí y por allá al golpe del martillo de la fragua, las reunió todas al punto en su regazo y las llevó a su casa y la adornó toda con ellas. Tendría, ilustre rey, de qué reírme al ver un orden tan desafortunado de la formación del mundo, pero antes he prometido que no pretendo burlarme. Sin embargo, el velo de esta ficción es bastante tenue. Pues, como en las otras cosas, Pronápides sigue la opinión que los que sostienen que todas las cosas han sido creadas de la tierra por una mente divina encerrada en las tierras, mientras dice que Polo, al que yo entiendo como el cielo, ha sido hecho extensible de tierra y su cuerpo llevado al máximo y que abraza todas las cosas. Pienso que ha dicho que ha adornado su casa con pequeñas chispas que salían de la luz, porque las estrellas formadas en el cielo, carentes de luz por su propia naturaleza, se hicieron brillantes con los resplandecientes rayos del sol. Se llama Polo, según pienso, por algunas partes suyas más importantes. Pues se sabe, como han afirmado Ándalo, venerable preceptor mío, y los antiguos autores de astrología, que todo el cielo se da la vuelta sobre dos polos, de los cuales a uno, el más cercano a nosotros, llaman ártico, al opuesto antartico; sin embargo, a éste algunos lo llaman Pólux, yo no veo la razón.

CAPÍTULO VII

Sobre Pitón, séptimo hijo de Demogorgón

Según el testimonio de Pronápides, Pitón fue hijo de Demogorgón y de la Tierra, sobre cuyo nacimiento él recita la siguiente fábula. Dice que Demogorgón, quebrantado por el tedio de la continua oscuridad, había subido a los montes Acroceraunos y de ellos había arrancado una mole excesivamente grande y de fuego y en primer lugar la había redondeado con tenazas y después la había endurecido con el martillo en el monte Cáucaso; después de esto, la había llevado más allá de Taprobana[a] y había sumergido aquel brillante globo seis veces en las aguas y lo había hecho girar otras tantas veces en el aire, y ello por esta razón, para que no pudiera nunca hacerse más pequeño con ninguna rotación o se debilitara con el moho de la edad y para que se moviera ágil por todas partes. El cual, dirigiéndose rápidamente a lo alto, penetró en la casa de Polo y llenó toda la mansión del padre con su resplandor. Por otra parte, de las inmersiones de éste las aguas antes dulces tomaron el amargor de lo salado y el aire, a consecuencia de sus rotaciones, se hizo apto para recibir los rayos de luz. Pero Orfeo, que fue el más antiguo de casi todos los poetas, según escribe Lactancio en el libro *Sobre las Instituciones divinas* [I, 5, 4], opinó que este Pitón era el primero, más grande y verdadero dios y que por él habían sido engendradas y creadas todas las cosas. Porque quizá hubiese buscado para él el primer lugar en esta obra, sosteniéndolo un testigo tan importante, si el propio Orfeo, sin darse cuenta, según creo, o porque no podía concebir en su ánimo que alguien fuese no engendrado, no hubiese escrito: «En primer lugar es engendrado Pitón, hijo del extenso aire.» Y así no es el primero como había dicho si ha nacido del aire. Además, a este Lactancio, en donde dije antes, lo llama Fanete[24]. Pero ya el orden aceptado reclama que veamos qué cubre la ficción, lo que casi aparecerá en claro una vez explicado el significado de los nombres. Hugucio en el *Libro de las palabras* dice que Pitón es el Sol y que este nombre fue requerido para él por la serpiente Pitón por él vencida. Así también Paulo, en el libro que titula *Sobre las colec-*

[23] Actual Ceilán.
[24] Divinidad nacida del huevo que en la Cosmogonía órfica es el correlato de Caos. Cf. *Orphicorum fragmenta* de Kern, 54-57, citado por Ruiz de Elvira, *Mit. das.*, p. 36.

clones, dice: Fanos o Fanete es lo mismo que aparición. Así también Lactancio llama Pitón a éste. Con certeza este nombre compete mejor al Sol, pues es éste quien aparece al salir, pero a su puesta no habrá ninguna aparición de las restantes criaturas mortales ni incluso de los astros. Por tanto, Pronápides quiere mostrar la creación del sol. Acerca de lo cual, para seguir la opinión de los que pretenden que todas las cosas están hechas de tierra, introduce que un dios o la divina mente de la tierra tomó la materia de los montes Acroceraunos, pensando que la tierra incendiada es más apta para crear un cuerpo brillante. Por otra parte, el hecho de que lo hubiera redondeado con tenazas lo entiendo como la divina arte con la que fue hecho por Dios el globo del sol, hasta tal punto esférico que su superficie no es jorobada a consecuencia de alguna sobreabundancia. Del mismo modo, también puede llamarse martillo el intento del sumo artífice por el que en el monte Cáucaso, esto es en la parte más alta del cielo, formó aquél cuerpo de tal manera sólido que por ninguna parte parece disolverse o empequeñecerse. Por eso dice que aquél fue llevado más allá de Taprobana, para mostrar dónde piensa que ha sido creado; pues Taprobana es una isla oriental situada frente a la desembocadura del río Ganges en aquella parte donde para nosotros sale el sol en los equinoccios; y así parece pretender que ha sido compuesto en Oriente. Sin embargo, dice que fue sumergido allí seis veces en las aguas, imitando la acción del orfebre que, para endurecer el hierro, lo sumerge caliente en el agua. Y en esto pienso que Pronápides ha pretendido designar la perfección y la eternidad de este cuerpo, pues sin duda seis es un número perfecto que se realiza en todas sus partes, a partir del cual quiere que comprendamos la perfección del artífice y de la obra. Pero el hecho de que haya rodado seis veces lo considero, por el número perfecto de la rotación, que ha querido describir un movimiento circular y completo del que nunca se ha descubierto que se saliera de su órbita o se detuviera. Pienso que se ha dicho que, a causa de la inmersión del enorme e ígneo cuerpo, las aguas antes dulces se convirtieron en amargas, no por otra razón sino para mostrar que, a causa de la continua penetración de los hirvientes rayos del sol, las aguas del mar se han hecho saladas hasta la superficie, según prueban los físicos.

CAPÍTULO VIII

Sobre Tierra, octava de los hijos de Demogorgón que, de padres desconocidos, engendró cinco hijos, la primera de los cuales la Noche, el segundo Tártaro, la tercera Fama, el cuarto Taígete[25] *y el quinto Anteo*

La Tierra, como queda claro arriba, fue mansión e hija de Demogorgón, acerca de la cual escribe así Estacio en la *Tebaida* [VIII, 303-315]: «¡Oh, eterna creadora de hombres y dioses, que engendras los ríos y los bosques y todas las semillas de las almas del mundo y las manos de Prometeo y las piedras de Pirra y que diste a los hambrientos los primeros elementos y cambiaste a los hombres, que rodeas y transportas el mar: En tus manos está la apacible raza de los animales y la ira de las fieras y la tranquilidad de las aves; segura e inmóvil fortaleza del mundo inextinguible, en torno a ti gira la veloz máquina del cielo del que está suspendido el vacío aire, en torno a ti los dos carros, oh centro de las cosas e indivisible entre los grandes Hermanos! Pues te bastas como nutricia a la vez para tantas gentes, tantas elevadas ciudades y pueblos abajo y arriba y tú misma llevas sin ninguna fatiga a Atlas, el que carga con los astros, que se fatiga al soportar las mansiones celestiales, etc.» En efecto, en estos versos se muestra con bastante claridad la obra y las alabanzas de la Tierra, de cuyo nacimiento, puesto que se ha hablado arriba cuando se hizo sobre Litigio, pienso que no ha de repetirse nada. Sin embargo, los antiguos dijeron que ésta era esposa de Titán y que ella, en unión con su padre según está demostrado, tuvo algunos hijos, y también de su descendiente Océano y de Aqueronte, el río infernal, y de algunos otros desconocidos, como se demostrará en el lugar conveniente. Además la llamaron con muchos nombres, por ejemplo Tierra, Telus, Telumón, Humo, Árida, Bona dea, Gran Madre, Fauna y Fatua y además de éstos, tiene nombres comunes con algunas diosas. Pues se la llama Cibeles, Berecintia, Rea, Opis, Juno, Ceres, Prosérpina, Vesta, Isis, Maya y Medea. Pero ha de verse qué sostuvieron los antiguos teólogos acerca de lo dicho antes. Dicen que ella es esposa de Titán, que es el Sol[26], porque sobre ella actúa el Sol como sobre una materia preparada para producir cualquier tipo de seres animados, metales

[25] En el cap. XII de este mismo libro este cuarto hijo de la Tierra aparece no como Taígete sino como Tages.
[26] Cf. libro cuarto, cap. I.

y piedras preciosas y cosas de esta clase. Algunos sostienen que Titano[27] fue un hombre de enorme potencia y que fue llamado esposo de la Tierra porque poseía mucha tierra y porque había tenido unos hijos que sobresalían tanto por su fortaleza y mole de cuerpo que no parecían nacidos de mujer sino de un cuerpo mucho más grande, como la tierra. Y, para volver a los nombres, dice Rábano en el libro *Sobre los orígenes de las cosas* [111, 331 A] que ella se llama tierra porque es desgastada[28] sólo en lo que respecta a la superficie. Por otra parte, se la llama Telus, como atestigua el propio Rábano, porque arrancamos el fruto de ella[29]. Servio *[a Eneida,* I, 171] dice por su parte que es la tierra la que es desgastada, pero Telus es la diosa. Y en otro sitio dice que Telus es la diosa, pero tierra el elemento, pero que algunas veces se pone Telus en vez de tierra como Vulcano en lugar de fuego y Ceres por trigo. Y llamaron Telumón, según puedo percibir por conjetura, a esa parte de la tierra que no se desgasta ni sirve de utilidad a las raíces de plantas o de árboles porque está mucho más abajo que la tierra. Se llama Humo, como afirma Rábano, aquella parte de la tierra que tiene mucha humedad, por ejemplo la lagunosa y la cercana a los ríos. Llamaron a la tierra Árida no porque así la haya llamado desde su creación el creador para mostrar la verdadera complexión de ella sino porque es arada. Según atestigua Macrobio en los *Saturnales* [I, 12, 21] se la llama Buena Diosa porque es causa de todos los bienes que sirven de alimento, puesto que ella misma nutre todo lo que germina, alimenta los frutos, produce comida para las aves y pastos para las bestias de las que nosotros mismos nos alimentamos. Sostuvieron que se llamaba Magna Madre, como dice Paulo, los que pensaron que era la creadora de todas las cosas. Pero yo pienso que porque como una madre piadosa y con su grandísima fecundidad alimentaba todas las cosas mortales y recibía en su regazo todo lo que moría. Macrobio en el libro de los *Saturnales* [I, 12, 22] describe por qué la llamaron Fauna diciendo: porque favorece su total utilización por parte de los seres vivos, cosa que es tan evidente que no precisa ser explicada con palabras. El propio Macrobio dice que los antiguos sostuvieron que era denominada Fatua por *jando*[30] porque los infantes recién nacidos no tenían o emitían sonido alguno antes de tocarla. Aquellos nombres que le

[27] Mantenemos la doble denominación Titán, Titano siguiendo a Boccaccio.
[28] Se pone en relación *Terra:* Tierra con *teratur* de *itero:* pulir, frotar, limar, desgastar.
[29] Relación *Tellus/tollo:* arrancar.
[30] De *for.* hablar.

son comunes con otras se comprenderán cuando se haga mención de aquellas en lo que sigue, y llegaremos a la explicación de los hijos que dijeron que había engendrado de padre desconocido.

CAPÍTULO IX

Sobre Noche, primera hija de la Tierra

Paulo dice que la Noche fue hija de la Tierra de padre desconocido, sobre la que Pronápides en el *Protocosmos* escribe la siguiente fábula: A saber que ésta, amada por el pastor Fanete le dijo a éste, que le preguntaba cuándo querría su madre unirlos en matrimonio, que ella lo tenía por un hombre desconocido, que nunca lo había visto, pero que había oído que era contrario a sus costumbres y que por ello prefería morir antes que casarse con él. Por esta razón, Fanete, indignado, se convirtió de enamorado en enemigo y, cuando la seguía para matarla, ella se unió a Erebo no atreviéndose a aparecer donde estuviese Fanete. Dice además Teodoncio que Júpiter le regaló una cuadriga porque ella lo había ayudado cuando antes de amanecer se unía a Alcmena. A ésta, además, tan grande y negra como es, la adornaron con un manto de colores para alabanza suya y para mostrar por su parte los efectos, Estacio cantó estos versos en la *Tebaida* [I, 498-500]: «Noche que, abarcando las fatigas de las tierras y del cielo, haces pasar a los astros de fuego en errante deslizamiento, permitiendo reparar el ánimo hasta que el cercano Titán vierte su rápido nacimiento sobre los fatigados mortales, etc.» Pero ahora veamos qué verdad ocultan las fábulas. Pues antes que nada dicen que ella es hija de la Tierra de padre desconocido, lo que pienso que se ha dicho porque la Tierra, por la densidad de su cuerpo, ha ocasionado que los rayos del sol no puedan penetrar en su parte opuesta y así, dando la causa la tierra, sale una sombra tan grande como el espacio ocupado por la mitad del cuerpo de la tierra. Sin duda esta sombra se llama noche, y así, como causada por la tierra y no por otra cosa, se la considera sólo hija de la tierra sin padre conocido. Pienso que debe entenderse de este modo que haya sido amada por el pastor Fanete: yo pienso que Fanete es el Sol llamado pastor porque gracias a él pastan todos los seres vivos. Por otra parte pienso que se creó la ficción de que él amaba a la Noche porque sigue en su rápida carrera como si

desease ver a su amada y parece que se dirige a unirse a ella. Pero ella rehusa y huye con paso no menos alado que el que la sigue; porque tiene costumbres distintas a las de ella, puesto que él da la luz y ella, por el contrario, produce la oscuridad y no dice en vano que ha de morir si se une a él ya que el sol disuelve con su luz toda la oscuridad y así se hace enemigo de ella. Finalmente, la Noche se une al Erebo, esto es al infierno, puesto que dentro de él nunca penetran los rayos del sol. La Noche tiene fuerza y se mantiene segura. Además la fábula pone de manifiesto que ayudó a Júpiter, como se conoce a través de Plauto en el *Anfitrión;* pues, al haber ido Júpiter junto a Alcmena al amanecer, la Noche, para hacerle un regalo, duró mucho tiempo como si empezase desde el crepúsculo nocturno, por lo que fue merecedora de la cuadriga por la que yo entiendo la continua circunvolución de la tierra que ella realiza. Por otra parte, pienso que con las cuatro ruedas de las que consta la cuadriga se señalan los cuatro tiempos que sirven solamente para el descanso nocturno. Pues la noche está dividida, según Macrobio en el libro de los *Saturnales* [I, 3, 12] en siete tiempos, el primero de los cuales comienza cuando el sol se mete y se llama crepúsculo a partir de *ere per o,* que significa dudoso, porque parece dudarse si ha de atribuirse al día pasado o a la noche que llega, y éste no sirve para el descanso. El segundo, cuando ya está oscuro, se llama la primera antorcha porque entonces se encienden las antorchas, y éste no es cómodo para el descanso. Pero el tercero, puesto que ya la noche es más cerrada, se denomina el primer sueño porque para descansar vamos al lecho[31]. Al cuarto se le llama altas horas de la noche porque este tiempo no es adecuado para ningún trabajo. El quinto se llama habitualmente canto del gallo porque, cuando la noche tiende desde su mitad al día, los gallos cantan. El sexto es llamado del silencio, próximo ya a la aurora, y se llama así porque entonces parece que el descanso es mucho más agradable y por ello callan todas las cosas y estos cuatro tiempos se prestan más al descanso. El séptimo se llama amanecer por el día que ya empieza a clarear, en el que los diligentes se levantan a trabajar, que es muy poco adecuado para el sueño. Y así hay tantas ruedas para el carro de la noche como tiempos hay en ella que son los únicos en servir para el descanso. Pero queremos dividir la noche en cuatro partes a la manera de los vigías de las naves y de los campamentos, a saber en primera, segunda, tercera y cuarta vigilia

[31] *Concubia nox* es el nombre de esta parte de la noche entre los romanos, es el tiempo del primer sueño. Está relacionado con *concumbo:* acostarse.

y así determinamos que son cuatro las ruedas de la cuadriga según otras tantas vigilias. Que está cubierta con un manto de colores fácilmente puede parecer que éste significa el adorno del cielo con el que se cubre. Por otra parte se la llama Noche, como dice Papias, porque es nociva para los ojos; pues les aumenta el trabajo de ver, ya que de noche no podemos distinguir nada. Y es nociva también porque es adecuada para los que obran mal, puesto que leemos: Quien obra mal odia la luz; de lo cual se deduce que ama a las tinieblas como las más adecuadas para una mala acción. Y dice también Juvenal[32]: «Para degollar a los hombres se levantan de noche los ladrones.» Además, Hornero en la *Ilíada* [XIV, 259] la llama domadora de los dioses para que nos demos cuenta de que de noche los magnánimos agitan grandes pensamientos en su corazón, pero la noche, mínimamente adecuada para tales pensamientos, oprime los espíritus que bullen y los domeña como domados hasta el amanecer. Tuvo ésta muchos hijos tanto de su marido como de otros, tal como se describirá más adelante.

CAPÍTULO X

Sobre Fama, la segunda de los hijos de la Tierra

En opinión de Virgilio, poeta de divino ingenio, la Fama fue hija de la Tierra cuando dice en la *Eneida* [IV, 178-9]: «A ella la madre Tierra, irritada con la ira de los dioses, la engendró la última, según dicen, y hermana de Ceo y Encelado, etc.» Acerca de ésta, para que se vea claramente la causa de su origen, cuenta Paulo la siguiente fábula. Que como por el ansia de reinar hubiera surgido una guerra entre los Titanes, gigantes hijos de la Tierra, y Júpiter, aconteció que todos los hijos de la Tierra que se oponían a Júpiter murieron a manos de Júpiter y de otros dioses. Irritada la Tierra por este dolor y ávida de venganza, al faltarle armas contra tan poderosos enemigos, para perjudicar a aquellos de algún modo con las fuerzas que podía, forzado su vientre dio a luz a la Fama, que da cuenta de los crímenes de los dioses. Virgilio, al describir el crecimiento de ésta y su forma dice así [174-177]: «La Fama, mal

[32] Boccaccio se confunde de autor ya que esta frase corresponde a Horacio, *Epist.*, I, 2, 32.

más veloz que el cual no hay ningún otro, se crece con el movimiento y adquiere fuerzas al anclar. Al principio pequeña por el miedo, inmediatamente se levanta hasta los aires y avanza por el suelo y esconde la cabeza entre las nubes.» Y poco después de esto dice [180-188]: «Rápida de pies y de alas perniciosas, monstruo horrendo enorme, cuantas plumas tiene en su cuerpo, debajo tantos ojos vigilantes, cosa admirable de decir, tantas lenguas, tantas bocas hablan, pone enhiestas tantas orejas. De noche vuela estridente en medio del cielo y la tierra a través de la sombra y no deja caer sus ojos en el dulce sueño. De día se sienta vigilante o en la parte más alta de una elevada casa o en las altas torres y aterroriza las grandes ciudades, tenaz mensajera tanto de lo fingido y deforme como de lo verdadero.» ¿Observas, óptimo rey, con cuánta elegancia de palabras, con cuánta finura, con qué sabor y con qué elaborada ficción, Virgilio intenta mostrar y muestra qué es la Fama, cuál su crecimiento, qué su obra? Ciertamente lo sabes, pero para que lo vean más claramente quienes lo van a leer además de ti, me agrada explicarlo un poco, aun con la premisa de qué pretende la fábula de Paulo. Pues dice en primer lugar que la tierra se enfadó con la cólera de los dioses. Acerca de lo cual entiendo por dioses airados la obra de los astros sobre algunas cosas. Porque los astros o los cuerpos divinos actúan fuera de toda duda sobre nosotros, concediéndoseles el poder por su creador según las disposiciones de los que reciben su influencia, de donde sucede que en la niñez o en la adolescencia se crece por obra de aquellos, se disminuye al envejecer y, puesto que nunca se apartan de los cálculos del inmejorable piloto, algunas veces hacen cosas que, según la repentina y engañosa opinión de los mortales, parecen haber hecho como si estuvieran airados, por ejemplo cuando llevan a su fin a un rey justo, a un afortunado general o a un valeroso soldado. Y por esto dice Paulo que los dioses están airados, porque han matado a ilustres varones que los hombres consideraban que debían vivir eternamente. ¿Pero qué se deduce de esto? Que la Tierra, es decir el hombre dotado de alma, pues todos somos de tierra, se irrita por esta obra que llaman cólera de los dioses; ¿y para qué se irrita? Para dar a luz a la Fama como vengadora de la futura muerte, esto es para hacer aquello por cuya causa nazca la Fama de su nombre, de manera que cuando la ira de los dioses haya matado el nombre de aquél, siendo la Fama la portadora de sus méritos, sobreviva .incluso no queriéndolo aquellos que, al matar hombres, intentaron aniquilarlo por completo. Acerca de lo cual nos aconseja Virgilio cuando dice [X, 467-9]: «Está fijado para cada uno su día, el tiempo de

la vida es breve e irreparable para todos, pero es propio del valor ampliar la Fama con hazañas, etc.» Dice Virgilio además que esta Fama es un mal, porque todos tendemos a conseguirla con medios deshonrosos, pues vemos que la mayoría de la veces se ocupan fraudulentamente los más altos cargos del sacerdocio, se obtienen las victorias dolosamente, se poseen los reinos con violencia y todas esas cosas que por fas o por nefas suelen sacar los nombres a la luz. Pues si se hace algo virtuosamente, entonces la Fama no se llama un mal con toda justicia. Pero en esto el autor habla impropiamente utilizando la palabra Fama en lugar de infamia, puesto que, si examinamos la ficción o mejor la causa de la ficción, advertiremos claramente que de ella se deduce la infamia, no la Fama. Dice además que ésta en un primer momento es pequeña a causa del miedo y así es; pues por grandes que sean las malas acciones de las que surge, sin embargo parece comenzar con un cierto miedo de los oyentes; en efecto, nos conmovemos al escuchar por primera vez una cosa y, si nos gusta, tememos que sea falsa, pero si nos desagrada tememos de igual modo que sea verdad. Inmediatamente se eleva hacia los aires, esto es vuela hacia la exageración de la palabra de las gentes o se mezcla con hombres mediocres; y además se va por el suelo, esto es entre el vulgo y la gente del pueblo y entonces esconde su cabeza entre las nubes cuando se dirige a los reyes y personas importantes. También es ágil, esto es veloz, pues nada es más veloz, según él mismo dice. Afirma por otra parte que es un monstruo enorme y horrendo en razón del cuerpo que le describe, queriendo con ello que todas sus plumas, puesto que la llama ave a causa de su rápido movimiento, tengan aspecto de hombres; con esta intención, para que se entienda que cualquiera que habla sobre alguna cosa añade una pluma a la Fama y por tanto la Fama se compone no de pocas sino de muchas, como muchas son las plumas de las aves. Pero más bien la llaman monstruo horrendo porque casi nunca puede ser vencido. Pues cuanto más intente alguno dominarlo tanto mayor es por ello lo que es monstruoso. Dice también que todos sus ojos vigilan porque la Fama no resuena si no es por medio de los que vigilan; pues si la habladuría se inclina al sueño, inmediatamente la fama se convierte en nada. Dice que ella vuela en medio de la noche porque muy a menudo se descubre por la noche que ha ocurrido, es decir, que se ha hecho algo y por la mañana se conoce incluso en los lugares más remotos, no de otro modo que si hubiera volado de noche. O bien lo dice para mostrar la vigilancia de los charlatanes. Dice que se sienta de día como guardiana para indicar que a causa de sus relatos se

ponen guardianes en las puertas de las ciudades aterrorrizadas y en las torres para excitar a los guardianes o para explorar desde lejos. Y puesto que no distingue entre la verdad y la mentira, se contenta con relatar cualquier cosa oída como verdadera. Además, Ovidio describe su casa en su mayor obra [XII, 39-63]: «Hay un lugar en medio del orbe entre las tierras y el mar y las regiones celestiales, los confines del triple mundo, desde donde se contempla siempre lo que existe, aunque esté ausente de estas regiones, y cualquier palabra o cualquier voz penetra en los cóncavos oídos. Lo ocupa la Fama y ha elegido para sí su mansión en lo más elevado de la fortaleza y ha añadido entradas sin número y mil agujeros a la techumbre y no ha cerrado los umbrales con ninguna puerta; de noche y de día está abierta, toda está hecha de resonante bronce, toda ella resuena y trae voces y repite lo que oye. Dentro no hay ningún descanso y el silencio no está en ninguna parte y, sin embargo, no hay ningún griterío sino murmullos en voz baja, como suelen ser los de las olas del mar si alguien los oye desde lejos o como el sonido que devuelven los más alejados truenos cuando Júpiter ha sacudido las negras nubes. Una muchedumbre ocupa los atrios: vienen, ligero vulgo, y se van y por todas partes andan errantes mil comentarios de rumores mezclados con la verdad y dan vueltas confusas palabras; de las que unas llenan en conversaciones los vacíos oídos, otras cuentan lo narrado por otro y aumenta la proporción de lo inventado y un nuevo autor añade algo a lo ya oído. Allí está la credulidad, allí el error que debe ser temido, la fútil alegría y los consternados temores y la sedición que acaba de surgir y los susurros de un autor dudoso. Ella misma ve qué cosas ocurren en el cielo, en el mar y en la tierra y rastrea en todo el mundo, etc.» Estas cosas son suficientemente claras incluso para un no erudito y por ello queda sólo qué pretende Paulo al añadir a la fábula que la Fama nació para contar que había visto las vergonzosas hazañas de los dioses, lo que pienso que no es otra cosa que, puesto que los menores no pueden nada con sus propias fuerzas contra los mayores, por esta razón intentan vengarse con la infamia arrojada con las palabras más fuertes. Por ello sostuvieron que era hija de la Tierra, porque la Fama no proviene de otra parte que de lo hecho en la tierra. Por otra parte, no se dice de manera absurda que carezca de padre, ya que muy a menudo se desconoce el autor de la fama de las cosas hechas, que la mayoría ck' las veces son totalmente falsas, autor que, una vez descubierto, puede ser descrito como padre.

CAPÍTULO XI

Sobre Tártaro, tercer hijo de la Tierra

Afirma Teodoncio que Tártaro fue hijo de la Tierra sin padre. Barlaam dice que yace inerte y paralizado todavía en el vientre de su madre porque Lucina, invocada, no quiso favorecer el nacimiento por haber dado a luz ésta a la Fama para afrenta de los dioses. Esta ficción interpretó la causa a partir del efecto; pues Lucina no tenía que prestar su favor a uno que no había de nacer o a un parto que no había de existir; algunos antiguos pensaron acerca del centro de la tierra que es un lugar cóncavo y que en él son atormentados con castigos las almas de los criminales, como muestra con claridad Virgilio en el descenso de Eneas a los Infiernos. Pretenden que éste se denomina Tártaro y se llama así, según Isidoro en *Sobre las Etimologías* [XIV, 9, 8], por el temblor del frío; pues allí no pudo penetrar ningún rayo de sol ni ningún soplo de aire con cuya frotación pudiera calentarse. El hecho de que esté rígido en el vientre de su madre es bastante claro, pues no puede subir hasta los lugares de arriba y si sube ya no será más Tártaro. Además es llamado impropiamente hijo de la Tierra, pues cualquier cosa que haya concebido una mujer, si una vez concebida no la ha dado a luz, no puede llamarse con justicia hijo. Por otra parte se dice que ha sido concebido sin padre porque creemos que el cuerpo de la tierra tiene concavidades, pero no estamos suficientemente seguros de si los ha tenido desde su creación o por un segundo acontecimiento después de su creación. Como testimonio de lo anteriormente expuesto dice Virgilio [VI, 577-9]: «El propio Tártaro se abre hasta lo profundo y se extiende bajo las sombras tanto cuanto se extiende dos veces la mirada del cielo hasta el etéreo Olimpo, etc.» Y no mucho después [580-1] dice: «Aquí da vueltas la antigua descendencia de la Tierra, los jóvenes Titanes, arrojados por el rayo en el profundo abismo, etc.»

CAPÍTULO XII

Sobre Tages, cuarto hijo de la Tierra

Tages, como aseguraron los paganos y sobre todo los Etruscos, fue considerado hijo de la Tierra, de padre desconocido. Acerca de

éste relata Paulo Perusino: que como en tierra de los Etruscos, en el campo de Tarquinia la tierra se hinchara un poco, el campesino propietario del pequeño terreno, sorprendido por la novedad de la situación y ávido de ver qué maravilla era la turgencia que iba a hacerse visible, se mantuvo expectante durante algún tiempo y finalmente, impaciente por la tardanza, cogiendo un azadón empezó a cavar el lugar poco a poco, y no cavó mucho y he aquí que de los terrones brotó un niño pequeño. Aterrado por este prodigio el tosco hombre llamó a sus vecinos y no poco después éste, que hacía un momento era un niño, fue visto cargado de edad y después anciano, y tras haber enseñado *a* los campesinos el arte de la adivinación, repentinamente desapareció para siempre. Los que lo oyeron pensaron que era una divinidad y creyeron que era hijo de la Tierra y le dieron por nombre Tages, que significaba antaño en lengua etrusca lo mismo que en latín dios; después le rindieron culto como la más alta divinidad. Pero Isidoro [VIII, 9, 34] dice que el niño fue descubierto por un labrador al ser removida la tierra con el arado y que no fue visible para los Etruscos más de un día y que en ese día les enseñó el arte de la adivinación y les dejó además libros sobre ella que los romanos después tradujeron a su lengua. Pienso que el significado de esta invención es el siguiente. A saber, que pudo ser alguien que estuvo estudiando durante mucho tiempo acerca del arte adivinatoria y, tras despreciar la compañía de los hombres en provecho de su investigación, apareció docto de repente en donde menos se pensaba y, puesto que quizá se le vio salir de algún antro, se inventó que era un parto de la tierra o porque se presentó a la vista de los que cultivaban el campo de manera súbita, como si hubiese salido de los terrones, fue llamado por el vulgo inculto hijo de la Tierra y sin padre porque su origen era desconocido. Además, los antiguos tuvieron por costumbre llamar hijos de la Tierra a los extranjeros desconocidos que venían junto a ellos por vía terrestre, como hijos de Neptuno a los que llegaban transportados en barco. Además se dice que es niño porque es nuevo y al punto maduro y anciano porque se presentó como erudito y sabio, lo cual es propio de los ancianos. Que ocurriera en el campo de Tarquinia, o bien porque allí mismo fue conocido así en primer lugar Tages, o bien porque los Etruscos fueron muy ilustres en el arte adivinatoria. En ..poco tiempo de tardanza se señala la enorme inclinación de los campesinos hacia él. Pues la espera de una cosa amada, por larga que sea, parece muy corta al que ama. Pienso por otra parte que aconteció que fuera

considerado dios por esto, para ennoblecer, siendo su autor un dios, una ciencia que cultivaban en alto grado.

CAPÍTULO XIII

Sobre Anteo, quinto hijo de la Tierra

Todos dicen que Anteo fue hijo de la Tierra y, puesto que nadie le atribuye un padre, fue preciso colocarlo entre los nacidos de padre desconocido; acerca de éste escribe así Lucano [TV, 593-609]: «La Tierra, todavía no infecunda después de haber parido a los Gigantes, concibió un terrible engendro en los antros de Libia. Y no fue tan justa gloria de las tierras Tifón o Titio o el feroz Briáreo, y respetó al cielo, ya que no hizo salir a Anteo en los campos de Flegra. Aumentó la Tierra las fuerzas tan enormes de su hijo también con este regalo que, cuando han tocado a su madre, los miembros ya desfallecidos adquieren vigor con renovada fuerza. Esta caverna era su casa: dicen que se ocultaba bajo la alta roca y que tenía como comida los leones que cazaba. No acostumbraron a ofrecerle un refugio para sus sueños las pieles de fiera ni la selva un lecho y recobra fuerzas yaciendo en la tierra desnuda. Murieron los colonos de los campos de Libia, mueren los que empujó el mar; su valor, no usando durante mucho tiempo la ayuda de la caída, desprecia el auxilio de la Tierra. Por su fuerza nadie lo podía vencer, aunque estuviera en pie, etc.» Se ve, pues, claramente a través del poema de Lucano cuan grande, cuan fuerte y fiero fue Anteo, ante el cual, según atestigua el propio Lucano, se presentó Hércules vencedor de sus trabajos para entablar una lucha con él y, como al estar luchando viese que aquel que caía muy a menudo se levantaba más fuerte, dándose cuenta de que recuperaba fuerzas de la tierra, levantó con sus brazos al ya agotado hacia arriba v lo mantuvo durante mucho tiempo hasta que murió. El significado de esta fábula es doble, histórico y moral. Pues parece ser opinión de Pomponio Mela en el libro de la *Cosmografía* [I, 5, 26] que éste fue rey en los lugares más apartados de Mauritania, afirmando que junto al promontorio de Ampelusia, que se adentra en el Océano Atlántico, hay una cueva consagrada a Hércules y más allá de ella Tánger, ciudad muy antigua fundada, según dicen, por Anteo y para testimoniarlo sus habitantes muestran un enorme es-

cudo hecho de marfil y ahora no manejable para nadie a causa de sus dimensiones, que aseguran fue transportado por aquél y al que rinden culto en gran manera. Y ellos mismos muestran una pequeña colina que tiene la forma de un hombre acostado boca arriba que ellos afirman que fue su tumba. Dice Teodoncio que Dionisio de Tebas, que a causa de su enorme valor fue llamado Hércules, tuvo contra él una guerra y que al advertir que aquél, muy a menudo vencido en Mauritania inmediatamente reorganizaba su ejército, fingida una fuga lo atrajo para que lo persiguiera hasta Libia, donde en cambio lo venció y mató. Leoncio decía que este Hércules fue hijo del Nilo, al que yo considero el mismo que el anterior. Eusebio en el *Libro de los Tiempos* [57, 6-12] dice que este Anteo fue muy experto en el arte de la palestra y en otras luchas que se hacen en tierra y muestra que él piensa que fue por esto por lo que se creó la ficción de que era hijo de la Tierra y que recuperaba las fuerzas de ella. Fulgencio *[Mit.,* II, 7] demuestra que hay un significado moral bajo la ficción diciendo que Anteo nacido de la Tierra es el placer que nace tan sólo de la carne, tocada la cual, y aunque esté agotado recobra su vigor, pero es superado por el hombre virtuoso que ha rechazado el contacto carnal. Agustín *[Ciudad de Dios,* XVIII, 12] dice que éste vivió siendo rey de Argos Dánao; Eusebio *[Tiempos,* 57, 6-12] que reinando en Atenas Egeo, y Leoncio que durante el reinado de Argos sobre los Argivos.

CAPÍTULO XIV

Sobre Erebo, noveno hijo de Demogorgón, que tuvo veintiún hijos. El primero de los cuales fue Amor, la 2.ª Gracia, 3° Trabajo, 4.ª Envidia, 5° Miedo, 6." Engaño, 7° Fraude, 8.ª Pertinacia, 9.ª Necesidad, 10.ª Miseria, 11.ª Hambre, 12.ª Queja, 13.ª Enfermedad, 14.ª Vejez, 15.ª Palidez, 16.ª Tiniebla, 17." Sueño, 18.ª Muerte, 19° Caronte, 20° Día, 21° Éter

Explicados los hijos de la Tierra, la pluma ha de ser llevada a Erebo que, según Paulo dice que ha contado Crisipo, fue hijo de Demogorgón y la Tierra. Yo pienso que éste es el->tnismo que Tártaro, puesto que todos los antiguos parecen pensar que aquél estaba en las más escondidas entrañas de la tierra y en él, según dijimos hablando de Tártaro, son castigados los criminales con suplicios.

Sin embargo, sobre éste escriben muchas cosas los antiguos y especialmente Virgilio en el libro VI de la *Eneida,* a través de las cuales pasaré abreviadamente ya que casi de todas se hará en lo que sigue una mención más detallada. Así pues, dice Virgilio que en las fauces de éste son terribles de ver estas figuras como el Luto y las vengadoras Preocupaciones, las pálidas Enfermedades, la triste Vejez y el Miedo y el Hambre y la terrible Necesidad, y tienen horrible aspecto la Muerte y el Trabajo, el Sopor y las malas alegrías de la mente, y la Guerra portadora de muerte y las Euménides y la Discordia y el árbol sede de los sueños, los Centauros, Escila, Briáreo y la hidra de Lerna y la Quimera armada de llamas junto con las Górgonas, las Harpías, Gerion de tres cuerpos y Cerbero de tres fauces que guarda los umbrales de Dite. Que además este Erebo está regado por cuatro ríos, a saber Aqueronte, Flegetonte, Estige y Cocito; y dice que el barquero del Aqueronte es Caronte, que transporta las almas de los muertos a los lugares más profundos del Erebo. Además describe que Minos, Radamantis y Eaco están allí removiendo en urnas los méritos de los que entran, y los Titanes abatidos por los rayos, y Salmoneo y Titio desgarrado por un buitre; Ixíon dando vueltas alrededor en una rueda perpetua, también Sísifo, que empuja la enorme roca con su pecho hacia lo alto y Tántalo, que en medio de aguas y frutos perece de sed y de hambre y Teseo, condenado a una inactividad eterna, y otros; y todos éstos son atormentados dentro de las férreas murallas de Dite bajo las órdenes de la vengadora Tisífone. De manera similar llamaron a este mismo, además de Erebo, con muchos nombres, por ejemplo Tártaro, Orco, Dite, Averno, Báratro e Infierno. Así también lo consideran padre de muchos hijos. Por lo demás, con estas premisas, ha de llegarse a poner de manifiesto la verdad escondida. Así pues pretenden que es hijo de Demogorgón y de la Tierra porque consideraron a Demogorgón el creador de todas las cosas; de la Tierra porque, según se ve, estaba escondido en su útero. Pero consideraron que aquél es el lugar de las penas no sólo los paganos sino también algunos cristianos ilustres, llevados por este fuerte razonamiento. Puesto que Dios es la suma bondad, también quien comete un pecado, que es un mal, es preciso que de tal manera se haga malo que esté muy alejado de Dios como de su contrario; nosotros creemos que Dios habita en los cielos y ninguna parte hay más alejada del cielo que el centro de la tierra y por ello quizá se cree no neciamente que allí, como lugar muy apartado de Dios, pagan sus culpas los impíos. Sin embargo Tulio se ríe abiertamente de éste en *Sobre las cuestiones Tusculanas* [I, 5, 6], de lo cual se puede deducir suficientemente que los eruditos antiguos

han pensado otra cosa y, puesto que pensaron que el mundo era doble, a saber mayor y menor, que el mayor era aquél al que generalmente llamamos mundo y el menor el hombre, afirmando que en el menor están todas las cosas que son descritas por ellos en el mayor, creo que ellos han pensado que este Erebo y estos tormentos estaban dentro del mundo menor, esto es del hombre y que aquellas horribles figuras que Virgilio describe en el vestíbulo del Erebo eran las causas externas por las que se causan aquellos suplicios dentro; o bien que los que están causados por motivos intrínsecos se muestran al exterior, lo cual pienso es el mejor significado. Después es necesario que atienda en la exposición las cosas dichas anteriormente. Pues pienso que se ha inventado que en lo profundo de este Erebo está una rica ciudad de hierro para que por ella interpretemos la parte más baja del corazón perseverante en la que algunas veces somos verdaderamente tenaces y de hierro. Se dice que los Titanes, es decir los hombres entregados a las cosas terrenas, y los Gigantes, esto es los soberbios abatidos, son maltratados para que, con referencia a esto, conozcamos que son atormentados los hombres de espíritu apegado a la tierra y de soberbia quienes, al desear siempre ser ensalzados, en su ciego juicio piensan que son oprimidos y despreciados y alguna vez son arrojados desde lo alto, lo que es para ellos un cruel tormento. Por Titio despedazado por un buitre debe entenderse la mente de cualquiera que se esfuerza en conocer aquello que no le concierne o la de aquél que se atormenta con el continuo pensamiento de acumular tesoros. Ixíon dando vueltas alrededor en una rueda eterna muestra las vueltas y revueltas del que desea reinar. Así también Sísifo, empujando la roca en intentos inútiles y fatigosos, pone en evidencia la vida del gobernante. Por Tántalo, que muere de hambre en medio de agua y frutos, debemos entender las preocupaciones de los hombres avaros y las angustias de la despreciable privación. Teseo ocioso pone de relieve los frivolos intentos de los temerarios con los que se atormentan miserablemente. Por otra parte dicen que éstos son atormentados por el ataque de Tisífone, lo que pienso debe interpretarse así. Pues se entiende como Tisífone la voz de las iras, ya que está claro que quienes son atormentados por tales se enfurecen contra sí mismos y a veces lanzan palabras airadas. Por aquellos tres jueces pienso esto, que obrando mal podemos dañar a tres personas, a Dios, al prójimo y a nosotros mismos y así somos rebatidos y condenados por el triple juicio de la conciencia. Por el portero Cerbero, perro de tres cabezas cuya misiórf'es hacer entrar a los que lo desean y prohibir la salida a los que entran, pienso que han de interpretarse las tres causas que roen con cruel mordisco las

mentes de los engañados, a saber las mortales lisonjas de los halagadores, la falsa creencia de felicidad y el vano resplandor de la gloria que, atrayendo continuamente con engaños siempre nuevos a los ignorantes, aumentan las míseras preocupaciones y una vez crecidas no les permiten disminuir. El Erebo está rodeado o bañado por cuatro ríos para que por esto comprendamos que aquellos que, rechazando todo razonamiento, se dejan arrastrar por incipientes concupiscencias, atraviesan en primer lugar, perturbado el gozo del recto juicio, el Aqueronte, que se interpreta como carente de alegría y la alegría es de tal manera expulsada que es necesario que ocupe su lugar la tristeza de la que, a causa del perdido bien de la alegría, nace muy a menudo la vehemente ira, por la que somos empujados al furor, que es Flegetonte, esto es ardiente, y del furor nos precipitamos a la tristeza, que es la Estige, y de la tristeza al llanto y las lágrimas, por las que se entiende Cocito, el cuarto río del Infierno. Y así los míseros mortales nos angustiamos seducidos por la ciega creencia del apetito concupiscente y llevamos adentro lo que los necios piensan que ha sido encerrado en las entrañas de la tierra por los poetas. Pero veamos ahora qué significan los nombres. Se llama Erebo, como dice Hugucio, porque se adhiere demasiado al que cautiva. Se le llama Dite de Dite, su rey, que es mencionado entre los poetas como dios de las riquezas, y porque es rico, es decir un lugar abundante éste, ya que a él descienden los que mueren, que son hoy la mayoría y antaño todos. Tártaro recibe su nombre de tortura porque atormenta a los-que absorbe. Pero Tártaro es el lugar más profundo de los Infiernos del que, según parece opinar Hugucio, Cristo no sacó a nadie. Se le llama Orco porque es oscuro. Pero se cree que se llama Báratro por su forma; pues báratro es un vaso hecho de mimbre descubierto por su parte superior pero agudo en su parte inferior que los campesinos de Campania utilizan cuando, al vendimiar, recogen las uvas de las vides adheridas a los árboles, y se le llama así para que entendamos que el Infierno tiene unas enormes fauces para recibir a los condenados, pero es un lugar muy profundo y estrecho para guardarlos. Por otra parte se le llama Infierno porque es la más inferior de todas las partes de la tierra. Se le dice Averno de *a,* que significa sin, y *vernos,* que es alegría, porque carece de alegría y llora con una tristeza sempiterna.

CAPÍTULO XV

Sobre Amor, primer hijo del Erebo

Surge el primero de los hijos de Erebo Amor, que Tulio en *Sobre la naturaleza de los dioses* [III, 17, 44] afirma que fue recibido por él de la Noche. Lo que quizá, rey serenísimo, te parecería monstruoso si no se demostrara como verdadero por un posible argumento. Fue opinión de los antiguos que el amor era la pasión del alma y por ello cualquier cosa que deseamos es amor. Pero, puesto que nuestros afectos se dirigen a un fin variado, es necesario que el amor no sea el mismo en relación a todas las cosas y a causa de ello, reducidos a un pequeño número los deseos de los mortales, dijeron nuestros antepasados que aquél era triple. Y antes que los demás, según testimonia Apuleyo en el libro que escribe *Sobre la doctrina de Platón* [II, 14], Platón afirmó que sólo había tres amores. El primero de los cuales dijo que era divino porque convenía a una mente incorrupta y a la consideración de virtud. El segundo, pasión del ánimo innoble y de la voluntad corrompida. El tercero, mezcla de ambos. Después de éste su discípulo Aristóteles, cambiadas casi más bien las palabras que la opinión, sostuvo igualmente que era triple, diciendo que el primero movía a los que había capturado por lo honesto, el segundo por lo agradable y el tercero por lo útil. En verdad, puesto que no existe éste acerca del cual se emplea la palabra divino o por lo honesto, ni el mezclado de los otros dos o por lo agradable, sino el del ánimo innoble y por lo útil, diremos con razón, siguiendo la opinión de Cicerón, que es hijo del Erebo y la Noche, esto es de la mente ciega y del pecho obstinado. Pues por éste somos empujados a la execrable hambre de oro. Por éste al insaciable deseo de mando. Por éste a la funesta perdición de los amigos. Por éste somos arrastrados los desgraciados a poner en peligro las ciudades, a los robos, fraudes, violencias y consejos engañosos. De esta peste se derivan los parásitos, histriones, aduladores y una perniciosa tropa de hombres de este calibre que persiguen a la fortuna que se burla de los tontos y se sirven de él para poner al descubierto con lisonjas y falsas alabanzas a los soldados fanfarrones. Por tanto, sopesadas como es debido todas las cosas, lo llamaremos correctamente no amor, sino odio.

CAPÍTULO XVI

Sobre Gracia, segunda hija del Erebo y la Noche

Tulio escribe que Gracia es hija del Erebo y de la Noche en *Sobre la naturaleza de los dioses* [III, 17, 44]. Sin embargo yo recuerdo haber leído en otro sitio que las Gracias fueron hijas de Júpiter y Autónoe, o del Padre Líber y de Venus. Pero para que sepamos qué pensaron sobre esto los que crearon la ficción, ha de saberse que gracia es una cierta disposición generosa de la mente, sobre todo de los mayores hacia los menores con la que, sin que haya un mérito precedente, se dedican los beneficios de la indulgencia y los obsequios, algunas veces incluso a los que no lo piden. Pienso sin embargo que son múltiples sus clases. Algunas ciertamente son dioses inmortales, apartados los cuales no somos nadie. Otras son propias de los hombres entre sí y éstas pueden dirigirse al bien y al mal, aunque la gracia parece significar que siempre tiende al bien. Podríamos demostrar que todas éstas son hijas del Erebo y la Noche, variados sin embargo los significados de los padres, pero lleguemos a ésta, dejando las restantes para su momento oportuno. Yo pienso que ésta es aquella gracia que, a causa de un crimen execrable o de las vergonzosas costumbres de algún hombre, se origina en algún pervertido y detestable varón y así tal tipo de gracia será hija del Erebo, esto es del pecho obstinado y de la Noche, es decir de la ciega mente.

CAPÍTULO XVII

Sobre Trabajo, tercer hijo del Erebo

Está escrito por Cicerón que Trabajo es hijo de la Noche, la definición del cual está señalada por él mismo de este modo *[Tuscu* lanas,* II, 15, 35]: «Es una ejecución determinada, del alma o del cuerpo, de una obra o tarea pesada.» Examinada ésta puede decirse merecidamente que con razón es hijo de la Noche y del Erebo quien es nocivo y que con razón debe ser desechado. Pues así como en el Erebo y en la Noche está la continua inquietud de los culpables, así también está en los lugares más recónditos de los corazones de aqué-

líos que, arrastrados por un ciego deseo hacia cosas superficiales y de ningún modo oportunas, se agitan en una maquinación continua, y puesto que este tipo de pensamientos se produce en la oscuridad del pecho, con razón se dice que un Trabajo de tal clase es hijo de la Noche y del Erebo.

CAPÍTULO XVIII

Sobre Celos o Envidia[33], *cuarta hija del Erebo*

Tulio dice que Celos fue hija del Erebo y la Noche. El cual en las *Tusculanas* [IV, 7, 16] la hace diferente de la Envidia diciendo que parece que Celos recae solamente en el envidioso mientras Envidia parece recaer también sobre aquel al que se dirige. Y concluyendo dice que Celos es un pesar soportado a causa de la prosperidad de otro, prosperidad que nada perjudica al que siente celos. Sus moradas y costumbres las describe así Ovidio [II, 760-4]: «En el acto se dirige al palacio sucio de negra sangre de la Envidia. Su casa está oculta en las profundidades de un valle carente de sol, no accesible a ningún viento, triste y repleta de un frío entumecedor y que siempre está vacía de fuego y siempre llena de bruma.» Y poco después [768-82]: «Se abrieron las golpeadas puertas, ve dentro a la Envidia comiendo carne de víbora, alimento de sus venenos, y al verla aparta los ojos. Pero ella se levanta perezosa del suelo y deja los cuerpos de las serpientes a medio comer y anda con paso desmadejado y, cuando ve a la diosa engalanada con su hermosura y con sus armas, lanzó un gemido y atrajo el rostro de la diosa a sus suspiros. La Palidez se asienta en su rostro, la Escualidez en todo su cuerpo, nunca la mirada recta, los dientes están lívidos por el moho, sus pechos están verdes de hiél, la lengua empapada de veneno. Le falta la risa a no ser que la provoque la contemplación del dolor y no disfruta con el sueño, desvelada por las vigilantes preocupaciones, sino que ve, y se pone enferma al verlos, los éxitos poco agradables de los hombres y devora y se devora a la vez y es su propio suplicio, etc.» Si alguien examina con atención estos versos, se dará cuenta sin dificultad de que ésta es Celos, a la que nosotros, con mayor libertad, llamamos Envidia, y de que es hija del Erebo y la Noche.

[33] Boccaccio titula este capítulo *De Invidentia seu Invidia* y así nosotros traducimos el primero de estos términos por Celos y mantenemos Envidia para el segundo.

CAPÍTULO XIX

Sobre Miedo, quinto hijo del Erebo

Miedo, como dice el muy a menudo mencionado Tulio, fue hijo del Erebo y la Noche. Pues Miedo es, como dice el propio Tulio, la precaución contraria a la razón. Pienso que es llamado hijo de estos padres porque nace en nuestro pecho en los lugares más apartados de nuestro razonamiento. Creo sin embargo que es doble y éste puede caer con todo derecho sobre un hombre discreto, como por ejemplo temer a los truenos, y aquél, sin que ninguna causa razonable lo provoque, corta la respiración no de otro modo que a algunas mujercillas. Este, bajo el nombre de Pavor, es uno de los ministros de Marte, como demuestra Estacio [VII, 108-16] diciendo: «Entonces, de la cruel muchedumbre de su cortejo, ordena que vaya delante de los caballos solamente el Pavor: ningún otro es más apto para provocar anhelantes miedos y apartar el ánimo de la verdad; tiene este monstruo innumerables voces y manos y todos los rostros que quiere; buen instigador de que se crean todas las cosas y de enloquecer las ciudades con horribles ataques. Si persuade de que hay dos soles y de que los astros van a precipitarse o de que el suelo vacila o las viejas selvas se desploman, ahí los desgraciados creen haberlo visto, etcétera.» Podría, óptimo rey, emplear muchas palabras explicando las partes de este poema para poner al descubierto las costumbres del miedo, pero hasta tal punto son sencillas las ficciones que pienso que es superfluo decir más. Además en este mismo sentido escribe Tulio en las *Cuestiones Tusculanas* que están a sus órdenes varios ministros, como por ejemplo pereza, pudor, terror, temor, pavor, espantos, perturbación y timidez. Acerca de todos los cuales se lee en ese mismo lugar con más detalle.

CAPÍTULO XX

Sobre Engaño, sexto hijo del Erebo

Es también Engaño, según opina Tulio, hijo de la Noche y del Erebo, acerca del cual acostumbraba Barlaam a relatar que habiendo ido con los Griegos a la guerra de Troya y como no se alcanzase lo

deseado con las armas, al deliberar algunos de los caudillos sobre qué debía hacerse, fue llevado él a la deliberación por Ulises, a quien le era muy familiar. Este, tras oír los ánimos exaltados, las jactancias y las decisiones de algunos y haberse reído un poco, preguntado dijo su opinión, la cual, aunque no fuera honesta, puesto que parecía adecuada, se aceptó y se le encargó inmediatamente a este mismo junto con Epeo la tarea de fabricar el caballo con lo que en seguida se llegó a lo deseado, a saber, que los Griegos ya cansados se hicieran los amos. Es suficientemente delgado el velo de esta ficción y por ello vemos por qué se llama hijo del Erebo y la Noche, lo que según mi opinión se muestra en las sagradas escrituras. Con ellas aprendemos que ha llegado a la tierra un enemigo del género humano que ha adoptado la forma de serpiente desde el Erebo y que ha enturbiado con noche tartárea las mentes de nuestros padres con engañosas tentaciones y después ha arrojado su semilla portadora de muerte como si fuese un campo sin cultivar, cuyo fruto, al haber actuado contra la ley, salió inmediatamente a la luz. Y así el engaño, aún no conocido en la tierra, manó desde el comienzo del Erebo y fue concebido en el útero de la ciega mente y convertido claramente en nuestra muerte y expulsión del reino celestial, demuestra con toda nitidez que es hijo del Erebo y la Noche. En verdad, puesto que los paganos no podían simular lo que no conocían, pienso que ellos entendieron por Erebo el lugar más apartado del corazón humano, pues allí está la sede de todos los pensamientos y por ello, si el espíritu está enfermo, despreciada la virtud, para llegar a lo deseado, si faltan las fuerzas inmediatamente dirige su ingenio a las artimañas; y ya que el engaño se apodera con más facilidad de los que están fuera de sí, formado éste con los peores pensamientos, une a los que captura y a sí mismo con un lazo mortal y así de noche, esto es con la ceguera de la mente, a través de la cual dirige este camino, por donde no conviene ir en absoluto, a su deseo y el engaño se crea y nace de la ignominiosa concupiscencia de un pecho enfermo y que hierve, y la mayoría de las veces no ha sido visto a plena luz antes que aquél contra el que se dirige llegue al precipicio.

CAPÍTULO XXI

Sobre Fraude, séptimo hijo del Erebo

También Fraude es llamado con toda razón por Cicerón en *Sobre la naturaleza de los dioses* hijo del Erebo y de la Noche, una especie de peste letal y nefasta y un execrable vicio de la mente malvada. Entre éste y el engaño apenas se sabe que haya diferencia, aunque la que hay parece ser ésta, a saber que el engaño puede actuar algunas veces para el bien y el fraude nunca a no ser para el mal. O más bien que actuamos con engaño contra los enemigos, con el fraude decepcionamos a los amigos. Por otra parte nuestro Dante Alighieri, Florentino, en el poema que escribió en lengua florentina, de no poca importancia entre otros poemas, describe así su forma *[Infierno,* XVII, 10 ss.]: A saber, que tiene el rostro de un varón justo, el resto del cuerpo de serpiente y moteado con diversas manchas y colores, y que su cola acaba en un aguijón de escorpión, que nada en las aguas del Cocito y que con ellas, exceptuado su rostro, cubre su horrible cuerpo, y lo llama Gerion. Así pues en el rostro placentero de éste y semejante al de un hombre justo piensa el autor que está el aspecto exterior de los fraudulentos; pues son de rostro y palabra suave, de modesta apariencia, de andar lento, de insignes costumbres, de notable piedad; pero, cubiertas sus obras bajo el miserable hielo de la iniquidad, son solapados, expertos en astucia y están salpicados con las manchas de sus crímenes, de tal manera que todo fin de sus obras está lleno de pernicioso veneno; y por esto se le llama Gerion, que reinaba en las islas Baleares[34], tenía por costumbre recibir a sus huéspedes con rostro agradable y con bondadosas palabras y todo tipo de afabilidad y finalmente, bajo esta apariencia de benignidad, los mataba dormidos. La razón de por qué se le llama hijo del Erebo y la Noche es la misma que para Engaño.

[34] Gerion vivía en la isla Eritia situada frente a Cádiz unida ya a esta ciudad. Por tanto no vivía en las Baleares.

CAPÍTULO XXII

Sobre Pertinacia, octava hija del Erebo

Pertinacia, crimen funesto de los necios, según Tulio es hija del Erebo y la Noche y no es difícil ver la causa. Pues cuantas veces la confusa inflexibilidad de la apatía de los mortales no puede ser mitigada con razonamientos de peso y con el calor del fervor divino por haberse interpuesto la neblina de la inteligencia ofuscada, es necesario que nazca la obstinación o pertinacia, o mejor ya ha nacido como el argumento más seguro de la ignorancia. Pues bien Pertinacia es hija del Erebo, al que a menudo hemos llamado gélido, y de la Noche, que hemos presentado muchas veces como la tiniebla de la mente.

CAPÍTULO XXIII

Sobre Necesidad, novena hija del Erebo

La Necesidad hija del Erebo y la Noche no es esa que cree la mayoría, a saber la que carece de las cosas necesarias. Pues a ésta la vencieron los varones firmes con la paciencia, como Catón en las arenas de Libia. Por el contrario, es más bien aquella a la que sucumben los hombres ricos llevados por una falsa opinión, como el guardián de oro Midas, rey de los Frigios quien, mientras todas las cosas que tocaba se convertían en oro de acuerdo con sus deseos, se moría de hambre. Por tanto ésta es verdaderamente hija del Erebo, esto es del corazón helado e inactivo, y también de la Noche, es decir de la ciega reflexión que piensa que lo mejor es amontonar riquezas para que nos veamos privados de su utilización.

CAPÍTULO **XXIV**

Sobre Miseria, décima hija del Erebo

Es opinión también de Tulio que Miseria fue hija del Erebo y la Noche. Pues éste es el último infortunio, hasta el punto que puede

inclinar hacia la misericordia **a** los que **la** contemplan. Lo que sin duda nosotros hacemos para nosotros mismos cuando, despreciada la luz de la verdad, al desaparecer de algún modo las cosas perecederas, nos lamentamos como si perdiéramos las perpetuas y así el pecho golpeado por el ofuscado juicio de la mente con lágrimas y suspiros hace salir la miseria al dominio público, por lo que puede llamarse **hija** de **la** Noche y del Erebo.

CAPÍTULO **XXV**

Sobre Hambre, undécima hija del Erebo

Dice Paulo que, según Crisipo, el Hambre fue hija del Erebo y la Noche. Esta es o pública, como la que antaño le fue presagiada al Faraón, o privada como la de Erisicton[35]. La pública tiene por costumbre acaecer a causa de la escasez universal de alimentos, situación cuya causa es o la ira divina, o una guerra muy larga, o la disposición adversa de los dioses, o gusanos subterráneos que roen las semillas o langostas que devoran los sembrados cuando ya están naciendo. La primera causa de estas cosas no puede ser conocida por ningún mortal y así puede ser llamada hija del Erebo y la Noche, pero no del Erebo que se oculta en las entrañas de la tierra o que reside en los enfermos corazones de los hombres, sino del que vigila cuidadosamente en el profundo arcano de la mente divina, al que no puede contemplar el intelecto humano ofuscado por las tinieblas de su condición mortal, ni tampoco de la Noche de la divina mente, en la que nunca nada fue oscuro puesto que siempre ilumina todas las cosas con su luz, sino del error de nuestra flaqueza. Aseguran los matemáticos que los otros tipos de esta causa pueden conocerse de antemano con sus técnicas. Tú sabes muy bien, serenísimo príncipe, si esto es verdad ya que he leído que eres muy versado en tales cuestiones. Ahora bien, si es así, tal clase de hambre no podría ser hija del Erebo ni de la Noche. Si no es así, entonces, como hablamos sobre Dios, puesto que no puede ser visto escondido en el secreto antro de la naturaleza, queda que tal Hambre es hija de la Noche y del Erebo por la razón ya dicha. Por otra parte el hambre privada o bien acontece la mayoría de las veces a consecuencia de la escasez

[35] Cf. *Met.*, VIII, 738-878.

de alimentos, o bien algunas veces por la repugnancia de los indignados. Si se produce a consecuencia de la escasez, tiene lugar por la inactividad y la pereza del que la sufre o por culpa de la necesidad. Si se debe a la inactividad o pereza, como a veces vemos a algunos que se dedican a las diversiones, a las majaderías o al ocio, más que a tener cuidado de la hacienda familiar, ésta efectivamente es hija de la Noche y del Erebo de la misma manera que lo son los otros mencionados antes. Si es por culpa de la necesidad, de modo que el que la sufre no está necesitado a causa de su falta de moderación, pienso que ésta no es hija del Erebo y la Noche sino que por este motivo yo diría que procede del interior de un estómago hambriento. Pero si hay hambre por la repugnancia de los alimentos, como sabemos que a veces les ocurre a algunos de estómago delicado y que, según una mala costumbre, sienten náuseas a no ser que se les presenten exquisitos manjares y guisos preparados con mucho cuidado o carnes en conserva propias de reyes y vinos muy caros y extranjeros y hasta tal punto desprecian y escupen las comidas vulgares, que antes consienten ser atormentados por la privación de alimento que comerlas. Para nadie es dudoso que ésta es hija del Erebo y la Noche. Ovidio [VIII, 799-809] describe así su mansión y su figura: «Vio en un campo de piedras al Hambre, a la que había buscado, que arrancaba con uñas y dientes las escasas hierbas. Su cabello estaba erizado, los ojos hundidos, la palidez en su cara, los labios blanquecinos de mugre, la garganta áspera de moho, la piel endurecida, a través de la cual se pueden ver las entrañas; bajo los curvos ijares sobresalían los resecos huesos, por vientre tenía el sitio del vientre, podrías pensar que el pecho le colgaba y que solamente estaba sostenido por el armazón de la espina dorsal. La escualidez le había aumentado las articulaciones y le había hinchado el globo de las rodillas y los tobillos estaban hinchados fuera de lo normal. Cuando la vio de lejos, etc.»

CAPÍTULO XXVI

Sobre Quéja, duodécima hija del Erebo

Dice Tulio que Queja es hija de la Noche y del Erebo. Creo que se concederá fácilmente si se observa qué es con el ojo de una mente sana. Es una enfermedad del espíritu que no está de acuerdo consigo mismo, por lo que llega a un pecho insensato, ya que el hombre im-

prudente o piensa que se le ha robado lo que se le debe o soporta mal que no se le dé lo que desea o no poder tener lo que ansia. Y así, privado de la luz de la mente, cree que su crimen es de otro. Por esto se lamenta el lascivo amante, por esto el avaro, por esto el ávido de honores, por esto el sediento de sangre y otros muchos de un mal que ellos mismos introdujeron y sabiamente llorando podían haberlo echado fuera.

CAPÍTULO XXVII

Sobre Enfermedad, decimotercera hija del Erebo

La Enfermedad es hija del Erebo y la Noche, según opinión de Tulio y Crisipo. Esta puede ser un defecto de la mente y del cuerpo y, así como en el cuerpo se produce por la lucha de los humores, de la misma manera en la mente está causada por la incoherencia de las costumbres y entonces con razón es llamada hija de este tipo de padres, esto es de la ceguera interior y, puesto que parece tender a la muerte de la salud, recibe el nombre de Enfermedad[M], según la opinión de muchos.

CAPÍTULO XXVIII

Sobre Vejez, decimocuarta hija del Erebo

Vejez, la última de las edades y colindante con la muerte, afecta sólo al cuerpo, puesto que el alma racional tiende a la eternidad con una juventud perpetua. Esta, como dice Tulio, fue hija de la Noche y del Erebo, lo que fácilmente puede aceptarse puesto que en su constitución es semejante a ellos, es decir fría y seca, y los hijos suelen ser parecidos a sus padres. Además el Erebo es inerte y trémulo, cualidades de las que no se aparta la Vejez puesto que, según vemos, es lenta y temblorosa. Además, dado que tiene los sentidos corporales embotados y ofuscados, no sin razón dijeron que su madre era la

[36] Se pone aquí en relación *Morbus:* enfermedad con *Mors:* muerte.

Noche. Sin embargo tiene esta característica, que cuantas fuerzas se le quitan, tanta capacidad de reflexión se le aumenta a la mente; de lo cual sucede que ha de ser respetada y que sus causas se antepongan a los músculos de los jóvenes.

CAPÍTULO XXIX

Sobre Palidez, decimoquinta hija del Erebo

Palidez es el color falto de sangre de la cara y de todo el cuerpo, testimonio segurísimo de sangre perdida o enferma o de un temor repentino. Esta es hija de la Noche y del Erebo según atestigua Crisipo. Y ello porque lo que no es visto por la luz del sol o no se alimenta con buena vegetación fácilmente es ocupado por la palidez; y antes se ha dicho que el Erebo no ve el sol ni siente el calor y por esto, cuando ocurren estas cosas, que la sangre se enfría y se corrompe por una mala digestión, es necesario por consiguiente que surja la palidez, como vemos claramente en aquellos que, encerrados durante mucho tiempo en una ciega cárcel, salen a la luz, o los que, fatigados por una enfermedad del cuerpo, le levantan, o los que, atrapados por un repentino pavor, palidecen.

CAPÍTULO XXX

Sobre Tiniebla, decimosexta hija del Erebo

Se cree que Tiniebla es hija del Erebo y la Noche sin que intervenga ningún testimonio. En verdad, para que no parezcan lo mismo madre e hija, difieren en esto: De noche se ve alguna cosa luminosa, como la Luna y las estrellas y algunas veces el fuego. Pero en la tiniebla no aparece nunca nada de luz y, si alguna vez aparece, deja de ser tiniebla.

CAPÍTULO XXXI

Sobre Sueño, decimoséptimo hijo del Erebo

Sueño, según algunos, es la represión del fuego íntimo y el descanso difundido a través de los miembros debilitados y aflojados por la fatiga. Pero, según otros, es el descanso de las virtudes anímicas con la tensión de las naturales. Sobre éste escribe así Ovidio [XI, 623-25]: «Sueño, el más plácido de los dioses, descanso de las cosas, Sueño, paz del alma, del que huye la preocupación, que ablandas los cuerpos agotados por las duras ocupaciones y los preparas para el trabajo, etc.» Mucho más extensamente describe el poeta Séneca las comodidades del Sueño en la tragedia de *Hércules loco* [1065-78] cuando dice: «Oh tú Sueño, dominador de los males, descanso del alma, la mejor parte de la vida humana, alada progenie de la madre Astrea, hermano lánguido de la cruel muerte, que mezclas lo falso con lo verdadero, autor seguro de lo futuro y además el peor, oh padre de las cosas, puerto de la vida, reposo de la luz y compañero de la noche, que llegas igual al rey y al siervo, plácido y suave favorece al agotado género humano temeroso de la muerte, al que obligas a aprender una larga muerte, cógelo vencido, etc.» Además Ovidio describe un lecho bastante apropiado para éste, que desea dormir, diciendo [XI, 592-615]: «Hay cerca del país de los Cimerios una cueva en un amplio lugar apartado, monte cóncavo, casa y estancia del perezoso Sueño, a donde nunca puede dirigirse con sus rayos Febo al nacer, al mediodía o al ponerse: nieblas mezcladas con tiniebla salen del suelo y crepúsculos de luz dudosa. Allí el vigilante gallo no llama a la Aurora con los cantos de su boca ni rompen los silencios con su voz los intranquilos perros o el ganso más sagaz que los canes [y la parlanchína Progne no dulcifica el pecho que duerme] [37]; ni las fieras ni las bestias ni las ramas movidas por la brisa, o los gritos de la lengua humana producen un sonido. El descanso vive mudo. Sin embargo sale de la profunda roca el río del Olvido, deslizándose a través del cual el agua, con un murmullo, llama al Sueño a las bulliciosas piedrecitas. Ante las puertas del antro florecen fecundas adormideras e innumerables hierbas de cuyo jugo extrae la noche el sopor y empapada lo extiende a través de la tierra oscurecida. No hay ninguna puerta en toda la casa para que no haga ruido al girar

[37] Lo entrecorchetado es la traducción del siguiente verso que Boccaccio presenta como de Ovidio y que no aparece en ninguna de las ediciones consultadas: *gárrula nec Progne stertentia pectora mulcet.*

los goznes, ningún guardián en el umbral; pero hay en el centro de la cueva un elevado lecho de ébano, de pluma, de color negro cubierto por un oscuro velo en donde el dios se acuesta con sus miembros relajados por la languidez. Alrededor de éste, por todas partes yacen tantos sueños vacuos imitando distintas formas cuantas espigas produce la mies, ramas el bosque y arenas diseminadas la playa, etc.» Dice Tulio que este dios adornado con un tálamo tan admirable y con cubicularios fue hijo de la Noche y del Erebo; ha de examinarse la causa de este asunto y después podremos ver acerca de sus siervos, cuando aparezca claramente el significado del tálamo descrito. Se llama al Sueño hijo del Erebo y la Noche porque se produce por los vapores húmedos que surgen del estómago y cubren las arterias y por la tranquila oscuridad. Si, por el contrario, queremos saber algo sobre el sueño de la mente, sin dificultad se concederá el motivo de tales padres. Pues, perdido el calor de la caridad y dejado el camino de la razón, está bastante claro que es necesario ir al sueño de la muerte. Pero ahora veamos algo acerca de los que lo asisten que son sueños de múltiples clases, de los que Macrobio muestra sólo cinco en su *Comentario al Sueño de Escipión* [I, 3, 2]. La primera de ellas es llamada fantasma, que nunca se mezcla con los mortales a no ser lentamente mientras el sueño comienza a introducirse y nosotros pensamos que todavía estamos despiertos y ésta produce figuras de horrible aspecto y que en su mayoría se apartan de la naturaleza por su clase y tamaño, la funesta lucha o la admirable alegría, fuertes tormentas y vientos sonoros y cosas de este tipo. En esta clase dice Macrobio que está también *emactes* o *efiactes*[38] o pesadilla, del que el pensamiento común piensa que invade a los que descansan y con su peso oprime a aquellos de los que se apodera y que están todavía conscientes. Y muchos opinan que la causa de ésta es el estómago pesado por la comida o bebida excesivas o vacío por un largo ayuno y algunas veces algún otro de los restantes humores que predomina. Hay quienes añaden las dudas y dicen que Virgilio había entendido que Dido vio fantasmas cuando se lamentaba a su hermana diciendo [IV, 9]: «Los insomnios que me aterrorizan suspensa.» Y fue colocado aquel «insomnios» en lugar de fantasma impropiamente por una licencia poética. La segunda se llama insomnio, causado con premeditación como parece afirmar Tulio en el libro de la *República* [VI, 10], al decir: «Pues ocurre muy a menudo que nuestros pensamientos y conversaciones dan lugar en el sueño a algo parecido, a lo que sobre Hornero escribe Ennio, acerca del cual realmente muy a menudo

[38] Macrobio, *loe. ct.,* dice *Ephialtes.*

solía pensar y hablar estando despierto, etc.» En esta clase de sueño el amante contemplará a su amada corriendo al encuentro de sus abrazos, o muy desdichado suplicará a la que huye. El marinero contemplará el mar tranquilo y la nave que lo surca con las velas desplegadas o que zozobra en la tempestad. Así también el agricultor se alegrará en vano contemplando las fértiles cosechas en el campo y llorará las devastadas. El glotón vaciará las copas; el hambriento o deseará comidas o con su vacía boca devorará las que se le pongan delante. Sobre los premeditados, algunos quieren deducirlos de Dido atormentada, porque parece que Virgilio muestra la premeditación cuando dice [IV, 3-5]: «Acuden a su ánimo el mucho valor del héroe y el mucho honor de su raza, su rostro y sus palabras se mantienen clavados en su pecho, etc.» Y así parece ser el insomnio como procedente de una premeditación. Pero, puesto que proceden del estado anímico, se desvanecen en los aires junto con el sueño, como dice el mismo Virgilio [VI, 896]: «Pero los Manes envían al cielo los falsos insomnios.» La tercera clase se llama Sueño durante el cual, según opina Macrobio, se sueñan cosas ciertas pero bajo un velo, como José, según testimonia Moisés en el *Pentateuco {Génesis,* XXXVII, 7], vio que las gavillas de sus hermanos adoraban la suya, y como Astiages vio, según dice Valerio, que salía una vid y semen de los genitales de su hija. Defienden que esto tiene lugar estando el hombre sobrio, como estamos la mayoría de las veces al acercarse el día. La cuarta clase se denomina visión, que no lleva delante de sí ningún subterfugio sino que muestra lo que ha de ser con transparente claridad, como vio Artemio Rufo, caballero romano que dormía en Siracusa, que él, mientras contemplaba un espectáculo de gladiadores, era atravesado por obra de un retiario, cosa que, habiéndolo contado a muchos, sucedió al día siguiente. A la quinta y última clase de los sueños la llamaron los antiguos oráculo, que Macrobio pretende que sea cuando nosotros, dormidos, vemos a nuestros padres y antepasados, a un hombre de prestigio o a un pontífice, o al mismo Dios diciendo o aconsejando algo como en sueños José fue aconsejado por el Ángel para que cogiera al Niño y a su Madre y con ellos huyera a Egipto. Algunos de los antiguos, según puede percibirse claramente de las palabras del filósofo Porfirio [39], pensaron que todas las cosas vistas durante el descanso son verdaderas, pero que la mayoría de las veces apenas se comprenden y por esto parece que Porfirio, de un modo muy diferente a lo que hacen otros, piensa lo que primero fue dicho por Hornero y después

[39] **Citado por Macrobio, *Somn.,* I, 3, 17.**

por Virgilio; y puesto que es más conocido el poema de Virgilio que el de Hornero, llevémoslo a la vista de todos. Dice Virgilio [VI, 893-96]: «Dos son las puertas del Sueño, una de las cuales se llama córnea, por donde se da una fácil salida a las sombras verdaderas; la otra, brillante, está hecha de blanco marfil, pero los Manes envían al cielo falsos insomnios, etc.» Mediante estos versos pretende Porfirio que todos los sueños son verdaderos, pensando que el alma, al estar el cuerpo dormido, como está un poco más liberada se dirige a su propia divinidad, y se oculta en la humanidad pero guía toda la fuerza de la inteligencia y ve y distingue algunas cosas y ve más cosas de las que distingue, bien porque están escondidas muy lejos o bien ocultas por una densa cobertura y por esto sucede que lo que distingue, aunque no plenamente porque lo cubre la niebla de la sombría mortandad, se diga que sale a través de la puerta de cuerno ya que el cuerno está en la naturaleza de ésta de modo que debilitado se hace accesible a la mirada y como un cuerpo diáfano permite ver las cosas que en él se esconden. Lo que no puede ver porque lo cubre la niebla de la carne, lo llamamos cubierto de marfil, cuya abertura ciertamente ha estrechado tanto la naturaleza que se ha reducido a una extrema delgadez y no permite ver las cosas colocadas debajo, cosas que Virgilio llama falsas porque no se comprenden de ninguna manera, como dice Porfirio. Queda ahora ver algo acerca de sus criados de los que, aunque sean muchos, conocemos solamente los nombres de tres. Pretenden que el primero de éstos se llamó Morfeo *, lo que se interpreta como formación o simulacro y tiene por misión, según las órdenes de su amo, imitar algunos rostros de hombres, sus palabras, costumbres, voces e idiomas, según escribe Ovidio [XI, 633-38] diciendo: «Pero el padre llama de entre la muchedumbre de sus mil hijos a Morfeo, el artífice y simulador de la figura; ningún otro más hábil que él imita la manera de andar que se le ha ordenado y el rostro y el timbre de voz; añade también vestidos y las palabras más usuales de cada uno, pero éste imita sólo a los hombres, etc.» El segundo, Itatón o Fobétor, el significado de cuyos nombres yo ignoro; sin embargo Ovidio dice su misión en este poema [639-41]: «Otro se convierte en fiera, se hace pájaro, se hace serpiente de largo cuerpo. A éste los dioses lo llamaron Itatón, el vulgo mortal Fobétor [41], etc.» Al tercero lo llamaron Panto, como todo, cuya obligación es imitar las cosas insensibles, según atestigua Ovidio [641-43] cuando dice: «El tercero es Fántaso, de una artimaña diferente: él engaño-

[40] Juego de palabras entre Morfeo y griego *morphé:* forma.
[41] Ovidio habla de ícelo y Fobétor como siervos del Sueño.

sámente convierte todas las cosas en tierra, roca, agua, madera y todo lo que carece de alma, etc.» Según éstos casi querrían que las cosas que vemos cuando dormimos nos sean traídas por un poder exterior. Pero si es así, que lo vean otros.

CAPÍTULO XXXII

Sobre Muerte, decimoctava hija del Erebo

Muerte, según sostuvieron Tulio y Crisipo, fue hija de la Noche y del Erebo, de la cual declara Aristóteles que es la última de las cosas terribles. Pues por ésta desde aquel mismo día en que desgraciados entramos al mundo lentamente somos cogidos por ella sin interrupción hasta tal punto que no lo advertimos; y puesto que morimos diariamente, en lenguaje vulgar decimos que morimos cuando dejamos de morir. Y aunque los desgraciados somos arrebatados por ella de mil maneras, nuestros antepasados pretendieron que era o violenta o natural. Es violenta la que recae por hierro o fuego, o por alguna otra desgracia, sobre el que huye o incluso sobre el que persigue. La natural, según Macrobio en su *Comentario al Sueño de Escipión* [I, 13, 11], es aquella por la que el cuerpo no es abandonado por el alma sino el alma por el cuerpo. Además los antiguos llamaron a la muerte de los ancianos a tiempo o merecida, a la de los jóvenes fuera de tiempo, y dijeron que la de los niños era cruel. También se la denomina con otros muchos nombres, como Atropo, Parca, Letum, Nex y Fatum. Estacio describe brevemente la cruel actuación de esta así [VIII, 376-81]: «Salida de las tinieblas estigías, la Muerte utiliza el cielo y cubre con su vuelo el campo de guerra e invita a los hombres con su tétrico chillido y no eligiendo nada vulgar sino a los cadáveres que más merecerían vivir, señala con su cruenta uña a los que que sobresalen por sus años o su valor, etc.» Pero descubramos ya aquellas pocas cosas que pertenecen a la ficción. Dicen que ella es hija del Erebo porque fue lanzada desde el Erebo, como dice Estacio en los versos arriba escritos, salida de las tinieblas de la Estige, porque carece de calor, como carece el Erebo; además se dice que es hija de la Noche porque se la ve horrible y oscura. Se llama Muerte, como dice Hugucio, porque muerde o por el mordisco del primer padre por el cual morimos, o por Marte que es matador de hombres, o Muerte como amargura, porque es amarga; pues entre

los hombres no se considera nada más amargo que la muerte, exceptuados aquellos de los que dice Juan en el *Apocalipsis* [XIV, 13]: «Felices aquellos que mueren en el Señor.» Esta, según parece opinar Servio[42] es distinta de Atropo, de la que se ha hablado antes, porque por ésta debemos entender la muerte violenta, como claramente se deduce de los versos de Estacio citados hace poco. Por Atropo quiere que se entienda la natural disolución de las cosas, pues se llama Atropo porque no da la vuelta. Y la llamaron Parca por antífrasis, porque no perdona a nadie. Así también Letum al ser la más triste de las cosas. Pero pienso que ella es propiamente Nex porque con ella el espíritu es cercado por el agua, el lazo u otro medio. También se la llama Fatum porque ha sido predeterminado por la divina providencia que deben morir todos los que nacen.

CAPÍTULO XXXIII

Sobre Caronte, decimonono hijo del Erebo

Caronte, barquero del Aqueronte, es llamado por Crisipo hijo del Erebo y la Noche. Acerca del cual dice así Virgilio [VI, 298-304]: «Un horrendo barquero guarda estas aguas y ríos, Caronte, de terrible suciedad, en cuyo mentón reposa una abundante y descuidada barba blanca, sus ojos de llama están fijos. De sus hombros cuelga con un nudo un sucio manto. El mismo conduce la nave con una pértiga y la dirige con las velas y transporta en su barca color de hierro los cuerpos, ya es anciano pero su vejez es la fuerte y vigorosa de un dios, etc.» Caronte, al que Servio[43] cambió en Crono, es el tiempo. Además aquí Erebo debe entenderse como el pensamiento intrínseco de la mente divina por el que se crearon el tiempo y todas las demás cosas y así Erebo es el padre de Caronte. Se le atribuye la Noche como madre porque antes de que el tiempo fuese creado no había ninguna luz perceptible y por ello se hizo en las tinieblas y parece creado de las tinieblas. Pero está colocado Caronte en los Infiernos porque los dioses de arriba no tienen necesidad de tiempo como la tenemos nosotros los mortales, que somos inferiores a aquellos. El hecho de que Caronte transporte los cuerpos de una orilla

[42] Citado por *Myth. Val.*, III, 6, 23.
[43] En realidad es Fulgencio, *Cont. Verg.*, pp. 98, 18-19, ed. de Teubner.

a otra del Aqueronte se ha inventado para que entendamos que el tiempo, inmediatamente después de nacer, nos acoge en su regazo y nos lleva a la orilla opuesta, esto es a la muerte, que ciertamente es lo contrario del nacimiento, puesto que aquél conduce al ser y ésta priva a los cuerpos de ser. Además somos transportados por Caronte a través del río Aqueronte, que se interpreta como sin alegría, para que nos demos cuenta de que somos arrastrados por el tiempo a través de una vida perecedera y llena de miserias. Además Virgilio dice que es un anciano pero que se apoya en una vejez robusta y fuerte para que conozcamos que el tiempo no pierde las fuerzas con el paso de los años y hoy tiene el mismo poder que tuvo cuando fue creado. Tiene un sucio manto para que aparezca que maneja cosas terrenas, que son sucias.

CAPÍTULO XXIV

Sobre Día[44], *vigésima hija del Erebo*

Día fue hija de la Noche y del Erebo; así lo escribe Tulio en *Sobre la naturaleza de los dioses.* Teodoncio dice que ésta se unió a su hermano Éter. La razón de por qué es hija del Erebo y la Noche la dan algunos así: Pretendieron, tomando el todo por la parte, que el Erebo fuese entendido como todo el cuerpo de la tierra de cuyo extremo, que los griegos llamaron horizonte, no hay duda de que surge el día con la llegada del sol tras haberse retirado la noche y que Erebo había creado a ésta de la noche. Dicen que se unió en matrimonio a Éter porque interpretan a Éter como el fuego, que no puede carecer de claridad y, puesto que el día es claro no pretenden otra cosa que mostrar la claridad unida al fuego. Esta, después de que fue así llamada por los antiguos, se convirtió en un solo día con atardecer y amanecer y fue designada de una duración tal que el tiempo que pasa desde que el sol sale y corre alrededor de todo el mundo y vuelve al mismo lugar de donde había salido junto con la noche que lo encierra se dice un único día, y éste es el día natural, al que dividieron en veinticuatro partes iguales y a éstas las llamaron horas. Después, según les pareció a estos mismos, se añadió el día

[44] Día en latín es masculino y femenino. Aquí vemos claramente que está tomado como femenino.

artificial, que está dividido en día y noche y a cada una de sus partes, a saber al día y a la noche, le concedieron tener doce horas, aunque desiguales, y lo llamaron artificial por el artificio del que lo había pensado, del cual hacen uso la mayoría de las veces los astrólogos en sus reflexiones. Después los médicos inventaron el día crítico y lo utilizaron para la observación de las enfermedades. Pero el comienzo de los días naturales no es tomado de la misma manera por todas las gentes. Pues los Romanos, según dice Marco Varrón[43], quisieron que comenzase a media noche y que terminase a la media noche siguiente, medida que conservan hasta ahora los italianos y sobre todo en las causas judiciales. En otro tiempo los Atenienses, que comenzaban el día con el ocaso del sol, lo acababan con la puesta del día siguiente. Los Babilonios, en cambio, hacían desde la salida lo que los Áticos desde el ocaso. Los Umbros, que también son Etruscos, determinaron su principio desde el mediodía y lo terminaban al mediodía siguiente. Costumbre ésta que es observada hasta ahora por los astrólogos. Además el día natural está marcado con distintos nombres según sus diversas cualidades. Pues, según afirma Macrobio en los *Saturnales* [I, 3, 12], empezando desde el comienzo del día de los Romanos, se llama al primer tiempo del día la inclinación de la medianoche, porque la noche empieza a declinar hacia el día. A continuación, por el canto del gallo se llama gallicinio. El tercero conticinio porque parecen estar calladas todas las cosas dormidas. El cuarto se llama amanecer porque se ve aparecer la luz del día. A continuación al quinto tiempo, ya saliendo el sol, quisieron llamarlo mañana, bien porque pareció que el comienzo de la luz surgía de los manes o bien por el presagio del buen nombre, pues los lanuvinos dicen mañana en lugar de bueno. Al sexto lo llamaron meridio, esto es la mitad del día, que nosotros llamamos mediodía. El tiempo que va desde esta hora hasta la noche es llamado occidente porque parece caer. Se dice al octavo el último momento porque es el ultimísimo tiempo del día, según está expresado en las XII Tablas: «Sea la puesta de sol el último momento.» Después el noveno tiempo recibe el nombre de víspera, que se tomó de los Griegos, pues aquellos lo llaman héspera de la estrella héspero[46], que aparece a la puesta del sol. El décimo tiempo, que es el comienzo de la noche, es llamado la primera antorcha porque entonces comienzan a aparecer las estrellas o, según otros, porque entonces, extinguida la luz del día, empe-

[45] Citado por Macrobio, *Sat.,* I, 3, 6.
[46] Héspero, lucero vespertino, o Véspero, identificado con el lucero matutino Lucífero, llamado en griego Fósforo o Heósforo, estrella matutina o planeta Venus. Cf. Ruiz de Elvira, *Mil. das.,* p. 44.

zamos a encender las antorchas para vencer con su luz las tinieblas de la noche. Al tiempo undécimo se le llama primer sueño porque en esa hora, después de una pequeña vigilia, tienen por costumbre los mortales irse a acostar. El duodécimo tiempo del día, que es el tercero de la noche se llama intempestivo porque no parece adecuado para hacer nada. Su término está cerca de su principio, al que nos hemos referido: la inclinación de la media noche. Por otra parte, dado que, a causa del respeto tenido al número siete, al que los antiguos consideraron perfecto por algunos motivos, el ingenio humano dispuso que todo el tiempo se distribuyera en semanas y llamar a aquellos días de la semana con distintos nombres, algunos tuvieron por costumbre investigar las causas de tales nombres; causas que yo juzgo éstas: puesto que entre nosotros cinco reciben los nombres de los planetas, el sexto fue llamado sábado por los Hebreos, después no se cambió por los cristianos porque dicen que significa descanso en latín para que indique que Dios, después que hubo creado todas las cosas en seis días, había descansado el séptimo de todos sus trabajos. Por otra parte el domingo, que es el séptimo día para nosotros los cristianos, se llamó así porque en aquel día Cristo, el hijo de Dios, no sólo descansó de todos sus trabajos sino que vencedor resucitó de entre los muertos y así nuestros ínclitos padres llamaron a aquel día domingo por Nuestro Señor[47]. Otros sostienen que su nombre deriva del sol, porque él mismo es el príncipe de los planetas y por eso se llama señor y, puesto que tiene su soberanía en la primera hora del mismo día, por ello se le llama domingo. Pero, ya que es muy diferente el orden de los planetas que el que se tiene en los nombres de los días, ha de saberse que según el orden de los planetas sucesivamente se concede a cada uno el dominio de una hora del día y de aquel a quien le corresponde tener el dominio de la primera hora del día recibe su nombre el día; por ejemplo, si la segunda hora del domingo se la adjudicas a Venus, que está colocada inmediatamente debajo del Sol, y la tercera a Mercurio, que está junto a Venus, y la cuarta a la Luna, que está al lado de Mercurio, la quinta a Saturno, en el que ha de recaer el orden cuando ha terminado en la Luna, la sexta a Júpiter y así con cada una de las veinticuatro horas del domingo, bajo el nombre o dominio de Mercurio se encontrará la vigesimocuarta hora, y la vigesimoquinta, que es la primera del día siguiente, bajo el nombre o dominio de la Luna y por ello recibe su nombre de ella el segundo día de la semana, o mejor el primero,

[47] **Domingo:** *Dies domenica* = **it.** *domenica; Dies domenicus* = **esp.** *domingo, día* **del Señor.**

puesto que el domingo es el séptimo día de la semana y el día de descanso. Si cuentas del mismo modo a partir de esta primera hora del día de la Luna, encontrarás que su vigesimocuarta hora está bajo el imperio de Júpiter y la vigesimoquinta bajo el dominio de Marte, por lo que este segundo día se denomina de Marte, ya que Marte domina en su primera hora. Y así sucesivamente con cada una hasta que llegues a la última del sábado que está bajo Marte y sigue la primera del domingo adscrita al Sol, del cual recibe su nombre este día como antes dijimos. Al constar el día natural de día y de noche, del día recibe el nombre en su totalidad como de la parte más digna y deriva el nombre de día de dioses pues se dice *dios* en griego, deus en latín. Porque así como los dioses, según la opinión de los antiguos, ayudan a los mortales, también los ayudan los días y por esta razón reciben su nombre de los propios dioses.

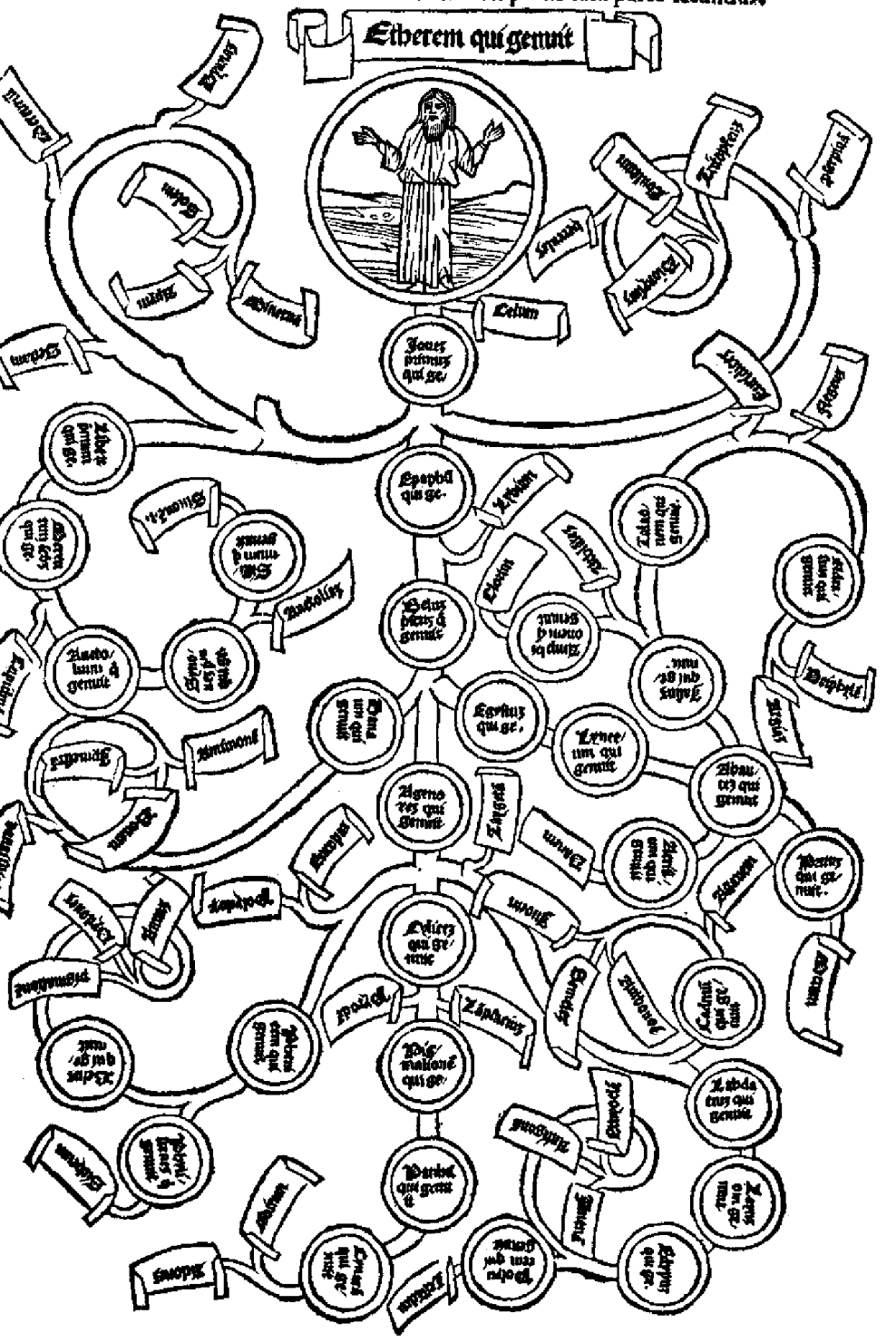
Después que, con la ayuda de Dios, hemos llegado desde las tinieblas subterráneas a la luz del día, nos queda describir, del mismo modo que hemos hablado acerca de todos los hijos del Erebo, también qué pensaron los antiguos sobre Éter, al que presentan como hijo suyo. En realidad, puesto que todo su linaje masculino es estéril excepto este hijo y no es pequeña su descendencia y el volumen se ha alargado suficientemente, pienso que es más honesto reservarlo para el segundo y poner fin al primero.

Acaba el Libro Primero de la Genealogía de los dioses paganos.

COMIENZA FELIZMENTE EL LIBRO SEGUNDO DE LA GENEALOGÍA DE LOS DIOSES PAGANOS, SEGÚN JUAN BOCCACCIO DE CERTALDO

En el árbol grabado a la derecha, con la raíz vuelta hacia el cielo, se pone en lo alto a Éter, hijo del Erebo y la Noche; y en las ramas y en las hojas de éste, puesto que sólo fueron dos los hijos de Éter, a saber el primer Júpiter y Celio o Cielo, solamente se señala toda la descendencia del primer Júpiter, estando reservada para el volumen siguiente la prole de Celio o Cielo.

Ethera describit prolis cum parte secundus.


Etherem qui genuit
Celum
Iouem primus qui ge.
Epaphi qui ge.
Helios primus q genuit
Zamphis omnia q genuit
Zabulum qui genuit
Zabulum qui genuit
Zabulum qui

Proemio

Hemos sacado casi toda la descendencia del Erebo de las cavernas, ayudándonos la gracia de nuestro Dios omnipotente y verdadero, y con el ingenio que se nos otorgó, dejadas de lado las ficciones, la hemos presentado desnuda en el volumen precedente a la vista de los lectores. Ciertamente, no sin un enorme esfuerzo de la navecilla que se tambaleaba por aquí y por allá entre los humos de la Estige y las nieblas. Después que se ha llegado al mundo más conocido, quizá superaremos menos inciertamente los variados recodos y los Euripos que avanzan y retroceden, cuyas aguas, si no me engaño, veo inflarse hasta el cielo. Pues habiendo salido de las entrañas del Erebo hacia lo alto entre otros el elevado Éter, se lanzó el primero con su ímpetu, fértil en una descendencia no abundante pero sí ciertamente admirable. De la cual, si observo con suficiente seguridad, uno es el primer Júpiter, que brilla tanto por la fama de su conspicuo nombre como por su larga descendencia, a la que, si quiero describirla, es necesario que con el empuje de las olas sea llevado hasta todo el litoral egipcio y sirio y a tu reino de Chipre. Navegación que, al ser conocida para tu grandeza, oh rey ilustre, como muy larga para mí, ruego por la insigne gloria de tu nombre que soportes ecuánime mis desvíos y ordenes que sean enmendados según la costumbre de un príncipe piadoso antes de permitir que sean destrozados por los dientes de los envidiosos. Pues yo, desplegada la vela, emprendo un camino desde las fauces del Orco rogando que lo guíe Aquél que, cuando

sus discípulos naufragaban en el mar de Genesaret, dominó a los vientos y a las aguas.

CAPÍTULO PRIMERO

Sobre Éter, vigesimoprimer hijo del Erebo y la Noche, que engendró al primer Júpiter y a Celio o Cielo

Éter, según la opinión de Tulio en el libro *Sobre la naturaleza de los dioses* [III, 17, 44], fue hijo de la Noche y del Erebo. Quien, aunque algunas veces en verdad se ha tomado propiamente por el Cielo, sin embargo parece ser considerado por muchos el elemento fuego. Pues así lo atestigua Hugucio y así parece testimoniarlo Ovidio cuando en el principio de su mejor obra [I, 67-68] dice: «Colocó encima de estas cosas al límpido Éter que carece de peso y que no tiene nada de la impureza terrena, etc.» Algunos creyeron que éste era la causa de todas las cosas, como se ha dicho antes y de la misma manera Pronápides en su obra de ficción lo muestra como hijo de Demogorgón cuando dice que Caos había exhalado suspiros de fuego, pero parece que hay que darle la primacía a Cicerón. Muchos lo consideraron de alguna manera estéril, sin embargo el propio autor dice que fue fecundo y que engendró al primer Júpiter y a Celio, de los que surgió toda la numerosa progenie de los dioses.

CAPÍTULO II

Sobre el primer Júpiter, hijo de Éter, que engendró trece entre hijos e hijas. De los cuales fue la primera Minerva, segundo Apis, 3° Sol, 4.ª Diana, 5.° Mercurio, 6° Tritopatreo, 7." Eubuleo, 8° Dioniso, 9." Hércules, 10.ª Prosérpina, 11.° Padre Líber, 12° Epafo, 13° Escitas

Teodoncio dice que el primer Júpiter fue hijo de Éter y Día. Acerca de este Júpiter, aunque sobresalga con un nombre ilustre, yo no recuerdo haber leído nada sino haber oído muy pocas cosas, si

bien dignas de alabanza. Pues contaba Leoncio, un hombre griego muy versado en tales cosas, que éste, antes de que se le buscara un nombre más importante, fue llamado Lisanias, hombre Arcadio y muy noble, que había ido de Arcadia a Atenas y que, como tenía gran ingenio y había visto que los del Ática vivían en una época inculta según una costumbre ruda y casi bestial, antes de nada les enseñó a vivir de acuerdo con las leyes establecidas y con una regla de conducta común a todos, y a los que tenían mujeres casi comunes, fue el primero en enseñarles a celebrar matrimonios. Y cuando ya los había conducido a las costumbres propias del hombre, les aconsejó que rindieran culto a los dioses e instituyó para éstos altares, templos y sacerdotes y además les enseñó muchas cosas que les serían de utilidad. Los áticos, mientras admiraban y valoraban estas cosas, pensando que aquél era un dios, lo llamaron Júpiter y lo hicieron su rey. El cual dice Cicerón *[Nat. dioses,* III, 21, 53] que fue el más antiguo rey de los Atenienses. Esto es lo que conozco sobre éste. Pero ahora voy a ver por qué imaginaron que era hijo de Éter y Día y, puesto que el nombre de Júpiter fue muy famoso entre los paganos, veremos su significado e investigaremos cuál pudo ser la causa de esta denominación y de la deificación. Dicen, pues, que aquél es hijo del Éter o bien porque lo ennoblecen con un padre de noble estirpe, pues pensaban que el fuego es la primera causa de las cosas y así no podían darle un padre más noble, o porque lo consideraban un hombre del cielo o un dios, y que había venido del cielo a causa de la profundidad de su inteligencia, o porque viesen que tenía una naturaleza de fuego, que tiende siempre a lo alto según la costumbre del fuego, de modo que puede decirse de él aquello de Virgilio [VI, 730]: «Aquellos tienen fuerza de fuego y origen celeste.» Pienso que aquél fue llamado hijo de Día porque, aunque alguno nazca apto para grandes cosas, sin embargo por el hecho de haber nacido no puede realizar inmediatamente aquellas cosas para las que ha nacido y conviene que sus fuerzas aumenten de día en día y que su ánimo crezca para actuar en la fe de los dioses y que finalmente él mismo actúe y al ser vistas y conocidas sus obras en un día, parece engendrado en un nuevo parto por el día, de manera que puede decirse acerca de él lo que Valerio [VIII, 7, Ext., p. 1] dice de Demóstenes: «Y así la madre parió un Demóstenes, la laboriosidad otro.» Así también la madre dio a luz un Lisanias y el día testigo de sus obras otro. Además este Lisanias fue llamado Júpiter por los atenienses, nombre hasta entonces no concedido a ninguno de los mortales y ni siquiera había sido aplicado todavía al propio dios por

el paganismo, y no se sabe con certeza de dónde fue tomado por los que lo aplicaron. Sin embargo yo pienso que motivó la causa de este nombre lo que descubrimos que acontece también con otros muchos planetas, a saber por la semejanza de las actuaciones de este hombre exactamente semejantes al propio Júpiter. Pues dice Albumasar en su más grande *Introductorio* que el planeta Júpiter es por naturaleza caliente y húmedo, aéreo, templado, moderado y honesto, extraordinariamente loable y observador de la paciencia y en los peligros, después de soportarlos, audaz, generoso, clemente, precavido, amante de la verdad, deseoso de magistraturas, fiel, muy hablador, amigo de los buenos pero enemigo de los malos, amante de los príncipes y de las personas importantes, y escribe otras muchas más cosas acerca de él, a las que añade que significa alma natural, vida, hermosura, hombres sabios, doctores de las leyes, justos jueces, culto divino, religión, victoria, reino, riquezas, nobleza, alegría y cosas de este tipo. Consideradas éstas y finalmente sopesadas las costumbres de este hombre, observaremos que está de acuerdo con Júpiter de tal manera que podemos decir que se le da el nombre de Júpiter no de manera inconveniente y creemos que esta concomitancia fue para él la causa de tan gran nombre. Pues realmente este nombre, después de que fue atribuido por los antiguos al planeta y a Lisanias, leemos que también fue aplicado por los más recientes a algunos otros, por ejemplo al segundo Júpiter, hijo del Cielo, que también fue un hombre de Arcadia y rey de los Atenienses, y también al tercer Júpiter, hombre cretense e hijo de Saturno. Además, también del mismo modo a Pericles, caudillo ateniense, al que muchos llamaron Júpiter Olímpico. También los poetas pusieron en sus creaciones bajo el nombre de Júpiter al elemento fuego, alguna vez el fuego y el aire. Hasta tal punto sube a lo más elevado que incluso se aplica por los más sabios al sumo y verdadero Dios, y no sin razón, puesto que tan egregio nombre pertenece solamente a El, lo que un cristiano no rechazaría, considerada la significación del hombre, si no fuese un invento de los paganos. Pues pretenden algunos y sesudos varones que Júpiter signifique lo mismo que el Padre que favorece[48], lo que conviene solamente al verdadero Dios. En verdad, El mismo es padre y lo fue desde la Eternidad y lo será para siempre, cosa que no puede decirse de ningún otro, de la misma manera que favocece a todos y no perjudica a nadie y favorece hasta tal punto que si su ayuda se retira es necesario que inmediatamente peligren todas las cosas. Además este nombre, Júpiter, se dice en

[48] Júpiter: *iuvans pater.*

griego Zeus, que en latín significa vida[49]. ¿Y qué otro es vida para todas las cosas y criaturas sino Dios? Pues él mismo hablando de sí dice: «Yo soy el camino, la verdad y la vida»; y, en efecto, así es. Porque para El, por El y en El viven todas las cosas y fuera de El no hay nada excepto muerte y tinieblas. A éste, aunque no le rindieran el culto debido, los antiguos Romanos lo llamaron Júpiter Óptimo Máximo, intentando mostrar mediante estas pocas palabras que por su tamaño y poder sobresalía por encima de los restantes dioses y que solamente él es el sumo bien y que de él procede la vida y la ayuda para todos. Además podría añadir aquí muchas cosas atribuidas a Júpiter por los poetas, como, por ejemplo, el ave que lleva sus armas, la encina, las guerras, su esposa Juno y otras cosas, pero, puesto que éstas parecen concernir más claramente a lo que se ha imaginado acerca de Júpiter Cretense, he pensado que deben reservarse para aquél. Por otra parte, insigne rey, no se sabe con bastante seguridad si los Atenienses consideraron a este Júpiter como un dios o lo divinizaron; si lo hicieron dios, ha de saberse que fue costumbre de los antiguos, para aumentar la nobleza de su origen, incluir a los fundadores de sus ciudades en el número de los dioses en medio de sus conocidas ceremonias religiosas y rendirles culto con sacrificios y templos. Así también a los antepasados de sus príncipes y a los propios príncipes por algún beneficio recibido de ellos, para mostrarse agradecidos, y animaron a otros a actuar bien por el deseo de tan espléndida gloria. Escriben además los antiguos que Júpiter tuvo muchos hijos, algunos de los cuales, pienso que en verdad fueron hijos de Júpiter, pero no consta suficientemente de qué Júpiter, si del primero, o del segundo, o del tercero, y así otros muchos, a causa de la insigne preeminencia de su virtud y para resaltar la gloria de su linaje, fueron atribuidos por los teólogos de los paganos igualmente a Júpiter, que yo atribuiré a aquel Júpiter en quien más parezcan pensar los contemporáneos.

[49] Relación entre Zeus y gr. *zoé* que significa vida, estableciendo así una falsa etimología para Zeus.

CAPÍTULO III

Sobre la primera Minerva, primera hija del primer Júpiter

Minerva, según divulgan los poemas de casi todos los poetas, fue hija de Júpiter, sobre cuyo nacimiento se cuenta la siguiente fábula: Que Júpiter, al ver que su esposa Juno no le daba hijos, para no quedarse de ninguna manera sin hijos, golpeado su cerebro hizo salir de éste a Minerva armada. Lo que parece afirmar Lucano [IX, 350] al decir: «A ésta la ama Palas, la que nació de la cabeza de su padre.» Y sobre su nacimiento dice Claudio Claudiano [*Alab. Estilicen* III, 226-7]: «Cuentan que Júpiter al nacer Minerva, había concedido lluvias de oro con sus rayos, etc.» Además, dice Servio que ésta nació en la quinta luna, como los demás que fueron estériles. Sostienen que fue descubrimiento suyo el arte de la lana, desconocido antes de ella, así como el tejido, y sobre esto opina Ovidio que tuvo ésta con la colofonia Aracne un certamen sobre quién tejía mejor y obtuvo la victoria[50]. También lo tuvo con Neptuno para dar un nombre a la ciudad de Atenas. Algunos la representan, además, armada y presidiendo la ciudad de Atenas. Tito Livio [VII, 3] le atribuye también la invención de los números y de sus figuras, porque antes los antiguos en lugar de números utilizaban signos. Se cuenta sobre ella otra fábula: que, como fuera propósito de ésta conservar perpetuamente su virginidad y Vulcano la desease ardientemente, pidió él a su padre Júpiter, como recompensa por los rayos fabricados por él en la Gigantomaquia, el matrimonio con Minerva. Júpiter, conocedor del deseo de su hijo, se lo concedió si podía alcanzarla y, viceversa, le concedió a Minerva, si podía despreciarlo, que se defendiera con sus fuerzas y así, mientras Vulcano iba en repetidos intentos hacia ella y ella se esforzaba en lo contrario, sucedió que, caído el semen de Vulcano a la tierra, nació un niño y ella se quedó en paz. Dijeron que ella estaba cubierta con un triple vestido y le consagraron un coloreado peplo y pusieron una lechuza bajo su protección, tras ser expulsada la corneja, y le dieron muchos nombres, como Minerva, Palas, Atenea y Tritonia. Presentadas estas cosas, reclamaba el orden adoptado descubrir qué habían podido pensar los antiguos bajo estas fábulas. Pero hay que advertir ahora que no todas las fábulas aquí presentadas se refieren a esta Minerva, puesto que la identidad del nombre

Met., VI, 1-145.

confunde a los poetas que no tienen cuidado sobre esto; ya que no conciernen a ésta, ni las armas, como asegura Leoncio, ni la lucha con Neptuno, sino que son propias de aquella Minerva que fue hija del segundo Júpiter. Y por ello, dejadas de lado éstas, desvelaremos las restantes y añadiremos algunas historias: Sostuvieron que Minerva, esto es la sabiduría, nació del cerebro de Júpiter, esto es de dios; pues los físicos afirman que toda la virtud intelectual está situada en el cerebro como en la fortaleza del cuerpo. Por esto representan a Minerva, esto es la Sadiburía nacida del cerebro, es decir del cerebro de Dios, para que comprendamos que, puesto que toda la inteligencia proviene del profundo arcano de la sabiduría divina, toda sabiduría es infusa, la que Juno, esto es la tierra, estéril en lo que respecta a esto, no podía ni puede producir; pues, según atestiguan las Sagradas Escrituras, toda la sabiduría procede de Dios nuestro Señor. Y ella misma dice en el mismo lugar: «Yo he salido de la boca del Altísimo.» Y así muy hábilmente crearon la ficción de que había nacido no como nosotros nacemos sino del cerebro de Júpiter, para mostrar su singular nobleza apartada de toda suciedad e impurezas terrenas. Además se le atribuye la virginidad perpetua y por ello la esterilidad, para que por esto se conozca que la sabiduría nunca se infecta con ningún contagio de los mortales sino que es siempre pura, siempre brillante, siempre íntegra y perfecta. Y es estéril en cuanto a las cosas temporales, puesto que los frutos de la sabiduría son eternos. Se escribirá qué pensaron acerca del certamen de ella y de Vulcano más adelante, cuando se hable de Erictonio, nacido como consecuencia de esta lucha. Además está cubierta por un triple vestido para que se entienda que las palabras de los sabios, y sobre todo de los que se dedican a la ficción, tienen múltiple significado. Se le consagró un peplo de colores para que comprendamos que las palabras de la sabiduría son adornadas, floridas, elegantes y engalanadas con gran belleza. Por otra parte, se le atribuyó la lechuza, tras haber sido expulsada la corneja, para mostrar que el sabio, con su reflexión previa, conoce lo escondido en las cosas de difícil comprensión como la lechuza ve en las tinieblas y que, rechazadas la verbosidad y la charlatanería, toma en consideración el lugar y el momento para actuar. Se llama Minerva, como dice Alberico [III, 10, 1] de *min,* que es no, y *erva,* que es mortal, para que resulte que es la sabiduría inmortal. Palas y Atenea tienen que ver con otras Minervas, por lo que se explicarán cuando se haga mención de ellas. Es llamada también Tritonia por el lugar o lago en que apareció por primera vez, que se considera el Tritón que

está en África. Expuestas así las ficciones, ha de llegarse a la historia y ha de saberse que Minerva fue una doncella, cuyo origen fue desconocido, aunque tuviese una gran inteligencia y, como dice Eusebio [30, 20-26], durante el reinado de Foroneo sobre los Argivos, apareció en primer lugar junto a Tritonia, laguna o lago de África, desconociendo todos de qué regiones venía. Sin embargo, dice Pomponio Mela en su *Cosmografía* [I, 7, 36] que los habitantes creían que había nacido allí mismo y dan crédito a la fábula, porque celebran con juegos de doncellas que luchan entre sí el día que consideran el aniversario de su nacimiento. Por otra parte, al haber descubierto el arte de la lana y el tejido y otras muchas cosas artísticas, fue considerada una diosa ilustre y, puesto que todos sus inventos parecían proceder de la fuerza de su inteligencia y sabiduría, se descubrió un lugar para la fábula de que pareciese nacida del cerebro de Júpiter. Acerca de ella dice Agustín en el libro *Sobre la ciudad de Dios* [XVIII, 8] que, durante el reinado de Ogigio en el Ática, aquella había aparecido con la edad *de una doncella junto al lago Tritón, como se ha dicho, y al haber sido inventora de muchas obras, fue considerada diosa tan fácilmente como poco conocido era su origen; y no se diferencia Agustín de Eusebio en la época, pues el propio Eusebio [30, 8-11] muestra que Foroneo y Ogigio eran contemporáneos y por esta razón yo se la he atribuido como hija al primer Júpiter, porque parece más acorde con él en el tiempo que con los restantes.

CAPÍTULO IV

Sobre Apis, rey de los Argivos, segundo hijo del primer Júpiter

Dice Eusebio en el libro de los *Tiempos* [32, 7-8] que Apis, el que después fue rey de los Argivos, fue hijo de Júpiter y de Níobe, la hija de Foroneo con la que, según dice el propio Eusebio, se unió Júpiter antes que con ninguna otra mortal y por ello fue el primer Júpiter, ya que los otros son muy posteriores. Pero Leoncio dice que éste fue hijo de Foroneo y de Níobe, su hermana y esposa y que le sucedió como heredero en el reino de Sición; pero después fue considerado por los egipcios dios e hijo de Júpiter. De este Apis se cuentan muchas cosas, pues según dicen algunos, después de haber gobernado durante algún tiempo en Argos, tras

la muerte de Foroneo, por deseo de gloria y de un reino mayor, pasó a Egipto y, obtenido el reino, después de haber enseñado muchas cosas a los hombres incultos y sobre todo la utilización del vino, comenzó a ser tenido por un dios tras habérsele unido Isis en matrimonio. Pero Eusebio [22, 4] escribe que él fue rey de los de Sición y, según cuenta él mismo, los escritores de anales opinaron de distinta manera sobre su época. Pues algunos dicen que en tiempos de Abraham, Grecia fue llamada Apia por él. Otros dicen, sin embargo, que nacido ya Jacob, fue éste considerado dios entre los egipcios. En cambio Beda, en el libro que escribió *Sobre los tiempos* [90, 289 A] dice que en tiempos de Jacob fue fundada Menfis, en Egipto, por Apis. Dice además Eusebio que, según otros, fue rey de los Argivos y que había reinado cien años después de Jacob, y en el mismo lugar dice que Apis, habiendo puesto a su hermano Egialeo como rey de Acaya, pasó a Egipto y fundó la ciudad de Menfis. Es opinión bastante generalizada que se fue a Egipto y que se casó con Isis, pero no hay acuerdo acerca de en qué época vivió, y de la misma manera se cuentan también cosas muy distintas sobre su muerte. Porque unos sostienen que murió y fue sepultado entre los egipcios; acerca de lo cual habla así Agustín en *Sobre la ciudad de Dios* [XVIII, 5-6]: «Transportado en naves el rey de los Argivos, Apis, a Egipto, al haber muerto allí, fue convertido en Serapis, el dios más grande de todos los egipcios.» Varrón da una explicación muy fácil de su nombre, de por qué no fue llamado Apis sino Serapis tras su muerte. Porque el arca en la que se coloca el muerto, a la que ya todos llaman sarcófago, se dice en griego *soron,* y habían comenzado a venerar al allí sepultado antes de que se le construyera su templo, de donde fue llamado en principio Soron y Apis Sorapis y después cambiándose una letra, como suele suceder, fue llamado Serapis. Pero otros dijeron que fue asesinado por su hermano Tifoeo y despedazado miembro a miembro y que fue buscado largo tiempo por su esposa Isis y finalmente descubierto, se reunieron sus miembros en una criba, cosa que después se trasladó a la religión, a saber que en los sacrificios expiatorios intervenga la criba. Por otra parte, Isis llevó sus miembros reunidos más allá de la laguna Estige, que está en África, a una apartada isla, y allí los sepultó. Pretenden los que piensan que esto es verdad que nació por la larga búsqueda de Isis, que los egipcios hicieron duraite mucho tiempo, no cejando antes de descubrir un toro blanco y, una vez descubierto, aplaudían y lo llamaban Osiris. Y Juvenal [VIII, 29] dice que esto se hacía todos los años. Y nunca fue bastante buscado Osiris. Por lo demás,

sea cual sea el momento en que llegara a Egipto o cualquiera el modo de su muerte o el sitio en que esté sepultado, Apis fue tan venerado por los egipcios que se llegó por parte de éstos a que ninguna divinidad de aquél pueda ser mancillada por el contagio de la condición humana, de tal manera que cuidan con sus reglas públicas que, si alguno dice que aquél fue un hombre, sea castigado con la pena capital y por ello había en cada templo una estatua suya que, con un dedo pegado a los labios, aconsejaba silencio. Además fue a la cabeza de este toro, al que los egipcios consideraban Serapis, a la que dice Rábano [111, 433 B] que los judíos enloquecidos adoraron en el desierto en lugar de Dios. Macrobio, en el libro de los *Saturnales* [I, 20, 13] dice que este Apis fue venerado en Alejandría, ciudad de Egipto, juntamente con Isis, con un culto digno de admiración y que ellos afirmaban que dedicaban aquella veneración al sol, y así parece que consideraban a Apis el Sol.

CAPÍTULO V

Sobre el primer Sol, tercer hijo del primer Júpiter

El primer Sol, escribe Tulio en *Sobre la naturaleza de los dioses* [III, 21, 54] fue hijo del primer Júpiter, pero no dice de qué madre fue engendrado. Hay quienes sostienen que éste fue Apis, porque fue venerado como el Sol por los egipcios, como se ha dicho poco antes. Y yo no recuerdo haber descubierto quién era de otro modo, sin embargo, estoy seguro de que fue un hombre; y, si fue otro distinto de Apis, ha de creerse que fue un importante y brillante hombre y provisto de un grande y regio espíritu y, por lo mismo que se dijo antes al hablar de Júpiter, fue revestido con tan ilustre nombre.

CAPÍTULO VI

Sobre la primera Diana, cuarta hija del primer Júpiter

La primera Diana fue hija del primer Júpiter y de Prosérpina, según afirma el propio Tulio en la obra antes citada. Yo pienso que

ella fue verdaderamente hija de este Júpiter y no sólo atribuida y, puesto que este nombre ha sido muy usado por las mujeres, es posible que fuese el suyo propio y no un epíteto. Pero cualquiera que sea, no es esa que los poetas pretendieron insigne por su perpetua virginidad, porque se lee que ésta concibió de Mercurio, hijo de Líber y de Prosérpina, al alado Cupido.

CAPÍTULO VII

Sobre el primer Mercurio, quinto hijo del primer Júpiter

Leoncio afirma que Mercurio fue hijo del primer Júpiter y de Cilene, ninfa de Arcadia. Los poetas escriben que él sería el mensajero o intérprete de los dioses y lo adornan con diferentes ornamentos para que, mediante ellos, se entienda la variedad de sus oficios. En efecto, Virgilio escribe así [IV, 239-246] acerca de él: «Primero ata a sus pies las sandalias doradas que, con sus alas, lo llevan a lo alto o por encima de los mares o de la tierra de la misma manera que un rápido soplo. Entonces coge el caduceo, con él hace salir las sombrías almas del Orco, envía otras al triste Tártaro, da y quita los sueños y vuelve a abrir los ojos cerrados por la muerte. Confiado en él, empuja los vientos y atraviesa nadando las turbias nubes, etcétera.» Además también Horacio escribe así acerca de él en las *Odas* [I, 10, 1-4]: «Mercurio, elocuente nieto de Atlas, tú que diestro moldeaste los rudos hábitos de los hombres nuevos con la voz y con el uso de la hermosa palestra, etc.» Estacio le añade además el pétaso diciendo [I, 305]: «Cubre sus cabellos y modera el brillo de los astros con el pétaso, etc.» Aunque leemos que muchos Mercurios fueron hombres también, examinadas las cosas que sobre él escriben los poetas que hemos visto inmediatamente antes, aunque también pueden referirse a un hombre, presumimos que están más bien escritas con referencia al planeta Mercurio y, sobre todo, si investigamos de qué manera están de acuerdo las cosas dichas por los poetas con las que han escrito los astrólogos. Pues Albumasar, hombre de la mayor autoridad entre los antiguos, afirma que Mercurio era de una naturaleza hasta tal punto moldeable que adaptaba su naturaleza a la naturaleza de aquél al que se unía, y esto a causa de su mezcla de sequedad y frío. El venerable Ándalo, preceptor mío, dice que es caliente y seco en su cons-

titución y que significa los placeres de las concubinas, la claridad y los oráculos de los adivinos, la elocuencia y la memoria de las historias, la credulidad, la belleza, la virtud de la disciplina y el aguijón del ingenio, el conocimiento del porvenir, la aritmética y la geometría y astrología. Y por ello la descripción de todas las cosas tanto terrestres como celestes; además los augurios, la dulzura del retraso, la rapidez, y el deseo de mando y por ello la alabanza y la fama y además la tonsura, escritores y libros, el engaño y el falso testimonio, la especulación de las cosas alejadas, la escasa alegría, la destrucción de los bienes, las negociaciones y los mercados, los robos, las riñas, las astucias y la profundidad de reflexión, el ritmo de los poemas y de las flautas, la diversas matizaciones, la obediencia, la concordia, la piedad, la pobreza, el mantenimiento de la amistad, los trabajos manuales, y otras muchas cosas como asegura el propio Ándalo, ya que es masculino con los masculinos y femenino con los femeninos. A partir de estas cosas podemos comprender fácilmente qué naturaleza tan convertible tiene y qué han entendido los poetas en los poemas escritos sobre él, aunque puede decirse esto mismo de los hombres mercuriales[51] y se diga, como se verá a continuación. Me agrada realmente explicar con detalle la intención de los poetas, para que se manifieste con toda claridad en qué gran manera coinciden con los astrólogos. Pues dicen, para que podamos comenzar desde la cabeza, que está cubierto con un pétaso a fin de que con ellos nos demos cuenta de que, así como el que se cubre con un pétaso evita las lluvias y los rayos, también Mercurio cubierto con los rayos solares, de los que casi siempre está rodeado, evita ser visto por los mortales; sin duda se le ve muy pocas veces y es conocido por muy pocos y el hombre mercurial oculta su opinión con astucia. Que tiene sandalias aladas, que tiene velocidad no sólo en su movimiento, que es muy rápido en su órbita, sino a causa de la rápida usurpación y devolución de las propiedades de los otros cuerpos celestes, por la que se manifiesta la veloz y solapada versatilidad de los hombres mercuriales. Se lé atribuyó el caduceo por las dimensiones de los cuerpos que se unen a él, según las cuales él mismo dispone allí sus efectos; y el hombre mercurial mide su servicio en relación a cualquier obra. El hecho de que haga salir del Orco a las almas con el caduceo, esto es con su poder, ha de ser observado con mayor profundidad. Hubo quienes pensaron que todas las almas de los hombres fueron creadas a la vez desde el principio e introducidas en los hombres

[51] Los que nacen bajo la influencia de Mercurio.

concebidos y que ellas, al morir nosotros, descendían a los lugares inferiores y allí eran atormentadas hasta expiar las faltas cometidas en la vida y de allí pasaban a los campos Elisios y de allí, después de mil años, eran conducidas por Mercurio al río del Olvido para, una vez bebido de éste, olvidar los trabajos de la vida presente; y para que ahí desearan volver de nuevo a los cuerpos hacia los que Mercurio las volvía a conducir. Opinión ridicula que Virgilio toca magistralmente cuando dice [VI, 743-51]: «Cada uno soportamos nuestros propios manes, después somos llevados a través del enorme Elisio y unos pocos ocupamos felices campos, hasta que un lejano día, completada la órbita del tiempo, les quita la peste contraída y deja puros y etéreos los sentidos y el fuego del aliento candido. A todas éstas, cuando han dado vueltas durante mil años, un dios las hace salir en una gran fila hacia el río del Olvido para que allí, sin acordarse de lo anterior, vuelvan a ver de nuevo la bóveda celeste y comiencen a desear volver a los cuerpos.» Sostienen que fue atribuido a Mercurio este oficio de llamar las almas a los cuerpos, porque dicen que él ayuda al feto que está en el útero materno en el sexto mes, en el que muchos opinan que se infunde al concebido el alma racional, y esto por obra de Mercurio que ejerce su influencia, y así desde el Orco, es decir desde un lugar inferior es traída por Mercurio el alma al cuerpo del que va a nacer. El hecho de que las envíe al Tártaro es físico porque faltándole, a causa de lo frío y seco, que es la verdadera constitución de Mercurio, la base de lo caliente y lo húmedo, el alma se separa del cuerpo y, según la opinión de los antiguos, tiende hacia los lugares inferiores. Quitar y dar los sueños es lo mismo que llevar a la vida a los que nacen, que es quitar el sueño, *y a la* muerte, que es dar el sueño. Es propio de Mercurio empujar los vientos, pues él mismo alguna vez con su frío los suscita y, agitados éstos, las nubes son llevadas de acá para allá con su impulso. Además pretenden que es éste, el dios de la elocuencia, dios de los mercaderes, dios de los ladrones y algunas otras cosas, de todas las cuales se hablará más extensamente después, cuando se hable de los hombres de Mercurio. Se creó la ficción de que fue hijo de Júpiter porque es una criatura de Dios. Se dijo que era hijo de Cilene para colorear la ficción o porque se le rindió culto por primera vez en Cilene, monte de Arcadia.

CAPÍTULO VIII

Sobre Tritopatreo, Ebuleo y Dioniso, hijos sexto, séptimo y octavo del primer Júpiter[52]

Cicerón en *Sobre la naturaleza de los dioses* **[III, 21, 53]** dice que Tritopatreo, Ebuleo y Dioniso fueron hijos del Júpiter más antiguo, esto es del primer rey de los Atenienses, y de Prosérpina, y que en Atenas fueron llamados Ariarques. Acerca de los cuales, aunque no he descubierto nada sobre ellos, pienso que fueron insignes hombres, puesto que Ariarques significan príncipes de las armas; pues Ares en griego significa Marte en latín y *arcos* príncipe; por consiguiente, fueron príncipes de guerras o armas, lo que es lo más importante en aquel tiempo e incluso hoy. Pero Leoncio dice que, como Ebuleo, atraído por la fama de Anteo, el hijo de la Tierra, entablara una lucha con él, por haberlo vencido mereció el sobrenombre de Hércules, del que nadie antes que él había sido merecedor. Por mi parte creo que Ebuleo es mucho más antiguo que Anteo. De manera similar, dice que Dioniso declaró la guerra a los Indos, siendo reclutadas las mujeres para la milicia y que, obtenida la victoria, fundó allí mismo la ciudad de Nisa y que al volver victorioso fue el primero que inventó la procesión triunfal y también que enseñó a los atenienses el uso del vino y por ello lo llamaron Líber y Padre, porque ellos se consideraban libres viviendo aquél, como si estuvieran salvaguardados por la protección de un padre inmejorable. Ciertamente no niego que estas cosas hayan podido ser así, aunque pienso, sin embargo, que pueden haber sucedido hace mucho tiempo.

CAPÍTULO IX

Sobre el primer Hércules, noveno hijo del primer Júpiter

Además, según la opinión de Tulio *[Nat. dioses,* **III,** 16, 42], el primero y más antiguo Hércules fue hijo del primer Júpiter y de Lisítoe, y asegura que éste tuvo una lucha con Apolo por el

[52] Boccaccio alterna Eubuleo y Ebuleo y así lo mantenemos en la traducción.

trípode en la que dice Paulo que, puesto que lo obtuvo, aunque se llamaba Dioniso, mereció el nombre de Hércules. Esto, ciertamente, lo afirma Leoncio, pero no muestra la causa y por ello no tengo por qué creerlo. Pienso, por otra parte, que la lucha del trípode fue sobre la adivinación. Pues dice Paulo que el trípode de Febo era una especie de laurel que sólo tiene tres raíces y por ello a éstas se las llama trípodes en los libros de los pontífices y están consagradas a Apolo porque, al ser él mismo el dios de la adivinación, parece que los laureles de esta clase tienen esa misma virtud, puesto que se lee que si se colocan o se atan a la cabeza del que duerme hojas de laurel de esta especie, verán sin ninguna duda sueños verdaderos.

CAPÍTULO X

Sobre la primera Prosérpina, décima hija del primer Júpiter

Tulio [III, 23, 58] enseña que Júpiter tuvo algunos hijos de Prosérpina y además que también ella fue hija suya; lo que es sin duda posible, salvaguardada la honestidad, es que tuviese a una Prosérpina como esposa y que de esta misma, o de otra mujer, tuviese una hija Prosérpina que, parece atestiguar el propio Tulio, fue la esposa de su hermano Líber, aunque yo no recuerdo haber leído ninguna otra cosa acerca de ella.

CAPÍTULO XI

Sobre el primer Líber, undécimo hijo del primer Júpiter, que engendró al segundo Mercurio

Cicerón en *Sobre la naturaleza de los dioses* [III, 21, 53), atestigua con toda claridad que el primer Líber fue hijo del primer Júpiter. Leoncio piensa que éste es exactamente el mismo que el Dioniso de antes, e intenta mostrar que éste fue un varón importante, por encima de sus otros hermanos; sin embargo, Eusebio [54, 15-26] escribe acerca de éste o de otro, lo que yo creo

mejor, que vivió mucho tiempo después. Algunos sostienen que Prosérpina fue su esposa y hermana y que de ella tuvo al segundo Mercurio como hijo.

CAPÍTULO **XII**

Sobre el segundo Mercurio, hijo de Líber y Prosérpina, que engendró a Cupido y Autólico

Un Mercurio distinto del anterior fue hijo de Líber y Prosérpina, según dicen Teodoncio y Corvilio[53]. Teodoncio cuenta la siguiente fábula sobre éste. Que, sin que nadie lo viera a excepción de Bato, robó las vacas de Apolo y, para que no lo revelase a nadie, regaló a Bato una de las vacas; después, cambiando su cara en otro a fin de probar la palabra de Bato, volvió junto a él y le prometió un toro si le mostraba las vacas robadas; Bato le reveló todo lo que había visto, a causa de lo cual Mercurio, enfadado, lo convirtió en la piedra que los antiguos llaman piedra de toque[M], nosotros en lenguaje vulgar la llamamos *paragon.* Finalmente cuando Apolo, valiéndose de su divinidad, conoció esto, tomando el arco quiso matar con sus flechas a Mercurio, pero Mercurio, al haberse hecho invisible con sus artimañas, no pudo ser herido. Habida por fin concordia entre ellos, Mercurio regaló a Apolo la cítara por él descubierta, y Apolo le regaló el caduceo. Decía además Paulo que había leído en otro lugar que Mercurio, al conocer de antemano la ira de Apolo, no pudo ser herido por él porque a escondidas le había vaciado la aljaba, y al advertir esto el airado Apolo, admirando la astucia de éste, se rio y llegó con él a la concordia, como se dice arriba. Acerca de esta fábula decía Leoncio que este Mercurio fue hijo de Dioniso, al que inmediatamente antes se ha llamado Líber, y que desde su nacimiento fue llamado Niso porque nació en Nisa de la India, fundada poco antes por su padre y que, al crecer, adquirió tal velocidad de pies que superaba en la carrera a los otros de su misma edad, causa por la que, olvidado su primer nombre, fue llamado Estilbón[55], que en latín significa veloz; finalmente, como hubiera aprendido engaños mágicos y encon-

[53] Corvilio, citado por Lact. Plac, *Theb.,* IV, 482.
[54] Cf. Ov., *Met.,* II, 685-707.
[55] Sobrenombre del planeta Mercurio. Cf. Ausonio, *Id.,* XVIII, 11.

trase gran satisfacción en los hurtos, robó los rebaños de Forónide, sacerdote del Apolo Deifico, que en aquella época era considerado de admirable prestigio, y los había conducido detrás de un túmulo de piedra cuyo nombre era Bato. Pero como un toro, apartado repentinamente de los restantes, buscara errante a los compañeros, por casualidad subió mugiendo a aquel túmulo, mugido con el que, al responder Jos otros, fueron encontrados los rebaños por quienes los buscaban. Y el túmulo recibió el nombre de piedra de toque en lugar de Bato. Estilbón, al evitar con sus mañas el ataque del airado Forónide, se hizo finalmente amigo suyo. Pero al perseverar en tales mañas no por avaricia sino, según decía, por el impulso de su naturaleza y al ser, por otra parte, un hombre hermoso y elocuente y de muy notable ingenio en todos los juegos de manos, fue llamado Mercurio y dios de los ladrones. Iniciativa que, aunque como decía Leoncio, tuvo su origen en la diversión, alcanzó gran desarrollo entre los Atenienses y los Arcadios que, después de su muerte, le dedicaron templos y sacrificios con los que intentaban hacerlo propicio aquellos a los que les era sustraído algo por un robo, asegurando que con su protección se habían guardado e incluso recuperado muchas cosas, y decía que así era notable como los otros. No me he preocupado de escribir aquí algo sobre esos otros insignes, puesto que más tarde he de hablar ampliamente, cuando trate sobre el tercer Mercurio.

CAPÍTULO XIII

Sobre el primer Cupido, hijo del segundo Mercurio

El primer Cupido, como dicen Teodoncio y Tulio [III, 23, 60] fue hijo del segundo Mercurio y de la primera Diana, acerca del cual dicen que tenía alas. Sobre esto, los que inventaron la fábula han podido pensar dos cosas; primero en relación al nombre, puesto que fue un hermosísimo niño a la manera de Cupido hijo de Venus, al que siempre han representado los pintores niño muy bello, fue llamado casi otro Cupido. Y por otra parte pienso que se le llamó alado porque fue un joven muy veloz en la carrera.

CAPÍTULO XIV

Sobre Autólico, hijo del segundo Mercurio, que engendró al primer Sinón

Autólico, según la opinión de Ovidio [XI, 301 ss.], fue hijo de Mercurio y de Quíone. El propio Ovidio cuenta la siguiente fábula sobre su origen: Que Quíone fue una hermosísima hija de Dedalión, hasta tal punto que gustaba a Apolo y a Mercurio; al pretenderla éstos en el mismo día, pero sin saber nada el uno del otro, como les prometiese ella la unión al llegar la noche, Mercurio, sin esperar a la noche, la tocó con el caduceo y la durmió y así se unió a ella. Por su parte, Apolo llegó junto a ella de noche. Al haber concebido de éstos gemelos, dio a luz de Mercurio a Autólico, de Apolo a Filamon. Autólico llegó a ser tan ilustre entre los ladrones que no parecía desmerecer de su padre. Y Filamon, convertido en tañedor de cítara, demostró que era hijo de Apolo. Pienso que el diferente fin de los dos hermanos ha dado motivo a esta fábula. Y así uno de ellos fue atribuido como hijo a aquel dios cuyas costumbres imita, y quizá Mercurio fue el guía de Autólico al nacer y así fue llamado hijo suyo. Y Apolo, por la misma razón, obtuvo a Filamon.

CAPÍTULO XV

Sobre Sinón, primer hijo de Autólico, que engendró a S'tsimo y Autolia [56]

Sinón fue hijo de Autólico, como opina Paulo, y el mismo Servio *[a En.,* II, 79] dice que fue éste un famoso ladrón y que para efectuar sus robos se transformaba en tan variadas figuras, que engañaba fácilmente a quien quería. Engendró a su vez a Sísimo y Autolia, la madre de Ulises, y tuvo bajo su dominio el Parnaso, según manifiesta Hornero en la *Odisea* [XIX, 390] donde relata cómo en el Parnaso, Ulises es herido por un jabalí en la tibia.

[56] Boccaccio llama *Auctolia* a Anticlea. Por tanto al aparecer aquí y en lo siguiente Autolia, debe entenderse Anticlea.

CAPÍTULO XVI

Sobre Sísimo, hijo del primer Sinón y padre del segundo

Sísimo, según dice Servio, fue hijo del primer Sinón y no recuerdo haber leído ninguna otra cosa sobre él a no ser que fue padre del segundo Sinón quien, con su engaño, llevó a los troyanos a la perdición total.

CAPÍTULO XVII

Sobre Autolia, hija del primer Sinón y madre de Ulises

Autolia, en opinión de Servio, fue hija del primer Sinón. Esta, después de haberse prometido con Laertes, rey de Itaca, según la opinión de algunos, cuando iba junto a su marido fue sorprendida y forzada por el ladrón Sísifo, y hay quienes dicen que de esta unión concibió a Ulises y que, así encinta, fue a casarse con Laertes y que el hijo que había concebido de Sísifo se dijo que lo era de Laertes. Cosa que Ayax Telamonio en Ovidio [XIII, 31], en el juicio de las armas de Aquiles, le echa en cara a aquél diciendo: «¿Por qué el descendiente de la sangre de Sísifo y muy igual a aquél en robos y engaños, etc.?» Esta, por otra parte, según se dice, al haber oído por una falsa noticia que Ulises había encontrado la muerte junto a Troya, no pudiendo soportar el dolor se quitó la vida ahorcándose. Después Ulises, como escribe Hornero en la *Odisea* [XI, 84 ss.], la encontró en los Infiernos y la reconoció y le preguntó muchas cosas de las que fue enterado por ella.

CAPÍTULO XVIII

Sobre el segundo Sinón, hijo de Sísimo

El segundo Sinón, según atestigua Servio, fue hijo de Sísimo y recibió su nombre de su abuelo, el primer Sinón. Este, tal y como

aparece en Virgilio [II, 57 ss.] fue con los griegos a la destrucción de Troya. Y al no desarrollarse los acontecimientos, preparado por los griegos, que fingieron el regreso, provocó ser capturado por los troyanos y fue llevado ante el rey Príamo, en cuya presencia primero se mostró orgulloso con admirable sagacidad y finalmente, con engañosas palabras, empujó al rey y a los restantes troyanos hacia la fatal credulidad sobre el regreso de los griegos a fin de que fuese introducido dentro de las murallas de la ciudad el caballo. No sé qué pasó luego con él. Sin embargo, escribe Plinio en el libro *Sobre la historia natural* [VII, 56, 202] que fueron invento suyo las torres vigía, por lo que claramente se ve que fue un hombre de no pequeña importancia.

CAPÍTULO XIX

Sobre Epafo, duodécimo hijo del primer Júpiter, que engendró a Libia y a Belo

Tras haber explicado todo el linaje del primer Padre Líber, hijo del primer Júpiter, debe conducirse el relato al egipcio Epafo y a su numerosa descendencia. Ciertamente este Epafo, según atestigua Ovidio [I, 738-50] fue hijo de Júpiter e Io, hija de Inaco. Sin embargo, Teodoncio y Leoncio dicen igualmente que fue hijo de Júpiter, pero de Isis, hija de Prometeo, como se verá más adelante cuando se hable detalladamente de Isis. Eusebio, en el libro de los *Tiempos* [43, 13-16] dice que fue hijo de Telégono, con el que se casó Isis después de la muerte de Apis. Gervasio Teliberiense, en el libro de los *Ocios Imperiales,* dice que Epafo fue hijo de Heleno e Isis, el que fundó la Babilonia egipcia, cosa que los autores más dignos de crédito afirman que fue obra de Cambises el rey de los Persas. Y así, discrepan entre sí los autores sobre el padre y la madre de éste; yo por mi parte, siguiendo la opinión más conocida, digo que fue hijo de Júpiter e Io, sobre cuya concepción se relatará íntegramente una fábula cuando se escriba acerca de Io. Dice Lactancio *[a Teb.,* IV, 737] que su esposa fue Casiopea, no la que fue suegra de Perseo sino una mucho más antigua, y que de ésta tuvo algunos hijos, como aparecerá después. Sobre su época difieren los antiguos no menos que sobre su padre y su madre, pues según cuenta Eusebio en el libro de los *Tiempos,* algunos dicen que

Júpiter se unió a Io, la hija de Inaco, reinando en Atenas Cécrope, quien gobernó alrededor del año 3.617 del mundo, pues consta que Inaco reinó hasta el año 3.397 del mundo y según éstos convino que fuese una Io distinta a la hija de Inaco. El mismo Eusebio dice además que la citada Io fue conducida a Egipto en el año 43° del reinado de Cécrope, que fue el 3.710 del mundo, y que allí fue llamada Isis y se casó con un Telégono y de éste concibió a Epafo. Yo por mi parte, pasando por alto las divergencias, he dicho que Epafo fue hijo del primer Júpiter porque su época parece estar más de acuerdo con Io, la hija de Inaco, y con Isis, la de Prometeo, de las que cada uno puede aplicarle como madre la que más le guste.

CAPÍTULO XX

Sobre Libia, hija de Epafo

Libia, según la opinión de Lactancio, fue hija de Epafo y de su esposa Casiopea. Esta, tras haberse unido a Neptuno, es decir con un hombre extranjero de Egipto, concibió de él y dio a luz a Busiris, más tarde cruel tirano. Ella, según dice Isidoro en las *Etimologías* [XIV, 4, 1] fue reina de esa parte de África que de ella recibió el nombre de Libia.

CAPÍTULO XXI

Sobre Belo el viejo[57], *hijo de Epafo, que engendró a Dánao, Egipto y Agénor*

Belo, al que los antiguos llaman el viejo, fue hijo, según Paulo, de Epafo y reinó después de él en el Alto Egipto donde, según dicen, por hacerse inventor y estudioso de la ciencia del cielo, mereció de los egipcios, como afirma el propio Paulo, un templo que se le construyó en Babilonia y que fue consagrado a Júpiter Belo. Pero Teodoncio dice que este templo se hizo mucho después que

" Cf. *CFC,* XI, p. 225, y *CFC,* XIII, pp. 13-14.

Belo por astucia del Júpiter Cretense quien, ganadas las amistades de los más importantes, como para conservarlas hizo que se le edificaran templos en los reinos de aquéllos y que muchas cosas se adornaran con su inscripción o la de su amigo, con cuya astucia aumentó en gran manera su nombre y su deidad. Hay otros que dicen que este templo no fue edificado en honor del antiguo Belo, ni en la Babilonia egipcia, sino en honor de Belo, padre de Niño el rey de los aáirios, en la Babilonia de los caldeos y que éste fue allí honrado durante mucho tiempo con sacrificios y diversos ritos bajo el nombre de Saturno. Además, Belo el viejo tuvo sin duda algunos hijos, pero no se sabe con certeza de qué mujeres.

CAPÍTULO XXII

Sobre Dánao, hijo de Belo el viejo, que engendró cincuenta hijas, de las que solamente se conocen los nombres de Hipermestra, Amimone y Bona

Dánao fue hijo de Belo el viejo, según afirma Paulo y lo mismo lo confirma Lactancio *[a Teb.,* II, 222], quien mucho antes que Paulo Orosio dice que Dánao, el hijo de Belo, tuvo de muchas esposas cincuenta hijas. Como las pidiera para nueras su hermano Egipto, que tenía otros tantos hijos del mejor sexo, Dánao, descifrada la respuesta del oráculo de que él moriría a manos de un yerno, queriendo evitar el peligro, se embarcó y llegó a Argos. Y asegura Plinio en el libro de *Historia Natural* [VII, 56, 206] que él fue el primero en atravesar el mar con naves o con una nave, si bien, inventados antes los barcos, el rey Eritra había navegado en el mar Rojo. Aunque, como escribe el mismo Plinio, hay quienes creen que fueron los primeros en inventarlos los misios y los troyanos en el Helesponto cuando lo atravesaron para ir contra los Tracios. Pero Egipto, indignado por haber sido despreciado, ordenó a sus hijos que lo siguieran, dándoles la orden de que no volvieran nunca a casa si no mataban antes a Dánao. Estos, luchando en Argos contra su tío, fueron engañados por aquél, que desconfiaba. Pues prometió que, conforme al deseo de Egipto, les entregaría a sus hijas como esposas y no dejó de cumplir la promesa; pues adiestradas por su padre entraron en los lechos de sus maridos armadas cada una ocultamente con un cuchillo y, al dormirse los jóvenes cal-

deados por el vino y el placer, las doncellas, obedeciendo a su padre, en el momento oportuno degollaron a los maridos, cada una al suyo; excepto Hipermestra que perdonó a su marido Lino o Linceo, del que se compadeció. Dice Eusebio [44, 23-25] que este Dánao, cuyo nombre fue Armáis, comenzó a reinar entre los egipcios en el año 3.716 del mundo. Pero después, expulsado de Egipto, llegando a Argos antes que Esténelo, rey de los Argivos, como hubiese reinado durante once años, lo expulsó del reino y después a su sucesor Gelánor le quitaron el poder los Argivos y recibieron a Dánao. Este consiguió que tuvieran agua en abundancia. Porque, como dice Plinio en su libro de *Historia natural* [VII, 56, 195] fue el primero que enseñó a cavar pozos desde Egipto hasta Grecia, y asegura que casi en la misma época, por obra suya, sus cincuenta hijas mataron a los cincuenta hijos de su hermano Egipto, excepto a Lino o Linceo. Por último, Dánao después de haber reinado durante cincuenta años fue muerto por Linceo.

CAPÍTULO XXIII

Sobre las cincuenta hijas de Dánao en general

Las hijas fratricidas de Dánao son casi desconocidas en sus nombres propios, puesto que solamente han llegado hasta nosotros los nombres de tres; y así como hemos perdido sus nombres también hemos perdido su destino después de la criminal acción que llevaron a cabo. Sin embargo, los poetas han creado la ficción de que éstas están condenadas en los Infiernos y que son hostigadas continuamente con este suplicio: que intenten llenar de agua unas urnas vacías sin fondo, como dice Ovidio [IV, 462-3]: «Y las Bélides, que se atrevieron a causar la muerte de sus primos, vuelven a buscar asiduamente las aguas que pierden, etc.» Y Séneca el trágico en el *Hércules loco* [757]: «Las Danaides en vano llenan las urnas.» Yo pienso que este suplicio les fue aplicado para describir la singular preocupación de las mujeres que, mientras intentan aumentar su hermosura con el lujo excesivo, pierden el trabajo y disminuye lo que pretenden aumentar con vana destreza. O mejor se muestra cuál es el esfuerzo de los hombres disolutos y afeminados que, mientras creen hacer lo que desean repitiendo muy a menudo el coito, descubren que, sin alcanzar su deseo, se han vaciado a sí mismos.

CAPÍTULO XXIV

Sobre Hipermestra, una de las cincuenta hijas de Dánao

Hipermestra, como muestra Ovidio en las *Epístolas* [XIV] [58] fue hija de Dánao y la única de las cincuenta hermanas que, desatendiendo la orden de su padre, perdonó a su marido Linceo por lo que, como dice el mismo Ovidio, fue enviada a la cárcel. Esta, según dice Eusebio en el libro de los *Tiempos* [47, 22-23] piensan algunos que es Isis, pero que, siendo su padre Dánao rey de Argos, se dedicó al sacerdocio.

CAPÍTULO XXV

Sobre Amimone, una de las cincuenta hijas de Dánao

Amimone, como dice Lactancio *[a Teb.,* II, 433] fue hija de Dánao y una de las cincuenta hermanas. Esta, cuando afanosamente cazaba en las selvas con la jabalina, sin darse cuenta golpeó a un sátiro y, al querer éste violarla, Amimone imploró la ayuda de Neptuno. Neptuno hizo huir al sátiro y lo que la doncella no había querido sufrir por parte de aquél, lo soportó de un dios más importante: concibió de Neptuno y dio a luz a Nauplio. Qué es lo que ha de entenderse acerca de esta fábula se añadirá más tarde cuando se hable sobre el nacimiento de Nauplio.

CAPÍTULO XXVI

Sobre Bona, una de las cincuenta hijas de Dánao

Bona, dice Dictis Cretense donde escribe sobre la expedición de los Griegos contra los Troyanos [I, 9], fue hija de Dánao quien,

[58] Boccaccio al hablar de las *Epístolas* de Ovidio claramente se está refiriendo a las *Heroidas.*

como él mismo asegura, se casó con Atlas y de él dio a luz a Electra, la que después por Júpiter dio a luz a Dárdano[59].

CAPÍTULO XXVII

Sobre Egipto, hijo de Belo el viejo, que engendró a cincuenta hijos, entre ellos a Linceo

Egipto fue hijo de Belo el viejo y hermano de Dánao, como se ha demostrado arriba suficientemente. Tuvo cincuenta hijos y, como hubiese pedido como esposas para éstos a las hijas de su hermano Dánao, por ellas, según la orden de Dánao, fueron asesinados todos en la noche de bodas, como se ha dicho, excepto Linceo.

CAPÍTULO XXVIII

Sobre Linceo, uno de los cincuenta hijos de Egipto, que engendró a Abante, a Iasio y a Acrisio

Linceo, al que Ovidio llama Lino *[Her.,* XIV, 123][60], fue hijo de Egipto y el único de los cincuenta hermanos que escapó de la muerte por compasión de su esposa Hipermestra. Según opinan algunos, tras haber sido expulsado su tío Dánao, reinó en su lugar en Argos. En cambio otros dicen que después de haberlo asesinado. Pero sea de la manera que fuese, como presenta Eusebio en el libro de los *Tiempos* [46, 11-12], después de que Dánao reinase durante cincuenta años, Linceo le sucedió en el reino y, después de haber reinado él cuarenta y un años, murió dejando tres hijos: Abante, Iasio y Acrisio.

59 Cf. *CFC,* XI, pp. 225-6.

60 Efectivamente, en todos los manuscritos de la *Heroida,* XIV, de Ovidio se llama Lino y no Linceo al marido de Hipermestra. Esta información se la debemos a la doctora Moya del Baño, que prepara su edición de las *Heroidas.*

CAPÍTULO XXIX

Sobre Abante, hijo de Linceo, que engendró a Preto

Abante, según afirma Barlaam, fue hijo de Linceo y de su esposa Hipermestra, aunque Paulo dice que fue hijo de Belo el viejo. Fue éste un hombre belicoso y de agudísimo ingenio y sucedió a su padre Linceo en el reino, gobernó durante veintitrés años sobre los argivos, según dice Eusebio, y murió.

CAPÍTULO XXX

Sobre Preto, hijo de Abante, que engendró a Mera y a sus hermanas

Prito o Preto fue, en opinión de Lactancio *[a Teb.,* III, 453] y Servio *[a Buc,* VI, 48] hijo de Abante, el rey de los argivos. Según afirman casi todos, su esposa fue Estenebea, aunque Hornero la llama Antiope, de la que tuvo tres hijas que, ya adultas, al entrar orgullosas porque eran muy bellas en el templo de Juno, se tuvieron en más que Juno; Juno, encolerizada por este motivo, envió contra ellas tal locura que se consideraban vacas y, teniendo miedo de los arados, buscaban las selvas, como dice Virgilio *[Buc,* VI, 48]: «Las Prétides llenaron los campos con falsos mugidos.» Ovidio cuenta una causa distinta de la locura al decir que éstas se creyeron vacas en la isla de Ceos, porque estuvieron de acuerdo con el robo hecho a los rebaños de Hércules. Pero cualquiera que fuera la causa por la que ocurrió, Preto soportó a duras penas el infortunio y ofreció una parte del reino y a la que prefiriera como esposa de sus hijas a quien las devolviera a su primitiva razón. Atraído por el deseo de este premio se encargó de curarlas Melampo, hijo de Amitaón y, según dice Vitruvio en el libro *Sobre la Arquitectura* [VIII, 3, 21] las condujo a Clitor, ciudad de Arcadia, porque allí mismo hay una cueva de la que mana agua y si alguien bebe de ella se convierte en abstemio y por ello en una piedra junto a ésta hay escrito un epigrama en versos griegos que atestigua que el agua no es adecuada para lavar y que es enemiga de las vides. Llevados a cabo además los sacrificios en ese lugar, las purificó y las devolvió a su primitiva razón y así consiguió una parte del reino y casarse con

una. Por su parte Preto, según Eusebio [51, 13-14] reinó diecisiete años y lo sucedió su hermano Acrisio. Yo, si observo detalladamente la medicina de Melampo, pienso que las hijas de aquél fueron mujeres ávidas de vino más de lo que conviene y que alguna vez, bebidas, se atrevieron a considerarse superiores que su padre el rey; por ello merecieron la cólera de Juno, esto es del padre que tenía el poder, y castigadas, empujándolas el vino hacia otra parte, enloquecidas con la locura típica de las mujeres, gritaban constantemente que eran vacas, esto es siervas y sometidas al yugo. Al ocurrir esto quizá muy a menudo, Preto, atormentado por la desgracia, las entregó a Melampo para que las curase. Este, después de hacerles beber del agua antes mencionada, las hizo enemigas del vino y alejó la locura a la que estaban habituadas.

CAPÍTULO XXXI

Sobre Mera, hija de Preto

Mera, dice Leoncio, fue hija de Preto y Antea, hija de Anfianacte que cuando dedicada a la caza seguía a Diana a través de los bosques, fue vista y amada por Júpiter y fue violada por él, quien adoptó la figura de Diana. Finalmente ella, bien por la vergüenza del delito o porque temía que la capturase de nuevo, no quiso seguir a Diana que la llamaba. Y por ello Diana, enojada, la mató con sus flechas. Paulo dice que fue, como las demás, hija de Estenebea[61] y que después de haberse curado se había convertido en seguidora de Diana. Con esta fábula, dice el mismo Leoncio, se nos advierte que los hipócritas conducen a menudo a los crédulos, valiéndose de engaños, a aquella perdición contra la que dan consejos, por lo que cuando un hombre sincero alguna vez intenta aliviar a los desgraciados, los engañados una vez y que temen todo, sin confiar en la acción, desprecian la salvación ofrecida y se precipitan a una muerte segura.

[61] La esposa de Preto es Estenebea, hija de Ióbates, pero en *Il.*, VI, 160, es llamada Antea. Para esto y para Anfianacte, como suegro de Preto, véase Ruiz de Elvira, *Mil. das.*, p. 304.

CAPÍTULO XXXII

Sobre Acrisio, hijo de Abante, que engendró a Dánae, la madre de Verseo

Acrisio fue hijo de Abante, como dice Lactancio *[a Teb.,* IV, 589] y, según escribe Eusebio en el libro de los *Tiempos* [52, 9-10], sucedió a su hermano Preto en el reino. Este, como el propio Lactancio afirma *[a Teb.,* I, 255] y de él no discrepa Servio, teniendo una sola hija, Dánae, conoció por la respuesta del oráculo que moriría a manos de quien naciera de su hija. Para ahuyentar la muerte vaticinada, encerró a su hija en una torre y ordenó que la vigilasen para que ningún hombre pudiera llegar hasta ella. Sucedió por ello que, oída la fama de su hermosura, Júpiter ardiera de deseos de ella quien, como no viese otra forma de acercársele, convertido en lluvia de oro se dejó caer desde la techumbre hasta su regazo y así quedó ella grávida. Acrisio, tomando esto muy a mal, ordenó que la cogieran, la pusieran en un arca y la arrojaran al mar. Después de que los siervos hicieran esto, el arca fue arrastrada hasta el litoral de Apulia y por azar la cogió un pescador que, al descubrir en ella a Dánae y al niño pequeño que había dado a luz, la llevó a presencia del rey Pilumno quien, al conocer su linaje y su patria, de muy buen grado se unió a ella en matrimonio. Pero cuando su hijo, cuyo nombre fue Perseo, creció y decapitó a la Górgona, volviendo a Argos convirtió a Acrisio en piedra. Sin duda esta metamorfosis significa, según Eusebio [54, 4-6] lo siguiente: Que Acrisio, después de reinar en Argos treinta y un años, fue muerto por su nieto Perseo, aunque sin darse cuenta, y se convirtió en piedra, esto es en la frialdad eterna. Lo que queda de esta fábula se dirá abajo donde se habla de Dánae.

CAPÍTULO XXXIII

Sobre Dánae, hija de Acrisio

Dánae, la hija de Acrisio como se acaba de decir, fue lanzada al mar por su padre cuando estaba encinta y, al llegar arrastrada hasta Apulia se casó con Pilumno, rey de Apulia y después fueron al país

de los Rútulos y, construida allí la ciudad de Árdea, tuvo de Pilumno a Dauno. Pero debe entenderse lo que se omitió antes, que Júpiter, al haberse derramado como oro entre las tejas, es el pudor de una doncella mancillada por el dinero y que, al no haber camino libre para el adúltero a través de una puerta, ocultamente descendía del techo y después se metía en el lecho de la doncella. Dice sin embargo Teodoncio que como Dánae fuese amada por Júpiter y supiera que ella, por el temor de su padre, estaba condenada a cárcel perpetua, para poder salir y emprender la huida, ocultamente Júpiter la compró con oro para que yaciera con él y, preparada una nave y con aquellas riquezas que podía llevar, emprendió la huida, quedando encinta de Júpiter.

CAPÍTULO XXXIV

Sobre Iasio[62], hijo de Abante, que engendró a Atalanta, Anfión y Tálao

Fue este Iasio, según opinión de Teodoncio, hijo de Abante. Acerca del cual no he leído nada a'no ser que se le enumera muy a menudo entre los reyes argivos, y que tuvo algunos hijos.

CAPÍTULO XXXV

Sobre Atalanta, hija de Iasio y madre de Partenopeo

Atalanta, según dicen Lactancio *[a Teb.,* IV, 309] y Teodoncio, fue la más joven de los hijos de Iasio. Esta, puesto que era una hermosísima doncella de las compañeras de Diana, fue llamada por Meleagro para matar al jabalí de Calidón junto con los restantes jóvenes famosos de Acaya; en la cacería golpeó la primera con una flecha al jabalí y a causa de su hermosura fue amada por Meleagro; abatida la bestia por ella, mereció ser distinguida con su cabeza, por

[62] Sobre Iasio y sus hijos cf. *CFC,* XI, pp. 226-7.

lo que llegó a la amistad de aquél y, permitiendo sus abrazos, le dio como hijo a Partenopeo[63].

CAPÍTULO XXXVI

Sobre Anfión, hijo de Iasio, que engendró a Cloris[M]

Anfión, distinto del que amuralló Tebas, fue hijo de Iasio y reinó, según dice Leoncio, en Orcómeno Minio y en Pilos, llamado en otros lugares Argos, cuya única hija tuvo el nombre de Cloris.

CAPÍTULO XXXVII

Sobre Cloris, hija de Anfión y esposa de Neleo

Cloris, como se ha dicho arriba, fue hija de Anfión y, como atestigua Hornero en la *Odisea* [XI, 281 ss.], se casó con Neleo y le dio como hijos a Néstor y a otros muchos.

CAPÍTULO XXXVIII

Sobre Tálao, hijo de Iasio, que engendró a Erifile, Flegeo y Adrasto

Tálao, dice Paulo, fue hijo de Iasio y reinó en Argos. Cosa que, según mi opinión, debe entenderse fácilmente, puesto que los antiguos llaman reyes a hombres de este tipo. Pues, al no encontrarlos en el catálogo de los reyes, debe pensarse que fueron de regia estirpe y que poseyeron alguna pequeña porción del reino y que se les llamó

[63] Sobre las versiones acerca del padre y patria de Partenopeo, cf. *ANUM*, XXXI, p. 15.

[64] Cloris, esposa de Neleo, es según la tradición mitográfica la hija de Níobe y Anfión el Dióscuro tebano y no de este Anfión hijo de Iasio.

reyes más por la gloria de su linaje que porque poseyeran un reino. Entre estos pienso que están este Tálao y Anfión y Iasio.

CAPÍTULO XXXIX

Sobre Erifile, hija de Tálao y esposa de Anfiarao

Erifile, como afirma Teodoncio, fue hija de Tálao y se unió en matrimonio al adivino Anfiarao, a quien dio como hijos a Anfíloco y Alcmeón. Y al haber asumido Adrasto la causa de Polinices, su yerno, contra Etéocles y los Tebanos y preparar la guerra y como viese Anfiarao por la respuesta del oráculo que él no volvería si iba a la guerra, buscó un escondite y tan sólo manifestó a su esposa su refugio. Al ser buscado éste por Adrasto y los otros y no ser descubierto en ninguna parte, sucedió que Erifile viera el collar que tenía Argía, la esposa de Polinices, que había sido regalado en otro tiempo por Vulcano a Harmonía[65], la esposa de Cadmo, y lo deseara y le dijera a Argía que, si le entregaba aquel collar, ella descubriría a Anfiarao, y así se hizo. Al ir Anfiarao al combate por este motivo, fue absorbido por la tierra**. Pero Erifile fue muerta después por su hijo Alcmeón al que Anfiarao, cuando se iba, le había impuesto la venganza de su muerte.

CAPÍTULO XL

Sobre Flege'o, hijo de Tálao

Flegeo, como dice Teodoncio, fue hijo de Tálao y, al morir joven, no dejó nada digno de recuerdo.

[65] En Boccaccio a Harmonía, la esposa de Cadmo, se la llama Hermíone, nombre que no hemos querido mantener y damos siempre el tradicional.

[66] Para los antecedentes y pormenores de la muerte de Anfiarao, cf. *ANUM,* XXXI, pp. 14-15 y 22-23.

Sobre el rey Adrasto, hijo de Tálao, que engendró a Deípile y a Argía

Adraste», rey de los Argivos, como dice Lactancio *{a Teb.,* I, 391] fue hijo de Tálao y de Eurínome, que, puesto que tenía dos hijas, Deípile y Argía, y había escuchado del oráculo que habría de casar a una con un jabalí y a la otra con un león, se entristeció en lo referente a la futura desdicha de sus hijas, y he aquí que por azar ocurrió que el tebano Polinices, exiliado según lo acordado[67], en una noche de tormenta se dirigió a Argos y huyendo de la lluvia entró en el atrio del palacio. Y no mucho después Tideo, que huía de Calidón a causa de un homicidio[68], llegó allí mismo y se enzarzaron primero en una disputa, después en una lucha, por el hospedaje; agitado por esta causa el anciano Adrasto, bajó junto a ellos y con sus palabras y autoridad aplacó las iras de los jóvenes y los condujo dentro del palacio. Y cuando vio a uno cubierto con una piel de león, a saber a Polinices que en calidad de joven descendiente de reyes llevaba aquel distintivo como testimonio del valor del Hércules tebano, y con una piel de jabalí al otro que, a causa de la muerte del jabalí por parte de su tío Meleagro caminaba protegido con ella como esplendor de su linaje, comprendida la ambigüedad de la respuesta, conoció que éstos le habían sido enviados como yernos. Después que los reconoció, contento con el parentesco, les entregó como esposas a Deípile para Tideo y para Polinices Argía. Y, puesto que Etéocles no le restituía el reino a Polinices según lo prometido, reunidas las fuerzas promovió la guerra contra los Tebanos y, cuando ya todos sus caudillos habían encontrado la muerte y habían caído heridos mutuamente Etéocles y Polinices, él mismo, dándose la vuelta para huir, volvió a Argos y no he encontrado qué fin tuvo[69].

[67] El acuerdo había sido hecho entre los hermanos, Etéocles y Polinices y consistía en que cada año reinaría uno de ellos.

[68] Cf. *ANUM,* XXXI, p. 8 y *Estudio mitográfico de la «Tebaida» de Estado,* tesis doctoral inédita de R. M. Iglesias Montiel, donde se estudian los distintos testimonios sobre la huida de Tideo de Calidón. En Schol., *II.,* XIV, 120, Ferecides dice que Tideo ha huido por haber dado muerte a los hijos de Agrio y sin quererlo a su propio hermano; esto lo recoge asimismo Apolodoro, *Bibl.,* I, 8, 5, quien presenta esta versión y además otras como que huyó por matar a Alcátoo o a los hijos de Melas. Eustacio en su *Com. II.,* p. 288, 24, dice sólo que Tideo estaba manchado por una muerte consanguínea. Dentro de los autores latinos solamente Ovidio menciona el destierro de Tideo en *Pont.,* I, 3, 79, y en *Fast.,* I, 491, pero sin dar ningún detalle.

[69] Este capítulo, fiel resumen de la *Tebaida* de Estacio, muestra la misma sucesión de los hechos que este poema. Es decir, la muerte recíproca de los

CAPÍTULO **XLII**

Sobre Deípile, hija de Adrasto y esposa de Tideo

Deípile, como dice Estacio [I, 394], fue hija del rey Adrasto y esposa del calidonio Tideo, al que dio un hijo: Diomedes.

CAPÍTULO **XLIII**

Sobre Argía, hija de Adrasto y esposa de Polinices

Argía, según Estacio, fue hija del rey Adrasto y esposa de Polinices, quien, al haber dado a luz a Tersandro y haber oído que aquél había sido muerto por su hermano, yendo de Argos a Tebas para dedicar sus últimas lágrimas y las ceremonias fúnebres al cadáver de su esposo, puesto que hizo esto en contra de las órdenes de Creonte, fue apresada con Antígona, la hermana de Polinices y, por orden de Creonte, muerta[70].

CAPÍTULO XLIV

Sobre Agénor, tercer hijo de Belo el viejo, que engendró siete hijos, la primera de los cuales fue Taígete, 2." Polidoro, 3." Cílix, 4." Fénix, 5.ª Europa, 6.ª Cadmo, 7." Lábdaco

Después de explicadas las descendencias de Dánao y de Egipto, hijos de Belo el viejo, ha de llevarse la pluma a la más abundante progenie de Agénor, rey de los Fenicios, hijo del mismo Belo, como dicen Teodoncio y Paulo. Y aunque por los anteriormente citados se dice que este Agénor fue hijo de Belo, hay sin embargo quienes

dos hermanos se sitúa después de la muerte de los otros caudillos y no en medio. Para todo ello y para la reacción de Adrasto ante este enfrentamiento fratricida, cf. *ANUM,* XXXI, pp. 28-29, donde se pone de relieve la influencia de la *Eneida* en la *Tebaida.*

[TM] Cf. *ANUM,* XXXI, pp. 30-31.

dicen que fue hijo de Belo, pero no en Egipto sino en Fenicia y que el abuelo de este Agénor se llamaba también Agénor y que este Agénor fue el primero que, reinando Ninia entre los Asirios, obligado por una peste abandonó con una gran multitud las mansiones de su patria que había tenido cerca de la parte más meridional de Egipto y que, con el Nilo como guía de la peregrinación, había llegado con sus naves hasta el litoral de Siria y lo había ocupado tras expulsar a los antiguos habitantes, y que había reinado allí y dejó como sucesor a su hijo Belo, al que consideran padre de este Agénor. Pero otros dicen que dejó a su nieto, el hijo de su hijo Fénix. De todo lo cual puede comprenderse que el error surgió por la semejanza del nombre y quizá del tiempo, de manera que el que fue hijo del Belo de Siria se creyó hijo del Belo de Egipto. Pero sea cual sea el Belo del que haya nacido, mi pensamiento es seguir aquí la opinión de Teodoncio y de Paulo, puesto que sobre el anterior no aparece ningún autor bastante digno de crédito. Así pues dicen que éste se fue de Egipto al litoral de Siria, que gobernó a los fenicios y se hizo ilustre por una enorme y prolífica descendencia[71].

CAPÍTULO XLV

Sobre Taígete, primera hija de Agénor

Dice Dictis Cretense [I, 9] que Taígete fue hija de Agénor y que ésta agradó a Júpiter y fue a su lecho y que, tras haberse quedado encinta, dio a luz a Lacedemon, aunque algunos dicen que fue hijo de Sémele[72].

CAPÍTULO XLVI

Sobre Polidoro, segundo hijo de Agénor

Polidoro, según atestigua Lactancio *[a Teb.,* III, 286], fue hijo de Agénor ", sobre el cual creo que no se tiene nada a excepción de

[71] Cf. *CFC,* XI, pp. 227-8.
[72] Cf. *CFC,* XI, p. 228.
[73] Lo que dice Lactancio, como toda la tradición mitográfica, es que Polidoro es hijo de Cadmo.

su nombre desnudo, aunque Teodoncio hace una pequeña mención sobre él, pero dice que fue mucho más antiguo que este Agénor.

CAPÍTULO XLVII

Sobre Cílix, tercer hijo de Agénor, que engendró a Lampsacio, Pigmalión y Pirodes

Cílix, según Lactancio *[Narrac. Fáb. Ovidio,* III, 1], fue hijo de Agénor. Dice Teodoncio que fue éste un hombre de agudo ingenio y cuerpo robusto y, puesto que desdeñaba a sus hermanos mayores y no tenía esperanza en la sucesión del reino, despreciando la servidumbre a. los mayores, tomó una parte de las tropas y ocupó un lugar no lejos de los suyos y llamó a la región Cilicia por su nombre, y que dejó allí como herederos a dos hijos, a saber Lampsacio y Pigmalión. Hay quienes dicen que esta provincia fue ocupada por Cadmo antes de ser enviado por su padre en busca de Europa y que, al no volver Cadmo, tomó posesión de ella Cílix.

CAPÍTULO XLYIII

Sobre Lampsacio, hijo de Cílix

Lampsacio, como dice Teodoncio y después de él Paulo, fue hijo de Cílix y sucedió a éste en el reino, y sobre él no se cuenta ninguna otra cosa.

CAPÍTULO XLIX

Sobre Pigmalión, primer hijo de Cílix y rey de Chipre, que engendró a Pafo

Pigmalión, como dice Teodoncio, fue hijo de Cílix, del que cuenta que puesto que era joven y estaba turbado por la celebridad de

sus antepasados, de los que había oído que habían llegado hasta occidente e incluso habían ocupado el litoral de África, reunida una tropa de Cilicios y convocados algunos de los Fenicios, tras haber preparado una escuadra, transportó el ejército hasta tu Chipre, serenísimo rey, y expulsó de allí a los antiguos Sirios que se habían refugiado en ese mismo lugar al ser arrojados de sus antiguos lugares por las fuerzas del antiquísimo Agénor, y ocupó y dominó toda la isla y reinó en ella. Lo que también atestigua Ovidio en su mayor obra [X, 243 ss.] es que, al haber encontrado allí a las mujeres muy pervertidas y que cedían totalmente a los deseos del placer, molesto por este vicio, tomó la determinación de llevar una vida célibe. Sin embargo, ya que tenía un gran ingenio y manos de artista, los poetas crearon la ficción de que había esculpido una estatua de mujer de blanquísimo marfil y que la había modelado totalmente según su deseo en sus rasgos y en la belleza de su rostro. Como el hombre ingenioso admirase en ella su arte y alabase la belleza de la estatua, se enamoró de ella y deseaba con gran ardor que ésta fuera mujer y rogó a Venus, diosa de la isla muy celebrada en aquella época, que le diese vida y la hiciera sensible a su amor[74]. Y no carecieron de efecto sus ruegos, se convirtió en una verdadera mujer. Pigmalión, al darse cuenta de esto, lleno de alegría porque había conseguido su deseo se unió a ella e inmediatamente la dejó grávida y tuvo de ella un hijo al que llamó después Pafo, al que dejó como heredero suyo al morir. Ahora hay que ver qué pretende la estatua de marfil fabricada más con el ingenio poético que con el arte de un hombre. Pienso que al ser sospechosa para Pigmalión la pureza de las doncellas de edad adulta, eligió para sí una doncellita que carecía de toda sospecha por su edad, semejante en candor y suavidad al marfil, y después de que la hubiese hecho acorde con sus costumbres, creció su concupiscencia antes que la edad de la niña y comenzó a desear y a suplicar con ruegos que rápidamente llegase a una edad adecuada para su marido y, así hecho finalmente, logró su deseo.

CAPÍTULO L

Sobre Pafo, hijo de Pigmalión, que engendró a Cíniras

Pafo, según dice Teodoncio, fue hijo de Pigmalión y de la madre de marfil. Este, al suceder a Pigmalión en el reino, llamó a la isla de

[74] Véase sobre esto *CFC*, XIII, pp. 26-7.

Chipre Pafos por su nombre. Sin embargo Paulo dice que solamente fue construida por él la ciudad de Pafos y llamada así por su nombre. Quiso que Pafos estuviera consagrada a Venus, construidos para ella en ese lugar un templo y un altar, en honor de la cual se hicieron durante mucho tiempo sacrificios solamente con incienso.

CAPÍTULO LI

Sobre Cíniras, hijo de Pafo, que engendró a Mirra y de Mirra a Adonis

Cíniras fue hijo de Pafo como muestra Ovidio [X, 298-99] cuando dice: «De ésta nació aquél que, si no hubiera tenido descendencia Cíniras, podía haber sido tenido entre los felices.» Este es distinto de aquel Cíniras que se considera rey de los Asirios, convertido en piedra llorando la desgracia de sus hijos. De este Cíniras de Chipre no conocemos más que un crimen. Pues, según cuenta el propio Ovidio, tuvo de su esposa una hija llamada Mirra que, al ser hermosa y estar en edad de casarse, amó más de lo debido a su padre y con ayuda de su nodriza, mientras su madre celebraba las fiestas de Ceres, en las que era necesario abstenerse durante nueve días del contacto del varón, consiguió unirse a su padre, por lo que quedó grávida y tuvo como hijo a Adonis.

CAPÍTULO LII

Sobre Mirra, hija de Cíniras y madre de Adonis

Mirra, como se ha visto arriba, dice Ovidio que fue la hija del rey Cíniras y que, puesto que lo había amado con amor ilícito, con la ayuda de su nodriza y sin que la reconociera, se unió a él de noche. Sin embargo dice Fulgencio que ella tuvo relaciones con Cíniras tras haberlo emborrachado. Después de la unión ilícita, ella quedó embarazada y, como Cíniras quisiera conocerla y reconociera a su hija, persiguiéndola arrebatado de dolor, quiso matarla. Algunos dicen que ella huyó a Saba, hasta donde la siguió Cíniras y, tras golpearla

con la espada, arrancó de su herida al hijo concebido. Sin embargo Ovidio dice que, por la compasión de los dioses, ella se convirtió en Saba en el árbol de su nombre y, abierta la corteza por el calor del sol, dio a luz un hijo al que las ninfas ungieron con el líquido de su madre. Pienso que la causa de esta fábula la ha motivado el nombre del árbol que en Saba se llama Mirra, que emana gotas al ser golpeado por los rayos del sol. Gotas de las que se obtiene el ungüento que tiene el nombre de Adón, que en latín significa agradable, pues es de muy agradable olor, y que, como parece sostener Petronio Arbitro[75], proporciona mucho placer, hasta el punto de que afirma que él ha bebido una copa de mirra para aumentar el placer. Sin embargo Fulgencio *[Mit.,* III, 8], con un pensamiento más elevado como en la mayoría de las ocasiones, dice acerca de esto que el árbol de la mirra está en la India y que se quema con los calores del sol y, puesto que decían que el sol era el padre de todas las cosas, por ello se dijo que Mirra amó a su padre y, al calentarla el sol muy ardoroso, dijeron que ella producía grietas desde lo profundo de su corteza y así, herida por su padre, dio a luz a Adonis, esto es el olor agradable.

CAPÍTULO **Lili**

Sobre Adonis, hijo y nieto de Cintras

Adonis fue hijo de su abuelo el rey Cíniras y de su hermana Mirra, según atestigua Ovidio en una larga tirada de versos en su mayor obra [X, 298 ss.]. El propio Ovidio relata la siguiente fábula acerca de éste: Dice que, al haberse convertido en un joven hermosísimo, Venus, golpeada por azar por su hijo, lo amó en gran manera; ella, mientras lo seguía con gran placer por su parte por selvas y bosques y lo abrazaba, muy a menudo le aconsejó que se guardara de las bestias armadas y siguiera a las desarmadas. Pero un día, no acordándose de las palabras de Venus, se precipitó contra un jabalí y fue muerto por él. Venus lo lloró amargamente y lo convirtió en una flor color de púrpura[76]. Macrobio, en el libro de los *Saturnales* [I, 21, 1], intenta poner en claro esta fábula con un admirable razonamiento. Dice que Adonis es el Sol, más hermoso que el cual

[75] Citado por Fulgencio, *Mitologías,* III,
[76] La anémona.

no hay nada, y que esa parte de la tierra en la que vivimos, a saber el hemisferio superior, es Venus, puesto que la que hay en el hemisferio inferior es llamada Prosérpina por los físicos. Y así en Asiria y en Fenicia, donde se desarrolló mucho el culto de Venus y Adonis, Venus se complace con Adonis amado por ella en la época en que el sol gira alrededor del hemisferio superior en una órbita muy amplia y por ello es muy hermoso, porque la tierra produce en ese tiempo flores, ramas y frutos. Sin embargo, mientras da vueltas con círculos más pequeños, necesariamente los hace mayores en el hemisferio inferior y así el otoño y el invierno con las lluvias continuas hacen cenagosa a la tierra privada de su belleza, con lo que el jabalí, que es un animal lleno de cerdas, se alegra y así por el jabalí, esto es por esa cualidad del tiempo con la que se alegra el jabalí, Adonis, es decir el sol, parece arrebatado a la tierra, esto es a Venus, y por eso Venus se convierte en llorosa. Pienso que se creó la ficción de que Adonis se transformó en flor para que se muestre la brevedad de nuestra belleza. Ciertamente, por la mañana es de púrpura, por la tarde, languideciendo y palideciendo, se marchita; así también nuestra condición humana por la mañana, esto es en el tiempo de la juventud, es floreciente y espléndida, pero al atardecer, esto es en la época de la vejez, palidecemos y nos precipitamos a las tinieblas de la muerte. Pero lo que piensan los asirios o Macrobio parece pensar en su historia y Tulio lo testimonia en *Sobre la naturaleza de los dioses* [III, 23, 59] es que Venus fue concebida por Siria y Chipre, es decir por un hombre Sirio y una mujer Chipriota a la que los Sirios llamaron Astarté y que se casó con Adonis y, como dice Lactancio en el libro de las *Divinas Instituciones* [I, 17, 10] está contenido en la *Historia Sagrada*[77] que ella había instituido el oficio de las meretrices y había persuadido a las mujeres de que tuvieran relaciones culpables y de que hicieran negocio prostituyendo su cuerpo, y dice que lo ordenó por esta razón, para que no pareciera que ella sola, a excepción de las otras mujeres, era impúdica y deseosa de hombres. Consecuencia de lo cual fue, y se ha conservado durante mucho tiempo, que los Fenicios pagasen con la prostitución de sus hijas antes de unirlas en matrimonio, como atestigua Agustín en el libro *Sobre la ciudad de Dios* [IV, 10] y Justino en la *Epítome de Pompeyo Trogo* [XVIII, 5] donde demuestra que Dido ha hecho prisioneras a setenta doncellas en el litoral de Chipre, que venían a venderse. Así pues fue

[77] *Historia Sagrada* es el título de la obra de Evémero traducida al latín por Ennio y que fue muy utilizada por los autores cristianos y sobre todo por Lactancio, quien en sus *Divinas Instituciones* se remite muy frecuentemente a ella.

Adonis el rey de Chipre y marido de Venus el que yo pienso que fue arrebatado a Venus por un jabalí o por otra muerte, porque los antiguos, imitando sus lágrimas, tuvieron por costumbre llorar con gemidos la muerte de Adonis en su aniversario. A los que increpa Isaías en sus visiones.

CAPÍTULO LIV

Sobre Pirodes, hijo de Cílix

Pirodes, como afirma Plinio en el libro de *Historia Natural* [VII, 56, 198] fue hijo de Cílix, del que, aunque no tenemos ninguna otra cosa, sabemos por lo menos, según atestigua el mismo Plinio, que hizo brotar por primera vez el fuego del sílice.

CAPÍTULO LV

Sobre Fénix, cuarto hijo de Agénor, que engendró a Filístene y a Belo

Fénix, como dice Lactancio *[Narrac. Fab.,* III, 1] fue hijo de Agénor. Eusebio dice en el libro de los *Tiempos* [46, 21-26] que éste, siendo Dánao rey de Argos, había venido con su hermano Cadmo desde la Tebas egipcia hasta Siria y que gobernó en Tiro y Sidón, lo que ciertamente pudo haber sucedido alrededor del año 3746 del mundo; un poco después dice que él, en el primer año del reinado de Linceo, había fundado Bitinia que antes se llamaba Mariandina. Cosa que sucedió en el año 3779 del mundo. Sin embargo, la llegada de éste a Siria no está de acuerdo con lo dicho antes, cuando sobre Agénor discrepa de Teodoncio e incluso de Ovidio, quien parece sostener que vino Agénor, no Fénix, cuando describe a Cadmo enviado por Agénor, no por Fénix, a buscar a Europa. Pero yo dejaré estas variantes para quienes las quieran unificar espontáneamente y continuaré con lo que he descubierto sobre Fénix. Eusebio muestra que fue un hombre habilidoso porque fue el primero en enseñar algunas letras o los caracteres de las letras a los fenicios. Que después, para escribirlas, había inventado el color rojo, por lo

que se llamó fenicio, creo que por su inventor, ese color que después, cambiada una letra, se llamó púnico[78].

CAPÍTULO LVI

Sobre Filístene, hijo de Fénix, que engendró a Siqueo

Dice Teodoncio que Filístene fue hijo de Fénix. Este, siendo sacerdote de Hércules, que tenía un gran culto entre los fenicios, y viendo que, al morir su padre Fénix, reinaba su hermano Belo, mayor que él, dejando a su hijo Siqueo encargado del sacerdocio y tomando parte de las tropas, embarcó y después de muchas vicisitudes, tras haber pasado las columnas de Hércules en su camino, allí mismo en la costa del Océano estableció su morada para siempre, fundando una ciudad que los suyos llamaron Gades y, para que no pareciera que renegaba del sacerdocio, construyó un templo enteramente dedicado a Hércules y renovó todos los sacrificios según el rito tirio.

CAPÍTULO LVII

Sobre Siqueo, hijo de Filístene y esposo de Dido

Siqueo, según Teodoncio, fue hijo de Filístene, a quien le fue dejado el sacerdocio al marchar su padre, como se dijo antes, porque era la dignidad más cercana al rey. Servio *[a Eneida,* I, 343] dice que se llamaba Sicarbas aunque Virgilio siempre lo llama Siqueo. Además Justino *ÍEpit. Pompeyo Trogo,* XVIII, 4] lo llama Acerba. Este, bien con los tesoros que le habían dejado o con los que buscó en otros lugares, como opinan Teodoncio y los demás, llegó a ser muy rico; muerto Belo, tomó como esposa a su hija Elisa, que después se llamó Dido, a la que amó muchísimo. Pero al suceder Pigmalión, hijo de Belo, a su padre en el reino, ávido de su oro y deseando

[78] En realidad *phoeniceus* y *puniceus* son la misma palabra con distinta resolución fonética.

sus riquezas, a escondidas le tendió emboscadas y lo mató cuando estaba desprevenido.

CAPÍTULO LVIII

Sobre Belo, hijo de Fénix, que engendró a Pigmalión, a Dido y a Ana

Belo, que también es ñamado Metras según Servio *[a En.,* I, 642], fue, según dice Teodoncio, hijo de Fénix, hombre tan destacado en la guerra y en las armas que sometió a los Chipriotas que atacaban con piratería el litoral de Fenicia, lo que Virgilio trata superficialmente al decir en la persona de Dido [I, 621]: «Entonces mi padre Belo devastaba Chipre y vencedor la tenía bajo su dominio, etc.»

CAPÍTULO LIX

Sobre Pigmalión, hijo de Belo

Pigmalión, según opina Teodoncio, fue hijo de Belo, rey de Tiro, y al morir su padre, como dice Justino *[Epit.* XVIII,4] fue junto con sus hermanos confiado a los Tirios. A éste, siendo todavía un niño, el pueblo le entregó el reino paterno. Pero él, muy avaro, como pusiera su pensamiento sobre las riquezas de su cuñado Siqueo, lo mató con engaños. La Antigüedad solamente nos ha dejado en lo referente a este rey ese crimen.

CAPÍTULO LX

Sobre Dido, hija de Belo y esposa de Siqueo

Dido, la mayor gloria de la honestidad de la mujer, según opinión de Virgilio, fue hija del rey Belo. Los Tirios, muerto Belo, entregaron en matrimonio a esta doncella de extraordinaria belleza a

Acerba, o Sicarbas, o Siqueo, sacerdote de Hércules que fue asesinado por Pigmalión, ávido de sus riquezas. Esta, después de un prolongado engaño de su hermano, aconsejada en sueños por su marido, asumiendo el valor propio de un hombre y arrastrando a su decisión a muchos de aquellos que sabía que odiaban a Pigmalión, emprendió la huida en las naves de las que se había apropiado, llevando consigo los tesoros y al llegar a las costas de África, en opinión también de Tito Livio, habiendo comprado a los indígenas, que le aconsejaban que se asentara allí mismo, tanto litoral cuanto pudiera ocupar con la piel de un toro y llevado aquello a documento, ocupó lo más posible cortando la piel en tiras y, mostrados los tesoros a los compañeros y animados éstos, fundó una ciudad a la que después llamaron Cartago, pero dio a su fortaleza el nombre de Birsa por la piel de toro, a la que llaman así. Opina Virgilio [I, 700 ss.] que a ésta llegó el prófugo Eneas, empujado por la violencia de una tempestad, y fue recibido por ella como huésped y como amante y que, habiéndose alejado Eneas de ella, se dio muerte al no poder soportar el amor. Pero Justino y los historiadores antiguos piensan de otra manera. Pues dice Justino *[Epit.,* XVIII, 6] que ella, bajo la amenaza de guerra de los principales cartagineses, fue pedida en matrimonio por el rey de los Mauritanos, lo que soportó con disgusto después de saberlo de repente y después de condenarse por propia iniciativa, antes de la decisión, a cualquier infortunio por la salvación de su patria; sin embargo consiguió un plazo, después del cual prometió que se entregaría a su marido. Al cumplirse este plazo, construida una enorme pira en la parte más alta de la ciudad, subió a ella como si intentara aplacar los manes de Siqueo y a los ciudadanos que estaban presentes y expectantes sobre lo que iba a hacer, sacando un cuchillo que había llevado a escondidas, les dijo ella misma: «Inmejorables ciudadanos, voy a mi marido como queréis», y dicho esto se mató, eligiendo la muerte antes que mancillar su honestidad. Lo cual es una cosa muy distinta de la descripción de Marón.

CAPÍTULO LXI

Sobre Ana, hija del rey Belo

Ana fue hija de Belo, como parece opinar Virgilio, quien continuamente la llama hermana de Dido. Esta fue compañera de

fuga de Dido y después de haberla visto morir y a Cartago ocupada por el rey Iarbas, como dice Ovidio en los *Fastos* [III, 566] huyó junto al rey Bato a la isla de Cosira", confiada en el antiguo derecho de hospitalidad. Finalmente, dándose cuenta de que Pigmalión enarbolaba las armas contra ella, por esta causa, con el permiso de Bato, se adentró en el mar y habiendo surgido una tempestad cuando intentaba llegar a Cameria, fue arrojada a las costas de Laurento por las que Eneas, cuando ya había sido vencido Turno, paseaba con Acates y, al verlo, emprendió la huida; por fin, dándole Eneas su palabra, se detuvo y fue conducida por él al palacio. Lavinia, que había entrado en sospecha a causa de su llegada, le tendió emboscadas, pero Ana, aconsejada por Dido durante el sueño, salió del palacio de noche y, si puede confiarse con suficiencia en las palabras de Ovidio *[Fastos,* III, 647], se precipitó al río Numico. Ovidio, inventor de ficciones, yendo más adelante dice que, como después fuese buscada y encontrada por los que la buscaban junto al Numico, les pareció oír una voz desde el río que decía: «Soy la ninfa del tranquilo Numico. Deslizándome en el río perenne soy llamada Anna Perenna.» Después del propio Ovidio dice Macrobio en el libro de los *Saturnales* [I, 12, 6] que en el mes de abril se hacían sacrificios públicos y privados para que estuviera permitido pasar el año y conservarse convenientemente[80].

CAPÍTULO LXII

Sobre Europa, quinta hija de Agénor

Europa fue hija de Agénor, según se ve en Ovidio [II, 858]. Sobre la cual narra la siguiente fábula. Que como fuese muy amada por Júpiter a causa de su belleza, Mercurio fue enviado por éste con la orden de que empujara los rebaños que viera en las montañas de Fenicia hasta la playa en la que Europa tenía por costumbre jugar con las jóvenes. Después de haber hecho esto Mercurio, Júpiter, transformado en un blanco toro, se mezcló entre el rebaño.

[79] La isla de Cosira es Pantelaria, que según Estrabón, XVII, 3, 16, distaba de Mélite, actual Malta, 500 estadios. También es mencionada por Plinio en su *Historia Natural,* III, 92 y V, 42.

[80] Fórmula con la que se invocaba a Anna Perenna para tener larga vida: *atinare et perennare.*

Cuando la joven lo vio, complacida por la belleza y mansedumbre de éste, comenzó primero a acariciarlo con la mano, pero se subió a lomos de éste quien, conduciéndola poco a poco hacia las aguas, mientras se daba cuenta de que ella estaba aterrorizada y se apoyaba en sus cuernos y en la espalda, nadando la transportó hasta Creta donde, volviendo a tomar su verdadera figura, se unió a ella y como consecuencia de esa unión la dejó grávida. Ella dio a luz después para él, según opinión de algunos, a Minos, Radamantis y Sarpedón. El propio Júpiter, para recuerdo eterno de ella, llamó a la tercera parte del orbe Europa por su nombre. La ficción de esta fábula está cubierta con una corteza tan delgada que fácilmente puede verse qué pretende. Pues pienso que Mercurio, empujando los rebaños hacia la costa, es la elocuencia y sagacidad de algún lenon que lleva a la doncella desde la ciudad a la playa o el falso mercader que promete que le va a enseñar cosas agradables si sube a la nave. Ya se contaba entre las viejas que narraban cosas extravagantes que Júpiter transformado en el toro que lleva a la doncella era la nave cuya insignia era un toro blanco, en la que, embarcada la joven con el engaño que fuera, se consiguió inmediatamente por obra de los remeros que fuese llevada a Creta, donde se unió en matrimonio a Júpiter; o, según Eusebio en el libro de los *Tiempos* [47, 7-11], con el rey Asterio, del que él mismo asegura que tuvo los hijos antes mencionados. Sin embargo, opina Agustín [XVIII, 12] que no se llamaba Asterio sino Janto. Además, la mayoría de los autores no están de acuerdo sobre la época del rapto de ésta. Puesto que, según cuenta Eusebio, hay algunos que dicen que Júpiter se unió a Europa en el cuadragésimo año del reinado de Dánao en Argos y que después fue tomada ésta en matrimonio por Asterio, rey de Creta, lo que ocurrió en el año 3.769 del mundo. Pero otros dicen que fue raptada por los cretenses reinando en Argos Acrisio, alrededor del año 3.879 del mundo. Algunos sostienen que fue raptada siendo rey de Atenas Pandíon, esto es en el año 3.916 del mundo. Esta época, ciertamente, está más de acuerdo con las cosas que se leen sobre Minos, hijo de esta misma Europa. Dice Varrón en *Sobre el origen de la lengua latina* [V, 5, 3] que en Tarento fue colocada por Pitágoras una hermosa estatua de bronce de ella.

CAPÍTULO LXIII

Sobre Cadmo, sexto hijo de Agénor, que engendró a Sámele, Agave, Autónoe e Ino

Cadmo, según la opinión más divulgada de todos los antiguos, fue hijo de Agénor; que había llegado con su hermano Fénix desde la Tebas egipcia en el año decimoséptimo del reinado de Dánao en Argos y que había reinado en Tiro y Sidón lo describe Eusebio en el libro de los *Tiempos,* puesto que, como se ve arriba, llegó allí mismo mucho antes expulsado por la peste Agénor, del que algunos pretenden que desciende el Agénor padre de éstos. Eusebio escribe después de esto que Cadmo ocupó Armenia en el año decimosexto del reinado de Linceo, lo que antes hemos recordado hecho por Cílix. Sin embargo, éste, como escribe Ovidio [III, 3 ss.], después de haber raptado Júpiter a Europa, fue enviado por su padre Agénor en su busca, dándole esta terminante orden: que no volviera a la patria sin ella. El, con unos compañeros, al no saber hacia dónde buscarla, decidió buscar un nuevo lugar para él. Y, como llegara no lejos del Parnaso, consultó el oráculo y, al haber obtenido la respuesta de que siguiera a una vaca salvaje y allí donde se detuviera estableciera su asentamiento, éste, llevado al lugar destinado descansó allí y, llamando a la región Beocia por el nombre de la vaca, echó los cimientos de una ciudad y la llamó Tebas por la antigua Tebas egipcia de la que provenían sus antecesores. Además, como dice Ovidio, puesto que quería hacer un sacrificio y había enviado a algunos de los compañeros para que trajeran agua y éstos no volvían, siguiéndolos, descubrió que habían sido devorados por una enorme serpiente. Finalmente, dándole muerte, siguiendo un consejo, le arrancó los dientes y los sembró y al instante surgieron hombres armados y, mientras Cadmo los contemplaba, se enzarzaron en combate unos contra otros y no cesó la lucha hasta que sólo quedaron cinco supervivientes. Los cuales, firmada la paz, se unieron a Cadmo y le prestaron ayuda en la obra iniciada. Paléfato[81], además, escribe que tuvo como esposa a la Esfinge y que ésta, a causa de los celos de Harmonía, se había separado de él y había declarado la guerra a los Cadmeos. Hay también quienes pretenden que él, sentado junto a la fuente Hipocrene y meditando, inventó los caracteres de las dieciséis letras de las que posterior-

[81] Citado por Eusebio, *Chron.,* **56, 20-24.**

mente hizo uso toda Grecia; así dice también Plinio en el libro de *Historia Natural* [VII, 56, 195] que él había descubierto en Tebas las canteras y la fundición de oro y metales, aunque Teofrasto dice que esto lo hizo en Fenicia. Sin embargo, el tiempo al que se refiere es muy posterior. Pues lo que se ha escrito antes sobre él tuvo lugar alrededor del año 3.795 del mundo y éstas alrededor del 3.938 del mundo. Dice además Ovidio que su esposa fue Harmonía, hija de Marte y Venus, de la que se sabe que tuvo cuatro hijos y que a la propia Harmonía le fue entregado por su padrastro Vulcano el funesto collar. Después de estas cosas, como hubieran acaecido muchas desgracias de nietos e hijas, el propio Cadmo, ya anciano, expulsado por Anfión y Zeto[ffi] se dirigió a Iliria y allí, por la compasión de los dioses, él y Harmonía se convirtieron en serpientes. Su historia tiene mezcladas algunas cosas fabulosas de las que queda ver el significado. Yo pienso que la serpiente consagrada a Marte es el hombre anciano y prudente, antaño armado y belicoso, que detiene con sus palabras y preguntas a los compañeros de Cadmo, con cuyo consejo, lo que yo entiendo por los dientes, se siembra la discordia entre los habitantes que se habían levantado contra él por la instigación de la Esfinge. Por la que, tomadas las armas repentinamente contra él, llegaron a la lucha y los más importantes de aquellos, al ser abatido el pueblo por la desgracia, llegaron a un acuerdo con Cadmo e hicieron un solo pueblo con los indígenas y los extranjeros. El hecho de que él mismo exiliado se haya convertido con su mujer en serpiente, indica que éstos se hicieron ancianos, pues prudentes, a la manera de las serpientes, son los ancianos y cautos por la experiencia de las cosas y cargados de años, y porque les empuja la edad y les faltan los recursos, caminan con el pecho encorvado como las serpientes. Tampoco estuvieron de acuerdo los antiguos acerca de la época de su reinado. Pues dice Eusebio en el libro de los *Tiempos* [50, 23-24] que en el año octavo del reinado de Abante, rey de Argos, que fue el año 3.827 del mundo, Cadmo fue expulsado de su reino por Anfión y Zeto y no mucho después dice: Que reinando en Argos Acrisio, había reinado Cadmo en Tebas, cuando Acrisio hubo sucedido a Abante, lo que pudo ser, sin embargo, sobre el año 3.875 del mundo. Con esta época está de acuerdo lo que después escribe el propio Eusebio, a saber, que reinando Acrisio en Argos tuvieron lugar aquellas cosas que se recuerdan sobre los Espartos, de los que dice Paléfato que, al ser de regiones cercanas, se levantaron

[82] **Lo expulsa Penteo. Cf. *CFC,* XI, pp. 230-1.**

de repente contra Cadmo y, a causa de que se habían reunido repentinamente como nacidos de la tierra y porque concurrían desde todas partes, fueron llamados Espartos. Sin embargo, no está de acuerdo con la época en la que antes hemos dicho que fue raptada Europa. Que descubran la verdad aquellos a quienes les preocupe más; yo no he podido encontrar nada más.

i

CAPÍTULO LXIV

Sobre Sémele, hija de Cadmo

Sémele fue hija de Cadmo y Harmonía, como aparece claramente indicado por Ovidio en su mayor obra [III, 256]. Como Juno soportara muy mal que ésta estuviera embarazada de Júpiter, metamorfoseándose en la anciana Béroe de Epidauro, la convenció de que, para comprobar si era amada por Júpiter, pidiera a éste que se uniera a ella como lo hacía con Juno. Ella, tras haber empujado a Júpiter a jurar por las aguas de la Estige que le concedería lo que le pidiera, le suplicó que yaciera con ella como con Juno. Júpiter, por su parte, lamentándose porque había jurado, cogiendo el más pequeño de sus rayos, la golpeó y ella murió y de su vientre le fue sacado un niño todavía no formado, que después fue Baco. Yo pienso que la verdad de esta fábula es que esta mujer grávida, según celebra la propia fábula, fue fulminada por un rayo; pues el fuego, esto es Júpiter, no se mezcla con el aire, es decir con Juno, a no ser cuando desciende por medio de un rayo hacia abajo.

CAPÍTULO LXV

Sobre Agave, hija de Cadmo

Agave, como es suficientemente conocido, fue hija de Cadmo y Harmonía, a la que Cadmo unió en matrimonio con Equíon, a saber uno de los aliados que le ayudaron a construir Tebas, del que ella concibió y dio a luz un hijo al que llamaron Penteo, joven de ánimo orgulloso. Este, como despreciara los misterios de Baco, celebrándolos su madre y hermanas y otras, fue muerto por todas

ellas enloquecidas. Leoncio decía que este Penteo fue abstemio y por ello fue muerto por su madre embriagada y por las otras, porque muy a menudo había condenado la embriaguez y borrachera de aquéllas.

CAPÍTULO LXVI

Sobre Autónoe, hija de Cadmo

Autónoe fue hija de Cadmo y Harmonía, como dice Ovidio [III, 719]. Esta fue esposa de Aristeo y de él tuvo a Acteón.

CAPÍTULO LXVII

Sobre Ino, hija de Cadmo

Ino fue igualmente hija de Cadmo y Harmonía, como dice Ovidio [III, 313]. Ella, después de haberse casado con Atamante, hijo de Eolo, y haberle dado a Learco y Melicertes, al ver muerto a Learco a manos de su padre enloquecido, temiendo por sí misma y por el que le quedaba, se precipitó al mar desde una escabrosa roca, por lo que dicen que se convirtió en la diosa marina Leucotea y Melicertes en Palemón gracias a la compasión de Neptuno. Yo creo que aquéllos fueron los lugares hacia los que el mar arrojó los cadáveres de los muertos y, arrojados, se les impuso el nombre de la divinidad para consuelo de los supervivientes, o más bien como se leerá después acerca de Learco y Melicertes.

CAPÍTULO LXVIII

Sobre Lábdaco, séptimo hijo de Agénor, que engendró a Layo

Lábdaco, como dice Teodoncio, fue el más joven de todos los hijos de Agénor[B]. Quien, al oír que su hermano había huido y que

[83] Cf. *CFC,* XI, p. 232.

Anfión se había suicidado y que Lico había muerto a manos de Hércules, rogándole sus amigos insistentemente que, abandonada Siria, viniera a Grecia, al ser incapaz para el trabajo porque era demasiado viejo, dejó como heredero a Layo, el más joven de su hijos. Este al punto, una vez ocupado el reino, fue nombrado rey. Sin embargo, Paulo dice que Lábdaco fue hijo de Fénix y que, habiendo sido llamado, vino a Tebas ya anciano y que allí reinó por algún tiempo y engendró a su hijo Layo.

CAPÍTULO LXIX

Sobre Layo, rey de Tebas, hijo de Lábdaco, que engendró a Edipo

Layo, rey de Tebas, como se ha mostrado suficientemente, fue hijo de Lábdaco. Quien, o bien llegó a Tebas enviado desde Fenicia o bien nació allí, y siendo rey se casó con Yocasta, hija del tebano Creonte[M]. Al saber que ella se había quedado grávida, consultó al oráculo sobre la futura descendencia y tuvo como respuesta que él moriría a manos del que iba a nacer. El, queriendo oponerse firmemente al peligro, ordenó a Yocasta que expusiera lo que naciera. Después de que ésta, entristecida, ordenase exponer al niño, alimentado el niño por un extraño, cuando adolescente buscaba a su padre y hubiese oído del oráculo[85] que lo encontraría en la Fócide, al llegar allí mismo, mató a su padre sin conocerlo, que hacía de mediador en una revuelta de ciudadanos y extranjeros, y así murió Layo.

CAPÍTULO LXX

Sobre Edipo, hijo de Layo, que engendró a Antígona e Ismena y a Etéocles y Polinices

Edipo, rey de Tebas, fue hijo de Layo y de Yocasta, como atestigua Estacio en la *Tebaida.* Dicen que éste por orden de su

[84] Yocasta no es hija, sino hermana, de Creonte, ambos hijos de Meneceo.
[85] La respuesta del oráculo no fue ésta, cf. *CFC,* XI, p. 232.

padre, como se ha dicho arriba, fue llevado del vientre de su madre a las selvas para ser arrojado a las fieras. Cuando lo llevaban los siervos, compadeciéndose de su inocente edad, no lo arrojaron según lo mandado sino que, perforándole los pies, lo ataron a la raíz de un árbol. Atraído por su llanto, un pastor de Pólibo, el rey de Corinto, lo desató del árbol y lo llevó a la presencia de Pólibo, el cual, puesto que carecía de hijos, lo recibió con cariño paterno y lo educó como su hijo. Sin embargo, él, al crecer y oír que no era hijo de Pólibo, se dispuso a buscar a su padre y, después de haber consultado a Apolo, conoció que él encontraría a su padre en la Fócide y que tomaría a su madre como esposa. Yendo éste hacia Fócide, surgida una revuelta entre ciudadanos y extranjeros, mientras ayudaba a los extranjeros, mató sin reconocerlo a Layo, que intentaba suavizar el tumulto. Finalmente, como burlándose del oráculo se dirigió a Tebas, encontró a la Esfinge y, después de haberla matado tras resolver sus enigmas, entró en Tebas, donde fue considerado hijo de Pólibo; se unió a él en matrimonio su madre Yocasta, a la que acogió con agrado puesto que temía el matrimonio con Mérope, la esposa de Pólibo, de la que sospechaba que era su madre. Y convertido en rey de Tebas y padre por Yocasta de cuatro hijos, al originarse en Tebas una peste mortal, se conoció por el oráculo que no abandonaría la ciudad la peste si no se expiaba con el exilio del rey el incestuoso matrimonio de Yocasta. Mientras ya desdichado estaba indeciso, llegó un Corintio reclamándolo para el reino por haber muerto Pólibo. Este, al decir que temía el matrimonio con su madre, escuchó de un anciano de qué modo había llegado a Corinto. Al oír esto Yocasta, acordándose de las cosas que había escuchado de los siervos que lo habían alejado, mirando sus pies, lo reconoció inmediatamente como su hijo. El, al oír esto y darse cuenta de que había matado a su padre Layo, arrebatado por el dolor, se clavó las manos en los ojos[M] y, arrancados éstos, se condenó a perpetuas tinieblas. Pero sus hijos se dividieron, despreciando su debilidad, se declararon la guerra y en ella murieron el uno a manos del otro. Yocasta finalmente se dio muerte con la espada y triste y dolorido, conduciéndolo una de sus hijas, exiliado por orden de Creonte, se fue al monte Citerón[87]. A dónde se fue desde allí es desconocido para mí. Sin embargo, le fueron dedi-

[86] Sigue aquí la versión del *Edipo* de Séneca. Cf. *CFC,* VII, pp. 220-1.

[87] El que Yocasta viva hasta después de la muerte de sus hijos está basado en la *Tebaida* de Estacio, quien sigue las *Fenicias* de Eurípides y que sea Edipo conducido por Antigona al Citerón lo ha tomado Estacio del *Edipo en Colono* de Sófocles. Cf. *ANUM,* XXXI, pp. 29-30.

cados por los Atenienses, no sé por qué razón, un templo y sacrificios como si fuera un dios, según cuenta Valerio.

CAPÍTULO LXXI

Sobre Antígona, hija de Edipo

Antígona, según testimonia Estacio, fue hija de Edipo y Yocasta. Esta, compadecida, ofreció su ayuda como guía a su padre ciego y expulsado por Creonte al exilio. Después, como viniese de noche a ofrecer las últimas lágrimas y la ceremonia fúnebre a sus hermanos contra la orden de Creonte y allí mismo encontrase a Argía, la esposa de Polinices y las dos quemaran los cadáveres de los hermanos, fue apresada junto a Argía y muerta por orden de Creonte.

CAPÍTULO LXXII

Sobre Ismene, hija de Edipo

Ismene fue hija de Edipo, como afirma Estacio. Acerca de ella no se dice nada a no ser que estuvo prometida a un cierto Atis, joven de Cirra, que fue muerto por Tideo antes de la boda[88].

CAPÍTULO LXXIII

Sobre Etéocles, hijo de Edipo y de Yocasta

Etéocles, hijo de Edipo, despreciada la debilidad de su padre, tras haber llegado a un acuerdo con su hermano Polinices sobre el gobierno del reino bajo esta condición, que reinaran alterna-

[88] Cf. *Theb.*, VIII, 554-640.

tivamente cada año, estando entre tanto el otro desterrado, al ser reclamado el reino por el exiliado Polinices mediante su amigo Tideo, no sólo no quiso mantener las condiciones sino que preparó emboscadas para el embajador Tideo[89]. Por esta razón sufrió el asedio de siete reyes y, llegando finalmente a un duelo con su hermano, vencido ya por éste, lo atravesó con un puñal. Y así murieron a consecuencia de sus heridas mutuas y también fueron discordes las llamas que quemaron sus cadáveres[90].

CAPÍTULO LXXIV

Sobre Polinices, hijo de Edipo, que engendró a Tersandro

Es muy conocido que Polinices fue hijo de Edipo y de Yocasta. Este, firmado un pacto con su hermano sobre el gobierno del reino, como se ha visto inmediatamente antes, yendo al exilio el primero, guiado por la lluvia y el viento, entró de noche en Argos; y cuando descansaba bajo el pórtico del palacio, llegando Tideo, que huía desterrado de su patria, entró en el mismo pórtico, inició contra él una disputa y, como se ha dicho antes, fueron aplacados por el rey Adrasto y conducidos al interior del palacio, e incluso se convirtieron en sus yernos. Con el paso del tiempo, puesto que Tideo con el título de embajador había pedido en vano a Etéocles el reino para Polinices y encontrara que habían sido preparadas contra él emboscadas por parte de Etéocles para matarlo contra el derecho de gentes, se llegó a que, nacido ya un pequeño hijo de Argía y Polinices, Adrasto, reunidos los príncipes argivos, fue a la guerra contra Etéocles y los tebanos, donde sucedió que, absorbido Anfiarao por una hendidura de la tierra, herido Tideo por una flecha que le produjo una herida mortal y muertos de distinta forma los reyes cuando luchaban[91], llegaron los hermanos a una lucha singular en la que, cuando ya parecía el vencedor Polinices, de manera furtiva fue atravesado por su hermano que yacía en el suelo y así ambos murieron por las mutuas heridas. Tan pertinaz e inflexible fue el odio de éstos que incluso perseveró entre sus cadáveres después de muertos. Efectivamente colocados en la misma pira por

w Cf. *ANUM,* XXXI, p. 12.
» Cf. *ANUM.,* XXXI, p. 31.
[91] Sobre las distintas muertes de los caudillos, cf. *ANUM,* XXXI, pp. 22-28.

Argía, la esposa de Polinices, y por su hermana Antígona, no se elevó el fuego antes de que se separaran sus llamas, hasta el punto de que se vio claramente que los cadáveres rechazaban ser quemados por un solo e idéntico fuego.

CAPÍTULO LXXV

Sobre Tersandro, hijo de Polinices

Tersandro fue hijo de Polinices y Argía, como atestigua Estacio [III, 683]. Quien, habiendo llegado a ser un joven robusto, entre otros caudillos fue con los Griegos a la destrucción de Troya y, como dice Virgilio [II, 261] fue uno de los que entraron con Ulises en el caballo de Troya. No he encontrado qué fue finalmente de él.

CAPÍTULO LXXVI

Sobre Escita, decimotercer hijo del primer Júpiter

Escita, según parece ser la opinión de Plinio en el libro *Sobre historia natural* [VII, 56, 201], fue hijo de Júpiter. Sobre éste no hemos leído ninguna otra cosa salvo lo que afirma el propio Plinio, a saber que fue el primer inventor del arco y las flechas, cosas que atestiguan las Sagradas Escrituras, de las que se deduce que hubo un Lamech saetero, que fueron mucho más antiguas.

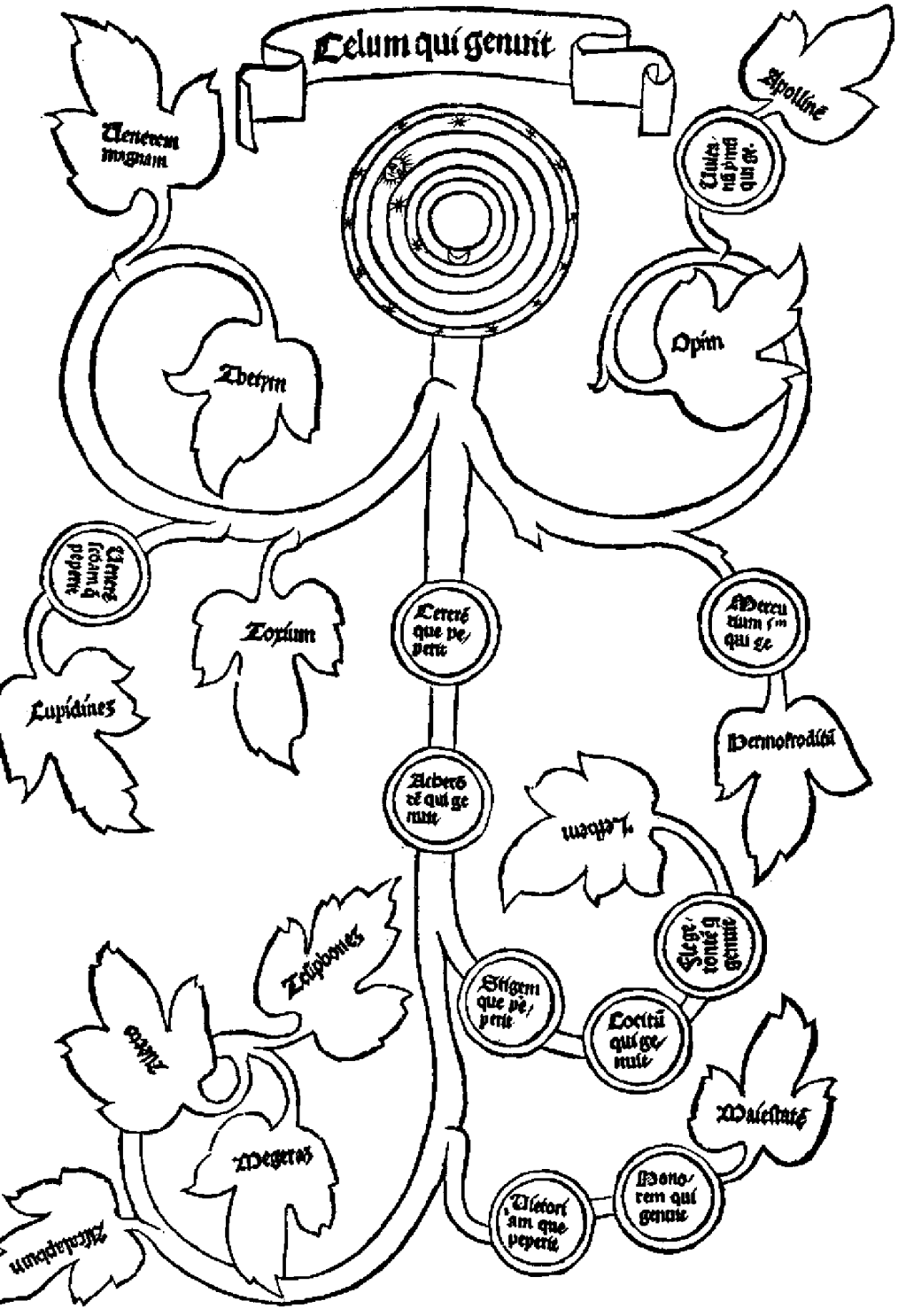
Queda de la familia de Éter Celio, al que ha parecido mejor reservarlo para el comienzo del siguiente libro.

Termina el Segundo Libro de la Genealogía de los dioses paganos.

COMIENZA FELIZMENTE EL LIBRO TERCERO DE LA GENEALOGÍA DE LOS DIOSES PAGANOS, SEGÚN JUAN BOCCACCIO DE CERTALDO

En el árbol grabado a la derecha se pone en la raíz a Celio, hijo de Éter y Día, y en sus ramas y hojas se muestra parte de su descendencia. Pues Celio tuvo doce hijos, la primera de los cuales fue Opis, 2.ª Tetis Magna, 3.ª la primera Ceres, 4." el primer Vulcano, 5." el tercer Mercurio, 6.ª Venus Magna, 7.ª la segunda Venus, 8." Toxio, 9° Titano, 10° el segundo Júpiter, 11° Océano, 12° Saturno. De estos doce se reservan cuatro, de los que no se hará ninguna mención en este Libro Tercero, a saber: Titano, del que se escribirá en el cuarto; el segundo Júpiter, sobre el cual y su descendencia se escribirá en el quinto y en el sexto; Océano, sobre el que se escribirá en el séptimo, y Saturno, sobre el cual y su progenie se hará mención en el octavo y restantes de esta obra.

Celius in terno generis pars ponitur eius.



Proemio

A mí, que surcaba en una pequeña corteza el mar de las equivocaciones de la Antigüedad, he aquí que entre los escarpados escollos y las inmensas olas me salió al encuentro un anciano de edad avanzada, el filósofo Numenio, hombre en verdad de afamado prestigio en su tiempo, y con voz bastante reposada y con palabras cuidadas dijo: «¿Por qué con tu trabajo molestas a las divinidades, cuando podías haberlas complacido con el descanso? Fue preocupación mía en otro tiempo la que ahora lo es tuya, a saber abrir también para el vulgo los cerrojos de los poetas teologizantes, y mientras intentaba con todas mis fuerzas traer al descubierto el arcano de los misterios Eleusinos, he aquí que a mí, dormido con un profundo descanso, se me aparecieron las diosas de Eleusis, desfiguradas con adornos y vestidos propios de meretrices, prostituyéndose además en las mismas entradas de los lupanares con cualquiera de los que se acercaban. Como esto pareciera demasiado indecoroso para una divinidad y me admiraba de que tan púdicas diosas hubiesen caído en un oficio tan profano como es el de meretriz, al punto pregunté la causa de tan impropia deshonra. Pero ellas, vueltas a mí con mirada torva y el ceño fruncido, con rostro y palabras airadas, comenzaron: '¿Qué preguntas, lenon alcahuete? Tú eres la causa de tan obscena acción. Pues nos sacas a nosotras, que nos oponemos, del retiro de nuestra integridad y honestidad, cogiéndonos de los cabellos por la fuerza y tú mismo

arrojas por completo a un lupanar público a las en otro tiempo castísimas'. Yo, por mi parte, aunque dormía con un profundo sueño, del mismo modo que si estuviera despierto comprendí inmediatamente que estaban indignadas y dormido me di cuenta de lo que no había visto estando despierto, a saber que los sagrados misterios debían ser patrimonio de unos pocos; y al punto me aparté de lo iniciado para no incurrir en una indignación mayor. Tú en cambio, siendo más ambicioso que precavido, te has adentrado en un vertiginoso torbellino y te atreves a lo que yo dejé. Acepto creer que se te proporciona tanta luz de inteligencia cuanta es oportuna para tan importante obra; y no quisiera haber silenciado esto: ¡Ten cuidado con lo que haces una vez ya aconsejado! Erisicton estuvo expuesto al hambre a causa de Ceres injuriada; Penteo, que despreciaba los sacrificios de Baco, castigado con la muerte por su madre, pagó sus culpas; Níobe, a causa de Latona despreciada, perdidos sus hijos y su marido, se convirtió en piedra. Y para no enumerar más cosas, ¿quizá crees tú que abrirás impunemente al vulgo los palacios de los dioses? Te engañas y, si no desistes, conocerás su ira no antes de que la hayas probado.» Entonces yo, aunque ponía obstáculos el ataque del mar tormentoso, sin embargo, me mantuve firme y dije: «¿De qué regiones, te pregunto, Numenio, has llegado entre estos escollos? Pienso que de los Infiernos, pues lo llenas todo con olor de azufre y estás ennegrecido por las tinieblas infernales. Y pienso que estas cosas son órdenes del viejo y nefasto Plutón, como si pensara inspirar a un hombre cristiano el mismo temor que en otro tiempo tenía por costumbre inspirar a los paganos. Con certeza aquellas viejas cadenas han caído y las armas del antiguo enemigo fueron aniquiladas; hemos vencido redimidos por la preciosa Sangre y, renacidos y lavados en ella, no nos preocupamos de sus engaños. Sin embargo, yo no pongo al descubierto los tálamos de tus diosas ni abro los escondrijos de tus dioses, como si quisiera contemplar lo más cercanamente sus encantos, sino para que se haga evidente que los poetas, si han comprendido bien a Dios, fueron hombres ilustres y han de ser respetados por sus admirables obras de arte; y para que veas cuánto valoro a estos fabulosos dioses tuyos, haré una súplica semejantes a la de Estratónico, que pedía para sí la ira de Alabando y rogaba la de Hércules contra el que le molestaba[92]. Por tanto, ruego que estén airados conmigo todos aquellos de cuya ira me

[92] Anécdota contada por Cicerón en *De nat. deor.*, III, 19, 50.

aconsejas escapar, pero contigo y con aquellos que creen cosas tan inadecuadas lo esté Jesucristo.» Después de estas palabras, al punto aquél se desvaneció; pero yo, atento a la navegación, me dirijo al mar Egeo para investigar la muy abundante descendencia de Cielo. Que me otorgue un camino tranquilo Aquél que condujo a Siria desde Saba, siendo su guía una estrella, a los magos, para que rezasen ante El y le honrasen con sus presentes.

CAPÍTULO PRIMERO

Sobre Cielo, hijo de Éter y de Día, que engendró doce hijos, aunque en el presente Libro Tercero se tratará sólo de ocho, a saber sobre Opis, Tetis Magna, la primera Ceres, el primer Vulcano, el tercer Mercurio, Venus Magna, la segunda Venus y Toxio

Cielo, ciertamente no aquel cuerpo enorme adornado de estrellas del que decía Orfeo que había sido formado por Fanete en la casa suya y de otros dioses y que nosotros siempre vemos que nos rodea en su órbita, sino un hombre llamado así, como dice Tulio en *Sobre la naturaleza de los dioses* [III, 17, 44] fue hijo de Éter y de Día, es decir del valor ígneo y de la enorme claridad, por los que sale su nombre a la luz. Y el hecho de que fue un hombre está suficientemente puesto en claro por Lactancio en el libro de las *Divinas Instituciones* [I, 11 ss.], pues dice que lo ha encontrado así en la *Historia Sagrada:* «Que Urano, un hombre poderoso, tenía por esposa a Vesta y de ella había tenido a Saturno, Opis y otros. Este Saturno, al convertirse en dueño del reino, llamó Cielo a su padre Urano y Tierra a su madre para que, mediante este cambio de nombres, aumentara el resplandor de su origen, etc.» Además, en honor de éste, según dice Ennio[93] en la *Historia Sagrada,* su nieto Júpiter levantó por primera vez un altar en el monte Pan y ofreció sacrificios y por él llamó Cielo al verdadero. Pero Evémero dice que este Celio o Cielo murió en Oceanía y fue enterrado en la ciudad de Aulacia.

[93] Cf. nota 77.

CAPÍTULO II

Sobre Opis, primera hija de Cielo y esposa de Saturno

Ops u Opis, según opina Lactancio en el libro de las *Instituciones Divinas,* fue hija de Cielo y Vesta y esposa de su hermano Saturno y madre de Júpiter y de otros muchos dioses, y por esto consiguió ser muy venerada entre los huérfanos del orbe. En verdad los antiguos teologizantes, sea que lo hicieran para disimular sus errores o para ocultar al vulgo con invenciones la verdad de las cosas importantes, como se ha tratado con anterioridad, o más bien para adular a Júpiter, su más importante rey, adornaron a ésta con admirables ficciones, abandonada la historia y con ellas la honraron hasta el punto de que muchos le rindieron culto como la más importante divinidad y le construyeron templos y establecieron sacrificios y sacerdotes en diferentes lugares. Sobre estas cosas, para que las veamos detalladamente, ha de añadirse algo. En primer lugar la llamaron la madre de los dioses y le asignaron una cuadriga tirada por leones y pusieron en su cabeza una corona provista de torres, y añadieron un cetro en sus manos; además la adornaron con un atractivo vestido con círculos de ramos y hierbas. Y mostraron que a ella, cuando avanzaba, la precedían unos sacerdotes a los que, puesto que eran eunucos según lo establecido, llamaron Galos, los cuales tocaban tímpanos y armas de bronce y pusieron moradas vacías en su recorrido y quisieron que la rodearan Coribantes armados. Veamos qué pensaron sobre tantas cosas. En efecto, es considerada la madre de los dioses porque son hombres de la tierra los que han sido convertidos en dioses por los hombres. La corona de torres que le sirve de distintivo muestra suficientemente que ella debe ser entendida como tierra, pues el recorrido de la tierra se distingue como una corona de ciudades y fortalezas. Por otra parte el vestido adornado con ramas y hierbas mostrará los bosques, los arbustos y las infinitas clases de hierbas con las que está cubierta la superficie de la tierra. El cetro que lleva en las manos significará los reinos, las riquezas y el poder de los que gobiernan sobre la tierra. El que sea transportada en una cuadriga, aunque sea inmóvil, lo entendieron como que el orden en los trabajos de la tierra a través de las cuatro estaciones del año se observa continuamente en un avance circular. De por qué es tirada por leones puede darse esta razón: quisieron mostrar la costumbre de los agricultores al entregar las semillas

a la tierra; en efecto, los leones, según dice Solino en el libro de las *Maravillas* [27, 20], tenían por costumbre, cuando caminaban por un suelo polvoriento, borrar las huellas de sus patas barriendo con la cola, para no dejar señal de su camino a los cazadores. Cosa que también hacen los agricultores, lanzadas las semillas a la tierra, cubriéndolas inmediatamente para que la semilla no sea robada por las aves. Además, puesto que los huesos de los leones son más duros que los de los otros animales, pretendieron que se entendiera que es conveniente que los miembros de los que remueven la tierra sean más fuertes que los de los restantes. O más bien para que se demuestre por medio de los leones, a los que llamamos reyes de los animales, sometidos al yugo de Opis, que los príncipes del mundo están sometidos a las leyes de la tierra. Las mansiones vacías colocadas alrededor de ella, pienso que no pretenden otra cosa que mostrar que no sólo la casa, sino las ciudades que son sede de sus habitantes, muchas veces están vacías por la acción de la peste o de la guerra. O que en la superficie de la tierra hay muchas sedes vacías, esto es lugares deshabitados, o que la propia tierra siempre conserva sedes vacías para los que van a nacer; o para demostrar que éstos, a los que atañe el cultivo de la tierra, no hablo sólo de los agricultores sino incluso de los príncipes que están al frente de las ciudades y de los reinos, no deben entregarse al ocio y al descanso indebido, sino que deben estar constantemente alertas y vigilantes, puesto que siempre surgen de nuevo cosas que tienen necesidad de su actuación. Por su parte, sostienen que los Coribantes armados, al dar vueltas a su alrededor, significan que cada uno de los mortales debe exponerse a la guerra en defensa de su patria y tomar las armas por la salvación de su patria. Tener como sacerdotes a los Galos dicen que ocurrió por esto, porque al amar la madre de los dioses al hermoso muchacho Atis y haberlo descubierto con su amante, excitada por los celos, le cortó los miembros viriles y que por eso tomó sacerdotes semejantes a los que llamaron Galos en sentido contrario. En realidad Macrobio en el libro de los *Saturnales* [I, 21, 9] pretende que por el amado Atis se entienda el sol, que parece rejuvenecer cada año; es hasta tal punto amado por la tierra que, recibida en sí su influencia, produce las hierbas, flores y frutos que vemos. Creo que se ha creado la ficción de que lo castró porque en determinada época del año parecen ser estériles los rayos del sol, especialmente en el otoño y en el invierno, épocas en las que parece que nada es engendrado por ellos. O, como dice

Porfirio **, Atis es la flor amada por la tierra como su adorno, que es castrado por la tierra en el momento en que cae la flor al salir el fruto; o si cae antes del fruto no es apta después para fructificar. Del hecho de que estos sacerdotes lleven tímpanos y armas de bronce, pretenden que por tímpanos, que son vasos semiésfericos y que siempre se llevan de dos en dos, se entiendan los dos hemisferios de la tierra en los que, tal como opinan algunos, se muestra la obra de la tierra. Pero por armas de bronce pretendieron que se interpretaran los instrumentos apropiados para la agricultura, que en otro tiempo, antes de que se descubriera la utilidad del hierro, acostumbraban hacerse de bronce. Además han llamado a ésta con muchos nombres, algunos significados de los cuales se han expuesto con anterioridad cuando se trató acerca de la tierra, y tiene determinados nombres en común con algunas diosas, acerca de los cuales se hablará más adelante, y por ello he determinado añadir aquí los que son propios de ella: Por tanto, la llamaron Opis, Berecintia, Rea, Cibeles, Alma y Magna Pales. Pretenden que fue llamada Opis porque, como dice Rábano [111, 431 A], lleva ayuda a los frutos y se hace mejor por su obra. Por su parte, dice Fulgencio *ÍMit.,* III, 5] que fue llamada Berecintia como señora de los montes, porque es madre de los dioses, que se entienden como montes, esto es muy altos, o bien, según opinan otros y yo mismo, por el monte Berecintio o la ciudadela de Frigia en la que se le rendía culto muy religiosamente por parte de los habitantes. También Rea porque significa en griego lo mismo que Opis en latín. Pero algunos sostuvieron que recibió el nombre de Cibeles por un cierto Cibelo que dicen fue el primero destinado a su sacerdocio. Otros, en cambio, por la ciudadela de Cibelo, en la que dicen que se hicieron por primera vez sus sacrificios. En cambio algunos pretenden que fue así llamada a partir de cibel, que significa movimiento de la cabeza, que es muy abundante en sus sacrificios. Algunos por su parte creyeron que se llamaba Alma[95] de alimentar, porque alimenta a todos con sus frutos. En cambio los pastores la invocaron como Pales y la llamaron diosa de los pastos porque proporciona pastos a los rebaños y a los ganados.

[94] Citado por Agustín, *De civ. Dei,* VII, 25.
[95] *Almus, -a, -um,* tiene la misma raíz que *do:* alimentar.

CAPÍTULO III

Sobre Tetis Magna, segunda hija del Cielo y esposa de Océano

Paulo, tomándolo de Crisipo, dice que Tetis Magna fue hija del Cielo y de Vesta y esposa de Océano. Cosa que, en efecto, afirma Lactancio y dice que fue ella la madre de las ninfas. Pero Servio la llama Doris, lo que pienso que ha sacado de Virgilio *[Buc,* X, 4-5] cuando dice :«Así cuando te deslices por debajo de las aguas de Sicilia la amarga Doris no mezcle contigo sus aguas, etc.» Puesto que en estos no hay nada histórico, debe verse el significado alegórico. Tetis, sin ninguna duda, es el agua, la cual dice Crisipo que salió de las entrañas de la tierra por la fuerza del calor del cielo y así nació del Cielo, no del hombre, y de Vesta, esto es la tierra. Pero Doris se interpreta como lo amargo que, por la acción del calor del sol se añade al agua marina, según testimonian los físicos; cosa que parece sabida por experiencia pues, como dicen los marineros, sólo se mezcla lo salado con la superficie del agua del mar, puesto que a una profundidad de diez pasos se encuentra dulce. ¿Pero por qué la unen como esposa a Océano, puesto que Océano es agua y así parecen lo mismo marido y mujer? Creo que los que crearon la ficción pensaron que Océano debe tomarse como el elemento simple del agua, al que se considera agente cuando se investiga la acción del agua. Pero Tetis, como el agua que ha sufrido la acción del elemento o que tiene mezcla de otros elementos, por obra de cuya mezcla puede concebir y alimentar. O porque defienden que los dioses tienen los dos sexos, como aparece en el poema de Valerio Serrano ** que dice: «Júpiter omnipotente, rey de reyes y descubridor, progenitor y madre de los dioses, dios único y el mismo, etcétera.» Pretenden, cuando el agua hace algo, que se la llame Océano, pero cuando lo sufre Tetis. Por su parte, Séneca cuando escribe *Sobre las cuestiones naturales* [III, 12, 2] parece opinar de otro modo, pues dice que llaman al mar agua viril y a toda la otra femenina. Llamaron a esta Tetis Magna a diferencia de la Tetis madre de Aquiles, a la que los antiguos consideraron ninfa, no diosa marina, a no ser que llamemos diosas a las ninfas, como ocurre algunas veces. Esta Tetis Magna tuvo muchos hijos de Océano, sobre los que se hablará después.

[96] Este autor, llamado en realidad Valerio Sorano, está citado por Agustín, *De civ. Dei,* VII, 9.

CAPÍTULO IV

Sobre la primera Ceres, tercera hija del Cielo, que dio a luz a Aqueronte

Ceres, como opina Lactancio en el libro de las *Divinas Instituciones* [I, 14 ss.], fue hija del Cielo y de Vesta. Dice Teodoncio que ésta fue esposa de Sicano, antiquísimo rey de Sicilia, y que fue la primera en enseñar a los sicilianos la utilidad del trigo y que dio muchos hijos a Sicano, aunque no da el nombre de ninguno. Además dice, con el testimonio de Pronápides, que dio a luz al río Aqueronte y por eso cuenta de ella la siguiente fábula, a saber, que ella se había quedado grávida y por la vergüenza del vientre que crecía, se había retirado a una escondida cueva de Creta y allí había dado a luz a Aqueronte; éste, no atreviéndose a mirar la luz, se deslizó hasta los Infiernos y allí mismo se convirtió en el río infernal. El propio Teodoncio explica la siguiente razón de esta fábula: Dice, pues, que con gran perseverancia Ceres había aconsejado a su hermano Saturno que no restituyera de ningún modo a Titano el reino obtenido y, en contra de la condición establecida entre Titano y Saturno, a los hijos varones que procreó Saturno los había escondido al nacer junto con su madre Vesta y los había criado; al ser esto descubierto, como oyera que Saturno y Opis habían sido hechos prisioneros por Titán, temiendo por sí, se fue a Creta, buscó las tinieblas y no se atrevió a salir hasta que estuvo totalmente segura de que Júpiter, con la victoria, había liberado a sus padres; por ello sostuvo Pronápides que Ceres había concebido a Dolor a causa de la cautividad de sus hermanos y que a él en una cueva, esto es en la oscuridad, lo había dado a luz, es decir, lo había arrojado fuera o lo había abandonado cuando salió a la luz pública alegre por la victoria de Júpiter. Por otra parte afirma que éste fue llamado Aqueronte de *a,* que significa sin, y *chairon,* alegría, pues no tiene alegría quien tiene dolor; y por ello dice que no quiso ver la luz, porque la mayoría de los que sienten dolor, con los ojos fijos en tierra, buscan los rincones y los lugares oscuros. Allí, pues, se convirtió en el río infernal porque en los Infiernos nunca hay alegría. Y no se le asigna un padre porque se engendra solamente en nuestro pensamiento.

CAPÍTULO V

Sobre Aqueronte, río infernal, hijo de Ceres, que tuvo seis hijos, a saber: Alecto, Tisífone, Meguera, Victoria, Ascálafo y Estige

Aqueronte, el río infernal, fue hijo de Ceres sin padre, como se ha demostrado. Paulo decía que éste era hijo de Titán y de Tierra y que fue arrojado por Júpiter a los Infiernos porque había ofrecido sus cristalinas aguas a los sedientos Titanes. En realidad nuestro Dante en la primera parte de su poema, que se llama *Infierno,* parece opinar de modo distinto acerca de su origen. Pues dice [14, 103 ss.] que en la cima del monte Ida de Creta hay una estatua enorme de un anciano, cuya cabeza es de oro, su pecho y los brazos de plata, el cuerpo y la espalda están hechos de bronce, las piernas y el pie izquierdo fabricados con hierro escogido; pero el pie derecho está formado de tierra cocida y en él se apoya casi toda la masa del cuerpo vuelta hacia Roma; y que todas estas partes, excepto la cabeza de oro, tienen hendiduras de las que manan gotas de agua, o lágrimas, que reunidas y descendiendo a través de cuevas hasta los Infiernos formaron el Aqueronte. Pero hay que ver qué pretenden tan distintas invenciones. Ya se ha demostrado por qué se le llama hijo de Ceres. Que lo haya sido de Titán y de la Tierra también puede aceptarse, siempre que queramos entender a Titano como el Sol, según sostuvieron también los antiguos, y así opinan algunos que, por la acción del calor del Sol, son llevadas las aguas del mar a las entrañas de la tierra y de ellas, endulzadas por el frío de la tierra, manan y así, puesto que el sol ha provocado la causa, puede ser llamado hijo suyo y de aquella de cuyo útero parece salir. Puede entenderse de esta manera el hecho de que sea río de los Infiernos. Pues hay dos ríos en el Infierno que tienen por nombre Aqueronte, uno fluye en la tierra de los Molosos, como dice Tito Livio [VIII, 24, 3] y mana hasta las lagunas que se llaman infernales y desde ellas desemboca en el golfo Tesprotio. Pero el otro, que fluye en Lucania, famoso por la muerte de Alejandro, rey del Epiro, desemboca en el mar Inferior[97]. Y así cada uno de estos desciende a los Infiernos. Por tanto el que fluye entre los Molosos está en el reino en otro tiempo de Plutón, que es llamado dios del Infierno porque surge por el Oriente y anda errante por la parte inferior; y así, si está en el reino de Plutón, está en el Infierno. Sin embargo,

[97] Mar Tirreno.

algunos opinaron así sobre el segundo. Aseguran que fue costumbre de los Griegos en los tiempos antiguos enviar a Italia a los condenados al exilio o venían por propia iniciativa los propios exiliados porque decían que estaba junto al mar Inferior o porque está más abajo que Grecia desde la salida del sol y por esto atestiguaban que el río y los condenados estaban en los Infiernos. De donde pretenden haber encontrado el lugar para la fábula, puesto que también la etimología del nombre del río favorece la invención, ya que significa sin alegría o sin salvación, como si los exiliados, perdida la patria, estuviesen sin alegría o sin salvación. Pero los que opinan de otro modo, como Servio *[a Eneida,* VI, 107] y después de él Alberico[98] [III, 6, 2] dicen que Aqueronte no es un río sino un lugar de Italia, pero sobre esto hablaré en otro lugar. Por su parte, nuestro Dante opina sobre el verdadero Aqueronte del Infierno y, al decir que en la isla de Creta hay una estatua de un anciano de diferentes metales vuelta desde Damieta[99], ciudad de Siria, hacia Roma, pretende designar la congruencia del lugar con el origen, los tiempos y las causas. Pero veamos primero acerca del lugar; en efecto, dice que la estatua del anciano o el anciano está erguido para que por esto entendamos el género humano que hasta ahora se mantiene en pie, aunque sea antiguo, y está en el monte Ida. Pues Ida significa lo mismo que hermosura, por la cual quiere entender la belleza de las cosas temporales que, para designar que ha de perecer, dice que en otro tiempo aquél fue un monte alegre, pero hoy triste y abandonado. En el monte de Creta, porque la isla de Creta parece estar en medio del mundo tripartito. Porque aquella tiene por las dos Osas[100] el mar Egeo y por occidente el Jónico o Mirtoo[101], que son mares de Europa. Por Oriente tiene el mar Icario[102] y Carpacio o Egipcio, que son mares asiáticos. Pero por el sur y el occidente está bañada por el mar Africano y así es mojón para las tres partes del mundo, de manera que comprendamos que no sólo una de estas partes sino todas prestan su ayuda para que el Aqueronte se forme. El mismo, de las gotas que caen, esto es

[98] Bajo el nombre de Alberico están los testimonios del llamado *Mitógrafo Vaticano III.* Sobre éste cf. *CFC,* XIV, pp. 207-214, donde se pone de manifiesto que el autor de este opúsculo mitográfico es Alexander Neckam. Cuando aparece citado Alberico se cita o bien haciendo alusión al *Myth. Vat. III o* sólo con III.

[99] Damasco.

[100] Norte.

[101] Mirtilo, el auriga de Enómao, fue arrojado por Pélope al mar que de él recibió el nombre de Mar Mirtoo o Mar de Mirtilo.

[102] Así llamado por haber caído en él Icaro, el hijo de Dédalo.

de los crímenes y de las acciones malvadas y disolutas de los tiempos antiguos y de la época actual, se hizo en otro tiempo y se hace hoy, para que nos demos cuenta de que por los crímenes de los mortales se pierde la alegría sempiterna. Pero para que se vea que no toda época está de acuerdo con esto, dice que la cabeza es de oro macizo, con la intención de que se comprenda con ello el tiempo de la inocencia de nuestro primer padre y el nuestro mientras, renacidos por el bautismo en la infancia, nos mantenemos puros y sin doblez. Después viene la parte de plata que, aunque parezca más fuerte por su vigor corporal, sin embargo, se hace más débil por los vicios y así la de plata está cortada por hendiduras, esto es por crímenes. Luego sigue la tercera, de más sonoridad que las anteriores y mucho peor en acciones y del mismo modo ésta está agrietada y conduce al aumento de la desgracia. Después sigue la de hierro, más fuerte que las otras y también peor y más pertinaz. Por último sigue la de barro cocido, en la que se apoya toda la masa corpórea y por la cual se muestra la fragilidad de los mortales y de los ancianos, y ésta está llena de hendiduras de las que se produce que fluyan las lágrimas que forman el Aqueronte, esto es la pérdida de la alegría, de la que es necesario que haya como consecuencia la adquisición de la tristeza para que se obtenga el origen de la Estige, y de la tristeza el incendio del dolor, que es el Flegetonte, y de éste el luto y las desgracias, frialdad eterna, que significa el Cocito. El que esté vuelta desde Damieta hacia Roma describe el género humano, que tuvo principio en el campo de Damasco y mira a Roma, el último de los reinos del mundo, es decir a su fin.

CAPÍTULO VI

Sobre las Furias, hijas del Aqueronte, en general

Todos los poetas parecen sostener que las Furias fueron tres, sobre las cuales me agrada decir de antemano unas pocas cosas para que se tenga una comprensión más fácil sobre ellas en particular. Así pues, dicen en primer lugar que fueron hijas del Aqueronte y de la Noche; que Aqueronte fue su padre lo atestigua Teodoncio; y que nacieron de la Noche se ve claramente en el poema de Virgilio [XII, 845-7]: «Se denominan con el sobrenombre de Furias a dos pestes que dio a luz la Noche intempestuosa

en un mismo parto junto con la tartárea Meguera, etc.» Además sostuvieron que tenían muchos nombres. Pues dijeron que en los Infiernos se las llamaba perros, como parece pretender Lucano [VI, 732-4] cuando dice: «Ya ahora os sacaré llamándoos con vuestro verdadero nombre y os abandonaré, perros estigios, en la luz del día, etc.» Entre los mortales Furias, según se desprende del poema de Virgilio [VII, 346-8]: «Arrojó una serpiente de entre la cerúlea cabellera y se la metió en el pecho hasta lo más profundo del corazón para que, enfurecida con aquel monstruo, contagiase toda la casa.» También se dice entre nosotros que se llaman Euménides, según aparece en Ovidio cuando dice [VI, 430]: «Las Euménides sostuvieron las antorchas arrebatadas de un entierro, etc.» Y entre nosotros se conoce suficientemente que esto se hizo en un desafortunado matrimonio. Se las llama también Dirás, y esto entre los dioses, como dice Virgilio [XII, 869-79]: «Pero tan pronto como la infeliz Yuturna reconoció el ruido y las alas de Dirá se arrancó sus sueltos cabellos, etc.» Pues la diosa Yuturna conoció el ruido de Dirá en el aire, no en las tierras: Se llaman también Aves, como dice el mismo Virgilio [XII, 875-6]: «Ya, ya dejo el combate; no me asustéis a mí, que siento miedo, aves obscenas. Conozco los azotes de las alas.» Dice Teodoncio que en las playas se les da el nombre de Harpías[103]. Después de estas cosas dicen que fueron designadas como cortejo de Júpiter y Plutón, según atestigua Virgilio al escribir acerca de ellas [XII, 849-52]: «Estas aparecen ante el trono de Júpiter y en el umbral del cruel rey y agudizan el miedo de los enfermos mortales, si alguna vez el rey de los dioses prepara una horrible muerte y enfermedades o aterroriza con la guerra a las ciudades que se lo tienen merecido, etc.» Pero ya es necesario ver qué pretenden estas cosas. Dicen que son hijas del Aqueronte y de la Noche y la razón parece la siguiente: Al no suceder las cosas según lo deseado y al apartarse la razón, parece que necesariamente surge la perturbación de la mente que persevera no sin ceguera del raciocinio, y perseverando se hace mayor hasta que estalla en una acción que necesariamente, al haber sido hecha sin razón, parece propia de un loco; y así las Furias nacen del Aqueronte y de la Noche. Son llamadas además perros en los Infiernos, es decir entre los hombres de la peor condición que, cuando llegan a la perturbación, no teniendo fuerzas para la locura, llenan todo con gritos ladrando como perros. Entre los medianos, son llamadas Furias o Euménides porque hieren al enloquecido con un incendio mayor,

[103] Harpías y Furias no tienen nada que ver.

pues hacen algunas cosas para que el hombre mediocre perturbado actúe contra sí y se desgaste por dentro y se consuma; pues la ley pública prohibe que actúe contra los menos importantes, el poder contra los más importantes y la indignación le impide gritar como hace el vulgo inferior; así pues se enfurece consigo mismo y si llega a estallar apenas deja que llegue al mayor incendio, ayudando todas las cosas a la locura. Se llaman Euménides a partir de *heu,* que es grito de dolor, y *men,* que es falta, porque el que sufre es castigo para sí mismo, o por antífrasis son llamadas así de *eu* y *mane,* que uno y otro significan bien. Y ellas mismas carecen de todo bien. Pero entre los dioses de arriba se les llama Dirás [m] por la crueldad de los mayores contra los menores, junto a la que vuela rápidamente la locura de los mayores. Además se las llama Aves por la velocidad de la locura, puesto que los hombres repentinamente saltan de la mansedumbre al furor. Se llaman Harpías entre los de la costa por su rapacidad, pues los de la costa se lanzan a la rapiña con un fervor tan grande que en nada se diferencia de la locura. Las llaman serviciales con Plutón porque se le llama dios de las riquezas, para que nos demos cuenta de que las perturbaciones, las cóleras y las disputas se suscitan inmediatamente a causa de la inmoderada avidez de oro. Por su parte, el que asistan a Júpiter no debe ser causa de admiración, aunque hayamos dicho que aquél es piadoso y benévolo; pues conviene a un juez piadoso tener ministros vengadores de los crímenes; si carece de éstos o no los utiliza, fácilmente desaparecerá la autoridad de las leyes. Además de vez en cuando, a causa de los crímenes de los pueblos, hay una concesión divina para que se mezcle la locura en los elementos y que el aire se infecte de ellos, que estén en desacuerdo y surjan las pestes portadoras de muerte en las que somos absorbidos los desgraciados. Así que, por la soberbia de estos mismos, nazcan las guerras, consecuencia de las cuales son los incendios, las devastaciones y las destrucciones.

CAPÍTULO VII

Sobre Alecto, primera hija del Aqueronte

Alecto, la primera de las Furias, es hija del Aqueronte y de la Noche, a la que Virgilio describe así [VII, 324-29]: «Arroja desde

[104] En latín crueles.

la morada de las crueles hermanas y desde las tinieblas infernales a Alecto, la que siembra el luto, a la que agradan las tristes guerras, las cóleras, las traiciones y los crímenes dañinos. El propio padre Plutón odia al monstruo, lo odian las hermanas tartáreas, en tantas formas se cambia, tan crueles rostros tiene y con tantas culebras se multiplica siniestra.» Y poco más abajo: «Tú puedes armar para la lucha a hermanos de un mismo ánimo y derrumbar a las casas con odios, tú llevas azotes a las mansiones y fúnebres antorchas. Tú tienes mil poderes, mil técnicas de muerte, etc.» En estos versos aparecen suficientemente las misiones de esta Furia, suficientemente su poder y suficientemente su atrocidad, puesto que es odiosa incluso a Plutón y a sus hermanas. Pues Alecto, según Fulgencio *[Mit.,* I, 7], significa que no se da reposo, para que se entienda que toda la furia se inicia a causa de la inquietud del espíritu. Esta inquietud entra en las mentes, en verdad, tantas veces cuantas desistimos de conocernos a nosotros mismos y a Dios.

CAPÍTULO VIII

Sobre la furia Tisífone, segunda hija del Aqueronte

Tisífone, la segunda de las Furias, es hija del Aqueronte y de la Noche, a la que Ovidio representa así [IV, 481-85]: «Y sin tardanza la cruel Tisífone coge una antorcha humedecida en sangre y se viste una túnica enrojecida por la sangre que chorrea y se ciñe con una serpiente enroscada y sale de la casa. Acompañan a ésta en su marcha el Luto y el Pavor y el Terror y la Locura de rostro agitado, etc.» Claudiano[105] añade a esto: «Le sombreaban la cara cien serpientes erguidas, pequeña turba de la cruel cabeza, se asienta una luz de hierro en el interior de sus ojos desviados, como se enrojece a través de las nubes el trabajo con el arte atracia de Febe, mojada de veneno.» Y a éstos se añade además Estacio que dice [I, 106-9]: «Mojada de veneno la piel se estira y aumenta con la ponzoña; un vapor de fuego en la negra boca, con el que llegan a la vez la enorme sed y las enfermedades y el hambre y la muerte a los pueblos, etc.» Así como a través de Virgilio se ha mostrado cómo es

[105] Los versos que cita Boccaccio no son de Claudiano sino de Estacio, *Tbeb.,* I, 103-106.

Alecto, así también la cualidad de Tisífone a través de estos tres poetas. Además Fulgencio dice que Tisífone es lo mismo que *Titonfone,* es decir, la voz de las iras. A la que fácilmente se llega después de que la inquietud ha hinchado el pecho y por ello Ovidio llama a tal proceso antorcha humedecida con sangre, porque la ira de fuego no sale nunca a no ser a la sangre. Y por ello dice que está enrojecida con sangre que chorrea, por el color del rostro del hombre airado y para demostrar la disposición del ánimo. Pues el airado no se levanta antes de que le acompañen las lágrimas de los amigos, que lo temen a él no estando sano, acompañado por el terror, porque todo airado parece terrible. Las serpientes que se le añaden han de señalar la crueldad de la ira. De ahí que el airado que empieza a gritar emita vapores, es decir, palabras, por las cuales a menudo surgen las desolaciones, las muertes y las necesidades de los lugares y pueblos.

CAPÍTULO IX

Sobre la furia Meguera, tercera hija del Aqueronte

Meguera, la tercera de las Furias, hija del Aqueronte y de la Noche, está representada así por Claudiano en *Sobre las alabanzas de Estilicen*[106]: «Después se levanta de su triste sitio la cruel Meguera, en cuyo poder están los enloquecidos estruendos y el profano error del espíritu y las iras que se agitan con espumas furiosas. No bebe a no ser la sangre conseguida por una muerte consanguínea y la ilícita paterna, que ha hecho brotar la espada, que han producido los hermanos. Esta aterrorizó el rostro de Hércules, ésta deshonró a los intensos defensores de las tierras, ésta dirigió los dardos de la diestra de Atamante, ésta tomó una bacante en medio de los penates de Agamenón, se divirtió con cuellos alternos, siendo ésta augur las antorchas nupciales unieron a Edipo con su madre y a Tiestes con su hija, etc.» Y puesto que Meguera significa gran contienda o litigio, podemos conocer bien, a través de los versos anteriores, que los hechos son acordes con el nombre y así sucede que de la inquietud del alma llegamos a los gritos, y del griterío al odio y a la disputa, por los que muy a menudo enloquecidos nos precipitamos a la perdición.

«» En *Contra Rufino,* I, 74-78.

CAPÍTULO X

Sobre Victoria, cuarta hija del Aqueronte

Dice Paulo que Victoria fue hija del Aqueronte, tenida de su hija Estige, a la que dicen que hasta tal punto estuvo agradecido Júpiter porque lo había favorecido en la lucha de los Gigantes, que le había concedido, en lugar de un regalo, que los dioses juraran por su madre la Estige y, si algunos actuaban en contra del juramento, que se abstuvieran por un determinado tiempo del néctar. A esta la describe así Claudiano en *Sobre las alabanzas de Estilicón* [III, 204-207]: «¡La propia Victoria desplegaría sus sagradas alas para el guía! ¡Oh tú, que te alegras con la verde palma y estás cubierta de trofeos, Doncella guardiana del Imperio, que sola cuidas las heridas y enseñas a no sentir fatiga alguna!, etc.» Teodoncio, casi en concordancia con Claudiano, adorna todavía más a ésta en su descripción con ornamentos triunfales. Pero Paulo discrepa y dice que está contenta, pero cubierta de herrumbre y polvorienta inmundicia, vestida con las armas, con las manos ensangrentadas, contando ora los cautivos, ora los despojos y todos los adornos que Teodoncio le atribuía a ésta muestran a su hijo, que llaman Honor. Pero busquemos qué pensaron. Creo que los antiguos pretendieron que la Victoria era hija del Aqueronte porque no se adquiere de la despreocupación y el ocio, sino de las continuas reflexiones, que mientras sacan de la inteligencia útiles consejos, angustian de hecho al que reflexiona y quitan de él toda la alegría y así ya está presente Aqueronte. Además no se encuentra en los festines ni en las bromas, sino que surge de las idas y venidas en vela y del esfuerzo diario, del ánimo constante, del pecho valeroso, del dolor de las heridas y de la tolerancia de los ataques, cosas que no pueden acontecer o tolerarse sin la tristeza del que las sufre. Pero para que esta tristeza se distinga de la tristeza de las Furias, aquella sale de la enfermedad de la mente, ésta la mayoría de las veces de la corpórea. Y así para ésta ha llegado su padre Aqueronte, inmediatamente llega la Estige, su madre. Sin embargo los que se quedan parados y no piensan en ninguna otra cosa, fácilmente llegan a la perdición: Troya angustiada no pudo ser tomada; alegre, al punto fue tomada [107]. Claudiano dice que la Victoria es alada porque fácilmente, no pasando una noche en vela in-

[107] Recoge la idea expresada por Ovidio, *Ars*, I, 363-364: «Entonces, cuando estaba triste, Ilio, se defendía con sus armas; alegre, acogió al caballo preñado de soldados.»

cluso oportuna, vuela alguna vez a otra parte. Se adorna con la palma porque nunca la madera de la palma se corrompe y las hojas conservan su verdor, de manera que entendamos que aumenta la fuerza del vencedor y su nombre tiene vigor durante largo tiempo. Está cubierta de trofeos para que se muestre la segunda clase del honor extraordinario para el vencedor, pues el triunfo era más pequeño y, puesto que en él el vencedor sacrificaba una oveja, se llamaba ovación, o bien los antiguos llamaban trofeo a un busto hecho a imitación del enemigo vencido y vestido con sus propias armas. El vestido de la Victoria señalado por Paulo parece más apto que el que presenta Teodoncio; pues el vencedor no se adorna al punto con ornamentos ni con los de la victoria, sino que a causa de la victoria se le ofrecen con posterioridad.

CAPÍTULO XI

Sobre Honor, hijo de la Victoria

Teodoncio y Paulo dicen que el Honor fue hijo de la Victoria, no dicen de qué padre. Sin embargo pienso que fue llamado éste hijo de la Victoria porque de la victoria lograda es consecuencia el honor, que ciertamente era mostrado en presencia del que lo recibía, puesto que las alabanzas se hacían en su ausencia. En otro tiempo los Romanos dedicaron a éste un templo junto al templo de la Virtud, en el que no había ninguna entrada a no ser a través del templo de la Virtud, para que se viera que nadie podía conseguir el honor a no ser a través de la virtud. Y si se le hacía a alguno por otra causa, no era honor sino ridiculas y fatales lisonjas. Sostienen que éste tuvo como esposa a Reverencia y que de ella tuvo a Majestad. Sin embargo, hay quienes dicen que eran lo mismo Reverencia y Honor, aunque sean distintos. El honor es público y privado; público cuando se le decreta a uno el laurel y el triunfo; privado es el que se ofrece por los particulares, como cuando nos levantamos ante un particular, le dejamos la delantera y le ofrecemos el primer lugar en el templo o en la mesa. Pero la reverencia es la que demostramos a los mayores, no porque esté establecido por decreto sino espontáneamente o según la costumbre, cuando hablamos a varones venerables con las rodillas dobladas o con la cabeza descubierta. Cosas que

solamente son de Dios aunque los príncipes ambiciosos se las hayan apropiado.

CAPÍTULO XII

Sobre Majestad, hija del Honor

Dice Ovidio que Majestad fue hija de Honor y de Reverencia, sobre la que dice así en los *Fastos* [V, 23-28]: «Hasta que el Honor y la Reverencia, hermosa en su rostro agradable, colocaron sus cuerpos en los legítimos lechos. De aquí fue engendrada la sagrada Majestad que modera todo el mundo. En el día en que fue dada a luz surgió grande. Y sin demora se sentó altiva en medio del Olimpo, dorada ha de verse en purpúreo regazo, etc.» Pienso que han sostenido que fue hija del Honor y de la Reverencia porque del honor extraordinario y de una reverencia ofrecida hay una cierta situación de grandeza en el que la recibe, por lo que es llamada majestad, que es tan sólo competencia de Dios.

CAPÍTULO XIII

Sobre Ascálafo, quinto hijo del Aqueronte

Ascálafo fue hijo del Aqueronte y de la ninfa Orfne, como dice Ovidio [V, 539-41]: «Lo vio Ascálafo, al que en otro tiempo se dice que Orfne, muy conocida entre las ninfas del Averno, dio a luz concebido de su Aqueronte en las negras selvas, etc.» Dicen que éste, raptada Prosérpina por Plutón, como se investigara si había probado algo en los Infiernos, la acusó y dijo que había probado tres granos del fruto cartaginés [108] del huerto de Plutón, por lo que sucedió que Prosérpina no fue devuelta totalmente y él mismo fue metamorfoseado por Ceres en buho. Sobre esta invención, no creo que los poetas hayan pretendido otra cosa que mostrar el oficio, en extremo odioso, del acusador y por ello dicen que Ascálafo fue convertido

[108] La granada. En Ovidio se habla de 7 granos, no de 3.

en buho, porque así como el buho es una ave funesta y considerada siempre de mal agüero, así también el acusador es siempre el presagio de fatiga y angustia para el acusado. Además el buho es un ave chillona para mostrar que los acusadores son gritones y así como el buho, bajo una gran cantidad de diferentes plumas, tiene un pequeño cuerpo, igualmente el acusador, bajo su gran verbosidad, la mayoría de las veces descubre muy poca verdad. Así pues, no sin razón se dice que es hijo del Aqueronte, por la semejanza al menos del oficio, porque así como el Aqueronte priva de la alegría a los que transporta, así también el acusador llena de tristeza a aquellos contra los que se lanza. Además se tomó de la costumbre del buho decir que su madre fue Orfne, pues el buho la mayoría de las veces, según dicen los que escribieron sobre las propiedades de las cosas, habita de día en los sepulcros de los muertos que, según dice Papias, se llaman urnas[109]. Y Lucano [VII, 819]: «se cubre con el cielo el que no tiene urna». Lo que concierne a Ceres y Prosérpina se añadirá cuando se hable de ellas más adelante.

CAPÍTULO XIV

Sobre la Estige, sexta hija del Aqueronte

Se llama Estige la laguna infernal y es considerada por todos hija del Aqueronte y de la Tierra. Y, según dice Alberico [III, 6, 3], es nodriza y anfitriona de los dioses. Por ella, como también se ha dicho antes, juran los dioses y no se atreven, por temor del castigo, a perjurar, según dice Virgilio [VI, 323-24]: «Ya la laguna Estige, por cuya divinidad temen los dioses jurar y engañar, etc.» Pues al que perjuraba se le privaba en el acto de la copa de néctar. Pretenden que esto le fue concedido porque su hija, la Victoria, había ayudado a los dioses que luchaban contra los Titanes. Puesto que Estige se interpreta como tristeza es llamada hija del Aqueronte, que significa sin alegría, ya que, como dice Alberico, quien carece de alegría se precipita fácilmente en la tristeza o, por decirlo mejor, es necesario que se precipite. Por otra parte, se le asigna la Tierra como madre porque, puesto que toda el agua avanza desde aquella fuente de las

[109] Juego de palabras entre *Orne* —que es como Boccaccio llama a Orfne— y *urna*.

aguas a un único Océano, es necesario que sea traída a través de las entrañas de la tierra hasta aquel lugar desde donde sale a la luz; y así se dice que la Tierra es la madre de la Estige. Pero según otro significado, entre los líquidos apretados por elementos mortales, por la tierra es apretada la melancolía, que sin duda es madre y nodriza de la tristeza. Pretendieron no sin misterio que la Estige era nodriza y anfitriona de los dioses. Acerca de esto hay que advertir que la tristeza es doble: o estamos tristes porque no podemos conseguir, por la causa que sea, ahuyentar nuestros deseos, o estamos tristes al conocer que hemos hecho injustamente alguna o muchas cosas. La primera tristeza nunca fue nodriza o anfitriona de los dioses. La segunda, en verdad, lo fue y lo es, pues dolerse o entristecerse por las malas acciones no es otra cosa que ofrecer alimento a la virtud, a través de la cual los paganos corrieron junto a sus divinidades y nosotros los cristianos vamos a la felicidad eterna, en la que están los dioses, no los que somos inútiles o que hemos de morir. Virgilio demuestra que ha conocido muy bien estas clases de tristeza en el libro VI de la *Eneida,* cuando envía a los hombres desleales y perseverantes en el mal al Tártaro, donde no hay ninguna redención, pero a los otros, tras cumplir los castigos de su culpa, los conduce a los campos Elisios. O pretendemos decir lo que quizá han pensado sobre todo los poetas, que los dioses, es decir el sol y las estrellas, alguna vez se alejan hacia Egipto, cosa que sucede en la época invernal, cuando el sol, apartado de nosotros, tiene el solsticio antartico que, más allá del sur de Egipto, tiene su cénit en el mismo lugar de la cabeza de los habitantes, y entonces se alimentan las estrellas de la laguna Estige, según la opinión de aquellos que pensaban que los fuegos de los cuerpos celestes se alimentan de la humedad del vapor que sale del agua y se hospedan en su casa hasta que no hacen volver su paso hacia el polo ártico. Séneca, en el libro que escribió *Sobre los sacrificios de los egipcios*[110], demuestra que la Estige está bajo la región austral al decir que la laguna Estige está junto a los dioses de arriba, es decir, junto a aquellos que están en el hemisferio superior, mostrando que cerca de Siena[111], la parte más alejada de Egipto hacia el norte, hay un lugar, al que los habitantes suelen llamar Fíalas, esto es amigos, y en ellas hay una gran laguna que, puesto que es muy difícil de atravesar, excesivamente llena de limo y repleta de papiros, es llamada Estige, como si llevara tristeza a los que la atraviesan por el excesivo esfuerzo. Por otra parte, puede tener este

»o Citado por *Mytb. Vat. III,* 6, 3.
111 Actual Assuan.

tipo de razonamiento el hecho de que los dioses juren por la Estige, pues acostumbramos jurar por aquellas cosas que tememos o deseamos; realmente, quien se alegra mucho no parece tener lo que desea, puesto que no le falta lo que teme, y por esto hay dioses a los que hacen felices; por esta razón resta que juren por la tristeza, que conocen adversa para ellos. El que, al perjurar, estén privados de la copa de néctar, pienso que se dice porque quienes llegaron de la felicidad a la miseria decían que habían perjurado, es decir que no habían obrado bien y así habían llegado de la copa de néctar a la amargura del infortunio.

CAPÍTULO XV

Sobre Cocito, río infernal, hijo de la Estige, que engendró a Flegetonte

Cocito es un río del Infierno, del que dice Alberico [III, 6, 2] que nació de la laguna Estige, cosa que pienso se ha dicho porque el llanto, al que entienden por Cocito, surge de la tristeza, que es la Estige.

CAPÍTULO XVI

Sobre Vlegetonte, río infernal, que engendró a hete

También este Flegetonte es un río del Infierno y, según Teodoncio, hijo del Cocito. Se ha dicho así, según pienso, porque alguien llega fácilmente a la locura desde el llanto que dura mucho, lo cual sucede, en opinión de algunos, por naturaleza. Pues estando el cerebro desprovisto de humedad a causa de las lágrimas, no pueden frenarse los ardorosos impulsos del corazón y así uno se precipita a la furia. Se interpreta Flegetonte como ardor para que se comprenda que a causa del excesivo ardor del corazón se excitan las locuras de los hombres.

CAPÍTULO XVII

Sobre hete, río infernal, hijo del Flegetonte

Dicen que Lete es un río del Infierno e hijo del Flegetonte. Lo que pienso que ha sido inventado porque de la locura nace el olvido. Pues vemos siempre a los enloquecidos olvidados de su dignidad y de la de los suyos y Lete se interpreta como olvido. Virgilio [VI, 705 ss.] coloca a este río en los campos Elisios y dice que de él beben aquellos a los que Mercurio quiere hacer volver a los cuerpos, sobre los cuales se ha hablado antes, cuando se trató sobre el primer Mercurio. En verdad nuestro Dante lo describe en la cumbre del monte del Purgatorio y dice que de él beben las almas puras y dignas del cielo, para olvidarse de los males pasados, cuyo recuerdo ofrecía un impedimento para la felicidad eterna.

CAPÍTULO XVIII

Sobre el primer Vulcano, cuarto hijo del Cielo, que engendró a Apolo

El primer Vulcano, según testimonia Tulio en *Sobre la naturaleza de los dioses* [III, 22, 55], fue hijo del Cielo, acerca del cual no se encuentra ninguna otra cosa a no ser que de Minerva, hija del segundo Júpiter, como dice Teodoncio, engendró al primer Apolo. Pero yo creo que fue éste un hombre ígneo y de una fuerza inagotable y hermano de Saturno.

CAPÍTULO XIX

Sobre Apolo, hijo del primer Vulcano

Apolo, según opinan Cicerón y Teodoncio, fue hijo del primer Vulcano y de Minerva y, como afirma el propio Tulio en *Sobre la naturaleza de los dioses,* éste fue el más antiguo de todos los Apolos. Teodoncio dice que fue éste el descubridor del arte de la medicina

y el primer conocedor de los poderes de las hierbas, por más que Plinio asegure en el libro de *Historia Natural* [VII, 56, 196] que Quirón, hijo de Saturno y Fílira, fue el primer descubridor de los poderes de las hierbas y de los medicamentos.

CAPÍTULO XX

Sobre Mercurio, quinto hijo del Cielo

El Mercurio que es el tercero, según dice Tulio en *Sobre la naturaleza de los dioses* [III, 22, 56] nació del Cielo, su padre, y de Día, su madre, aunque de naturaleza excitada muy obscenamente, porque se conmovió con la contemplación de Prosérpina. Se atribuyen a éste los mismos adornos que a los demás, aunque dice Teodoncio que los egipcios ponen alrededor de su caduceo una serpiente, lo cual lo atestigua Valerio Marcial en el libro VII de sus *Epigramas* [74, 1-2], al decir: «Gloria de Cilene y del Cielo, elocuente servidor, cuyo dorado caduceo verdea con la serpiente enroscada.» Dicen además que éste tuvo de su hermana Venus un hijo, Hermafrodito. Con estas premisas investigaremos qué pretendieron los antiguos con estas fábulas; y en primer lugar por qué dicen que nació obscenamente del Cielo. Sobre esto decía muchas cosas Leoncio, como la contemplación del cielo hacia la tierra y la rara aparición del planeta Mercurio y otras cosas de este tipo, omitidas las cuales, puesto que parecen frivolas, me ha agradado añadir el relato de Barlaam. Pues decía que el nombre de este Mercurio fue desde su nacimiento Hermes o Hermias y que él fue procreado como consecuencia de la violación del arcadio Filón a su hija Prosérpina, en la que había clavado sus impúdicos ojos cuando se bañaba; y así está bastante claro que sea de naturaleza excitada obscenamente con la contemplación de Prosérpina. Dice que fue llamado Hermes porque, una vez nacido, al consultar Filón a un matemático sobre los acontecimientos futuros, tuvo como respuesta que aquél iba a ser un hombre divino y el más grande intérprete de las cosas divinas. Por esa causa Filón, que había decidido exponerlo, determinó cuidarlo y alimentarlo con gran cuidado y lo llamó Hermes, porque *hermena* en griego significa en latín intérprete. Después de estas cosas, cuando hubo crecido, a causa de la vergüenza de su ilícito origen, se retiró a Egipto, donde

hizo progresos en muchas cosas y sobre todo en aritmética, geometría y astrología, hasta el punto de que fue preferido a los restantes egipcios y después de que, por la importancia de sus predicciones ya se había hecho merecedor del nombre de Mercurio, dedicó sus esfuerzos a los asuntos de medicina y se convirtió en tan importante que, sin abandonar el nombre de Mercurio, se le consideró Apolo, e instruido en todos los asuntos sagrados de los Egipcios muy profusamente, se convirtió en un hombre digno de admiración y allí, o bien para ennoblecer su origen o más bien para ocultar la ignominia del origen, fue llamado hijo del Cielo y de Día, como si hubiese sido enviado por el cielo y se hubiese hecho visible con la luz del día. Además, sobre esto, Hermes Trismegisto, quien atestigua que fue nieto de aquél, hace mención en el libro que escribió *Sobre el ídolo,* dedicado a Esculapio, diciendo que, aunque muerto, ayuda y protege a los que vienen junto a su sepulcro. Pero hay que advertir qué pretenden estos adornos, puesto que cada uno debe simbolizar a Mercurio, a saber uno al planeta, otro al médico, otro al rétor y otro al comerciante o ladrón. Por tanto dicen que éste, como se ha explicado al hablar sobre el primer Mercurio, está cubierto por el pétaso, para que entendamos por él al cielo que, aunque todos nos cubramos con él, debe ser conocido sobre todo por el médico, al contemplar los distintos movimientos de los planetas y las posiciones de éstos y de los astros, para que a través de aquellos, como agentes y causantes de la mayoría de las cosas en los cuerpos humanos, pueda conocer las causas de las enfermedades y los acontecimientos favorables y los remedios oportunos y pueda disponer aquellas cosas que se muestran necesarias para la salud del que está enfermo. Le añaden, en verdad, sandalias aladas para que por ellas sepamos que conviene que el médico tenga una ciencia dispuesta para remedio de las contingencias, de manera que esforzándose en la enfermedad no esté ausente antes de que llegue el diagnóstico de un médico lento; además, para que ellos mismos conozcan que, puesto que son servidores de la naturaleza, deben volar, dejando de lado todo tipo de preocupación distinta, a las necesidades de los que los llaman. Además tiene un caduceo que, como hemos dicho arriba, le fue concedido por Apolo para que se entienda en primer lugar que le fue concedida por Apolo, el autor de la medicina, esto es por el médico experto y docto, la facultad del que lo autoriza, sin la cual nadie, por Hércules, debería ejercer tal profesión. Dicen además que él, con este caduceo, hacía salir del Orco a las pálidas almas, para que se vea claro que muchos que hace ya tiempo iban a ir a la muerte, según el juicio y el arte

de muchos médicos, fueron retenidos con vida con la ayuda de un médico sabio, o más bien fueron hechos volver de la muerte, esto es del Orco. Así, viceversa, cuando no se conocen las causas de las enfermedades, con este mismo caduceo, esto es haciendo actuar la autoridad o la técnica de manera inconveniente, las almas que se habrían mantenido en pie, son enviadas al Tártaro, es decir a la muerte. También con este caduceo, es decir con su arte, el médico provoca sueños en los que no pueden inclinarse al sueño muy a menudo y se los quita a los que duermen demasiado en su perjuicio. Además, con este caduceo, el médico aleja los vientos, cuando rechaza las tontas opiniones de los enfermos con persuasiones y razones verdaderas para alejar el temor, o bien cuando convierten en nada, con sus pócimas o con otros remedios, las ventosidades que agitan las visceras con un profundísimo dolor del paciente. Así también atraviesan las nubes cuando extraen los líquidos superfluos del cuerpo enfermo, como si navegaran por ellos, esto es los arrastran hacia sí. Por su parte, la serpiente se enrosca en el caduceo para que entendamos que el ejercicio de la medicina, sin el natural y debido discernimiento, quizá lleva no menos a la perdición que a la salud. Pues los remedios a veces dependen no menos de la observación del que cura que de su arte. Pues el arte ordena arrancar del cuerpo con el ruibarbo lo superfluo el cual, si se aplica excesivamente a un debilitado, fácilmente se quita la vida con lo superfluo y por ello, sobre tales cosas y todo lo demás, es oportuno la mayoría de las veces el discernimiento del médico, que se designa por medio de la serpiente, el animal más prudente, enroscada en el caduceo, para que nunca se ejercite la autoridad sin conocimiento. Paulo dice que no es verdad que haya engendrado a Hermafrodito, sino que se inventó y se añadió porque fue el primero en enseñar a los egipcios, que consideraban algo monstruoso que nacieran hermafroditas y los rechazaban como una cosa antinatural, que podían nacer por una causa natural y que eran engendrados por la mujer en alguna parte de la matriz.

CAPÍTULO XXI

Sobre Hermafrodito, hijo de Mercurio y Venus

Dice Teodoncio que Hermafrodito fue hijo de Venus y de Mercurio, lo que atestigua Ovidio [IV, 288-91] cuando dice: «A un

niño nacido de Mercurio y de la diosa de Citera lo alimentaron las náyades en las cuevas del Ida; tenía un rostro en el que podrían reconocerse su madre y su padre; también el nombre lo tomó de ellos, etc.» Sobre éste cuenta además Ovidio la siguiente fábula: Que, habiendo abandonado el Ida, monte de Frigia, en el que había sido alimentado, como llegara errante hasta Caria, vio. una cristalina fuente que habitaba la ninfa Sálmacis. Esta, cuando vio que era un joven bellísimo, al punto lo amó y con suaves palabras intentó atraerlo a su deseo. Finalmente, como el muchacho sintiera vergüenza y rechazara las palabras junto con los abrazos de la ninfa, ella, simulando que se retiraba, se escondió detrás de las zarzas. El joven, por su parte, pensando que la ninfa se había marchado, se introdujo desnudo en la fuente. Sálmacis, al ver esto, arrojando sus vestidos, al punto también ella se entregó desnuda a-la fuente y consiguió y obtuvo al que se resistía. Pero al ver que él no se doblegaba pidió que de los dos se hiciera uno solo y se hizo, y así el que había penetrado como varón en la fuente, salió de ella varón y mujer y rogó que quienes se bañaran en ella en adelante consiguieran esta misma ignominia, cosa que obtuvo atendiendo sus ruegos su padre y su madre. Alberico [III, 9, 2] pretende que Hermafrodito, el hijo de Mercurio y de Venus, era un afectado en su conversación más allá de lo conveniente, quien, aunque debía ser viril, parecía afeminado por la excesiva blandura de sus palabras. Yo digo en verdad que Hermafrodito tenía uno y otro sexo de acuerdo con la naturaleza de Mercurio, del que el venerable Ándalo decía que, puesto que era varón con los planetas masculinos y mujer con los femeninos, se introducía en medio de los restantes en cuyo nacimiento estaba presente, a no ser que se le opusiera otro de los planetas o el lugar del cielo, de manera que se tuviera el apetito sensual de uno y otro sexo; pero algunos sostienen que el poeta ha tenido pensamientos más elevados y dicen que en las matrices de las mujeres hay siete células aptas para concebir, tres de las cuales están en la parte derecha del útero, otras tantas en la izquierda y una en el centro y que cada una de estas puede guardar dos, por más que diga Alberico en el libro *Sobre la naturaleza de los animales*[112] que él ha sabido por el aborto de una mujer que ella había concebido de una vez ciento cincuenta hijos. Pues bien, de aquéllas, las que están a la derecha, cuando reciben el semen, dan a luz varones, las que están a la izquierda, por su parte, hembras, pero cuando es

[112] Entendido Alberico como un sobrenombre de Alexander Neckam, quizá esta obra no sea otra que el *De ttaturis rerum* de Neckam de la que tenemos noticia. Cf. *CFC,* XIV, p. 221.

recibido en la que está en el centro, nacen los que tienen uno y otro sexo, a los que llamamos hermafroditas; y así tiene lugar en aquella célula, como en la fuente, la lucha de uno y otro sexo y cuando intenta vencer uno de los dos, para que no sucumba el otro, se llega al resultado de que se vean huellas de la victoria de uno y otro. Y así permanece invariable el ruego de que, si alguien se introduce en aquella fuente, salga de ella mediohombre. En realidad, pienso que los autores de poemas pensaron de un modo muy distinto. Puesto que hay en Caria una fuente Sálmacis muy renombrada, para que ésta no parezca mancillada por esta tara, me agrada purificar la fuente y añadir qué ha dado motivo a la fábula. Hay, en efecto, en Caria, como opina Vitruvio en el volumen que escribió *Sobre Arquitectura* [II, 8, 12] una fuente que recibe el nombre de Sálmacis, no lejos de Halicarnaso, especial por su limpidez y notable por su sabor, en torno a la cual vivían en otro tiempo bárbaros, a saber los Carios y los Léleges quienes expulsados por los arcadios Nidia y Arevania, por los que fue fundada allí la colonia común de Trecén [113], huyeron a las montañas y comenzaron a devastar todo con sus latrocinios y escaramuzas. Pero cuando uno de los colonos, un arcadio, llevado por el afán de lucro, hubo levantado cerca de la fuente una tienda de mercancías, como si la bondad del agua hubiera de favorecer sus proyectos, sucedió que tanto por el placer del agua como por lo adecuado del alimento alguna vez bajaban a la tienda los feroces bárbaros y, con la costumbre, poco a poco empezaron a deponer su barbarie y a adaptarse a las costumbres más relajadas y más humanas de los griegos, hasta el punto de que de muy feroces parecían haberse hecho pacíficos. Y puesto que la mansedumbre parece femenina con respecto a la ferocidad, se dijo que quienes hacían uso de esa fuente se afeminaban.

CAPÍTULO XXII

Sobre Venus Magna, sexta hija del Cielo

Venus Magna, según escribe Cicerón en *Sobre la naturaleza de los dioses* [III, 23, 59], fue hija del Cielo y de Día, y puesto que además de ésta indica que hubo otras tres, afirma que ésta existió

[113] Vitruvio dice: *Helas et Arevanias ab Argis et Troezene.*

la primera de todas. Sin embargo, dado que se descubren muchas fábulas acerca de las Venus indistintamente, tomadas las que parecen referirse a ésta, dejaremos las demás para las restantes, no porque no puedan adaptarse todas a ésta sino porque después son atribuidas a otras y es más conveniente añadírselas cuando se habla de ellas. Así pues, de ésta más que otra cosa pretendieron que fue hijo del doble Amor, como atestigua Ovidio *[Fastos,* IV, 1] cuando dice: «Nutricia madre de los dos amores, dije, favoréceme, etc.» Pero sobre el padre no están de acuerdo, puesto que unos dicen que fue hijo de Júpiter, otros del Padre Líber. Así también dicen que las Gracias fueron hijas de ésta. Dicen además que tiene un cíngulo que llaman *cesto*[m], ceñida con el cual afirman que ella interviene en las bodas legítimas. Pero otros dicen que está sin cinturón en la unión del macho y la hembra. Afirman además que mantiene enorme odio contra la estirpe del Sol a causa de su adulterio con Marte, delatado a Vulcano por aquél. Añaden también que bajo su protección están las palomas y, puesto que le atribuyen un carro, sostienen que es arrastrado por cisnes. Le consagraron como árbol el mirto y, de entre las flores, la rosa. Después de estas cosas dice también Teodoncio que ella recibió como huéspedes a las Furias en casa de Marte y que se unió a ellas en estrecha amistad. Y al igual que hacen la mayoría de las veces con los restantes dioses, la llamaron con muchos nombres, por ejemplo Venus, Citerea, Acidalia, Héspero, Lucífero y Vesperúgine. Y para pasarlos por alto, si es que hay algunos otros, vayamos al significado de los precedentes. En verdad, puesto que todos o casi todos los dichos anteriormente han sido quizá tomados por los autores de fábulas de las propiedades del planeta Venus, he considerado oportuno añadir antes de nada qué pensaron sobre ellos los astrólogos, para que se obtenga más fácilmente la comprensión de las palabras de los poetas. Y puesto que en otras cosas he seguido a Albumasar y al venerable Ándalo, describiré según la opinión de éstos casi sus costumbres, su poder y acerca de qué cosas se mueve. Pretenden, por tanto, que Venus es una mujer flemática y nocturna en su constitución, humilde y benigna con los amigos, de pensamiento agudo en la composición de poemas, que se ríe de los perjurios, mentirosa, crédula, generosa, paciente y de gran ligereza, sin embargo de costumbre y aspecto honesto, risueña, voluptuosa, de gran suavidad de palabras y que desprecia la fortaleza del cuerpo y la debilidad del espíritu. Es propio de ésta, además,

[114] Con este término se designa el cinturón de Venus y a veces el de Juno.

significar la belleza del rostro y el atractivo del cuerpo, la hermosura de todas las cosas así como el uso de preciosos ungüentos, de fragantes perfumes, juegos de dados y de piezas, o de damas, además de las borracheras y las orgías, vinos, miel y cualquier cosa que parece pertenecer a la dulzura *y a. la* acción de calentar, igualmente las corrupciones de todo tipo *y* lujurias y multitud de uniones, maestra en estatuas y pinturas, composiciones de guirnaldas, adornos de los vestidos, tejidos de oro y plata, el máximo placer en el canto y en la risa, danzas, tocadoras de lira y flautas, y bodas y otras muchas cosas. Pero, dejadas de lado éstas, vayamos a arrancar el velo de las fábulas. Dicen que es hija del Cielo y de Día y, puesto que piensan en el planeta, no sin razón ya que, puesto que parece clavado en el cielo y se mueve con él, parece producida por él; se la llama hija de Día, en verdad, por su claridad, con la que es más luminosa que los restantes astros. No carece de misterio que ella haya dado a luz a los dos amores, para evidencia de lo cual ha de pensarse, según acostumbraba a decir algunas veces el venerable Ándalo, que Dios, padre omnipotente, cuando fue fabricada la máquina de todo el mundo por él, no hizo nada superfluo o que careciera de utilidad para los animales futuros. Así ha de creerse que formó los cuerpos celestiales tan grandes, tan luminosos y que se mueven ordenadamente con movimiento propio y ajeno, no sólo para el adorno que nosotros consideramos de poca importancia por la continua contemplación, sino que dio la mayor cantidad de poder a aquellos sobre los inferiores; para esto, a saber que por su movimiento y por su influencia se diferencian las estaciones del año que transcurre, son engendrados los mortales, nacen los engendrados, se alimentan los nacidos y son conducidos en su momento a la muerte. Y no debemos pensar que este poder está unido a los cuerpos mezclada y confusamente sino que para cada uno ha determinado su propia misión y ha diferenciado aquellas cosas sobre las que se mueve su autoridad y ha querido que todos se ayuden a la vez con alternativas mutuas según las mayores o menores conjunciones y restantes fuerzas de acuerdo con la variedad de los lugares, para llevar la obra al fin propuesto. Y entre otras cosas concedidas a muchos, según atestiguan sus efectos, afirmaba el mismo Ándalo que al planeta Venus se le había concedido algo que parece concernir al amor, la amistad, el cariño, los vínculos, la alianza y la unión entre animales y sobre todo las cosas que se refieren a la procreación de los hijos para que hubiese quien empujara a la naturaleza, quizá perezosa, a la continuación y ampliación de sí misma y puede que por ello sean motivados y concedidos por

ésta los placeres de los hombres. Concedido esto, los poetas crearon la ficción de manera admirable, los cuales dijeron que fue hijo suyo Amor o Cupido. Pero hay que explicar por qué dice Ovidio que aquél fue doble. Yo creo que el amor solamente es único, pero que cambia sus costumbres y adquiere un nuevo nombre y padre tantas veces cuantas permite que le arrastren a distintos afectos. Y por eso pienso que Aristóteles decía que era triple, según lo honesto, lo deleitable y lo útil. Y para que no parezcan discordes Aristóteles y Ovidio, quizá de los dos últimos Ovidio hacía uno solo, puesto que también parece agradarle la utilidad. Sin embargo, puesto que una discusión de tal tipo corresponde al momento en que se haga mención de Amor o Cupido, ha de volverse a las restantes cosas que se refieren a Venus. Así pues, dicen que dio a luz a las Gracias y no es admirable: ¿Qué amor hubo alguna vez sin gracia? La razón de por qué éstas son tres y otras cosas referentes a ellas se añadirá más adelante cuando se hable de éstas. Dijeron además que Venus tenía un cíngulo al que llamaron *cesto,* que en absoluto le había sido entregado por la naturaleza y no le habría sido atribuido por los poetas si no le hubiera sido añadido por la santísima y venerable autoridad de las leyes para que con alguna pequeña represión se frenase la excesiva lujuria. Qué es este *cesto* lo describe Hornero en la *Ilíada* [XIV, 214-7] cuando dice: «Dijo y desató del pecho el cinturón labrado con mucho trabajo, donde se encerraban todos los encantos, en donde estaba el amor, el deseo, la elocuencia, las seducciones, todo lo cual hace perder el juicio a los más prudentes.» Sobre el cual, si se consideran de manera adecuada las cosas descritas en él, veremos que se refieren al matrimonio. Dice que allí está el deseo para que se entienda el ansia del esposo y la esposa antes de la boda. Luego la amistad que, ciertamente, surge de la unión y adecuación de las costumbres y que se mantiene por largo tiempo; verdaderamente, si las costumbres son distintas, alguna vez vemos que nacen las enemistades, la disputa, el desprecio y cosas de este tipo. Por su parte aparece nítidamente cuan adecuada es la elocuencia, pues por ella se hacen evidentes los afectos del corazón, se suavizan los oídos de los amantes, se calman las riñas que muy a menudo surgen entre los cónyuges e incluso se reaniman para tolerar las cosas que surgen. Hay también en él seducciones, que han de atraer y unir los espíritus, reprimir la cólera y hacer volver el amor apartado; efectivamente, tan grandes son las fuerzas de éstas que no solamente son capturados por ellas los desprevenidos sino que incluso, como dice el propio Hornero, muy a menudo éstas arrebatan el entendimiento a los más sabios.

Dice Lactancio *[a Teb.,* II, 283] que este cíngulo, como hemos dicho antes, no lo llevaba Venus a no ser para las nupcias acordes con la moral y por tanto cualquier otro tipo de unión se llamaba incesto, puesto que a ella no se llevaba el cinturón de Venus. El que hospedase a las Furias en casa de Marte y se hiciera gran amiga de ellas, pienso que se dijo por esta causa. Pues hay entre los signos celestiales, como decía el venerable Ándalo, dos que han sido designados por los astrólogos como domicilio de Marte, a saber Aries y Escorpión; no sabemos a cuál de estas dos casas las condujo Venus. Pero si las condujo a Aries, creo que por Aries se designa el comienzo de la primavera, puesto que la primavera comienza cuando el Sol entra en Aries, tiempo en el que todos los animales se inclinan a la concupiscencia y, según dice Virgilio *[Georg.,* III, 244]: «corren a las locuras y al fuego». Y no sólo los brutos sino que también las mujeres, cuya constitución es fría y húmeda la mayoría de las veces, por la acción de la temperatura primaveral, se excitan más fuertemente hacia el calor y hacia Venus. Ciertamente esta excitación, si la vergüenza no le pusiera frenos, parecería convertirse en furia. Admito los ardores de los jóvenes, quienes, si no se sosegaran con la autoridad de las leyes, o mejor se reprimieran, caerían de hecho en peligrosos furores. Y así muy bien son conducidas las Furias por Venus a la casa de Marte, se hace muy amiga de ellas en cuanto se convierte en inmoderada y desenfrenada. Si sostenemos que las llevó a Escorpión, puesto que es un animal venenoso y engañoso, pienso que alguna vez las angustiosas amarguras de los amantes están mezcladas con una pequeña dulzura, a causa de las cuales muy a menudo los desgraciados enamorados son maltratados hasta tal punto que se enfurecen contra sí mismos con la espada, la horca o el precipicio. Pero, a causa de las injurias recibidas por los amores burlados o cambiados, a causa de juramentos vanos, de engaños descubiertos, de mentiras, con los que son atormentados en la desesperación y enloquecidos se precipitan a las riñas o a los homicidios y así las Furias son recibidas por Venus en Escorpión. Pienso que se ha interpretado que Venus odiaba a la descendencia del Sol por las consecuencias del amor seductor. Pues como se leerá más adelante cuando se hable del Sol hijo de Hiperíon, el Sol presenta hermosísimos hombres y mujeres, cuya belleza sin duda atrae al deseo de ellos las mentes de los que los contemplan y quienes son atraídos muchas veces con diferentes artes atraen a los que los atraen, lo que sin duda se cree que es obra de Venus. Ciertamente éstos están sometidos a innumerables peligros, pues mientras llegan a su placer con iguales deseos, unos

mueren, unos son perseguidos con odio mortal, otros de muy ricos son arrastrados a la extrema indigencia y denigraron con vergonzosa y perpetua infamia el resplandeciente honor de alguna honestidad. Y, para no mencionar otras muchas cosas, finalmente mueren de manera ignominiosa, y así se ve claramente que Venus hostiga con antiguo odio a la descendencia del Sol y los oprime con sus venenos dulces como la miel. Le pusieron, además, palomas como custodia, lo que se lee que ocurrió de esta manera: Jugueteando en los campos Venus y Cupido, llegaron a una pequeña disputa, a saber quién de ellos reuniría más flores para sí. Y parecía que recogería más Cupido con la ayuda de sus alas; como consecuencia de esto, Cupido vio que la ninfa Peristera había ido en auxilio de Venus; indignado por esto, inmediatamente la convirtió en paloma. Venus, por su parte, tomó al instante bajo su protección a la metamorfoseada y de ahí se siguió que las palomas fueran asignadas siempre a Venus. Parece darse a esta fábula el siguiente significado: Dice Teodoncio que Peristera era en Corinto una joven de noble origen y todavía más una conocida meretriz, y por ello aquí puede decirse que Venus ha actuado sobre la pasiva Peristera, pues la presión del que actúa sobre el que soporta es amor. Excitada por los estímulos de éste la doncella se sometió a Venus, es decir a la unión carnal, que casi es la intención final del agente, si por casualidad pudiera ser vencido por ésta el hostigante Cupido. Pero, puesto que con el acto se enciende más que se extingue semejante apetito, llegó **a** no estar satisfecha con el consuelo de un solo amante sino que como las palomas, cuya costumbre es experimentar muy a menudo nuevos amores, se entregó a los abrazos de muchos. Por esta causa sostuvieron los poetas que fue convertida en paloma por el mismo Cupido, esto es por el estímulo de la lujuria. En realidad, Peristera en griego significa en latín paloma. Ciertamente estas palomas son entregadas a Venus para su custodia porque son aves de muy abundantes relaciones sexuales y de continuas procreaciones, de manera que por ellas se entienda que los que muy **a** menudo tienen relaciones sexuales son seguidores de Venus. Llegan a la tutela de alguno éstos que todavía no han conocido qué les es adecuado hacer y, teniendo un protector, se dedican a actuar bajo su mandato. Y así también se dice que los libidinosos están bajo la tutela de Venus, porque siempre se sumergen en juegos amorosos por orden de Venus. Se le asigna un carro a Venus porque de la misma manera que los restantes planetas, da vueltas por su órbita en un movimiento continuo. El hecho de que su carro sea arrastrado por cisnes puede tener una doble razón, **bien** porque **por** su blancura

significan la limpieza propia de las mujeres, o porque cantan muy dulcemente, sobre todo cuando están cercanos a su muerte, para que se demuestre que los espíritus de los amantes son atraídos por el canto y porque con el canto los amantes, casi moribundos por el excesivo deseo, dan rienda suelta a sus pasiones. El mirto está dedicado a Venus porque, como dice Rábano [111, 520 A] recibe su nombre del mar, ya que nace en las costas, y se dice a Venus nacida en el mar; o porque es un árbol aromático y Venus se deleita con los perfumes; o porque algunos creen que el olor de este árbol invita a los actos de amor; o, como dicen los físicos, porque de él se obtiene mucho provecho para las mujeres, o porque de sus frutos se fabrica algo mediante lo cual se excita e incluso se robustece la libido, lo que parece testimoniar el poeta cómico Futurio cuando pone en escena a la meretriz Difone, que decía: «Tráeme mirtino con el que me ofreceré a Venus un poco más valiente con sus armas» [115]. La rosa es llamada su flor porque es de olor suave. Pueden mostrarse estas razones de sus muchos nombres. En primer lugar se llama Venus, nombre que interpretan los estoicos como cosa vana, como si rechazaran el placer, y ha de pensarse que es llamada cosa vana por los estoicos en cuanto se refiere a aquella parte seductora de los placeres y juegos amorosos. Pero los epicúreos ponen a Venus como una cosa buena, como cultivadores de los placeres, pues piensan acerca del placer que es el sumo bien. Por su parte Cicerón *[Nat. dios.,* III, 24, 62] dice que es llamada Venus porque llega a todas las cosas, lo que sin duda no se dice sin razón, ya que algunos creen que provoca la causa de todas las amistades. Es llamada Citerea por la isla de Citera o por el monte Citereo en los que sobre todo acostumbraba a recibir culto. Se la llama Acidalia por la fuente Acidalia, que en Orcómeno, ciudad de Beoda, está consagrada a Venus y a las Gracias y en la que pensaban los ignorantes que se lavaban las Gracias, compañeras de Venus; o porque introduce las preocupaciones, pues sabemos de cuántas preocupaciones llena a los amantes, y los Griegos llaman a las preocupaciones *acídas.* Héspero es el nombre propio del planeta entre los griegos y especialmente cuando desaparece después de la salida del Sol y por ello también se le llama Véspero, como se ve claramente en Virgilio [I, 374]: «Antes completaría el día Vés-

[115] Boccaccio toma este texto y el nombre del autor cómico de Fulgencio, *Myth.,* III, 8, pero en el original hay las siguientes diferencias: el autor es Sutrio, el nombre del personaje Glicone, y sus palabras, sensiblemente distintas de las que aparecen en Boccaccio, son: «Tráeme el vaso de mirra con el que me enfrentaré un poco más fortalecida a las armas viriles.»

pero, una vez cerrado el Olimpo.» Varrón, por su parte, pretende en *Sobre el origen de la lengua latina* [VII, 50] que se llame a aquella Vesperúgine por la hora en que aparece. Incluso Plauto la llama también así *[Anfitrión,* 275]: «Pues ni Orion ni Vesperúgine ni las Pléyades se ponen.» En latín se la llama Lucífero porque entre los griegos, como afirma Tulio en *Sobre la naturaleza de los dioses* [II, 20, 53] se llama Fósforo, es decir el que lleva la Iu2 y porque antes de la salida del sol o de la aurora se la ve en Oriente brillando con tanto fulgor que también por propio merecimiento se llama Lucífero. Los marineros y los ignorantes la llaman a menudo Diana, porque parece que anuncia el día.

CAPÍTULO XXIII

Sobre la segunda Venus, séptima hija del Cielo y madre de Cupido

Muchos sostienen que la segunda Venus fue hija del Cielo, pero que no fue engendrada de la manera que todos lo somos, sobre la cual se relata lo siguiente: A saber, que Saturno se había enfurecido contra su padre Cielo y, tomando una hoz, le había cortado los miembros viriles y los había arrojado al mar y no se sabe dónde cayeron. En verdad, dicen que la hoz fue arrojada no lejos del promontorio Lilibeo de Sicilia y que había dado al lugar el nombre de Drépano porque así se llama en griego la hoz. Los genitales arrancados cayeron en alguna parte del mar, hicieron que brotara sangre, de la que, en unión con la espuma del mar, pretendieron que había sido procreada Venus e incluso que recibió su nombre de la espuma del mar, que en griego se dice *afros,* puesto que también es llamada así[116]. Macrobio, en el libro de los *Saturnales* [I, 8, 6] dice que Venus nació de la sangre de los genitales de Cielo, pero que se alimentó de la espuma del mar. Además, según cuenta Pomponio Mela [II, 7, 102] los habitantes de Palépafos, ciudadela de tu Chipre, serenísimo rey, dicen que en sus dominios Venus, así nacida, salió por primera vez a las tierras y que por esto la representan desnuda y muy a menudo nadando, cosa que también atestiguan alguna vez nuestros poetas. Pues dice Ovidio [IV, 536-8] en su boca: «¡Y añádelos a tus dioses! También tengo yo algún

[116] Afrodita.

derecho sobre el mar si ciertamente en otro tiempo fui una condensada espuma en medio del mar y permanece en mí el nombre agradable de ella, etc.» Y Virgilio [V, 800] escribe que Neptuno le dice: «Es totalmente lícito, Citerea, que tú tengas confianza en mis reinos, de donde tienes tu origen, etc.» Dicen además que le han sido dedicadas a ésta las rosas y que lleva en sus manos una concha marina. Así también quieren que Hermafrodito haya sido hijo de ella y de Mercurio, y que de ella sola haya nacido Cupido. Ciertamente hay muchas invenciones, pero de todas ellas puede extraerse el siguiente significado: En efecto, por esta Venus entiendo yo la vida de placeres y que en todas las cosas que se refieren al placer y a la lujuria es una e idéntica Venus que la anterior, y así parece también sostenerlo Fulgencio *[Mit.,* II, 1]. Que nació de la sangre de los genitales cortados por Saturno, porque, como parece deducir Macrobio [I, 8, 7], puesto que había caos, no existía el tiempo, pues el tiempo es una determinada medida que se funda en la revolución del cielo y por tanto de la revolución del cielo nació el tiempo y por tanto de él mismo nació *Chronos,* que es también Crono, al que nosotros llamamos Saturno y como después del cielo fluyeran del cielo las semillas de todas las cosas que debían nacer y la totalidad de los elementos que completarían el mundo salieron de aquellas semillas, cuando el mundo se completó en todas sus partes y miembros, en un momento ya fijado tuvo lugar el fin de lanzar desde el cielo las semillas y así los genitales parecen haber sido cortados por Saturno, esto es por el tiempo y arrojados al mar, para que apareciera la capacidad de engendrar y perpetuarse, que debe ser entendida por Venus, convertida en humedad mediante la unión del macho y la hembra, que se entiende por la espuma; pues de la misma manera que la espuma surge del movimiento de las aguas, del mismo modo, de la fricción se llega al coito y de la misma manera que aquella fácilmente se disuelve, del mismo modo la libido se acaba con el breve placer. O, según opinión de Fulgencio, porque el propio movimiento del semen es como el de la espuma y por ello lo llamamos espuma marina a causa de lo salado del sudor expelido en el coito. O porque el propio esperma es salado. Así nació esta Venus de la humedad y por la espuma del mar, esto es por lo salobre de la humedad, fue alimentada, esto es aumentada hasta que fue conducida al fin de la obra iniciada. Ha de verse bien qué es esta humedad para escudriñar más claramente el origen de esta Venus. Así pues, Fulgencio sostiene, cuando se habla por boca de otros, que Saturno había cortado los genitales al Cielo, Júpiter a Saturno y expone así su

opinión. Dice que Saturno en griego se llama Crono, que es tiempo en latín, a quien se le quitan las fuerzas con la hoz, esto es los frutos que son arrojados a los líquidos de las visceras como al mar, de los que dice que es necesario que surja la libido. Y no hay duda de que de aquella humedad procede Venus, la cual procede de la comida y la bebida, puesto que rara vez se precipitan a la lujuria los que están en ayunas; y surge sobre todo cuando el calor de la comida y la bebida mueve y empuja las fuerzas naturales, y verdaderamente nace en el mar, esto es en el torbellino salado de la sangre caliente y de la ebullición de esta misma. Se alimenta de espuma, esto es de deseo ardiente, puesto que cuando es tibio, no hay libido. Algunos sostienen que la hoz fue arrojada en Drépano para demostrar que así como la hoz ha actuado de alguna manera en relación con el nacimiento de Venus, así también la abundancia de frutos, de los que se componen en definitiva las comidas, actúa también en gran manera, y sin duda esta abundancia es muy grande y hay otros muchos estímulos en la isla de Sicilia, en la que se encuentra la ciudad de Drépano. Yo pienso que el nombre de la pequeña parte de esta ciudad y la forma del litoral, que es semejante a una hoz, han concedido el motivo para la fábula. Por otra parte, sobre el hecho de que los ciudadanos de Pafos pretendan que Venus ha salido del mar en sus dominios, con el beneplácito de tu Majestad, el mejor de los reyes, voy a decir lo que no me atrevería si no conociera que tú eres justo incluso en los asuntos de la mayor importancia. La isla de Chipre, según divulga su fama, bien por la acción del cielo o por otro vicio de sus habitantes, está hasta tal punto inclinada a Venus que es considerada mansión, taller y fomento de todos los juegos amorosos y placeres. Por esta causa se ha de conceder a los de Pafos que Venus salió por primera vez de las aguas en sus tierras. Pero que esto pertenece más a la historia que a otro significado puede deducirse de Cornelio Tácito *[Hist.,* II, 3] quien parece pretender que Venus, docta en la adivinación, había desembarcado con una tropa armada en la isla y había emprendido contra el rey Cíniras una guerra; al haber llegado finalmente a la paz, convinieron éstos que el propio rey construyera un templo en honor de Venus, en el que realizarían los sacrificios a Venus los mismos que descendieran de la familia real y de la suya. Terminado el templo, sólo se disponían para el holocausto animales del género masculino, y los altares son mancillados si les cae sangre, pues solamente hacen sacrificios con oraciones y con fuego purificado. Dicen que el simulacro de la diosa no tiene ninguna forma humana, sino que en

ese mismo lugar hay una masa continua más ancha en su comienzo y que se eleva más estrecha en su perímetro a la manera de una pirámide, y no se tiene ninguna explicación de por qué esto es así. Por otra parte se la pinta desnuda para que se indique hacia qué está preparada siempre. O porque muy a menudo desnuda a aquellos que la imitan. O porque el delito de lujuria, aunque permanezca oculto mucho tiempo, finalmente, cuando menos lo piensan los obscenos, sale a la luz pública sin ningún tipo de paliativos, o mejor porque no puede cometerse sin la desnudez. Pintan a Venus nadando para mostrar que la vida de los infelices amantes está mezclada con las amarguras y agitada por diversas tormentas y que son abundantes sus naufragios, por lo que Porfirio [117]: «Desnudo, necesitado, náufrago de Venus en el mar.» Pero mucho mejor en la *Cistellaria* [203-22] de Plauto, pues dice: «Yo creo que -entre los hombres se ha inventado en principio el amor como tortura. Yo hago en mi casa esta conjetura sobre mí para no buscarla fuera. Porque supero a todos los hombres y voy por delante de los tormentos del alma. Soy arrojado, atormentado, agitado, arrastrado enteramente desgraciado por la fuerza del amor. Estoy fuera de mí, soy llevado, separado, alejado, arrancado, de manera que en mi espíritu no tengo ninguna idea; donde estoy, allí no estoy; donde no estoy, allí está mi espíritu; y así son todos mis pensamientos: lo que agrada, no agrada continuamente. Ya el amor se ríe del agotado en su espíritu, lo rechaza, lo lleva, lo busca, lo arrebata, lo retiene, lo arroja, es generosa con él, lo que da no lo da, se ríe. Lo que hace poco ha aconsejado, lo desaconseja, lo que desaconsejó lo presenta. Experimenta conmigo según las costumbres marítimas. Así fatiga mi ánimo amante, etc.» Ciertamente este hombre fluctuaba bien en el mar de Venus. Pero nosotros a lo restante. Dicen que se le entregaron rosas para su custodia porque enrojecen y pinchan, lo que en verdad parece propio de la libido. Pues por la vergüenza del delito enrojecemos y por la conciencia del pecado somos atormentados por un aguijón; y así como durante un pequeño tiempo la rosa agrada y en un pequeño lapso de tiempo se marchita, así también la libido es causa de una pequeña y pasajera complacencia y de un largo arrepentimiento, puesto que en breve disminuye lo que agrada y lo que perjudica atormenta durante largo tiempo. Lleva en sus manos una concha marina para mostrar por ella las seducciones de Venus, pues con todo el cuerpo al descubierto, cuenta Juba, se mezlca la concha en el coito.

[117] Citado por Fulg., *Myth.*, II, 1.

CAPÍTULO XXIV

Sobre Cupido, hijo de Venus

Cupido, según opina el poeta Simónides, siendo testimonio Servio *[a En.,* I, 664] nació solamente de Venus. Sobre éste, puesto que en otro lugar habrán de decirse más cosas, será suficiente haber hecho tan sólo una mención.

CAPÍTULO XXV

Sobre Toxio, octavo hijo del Cielo

Toxio, como dice Plinio en el libro de *Historia Natural* [VII, 56, 194], cosa que afirma Gelio, fue hijo del Cielo y cuenta que fue el inventor del edificio de barro, siguiendo el ejemplo de las golondrinas. Pues los arquitectos no habían construido todavía palacios, a partir de lo cual se pone de manifiesto que fue un hombre muy hábil y antiguo que con todo merecimiento fue hijo del Cielo, es decir de la claridad.

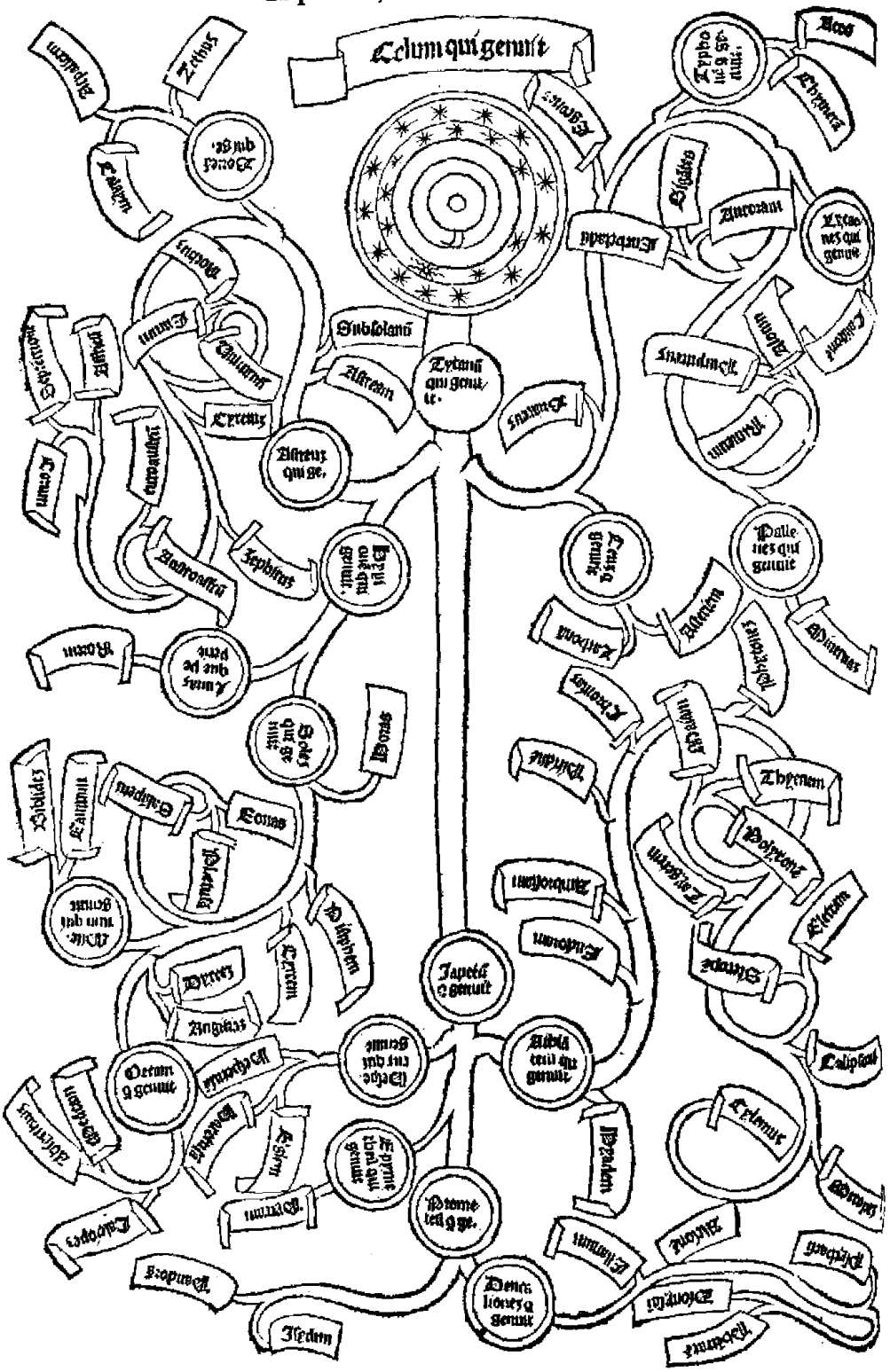
Quedaban de los hijos del Cielo Titano, el segundo Júpiter, Océano y Saturno. Ya que es enorme la descendencia de éstos, pareció bien poner fin a este Libro Tercero y reservar a Titano para el cuarto volumen, a Júpiter para el quinto y sexto, a Océano para el séptimo, a Saturno para el octavo y restantes.

Acaba felizmente el Libro Tercero de la Genealogía de los dioses paganos.

COMIENZA FELIZMENTE EL LIBRO CUARTO DE LA GENEALOGÍA DE LOS DIOSES PAGANOS, SEGÚN JUAN BOCCACCIO DE CERTALDO

En el árbol grabado a la derecha se pone en la raíz al Cielo, porque todavía no han sido descritos todos sus hijos, pero en él, tanto en las ramas como en las hojas, se muestra toda la descendencia de Titán.

In quarto Tytan datur & tytania proles.



Proemio

Fluctuaba todavía, brillante príncipe, cerca de tu ciudad de Pafos describiendo las seducciones de la nefasta Venus, cuando he aquí que, como si se hubiese roto la cárcel de Eolo, todos los vientos comenzaron a enfurecerse lanzándose sobre el mar y a levantarse hacia el cielo las olas impulsadas con gran ímpetu y, al desviarse éste, sumergirse hasta el profundo Erebo. Cuando éstas ascendieron y se sumergieron de nuevo y las rompieron de través soplos de fuerte viento, yo, estupefacto y medio vencido por el horror de lo nuevo, pensando qué daba motivo a tan repentina tempestad, casi fui absorbido. Finalmente, invocando con rapidez la ayuda de Aquél que sostuvo con su mano a Pedro que venía hacia El desde una pequeña nave de pescadores y que estaba en peligro, conduciendo con las fuerzas que podía a la barquichuela que era arrojada ya a la derecha ya a la izquierda, hasta que casi náufrago fui conducido para ver desde lo alto, no de otro modo que si hubieran sido arrancados los muros férreos de Dite y rotas las cadenas, que llegaba la enorme descendencia de Titán que debía ser descrita, según lo exige la composición de la obra iniciada; y conocí, acordándome de su antigua costumbre, que ésta había provocado a una gran guerra a los dioses, enemigos suyos. ¡Oh, qué iras grité contra su soberbia en medio del peligro! ¡Oh, cuántas veces no sólo alabé los rayos de Júpiter sino que incluso los supliqué; oh, cuántas veces rogué que aumentara las cadenas y los tormentos! Pero,

¿qué pasó por fin? Después de algún tiempo, no de otro modo que si redivivos atacasen al Olimpo, desde donde resonaron con gran estruendo, todos los vientos impetuosos provocaron tempestades, según pienso con la orden de Dios, al único al que obedecen todas las cosas, se asentaron las montañas de aguas y, aunque no hubiera una calma total, sin embargo, el mar llegó a ser navegable; por esto, separado de Chipre, yendo hacia el Egeo, desde lejos comencé a contemplar con admiración los enormes cuerpos, ahora quemados por los rayos y afeados por la palidez infernal y por las tinieblas y oprimidos por gran cantidad de cadenas a su alrededor, hasta tal punto que no sin dificultad pude sacar para describirlos los nombres de los medioconsumidos; sin embargo, aquellos que pude conocer se añadirán junto con sus sucesores a este volumen. Pero que haga que yo no desfallezca Aquél que abrió al pueblo de Israel el Jordán para que lo pudieran atravesar.

CAPÍTULO PRIMERO

Sobre Titano, octavo hijo del Cielo, que engendró muchos hijos, de los que se dan aquí los nombres de catorce: El primero de los cuales es Hiperíon, 2° Briáreo, 3." Ceo, 4° Tifón o Tifoeo, 5." Encelado, 6° Egeón, 7.ª Aurora, 8° Iápeto, 9° Astreo, 10° Aloeo, 11° Palene, 12° Runco, 13° Porfirio, 14° Licaón. Engendró además a los Gigantes, cuyos nombres no conocemos

Sobre el Cielo, hijo del Éter y de Día, se ha hablado suficientemente en el volumen anterior. Pero, ya que se va a explicar su descendencia, dicen los antiguos teólogos que Titano fue hijo de éste y de Vesta, según atestigua Lactancio en el libro de las *Divinas Instituciones* [I, 14]. Afirma Teodoncio que su esposa fue la Tierra, hija de Demogorgón, y se verá en los capítulos siguientes que de ella tuvo muchos hijos, todos los cuales parece pretender Virgilio que nacieron en la quinta luna, cuando dice [*Georg.*, I, 278-280]: «Entonces (a saber durante la quinta luna) la Tierra en un parto nefasto da a luz a Ceo y a Iápeto y al cruel Tifoeo y a los hermanos que se conjuraron para destruir el Cielo, etc.» Sobre este Titano se cuentan muchas cosas fabulosas, entre las cuales la más importante es que dicen que él junto con sus hijos tuvo una guerra contra

Jújiter y los restantes dioses y que intentaban arrebatarles el cielo abriéndose camino para ello al haber colocado los montes uno encima de otros y que ellos, finalmente, fueron heridos por los dioses y abatidos por los reyes y atados con cadenas en los Infiernos y condenados a una muerte perpetua, como muestra Virgilio en el libro VI de la *Eneida* [580 ss.] de manera adecuada. Las cosas que están ocultas bajo esta ficción contienen historia y un significado moral mezclado con el natural. Lo que pertenece a la historia, las palabras que sobre ella se leen en la *Historia Sagrada* se añadirán al pie de la letra. Pues dice así: Después Saturno se casó con Opis; Titán, que era el mayor, pidió reinar él; cuando su madre Vesta y sus hermanas Ceres y Opis aconsejan a Saturno que no ceda el reino a su hermano. Allí Titán, que era de peor aspecto que Saturno, por esto y porque veía que su madre y sus hermanas se esforzaban para que reinase Saturno, les concedió que reinara éste. Así pues, pactó con Saturno que si le nacía algún hijo varón no lo criara. A causa de esta situación, consiguió que volviera el reino a sus hijos. Entonces, al primer hijo que nació de Saturno lo mataron. Más tarde nacieron dos hijos: Júpiter y Juno. Presentaron a Juno ante Saturno. Igualmente dio a luz ocultamente Opis de Saturno a Neptuno y lo escondió a hurtadillas. Del mismo modo, en el tercer parto Opis dio a luz a dos: Plutón y Glauca. Plutón en latín es llamado *Diespiter,* otros lo llaman Orco. Entonces le muestran a Saturno su hija Glauca y ocultan a Plutón y lo esconden; luego la pequeña Glauca muere. Y no mucho después de estas cosas sigue la misma *Historia* que más tarde Titán, después que descubrió que habían sido procreados y criados a sus espaldas los hijos de Saturno, llevó consigo a sus hijos, que se llamaban los Titanes, y apresan a su hermano Saturno y a Opis, los cerca con un muro y los pone bajo vigilancia. Después de estas cosas, intercaladas unas pocas, sigue que Júpiter, por último, después de haber oído que su padre y su madre estaban rodeados de guardias y encadenados, vino con una gran muchedumbre de Cretenses y atacó a Titano y a sus hijos, liberó a sus padres de las cadenas, devolvió el reino a su padre y así permaneció en Creta. Estas cosas las obtiene Lactancio *[Div. Inst.,* I, 14, 2-10] de la *Historia Sagrada,* cosas que, por verdaderas que sean, son casi las mismas que enseña cuando habla la Sibila Eritrea. Una vez visto el significado histórico, han de decirse unas pocas cosas sobre los restantes; y en primer lugar qué pretenden los que dicen que éste fue hijo del Cielo y de Vesta, cosa que pienso que puede decirse de cualquier mortal, exceptuada la verdad de la historia; pues te-

nemos un cuerpo terreno y un alma celeste, de los que se sabe que está formado el hombre. Pero aquí, por el aire importante de las palabras, se sale del rebaño universal de los mortales y es llamado Titán, lo cual, según la opinión de Lactancio, significa lo mismo que venganza. Anteriormente se ha demostrado que Vesta es la Tierra y que la Tierra, irritada con la ira de los dioses, había dado a luz a los Titanes para su venganza; y puesto que donde hablamos sobre la Fama se demostró qué es la ira de los dioses a causa de la que la Tierra se irritó, y de qué manera se alzaron los hijos de la Tierra para vengar a su madre, basta decir aquí solamente que este Titano fue uno de aquellos ilustres varones que intentó con sus obras extender su fama y superar su muerte. Por el hecho de que haya tenido por esposa a la Tierra entiendo que el espíritu de este hombre y el de cualquiera semejante a él fue grande, espíritu con el que somete a la tierra como el hombre a la mujer y por lo menos la domina con su espíritu si le falta la posesión. Así pues, sostienen que engendró muchos hijos de ésta, lo que ciertamente muestra también la historia, aunque es posible que algunos hayan atribuido por la armonía de sus costumbres tanto a él como a otros; según el significado oculto para nadie debe ser dudoso que hubo y hay hoy muchos hombres ilustres que pueden ser llamados hijos de aquél, puesto que se designa como el primero. Además dicen que fueron éstos hombres altivos y que tuvieron una guerra contra los dioses para que nos demos cuenta de que el paso de la grandeza a la soberbia es fácil, y por esto la mayoría de las veces, cuando los poderosos actúan con poca reflexión, caen de la gloriosísima virtud en el vicio detestable y entonces se convierten en estériles, esto es sin el fruto de la virtud y, para que entendamos que los hijos de Titán fueron de este tipo, dicen que nacieron en la quinta luna. Pues se creía, según la antigua superstición, que lo que nacía en la quinta luna iba a ser estéril y dañino y no hay duda de que los altivos son dañinos porque son la semilla de las guerras, por las cuales se vacían los campos de colonos y las ciudades, y son arrasados los reinos. Dicen además que tuvieron ellos con los dioses la guerra que tienen los nobles y los soberbios; pues los nobles intentan hacerse semejantes a los dioses con sus buenas obras; los soberbios, por su parte, considerando que no lo son, de palabra y, si pueden, de obra, ponen mucho empeño en pisotear al propio Dios verdadero, consecuencia de lo cual es que sean rechazados y se conviertan en nada. Hay que advertir, sin embargo, aquí que hubo dos guerras de los hombres con los dioses, una de las cuales fue ésta en la que Júpiter liberó a sus padres después de haber matado

a los hijos de Titán. Pero hubo otra cuando los Gigantes, que también son llamados hijos de Titán, quisieron arrebatar el Cielo a Júpiter, y entonces amontonaron unos montes sobre otros, lo que se expondrá después cuando se hable de los Gigantes.

CAPÍTULO II

Sobre Hiperíon, primer hijo de Titán, que engendró al Sol y a la Luna

Teodoncio y Paulo sostuvieron que Hiperíon fue hijo de Titán y de la Tierra. Acerca del cual creo no haber leído nada a no ser que engendró al Sol y a la Luna; sin embargo, pienso que fue éste un hombre de gran importancia, y esto tanto por la significación de su nombre que significa sobre todas las cosas, como por los nombres tan ilustres de sus hijos.

CAPÍTULO III

Sobre el Sol, hijo de Hiperíon, que engendró a las Horas, a las que pongo en el lugar de una sola hija y así es la primera, engendró a las Eonas, a las que igualmente describo como una sola y así es la segunda, 3.ª Faetusa, 4.ª Lampetie, 5.ª Dirce, 6° Mileto, 7.ª Pasífae, 8." Eta, 9.ª Circe, 10.ª Angitia

Es noticia muy divulgada que el Sol fue hijo de Hiperíon, sin embargo no se sabe de qué madre. Dicen que él no sólo no ayudó a su padre y hermanos contra Júpiter sino que fue partidario de Júpiter; por este motivo, obtuvo de Júpiter después de la victoria el carro, la corona, el palacio y otras muchas insignias, todas las cuales se explicarán cumplidamente en lo que sigue. Yo creo que éste fue en su época un hombre muy brillante y verdaderamente noble y que por esta razón se dijo que no había favorecido a sus hermanos sino a Júpiter, porque no era soberbio. Motivo por el que hasta tal punto le fue propicia la fama que los poetas le han concedido toda la gloria que debe ser concedida al Sol verdadero y ha-

blaron sobre él la mayoría de las veces no de otro modo que sobre el verdadero Sol. Pero, puesto que aquí no parece añadirse casi ninguna cosa que concierna al hombre, hablaremos sobre el planeta Sol. Crearon la ficción de que él antes que ninguna otra cosa era rey, y casualmente lo fue, y le asignaron un palacio real, sobre el que habla así Ovidio [II, 1-18]: «El palacio del Sol se alzaba sobre altas columnas, resplandecía con brillante oro y piropo, que imita a las llamas, brillante marfil cubría sus altos techos, las dos hojas de la puerta resplandecían con luz de plata; la elaboración superaba la materia, pues allí Múlciber había modelado las aguas que rodean las tierras y la esfera terrestre y el cielo que está suspendido sobre la esfera. El agua tiene sus dioses azulados, el canoro Tritón y el mudable Proteo y Egeón, que con sus miembros oprime los enormes dorsos de las ballenas, y Doris y sus hijas, de las cuales unas parece que nadan, otras sentadas en una roca parece que se secan los verdes cabellos, algunas parece que son transportadas en un pez; no tienen todas la misma cara, sin embargo no es distinta, como conviene que sea entre las hermanas. La Tierra tiene hombres, ciudades, selvas, fieras, ríos, ninfas y las demás divinidades del campo. Por encima de estas cosas está la imagen del refulgente cielo y los signos del zodíaco, seis en la parte derecha de la puerta y otros tantos en la izquierda, etc.» Descrito así, pues, el palacio, Ovidio presenta la majestad regia y los proceres, diciendo [23-30]: «Cubierto con un vestido de púrpura estaba sentado Febo en un trono que irradiaba luz por las brillantes esmeraldas. A derecha e izquierda estaban de pie el Día, el Mes, el Año, los Siglos y las Horas dispuestas en espacios iguales y la joven Primavera, ceñida con una corona de flores. El Verano estaba desnudo y llevaba una guirnalda de espigas; y estaba el Otoño, sucio de uvas pisadas y el frío Invierno con los blancos cabellos erizados, etc.» Explicada la majestad regia, describe su carro [107-110]: «El eje era de oro, la lanza dorada, de oro la cobertura externa de la rueda, de plata el conjunto de los radios; en el yugo crisólitos y piedras preciosas colocadas según un orden devolvían a Febo, que era reflejado, luz resplandeciente, etc.» Y no mucho después [153-5] habla él mismo de los caballos: «entretanto los alados Pírois, Eoo y Eton, los caballos del Sol, y el cuarto Flegonte, llenan los aires con sus relinchos de fuego y golpean con sus patas las cadenas, etc.» Además a este rey se le dio una importante corona con doce piedras preciosas, según muestra Alberico [III, 8, 7]. Y dicen que, al llegar la Aurora, las Horas le preparaban el carro y le uncían los caballos. Sostienen, además, que fue éste padre de muchos hijos, alguno de

los cuales es posible que lo fuera de verdad, puesto que decimos que fue un hombre, y algunos le fueron atribuidos también por la semejanza de costumbres, si hablamos del planeta Sol. Por otra parte, como dicen los filósofos, tiene tan gran poder en la creación de las cosas que es considerado el padre de toda la vida mortal; y entre otras cosas, de su singular poder, cuando prevalece por encima de los restantes cuerpos celestiales en el nacimiento de algún hombre, consigue que éste sea muy hermoso, amable, alegre en su aspecto, brillante, de costumbres sin tacha y con una generosidad fuera de lo común. También le dan muchos nombres, a través de los cuales se ve claramente que los poetas han pensado en el Sol como planeta y no como hombre. Ahora ha de explicarse qué pretende lo dicho con anterioridad. En primer lugar, dicen que fue hijo de Hiperíon, cosa que debe ser aceptada. Pues hemos dicho antes que Hiperíon significa lo mismo que sobre todas las cosas, y así se entenderá éste como el verdadero Dios, el cual, puesto que ha creado todas las cosas de la nada, es el único que puede ser llamado padre del Sol, ya que El mismo es el único sobre todas las cosas. Después de esto, le asignaron un palacio tan espléndido para que entendamos a través de las cosas colocadas en esta obra que todas las cosas que se le atribuyen derivan de su poder y que él cuida de todas las cosas. Entre otras, las más cercanas puestas a su alrededor son los tiempos y las características de las estaciones para que se entienda que él con su movimiento los ha fijado a todos, aunque Moisés escribe en el comienzo del *Pentateuco [Gen.,* I, 1] que antes de él hubo algunos días que hizo con su arte Aquél que creó todas las cosas, no habiendo sido creado todavía éste ni habiéndosele dado ningún poder. Después de que fue creado, por la voluntad del Creador con su movimiento fijó y fija todos los tiempos, las horas, el día, el mes, el año y los siglos, como aparecerá más detalladamente en lo que sigue. Así con su movimiento hace que las características de las estaciones sean distintas y ofrece como don a una hojas y flores, a otra cosecha, a la tercera frutos maduros y comienza a quitarles las hojas, y a la última el rigor del frío y la blancura de la nieve. Por otra parte, su carro, artilugio tan luminoso, muestra su incansable y perpetuo movimiento circular alrededor de la esfera terrestre con luz inagotable, carro que es de cuatro ruedas para señalar que las cuatro estaciones ya descritas se producen a consecuencia de su movimiento giratorio. Así también tiene cuatro caballos para mostrar por ellos las características de la rotación diurna. Pues Pírois, que es el primero, se presenta e interpreta rojo, porque al amanecer, por la acción de los vapores que salen

de la tierra, el sol naciente está rojo. Eoo, que es el segundo, ya que se representa blanco, es llamado resplandeciente porque el Sol ya en lo alto, una vez disueltos los vapores, resplandece. Eton, el tercero, rojizo, pero tendiendo a azafranado, se explica como ardiente; pues al ocupar el Sol ya la parte media del cielo, su luz es fulgurante y parece la más ardiente de todas las cosas. Flegonte, el cuarto, va del color azafranado al negro y se interpreta como amante de la tierra, mostrando, al atardecer, que el Sol busca la tierra, esto es el ocaso. Sin embargo, Fulgencio *[Mit.,* I, 12] llama a estos caballos, aunque con los mismos significados, de distinto modo, a saber Eritreo, Acteón, Lampo y Filógeo. Alberico [III, 8, 10] muestra con gran causticidad que por la corona de doce piedras preciosas debe entenderse los doce signos del cielo, a través de los cuales inventaron las inteligencias que él pasaba durante un año. Una vez dicho lo anterior, queda desenredar la madeja de los nombres. De los cuales, puesto que tiene algunos en común con otros dioses, se dejarán reservados aquellos para cuando se hable de tales dioses; acerca de los que sólo parece concernirle a él se expondrá lo más brevemente que pueda hacerse. Así pues, en primer lugar se le llama Sol porque en cuanto planeta está solo, como parece atestiguar Macrobio *[Sueño,* I, 20, 4] al decir: «Pues el latino llamó Sol a aquél que él solo obtuvo tan gran claridad.» Y Platón dice en el *Timeo* cuando habla de las esferas[118]: «Para que por estas ocho órbitas haya una cierta medida de rapidez y lentitud, el dios encendió en su órbita sobre la tierra una luz favorable que ahora llamamos Sol.» Además, Tulio en la *República* [VI, 24 = *Sueño Escip.,* IV, 17] lo llama príncipe y guía cuando dice: «Después por debajo ocupa casi la región central el Sol, guía, príncipe y moderador de las otras luminarias, alma y equilibrio del universo, de tan gran extensión que con su luz alumbra y llena todas las cosas.» Sobre esto dice así Macrobio en su *Comentario al Sueño de Escipión* [I, 20, 4]: «Guía, porque con la grandeza de su luz aventaja a todos; príncipe, porque de tal manera sobresale que, puesto qué aparece como tal solo, es llamado Sol.» Y después de un poco continúa [I, 20, 6]: «Es llamado alma del mundo del mismo modo que los físicos lo llamaron corazón del cielo, por lo que sin duda todas las cosas que vemos que suceden en el cielo con una razón determinada, el día y la noche, y la sucesión de prolongación y brevedad del tiempo que se intercambian entre uno y otro, y la igual medida de ambos en épocas determinadas, además la clemente tibieza de

[118] *Timeo,* 39 b. Citado por Macrobio, *Comm. in somn.,* I, 20, 2.

la primavera, el tórrido calor de Cáncer y Leo, la suavidad de la brisa otoñal, la fuerza del frío entre una y otra templanza, todas estas cosas las reparte el curso y la mente del sol. Pues con todo derecho se le llama corazón del cielo, en el que suceden todas las cosas que vemos que acontecen gracias a una mente divina; y ésta es la causa por la que, con justicia, es llamado corazón del cielo, porque la naturaleza del fuego está siempre agitada en estado de movimiento continuo, y por otra parte hemos dicho que el sol es la fuente del fuego etéreo, pues el sol es en este éter lo que el corazón en el animal, cuya naturaleza es de tal clase que nunca deja de moverse o que una breve interrupción a consecuencia de una desgracia o una agitación provoque inmediatamente la muerte del animal.» Esto dice Macrobio, de lo que claramente puede deducirse que piensa que el sol es la causa de todas las cosas. Además, Enópides, como dice Macrobio *[Sat.,* I, 17, 31] lo llama Loxias[119], porque al ir de Occidente a Oriente hace una órbita oblicua. Es llamado también Febo, y sobre todo por los poetas, lo que se dice por su brillante claridad. Otros lo llaman Febo porque es nuevo, ya que cada mañana parece levantarse nuevo del horizonte. También lo llaman Licio y, según dicen algunos, por el templo licio de Délos. Macrobio dice que Cleante da otra razón cuando dice *[Sat.,* I, 17, 36]: «Cleante escribe que Apolo fue llamado Licio porque, de la misma manera que los lobos se apoderan de los rebaños, así también él con sus rayos se apodera de la humedad.» El Sol también es llamado Crisocomas por los sirios, como dice el propio Macrobio [I, 17, 47] por el resplandor de sus rayos, a los que llaman cabellos dorados del Sol. También Argirótoxo, porque al salir por encima del perímetro del mundo se asemeja a un arco de aspecto blanco y plateado, del cual salen los rayos a la manera de flechas. Timbreo, porque es el dios que causa la lluvia; Apolo Filesio, porque al amanecer saludamos su luz, digna de ser amada, con la veneración más amistosa. Los físicos consideran [120] que se le llama Apolo Pitio no a partir de pregunta, esto es no por la consulta de los oráculos. Es llamado también Horus, como grande o gigante, y ciertamente es el más grande, según podemos ver nosotros mismos, y tiene este nombre entre los egipcios. Ade-

[119] El oblicuo.

[120] Traducimos el texto de Macrobio en su totalidad y no el que presenta Boccaccio, a todas luces incompleto e incoherente, pues sin duda al copiarlo se ha saltado varias líneas. Confróntese el texto de *Sat.,* I, 17, 49-50 (que es el que traducimos) con el que da Boccaccio, cuya traducción sería: «Imbricitor, porque su luz al salir amable con la veneración amistosa de los ojos es llamado el Sol porque así por los físicos fue considerado.»

más se le denomina con otros muchos nombres, según aparece en Macrobio en el libro de los *Saturnales* [I, 17-23].

CAPÍTULO IV

Sobre las Horas, hijas del Sol y de Cronis[m]

Dice Teodoncio que las Horas fueron hijas del Sol y de Cronis y que se llaman así por él, puesto que él mismo es llamado Horus por los egipcios. Hornero dice que en el momento apropiado preparaban para el Sol los caballos y el carro y que abrían las puertas del cielo al día que quería salir. Yo pienso que son llamadas hijas del Sol y de Cronis, que es el tiempo, porque surgen con el avance del Sol según una determinada medida de tiempo. Se creó la ficción de que preparaban para el Sol el carro y los caballos porque, al sucederse ellas alternativamente, la noche se aleja y llega el día, en el que el Sol, como en un vehículo preparado para él, avanza por la sucesión de las horas, en el inicio de cuyo avance parece que las horas abren las puertas del cielo al llegar el día, esto es el nacimiento de la luz.

CAPÍTULO V

Sobre las Eonas, hijas del Sol

Dice Teodoncio que las Eonas eran muchas hermanas, hijas del Sol y de Cronis, de enorme cuerpo y colocadas a los pies de Júpiter. Yo no recuerdo haber leído nunca nada en otro lugar sobre éstas a no ser que pretenda que sean entendidas como siglos, puesto que *aion* en griego se interpreta en latín como siglo. Si pretende hablar sobre los siglos, éstos, en efecto, se configuran de una dimensión determinada y extensa a consecuencia del movimiento del Sol. Hemos demostrado antes que fueron descritas por Claudiano en la cueva de la Eternidad. Los antiguos no estuvieron muy de acuerdo entre

[121] Cf. *CFC,* XI, pp. 236-7.

ellos sobre la duración de un siglo. Pues, según Censorino en el libro que escribió para Cerelio *Sobre el día del cumpleaños* [17, 7] unos decían que sobre todo por parte de los que seguían los rituales de los Etruscos, los siglos se describían de este modo, a saber que se iniciaba el siglo con algún prodigio de los dioses porque duraba hasta que llegaba otro prodigio que marcaba el fin del anterior y el comienzo del siguiente, y así parecía que un siglo constaba de un número no fijo o determinado de años, sino que unas veces era largo y otras veces breve. Después de esto indica que pensaban de distinta manera otros que decían que este lapso de tiempo era el que transcurría entre una celebración de los juegos seculares y la celebración siguiente, consecuencia de lo cual era una desigualdad de tiempo mucho mayor. Finalmente, relatadas muchas opiniones, dice que el siglo civil de los Romanos estaba limitado por cien años solares. Yo recuerdo que éste estaba delimitado muy a menudo por el venerable Ándalo en este mismo espacio de tiempo. Había además quienes sostenían que era lo mismo el siglo y la edad, cosa que no es cierta, aunque algunas veces impropiamente escriban los antiguos siglo por edad. Porque la edad, si la tomamos del mismo modo que la describen las palabras de los Santos, e incluso de los poetas, contiene en sí muchos siglos. El que los siglos se muestren a los pies de Júpiter pienso que se hizo para que entendamos que el tiempo se desliza por orden del único y verdadero Dios y que El solo conoce la larga duración de éstos y los acontecimientos que han de ocurrir en ellos. Y no es diferente de ésta la descripción de Claudiano, que dijo que permanecían en la cueva de la Eternidad, puesto que la Eternidad consiste en la propia Trinidad de las personas y en sólo una divinidad. Y así; lo que se sitúa en la Eternidad es necesario que esté en Dios.

CAPÍTULO VI

Sobre Faetusa y Lampetie, tercera y cuarta hijas del Sol

Faetusa y Lampetie, ninfas sicilianas, fueron hijas del Sol y de Neera, según escribe Hornero en la *Odisea* [XII, 127 ss.] cuando dice que ellas cuidaban en Sicilia los rebaños del Sol, a los que Circe prohibió acercarse a Ulises. Sobre esta prohibición relata el propio Hornero la siguiente fábula: Que, al volver de los Infier-

nos para dirigirse a su patria, Circe le advirtió que, después que llegase con sus compañeros a Sicilia, más allá de Escila y Caribdis, y descubriese que los rebaños del Sol estaban custodiados por Faetusa y Lampetie, hijas suyas, se apartaran por completo él y sus compañeros de aquellos, pues si alguno comía de ellos moriría; cuando agotados por los otros peligros dejados atrás, Ulises y sus compañeros llegaron junto a los rebaños, sucedió que pasaron la noche allí mismo por consejo de Euríloco, pero a la mañana siguiente no pudieron partir por haber cambiado el viento y, al detenerse allí más de lo esperado, apremiándoles la escasez de alimentos, mientras Ulises dormía y siguiendo el consejo de Euríloco, los compañeros de Ulises fueron al rebaño y con ellos calmaron su hambre. Pero cuando se alejaban, azotados por una fuerte tempestad por último murieron fulminados por Júpiter todos excepto Ulises, que no había comido nada de los rebaños. Se puede dar el siguiente significado para esta fábula: El calor y la humedad, esto es el Sol y Neera, que es una ninfa, producen los bosques y los pastos, que son dos ninfas hijas del Sol y de Neera, una de las cuales ofrece sombras y otra alimento a los rebaños y así son las que cuidan los rebaños del Sol, que están formados de todo lo que tiene vida, a saber del alma vegetativa y sensitiva, pues por su obra nacen y están cuidados con el ramaje y el alimento de las custodias antes mencionadas. Sin embargo, Hornero dice que estos rebaños están en Sicilia no porque no estén en otro lugar sino porque allí mismo, por la gran abundancia de cosas y bonanza del tiempo parecen tener más vigor los placeres que, a causa de las corrompidas costumbres del lugar, son incluso más perniciosos que en otra parte. De éstos debe estar alejada toda alma racional, sobre todo para que no goce de ellos sin ninguna moderación y para que no llegue a la muerte o a una vida que sea peor que la muerte, cosa que ocurre tantas veces cuantas, dando rienda suelta al apetito, nos lanzamos de cabeza a los placeres, como ya hicieron entre los Sicilianos la mayoría quienes, convertidos en débiles después de haber probado los goces, no soportaron el trabajo. Pero Euríloco, esto es la suave persuasión de la sensibilidad, mientras dormía Ulises, es decir la fuerza de la razón, lanzó los ávidos sentidos a los rebaños, esto es a los goces, por lo que rendidos por los placeres del mar agitado, es decir del mundo, no pudieron soportar los trabajos de éste y así, a consecuencia del rayo de Júpiter, es decir del juicio justo de Dios, murieron arrojados al mar, es decir a las amarguras y miserias de la vida mortal y acabaron angustiados y desconocidos. Pero quizá pudo haber ocurrido que, al llegar

a Sicilia Ulises y al detenerse allí mismo a causa del tiempo desfavorable, sus compañeros, sin que él tuviera cuidado, hasta tal punto se debilitaron con la comida, la bebida y las mujeres que, al volver al mar, olvidaron las cosas necesarias y así naufragaron. Cosa que leemos que no sólo ocurrió a Ulises sino también a Aníbal, el caudillo cartaginés más decidido en la guerra quien, tras haber conducido a los campamentos de invierno de Capua a aquellos a los que ni la larga duración de la marcha, ni la barbarie de los diferentes pueblos, ni los vertiginosos remolinos de los ríos, ni la impetuosidad de los vientos, ni el rigor de las nieves, ni la dureza de los caminos de los Alpes, ni el hambre, ni mil peligros, ni las armas de los Romanos que vencían todo habían podido abatir hasta entonces, los encontró hasta tal punto dominados por los placeres de Campania que a los que había conducido duros y fuertes a fines del otoño a Capua, desfallecidos y sin fuerzas al comienzo de la primavera, apenas podía empujarlos al campamento, y a los que siempre había visto antes vencedores, después muy a menudo los lloraba vencidos o puestos en fuga.

CAPÍTULO VII

Sobre Dirce, quinta hija del Sol y esposa del rey Lico

Dirce fue hija del SoJ y esposa de Lico, rey de los Tebanos. Dice Fulgencio *[Mit.,* II, 7] que contra ésta, como contra las restantes hijas del Sol, se ensañó Venus. Se cuenta sobre ella la siguiente historia: Violada Antíope, hija del rey Nicteo por Epafo, según opina Lactancio *[a Teb.,* IV, 570] o por Júpiter, como parecen pensar la mayoría, fue repudiada por su marido Lico, rey de Tebas y además Dirce se convirtió en su esposa. Esta, recelosa al instante de que quizá Lico volviese a llamar a Antíope a su favor y así que, reaceptada aquélla, ella misma fuese abandonada, consiguió de su marido poder retener a aquélla encadenada, la cual habiendo concebido de Júpiter prole gemela, cuando llegó el momento del parto fue liberada por él de sus cadenas y huyó ocultamente al monte Citerón y allí dio a luz a Anfión y Zeto a los que, tras haber sido expuestos, alimentó un pastor como suyos. Cuando éstos se hicieron mayores, reconocidos por su madre e informados de su linaje, fácilmente se irritaron contra Dirce y, erigiéndose en vengadores de su madre,

mataron al rey Lico y ataron a Dirce a un indómito toro y, durante el tiempo que éste la arrastraba, rogó la desgraciada la ayuda de los dioses, con cuyo socorro fue transformada en la fuente de su nombre, no lejos de Tebas, y así sació la ira de Venus. Por otra parte, se explicará con facilidad lo que en esta historia hay de fabuloso: Dice Teodoncio que se creó la ficción de que Antíope, en el momento del parto, fue liberada de la cárcel por Júpiter porque, como parecía que para Dirce, a causa del vientre hinchado de Antíope estaba suficientemente claro el testimonio de su adulterio y por esta razón pensara que era odiosa para su marido con todo merecimiento, en seguida la dejó de lado. Puede comprenderse bastante bien que Dirce fuera transformada en fuente, que tanto a causa del reino perdido como a consecuencia del suplicio inferido se disolviera en abundantes lágrimas. Además se la llamó hija del Sol o porque sucedió así de hecho, que fuese hija de algún insigne varón así llamado, o fue denominada hija del Sol por su destacada hermosura.

CAPÍTULO VIII

Sobre Mileto, sexto hijo del Sol, que engendró a Cauno y Biblis

Mileto, como atestigua Ovidio [IX, 444], fue hijo del Sol. Teodoncio por su parte dice que éste fue hijo del Sol Rodio y hermano de Pasífae. A éste, aunque quería levantarse en guerra contra el anciano Minos, lo llenó Júpiter de terror, causa por la cual se marchó a Lesbos y allí construyó una ciudad a la que dio el nombre de Militene a partir del suyo, pero después, cambiadas las letras, fue llamada Mitilene en lugar de Militene. Después de esto se unió a Cianea, una ninfa hija del río Meandro, y de ella tuvo dos hijos, a saber, Cauno y Biblis.

CAPÍTULO IX

Sobre Cauno y Biblis, hijos de Mileto

Cauno y Biblis fueron los hijos de Mileto tenidos de la ninfa Cianea, como atestigua Ovidio [IX, 450-54] cuando dice: «Aquí,

conocida por ti mientras seguía la curvatura de la ribera paterna la hija de Meandro, que tantas veces vuelve al mismo sitio, Cianea, ninfa de cuerpo extraordinariamente bello, dio a luz una descendencia gemela, a Biblis y a Cauno, etc.» Y puesto que acerca de ellos dos no he leído nada que no sea común, me ha parecido bien escribir conjuntamente sobre ambos. Se lee, en efecto, que Cauno fue un joven de hermosísimo aspecto y que fue amado por su hermana Biblis con un amor inadecuado, por la acción de Venus irritada contra la descendencia del Sol. Así pues, al haber desvelado Biblis a su hermano las llamas de su abominable deseo, él mismo, despreciando la detestable concupiscencia de su hermana, emprendió la huida. Y en una tierra extranjera funda nuevas murallas [122]. Pero la infeliz Biblis lo siguió inmediatamente y después de que recorrió la Caria, la Licia y el país de los Léleges, vencida por la fatiga y el dolor se detuvo y despreciada se entregó a las lágrimas. Como consecuencia de lo cual se produjo que, con el favor de las Náyades, la desgraciada se convirtiera en fuente, como dice Ovidio [IX, 663-65]: «Así consumida por sus propias lágrimas Biblis, la descendiente de Febo, se convierte en una fuente que también ahora tiene en aquellos valles el nombre de su dueña y mana bajo un acebo negro, etc.» Por su parte la ficción es bastante clara, porque del llanto continuo ha parecido una fuente que mana lágrimas.

CAPÍTULO X

Sobre Pasífae, séptima hija del Sol y esposa de Minos

Pasífae fue hija del Sol, como se recoge en los versos de Séneca, poeta trágico, que dice en la tragedia de *Hipólito* [= *Fedra,* 154]: «¿Por qué aquél que difunde su luz sobre todas las cosas, el padre de tu madre, etc.?» Son palabras, ciertamente, de la nodriza que habla a la enloquecida por el amor de Hipólito, a Fedra, la hija de Pasífae. Por otro lado Teodoncio dice que no fue ésta hija del Sol hijo de Hiperíon, sino del Rodio. Fue esposa de Minos, rey de Creta, y al estar ausente Minos en guerra contra Megarenses y Atenienses por el asesinato de su hijo Andrógeo, a causa de Venus irritada

[122] Copia aquí Boccaccio el verso 634 del libro IX de *Metamorfosis: Inque peregrina ponit nova moenia térra.*

contra la estirpe del Sol, sintió las llamas de un amor funesto y amó a un toro de hermosísima apariencia, a cuya unión se dice que llegó gracias al artificio de Dédalo y de él concibió al que dio a luz medio hombre y medio toro. Otros describen una causa muy distinta de este amor y dicen que al rogar Minos, que se disponía a salir para la guerra, a su padre que le procurase una víctima digna de él, que iba a hacer un sacrificio en su honor, inmediatamente se le dispuso un toro, cautivado por la belleza del cual Minos lo puso como guía al frente de sus rebaños, siendo consagrado uno distinto; irritado por ello Júpiter hizo que, estando él ausente, el guardado fuese amado por su esposa y de ahí sostienen que Minos, a causa de la culpa cometida, no se atrevió a atentar contra su esposa. Acerca del hecho de que Pasífae, hija del Sol, hubiera sido fecundada por un toro, pretende Servio que este Toro fue un escriba de Minos así llamado y que se había unido a Pasífae en la casa de Dédalo y había tenido de ella un hijo, y que finalmente había dado a luz gemelos, uno de los cuales mostraba en sus rasgos que había sido concebido de Minos y el otro, con señales que igualmente lo indicaban, de Toro, y, puesto que del segundo no había una completa fiabilidad, fue criado dándole un nombre que contemplara a uno y otro padre, a saber Minotauro. Yo a mi vez pienso que bajo esta fábula se oculta un significado mucho más elevado. Considero en efecto que los antiguos han pretendido mostrar de qué manera se origina en nosotros el vicio de la bestialidad por este argumento. Creo a Pasífae, mujer muy hermosa e hija del Sol, nuestra alma hija del verdadero Sol, esto es de Dios omnipotente, por el que fue creada, hija espléndida con toda la belleza de la inocencia. Esta se convierte en esposa de Minos, rey y promulgador de leyes, esto es se une a la razón humana, que con sus leyes tiene que guiarla y dirigirla al camino recto. Con ella se enemista Venus, es decir el apetito concupiscible que, unido siempre a la sensualidad, es enemigo de la razón; si el alma se adhiere a él es necesario que se separe de la razón, apartada de la cual fácilmente permite ser arrastrada a los halagos y consejos de la carne y así se precipita a la concupiscencia del toro otorgado por Júpiter para que Minos realice con él un sacrificio en su honor. Toro al que yo considero como las delicias de este mundo, en su primera apariencia hermosas y deleitables, concedidas por Dios a la razón para que con su segura moderación administre las cosas adecuadas a nuestra vida; pues cuando usamos debidamente de ellas, realizamos con ellas un sacrificio en honor de Dios de acuerdo con lo establecido; pero cuando, siguiendo el juicio de la sensualidad, abusamos o deseamos abusar de ellas, caemos en la concupiscencia bestial y

entonces el alma, metida en una vaca de madera, se une obscenamente al toro cuando con la técnica de nuestro ingenio nos apoyamos en cosas naturales fuera de las leyes de la naturaleza. Y así del apetito seductor y de la adopción del abominable placer se origina y nace Minotauro, es decir el vicio de la bestialidad. Inventaron la forma de hombre y toro de este Minotauro porque los que se ejercitan en un vicio de tal clase en una primera ojeada parecen hombres, pero si examinamos sus obras y los deseos que se esconden en su intención, nos daremos cuenta de que tales hombres son bestias. Este es encerrado en el Laberinto, cárcel enredada de abundantes revueltas y por esta razón, porque era un animal muy fuerte, muy feroz y furioso en el que se muestra que tenía un pecho humano dificultado con abominables deseos. Y porque, empujándolo él, ofrecemos un espíritu fuerte y cruel cuando nos atrevemos a algo abominable que, si no lo realizamos según nuestro deseo, rápidamente caemos en la furia. Además éste fue abatido por Teseo, aconsejado con anterioridad por Ariadna, esto es por el hombre prudente al que la virilidad, que interpreto por Ariadna[123] porTfue *andros* en griego significa varón en latín, enseña que es detestable someterse a un vicio tan infame y también con qué armas debe hacerse.

CAPÍTULO XI

Sobre Eetes, rey de la Cólquide, octavo hijo del Sol, que engendró a Medea, a Apsirto y a Calcíope

Eetes, rey de la Cólquide, según atestigua Hornero en la *Odisea* [X, 137], fue hijo del Sol y de Perse, hija de Océano. Por su parte Tulio en *Sobre la naturaleza de los dioses* [III, 19, 48], dice que fue hijo de Asteria[124], la hermana de Latona, Asteria, que el propio Tulio parece decir que fue asesinada por él, pues dice así: «¿Qué contestarás a Medea que, siendo sus dos abuelos el Sol y Océano, fue engendrada por un padre matricida[m], etc.?» La antigüedad testimo-

[123] Boccaccio siempre la llama Adriana, pero nosotras mantenemos el nombre tradicional de Ariadna.

[124] Cicerón da la genealogía tradicional: hijo de Sol y Perse o Perseide, no de Asteria.

[125] Con toda seguridad Boccaccio ha hecho una mala lectura del pasaje ciceroniano que dice: *Aeeta patre matre Idyia:* «de su padre Eetes y su madre Idía» y no *et patre matricida* como dice Boccaccio.

nia que fue un rey brillante en su época, puesto que a su reino lo describe como muy extenso el poeta trágico Séneca en la tragedia de *Medea* [211-16]. Junto a él negó, huyendo de las asechanzas de su madrastra, Frixo, el hijo de Atamante, con el vellón de oro, que Eetes, al conocer por un oráculo que estaba unido a su destino, guardaba con mucho cuidado para no verse privado del reino, perdido aquél; sin embargo fue desposeído por Jasón y expulsado del reino. Pero ya anciano fue restablecido en el reino por el mismo. Dice Teodoncio que este Eetes no fue hijo del Sol hijo de Hiperíon, sino de aquel que fue el más importante en la Cólquide y reinó allí mismo.

CAPÍTULO XII

Sobre Medea, hija del rey Eetes y esposa de Jasón

Medea fue hija del rey Eetes y de su esposa Ipsea[m], como se ve bastante claro a través del poema de Ovidio *[Her.,* XVII, 232], que dice: «No existía ya Eetes, al que repudiada pudiera volverse, no su madre Idía, etc.» De esta Medea se relata una extensa historia a veces mezclada con fábulas. Pues dicen antes que nada, cosa que ha sido tomada de Apolonio, que escribió el libro *Sobre los Argonautas* [III, 200 ss.], que Jasón llegó a Coicos enviado por su tío Pelias y, recibido afablemente por Eetes, agradó a la doncella Medea en la que Venus, enfurecida contra ella como con la restante estirpe del Sol, hizo que fueran introducidas por su hijo todas las llamas del amor. Esta enamorada, al conocer los peligros del joven amado que iba a apoderarse del vellocino de oro, compadeciéndose de él, una vez obtenida la promesa de su matrimonio, le enseñó de qué modo podría arrebatarlo sin peligro; y arrebatado éste emprendió con él la huida y arrastró como compañero de fuga a su pequeño hermano Apsirto o Egialeo. Puesto que Eetes los perseguía, para que se les procurara una distancia en su huida, en la isla que en la desembocadura del Fasis tiene el nombre de Tomitania, derivado del crimen perpetrado por ella, después ennoblecida por el exilio de Ovidio Nasón, a través de la cual era necesario que pasara el perseguidor Eetes, degolló al niño Apsirto y despedazado en trozos lo arrojó en

[126] El nombre que da la tradición mitográfica a la madre de Medea, es Idía. Aquí hemos mantenido el Ipsea que da Boccaccio, pero no así al traducir los versos de Ovidio aunque el propio Boccaccio al citar a Ovidio pone Ipsea.

todas direcciones a lo largo de los campos, de manera que detuviera a su padre para reunir los miembros del hijo. Y la previsión no engañó a la siniestra, pues así se hizo; y mientras el padre llorando reunía los miembros del hijo que le habían arrebatado y llevó a cabo los funerales, ella se alejó con su raptor. Y después de largos rodeos, según algunos, llegó a Tesalia, donde con plegarias volvió a llevar a Esón, el padre de Jasón, que estaba decrépito por los muchos años, a una edad más fuerte, y después que hubo dado a luz dos hijos para Jasón, proporcionó las armas para la muerte de Pelias a sus propias hijas mediante un engaño [w]. Finalmente, hecho que ocurrió por el motivo que sea, fue repudiada por Jasón y desposada Creúsa la hija de Creonte, rey de Corinto. Como soportara esto muy mal, con una premeditada perversidad, envió a sus hijos como para apaciguar a su madrastra, con regalos encerrados en una cajita, que no fue abierta por Creúsa antes de que por toda la casa se elevara una llama enorme por la que fue consumido todo el palacio junto con la propia Creúsa, cuando ya los niños, advertidos de antemano, habían escapado. Pero como Jasón, irritado contra ella hubiese corrido a castigar un crimen tan impío, la terrible mujer mató ante sus ojos a sus inocentes hijos y, elevándose con sus hechicerías, escapó a Atenas donde se unió en matrimonio a Egeo, que ya entraba en la vejez, y le dio un hijo al que llamó Medo a partir de su nombre. Además, al haber preparado para Teseo, que volvía de una larga y muy duradera expedición sin ser reconocido por su padre, una copa envenenada por su propia mano y haber visto que esta misma era destruida por Egeo, reconocido ya su hijo, evitó con la huida la ira de Teseo. Y finalmente reconciliada con Jasón no sé de qué modo, volvió con él a Coicos y a su padre, anciano y exiliado, lo restituyó en el reino con las fuerzas de Jasón. Aunque Gayo Celio, según cuenta Solino en *Sobre las maravillas del mundo* [2, 30], dice que ella fue enterrada por Jasón en Butronto [m] y que su hijo Medo reinó sobre los Marsos, pueblos itálicos. Así pues, adornada con estas fechorías, Medea descubre un lugar primero entre los Griegos, que habían debido conocerla mejor, después entre los Romanos, para ser considerada como una diosa y honrada con sacrificios por ellos, como atestigua claramente Macrobio *[Sat.,* I, 12, 26]. Las ficciones que están mezcladas en la historia de ésta se pondrán de manifiesto cuando se escriba sobre Esón, Pelias y Jasón, puesto que parecen referirse a éstos indistintamente, en el lugar que parezca oportuno.

[127] Medea convenció a las Pelíades de que podían hacer con su padre lo que ella había hecho con Esón. Cf. Ovidio, *Met.,* VII, 297 ss.
[128] Actual Butrinto, puerto de Albania.

CAPÍTULO XIII

Sobre Apsirto y Calcíope, hijos de Eetes

Apsirto y Calcíope, hermano y hermana, fueron hijos de Eetes, el rey de la Cólquide. Acerca de Apsirto sirve de testimonio Tulio en el libro *Sobre la naturaleza de los dioses* [III, 19, 48] al decir: «¿Qué a Apsirto, el hermano de ésta (a saber, Medea), que según Pacuvio se llama Egialeo, etc.?» Por otro lado dice Ovidio sobre Calcíope en las *Epístolas [Her.,* XVII, 232-33]: «No vivía Eetes al que, repudiada, pudiera volverse, no su madre Idía ni su hermana Calcíope, etc.» Sobre esta Calcíope no he encontrado ninguna otra cosa a no ser que fue la esposa de Frixo y que le dio un hijo, Cicoro[129]. En lo referente a Apsirto o Egialeo ya se ha dicho antes de qué manera fue asesinado por su hermana; hay quienes dicen que por esta causa el famoso río Apsirto de la Cólquide fue llamado así **por** el nombre del niño.

CAPÍTULO XIV

Sobre Circe, hija del Sol

Circe la hechicera, según testimonia Hornero en la *Odisea* [X, 135], fue hija del Sol y de Perse; no he leído nunca de qué modo abandonó Coicos y llegó a Italia. Sin embargo, se sabe que vivía no lejos de Cayeta, ciudad de Campania, en un monte en otro tiempo isla, que de ella recibe hasta el día de hoy el nombre de Circeo, en los alrededores del cual dicen todavía los campesinos que rugen leones y otras fieras en que ella convirtió a hombres con un poema encantado. Acerca de ésta escribe así Virgilio **[VII,** 11-20]: «Donde la rica hija del Sol hace resonar con su canto perenne los inaccesibles bosques y en su morada soberbia quema el perfumado cedro para obtener una luz por la noche, recorriendo las finas telas con un delgado peine. De allí se oían los bramidos y las iras de los leones que rechazaban las cadenas y rugían en la noche avanzada y jabalíes

[129] La tradición nos presenta a Frixo y Calcíope como padres de un Citisoro (no de Cicoro) y además como padres de Argos, Melas y Frontis.

erizados de cerdas y osos se enfurecían en los establos y aullaban figuras de grandes lobos a los que la cruel diosa Circe había metamorfoseado desde el aspecto de hombres a rostros y lomos de fiera usando poderosas hierbas, etc.» Hornero por su parte dice en la *Odisea* [X, 135 ss.] que Ulises, que andaba errante, llegó con sus compañeros a la presencia de ésta y que después de haber convertido a todos sus compañeros en fieras, no pudo convertirlo a él, que había sido instruido previamente por Mercurio sino que atemorizada por él volvió a darle a todos la figura de hombres y que lo retuvo allí mismo durante un año y le dio como hijo a Telégono, y algunos añaden a Latino, después rey de Laurento, y finalmente lo dejó libre dándole muchos consejos. Además cuenta sobre ella Ovidio [XIV, 9-74] que amaba al dios marino Glauco y, puest£) que él estaba enamorado de la ninfa Escila, arrebatada por los celos, emponzoñó de venenos la fuente en que la ninfa acostumbraba bañarse. Por esta razón, cuando la ninfa se introdujo en ella, inesperadamente cubierta de perros marinos hasta las ingles, se convirtió en monstruo marino. Dice también [XIV, 380-96] que, despreciada por Pico porque amaba a Pomona[130], lo transformó en el ave de su nombre. Pero veamos ahora qué debe entenderse bajo estas ficciones. Teodoncio, habilísimo investigador de estas cuestiones, dice que ésta no fue hija del Sol hijo de Hiperíon sino del que se cree que reinó en la Cólquide, pero fue considerada hija de éste porque, como dice Servio *[a Eneida,* VII, 19], fue una mujer muy hermosa y una conocida meretriz, cosa que dicen que ocurrió por el odio de Venus hacia la descendencia del Sol, odio sobre el que se hablará más adelante, cuando se haga de Venus. Que se oigan fieras que rugen en el perímetro del monte se debe a que cuando entre los enormes y escarpados escollos, rocas y cavernas de que está rodeado el monte se levantan olas del mar por el ímpetu de los vientos y finalmente retroceden y se estrellan con lo que sobresale y se rompen por aquí y por allá, necesariamente se produce un rumor disonante, unas veces parecido a un bramido y otras a un rugido, y por ello se imaginan que oyen leones y jabalíes. Por otra parte, el que con hierbas o con un poema cantado convirtiese a los hombres en fieras, esto puede admitirse como posible por los muchos ilusionismos de los magos, como creemos que los magos del Faraón hacían con sus artimañas lo que hacía Moisés gracias a la virtud divina, como creemos que en Arcadia los hombres se convierten en lobos o que Apuleyo fue transformado en

130 Ovidio dice que la amada de Pico es la ninfa Canente, hija de Jano. Boccaccio puede haber tomado el nombre de Pomona de Servio, *Aen.,* VII, 190.

asno. Pero yo más bien creo que ella con su hermosura arrastraba a su amor a muchos mortales que, para hacerse merecedores de su favor, que no puede obtenerse de las meretrices sin dinero, se agitaban entre variadas seducciones para llevar regalos y así se revestían de apariencias que estaban de acuerdo con sus oficios, que Ulises, es decir el hombre prudente, no revistió. Pienso que se ha dicho, después de estas cosas, que ella amaba a Glauco porque, según opinan algunos y sobre todo Leoncio, Glauco significa lo mismo que terror y, dado que produce terror oír el rugido de las aguas cerca del Circeo, como se ha dicho antes, y el propio terror se mantiene allí mismo, continuamente parece ser amado por Circe, esto es por aquel lugar de Circe. Por otra parte, se ha dicho que Glauco amó a Escila por la misma causa, porque junto a Escila se da el mismo terror constante a causa del rugido del mar y así, puesto que se detiene allí, continuamente parece amar a Escila. Sobre el hecho de que Escila, a consecuencia de las aguas emponzoñadas, esté dominada hasta las ingles por perros marinos, la ficción ha tomado la causa del efecto. Porque Escila es un escollo junto al estrecho de Sicilia que se eleva por encima de las aguas hasta el punto de que la mitad parece salir de las aguas y la otra mitad estar ocupada por las aguas y, puesto que todo él es abrupto y cavernoso y allí continuamente fluye y refluye el mar con gran estruendo cuando penetra en aquellas cavernas y se aleja de ellas, emite un sonido como el de perros que ladran y así se dice que el escollo está lleno de perros marinos. Las cosas que conciernen a Pico se escribirán en lo que sigue, cuando se hable de Pico. Yo por mi parte no creo que esta Circe fuera hermana de Eetes, puesto que la Circe de Coicos vivió mucho antes de la guerra de Troya y ésta es contemporánea, pero por la uniformidad de los nombres y quizá de las artes pudieron hacer una sola de las dos.

CAPÍTULO XV

Sobre Angitia, hija del Sol[131]

Dice Teodoncio que Angitia o Angeonia fue hermana de Circe e hija del Sol y que residía no lejos de ésta en el territorio de Cam-

[131] Angitia es una divinidad itálica. Según Serv., *Aen,* VII, 75, Angitia es el nombre dado a Medea por los Marrubios porque ésta les había enseñado remedios contra las serpientes.

pania, pero que estaba dedicada a mejores artes. Sobre la cual, sin coincidir en todo con éste, afirma Gayo Celio [132] que fue hermana de Circe y que ocupaba los lugares vecinos al lago Fucino y que allí mismo, con una ciencia útil para la salud, atendía a los habitantes contra las enfermedades, razón por la cual fue considerada por estos mismos como la diosa que cierra el día. Por otro lado Macrobio en el libro de los *Saturnales* [I, 10, 7] llama a ésta la diosa Angenoria y dice que entre los Romanos se celebraban fiestas en su honor el duodécimo día antes de las kalendas de enero [m] y que se le hacía un sacrificio por los pontífices en el templete de Volupia. Verrio Flaco [m] dice que se la llama Angeronia porque haciéndola propicia expulsa las angustias y las preocupaciones de los espíritus. Añade además Masurio [135] que estaba colocada en el altar de Volupia una imagen de esta diosa con la boca ligada y sellada porque quienes disimulan sus dolores y ansiedades, en recompensa de su paciencia, llegan a la mayor diversión. Pero Julio Modesto dice que se hacía un sacrificio en su honor porque el pueblo romano, con el voto prometido, quedó liberado de la enfermedad que se llama anginas. La causa de por qué es considerada o llamada hija del Sol pudo motivarla su capacidad de curar.

CAPÍTULO XVI

Sobre la Luna, hija de Hiperíon

Que la Luna, para volver a la descendencia de Hiperíon, fue hija del propio Hiperíon y hermana del Sol está muy divulgado. Los antiguos opinaron muchas cosas acerca de ésta. Antes de nada dijeron que le había sido concedida una biga porque había opinado a favor de Júpiter contra sus tíos, y que ella utilizaba un carro lo testimonia el poeta Accio en *Bacantes* [m] al decir: «Y la nutricia Febe en su carro que anda errante durante la noche, etc.» Y Virgilio [X, 215-216]: «Y ya el día se había retirado del cielo y la nutricia Febe en su carro que anda errante por la noche recorría el centro del Olimpo,

[132] Según Solino, II, 28-29.
[133] El 21 de diciembre.
[134] Citado por Macrobio, *Sat.*, I, 10,7.
[135] En Macr., *Sat.*, I, 10, 8.
[136] Según Macr., *Sat.*, VI, 5, 12.

etc.» Dice Isidoro en las *Etimologías* [XVIII, 36, 2] que la biga es arrastrada por dos caballos, uno de los cuales es blanco y el otro totalmente negro. Además dice el poeta Nicandro[137] que fue amada por Pan, el dios de Arcadia, y que la había conducido a su lecho mediante un regalo de lana muy blanca. Cosa que también afirma Virgilio en las *Geórgicas* [III, 391-93] cuando dice: «Así cautivada con el blanco regalo de la lana, si es digno de crédito, te engañó, Luna, Pan el dios de la Arcadia, que te llamaba hacia los elevados bosques; y tú no despreciaste al que te llamaba, etc.» Cuentan también que fue amada por el pastor Endimión quien dicen que, en un primer momento rechazado por ella, finalmente, después de haber guardado como pastor sus blancos rebaños, fue recibido en su favor. Sin embargo dice Tulio *[Tuse,* I, 38, 92] que él se había dormido en el Latmo o Latmio, monte de Jonia, y que en sueños fue besado por la Luna. Hay quienes le atribuyen hijos. Pues Alemán, poeta lírico[138], dice que el Rocío fue hijo de ella y del Aire. Del mismo modo la llaman con muchos nombres, por ejemplo Luna, Hécate, Lucina, Diana, Prosérpina, Trivia, Argéntea, Febe, Ceres, Artemis, Mena y con otros. Pero hay que advertir qué entendieron de tantas cosas. Acerca de por qué fue llamada hija de Hiperíon, puede decirse lo mismo que se ha dicho sobre el Sol. Yo considero que fue una mujer célebre por su resplandor y que a causa de su singular preeminencia y porque era hermana del Sol, fue llamada Luna, a la que no concierne lo que sigue sino a la verdadera Luna. Y se ha dicho que favoreció a Júpiter contra los Titanes, esto es contra los soberbios, a causa de su constitución fría y húmeda, con la que se reprimen mucho los humos de los hombres. Se dice que utiliza una biga para señalar su curso diurno y nocturno, que muestran con mucha claridad los colores de los caballos; además con su humedad beneficia a lo que germina por encima y por debajo lleva ayuda a las raíces. Por su parte al hecho de que sea amada por el dios de Arcadia puede dársele quizá un significado de tal clase que por el dios de Arcadia se entienda cualquier pastor. Pues los Arcadios eran pastores en su mayoría y todos los pastores aman a la luna, esto es a su luz, porque de ella obtienen la comodidad y por esta razón tenían por costumbre invocarla con sus votos en las selvas, para guardar en la noche más fácilmente a sus rebaños de las asechanzas de las fieras y por esto cuando llegaba brillante le inmolaban en sacrificio una oveja blanca y así decían que había sido cautivada por un vellón de lana blanca.

[137] Según Serv., *Georg.,* III, 391.
»8 Según Macr., *Sat.,* VII, 16, 31.

Por otra parte, que fuera amada por Endimión, dice Fulgencio *[MU.,* II, 16] que pudo ocurrir porque Endimión fue un pastor que, como hacen los pastores, amó la humedad de la noche que destilan los vapores de las estrellas y de la propia luna sobre los jugos de las hierbas que sirven para reanimar y por ello revierte en la comodidad de los pastores. O de otro modo. Dice el mismo Fulgencio que este Endimión fue el primero que encontró la explicación del curso de la luna y se dice que había dormido durante treinta años porque a juicio de los necios los que se entregan a la meditación duermen, esto es pierden el tiempo. O quien se dedica a sus meditaciones, de hecho no de otro modo que si durmiera, se inmiscuye en obras activas, lo cual se ha dicho acerca de Endimión, porque estando vivo no llevó a cabo otra cosa que prestar atención a esta meditación, según testimonia Mnaseas [139] en el libro que escribió sobre Europa. Cosa que yo considero verdad y no haya quien se admire del largo espacio de tiempo, puesto que son muchas cosas a considerar las que versan acerca del curso de la luna, como hizo patente el venerable Ándalo en su *Teoría de los planetas.* Pero que antes apacentara los blancos rebaños pienso que fue añadido para que se mostrara la calidad del lugar de su meditación, que estuvo en la cima de aquel monte que eligió para poder adueñarse libremente de las elevaciones como desde un lugar sin trabas, y las cimas de los montes y sobre todo las más elevadas la mayoría de las veces suelen estar nevadas y, puesto que observó durante mucho tiempo estas nieves, se le llamó pastor del niveo rebaño. Por otra parte, pienso que se creó la ficción de que fue besado por la Luna porque, así como los que aman a una doncella consideran un regalo de amor un beso, así también fue un regalo de esta larga meditación el haber descubierto el curso de la luna y así parece que ha recibido un beso de su amor. Resta ver algo acerca de los nombres. Pretenden que se llame Luna de lucir y sobre todo cuando luce al atardecer puesto que cuando brilla por la mañana quieren que sea llamada Diana. Por otra parte, se la denomina Hécate porque se entiende como cien/número en que está colocado casi lo finito por lo infinito y quieren que se designe la multiplicidad de su poder. Algunos sostienen que se llama Trivia, aunque el poeta Séneca la llama de triple forma en la tragedia de *Hipólito* [412], de su triple nombre más importante; pues se la invoca como Luna, Diana y Prosérpina. Dicen que ella es también llamada Lucina, como Horacio en sus *Odas [Carm. Sec,* 15]: «Tú admites ser llamada Lucina, etc.» a la que denominan diosa de las parturientas, y se

[139] Citado por Fulgencio, *Myth.,* II, 16.

dirá un poco después por qué es llamada así. Por otra parte la llaman Argéntea porque es propio de ella producir plata en las tierras o porque con respecto al sol, que es dorado, parece de plata. También la llamaron Febe porque a menudo es nueva. Artemis o Aerótemis es en lengua ática lo mismo que luna y fue llamada así, según cuenta Macrobio *{Sat.,* VII, 16, 27] porque es Artemis casi como Aerótemis, esto es la que surca el aire. Luna es invocada por las parturientas porque es propio de ella extender las aberturas del cuerpo y facilitar el paso, lo cual es muy saludable para acelerar los partos, como expresó elegantemente el pota Timoteo [140]. En verdad es llamada Mena porque algunas veces sufre desapariciones, por ejemplo en los eclipses, y de ahí Mena, que en latín significa desprovista, o porque naturalmente carece de luz y los rayos que tiene los toma prestados del sol, como hacen las otras estrellas. Por otra parte, los restantes nombres, puesto que tienen que ver con otras diosas, de las que se hará mención una por una en esta obra, los he omitido expresamente hasta que se hable sobre aquéllas.

CAPÍTULO XVII

Sobre el Rocío, hijo de la Luna

Dice el poeta lírico Alemán que el Rocío fue hijo de la Luna y del Aire, según el testimonio de Macrobio *[Sat.,* VII, 16, 31]. Ficción que sin duda ha sido tomada de la naturaleza; por la acción de la luna, ciertamente, los vapores húmedos de la tierra no pueden, en ausencia del sol, elevarse y, alterados por la frialdad del aire y de la luna, se' convierten en una fina agua que al caer en el tiempo de verano se llama rocío, pero condensados por el hielo en invierno se llama escarcha.

140 En Macr., *Sat.,* VII, 16, 27.

CAPÍTULO XVIII

Sobre Briáreo, hijo de Titán

Briáreo es considerado por todos hijo de Titán y de la Tierra, de quien casi todos los poetas latinos afirman que fue enemigo muy enconado de Júpiter y que despreciaba a los dioses, y por esta razón pretenden que fue precipitado a los Infiernos y Virgilio [VI, 287] describe que él, entre los seres monstruosos, hacía guardia en el vestíbulo del Infierno al decir: «Y Briáreo de cien brazos y el monstruo de Lerna, etc.» Sin embargo Hornero manifiesta en la *Ilíada* [I, 402-4] que fue amigo de Júpiter al decir: «Rápidamente llamaste al espacioso Olimpo al de Cien brazos al que los dioses llaman Briáreo y todos los hombres Egeón, el cual es con mucho muy superior a su padre, etc.» En estos versos Hornero toca ligeramente la fábula, que Teodoncio relata un poco más extensamente, de que agitados contra Júpiter los dioses, a saber Juno y Neptuno junto con Palas y algunos otros, se decidieron en el palacio de Nereo, padre de Tetis, a hacer una cadena y arrojársela a Júpiter mientras dormía y arrastrándolo todos a la vez expulsarlo del cielo, cosa que Tetis contó a Júpiter y por esta causa él mismo llamó al cielo en su apoyo a Briáreo. Cuando lo vieron los conjurados, puesto que era considerado muy fuerte, al instante desistieron de sus propósitos y así Júpiter fue protegido; por estas cosas se pone de manifiesto que Briáreo fue amigo de Júpiter. Leoncio, que quería poner al descubierto el significado de esta fábula, decía que, antes de la disolución, Caos había puesto en desacuerdo los elementos superiores con los inferiores y que se había llegado a la concordia por obra del líquido y algunas otras muchas cosas que son más propias de la risa que de la escritura. Por otro lado dice Teodoncio que bajo esta fábula se oculta la historia con un velo muy sutil. Pues dice que Júpiter, después de la victoria obtenida sobre los Titanes y Gigantes, hasta tal punto se ensoberbeció que se hizo insoportable para sus amigos, causa por la que su esposa Juno y su hermano Neptuno, convocados en secreto en la isla de Nerito algunos de los amigos, tomaron la decisión de expulsar del reino al que no temía una cosa así; al serle revelado esto por un marinero cómplice, llamó a Briáreo, un superviviente de los Titanes [141] y todavía hombre muy poderoso, o más bien a un hijo

[141] Briáreo pertenece al grupo de hijos de Urano y de la Tierra conocidos como los Hecatonquires o de Cien brazos y hermanos de los Cíclopes forjadores del rayo y de los Titanes y Titánides, pero no es uno de los Titanes.

del Titán Briáreo llamado con este mismo nombre y, establecido con él ün pacto de asociación, hasta tal punto aterrorizó a los conjurados que no osaron absolutamente nada contra él. Es llamado Briáreo de cien brazos porque destacaba por encima de muchos hombres y se pone lo finito por lo infinito. Fue arrojado a los Infiernos, pero no está en la ciudad de Dite, como están algunos, porque todavía estaba reservado para ayuda de los dioses, para que entendamos que algunos no están totalmente aniquilados sino que están reservados por Dios para una vida mejor cuando por él mismo sea conocida su futura conversión.

CAPÍTULO XIX

Sobre Ceo, tercer hijo de Titán, que engendró a Latona y a Asteria

Paulo enumera a Ceo entre los otros hijos de Titán y Virgilio muestra que su madre fue la Tierra donde dice [IV, 179]: «La última [m], según dicen, hermana de Ceo y Encelado.» Leoncio dice que éste fue un hombre muy poderoso de la isla de Ceos y hombre de gran ferocidad y soberbia, por lo que, aunque fue más antiguo que Titano, se le enumera entre los hijos de éste. En efecto, fue padre de Latona y Asteria, doncellas notables por su hermosura; y decía Paulo que a causa de que Júpiter había violado a Latona, suscitó la guerra de los Titanes contra Júpiter, pero es falso, tal como hemos demostrado antes, según lo que se lee en la *Historia Sagrada.*

CAPÍTULO XX

Sobre Latona, hija de Ceo, que dio a luz a Apolo y Diana

Se deduce del poema de Ovidio que Latona fue hija de Ceo. Pues dice [VI, 185-6]: «Os atrevéis a poner por delante de mí a la Titánide Latona, hija de no sé qué Ceo, etc.» Pretenden los antiguos

142 Virgilio está hablando aquí de Fama o Rumor.

que fue igualmente amada y seducida por Júpiter y que concibió de él una prole gemela, a saber Apolo y Diana, cosa que dicen que Juno soportó tan mal que no sólo le prohibía toda la tierra para depositar la carga de su vientre sino que también le envió a Pitón, serpiente de enorme tamaño, para ponerla en fuga y entorpecerla. Esta, al escapar aterrorizada y no encontrar ningún lugar que la retuviera, acercándose a la isla de Ortigia fue acogida por ella y en ella misma dio a luz en primer lugar a Diana, que inmediatamente puso a disposición de su madre el oficio de comadrona cuando su hermano estaba a punto de nacer y recibió al naciente Apolo, que en seguida mató con sus flechas a Pitón y empezó a dar respuestas a los que las pedían. Dicen además que a causa de este parto se cambió el nombre de la isla pues, aunque al principio se llamó Ortigia, después recibió el nombre de Délos. También dicen que Latona, que llevaba a sus hijos todavía muy pequeños a través de Licia, como sucumbiera a la sed a causa del calor, se había acercado a un lago para beber; cuando la vieron los campesinos que estaban alrededor, rápidamente se introdujeron con sus pies en el lago y enturbiaron toda el agua por lo que Latona rogó irritada que fueran aniquilados; razón por la que los campesinos, transformados inmediatamente en ranas, habitaron siempre el lugar. Acerca de estas ficciones decía Barlaam que, al acabar el diluvio que tuvo lugar en la época del rey Ogiges, por la excesiva humedad de la tierra, con la que se mezclaba el calor, se exhalaban unas neblinas tan densas que en muchos lugares del mar Egeo y de Acaya de ningún modo veían los habitantes los rayos del sol de día ni los de la luna de noche; finalmente, al hacerse menos espesas éstas y sobre todo en las islas en las que a causa del mar tenía menos fuerza la exhalación de la tierra, sucedió que una noche alrededor de la hora cercana al día, por los que estaban en las cercanías fueron vistos primero los rayos de la luna en la isla de Ortigia y seguidamente por la mañana los rayos del sol, causa por la cual, con gran alegría de todos, como si recuperasen los rayos que creían perdidos, se dijo que en Ortigia habían nacido Apolo y Diana y por ello se cambió el nombre de la isla y fue llamada en lugar de Ortigia Délos, que significa lo mismo que manifestación, porque allí se hizo por primera vez la manifestación del sol y de la luna. Pretendieron los que crearon la ficción que Latona era la propia isla en la que se hizo la manifestación y para completar la ficción establecieron ante todo que era una mujer y, puesto que había ocurrido que diera a luz dos hijos, llamaron al varón Apolo *y a la* hembra Diana. Para que no pudiera parecer que Pitón perseguía a Latona pretendieron que había densas neblinas de los vapores que se elevaban, las cuales,

ciertamente, impedían que pudieran ser contemplados por los mortales los rayos solares y los de la luna, y no sin congruencia las llamaron serpientes; pues cuando, ligeras, son empujadas por aquí y por allá por cualquier tipo de soplo parecen reptar como una serpiente. Y dijeron que ésta fue enviada por Juno porque alguna vez se interpreta Juno como tierra y mar, por los que eran emitidas aquellas evaporaciones. Por su parte dicen que Diana nació antes porque de noche, debilitados ya los vapores, aparecieron en primer lugar los rayos lunares. Que desempeñara en el nacimiento de su hermano el oficio de comadrona se dijo porque, así como las comadronas tienen por costumbre recibir a los recién nacidos, así también la luna, al haber surgido antes del sol, pareció recibir al sol que nacía en sus cuernos desplegados. Se creó la ficción de que Pitón fue asaeteada por Apolo porque por la acción de los rayos solares se disolvió aquella evaporación de la tierra. Por otra parte, que Apolo empezó a dar respuestas se ha tomado de lo que sucedió después, a saber que en aquella isla, por engaño de no sé quién, un demonio bajo el nombre de Apolo comenzó y dio durante mucho tiempo las respuestas de lo que se le preguntaba. Se ha dicho que los campesinos fueron convertidos en ranas porque, como escribe Filócoro, hubo antaño una guerra de los Rodios contra los Licios; llegaron en auxilio de los Rodios los de Délos y, al haber llegado éstos por el agua hasta un cierto lago de los Licios, los campesios habitantes del lugar defendieron las aguas, los de Délos, que se lanzaron contra ellos, los mataron a todos y arrojaron al lago los cuerpos de los aniquilados. Finalmente, con el paso del tiempo, al haber llegado junto al lago los Licios que vivían en las montañas y no haber encontrado los cuerpos de los campesinos muertos y darse cuenta de que las ranas croaban en todo el entorno, incultos e ignorantes pensaron que esas ranas eran las almas de los muertos y, al contarlo así a otros, inventaron la causa de la fábula.

CAPÍTULO XXI

Sobre Asteria, hija de Ceo y madre de Hércules[14i]

Asteria fue hija del Titán Ceo, según opina Teodoncio. Esta, según dice Fulgencio, después de violada Latona fue amada por Júpiter

[« Cf. *CFC,* XI, p. 238.

y seducida por él convertido en águila; y que a consecuencia de esa unión dio a luz a Hércules, ésta finalmente, según opinan algunos, pensando en contra de Júpiter y al escapar de sus iras, por compasión de los dioses fue convertida en codorniz, que en griego se dice *ortigia,* y le dio su nombre a la isla en la que se había refugiado, donde fue convertida por Júpiter en piedra y sumergida en las aguas y agitada por estas mismas de acá para allá, que finalmente se hizo fija por haber recibido a Latona. El motivo de esta fábula puede ser el siguiente. Dice Teodoncio que vencido y matado por Júpiter Ceo, que había tomado contra él las armas por la violación de Latona, había llegado a la isla de Ceos y allí mismo había seducido a la doncella Asteria, hija de Ceo; que finalmente, pensando ésta en contra de él, en primer lugar con alada huida había ido a Ortigia, desde donde había atravesado el mar hasta Coicos y se había casado con el Sol, que reinaba allí, y le había dado un hijo, Eetes, por el que inmediatamente fue asesinada [144]; o, como dice Barlaam, murió en el parto de Eetes. A partir de todas estas cosas se creó la ficción de que Júpiter se había unido a ella en forma de águila porque el águila era la insignia de Júpiter cuando estaba en combate y, puesto que había capturado Ceos con la guerra, se creó la ficción de que se había unido a Asteria convertido en águila. Por otra parte, que Asteria fuera metamorfoseada en codorniz se debe o bien a su alada fuga, ya que es propio de las codornices volar con gran agilidad, o a causa de su larga travesía, porque es también propio de las codornices atravesar el mar en determinada época del año. El hecho de que fuera convertida en piedra no concierne a ésta sino a la isla en la que se refugió en primer lugar, que se llama Ortigia, y en latín codorniz, la cual se dice convertida en piedra para que se señale su reciente estabilidad. Dicen, por otra parte, que la isla Ortigia acostumbraba a flotar con las olas, cosa que se inventó porque solía estar agitada a causa de la excesiva y frecuente sacudida de los terremotos. Pretenden que finalmente se hizo firme, esto es se vio liberada de la sacudida, porque se recibió la respuesta de Apolo de que no se enterrara en ella ningún cuerpo muerto y que además se celebraran sacrificios en su honor, celebrados adecuadamente los cuales cesó el ataque de los terremotos y así se hizo de piedra, esto es estable. Yo pienso que esto tuvo lugar al haber llenado las cavernas en las que el aire encerrado provocaba movimientos de tierra y que ellos fueron engañados por aquella respuesta del diablo. Algunos añaden que

[144] Cf. *supra,* nota 125. La mala lectura del texto ciceroniano, a la que nos hemos referido no parece imputable sólo a Boccaccio, sino también a Teodoncio como se hace patente aquí.

habían unido a la misma Ortigia las islas de Micono y Giaro y las habían hecho firmes, cosa que no debe ser entendida simplemente así, sino a partir de las islas que están próximas a ella. Una vez hecha ya fija Ortigia, se acercaron los habitantes y vivieron en ella en lugar de la que habían abandonado.

CAPÍTULO XXII

Sobre Tifón o Tifoeo, cuarto hijo de Titán, que engendró a Eos y a la Quimera

Tifón o Tifoeo, según afirma Teodoncio, fue hijo de Titán y de la Tierra, aunque dice Lactancio *la Teb.,* II, 595] que fue engendrado por el Tártaro y la Tierra. Dice además el mismo Lactancio que éste había retado a Júpiter a un combate por el reino, razón por la que Júpiter, irritado, lo abatió con un rayo y, para aplastar su soberbia, colocó encima de su cuerpo Trinacria, cosa que también atestigua Ovidio [V, 346-56], así: «La extensa isla de Trinacria fue lanzada sobre los miembros del gigante y colocado bajo sus enormes moles atormenta a Tifoeo, que se atrevió a esperar las mansiones del cielo. El ciertamente se esfuerza y lucha a menudo por volver a levantarse, pero su mano derecha está aprisionada por el ausonio Peloro, la izquierda por ti, Paquino, las piernas están oprimidas por el Lilibeo, deja caer su peso sobre la cabeza el Etna, bajo el cual el feroz Tifoeo, tendido boca arriba, expulsa arenas y vomita fuego de su boca. A menudo lucha para liberarse del peso de la tierra y hacer rodar con su cuerpo las ciudades y los ingentes montes. Por ello tiembla la tierra, etc.» Pero Virgilio dice que le arrojó encima no el Etna sino el Inárime que es, en efecto, el monte de una isla cercana a Bayas que hoy se llama Isquia, no lejos de la isla Próquita, y dice así [IX, 715-6]: «Entonces se estremece la elevada Próquita e Ináj rime, cruel lecho colocado sobre Tifoeo por orden de Júpiter, etc.» Lo que parece haber pensado también Lucano [V, 100-1] cuando dice: «Se estremece la cumbre, lo mismo que el rugiente Tifoeo, encerrado bajo la eterna mole del Inárime, llena de calor las rocas de Campania, etc.» Además de éste dice Pomponio Mela en su libro de *Cosmografía* [I, 13, 72] y después de él Solino en *Sobre las maravillas* [38, 8] que fue una importante gruta en Cilicia, no lejos de la ciudad de Córico. Pues dicen que en el monte hay una gruta muy profunda de unos dos mil quinientos pasos enormemente agra-

dable por la sombra de los bosques y por el tintineo de los riachuelos que la recorren. Inmediatamente después de un descenso tan largo se abre una segunda cueva que, más oscura según se avanza, tiene un templo consagrado a Júpiter, por lo que los habitantes afirmaron que en el rincón más apartado de ésta estaba la residencia de Tifón. Estas cosas acerca de Tifoeo. Ahora hay que extraer las cosas que están escondidas bajo la corteza. Así pues dijeron que este Tifoeo, a causa de la soberbia de su espíritu, era hijo de Titán y, a causa de su fuerza, de la Tierra, puesto que Teodoncio dice que fue un rey muy antiguo de Cilicia y que había vencido en la guerra a su hermano Osiris y lo había despedazado miembro a miembro y que había emprendido la guerra contra el primer Júpiter, pero fue vencido y matado por él. Sin embargo se muestra con bastante claridad a qué ficciones dio motivo esta historia. La explicación será ésta. Parecen mostrar en ellas bastante adecuadamente la naturaleza y la causa de los terremotos, aunque de manera oculta, los que crearon la ficción. Dice Papias que Tifón o Tifoeo significa lo mismo que el que lanza llamas, para que por esto podamos ver bastante claro que en primer lugar ellos pretendieron mostrar que exhalaba fuego encerrado en las entrañas de la tierra, en tanto que dicen que sobre él fueron colocados montes por Júpiter, esto es por la naturaleza de las cosas; por otra parte, en tanto en cuanto dicen que intenta levantarse, muestran la causa de los terremotos. Pues en su mayor parte la tierra es cavernosa, cavernas en las cuales es necesario que el aire esté encerrado algunas veces y allí mismo a veces ocurre que también el agua penetra a través de los conductos subterráneos y por algún movimiento de ésta es preciso que también se mueva el aire, que se calienta con su propio movimiento al ser golpeado por aquí y por allá con los obstáculos y llevado a un movimiento más vivo; al ser calentado éste, su movimiento llega a ser de tanto poder que sacude todas las cosas que se encuentran alrededor y hace que se muevan y, si la tierra que está cercana a un lugar de este tipo es bituminosa y sulfúrea, es necesario que inmediatamente se incendie y no se extinga nunca mientras tal materia permanece, y puesto que el fuego no puede mantenerse encerrado y al arder él se aumenta mucho el aire y no hay lugar capaz de tanto, se produce no sólo una gran sacudida de la tierra adyacente sino que se piensa que se abre y ofrece una salida al fuego encendido que, al exhalar vapor, da lugar a Tifón, esto es al que arroja llamas. Y dado que Sicilia e Inárime son de esta naturaleza, por esta razón los sabios inventaron que habían sido colocadas sobre Tifón.

CAPÍTULO XXIII

Sobre Eos, hijo de Tifón

Escribe Isidoro en las *Etimologías* [XV, 1, 48] que Eos fue hijo de Tifón y que fundó tu Pafos, eminente rey, antiquísima ciudad de Chipre, que yo había dicho antes fue obra de Pafo, hijo de Pigmalión y que fue llamada así por su nombre, cosa que yo no estoy seguro de que sea verdad.

CAPÍTULO XXIV

Sobre la Quimera, hija de Tifón

Dice Papias que la Quimera fue hija de Tifón y de Quedria; no sé por qué razón se dice esto a no ser porque también ella arroja llamas. Sin embargo algunos la describen como un ser muy monstruoso, pues así habla de ella Ovidio [IX, 647-8]: «Y en aquella cima la Quimera tenía fuego en su parte central, pecho y rostro de leona, cola de serpiente.» Por su parte Virgilio [VI, 288]: «Que ruge horriblemente y la Quimera armada con llamas, etc.» Otros dicen que tenía la cabeza de fuego, el pecho del león, el vientre de cabra y los miembros de serpiente y que era muy nociva para los Licios, pero que finalmente fue vencida y muerta por Belerofontes. Fulgencio [*Mit.*, III, 1] cuando quiere escudriñar el significado oculto de ésta, derrocha una gran, y a mi juicio nada oportuna, abundancia de palabras, puesto que bajo una corteza bastante delgada se oculta un significado más histórico que de ningún otro tipo. Porque Quimera es un monte de Licia que está incendiado en su cima, como antaño el Etna; luego, según se desciende más abajo, solía alimentar desde hacía tiempo a los leones, como consecuencia de lo cual es muy abundante en cabras y en su falda era muy fecunda en serpientes. Al ser limpiado éste de malezas por Belerofontes, eminente varón, se hizo habitable.

CAPÍTULO XXV

Sobre Encelado, quinto hijo de Titán

Paulo dice que Encelado fue hijo de Titán y de la Tierra, aunque Virgilio [IV, 178-9] dice sólo que nació de la Tierra: «A ella su madre la Tierra, irritada con la ira de los dioses, la engendró la última, según dicen, hermana de Ceo y Encelado, etc.» Fue éste un hombre de enorme fuerza y muy cruel, según afirma Teodoncio. Que fue fulminado con un rayo y colocado bajo el Etna lo dice Virgilio [III, 578-82]: «Es fama que el cuerpo de Encelado semiquemado por el rayo es agobiado por esta mole y que el enorme Etna, que fue colocado encima, hace salir la llama por sus rotas chimeneas y que cuantas veces cansado cambia de lado, tiembla con un murmullo toda la Trinacria y el cielo se oculta bajo el humo, etc.» Yo diría que éste es el mismo que Tifón si Horacio no demostrara que son distintos caundo dice en las *Odas* [III, 4, 53-6]: «Pero ¿qué Tifoeo y el fuerte Mimante o qué Porfirión de estatura amenazante, qué Reto y Encelado, audaz lanzador de troncos arrancados como jabalinas, etc.?» Por tanto, ¿qué? Puesto que son distintos, así como según la doctrina de la física hemos dicho que Tifoeo es el fuego subterráneo lanzado por el elemento fuego representado por el rayo de Júpiter y que está motivado por el movimiento del aire subterráneo y se evapora hacia el exterior, así como una descripción de tipo moral diremos que éste representa un hombre soberbio cuya costumbre es, como la del fuego, tender siempre en su estúpido orgullo hacia las cosas más elevadas, decir palabras fogosas y destruir todas las cosas con su furor, el cual es oprimido por el Etna tantas veces cuantas es empujado por el poder de la justicia divina y es vencido y obligado a ser pisado por los pies de los humildes. Además, si los hombres de tal clase no son doblegados con otro peso, se hunden tan sólo por su propia rabia cuando, queriéndolo así Dios, no se llega a lo deseado por ellos.

CAPÍTULO XXVI

Sobre Egeón, sexto hijo de Titán

Egeón, si damos crédito a la antigüedad, fue hijo de la Tierra y de Titán por la misma razón que los demás. Servio *[a En.,* VI, 287]

parece pretender que fue el mismo que Briáreo, puesto que lo llama el de Cien brazos. Pero está en contra de esta opinión Paulo, quien dice que Egeón fue un pirata muy cruel y feroz y que recibió el nombre de Egeón de la isla desierta que se llama Ege, en el mar Egeo, en la que se había asentado según la costumbre de los piratas, a los que no les está permitido vivir en las ciudades a causa de su latrocinio. Añade Teodoncio además que de éste, no de la isla Ege, había recibido el mar Egeo su nombre [145], porque en su época nadie se atrevía a hacer nada en aquel mar, a no ser cuanto le agradase a él. Dicen además las fábulas antiguas que fue atado con cien cadenas por Júpiter. Sobre él dice además Ovidio [II, 9-10]: «A Egeón, que oprime con sus brazos los enormes dorsos de las ballenas, etc.» Para que pudiera comprenderse a través de esto que él era un hombre de mucha fuerza, cuando sus fuerzas se refrenan con cien cadenas y se preocupó continuamente del mar y de los navios que invadía. Se le llama el de cien brazos porque tenía cien hombres que atendían el remo en estos navios, según vemos que es conveniente en los largos.

CAPÍTULO XXVII

Sobre Aurora, séptima hija de Titán

Dice Paulo que Aurora fue hija de Titán y de la Tierra. A la cual, si queremos considerarla como mujer porque Ovidio dice que fue esposa de Titono, el hermano de Laomedonte, podemos pensar que fue una mujer de enorme poder y admirable belleza; pero yo pienso que acerca de ella los poetas han pensado que es la que todos llamamos Aurora, a saber ese resplandor matutino con el que vemos que se clarea el cielo antes de que el Sol se levante; dicen que fue hija de Titán no porque crean que ha nacido de Titán, sino del Sol, al que muy a menudo llaman Titán según el nombre de su abuelo [146]; pues procede del Sol, como se ha dicho, esa claridad del cielo que llamamos aurora. Por otra parte se la llama hija de la Tierra porque,

[145] El mar Egeo recige su nombre de Egeo, el padre de Teseo, que se arroja al mar desde un promontorio del Ática al pensar que la nave que vuelve de Creta no trae a su hijo Teseo con vida, ya que éste se ha olvidado de izar una vela blanca y vuelve con la vela negra, símbolo de la muerte.

[146] Se le da a Helio, el Sol, el nombre de Titán por su padre Hiperíon, que es uno de los Titanes.

al alzarse sobre el horizonte oriental, parece a los que la contemplan que sale de la tierra.

CAPÍTULO XXVIII

Sobre Iápeto, octavo hijo de Titán, que engendró a Héspero, Atlas, Epimeteo y Prometeo

Que los padres de Iápeto fueron Titán y la Tierra lo afirma Teodoncio, quien dice que él fue en su tiempo un hombre grande y poderoso entre los Tesalios, pero de carácter violento, más conocido por nosotros por la importancia de sus hijos que por su virtud. Dice Varrón en *Sobre el origen de la lengua latina* [V, 31] que su esposa fue la ninfa Asia, de la que Asia recibe su nombre. Ciertamente el razonamiento de éste es de no poca magnitud. Algunos sostienen que de ella tuvo a Héspero, Atlas, Epimeteo y Prometeo [w].

CAPÍTULO XXIX

Sobre Héspero, hijo de Iápeto, que engendró a las tres Hespérides

Dice Teodoncio que Héspero fue hijo de Asia y de Iápeto, llamado en primer lugar Filotes por sus padres. Pero como, siendo joven, hubiera llegado con su hermano Atlas hasta la muy alejada Mauritania y hubiera gobernado sobre los Etíopes, que viven más allá del promontorio de Ampelusia en las costas del Océano, y sobre las costas adyacentes a este litoral, fue llamado Héspero por los Griegos, porque a partir del nombre del Héspero occidental llaman Hesperia a toda la región de occidente y así fue eternamente llamado por los suyos con el nombre de la región a la que había emigrado. Sin embargo no se tiene nada posterior sobre él a no ser que tuvo tres hijas, famosas por el robo de Hércules.

[147] Falta uno de los hijos de Iápeto y Asia: Menecio.

CAPÍTULO XXX

Sobre Egle, Eretusa y Hesperetusa, hijas de Héspero [m]

Las Hespérides, como su propio patronímico denuncia, fueron hijas de Héspero, aunque hay quienes dicen que de Atlas. Estas fueron tres en número, a saber Egle, Eretusa y Hesperetusa. Acerca de ellas se dice que tenían un huerto en el que nacían manzanas de oro, a cuyo frente habían puesto como guardiana a una serpiente siempre vigilante. Al haber llegado hasta Eurísteo la fama de este huerto, arrastrado también él por el deseo de los frutales, envió a Hércules para que robara las manzanas. Este, cuando vino, dormida o matada la serpiente, penetró en el huerto, sustrajo las manzanas y se las llevó a Euristeo. No será difícil descubrir el secreto de esta ficción. En efecto, hubo unas islas, según opina Pomponio [III, 10, 100-3], en el Océano occidental que tenían la playa desierta frente al continente entre los pueblos Hésperos, Etíopes y Atlantes, islas de las que sin duda tomaron posesión las doncellas Hespérides, y eran muy abundantes en las ovejas, cuya lana, de mucho valor, era como el oro. Y así las islas Hespérides, que eran los pastizales de tal tipo de ovejas, fueron el huerto de las Hespérides, y las ovejas las manzanas de oro; pues las ovejas son llamadas por los Griegos *mole* o *mala,* según testimonia Varrón en el libro *Sobre la agricultura* [II, 1, 6]. La serpiente vigilante eran los estrechos que, al estar el mar agitado, daban vueltas entre las islas de día y de noche sin interrupción con admirable temporal e impedían el paso a las islas. Los atravesó Hercules aprovechando el momento propicio y con las manzanas de oro, es decir los ganados, regresó a Grecia. Fulgencio, según su costumbre, intenta llevar la comprensión desde lo más profundo hasta los cielos, comprensión que yo he pensado debe ser silenciosa porque no considero que haya procedido del pensamiento de quienes crearon la ficción. Sin embargo hay quienes sostienen que este Hércules fue Perseo y que las Hespérides fueron las Górgonas; que ellos mismos las vean.

Cf. *CFC,* XI, pp. 239-240.

CAPÍTULO XXXI

Sobre Atlas, noveno hijo de Titán, que engendró a Hias y a las siete Híades, cuyos nombres son estos: Eudora, Ambrosía, Fésile, Coronide, Feo, Plexauro y Tiene y engendró además a las Pléyades, cuyos nombres son: Electra, Maya, Celeno, Estérope, Taígete, Alcíone, Mérope; y fue padre de la ninfa Calipso

Atlas, dice Lactancio *[a Teb.,* I, 98], fue hijo de Iápeto y Clímene. Teodoncío en cambio dice que fue hijo de Iápeto y Asia. Por su parte Plinio en *Sobre la Historia Natural* [VII, 56, 203] dice que su madre fue Libia. Pero éstos no parecen ser uno solo puesto que se dice que fueron tres, el primero de los cuales se cree que es de Arcadia, otro distinto al anterior es considerado Tesalio, por lo que el tercero fue el Moro, a saber aquél que con su hermano Héspero hizo una travesía hasta Mauritania. Y además hay un Atlas itálico que, según se dice es el más antiguo, reinó en Fiésole, al que no he añadido porque no he encontrado a sus padres. Por las cosas escritas que se encuentran acerca de ellos no es bastante seguro en cuál de estos pensaron los autores, aunque algunas veces puede pensarse por medio de conjeturas. Así pues, voy a escribir como si todas las acciones fueran de uno solo. Fue por tanto Atlas, según se ha dicho, hijo de Iápeto y de Clímene, o de Asia, o de Libia, sobre el que se relata la siguiente fábula: Que como Perseo, hijo de Júpiter, por orden del rey Polidectes, como dice Lactancio, hubiese ido a matar a la Górgona y la hubiese vencido y cortado la cabeza y volviese vencedor, sucedió que le pidió hospitalidad a Atlas. Pero Atlas, que había sido previamente advertido por un oráculo de que se guardara de los hijos de Júpiter porque sería privado del reino por uno de ellos, al haber oído que éste era hijo de Júpiter no quiso acogerlo; Perseo, irritado por ello, descubierta la cabeza de la Górgona, lo transformó en el monte de su nombre y lo castigó a que eternamente soportara el Cielo sobre sus hombros, cosa que se hizo. Pero bajo esta ficción pretendieron los de antaño que se ocultara la historia, puesto que dice Fulgencio *[Mit.,* I, 21] que, después de haber vencido a Medusa, reina muy rica, Perseo había invadido el reino de Atlas apoyado en las tropas y en la fortuna de Medusa, lo obligó a refugiarse en los montes y así el que desde su palacio se convirtió en montañés por la huida, dio motivo a la fábula de que se dijera que se había convertido en monte por obra de aquella con cuyas riquezas había sido expulsado a los montes. La causa de que

soportara el cielo sobre sus hombros fue otra distinta. Pues afirma Agustín en el libro *Sobre la Ciudad de Dios* [XVIII, 8] que fue un eminente astrólogo, y Rábano [111, 363 D] dice que fue el primero en investigar sobre el arte de la astrología, dato que pienso ha tomado de Plinio; en efecto, éste en el libro *Sobre la Historia Natural* [VII, 56, 203] dice que inventó la astrología y por ello, a causa de los sudores recibidos a consecuencia del arte, se dijo que había soportado el cielo sobre los hombros. Pero el vulgo indolente creyó esto, que sostenía el Cielo sobre sus hombros, porque veía que la cima del monte se elevaba hasta tal punto que parecía que el cielo se inclinaba sobre él. Dijeron además los antiguos que tuvo muchas hijas, las cuales pienso que han nacido de los diferentes Atlas y que se le han atribuido sólo a éste, como se mostrará con más claridad en la descripción particular de cada una de ellas.

CAPÍTULO XXXII

Sobre Hias, hijo de Atlas

Hias, para comenzar por el único del mejor sexo, fue hijo de Atlas y de Etra, según opina Ovidio; dice en los *Fastos* [V, 169-72]: «Todavía no estaba Atlas con sus hombros agobiados por el Olimpo cuando nació Hias, admirable por su belleza; a éste lo dio a luz Etra, de la estirpe de Océano, en el momento adecuado del parto y también a las ninfas, pero el primero en nacer fue Hias, etc.» Este joven fue cazador y en sus cacerías fue matado por una leona, como el propio Ovidio atestigua en el mismo lugar mencionado antes [173-82]: «Mientras el vello de su rostro es reciente, aterroriza de espanto a los asustados ciervos y la liebre es para él una presa abundante. Pero después que el valor crece en sus miembros, se atreve a enfrentarse con los jabalíes y con las erizadas leonas. Y mientras busca las madrigueras y los cachorros de una leona recién parida, él mismo fue presa ensangrentada de una leona de Libia. A Hias lo lloró su madre, a Hias sus entristecidas hermanas y Atlas, que había de colocar su cuello bajo el cielo. Sin embargo, uno y otro padre es vencido por la piedad de sus hermanas: esta piedad les dio el cielo, Hias les proporcionó el nombre.»

CAPÍTULO XXXIII

Sobre las siete Híades, hijas de Atlas

Las Híades fueron siete hermanas e hijas de Atlas y de Etra, cuyos nombres son estos: Eudora, Ambrosia, Fésile, Corónide, Feo, Plexauro y Tiene. Sobre ellas es necesario escribir conjuntamente, puesto que de cada una de ellas en particular no se lee nada. Acerca de éstas escribe así Ovidio *Fastos* [V, 163-8]: «Y tan pronto como los oscuros crepúsculos introducen la noche, ninguna parte de todo el grupo de las Híades permanece oculta. Brilla la cabeza de Tauro que está radiante con los siete fuegos, a las que el marinero griego llama Híades del nombre de la lluvia. Unos creen que han sido las nodrizas de Baco, otros que éstas fueron nietas de Tetis y del anciano Océano, etc.» Podemos conocer a través de estos versos que ellas, según había dicho antes el propio Ovidio, a causa de su piedad por la muerte de su hermano fueron recibidas en el cíelo y colocadas en la frente de Tauro. Aunque Ovidio al final de los versos parece creer que una parte de ellas fueron hijas de Hias, sin embargo Teodoncio confirma que todas lo fueron de Atlas. Anselmo en el libro *Sobre la imagen del mundo* [I, 104] dice que se las llama jugosas. Pero veamos qué pretenden estas cosas. Y en primer lugar yo considero que la asunción de éstas al cielo ha ocurrido así porque, ya que su número era el mismo que el de las estrellas situadas en la frente de Tauro, fue acordado por aquellos que conocían el número de las hijas de Atlas, llamar jocosamente a aquellas estrellas con los nombres de las doncellas y, como continuaran dándoles este nombre, hasta tal punto fue añadido a las estrellas que ha perdurado hasta el día de hoy; o, lo que es más verosímil, que las hijas de Atlas, por la coincidencia de número, fueron mencionadas con el nombre de las estrellas y por esta razón hubiesen dado materia para la fábula. Pues yo creo que estas estrellas fueron llamadas Híades a consecuencia de la observación que se hace de ellas; porque Hias en griego significa en latín lluvia, nombre que se les impuso porque, cuando ellas empiezan a aparecer, comienzan las lluvias otoñales. Con razón se las llama jugosas, como si estuvieran llenas de jugo, esto es de humedad y de lluvias. Por otra parte, pienso que se ha dicho que fueron las nodrizas de Baco porque con su humedad o con la del signo en el que están, cuando el Sol está en Virgo benefician mucho de noche a los viñedos, agotados por el calor del día.

CAPÍTULO XXXIV

Sobre Electra, hija de Atlas y madre de Dárdano

Electra fue hija de Atlas y de Pleíone y, según yo pienso, del Atlas etrusco, porque algunos sostienen que fue la esposa del rey Corito, que muchos piensan que fue Etrusco; y si no lo fue del Etrusco, lo fue en cambio del Arcadio; pues Júpiter no hubiera ido para unirse a ella hasta Mauritania. Sostienen que ella, seducida por Júpiter, le dio como hijo a Dárdano, el fundador de Troya, y a su marido Iasio. Además ella y sus seis hermanas son llamadas Pléyades por su madre Pleíone, y puesto que fueron nodrizas de Júpiter o del Padre Líber, fueron merecedoras del cielo y colocadas en las rodillas de Tauro; y son llamadas Virgilias por los latinos. Sobre todas éstas escribe así Ovidio *Fastos* [IV, 169-78]: «Las Pléyades empiezan a cercenar los hombros de su padre; las cuales, aunque he dicho que son siete, suelen ser, sin embargo, seis. O bien porque seis de ellas fueron a brazos de dioses; pues dicen que Estérope se unió a Marte, a Neptuno Alcínoe y tú, hermosa Celeno; Maya, Electra y Taígete a Júpiter; Mérope, la séptima, se casó contigo, Sísifo, un mortal; se arrepiente y ella sola se oculta por la vergüenza de su acción. O bien porque Electra no resistió contemplar las ruinas de Troya y colocó la mano delante de sus ojos, etc.» Los astrólogos dicen que una de ellas está llena de nubes y no puede verse. En realidad, para desentrañar con pocas palabras las ficciones acerca de éstas, en lo que respecta a su nombre y a su asunción al cielo, puede decirse lo mismo que se ha dicho sobre las Híades, aunque Anselmo [I, 105] sostiene que éstas fueron llamadas Pléyades no por su madre sino por su multiplicidad, pues dice que *plyon* en griego significa en latín pluralidad. Se las llama Virgilias porque salen a la vez que el Sol, a saber cuando éste nace en Tauro, porque entonces se desarrollan los brotes. Por otra parte, dicen que han sido nodrizas de Júpiter porque algunos opinan que el fuego etéreo se nutre de la humedad terrestre, humedad que producen las lluvias. Y sobre Líber, lo mismo que se ha dicho antes en el capítulo sobre las Híades.

CAPÍTULO XXXV

Sobre Maya, hija de Atlas y madre de Mercurio

Maya fue hija de Atlas, según dice Virgilio **[VIII, 140-1]: «Pero** a Maya, si creemos algo en lo que hemos oído, la engendra Atlas, el mismo Atlas que sostiene las estrellas del cielo, etc.» Yo creo que que fue hija del Atlas arcadio y dice Cingio que se casó con Vulcano y utiliza este razonamiento, según dice Macrobio en los *Saturnales* [I, 12, 18] [149], porque el flamen de Vulcano realiza en las kalendas de Mayo una ceremonia religiosa en honor de esta diosa. Pero Pisón dice que la esposa de Vulcano se llamaba Majestad y y no Maya. Sin embargo, todos afirman que ella se unió a Júpiter y de él dio a luz a Mercurio. Dicen además que ésta fue la única de las concubinas de Júpiter a la que Juno amó en gran manera y afirma Marciano *[Bodas de Mercurio...,* I, 34] que amamantó a su hijo Mercurio. Y ofrecen la causa de este amor porque, al salir ella, llegan la primavera y el estío, con los que parece alegrarse el aire al hacerse más hermoso. Pero, ¿por qué no amó así a Celeno, Electra y las otras que salen del mismo modo que Maya? La razón puede ser ésta, que los antiguos interpretaron a Maya como la tierra, en la que están las riquezas y los reinos, de los que es protectora la propia Juno. Además esta Maya estuvo en gran veneración entre los Romanos; en su honor, en efecto, como dice Macrobio *[Sat.,* I, 12, 19], durante el mes de mayo, puesto que pensaban que se llamaba así por ella, según escribe Ovidio en los *Fastos* [V, 85] ofrecían los comerciantes un sacrificio junto a su hijo Mercurio; y porque, según parece confirmar Cornelio Labeón consideran que es la tierra y que había adoptado el nombre de Maya de su magnitud, mataban en su honor una cerda preñada, víctima que decían era propia de la Tierra, y pienso que esto era por su fecundidad. Además dice el propio Labeón que a esta Maya, esto es a la Tierra, le fue consagrado un templo en las kalendas de Mayo bajo el nombre de Bona Dea y dice que ella misma era la Bona Dea y la Tierra y que así aparece en los libros de los Pontífices como Bona, Fauna, Opis y Fatua. Las razones se han añadido antes, cuando escribimos sobre la Tierra [150].

[149] Boccaccio cita casi textualmente las palabras He Macr., *Sat.,* I, 12, 18-21, y a este texto pertenecen las menciones de Cingio, Pisón y Labeón.

[150] Cf. *CFC,* XI, 241.

CAPÍTULO XXXVI

Sobre Estérope, hija de Atlas

Estérope, también ésta, fue hija de Atlas y de Pleíone, que Ovidio *[Fastos,* IV, 172] dice fue amada por Marte y que de él dio a luz a Partaon, que fue rey de Calidón, casi enfrente de Arcadia.

CAPÍTULO XXXVII

Sobre Celeno, hija de Atlas

Celeno fue igualmente hija de Atlas y de Pleíone; ésta, violada por Júpiter, dio a luz a un Mercurio distinto del anterior, que recibió el sobrenombre de Cilenio por su madre o por el monte de Arcadia en el que tal vez nació.

CAPÍTULO XXXVIII

Sobre Taígete, hija de Atlas

Sostienen que el padre de Taígete fue Atlas y su madre Pleíone y dicen que ella fue del agrado de Júpiter y acudió a sus brazos, y que de él concibió a Lacedemon, al que otros llamaron hijo de la Taígete hija de Agénor, y algunos pretendieron que fue hijo de Sémele.

CAPÍTULO XXXIX

Sobre Alcíone, hija de Atlas

Alcíone fue hija de Atlas y de Pleíone y agradó a Neptuno, del que pretenden que dio a luz a Alcíone, esposa de Céix, rey de Traquis.

CAPÍTULO XL

Sobre Mérope, hija de Atlas

Mérope, como las restantes Pléyades, fue hija de Atlas y de Pleíone y se casó con Sísifo, rey de Corinto, según atestigua Ovidio {*Fastos,* IV, 175] y se cree que ella dio a Sísifo como hijos a Laertes, el padre de Ulises, a Glauco y a Creonte.

CAPÍTULO XLI

Sobre Calipso, hija de Atlas

La ninfa Calipso, según dice Prisciano en su mayor obra *[Inst.,* VI, 8], fue hija de Atlas, aunque no dice de qué madre, cosa que incluso antes que Prisciano atestigua Hornero en la *Odisea* [VII, 245] al decir: «Donde, en efecto, Calipso, la engañosa hija de Atlas.» Sin embargo, se desconoce de qué Atlas. Junto a ésta, según testimonia Hornero [151], llegó el náufrago Ulises y fue retenido en su casa durante siete años. Pues ella fue la dueña de una isla llamada Ogigia o que de ella recibe el nombre de Calipso.

CAPÍTULO XLII

Sobre Epimeteo, hijo de Iápeto, que engendró a Pina

Epimeteo fue hijo de Iápeto y de su esposa Asia, según dice Leoncio. Este, valiéndose de su inteligencia, fue el primero en moldear una estatua de hombre de barro, por cuyo motivo dice Teodoncio que Júpiter se indignó y 1© convirtió en mona y lo ató en las islas Pitecusas; la apertura de esta ficción es la siguiente: Los simios son animales que, entre otras cosas, tienen inculcado esto por la naturaleza, que, cuando han visto a alguno hacer algo, quieren

[151] *Odisea,* V.

hacerlo ellos mismos y a veces lo hacen; así pareció que Epimeteo quiso hacer un hombre a imitación de la naturaleza y así, el que imitó la naturaleza de los simios, fue llamado Simio. Dijeron que fue encadenado en las islas Pitecusas porque antaño aquellas islas eran abundantes en monos, o quizá en hombres ingeniosos que imitaban a la naturaleza en sus obras.

CAPÍTULO XLIII

Sobre Pirra, hija de Epimeteo y esposa de Deucalión

Pirra fue hija de Epimeteo, como dice Ovidio, y esposa de Deucalión. Sobre ella dice así el propio Ovidio [I, 350-3]: «Deucalión habló así a Pirra derramando lágrimas: ¡Oh hermana, oh esposa, oh única mujer superviviente a la que unió a mí el linaje común y el parentesco de prima carnal, después el matrimonio y ahora nos unen los mismos peligros! » Esta, puesto que era la más piadosa de las mujeres, soportó con su marido el diluvio y le dio cuatro hijos.

CAPÍTULO XLIV

Sobre Prometeo, hijo de Iápeto, que fabricó a Pandora y engendró a Isis y a Deucalión

Prometeo fue hijo de Iápeto y de su esposa la ninfa Asia, según atestigua Varrón en *Sobre el origen de la lengua latina* [V, 31] y otros muchos. Dice Ovidio [I, 80-3] que éste, antes que todos los demás, modeló un hombre de tierra: «O la tierra nueva y hacía poco separada del elevado Éter conservaba las semillas del cielo, su pariente, a la que el hijo de Iápeto modeló, mezclada con las aguas de lluvia, en la figura de los dioses que todo lo gobiernan.» Horacio, añadiendo algo, dice en sus *Odas* [I, 16, 13-6]: «Se dice que Prometeo, obligado a añadir al limo primitivo una partícula arrancada de todas las cosas, colocó en nuestro estómago la violencia del cruel león, etc.» Pero Claudiano en el *Panegírico del*

cuarto consulado de Honorio [228-54] describe esta fabricación mucho más ampliamente que todos los demás, aunque con una larga serie de palabras, al decir: «Aprende para el universo lo que cada uno para sí; cuando Prometeo disponía nuestros miembros, mezclando las cosas terrenas con las celestes, robando del Olimpo, su patria, la pura razón, la mantuvo bajo cerrojos y la encadenó indignada. Y, puesto que las cosas mortales no pueden modelarse de otra manera, añadió dos: Aquéllas, deslizándose con el cuerpo, mueren, ésta es la única que permanece y, superviviente, sale volando de la tumba; a ésta la colocó en la elevada fortaleza de la cabeza, encargada de las obras y que debe vigilar los trabajos. A aquéllas las situó más abajo en el cuello, para que soportaran los preceptos de la dueña colocada arriba, en un lugar adecuado. El artífice, sin duda temiendo confundir las cosas sagradas con las profanas, distribuyó las partes del alma y alejó su morada. La zona del corazón que sangra bajo el pecho guardó la cólera, impregnada de llamas, ávida de hacer daño y peligrosa para sí misma. Inflamada de rabia se hincha y se contrae asustada de miedo; puesto que llevaría todas las cosas consigo y cruel negaría el descanso a los miembros. Encontró la ayuda del pulmón y ofreció lo húmedo a lo caliente para que las hinchadas fibras se ablandaran. Pero el deseo, que reclamaba para sí muchas cosas para no dar nada a cambio, empujado se retiró al hígado y a los lugares más profundos, el cual, abriendo sus feroces fauces como una bestia, querría ser satisfecho y alimentado: ahora atormenta con su látigo las preocupaciones de la avaricia, ahora con sus aguijones rompe las de los amores, ahora se alegra, ahora entristecido se lamenta y saciado se levanta de nuevo y como la hidra muerta vuelve a renacer multiplicándose cada vez más, etc.» Y a estas cosas se añade por parte de Servio *[a Buc,* VI, 42] y Fulgencio *[Mit.,* II, 6] la siguiente fábula: Dicen que, después de haber modelado Prometeo con barro un hombre inanimado, Minerva admiró la excelente obra y le prometió cualquiera de los bienes celestiales que quisiera para perfeccionar su obra. Al haber respondido éste que no sabía, si no los veía, qué cosas de los dioses podrían serle de utilidad, fue llevado por ella al cielo; allí, puesto que veía que todas las cosas celestes estaban animadas por las llamas, con la intención de introducir la llama también en su obra, ocultamente acercó una rama a las ruedas de Febo y, una vez encendida ésta, robando el fuego lo condujo hasta las tierras y lo arrimó al delicado pecho del hombre modelado y y así lo dotó de vida y lo llamó Pandora. Irritados los dioses por este motivo, hicieron, a través de Mercurio, que él fuera encade-

nado al Cáucaso y entregaron a un buitre o a un águila su hígado o su corazón para que fuera desgarrado eternamente; la queja de él en la roca la describe en un poema bastante extenso el poeta Esquilo Pitagórico [152], quien afirma que su corazón es despedazado por el pico del águila e inmediatamente vuelve a regenerarse y de nuevo es devorado por el ave, y así se le atormenta ininterrumpidamente. Por este motivo, según dicen Safo y Hesíodo[153], los dioses enviaron a los hombres las enfermedades, la penuria y las mujeres. Pero Horacio dice sólo penuria y fiebre así en las *Odas* [I, 3, 27-31]: «El audaz hijo de Iápeto, con perverso engaño, llevó el fuego a los pueblos; después del fuego arrebatado de la mansión celeste, se asentó sobre las tierras la penuria y la cohorte desconocida de las fiebres, etc.» No será fácil, serenísimo rey, abrir la corteza que envuelve estas ficciones; pues hay muchas cosas que deben ser investigadas ampliamente, si no se añaden las cuales habrá mucho ingenio dispuesto para unas pocas cosas. Por tanto, lo haré suprimiendo lo que pueda, con la ayuda de Dios. Y antes de todo considero que debe verse quién fue este Prometeo. El cual es ciertamente doble, como es doble el hombre que se procrea. El primero es Dios verdadero y omnipotente, que fue el primero en fabricar el hombre del barro de la tierra, como imaginan que hizo Prometeo, o la naturaleza de las cosas, que produjo a los restantes a imitación del primero también de tierra, pero con una técnica distinta que la de Dios. El segundo es el propio Prometeo, sobre el cual, antes de que escribamos otra alegoría, según el significado puro, hay que ver quién fue. Dice Teodoncio que ha leído acerca de este Prometeo que, dado que le estaba destinada la sucesión de su padre Iápeto, ya que era el mayor en edad, siendo joven y arrastrado además por la dulzura de los estudios, se la entregó a su hermano Epimeteo junto a sus dos pequeños hijos, Deucalión e Isis, y se fue a Asiria y de allí, después de algún tiempo, tras haber oído a los Caldeos, notables en esa época, se retiró a la cima del Cáucaso. Desde donde, una vez comprendido con larga reflexión y experiencia el curso de los astros y atendidas las naturalezas de los rayos y las causas de la mayoría de las cosas, volvió a Asiria y les enseñó la astrología y la observación de los rayos. Y, puesto

[152] Boccaccio ha tomado la cita de *Tusculanas,* II, 10, 23, quien dice que Esquilo no es sólo un poeta, sino un pitagórico también. De ahí que Boccaccio, quizá por confusión o porque no sabía que Esquilo escribió un *Prometeo encadenado,* no hable del tragediógrafo Esquilo y de su obra, sino de un «poema bastante largo de Esquilo Pitagórico».

[153] Citado por Serv., *Buc,* VI, 42.

que ignoraban por completo las costumbres de los hombres civilizados, los guió de tal modo que, a los que había encontrado incultos y casi salvajes y viviendo como las fieras, los dejó hombres civilizados, casi como hechos de nuevo. Así, con estas premisas, hay que considerar quién es el hombre producido, al que antes llamé doble. Es el hombre natural y el hombre civilizado, aunque ambos viven con un alma racional. El hombre natural fue el primero creado por Dios del barro de la tierra, en el que piensan Ovidio y Claudiano, aunque no de un modo tan religioso como hacen los cristianos; y después que este Prometeo primero lo modelo con barro, insufló en él un alma que da vida, a la que yo interpreto como racional, y con ella las potencias sensitiva y vegetativa o, según algunos, las almas; pero éstas tuvieron una naturaleza corpórea y, si el hombre no hubiese pecado, habrían sido eternas, como lo es la racional, cuya naturaleza es divina. Debe creerse que este hombre fue terminado con algunos movimientos de la tierra; y nadie debe imaginarse que Prometeo, un mortal, le fue necesario para el conocimiento de las cosas temporales, sino que quienes han sido procreados por la naturaleza llegan incultos e ignorantes, o por mejor decir agrestes y bestias, si no se instruyen. Alrededor de los cuales se alza el segundo Prometeo, es decir el hombre civilizado, y cogiéndolos como si fueran de piedra y casi los creara de nuevo, los enseña e instruye y con sus demostraciones los convierte de hombres naturales en civilizados en sus costumbres, eminentes por su ciencia y sus virtudes, hasta el punto de que se evidencia con toda claridad que la naturaleza ha procreado unos y la educación ha vuelto a modelar otros. De entre muchos, me agrada poner por lo menos un ejemplo. Leemos que entre algunos jóvenes atenienses muy granujas y de excesiva lujuria sobresalía Polemon que, al salir por la mañana de un banquete ebrio y oliendo a ungüentos, llamando la atención con sus guirnaldas y vestimenta, satisfecho con la infamia de sus fechorías penetró en las escuelas de Jenócrates, que estaban repletas de hombres prudentes y comedidos, más para reírse, pienso, que para oír los preceptos del lector. Aunque su llegada había producido turbación en todos, sólo Jenócrates, permaneciendo con su rostro imperturbable, abandonadas las cosas sobre las que versaba la conversación, empezó a hablar acerca de la templanza y la modestia y su demostración fue de tanta eficacia que Polemon, no de otro modo que si hubiera arrojado su antigua alma y recogiera otra de la boca del que hablaba, lanzando lejos sus guirnaldas y escondiendo el brazo dentro del manto, depuesta toda la alegría del festín y abandonada por completo toda lascivia,

de hombre vicioso llegó a ser un brillante filósofo. Por tanto, bien se ve que los hombres deformes por algún tipo de necedad son vueltos a moldear por los sabios y quienes eran de barro por la desnudez o la molicie de sus vicios, reciben la vida con los sagrados preceptos y se convierten en hombres civilizados. Pero hay que llegar hasta las cosas restantes, para que se haga visible la más pequeña partícula de toda la ficción. Dicen antes que nada, que Minerva, admirada de su obra, lo condujo al cielo para darle cualquier cosa que viera adecuada para terminar su obra. Yo creo que esto ha de entenderse así, a saber por Minerva el hombre sabio que, admirando la obra de la naturaleza, es decir el hombre hecho de barro, y que al verla imperfecta en lo tocante a educación y costumbres, deseando darle vida, esto es perfeccionarlo, siendo su guía la sabiduría, asciende al cielo por medio de la observación y allí ve que todas las cosas son animadas por el fuego, para que entendamos que en el cielo, esto es en el lugar de la perfección, todas las cosas reciben la vida del fuego, es decir de la claridad de la verdad y así el hombre perfecto no está ofuscado por la neblina de la ignorancia y con su continua meditación se mueve en los cielos. Después él roba de la rueda del Sol el fuego y lo traslada a la tierra y lo introduce en el pecho del hombre de barro y se transforma en ser vivo. Ciertamente no se ha dicho de manera incongruente. Pues no alcanzamos la claridad de la verdad en los teatros o en las plazas y en público, sino apartados en los lugares solitarios y hacemos observaciones en exquisito silencio y con abundante meditación investigamos las causas de las cosas; y puesto que las cosas de este tipo se hacen a escondidas, casi parecemos robar y, para que se vea claro desde dónde viene a los mortales la sabiduría, dice que de la rueda del Sol, esto es del regazo de Dios, del que deriva toda la sabiduría, pues este verdadero es el sol que ilumina a todo hombre que llega a este mundo, cuya eternidad quisieron designar mediante la rueda que no tiene principio ni fin, y añadieron esto para que entendamos que se ha dicho sobre el verdadero Dios y no sobre el Sol creado. Finalmente introdujo esta llama, es decir la claridad de la educación, en el pecho del hombre de barro, es decir del ignorante. Pues, aunque aquel Dios, generoso en dones, infunde en todos un alma buena y perfecta, la mole del cuerpo impregnada de la neblina terrestre embota hasta tal punto las fuerzas del alma que la mayoría de las veces, a no ser que sean auxiliadas y excitadas por la educación, se entorpecen de tal modo que más parecen brutos que animales racionales. Por tanto, con la educación de la sabiduría recibida de Dios el hombre prudente recibe

la vida, esto es despierta el alma dormida del barro, es decir del hombre ignorante, que se dice que tiene vida en el momento en que se convierte o se ha convertido de bruto en racional. Terminado el hombre, dicen que los dioses enfurecidos hicieron algunas cosas, como encadenar a Prometeo en la roca, enviar la fiebre, la penuria y las mujeres a los mortales. Respecto a lo cual y en cuanto a lo primero, hay que observar que aquí los poetas han hablado según la costumbre del vulgo y de manera impropia. Pues el vulgo sin talento piensa que Dios se enfurece contra el que ven trabajar por poco que se fatigue en torno a un trabajo digno de alabanza, como si Dios apaciguado no se concediera otra cosa que ocio, y por ello pensaron que Dios estaba enojado con Prometeo, porque trabajaba con el constante afán de conocer las cosas. O bien dijeron que estaban airados porque enviaron fatigas a los hombres. Acerca de qué tipo de ira es ésta, se ha hablado antes cuando se ha hecho sobre Fama. Al haber hecho que Prometeo sea conducido y encadenado al Cáucaso por Mercurio, se ha invertido el orden, pues Prometeo estuvo en el Cáucaso antes de que diera vida al hombre con el fuego robado. Así pues, el hombre que ha de llegar a ser sabio es conducido por su propio deseo por Mercurio, el mensajero de los dioses, es decir es empujado al Cáucaso, esto es a un lugar solitario, por la erudición de alguien que desentraña los secretos de la naturaleza, por más que según la historia se haya retirado al Cáucaso y encadenado allí en la roca, esto es retenido por propia voluntad. Dicen que sus entrañas son allí desgarradas por un águila, es decir atormentadas por elevadas meditaciones que, agotadas con la larga fatiga de la meditación, se recobran en el momento en que a través de diferentes rodeos se encuentra la buscada verdad de alguna cosa. Y esto en lo que respecta a Prometeo, que, en realidad, según nuestros mayores afirman, fue un eminente profesor de filosofía. Pues Agustín en el libro *Sobre la ciudad de Dios* [XVIII, 8] y después de él Rábano y Luon Carnotense dicen con unánime acuerdo que fue un hombre destacado por su ciencia. Además dice Eusebio en el libro de los *Tiempos* [35, 6-12] que durante el reinado de Argos sobre los Argivos vivió Prometeo, por el que se recuerda que fueron fabricados los hombres y, puesto que en realidad era sabio, transformaba la fiereza de éstos y su excesiva ignorancia en humanidad y sabiduría. Después de éste también atestigua Servio *[a Buc,* VI, 42] acerca de él que fue un hombre inteligente, mencionado por su conocimiento del porvenir y porque fue el primero que enseñó a los Asirios la astrología, que había aprendido con mucho cuidado cuando estaba en la más alta cumbre del Cáucaso.

Además dice Lactancio en el libro de las *Divinas Instituciones* [II, 10-12] que inventó el primero la realización de estatuas de barro, lo que quizá dio comienzo a la fábula sobre la formación de hombres de barro. Así también dice Plinio en *Sobre la Historia Natural* [VII, 56, 198] que él enseñó por primera vez que el fuego hecho salir del sílice se conserva en una varita. Sostuvieron además que los dioses airados enviaron a los hombres la penuria, la fiebre y las mujeres. Por penuria interpreto yo las fatigas corporales, con las que nos extenuamos y para las cuales nacemos por el pecado de aquél a quien se dijo: «Te alimentarás de tu pan con el sudor de tu rostro.» Y éste abrió el camino a la penuria que entraba. Pienso que por las fiebres consideraron los ardores de la concupiscencia, con los que continuamente nos angustiamos y atormentamos. La mujer fue creada para solaz, pero con su desobediencia se convirtió en tormento, y ciertamente no pequeño, para demostrar lo cual con palabras de otro mejor que con las mías, me agrada añadir qué opina de ellas el muy ilustre preceptor mío Francisco Petrarca en el libro que escribió *Sobre la vida solitaria* [II, 4]. Pues dice así: «Ninguna poción es tan portadora de muerte para los que siguen esta vida como la unión con la mujer, pues el encanto femenino es tanto más espantonso y funesto cuanto más lisonjero, para no hablar de sus costumbres; absolutamente nada es más inestable, nada más pernicioso que aquéllas para el afán de tranquilidad. Si buscas el descanso, cuídate de la mujer, fábrica continua de querellas y fatigas. Pocas veces viven bajo el mismo techo la tranquilidad y la mujer. Palabras de un Satírico son[154]: 'Siempre tiene riñas y disputas alternativamente la cama en la que yace una esposa, en ella se duerme muy poco', a menos que sea más tranquilo el lecho de la concubina, cuya fidelidad es menor, la infamia mayor y la discusión igual. Conocido es también el dicho de un brillante orador: "quien no discute está soltero'. El mismo sigue un poco después de esto: "Si huyes de la riña, huye de la mujer'. Con dificultad evitarás una sin la otra. Aunque la mujer, lo cual es raro, tenga costumbres apacibles, su sola presencia, tal como he dicho, es una sombra dañina. Si merezco alguna credibilidad, por todos aquellos que buscan la paz solitaria deben ser evitados su rostro y sus palabras, no digo del mismo modo que la culebra sino que la mirada y el silbido de un basilisco pues, no de otro modo que el basilisco, mata con los ojos y envenena antes de su contacto.» Estas cosas aquél. Aunque son muchas y verdaderas, yo tendría muchas más que decir, pero

[154] Juvenal, *Sátiras,* VI, 268-69.

puesto que no lo exige la intención del momento presente, baste haber dicho éstas sobre el azote del género humano.

CAPÍTULO XLV

Sobre Pandora, el hombre fabricado por Prometeo

Dice Fulgencio *[Mit.,* II, 6] que recibió el nombre de Pandora el primero que Prometeo hizo de barro, lo que considero que ha dicho Fulgencio porque el significado de Pandora en latín es regalo de todos, puesto que el sabio no se hace tan sólo con el conocimiento de una sola cosa, sino de muchas y mucho más verdaderamente de todas, pero así sólo es Dios. También podría llamarse Pandora de *pan,* que es todo, y *doris,* que es amargura, como si Pandoro estuviera repleto de toda amargura. Pues en la vida presente el hombre no puede poseer nada sin amargura; que cada uno se examine y vea si esto es verdad. Y Job, hombre santo y notable ejemplo de paciencia, queriendo reprochar esto al género humano, dijo: «El hombre nacido de mujer, que vive poco tiempo, lleno de múltiples desgracias, etc.»

CAPÍTULO XLVI

Sobre Isis, hija de Prometeo

Isis, como dice Teodoncio, fue hija de Prometeo y, siendo muy pequeña, fue entregada por su padre a su tío Epimeteo. Sobre ella el propio Teodoncio recita la siguiente historia: Dice que, después de que creciese la doncella y fuese de muy notable hermosura, ya en edad casadera agradó a Júpiter y éste consiguió, sea con su poder o con sus persuasiones, que fuera a su lecho, como consecuencia de lo cual dice que Isis dio a Júpiter un hijo, Epafo. Finalmente, bien porque la joven confiase en tan poderoso amante o porque su naturaleza fuera de espíritu ardiente, cayó en el deseo de reino y con los refuerzos de Júpiter y las fuerzas que reunió en otro lugar, como si dirigiera su atención hacia un rey de débiles recursos, llevó

la guerra contra Argos, el rey de los Argivos, decrépito por sus muchos años, pero hombre de mucha vista en otras cosas y, al haber trabado combate contra éste sucedió que, quebrantadas las fuerzas de Isis, la propia Isis fue hecha prisionera y, cautiva, vigilada por Argos. Pero por orden de su padre Júpiter, Estilbón, que después fue llamado Mercurio, hombre muy elocuente y lleno de osadía e ingenio, con sus engaños hizo que, después de ser asesinado el anciano Argos por él, Isis se liberara de la cautividad. Al no marchar bien para ella los asuntos en su patria, confiada en su talento embarcó en una nave que tenía como insignia una vaca y navegó hasta Egipto, y con ella Estilbón, expulsado de Grecia a causa del crimen perpetrado y como allí fuera ya Apis muy poderoso, se casó con él y por haber dado los caracteres de las letras y enseñado el cultivo de la tierra, llegó a tan gran aprecio de los egipcios que no era considerada como una mujer mortal sino más bien como una diosa y, todavía viva, se le dedicaron honores divinos. Leoncio decía que había sabido por Barlaam que esta Isis, antes de la travesía de Apis a Egipto, se había casado con el propio Apis y poco después se había unido a Júpiter, y como Apis lo descubriera, indignado por esta *tazón,* dejando el reino de Argos, se fue a Egipto y la volvió a acoger cuando poco después se presentó ante él. En todo esto hay tan gran desacuerdo de obras y tiempos por una y otra parte, que no sólo se aleja la credibilidad de la historia, sino que ni siquiera puede ajustarse alguna verosimilitud de las cosas y sobre todo al llegar el impedimento de Júpiter, cuyo tiempo acorde con el de Apis quita mucha credibilidad a esta historia. Pero déjese la búsqueda de esta verdad a los ingeniosos.

CAPÍTULO **XLVII**

Sobre Deucalión, hijo de Prometeo, que engendró a Elano, a Psítaco, a Dioniso y a Fentrate

Deucalión, según el testimonio de todos los antiguos, fue hijo de Prometeo, con quien ya adulto su tío Epimeteo unió en matrimonio a su hija Pirra. Fue, en efecto, hombre de carácter afable y Pirra una mujer muy piadosa, acerca de los cuales dice Ovidio [I, 322-3]: «No hubo hombre mejor ni más amante de lo justo que aquél o mujer más temerosa de los dioses que ella, etc.» En su

época hubo un gran diluvio en Tesalia, del que hacen mención casi todos los escritores antiguos; la mayoría imaginan que al crecer las aguas sólo Deucalión y su esposa Pirra escaparon en una barquilla y llegaron al monte Parnaso y que, cuando las aguas ya se retiraban, se dirigieron a consultar el oráculo de Temis sobre el restablecimiento del género humano; por orden de ella, con la cabeza cubierta y los vestidos desceñidos, lanzaron hacia atrás piedras, como si fuesen los huesos de la gran madre, y éstas se convirtieron en hombres y mujeres. Paulo contaba que esta ficción era explicada así por Barlaam. Decía que él había leído en los antiguos anales de los Griegos que los hombres, aterrorizados por este diluvio, habían huido hasta los lugares más elevados de los montes y habían entrado en cavernas y grutas junto con sus mujeres a esperar el fin y que, al retirarse las aguas, Deucalión y Pirra se habían acercado a ellos con la sobria vestidura de los suplicantes y que Deucalión a los hombres y Pirra a las mujeres, no sin un gran esfuerzo, les convencieron de que las aguas se habían retirado y que ya no había más que temer; y así ellos desde las cimas de los montes y desde las grutas rocosas, a saber precediéndolos estos dos, regresaron a sus domicilios y moradas. Pero Teodoncio no opina así, pues dice que Deucalión se dirigió con su mujer y otros muchos en una nave al Parnaso y, al haberse retirado las aguas, estableció allí la sede de su reino, puesto que antes había gobernado sobre los Tesalios y, según la opinión general, actuó tanto por el bien público que, hechos venir de las cavernas los hombres y las mujeres, la cantidad de las cuales superaba en mucho al número de hombres porque, al llegar las aguas, llenas de pánico se habían refugiado en las montañas mucho antes que los hombres y así ninguna de ellas murió mientras que muchos de los hombres fueron tragados, fue dejado a un lado el pudor, que interpreta por la cabeza cubierta, pues no sentimos pudor cuando no vemos, indistintamente se unieron los hombres a algunas mujeres, cosa que dice se demuestra mediante las vestiduras desceñidas, pues como se dijo cuando se habló de Venus, el cinturón de Venus se llama *cesto* porque ella misma acude a matrimonios legítimos; pero cuando va a uniones ilícitas deja el cinturón y así aquellos, con los vestidos desceñidos, mostraban que iba a uniones ilícitas y ello para aumentar la descendencia, porque de la muchedumbre de las mujeres la escasez de hombres podía obtener una abundantísima prole. Considero que los llama huesos de la madre no por otro motivo sino porque, así como las rocas contienen la mole de la tierra para que no se desborde, así también los huesos conservan los cuerpos de los hombres en vigor;

del mismo modo los trabajos de los agricultores hacen que las cosas que son producidas por la tierra, con las que nos nutrimos y nos mantenemos, casi parezcan recibidas de los campos que luego habitaron las ciudades. Yo pienso que se les llama huesos de la madre porque cuando tallamos piedras preciosas son extraídas de las cavernas y las grutas de los montes y se las llama de roca a causa de su dureza.

CAPÍTULO XLVIII

Sobre Elano, hijo de Deucalión

Dice Teodoncio que Elano fue hijo de Deucalión y de Pirra, el cual dice Barlaam que, muerto su padre, amplió hasta tal punto su nombre y su imperio que casi toda Grecia, la que se vuelve hacia el mar Egeo, por su nombre fue llamada Hélade y los griegos Helenos.

CAPÍTULO XLIX

Sobre Psítaco, hijo de Deucalión

Psítaco, hijo de Deucalión y de Pirra, según dice Teodoncio, impregnado de las doctrinas de su abuelo Prometeo fue a Etiopía donde, después de haber llegado a una edad muy avanzada tenido en muy alta veneración, rogó que se le apartara de las cosas humanas. Los dioses, complacientes con sus ruegos, lo metamorfosearon en el ave de su nombre. Yo creo que la causa de esta ficción fue la fama de su nombre y de su virtud que, aunque éste al morir fuera anciano, perduró en eterna lozanía, al igual que aquellas aves son continuamente verdes [155]. Hubo quienes creyeron que este Psítaco fue aquel que es llamado uno de los siete sabios, pero Teodoncio dice que es mucho más antiguo.

[155] Juego de palabras: lozanía en latín es *viridttas. Psittacus* es papagayo.

CAPÍTULO L

Sobre Dioniso, hijo de Deucalión

Dioniso, según atestigua Eusebio en el libro de los *Tiempos* [44, 14], fue hijo de Deucalión y dice que sus hazañas fueron famosas alrededor del comienzo de la condición de Moisés. Sin embargo, no recuerdo haber leído nunca cuáles fueron éstas a excepción de que, al llegar al Ática, fue acogido en hospitalidad por un cierto Semaco y que regaló a la hija de éste una piel de cabra.

CAPÍTULO LI

Sobre Fentrate, hijo de Deucalión

Paulo y algunos otros piensan que Fentrate fue hijo de Deucalión porque Tulio habla así en el libro de las *Cuestiones Tusculanas* [I, 10, 21]: «Dicearco en aquella conversación tenida en Corinto que expone en tres libros, hace que hablen en el primer libro hombres sabios que toman parte en la discusión, en los otros dos da el papel de disertador a Fentrate[156], un anciano de Ftía, al que llama hijo de Deucalión, etc.» De estas palabras, aparte de su origen, se ve claramente que fue filósofo.

CAPÍTULO LII

Sobre Astreo, octavo hijo de Titán, que engendró a Astrea y a los Vientos

Astreo fue hijo de Titán y de la Tierra, según afirma Paulo. Dicen Servio *[a En.,* I, 132J y Lactancio *[a Teb.,* II, 4] que se unió a la Aurora y engendró de ella a la virgen Astrea y a todos los Vientos. Y dice Paulo que, puesto que él era anciano cuando

[156] Cicerón no habla de Fentrate sino de Ferecrates.

sus hermanos emprendieron la guerra contra Júpiter, los armó a todos y los envió contra los dioses, aunque Lactancio dice que fueron armados por Atlas. Yo pienso que Astreo fue un hombre poderoso y soberbio y que se le llamó padre de los Vientos porque gobernó alguna región azotada por los vientos: se ha tomado que los armó contra los dioses del discurrir de los vientos los cuales si proceden de las concavidades de la tierra, es necesario que se precipiten a lo alto.

CAPÍTULO **Lili**

Sobre Astrea, hija de Astreo

Está bastante divulgado que Astrea fue hija de Astreo, hijo de Titán, la cual, puesto que ayudó a los dioses contra su padre y sus tíos, fue llevada al cielo y colocada en el Zodíaco, en aquella parte que por ella recibe el nombre de Virgo. Pero veamos ahora qué pretende la ficción. Yo entiendo aquí a Astreo, el padre de Astrea, no como un hombre sino como el cielo estrellado, que de sí mismo engendra a la Justicia, cuando con un orden eterno entregado como regalo divino a los cuerpos inferiores, concede a cada una ininterrumpidamente las cosas adecuadas conforme a su cualidad y con el ejemplo de ésta los legisladores, en la medida en que le es posible al carácter humano, ordenaron nuestra justicia. Se dice, por otra parte, que ha nacido de la Aurora porque, así como la claridad de la Aurora precede al Sol, así del conocimiento seguro de las cosas realizadas debe nacer o nace la Justicia o el Juicio. Se dice que ayudó a los dioses porque la Justicia siempre favorece a los buenos y *rechaza* a los malvados. Pues está de tal modo colocada en esa parte del cielo que es contigua al equinoccio que se demuestra que a partir de la Justicia se obtiene la igualdad de las cosas y así como, al estar el Sol allí mismo, la misma porción de tiempo es concedida por el propio Sol al día *y a la.* noche, así por la justicia se ofrece un derecho igual a los hombres de condición baja y a los importantes.

CAPÍTULO LIV

Sobre los Vientos, hijos de Astreo, en general

Los Vientos, según cuentan Servio *[a En.,* I, 132] y Lactancio *[a Teb.,* II, 4] fueron hijos de Astreo, hijo de Titán, y de la Aurora. Dice Lactancio que, a causa del nacimiento de Epafo, éstos fueron incitados por Juno contra Júpiter, razón por la que fueron encerrados por Júpiter en las cuevas y encadenados bajo el mando de Eolo. Pero Teodoncio dice que Pronápides en el *Protocosmos* muestra otra causa, que es la siguiente. Dice Pronápides que Litigio soportó muy mal haber sido arrojado del cielo 'por Júpiter y por este motivo bajó a los Infiernos y, reunidas las Furias, les pidió que, si alguna vez su trabajo podía llevar algún placer a la posteridad según sus deseos, fueran y arrojaran sus venenos sobre los pacíficos Vientos para que, viciados por las Furias, asolaran el reino de Júpiter y su tranquilidad; dirigiéndose ellas rápidamente, al encontrar a éstos que estaban pacíficamente sentados en la casa paterna, introdujeron en ellos no sólo furia sino odios hasta el punto de que, cuando se iban a sus regiones, en seguida corrieron uno contra otro y empezaron a sacudir todo el cielo y la tierra. Júpiter, primero aterrorizado por ellos y después indignado, capturados los vientos no sin esfuerzo y encerrados en las cuevas de Eolo, les ordenó que estuvieran bajo la órdenes de éste. Sobre los cuales dice así Virgilio [I, 51-63]: «Vino a Eolia, la patria de las tempestades, lugares preñados de furiosos austros. Aquí, en la inmensa cueva, Eolo domina con sus órdenes y refrena con cadenas y con la prisión a los vientos que luchan y a las sonoras tempestades. Ellos, indignados, rugen con abundante bramido alrededor de los cerrojos del monte; Eolo, sujetando el cetro, está sentado en la elevada ciudadela y suaviza sus ánimos y tempera sus iras. Si no lo hiciera, rápidos arrastrarían consigo los mares y las tierras y el cielo profundo y los barrerían por los aires. Pero el padre omnipotente, temiendo esto, los encerró en negras cuevas y colocó encima una mole de elevados montes y les dio un rey que, según un determinado pacto y atendiendo sus órdenes, supiera contenerlos y darles riendas sueltas, etc.» Si queremos obtener el significado de las ficciones ya dichas, antes que nada es preciso que creamos que el Astreo padre de éstos es el cielo estrellado así como también que es un único cielo cualquier cosa que se contiene entre la concavidad de la luna y la convexidad de la octava esfera; pues pienso que el movimiento

del cielo y de los planetas se realiza tan pequeño como si fuera por una causa muy remota. Pero si sostuviéramos que Astreo, el padre de los Vientos, fue un hombre, ya se ha dicho arriba que éste reinaba en los lugares de los que surgen muchos vientos y por ello se le llamó padre de los Vientos. Se dice que son hijos de la Aurora porque la mayoría de las veces los vientos suelen aparecer cuando se acerca la aurora, cosa que confirma la autoridad y la costumbre de los marineros; pues dicen que éstos se levantan en esa hora y que por ello la mayoría de las veces inician sus navegaciones en esa misma hora; y por esta razón fueron llamados hijos de la Aurora. Se ha creado la ficción de que fueron armados por Juno contra Júpiter porque se cree que son lanzados por la tierra, que es Juno, e impulsados por una especie de respiración de la tierra y, puesto que no pueden ser lanzados hacia otro lugar, salvo al aire, ya que el aire es Júpiter, se creó la ficción de que eran armados, esto es eran impetuosos, contra Júpiter. El hecho de que Litigio, por la acción de las Furias, hiciera que éstos turbaran el reino de Júpiter y que fueran enemigos entre sí, se ha tomado de su movimiento y acción; pues si un viento se levanta por oriente y de la misma manera otro por occidente, es necesario que corran uno contra el otro por el aire, a consecuencia de lo cual parecen enemigos y que perturban el reino de Júpiter. Se ha dicho que estaban encadenados en cuevas bajo las órdenes de Eolo porque las Islas Eólides en las que antaño reinó Eolo, por el que son así llamadas, están llenas de cavernas, y las cavernas a su vez están llenas de aire y agua, con cuyo movimiento se produce el calor y a causa del calor se desprenden del agua vapores que el propio calor disuelve en el aire que, puesto que no pueden contenerse en un lugar poco amplio, se aleja y, si es espeso al salir, necesariamente se eleva impetuoso, muy sonoro y muy duradero y así, dado que los vientos producidos salen de las cavernas de las Islas Eólides, se creó la ficción de que ellos estaban encadenados en las grutas de Eolo y colocados bajo sus órdenes. Pero Virgilio piensa bajo esta ficción una cosa muy distinta, que no añado ya que no tiene que ver con mi intención. Al margen de las ficciones está la gran fuerza de éstos; son diferentes sus regiones y sus nombres; además, según unos son muy pocos, pero según otros son muchos y no reciben los mismos nombres por parte de todos; antes de que lleguemos a hablar de cada uno en particular, no habrá inconveniente en decir unas pocas palabras sobre ellos. Acerca de su poder, sus regiones y sus nombres dice así Ovidio [I, 56-66]: «Y los vientos que producen relámpagos con rayos. Tampoco a éstos permitió el constructor

del mundo que tuvieran el aire en su totalidad; ahora con dificultad se les pone obstáculos para que destrocen el mundo, aunque cada uno dirija sus soplos en diversas direcciones: tan grande es la enemistad de los hermanos. Euro se retiró junto a la Aurora y a los reinos nabateos, a los de Persia y a las cumbres situadas bajo los rayos de la mañana; el occidente y las costas que se calientan con la puesta del Sol están próximos a Zéfiro; Bóreas, que produce espanto, invadió Escitia y los Siete Triones; la tierra opuesta se humedece con las continuas nubes y la lluvia del Austro, etc.» En estos versos, aunque se dice mucho, hay sin embargo una fuerza tan grande de éstos, que no diré que arrastra a grandes naves cargadas con abundante peso a través de los mares con sus velas desplegadas, o que arrastra a una región distinta las añosas encinas, tras ser arrancadas sus raíces del suelo, sino que con su ímpetu derriba las erguidas torres y las elevadas ciudadelas asentadas sobre la piedra perenne, y agita las más altas cimas de los montes con tanta rabia que, si la naturaleza de las cosas lo permitiera, parece poder arrastrar todo el mundo más allá de sus antiguos confines. Isidoro en el libro de las *Etimologías* [XIII, 11, 3-13] dice que son doce y los ordena y denomina así: El que se dirige desde el oriente primaveral se llama Subsolano porque nace bajo la salida del Sol. Enlazó con éste a los dos que están a sus lados, a saber a su izquierda el Euro, que dice que se llama así porque sopla desde Eos, esto es desde el oriente estival; dice que a su derecha está Vulturno, llamado así porque produce mucho ruido de truenos. Dice que el Austro, que sopla desde el mediodía, se llama así porque consume las aguas, y que en griego se llama Noto. Se dice que a su derecha está el Euroastro, así llamado porque está entre el Euro y el Austro. Así también el que está a su izquierda es el Austroafro, porque está entre el Austro y el Afro. Y así también este mismo recibe el nombre de Libonoto, porque tiene a un lado el Libio y al otro el Noto. A continuación llama Zéfiro al que sopla desde el occidente, así llamado porque con su soplo tienen vida las flores y las plantas, y este mismo en latín recibe el nombre de Favonio porque favorece a los que nacen. A su derecha el Áfrico o Libio, así llamado por la región desde donde sopla. A su izquierda Coro, porque cierra el círculo de los vientos y casi forma un coro. Antes dice, sin embargo, que es llamado Cauro y Argeston por algunos. Dice que se llama así a Septentrión porque se eleva desde el círculo de las siete estrellas. A la derecha de éste coloca a Circio, así llamado por su cercanía a Coro. A su izquierda a Aquilón, de cuyo nombre dice que es la causa el hecho de que haga

desaparecer las aguas y disipe las nubes. Dice que éste es llamado también Bóreas porque parece proceder de los montes Hiperbóreos. Isidoro, después de indicar estos doce, escribe además [XIII, 11, 15] que hay otros vientos, que yo considero los mismos, pero llamados con otros nombres, como por ejemplo Etesios, que dice que soplan en una determinada época del año desde el Bóreas hasta Egipto. Así también Aura y Altano. Aura recibe su nombre de aire porque es suave, como el aire agitado suavemente. Altano se produce en el mar y se llama así de alta mar. Dice además que Torbellino es así llamado por la tierra; pues cualquier giro de los vientos es muy a menudo dañino. Dice que el viento Fragor recibe su nombre del sonido de las cosas fracturadas. Así también se llama Huracán, porque al soplar con lluvia arrastra. Por otra parte, Vitruvio, cuando escribe *Sobre la Arquitectura* [I, 6, 4], demuestra que hay veinticuatro vientos. Pues llama colaterales del Austro a Leuconoto y Altano, del Áfrico a Libonoto y Subvéspero, del Favonio a Ergastes y Etesias; del Cauro a Circio y Coro, del Septentrión a Tracias y Gálico; del Aquilón a Supernas y Cecias; del Solano a Curbas y Orintias; del Euro a Circias y Vulturno. En otro lugar dice el mismo Vitruvio [I, 6, 4-5] que son sólo ocho al escribir que Andronico Cirreste, para demostrar su teoría, construyó en Atenas una torre octogonal y puso en cada uno de los lados la imagen esculpida de un viento, cuya cara estaba enfrente del muro, y colocada finalmente sobre la torre una pirámide de mármol, le puso encima un tritón de bronce que llevaba en su derecha una vara. Este, al ser hecho girar por los vientos, designaba con la vara, cuál era el que soplaba y así se descubrió entre el Solano y el Austro al Auro; entre el Austro y el Favonio al Áfrico; entre el Favonio y el Septentrión al Cauro o Coro; entre el Septentrión y el Solano al Aquilón. Esta descripción la conservan como la mejor y la verdadera todos los marineros del mar Mediterráneo y sobre todo los genoveses, que de hecho aventajan a los demás en la destreza del arte náutica.

CAPÍTULO LV

Sobre el viento Subsolano y los que están a sus lados, Vulturno y y Euro, hijos de Astreo

Tras haber explicado los vientos en general, hay que decir unas pocas palabras sobre cada uno de ellos en particular según la descripción de Isidoro; y en primer lugar sobre el Subsolano, viento del este. Según dice Beda [90, 248 A] es éste cálido y seco, pero moderadamente, y es cálido porque reside largo tiempo bajo el Sol. Y es seco porque, como está muy alejado de nosotros el Océano Oriental, del que se cree que recibe la humedad, la pierde toda al venir. Pero está muy lejos que yo me crea esto tan risible, a saber que todo viento que nos llega de la zona oriental nace en la parte más alejada del Este, puesto que se tiene por muy seguro que muchos nacen en las Eólides, como se ha dicho antes, desde las cuales soplan hacia nosotros algunos a los que llamamos con toda razón orientales; por esta causa, salvado siempre el respeto a Beda, pienso que se dice en vano que llegan a nosotros con su constitución cambiada a causa de la lejanía de su origen. De su misma constitución, están a su derecha Vulturno, que seca todas las cosas, a la izquierda Euro, que amontona o produce nubes.

CAPÍTULO LVI

Sobre el viento Noto y los que están a sus lados, Euroastro y Austroafro, hijos de Astreo

Noto es el viento del sur, frío y seco por naturaleza, pero que al venir hacia nosotros atraviesa una zona tórrida, absorbe calor y coge humedad de la multitud de aguas que hay en el mediodía. Y así, con su naturaleza cambiada, llega a nosotros cálido y húmedo y con su calor abre los poros de la tierra y tiene por costumbre aumentar la humedad la mayoría de las veces y llevar nubes y lluvias. Su forma la describe así Ovidio [I, 264-7]: «El Noto vuela con sus alas húmedas, cubierto su terrible rostro con sombría neblina; su barba pesada por las nubes, de sus blancos cabellos mana el agua, en su frente se asientan las nubes, su alas y su regazo

están humedecidos, etc.» A la derecha de éste, de su misma constitución, está el Euroastro, que produce tempestades en el mar porque, como dice Beda [90, 248 A] sopla desde lo profundo. A su izquierda el Austroafro, que algunos llaman cálido y templado.

CAPÍTULO LVII

Sobre el viento Septentrión y el Circio, que está a su lado, hijos de Astreo

El viento Septentrión recibe el nombre de la región en la que se origina. Pues nace en lugares acuosos y congelados y en las cumbres de los montes, desde los que sopla hasta nosotros puro porque en los lugares a través de los que hace su travesía no se disuelve ningún vapor a causa del intenso frío. Este hace que el aire esté límpido y expulsa y purifica las epidemias que había aumentado Austro. Es frío y seco en su constitución, junto con los que están a sus lados. El que está a su derecha se llama Circio, productor de nieves y granizos. A su izquierda está Aquilón o Bóreas, del que se habla más extensamente a continuación.

CAPÍTULO LVIII

Sobre el viento Aquilón o Bóreas, hijo de Astreo y que está al lado de Septentrión

El viento Bóreas o Aquilón está al lado de Septentrión y por su naturaleza tiene que dispersar las nubes y condensar las aguas en hielo, acerca del cual dice así Ovidio [VI, 690-700] en su propia boca para demostrar las fuerzas de éste: «Es adecuada para mí la violencia, con la que disperso las tristes nubes, agito los mares y derribo los nudosos robles, endurezco las nubes y golpeo los tierras con el granizo. Yo mismo cuando encuentro a mis hermanos en el cielo abierto (pues éste es mi campo de guerra) lucho con tanto esfuerzo que el centro del cielo retumba con nuestros choques y salen de las huecas nubes los fuegos expulsados. Yo mismo, cuando

penetro en los abovedados agujeros de la tierra y cruel coloco mis espaldas en la profundidad de las cavernas, inquieto con mis temblores a los manes y a todo el orbe. Con estos medios, etc.» De él se cuentan muchas fábulas. Servio *[a Buc,* II, 63] dice que amó al joven Jacinto, que también era amado por Apolo, y puesto que veía que el amor del joven se inclinaba más al amor de Apolo que a él, enfurecido lo mató cuando jugaba con el disco. Además dice Ovidio que amaba a Oritía, hija de Erictonio el rey de Atenas, y la pidió como esposa; al no serle concedida ésta, indignándose se decidió por el rapto y no se hizo esperar sino que [VI, 703-7]: «desplegó sus alas, con cuyo batir toda la tierra recibió el soplo y se horrorizó el ancho mar. Y arrastrando su manto de polvo a través de las más elevadas cumbres, barre el suelo y oculto por una neblina abraza con sus alas color azafrán, a Oritía, que tiembla de miedo». Y así la raptó y tuvo de ella dos hijos, Zetes y Calais. Además dice Hornero en la *Iitada* [XX, 223-4], al hacer comparecer a Eneas que habla a Aquiles en un combate, que Bóreas se enamoró de las muy hermosas yeguas de Dárdano y tuvo de ellas doce caballos muy veloces. Si apartamos de estas cosas la cobertura de las fábulas, advertiremos en primer lugar que Bóreas ama a Jacinto, que es una flor y por tanto niño, puesto que ninguna flor vive mucho tiempo; en esta forma porque, por casualidad, soplaba muy a menudo a través de prados llenos de jacintos, como si fuera a ver a los que amaba, tal como nosotros vamos con frecuencia a ver a los que amamos. Este Jacinto era también amado por Apolo, esto es por el Sol, pues también a éste, que produce y contempla tales cosas, se le llama enamorado, y porque es su cuidador, y por ello se dice que es amado por Jacinto, porque cada cosa parece amar aquello por lo que es llevada a la existencia y se mantiene en la existencia; pues las flores y otras cosas nacen y viven por la acción del Sol, mientras viven. Se dice que fue muerto por Bóreas ya que con la aspereza de su soplo priva de humedad a todas las cosas y las reseca. El amar él a Oritía es historia. Dice Teodoncio que Bóreas fue un joven de Tracia noble y valiente que, arrastrado por la fama del matrimonio contraído por Tereo, que había tomado como esposa a la hija de Pandíon, al haber oído que Oritía, la hija de Erictonio, rey de los Atenienses, era una doncella muy hermosa, cautivado por el amor de ésta la pidió en matrimonio y al habérsele negado esto a causa del incesto cometido por Tereo con Filomela, como si Bóreas fuera a ser igual que aquél, enfurecido la raptó en el momento propicio, en el noveno año del reinado de Erecteo, y de ella tuvo hijos, y así el nombre y la región del joven encontró el lugar para la fá-

bula. Pienso que se ha dicho que los caballos de Dárdano eran hijos de Bóreas, porque quizá fue posible que Dárdano, impulsado por la fama de la bondad de los caballos de esta región, lo hubiese enviado allí y cogió sementales y, unidos estos a sus yeguas, obtuvo caballos muy buenos y veloces, cuyos sucesores conservaron siempre en lo sucesivo la descendencia de éste; y de ahí se tomó que éstos eran hijos de Bóreas.

CAPÍTULO LIX

Sobre Zetes y Calais, hijos de Bóreas

Zetes y Calais fueron hijos de Bóreas y de Oritía y, puesto que todas las cosas que se leen sobre ellos les son comunes, ha sido necesario que escriba a la misma vez acerca de ambos. Sobre ellos dice así Ovidio [VI, 711-8]: «Y allí Oritía se hizo esposa del helado monarca y, convertida en madre, dio a luz un doble parto que tenían todo lo demás de su madre, las alas de su padre. Sin embargo, recuerdan que éstas no nacieron junto con el cuerpo y que mientras faltó la barba apoyada bajo sus dorados cabellos, estuvieron faltos de pluma Calais y el niño Zetes. Después conjuntamente empezaron las alas a ceñir sus dos costados, a la manera de los pájaros, y a hacerse rubias sus mejillas, etc.» Además testifica Ovidio [VI, 719-21] que éstos fueron con Jasón y los otros Argonautas a Coicos. Pero, según dice Servio *[a En.,* III, 209], cuando fueron recibidos en hospitalidad por Fineo, rey de Arcadia, quien, dejándose convencer por su nueva esposa, había dejado ciegos a sus hijos y él mismo había sido cegado por los dioses y le colocaron al lado a las Harpías, aves repugnantes, para que le ensuciaran y le arrebataran la comida, Zetes y Calais en recompensa, fueron enviados a expulsar a las aves, ya que eran alados. Estos, al ir tras ellas con las espadas desenvainadas, expulsadas de Arcadia las persiguieron hasta las islas que se llaman *Plotai*[157]. Pero allí, siguiendo el consejo de Iris de que desistieran de perseguir hasta más lejos a los perros de Júpiter, regresaron junto a sus compañeros. Esta vuelta de los jóvenes cambió el nombre de las islas y donde se llamaban

[157] Islas Florantes, nombre que les da Apolonio de Rodas, cuyo relato en *Arg.,* II, 284-298, resume aquí Boccaccio.

Plotaí fueron denominadas Estrófades, pues *estrofe* en griego significa vuelta en latín[158]. Yo recuerdo haber leído estas cosas sobre ellos, pero hay que poner al descubierto qué tienen las ficciones bajo la envoltura. Así pues, dice Ovidio que tuvieron después de la niñez las plumas, por las que yo entiendo la barba y la velocidad que llegan a los hombres en la adolescencia. En lo referente a la alegoría de las Harpías expulsadas por ellos, digo que todos, por gracia divina, nacemos buenos y así la primera esposa de los mortales es la bondad o la inocencia. Pero después al hacernos más grandes la mayoría de las veces, arrojada la inocencia, nos corrompemos y entonces se vuelve a tomar una segunda esposa cuando alguien se deja arrastrar por el juicio del apetito concupiscible, a cuan peligrosos desfiladeros conduce éste es testigo Fineo. El cual, absorbido por el deseo del oro, al fiarse de la avaricia, que fue su segunda esposa, privó a sus hijos de los ojos. Los hijos son nuestros actos dignos de alabanza, a los que privamos de luz cuando los mancillamos con obras obscenas. Pues ¿qué cosa más vergonzosa podemos hacer que rechazar la buena disposición del espíritu con la intención de adquirir riquezas? Lo cual, según testimonia Séneca el filósofo *[Cuest. Nat.,* IV pref. 7], dijo con gracia Demetrio a un poderoso liberto, a saber, que el camino de las riquezas sería trillado para él el día que se arrepintiera de su buena disposición de ánimo. Así también nos convertimos en ciegos cuando por el deseo de fortuna nos deslizamos hacia las rapiñas y los vergonzosos lucros. Pues se ponen junto a los de tal clase las Harpías, aves feas y rapaces, a las que yo interpreto como las punzantes preocupaciones e inquietudes de los avaros, avaros por los que se dice que son arrebatados los manjares porque, al ser dominados por tales pensamientos, los avaros llegan a un olvido tan grande de sí mismos que incluso a veces llegan a olvidarse de tomar alimento o, cuando ponen mucho empeño en aumentar el montón de oro, reducen los alimentos para sí mismos y con su miseria los hacen repugnantes. Los Argonautas que son recibidos hospitalariamente en casa de éste, puesto que todos fueron jóvenes ilustres y destacados por su valor, deben ser tomados como las saludables decisiones que, aunque son recibidas de mala gana por los de este tipo, sin embargo a veces se reciben y, una vez recibidas, entregan a cambio como regalo la búsqueda del bien, pues según Fulgencio *[Mit.,* III, 11] se entiende como Zetes y Calais. Esta búsqueda del bien, esto es de la

[158] Sobre el cambio de nombre de las islas, véase Ruiz de Elvira, *Mit. das., p.* 282.

verdad, hace que los perros de Júpiter, es decir las preocupaciones punzantes y que continuamente anhelan los bienes ajenos, sean empujados hasta las Estrófades, esto es hasta la conversión del espíritu que busca el bien. Esta conversión no puede existir si uno, dejados los vicios y las concupiscencias, no dirige sus pasos hacia la virtud y entonces la mesa de Fineo permanece inmune a las porquerías de los vergonzosos deseos. Pero Leoncio muestra mucho más brevemente el significado de esto. Dice que la historia fue la siguiente: Fineo fue un rey muy rico y avaro de Arcadia y, al morir su esposa Estenebea, de la que había tenido como hijos a Palemón y Fineo, volvió a casarse con Harpálice, hija de Bóreas y hermana de Zetes y Calais, a ruegos de la cual él en persona había cegado a sus hijos[159]; al saber esto los piratas que vivían en las islas Plotaí, como si llegaran contra él privado de apoyos y odioso para los suyos a causa del crimen cometido contra sus hijos, lo sitiaron y levantando máquinas arrojaban contra el palacio putrefacciones e inmundicias; finalmente, al llegar Zetes y Calais que habían sido llamados, con largos navios, lo libraron de! asedio y rechazaron a los piratas hasta las Estrófades.

CAPÍTULO LX

Sobre Harpálice, hija de Bóreas y esposa de Fineo

Harpálice, según dice Leoncio, fue hija de Bóreas, no dice quién fue su madre. Esta se casó con Fineo, rey de Arcadia, como se ha puesto de manifiesto inmediatamente antes, y fue nociva para sus hijastros.

[159] Fineo, se casó con Cleopatra, hija de Bóreas, de la que tuvo a Plexipo y Pandíon. Luego se casó con Idea, hija de Dárdano, quien le instó a cegar a los hijos habidos de su anterior unión. No hay, por tanto, ninguna Harpálice, hija de Bóreas, que le haga cegar a los hijos de Estenebea, lo que no aparece en ninguna fuente tampoco.

CAPÍTULO **LXI**

Sobre el viento Zéfiro y los que están a sus lados, Áfrico y Cauro, hijos de Astreo

Zéfiro es el viento de poniente, que es llamado Favonio por los latinos, frío y húmedo en su constitución, aunque moderadamente. Por otra parte, disuelve el invierno y produce brotes y flores y se llama Zéfiro a partir de *zeus* en griego, que en latín significa vida [m]. Y Favonio porque favorece a lo que germina o ayuda a los brotes; pues sopla suave y apaciblemente desde el mediodía a la noche, desde el comienzo de la primavera hasta el final del verano. A su derecha se sitúa el Áfrico que, tempestuoso, produce rayos y truenos. A su izquierda Cauro que, según dice Beda [90, 248, A], hace que el cielo esté lleno de nubes en oriente, cuando lo hace despejado en occidente. Sobre Zéfiro se cuenta la siguiente fábula: Que una ninfa, a saber con el nombre de Cloris, fue amada por Zéfiro y tomada como esposa y que le fue concedido por él, en recompensa de su amor y de su honestidad deshonrada, el derecho total sobre las flores y que la llamó Flora en lugar de Clora. Cuenta además Hornero en la *Ilíada* [XVI, 148-51] que éste había seducido a la harpía Tiela[161] y que de ella tuvo a Janto y a Balio, los caballos de Aquiles. La intencionalidad de estas fábulas puede ser la siguiente. Dice Lactancio en el libro de las *Instituciones divinas* [I, 20, 6] que Flora, una mujer, había obtenido grandes riquezas del oficio de meretriz, de las que, al morir, dejó como heredero al pueblo romano, siendo guardada una parte que se prestaba bajo un interés anual, interés con el que quiso que cada año se celebrara el día de su nacimiento con la realización de juegos. Estos juegos se llaman Florales y los sacrificios Floralia del nombre de Flora, cosa que, ya que con el paso del tiempo le pareció vergonzosa al Senado, puesto que no podía suprimirlos por temor a la plebe determinó que del mismo nombre de la meretriz se tomara un motivo para añadir dignidad a un asunto vergonzoso y entonces crearon la ficción de que Flora protegía las flores, que era conveniente apaciguarla con juegos para que florecieran bien y con prosperidad las mieses junto con los árboles y las vides.

[160] Falsa etimología basada en la pronunciación como fricativa de la *u* griega. Vida en griego se dice *zoé,* cf. nota 49.

[161] Hornero habla no de Tiela, sino de la Harpía Podargue. Tiela no aparece en las fuentes mitográficas y Podargue sólo en Hornero, siendo los nombres tradicionales de las Harpías: Aelo, Ocípete y Celeno.

El pretexto que siguió Ovidio *[Fast.,* V, 195-212] es que la ninfa no innoble se casó con Zéfiro y recibió de su marido como regalo de bodas ser la protectora de las flores. Estos juegos, según dice Lactancio, se acomodan al recuerdo de la meretriz. Pues se celebraban con una total lascivia y libertad de palabras, por las que se entiende toda la obscenidad; eran arrancados, al pedirlo con insistencia el pueblo, los vestidos por las meretrices quienes en aquellos juegos desempeñaban el oficio de mimos. Por otra parte, con que de la harpía Tiela tuviera caballos no sé que pretende Hornero, a no ser quizá lo que leemos en Plinio Segundo *[Hist. Nat.,* VIII, 67, 166], que acostumbraban hacer las yeguas en Olisipone[m], ciudad muy alejada de Hispania, en Occidente. Dice Plinio que éstas, al llegar al apetito sensual para tener descendencia, tenían por costumbre recibir en sus gargantas entrabiertas a los Záfiros que soplaban y de ellos concebían y parían caballos muy veloces que tenían gran vigor, aunque por poco tiempo. Así quizá se hizo de una yegua cuyo nombre era Tiela, que se entiende como ímpetu o tempestad, o como dijimos antes acerca de los caballos de Dárdano engendrados por Bóreas.

CAPÍTULO LXII

Sobre Aloeo, décimo hijo de Titán

Aloeo, según dice Teodoncio, fue hijo de Titán y de la Tierra, cuya esposa fue, como afirma también Servio *[a En.,* VI, 582], Ifimedía. Después de que la hubiera violado Neptuno, tuvo de él dos hijos, Oto y Enaltes, a los que Aloeo crió como suyos y puesto que crecían, según dice Servio, nueve dedos cada mes, a los Gigantes, que preparaban una guerra contra los dioses y a la que Aloeo no podía ir a causa de su avanzada edad, se los envió para ayudarles, sobre los cuales "hablaremos cuando se haga sobre los hijos de Neptuno.

"* Lisboa.

CAPÍTULO LXIII

Sobre Palene, undécimo hijo de Titán, que engendró a Minerva

Dice Paulo que Palene o Palante fue uno de los hijos de Titán y que gobernaba una isla en el mar Egeo y la había llamado por él Palene, hombre feroz y muy enemigo de los dioses del que se acuerda Lucano [VII, 150] al decir: «El Cíclope renovó para Júpiter los rayos de Palene» [163]. Paulo dice que fue matado por Minerva en la guerra que se hizo contra Júpiter y que por ello recibió el sobrenombre de Palas[164]. Y en otro lugar dice el mismo Paulo que a causa de su crueldad fue fulminado por Júpiter antes de la guerra. Pero Teodoncio dice que tuvo una hija, de nombre Minerva, por la que fue asesinado cuando intentaba arrebatarle la virginidad.

CAPÍTULO LXIV

Sobre Minerva, hija de Palene

Minerva, como se muestra inmediatamente antes de acuerdo con Teodoncio, fue hija de Palante, asesinado por ella para proteger su virginidad. Esta, según dice Tulio en *Sobre la naturaleza de los dioses* [III, 23, 59], fue la quinta entre otras muchas Minervas y dice que le fueron asignadas por los antiguos unas sandalias aladas, bien porque al asesinar a su padre fue veloz en la huida, o bien se hizo por otra causa.

CAPÍTULO LXV

Sobre Runco y Purpúreo, hijos duodécimo y decimotercero de Titán

Runco y Purpúreo, como afirma Prisciano en su mayor obra *[Instit.,* VI, 6], fueron hijos de Titán y de la Tierra, de los que

163 Palene es el nombre mítico de Flegra, ciudad de Tesalia donde tuvo lugar la Gigantomaquia, a lo que alude Lucano.

164 Acerca del sobrenombre de Palas cf, Ruiz de Elvira, *Mit. das.*, pp. 65-6.

recuerda que el poeta Nevio decía: «Había señales marcadas de cómo los Atlantes de dos cuerpos Runco y Porfirio, hijos de Titano, a las tierras en defensa de la tierra, etc.» Y Horacio en las *Odas* [III, 4, 54] dice: «O por qué Porfirión de amenazante estatura.» Acerca de éstos no recuerdo haber leído ninguna otra cosa.

CAPÍTULO LXVI

Sobre Licaón, decimocuarto hijo de Titán, que engendró a Calisto

Dice Teodoncio que Licaón, el rey de Arcadia, cosa que nunca he leído en otro lugar, fue hijo de Titán, y de la Tierra, bien por su esplendor regio, o por algún delito célebre o, lo que yo creo más, porque fue un hombre malvado que despreciaba y consideraba en poco a los dioses, como muy a menudo leemos que fueron los Titanes. De él cuenta Ovidio [I, 212-43]: Al haber llegado hasta el cielo el griterío de los mortales de que las cosas se hacían mal en las tierras, Júpiter quiso comprobarlo con su presencia y, tomando la forma humana, llegó al palacio de Licaón e hizo que los pueblos se dieran cuenta de que había un dios en las tierras, quienes, al entregarse a sacrificios, fueron motivo de burla por parte de Licaón. Este, sin embargo, para comprobar si su huésped era Júpiter como se decía, conspiró para darle muerte de noche y, al no poder llevarlo a cabo, de inmediato dirigió su atención a otro crimen y, siendo asesinado uno de los rehenes de los Molosos, ordenó que fuera cocido en parte en agua y en parte en carbones encendidos y lo colocó ante Júpiter para que lo comiera. Este, tras conocer el crimen y haber despreciado el alimento, lanzó fuego sobre el palacio de Licaón y se fue. Licaón aterrorizado huyó a las selvas y, convertido en lobo, empezó a guardar la primitiva costumbre de la rapiña, mostrándose cruel con los rebaños por su avidez de sangre. Leoncio decía que bajo esta fábula estaba la siguiente historia. Hubo antaño entre los Epirotas, algunos de los cuales se llamaron después Molosos por Moloso, el hijo de Pirro, y los Pelasgos, que después se llamaron Arcadios, una polémica y, al haber llegado a un acuerdo sobre ésta, pidió Licaón, que estaba entonces al frente de los Pelasgos, que para el fortalecimiento de la alianza pactada se le entregara al menos un rehén de los Epirotas puesto que la discordia había surgido en primer lugar por parte de ellos. Le fue concedido por los Molosos un joven

de la nobleza por un tiempo determinado. Al no ser devuelto por Licaón en el límite fijado, fue reclamado a través de los embajadores de su pueblo. Licaón, bien porque pareciera que era reclamado con altanería, o indignado por algún otro motivo puesto que era un hombre malvado y de espíritu arrogante, respondió a los embajadores que él devolvería el rehén al día siguiente y ordenó que a la mañana siguiente asistiesen con él a un banquete y asesinando y cociendo ocultamente al rehén, ordenó que se colocase ante los embajadores y los otros comensales. Asistía por casualidad al banquete entre éstos un joven todavía, Lisanias, que después fue llamado Júpiter, hombre en ese tiempo de gran aprecio entre los Arcadios quien, al haber reconocido los miembros humanos, arrojadas las mesas, conmovido por la atrocidad del crimen se lanzó a un lugar público e inmediatamente conspiró contra Licaón, teniendo a su favor a todo el pueblo, y reunidas las fuerzas lo arrastró a una pelea y lo expulsó, vencido, del reino. Licaón arrojado, exiliado y sin bienes huyó con unos pocos a las selvas y empezó a tender emboscadas en los caminos y a vivir del robo, lo que dio lugar a la fábula de que se convirtió en lobo. Pues si queremos mirar como es debido, para nadie debe ser dudoso que cuanto más rápidamente ponemos nuestro pensamiento en la avaricia y la rapiña, despojándonos de la humanidad, inmediatamente nos vestimos de lobo y nos mantenemos como lobos tanto tiempo como esa clase de apetito perdura en nosotros, conservando tan sólo la apariencia humana. Decía además Leoncio que otros afirmaban que Licaón se convirtió en un verdadero lobo, asegurando tales autores que hubo en Arcadia un lago que si alguno lo atravesaba allí mismo se metamorfoseaba en lobo y si se abstenía de la carne humana y, al noveno año de haber sido atravesado, volvía a traspasar el mismo lago, recuperaba su forma primitiva. Licaón, que conocía esto y que temía en gran manera la cólera de Júpiter y de los suyos y a causa de su perfidia no sabía en dónde podía tener un escondrijo suficientemente seguro para esperar sin sospecha de su vida el final del asunto, atravesó el lago y se convirtió en un verdadero lobo y vivió entre los animales de esta especie en las selvas, dejando una única hija, la doncella Calisto. Además escribe Plinio en el libro de la *Historia Natural* [VII, 56, 202] que fueron inventos de este Licaón las treguas de las guerras y los juegos de lucha en Arcadia *libíd.,* 205].

CAPÍTULO LXVII

Sobre Calisto, hija de Licaón y madre de Arcas

Calisto fue hija de Licaón, como se ve con bastante claridad a través de Ovidio[165]. Esta, según escribe Paulo, cuando ya su padre había huido en medio del desorden de las cosas, todavía virgen, salió a escondidas del palacio y se refugió en los bosques donde se unió en calidad de compañera a las doncellas consagradas a Diana, entre las que fue seducida por Júpiter, transformado con la apariencia de Diana. Y al ser visible su delito por el vientre hinchado, expulsada dio a luz a Arcas. Acerca de los dos se hablará en abundancia cuando se trate sobre Arcas y sobre todas las cosas que fueron relatadas por Leoncio a propósito de la ficción. Además es denominada con muchos nombres. Pues en griego se llama Arctos, que en latín significa osa. También se la llama Hélice a partir de la vuelta de su órbita, pues en griego las órbitas se llaman hélices; también se la llama Cinosura, apelativo que antes fueron dos nombres, a saber *cynos,* que en latín significa perro, pues la constelación del cielo que después recibió el nombre de osa se llamaba perro y quizá todavía es llamada así por algunos, y *uros,* que en latín significa toro salvaje, y se la llamó con este mismo nombre a causa de su cola levantada en forma de semicírculo, lo que tiene que ver más con el toro salvaje que con el perro o la osa; pues, según se dice, el toro salvaje lleva su cola levantada de manera que parece formar un semicírculo. Se la denomina también Fénix, queriéndolo así Tales, su descubridor, que también fue fenicio o bien porque los fenicios, que fueron marinos muy expertos, fueron los primeros en servirse de ella en la navegación. Recibe el nombre de Septentrión, que es también el nombre de Arcas o de la Osa Mayor, porque está señalada con siete estrellas, pues *ir yon o teron* se interpreta como estrella.

CAPÍTULO LXVIII

Sobre los Gigantes, nacidos de la sangre de los Titanes y de la Tierra

Los gigantes, como atestiguan Paulo y Teodoncio, nacieron de la sangre de los Titanes y de la Tierra, lo que también parece ates-

[165] Según Lactancio, *Narr. fab.,* II, 506. Ovidio alude en *Met.,* II, 526.

tiguar Ovidio [I, 156-62] al decir: «Mientras los feroces cuerpos yacían sepultados por su propia mole, dicen que la Tierra se humedeció empapada por la abundante sangre de sus hijos y que dio vida a la caliente sangre, y para que subsistieran algunos recuerdos de su estirpe, la convirtió en figura de hombres, pero también aquella descendencia fue despreciadora de los dioses, muy ávida de cruel matanza y violenta; los reconocerías como hijos de la sangre, etc.» Dice Teodoncio que éstos tenían pies de serpiente y que promovieron la guerra contra Júpiter como habían hecho sus padres; pero que no se atrevieron a nada hasta que Egle, la más hermosa de las mujeres y esposa de Pan, fue ocultada en una cueva por la Tierra, la madre de ellos. Una vez oculta ésta, inmediatamente atacaron a los dioses y los aterrorizaron hasta tal punto que los hicieron huir hasta Egipto con sus figuras transformadas [166]. Acerca de los cuales dice así Ovidio [V, 321-31]: «Tifoeo, salido de la profunda morada de la tierra, provocó el miedo en los celestiales y que todos ellos volvieran la espalda para la huida hasta que, agotados, los acogió la tierra de Egipto y el Nilo, que se divide en siete bocas. También hasta aquí cuenta que llegó Tifoeo, el hijo de la Tierra, y que los dioses se ocultaron en falsas figuras. En carnero [167], dice, se convirtió Júpiter, por lo que ahora también el libio Amón tiene una figura de cuernos retorcidos. El Delio se ocultó bajo la figura de un cuervo, el hijo de Sámele en un macho cabrío, en gata la hermana de Febo, la Saturnia en una blanca vaca, en pez Venus, el Cilenio en las alas de un ibis, etc.» Pero Teodoncio y Ovidio parecen no estar de acuerdo en algunas cosas, puesto que Teodoncio dice que esto fue obra de los Gigantes y Ovidio dice que Tifoeo salió de las profundidades de la Tierra y lo hizo. Tampoco en las formas de los dioses. Pues dice Teodoncio que Júpiter se convirtió en águila, Cibeles en mirlo, Venus en anguila y que Pan se arrojó casi entero a un río; la parte superior, que quedó en la orilla, dice que se convirtió en macho cabrío, la que penetró en el río en pez, figura de la que después Júpiter hizo el signo de Capricornio. Finalmente afirma que Júpiter supo por un oráculo que, si quería la victoria, cubriera su escudo con la piel de Egle, la esposa de Pan y su cabeza con la Górgona. Hecho esto al estar presente Palas, los Gigantes fueron

[166] Esta huida de los dioses no corresponde a la Gigantomaquia, sino a la Tifonomaquia. Vemos además que Boccaccio alude al testimonio de Ovidio que presenta a Tifoeo, no a los Gigantes, persiguiendo a los dioses. Sobre los Gigantes véase *CFC*, XV, pp. 53-71.

[167] Ovidio dice en realidad guía del rebaño y nosotras lo hemos traducido por carnero, teniendo en cuenta la interpretación que más adelante hace Boccaccio.

puestos en fuga, aniquilados y precipitados a los Infiernos por Júpiter. Muchas cosas vienen para ser añadidas a estas palabras si queremos desentrañar los enigmas de las ficciones. Pero antes que nada no es en absoluto una ficción que hubo Gigantes, es decir hombres que con su figura o estatura sobrepasaban a los restantes más allá de lo moderado, sino que se sabe que es muy cierto y en estos días lo ha demostrado con toda nitidez un acontecimiento fortuito en Drépano, ciudad de Sicilia. Pues al haber cavado los campesinos en la falda de un monte que se alza sobre Drépano, no lejos de la ciudad, los cimientos para construir la casa de un pastor, apareció la entrada de una caverna y, al haber entrado los cavadores con pequeñas antorchas encendidas ansiosos de ver qué había dentro, encontraron una cueva de gran altura y amplitud. Avanzando a través de ésta hacia la parte opuesta de la entrada vieron sentado a un hombre de grandes dimensiones, por lo que, aterrorizados, emprendiendo la huida de súbito, salieron de la cueva y no detuvieron su carrera antes de haber llegado a la ciudad contando a los que les salían al paso lo que habían visto. Muy admirados los ciudadanos salieron de la ciudad, para ver qué mal era ése, agitando cuerdas y enarbolando armas como si estuvieran unidos contra el enemigo y entraron más de trescientos en la cueva y vieron, no menos asombrados que los primeros, al que habían visto los aldeanos. Aproximándose por fin, después de que se dieron cuenta de que no era un hombre vivo, vieron a uno sentado en un asiento que se apoyaba con su mano izquierda en un bastón de tanta altura y grosor que superaba a cualquier mástil de una nave enorme. Así como que el hombre, de proporciones nunca vistas ni oídas, no estaba corroído ni desgastado por ninguna parte. Y al haber tocado uno de ellos con su mano extendida el mástil que estaba en pie, inmediatamente disuelto el mástil se hizo ceniza y se mantuvo, como si hubiese sido despojado de vestido, otro bastón de plomo que subía hasta la mano del que lo sujetaba y, como advirtieron claramente, el plomo había sido vertido en el mástil para aumentar su peso y, al pesarlo después, aseguran quienes lo vieron que pesaba quince quintales drepanenses, cada uno de los cuales tenía un peso de cien libras comunes. Al ser tocada después la estatua del hombre, cayó igualmente y casi toda ella se convirtió en polvo. Después de haber removido algunos con la mano, se descubrieron tres dientes macizos de monstruoso tamaño, de tres rótulas de peso, es decir de cien onzas comunes. Estos dientes los ataron los Drepanitanos, para testimonio del gigante descubierto y sempiterno recuerdo para la posteridad, con un hilo de hierro

y los colgaron en una iglesia de la ciudad levantada en honor de la Anunciación de la Virgen y llamada con el nombre de ésta. Encontraron, además, la parte anterior del cráneo todavía muy consistente y que podía contener muchos modios de trigo. También el hueso de una pierna y, aunque demasiada porción de éste se había destruido por el paso de los años, sin embargo de lo que quedaba se obtuvo por los que saben la altura de un hombre a partir de la medida de cualquier hueso, por pequeño que sea, que éste tuvo un tamaño de doscientos codos o más. Se ha sospechado por algunos de los más entendidos que éste fue Erix, rey poderosísimo del lugar, hijo de Butes y de Venus, asesinado por Hércules y enterrado en ese mismo monte. Algunos pensaban que era Entelo que antaño, en los juegos fúnebres celebrados por Eneas en honor de su padre Anquises, había matado un toro de un puñetazo. Otros que uno de los Cíclopes y sobre todo Polifemo, del que dice muchas cosas Hornero. Después de éste, también escribió acerca del mismo Virgilio [III, 655-9]: «Apenas había dicho estas cosas cuando vemos en lo alto del monte al propio pastor Polifemo que se desplaza con su vasta mole entre los rebaños y se dirige a las playas conocidas, monstruo que causa espanto, deforme, enorme, a quien se le había quitado la vista. Un pino cortado guía su mano y asegura su paso». Y poco después sigue [664-5]: «Rechinando los dientes con un gemido, y ya anda en medio del mar y todavía no ha empapado el agua sus altos costados». Y otras muchas cosas que tienden a designar el gran tamaño de los Cíclopes y que tienen que ver más con la verdad del asunto que con la hipérbole, de la que opinan muchos que usa en este mismo lugar. Por tanto los Gigantes fueron de enorme estatura, cosa que también atestigua la Página Sagrada, de entre los cuales, aunque no fueran de un tamaño tan admirable, se mencionan al menos dos en ella, a saber Nemrod, que maquinó una torre contra Dios, y el filisteo Goliat, vencido por David con una honda y piedras. Josefo, hombre por lo demás discreto y erudito, según él mismo escribe en el libro de la *Antigüedad Judaica,* pensó que los de tal clase eran engendrados por Angeles de Dios que se unían a mujeres mortales; lo cual es ridículo, por Pólux, puesto que la causa de los cuerpos desmesurados son los astros y una determinada revolución del cielo, por la que también en nuestro tiempo ha ocurrido que algunos superen toda la cabeza o más en altura incluso a hombres de considerable cuerpo. Pero pienso que los poetas no han hablado de éstos, si fueron hombres apacibles y que vivían de acuerdo con la naturaleza humana, sino de aquellos en los que parece pensar Macrobio en el libro de los *Saturnales*

[I, 20, 8] cuando dice: «¿Por qué ha de creerse que los Gigantes fueron otra cosa que una raza impía de hombres que negaba a los dioses y por ello se ha pensado que pretendió expulsar a los dioses de la morada celestial? Los pies de éstos terminaban en anillos de serpientes, lo que significa que ellos no pensaban nada recto, nada elevado, hundiéndose toda la marcha y el progreso de su vida en los infiernos, etc.» Así pues, no debe parecer extraño a un hombre erudito que los hombres de esta índole sean producto de la sangre de los Titanes y de la Tierra, puesto que muy a menudo de uno semejante nace uno igual y por ello a todos los soberbios, según las costumbres de los hombres soberbios podemos llamarlos con razón hijos, si no de la sangre de los Titanes, hombres soberbios, al menos de sus costumbres o vicios. Ninguna puede llamarse más correctamente madre de éstos que la Tierra, por la razón ya demostrada por Macrobio, a saber que los de tal índole no piensan nada elevado, es decir celeste, nada santo, nada justo, el avance de toda su vida se sumerge en las cosas terrenas e inferiores. Pero no es totalmente producto de la ficción que los de esta índole, o los que llamamos así, tuvieron una guerra con el hombre Júpiter, el rey de Creta. Pues se conoce por las historias antiguas que Júpiter llevó a cabo dos importantes guerras, la primera con los Titanes, para liberar a sus parientes apresados con cadenas, la segunda con su propio padre Saturno, tramando la muerte de éste, según atestigua Lactancio *[Div. Inst.,* I, 14, 10-11] y ésta se llama Guerra de los Gigantes y según algunos se suscitó en Flegra, campo de Tesalia, y Saturno fue vencido y puesto en fuga. Del hecho de que le fuera ordenado por un oráculo cubrir su escudo con la piel de Egle y su cabeza con la Górgona, y que Egle fuera ocultada en una cueva por la tierra, entiendo que con los recursos de los rebaños y de los ganados, en los que residen los bienes de los antiguos, que se interpretan como Egle, que significa lo mismo que cabra, y de los frutos de los campos, que se entiende por Górgona, se sobrellevaron los mayores gastos de las guerras; y así se cubrió el escudo de Júpiter, es decir se obtuvo una protección, y se cubrió su cabeza, esto es, se apuntaló con decisiones para las cosas apropiadas. Al acabarse éstos, a saber el usufructo de los bienes, se dice que Egle está escondida y entonces los enemigos se atreven a levantarse contra el enemigo como si estuviera desarmado. Sólo existiendo éstos y Palas, que debe ser entendida aquí por disciplina militar, se llega a la victoria. Con el hecho de que fueran precipitados en el Infierno, pretendieron demostrar los creadores de la ficción que se humillaba y derribaba la insolencia de los soberbios.

También a esta guerra de los Gigantes se añaden muchas cosas que no se han puesto aquí, a saber que colocaron montes sobre montes para subir hasta el cielo[168] y que hicieron algunas cosas que deben referirse a las acciones de los guerreros. Pues levantan fortificaciones y colocan torres sobre los montes para ocupar el cielo, esto es el reino del enemigo, todas las cuales son finalmente derribadas por el vencedor, como fue hecho por Júpiter. Sobre esta guerra de Gigantes y dioses Varrón[169] parecía pensar de manera distinta, ya que dice que tuvo lugar cuando acabó el diluvio, afirmando que algunos, durante el diluvio, se habían refugiado con todas sus provisiones en los montes, los cuales fueron más tarde atacados por otros que habían descendido de otros montes. Y, tal como estaban arriba, fácilmente rechazaban a los que llegaban; de ahí se creó la ficción de que los de arriba eran los dioses y los de abajo los hijos de la tierra; y puesto que, al ascender desde los valles a las cumbres, colocando por delante el pecho, parecía como si reptaran, según la costumbre de las serpientes, se dijo que ellos tenían pies de serpientes. El hecho de que por miedo a Tifoeo los dioses huyeran hasta Egipto con sus figuras cambiadas, tiene un significado muy distinto del histórico o moral. Pues por Tifoeo, que fue hijo de la Tierra, debe ser entendida la propia tierra, y sobre todo esa parte que es habitada por nosotros los septentrionales, de la que los dioses, esto es el Sol, por el que debe entenderse, como opina Macrobio en el libro de los *Saturnales,* el restante grupo de dioses, huyen en el momento en que el Sol, vuelto por el equinoccio de otoño hacia el polo antartico, empieza a declinar, porque entonces se aleja el sol de la tierra, a saber de nuestra región, ya que somos septentrionales, y se dirige a Egipto, es decir al Austro o a las regiones australes. Quizá se ha añadido más para adorno de la ficción que por otra causa que los dioses se metamorfosearon. Pues, como dice Agustín en *Sobre la Ciudad de Dios:* «No debe pensarse que las hazañas que se cuentan tienen algún significado, sino que junto a aquellas que tienen algún significado se entrelazan las que nada significan. Pues la tierra es hendida sólo por la reja del arado pero, para que esto pueda suceder, son necesarios también los otros miembros del arado, y sólo unos nervios en las cítaras y en los instrumentos musicales de este tipo se acomodan al canto pero, para que puedan adaptarse, se colocan también otros en las junturas .de los órganos que no son golpeados por

[168] Esto es en realidad lo que hicieron los Alóadas, Oto y Enaltes, no los Gigantes.
[119] Citado por Servio, *Aen.,* III, 578.

los que cantan pero las que resuenan al ser golpeadas se unen a éstas». Esas cosas Agustín. Y aunque no tenga apenas que ver con nuestra intención, para que no parezca que evitamos el trabajo, enlacemos lo que han podido significar en aquellas figuras. Dice, pues, Ovidio que Júpiter se convirtió en carnero, para demostrar en éste la naturaleza de Júpiter. El carnero es un animal manso y amigable, que a nadie daña si se le deja en su tranquilidad. Es además de mucha utilidad, pues basta uno solo al rebaño de ovejas para procrear una abundantísima descendencia, y además es no sólo el macho del rebaño sino también el guía, porque si el pastor se aleja, él mismo se pone delante a la cabeza del rebaño y lo conduce, por un camino recto, a los apriscos. Cosas que parecen ajustarse entre otras muchas a Júpiter. En efecto, es un planeta benigno y apacible, a no ser que sea alterado por la conjunción de otro; y del mismo modo útil, porque impulsa a salir a los fetos de las mujeres cuando se ha cumplido el tiempo y los saca a la luz y ayuda a todos, tal como su propio nombre significa; así también es guía del rebaño, es decir rey y señor de los dioses, como afirma toda la equivocación pagana. Pienso, por otra parte, que el Sol se convirtió en cuervo para que igualmente se evidenciara una de las propiedades del Sol; porque creyeron los antiguos que el cuervo poseía una cierta facultad de presagiar y, puesto que el Sol es llamado el dios de la adivinación, como se dirá cuando se hable de Apolo, a él mismo le consagraron el cuervo que, como dice Fulgencio *ÍMit.,* I, 13], es el único entre las aves que tiene sesenta y cuatro inflexiones de voz, causa por la que era un ave muy grata a los antiguos augures para tomar los augurios. Que Baco se convirtió en macho cabrío conviene al tiempo invernal pues el vino, esto es Baco, obligado por el frío del invierno, concentra en sí sus fuerzas; y puesto que parece de menos valor de lo que es, por la acción del frío es bebido más fácilmente por los ignorantes, pero una vez que ha sido bebido, aumentado por el calor del estómago, se extiende y a la manera de macho cabrío se dirige a los lugares más elevados y hace que los hombres, calentados, se hagan más atrevidos y se lancen a lo más alto. Se ha dicho que la luna se convirtió en felino, esto es en gamo [170] para designar su velocidad, puesto que el gamo es un animal muy rápido y no le ha sido concedido por la naturaleza para su protección otra arma que la huida, y así la luna es la más veloz de los planetas. Sostuvieron que Juno

[170] Boccaccio sigue a Ovidio, *loe. ct.,* y dice que la Luna se convierte en *feles:* gata, y explica luego que en *damma:* gamo, sin decir cómo llega a esta conclusión.

se metamorfoseó en una vaca blanca porque la vaca es un animal fértil y también la tierra, a la que algunas veces pretenden llamar Juno; y blanca porque en invierno se cubre de nieve. Con el hecho de que Venus se convirtiera en pez se indica su gran humedad o que Venus tiene fuerza con la humedad. Se dice que Mercurio se convirtió en ibis porque es un ave que se asocia con la cigüeña, con lo que se pone de manifiesto la armonía de Mercurio con todos y así como la cigüeña es enemiga de las serpientes, así Mercurio desvanece los engaños. Según Teodoncio, Júpiter se convirtió en águila para que por el águila, que vuela más alto que las restantes aves, se entiendan sus elevadas acciones. Pienso que Cibeles se metamorfoseó en mirlo porque, ya que es la Tierra y el mirlo es un ave que vuela siempre a ras de tierra, se entiende Tierra por mirlo. Dice que por la anguila en la que se transformó Venus debe comprenderse lo resbaladizo de esta Venus. Por Pan, convertido de medio cuerpo para arriba en macho cabrío y en su parte inferior en pez, entiendo todo el mundo a cuyo frente está la naturaleza de las cosas, es decir Pan, y que en su parte superior, esto es en la tierra que está por encima del agua, alimenta a los machos cabríos y a los otros animales, pero en la parte inferior, esto es en el agua, se le imagina como un pez porque produce y alimenta a los peces.

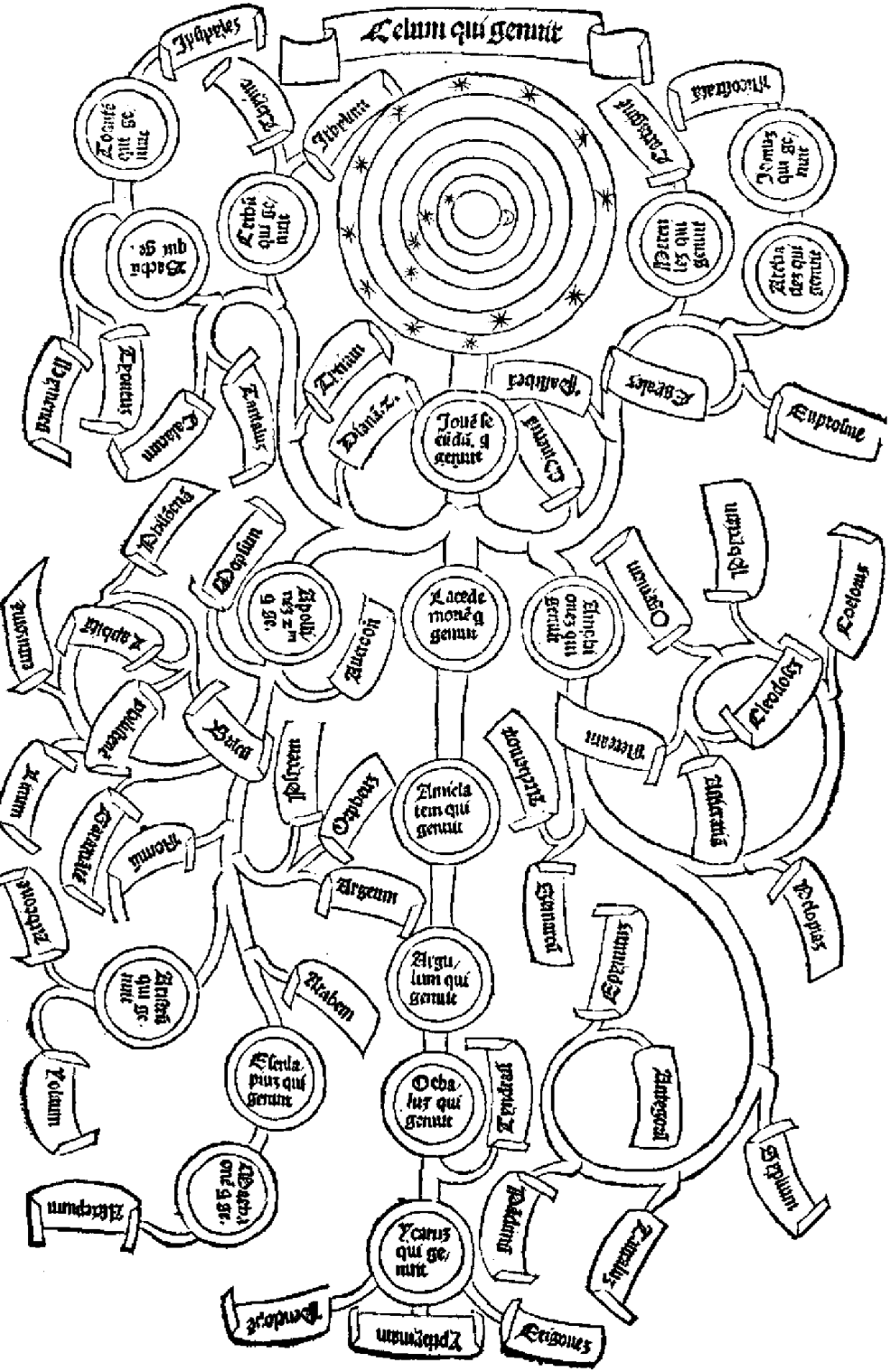
Sin embargo, puesto que ya está explicada toda la descendencia de Titán, pongamos fin a este libro.

Termina el Libro Cuarto de la Genealogía de los dioses paganos.

COMIENZA FELIZMENTE EL LIBRO QUINTO DE LA GENEALOGÍA DE LOS DIOSES PAGANOS, SEGÚN JUAN BOCCACCIO DE CERTALDO

En el árbol grabado a la derecha se pone en la raíz a Cielo, porque fue el padre del segundo Júpiter cuya descendencia, aunque no toda ya que Dárdano se reserva para otro libro que sigue a éste, se describe en este árbol, tanto en sus ramas como en sus hojas.

Et Iouis in quinto soboles sed Dardanus extra.



Proemio

Todavía no había terminado por completo de llevar al centro la altiva descendencia de Titán y he aquí que todos los vientos, que acerca del comienzo me habían zarandeado desde las profundidades hasta la superficie del mar, como si se retirasen a la cueva de Eolo reclamados por sus órdenes, se aquietaron y la vela, hinchada hasta entonces, sin energía y decaída se pegó al mástil. Yo, al ver esto, me di cuenta al instante de que había que descansar poco. ¡Y no es admirable! Si Júpiter se cansó lanzando rayos, ¿qué podría pensar sobre mí al verme describir las altivas costumbres de la criminal raza? Por tanto avanzo hacia la playa, subo a un montículo para ver en dónde me había dejado el impetuoso soplo, y mientras dirijo mis ojos en derredor, reconocí bajo mis pies el suelo del Ática y, ávido de ver por completo todas las cosas en el contorno, no miraba con un orden determinado sino que, de la misma manera que la memoria reproducía el pasado, así llevaba yo mis ojos ahora por aquí ahora por allá. Y en primer lugar contemplé atentamente durante algún tiempo las elevadas cimas de los montes de Arcadia y los declives de bosques, diciéndome a mí mismo: Mercurio niño vivió en éstos, a través de aquéllos conducía Diana sus coros, corría Atlas y Partenopeo, todavía pequeño, adquirió la costumbre de hostigar a los ciervos, en aquéllos se ocultó la virgen Calisto. Volviéndome de repente desde allí hacia el litoral, no diré que vi Atenas, sino que contemplaba sus vestigios casi quemados y escasos.

Me reí de los dementes juicios de nuestra naturaleza mortal, con los que engañada la Antigüedad, cuando pensaba que aquélla iba a ser eterna, arrastró primero a los dioses a la discusión del nombre que debía ponérsele y después la llamó inmortal tras la decisión de éstos; ahora, con el paso de unos pocos siglos, da testimonios con sus ruinas de que ha llegado a su fin. En efecto, nosotros y todas nuestras cosas corren hacia la muerte con paso rápido. Sin embargo, por más que la ciudad o más bien el cadáver de la ciudad estuviera aniquilado, empecé a recordar con cuánta luz de filósofos y poetas, con cuánta magnificencia de todos los estudios, con cuánta gloria de reyes y caudillos, con cuánto poder destacable, con cuánto fulgor de victorias brilló mucho tiempo antes y me horroricé al ver que todas las cosas yacían abatidas bajo el vergonzoso montón de las ruinas de templos y santuarios. Me hizo apartarme de esta consideración el Parnaso de dos cimas, casi colocado ante mi presencia, rebosante de muchos poemas y que estaba perfumado con los laureles de los poetas, antiquísima y agradable morada de las Musas; mientras lo contemplaba con una cierta veneración de la mente y me compadecía de la solitaria fuente Castalia, vi el viejo engaño del antiguo enemigo, a saber el antro del Apolo Deifico, desde donde los enigmas que de él salían y las respuestas que se envolvían en sí mismas, como una Caribdis que tragara todas las cosas y las arrojara al precipicio de la perdición eterna, encogieron durante mucho tiempo las infelices almas de los paganos; sin embargo mudo y sin lengua, no adornado con estatuas de oro, no resplandeciente con piedras preciosas, sino cubierto casi por entero con los anillos de las serpientes que se arrastran hasta su falda, queriendo así la sagrada luz que no con palabras embrolladas, sino con las de los santos profetas que son de esta era, se muestre a la posteridad los misterios de la esperada salvación con pulido lenguaje. Desde aquí se dirigió mi atención a la Tebas de Beocia, no lejos de este lugar, en la que, mientras busco con el ojo de la mente, entre los montones de ruinas y los grandes edificios de los antiguos, tristes por su vergonzosa caída, las cunas de Baco y de Hércules, el repulsivo olor de la descomposición de Learco estrellado contra una roca, de Penteo descuartizado, del despedazado Acteón y de las heridas fraternas me empujó hacia otra parte y dirigiendo mi mirada hasta Lacedemonia, ni siquiera digo que contemplaba las ciudadelas de Agamenón y la abominable belleza de Helena y las sagradas leyes de Licurgo y las señales de un imperio enorme, sino que apenas pude reconocer el lugar donde se asentó el otro ojo

de Grecia. Y por esta causa confié mis ojos a la fortaleza de Corinto que casi se eleva hasta los astros, acordándome la Lacedemon y de Sísifo. Pero, ¿por qué más? Mientras me distraigo así, clementísimo príncipe, advertí que se recuperaban las fuerzas que había debilitado la fatiga del día anterior y que vuelvo a ser llevado al camino iniciado por una brisa suave. Por esta razón, abandonado el montículo, como si hubiera sido advertido sobre el camino futuro, volví a introducirme en la pequeña barquilla y, siendo invocado el nombre de Aquél que mucho tiempo antes convirtió en agradable vino las aguas insípidas de Cana, confié la vela a los vientos para describir la importante prole del segundo Júpiter.

CAPÍTULO PRIMERO

Sobre el segundo Júpiter, noveno hijo del Cielo, que engrendró quince hijos, de los cuales fue la primera Diana, 2° Apolo, 3° Titio, 4° Baco, 5° Anfión, 6." Zeto, 7° Calato, 8.ª Pasitea, 9.ª Egialea, 10.ª Eufrósine, 11° Lacedemon, 12° Tántalo, 13° Hércules, 14.ª Minerva, 15." Arcas

Antes, en el libro tercero, se ha hablado sobre el Cielo, hijo del cual atestigua Tulio en *Sobre la naturaleza de los dioses* [III, 21, 53] que fue el segundo Júpiter y dice que nació en Arcadia, si bien no dice de qué madre. Aunque yo crea que las acciones de éste fueron importantes, sin las que no hubiera podido ser merecedor de tan destacado nombre, sin embargo la fama o los monumentos de los antiguos han traído pocas hasta nosotros y, si han llegado algunas, no se sabe con bastante seguridad si son suyas o más bien del primer o tercer Júpiter. Pero explicaré las pocas que dice Teodoncio que son suyas. Sostiene, pues, Teodoncio que fue éste un hombre insigne primero entre los suyos y que allí mismo, a causa de los miembros humanos que fueron colocados ante él por Licaón, rey de los Arcadios, en un banquete, venció en un combate a Licaón y le quitó el reino, y entonces, a causa de' la justa venganza que tomó del inicuo rey, empezó a ser llamado por primera vez Júpiter. Sin embargo Leoncio lo llama arriba, donde se habla de Licaón, Lisanias, al que nosotros hemos llamado el primer Júpiter y rey de los Atenienses; y por este motivo no tengo qué

decir a no ser que uno más sabio que yo, si puede, lleve a la concordia las opiniones tan discrepantes entre sí. Dice Teodoncio que después de estos hechos se trasladó a Atenas y allí mismo estuvo en la cumbre más elevada y, a causa de la violación de Latona, tuvo una gran guerra contra Ceo y tras haberlo vencido con la mayor gloria volvió a Atenas, inmoló un buey al primer Júpiter e instituyó en Atenas muchas cosas que concernían a la loable civilización; por la acción de estas causas fue llamado Júpiter con el acuerdo general de los hombres. Su época no se sabe con seguridad. Sin embargo hay quienes creen que fue Cécrope, el primer rey de los Atenienses, pero se aparta de esto la opinión general, ya que Cécrope fue egipcio y Júpiter arcadio. Otros dicen que fue más antiguo, pero ninguno indica la época exacta y por ello omitámosla.

CAPÍTULO II

Sobre Diana, primera hija del segundo Júpiter

Diana, según el testimonio de casi todos los poetas, fue hija de Júpiter y de Latona, dada a luz en el mismo parto que Apolo, como se ha demostrado antes al hablar de Latona. Sostuvieron los antiguos que ésta era célebre por su perpetua virginidad y puesto que, despreciada la unión con los hombres, vivía en las selvas y pasaba el tiempo cazando, la describieron ceñida de arco y flechas y la llamaron diosa de los bosques y de los montes, afirmaron que utilizaba un carro tirado por ciervos y que hacía uso de la compañía, los servicios y la sumisión de las ninfas. Acerca de ella habla así Claudiano en *Sobre las alabanzas de Estilicón* [II, 285-292]: «Ha dicho y en seguida se dirige desde los frondosos Alpes al otro lado del mar. Se uncen a su carro los ciervos que, para ser ornato de la diosa, concibió la Luna cargada de rocío en fértiles cavernas en el umbral del comienzo del cielo; su nitidez es igual a la de las nieves que no han sido tocadas, su frente de color distinto produce brotes de oro y sus cuernos, que igualan en extensión a las más elevadas hayas, se alzan erguidos en un ramificado metal. Opis sujeta los frenos, etc.». Y un poco después [246-58] sigue: «Y no denuncia su sexo la vigorosa virginidad, los cabellos en desorden, dos cinturones impiden que el vestido cuelgue hasta la pierna; va delante de sus amigas la rubia Leontodame, la sigue Nebrófone,

nodriza de Liceo, y Tero que con sus dardos subyuga el Ménalo; se da prisa desde el Ida de Creta Britomartis y Licaste, que nunca ha de ceder en su carrera ante los Zéfiros. Se unen las gemelas Agapente, temible para las fieras, y su hermana Opis, divinidad deseada por los cazadores; linaje de Escitia, Délos, empujada desde los fríos hiperbóreos, las hizo diosas y señoras de los bosques. Llegaron estas siete cabecillas, avanza otro ejército de Ninfas, hermoso batallón de Diana, etc.». Y dice también aquí él mismo [292-3]: «Opis sujeta los frenos, Licaste lleva las redes poco tupidas y las mallas de oro, etc.» Sostuvieron además que ésta era protectora de los caminos y junto con la luna la llamaron con muchos nombres. Así pues, con estas premisas, hay que prestar atención a qué debe ser entendido a través de ellas. En efecto, fue esta mujer hija del Júpiter humano y de Latona y es posible que fuera una mujer hombruna, como hay algunas, que aborreciera por completo la unión con los hombres y así se distinguiera por su perpetua virginidad y se dedicara a la caza. Y puesto que estas cosas parecen acomodarse a la luna, que con su frío tiene que frenar los apetitos amorosos y recorrer de noche con su luz los bosques y los montes, le aplicaron las cosas concernientes a la luna como si fuera la propia luna, o más bien creyeron los ignorantes que lo era, de la misma manera que muchas veces se ha dicho antes acerca de algunos otros. Y puesto que cuando se ha hablado de la luna casi no se ha dicho nada sobre esto, sigamos un poco más extensamente. Por tanto Diana está ceñida con un arco y un carcaj para que por esto se entienda la luna y la misma que lanza rayos, que deben ser interpretados en lugar de flechas, y flechas porque algunas veces son perjudiciales y mortales. Se la ha llamado diosa de los bosques y montes porque parece ser propio de la luna fertilizar las plantas y las hierbas con sus humedades, mantenerlas en su verdor e incluso procurarles renuevos. Y se le añade el carro no sólo para que se deduzca de esto el recorrido del cielo que lleva a cabo incluso con más rapidez que los restantes planetas, sino para que se designen los rodeos de los cazadores en los montes y bosques. Se dice que éste es llevado por ciervos porque parece que el ansia de los cazadores es atraída por los animales salvajes. Se añade que son blancos porque entre los colores la blancura ha sido asignada por los físicos a la luna. Debe entenderse que tiene como compañeras a las ninfas por la continua humedad, de la que es abundante, puesto que ninguna otra cosa es más ninfa que el agua, o su constitución húmeda, como se mostrará con toda claridad más adelante cuando se hable sobre las ninfas; el hecho de que se le

hayan asignado tareas a las ninfas, se ha añadido para adorno de la ficción, o bien que queramos decir que las humedades se someten a las influencias de la luna. Sostuvieron también que era protectora de los caminos porque al vencer con su luz las tinieblas de la noche los devuelve accesibles a los caminantes, o bien porque los caminos son iguales en esterilidad a Diana virgen. Afirmaron que se la llamaba Diana, según dice Rábano en el libro *Sobre el origen de las cosas* [111, 430 D], casi como «duana», porque aparece de noche y de día y así parece servir con celo a ambos. Pero Teodoncio piensa de otro modo, como se ha dicho en otra ocasión; este planeta, pues, se llama luna cuando brilla al atardecer, pero Diana cuando se dirige con su luz hacia el día y entonces es muy adecuado para los cazadores y caminantes; y entonces se la llama virgen porque, después de haber recorrido la mitad de la bóveda celeste, no lleva a las plantas alimento eficaz ni aporta a los recién plantados un crecimiento útil, como hace cuando se dirige al lugar opuesto alejándose del Sol. Se la ha llamado Cintia del monte Cinto, en el que se la honraba en especial; sobre los restantes nombres se habla en otro lugar.

CAPÍTULO III

Sobre Apolo, segundo hijo del segundo Júpiter, que entre hijos e hijas engendró dieciséis, cuyos nombres son éstos: La primera Lápita, 2.ª Eurínome, 3° Mopso, 4° Lino, 5° Filístenes, 6° Garamante, 7° Branco, 8° Filamon, 9." Orfeo, 10° Aristeo, 11° Nomio, 12° Autuco, 13." Agreo, 14° Esculapio, 15.ª Psique, 16° Árabe

Apolo fue igualmente hijo de Júpiter y de Latona y dado a luz en el mismo parto que Diana, como se ha presentado antes cuando se habló sobre Latona. Acerca de éste se cuentan muchas cosas que quizá fueron no menos de otros que suyas, puesto que Cicerón *[Nat. dioses,* III, 23, 57] escribe que además de éste hubo otros tres Apolos. Pero, dado que todos los poetas se inclinan hacia éste como si él fuera el único Apolo y ya que no se muestra con suficiente nitidez lo que hubo de los otros, es necesario que a éste se le atribuyan todas las cosas. Así pues, tras la fábula de su nacimiento dijeron que fue dios de la adivinación y de la sabiduría y descubridor del arte de la medicina. Además dicen que mató a los

Cíclopes y por ello, privado durante algún tiempo de divinidad, apacentó los rebaños de Admeto, rey de Tesalia. Sostuvieron además que, al haberle regalado Mercurio una cítara, él estaba al frente de las Musas del Helicón, a saber para que, al tocar él la lira, las Musas cantaran. De manera similar dijeron que era imberbe y le consagraron el árbol del laurel, los grifos hiperbóreos, el cuervo y el poema bucólico. Lo llamaron con muchos nombres y le atribuyeron muchos hijos; es larga esta serie de fábulas y, si queremos extraer su significado, antes de nada es necesario advertir que es preciso que unas veces lo entendamos como hombre, tal como fue, y otras como el Sol. Fue por tanto éste un hombre e hijo del segundo Júpiter y de Latona, como muy a menudo se ha dicho. Pero Tulio en *Sobre la naturaleza de los dioses* dice que fue hijo del Júpiter Cretense y que vino a Delfos desde los montes Hiperbóreos. Y si así fuera, serían falsas muchas de las cosas dichas arriba. Pero, salvado siempre el respeto a Cicerón, yo no lo creo, ya que Eusebio dice en el libro de los *Tiempos* [51, 24-25] que Apolo y Diana nacieron de Latona reinando en Argos Esténelas y en el cuarto año de su reinado, que fue el año 3711 del mundo, porque a través de los escritos del mismo Eusebio se comprende que el Júpiter Cretense vivió mucho después. Teodoncio dice que fue hijo del segundo Júpiter, que reinó en Arcadia, descubrió nuevas leyes para ellos y fue llamado Nomio y que a causa de la excesiva severidad de las leyes fue expulsado del reino por sus subditos, buscó refugio en casa de Admeto, rey de Tesalia, y gracias a la cesión de Admeto gobernó sobre algunos pueblos junto al río Anfriso, de donde nació la fábula de que, privado de la condición divina por haber matado a los Cíclopes, apacentó los rebaños de Admeto. Sin embargo dice el mismo Eusebio que Apolo el hijo de Latona no fue aquél del que los antiguos adquirieron la costumbre de recibir respuestas, sino el que sirvió a Admeto y así aquél que, según dice Tulio, vino a Delfos desde los Hiperbóreos, puede ser el hijo del Júpiter Cretense. Acerca del nacimiento de éste y de los sucesos en torno a él se han dicho muchas cosas en lo que precede, donde se habla de Latona, y podrían leerse muchas más escritas por Macrobio en el libro de los *Saturnales,* que en verdad son de utilidad aunque no se diferencian mucho de lo escrito antes y por ello no las he añadido. Fue además éste, según afirma Teodoncio, el primero que conoció los poderes de las hierbas y adaptó sus cualidades en provecho de los hombres y por ello no sólo fue considerado el inventor de la medicina, sino un dios, ya que muchos enfermos obtenían la salud con sus remedios. Y, puesto que él en persona había encon-

trado los acordes de los latidos humanos, dicen que le fue concedida una cítara por Mercurio, príncipe de los números y de las medidas, pretendiendo que se entienda que así como por los distintos sonidos de la cítara, que se originan a consecuencia del diferente contacto con las cuerdas de la lira, se produce 1& melodía, si se toca como es debido, así de los diferentes movimientos de los latidos, si se distribuyen adecuadamente, cosa que concierne al médico, se produce la armonía de la salud del cuerpo bien ordenado. Y puesto que, una vez vistos los síntomas de las enfermedades a muchos les predecía la muerte, a muchos también la curación, se le atribuyó la capacidad divina de la adivinación. Y así se le consagraron el laurel y cuervo porque, como se ha dicho en otras ocasiones, si las hojas de laurel se enroscan a la cabeza del que duerme, predicen que ha de ver sueños verdaderos, lo que es una especie de adivinación. Así también el cuervo, como se ha dicho, tiene sesenta y cuatro inflexiones de voz, a partir de las cuales aseguraban los augures que obtenían muy bien el futuro, cosa que también se añade para designar la adivinación. Decía además Alberico *[Mit Vat.,* III, 8, 1] que se creó la ficción de que había matado a Pitón porque Pitón se interpreta como el que quita la credibilidad, sustracción de credibilidad que se quita de en medio cuando se anuncia la claridad de la verdad, cosa que se realiza por la luz del sol. Pero entonces es el planeta, no el hombre, a través del cual también, como afirman los matemáticos, se muestran a los mortales muchas cosas futuras. Por otra parte, se le consideró dios de la sabiduría a causa de los consejos saludables que daba acerca de las enfermedades a los que se los pedían, además de que, cuando se interpreta como el sol, con su luz pone de manifiesto las cosas que han de ser evitadas y las que deben imitarse, lo que es propio del sabio. Dicen que el planeta Sol es imberbe porque siempre es joven como si naciera de nuevo cada día. Sostuvieron que cantaba con la lira y que estaba al frente de las Musas porque pensaron que éste era el moderador y príncipe de la melodía celeste y que entre las diferentes órbitas de las nueve esferas, como si estuviera entre las nueve Musas, mostraba con su conocimiento y manifestación las medidas de estas mismas. Ahora sobre los nombres. Se llama Apolo porque, como dice Fulgencio *[Mit.,* I, 12], se interpreta como el que destruye y porque hay algunos pueblos de los Etíopes que lo maldicen al salir con todos sus deseos porque a causa de su excesivo calor junto a ellos, aniquila todas las cosas; y es por ello, como dice Servio *[a Buc,* V, 66], por lo que Porfirio, en el libro que llama *Sol,* dice que es

triple el poder de Apolo, a saber que él entre los dioses de arriba es Sol, Padre Líber en las tierras y Apolo en los Infiernos, y de ahí que le hayan sido añadidas por los antiguos tres distintivos a su estatua, a saber la lira, mediante la que querían entender la imagen de la armonía celeste, el escudo con el que pensaron que se entendía como divinidad de la tierra, y las flechas por las que se le juzga como dios de los infiernos y perjudicial; y por ello parece que Hornero lo llamó autor tanto de la peste como de la salud [m], cosa que también parece pensar Horacio en el *Canto secular* [33-34] cuando dice: «Escondido el dardo, escucha benigno y apacible a los niños suplicantes, Apolo, etc.». Se le llama también Nomio, que en latín significa pastor, de donde se ha tomado que se le imagine pastor de Admeto; y por ello, como si fuera pastor, se le ha consagrado el poema bucólico, porque es una poesía pastoril. Se le llama Cintio del Cinto, en el que se le rendía culto con gran solicitud.

CAPÍTULO IV

Sobre Lápita, primera hija de Apolo

Lápita, según opina Isidoro en el libro de las *Etimologías* [IX, 2, 70], fue hija de Apolo, aunque Papias testimonia que fue un varón. De ella, según afirma Rábano, reciben su nombre los Lápitas, pueblos de Tesalia. Esto es un signo de no pequeña importancia, a saber que fue ésta una mujer notable, puesto que de ella recibieron su nombre eminentes pueblos. Puede ser cierto que fuera hija de Apolo, como si fuera un hombre, y puede haberse creado la ficción como si lo fuera del Sol a causa de su hermosura, o su sabiduría, o su habilidad para hacer augurios.

[171] Desde Porfirio hasta aquí reproduce casi literalmente las palabras del *Mitógrafo Vaticano III,* 8, 16.

CAPÍTULO V

Sobre Eurínome, segunda hija de Apolo

Afirma Paulo Perusino que Eurínome fue hija de Apolo y que se casó con Tálao[m] y le dio como hijos a Adrasto, rey de los Argivos, y a Erifile, esposa de Anfiarao.

CAPÍTULO VI

Sobre Mopso, tercer hijo de Apolo

Mopso, dice Teodoncio, fue hijo de Apolo e Imante, unido a Jasón con gran y fiel amistad, según atestigua Estacio [III, 521]: «Muy a menudo en las situaciones críticas Mopso era escuchado por Jasón». Este, según opina Lactancio, fue muy diestro en la adivinación y estuvo al frente del bosque Grineo, donde había un oráculo de Apolo, según dice Servio *[a Buc,* VI, 72], Fue pues un hombre hasta tal punto respetado en su época que después de su muerte se le dedicaron templos y de sus entrañas se recibían respuestas por los que las pedían. Sin embargo Paulo dice que no fue hijo de Imante, sino de Manto, la hija del tebano Tiresias. Dice además Pomponio Mela [I, 14, 79] que éste fundó la ciudad de Faselis, en las fronteras de Panfilia, y no mucho después afirma el propio Pomponio [I, 17, 88] que Manto, al escapar de los vencedores de Tebas, levantó el templo del Clario[173] en Lébedo de Jonia, cerca del río Caistro y que no lejos de él su hijo Mopso fundó Colofón. Sin embargo Eusebio [60, 19-20] dice que Mopso reinó en Cilicia cuando Agamenón reinaba en Micenas y que por él son llamados Mopsucrenas y Mopsuestias. A los que dicen que Manto fue madre de éste se oponen los que afirman que Manto, después de la guerra de Tebas, emigró a Italia y llegó a la Galia Cisalpina.

[172] La esposa de Tálao es Lisianasa, la hija de Pólibo.
[173] Uno de los sobrenombres de Apolo.

CAPÍTULO VII

Sobre Lino, cuarto hijo de Apolo

Lino, según escribe Lactancio [*a Teb.,* VI, 64], fue hijo de Psámate y de Apolo, acerca del cual relata la siguiente fábula. Que, después de haber matado Apolo a la serpiente Pitón y como buscaba un sacrificio expiatorio de la matanza llevada a cabo, fue acogido en su casa por Crotopo, rey de Argos, donde se unió furtivamente a Psámate, doncella e hija del propio Crotopo. Esta tras haber concebido y, al cumplirse el tiempo, dado a luz a escondidas a un niño a las orillas del río Ñemeo, lo llamó Lino y, según opinan algunos, lo expuso, y así descubierto por unos perros fue devorado. Pero otros dicen que lo entregó a un cierto pastor para que lo alimentara, aunque un día cuando, por negligencia del pastor, el niño estaba tumbado en la hierba, fue devorado por los perros. Cosa que parece testimoniar Estacio [VI, 64-5] al decir: «Centellean; en medio del acanto está bordado Lino y los perros que llevan la muerte, etc.[174]». Apolo, enfurecido porque su hijo había sido devorado por los perros, envió un monstruo a la región que lo asolaba todo, al que poco después mató Corebo. Pienso que dio motivo para esta ficción algún animal causante de muerte que quizá apareció en el momento en que este niño fue destrozado por los perros; puesto que esto pareció impío, se dijo por ello que se había enviado el monstruo. Hubo además otro Lino que fue hijo de Apolo y fue considerado admirable en la música, sobre el que habla Virgilio [*Buc,* IV, 55-56]: «No me vencerá con sus cantos ni el tracio Orfeo ni Lino, etc.».

CAPÍTULO VIII

Sobre Filístenes, quinto hijo de Apolo

Filístenes, según opina Servio [*a Buc,* I, 65], fue hijo de Apolo y de Cantilena, del que dice que fundó la ciudad de Oaxis en la

[174] Estacio dedica todo el final del libro I de la *Tebaida* al pasaje de Lino y Corebo. Aquí, en el libro VI, hace alusión a su muerte al describir la tumba de Ofeltes, ya que quiere establecer una relación entre los dos niños. Cf. *ANUM,* XXXVII, pp. 17-45.

isla de Creta y la llamó con su nombre, de donde Varrón: «Grandes partos que Cantilena tuvo con dolor y deseando romper el dolor del gemido con sus palmas a Oaxis, etc.[175]». Por tanto, si la llamó Oáxide por su nombre, necesariamente tuvo dos nombres. Yo pienso que sobresalió en el canto y de ahí se creó la ficción por parte de los poetas de que era hijo tanto de Cantilena como de Apolo.

CAPÍTULO IX

Sobre Garamante, sexto hijo de Apolo

Garamante, como dice Rábano en el libro *Sobre los orígenes de las cosas* [111, 444 C], fue hijo de Apolo y de éste, como él mismo dice, recibieron su nombre los Garamantes, pueblo de Etiopía, y Garama, la ciudad construida en Etiopía. Yo creo que se creó la ficción de que éste era hijo de Apolo porque reinó allí mismo donde, en efecto, a causa del excesivo calor, casi destruye todas las cosas y, puesto que eligió estas sedes como si se complaciera con la esterilidad y el calor, fue considerado hijo de Apolo.

CAPÍTULO X

Sobre Branco, séptimo hijo de Apolo

Branco, como dice Lactancio *[a Teb.,* VIII, 198], fue hijo de Apolo, recibido de la hija de Iauce, y esposa de Sucrón. Según Varrón en el libro *Sobre las cosas divinas* existe de éste la siguiente fábula: Un tal Ció, que era el décimo descendiente de Apolo, como en una peregrinación comiera en el litoral y después se marchara, quiza nada sobrio, olvidando a su hijo Sucrón [m], abandonó al niño.

[175] Servio, *Buc,* I, 65, que también cita a Varrón, dice en realidad que un autor, Filístenes, habla de Oaxes, hijo de Apolo, que dio nombre a una ciudad de Creta.

[176] Lactancio, que cita a Varrón, habla de Esmicro y el nombre del que lo acoge es Patrón, no Iauce. La utilización de Iauce quizá se debe a que en el texto de Lactancio aparece *Potrón unice* y así creyera que Patrón es un nombre común y además quizá haya hecho una mala lectura de *unice, nunices M, ioni-*

Este Sucrón, una vez perdido su padre, llegó errante a la dehesa de un tal Iauce y, acogido, empezó a llevar las cabras a los pastos con los hijos de aquél; sucedió que ellos capturaron un cisne y, tras haberlo cubierto con una túnica, discutían los niños entre sí sobre quién debía llevarlo como regalo a su patrón. Cansados finalmente de la contienda, al lanzar lejos la túnica, encontraron a una mujer en lugar del cisne; aterrorizados por este suceso, emprendieron la huida, pero llamados de nuevo por ella recibieron el consejo de que dijeran a su patrón Iauce que honrara a Sucrón. Ellos cuentan a su patrón lo que había ocurrido y lo que habían oído. Entonces Iauce, admirado, empezó a considerar a Sucrón como un hijo y le dio como esposa a su hija, la cual, al estar encinta, vio en sueños que el sol entraba por su garganta y salía de su vientre. Después de esto nació un niño al que llamaron Branco, el cual, puesto que había besado las mejillas de Apolo, apoderándose éste de él, cogió una corona y una vara y empezó a vaticinar, y de pronto ya no apareció más. Después de esto se construyó en su honor un enorme templo, que se llama Branquiadon, y por este motivo se consagraron templos a Apolo Filesio, templos que reciben el nombre de Filesios a partir del beso de Branco o de la disputa de los niños. Pero Lactancio escribe en otro lugar *{a Teb.,* III, 479] que Branco fue un joven Tesalio amado por Apolo al que, lamentando profundamente que hubiera muerto, le consagró un sepulcro y un templo y por ello se le llamó Apolo Branquiades. En la fábula anterior los niños, esto es los ignorantes, capturan un cisne, es decir el augurio del futuro sacerdote; pues el cisne es un ave dedicada al Sol porque conoce de antemano que su muerte está cercana y la anuncia con un canto muy dulce. Por otra parte, del augurio tomado se llega a la locuacidad y por ello se creó la ficción de que el cisne se convirtió en mujer, que es un animal charlatán. A partir de esta locuacidad se produce que Sucrón se haga más querido para su patrón, se convierta en su yerno y que su mujer embarazada vea en sueños que por su garganta se introduce el sol, es decir la influencia celeste para engendrar un hijo apto para el vaticinio, lo que se interpreta por el Sol que, por último, sale del vientre cuando nace el que besa las mejillas de Apolo en el momento en que con placer, sin el que nada se hace, se aplica al estudio del vaticinio y recibe de Apolo la corona y la vara en el momento en que, instruido, toma los distintivos de su doctorado.

ees Pa. En cuanto a Sucrón, sólo aparece en una ocasión de las distintas menciones que hay de este personaje en este texto, en el *Pa.*

Pues con la corona, que es el adorno de la cabeza, se designa la preeminencia que alguien consigue a través de la ciencia obtenida con los estudios. Y por la vara se entiende la potestad de ejercer, que se obtiene con el estudio. Aconteció que él no apareció nunca más porque fue quitado de en medio con la muerte.

CAPÍTULO XI

Sibre Filamon, octavo hijo de Apolo

Filamon fue hijo de Apolo y de Quíone, según testimonia Ovidio. Pues, como él mismo dice [XI, 292-317] Dedalión, hijo de Lucífero, tuvo una hija muy hermosa que, puesto que la amaron al mismo tiempo Apolo y Mercurio y se unieron a ella, concibió de ambos y dio a Apolo un hijo, Filamon, que se distinguió en el canto y en la cítara. Pienso que se creó la ficción haciéndola derivar del suceso; pues Quíone dio a luz en un solo parto a dos hijos, uno de los cuales fue un famoso ladrón[m], del que dijeron que lo había engendrado Mercurio porque le parece a los astrólogos que Mercurio actúa sobre estas cosas; el otro fue un eminente citarista, sobre lo cual piensan que actúa el Sol y por ello lo llamaron hijo de Apolo.

CAPÍTULO XII

Sobre Orfeo, noveno hijo de Apolo

Orfeo fue hijo de la musa Calíope y de Apolo, según dice Lactancio *[Narrac. Fab. Ovid.,* XI, I][178]. A éste, dice Rábano [111, 444 B], le entregó Mercurio la lira hacía poco inventada por él, con la que tuvo tanta eficacia que podía cambiar de lugar las selvas, detener los ríos y hacer mansas a las fieras. Acerca de éste relata Virgilio *[Georg.,* IV, 444, ss.] la siguiente fábula: A saber,

[177] Autólico.
[178] Lactancio, como toda la tradición mitográfica, dice que el padre de Orfeo es Eagro.

que estaba enamorado de la ninfa Eurídice a la que con su canto atrajo a su amor y la unió a él como esposa. Empezó a amar a ésta el pastor Aristeo y un día, mientras se paseaba con las Dríades junto a las orillas del Hebro, intentó apresarla; ella, al huir, oprimió con su pie a una serpiente que estaba oculta entre las hierbas, la cual, volviéndose contra ella, la mató con su venenoso mordisco. Llorando por este motivo, Orfeo bajó a los Infiernos y empezó a cantar con su lira tan dulcemente, rogando que se le devolviera Eurídice, que no sólo arrastró a su compasión a los servidores del Infierno, sino que llevó a las sombras al olvido de sus castigos; consecuencia de ello fue que Prosérpina le devolviera a Eurídice con la condición de que, si no quería perderla, no la mirase hasta que llegara a los lugares de arriba; éste, cuando ya estaba muy cerca, arrastrado por un excesivo deseo de ver a su Eurídice, volvió sus ojos hacia la que iba a su espalda; por lo que sucedió que inmediatamente perdiera de nuevo a su amada. Por esta causa lloró durante mucho tiempo y determinó pasar la vida célibe. Y por esta razón, como dice Ovidio [XI, 1-66], puesto que rechazó a muchas que pedían casarse con él y aconsejaba a los otros hombres que vivieran solteros, cayó en el odio de las mujeres y fue matado con rastrillos y azadones y despedazado por las matronas que celebraban las orgías de Baco junto al Hebro; y su cabeza arrojada al Hebro junto con su cítara fueron transportadas hasta Lesbos donde, al querer devorar una serpiente su cabeza, fue convertida en piedra por Apolo. Y la lira, según dice Rábano, fue llevada al cielo y colocada entre los otros signos celestes. Ciertamente estas ficciones son bellas y artísticas y, para empezar por la primera, veamos por qué se le llama hijo de Apolo y de Calíope. Se llama Orfeo, casi como voz de oro, esto es la buena voz de la elocuencia que es, efectivamente, hija de Apolo, esto es de la sabiduría, y de Calíope, que se interpreta como buen sonido. Le fue dada la lira por Mercurio porque por la lira, que tiene diferentes intervalos de notas, debemos entender la facultad oratoria, que no se configura con una sola voz, es decir con la demostración, sino con muchas, y una vez formada no se encuentra en todos sino en el sabio y elocuente y en el que influye por su buena voz; puesto que todas estas cosas parecen ajustarse a Orfeo, se dicen concedidas a este mismo por Mercurio, el medidor de los tiempos. Con ésta Orfeo cambia de lugar las selvas que poseen raíces muy resistentes y hundidas en el suelo, esto es a los hombres de terca opinión que, a no ser mediante las fuerzas de la elocuencia, no pueden ser apartados de su obstinación. Detiene a los ríos, esto es a los hombres negligentes y lascivos que,

a no ser por las eficaces demostraciones de la elocuencia, se mantienen firmes en su vigor varonil hasta que desembocan en el mar, esto es en la continua amargura. Hace mansas a las fieras, esto es a los hombres sanguinarios y ladrones, a los que muy a menudo la elocuencia del sabio vuelve a llevar a la bondad y humanidad. Tiene éste además como esposa a Eurídice, esto es al apetito sensual natural del que ningún mortal carece; a ésta, que vaga por los prados, es decir por los deseos temporales, la ama Aristeo, esto es la virtud, que ansia atraerla a deseos loables; pero ella misma huye porque el apetito natural rechaza a la virtud y, mientras huye de la virtud, es matada por una serpiente, esto es por el engaño que se oculta entre lo temporal; pues a los que no observan bien, les parece que las cosas temporales están en todo su vigor, esto es que pueden proporcionar la felicidad aunque, si alguien confía en esta apariencia, descubrirá que es llevado a una muerte eterna. ¿Pero qué por último? Puesto que el apetito sensual natural se desliza por completo a los Infiernos, esto es en torno a las cosas terrenas, el hombre sabio con la elocuencia, esto es con las verdaderas demostraciones, intenta conducirlo a las cosas superiores, es decir a las virtuosas. El cual, por último, alguna vez es devuelto y ello cuando el apetito se dirige a cosas loables, .pero se devuelve con la condición de que, al recuperarlo, no mire hacia atrás hasta que llegue a los lugares superiores, esto es que no vuelva a caer otra vez en el deseo de tales cosas hasta que, fortalecido con el conocimiento de la verdad y con la comprensión de los supremos bienes para condenar la inmundicia de las obras criminales, pueda volver los ojos al apetito sensual. Por el hecho de que Orfeo bajara a los Infiernos debemos entender que los hombres sabios alguna vez, a causa de la contemplación, llevan los ojos de la meditación a los asuntos perecederos y a la molicie de los hombres, para que, cuando ven lo que deben condenar, ansien con deseo muy ferviente las cosas que deben ser tomadas. Pero Fulgencio *[Mit.,* III, 10] piensa de un modo muy distinto, porque dice que es propio de la amada, perdida y finalmente recuperada Eurídice la designación de la música, puesto que se llama Orfeo casi como *oraia phone,* que significa la mejor voz, y Eurídice profundo juicio; y por esta razón, porque en los músicos una cosa es la armonía de las notas musicales, otra la realización de los tonos y el valor de las palabras, etc., según dice en *Sobre las Mitologías.* Pero, para volver a aquellas cosas que parecen tener que ver con la muerte de Orfeo, hay que saber, como dice Teodoncio, que Orfeo descubrió en primer lugar los sacrificios de Baco y los ordenó en Tracia

a los coros de Ménades, es decir a las mujeres que sufren la menstruación para durante ese tiempo alejarlas de la unión con los hombres, puesto que no sólo es abominable sino incluso pernicioso para los hombres. Al darse cuenta las mujeres de esto después de un tiempo y pensar que se había descubierto tal cosa para poner de manifiesto su vergüenza a los hombres, se conjuraron contra Orfeo y, sin que él sospechara nada de tal tipo, lo mataron con azadones y lo arrojaron al río Hebro. Lactancio por su parte, en el libro de las *Divinas Instituciones* [I, 22, 15-6], habla así sobre éste: «Orfeo fue el primero en llevar a Grecia los sacrificios del Padre Líber y el primero en realizarlos en un monte cercano a Tebas de Beocia, donde nació Líber, el cual, puesto que él lo hacía resonar muchas veces con el canto de la cítara, recibió el nombre de Citerón. Incluso ahora se llaman órficos esos sacrificios en los que él mismo fue después desgarrado y despedazado, etc.». Decía Leoncio que no era fábula que su cabeza y su cítara hubieran sido transportadas hasta Lesbos, puesto que, así lo contaba la fama, un Lesbio seguidor suyo los había llevado consigo, a causa de su devoción, a Lesbos. Sobre el hecho de que la serpiente, que quería devorar la cabeza de Orfeo, fuera convertida en piedra, interpreto por la serpiente el paso de los años que intentan destruir, como hacen las demás cosas, la cabeza, esto es el nombre de Orfeo, o aquellas cosas que fueron compuestas por el ingenio de Orfeo, puesto que en la cabeza tienen vigor las fuerzas del ingenio; pero se dice que la serpiente se transforma en roca para que se haga evidente que a él no puede ponerle ningún obstáculo el tiempo, que, en efecto, no ha podido actuar hasta el punto de que no sea todavía hoy famoso con su cítara, puesto que está considerado casi como el más antiguo de los poetas. También hay quienes sostienen, y entre estos Plinio en el libro de *Historia Natural* [VII, 56, 203], que fue invento suyo obtener de los otros animales los augurios que al principio sólo se tomaban de las aves. Del mismo modo opinan algunos que fue éste el primero en inventar la cítara, por más que otros la atribuyen a Anfión o a Lino. Nació, pues, en el pueblo de los Cicones, en Tracia, quienes, según afirma Solino en *Sobre las maravillas del mundo* [10, 8], lo tenían en su más alta gloria hasta su época. Sobre su tiempo no parece haber dudas. Pues muchos atestiguan que llegó a la Cólquide con Jasón entre los Argonautas, como Estacio [V, 344]. Acerca de esto escribe también Lactancio en el libro de las *Divinas Instituciones* [I, 22, 17]. Y vivió casi en la misma época en que vivió Fauno, pero puede ser dudoso quién era de más edad. En efecto, si Latino y

Príamo reinaron por los mismos años, así también sus padres Fauno y Laomedonte, en cuyo reinado llegó Orfeo con los Argonautas a las costas de Troya. Estas cosas Lactancio. Por su parte Eusebio en el libro de los *Tiempos* [56, 2-4] dice que vivió siendo Egeo rey de Atenas. Cosas que, en efecto, parecen estar bastante de acuerdo. Pero Leoncio decía que no fue éste el que inventó los misterios órficos, puesto que afirma que aquél fue mucho más antiguo.

CAPÍTULO XIII

Sobre Aristeo, décimo hijo de Apolo, que engendró a Acteón y a Iolao

Aristeo fue hijo de Apolo y de Cirene, hija del río Peneo, como testimonia Virgilio en la persona de Aristeo, al decir en las *Geórgicas* [IV, 321-4]: «Madre, madre Cirene, que posees las profundidades de este torbellino, ¿por qué me engendraste odioso para los Hados de la estirpe ilustre de los dioses, si es cierto, como indicas, que Apolo Timbreo es mi padre, etc.?». Cosa que confirma Justino en la *Epítome de Pompeyo Trogo* [13, 7] al contar la siguiente historia: Que Cirno, a saber el rey de la isla de Tera, tuvo un hijo al que llamó Bato [m] por el impedimento de su lengua para hablar. Pero al venir Cirno a rogar al oráculo de Delfos a causa de la burla de que era objeto su hijo, obtuvo en las respuestas que Bato se dirigiera a África, fundara la ciudad de Cirene y allí mismo obtendría el uso de la lengua; cosa que no se hizo por la falta de población de Tera, como si no tuviera de dónde enviar colonos a África. Finalmente, con el paso del tiempo, forzados por una peste, enviaron tan pocos que apenas se llenó una nave. Estos, al llegar a África, ocuparon el monte Ciras, cautivados por lo agradable del lugar y por la abundancia de sus fuentes. Y allí Bato, soltadas las ataduras de su lengua, empezó a hablar por primera vez como su guía. Por esta razón, de acuerdo con las promesas del oráculo certero, fundaron la ciudad de Cirene. Más adelante se creó así la ficción por los descendientes de que Cirene, doncella de eminente hermosura, fue raptada del monte Pelio de

[179] Significa en griego tartamudo.

Tesalia por Apolo y trasladada a las cumbres de aquel monte cuya colina habían ocupado los que siguieron a su hijo, y que fecundada por él dio a luz cuatro hijos: Aristeo, Nomio, Autuco y Agreo. Pero esta ficción no se aparta de la historia. Pues se dice que la ninfa fue raptada por Apolo porque, por su orden cuando al ser suplicado dio la respuesta, o por obra suya, cuando la peste invadió la isla, se trasladó al monte Ciras y allí dio a luz aunque no a todos, ya que Bato había sido el guía del camino, pero quizá llegó a la edad viril bajo el tórrido sol, es decir bajo Apolo. Sin embargo por Espeo [180] rey de Tesalia y padre de Cirene, que tuvo su reino en las orillas del río Peneo, fueron enviados quienes investigaran a dónde se había ido su hija. Dicen que éstos, al descubrirla, absortos por lo agradable del lugar, se quedaron en estas mismas tierras con Cirene. Cuentan que de estos niños sólo tres volvieron adultos a Tesalia y recobraron los reinos de su abuelo. Entre éstos dicen que Aristeo reinó largo tiempo en Arcadia y que fue el primero en transmitir la utilidad de la abeja y de la miel y la cuajada de leche, y el primero en prensar las olivas en molinos, obtener el aceite y enseñar su uso, según cuenta Plinio en su *Historia Natural* [VII, 56, 199]. Además, convertido en sabio, descubrió el primero el nacimiento del solsticio de verano. Consideradas estas cosas Virgilio escribe acertadamente la fábula de Aristeo, sobre la recuperación de las abejas, al final de las *Geórgicas* [IV, 317, ss.]. Sostienen también que éste recibió como esposa a Autónoe, la hija de Cadmo, y que de ella tuvo a Acteón. Pero, según opina Salustio[m] abandonando Tebas por consejo de su madre, fue a la isla de Ceos, hasta entonces no habitada por hombres, y la dominó aunque la abandonó poco después y fue con Dédalo a Cerdeña en donde, según dice Solino en *Sobre las Maravillas* [4, 2], fundó la ciudad de Caralis [182]. No recuerdo haber leído qué ocurrió después de esto.

[180] Justino, fuente de Boccaccio, habla de Hipseo, como padre de Cirene y no de Espeo.
[181] Citado por Servio, *Georg.*, I, 14.
[182] Actual Cagliari.

CAPÍTULO XIV

Sobre Acteón, hijo de Aristeo

Acteón fue hijo de Aristeo y de su esposa Autónoe, según el testimonio de Estado [IV, 572-4]: «El hijo de Aristeo todavía no cambia la apariencia y la acusación de su metamorfosis: su frente está erizada con los cuernos, en su mano los dardos y rechaza a los perros que abren la boca para herir». Este, como dice Ovidio, fue llamado también Hiantio [183]; pues escribe [III, 146-7]: «Cuando el joven Hiantio con apacible voz anima» [184]. Y hay quienes dicen que tiene este nombre de una doncella enterrada en el lugar en que él nació. Este, según muestra el mismo Ovidio, fue cazador y como un día, cansado por la caza, bajara al valle de Gargafia porque en él había una fuente de agua fresca y cristalina y se acercara a ella para beber, vio a Diana que se lavaba en ella desnuda. Al haber soportado esto muy mal Diana, cogiendo agua con su mano, la arrojó a su cara dicléndole: «Ve y cuéntalo si puedes.» El inmediatamente se convirtió en ciervo hacia el que, al verlo, sus perros corrieron de pronto y, una vez que lo empujaron al monte y lo desgarraron con sus dientes, lo comieron. Fulgencio *[Mit.,* III, 3] escribe así acerca de esta ficción: «Anaxímenes, que habla sobre las pinturas antiguas, dice en el libro II que Acteón amaba la caza, el cual, al llegar a la edad madura, tomando en consideración los peligros de la caza, esto es como si viera desnuda la razón de su arte, se hizo temeroso». Y poco después: «Pero, aunque evitó el peligro de cazar, sin embargo no renunció al afecto de sus perros y alimentándolos sin resultado perdió casi todos sus bienes. Por esta razón se dice que fue devorado por sus perros». Estas cosas Fulgencio.

[183] Hiantio significa Beodo. Para el origen del epónimo cf. Ruiz de Elvira, *Met.*, vol. I, p. 222, nota 85.

[184] Fusión de dos mitades de verso de *Met.,* III, 146-7:

> cum invenís placido *per devia lustra vagantes*
> *participes operum* compellat Hyantius ore.

CAPÍTULO XV

Sobre Iolao, hijo de Aristeo

Dice Solino en *Sobre las Maravillas* [4, 2] que Iolao fue hijo de Aristeo y que tuvo después de él el dominio sobre Cerdeña. Arriba he dicho en su volumen que Iolao fue hijo de Ificles, el hijo de Anfitrión, y que también reinó en Cerdeña, no se si fue el mismo u otro.

CAPÍTULO XVI

Sobre Momio, undécimo hijo de Apolo

Nomio, según escribe Justino en la *Epítome* [XIII, 7], fue hijo de Apolo y de Cirene. Dice Leoncio que fue llamado Apolo, cosa que arriba ha dicho Teodoncio, gobernó sobre los Arcadios y les dio leyes; y, puesto que éstas parecieron ofender a algunos de los nobles, iniciándose entre los Arcadios una sedición que contaba con la ayuda de Aristeo, fue expulsado y Aristeo gobernó en su lugar. Pero él se refugió en casa de Admeto, rey de Tesalia, y apacentó sus rebaños durante siete años y, recuperadas por fin sus fuerzas, puso en fuga a Aristeo y consiguió la verdadera supremacía sobre los Arcadios, puesto que Aristeo se fue a la isla de Ceos; y, dado que había apacentado los rebaños, recibió el nombre de Nomio, que entre los Arcadios significa pastor. Y dice que de aquí tomó el lugar la ficción, a saber que Apolo, despojado de su divinidad por haber matado a los Cíclopes, apacentó los rebaños del rey Admeto. Pero yo no sé qué he de creer más, puesto que por la vejez y la negligencia de los libreros han desaparecido tantos códices que está lejos poder ver una verdad de muchos y por ello se ha dejado un lugar muy extenso para que la mentira ande errante, ya que cada uno escribe sobre los antiguos lo que le agrada.

CAPÍTULO XVII

Sobre Autuco, duodécimo hijo de Apolo

Autuco fue hijo de Apolo y de Cirene, como se ha demostrado antes. Hay quienes dicen que, al alejarse sus hermanos de África y venir a Grecia, se quedó en Cirene y gobernó sobre aquellos que permanecieron allí mismo con él.

CAPÍTULO XVIII

Sobre Agreo, decimotercer hijo de Apolo

Agreo, como ha sido demostrado antes por Justino *[Epit.,* XIII, 7] fue hijo de Apolo y de Cirene. Este, que yo sepa, no ha dejado nada sobre él a la posteridad, a no ser su nombre puro y simple.

CAPÍTULO XIX

Sobre Esculapio, decimocuarto hijo de Apolo, que engendró a Macaón

Esculapio, como atestiguan casi todos los antiguos, fue hijo de Apolo y de la ninfa Corónide. Dice Ovidio [II, 542] que ésta fue de Larisa e hija de Flegias. Al haberla amado Apolo intensamente y haber ido a su lecho, se quedó encinta; poco después el cuervo, ave de Apolo, contó a Apolo que había descubierto que ella se unía a un cierto joven Hemonio; enfurecido por esta causa, Apolo la mató con sus flechas y, arrepintiéndose finalmente de su acto, puesto que con sus remedios no podía hacerla volver de los Infiernos, rasgando su vientre, sacó de él al niño concebido y lo llamó Esculapio y, según se dice, lo confió al centauro Quirón para que lo educara. Al haberlo visto Ocírroe, la hija de Quirón, que era hábil en vaticinar, predijo que volvería a la vida desde los Infiernos a un hombre muerto y que él mismo, fulminado, sería

arrojado a los Infiernos. Esto no careció de efecto. Pues dicen que, al haberse convertido en un médico eminente con su arte, a ruegos de Diana, había vuelto a traer a la vida a Hipólito, reuniendo sus miembros por todas partes, y lo restableció en su primitiva salud; irritado por este motivo, Júpiter, lo mató con un rayo, como testimonia con toda claridad Virgilio [VII, 769-73] al decir: «Vuelto a llamar a la vida con las hierbas medicinales y con el amor de Diana. Entonces el padre omnipotente, indignado de que un mortal saliese desde las sombras infernales a los umbrales de la vida, él mismo precipitó con un rayo en las olas estigias al hijo de Febo, inventor de tal medicina y de tal arte, etc.». Las cosas dichas hasta aquí, como se ve con bastante nitidez, es historia mezclada con poesía. Sin embargo, para que quede pura la historia, hay que apartar las ficciones. Y pienso que debe entenderse así el hecho de que el cuervo acusara a Corónide, a saber que Apolo, con su habilidad para hacer augurios, conoció la corrupción de Corónide y enfurecido la mató encinta. Pienso que el hecho de que con hierbas y con su arte haya vuelto a la vida a Hipólito o, como opina Plinio [XXIX, 1, 3] a Castor, hijo de Tindáreo, muerto por Linceo o Idas a causa de haberle robado sus esposas a Linceo e Idas, sucedió de esta manera: A éstos, o a uno de éstos, que no habían muerto, ya que volver a llamar a alguien desde la muerte a la vida es propio tan sólo de Dios, sino que por la gran cantidad de sus heridas y a causa de la pérdida de sangre se consideraban muertos, puesto que con su arte y su atención los había vuelto a llevar a su primitiva salud, se dijo que los había hecho volver desde los Infiernos a la vida. No es verosímil, sin embargo, que fuera fulminado por Júpiter, sino que yo creo que se ha creado esta ficción porque es posible que, con motivo de la curación, trabajara mucho en la búsqueda de hierbas y de otros remedios y así, fatigado más allá de sus fuerzas, cayera en la fiebre, que de hecho es un rayo de muerte y de fuego, y muriera a consecuencia de la fiebre; o quizá fue fulminado por una desgracia y fue opinión de los ignorantes que le había ocurrido esto por haber hecho volver a los muertos desde los Infiernos y de ahí se dio origen a la fábula. Pero Teodoncio niega que Apolo amase a Corónide y que Esculapio fuese concebido por él, y asegura que éste nació de Hemonio, un joven, y de Corónide, pero es llamado hijo de Apolo por una de estas dos causas, o bien porque su madre murió antes del parto y él fue sacado tras abrir el vientre de ella, cosa que no puede hacerse sin la acción del médico, por el que se imagina a Apolo ya que es el descubridor de la medicina; y así es hijo de

Apolo porque nació por obra de Apolo. O bien porque quienes nacen de este modo pretendieron los antiguos que estuvieran consagrados a Apolo ya que, como se ha dicho, parecen salir a la luz por obra de Apolo; y por esta razón dicen que la familia de los Césares había observado los sacrificios de Apolo porque el primero de ellos, de la familia Julia, que fue llamado César adoptó este sobrenombre por esta causa y se convirtió en sacerdote de Apolo porque vino a la luz tras haber sido abierto el vientre de su madre. Pudo además ser llamado hijo de Apolo porque llegó a ser un médico muy ilustre. La opinión de Teodoncio está reforzada de alguna manera con las palabras de Lactancio, quien habla así sobre Esculapio en el libro de las *Divinas Instituciones* [I, 10, 2]: «Tarquitio, al hablar sobre los hombres ilustres, dice que éste, nacido de padres desconocidos, expuesto y encontrado por unos cazadores, fue alimentado con leche de perra, y entregado a Quirón, aprendió la medicina. Fue mesenio, pero vivió en Epidauro, etc.». Después de estas cosas dice Lactancio que fue éste el que curó a Hipólito. Por lo demás, para que a causa de la divergencia de los relatos, donde menos conveniente es, no se crea que los escritores son mentirosos, hay que advertir que, según opina Tulio en *Sobre la naturaleza de los dioses* [III, 22, 57] hubo tres Esculapios. Dice él mismo que el primero de éstos fue hijo de Apolo y que inventó la sonda y fue el primero en entablillar la herida, y afirma que éste fue honrado en gran manera por los Arcadios. Dice que el segundo fue hermano del segundo Mercurio nacido de su padre Valente y de su madre Corónide y que éste murió golpeado por un rayo y fue enterrado en Cinosura. Dice que el tercero fue hijo de Asipo y de Arsínoe y que fue el primero en descubrir el modo de purgar el vientre y la extracción de los dientes, y que su sepulcro está en Arcadia, no lejos del río Lusio, en cuyos alrededores se enseña también su bosque sagrado. Y así será posible que uno de éstos haya sido arrancado del vientre de su madre, otro nacido de padre desconocido y expuesto, y no es obstáculo que Tulio haya dado los nombres de los padres de todos. Yo he visto en mi patria y algunas veces entre los proceres de la patria que un hombre, que fue expósito de niño, por último ha recibido el nombre del que lo ha criado como si fuera su padre. Pero ¿por qué más? Cualquiera o quienquiera que fuera de éstos, fue tenido en tanta veneración entre los de Epidauro que incluso los Romanos, ocupada ya casi toda Italia, atormentados por la virulencia de las enfermedades, como si fuera el único y verdadero recurso, enviaron mensajeros a Epidauro rogando que se les auxiliara con el remedio adecuado y

que les permitieran llevar a Roma a Esculapio como ayuda salutífera; y se les concedió que lo transportaran en una nave a Roma en forma de serpiente, actuando el diablo, y le construyeran un importante templo en la Isla del Tíber y lo honraron durante mucho tiempo como el dios de la salud, aunque Dionisio de Siracusa le quitó sin peligro la barba de oro con una navaja. Se interpreta Esculapio como el que actúa con dureza, nombre que quizá se ajustó a su labor en torno a la curación de Hipólito.

CAPÍTULO XX

Sobre Macaón, hijo de Esculapio, que engendró a Asclepio

Macaón, según dice Papias, fue hijo de Esculapio y médico importante en su época, cosa que yo no sé si creer y ni siquiera que fuese médico puesto que Isidoro escribe [IV, 3, 1] que después de que Esculapio fuera fulminado se prohibió el ejercicio de la medicina y, como dice Plinio en la *Historia Natural* [XXIX, 2, 4]: «Como las obras de Esculapio brillasen en los tiempos de Troya, las que siguieron a éste se ocultaron en una noche densísima hasta la guerra del Peloponeso y entonces las volvió a llevar a la luz Hipócrates, etc.» Este tiempo, según dice Isidoro, fue de casi quinientos años. Yo pienso que tomándolo de aquí se creó la ficción de que el Sol, por haber sido fulminado Esculapio, durante algún tiempo no quiso conducir su carro de luz, para demostrar que el invento dei Sol, esto es la medicina, sufrió un eclipse a lo largo de muchos siglos y finalmente volvió a la luz. Yo no habría añadido a este Macaón según la autoridad de Papias, puesto que he descubierto que éste, poco preocupado en muchas ocasiones sobre tales cosas, muy a menudo escribe cosas contrarias a la verdad, pero me ha llevado a colocarlo la destreza de Paulo, quien no sólo escribe que Macaón fue hijo de Esculapio, sino que afirma que un cierto Asclepio fue hijo de Macaón.

CAPÍTULO XXI

Sobre Asclepio, hijo de Macaón

Asclepio, según dice Paulo, fue hijo de Macaón, siguiendo, creo, a Agustín, quien parece llamar a éste nieto de Esculapio al escribir en *Sobre la Ciudad de Dios* [VIII, 26] que Hermes Trismegisto dice así a Asclepio: «Pues tu abuelo, oh Asclepio, fue el primer inventor de la medicina, en cuyo honor está consagrado un templo en el monte de Libia, cerca de la playa de los Cocodrilos, en el que de él yace su hombre mundano, es decir el cuerpo; pero el resto, o más bien todo lo mejor en significado de la vida se fue al cielo, ofreciendo también ahora a los hombres debilitados con su divinidad actual todo el tipo de ayuda que solía proporcionar con el arte de la medicina.» Y poco después sigue el mismo Agustín: «He aquí que dice que dos dioses fueron hombres, Esculapio y Mercurio, etc.» Pero yo he visto este libro de Hermes Trismegisto que titula *Sobre el ídolo* y sin embargo no he podido saber por las palabras de Hermes que preceden y siguen a las dichas por Agustín de qué manera Esculapio fue abuelo de Asclepio, aunque estoy seguro de que más bien falla mi ingenio que el que yo pueda recriminar la observación de Agustín.

CAPÍTULO XXII'

Sobre Psique, decimoquinta hija de Apolo

Psique, como dice Marciano Cápela en el libro que escribió *Sobre las bodas de Mercurio y Filología* [I, 7], fue hija de Apolo y de Entelequia. De ella cuenta Lucio Apuleyo en el libro de las *Metamorfosis,* que en lenguaje vulgar se llama *El asno de oro* [IV, 28-VI, 24] la siguiente fábula un poco larga: A saber, que había un rey y una reina que tenían tres hijas, de las cuales, aunque las dos mayores eran de admirable belleza, la más joven, cuyo nombre era Psique, aventajaba tanto en hermosura a las restantes mortales, que no sólo conseguía que la contemplaran con admiración sino que inculcaba en los ánimos que desconocen la realidad, la creencia en el milagro de que era Venus que había bajado a las tierras. Y extendida

a lo largo y a lo ancho la fama de su hermosura, nunca vista, hizo que no sólo los ciudadanos sino los extranjeros llegaran para ver a Venus y honrarla con sacrificios, siendo desatendidos los templos de la verdadera Venus. Soportando Venus esto a duras penas, irritada contra Psique, ordenó a su hijo Cupido que la abrasara con el amor de un hombre de la más baja condición. Entre tanto el padre consultó sobre las bodas de la doncella a Apolo Milesio quien respondió que la condujera a la cima de un monte y que allí encontraría la doncella un marido, nacido de estirpe divina aunque perverso y dañino. Los padres, afligidos con esta respuesta, llevaron a la joven, entre las lágrimas y la tristeza de toda la ciudad, a la cumbre predestinada y allí la dejaron sola. Ella, aunque se angustiaba por la soledad y por el temor desconocido del futuro marido, sin embargo no se quedó mucho tiempo y vino el apacible Zéfiro y cogiéndola con su suave soplo, la llevó a un valle lleno de flores en el que, tras haber mitigado su angustia con una especie de sueño, al levantarse vio un bosque agradable a los ojos y una fuente que manaba agua de plata y un palacio no sólo regio sino divino, adornado con admirables riquezas; después de haber entrado en él y encontrar gran cantidad de tesoros sin que nadie los guardara, se asombró mucho y, al oír las voces sin cuerpo de sus servidores, entró en el baño, ayudándole su invisible servidumbre. Después de tomar una cena elaborada con manjares divinos, entrando en el dormitorio, subió al lecho matrimonial y llegó a su lado, cuando ya estaba adormecida, su marido que, tras haberla hecho su esposa, al llegar la luz se fue sin ser visto; y continuando así muy a menudo con gran resignación de Psique, sucedió que sus hermanas, al oír la desgracia de la propia Psique, llegaron desde las casas de sus maridos junto a sus tristes padres y lloraron con ellos las infelices bodas de su hermana. Pero Cupido, presintiendo lo que la envidia de sus hermanas prepararía para Psique, le aconsejó que de ninguna manera tomara en consideración las lágrimas de ellas ni fuera piadosa y crédula para su perdición. Psique, después de habérselo prometido, empezó a lamentarse de que estaba prisionera y porque no podía ver y hablar a sus hermanas, y a Cupido, que venía y le replicaba, con sus ruegos lo arrastró a la decisión de que pudiera hablar con ellas y ordenara a Zéfiro que las llevara junto a ella con suave soplo. Este, al haberlo hecho, concedió también que les permitiera llevarse los tesoros que quisiera, pero que de ningún modo creyera en los consejos de ellas y no deseara, según la opinión de alguna, ver su figura. Por último, llorada Psique en su casa por sus hermanas, subieron al peñasco y, renovando el lamento femenino, fueron oídas por Psique y consoladas con pocas palabras y final-

mente Zéfiro, por orden de Psique, las trasladó hasta el agradable valle. Recibidas allí con alegre cariño por Psique, admiradas del bosque divino, del palacio y de los tesoros, y recobradas sus fuerzas con el baño y la comida, empezaron a preguntar minuciosamente quién era su marido y el dueño de tantas cosas. Pero ella, recordando la orden de su marido, inventó que era un joven dedicado a la caza; y concediéndoles los tesoros que quisieran, ordenó que fueran llevadas por Zéfiro a lo alto del monte. Estas, después de largas quejas de sus propias desgracias, envidiosas de la felicidad de Psique, volvieron junto a sus padres, ocultando los tesoros y fingiendo lágrimas y después, tramando un plan para la perdición de Psique, se marcharon a casa de sus maridos. Psique fue de nuevo aconsejada por su marido para que evitara los ardides de sus hermanas y no intentara, por comsejo de nadie, verlo. Entre tanto regresaron las envidiosas hermanas y por la obediencia de Zéfiro fueron llevadas desde la cumbre del monte a la presencia de Psique y, recibidas con alegría, se congratularon de su felicidad y de su embarazo; se acercan a la cautiva con palabras melifluas preguntando de nuevo con venenosas palabras quién era su marido. Psique, olvidada de la mentira del día anterior, se inclinó a otra ficción y dijo que era un hombre de mediana edad y que empleaba su tiempo en los negocios, y dándoles regalos ordenó a Zéfiro que las volviera a llevar. Estas, al advertir que ella no había descrito a su marido con la misma figura que el día anterior, pensaron que él no había sido visto por ella y que, en consecuencia, era un dios y así se irritaron con mayor crueldad. Y por ello, volviendo al día siguiente, demostraron con palabras de piadoso afecto que tenían una gran preocupación por su salvación, asegurando después de muchas cosas que sabían, según lo averiguado de los habitantes de los alrededores, que no un hombre sino una sinuosa serpiente vivía en aquellas mansiones y que era su marido, y que él no esperaba otra cosa que el nacimiento del que llevaba en su vientre para saciarse con la abundante sobrealimentación de ella y de él. Psique, aterrorizada con estas palabras y prestándoles oídos en demasía puesto que él se había negado tanto a hacerse visible, volviendo aquellas al peñasco, preparó por consejo de éstas una navaja y escondió una lucerna bajo una vasija para ver en la noche siguiente quién era éste con el que se había unido y para matarlo si su forma respondía a las palabras de sus hermanas. Así pues se introduce Cupido en el lecho, como tenía por costumbre, y se relaja en el sueño. Pero Psique, dejando libre la luz, vio que él era un atractivo joven de admirable belleza, distinguido con ligeras alas, y vio a sus pies el arco y el carcaj repleto de flechas; al haber sacado, admirada, una de éstas

para comprobar el filo de su punta, hasta tal punto la oprimió con su dedo que de la herida manó un poco de sangre. Hecho esto, se abrasó con un portentoso amor al que todavía dormía. Y mientras lo contemplaba llena de admiración, una pequeña chispa saltó de la lucerna al hombro derecho del dormido; despertado por esta causa, Cupido emprendió inmediatamente la huida. Pero Psique, que lo había agarrado por la pierna y lo sujetaba con fuerza, durante un tiempo fue llevada por él a través de los aires hasta que, agotada, dejándolo libre, cayó. Cupido, volando a un ciprés cercano, le habló con una larga queja, condenándose a sí mismo porque, enviado por su madre a abrasarla con el amor de un hombre ínfimo, se había herido a sí mismo a causa de su hermosura; y después emprendió el vuelo. Psique, después que no pudo verlo, se arrojó a un río cercano deseando la muerte. Pero el río, rechazándola, la llevó a la orilla donde fue consolada durante algún tiempo por el dios Pan con palabras. Por fin, alejándose de él, llegó a la ciudad en la que estaba casada una de sus hermanas; cuando se reunió con ella le refirió toda su desgracia pero, ávida de venganza, para la perdición de su previsora hermana con astucia mintió sobre el final de las palabras de Cupido, afirmando que había dicho: «Vete de aquí y llévate tus cosas, después de que no has podido observar mis órdenes; yo a tu hermana, y te nombró a ti, la uniré en mis bodas; y después hizo que yo fuera transportada por Zéfiro a la cumbre de donde me había arrebatado.» Cuando aquella oyó tal cosa, rápidamente corrió al monte y dijo a un viento, que era distinto: «Recibe, Zéfiro, a tu dueña y llévame al dormitorio de mi marido» y dando un gran salto a la vez que hablaba, se entregó al enorme precipicio y, golpeado violentamente todo su cuerpo, se convirtió en pasto para las aves. Después Psique, con el mismo procedimiento, envió a su otra hermana al salto. Finalmente, tras haber buscado con sus ruegos primero la ayuda de Ceres y después la de Juno y haber sido rechazada por una y otra, y como hubiese oído que, por orden de Venus, Mercurio con su voz de pregonero había ordenado a todos los mortales que nadie la ocultara y ofrecía recompensas a quien la denunciara, se presentó ante las puertas de Venus. Castigada durante mucho tiempo por ella y arrastrada de los cabellos, fue entregada a sus siervas Inquietud y Tristeza para que la atormentaran. Después de ser hostigada con azotes por éstas, le fue puesto delante por la propia Venus un montón de múltiples semillas y se le ordenó que a la tarde siguiente presentara ante ella los granos de todas las semillas separados. Estupefacta con esta orden, al marcharse Venus, Psique se quedó rígida, pero llegando unas hormigas inmediatamente fueron

llevadas a cabo por éstas las órdenes de Venus. En segundo lugar Venus le ordenó que le llevara una vedija del vellón de oro de un rebaño que le fue mostrado; al haberlo obtenido Psique, siguiendo el consejo de una caña del río, lo entregó a quien lo ordenaba. En tercer lugar, Venus le entregó una pequeña urna y le ordenó que se la devolviera inmediatamente llena de agua de la Estige. Aunque ésta vio el lugar inaccesible, con la ayuda de un águila que volaba cumplió el mandato de su cruel suegra. En cuarto lugar Venus, dándole una cajita, le ordenó que bajara a los Infiernos y pidiera a Prosérpina, de su parte, un poco de su hermosura. Al haber ido ella a una torre para precipitarse, aconsejada por esta misma bajó a los Infiernos y, llevada a cabo la embajada, tomó la cajita llena y cerrada y se dirigió a los lugares superiores, pero olvidando las órdenes de la torre, con la intención de apropiarse de una poca hermosura divina para parecer más hermosa a su amante, abrió la cajita de ¿a que salió el sueño infernal que, introducido en ella, la adormeció no de otro modo que un cuerpo muerto. Pero Cupido, que ya se restablecía de su herida, al advertir la desgracia de su Psique, llegó volando por la ventana de su dormitorio junto a la dormida y disipando de ella el sueño y volviendo a llevarlo a la cajita, la riñó por la presunción tenida contra los consejos y dijo que la llevara a quien la había enviado, cosa que fue hecha así. Y Cupido, impaciente por la infelicidad y las fatigas de la doncella por él amada, rogó a Júpiter que permitiera que ella fuese su esposa. Asintiendo éste a sus ruegos, reunidos en asamblea los dioses, ordenó en presencia de éstos que Psique fuera por siempre la esposa de Cupido. Por orden de Júpiter, Mercurio la llevó al Cielo y allí mismo, convertida en inmortal, se celebraron las bodas. Esta misma dio a luz una hija para Cupido: Voluptuosidad. Serenísimo rey, si quisiéramos escudriñar a la perfección el significado de esta fábula tan extensa, se convertiría de hecho en un amplio volumen y por ello es preciso decir por qué Psique es llamada hija de Apolo y de Entelequia, quiénes son sus hermanas y por qué se la llama esposa de Cupido, con las pocas palabras que a ellas conciernen, pues Psique se interpreta como el alma. Se dice que ella es hija de Apolo, es decir del Sol, es decir de Aquel que, verdadera luz del mundo, es Dios puesto que no es propio de ningún otro poder sino de Dios poder crear el alma racional. Entelequia, como dice Calcidio en su *Comentario al Timeo* de Platón, se interpreta como la mayoría de edad, de la que se llama hija al alma racional porque, aunque en el vientre de la madre la recibimos del padre de las luces, sin embargo sus obras no aparecen sino cuando la edad alcanza su plenitud, puesto que nos dirigimos a la mayoría de edad

más con un cierto instinto natural que con el juicio de la razón; en la mayoría de edad empezamos a actuar con la razón; de ahí que con todo derecho se la llame hija de Apolo y de Entelequia. Tiene ésta dos hermanas mayores, una de las cuales es el alma vegetativa y la otra la sensitiva, pero Psique las aventaja en hermosura y ello porque con el alma vegetativa nos comunicamos con las plantas, con la sensitiva con los animales, con la racional, sin duda, con los ángeles y con Dios, más hermoso que el cual no hay nada. Se dice que Psique es la más joven porque al feto se concede la vegetativa mucho antes, que ésta, después con el paso del tiempo, la sensitiva y por último es infundida por Dios la racional. Aquéllas se casaif antes, cosa que se ha dicho porque están unidas a las virtudes corporales. Sin embargo su matrimonio está reservado a una estirpe divina, esto es a un amor honesto, o al propio Dios, entre cuyas dulzuras es llevada por Zéfiro, es decir por el espíritu vital, que es santo, y unida en matrimonio. Este prohibe a su esposa que desee verlo si no quiere perderlo, es decir que no quiera conocer a través de causas lo referente a su eternidad, los principios de las cosas y su omnipotencia, cosas que sólo son conocidas para Dios. Pues cuantas veces los mortales investigamos tales cosas, lo perdemos, apartándonos sin duda a nosotros mismos del camino recto. Sus hermanas llegan alguna vez hasta los primeros límites de las delicias de Psique y se llevan sus regalos, en cuanto que la vegetación lleva a cabo su mejor obra en manos de los que viven racionalmente y las virtudes sensitivas son más deslumbrantes y perduran mucho más. Pero envidian a su hermana, porque no es en absoluto nuevo que la sensualidad esté en desacuerdo con la razón y cuando no pueden convencerla con palabras lisonjeras de que vea a su marido, es decir que pueda ver con la razón natural lo que ama y no conocerlo mediante la fe, intentan llevarla a los terrores, afirmando que él es una monstruosa serpiente y que la va a devorar; cosa que sucede tantas veces cuantas la sensualidad intenta adormecer a la razón y mostrar al alma las contemplaciones de las cosas desconocidas por sus causas y no sólo quitar los placeres sensitivos sino introducir las mayores fatigas y las angustias poco adecuadas y no aportar ninguna recompensa apacible. El alma, cuando poco prudente da crédito a tales demostraciones y desea ver lo que se le niega para matarlo si su forma no corresponde a su deseo, ve la hermosísima figura de su marido, es decir las obras exteriores de Dios, no puede ver su forma, esto es su divinidad, porque nadie ha visto nunca a Dios; y cuando con la pequeña chispa lo lesiona y hiere, esto es con el deseo soberbio, por cuya causa se ha hecho desobediente y confiada en la sensualidad, pierde el bien

de la contemplación y así se separa de su esposo divino. Finalmente arrepentida y enamorada, se preocupa con astucia de la perdición de sus hermanas y hasta tal punto las oprime que no tienen fuerzas algunas contra la razón. Y expiando su presuntuosa soberbia y desobediencia con calamidades y desgracias, obtiene de nuevo el bien del amor divino y de su contemplación y se une eternamente a él cuando, dejadas las cosas perecederas, es llevada a la gloria eterna, y allí del amor da a luz a Voluptuosidad, es decir al placer y la alegría eternas.

CAPÍTULO XXIII

Sobre Árabe, decimosexto hijo de Apolo

Árabe, según opina Plinio en el libro de *Historia Natural* [VII, 56, 196], fue hijo de Apolo y de Babilonia, al que llama también inventor del arte de la medicina. Yo pienso que éste o fue un hombre de Babilonia y allí había enseñado por primera vez la medicina, o la había aprendido entre los Babilonios y fue el primero en llevarla a los Árabes; y por ello se le llama hijo de Apolo, porque era médico, y de Babilonia, porque en Babilonia nació o se instruyó.

CAPÍTULO XXIV

Sobre Titio, tercer hijo de Júpiter

Después de que se ha explicado la larga descendencia de Apolo, el orden pide que volvamos a los hijos de Júpiter. De los que antes que los otros se ofrece Titio. Dice Leoncio que fue hijo de Júpiter y de Elara, la hija de Orcómeno, a la que, estando encinta, ocultó Júpiter, por temor a la ira de Juno, en la tierra, por lo que sucedió que al nacer el niño pareciera nacido de la tierra, como afirmaba Servio *[a En.,* VI, 595]. Tierra que, en efecto, lo alimentó después y así no fue su madre sino su nodriza. Sin embargo éste, cuando hubo llegado a la juventud, se enamoró de Latona, la madre de Apolo, y la perturbó con el intento de violación. Irritado por esto

Apolo lo mató con sus flechas, lo encadenó en los Infiernos y ofreció su hígado a los buitres para que lo desgarraran con la condición de que, una vez consumido, se reprodujera al instante y así los buitres nunca dejaran de despedazarlo ni él de sufrir. Queda ahora arrancar el velo de esta ficción, para que veamos lo que oculta. Se dice, pues, en primer lugar que Júpiter escondió a la embarazada en la tierra; pues nada se esconde más ocultamente que lo que se entierra y por ello debemos entender que ésta fue guardada muy en secreto y ello por temor de Juno, esto es de la mayor potencia, ya que Juno es la diosa de los reinos. No.es nuevo que la Tierra alimentara a Titio, puesto que todos somos alimentados por la tierra. El hecho de que se enamorara de Latona, la madre de Apolo, demuestra su gran espíritu, porque deseó la elevación, que es madre de la claridad, pero por Apolo, es decir por el esplendor real, fue arrojado a los Infiernos, es decir junto a los plebeyos, en posesión de los cuales estuvo siempre lleno de las preocupaciones de cómo podría volver a subir a la posición de la que había caído. Acerca de este Titio cuenta Leoncio una corta historia y dice que fue un importante hombre de Beocia y que con sus fuerzas intentó arrojar de Delfos a Apolo, y él mismo fue expulsado y casi condenado a la vida privada por éste. Acerca del castigo que se le impuso habla así Macrobio en *Sobre el Sueño de Escipión* [I, 10, 12]: «Por el buitre que devora el hígado inmortal no debe entenderse otra cosa que los tormentos de la conciencia que escudriña las visceras internas castigadas con la ignominia y que despedaza con el recuerdo del delito cometido los propios órganos vitales indefensos y que siempre aviva las preocupaciones, si por casualidad intentan descansar, como si se pegara a las fibras que renacen y no perdona con ninguna compasión de sí misma, con la condición siguiente, que nadie, siendo su propio juez, se absuelva ni pueda alejar de sí mismo su sentencia.» Estas cosas Macrobio.

CAPÍTULO XXV

Sobre Baco, cuarto hijo del segundo Júpiter, que engendró a Himeneo, a Tioneo y a Toante

Baco es llamado por Ovidio y todos los demás poetas hijo de Júpiter y de Sémele. Sobre su origen se cuenta la siguiente fábula: Como Júpiter amara a Sémele, hija de Cadmo, y ella hubiese conce-

bido de él, se presentó ante ella Juno, tomando la figura de Béroe, una anciana de Epidauro, y, comenzando una conversación con ella, le preguntó si era amada por Júpiter. Sémele le dijo que pensaba que era amada; entonces Juno: «No puedes saberlo, hija, a no ser de una manera, a saber si, con la garantía del juramento por la Estige, promete unirse en matrimonio contigo del mismo modo que se une con Juno.» Sémele, deseosa de la prueba, pidió al que venía un juramento y por ello un regalo. Júpiter, lamentando no poder obrar en contra del juramento, la fulminó y extrajo del vientre de la muerta un hijo que cosió a su muslo hasta que se cumpliera el tiempo que la conveniencia exigía que estuviera en el vientre de la madre. A éste lo alimentó primero a escondidas su tía materna Ino, poco después lo entregó a las ninfas, quienes también le ofrecieron alimentos, según dice Ovidio [II, 313-5]: «Ocultamente su tía materna Ino lo crió en sus primeras cunas; después, entregado a las ninfas de Nisa, lo ocultaron en sus grutas y le ofrecieron los alimentos de la lactancia.» Y en otro lugar *[Vast.,* III, 769-70]: «Dicen que las ninfas de Nisa, cuando la madrastra buscaba al niño, colocaron en su cuna esta rama», a saber la hiedra que, como dice el mismo Ovidio, fue después muy querida a Baco. Dicen también que tuvo como seguidor a Sueno que, capturado por los campesinos, fue restituido por Midas a Baco, como dice Ovidio [XI, 99]: «Llega el rey y devuelve a Sileno al joven al que crió.» Lo honraron además con un carro y con seguidores, sobre los que habla así Estacio [IV, 657-63]: «Los empuja; siguen a derecha e izquierda los linces, libres de frenos, y los tigres lamen las riendas mojadas de vino. Saltando, las Bacantes llevan los despojos de ganado mayor, lobos medio muertos y osas despedazadas, y no tiene un cortejo sin fuerzas: están allí la Ira, el Furor, el Miedo, el Valor y el Ardor nunca sobrio, los pasos vacilantes y el campamento muy semejante al de un rey, etc.» Dicen también que éste fue el primero que plantó la vid, como dice Accio en las *bacantes*[185]: «Oh Dioniso, inmejorable padre, sembrador de la vid, hijo de Sémele, evohé», y por ello afirman que es el dios del vino. Añaden que le está consagrada la hiedra, la criba y Marsias para su protección. Unen en matrimonio con él a Ariadna, la hija de Minos. Afirma Rábano [111, 609 C] que fue descubierto por él el báculo y lo llamó así para que lo usen los hombres cargados de vino. Lo llaman con muchos nombres, acerca de los cuales Ovidio [IV, 11-19]: «Ofrecen inciensos y lo llaman Baco, Bromio, Lieo, Ignígena, Nacido dos veces, Bimatre. Se añade a éstos Niso, Tioneo el de largo

[185] Citado por Macrobio, *Sat.,* VI, 5, 11.

cabello, y con Leneo, plantador de la uva placentera, Nictelio, padre Eleleo, Iaco, Euhan y además los múltiples nombres que tienes tú, Líber, por los pueblos griegos, pues tienes una juventud inagotable, tú eres niño eterno y el contemplado como más hermoso en lo alto del cielo cuando te elevas sin tus cuernos, etc.» También añade otros nombres Alberico [III, 12, 2] y dice que se llamaba Euquio, Briseo y Basareo. Lactancio dice que también recibió el nombre de Ditirambo. Indica además Servio *[a Georg.,* I, 166], que Orfeo decía que éste fue despedazado miembro a miembro por los Gigantes, cosa que afirma Alberico [12, 4], añadiendo que fue encontrado por éstos ebrio y dice que fue sepultado y que después resucitó intacto. Lo representaban también con vestiduras de mujer, desnudo y muy niño los antiguos, quienes celebraban en su honor de noche, con flautas y címbalos, un sacrificio al que llamaban orgías. Además de éstas se cuentan también otras fábulas, pero, dado que no se descubren todas las que se buscan, veamos lo que puede verse de las indicadas. Así pues, en primer lugar y antes que nada, parecen considerar como algo muy seguro los historiógrafos que Dioniso fue un hombre nacido de Júpiter y de Sémele, hasta el punto de que hubo mucha diversidad entre los antiguos sobre su época. De ellos unos lo llaman Dioniso, otros Padre Líber; y puesto que no consta de qué Júpiter fue hijo, yo se lo he atribuido al segundo Júpiter porque su época parece estar más acorde con el segundo que con ninguno de los otros. Porque dice Eusebio en el libro de los *Tiempos* [52, 24-26], que por algunos se piensa que, durante el reinado de Dánao en Argos, Dioniso fundó Nisa en la India y la llamó con su nombre y que en esa misma época peleó en la India y hubo en su ejército mujeres llamadas Bacantes más por su furor que por su valor; cosa que ocurrió en torno al año 3729 del mundo. Poco después el mismo Eusebio [50, 4-6] dice que, durante el reinado de Dánao en Argos, reinó Cadmo en Tebas, de cuya hija Sémele nació Dioniso, esto es el Padre Líber, cosa que, según se desprende de la descripción de los años de éste, aconteció alrededor del año 3766 del mando. Y no mucho después dice que el trjgesimoquinto año de Lico, rey de los Argivos, Dioniso, que en latín se llama *Líber pater,* nació de Sémele, lo que parece haber ocurrido en el año 3814 del mundo. Sigue después que reinando Acrisio en Argos, Dioniso, que es también el Padre Líber, luchando contra los Indios, fundó la ciudad de Nisa junto al río Indo, lo cual se calcula que se realizó en el año 3870 del mundo. Puede comprenderse con facilidad cuan grande es la diversidad de las épocas, recogida por Eusebio de los comentarios de los antiguos. Cosa nuestra es pensar mediante conjeturas qué tiempo de los dichos puede atri-

buirse con más verosimilitud a la época de Baco. Yo por mi parte, omitiendo las causas que me han movido a ello, pienso que el día del nacimiento de Baco fue alrededor del tiempo más antiguo de éstos o todo lo más del que sigue a continuación y que, nacido en esta época llevó a cabo las cosas que se dicen realizadas por él. Pero dejando aparte estas sutilezas, dirijámonos a las ficciones. Pienso que se ha tomado de un hecho real que Sámele fue fulminada, a saber que ella por un rayo o por una fiebre abrasadora fue llevada a la muerte; un hombre instruido no se admirará de que los dos hayan sido enviados por Júpiter, esto es por el elemento fuego. Por el hecho de que el feto haya sido arrancado del vientre de la madre y cosido al muslo de Júpiter, se designa un servicio muy conocido para las comadronas; pues es necesario que con calores externos, que deben entenderse por Júpiter, sea ayudado el que antes de tiempo se aparta de los internos. Pero, puesto que esto es una explicación física, Pomponio Mela relata la histórica en su *Cosmografía* [III, 7, 66] al decir: «Hay gran cantidad de ciudades que habitan los Indos; Nisa es la más importante y la mayor; de sus montes el Mero está consagrado a Júpiter: consideran su más importante gloria que nació en ella, en una gruta de éste piensan que se alimentó Líber, de donde se introdujo en los autores griegos el pretexto o el error de que fue cosido al muslo de Júpiter.» Estas cosas aquél. Alberico añade, diciendo que lo afirmaba Remigio, que en Nisa se enseñaban los sonajeros del Padre Líber como testimonio de que había crecido allí. Si esto es así, considero que debe entenderse como de otro distinto del que nació de Sámele; de lo cual podría deducirse que las divergencias de los tiempos han nacido de los diferentes Dionisos. De éste, si fue él, dice Orosio *[Hist. contra pag.,* I, 9, 4]: «El padre Líber bañó en sangre la India sometida, la llenó de muertes, deshonró con su obscenidad a un pueblo totalmente amigable para cualquiera de los hombres y contento tan sólo con su propia tranquilidad.» Por lo demás, para volver a los significados físicos ocultos bajo la fábula, digo que algunos sostienen que por Baco se entiende el vino y así Sámele se tomará por la vid, que de Júpiter, esto es del calor que eleva a lo alto la humedad mezclado con tierra a través de los poros de la vid, se queda encinta, es decir se pone hinchada y echa fuera en pámpanos y racimos sus jugos, como si fuera en el feto concebido y entonces es fulminada, cuando al llegar el calor del otoño lleva el fruto concebido no a una madurez mayor sino a la corrupción y podredumbre, de modo que es necesario que sea arrancado y sea pegado al muslo de Júpiter, es decir a otro calor. Admitimos de nuevo que es así puesto que es pisado el vino de las uvas o estas mismas

prensadas con fuego para que hiervan hasta que, purificado con tal ebullición, se hace apto para beber. Después Ino, esto es la vasija,.lo guarda oculto, es decir encerrado, para que no sea encontrado por Juno, es decir no se estropee con el aire. O decimos que Sámele queda encinta de Júpiter en el momento en que, por la acción del calor, vemos a la vid hinchada en primavera; pero es fulminada entonces, cuando con el calor del verano se seca más de lo acostumbrado; entonces, abiertos sus poros, hace salir lo concebido en racimos, que se unen al muslo de Júpiter, es decir al calor del día, para que reciba de su padre la madurez que no tenía de su madre; y entonces Ino lo guarda a escondidas cuando se cubre de pámpanos, para que no sea perjudicada por el aire demasiado caliente; y lo alimentan las ninfas cuando se recupera con la humedad nocturna, puesto que se había agotado con el calor del día. Se dice que el anciano Sileno es su seguidor porque los ancianos se mantienen más con la bebida que con la comida. Este le fue devuelto por Midas, un hombre muy avaro, porque el avaro no siente placer con las bebidas. Se ha dicho por los poetas que hace uso de un carro y de compañeros para que se demuestren algunos de sus efectos. Pues por el carro debe ser entendida la volubilidad de los borrachos. Se le atribuyen los linces para que se entienda que el vino tomado con moderación aumenta las fuerzas, la audacia y la agudeza. Arrastran su carro unos tigres para que se ponga de manifiesto la crueldad de los borrachos. Pues el cargado de vino no perdona a nadie. Además los bebidos son hasta tal punto temerarios que corren sin ninguna preocupación a cualquier peligro, lo que interpreto por los lobos medio muertos y las osas desgarradas que se transportan como presa de Baco. Se evidencia con bastante claridad que se irritan con facilidad y de ahí llegan al furor y así están acompañados del no sobrio ardor. Los embriagados son también medrosos porque, perdido el recto juicio de la razón, muy a menudo se aterrorizan ante cosas que no hay por qué temer. Se ha tratado con anterioridad, cuando hemos hablado de los linces, por qué el Valor está uncido al carro de Baco. Se enumeran entre los compañeros de Baco a los pasos vacilantes para designar el titubeo de los ebrios que andan titubeando tanto que continuamente se cree que van a caer. Se añade que el campamento de Baco es muy similar al de los reyes y no sin *tazón;* pues si observamos las tiendas de mercancías, veremos allí tiendas de ramos, guirnaldas, libertinos, tragones, alimentos y bebidas por aquí y por allá y, en consecuencia, alborotadores y peleones, cosas que son muy similares a los campamentos de los reyes. Es posible que Baco fuera el primero en Grecia en plantar la vid o la viña y en obtener el vino, puesto que nosotros

sabemos con toda seguridad que Noé lo hizo mucho antes entre los Hebreos. Sin embargo dicen algunos que Baco no plantó la vid sino que introdujo el uso del vino, desconocido para los Tebanos, y que lo mezcló con distintos licores para hacerlo más agradable; puesto que esto pareció maravilloso, en principio fue, considerado entre los campesinos como dios del vino. Dicen que la hiedra está consagrada a Baco, creo, porque las hiedras trepadoras, al crecer mucho, imitan a las vides y los racimos de hiedra se parecen a los de la vid y también porque verdea con un verdor perpetuo por el que se muestra la continua juventud del vino, pues el vino nunca envejece en lo que a sus fuerzas respecta. También con ella tenían por costumbre coronarse los poetas porque, a causa de su facilidad de palabra, están consagrados a Baco y para que sea evidenciada la eternidad de los poemas. Le está consagrada la criba por una razón mística. Dice Servio *la Geórg.,* I, 166] que los sacrificios del Padre Líber tienen que ver con la purificación del alma y así los hombres se limpiaban con sus sacrificios como los trigos se limpian con la criba. Hubo sin embargo quienes sostuvieron que estas purificaciones eran hechas por los hombres vivos en medio de una gran borrachera, que es el sacrificio de Baco, afirmando que si alguien alcanzaba una ebriedad tan grande que llegaba hasta el vómito, después de haber pasado el entorpecimiento del cerebro, su ánimo permanecía tranquilo, una vez quitadas y arrojadas las tediosas preocupaciones. Séneca el filósofo, en el libro que escribió *Sobre la tranquilidad del espíritu* [17, 8] parece inclinarse a esta opinión. Pienso que sostuvieron que Marsias fue colocado bajo su protección porque fue audaz y más bien temerario contra Apolo, temeridad por la que entiendo la locuacidad de los ebrios que se dirige contra alguno, por la que a la vista de los incultos a menudo los sabios parecen confundirse con ignorantes, sin advertir que las palabras de tales hombres no se deslizan en un orden sino que, a la manera de los sátiros, como fue Marsias, avanzan a saltos de un lado a otro, finalmente Marsias desnudo ante la mirada de los eruditos, esto es puesta de manifiesto la presunción de los excitados, cae al río, es decir la conversación de hombres tales se disuelve en las caídas, como si no dijeran nada. En lo que respecta a su esposa Ariadna, se escribirá en lo que sigue cuando se hable de ella. Pienso que se ha dicho que éste fue despedazado por los Gigantes y luego sepultado porque ha sido escrito por Eusebio en el libro de los *Tiempos* [54, 15-26] que reinando Pandíon en Atenas, a saber en el año 3896 del mundo, según atestigua el poeta Marco Varrón, este Padre Líber, luchando contra Perseo murió en el combate y al parecer su sepulcro está en Delfos, junto al Apolo de oro;

y esto es lo que se dice en cuanto a lo que a la historia respecta. Pero por algunos se añade a la ficción que él, aunque lo enterraron despedazado, resucitó intacto, cosa que yo pienso debe entenderse como que de los múltiples tragos hechos por los borrachos engrandecidos por el calor del vino, se produce una borrachera, por la que se evidencia suficientemente que Baco vive y hace algo. Decía sin embargo acerca de esto Alberico [III, 12, 4] que Baco debe entenderse como el alma del mundo, la cual, aunque se divide miembro a miembro a través de los cuerpos del mundo, sin embargo parece que al salir de los cuerpos se renueva y vuelve a tener su forma y, manteniéndose siempre una sola e idéntica, no sufre ninguna mutilación de su sencillez. Estas cosas aquél. Pero yo pienso que este Baco de Alberico debe ser entendido como el Sol de Macrobio al que el propio Macrobio *[Sat.,* I, 18] traslada la condición divina de todos los dioses. Por otra parte se le representa con vestimenta de mujer porque en su expedición contra los Indios tuvo consigo mujeres, como se ha dicho, o bien porque las continuas ingestiones de bebida debilitan las fuerzas y por último convierten en débiles a los bebedores. Se le imagina desnudo porque el ebrio pone de manifiesto todos los secretos o porque ha llevado ya a muchos a la pobreza y a la desnudez o porque las bebidas introducen los calores. Se le llama niño porque los borrachos lascivos no son otra cosa que niños, que todavía no tienen la inteligencia formada. Ahora queda ver acerca de los nombres. En primer lugar recibe el nombre de Baco, que significa lo mismo que furor, porque el vino, y sobre todo el de nueva cosecha, es de un furor tan bullicioso que no puede mantenerse encerrado y a los que lo toman sin moderación fácilmente los hace furiosos, según se ha dicho. Se le llama Bromio de *bromein,* esto es de consumir; evidentemente, un trago moderado de buen vino consume lo superfluo de los alimentos y ayuda a la digestión, según opinan los físicos, pero tomado inmoderadamente reseca la humedad benéfica y embota las fuerzas de los nervios hasta el punto de que muchas veces hace a los bebedores temblorosos y débiles. Se le invoca además como Lieo de *lyein* [m], que es prolongado, pues se bebe poco a poco. O se llama Lieo de *ligo-ligas;* en efecto, tomado con mesura reúne las fuerzas dispersas y las aumenta, sin moderación encadena los sentidos y la razón. O según Fulgencio *[Mit.,* II, 12] se le llama Lieo porque proporciona dulzura, pues después de cualquier tipo de bebida somos más inclinados a los ruegos. Recibe también el nombre de Ignígena o bien

[186] Falsa etimología porque *lyein* significa desatar y también es una falsa etimología el que Lieo proceda de *ligo.*

porque nació del fuego o porque produce fuego, esto es calor, ya que vemos que las cabezas de los bebedores echan humo y que ellos mismos se quitan algunas veces las vestiduras a causa del calor. Se le llama también Nacido dos veces y por ello dice Lactancio *[a Teb.,* VII, 166] que recibe el nombre de Ditirambo, que significa lo mismo; se ha demostrado con anterioridad que nació dos veces y por ello, con toda razón, Bimatre. Además es llamado Niseo de la ciudad de Nisa, en la que es honrado, o de Nisa, una de las cumbres del Parnaso consagrada a este mismo. Se le menciona como Tioneo [187], que significa de larga cabellera, porque las vides de las que nace tienen largos sarmientos o, cosa que considero mejor, para poner de manifiesto su niñez, puesto que los niños no llevan el cabello cortado. Recibe el nombre de Sembrador de la uva, de la vid plantada por él por vez primera. Y es invocado como Nictelio porque introduce la noche, esto es las tinieblas, en los sentidos. Eleo de la ciudad de Elea, en la que era muy honrado. Recibe el nombre de Iaco [188] por esta causa, porque hace bostezar a los hombres. Euan es una interjección del que alaba a Baco y significa buen niño. Se le llamó Briseo, como dice Alberico [III, 12, 2] porque fue el primero en obtener vino de la uva pisada; o Briseo, como si fuera erizado, esto es soberbio. Por ello dicen que en Grecia tenía dos estatuas, una erizada llamada de Briseo, la otra suave, llamada de Leneo. Es llamado Basareo por la clase de vestiduras que usaban sus seguidoras en las ceremonias y por estas mismas sus seguidoras reciben el nombre de Basárides. Por otra parte se le llama Padre Líber porque parece llevar la libertad a los hombres, pues los esclavos bebidos, mientras les dura la borrachera, piensan haber roto las cadenas de la esclavitud; además libera de las preocupaciones y hace más seguros en la actuación, a los pobres los convierte en inmunes con sus beneficios y a los de baja condición los eleva hasta lo más alto. Y dice Alberico [III, 12, 1] que, puesto que en medio de los inicios de las ciudades que iban a ser fundadas se hacían sacrificios a los restantes dioses en provecho de los auspicios de sus intenciones, al Padre Líber se le hacían para conservar la libertad de la futura patria. Además las ciudades, cuando los Romanos dominaban el orbe, eran estipendiarías, federadas o libres; en las ciudades libres se tenía como señal de su libertad una imagen de Marsias, que hemos dicho antes que estaba bajo la protección del Padre Líber. Además fue costumbre de los Romanos entregar una toga libre a los adolescentes en las fiestas Liberales,

[187] Tione es unp de los nombres de Sámele, su madre.
[188] Boccaccio establece una relación entre Iaco y el verbo *hiare:* abrir la boca, bostezar.

para señalar la vida más libre que se concedía. Ciertamente dice Servio *[a Buc,* V, 29] que fueron llevados por primera vez a Roma por Julio César los sacrificios de éste, en los que se inmolaba un macho cabrío y ello porque de vez en cuando las cabrillas habían devastado los crecientes sarmientos de las vides. Pues dice Marco Terencio Varrón en *Sobre agricultura* [I, 2, 19] que a este mismo, en calidad de descubridor de la vid, se le inmolaban machos cabríos para que pagaran sus culpas con la pena capital. Yo no considero que fueran llevados por primera vez por Julio a Roma los sacrificios de éste sino los del Padre Líber en el que parece pensar Tulio cuando dice en *Sobre la naturaleza de los dioses* [II, 24, 62]: «Hablo de este Líber hijo de Sémele, no de aquel al que nuestros antepasados religiosa y santamente consideraban Líber, etc.» Yo pienso que éste, según la opinión de Macrobio *[Sat.,* I, 18], es el Sol, al que consideraron padre de todas las cosas y por ello fue llamado Padre Líber. Y pienso que también lo ha entendido así Virgilio cuando dice *[Georg.,* I, 5-7]: «Vosotros, oh clarísimas luminarias del mundo, que conducís el año que se desliza por el cielo; Líber y nutricia Ceres, etc.» Pues no conduce el año que se desliza por el cielo Baco sino el Sol; y en verdad estas fueron las dos divinidades a las que los Etruscos rindieron culto en mayor medida. Pero cualquiera que fuera este Líber, Agustín en el libro *Sobre la Ciudad de Dios* [VII, 21] pone en evidencia los obscenos sacrificios celebrados en su honor por los antiguos y entre otras cosas dice que, para honra de éste, se rendía culto a los" miembros viriles en público hasta el punto de que en los días de fiesta dedicados a Líber un miembro viril quitado de las encrucijadas se llevaba hasta la ciudad, estando permitido todo tipo de licencia en las palabras más vergonzosas; después se paseaba por el foro y, colocado en un lugar asignado para él, era necesario que la más honesta de todas las madres de familia le colocara una corona. Además también se llama Dioniso a Baco, acerca del cual en donde se habla sobre Dioniso.

CAPÍTULO XXVI

Sobre Himeneo, hijo de Baco

Dice Alberico [III, 11, 2] que Himeneo fue hijo de Baco y de Venus y sigue la opinión de Remigio, por lo que se considera que su

pasión solía excitarse con excesiva insolencia. En griego se llaman *hymen* a la membrana que es propia del sexo de la mujer, en la que se dice que se producen los dolores del parto, por lo que Himeneo recibe el nombre de dios de las bodas. Pero Lactancio *{a Teb.,* III, 283] dice que lo ha tomado de la historia al escribir que Himeneo fue un niño de Atenas nacido de familia de tipo medio del que se dice que, al salir de la edad infantil y no haber podido cumplir todavía los de la virilidad, estaba dotado de una hermosura tal que podía pasar por una mujer. Puesto que a él lo amaba una doncella noble de entre sus conciudadanos, él, ya que no tenía esperanzas de boda, amaba también profundamente a la joven y al menos se complacía en su espíritu contemplándola. Y cuando las mujeres nobles celebraban con las doncellas los sacrificios de Ceres Eleusina, fueron raptadas con una súbita llegada de los piratas, entre las cuales también Himeneo, que había seguido a la que amaba. Por tanto, después de que los piratas transportaran su presa a lo largo de dilatados mares, finalmente fueron arrojados a una región y allí, oprimidos por el sueño, fueron muertos todos por los que los perseguían. Pero Himeneo, dejando a las doncellas, fue corriendo a Atenas, pactó con los padres de su amada las bodas si les devolvía las hijas hacía poco raptadas y, cuando las devolvió según la promesa, recibió como esposa a la que deseaba. Puesto que este matrimonio había sido feliz, fue del agrado de los Atenienses mezclar el nombre de Himeneo en las bodas. Hay sin embargo quienes dicen que, aniquilado el día de sus bodas por alguna desgracia y para expiación consiguió esto, que su nombre fuera celebrado en las bodas. Cosa que Servio *[a Buc,* VIII, 30] rechaza por completo. Yo por mi parte pienso que éste es llamado hijo de Baco y de Venus, porque a causa de los dos se realizan las bodas o porque los dos intervienen en las bodas, el festejo y la unión carnal. Por festejo debe ser entendido Baco, como está puesto de manifiesto por Virgilio [I, 734] cuando dice: «Está presente Baco, el dispensador de alegría, etc.» Y por Venus la unión carnal, puesto que parece tener que ver con ella que el varón y la hembra se unan para procrear la descendencia, y de ellos dos se producen las bodas, o Himeneo, que debe ser interpretado como bodas.

CAPÍTULO XXVII

Sobre Tioneo, hijo de Baco

Ovidio dice que Tioneo fue hijo de Baco y cuenta sobre él una breve fábula. Pues dice que, ya que había robado un buey y por ello era amenazado por los campesinos, invocada por azar la ayuda de su padre, ocurrió que Tioneo fue convertido por Baco en cazador y el buey metamorfoseado en ciervo [189]. Yo pienso que fue éste un ladrón y que a los campesinos, muy bebidos, que le reclamaban su buey, les demostró con facilidad que él era un cazador y el buey un ciervo.

CAPÍTULO XXVIII

Sobre Toante, hijo de Baco, que engendró a Hipsípila

Demuestra que Toante fue hijo de Baco el poema de Ovidio, que dice: «Entonces por primera vez Tioneo se apareció a los temblorosos llevando los últimos auxilios a su hijo Toante, etc.» [190]. Paulo atestigua que éste fue tenido de Ariadna, la hija de Minos [m]. Pero yo me admiro de cómo pudo suceder esto ya que Toante, como se demostrará después, engendró a Hipsípila, que en la época de la guerra de Tebas estaba al servicio, como nodriza de Ofeltes, de Licurgo, el rey de Nemea, y Ariadna, antes de casarse con Baco, fue raptada por Teseo, después de que éste fuera padre de Hipólito quien, un poco antes del comienzo de la guerra de Tebas emprendida, se fue a Italia; y así Toante fue mucho más antiguo que Ariadna. Este en verdad, ya anciano, como atestigua Estacio, cuando los Lemnios, de los que fue rey, fueron asesinados por sus mujeres de común acuerdo, fue salvado por su hija Hipsípila, que levantó una pira fingida y de noche fue enviado a la isla de Quíos.

[189] La metamorfosis del novillo en ciervo la menciona Ovidio en VII, 359-60, para encubrir el robo de su hijo, pero no dice que este hijo se llamara Tioneo, aunque efectivamente hubo un Tioneo rey de Quíos e hijo de Baco.
[190] Los versos no son de Ovidio, sino de Estacio, *Tbeb.*, V, 265-7.
[191] Toda la tradición mitográfica considera a Toante hijo de Baco y Ariadna.

CAPÍTULO XXIX

Sobre Hipsípila, hija de Toante

Hipsípila fue hija de Toante, según atestigua Estacio [V, 675-6] cuando dice: «Para quién el reino y el padre Toante y el brillante Euan, abuelo de la estirpe, etc.» Esta, como relata el mismo Estacio, tras haber hecho pública la decisión común de todas las mujeres de Lemnos de matar a sus hombres y vivir según sus leyes, en la noche en que fue perpetrado el crimen por las restantes mujeres, colocó a su padre Toante en una barca, lo encomendó a su padre Baco y lo envió a la isla de Quíos y, tras haber levantado una pira en el palacio, hizo patente que había matado a su padre y reinó en su lugar sobre las mujeres homicidas. Durante su reinado, según muestra Estacio en su altisonante poema, ocurrió que, cuando los Argonautas con Jasón se dirigían a la Cólquide, se acercaron a las costas de Lemnos y, bien porque no se retiraran o porque habían llegado como vengadores de los crímenes, tomaron la isla por la fuerza y así, recibido entre otros, Jasón fue acogido por Hipsípila y tuvo con ella trato amoroso; a ruegos de sus compañeros y porque el tiempo lo exigía, con la promesa de volver, embarcó dejándola encinta, la cual después dio a luz dos gemelos, a saber a Toante y a Euneo; y puesto que Jasón no volvía y fue conocido casualmente por las Lemníades que había perdonado a su padre, fue expulsada del reino y, capturada por unos piratas en la costa, fue llevada al servicio del rey de Nemea que le confió a su pequeño hijo Ofeltes para que lo alimentara. Mientras ella dedicaba su tiempo a su tarea, al llegar los Argivos contra los Tebanos a la selva de Nemea muertos de sed, fue descubierta e interrogada por los que habían llegado a buscar agua o por el propio rey Adrasto. Ella inmediatamente enseñó el río Langia, donde saciaron su sed los reyes y los pueblos que los seguían y, puesto que le habían preguntado quién era y rogado que les contara sus vicisitudes, sucedió que de en medio del ejército se lanzaron Toante y Euneo, los jóvenes hijos suyos, cuando reconocieron a su madre y le sirvieron de consuelo a sus dolores; pero mientras ella relata su suerte, olvidada de su pupilo, al que había dejado jugando entre las hierbas y las flores, al infeliz le sucedió que fue muerto por una serpiente con el choque de la cola; por este motivo se conturbó el ejército. Cuando se dirigía impetuosamente contra ella Licurgo, que soportaba muy mal la muerte de su hijo, fue salvada por Adrasto y los restantes

reyes y por sus hijos[192]. No recuerdo haber leído nunca qué pasó finalmente con ella.

CAPÍTULO XXX

Sobre Anfión, rey de Tebas, quinto hijo del segundo Júpiter, que engendró a siete hijos y a otras tantas hijas

Anfión fue hijo de Júpiter y de Antíope, según atestigua Hornero en la *Odisea* [XI, 260]. Se cuenta la fábula de cómo fue engendrado donde se escribe sobre Antíope. Dice sin embargo Ovidio, cosa que en ese lugar no se escribe, que Antíope fue seducida por Júpiter convertido en toro y se quedó grávida. Y en otro lugar [VI, 110-1]: «Añadió cómo Júpiter, oculto bajo la apariencia de sátiro, llenó a la bella Nicteide de prole gemela, etc.» Además Hornero, donde antes [v. 262], dice que Júpiter tuvo tres hijos de Antíope, a saber Anfión y Zeto y Calato[193]. Además sostienen también que éstos fueron expuestos por su madre, expulsada por Lico[m], rey de Tebas, a causa del adulterio con Epafo o del cometido con Júpiter, y finalmente crecidos, alimentados por un pastor, se levantaron contra Lico y lo mataron a él y a su esposa Dirce y por último, expulsado el anciano Cadmo, reinaron en Tebas. Y de éstos, según Servio *la Buc,* II, 24] Anfión fuá hasta tal punto entendido en el arte de la música que en opinión de Lactancio *[a Aquil.,* 13], se hizo merecedor de la cítara de Mercurio, con la que construyó las murallas de Tebas, como dice el poeta Séneca en la tragedia de *Hércules loco* [262-3]: «Cuyos muros dispuso Anfión, el hijo de Júpiter, arrastrando las rocas con melodioso canto, etc.» Plinio [VII, 56, 204] escribe que descubrió los ritmos lidios. Además tuvo como esposa a Níobe, hija de Tántalo, de la que según Hornero en la *litada* [XXIV, 603], tuvo doce hijos, pero según los poetas latinos, y sobre todo Ovidio [VI, 182-3], tuvo catorce. Cuando a causa de la soberbia de Níobe los vio muertos por Apolo y Diana, él mismo se mató con la espada. Llegan ahora las ficciones para ser aclaradas. Dicen, en efecto, que éste fue concebido por Júpiter en forma de toro o sátiro, ficción

i» Cf. *ANUM,* XXXI, pp. 19-20.

[193] Hornero no menciona a Calato. Puede ser una confusión con los Bureadas Calais y Zetes, dada la semejanza de nombre entre Zeto y Zetes.

[194] A quien Boccaccio da el nombre de Linceo.

que pienso que se ha creado para demostrar el ardor de la pasión del que la seduce puesto que se escribe en otro lugar que Antíope fue seducida con violencia. Sin embargo Teodoncio dice que Anfión y sus hermanos 'no fueron hijos de Júpiter sino de Epafo y de Antíope y que por esto Antíope fue repudiada por Lico, rey de la Tebas egipcia, contra el que se levantaron los jóvenes ya adultos, lo mataron y huyeron a Grecia y recibidos por Cadmo, ya anciano, lo privaron del reino y dijeron que eran hijos de Júpiter. Floreció entre los músicos, como dice Eusebio en el libro de los *Tiempos* [48, 14], siendo Linceo rey de Argos. El hecho de que haya movido las rocas con la cítara para construir las murallas de Tebas, dice Alberico que no fue otra cosa sino que con sus melifluas palabras convenció a los hombres ignorantes, rudos y crueles y que vivían por separado, para que se reuniesen en un mismo lugar y vivieran civilizadamente y, para defensa pública, rodearan la ciudad con murallas, cosa que se hizo. Que recibiera la cítara de Mercurio se debe a que tuvo una gran elocuencia por la influencia de Mercurio, como afirman los matemáticos.

CAPÍTULO XXXI

Sobre los catorce hijos de Anfión

Anfión y Níobe tuvieron siete hijos y otras tantas hijas, los nombres de los cuales fueron estos: Arquémoro, Antegoro y Tántalo, *y* también Fédimo, Sípilo, Jenarco y Epinico. Finalmente, las hijas se llamaron así: Asticracia, Pelopia y Claris, y después de éstas Cleodoxe, Ogime, Ftía y Neera. De éstos, los varones, dice Ovidio [VI, 219-301], a causa de la soberbia de Níobe contra Latona, fueron muertos por Apolo cuando jugaban, y las mujeres por Diana a la vista de su madre Níobe. Ovidio discrepa de Lactancio *[a Teb.,* III, 191] en algunos nombres. Pues en lugar de Arquémoro, Antegoro, Jenarco y Epinico pone Ovidio Ismeno, Alfénor, Damasicton e Ilioneo. De todos estos no sé a quién llamaba Hornero Amalea [195]. El cual dice que éstos, una vez matados carecieron de sepulcro durante nueve años [196]; finalmente, convertidos por Júpiter los habitantes en

[195] Hornero, *Il.,* XXIV, 603 ss., cuenta la muerte de los Nióbidas y las Nióbides pero no da ningún nombre propio.

[196] Hornero dice que estuvieron sin sepultar durante nueve días porque el Crónida durante esos días convirtió a los hombres en piedras.

piedras, los ocultó, aunque en otro lugar dice que están enterrados en el monte Sípilo. Creo que sucedió que éstos murieron tan de repente por una peste, ya que Apolo es exterminador, y por ello aconteció que, al faltar los hombres, faltaban los hombres que enterrasen a los que estaban muertos y convertidos en piedra, esto es en polvo, los cubrieron o se cree que los cubrieron deshechos. O, lo que considero mejor dicho, a ellos convertidos en piedras, es decir endurecidos por los males, los enterró en unas urnas encontradas, como dice Hornero, en el monte Sípilo [197] pues a veces, a causa de la piedad excesiva, no podemos hacer lo que debemos.

CAPÍTULO XXXII

Sobre Zeto, sexto hijo del segundo Júpiter, que engendró a Itilo y a Tiis

Zeto fue hijo de Júpiter y de Antíope, como se ha dicho con suficiente claridad donde se habla sobre Anfión. Dice Lactancio en su *Comentario a la Aquileida* [13] y de manera muy parecida Servio *{a Buc,* II, 24] que fue un hombre rudo, aunque reinó con su hermano.

CAPÍTULO XXXIII

Sobre Itilo y Tiis, hijos de Zeto

Itilo y Tiis, según atestigua Hornero en la *Odisea* [XIX, 518-23] [198], fueron hijos de Zeto y de su esposa Aedón. A Itilo lo mató por error su madre Aedón pensando que era Amaleo, el hijo de Anfión; odiaba, en efecto, a la esposa de Anfión porque tenía seis hijos varones [m]. Según dice Leoncio, al darse cuenta de su crimen,

[197] Hornero sólo dice que Níobe se halla en el monte Sípilo convertida en piedra.
[198] Hornero solamente habla de Itilo.
[199] Recuérdese que Hornero habla de 6 hijos y 6 hijas, por tanto Boccaccio sigue aquí a Hornero.

deseó morir; sin embargo, convertida en ruiseñor llora a Itilo. De Tiis sólo queda el nombre desnudo.

CAPÍTULO XXXIV

Sobre Calato, séptimo hijo del segundo Júpiter

Calato fue hijo de Júpiter y de Antíope, según escribe Hornero en la *Odisea*[200]. Acerca de éste no recuerdo haber leído nada a no ser el nombre.

CAPÍTULO XXXV

Sobre Pasitea, Egiale y Eufrósine, las Gracias, hijas del segundo Júpiter

Pasitea, Egiale y Eufrósine, que son llamadas Gracias o Carites, según opina Lactancio *[a Teb.,* II, 286], fueron hijas de Júpiter y de Autónoe[201]. Dicen que son el cortejo de Venus y afirman que se lavan en la fuente Acidalia que está en Orcómeno, ciudad de Beocia, y desde allí caminan desnudas y abrazadas entre sí; y que dos de ellas están vueltas hacia nosotros, puesto que la tercera vuelve la espalda[202]. Hay que examinar qué pensaron con esto los antiguos. Pues ya que Gracia siempre suena a bueno, con razón son llamadas hijas de Júpiter, cuyos efectos siempre tienden al bien. Y puesto que Venus es la causante de todos los vínculos por el poder que se le atribuye, como se ha dicho antes, con todo derecho están a su servicio, puesto que siempre parece que, yendo por delante cualquier Gracia, uno va a la unión o a la amistad de otro, por ejemplo en razón de un beneficio extraordinario o por la coincidencia de consti-

[200] Cf. nota 193.
[201] Según Lactancio los nombres de las Gracias son: Pasitea (único nombre que aparece en Hornero), Aglaya y Eufrósine. Frente a la genealogía que presenta Lactancio, Hesíodo, *Theog.,* 907-9, ha dicho que la madre de las Gracias es la Oceánide Eurínome y en lugar de Pasitea aparece Talia.
[202] Cf. Fulg. *Mytb.,* II, 4.

tución y costumbres, o por la similitud de los estudios y cosas de este tipo. Y por ello, según opina Fulgencio, Pasitea, que es la primera de las Gracias, se interpreta como la que atrae, porque antes que nos movamos por ninguna otra causa, sea la que sea, somos arrastrados a desear alguna cosa. La segunda, Egiale, se entiende como la que cautiva y ello porque a no ser que deleite en su progreso lo que hemos deseado antes, no se llega a la perseverancia de la amistad sino que se disuelve allí mismo y por ello es necesario que cautive y deleite lo que con anterioridad había atraído. La tercera se llama Eufrósine, que significa la que retiene, para que por ella se entienda que alguien es inútilmente atraído a la complacencia de alguna cosa y en vano se deleita una vez atraído, a no ser que con su acción retenga lo que le había atraído y le agrada; y de ello puedes advertir que en tu dirección vienen dos Gracias, pero la tercera va desde ti hacia aquellas, y así dos vuelven hacia nosotros su rostro, la tercera da la espalda. O de otro modo, si te compadeces algo de un hombre agradecido, verás que por él te es devuelto el doble o más, y por ello dice Ilioneo a Dido *[Eneida,* I, 548-9]: «Y rio te arrepentirás por haber sido la primera en competir» como si quisiera que se entendiera: «si nos haces algún bien y vive Eneas, lo recibirás de él duplicado». Se dice que se bañan en la fuente Acidalia porque *acida* en griego significa en latín preocupación y se ha creado esta ficción para que nos demos cuenta de que, mientras somos atraídos, mientras nos complacemos y mientras intentamos retener, nos angustiamos con diversas preocupaciones. Sostuvieron que ellas caminaban desnudas no por otra causa sino para que veamos que al entablar las amistades no debe haber en medio nada fingido, nada falso u oculto, sino que en esto debemos andar con mente pura, simple y al descubierto; pues quienes las buscan de otra manera, más bien pueden llamarse mercaderes de amistades que causantes de ellas.

CAPÍTULO XXXVI

Sobre Lacedemon, undécimo hijo del segundo Júpiter, que engendró a Amidas

Lacedemon, según escribe Dictis de Creta en el libro que compuso *Sobre la expedición de los Griegos contra los T royanos* [I, 9],

fue hijo de Júpiter y de Taígete, hija de Agénor[203], el rey de Fenicia, aunque Eusebio en el libro de los *Tiempos* [45, 3] dice que éste fue hijo de Sémele, sin nombrar a su padre, y que él, siendo Crotopo rey de Argos, fundó la ciudad de Lacedemonia.

CAPÍTULO XXXVII

Sobre Amidas, hijo de Lacedemon, que engendró a Argulo

Amidas, según afirma el antes mencionado Dictis [I, 9], fue hijo de Lacedemon, aunque hay libros en los que se lee que Lacedemona fue una mujer y que de ella nació Amidas. Yo, sin embargo, pienso que fue un hombre.

CAPÍTULO XXXVIII

Sobre Argulo, hijo de Amidas, que engendró a Ebalo

Argulo, como dice el propio Dictis, fue hijo de Amidas, del que Teodoncio dice que fue el primero en uncir una cuadriga entre los Aqueos, pero me temo que se ha engañado casi por la semejanza del nombre. Pues el que unció por primera vez una cuadriga en Grecia se llamó Arogilo y lo- inventó cuando reinaba en Argos Forbante, que vivió mucho tiempo antes que Argulo.

CAPÍTULO XXXIX

Sobre Ebalo, hijo de Argulo, que engendró a Tindáreo y a Icaro

Ebalo, como dicen Dictis y Teodoncio, fue hijo de Argulo[204], del que dice Paulo que reinó entre los Laconios, a los que llamó Ebalios

[203] Taígete es una de las Pléyades, hijas de Atlas y de Pleíone, una Oceánide.
[204] El padre de Ebalo es Cínortas, un hijo de Amidas. Dictis, que da a Ebalo la genealogía que Boccaccio indica, dice que su padre se llamaba Argalo, no Argulo.

por él. Hemos descubierto que tuvo dos hijos, a saber Tindáreo e Icaro.

CAPÍTULO XL

Sobre Tindáreo, hijo de Ebalo

Tindáreo, según escriben Dictis y Teodoncio, fue hijo de Ebalo y le sucedió en el reino, del que, si bien no tenemos ninguna otra cosa, al menos leemos esto, que él tuvo como esposa a Leda que, aunque no de él sino de Júpiter, dio a luz en su palacio a Castor, Pólux, Helena y Clitemnestra, por más que haya quienes dicen que Castor y Clitemnestra no fueron hijos de Júpiter sino de Tindáreo. Yo pienso que los cuatro fueron hijos de. Tindáreo, pero .está lejos que yo le quite a un dios tan poderoso los hijos que le consagró la generosa antigüedad.

CAPÍTULO XLI

Sobre Icaro[205], *hijo de Ebalo, que engendró a Erígone, Iftima y Penélope*

Icaro, como dice Lactancio, fue hijo de Ebalo. Dice Lactancio *[a Teb.,* IV, 655] que éste fue compañero del Padre Líber, del cual aprendió cómo enseñar el vino a los mortales. Al habérselo mostrado a unos pastores o, según otros, a sus segadores y éstos, bien porque bebieran más de lo debido o porque no estaban acostumbrados, se embriagaron y pensando por ello que les había dado un veneno, mataron a Icaro, que se dedicaba a la caza cerca de Maratón. Dice Servio *[a Georg.,* II, 389] que él fue guardado durante mucho tiempo por su perro; finalmente, según dice Teodoncio, puesto que el perro, empujado por el hambre volvió a casa y la doncella Erígone, hija de Icaro, le dio pan y él volvió al mismo lugar junto al cadáver

[205] Cf. *CFC,* XI, pp. 249-50. El nombre de Icaro aparece en Higino, *Poet. Astron.,* II, 4.

de su dueño, siguiéndole Erígone descubrió a su padre muerto. Por fin con sus ruegos Icaro fue llevado al cielo y convertido en Bootes y con él el perro, que se llama Sirio. Es posible, ya que en la octava esfera hay muchas constelaciones que han sido imaginadas por los antiguos astrólogos con alguna figura de las estrellas, que algunas de ellas, para consuelo de los que permanecían después de Icaro, fueran llamadas con los nombres de Icaro y de su perro. Pero yo no creo que éste fuese el Icaro que fue el hijo de Ebalo o padre de Penélope.

CAPÍTULO XLII

Sobre Erígone, hija de Icaro

Erígone fue hija de Icaro, según afirman Lactancio *[a Teb.,* IV, 655] y Servio *[a Georg.,* II, 389]. La cual, puesto que agradó a Baco, fue engañada y seducida por él bajo la apariencia de uva, como dice Ovidio [VI, 125]. Sin embargo ésta, tal como dice Servio, dado que, conduciéndola su perro hasta la selva de Maratón, encontró a su padre asesinado por los campesinos y lloró durante mucho tiempo, finalmente, no pudiendo soportar el dolor, se colgó con un lazo de un árbol. Pero, bien por el excesivo peso de su cuerpo o por la debilidad del lazo o de la rama, sucedió que cayó a tierra. Sin embargo los dioses, compadecidos de ella, la trasladaron entre los astros y de ella hicieron aquel signo en el Zodíaco que todavía llamamos Virgo. Sin embargo, con el paso del tiempo, ya que, según Lactancio *[a Teb.,* XI, 644], su sombra devastaba toda la región, para mitigar su enfurecimiento se descubrió que había que modelar una figura humana de cera, colgarla en ese mismo árbol y que aquel día se hiciese solemne por los pastores y perros[206], de donde Virgilio *[Georg.,* II, 388-9]: «Y para ti se cuelgan blandas figurillas de un elevado pino.» Pero Servio opina de otra manera; pues dice que después de algún tiempo fue enviada a los Atenienses una enfermedad de tal magnitud que incluso las vírgenes fueron empujadas por algún tipo de locura a ahorcarse y se obtuvo del oráculo la respuesta de que aquella epidemia podría aplacarse si se buscaban los cadáveres de Erígone e Icaro. Ellos los buscaron durante mucho tiempo y, ya que no podían ser

[206] Es la fiesta llamada Aiora o de los columpios; cf. Ruiz de Elvira, *Mit. das.,* pp. 474-5.

encontrados, los Atenienses, para demostrar su devoción, como si parecieran buscar en un elemento ajeno, colgaban en los árboles maromas a las que se sujetaban los hombres y se lanzaban de un lado a otro como si parecieran buscar los cadáveres de aquellos a través del aire. Pero, como la mayoría caían, inventaron figuras que se parecían a su rostro y, colgadas, las movían en lugar de ellos; de donde se dice figurillas porque en éstas se agitaban, es decir se movían sus rostros, y de este modo fue purificada la peste. Creo que se ha dicho que fue engañada por Baco bajo la apariencia de uva porque es posible que, al no estar acostumbrada, cayera en la embriaguez mientras comía uvas.

CAPÍTULO XLIII

Sobre Iftima, hija de Icaro

Iftima fue hija de Icaro, según testimonia Hornero en la *Odisea* [IV, 797-8] al decir: «Iftima, hija del magnánimo Icario, con la que estaba casado Eumelo de Feras.»

CAPÍTULO XLIV

Sobre Penélope, hija de Icaro y esposa de Ulises

Penélope fue hija de Icaro, como atestigua Hornero en la *Odisea* [I, 329] cuando dice: «La prudente Penélope, hija de Icario, etc.» Esta, en efecto, según está suficientemente divulgado, se casó con Ulises y de él dio a luz a Telémaco. Después, dado que Ulises había ido a Troya y desde allí andaba errante mucho tiempo después de que Troya fuera destruida, soportó muchas cosas tanto para proteger su honestidad, que continuamente perturbaban muchos pretendientes, como por el temor de las asechanzas dispuestas por los pretendientes contra Telémaco y por el dolor a causa de que Ulises no volvía. Finalmente, sanos y salvos éstos, volvió a tener a su marido y no sé con suficiente certeza a qué fin llegó. Dice sin embargo Leoncio que el poeta griego Licofrón decía que Penélope había sufrido la unión

con todos los pretendientes y que de uno de ellos engendró a un hijo al que se le dio el nombre de Pan[207]. Puesto que Ulises fue conocedor de esto a su regreso, inmediatamente se fue a la isla de Gortina y allí vivió. Está muy lejos que yo crea que el pudor de Penélope, celebrado por tantos y tan importantes autores, fuese mancillado por algo de lo que habla el malhablado Licofrón.

CAPÍTULO XLV

Sobre Tántalo, duodécimo hijo del segundo Júpiter

Explicada la descendencia de Lacedemon, hay que volver a los restantes hijos del segundo Júpiter, del duodécimo de los cuales, a saber de Tántalo, dice Leoncio que fue hijo de Júpiter, pero que no es el que fue padre de Pélope sino otro. Fue éste, en efecto, un rey muy antiguo de Corinto y hombre piadoso y a menudo se reclinó en las mesas de los dioses. Yo creó que se creó esta ficción porque la fortaleza de Corinto es tan en extremo elevada que si alguien sube a ella parece que sube hasta el cielo y que está con los dioses.

CAPÍTULO XLVI

Sobre Hércules, decimotercer hijo del segundo Júpiter, que engendró a Cartago

Este Hércules es llamado el cuarto por Cicerón en el libro *Sobre la naturaleza de los dioses* [III, 16, 42] y está dicho por este mismo que fue hijo de Júpiter, tenido de Asteria, la hermana de Latona. Dice además que fue muy honrado por los Tirios y que de él nació su hija Cartago.

[217] No es Licofrón, sino que aparece en *Schol. Lyc,* 772.

CAPÍTULO XLVII

Sobre Cartago, hija del cuarto Hércules

Cartago, como se ha indicado inmediatamente antes, fue hija del cuarto Hércules; yo no creo que ella fuera una mujer sino la ciudad que nosotros llamamos Cartago, la cual fue llamada hija de Hércules porque fue fundada por los Fenicios, que honraban en gran manera a Hércules, con los auspicios de su dios Hércules.

CAPÍTULO XLVIII

Sobre Minerva, decimocuarta hija del segundo Júpiter

Minerva, pero no la que tiene el sobrenombre de Tritonia, fue hija del segundo Júpiter, según escribe Tulio en *Sobre la naturaleza de los dioses* [III, 21, 53]; el propio Tulio afirma que fue la inventora y creadora de las guerras y por ello fue llamada Belona por algunos; y hermana y auriga de Marte, como parece atestiguar Estacio [VII, 72-4] que dice: «Gobierna a los uncidos la negra Belona con su ensangrentada mano y los excita con su larga jabalina, etc.» Y no fue ésta la que los antiguos afirmaron que era virgen y estéril sino que, como dice el mismo Tulio [III, 22, 55], de Vulcano, el más antiguo hijo del Cielo, dio a luz al primer Apolo. Además, según dice Leoncio, es ésta a la que imaginaron que se distingue por sus armas, de mirada torva, que lleva una lanza muy larga con un escudo de cristal y esto más para poner de manifiesto que la guerra fue inventada por ella que por algún otro significado. Yo no creo tal cosa sino que pienso que todos aquellos distintivos le fueron atribuidos para poner de evidencia algún misterio. Pues ya que todos somos perjudicados por continuas guerras, pienso que se la imaginó armada para que aprendamos que los hombres previsores están siempre en las armas, esto es en sus reflexiones con las que pueden salir al encuentro de las emergencias. El hecho de que tenga los ojos torvos muestra que el sabio no puede ser sorprendido fácilmente, puesto que la mayoría de las veces con sus obras externas evidencia que hace una cosa muy distinta a la que lleva en su ánimo, del mismo modo que el torvo mira a un

lugar diferente del que piensan los que miran su rostro. Se le consagra una lanza muy larga para que conozcamos que el hombre prudente también reconoce las cosas alejadas y puede clavar los golpes desde lejos y repeler a los que le acechan. Le ha sido atribuido un escudo de cristal para que se haga visible, del mismo modo y a la vez, contempla las obras del enemigo y se protege a sí mismo con los remedios adecuados. Dice también el propio Leoncio que ésta tuvo con Neptuno una disputa sobre el nombre que había de imponerse a la ciudad de Atenas y, llevada a cabo aquella estando presentes los dioses en el Areópago, se determinó por decisión de éstos que aquél de ellos que, siendo golpeada la tierra produjese un efecto más digno de alabanza, impondría su nombre a la ciudad; por este motivo, Neptuno, golpeado el suelo con su tridente, hizo salir un caballo. Y Minerva, arrojando su lanza, hizo brotar un olivo. Puesto que éste pareció de mayor utilidad que el caballo, Minerva, según el juicio de los dioses, llamó a la ciudad Atenas de su nombre, pues Minerva es llamada Atenea por los Griegos. Alberico [III, 5, 4] expone así lo que aquí hay de ficción. Dice que para el fundador Cécrope, que fue contemporáneo de esta Minerva y, según Teodoncio, su padre, fue durante algún tiempo dudoso si le daría el nombre según el beneficio del mar, con el que era muy poderosa, o del beneficio de la tierra, del que también abundaba en mucho; sostuvieron que este beneficio del mar se designaba por el caballo, puesto que el mar arrastra como el caballo y el caballo es veloz como el mar y algunas veces impetuoso y lleno de excesiva fogosidad, como el mar. Por el de la tierra el olivo, bien porque el lugar abundaba en olivos, o bien porque el suelo es rico y fértil. Finalmente, puesto que el hombre prudente veía que los beneficios del mar podían suprimirse por varias causas y los de la tierra, cualesquiera que sean, eran continuos, pensó que debía ser llamada según los perennes de la tierra y le dio el nombre de Atenas, que en latín significa inmortales. Yo pienso que, ya que Atenas es una ciudad de mar, hubo esta discusión entre hombres marinos y los artesanos, poniendo de manifiesto los marinos que el estado se acrecentaba con los navios, que deben ser entendidos por el caballo. Los artesanos, por el contrario, que se mantenía y aumentaba con las artes y la agricultura, que están mostradas por el olivo, ya que su líquido es suave y dilatado; por esta razón por los dioses, esto es por los jueces, inclinados en esto a favor de los artesanos, fue promulgada la sentencia. Y entonces fue citado Neptuno a hablar inmejorablemente a favor de los marinos, y en defensa de los artesanos Minerva, que fue la descubridora de casi todas las artes.

Podría objetar alguno que el primer Júpiter, llamado rey de Atenas, fue mucho más antiguo que Cécrope y aquí decimos que Cécrope fue el fundador de Atenas; Leoncio resuelve esta objeción con pocas palabras, pues dice que Atenas no fue edificada por Cécrope de nuevo, sino que hizo que estuviera más cerca del mar, y que en este tiempo, por su propia iniciativa, nació un olivo en la ciudadela.

CAPÍTULO XLIX

Sobre Arcas, decimoquinto hijo del segundo Júpiter, que engendró a Jonio

Arcas fue hijo de Júpiter y de la ninfa Calisto, como con toda claridad atestigua Ovidio [II, 417-530]. La madre de éste, después que su padre Licaón fue expulsado del reino por Júpiter, según cuenta Paulo, se unió a los coros de Diana y, pasando la vida dedicada a la caza, puesto que sobresalía en edad y belleza, fue amada por Júpiter y, como dice Ovidio, fue engañada y seducida por este mismo bajo la figura de Diana entre las sombras de los bosques. Ella, dado que había concebido y que su vientre crecía, fue llamada por las doncellas, sus compañeras, al baño cuando se bañaba Diana. Temiendo ésta que se pusiera en evidencia su falta si se quitaba las ropas, se negaba a bañarse; finalmente, desnudada por las doncellas, al ver Diana su turgente vientre, inmediatamente expulsó de su compañía a la que poco después dio a luz a Arcas. Cuando Juno conoció este delito, irritada contra ella, la arrastró durante mucho tiempo por los cabellos y por último la convirtió en osa. Pero Arcas, cuando ya estaba crecido, quiso matar a la que no conocía y se acercaba a él. Sin embargo, ella, aterrorizada, según dice Teodoncio, se refugió en el templo de Júpiter, cuyas puertas estaban siempre abiertas y en el que además no entraba ninguna fiera o ave, hasta el que la persiguió también Arcas. Puesto que los campesinos querían matarlos, se vieron obstaculizados por Júpiter y, metamorfoseando a Arcas también en oso, llevó a ambos al cielo y los colocó cerca del Polo Ártico. Se llama a Calisto Osa Menor como Arcas es llamado la Mayor[208]. Juno, indignada por

[208] Calisto es metamorfoseada en la Osa Mayor y su hijo Arcas en Artofílace, el guardián de la osa o Bootes, constelación ésta que también se considera el

el hecho de que su rival hubiese sido recibida en el cielo junto a su hijo, se dirigió a Tetis Magna, su nodriza, y le rogó que no permitiera que estas Osas se bañaran en sus aguas según la costumbre de las otras estrellas, cosa que Tetis le prometió que ella haría en lo sucesivo y lo mantiene hasta hoy. Bajo esta ficción se oculta, como en la mayoría de las ocasiones, la historia. Pues, vencido Licaón por Júpiter, su hija Calisto se refugió junto a las doncellas consagradas a Pan Liceo y, habiendo hecho con éstas un voto de virginidad perpetua, sucedió que Júpiter fue cautivado por la hermosura que había oído de ésta y cayó en el deseo de poseerla. Y, después de haberse metamorfoseado con el aspecto de sus compañeras, ocultamente se acercó a ella de noche y, tras haberla arrastrado a su deseo con diversas persuasiones, la violó y la dejó grávida. Finalmente, al haberse puesto de manifiesto con el parto la falta de Calisto, inmediatamente, con gran deshonor para ella, fue excluida junto con su hijo de los sagrados recintos por las vírgenes que no se atrevieron a nada más por temor a Júpiter. Esta, a causa de su vergüenza, se alejó clandestinamente a las selvas y en ellas se ocultó durante mucho tiempo sin ser conocida. Pero cuando creció su hijo, como era de gran espíritu y no podía soportar la supremacía de su madre, quiso matarla. Ella, golpeada por el temor, abandonó las selvas y se refugió junto a Júpiter, quien la reconcilió con el favor de su hijo y les permitió que pudieran volver al reino paterno y los ayudó. Por este motivo, dado que Arcas era un joven impetuoso, sometió a los Pelasgos bajo su dominio y los llamó Arcadios por su nombre. Los Arcadios dieron a Calisto, a la que consideraban muerta, el nombre de Osa por su prolongado escondite ya que el oso, según dicen los fisiólogos, pasa una determinada parte del año durmiendo en las cuevas; y por el nombre de la madre también llamaron oso al hijo. Los poetas, para agradar a Arcas, dijeron que ambos fueron trasladados después al cielo y que en lugar de los perros, representados mucho tiempo antes por los Egipcios, pusieron los osos en aquellos lugares en los que los colocaron. El hecho de que no recibieran la autorización de Tetis, nodriza de Juno, para bañarse en el Océano, está tomada de la elevación del polo que en nuestra región está tan alto y estas constelaciones tan cercanas a él que en la órbita del cielo no pueden sumergirse en el Océano, como hacen las restantes que al ponerse parecen sumergirse en el Océano, sino que vemos su órbita completa

catasterismo de Icario, como Boccaccio ha dicho. La Osa Menor, en cambio, es Fenice, también compañera de Diana y seducida por Júpiter y convertida en osa por la virginal diosa. Cf. Ruiz de Elvira, *Mit. das.*, pp. 470 y 473-4.

cerca del polo. Eusebio [45, 11] escribe que este Arcas sometió a los Pelasgos en el año 3.708 del mundo.

CAPÍTULO L

Sobre Jonio ~>m, hijo de Arcas, que engendró a Nicostrata

Jonio fue, como dice Teodoncio y después de él Paulo, hijo de Arcas, tenido de la ninfa Selene. Fue en su época un hombre tan destacadamente versado en la técnica de la guerra y sobre todo de la naval, que sometió bajo su dominio a casi todas las costas del Peloponeso y hasta el mar de Sicilia y de su nombre los llamó Jonios y Jónico al mar. Los cuales llegaron a una supremacía tan grande que se dice que estaba bajo ellos la cuarta parte de toda Grecia y que obligaron a utilizar las letras y la gramática jónica. Pero Leoncio niega que este sobrenombre le haya sido puesto al pueblo y al mar por el rey Jonio, afirmando que le fue asignado mucho tiempo antes por Io[210], la hija de Inaco, que tuvo un gran imperio en aquellas regiones, cosa que el propio Teodoncio afirma en otro lugar. Tuvo Jonio, según afirman Teodoncio y Leoncio, una sola hija de nombre Nicostrata.

CAPÍTULO LI

Sobre Nicostrata, hija de Jonio y madre de Evandro

Nicostrata, como afirman Teodoncio y Leoncio, fue hija de Jonio, rey de Arcadia[2"]. Tras haberse casado con Palante, según los anteriormente mencionados, o siendo su nuera, según otros, concibió de Mercurio a Evandro, rey de Arcadia; y dado que es-

[209] Cf. *CFC,* XI, pp. 251-2, y *Schol. Lyc,* 631, donde también aparece Adrias, epónimo del Adriático, como padre de Jonio.
[210] La epónima del mar Jónico es efectivamente Io; en cambio quien da nombre a los jonios es Ion, el hijo de Creúsa y Apolo, según Eurípides, *Ion,* o hijo de Xuto y Creúsa.
[211] Cf. *CFC,* XI, p. 252.

taba muy versada en las letras griegas, hasta tal punto fue de carácter flexible que se introdujo, con estudio incansable, en el arte de la predicción y se convirtió en una famosísima adivina. Y puesto que algunas veces decía el futuro en versos a los que se lo pedían, suprimido el nombre de Nicostrata, fue llamado Carmenta. Esta, cuando Evandro mató a su padre putativo o al suyo propio por azar, según pretenden algunos, o, como les parece a otros, fue expulsado del reino de sus antepasados por una sedición de los suyos, prometiéndole a su hijo muchas cosas con su vaticinio cuando huía, llegó con él a Italia y, entrando por la desembocadura del Tíber, se asentó en el monte Palatino. Y al haber encontrado a los habitantes en estado salvaje, inventó nuevos caracteres de letras y les enseñó las uniones y los sonidos de éstas que, aunque en principio fueron sólo dieciséis, por los descendientes se añadieron las otras de las que hacemos uso hasta hoy. Los campesinos, admirados por este asunto, pensaron que no era un ser humano sino más bien una diosa. Y ya que la celebraban, estando todavía viva, con honores divinos, cuando murió fundaron un pequeño santuario con su nombre en la parte más baja del monte Capitolio, donde había pasado su vida. Y para inmortalizar su recuerdo llamaron Carmentalia a los lugares adyacentes. Ciertamente Roma, cuando ya se extendió, no permitió que esto se perdiera sino que llamaron a lo largo de muchos siglos Carmental a la puerta de la ciudad que allí habían construido los ciudadanos por exigirlo la necesidad.

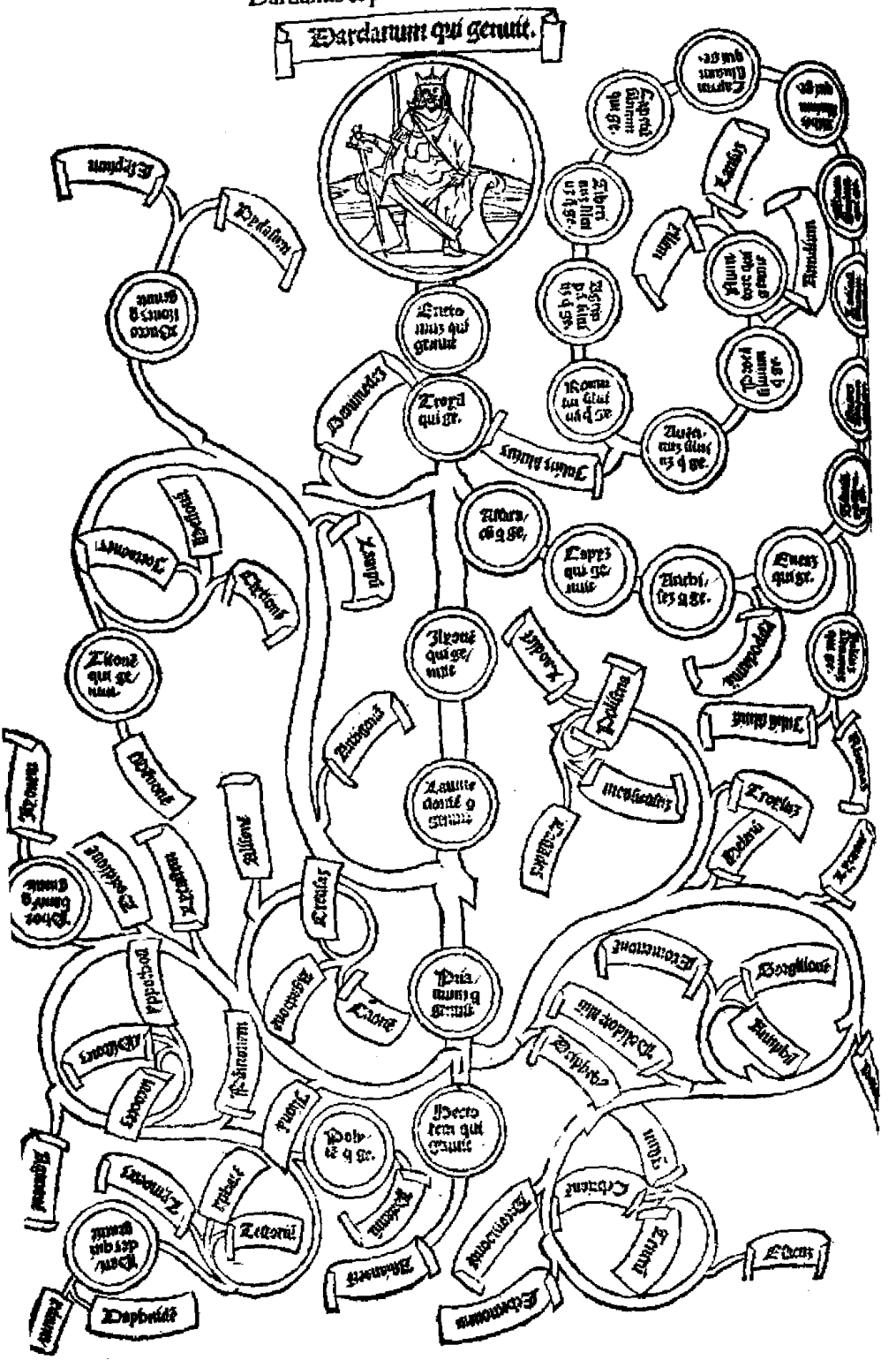
Para que estuviera explicada toda la descendencia del segundo Júpiter faltaba añadir a Dárdano, que fue uno de sus hijos, y toda su familia; pero, puesto que este volumen quinto parece reclamar su fin y aquella es muy larga, me ha parecido adecuado fijar aquí el final y reservar a Dárdano y a su descendencia para el siguiente volumen.

Termina el Libro Quinto de la Genealogía de los dioses paganos.

COMIENZA FELIZMENTE EL LIBRO SEXTO DE LA GENEALOGÍA DE LOS DIOSES PAGANOS, SEGÚN JUAN BOCCACCIO DE CERTALDO

En el árbol grabado a la derecha, en cuya raíz se pone a Dárdano, decimosexto hijo del segundo Júpiter, se describe, tanto en las ramas como en las hojas, toda la descendencia de este Dárdano.

Dardanus & proles sexto sua scribitur omnis.


Dardanum qui genuit.
Troyd qui gr.
Ilyone qui genuit
Priamum q genuit
Hecto rem qui genuit
Polyte q gr.
Anchises
Aeneas
Ascanius
Dardanus
Erichthonius
Tros
Ilus
Laomedon
Tithonus
Priamus
Hector
Paris
Deiphobus
Helenus
Troilus
Polyxena
Andromache
Hecuba
Cassandra
Polydorus
Troilus
Ascanius
Silvius
Aeneas
Ascanius
Silvius
Aeneas
Ascanius
Silvius
Aeneas

Proemio

Le había faltado a la barquilla un ligero movimiento en las bocas del Tíber cuando, mientras estaba ocioso y esperaba renovadas fuerzas y nuevos soplos, impulsado por una cierta veneración del lugar, empecé a contemplar todas las cosas de los alrededores. Tenía que ver allí las ruinas del viejo Laurento y de Lavinio y la cuna de los Antiguos Latinos; después Alba Longa, así llamada por sus frutos, llena de selvas y de abrojos, no ofrece casi ninguna huella de sí excepto el nombre. Pero un poco más allá brillaba la en otro tiempo dorada Roma más por un antiguo esplendor que con una luz nueva. Mientras yo la examinaba con todo mi espíritu, vinieron a mi mente los antiguos reyes, vinieron también los proceres y los excelsos caudillos, destacados por su mucha virtud y por su disciplina militar, y famosos por su piadosa pobreza, vinieron los importantes triunfos y las naciones sometidas en todos los lugares, y la gloria del singular Imperio, con la que ella sola venció a los restantes mortales y se hizo merecedora de conducir las riendas de todo el orbe y ser llamada su cabeza. Y mientras yo, admirado, me preguntaba a mí mismo quién sería el fundador de tan grande mole, quién podría ser llamado el primer padre, si la Tierra o Titano o más bien Neptuno, acostumbrados a producir enormes cuerpos, llegó a mi recuerdo el Tusco Dárdano y recordé que él era el más antiguo antepasado del victorioso pueblo. Y no se veía de lejos el litoral, desde el que había soltado la nave para ir hasta

Asia a arrojar las semillas de tan afamada descendencia. Por este motivo, para que no pareciera que se dejaba de lado una progenie notable por tanta claridad, abandonadas las desembocaduras del río Tusco[212] y siguiendo el antiguo surco de agua, con la intención de conocer con fe clarividente los monumentos de nuestros antepasados, siendo el Zéfiro favorable, me dirigí hasta el litoral Meonio para desde allí, estando presente Aquél que separó las aguas de la tierra, examinar a través de sus sucesiones a los más antiguos antepasados de un imperio tan extenso y tan admirable, y por último llegar hasta los sucesores de la importante descendencia.

CAPÍTULO PRIMERO

Sobre Dárdano, decimosexto hijo del segundo Júpiter, que engendró a Erictonio

Se ha demostrado en los libros precedentes que el segundo Júpiter fue hijo del Cielo, de cuya descendencia, puesto que casi toda la serie se ha enseñado en el volumen anterior, se ha reservado tan sólo a Dárdano; en este librito describiremos su prole, empezando por él, del que los antiguos testimonian que fue hijo de Júpiter tenido de Electra, la hija de Atlas y esposa del rey Corito, del que dice Ovidio en los *Fastos* [IV, 31-2]: «Quién no sabe que Dárdano fue hijo de la Atlántide Electra, es decir que Electra yació con Júpiter, etc.» Dicen los antiguos que Júpiter amó a «ste en gran manera entre sus otros hijos. Pero démonos cuenta con pocas palabras de qué pretende la ficción. Porque se sabe, según la opinión de Paulo, que Dárdano fue hijo del rey Corito y de su esposa Electra, pero para ennoblecer su descendencia le fue atribuido a Júpiter, con cuyas costumbres era acorde; pues fue un hombre de naturaleza apacible y religioso, según dice el mismo Paulo. Hermano suyo fue Iasio, aunque hay quienes añaden a ítalo y Sicano y a una hermana, Candavia; y como Corito tenía tan sólo una ciudad, llamada Corito por su nombre y era ésta la misma que hoy, en opinión de Paulo, se llama Corneto tras habérsele añadido unas letras por el vulgo, hubo al morir éste una disputa entre los her-

[212] Tíber.

manos mayores, Dárdano e Iasio, acerca de la sucesión en la que Dárdano, turbado, puesto que era el más fuerte de su época mató a Iasio. Al ver a los ciudadanos indignados por este motivo, embarcó con una parte del pueblo y, llevado por una larga navegación, estableció su morada primero en Samotracia, que entonces era Samos, según testimonia Virgilio [VII, 206-9] al decir: «Que los Auruncos decían así, que Dárdano, nacido en estos campos, penetró hasta las ciudades del Ida de Frigia y hasta la tracia de Samos que ahora se llama Samotracia. Que él, marchando desde aquí, desde la morada tirrena de Corito, etc.» Desde Samos se fue a la parte de Asia que está contigua al mar Helesponto y la zona que ocupó la llamó Dardania por su nombre, en la que reinó tras construir la ciudad de su nombre. Le parece a Eusebio [45, 19] que esto tuvo lugar alrededor del año trigésimo quinto de Moisés, cuando Estáñelo reinaba en Argos, que fue el año 3.737 del mundo. Después de haber reinado allí durante cincuenta años, como dice el mismo Eusebio en el libro de los *Tiempos* [48, 21-24] terminó sus días dejando superviviente a su hijo Erictonio.

CAPÍTULO II

Sobre Erictonio, hijo de Dárdano, que engendró a Tros

• Erictonio fue hijo de Dárdano. Paulo piensa que éste nació de Candavia, esposa y hermana de Dárdano. Sucedió a su padre y, después de haber reinado durante cuarenta y siete años, murió dejando a un hijo: Tros.

CAPÍTULO III

Sobre Tros, hijo de Erictonio, que engendró a Ganimedes, lío[213] y Asáraco

Tros o Troyo fue hijo de Erictonio, como se evidencia en el poema de Ovidio *[Fast.,* IV, 33]: «De éste, Erictonio; Tros fue

[213] A lio Boccaccio lo llama Ilioneo.

engendrado por él.» Al suceder éste a su padre, puesto que era un hombre de armas, tras haber ampliado el reino, llamó Troya, por su nombre, a la región que hasta entonces se llamaba Dardania. Tuvo una guerra contra Tántalo, rey de Frigia, porque le había sido raptado por éste su hijo Ganimedes, que engendró, además de Iio y Asáraco, dejando a los cuales como supervivientes murió.

CAPÍTULO IV

Sobre Ganimedes, hijo de Tros

Ganimedes fue hijo del rey Tros, joven de gran hermosura del que habla así Virgilio[214] [V, 252-7]: «Y, bordado, el niño real fatiga rápido en el frondoso Ida a los veloces ciervos con su jabalina y su carrera, como el que respira jadeante, al que el ave escudera de Júpiter cogió por los pies con sus uñas llevándolo a lo alto desde el Ida; en vano sus ancianos guardianes tienden sus manos a los astros y se encoleriza el ladrido de los perros contra los aires, etcétera.» Y Ovidio, después de Marón, dice [X, 155-161]: «En otro tiempo el rey de los dioses se abrasó por el amor del frigio Ganimedes y se descubrió algo que Júpiter prefería ser más que lo que era. Sin embargo, no se digna convertirse en un ave distinta de la que podía llevar sus armas. Y sin tardanza, golpeando el aire con sus engañosas alas, rapta al Ilíada, que también ahora mezcla las bebidas y, sin que Juno lo quiera, escancia el néctar a Júpiter, etc.» La fábula que se cuenta sobre Ganimedes puede entenderse suficientemente bien con los poemas mencionados, añadiendo que fue convertido en el signo de Acuario. Su intención la explica Fulgencio *[Mit.,* I, 20] con pocas palabras a su juicio al decir: Que Ganimedes fue botín de guerra de Júpiter, quien luchaba en un combate naval y que estaba en una nave cuya insignia era un águila. Sin embargo, Eusebio en el libro de los *Tiempos* [51, 17-21] dice que no fue raptado por Júpiter sino por Tántalo, rey de Frigia, cosa que afirma que fue escrita por el poeta Fandro y que por ello se inició una guerra entre Tros y Tántalo; y por ello parece que la fábula anterior es un engaño. Pero según Leoncio

[214] Virgilio está describiendo en este pasaje la clámide que Eneas entrega a Cloanto, vencedor de la carrera de naves de los juegos fúnebres en honor de Anquises.

no es falsa. Pues dice que Tántalo, para expresar su agradecimiento al Júpiter Cretense, del que sabía que era muy impúdico, cuando cazaba bajo los estandartes del águila, raptó a un joven adolescente y se lo entregó en calidad de regalo a Júpiter. Se ha dicho que se convirtió en copero de los dioses porque dicen que está representado entre los signos del cielo como aquél que llamamos Acuario, y cuando el sol está en él, la tierra se riega con gran abundancia de lluvias, de cuyos vapores húmedos algunos sostuvieron que se alimentaban los astros, y así se convirtió en copero de los dioses. Vivió durante el reinado de Preto en Argos.

CAPÍTULO V

Sobre Iio, hijo de Tros, que engendró a Laomedonte

Iio, como dice Hornero en la *Iitada* [XX, 231-2], donde se despliega toda la genealogía de los Troyanos hasta Héctor y Eneas, fue hijo de Tros, el rey de Troya. Este, según dice Eusebio en el libro de los *Tiempos* [54, 1], durante el reinado de Cécrope en Atenas fundó la ciudad de Ilio, la célebre por el poema de Hornero, y la llamó con su nombre. Pues ésta es la que soportó el asedio de los Griegos durante diez años y fue destruida por ellos. Fue fundada alrededor del año 3.895 del mundo. Leemos que Iio tuvo un solo hijo, Laomedonte, al que dejó superviviente al morir.

CAPÍTULO VI

Sobre Laomedonte, hijo de Iio, que tuvo ocho hijos entre varones y hembras, cuyos nombres son éstos: Antígona, Hesíone, Lampo, Clitio, Hicetaon, Titono, Bucolion y Príamo

Laomedonte, rey de Troya, fue hijo de Iio, como escribe Hornero en la *Iitada* [XX, 236]. Dicen los antiguos que éste quiso rodear Ilio con murallas y llegó al acuerdo con Apolo y Neptuno de que lo hicieran ellos, prometiéndoles una recompensa y prestando el juramento de cumplirla. Después que éstos lo hicieron y no veían

que se mantuviera lo prometido, Troya en su totalidad fue cubierta de aguas por Neptuno y Apolo, además, envió una peste. Angustiado por este motivo, Laomedonte consultó al oráculo sobre el remedio y fue su respuesta que era preciso que cada año se expusiera una doncella a un cetáceo, es decir a un monstruo marino, cosa que se hacía por sorteo entre los Troyanos. Finalmente recayó la suerte en Hesíone, la hija de Laomedonte. Cuando ésta esperaba al monstruo encadenada a un escollo, llegó Hércules, quien hizo un pacto con Laomedonte, a saber que si la liberaba, a su hija, del monstruo, éste le regalaría los caballos engendrados de sangre divina, que se sabía tenía Laomedonte. Sin embargo, cuando Hércules hubo liberado a la doncella, Laomedonte no quiso mantener su promesa. Por esta razón o, según otros, porque buscaba al pequeño Hilas perdido, fue expulsado por Laomedonte del puerto de Troya y por ello, viniendo con tropas muy numerosas, tomó al asalto Troya, mató a Laomedonte y convirtió todo lo suyo en botín. Expuestas estas cosas, veamos qué pretende la ficción. Sostienen, en efecto, que en Troya había un dinero reservado para los sacrificios de Neptuno y de Apolo, que Laomedonte, tras haber hecho un juramento de que no sólo lo restituiría sino que además él haría un regalo de su propio peculio en los sacrificios antes mencionados, gastó en la edificación de los muros de la ciudad y, por último, no quiso devolver el dinero a los que lo reclamaban. Pero vino después una inundación de las aguas y, tras no haber sido disuelta suficientemente por el sol, como suele suceder, el aire infectado por la putrefacción de las aguas ocasionó una epidemia; puesto que estas dos cosas parecían ser propias de Neptuno y Apolo, se creó la ficción de que habían sido enviadas por los dioses engañados a causa del perjurio. Pienso que es posible que fueran expuestas las doncellas a un monstruo según la respuesta del oráculo, puesto que así los engañaba el diablo muy a menudo. Y creo que de aquí obtuvo la historia las restantes cosas. Tuvo éste muchos hijos e hijas, aunque sólo Príamo fuera su sucesor en el reino.

CAPÍTULO VII

Sobre Antígona, hija de Laomedonte

Que Antígona fue hija de Laomedonte lo atestigua Servio [*a En.*, I, 27]. Dice que ésta, puesto que era muy bella, se atrevió

a considerarse más que Juno en hermosura, por cuya causa la irritada Juno la convirtió en cigüeña. Puede darse el siguiente razonamiento de esta ficción. Dice Leoncio que, capturada Ilio por Hércules y muerto Laomedonte, todos los hijos de Laomedonte a excepción de Hesíone y Príamo, que fueron hechos prisioneros, se refugiaron ocultamente en donde la fortuna los llevó; Antígona se ocultó durante muchos días entre los cañaverales del Escamandro, y yo pienso que de ahí se dio lugar a la fábula, porque la que durante el reinado de su padre con su soberbia se había considerado superior en hermosura a las otras, fue llevada por la fortuna, dueña de los reinos que cambia las situaciones, al lugar donde las cigüeñas acostumbraban a buscar su alimento; y así ella misma, mientras estuvo en ese lugar, pareció como si se hubiera convertido en cigüeña.

CAPÍTULO VIII

Sobre Hesíone, hija de Laomedonte y madre de Teucro

Hesíone fue hija de Laomedonte, la cual, tras haber sido primero, como se ha dicho antes, liberada por Hércules del monstruo marino, poco después, arrasada Ilio y muerto Laomedonte, fue hecha prisionera por el propio Hércules o entregada a Telamón como parte del botín, ya que había sido el primero en escalar los muros de la ciudad. Este la llevó a Salamina y, después que fue reclamada muchas veces por Príamo en vano, dio a Telamón un hijo: Teucro.

CAPÍTULO IX

Sobre Lampo, Clitio e Hicetaon, hijos de Laomedonte

Lampo, Clitio e Hicetaon fueron hijos de Laomedonte, como dice Hornero en la *Iliada* [XX, 237-8] al hablar así: «En efecto, Laomedonte engendró a Titono, Príamo, Lampo, Clitio e Hicetaon, vastago de Marte.» Sin embargo, de estos tres no tenemos nada a no ser el nombre puro y simple.

CAPÍTULO X

Sobre Titono, hijo de Laomedonte, que engendró a Metnnón

Titono, como se ha demostrado inmediatamente antes en el poema de Hornero, fue hijo de Laomedonte. Puesto que éste era un joven de hermosa figura, según dice Servio *[a Georg.,* III, 48][215], fue amado y raptado por la Aurora, de la que dicen que tuvo un hijo, Memnón, y como desease una larguísima vida y la obtuviera, por último fue convertido en cigarra. Pienso que el hecho de que fuera raptado éste por la Aurora no es otra cosa a no ser que, dominado por el deseo, oídas quizá las cosas mediante las que esperaba poder encontrar un reino, abandonando la patria emigró a los pueblos de Oriente, desde donde se levanta para nosotros la Aurora, y sometió a muchos de ellos y los gobernó. Pueden mostrarse algunas razones de por qué se crea la ficción de que fue convertido en cigarra. La primera de las cuales, porque con el rocío de la mañana, que cae con la aurora, se alimentan las cigarras y así éste se alimentaba con los recursos de los pueblos orientales, que están bajo la Aurora. Además porque las cigarras son negras, aunque nacen verdes, y así éste que nació blanco, por la acción del calor del sol de la región a la que se había trasladado, se convirtió en negro, como sus habitantes. Finalmente porque siendo anciano, al oír la muerte de su hijo Memnón y la desolación de los suyos, se deslizó a una quejumbrosa vejez y después murió, como hacen las cigarras, que más parecen lamentarse que cantar y por fin, después de hacer sonar un largo lamento, mueren.

CAPÍTULO **XI**

Sobre Memnón, hijo de Titono

Memnón, según testimonia Ovidio [XIII, 594-622] fue hijo de Titono, tenido de la Aurora. Dicen que éste vino en ayuda de Príamo con una abundante tropa de los pueblos de Oriente, y fue muerto en combate por Aquiles. Acerca del cual cuenta Ovidio la fábula de que, cuando ardía colocado en la pira, a ruegos de su

[215] Servio dice: *Tithonus jrater Laomedontis fuit.*

madre la Aurora, fue metamorfoseado en ave por Júpiter y con él salieron de las cenizas de la pira muchas aves que después de revolotear alrededor de la pira con mucho griterío, se dividieron y lucharon tanto entre sí durante mucho tiempo hasta que cayeron muertas. Ovidio dice que a estas aves se las llama Memnonias. Esta ficción tomó su origen de una costumbre en torno a la pira de Memnón, que estaba guardada por los suyos, y de una circunstancia admirable. Pues fue una costumbre muy antigua de los orientales querer que los amigos más queridos al rey muerto ardan con el cadáver del rey, y por esto, o bien van corriendo hacia él, como pienso que se hizo en torno al cuerpo de Memnón, o van a la muerte de otro modo y son colocados en la pira real. Además, Solino habla así en *Sobre las maravillas del mundo* [XL, 19]: «Pero cerca de Ilio está el sepulcro de Memnón, junto al que desde siempre vuelan las aves reunidas en bandadas desde Etiopía, a las que los de Ilio llaman Memnonias. Cremucio es el autor de que estas mismas, al quinto año se reúnen en Etiopía en bandadas y de todas partes desde donde están se reúnen en el palacio de Memnón.» Estas cosas él. [De estas palabras podemos entender que sucedió por un hecho fortuito que aquellas aves llegaran en el momento en que se hacía el funeral real de Memnón, y que rodearon volando el lugar y por ello fue creído por los ignorantes que aquellos que se habían ofrendado a la muerte en honor de su rey se habían convertido en las cenizas de la pira y que de cenizas habían pasado a ser aves. Pienso que el hecho de que Memnón se convirtiera en un ave no quiere designar otra cosa que la insigne fama del hombre, que voló después de su muerte.][216] Hay además quienes dicen que fue construida por Memnón Susa, importante ciudad de Persia, que está sobre el río de Sura.

CAPÍTULO **XII**

Sobre Bucolion, hijo de Laomedonte, que engendró a Esepo y a Pédaso

Bucolion fue hijo de Laomedonte, según testimonia Hornero en la *Ilíada* [VI, 23] cuando dice: «Bucolion era hijo del noble Lao-

[216] Lo entrecorchetado no aparece en la edición de Romano, sí en cambio en la de París de 1511 y nos ha parecido interesante incluir la traducción de todo el párrafo.

medonte.» No tenemos de éste nada más, a no ser que engendró a dos hijos, Esepo y Pédaso.

CAPÍTULO XIII

Sobre Esepo y Pédaso, hijos de Bucolion

Esepo y Pédaso fueron hijos de Bucolion, como escribe Hornero en la *Iitada* [VI, 21-22] diciendo así: «Fue después hacia Esepo y Pédaso, a los que en otro tiempo concibió la náyade Abarbárea para el eximio Bucolion.» Ciertamente éstos fueron jóvenes valientes en la lucha contra los griegos, pero finalmente fueron muertos ambos por un griego llamado Eurílo cuando luchaban, como atestigua el propio Hornero.

CAPÍTULO XIV

Sobre Príamo, hijo de Laomedonte, que tuvo diecinueve hijos e hijas de su esposa Hécuba, y de otras mujeres treinta y uno entre varones y hembras, que son cincuenta en total, de los que sólo nos han llegado los nombres de treinta y ocho, que son los siguientes: la primera Creúsa, 2.ª Casandra, 3.ª Iliona, 4.ª Laódice, 5.ª Licaste, 6.ª Medesicaste, 7.ª Polixena, 8° Paris, 9° Héctor, 10° Heleno, 11° Caon, 12° Troilo, 13° Deífobo, 14° Polidoro, 15° Polidoro, 16° Licaón, 17° Esaco, 18° Antiso, 19° Iso, 20° Teucro, 21° Dimocoonte, 22° Equemon, 23° Cremenon, 24° Gorgitio, 25° Cebrion, 26° Forbante, 27° Doriclo, 28° Pammon, 29." Antifo, 30° Agaton, 31° Hipólito, 32." Aganon, 33° Laocoonte, 34° Méstor, 35° Ifates, 36° Testorio, 37° Timetes, 38° Polites

Príamo fue hijo del rey Laomedonte, hasta tal punto conocido entre los mortales que apenas hubo nunca otro más famoso que él. En efecto, siendo él todavía un niño, la ciudad de Ilio fue destruida por Hércules, muerto Laomedonte y él mismo hecho prisionero con otros muchos. Hércules lo devolvió a los vecinos que pagaron un precio por él y recibió el nombre de Príamo por ese rescate, según

opina Servio *la En.,* I, 619] [217]. Se sabe que después restauró la patria medio destruida y sostienen los escritores que la fortificó con muchas cosas contra el ataque de los enemigos. Dice Servio *[a En.,* II, 13] que lo hizo de este modo porque se tenía como cosa cierta según Plauco que no podía ser tomada si se mantenían tres cosas, a saber la vida de Troilo, la conservación del Paladio y el sepulcro intacto de Laomedonte, que estaba en la puerta Escea. Según otros, fueron mucho más adecuadas para los Griegos las condiciones para capturarla, a saber que hubiera alguien de la estirpe de Eaco, por lo que Pirro, siendo aún niño, fue convocado a la guerra, que fueran robados los caballos de Reso antes de que hubieran bebido las aguas del Janto; y que tuvieran las flechas de Hércules, que envió Filoctetes, ya que él no podía llevarlas, por la inesperada muerte. Así, pues, Príamo reinó al haber muerto Laomedonte. Puesto que todas las cosas se desarrollaban para él según sus deseos, tomó a Hécuba, hija de Cipseo rey de Tracia, como esposa y tuvo de ella muchos hijos así como también muchos de otras mujeres y hasta tal punto llevó su reino a tan gran esplendor que no parecía tan sólo rey de Troya sino de toda Asia. Pero cuando su hijo Paris, en compensación al rapto de Hesíone, hermana de Príamo, por Hércules, raptó a Helena, la esposa de Menelao, y la llevó a Troya, puesto que no pudo convencerlo con sus consejos para que la devolviera a los Griegos que la reclamaban, vio que aquellos desembarcaban con mil naves en el litoral de Troya, que asediaban Ilio y devastaban todos los alrededores con fuego y armas y por fin que morían sus hijos, tanto los naturales como los legítimos, y los reyes que habían venido en su ayuda, y por fin vio a Héctor muerto y arrastrado por el carro de Aquiles, para el rescate de cuyo cadáver, dice Hornero en la *Ilíada* [XXIV, 440 ss.] cerca del final, fue de noche, guiándole Mercurio y de rodillas le suplicó a Aquiles, aunque Servio *la En.,* I, 487] dice que sucedió de una manera distinta; a saber que se acercó de noche a la tienda de Aquiles y encontró a éste dormido tan profundamente que hubiera podido matarlo, pero prefirió despertarlo y hacerle el ruego, y que obtuvo lo pedido y que fue perseguido poco después por Aquiles hasta Troya, pero que estas cosas fueron ocultadas por Hornero para que quien era el pregonero de las alabanzas de Aquiles no pareciera el recitador de sus deméritos. Vio además Príamo el Paladio sustraído, los caballos de Reso robados, a Troilo y a Paris

[217] Príamo es rescatado por su hermana Hesíone y recibe este nombre de *priamai:* «comprar», «pagar», dejando así de llamarse Podarces.

muertos y por último que Troya era tomada y sus hijas eran llevadas cautivas y que todo estaba incendiado y que después entró en su palacio su hijo Polites, que huía de Neoptólemo, y que su infeliz hijo moría en su regazo, y reprochándose a sí mismo se atravesó con la espada. Pero Servio [*a En.,* II, 506] dice que hay diferentes opiniones sobre la muerte de Príamo. Puesto que unos dicen que fue hecho prisionero por Pirro en su palacio real y fue arrastrado hasta la tumba de Aquiles y allí fue atravesado, se separó su cabeza del cuerpo y fue colocada y paseada en una pica. Otros dicen que junto al altar de Júpiter Herceo, según hemos dicho, lo que parece opinar Virgilio [II, 550-553]. Tuvo éste, como él mismo cuenta a Aquiles en el último libro de la *Ilíada* [XXIV, 495-7], cincuenta hijos entre varones y hembras, diecinueve de los cuales dice que los tuvo de su esposa y el resto de otras mujeres que residían en sus mansiones.

CAPÍTULO XV

Sobre Creúsa, primera hija de Príamo y esposa de Eneas

Creúsa, la hija de Príamo y de Hécuba, como atestigua Servio [*a En.,* IX, 282], fue esposa de Eneas, según se evidencia muy a menudo en Virgilio; y le dio un hijo: Ascanio. Dice Virgilio [II, 738 ss.] que ésta fue perdida, en la destrucción de Ilio, por Eneas que huía con su padre y su hijo. Pero algunos pretenden que fue matada por él mismo según el pacto hecho con los griegos de que en su libertad no hubiese ningún superviviente del linaje de Príamo. Cosa que parece tocar con mucha precaución Virgilio cuando describe que Eneas la buscaba e introduce su sombra que habla a Eneas y le dice [II, 785-8]: «Yo no veré las altivas mansiones de los Mirmidones o de los Dólopes ni iré a servir a las matronas griegas, dardánide y nuera de la diosa Venus; sino que la gran madre de los dioses me retiene en estas costas, etc.» Y así aparece, puesto que dice que no fue capturada por nadie sino retenida por la madre de los dioses, que es la tierra, que ella fue abandonada allí muerta y sin sepultura.

CAPÍTULO XVI

Sobre Casandra, segunda hija de Príamo

Casandra, hermosa doncella, fue hija de Príamo y de Hécuba. Puesto que Apolo la amaba y le pidió que se uniera a él, Casandra le reclamó un regalo, que Apolo selló con el juramento de que se lo daría. Así pues, la doncella le pidió convertirse en adivina y fue hecho. Al querer Apolo lo que había pedido, ella se negó. Enfurecido por este motivo Apolo, ya que no podía quitarle lo que le había dado, consiguió que no se prestara ninguna credibilidad a sus vaticinios. Y así se hizo. Pues cuando predecía lo que había de ocurrirle a los Troyanos a consecuencia del rapto de Helena, no sólo no fue creída sino que fue castigada con muy abundantes azotes por su padre y sus hermanos. Había sido prometida ésta a Corebo, un joven migdonio, como se muestra en Virgilio [II, 341-4] que dice: «Y el joven Corebo, hijo de Migdón, por casualidad había llegado en aquellos días a Troya encendido por el loco amor de Casandra y en calidad de yerno prestaba su ayuda a Príamo y a los frigios, etc.» Finalmente, cuando todavía no se habían celebrado las bodas, tomada Ilio, también ella, infeliz, fue hecha prisionera por los Griegos, como dice el mismo Virgilio [II, 403-6]: «He aquí que la doncella hija de Príamo, Casandra, era arrastrada con los cabellos sueltos desde el templo y el santuario de Minerva, dirigiendo en vano al cielo sus ardientes ojos, sus ojos, puesto que las cadenas sujetaban sus tiernas manos, etc.» Pero destruida Ilio y repartido el botín entre los príncipes, la desgraciada le tocó en suerte a Agamenón. Ella, soportando con él las tempestades del mar, predijo a Agamenón la suerte que le estaba reservada por su mujer, según testimonia el poeta trágico Séneca en la tragedia *Agamenón* [798]. Pero, como era costumbre, no se le creyó nada; por lo que, como atestigua Hornero en la *Odisea* [IV, 535-9] ocurrió que Agamenón fue asesinado en un banquete por Egisto y Clitemnestra y ella misma, por orden también de Clitemnestra, sufrió la muerte. La ficción que se creó acerca de Apolo parece haber sido tomada de un acontecimiento. Pues la doncella estudió para ser instruida en el vaticinio y, puesto que obtuvo inmejorables resultados, pareció ser amada por Apolo, el dios de la adivinación, y se dijo que le había sido concedido por él lo que había buscado con su esfuerzo y, dado que no se le prestaba credibilidad a sus palabras, se añadió lo que queda de ficción.

CAPÍTULO **XVII**

Sobre Mona, tercera hija de Príamo y esposa de Poliméstor, rey de Tracia

Iliona, como opina Servio *[a En.,* III, 48], fue hija de Príamo y, según afirma Paulo, de Hécuba. Esta, en razón de una antigua hospitalidad y de una gran amistad, como dice Servio, fue unida en matrimonio a Poliméstor, rey de Tracia.

CAPÍTULO XVIII

Sobre Laódice, cuarta hija de Príamo y esposa de Helicaon

Laódice fue hija de Príamo y se casó con Helicaon, hijo de Antenor el rey de Tracia, a la que los troyanos llamaban Laódice Galoo[218]. Esto lo atestigua Hornero en la *Ilíada* [III, 123-4] al decir: «Con la que estaba casado el poderoso Antenórida Helicaon, Laódice, la más destacada en hermosura de las hijas de Príamo.» Yo pienso que fue hija de Hécuba.

CAPÍTULO XIX

Sobre Licaste, quinta hija de Príamo y esposa de Polidamante

Licaste, según afirma Paulo, fue hija de Príamo, hasta tal punto destacada por su hermosura que cautivado por ella Polidamante, hijo de Antenor y de Teano, hermana de Hécuba, habiéndola tomado como concubina, la hizo su esposa.

[218] Hornero dice que Iris se presentó ante Helena adoptando el aspecto de Laódice, su cuñada: *galoos* en griego.

CAPÍTULO XX

Sobre Medesicaste, sexta hija de Príamo y esposa de Pólipo

Medesicaste fue hija natural de Príamo y no se sabe de qué madre. Esta, en efecto, se casó con Pólipo[219], hijo de Mentor, como testimonia Hornero en la *Ilíada* [XIII, 172-3] cuando dice: «Vivían en el Pedio, antes de que llegaran los hijos de los Aqueos, con su esposa Medesicaste, hija natural de Príamo.» El marido de esta Medesicaste, a saber Pólipo, dice Hornero que fue matado en un combate por Teucro, el hijo de Telamón.

CAPÍTULO XXI

Sobre Políxena, séptima hija de Príamo

La doncella Políxena fue hija de Príamo y de Hécuba, como muy a menudo testimonia Eurípides en la tragedia que tiene por título *Polidoro*[m]. Se dice que ésta era muy hermosa entre las restantes troyanas; a causa de esta hermosura fue amada para su perdición por Aquiles. Hécuba, de manera traicionera, hizo uso de este amor para la muerte del muy fuerte joven, sin pensar que por las heridas de Aquiles se derramaría la sangre de la inocente doncella. En efecto, después de que Ilio fue aniquilada, según atestigua el trágico Séneca en las *Troyanas* [203 ss.] Pirro, el hijo de Aquiles, la reclamó para apaciguar los manes de su padre y, después de una larga discusión, le fue concedida, aconsejándolo así el adivino Calcante. El truculento joven la condujo, adornada a la manera de las doncellas que celebran sus bodas, hasta la tumba de Aquiles y la mató en el mismo lugar en el que decían que había sido solicitada por el fantasma de Aquiles, según dice Eurípides en la tragedia antes mencionada.

[219] Hornero dice que Medesicaste era la esposa de Imbrio, hijo de Mentor, al que llama *polyippos:* rico en caballos.
[220] Más conocida por el otro título que se le aplica: *Hécuba.*

CAPÍTULO XXII

Sobre París, octavo hijo de Príamo, que engendró a Dafnis y a Ideo

París, que por otro nombre es llamado Alejandro, fue hijo de Príamo y de Hécuba. De éste, antes que nada, se cuenta la siguiente historia. Dice Tulio, donde escribe *Sobre la adivinación* [I, 21, 42] que estando Hécuba grávida, a saber con el embarazo del que después nació Paris, le pareció a través de sueños que daba a luz una antorcha que hacía arder y destruía Troya en su totalidad. Angustiado por este sueño, Príamo consultó a Apolo, quien respondió que por obra del hijo que iba a nacer perecería toda Troya. Por este motivo, Príamo ordenó que se expusiera al que naciera. Pero Hécuba, al haber dado a luz un niño muy hermoso, compadecida lo confió a unos que lo entregaron a los pastores del rey para que lo alimentaran; y así fue criado por los pastores en la falda del Ida y cuando creció se unió a Enone, ninfa del Ida, de la que tuvo dos hijos; además, puesto que era muy equitativo entre los que litigaban, llegó a tener una gran fama de su justicia hasta el punto de que al discutir sobre su hermosura Palas, Juno y Venus a causa de una manzana de oro arrojada a ellas por la Discordia en un banquete, en la que estaba escrito que se entregara a la más digna, fueron enviadas por Júpiter a él para que dictara sentencia. Las cuales, según dicen, se mostraron a Paris bajo las opacas sombras de los bosques, en aquel lugar que se llamaba Mesaulo, carentes de ropa; y Palas le dijo que si la llamaba la más hermosa le concedería el conocimiento de todas las cosas. Así también Juno el dominio de los reinos y riquezas, pero Venus le prometió la mujer más hermosa del mundo. Arrastrado por este deseo, el juez del bosque juzgó que la manzana debía ser para Venus. Finalmente, como dice Servio *[a En.,* V, 370], este Paris, según la *Troyana* de Nerón, fue un hombre muy fuerte, hasta el punto de que en una competición agonística, que se celebraba en Troya, venció a todos e incluso al propio Héctor. Cuando éste, enfurecido porque había sido vencido, desenvainaba la espada contra él considerándolo un pastor, dijo que era su hermano, cosa que demostró con los amuletos que había llevado y que todavía ocultaba bajo sus ropajes de pastor. Y así parece que, reconocido, fue recibido en la casa paterna. Después, con veinte navios preparados, fue enviado por Príamo, bajo la apariencia de una embajada, para reclamar a Hesíone a Grecia. Donde, como pretenden algunos y entre ellos Ovidio, según pone de manifiesto en

su *Epístolas ÍHer.,* XVII] fue recibido en hospedaje por Menelao y recibió honores. Pero otros piensan que vino a Grecia estando ausente Menelao y que, arrastrado por la fama de la belleza de Helena, se dirigió a la ciudad de Esparta y la atacó durante el primer año del reinado de Agamenón, no estando allí Castor y Pólux, que habían ido junto a Agamenón y se habían llevado consigo a Hermíone, la hija de Helena y de Menelao. Y así, tomada la ciudad, raptó a Helena que se resistía y se llevó todos los tesoros reales. Cosa que trata con elegancia Virgilio [X, 92] cuando dice: «¿Siendo yo la guía el adúltero Dardanio atacó Esparta? etc.» Y por este motivo sostienen, los que tienen esta opinión, que Helena mereció ser acogida por su marido después de la caída de Troya. Por este rapto se suscitó una guerra de diez años de los Griegos contra los Troyanos, a la que cuenta Hornero que Paris, censurado por su hermano Héctor, bajó una vez y entabló combate singular con Menelao; puesto que era claramente vencido en éste, dice que él fue arrebatado de la lucha por Venus, añadiendo que, por impulso de Minerva, Pándaro disparó una flecha contra Menelao y lo hirió y así, lo que en un principio era combate singular, se convirtió en una lucha universal. Por último, muertos ya Héctor y Troilo por Aquiles, cuando él mismo con su arco y sus flechas, en los que sobresalía mucho, había matado a Aquiles que por engaño de Hécuba había sido convocado de noche y solo al templo de Apolo Timbreo para casarse con Políxena, también él fue matado por Pirro, el hijo de Aquiles. Ciertamente esta historia está mezclada con unas pocas ficciones. Para desentrañarlas, veamos en primer lugar la opinión de Fulgencio *[Mit.,* II, 1]. Pues dice que la vida de los mortales está dividida en tres partes, la primera de las cuales se llama teorética, la segunda práctica, la tercera filárgica, que nosotros con palabras vulgares llamamos contemplativa, activa y voluptuosa. Acerca de las cuales habla inmejorablemente Aristóteles, como hace sobre las otras cosas, en el comienzo de su *Etica.* A éstas Júpiter, esto es Dios, para que no parezca que condenando a alguna quita el libre albedrío a nadie, las envía al juicio de Paris, es decir de cualquier hombre, para que le esté permitido aprobar y tomar la que prefiera. Qué consecuencias arrostra el que toma la voluptuosa, se ve por el fin de Paris. Se ha dicho que fue apartado del combate por Venus para declarar su ignominia, de modo que se haga evidente que, holgazán, sólo pasaba el tiempo dedicado a los placeres de Venus. Se ha dicho que Pándaro fue empujado por Minerva para poner de manifiesto la astucia de los Troyanos que,

viendo desfallecer a Paris, para arrebatarlo de la muerte, sin mantener los pactos, hicieron un ultraje a Menelao.

CAPÍTULO XXIII

Sobre Dafnis e Ideo, hijos de Paris

Dafnis e Ideo, según afirma Paulo, fueron hijos de Paris y de Enone, ninfa del Ida o Pegasea, de cuya amistad tuvo trato, y los tuvo cuando era pastor. Acerca de éstos no recuerdo haber encontrado nada digno de memoria.

CAPÍTULO XXIV

Sobre Héctor, noveno hijo de Príamo, que engendró a Astianacte

Héctor, destacado por su fuerza y virtud delante de los demás, celebrado en los versos de todos los poetas, joven de esclarecida fama que quizá debería haber vivido hasta el último día, fue hijo del rey Príamo y de Hécuba. Testimonia Hornero que éste tomó por esposa a Andrómaca, hija de Eetión, señor de la Tebas de Ciliria. De la que, ya comenzada la guerra de los Griegos, tuvo un hijo de nombre Astianacte, aunque él lo llamaba Escamandrio. Así pues, éste, aunque había en él gran disciplina militar, tenía tan gran audacia de espíritu y fortaleza de cuerpo que, después de la muerte de Protesilao, que fue el primero en desembarcar de las naves griegas a la costa de Troya, muy a menudo con su presencia hizo al ejército de los Troyanos no sólo paciente para mantenerse contra los Griegos, sino que incluso consiguió hacerlo audaz para atacar; y, cosa que era admirable, muy a menudo él solo se atrevió a asaltar las turmas de los Griegos y disgregar las falanges con violencia. Y hasta tal punto hostigaba a todo el ejército que él solo era el temor de todos los Aqueos. Este, según dice Hornero, luchó en un combate singular con Ayax Telamonio y al llegar la noche, no menos grata para Ayax que para él, interrumpió el duelo, al apartarse del cual, según la antigua costumbre, le regaló su espada

con la que después se mató Ayax y de él recibió un tahalí con el que estaba adornado cuando fue muerto y arrastrado detrás del carro por Aquiles, como dice Servio. Finalmente, tras haber dado muerte también a muchos caudillos de los griegos, mató a Patroclo, el amigo de Aquiles y que se destacaba con sus armas, pensando que había vencido a Aquiles, y quitándole sus importantes armas, ilustre por la enorme pompa, entró en Troya vanagloriándose de la importancia de la matanza. Y no mucho después, llegado al encuentro con Aquiles, bien porque Héctor estuviese fatigado o porque Aquiles fuera más fuerte, cayó vencido por Aquiles y no sólo fue despojado de las armas y del restante ornato por el vencedor, sino que fue arrastrado por el carro con el tahalí regalado por Ayax alrededor de Uio, viéndolo Príamo, y fue llevado hasta las naves de los Griegos. En ellas el severo joven, todavía no abandonado al dolor del amigo muerto, mantuvo el cadáver desnudo e insepulto durante doce días hasta que llegó de noche, para rescatarlo, su padre Príamo, digno de conmiseración, como escribe Hornero. Pero, como atestigua el propio Hornero, por orden de Júpiter su cadáver ilustre, para que no se corrompiera antes de las ceremonias fúnebres, fue ungido con líquidos sagrados por Apolo. Restituido a Príamo, fue sepultado en medio de las lágrimas de los de Ilio, con la aflicción pública y la solemne pompa de las ceremonias antiguas, y sus cenizas se guardaron en una urna de oro. En esta historia no hay nada fingido, a no ser que su cadáver fue cuidado por Apolo, cosa que decía Leoncio fue hecha por el médico, que recibió la orden de Aquiles, y esto no para honrarlo sino por la expectación del dinero con el que esperaba que se rescatara el cadáver si se conservaba intacto, como se hizo; pues lo devolvió al suplicante Príamo después de haber recibido muchos presentes. Recuerdo haber leído que sólo tuvo un hijo, a saber Astianacte; pero, según el parecer de otros, tuvo muchos, puesto que dicen Eusebio y Beda [90, 530 B], en el libro que cada uno escribieron de los *Tiempos,* que los hijos de Héctor, después de un lapso de tiempo, reconquistaron Ilio, prestándoles su ayuda Heleno, y expulsaron de Ilio a los descendientes de Antenor cuando reinaba en el Lacio Ascanio, el hijo de Eneas. Además el historiógrafo Vincenzo Gálico parece pretender que los actuales reyes de los Francos tuvieron su más antiguo origen en los hijos de Héctor, diciendo que por un cierto Franco, hijo de Héctor, ya que se había refugiado en la parte más alejada de Germania, fue fundada la ciudad de los Sicambros y con el paso del tiempo los sucesores de este Franco, que acechaban las orillas del Danubio, bajaron a la parte occidental y se asentaron en las regiones

de Turingia y, siendo sus caudillos Marcomano, hijo de Príamo, y Samio, uno de los descendientes de Antenor, en la época de Graciano César Augusto, atravesando el Rhin, llegaron a aquellos territorios que siempre poseyeron después y nombraron sus reyes a estos caudillos y llegaron a tener una descendencia larga y brillante. Aunque yo no lo creo esto mucho, está lejos que lo niegue absolutamente, puesto que todo es posible ante Dios.

CAPÍTULO XXV

Sobre Astianacte, hijo de Héctor

Astianacte, como muy a menudo atestiguan Hornero en la *Ilíada* y el poeta Séneca en la tragedia *Troyarías* [452] fue el único hijo de Héctor, nacido de Andrómaca después de haberse iniciado la guerra entre Troyanos y Griegos, como fácilmente puede comprenderse de las palabras de Andrómaca en Virgilio, donde ve a Ascanio con Eneas en el Epiro, cuando dice [III, 486-91]: «Recibe también estas cosas, para que las tengas como recuerdo de mis manos, niño, y sean testimonio del gran amor de Andrómaca, la esposa de Héctor. Toma los últimos regalos de los tuyos, oh tú, la única imagen que me queda de mi Astianacte: así tenía los ojos, así las manos, así movía la boca. Y ahora entraría en la pubertad contigo, al ser de la misma edad, etc.» Se sabe que Ascanio era en aquella época adolescente, puesto que ya andaba errante con su padre durante ocho años o más; por tanto, si Astianacte era de su misma edad, era un niño cuando murió. Cosa que se deduce de la tragedia de Séneca antes mencionada *[Tro.,* 705 ss.] donde, al ser buscado por Ulises para matarlo, se cobijó en su madre, según es la costumbre de los niños. Pero finalmente, actuando con violencia, entregado a los Griegos que lo reclamaban antes de soltar las naves desde el Sigeo, fue arrojado desde la torre, según sostienen algunos, o estrellado contra las rocas, según otros, y así fue muerto para que no hubiera ninguna descendencia libre del linaje de Príamo. A éste, según el testimonio de Hornero, Héctor lo llamaba muchas veces Escamandrio.

CAPÍTULO **XXVI**

Sobre Heleno, décimo hijo del rey Príamo

Heleno fue hijo de Príamo y de Hécuba, destacado en el arte de vaticinar, según atestigua Virgilio al hablar de él cuando dice [III, 359-62]: «Troyano, intérprete de los dioses que conoces la divinidad de Febo, que conoces los trípodes, los laureles del Clario, que conoces los astros y las lenguas de las aves y los vaticinios del ala que vuela veloz, ea, ¡habla!, etc.» Hay quienes dicen que éste fue indultado por los Griegos porque, capturado por ellos, les había revelado lo necesario para tomar Troya. También éste, destruida Ilio, le impidió la navegación a Pirri, el hijo de Aquiles, y le predijo que habría una epidemia para los que navegaban; por este motivo no sólo fue mantenido con vida Pirro sino que fue llevado por éste al Epiro y allí, habiéndole sido concedida una parte de tierra, puesto que aquél había arrebatado Hermíone a Orestes, lo unió en matrimonio con Andrómaca, antaño la esposa de Héctor, a la que había tenido en calidad de esposa. Y finalmente, al haber sido Pirro matado por Orestes en el templo de Apolo, según dice Servio *{a En.,* III, 297] cuidó a Moloso, el hijo de Pirro, que le había dado Andrómaca, y su reino. Cosa que también muestra en parte Virgilio [III, 295-297] cuando dice: «Heleno, el hijo de Príamo, reinaba en las ciudades griegas, dueño de la esposa y del cetro del Eácida Pirro, y de nuevo Andrómaca había correspondido a un marido de su patria, etc.» Ciertamente este Heleno, después de haber llamado a su reino Caonia por el nombre de su hermano, construyó allí una ciudad a imagen de Troya, en la que recibió y honró al prófugo Eneas y dejó marchar, dándole muchos regalos, al que todavía no había llegado a su destino. No he leído, sin embargo, qué final tuvo.

CAPÍTULO XXVII

Sobre Caon, undécimo hijo del rey Príamo

Caon, como dice Servio *{a En.,* III, 297], fue hijo de Príamo, no dice de qué madre. Dice además que éste fue muerto por Heleno

sin darse cuenta en una cacería y por esto, como para consolarse de la pérdida de su hermano, la parte del reino que había sido concedida a Heleno por Pirro fue llamada Caonia por el propio Heleno.

CAPÍTULO XXVIII

Sobre Troilo, duodécimo hijo del rey Príamo

Troilo fue hijo del rey Príamo y de Hécuba, como es suficientemente conocido sin necesidad de testimonio. Siendo todavía un adolescente, se atrevió a emprender combate contra Aquiles y fue muerto por éste, según escribe Virgilio [I, 474-8]: «En otra parte Troilo huye tras haber perdido las armas, el infortunado niño que se enfrentó en desigualdad a Aquiles, es llevado por los caballos y está quieto y boca arriba en el carro vacío, aunque sosteniendo las riendas; su cabeza y su cabellera se arrastran por la tierra y el polvo es surcado por la lanza vuelta, etc.»

CAPÍTULO XXIX

Sobre Deífobo, decimotercer hijo del rey Príamo

Deífobo fue hijo de Príamo y de Hécuba. Este, después de haber hecho muchas cosas contra los enemigos, cuando se consideraba seguro, murió. Pues en medio del tumulto de la toma de Ilio, a consecuencia de las asechanzas de Helena, con la que se había casado después de la muerte de Paris, fue matado y vergonzosamente despedazado cuando dormía, según cuenta Eneas en Virgilio [VI, 494-7], quien lo describe observando las marcas de sus heridas en los Infiernos al decir: «Y aquí vio al Priámida Deífobo, destrozado en todo su cuerpo, cruelmente desfigurado en su cara y en ambas manos, y con las sienes desgarradas por las arrancadas orejas y las narices rotas por una terrible herida, etc.» Después de esto el propio Deífobo muestra en el mismo Virgilio [VI, 511-30] de qué manera murió, al decir: «Pero mi destino y el crimen mortal de la Lacedemonia me sumergieron en estas desgracias; ella me dejó este recuerdo. Pues

ya sabes cómo pasamos la última noche en medio de falsas alegrías y necesariamente tienes que recordarlo demasiado. Cuando el caballo fatal llegó con un salto sobre la elevada Pérgamo y trajo en su vientre preñado al soldado armado, ella, simulando un coro, conducía a las Frigias, que daban gritos, alrededor de las orgías; ella en persona, en el centro, llevaba una gran antorcha y llamaba a los Dáñaos desde la parte más alta de la ciudadela. Entonces a mí, agobiado por las preocupaciones y pesado por el sueño, me retuvo el funesto lecho nupcial y se apoderó de mí, acostado, el descanso dulce, profundo y muy parecido a la plácida muerte. Entretanto mi regia esposa saca de la casa todas las armas y había alejado la fiel espada de mi cabecera. Llama a Menelao dentro del palacio y abre las puertas, sin duda esperando que esto sería un gran regalo para su amante y que así podría ser extinguida la fama de sus antiguas maldades. ¿Por qué me detengo? Se abalanzan sobre el tálamo y se añade como acompañante el Eólida que aconseja crímenes. Dioses, determinad cosas semejantes para los griegos, si os pido castigos con piadosa boca, etc.»

CAPÍTULO XXX

Sobre Polidoro, decimocuarto hijo de Príamo

Descubro que hubo dos Polidoros hijos de Príamo. Pues Eurípides, en la tragedia que lleva el título de. *Polidoro,* afirma rotundamente que uno fue hijo de Hécuba y dice que fue muerto por Políméstor de Tracia, lo que aprueban Virgilio y Ovidio. Y dice Hornero en la *Ilíada* [XXII, 46-8], que el otro lo tuvo de Laótoe, hija de Altes y que fue muerto en combate por Aquiles. Sigamos nosotros acerca del primero. Fue éste, en efecto, hijo de Príamo y de Hécuba, al que, como dice Eurípides [*Héc,* 1-30], Príamo, que tomaba precauciones sobre los futuros acontecimientos para sus hijos, envió con gran cantidad de oro a Tracia junto al rey Políméstor, antiguo huésped, amigo y yerno suyo para que lo alimentara y lo cuidara con el oro. Pero cuando ya la fortuna parecía contemplar a los Griegos con rostro más alegre, Políméstor cambió con ella su pensamiento y deseoso del oro ataca con sus flechas a Polidoro que se paseaba por la playa y mata al que en vano apela a su promesa. Y sobre el caído colocó un túmulo. Así lo describe Virgilio [III, 49-

56]: «En otro tiempo a este Polidoro lo había enviado el infeliz Príamo con una gran cantidad de oro junto al rey de Tracia para que lo alimentara, cuando ya no tenía confianza en las armas de Dardania y veía que la ciudad estaba rodeada por el asedio. Este, cuando se hicieron pedazos las fuerzas de los Teucros y la Fortuna se retiró, siguiendo el bando de Agamenón y las armas victoriosas, viola todo lo justo: mata a Polidoro y se apodera por la violencia de su oro, etc.» Dice además Virgilio [III, 13 ss.] que el prófugo Eneas vino a este litoral y fundó en él la ciudad que llamó Enea por su nombre y que, al ir a realizar un sacrificio, cuando quiso cubrir los altares con ramas, llegó por casualidad sin saberlo al sepulcro de Polidoro y al arrancar unos vastagos con todas sus fuerzas y -ver que brotaba sangre de las ramas quebradas, se quedó estupefacto y mucho más cuando oyó que a la sangre le seguían unas palabras que Virgilio [40-45] muestra que fueron de este tipo: «¿Por qué, Eneas, atormentas a un desgraciado? Respeta ya a un enterrado, evita mancillar tus piadosas manos; no me engendró Troya extraño para ti, esta sangre no mana de un tronco. ¡Ay, huye de estas crueles tierras, escapa del avaro litoral! Porque yo soy Polidoro; aquí me ocultó, atravesado, una cosecha férrea de dardos y me llenó de agudas lanzas, etc.» Palabras con las que Eneas fue por completo conocedor y advertido y, celebrando en su honor una ceremonia fúnebre, abandonó el litoral y siguió más lejos. Eurípides y después de él Ovidio [XIII, 533 ss.] dicen que este sepulcro fue encontrado por su madre Hécuba. Pero tanto lo dicho por Eurípides como por Virgilio puede ser verdad en distintos momentos. Sin embargo, queda por ver qué hay que entender bajo la ficción expuesta. Atestigua la historia que a la sepultura de Polidoro se le colocó encima un túmulo, sobre el que no es admirable que crecieran brotes de mirto. Porque la tierra inactiva tiene por costumbre hacer brotar espontáneamente renuevos y brotes y sobre todo aquellos en los que es abundante la región adyacente, que se puede creer que tuviera muchos mirtos, puesto que era costera. Porque el mirto alguna vez suele hacer brotar tallos largos y rectos; y a partir de este hecho circunstancial, fácilmente se dijo que Polidoro y las lanzas con las que fue enterrado se convirtieron en tallos de mirto. El hecho de que fueran arrancadas por Eneas quiere poner de manifiesto, a mi juicio, lo relatado por algún cómplice del crimen perpetrado, al que sigue la sangre, es decir la reproducción del asesinato llevado a cabo, del que se derivan las palabras del muerto, es decir el consejo recibido de no permanecer allí, una vez conocida la perfidia y la avaricia del gobernante.

CAPÍTULO XXXI

Sobre Polidoro y Licaón, hijos decimoquinto y decimosexto del rey Príamo

Este Polidoro, distinto del anterior, y Licaón fueron hijos de Príamo y de Laótoe, como en Hornero *[Il.,* XXI, 74-96] pone suficientemente de manifiesto el propio Licaón que dice a Aquiles[ni]: «Te lo ruego, Aquiles, compadécete de mí, pues estoy dispuesto a ir como esclavo tuyo a donde me envíes; en tus dominios estuve en un festín, cuando me hiciste prisionero en el campo de cultivo y me enviaste a Lemnos; al duodécimo día me fui, después regresé a Ilio y un dios me ha llevado de nuevo a tus manos; mírame, soy el joven al que engendró Laótoe, la hija del anciano Altes que reinaba sobre los Belitenses[222]. Príamo poseía una hija de éste y a otras y de ésta nacimos dos, ¿nos vas a matar a los dos? En verdad, redujiste primero entre los soldados de infantería a Polidoro, semejante a un dios, y lo golpeaste con la lanza; y ahora preparas mi infortunio; no puedo escapar de tus manos, pero te pido que pongas tu atención en esto, para que no me mates: yo no he nacido del mismo vientre que Héctor, el que mató a tu compañero, etc.» Pero Aquiles, sin que ayudaran en nada los ruegos, recriminándole con ignominiosas palabras, lo lanzó al río Escamandro y en él mismo lo mató miserablemente. Así pues se ve bastante claro por sus palabras que este Polidoro fue distinto del primero quien, según atestigua Hornero *[Il.,* XX, 407-418], era muy amado por Príamo porque era el más joven de sus hijos. Y por esta razón no le permitía bajar al combate, pues vencía por la rapidez de sus pies a cualquiera de su misma edad y mostraba por sí mismo sus admirables cualidades. Pero un día, sin que lo supiera Príamo, bajó armado contra los enemigos, se enfrentó a Aquiles, que lo golpeó con la lanza y, rotos los obstáculos de las armas, sacó las visceras al infeliz. Pero cogiendo él mismo las visceras con la mano, murió cuando se alejaba debilitado y no pudo Héctor, que llegaba para su salvación, arrancarlo de las manos de la muerte.

[221] El texto que reproduce Boccaccio es una paráfrasis, sin duda la traducción de Leoncio, ya que no coincide totalmente con el texto homérico.
[222] Hornero en *Il.,* XXI, 86, dice «que reinaba sobre los belicosos Léleges».

CAPÍTULO XXXII

Sobre Esaco, decimoséptimo hijo de Príamo

Esaco fue hijo de Príamo y de Alexírroe, hija de Dimante[m], como dice Ovidio [XI, 761-3]: «Aunque a aquél lo engendró la hija de Dimante, a Esaco se dice que lo dio a luz furtivamente bajo el sombrío Ida Alexírroe, etc.» Nació éste mucho antes de la guerra de Troya y murió poco antes de su comienzo; sobre él cuenta Ovidio [XI, 764-95]: Le era odiosa la ciudad y vivía de buen grado en los bosques y en los campos y sucedió que un día vio a la doncella Hesperie que peinaba y secaba sus cabellos y quedó cautivado por su hermosura. Cuando vio Hesperie al que se acercaba a ella, inmediatamente emprendió la huida. Pero cuando éste la seguía con ardor y sucedió que la doncella fue mordida por una serpiente que se ocultaba entre las hierbas y murió a consecuencia del mordisco, agitado por un profundo dolor cayó en el deseo de la muerte y se precipitó al mar desde un escollo cercano. Tetis, compadecida de él, lo transformó en somormujo, todavía llamado así; sin embargo él, despreciando la vida, puesto que muy a menudo se sumergía en las aguas para morir, adopta más sólidamente el nombre de somormujo. A éste Príamo y sus hijos, levantándole un falso sepulcro, lo lloraron durante mucho tiempo porque, si hubiese permanecido con vida, parecía que no habría de ser inferior en fuerzas a Héctor. Dice Teodoncio que fue metamorfoseado en somormujo porque bajó vivo a las profundidades y, muerto, volvió de las aguas a lo alto. Yo, sin embargo, pienso que se creyó, o se dijo, que fue metamorfoseado en somormujo porque los que no saben nadar, si se caen en las aguas, antes de morir se sumergen y vuelven de nuevo a lo alto muy a menudo, como el somormujo. O quizá ocurrió que en el momento en que Esaco cayó a las aguas y permaneció en lo profundo, en ese momento un somormujo, que se había introducido antes efl las aguas, salió de ellas volando y de ahí se tomó que Esaco fue convertido en somormujo.

[223] Alexírroe no es hija de Dimante, sino del río Granico. La hija de Dimante es Hécuba. Boccaccio no ha leído bien los versos de Ovidio que cita a continuación, donde se indica claramente que a Héctor *(illum)* lo tuvo Hécuba *(proles Dimantis)* y a Esaco, Alexírroe, hija del río Granico.

CAPÍTULO XXXIII

Sobre Aníifo e iso, hijos decimoctavo y decimonoveno de Príamo

Antifo e Iso fueron hijos de Príamo. Pero a Antifo lo tuvo de Hécuba mientras que Iso fue natural, según se sabe por la autoridad de Hornero, que habla así sobre ambos en la *Iitada* [XI, 101-4]: «Entonces atacó a Iso y a Antifo, que iban los dos en un carro. El bastardo llevaba las riendas y Antifo luchaba, etc.» Queda por tanto que el natural, que guiaba las riendas, era Iso. Sin embargo los dos, tal como estaban, fueron matados en el mismo momento por Agamenón en el combate, y por ello los he colocado juntos.

CAPÍTULO XXXIV

Sobre Teucro, vigésimo hijo de Príamo

Teucro, según afirma Barlaam, fue hijo de Príamo, tenido de la ninfa Antidona. Y no es éste por quien los troyanos se llaman Teucros, pues fue aquél mucho más antiguo e hijo del cretense Escamandro que, a causa de la escasez de los frutos, abandonada Creta, vino a Frigia y reinó con Dárdano y Erictonio. Dice sin embargo Barlaam que éste no estuvo en la guerra porque poco antes, cuando *cazaba,* en las selvas de los Bébrices, fue despedazado por un enorme oso.

CAPÍTULO XXXV

Sobre Democoonte, vigesimoprimer hijo de Príamo

Democoonte fue hijo de Príamo, aunque no se sabe de qué madre, pero aparece con bastante claridad que fue natural en Hornero, que habla así de él en la *Ilíada* [IV, 499]: «Pero golpeó a Democoonte, hijo bastardo de Príamo, etc.» Fue matado en el combate por Ulises, tal como sigue en el texto de Hornero, y esto en venganza de Leuco, compañero de Ulises, muerto por Antifo, el hijo de Príamo.

CAPÍTULO XXXVI

Sobre Equemon y Cromio, hijos vigesimosegundo y vigesimotercero de Príamo

Equemon y Cromio fueron hijos naturales de Príamo, sobre los cuales dice así Hornero en la *Ilíada* [V, 159-60]: «Después alcanza a los dos hijos del dardánida Príamo que iban en el mismo carro, a Equemon y Cromio, etc.» A estos dos, según se ve suficientemente por las palabras siguientes de Hornero, los mató Diomedes en la lucha.

CAPÍTULO XXXVII

Sobre Gorgition, vigesimocuarto hijo de Príamo

Gorgition fue hijo de Príamo y de Castianira, según atestigua Hornero *[Il.,* VIII, 302-3]: «Y con seguridad lo engañó; éste golpeó con un dardo a través del pecho al eximio Gorgition, valeroso hijo de Príamo, etc.» A éste, según sigue después en el texto, lo tuvo Príamo de Castianira en Esima, ciudad cercana a Troya. Después murió en Troya atravesado por Teucro, el hijo de Telamón.

CAPÍTULO XXXVIII

Sobre Cebrion, vigesimoquinto hijo de Príamo

Cebrion fue hijo de Príamo, como está mostrado en la *Ilíada* [XVI, 738] por Hornero, que dice: «A Cebrion, hijo bastardo del ilustre Príamo, etc.» Este Cebrion, como dice el propio Hornero en la *Ilíada* murió en combate en las tierras de Troya, golpeado con una roca por Patroclo.

CAPÍTULO XXXIX

Sobre Forbante, vigesimosexto hijo de Príamo, que engendró a Ilioneo

Forbante fue hijo de Príamo y de Epitesia, hija del migdonio Estasipo, según dice Paulo, del que escribe que era tan anciano en la época de la guerra que más parecía hermano que hijo de Príamo y que a causa del valor inculcado de las armas, sin que fueran un obstáculo los años, incluso con la prohibición de Príamo, bajó muchas veces al combate y finalmente fue matado con una espada por Menelao, aunque dice Servio *[a En.,* I, 520], poniendo por testigo a Hornero, que este Forbante nunca luchó sino que Mercurio lo favorecía, cosa que yo me sorprendo de no haber encontrado en la *Ilíada,* aunque es cosa digna de crédito que no hayan sido puestos por Hornero todos los que lucharon en aquellos combates. No recuerdo haber leído qué fin tuvo.

CAPÍTULO XL

Sobre Ilioneo, hijo de Forbante

Ilioneo fue hijo de Forbante, según afirma Paulo, cosa que también atestigua Servio *[a En.,* I, 520]. No he leído cuan importante o de qué clase fue éste con las armas en Troya; pero, según se pone de manifiesto a través de Virgilio, destacó mucho en la elocuencia. Pues fue él quien, siguiendo a Eneas después de la caída de Troya, suplicó a Dido [I, 520 ss.] por su salvación y la de sus compañeros y la aplacó con su elocuencia, y, cuando ya Eneas había llegado a Italia, estuvo al frente de la embajada al rey Latino [VII, 212 ss.].

CAPÍTULO XLI

Sobre Doriclo, vigesimoséptimo hijo de Príamo

Doriclo, según el testimonio de Hornero, fue hijo natural de Príamo, pues dice así en la *Ilíada* [XI, 489]: «Ayax, atacando a los Troyanos, mató a Doriclo, hijo bastardo de Príamo, etc.»

CAPÍTULO XLII

Sobre Pamon, Antífono, Agaton, Hipótoo y Agavo, hijos vigésimo-octavo, vigesimonoveno, trigésimo, trigesimoprimero y trigesimosegundo de Príamo

Que Pamon, Antífono, Agaton, Hipótoo y Agavo fueron hijos de Príamo lo demuestra Hornero con estos versos en la *Ilíada* [XXIV, 248-51]: «Enfurecido el anciano, éste llamaba a sus hijos increpando a Heleno, París, al divino Agaton, a Pamon, a Antífono, a Polites valiente en la pelea, a Deífobo, a Hipótoo y al divino Agavon, etc.» [224]. En efecto, a todos éstos, como dice Hornero en esta parte, cuando se disponía a ir de noche a la presencia de Aquiles para rescatar el cadáver de Héctor, los llamaba irritado Príamo para que le prepararan el carro y otras cosas adecuadas. De qué madre fueron concebidos o qué pasó después con ellos, ni lo dice Hornero ni lo encuentro relatado en otro lugar.

CAPÍTULO XLIII

Sobre Laocoonte, trigesimotercer hijo de Príamo

Que Laocoonte fue hijo de Príamo y sacerdote de Apolo lo afirma Papias, no importa de qué sitio lo ha obtenido. Virgilio hace mención de él cuando dice [II, 40-1]: «Allí el primero delante de todos, acompañándole una gran muchedumbre, el enfurecido Laocoonte baja desde lo alto de la ciudadela, etc.» Y dice el mismo Virgilio que él golpeó con su lanza el caballo preparado por los Griegos y que por este motivo sus dos pequeños hijos fueron devorados por dos serpientes y después él mismo fue capturado y rodeado por ellas, aunque no aparece con suficiente claridad si fue muerto, y no dice nada más después.

[224] El texto de Hornero dice *dion agauon.* Los manuscritos y comentaristas de Hornero dudan entre cuál de estos dos términos es el nombre propio y cuál el epíteto. Cf. las ediciones de Alien, Homeri, *Ilias,* Oxonii, 1931, que defiende la lectura *dion Agauon,* que es la que Boccaccio ha aceptado y la de Mazon, Homere, *Iliade,* París, 1970, t. IV, que acepta *Dion agauon* y cuenta además con la autoridad de Ferecides.

CAPÍTULO **XLIV**

Sobre Méstor, trigesimocuarto hijo de Príamo

Méstor fue hijo de Príamo, como muestra Hornero en la *Ilíada* [XXIV, 257] donde Príamo se lamenta de que todos sus hijos, que eran inmejorables en las armas, hayan muerto, y entre otros nombra a este Méstor.

CAPÍTULO XLV

Sobre Ifates y Testorio, hijos trigesimoquinto y trigesimosexto de Príamo

Ifates y Testorio, según dice Paulo, fueron hijos de Príamo, a los que dio a luz para él en un solo parto Peribea, ninfa del Ida, a la que él siendo joven sedujo a escondidas^en una cacería. Utiliza, por cierto, en este asunto el testimonio de Hornero, aunque no dice en qué libro lo ha escrito; añade además que a éstos, que iban juntos valientemente a la guerra en Troya, los mató Antíloco, hijo de Néstor.

CAPÍTULO XLVI

Sobre Timetes, trigesimoséptimo hijo de Príamo

Dice Servio *[a En.,* II, 320] que Timetes fue hijo de Príamo y de Arisbe, donde hay que advertir que Timetes, según atestigua Euforión[225] fue un adivino. Al haber dicho éste que un día nacería un niño por el que Troya podría ser destruida, sucedió que en el día que había sido vaticinado por Timetes dieron a luz a la vez la esposa de Timetes y Hécuba; por esta razón, para evitar el presagio Príamo ordenó matar al hijo nacido de Timetes y a su esposa. Y por ello, con el paso del tiempo sucedió que Timetes, acordándose de la

[225] Citado por Servio.

injuria, pensó en contra de su padre para traicionar a la ciudad. Cosa que parece obtenerse de las palabras de Virgilio [II, 31-4] que dice: «Una parte admira el funesto don a la casta Minerva y se maravilla de la mole del caballo; y Timetes es el primero en aconsejar que sea conducido dentro de los muros y colocado en la ciudadela, bien por engaño o bien porque ya lo llevaban así los destinos de Troya, etc.» Pero otros sostienen que Timetes no fue hijo de Príamo sino marido de Arisbe [m], de la que Príamo tuvo un hijo, al que hizo matar al punto junto con su madre, según se ha dicho antes, y que Timetes después, tanto a causa de la muerte de su esposa como del adulterio perpetrado en ella por Príamo, había pensado contra Príamo con los Griegos.

CAPÍTULO XLVII

Sobre Volites, trigesimoctavo hijo de Príamo, que engendró a Príamo

Polites fue hijo de Príamo, según se desprende del poema de Virgilio [II, 526-7]: «Pero he aquí que escapándose de la matanza de Pirro Polites, uno de los hijos de Príamo, etc.» Y si alguien lee no mucho después, advertirá con facilidad que fue también hijo de Hécuba. Este Polites, después de haber llevado a cabo muchas cosas en la guerra en defensa de su patria, finalmente tomada la ciudad, desgraciado, fue muerto por Pirro, el hijo de Aquiles, en el regazo de su padre Príamo a la vista de Hécuba.

CAPÍTULO XLVIII

Sobre Príamo, hijo de Polites

Príamo fue hijo de Polites, según Virgilio, que dice en la *Eneida* [V, 563-5]: «Un batallón de jóvenes que, dando gritos, conduce el pequeño Príamo, quien lleva el nombre de su abuelo, ilustre descendencia tuya, Polites, que ha de engrandecer a los ítalos, etc.» Eneas

[226] La mujer de Timetes es Cila. Cf. Ruiz de Elvira, *MU. das., p.* 401.

había sacado a este pequeño de la destrucción de Troya como compañero de su hijo Ascanio.

CAPÍTULO XLIX

Sobre Asáraco, hijo de Tros, rey de Troya

Llevada hasta el fin la infeliz descendencia de Laomedonte, hijo del rey Tros, es necesario que hagamos retroceder la pluma hasta Asáraco, hijo del mismo rey Tros para que designemos a los más antiguos antepasados del pueblo romano y toda la descendencia de Dárdano. Fue por tanto Asácaro hijo de Tros, rey de Troya, como atestigua Ovidio en los *Fastos* [IV, 33-4] diciendo: «De éste, Erictonio; Tros fue engendrado por él; éste es padre de Asáraco, etc.» No quedan en pie ningunos monumentos de las hazañas de este Asáraco, de tal modo los absorbió la antigüedad; pero la brillantez de su extensa descendencia no lo hace menos ilustre que lo ha hecho el gran infortunio de la destruida Ilio; pues así como de la excesiva osadía de los de Ilio fue consecuencia la destrucción de la raza, así de la humanidad de la prole de Asáraco fue construida Roma, dueña de las cosas, y propagada la familia de los Césares para eterno testimonio entre los mortales de su resplandeciente gloria.

CAPÍTULO L

Sobre Capis, hijo de Asáraco, que engendró a Anquises

También atestigua Ovidio en el mismo lugar de antes que Capis fue hijo de Asáraco: «Tros es engendrado por aquél; éste procrea a Asáraco y Asáraco a Capis, etc.» También ha hecho desaparecer la antigüedad los hechos de este Capis, como los de Asáraco, habiéndose mantenido a la luz tan sólo que engendró a Anquises, eminente padre de la noble sucesión de la familia Julia y testimonio sempiterno de la destacada piedad de su hijo.

CAPÍTULO LI

Sobre Anquises, hijo de Capis, que engendró a Hipodamía y a Eneas

Anquises fue hijo de Capis, según el mismo Ovidio donde antes, quien al continuar con la genealogía de Eneas dice así: «Este engendra a Asáraco y Asáraco a Capis; el siguiente es Anquises.» Hay quienes dicen que éste, abandonando la ciudad antes de la guerra de Troya, vivía en los bosques y en los lugares solitarios, centrando su atención en los ganados y rebaños, en los que consistieron la mayoría de las veces las riquezas de los antiguos. Puesto que pasaba el tiempo con ellos en las orillas del río Símois, fue amado por Venus y se sirvió de su amistad y se unió a ella hasta el punto de que de ella tuvo a su hijo Eneas. Se sabe, sin embargo, que tuvo una esposa, pues Hornero *[Il.,* XIII, 429] dice que de ella tuvo hijas. Dice además Servio *[a En.,* II, 649] que fue ciego y por ello no estuvo presente en las deliberaciones de los Troyanos. Algunos dicen que la causa de su ceguera fue que se jactó de haberse unido a Venus y en consecuencia fue privado de los ojos por ella misma. No se conocen cuáles fueron sus hazañas de juventud, a excepción de las que se han dicho. Se sabe que, tomada e incendiada Ilio, al querer Eneas llevarlo consigo, según atestigua Virgilio [II, 634 ss.], estaba dispuesto a morir más que querer alejarse. Pero se lee que cuando vio que una llamita se situaba sobre la cabeza de Ascanio sin dañarlo, tomando el presagio favorable, obedeció a su hijo. No obstante, están poco acordes las opiniones de Virgilio y de Servio, de los cuales uno lo llama ciego, el otro afirma que vio una llamita. Se fue por último con su fugitivo hijo, arrebatado por el propio Eneas en sus hombros a través de los fuegos y de mil dardos que volaban[m] *y* fue transportado por naves hasta Drépano, ciudad de Sicilia, y allí murió a causa de su mucha edad y fue enterrado en el monte Erix; y esto según Virgilio. Sin embargo otros opinan de distinta manera. Pues Catón[228] confirma que vino a Italia. Pero Servio *[a En.,* IV, 427] dice que Varrón decía que los huesos de Anquises, según la orden del oráculo, destruidos y llevados por Diomedes, finalmente, cuando realizó muchas maldades, fueron devueltos por el propio Diomedes junto con el Paladio. Lo que ciertamente toca el propio Virgilio [IV, 427] cuando describe a Dido que habla enfurecida contra

[227] Boccaccio reproduce casi literalmente las palabras de Eneas a la Sibila de Cumas de *Aen.,* VI, 110-11.
[228] Citado por Servio, *Aen.,* IV, 427.

Eneas y dice: «Y no arrebaté las cenizas y los manes de Anquises», como si quisiera decir: «No he sido yo quien ha hecho esto como Diomedes.» Además parece querer Servio que por esta causa se dice por Virgilio en la persona de Eneas [V, 80-1]: «De nuevo os saludo, cenizas en vano recuperadas, alma y sombra de mi padre, etc.» Como si una vez hubiesen sido tomadas de Troya y la segunda vez de Diomedes. Aunque por estas palabras no puede deducirse cuándo murió, sin embargo parece desprenderse de las palabras de Servio que murió en Troya antes de que fuese tomada la ciudad. He decidido que debe ser reservado para después, cuando se hable de Eneas, de qué modo interpreto que Anquises tuvo un hijo de Venus. Pienso que debe entenderse así que fuera cegado por ella a causa de su jactancia: Tienen por costumbre algunos jóvenes enumerar entre sus principales venturas sus frecuentes coitos y las amistades de muchas mujeres como si con ello pretendiesen que su hermosura llegara a revalorizarse porque o son deseados o tomados por muchas mujeres, y así se exalta su fortaleza, puesto que se muestran poderosos y perseverantes en el coito; ciertamente de este coito muy frecuente, a menudo nacen las enfermedades y la mayoría de las veces se debilitan las virtudes corporales y sobre todo las de la vista. Pues es muy cierto que algunos, a consecuencia del coito, recaen no sólo en una visión muy corta sino en la ceguera total y, conocida la falta a causa de la jactancia, se dice con todo merecimiento que han sido cegados por Venus. Así pudo suceder también con Anquises que al llegar a la falta de visión se dijera que le había pasado por haberse jactado de sus coitos. Pero para que no parezca que Servio discrepa de Virgilio, en Anquises pudo debilitarse la facultad de ver hasta el punto de no distinguir lo que estaba en su presencia o no poder verlo si no estaba muy cerca; a este tipo de hombre, según una antigua manera de hablar, los llamamos ciegos, aunque vean los rayos del Sol y las llamas del fuego; y así Anquises pudo ser ciego, como dice Servio, y ver la llamita de su nieto, como dice Virgilio. Además de Eneas, tuvo de su esposa hijas, de las que sólo se tiene el nombre de Hipodamía.

CAPÍTULO LII

Sobre Hipodamta, hija de Anquises

Hipodamía, según la opinión de Hornero en la *Iitada* [XIII, 428-31], fue hija de Anquises y la mayor de sus hijas, de modo que queda claro que él tuvo otras hijas. Fue ésta muy hermosa y muy amada por sus padres, aunque no se sabe quién fue su madre. La entregaron como esposa al troyano Alcátoo que después fue muerto en Troya por el cretense Idomeneo en un combate. Y de las otras hijas ni el propio Hornero ni otro, que yo haya leído, cuenta nada.

CAPÍTULO **Lili**

Sobre Eneas, hijo de Anquises, que engendró a Iulio Ascanio y a Silvio Postumo

Los poetas antiguos y modernos pregonan que Eneas fue hijo de Anquises y de Venus. Aunque es muy ensalzado en el poema de Hornero, sin embargo, por la veneración tan grande del poema de Virgilio es cantado como insigne en las armas y en su piedad, de manera que no sólo se le coloca por encima de los bárbaros sino de los restantes Latinos y de los Griegos; así lo presenta la fortuna de las cosas; Aquiles tuvo a Hornero y Eneas a Virgilio, dotados de tan gran elocuencia que con respecto a ellos los demás mortales parecen indignos de alabanza, aunque en nuestro tiempo surge un tercero, Escipión Africano, de no menor gloria, llevado no obstante con la mayor justicia hasta el cielo por el verso del celebérrimo varón Francisco Petrarca, hace poco condecorado en Roma con el laurel poético[m]; pues con tanta elocuencia y belleza de expresión lo lleva al centro, que casi parece sacado a la más ilustre claridad desde las tinieblas de un largo silencio. Así pues Eneas, como se ha escrito poco antes, nació de Anquises y de Venus a orillas del río Símois y ya hecho mayor tomó como esposa a Creúsa, hija de Príamo y de Hécuba, de la que tuvo a su hijo Ascanio. Y, según escriben algunos, fue compañero de París

[229] Se refiere, claro está, al *África* de Petrarca, compuesta en 1338 y a la coronación de este poeta por sus méritos poéticos en Roma en 1341.

cuando se dirigió a Grecia y en el rapto de Helena. Finalmente, cuando ya los Griegos habían rodeado con su asedio Ilio y empezaban a atacarla con frecuentes combates, bajó muy a menudo a la batalla. Pero, entre otras vicisitudes, enfrentándose una vez a Aquiles, cuando ya estaba en máximo peligro, según dice Hornero en la *Ilíada* [XX, 159 ss.], habló Neptuno a los dioses y rogó que apartaran a Eneas de la muerte para que no sucumbiera toda la descendencia de Dárdano. Lo que Juno, que era muy adversa a los Troyanos, permitió que él mismo hiciera. Y así, actuando entonces Neptuno, Eneas fue arrancado de las manos de Aquiles y, según indica en el mismo lugar Hornero, reservado para Italia. Aunque éste realizó muchas acciones brillantes en Troya, sin embargo, según algunos, está marcado con la mancha de la traición de su patria y entre otras cosas se trae como argumento que le fue permitido salir sano y salvo con su hijo, naves y una parte de sus riquezas, cuando se actuó con crueldad con casi todos los restantes. Sin embargo otros dicen que esto se le permitió en calidad de regalo porque muy a menudo fue anfitrión de los mensajeros griegos que llegaban ante Príamo y porque siempre dijo en las deliberaciones de los Troyanos que era perjudicial que Helena se quedara y aconsejó que fuera devuelta. Pero, de cualquier manera que sea el hecho, Virgilio dice que, tomada Troya, toda vez que él se había esforzado en vano durante algún tiempo en defensa de su patria, tomando a los dioses Penates, que le habían sido encomendados por Héctor en sueños, a su anciano padre y a su pequeño hijo, enseñándole su divina madre el camino, llegó al litoral y, apoderándose de veinte naves, con las que mucho tiempo antes había ido Paris a Grecia, se adentró en el mar y lo cruzó hasta Tracia donde aconsejado por Polidoro, cuyo sepulcro encontró en la costa, que huyera del avaro litoral, fundó la ciudad que llamó Enea de su nombre. Acerca de la cual dice Tito Livio en el libro XL [4] de *Desde la fundación de la ciudad* que la ciudad de Enea, cercana a Tesalónica, fue antaño fundada por el troyano Eneas. Sobre la que el mismo Tito Livio dice así: «Salen de Tesalónica hasta Enea al sacrificio establecido que hacen todos los años con gran ceremonia en honor de su fundador Eneas, etc.» Y desde ahí, subiendo de nuevo a las naves para alcanzar, según el oráculo, las antiquísimas sedes de sus antepasados, llegó a Creta y allí, expulsado ya el rey Idomeneb por los Cretenses, se estableció como si hubiese llegado a las moradas de sus antepasados, porque de ahí fue Teucro, hijo de Escamandro, que había reinado sobre los Dardánidas con Dárdano. Pero expulsado también de allí por una peste, sabedor con certeza de que Dárdano fue ítalo, determinó dirigirse a Italia y después vino a Caonia e instruido por el

adivino Heleno sobre los hechos futuros, se encaminó a Sicilia y en Drépano, según opina Virgilio, perdió a Anquises. Y, embarcando de nuevo, fue llevado por una tempestad a África, según dice Virgilio aunque otros lo niegan, donde fue recibido por la reina Dido cuando ya andaba errante siete años, con la que estuvo algún tiempo e hizo uso de su amistad y de su lecho, si en esto debe creerse a Virgilio. Pero alejándose por consejo de los dioses, llegó de nuevo a Sicilia junto a Acestes y, fundada la ciudad de Acesta y dejada allí una parte de los suyos, cuando se dirigía a Italia perdió a Palinuro, piloto de su flota. Después llegó al golfo de Bayas y con la guía de la Sibila bajó a los Infiernos y se introdujo en los campos Elisios y, tras haber descubierto a su padre Anquises, enseñándosela él, conoció a toda su descendencia. Volviendo desde allí a la luz del día, realizados los funerales de Miseno[m], el tocador de trompeta, navegó a Cayeta donde, al haber muerto su nodriza Cayeta, estableció una ciudad y la llamó con el nombre de su nodriza. A continuación se dirigió a Italia, es decir a la desembocadura del Tíber, hasta donde dice Servio *[a En.,* I, 382] que no le faltó la visión de Venus. Puesto que ya no la vio más, pensó que había llegado al lugar predestinado y debía detenerse. Allí obtuvo en primer lugar la amistad del rey Evandro y después la de Latino, rey de Laurento que, según la respuesta del oráculo, le entregó como esposa a su hija Lavinia, prometida a Turno rey de los Rútulo?. Fue atacado por este motivo con una gran guerra por Turno, pero apoyado en la ayuda del Arcadio Evandro y de los Etruscos, por odio a Mecencio, rey de Agila[231], obtuvo el reino de su esposa. Sobre su muerte opinan de diversos modos los antiguos, pues dice Servio *[a En.,* IV, 620] que Catón afirma que al lado de Laurolavinio, cuando los compañeros de Eneas se dedicaban al pillaje, dio comienzo una batalla en la que Latino fue muerto por Eneas, quien, sin embargo, desapareció en esta batalla; después Ascanio mató a Mecencio. Otros dicen que cuando Eneas, vencedor, realizaba un sacrificio sobre el río Numico, se resbaló y no se encontró su cadáver. Lo que Virgilio [IV, 615-21] trata elegantemente cuando presenta a Dido moribunda que lo maldice y dice: «Pero que sea atormentado por la guerra y las armas de un pueblo osado,

[230] En este resumen que hace Boccaccio de la *Eneida,* en este punto comete un error ya que en el libro VI del poema latino, la Sibila pone como condición a Eneas, además de la rama dorada que debe llevar al infierno, que entierre antes a un compañero, que resulta ser Miseno, que yace insepulto. Tras las honras fúnebres, que pueden ser un símbolo de los misterios órficos, baja ya Eneas a los infiernos a ver a Anquises, llevando la rama dorada.

[231] Actual Cerveteri, ciudad a la que los etruscos llamaron *Caere* y los pelasgos, quizá sus fundadores, *Agylla.*

que arrojado de sus fronteras, arrancado del abrazo de Iulo suplique ayuda y vea los funerales indignos de los suyos; y que, cuando se haya entregado bajo las condiciones de una paz inicua, no disfrute del reino o de la deseada vida sino que muera antes de su día y esté insepulto en medio de la arena. Esto pido, etc.» Además hay quienes dicen que fue matado por Turno y sostienen que esto está descrito por Virgilio [X, 611-60] bajo una elaborada ficción cuando muestra que, en medio del ardor del combate, Juno teme la muerte de Turno y entonces, para alejarlo de la lucha, dice que adopta la figura de Eneas, contra el que al punto dice que se vuelve Turno y dice que como Eneas huye hacia las naves que estaban en el río Numico y hasta ellas es perseguido por Turno. Cosa que sostienen que, según la verdad de la historia, Juno no se convirtió en Eneas sino que fue el propio Eneas quien huyendo de las armas de Turno fue matado por este mismo en el Numico. Esto también aparece en parte en los versos anteriores y no pudo mantenerlo Virgilio en silencio en otro lugar cuando en este mismo libro [X, 47-9] presenta a Venus que suplica a Júpiter y le dice: «Que se me permita que sobreviva sano y salvo mi nieto Ascanio. Sea que Eneas se arroje en aguas desconocidas y siga cualquier camino que la fortuna le ofrezca, etc.», donde, si miramos bien puesto que ya no vive Eneas Venus, que hasta ahora se había preocupado de él, suplica ahora por su nieto Ascanio. Y Ovidio parece pensar esto mismo en su mayor obra [XIV, 598-603] cuando dice: «Se acerca a la costa de Laurento, donde oculto por cañas el Numico se desliza serpenteando hasta los mares cercanos a sus aguas fluviales. Le ordena que lave lo que de Eneas está sujeto a la muerte y que lo lleve bajo sus aguas en silencioso curso: el provisto de cuernos sigue las órdenes de Venus y con las suyas limpia lo que había mortal en Eneas, etc.» Y esto mismo parece pensarlo Juvenal [XI, 63] cuando dice: «Uno llevado a los astros por las aguas, el otro por las llamas.» Porque piensa en Eneas y en Rómulo, ya que Eneas murió en las aguas, como se ha dicho antes, y Rómulo junto al pantano de la Cabra fue arrebatado por los rayos y la tormenta. Estos dos fueron honrados en Roma con especial divinidad. Pues también el propio Eneas, que fue arrebatado de algún modo, fue considerado dios por los indígenas y llamado Júpiter Indigetes. En efecto la historia de éste está mezclada con algunas ficciones, cuyo motivo exige ver el orden. Porque no ha sido aceptado del mismo modo por todos que Eneas fuera hijo de Venus. Algunos sostienen que en el nacimiento de Eneas Venus fue la dueña del cielo y que con ella tuvieron que ver las descripciones de los acontecimientos futuros y por obra de este dominio le sucedieron muchas

cosas a Eneas que han sido escondidas con habilidad por Virgilio bajo las ficciones y que por el momento no es intención de este proyecto sacarlas a la luz. Otros pretenden que nació en esa hora en que Venus se eleva en el horizonte al alba y sostienen que por eso es llamado su hijo, como si lo hubiera sacado a la luz al salir. Otros piensan que su madre fue tan hermosa que, perdido el nombre propio, consiguió el nombre de Venus. Acerca de lo cual piensan que ha hablado Virgilio [III, 475]: «Anquises, considerado digno del ilustre matrimonio de Venus.» Sin embargo, otros que se inclinan a una opinión más indecorosa piensan que se le llamó hijo de Venus porque no nació de un matrimonio sino de una unión concupiscente, juzgando que parece poco congruente que se desconozca la madre de tan gran hombre, si existió una esposa de Anquises, pero que, para ocultar la marca seductora de un hombre importante, los antiguos crearon la ficción de que su madre era una diosa. Yo ciertamente pienso que es verdad que su madre, por algún mérito, fue llamada Venus, como he dicho antes que opinaban algunos, y no es obstáculo que se desconozca su verdadero nombre, pues tampoco se conoce el nombre de la madre de Príamo, que fue un rey tan importante, ni de Agamenón ni de otros muchos insignes reyes y hombres [H2]. Y está lejos que crea que Príamo, un rey tan grande, entregase a su hija Creúsa como esposa al bastardo de un pastor. Sobre el hecho de que fuera alejado del enfrentamiento con Aquiles a ruegos de Neptuno, no creo que sea verdad lo que decía Leoncio, a saber que ocurrió por obra de la constelación, sino que más bien pienso que pudo ocurrir algo cerca de las naves, que parecen tener que ver con Neptuno en cuanto se le llama dios del mar, causa por la que Aquiles, reclamado al exigirlo la conveniencia, dejó la lucha con Eneas. Opino que se creó la ficción de que esto le fue permitido a Neptuno por Juno mirando a los acontecimientos futuros, puesto que Eneas estaba reservado para el reino de Italia, y por ello la diosa de los reinos permitió que se respetara la seguridad personal del futuro rey. Se dice que fue advertido por Polidoro, enterrado en la playa, porque, al ver su infortunio, se dio cuenta de que, si se quedaba allí, los Tracios habrían de ser sus enemigos y que por ende había que huir. El que Venus se le mostrara como guía con su luz hasta el campo de Laurento y que una vez que él estuvo allí ya no apareciera después, puede atribuirse a la constelación que actuaba sobre el apetito con-

[232] De Príamo no se sabe con certeza el nombre de su madre; sí, en cambio, se sabe el nombre de la madre de Agamenón que es Aérope, nieta de Minos e hija de Catreo, aunque es posible que este dato no hubiera llegado, en efecto, a conocimiento de Boccaccio.

cupiscible; pues tanto tiempo como pasó navegando, tanto tardó en encontrar lo que le agradaba y, una vez encontrado, terminó la guía de quien le empujaba. Sobre el hecho de que bajara a los Infiernos, pienso que debe entenderse que él hizo lo que antaño fue casi una costumbre sobre todo para los reyes de los paganos, a saber querer ser informados por los espíritus inmundos a través de aquel impío sacrificio de la nigromancia sobre el futuro. Sacrificio que se acercó a realizar en el golfo de Bayas junto al lago Averno, que era un lugar muy adecuado para tales cosas y, muerto Miseno, hizo un sacrificio con su sangre a los Infiernos y con otras ceremonias detestables consiguió que alguno de los nefastos espíritus, llegando a los lugares superiores hecho salir por la fuerza de los encantamientos, compareciera ante él adoptando un cuerpo fantástico y le predijera algo sobre los acontecimientos futuros. Su deificación no es otra cosa que la ridícula fatuidad de los ignorantes. Porque creo que murió en el río Numico y que arrojado al mar fue alimento para los peces etruscos o los de Laurento.

CAPÍTULO LIV

Sobre Ascanio, hijo de Eneas, que engendró a Iulio Silvio y a Roma

Ascanio, según opina Virgilio, no sólo fue hijo de Eneas y tenido de Creúsa, sino compañero de huida y de fatigas en la búsqueda del reino, como él mismo atestigua extensamente a lo largo de toda la *Eneida.* Pero Tito Livio, que tuvo una gran preocupación por la verdad de la historia, no afirma totalmente si fue hijo de Creúsa o de Lavinia, pues dice [I, 3]: «Todavía no estaba maduro para el mando Ascanio, el hijo de Eneas; sin embargo, este cargo permaneció incólume para él hasta la edad de la pubertad; entre tanto con la tutela de una mujer, tan grandes cualidades había en Lavinia, se sostuvo para el niño el estado latino y el reino de su abuelo y de su padre. No discutiré, pues ¿quién puede afirmar como cierto un asunto tan antiguo?, si fue este Ascanio o el mayor que éste, nacido en la incólume Troya de su madre Creúsa, y después compañero de la huida paterna, el mismo Iulo al que la familia Julia llama el fundador de su nombre. Este Ascanio, naciera en el sitio que fuera y cualquiera que fuese su madre, se sabe con seguridad que fue hijo de Eneas, etc.» Estas cosas Tito Livio. Eusebio, en el libro de

los *Tiempos* [63, 1-5], piensa que Ascanio fue el hijo de Créusa y al otro, al nacido de Lavinia, lo llama Silvio Postumo. Ascanio perdió en Troya a su madre y con su padre se comportó valientemente contra los enemigos, como se muestra extensamente en Virgilio. Tuvo muchos nombres, según afirma Servio *{a En.,* I, 267]. Pues además de lulo e lio, con los que se le llamaba, como dice Virgilio [I, 267-8]: «Pero el niño Ascanio, al que ahora se le añade el sobrenombre de lulo, era lio mientras la situación de Troya permaneció en el reino, etc.», se le llamó también Dárdano y Leodamante para consuelo de sus hermanos muertos. Y así queda claro que Eneas tuvo otros hijos de Creúsa además de Ascanio. Acerca de sus nombres dice también Servio que hay que saber que se ha llamado primero Ascanio por el río Ascanio de Frigia y que Ascanio significa al otro lado; después se le llamó lio por el rey lio, de donde también Ilio; más tarde lulo, muerto Mecencio, por el primer vello de su barba, que nacía en el momento de la victoria. También este Ascanio, para seguir un poco a Virgilio, siendo todavía muy pequeño, recibió el presagio de su futuro imperio. Pues cuando su padre y su abuelo discutían sobre la futura huida, una Uamita, que no producía ninguna lesión, se detuvo en lo alto de la cabeza aunque intentaron apagarla sus padres. Después, como se ha dicho, en su calidad de compañero de huida soportó muchas fatigas con su padre. Y cuando Eneas fue liberado de los asuntos humanos y él recibió el reino como su sucesor, terminó con una victoria la guerra comenzada por su padre. Pues unos dicen que mató a Turno, otros que a Mecencio. Pero dice Servio *[a En.,* I, 267] que según Catón la credibilidad de la historia tiene esto: Que Eneas vino con su padre a Italia y luchó, a causa de los campos invadidos, contra Latino y Turno, combate en el que murió Latino. Después Turno se refugió junto a Mecencio y confiado en su ayuda volvió a emprender la guerra, en la que murieron a la vez Eneas y Turno. Después la guerra pasó a Ascanio y Mecencio, pero éstos lucharon en un combate singular y, muerto Mecencio, Ascanio empezó a ser llamado Iulio, como se ha dicho poco antes. Este, según dice Eusebio [63, 1-5], después de haber reinado durante treinta años en Lavinio, fundó Alba y educó a su hermano Silvio Postumo con gran afecto. Otros cuentan más que esto, afirmando que criticado por sus amigos porque parecía mantener en el exilio a su madrastra Lavinia que por temor a él, muerto Eneas, se había refugiado en las selvas, la llamó él mismo y le restituyó el reino paterno puesto que él había determinado trasladarse a Alba. Tuvo un hijo al que, dado que había nacido por azar en las selvas, llamó Iulio Silvio, del que pretenden algunos que nació la familia

Julia. Finalmente, después de haber reinado durante treinta y ocho años entre Lavinio y Alba, que fundó, al llegar a la muerte, puesto que veía que su hijo no era apto por su poca edad para reinar sobre los ciudadanos, dejó como heredero del reino a su hermano Silvio Postumo.

CAPÍTULO LV

Sobre Iulio Silvio, hijo de Ascanio

Iulio Silvio, según Tito Livio [I, 3, 6], fue hijo de Ascanio y, dado que nació por casualidad en las selvas, fue llamado Silvio y de él procede la familia Julia, puesto que sucedió a su padre Ascanio en el reino. Sin embargo dice Eusebio en el libro de los *Tiempos* [64, 5-12] que fue hijo de Ascanio pero que, como era pequeño al morir éste y no parecía idóneo para el reino, le dejó la sucesión del reino a Silvio Postumo, hermano suyo.

CAPÍTULO LVI

Sobre Roma, hija de Ascanio

Rpma fue hija de Ascanio, según escribe Solino en *Sobre las maravillas del mundo* [I, 1] al decir que Agatodes escribe que el nombre de la ciudad de Roma tuvo su origen de esta Roma hija de Ascanio y nieta de Eneas, puesto que Heraclides escribe que cuando, tomada Troya, algunos aqueos llegaron al lugar en que ahora está Roma, allí mismo colocaron su asentamiento por consejo de una cautiva, cuyo nombre era Roma, y le dieron al lugar el nombre de ella.

CAPÍTULO LVII

Sobre Silvio Postumo, hijo de Eneas, que engendró a Eneas Silvio

Silvio Postumo, según Virgilio, fue hijo de Eneas y de Lavinia, acerca del cual escribe así el propio Virgilio [VI, 760-6]: «Aquel

joven, lo ves, que se apoya en una lanza sin adorno, tiene por sorteo los lugares cercanos a la luz, saldrá el primero a las brisas del éter mezclado con sangre ítala. Silvio, nombre albano, tu hijo postumo, que tu esposa Lavinia dará a luz para ti, ya anciano, tardíamente en las selvas, rey y padre de reyes, a partir del cual nuestra raza reinará en Alba Longa, etc.» Este, como muestra suficientemente el poema de Virgilio, nació después de la muerte de Eneas y de ahí Postumo, que es el nombre genérico de los que nacen después de enterrado su padre. Y se le llamó Silvio, según la opinión de muchos, porque Lavinia, al haber muerto su padre Latino y su marido Eneas y estar ocupado el reino por Ascanio, temiendo el mando de éste, grávida se retiró a las selvas y allí se ocultó y dio a luz y por ello llamó Silvio al nacido en las selvas. Pero, como se ha dicho arriba, Ascanio, vuelta a llamar su madrastra al reino paterno, crió a su hermano Silvio con afecto fraternal y al morir, puesto que Iulio Silvio era todavía muy niño, dejó a este mismo Silvio, su hermano, como heredero del reino. El engendró a Eneas Silvio. Más adelante los Bretones, deseosos según pienso de ennoblecer su barbarie, le añaden un hijo, diciendo que él también engendró a un Bruto de una nieta de Lavinia, su madre, en cuyo nacimiento dicen que predijo un matemático que mataría a sus padres; como consecuencia de lo cual se hizo que su madre muriera en su parto y por fin él, cuando hubo crecido, mató a su padre sin darse cuenta en una cacería. Expulsado de Italia por este motivo, dicen que fue a Leogrecia, isla de Grecia, y supo por la respuesta del oráculo que le estaba destinada una isla de la parte más alejada de occidente. Este, habiendo tomado como esposa a una hija de Pandraso, rey griego, navegó durante tres años con sus compañeros junto con Corniveo, un troyano, y vencido Goferio, rey de Aquitania, conquistó la isla de Albión, que habitaban los Gigantes, y la llamó Britania por su nombre y Cornubia por Corniveo, y dicen que después engendró a otro Bruto, de sobrenombre Viridescoto y después nació otro rey de la isla y luego otro, y así siguen hasta una descendencia innumerable. Puesto que estas cosas no me han parecido ni verdaderas ni verosímiles he decidido omitirlas. Postumo, después de haber reinado durante treinta y ocho años, murió dejando superviviente a su hijo Eneas Silvio.

CAPÍTULO LVIII

Sobre Eneas Silvio, hijo de Silvio Postumo, que engendró a Latino Silvio

Eneas Silvio, hijo de Silvio Postumo, tercer rey de los latinos, sucedió a su padre. De éste, en efecto, se acuerda Virgilio [VI, 768-70] al decir: «Y quien te recordará con su nombre, Silvio Eneas, por igual destacado en piedad o armas si alguna vez recibe Alba para reinar sobre ella.» Este engendró a Latino Silvio y murió después de haber reinado durante treinta y un años.

CAPÍTULO LIX

Sobre Latino Silvio, hijo de Eneas Silvio, que engendró a Alba Silvio

Latino Silvio, como dice Tito Livio [I, 3, 7] fue hijo de Eneas Silvio y al morir su padre reinó en Alba y por él fueron fundadas las colonias de aquellos que son llamados los Antiguos Latinos. Después de haber reinado durante cincuenta años y engendrado a Alba Silvio, al que dejó superviviente, murió. Eusebio dice en el libro de los *Tiempos* [66, 1-7] que él descubre en otra historia que Latino Silvio reinó el quinto en Alba, que fue hijo de Lavinia y Melampo y hermano uterino de Silvio Postumo. Este Latino se pone aquí el cuarto en el orden de los reyes.

CAPÍTULO LX

Sobre Alba Silvio, hijo de Latino Silvio, que engendró a Atis Silvio

Alba Silvio fue hijo de Latino Silvio y sucedió a su padre en el reino. Y después de haber reinado durante treinta y ocho años, dejando a su hijo Atis, fue alejado de los asuntos humanos.

CAPÍTULO LXI

Sobre Atis Silvio, hijo de Alba, que engendró a Capis Silvio

Atis Silvio fue hijo de Alba, al que Eusebio [72, 19-21] alguna vez llama Egipcio Silvio. Este, tras haber reinado veintitrés años, acabó su vida dejando como hijo a Capis.

CAPÍTULO **LXII**

Sobre Capis Silvio, hijo de Atis, que engendró a Carpento Silvio

Capis Silvio fue hijo de Atis. Hay quienes pretenden que por él fue fundada Capua, en otro tiempo importante ciudad de Campania; éste, después de haber reinado veintiocho años, al morir dejó el reino a su hijo Carpento.

CAPÍTULO **LXIII**

Sobre Carpento Silvio, hijo de Capis, que engendró a Tiberino Silvio

Carpento Silvio fue hijo de Capis y después de reinar trece años, murió dejando un hijo: Tiberino.

CAPÍTULO LXIV

Sobre Tiberino Silvio, hijo de Carpento, que engendró a Agripa Silvio

Tiberino Silvio fue hijo de Carpento y engendró a Agripa Silvio. Y después de haber reinado ocho años, al atravesar el río que los habitantes llamaban antes Albula, límite entre Latinos y Etruscos,

cayó a él y murió. Por este motivo, hasta hoy, abolido el antiguo nombre, el río Tíber recibe su nombre del rey en él sumergido.

CAPÍTULO LXV

Sobre Agripa, hijo de Tiberino, que engendró a Rómulo Silvio

Agripa Silvio, hijo de Tiberino, sucedió en el reino a su padre sumergido y, tras haber reinado durante cuarenta años, al morir dejó como heredero de su reino a su hijo Rómulo.

CAPÍTULO LXVI

Sobre Rómulo Silvio, hijo de Agripa, que engendró a Julio Silvio y a Aventino Silvio

Rómulo o Arémulo Silvio fue hijo de Agripa. Situó destacamentos de Albanos entre los montes, donde después se fundó Roma, cosa que en aquella época se consideró hecho de manera impía, y por ello pensaron los hombres de aquel tiempo que fue justamente fulminado y muerto por un rayo, cuando ya llevaba dieciocho años de reinado, y fueron supervivientes suyos sus hijos Iulio y Aventino.

CAPÍTULO LXVII

Sobre Iulio Silvio, hijo de Rómulo

Iulio Silvio, según escribe Eusebio [80, 1-5], fue el hijo menor de Rómulo y bisabuelo de Iulio Próculo, que con Rómulo emigró a Roma y allí fundó la familia Julia, de la que salieron los Césares.

CAPÍTULO LXVIII

Sobre Aventino Silvio, hijo de Rómulo, que engendró a Procas Silvio

Aventino Silvio fue hijo de Rómulo Silvio y sucedió en el reino a éste fulminado; y después de haber reinado durante treinta y siete años, dejando a su hijo Procas, murió; y fue sepultado en el monte de Roma que después se llamó siempre Aventino por su nombre.

CAPÍTULO LXIX

Sobre Procas Silvio, hijo de Aventino, que engendró a Amúlio y a Númitor

Procas, según Tito Livio [I, 3, 10], fue hijo de Aventino y reinó en lugar de su padre a lo largo de veintitrés años. Y al morir dejó el reino a su hijo Númitor.

CAPÍTULO LXX

Sobre Amulio, hijo de Procas

Amulio, según el testimonio de Tito Livio [I, 3, 10], fue el menor de los hijos de Procas. Este con violencia e impiedad arrebató el reino a Númitor que era superior en años. Dice Plinio en *Sobre los hombres ilustres* que su padre Procas dejó que los dos reinaran alternativamente un año y que cuando el reino llegó a Amulio, al haber pasado el año, no quiso devolverlo a su hermano sino que, tras haber alejado a Númitor, mató a su hijo Lauso y para impedir a Rea, su hija, la esperanza de descendencia, bajo la apariencia de honor, dedicó a Vesta su perpetua virginidad. Pero cuando ya llevaba siete años de reinado, Rea dio a luz gemelos, que él ordenó fueran arrojados al Tíber y enterró viva a Rea. Pero, al no poder llegar sus servidores al lecho del río, porque había crecido con las lluvias de la víspera, depositaron en la orilla a quienes, descubiertos y alimentados por el

pastor Faústulo, cuando crecieron mataron a Amulio y devolvieron el reino a su abuelo Númitor.

CAPÍTULO LXXI

Sobre Númitor, hijo de Procas, que engendró a Lauso, a Ilia y a Rea

Númitor fue hijo de Procas y, como se ha dicho ya, expulsado por su hermano del reino, quien cuando envejecía como particular en el campo, fue repuesto en el reino por sus nietos Rómulo y Remo, tras haber matado a Amulio. No tenemos qué ocurrió después con él.

CAPÍTULO LXXII

Sobre Lauso, hijo de Númitor

Lauso, como antes se ha dicho, fue hijo de Númitor y murió impíamente asesinado por su tío Amulio.

CAPÍTULO LXXIII

Sobre Ilia, hija de Númitor, que dio a luz a Rómulo y Remo

Ilia, también llamada Rea, fue hija de Númitor y colocada a la fuerza por Amulio entre las vírgenes Vestales. Esta, como dice Ovidio *[Fast.,* II, 383-5], cuando buscaba agua para los sacrificios, se quedó dormida y le pareció que en sueños era violada por Marte y que así concebía gemelos; cuando los dio a luz fue enterrada viva por mandato del rey. Cuando se hable de Rómulo y de Remo se contará la ficción de que Marte se unió a ella.

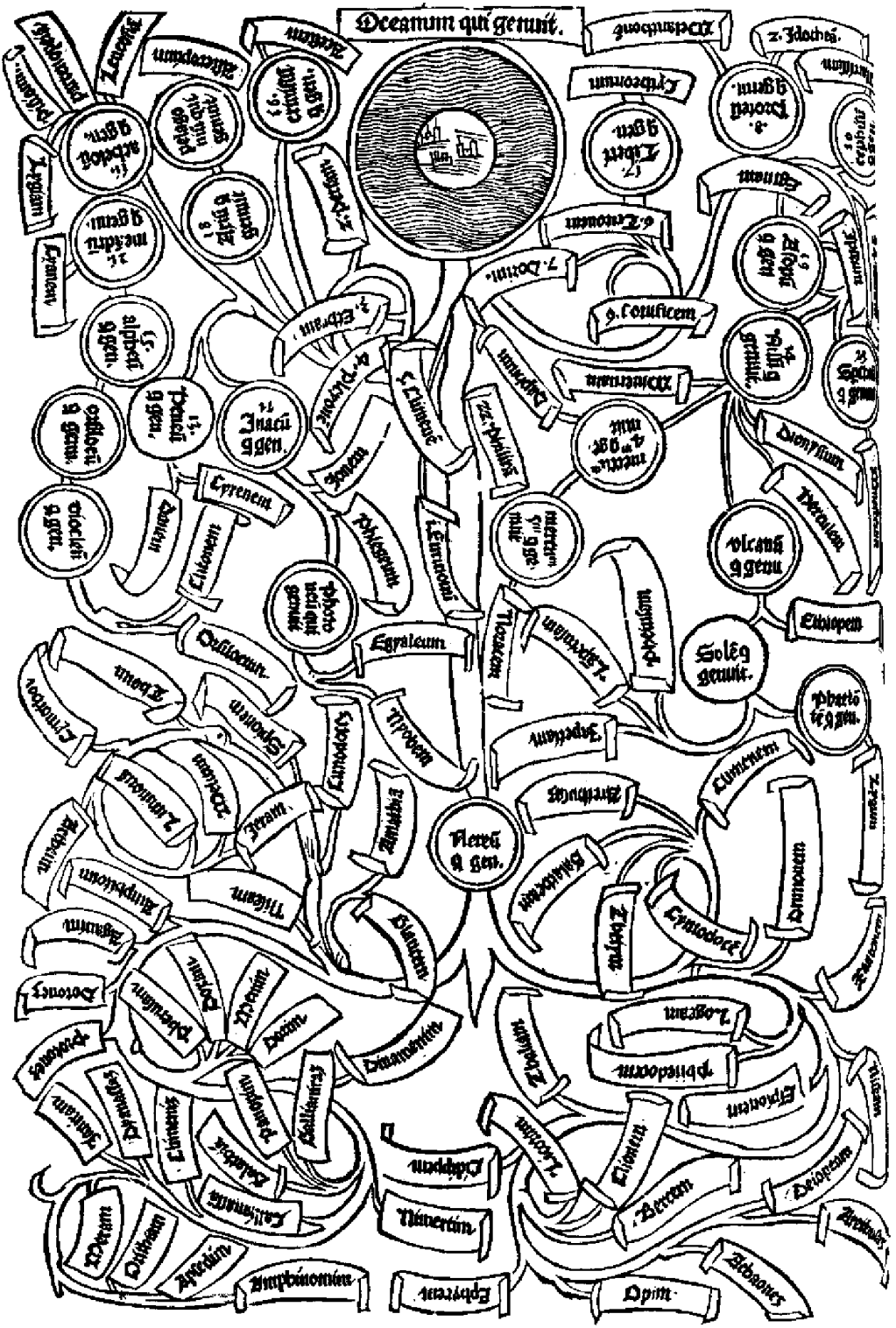
Y, puesto que no tenemos por orden los que nacieron de Iulio Silvio, es necesario poner fin a la genealogía de los descendientes de Dárdano. Añadiendo tan sólo esto, que de ellos nació el resplandor del mundo y de la Ciudad, el dictador Gayo Julio César.

Termina felizmente el Libro Sexto de la Genealogía de los dioses paganos.

COMIENZA FELIZMENTE EL LIBRO SÉPTIMO DE LA GENEALOGÍA DE LOS DIOSES PAGANOS, SEGÚN JUAN BOCCACCIO DE CERTALDO

En el árbol grabado a la derecha, en cuya raíz se inscribe a Océano, se coloca ordenadamente, tanto en las ramas como en las hojas, toda la descendencia de este Océano, de la que se hablará en el libro séptimo, que sigue.

Oceanum solemq; suam dat septimus omnem.


Oceanum qui genuit.
Solē genuit.
Phaetō genuit.
Ethiopen
Dionysium
Tyrrenum
Egyptum
Ophiusam
Tyrrenum
Egyptum
Ethiopem
Ophiusam
Egyptum
Ethiopem
Tyrrenum
Ethiopem
Egyptum
Tyrrenum
Ethiopem
Egyptum
Tyrrenum
Ethiopem
Egyptum

Proemio

Yo, eminentísimo rey, que poco antes desde el Elsa, río de Certaldo, y desde el toscano Arno había desplegado las velas hacia alta mar y empujado a través de los ciegos vados de las Sirtes, rugiendo el furioso Aquilón, y desde allí por los promontorios abundantes y que se ofrecen a lo ancho de Asia y los muchos Euripos del mar Egeo, empujándome el Líbico, y al vertiginoso mar de Sicilia y entre las resonantes costas tanto del mar Ilírico como del Tirreno, soplando el Noto, soy llevado a menudo en círculo no con menor temor que admiración, ocultando las negras nubes de los poetas por este lado el espléndido brillo de Febo, por aquél la inmóvil constelación de la Osa, cuando menos lo pensaba, arrebatado por Vulturno, dejadas atrás las costas de Liguria, Galia e Hispania, abandonados los promontorios de Calpe y Abila, soy llevado hasta el umbral del Océano. Y cuando ya se había detenido la barquilla cerca de su entrada, como si se ofreciera un momento para pensar, dirigí mis ojos al piélago colindante con los polos. Y cuando contemplaba el enorme cuerpo y al monstruo que no se puede abarcar, los montes escarpados de las aguas hasta el cielo y medía con el pensamiento sus grutas que causan espanto por su negra oscuridad, y sus indomables fuerzas con las que agita las tierras, los desconocidos escollos y sus feroces monstruos y pensaba que era anfitrión de todos los ríos, me horroricé, lo confieso, mis cabellos se pusieron de punta e, invadido por un temor desacostumbrado, con dificultad contuve mis miembros que

desfallecían; y no habría avanzado mucho, sino que me hubiera confiado como náufrago a la playa espontáneamente antes que seguir hasta los más alejados pensando que con respecto a éste sería una diversión y un juego las iras del mar Mediterráneo. Pero Aquél que es de hecho esperanza cierta y sufragio infalible de los que creen y esperan en El como es debido, fue invocado allí y, con el fuego de su amor, alejado el dañino frío, reanimó el espíritu abatido y lo llevó a fuerzas mayores que las usuales hasta el punto de que con una pequeña barquilla pero con un pecho enorme -me atreví a penetrar en el inmenso torbellino y a surcar desconocidos mares. Y explicada en los precedentes casi toda la prosapia del Cielo, cogí la pluma para escribir la larga descendencia de Océano, encomendando el timón de la ligerísima barca a Aquél que conservó sana y salva de las aguas del diluvio universal el arca de Noé.

CAPÍTULO PRIMERO

Sobre el Océano, hijo del Cielo y de Vesta, que engendró a veinticuatro entre hijos e hijas, cuyos nombres son éstos: La primera Eurínome, 2.ª Versa, 3.ª Etra, 4.ª Pleíone, 5.ª Clímene, 6° Tritón, 7.ª Doris, 8° Proteo, 9.ª Corusices, 10.° Nereo, 11° Aqueloo, 12." Inaco, 13° Peneo, 14° Nilo, 15." Alfeo, 16° Criniso, 17° líber, 18." Axio, 19." Asopo, 20.° Cefiso, 21.° Meandro, 22.ª Fílira, 23." Esperquío, 24° Sol

Que el Océano fue hijo del Cielo y de Vesta lo sostuvieron los teólogos, quienes pensaron que del Cielo, o de la Tierra, o de los dos, se produjeron todas las cosas desde el principio. Cosa que no creyó ni mantuvo en silencio el primero de los filósofos jónicos, Tales de Mileto, de no poca autoridad entre los antiguos, sino que pensó, no menos neciamente que hicieron los demás, que en este mismo Océano estaba implantada una mente divina y que de él, o dando él la causa, se producían todas las cosas, movido quizá porque veía que en todas las cosas, al retirarse la humedad, necesariamente terminaba la vida y que, del mismo modo, sin líquido nada parecía engendrarse por completo o nacer. Y así afirmaba que Océano no era hijo sino el padre de los dioses y de todas las cosas. A veces parece estar de acuerdo con él Hornero y sobre todo cuando en la

litada [XIV, 201] presenta a Juno que dice: «A Océano, principio de los dioses, y a la madre Tetis, etc.» Y así, siguiendo a éstos también alguna vez dice Virgilio *[Georg.,* IV, 382]: «Y a Océano, padre de las cosas.» Y Plinio en la *Historia Natural* [XXXI, 1, 1-3], ensalzando este elemento de las aguas, dice: «Es más, este elemento domina a todos los demás, las aguas se tragan las tierras, matan las llamas, suben hasta lo alto y también reclaman para sí el cielo y con una cortina de nubes ahogan el soplo vital, causa que lanza rayos al discrepar el mundoxonsigo mismo. Pues qué puede ser más digno de admiración que las aguas que están en el cielo. Pero ellas, como si fuera poco llegar a tan gran altura, arrastran consigo los ríos con los bancos de peces. A menudo incluso transportan piedras que llevan pesos ajenos, y al dejarlas caer sobre toda la tierra se convierten en la causa de los que nacen. Si alguien quiere considerarlas de una naturaleza tan admirable que para que nazcan los frutos y vivan los árboles y los frutales, las aguas emigran al cielo y llevan el alma vital a las plantas, hecha la confesión de que todas las fuerzas de las aguas son también en beneficio de la tierra, etc.» Estas cosas Plinio. Del que no discrepa Vitruvio en *Sobre la Arquitectura* [VIII, 4] al decir: «Como consecuencia de ello, también quienes cumplen los deberes sacerdotales según las costumbres de los Egipcios, enseñan que todas las cosas se mantienen por la fuerza del líquido, etc.» Sin duda es ridículo haber considerado a las aguas el principio de las cosas. Pero yo, ¿por qué voy a enfadarme con tales hombres si se han equivocado en torno a los comienzos invisibles de las cosas, puesto que creen estúpidamente en contra de lo que está ante sus ojos? Los egipcios vieron a Isis moribunda e intentaron clavar en sus mentes que ella, aunque no omnipotente, había sido muy poderosa y que era una diosa, no una mujer mortal. Los Cretenses no tuvieron ningún rubor en declarar al mismo Júpiter, hombre muy libidinoso al que ellos en persona enterraron, dios del cielo y de la tierra. Así pues embebidos por la ceguera de la mente creyeron que eran mayores éstos que alguna vez habían sido creados que quien los había creado alguna vez. Pero de esto en otro lugar. Quienes consideraron a Océano el padre de las cosas, tomaron a partir de él la genealogía de los dioses; al cual, puesto que se sabe que según otros tuvo padre, lo hemos colocado en el orden de la obra emprendida. Para que no avanzara sin honor entre los grandes dioses, determinaron que tuviera un carro, como dice Teodoncio, y crearon la ficción de que era tirado por ballenas a través de los enormes mares. Así también le atribuyeron Tritones, tocadores de trompeta y que corrían

delante. Le inventaron grandes rebaños de focas bajo la custodia de Proteo. Y crearon para él grandes cohortes de ninfas, como compañeras y cortejo, y designaron una descendencia muy grande de hijos y le llamaron con muchos nombres. Pero deben ser destripadas las ficciones. Ciertamente, que Océano sea arrastrado en un carro describe su movimiento circular en torno a la redondez de la tierra, carro que se dice tirado por ballenas porque las ballenas se extienden por todas partes. Se llama a los Tritones sus trompeteros y adelantados porque incesantemente se ejecuta el significado de su nombre; porque Tritón, según algunos, significa lo mismo que el que desgasta la tierra, cosa que el mar hace continuamente puesto que, lanzándose contra el litoral asiduamente desgasta las tierras con su movimiento. Y puesto que esto no se hace sin sonido, es llamado como el que hace sonar una trompeta. Y se dice que corre delante porque el sonido, llevado a la costa con un vehemente movimiento es anuncio muy seguro de que va a haber tempestad. Se ha dicho que tenía rebaños de focas porque las focas en su parte anterior tienen el aspecto de novillo y porque pacen, como los rebaños, en las tierras por grupos. Llamaron a Proteo su pastor porque es muy abundante en estas focas el mar de los Cárpatos, que antaño estuvo bajo la jurisdicción de Proteo. El hecho de que esté añadida a él y como cortejo una cohorte de ninfas, según pienso, no es otra cosa que las múltiples propiedades de las aguas o de los accidentes unidos continuamente a ellas. Y al actuar ellos u otra presión sobre ellas se cambian a la vez con ellas, como si fueran serviciales. Además de Océano, se le da el nombre de Nereo, Neptuno y Mar. Puesto que estos nombres coinciden con los nombres de otras divinidades, los expondremos de manera adecuada cuando se hable de ellas. Es llamado Océano, que es propio de él, por los Griegos y Latinos, según dice Rábano [111, 312 A] porque rodea el mundo como un círculo. Además porque brilla como el cielo con el color de la púrpura. Y yo creo que es llamado así de *clanes,* que en latín significa negro, pues es de tanta profundidad que en él no puede aparecer ninguna transparencia de las aguas.

CAPÍTULO II

Sobre Eurínome, primera hija de Océano

Eurínome fue hija de Océano, como afirma Hornero en la *Ilíada* [XVIII, 399], al decir: «Eurínome, hija de Océano que refluye sobre sí mismo.» Y se interpreta como pastor de la fluctuación o de los vientos. Pues el agua del mar siempre fluctúa, como vemos, y por ello se la denomina por el ejercicio de las aguas y es llamada hija de Océano. O según otros, que pretenden que los vientos nacen de las aguas, el agua alimenta a los vientos, es decir ofrece la materia de la que se crean y obtienen fuerza y así ésta es llamada adecuadamente hija de Océano. Además, cuando Hornero habla de ella presenta a Vulcano dialogando con Tetis, que le pide armas para Aquiles, y para demostrar que está dispuesto dice que, cuando él fue arrojado del cielo por su madre porque era cojo, fue recibido y alimentado por la propia Eurínome y por Tetis. Donde quiere que entendamos que el propio fuego se alimenta de lo húmedo y del soplo de manera que, si le faltan, es preciso que se extinga.

CAPÍTULO III

Sobre Versa[m]*, segunda hija de Océano*

Persa fue hija de Océano, como opina Hornero en la *Odisea* [X, 137-9] donde dice que fue amada por el Sol y que él de su unión con ella tuvo a Eetes, rey de Coicos, y a Circe, hablando así: «La propia hermana del pernicioso Eetes. Los dos fueron engendrados por Helio, que alumbra a los mortales, siendo su madre Perse, la hija que engendró Océano, etc.» Dice Leoncio que esta Persa es llamada Hécate por Hesíodo; puesto que ésta entre nosotros significa luna, podemos pensar que Eetes, rey muy brillante entre los suyos, hizo aquello mismo que había llevado a cabo Saturno, quien ordenó llamar Cielo a su padre Urano y Tierra a su madre Vesta para dar más importancia a su origen con nombres egregios, y así Eetes a su padre Sol y a su madre Luna. La cual es llamada hija de

»[3] Perse o Perseide. Cf. *CFC,* XI, p. 253.

Océano porque a los de la costa les parece que nace de las olas del Océano. O quizá la propia Persa había llegado a su padre desde el Océano y por ello fue llamada hija de Océano, o tuvo su imperio en los dominios de Océano.

CAPÍTULO IV

Sobre Etra, tercera hija de Océano y esposa de Atlas

Etra fue hija de Océano, como se confirma en el poema de Ovidio, quien afirma que ella de Atlas dio a luz a Hías y a sus hermanas, cuando se lee en los *Fastos* [V, 171-2]. «A éste y a las ninfas dio a luz Etra, descendencia de Océano, al llegar el momento del parto, etcétera.»

CAPÍTULO V

Sobre Pleíone, cuarta hija de Océano y esposa de Atlas

Pleíone fue hija de Océano y esposa de Atlas, según Paulo, cosa que también confirma Ovidio en el libro de los *Fastos* [V, 83-4] cuando dice: «La nacida de éste, Pleíone, se une a Atlas, que soporta las estrellas como es fama, y da a luz a las Pléyades, etc.» *Pleyas* es lo mismo que lluvia, la cual, puesto que está causada a partir de los vapores húmedos que se elevan desde el Océano a lo alto, es llamada por ello hija de Océano, y esposa de Atlas, porque del mismo modo los vapores húmedos que se elevan desde las aguas la mayoría de las veces dan vueltas alrededor de la cima de Atlas y de otros montes y se asientan en ellos anunciando lluvias a los habitantes.

CAPÍTULO VI

Sobre Clímene, quinta hija de Océano y madre de Faetón

Clímene, según la opinión de Teodoncio, fue hija de Océano y de Tetis. Pretenden que, como sobresalía por su hermosura, fue

del agrado del Sol, que fue a su lecho y tuvo de ella a Faetón y a sus hermanas. Pero Paulo dice que fue esposa del egipcio Mérope, que reinó con su marido sobre los Etíopes, en la parte más alejada de Egipto, y de él concibió a Erídano, que también es llamado Faetón, y a sus hermanas. Leoncio por su parte dice que fue hija de Minias y de Eurianasa y que de su marido Mérope[234] dio a luz a Ificlo, Fílace y Faetón con sus hermanas. Acerca de estas variantes hay que advertir que, en cuanto se la llama hija de Océano y amada por el Sol, puede entenderse como la humedad; pues Clímene se interpreta como humedad y así se la llamará con toda razón hija de Océano, como si lo fuera de la fuente de todas las humedades. Ella es amada por el Sol porque, como cuenta Tulio en *Sobre la naturaleza de los dioses,* el Sol y las restantes estrellas se alimentan de la humedad. O bien, y es lo mejor, porque el calor del sol, al actuar en la humedad levanta nieblas que producen a Pitón, como se ha dicho cuando se ha hablado de Latona, y hace salir a algunos árboles de los lugares pantanosos, de los que se hablará más extensamente después cuando se haga acerca de Faetón y de sus hermanas. Pero si pretendemos que fue una mujer y esposa de Mérope, entonces diremos que fue alguna noble señora en el litoral del Océano y que de ahí se tuvo como consecuencia tal tipo de filiación y no se negará por ello que fuera hija de Minias y Eurianasa, que quizá reinaban en aquellos lugares, sino que fue llamada así por el lugar, como de la parte más noble.

CAPÍTULO VII

Sobre Tritón, sexto hijo de Océano

Dice Teodoncio que Tritón fue hijo de Océano y de Tetis. Sin embargo, Servio *[a En,,* I, 144] lo llama hijo de Neptuno y de Salacia, su esposa. Y Paulo lo llama Tritona y afirma que fue una mujer. Por último, sea hombre o mujer, todos están de acuerdo en esto, a saber que fue trompetero de Océano o de Neptuno, pero puesto que la mayoría parece inclinarse a Neptuno, pensando, según creo, que Océano y Neptuno son el mismo, presentan como testimonio a Ovidio [I, 330-42] que dice: «Y no permanece la cólera

*> Cf. *CFC,* XI, pp. 254-5.

del mar y, dejando su dardo de tres puntas, el soberano del mar palma las aguas y llama al azulado Tritón que sobresale por encima del abismo y cubre sus hombros con la púrpura nativa y le ordena que sople en su sonora concha y haga volver ya, dada la señal, a las olas y a los ríos. Es tomado por él el cóncavo cuerno, retorcido, que aumenta en anchura desde la voluta de abajo; cuerno que, cuando en medio del mar recibe el aire, llena con su sonido los litorales que están bajo y uno y otro Febo. También entonces, cuando tocó el rostro del dios, que chorreaba con la barba empapada, y, al ser soplado, entonó las órdenes recibidas, fue oído por todas las aguas de la tierra y del mar y moderó a todas las aguas por las que fue oído, etc.» En estos versos aparece el oficio de Tritón y que es varón, como decía Teodoncio. Se muestra con bastante claridad que es hijo de Océano o de Neptuno en el hecho de que está producido por el movimiento sonoro de ellos; los teólogos entendieron por Tritón el propio clamor del mar que agita y golpea las costas, puesto que según algunos se interpreta como sonido. En cambio otros aceptaron que Tritón es el sonido del mar, pero no el que hace cuando se rompe contra sí mismo, sino el que hace al golpear las costas y por ello lo llamaron Tritón, como si desgastara las tierras y de ahí que, tanto según los primeros como según los que los seguían, sostuvieron que de aquel sonido se deduce que va a haber una agitación del mar mayor que de costumbre, de manera que con aquel sonido Tritón indica que su dueño llega con un ímpetu mayor, como los tocadores de trompeta anuncian con el canto de sus trompetas que está a punto de llegar el emperador. Pero Plinio en *Sobre la Historia Natural* [IX, 4, 9] parece pensar que los Tritones no sólo sirvieron a los poetas con su nombre ficticio sino que existen como verdaderos peces del mar, al hablar de ellos así: «Al príncipe Tiberio le anunció una embajada de Olisiponenses, enviada por este motivo, que se había visto y oído en una cueva a Tritón que hacía resonar una concha, con la forma con la que se conoce.» También habla de esto Lucano [IX, 347-9]: «Llega sin heridas a la entorpecedora laguna de Tritón. A ésta, según es fama, el dios al que escucha a lo largo de todo el litoral el mar, cuando hace resonar las aguas con su concha llena de viento, etc.»

CAPÍTULO VIII

Sobre Doris, séptima hija de Océano y esposa de Nereo

Doris, según Paulo y Teodoncio, fue hija de Océano y de Tetis[235], y esposa de su hermano Nereo y madre de las ninfas, como dice Servio *ía Buc,* X, 5]. De ella se acuerda Virgilio en su poema bucólico [X, 4-5] al decir: «Así, cuando te deslices bajo las olas de Sicilia, la amarga Doris no mezcle contigo sus aguas.» Algunos quieren interpretarla como regalo, porque el agua, muy conveniente para los mortales, les ha sido ofrecida por Dios en calidad de regalo. Pero otros dicen que se entiende como amargura y que por ello está casada con el dios marino Nereo, que es el mar amargo, para que se ponga de manifiesto que así como la esposa está unida a perpetuidad a su marido, así la amargura está unida al agua del mar con un vínculo estable. Se la ha llamado hija del Océano porque, con la acción del Sol, del agua del Océano nace la amargura que después se mezcla con el mar Mediterráneo, en el que está el dios Nereo.

CAPÍTULO IX

Sobre el anciano Proteo, octavo hijo de Océano, que engendró a Melanio y a Idotea

Proteo, dios marino y, según dicen, insigne adivino, según la opinión de Teodoncio, fue hijo de Océano y de Tetis. Que fue adivino, después de Hornero en la *Odisea* [IV, 351-570] lo atestigua Virgilio en las *Geórgicas* [IV, 387-9] al decir: «En el torbellino cárpato de Neptuno está el azulado adivino Proteo, que recorre el extenso mar con los peces y con un carro tirado por caballos de dos patas.» Y poco después [392-5]: «Pues el adivino conoce todas las cosas que son, que han sido, las que apenas se retrasan para llegar; es más así le pareció a Neptuno, cuyos enormes rebaños y deformes focas apacienta bajo el torbellino, etc.» Dice Hornero que éste fue obligado violentamente por Menelao

*[5] Cf. *CFC,* XI, pp. 255-6.

que volvía de la destrucción de Troya y preguntaba qué le había ocurrido a sus compañeros perdidos, a darle un vaticinio. Así también Virgilio dice que fue obligado por Aristeo, que le preguntaba sobre la recuperación de sus abejas. Pero a Menelao lo adoctrinó Idotea, hija de Proteo, mientras Aristeo recibió de su madre Cirene las instrucciones de lo que tenía que hacer. Y así como Hornero dice que él antes de responder adoptaba, mientras era sujetado, diversas figuras para evadirse, así también Virgilio *[Geórgicas,* IV, 407-10]: «Pues se convertirá de pronto en un erizado jabalí y en un negro tigre y en una serpiente llena de escamas y en una leona de rubia cabeza, o proporcionará un agudo sonido a la llama y así se escapará de las cadenas o se irá convertido en ligeras aguas.»

Dice Teodoncio que en su origen éste fue de la isla o del monte Palene, que reinó en Egipto y que a él le fue confiada Helena, todavía virgen, raptada por Teseo y que hasta él, impulsado por una tempestad después de la destrucción de Troya, llegó Menelao con la propia Helena. Que era un varón anciano y prudente, muy docto con la experiencia de las cosas y por ello, con su propia observación, conocía el presente con mayor motivo y mantenía intacto el recuerdo del pasado, pero también alguna vez incluso por conjeturas del pasado, como a menudo hacen los sabios, predecía los acontecimientos futuros. Y de ahí se piensa que se dio lugar a la fábula de que Proteo fue adivino. Pienso que las formas que dicen que tenía por costumbre adoptar y rechazar son las pasiones con las que se angustian los hombres, que comportan la semejanza de aquella cosa a la que, con todo merecimiento, pueden parecerse. Es necesario que estas pasiones se aparten de aquel al que pedimos consejo, si quiere dar un buen consejo, para que el espíritu permanezca tranquilo ante las preguntas. Puede además desentrañarse de otra manera esta ficción, a saber puede entenderse Proteo como la adivinación hidromántica. Y entonces puede exponerse sin ningún inconveniente que es hijo de Océano y de Tetis, puesto que este tipo de adivinación se hace en el agua, según significa el propio nombre de hídromancia, de *hydros,* que es agua, y *mantia* adivinación, y toda agua procede de Océano y de Tetis. Puede decirse que adopta diversas formas porque el sacrilegio se realiza cerca de los ríos que con el murmullo de su curso imitan muchas figuras. O quizá en esta operación, para obtener lo que se busca, es necesario que se remuevan las aguas, en cuyo movimiento se oye el murmullo y se ven diversas figuras con las que se obtiene el vaticinio por los que están dormidos. Se ha mos-

trado arriba la causa de por qué lo llaman pastor de Neptuno o de Océano, cuando se ha hablado sobre Océano. Le atribuyen un carro para designar las vueltas de las aguas de aquel mar. Se ha dicho que es arrastrado por caballos de dos patas porque aquel mar es abundante en focas, que tienen patas, cabeza y casi todo el cuerpo desde el ombligo hacia arriba como los novillos, pero en la parte inferior son peces y así, puesto que sólo tienen dos pies, las llaman caballos de dos patas.

CAPÍTULO X

Sobre Melanio, bija de Proteo

Melanto, como afirma Teodoncio, fue hija del anciano Proteo. Dejadas sus vestiduras, tenía por costumbre pasear por los mares de su padre cabalgando sobre delfines. Como era hermosa, conquistó el favor de Neptuno quien, metamorfoseado en delfín, llegó hasta ella, la indujo a que se subiera sobre él y, habiéndosela llevado, la violó. Afirma Barlaam que la verdad de este asunto es que esta niña atrajo a su amistad a un delfín y alguna vez acostumbraba a subirse en su lomo y ser transportada por él a través del mar y finalmente, cuando se había subido para ser llevada hasta el mar más alejado, sin embargo por el motivo que sea, murió en el mar. Quizá te admirarás, serenísimo rey, de que una mujer sea llevada y vuelta a traer ilesa por un delfín; para que no lo consideres producto de la fábula, me agrada añadir esto sobre algunos. Leemos, según escribe Plinio [IX, 8, 26], hombre muy sesudo, que en la costa africana, en Hipona Diarrito[2M] había un delfín que tomaba el alimento de manos de los hombres, que se prestaba a ser tocado con las manos, jugaba con los nadadores y llevaba a los que subían a él, y que untado con ungüentos por Flaviano, procónsul de África, adormecido por la novedad del olor, flotó durante algún tiempo como muerto y despertado después, como si hubiera sufrido una injuria, se alejó durante algunos meses. Como por fin volvió y casi toda la provincia corría a contemplar este milagro, fue matado por los de Hipona, agobiados por los gastos de los amigos que venían. Y también en tiempo de

[236] Actual Bizerta.

Alejandro de Macedonia hubo en la costa de Asia un niño tan querido por un delfín que al alejarse aquél lo seguía hasta la playa y llevado hasta la arena murió. Del mismo modo, según escribe Jasón Hegesidemo[237], un niño llamado Hermia recorría los mares cabalgando sobre un delfín y, como una repentina tormenta lo hubiese matado con sus olas, muerto fue llevado hasta la playa por el delfín quien, confesando con toda claridad que él había sido la causa de la muerte del niño, no volvió al mar sino que murió en la playa. ¿Por qué voy a decir muchas cosas? No es cosa nueva ni poco frecuente que los delfines hayan tenido amistad con los hombres. Pero volviendo al lugar del que nos apartamos, hay quienes dicen que Melanto se interpreta como blancura, que nace de la continua fluctuación del mar y que se mueve encima de los delfines y de los otros peces, y que es violada por Neptuno, esto es por el mar, porque es devorada y vuelta otra vez. Sin embargo, yo no sé de dónde ha sido tomada tal cosa por ellos, puesto que sé que *melan* en griego significa negro en latín.

CAPÍTULO XI

Sobre Idotea, hija de Proteo

Idotea fue hija del anciano Proteo, como testimonia Hornero en la *Odisea* [IV, 365-6] al decir: «Idotea, la hija del poderoso Proteo, anciano del mar.» Y un poco después, cuando la presenta hablando a Menelao acerca de su padre y diciendo [385-7]: «El inmortal Proteo, el egipcio, que conoce las profundidades de todo el mar y que me engendró, etc.» Dice Hornero que ella salió al encuentro de Menelao en la isla de Faros, que está enfrente de la Alejandría egipcia, en la que estaba detenido contra su voluntad al ser los vientos desfavorables, y que en primer lugar le dio el consejo de que se acercara a Proteo y le enseñó qué debía hacer; que por último él se ocultó bajo las pieles de focas en el antro de Proteo con tres compañeros. Según sostienen algunos, Idotea se interpreta como la diosa bella, por la cual quieren que se entienda la tranquilidad del mar, pues siendo ella la tranquilidad se llevó a cabo que Menelao se acercara a Proteo.

[237] Citado por Plinio en IX, 8, 27.

CAPÍTULO XII

Sobre Corúfice, octava hija de Océano

Corúfice, según opina Cicerón *[Nat. díos.,* III, 23, 59] [m] fue hija de Océano, de la que él mismo asegura que es llamada Coria por los Arcadios, afirmando también que fue del agrado de Júpiter y que Júpiter tuvo de ella a Minerva, a saber la que fue la inventora de la cuadriga. Puede darse como respuesta a por qué se la llama hija de Océano lo mismo que alguna vez se ha dicho sobre otros, a saber que fue una mujer nacida cerca de las costas de Océano. O queremos, cosa que también es posible, que Océano fuera un hombre insigne, llamado así por alguna semejanza con Océano.

CAPÍTULO XIII

Sobre Nereo, décimo hijo de Océano. Este engendró a las Ninfas, que son muchas, pero, ya que no se hace mención más que de cuatro, añadiré solamente los nombres de éstas; engendró, pues, a Cimódoce, a Tetis la Menor, a Galatea y a Aretusa, y a otras

Sostuvieron los primeros teólogos de los paganos que Nereo, el dios marino, fue hijo de Océano y de Tetis la Mayor [M9]; unieron a él en matrimonio a su hermana Doris, de la que pretenden que tuvo el batallón de ninfas. Y es el agua, pues en griego vulgar el agua se dice *ñeros,* hijo de Océano y de Tetis porque toda el agua avanza desde aquél. La causa de que se le llame con otro nombre puede deberse a que es el 'regazo del mar y así no fue creado en la misma época en que fue hecho Océano. En efecto, cuenta Pomponio Mela [I, 5, 27] que fue obra de Hércules que antaño se separara el Abila, promontorio de Mauritana, del Calpe, monte de Hispania, ya que habían estado unidos con un desfiladero ininterrumpido y que entonces el Océano penetró en medio de las tierras y así el Océano, convertido en Mediterráneo, pudo buscar nuevos nombres. E introducido Nereo con su esposa Doris, esto es con la

[238] Cicerón dice: *Coryphe Oceani nata.*
[239] Cf. *CFC,* XI, pp. 255-6.

amargura de las aguas, engendró entre nosotros a muchas ninfas, es decir humedades, que quizá no existían antes.

CAPÍTULO XIV

Sobre las Ninfas en general

Ninfas es el nombre genérico de algunas humedades, cosa que digo porque las humedades, según la diversidad de las cosas a las que sirven, reciben distintos nombres, como aparecerá en lo que sigue. Estas, como se ha dicho, son llamadas hijas de Nereo y de Doris porque del mar deriva todo tipo de humedad. De éstas, unas son marinas y reciben el nombre de Nereidas por su padre Nereo. En la *Iitada* [XVIII, 34-49] Hornero nombra a treinta y tres, que dice se reunieron junto a Tetis, agitada por la muerte de su hijo Aquiles[240]. Estos son sus nombres: Glauce, Talla, Cimódoce, Nesea, Espío, Toe, Cimótoe, Actea, Limnoría, Mélite, Yera, Anfítoe, Agave, Doto, Proto, Ferusa, Dinámene, Dexa, Mene[241], Anfínome, Calianira, Doris, Pánope, Galatea, Nemertes, Apseudes, Calianasa, Clímene, Yanira, Yanasa, Mera, Oritía y Amatía. Dice que además había otras. Si alguien consiguiera los significados de los nombres creo que advertiría con facilidad que señalan las propiedades de las aguas del mar y los accidentes respecto a ellas. Y hay otras que se llaman de los ríos y que reciben el nombre de Náyades porque *nays* se interpreta como corriente o agitación y por ello se las llama Náyades, porque los ríos corren y están en continuo movimiento. De éstas, Virgilio en las *Geórgicas* [IV, 336-345] nombra a dieciocho, a saber Clímene, Drimo, Janto, Ligea, Filódoce, Nisea, Espío, Talía, Climódoce, Cidipe, Licorias, Clío, Béroe, Efira, Opis, Deyopea y Aretusa y Acao[242]. Yo pienso que éstas designan las distintas propiedades de los ríos. Y no es obstáculo que estén mezcladas con éstas o con otras algunas de las nombradas entre las

[240] La agitación de Tetis está motivada por los sollozos de Aquiles al conocer la muerte de Patroclo. Como sabemos la *Iitada* acaba con los funerales de Héctor, antes por tanto de la muerte de Aquiles.

[241] No son Dexa y Mene, sino una sola: Dexámene. En esta lista de 33 falta Halia, citada por Hornero entre Toe y Cimótoe.

[242] Cuatro de estas ninfas no aparecen en el fragmento de las *Geórgicas* sino en *Aen.*, V, 826, y son: Nisea, Espío, Talía y Cimódoce. En cuanto a Acao es una mala lectura de *Georg.*, IV, 347: *aque Chao...:* «Y desde el Caos...»

Nereidas, puesto que debemos creer que el mar y los ríos coinciden en algunas propiedades. Están también las que se llaman de las fuentes y se denominan Napeas, casi Napteas, esto es yescas de las aguas; pues *napta* en Persia es la yesca y, aunque no hay de las aguas, algunas veces se colocan palabras de sentido cambiado. Porque las fuentes son alimento continuo de los ríos. De éstas se enumeran nueve, a las que está dedicada la fuente Castalia; no añadiré sus nombres, puesto que se las llama Musas y de ellas se hace mención mucho más prolija en otro lugar. Hay otras que llaman de los bosques y éstas reciben el nombre de Dríades, porque *dryas* es árbol o encina. Claudiano en *Sobre las alabanzas de Estilicón* [III, 249-252] nombra a siete de ellas, a saber a éstas: Leontodame, Nebrófone, Tero, Britomartis, Licaste, Agapente y Opis. Yo no pondría en duda que ellas, interpretadas en general, describen las propiedades de los árboles. Hay también otras a las que llamaron de los árboles y les dieron el nombre de Hamadríades, como si amaran a los árboles en especial, no a los bosques en general. Otras lo son de los montes, a las que llamaron Orcades, casi Oróncades, pues *orón* en griego se dice monte en latín. Así también otras se llaman Himnides, según opina Teodoncio, de las que dijo que eran ninfas de los prados y de las flores. Dice Aristóteles[M3] que todas éstas mueren y desaparecen algunas veces, como hacen los Panes y los Faunos. Pero Plinio en el libro de la *Historia Natural* [IX, 4, 9] no está de acuerdo con que las Nereidas son simplemente las aguas o las propiedades de las aguas, sino que afirma que tienen verdadero cuerpo y que son seres animados, diciendo: «Y no es falsa la opinión de las Nereidas, de cuerpo erizado de escamas, en el que incluso tienen la efigie humana. Pues ésta fue vista en ese mismo litoral, a saber el de los Olisipolentes, cuyo triste canto, al morir, oyeron desde lejos los habitantes; y el legado de la Galia escribió al divino Augusto que en el litoral aparecieron muchas Nereidas muertas.» Estas cosas, Plinio. Para corroborar más fuertemente esta opinión añade el propio Plinio [IX, 4, 10]: «Tengo testigos importantes en el orden ecuestre de que ha sido visto por ellos en el océano de Cádiz un hombre marino en todo su cuerpo absolutamente igual al humano; que subía a las embarcaciones durante las horas de la noche y que al punto estuvieron sobrecargadas aquellas partes en las que estuvo y se hubieran hundido si llega a permanecer más tiempo. Siendo Tiberio príncipe, frente a la costa de las islas de la provincia de Lyon el Océano, que avanza

[243] Citado por Serv., *Aen,* X, 551.

y retrocede, abandonó a más de trescientos animales de admirable variedad y magnitud y no menos en el litoral de los Santones y, entre otros, elefantes marinos y corderos marinos con cuernos sólo indicados por una marca blanca y muchas Nereidas.» Estas cosas, Plinio. Aunque esto pueda creerse en un hombre brillante y erudito, no ocurre así con los delirios propios de las mujeres y los campesinos ignorantes que afirman sin rubor del rostro que ellos han visto a hermosísimas mujeres, a las que llaman Lamias, salir de las fuentes. Hay además, para que no estemos excesivamente atados por el significado de la palabra, otras ninfas, como muy a menudo han dicho los poetas, por ejemplo Circe, Calisto, Clímene y otras muchas de este tipo que fueron verdaderas mujeres, por las que no debe entenderse ninguna de las ficciones anteriores, sino que por ellas o por las de esta clase deben tomarse o entenderse que son doncellas vírgenes y nobles que habitan las sombras de los tálamos y que se han llamado ninfas a causa de su constitución flemática con la que tienen vigor, como si estuvieran húmedas, son suaves, delicadas y tiernas y en ellas, como en las cosas acuosas, puede fácilmente dejarse una marca. Pero las mujeres campesinas, la mayoría de las veces exhaustas por los trabajos y húmedas por el calor del sol, son ásperas y de cutis duro y por ello perdieron con toda razón el nombre de Ninfas. Y con esto se ha hablado de las ninfas en general.

CAPÍTULO XV

Sobre Cimódoce, hija de Nereo

La ninfa Cimódoce es una de las hijas de Nereo, la cual, dice Servio *[a En.,* I, 144] [244], se interpreta como curso de las olas.

[244] Servio habla de Cimótoe y no de Cimódoce.

CAPÍTULO XVI

Sobre Tetis la menor, hija de Nereo y madre de Aquiles

Tetis la menor fue una de las Ninfas, de la que dice Ovidio [XI, 221-3] que cuando consultó a Proteo sobre su descendencia, obtuvo así la respuesta: «Dijo Proteo: 'Diosa del mar, concibe. Serás madre de un joven que con sus poderosas armas superará las hazañas de su padre y será llamado más importante que él'.» Por último, ya que era muy hermosa, fue amada por Júpiter, quien, temeroso sin embargo por el vaticinio de que quizá ella concibiera de él un hijo que lo expulsara del reino, se retractó. Ella se casó con Peleo, hijo del rey Eaco, y de él concibió y dio a luz a Aquiles, que entregó al centauro Quirón para que lo educara, y para él, que estaba en la guerra de Troya, consiguió de Vulcano nuevas armas, puesto que había perdido las suyas en la muerte de Patroclo, su amigo. La causa de esta fábula y sobre todo de la respuesta de Proteo la dio la evidente fortaleza de Aquiles, puesto que se inventó el vaticinio después del hecho. Dice Leoncio que fue ésta hija de Quirón[245] y habitante de la isla de Tetis y que no fue considerada hija del mar tanto por vivir en esta isla y llamada Tetis cuanto por las costumbres de su hijo porque fue furioso e impío como el mar y por ello fue llamado hijo de Tetis, esto es de la furiosa, y a partir de aquí le tocó en suerte el nombre después de la cólera de su hijo, ya que antes tenía otro.

CAPÍTULO XVII

Sobre Galatea, hija de Nereo

Galatea, una de las Ninfas, fue hija de Nereo, como muestra en pocas palabras Ovidio [XIII, 742-3] en boca de ella misma, que dice: «Pero para mí, que tengo por padre a Nereo, a la que dio a luz la azulada Doris, etc.» De ella existe la siguiente fábula[246]: Acis, bellísimo adolescente de Sicilia, fue amado por Galatea mien-

[245] Cf. *CFC,* XI, pp. 256-7.
[246] Cf. Ov., *Met.,* XIII, 750-897, de donde lo ha tomado Boccaccio.

tras que a ella la amaba profundamente el cíclope Polifemo. Este, puesto que no era amado y vio un día a Acis abrazado a Galatea, enfurecido lo estrelló contra una roca y lo mató, a quien Galatea transformó en el río siciliano de su nombre. La alegoría de esta fábula puede ser la siguiente: Galatea es la diosa de la blancura, por la que entiendo la blancura de las olas que se rompen; y ama a Acis, esto es acoge al río, porque todos los ríos se vuelven al mar. Pero Teodoncio dice que bajo esta ficción se oculta la historia, afirmando que Polifemo fue un cruel tirano de Sicilia y, puesto que amaba a Galatea, joven de belleza singular, y la había violado, sucedió que se dio cuenta de que ella se unía a Acis, adolescente sículo, causa por la que, indignado, ordenó que el joven fuese asesinado y arrojado al río, cuyo nombre fue dado después al río por los habitantes. Contra Galatea no hizo nada, al no permitirlo su amor.

CAPÍTULO XVIII

Sobre Aretusa, hija de Nereo

He descubierto que hubo dos Aretusas, una de las cuales fue hija de Nereo y de Doris. De ella se cuenta la siguiente fábula. Dicen que fue ésta una ninfa de la Elide y compañera de Diana, a la que, dado que cuando se bañaba en las aguas del Alfeo cansada y libre de vestiduras la había visto el Alfeo, río de la Elide, inmediatamente cautivado por el deseo de ella quiso poseerla, pero ella, aterrorizada, emprendió la huida y, como el río la persiguiera y no le pareciera que podía evadirse, suplicó a Diana, su soberana, que le prestara ayuda; ésta la ocultó con una nube y, cuando el río la rodeó, Aretusa, sudando por el temor, se convirtió en fuente; al intentar el Alfeo mezclar sus aguas con las de ella, ésta fue absorbida por la tierra y llevada hasta la isla de Ortigia y de allí a Sicilia, hasta donde dicen que la siguió el Alfeo. En esta fábula se describe una maravilla evidente. Pues es cierto que el Alfeo es un río de la Elide y que tiene salida en Siracusa de Sicilia. Lo que parece probar el filósofo Séneca en *Sobre las Cuestiones Naturales* [III, 26, 5] al decir así: «Algunas fuentes en una determinada época arrojan inmundicias, como Aretusa en Sicilia, cada quinto verano durante las Olimpíadas. De ahí la opinión de que el Alfeo

penetra hasta allí desde Acaya y que lleva su curso bajo el mar y que no emerge antes de estar en el litoral siracusano y por ello en los días en los que se celebran las Olimpíadas el excremento de las víctimas, arrojado al río y dejado llevar por su corriente, se desborda allí.» Estas cosas, Séneca. Así pues, por este acontecimiento fue imaginado un lugar para la fábula. Sin embargo, Ovidio en su poema [V, 577-8] hace que parezca un milagro mayor cuando dice Aretusa en éste mismo: «Yo fui una parte de las Ninfas, que viven en Acáide[247], dijo, etc.» Pero, aunque dice que ésta fue absorbida por la tierra, no dice que llegó a Sicilia sino que se lanzó a la isla de Ortigia; no se sabe de qué modo llegó después a Sicilia, pero como quiera que fuera o viniera, parece que ésta es la que se confiesa amada por el Alfeo en la Elide y que así llegó a través de canales subterráneos hasta Sicilia, como parece atestiguar también Virgilio *[Buc,* X, 4-5] al decirle: «Así no mezcle contigo su agua la amarga Doris cuando te deslizas bajo las aguas de Sicilia.» Y así como fuente y después como río llegó desde la Elide a Sicilia y a causa de la persecución del río el amor del río es recibido en la fuente. Pero hay otra fuente Aretusa en la isla de Itaca, de la que dice así Hornero *[Odis.,* XIII, 408]: «Junto a la piedra del cuervo[248] en la fuente Aretusa.» Leoncio cuenta de esta Aretusa que hubo un cazador en Itaca, cuyo nombre era Córax, que empujado por la locura se lanzó desde una piedra al mar y que por ello aquella piedra fue llamada Córax por él. Su madre, Aretusa de nombre, al ver esto, golpeada por el dolor, se mató arrojándose a una cercana fuente de piedra y así dio a la fuente su nombre y de este modo dos fuentes se llaman Aretusa. Y Solino en *Sobre las maravillas del mundo* [VII, 22] añade una tercera, afirmando que en Tebas hay una fuente que tiene el nombre de Aretusa, pero no dice en qué Tebas.

[247] Sobre Acáide, región de Arcadia, ver Ruiz de Elvira, Ov., *Met.,* vol. I, p. 185, nota 1.
[248] En griego cuervo es *korax.*

CAPÍTULO XIX

Sobre el río Aqueloo, undécimo hijo de Océano, que engendró a las Sirenas

El río Aqueloo, según dice Paulo, fue hijo del Océano y de la Tierra; sin embargo, Servio *[Brev. expos. a Georg.,* I, 9][249] dice que su madre fue Tetis; Teodoncio lo llama hijo del Sol y de la Tierra[250]. Hornero por su parte en la *Ilíada* [XXI, 195-7] llama no sólo al Aqueloo sino a todos los ríos hijos de Océano, diciendo así: «Ni la gran fuerza del Océano de profunda corriente, del que nacen todos los ríos, mares, fuentes y pozos, etc.» Puede comprenderse que la Tierra es la madre de los ríos a través de los versos de Virgilio en las *Geórgicas* [IV, 363-72]: «Y ya iba contemplando con admiración la casa de su madre y los húmedos reinos, los lagos encerrados en cavernas y los bosques resonantes y asombrado por el gran movimiento de las aguas veía todos los ríos que se deslizan bajo la extensa tierra por lugares separados, el Fasis y el Lico, y el manantial de donde se precipita primero el profundo Enipeo, de donde el padre Tiberino y de donde su afluente el Anio y el Hípanis, que corre con ruido entre las rocas, y el Caico de Misia y el Erídano que en su rostro de toro dos cuernos de oro, etc.» Así pues, dado que los ríos están detenidos en el vientre de la tierra antes de su nacimiento y que fluyen de su vientre, está bien dicho que la Tierra es la madre de los ríos. Con todo, lo que decía Teodoncio no está falto de razón. Pues los físicos sostienen que con el movimiento del Sol algunas aguas son llevadas a las cavernas de la tierra por la humedad de los vapores que siguen al calor del sol, los cuales, al evaporarse en las frías entrañas de la tierra, se convierten en agua que, al llegar a la superficie a través de ocultos canales, surge como una fuente y alguna vez forma un río. Lo que se ha dicho sobre el origen de éste es preciso que se entienda también acerca de los demás, para que no sea necesario repetirlo cada vez que se hable de algún río. Este río, según dice Ovidio [IX, 1-88] era antaño famoso por sus dos cuernos; por último, a causa de su

[249] Aunque Boccaccio atribuye a Servio los datos que están en la *Brevis expositio in Georg.,* sin embargo, es de autor anónimo según la edición de Thilo, G.-Hagen, H.

[250] Cf. *CFC,* XI, pp. 257-8. Estos datos son recogidos por Stoll en «Acheloos» en el *Lexikon...,* de Roscher, quien los atribuye a Natalis Comes, VII, 2, sin reparar en que esto proviene de Boccaccio. Cf. *CFC,* XI, p. 297.

deseo hacia Deyanira, hija de Éneo el rey de Calidón y prometida en matrimonio a Hércules, llegó con él a una pelea y, después de haberse transformado en diversas figuras, por fin vencido fue privado de la esperanza de matrimonio y de un cuerno. Además, Lactancio *[a Teb.,* I, 453] y Servio *[a Georg.,* I, 9] dicen que fue éste el primero en mezclar el vino en las copas. Cosa que también atestigua Virgilio *[Georg.,* I, 9]: «Y mezcló las copas del Aqueloo con las inventadas uvas.» Y sostuvieron que es el padre de las Sirenas. Los que investigan qué debe entenderse por esto deben saber que el río Aqueloo fluye desde el monte Pindó, como escribe Plinio [IV, 1, 5] y según afirma Vibio Secuester en *Sobre los ríos* fue el primero que salió a tierra y, como dice el propio Plinio, separa Acarnania de Etolia y, siguiendo su curso a través de las fronteras de los Perrebios, desemboca en el golfo Malíaco, teniendo enfrente de su desembocadura a las islas Tínidas[251], algunas de las cuales une al continente con su constante acarreo de tierras. La lucha de éste y de Hércules, puesto que se retiró para gloria de Hércules, la explicaremos, como debe ser, cuando escribamos más adelante los trabajos de éste. Pienso que sobre el hecho de que mezclara el vino en las copas los antiguos no entendieron otra cosa a no ser que en su territorio se plantaron por primera vez en Grecia las viñas, de las que antes no se hacía uso, y así el primer vino que se bebió fue de este lugar. De las Sirenas se hablará a continuación.

CAPÍTULO XX

Sobre las Sirenas, hijas de Aqueloo

Servio *[a En.,* V, 864] y Fulgencio *[Mit.,* II, 8] afirman que las Sirenas fueron tres e hijas del Aqueloo y de la musa Calíope[252], y dicen que una canta con su voz, otra con la cítara y la tercera con la flauta. Pero Leoncio dice que fueron cuatro, llamadas así: Agláope, Telsiepia, Pisínoe y Ligia, y que son hijas del Aqueloo y de la musa Terpsícore, añadiendo una cuarta que canta con el tímpano. Dice Ovidio [V, 551-63] que fueron compañeras de Prosérpina

[251] Plinio no habla de las islas Tínidas, sino de la isla Artemita y es en IV, 2, 6, donde habla de los *Perrhaebi* como uno de los pueblos de Etolia.

[252] Sin embargo Serv., *Georg.,* I, 9, ofrece esta filiación de las Sirenas, como variante de las más generalizada, a saber que son hijas de la musa Melpómene.

y que, al haber sido raptada, la buscaron durante mucho tiempo y al no encontrarla se convirtieron en monstruos marinos que tenían la cara de doncellas y su cuerpo hasta el ombligo era de mujer y de allí hacia abajo eran peces[253], que Alberico [III, 11, 9] dice estaban erguidas y les añade pies de gallina y que conservando el arte de la modulación de la voz, de la que hacían uso antes de su metamorfosis, entonan una melodía muy dulce. Además dice Servio que primero se retiraron al Peloro, promontorio de Sicilia, después a la isla de Capri. Pero Plinio [III, 5, 62] que a Ñapóles de los Calcidenses y que ésta fue llamada Parténope por la tumba de una sirena. Y así ya tenemos cinco sirenas. Después, un poco más adelante, dice el propio Plinio: «Nuceria, Sorrento con el promotorio de Minerva, antaño de las Sirenas, etc.» Y Aristóteles en *Sobre las cosas admirables de oír* [103]: «En los confines de Italia, donde el Peloro cortado por el Apenino ofrece un camino desde el Mar Tirreno al Adriático están las islas de las Sirenas y allí hay un templo consagrado a ellas, en el que son muy honradas con indignos sacrificios. Puesto que éstas son tres, no es absurdo recordar sus nombres. Así pues, una de ellas se llama Parténope, la segunda Leucosia y la tercera recibe el nombre de Ligia.» Estas cosas aquél. Dicen además que éstas con la dulzura de su canto arrastran a los navegantes al sueño, dormidos los sumergen y por último, una vez sumergidos, los devoran, causa por la que los antiguos las pintaban en los prados entre los huesos de los muertos. Algunos dicen que murieron de dolor porque no pudieron atraerse a Ulises, que pasaba de largo, según describe Hornero en la *Odisea* [XII, 184-200]. Recuerdo haber leído estas cosas sobre ellas, en las que hay que advertir qué pensaron los antiguos. Antes que los otros, Paléfato[25A] escribe en el libro *De las cosas increíbles* que fueron meretrices que tenían la costumbre de engañar a los navegantes. Y Leoncio dice que se sabe por un rumor muy antiguo que en Etolia existieron por primera vez en Grecia los oficios de meretriz, y tan elocuentemente prosperaron con el lenocinio que convirtieron en su presa a casi toda Acaya; y por esta razón se pensó que se había concedido un lugar para la fábula del origen de las Sirenas. Y así

[253] Ovidio dice que las Sirenas tenían rostro de doncella y plumas. Es posible que a partir de estos versos de Ovidio en los que las Sirenas, que en la antigüedad eran representadas como seres híbridos de doncella y ave, se arrojan al mar lamentando el rapto de Prosérpina, surja el hecho de representarlas como híbridos de pez y doncella —forma ésta que en la antigüedad está reservada a los Tritones, varones, y a una hembra, Dérceto—, forma que no está atestiguada más que a partir del siglo vi con el *Líber monstrorum.*

[254] Citado por Eusebio, 62, 24-26.

el río de Etolia fue llamado su padre, porque en sus dominios iniciaron por primera vez sus criminales servicios; y para que entendamos a través del río que se desliza, su padre, la lascivia y efusiva concupiscencia de las meretrices. Se les atribuye a Calíope, esto es la buena sonoridad, como madre a causa de la lisonjera facilidad de palabra de casi todas. Por último la primera se llama Parténope de *parthenos,* que es doncella. En efecto, las meretrices cultas que quieren seducir a los extranjeros suelen imitar las costumbres de las doncellas o de las púdicas matronas, a saber dirigir los ojos a la tierra, emplear pocas palabras, ruborizarse, escapar del contacto, jugar incluso con desvergonzados gestos y cosas de este tipo para que los ignorantes piensen que el extranjero es huésped de la honestidad y deseen lo desconocido, que conocido debía haber sido evitado. La segunda se llama Leucosia, de *lencos,* que es blanco, a partir del cual pienso que debe entenderse la hermosura del rostro, el decoro del cuerpo y la elegante apariencia de los vestidos y adornos, acicaladas con los cuales *avanzan* seductoras; pues si les faltaran éstas cuando sus cualidades intrínsecas son juzgadas por los ignorantes mediante las externas, no llegarían fácilmente a su intento ya que según su naturaleza pobres y torpes son tenidas en poco. La tercera se llama Ligia de *iligi,* que es círculo u órbita, a partir de lo cual debe entenderse la cautividad del inculto que hasta tal punto tiene atados a los seducidos que, aunque sepan que son muy infames aquellas a las que aman, no pueden, por más que lo deseen, desatar las cadenas. Por sus cantos con la voz, la lira y la flauta no debe considerarse otra cosa que no sean las palabras dulces, las lisonjas, caricias, risas lascivas y petulancias, encarceladas con las cuales los marineros, esto es los extranjeros, son arrastrados al sueño por las de tal clase, esto es al olvido de sí, engañándose a sí mismos con una esperanza estúpida hasta que, codiciando éstas mercancías de todo tipo, les entregan sus bienes y sus naves; y así sumergidos, no en el mar sino en el estercolero de la pasión obscena, son devorados por estos monstruos marinos totalmente infernales, quienes, desnudados y rechazados aquellos en los prados, esto es en las delicias, se sientan entre los huesos de los desgraciados, es decir en las memorias despojadas de los desnudos, o los oprimen con una servidumbre infame. Por otra parte, dijeron que eran peces desde el ombligo hacia abajo para que conozcamos que para su belleza se ha dado hasta ahí a las mujeres un cuerpo de doncella, esto es hermoso y honesto, para que parezca humano; en el ombligo creen que está toda la concupiscencia libidinosa de las mujeres, al cual únicamente sirve lo que queda de cuerpo en la parte de abajo, por

lo cual no están absurdamente asimiladas a los peces, que son animales escurridizos y que corren con facilidad por las aguas de un lado a otro, así también vemos que las meretrices corren a la unión sexual de varios, lo que también se designa mediante las alas. Pretendieron que tenían patas de gallina porque con prodigalidad y sin consideración desparraman las riquezas de los que confían en ellas. Considero que se ha creado la ficción de que fueron compañeras de Prosérpina porque por Prosérpina debe ser entendida la siciliana abundancia de cosas, consecuencia de lo cual es la mayoría de las veces la comezón ardiente de la pasión y se presta atención al placer de los alimentos y de los ocios. Cuando ésta se arrebata, como ocurre, conservando el apetito sexual por la costumbre, cuando se busca y no se encuentra y a causa de la penuria se agudiza el apetito, se tiene como resultado que se vaya a buscar hasta el lupanar. Dice además que ellas viven en las islas y en los lugares costeros, cosa que se dice porque es así; pues las mujeres de este tipo no pueden hacer presas donde se las conoce, y por ello viven de propio intento en los lugares a los que llegan con frecuencia los forasteros, para poder cazarlos al ser desconocidas. En efecto, sobre estas Sirenas dice Isaías lleno de Dios: «Las Sirenas y los demonios danzarán en Babilonia»[255], lo que tal vez vemos que ocurre en nuestra época en la nueva Babilonia[256]. Se las llama Sirenas también de *seiron,* que es arrastre; pues arrastran, como se ha demostrado.

CAPÍTULO XXI

Sobre el río Inaco, duodécimo hijo de Océano, que engendró a Io, a Foroneo y a Fegeo

El Inaco es un caudaloso río de Acaya que baña, como dice Pomponio [II, 3, 51] los campos de la Argólide. Es llamado, como los demás, hijo de Océano y de la Tierra. Pretenden los antiguos que por él se comprenda a Inaco, rey de Sición, del que ha recibido el nombre. Este, como dice Eusebio [27, 14], reinó, mientras

[255] Cf. Isaías, 13, 21. A partir de la versión de los 70 y la Vulgata aparecen las sirenas, pero en la versión hebrea son avestruces, pues las sirenas están ausentes de toda la imaginería hebrea.

[256] La nueva Babilonia era para Petrarca Aviñon y así también para Boccaccio.

Balameo[257] o Jerjes reinaba en Asiría, en torno al año 3.347 del mundo, época en la que nació Jacob.

CAPÍTULO XXII

Sobre Io, hija de Inaco y madre de Epafo

Io, como dice Ovidio [I, 583 ss.], fue hija de Inaco, de la que cuenta la siguiente fábula: Que, puesto que era una doncella muy hermosa, fue amada por Júpiter quien detuvo con tinieblas esparcidas y sedujo a ésta que volvía de las aguas de su padre y que ya huía y suplicaba; y Juno, cuando hubo visto las tinieblas desde lo alto, llena de sospechas bajó a las tierras y disipó las tinieblas. Al ver esto Júpiter, para que no quedara al descubierto su falta, transformó a la joven en vaca y de mala gana la entregó como regalo a Juno que la alababa y la pedía, la cual la entregó inmediatamente para su custodia a Argos el hijo de Aréstor, que tenía cien ojos que dormían de dos en dos alternativamente. Compadecido de ella, Júpiter envió a Mercurio para que la liberara de la custodia. Este, tomando la figura de un pastor, se fue junto a Argos. Cuando le explicaba la zampona, lo tocó con el caduceo, sumió en un sueño muy profundo a todos sus ojos a la vez y después mató con la espada al que dormía. Al ver esto Juno, cogiendo los ojos de Argos, los puso en la cola del pavo real, su ave, y envió a la vaca un tábano, atormentada por el cual emprendió una carrera y, recorriendo muchos lugares, no se detuvo hasta llegar a Egipto, donde descansó y a ruegos de Júpiter le fue restituida su primitiva figura; y, según sostiene la mayor parte, dio a luz para Júpiter a Epafo, se casó con Apis, sobrino suyo, y fue llamada Isis en lugar de Io por los Egipcios. Pienso que el significado de esta fábula es doble, a saber el natural y el historiográfico; de éstos, pienso que el natural es de tal clase que aquí, de acuerdo con la opinión de Macrobio *[Sat.,* I, 23, 1], debe tomarse Júpiter como Sol; Sol que ama a la hija del río Inaco, esto es a la humedad vital del semen humano, de manera que actúa sobre ella y se produce lo que dice Aristóteles: «El

[257] Balameo puede ser una mala lectura de *Balaeus,* que es la lectura aceptada por Helm en su edición de Eusebio y, por tanto, sería Baleo el otro nombre de Jerjes. Cf. Eus. 27, 10-11.

hombre engendra al hombre y el Sol»; ciertamente a esta humedad, hija de Inaco según la ficción, la rodea con tinieblas en el momento que el útero de su madre, con su acción, aumenta y conserva el feto concebido; tinieblas a las que, en efecto, Juno, esto es la luna, a la que concierne ampliar las aberturas de los cuerpos, disuelve en el momento en que invocada según la antigua costumbre, puesto que es considerada la diosa de las parturientas, lleva ya maduro a la luz al que ya el sol había transformado en vaca, esto es lo había hecho ser animado a partir de la humedad condensada del semen humano. Y se dice que el hombre es metamorfoseado en vaca porque, así como la vaca es un animal laborioso y provechoso, así también el hombre; el cual en verdad, de la misma manera que el ave para volar, así él nace para el trabajo; que su trabajo es provechoso lo sabe el propio Dios. Finalmente éste ya nacido es enviado para ser guardado por Argos, esto es por la razón que, en efecto, tiene siempre muchos ojos y que vigilan para nuestra salvación. Pero Mercurio, esto es la astucia de la carne blanda, con el caduceo, esto con las peores persuasiones, lleva la razón al sueño y la mata y, vencida y arrojada ésta, Juno, es decir la concupiscencia de los más importantes reinos y de las riquezas, a la vaca, esto es al apetito humano, le envía un tábano, es decir el estímulo para suscitar la preocupación; por este motivo los desgraciados echamos a correr, vagamos, damos vueltas indecisos buscando el descanso en aquellas cosas en las que no hay de ningún modo reposo sino que existe una continua fatiga de tal tipo que nos lleva angustiados hasta el más alejado Egipto, esto es a las tinieblas exteriores, donde está el llanto y el crujir de dientes; y, si no se nos ofrece ayuda por don divino, nos convertimos en lo que se convirtió Isis, es decir en tierra, pues así se interpreta Isis, y somos pisoteados por todos como una cosa vil y rechazada. Y esto en cuanto se refiere al significado natural y místico. Para el histórico parece ser suficiente lo que se ha dicho antes sobre Isis, la hija de Prometeo, si pretendemos que sea ésta más que aquella la Isis Egipcia. Teodoncio y Leoncio niegan muy abiertamente que esta lo hubiese hecho la travesía a Egipto o que tuviese alguna vez el nombre de Isis, sino que uno de ellos dice que ella reinó en Jonia y que los llamó con su nombre. Y aunque a ellos se opone la autoridad de Ovidio, les reporta mucha credibilidad, en cambio, el desacuerdo de las épocas. Porque, según el testimonio de Eusebio en el libro de los *Tiempos* [27, 10-17], Inaco reinó en Argos alrededor del año 3.347 del mundo y dice el propio Eusebio que reinó durante cincuenta años, tiempo bajo el que es necesario que haya nacido Io. En esta época

pudo vivir Júpiter, el hijo de Éter, del cual y de Níobe, hija de Foroneo, nació Apis, no Epafo; los restantes Júpiter vivieron mucho después de éste, el segundo de los cuales fue contemporáneo de Isis, la hija de Prometeo, pues durante el reinado de Forbante en Argos estuvo en la flor de la edad la propia Isis hija de Prometeo y se sabe que en esta época vivió Argos, el que todo lo veía. Después el mismo Eusebio y en el mismo libro [42, 15-16] dice que lo la hija de Inaco vivió en el año 3.647 del mundo, cuando Cécrope reinaba en Atenas, que a ella se unió Júpiter y que en el año cuadragésimo octavo del reinado de Cécrope hizo la travesía a Egipto. A continuación también Eusebio y en el mismo libro dice que Dánao vivió en el año 3.729 del mundo y que su hija Hipermestra era esa misma Isis o Io. Por último en este mismo volumen afirma que en el año 3.773 del mundo, reinando Linceo en Argos y Pandíon en Atenas, vivió Hipermestra, a la que después llamaron Isis[258]. Ciertamente este tiempo coincide bastante con el Júpiter Cretense, que fue el Tercer Júpiter. Casi estupefacto por estas opiniones tan distintas de los historiógrafos, no sé qué puedo tener sobre esta Isis. Sin embargo, sé esto, que la adecuación del tiempo de Isis hija de Prometeo con Io y la historia, que aunque no sea verdadera es al menos verosímil, me arrastra más hacia ella que a ninguna de las otras. Sin embargo, para volver a algunas cosas dichas por otros en torno a la alegoría de esta Io, dejadas de lado las restantes, dicen que se creó la ficción de que fue metamorfoseada en vaca porque hizo la travesía a Egipto en una nave que tenía por insignia una vaca. Después ella durante mucho tiempo, según dice Fulgencio *[Mit.,* I, 20], fue tenida en suma veneración por los Egipcios y allí entregó las letras a los Egipcios, quienes primero hacían uso de signos en lugar de letras y les enseñó el cultivo de la tierra y, según opina Marciano [II, 158], el uso del lino y allí mismo fue la primera en descubrir la siembra y hacer que se sembrara y les mostró también muchas cosas convenientes para ellos. Aunque Agustín en el libro *Sobre la ciudad de Dios* [XVIII, 3] dice que algunos escriben que ella vino como reina desde Etiopía a Egipto, que después se casó con su sobrino Apis, quien después de ella, y algunos dicen que antes que ella, hizo también la travesía hasta Egipto. Pero Eusebio [43, 12-16] dice que se casó con un tal Telégono y sostienen que de cualquiera que fuese, de Júpiter, de Apis o de Telégono, dio a luz a su hijo Epafo. Además ella, a con-

[258] En Eusebio, 47, 22, aparece Hipermestra, hija de Dánao, reinando cuando reinaba Pandíon en Atenas. Y en 48, 22-23, dice: *Demetra, quam aiunt esse Isidem,* pero no habla de Hipermestra.

secuencia de las comodidades otorgadas con sus doctrinas, fue considerada una diosa por todos los Egipcios y honrada mientras vivió con todo tipo de culto divino y después de su muerte, como dice Agustín donde antes, les fue hasta tal punto requerida que se hacía reo de pena capital cualquiera que dijera que ella había sido humana.

CAPÍTULO XXIII

Sobre Foroneo, hijo de Inaco, que engendró a Egialeo y a Níobe

Foroneo, como escribe Eusebio en el libro de los *Tiempos* [29, 19-20], fue hijo de Inaco y ocupó el segundo el reinado de Argos, cuando Beloco reinaba en Asiría y Leucipo en Sición. Fue, en efecto, un hombre destacado por su laboriosidad y famoso por su sabiduría, en cuyo tiempo Argos se convirtió por primera vez en la más ilustre en leyes y juicios. Pues los entendidos en derecho civil dicen que por él recibe su nombre ese lugar, al que llamamos foro, a saber en el que se dan las leyes a los que las piden. Dice además Eusebio [32, 9-13] que fueron hijos de éste Egialeo y Níobe. Afirma también Lactancio *[a Teb.,* I, 252] que hizo por primera vez sacrificios en honor de Juno.

CAPÍTULO **XXIV**

Sobre Egialeo, hijo de Foroneo

Egialeo, como testimonia Eusebio [32, 9-13], fue hijo de Foroneo. A éste Apis, al que algunos llaman hijo de Foroneo, cosa que también parece sostener Eusebio, aunque dice que él fue hijo de Níobe, la hija de Foroneo y de Júpiter, el primero tenido de mujer mortal, después de haber reinado en Argos, le dejó el reino de Acaya para dirigirse a Egipto, pero no dice sobre qué región gobernó. Para que se vea que Eusebio ha escrito la verdad, contradiciéndose a sí mismo sobre Apis, al que llama hijo de Júpiter y de Foroneo, es posible que hubiera dos con el mismo nombre, uno de los cuales fue hijo de Júpiter, el otro de Foroneo, y así la identidad

del nombre dificultó la verdad de la historia. El hecho de que fueron dos está puesto de manifiesto en Eusebio, uno de los cuales, según él mismo dice [22, 4], fue rey de Sición en torno al año 3.229 del mundo. Y el otro fue deificado en Egipto en el año 3.367 y dice el propio Eusebio [32, 7-13] que éste fue rey de Argos en el año 3.457 del mundo y que, tras haber hecho a su hermano Egialeo rey de Acaya, hizo una navegación a Egipto. Además escribe el mismo Eusebio [30, 8-11] que en el año 3413 Júpiter se unió a Níobe, hija de Foroneo, y de esa unión nació Apis al que después los Egipcios llamaron Serapis. Que Dios vea la verdad de este asunto; yo, en verdad, no entiendo estas dificultades y mucho menos puedo explicarlas.

CAPÍTULO XXV

Sobre Níobe, hija de Foroneo, que dio a luz a Apis

Níobe, según opina Eusebio [29, 22-24], fue hija de Foroneo, aunque Gervasio Teliberiense en el libro de los *Ocios imperiales* afirma que ella fue la madre de Foroneo, no la hija, porque cierta-, mente no es imposible que tuvieran el mismo nombre la abuela y la nieta. Dice Eusebio [30, 8-11], y después de él Lactancio [*a Teb.,* IV, 589] que con ella se unió Júpiter, puesto que antes no se había unido a ninguna mortal, y que de ella tuvo a Apis, que reinó en Argos después de Foroneo y poco después fue llamado Serapis por los Egipcios.

CAPÍTULO XXVI

Sobre Fegeo, hijo del río Inaco

Fegeo, si damos crédito a Agustín [*Ciud. Dios,* XVIII, 3], fue hijo de Inaco. Puesto que murió siendo todavía muy joven, se construyó junto a su sepulcro un templo y se dispusieron sacrificios, de manera que también se le honraba como un dios. En efecto, había sido el primero en disponer pequeños santuarios para los dioses,

había consagrado ceremonias a las divinidades y había enseñado a los hombres rústicos de su reino a dividir el tiempo en meses y años. Con estos méritos fue considerado dios por los suyos.

CAPÍTULO XXVII

Sobre el río Peneo, decimotercer hijo de Océano, que engendró a drene y a Dafne

Peneo es un río de Tesalia, al igual que todos los demás hijo de Océano, famoso sin duda por los versos de los poetas y las palabras de los hitoriógrafos. Tuvo dos hijas: Cirene y Dafne.

CAPÍTULO XXVIII

Sobre Cirene, hija de Peneo, que dio a luz a Aristeo y a sus hermanos

Cirene, según atestigua Virgilio *[Georg.,* IV, 354-5], fue hija del río Peneo, pues dice: «Hermana Cirene, el mismo Aristeo, tu mayor preocupación, entristecido junto al agua de tu padre Peneo, etcétera.» Dice Justino *[Epít. Pomp. Trogo,* XIII, 7, 7] que fue raptada por Apolo y le dio a Aristeo y a sus hermanos. La fábula y la historia de ésta que, según la verdad de la cuestión, fue hija del rey Hipseo que reinaba en las orillas del Peneo, se tiene en su totalidad en lo anterior, donde se ha hablado sobre Aristeo.

CAPÍTULO XXIX

Sobre Dafne, hija de Peneo

Es noticia muy divulgada que Dafne fue hija del río Peneo y ya las viejecillas casi delirantes supieron que ella era una doncella muy hermosa y amada por Apolo y que cuando escapaba de él fue

convertida, por compasión de los dioses, en laurel y por ello adoptada por Apolo para adornar sus cítaras y carcajes. Fábula con la que, si no me engaño, se oculta una explicación natural. En eftcto, por Dafne debe entenderse la humedad, que en los alrededores de la ribera del Peneo, procede del propio Peneo, de la que dijeron que era amada por Apolo porque con el calor de sus rayos la arrastra hacia lo alto y alguna vez la disuelve en el aire y por esto la humedad, según ocurre por la naturaleza puesto que cualquiera que sea escapa de las cosas y rechaza aquello por lo que es arrastrado del ser al no ser, se arrastra hasta los lugares interiores de la tierra; allí, dado que Apolo no puede llevarla a las alturas, actúa contra ella y, como aquella región es abundante en semillas de laureles, hace brotar laureles y así Dafne, esto es la humedad, hija de Peneo parece convertirse en laurel. Pero hay que ver la razón de por qué Apolo ha consagrado las ramas de éste a sus cítaras y flechas, razón que puede ser la siguiente. Fue costumbre muy antigua de los griegos, según las cualidades de los diversos agones que llevaban a cabo en sus solemnidades, honrar a los vencedores, entre otros regalos, con guirnaldas de ramas y, puesto que se celebraban como los más importantes entre los restantes los Juegos Píticos, que se hacían en memoria de Pitón vencida por Apolo con la preocupación del habilidoso, se decretaba para el vencedor de este certamen la guirnalda de laurel. Del mismo modo, también a los poetas, y sobre todo a los que con su poema heroico entregaban a perpetuo recuerdo las hazañas de los antepasados, pues parecía que ellos no podían componer versos tan sublimes sin la elocuencia de Apolo y así como a través del carcaj querían designar a los púgiles y a los atletas, así por la cítara quería que se indicaran los poetas y de ahí se pensó que las cítaras y el carcaj de Apolo estaban adornados con el laurel. Poco después esta costumbre fue llevada con la gloria universal de las cosas a Roma y alcanzó tan alta estima entre ellos que, a no ser a aquellos para quienes se decretaba el triunfo, se decretaba la corona de laurel, exceptuados los poetas quienes, incluso vencido su laudable trabajo, parecían merecedores de ella. Cosa que el ilustre varón Francisco Petrarca, al que ya le ha sido entregado este honor, atestigua en las *Epístolas [Metr.,* II, 11, 20-1]: «Las guirnaldas de flores son para las vírgenes, las de laurel a la vez para los poetas y los Césares, y la gloria es igual para unos y otros.» Y cada uno no tenía que decidir la corona de laurel de la autoridad divulgada. Esta potestad sólo la tuvo el Senado, potestad que, como todas las cosas, después se la arrebataron los príncipes. No está oculta qué razón movió a los inventores de tan rebuscada

costumbre. Dicen Isidoro [XVII, 7, 2] y Rábano que se dice laurel de la palabra alabanza, porque en los tiempos primitivos se llamaba lauro y después porque los vencedores por los que se guardaba y engrandecía la república, y los poetas, por los que los méritos de los hombres se ensalzaban con admirables alabanzas, se adornaban con las hojas que significan alabanza. Además este árbol verdea continuamente, para que mediante su verdor se ponga de manifiesto que la fama de los buenos servicios se mantiene con perpetua lozanía y puesto que es el único que no es fulminado, así la lozanía de la gloria de tales hombres no puede ser dañada por el rayo de la envidia. Por otra parte este árbol está consagrado a Apolo porque parece tener oculta una cierta capacidad de adivinación. En efecto, dicen que si alguien pone sus hojas en la cabeza de uno dormido, éste verá sueños verdaderos y por ello se consagró a Apolo, el dios de la adivinación.

CAPÍTULO XXX

Sobre el río Nilo, decimocuarto hijo de Océano, que engendró a Minerva, a Hércules, a Dioniso, a Mercurio y a Vulcano

El Nilo es un río meridional que separa Egipto de Etiopía, hijo de Océano y de la Tierra. Según algunos su nombre latino es Meló y nuestros teólogos en los Libros Sagrados dicen que se llama Geon. Sobre él se cuentan muchas y admirables cosas. Pues acerca de él compuso un librito Aristóteles y el filósofo Séneca en *Sobre las cuestiones naturales* [IV] dijo muchas cosas y después de él Lucano [X] así como yo en *Sobre los montes y los ríos;* puesto que aquí se pone sobre él tan sólo el nombre puro y simple, si alguien quiere verlo en más amplitud que busque los volúmenes antes mencionados. Nosotros sigamos con los hijos a él atribuidos.

CAPÍTULO XXXI

Sobre Minerva, hija del Nilo

Una Minerva distinta de las anteriores, como dice Tulio en *Sobre la naturaleza de los dioses* [III, 23, 59], fue hija del Nilo y a ella,

según él mismo atestigua, la honran los Egipcios de Saita. Yo creo que ésta fue una mujer destacada por su sabiduría y habilidad y que fue llamada hija del Nilo porque quizá gobernó en sus posesiones.

CAPÍTULO XXXII

Sobre Hércules, hijo del Nilo

Un Hércules diferente de los anteriores, según opina Tulío *[Nat. dios.,* III, 16, 42], fue hijo del Nilo. Dicen que éste escribió cartas a los Frigios. Y dice Teodoncio que llevó a cabo una pelea con Anteo. Pienso que fue algún hombre ilustre, habitante del Nilo, y que por eso se le atribuyó como hijo.

CAPÍTULO XXXIII

Sobre Dioniso, hijo del Nilo

Dioniso, como dice Cicerón [II, 23, 58], fue hijo del Nilo, aunque no el mismo que los restantes, puesto que dice que mató a Nisa; yo no he encontrado quién fue esta Nisa. Sin embargo hay quienes sostienen que él fue el Dioniso que tuvo una guerra contra los Indos y fue vencido y muerto por Perseo [259]. Además algunos piensan que fue éste el que luchó con Anteo y que, a causa de la victoria obtenida, mereció el sobrenombre de Hércules.

CAPÍTULO XXXIV

Sobre el cuarto Mercurio, hijo del Nilo, que engendró al quinto Mercurio y a Dafnis

Mercurio, el cuarto de los anteriores, fue hijo del Nilo, como se lee en *Sobre la naturaleza de los dioses* [III, 22, 56] de Tulio. Dice

[259] Cf. *CFC,* XI, p. 259.

Teodoncio que éste fue Hermes Trismegisto, hombre sin duda piadoso e impregnado de muchas doctrinas y, aunque hombre pagano, pensó admirablemente bien sobre el verdadero Dios en el libro que escribió *Sobre el ídolo* para Asclepio. Este gozó de la mayor veneración en Egipto hasta el punto de que fue sacrilego para ellos llamarlo con su nombre propio. Creo que por respeto a la divinidad, quizá para que al hablar de él no se establecieran conversaciones sobre su condición humana y mortal y así pareciera que se disminuía en algo su condición divina. Fue llamado hijo del Nilo para elevar la gloria del río y la suya. Sostienen además que tuvo algunos hijos, bien porque los engendrara o porque le hayan sido atribuidos.

CAPÍTULO XXXV

Sobre Dafnis, hijo del cuarto Mercurio

Dafnis, según afirma Servio *[a Buc,* V, 20], fue hijo de Mercurio, no sé si de éste o mejor de otro; yo, puesto que lo he encontrado colocado bajo éste, lo he añadido así. Fue sin duda un joven de hermosísima figura y, según dicen, el primer pastor en los bosques.

CAPÍTULO XXXVI

Sobre el quinto Mercurio, hijo del cuarto Mercurio, que engendró a Nórax

El Mercurio que es el quinto desde el primero, según dice Teodoncio, fue hijo de Mercurio, el hijo del Nilo y, aunque fue llamado Cath por su padre, a causa de su destacada y laboriosa ciencia mereció ser llamado Mercurio y recibir culto. A él se le atribuyen los distintivos de los Mercurios y además se le añade por parte de Teodoncio un gallo en su cinto. Pues dice éste que, como le pareciera que se le quitaba sitio por la fama de su abuelo y de su padre, se fue al extremo occidental y allí gozó de la más alta consideración de los occidentales; y puesto que les había enseñado muchas cosas que concernían

a las mercancías, a las medidas y a las pesas de los mercaderes, fue llamado dios por éstos. La interpretación de este nombre, hecha por el ilustre varón Francisco Petrarca, está inmejorablemente de acuerdo con el título de divinidad; pues dice así en el libro de las *Invectivas contra el médico* [I, 191]: «De donde también Mercurio al que llaman dios de la conversación, después quieren que sea llamado así porque parece ser el *kyrio* de los mercaderes, esto es el soberano.» Estas cosas él. Para dejar de lado las demás cosas, le añadieron el gallo para designar la habilidad nocturna de los mercaderes, de la que hacen uso sobre todo en esas horas para ajustar las transacciones comerciales, revisar las cuentas, hacer los itinerarios y cosas de este tipo. A este mismo lo llaman Trofonio, es decir el mudable, cosa que es totalmente apropiada a los mercaderes, a saber que ellos se adaptan a las costumbres de las naciones, sean las que sean, a las que van y realizan todos sus negocios con un cierto rodeo astuto de la conversación y los tratan con ingenio y sagacidad. Y puesto que se fue a Occidente se creó la ficción por los Egipcios y los Griegos de que había ido bajo tierra. Sobre éste Julio Celso *(sic)* en el libro de la *Guerra de las Galias* [VI, 17, 1] compuesto por César dice así: «A éste lo honran sobre todo los Galos y sostienen que fue el inventor de muchas artes y lo llaman guía de los caminos e itinerarios y piensan que tiene una importante fuerza para la adquisición de dinero y el comercio.» Cicerón en *Sobre la naturaleza de los dioses* [III, 22, 56] dice que este Mercurio, que es llamado Trofonio, fue hijo de Valente y de Corónide. Y Leoncio añade, al decir que fue hermano uterino de Esculapio el médico fulminado, que a causa del dolor de la muerte de su hermano se alejó a Occidente. Eusebio es acorde con Teodoncio en el libro de los *Tiempos*[m] al decir que éste fue hijo de Trismegisto y que floreció cuando reinaba Esténelo en Argos.

[260] En Eusebio, 45, aparece el tiempo del reinado de Esténelo en Argos sin que se hable de ningún Mercurio (ni Hermes), hijo de Trismegisto. La única alusión a Mercurio en Eusebio está en 9, 16, en una enumeración de dioses. Por otra parte, en el índice de nombres de la edición de Helm ésta es la única vez que aparece Mercurio, no recogiéndose en el índice ni Hermes ni Trismegisto.

CAPÍTULO XXXVII

Sobre Nórax, hijo del quinto Mercurio

Nórax, como dice Teodoncio, fue hijo del quinto Mercurio[ai] y de Oscira, una ninfa hija de Pirineo. Cosa que también parece testimoniar Solino en *Sobre las maravillas del mundo* [IV, 1] quien, del mismo modo que Teodoncio, dice que este Nórax vino desde Tarteso, ciudad de Hispania, a Cerdeña donde, puesto que Sardo, el hijo de Hércules, había llamado a la totalidad de la isla Cerdeña por su nombre, construyendo él en persona la ciudad de Nora la llamó por su nombre.

CAPÍTULO XXXVIII

Sobre Vulcano, hijo del Nilo, que engendró a Etíope y al Sol

Vulcano, no el que estaba al frente de Lemnos sino otro, según escribe Cicerón en *Sobre la naturaleza de los dioses* [III, 22, 55], fue hijo del Nilo. Los Egipcios llamaron a éste Opis y sostienen que él es el guardián de Egipto. Y puesto que no he leído ninguna otra cosa sobre él, creo que fue éste algún hombre destacado en las construcciones artísticas y la arquitectura y que tuvo su imperio a orillas del Nilo y por ello le fue atribuido al Nilo como hijo.

CAPÍTULO XXXIX

Sobre Etíope, hijo de Vulcano

Etíope, según opina Plinio en el libro *Sobre Historia Natural* [VI, 35, 187], fue hijo de Vulcano y, como él mismo dice, puesto que todo el pueblo de esta región, que después se llamó Etiopía, se llamaba Eteria y más adelante Atlantia, por último recibió el nombre

[261] Cf. *CFC,* XI, p. 260.

de Etiopía de este Etíope; ciertamente es un argumento no pequeño de que él fue un hombre muy poderoso.

CAPÍTULO XL

Sobre el Sol, hijo de Vulcano, que engendró a Faetón, a Faetusa, a Lampetie y a Iapetia

El Sol, según escribe Tulio [III, 21, 54], fue hijo del Vulcano egipcio y, como dice el propio Cicerón, sostienen los Egipcios que su ciudad fue Heliópolis pues en griego Sol se dice Helio. Teodoncio dice que reinó en aquella ciudad y fue un rey muy brillante, llamado con el nombre de Mérope y que tuvo como esposa a Clímene y de ella tuvo a Erídano, al que llamaron Faetón, y a otros hijos. Pero Leoncio pensaba que era el mismo que Etíope y que, a causa del esplendor de la Etiopía ocupada por él, fue llamado Sol por sus amigos y subditos.

CAPÍTULO XLI

Sobre Faetón, hijo del Sol, que engendró a Ligo

Faetón fue hijo del Sol Egipcio y de Clímene, como se pone de manifiesto en el poema de Ovidio, que dice en la persona de Clímene [I, 768-71]: «Por esta luminaria, dijo, que brilla con sus rayo* incandescentes, hijo, que nos oye y nos ve, te juro que fuiste engendrado por este Sol que contemplas, por este Sol que gobierna el mundo, etc.» Sobre él cuenta Ovidio [I, 751-79; II, 1-332] la siguiente fábula. A saber, ocurrió que al no considerarse Faetón inferior a Epafo, hijo de Júpiter y de Isis, le fue dicho por éste que él no era hijo del Sol, causa por la que Faetón, que se quejó a su madre, fue conducido por ésta hasta el palacio del Sol donde, recibido cariñosamente por su padre, pidió el regalo que ya había jurado que le daría, a saber que le permitiera conducir el carro de la luz; cosa que, aunque el Sol intentara disuadirlo durante mucho tiempo en vano, concedió al que insistía; pero él, no siendo suficientes sus

fuerzas para gobernar los caballos, aterrorizado a la vista de Escorpión, soltó las riendas, causa por la que los caballos, abandonado el itinerario acostumbrado, subiendo ahora hasta el cielo, ahora bajando incluso hacia la tierra, quemaron toda aquella región del cielo e incendiaron casi toda la tierra al haberse desecado muchas fuentes y ríos; la Tierra, alarmada por este incendio, pidió a Júpiter que le prestara ayuda y, conmovido por estos ruegos, Júpiter fulminó a Faetón, que cayó al Po y allí fue llorado y enterrado por sus hermanas y colocado en su sepulcro el siguiente epitafio: «Aquí está enterrado Faetón, auriga del carro de su padre; si no fue capaz de gobernarlo, sin embargo murió por su gran audacia» [262]. A mi juicio esta ficción oculta bajo una espesa corteza la historia y la explicación natural. Pues fue creído por los antiguos, según afirma Eusebio en el libro de los *Tiempos* [42, 24], y después de él el presbítero Orosio en sus *Crónicas [Hist. cont. pag.,* I, 10, 19] que hubo un incendio muy importante en las regiones de Grecia y de Oriente cuando reinaba Cécrope, el primer rey de Atenas, y que éste no se hizo por obra humana sino que fue producido por el vertido de cuerpos celestes y todos lo llamaron el incendio de Faetón. Por la acción de éste, que se extendía a lo largo y a lo ancho, ocurrió que se desecaron las fuentes y muchos ríos, todos los sembrados se reducían a cenizas, se secaban los bosques y todo tipo de arbustos, las ciudades eran abandonadas por sus habitantes y las regiones por los pueblos y parecía que casi todo el mar hervía; y después que había durado muchos meses, sucedió que a mediados del otoño se extinguió al caer abundantes lluvias. Se colocan estas cosas bajo la ficción por el siguiente motivo. Antes que nada Faetón, como dice Leoncio Tésalo, significa en latín incendio; éste es llamado hijo del Sol porque el Sol es fuente y origen del calor y así, puesto que todo tipo de calor parece causado por el Sol, no de manera incongruente es llamado padre del incendio. Por otra parte, Clímene en griego significa en latín humedad, la cual es llamada madre de Faetón porque el calor no puede perseverar a no ser que se mantenga una humedad conveniente y así parece que es nutrido por la humedad como el hijo por su madre y que permanece en el ser. Lo que Faetón pide de su padre, conducir el carro de la luz, no debemos entenderlo de otro modo que como un deseo innato que tienen incluso las criaturas insensibles de perdurar y crecer, para hablar tanto de las insensibles como de las racionales; cosa que incluso podemos decir acerca de la Tierra que suplica. Lo que se incluye de que él tuvo miedo al ver a Escorpión, abandonó

[262] Este epitafio corresponde a *Met.,* II, w. 327-28.

las riendas de los caballos y que éstos subieron más allá de lo acostumbrado, quemaron aquellas partes del cielo y del mismo modo al bajar incendiaron la tierra, está tomado del orden continuo de la naturaleza. Hay en el Zodíaco un espacio con veinte posiciones; al espacio que hay desde la vigésima posición, de Libra, hasta la décima, de Escorpión, lo llamaron los filósofos vía abrasada porque todos los años, al avanzar el sol por el espacio, todo parece quemarse en las tierras; pues se secan las hierbas, las hojas se blanquean y caen, las aguas se retiran a los interiores de la tierra y en esa época no nace absolutamente nada y así aquella parte del cielo recibe el nombre por el efecto. Además imaginan que Faetón fue fulminado a mediados del otoño porque en esa época, al ponerse el Sol en la parte opuesta a Escorpión, salen en Oriente con el signo de Tauro las Pléyades, Orion y Erídano, astros que han de provocar las lluvias y los desbordamientos de las aguas, con las que se extinguen los incendios; vemos que estas lluvias caen la mayoría de las veces a mediados del otoño o antes y que duran mucho tiempo y así, por obra de ellas, se termina el calor de la superficie de toda la tierra. Pienso que debe entenderse así que cayó en el Erídano. Dice Higino en el libro *Sobre la astrología de los poetas* [II, 32] que el Erídano es llamado Nilo por unos y por otros Océano, por los que debemos comprender la gran abundancia de aguas y así entender que los incendios caen, es decir se extinguen, en la enorme cantidad de aguas y por tanto no simplemente en el Po, como algunos inadvertidamente consideran. Pienso que debe entenderse así que fue fulminado por Júpiter. Alguna vez los poetas interpretan por Júpiter el fuego y a veces el aire, quien aquí debe ser tomado como aire en el que, al subir los vapores húmedos, se amontonan las nubes; éstas, si son arrastradas por el impulso de algún viento hasta la región fría del aire, rápidamente se convierten en las aguas que cuando caen llamamos lluvias; y así es fulminado, es decir extinguido, por Júpiter, esto es por el aire que provoca las lluvias. Podríamos decir además, dejando de lado la historia antigua, que el calor del verano se acaba con la templanza del recién llegado otoño y que es precipitado en lluvias. Sin embargo afirma Paulo Perusino, según no sé qué Eustacio [2a], que cuando reinaba Espareto en Asiria, Erídano, que también es Faetón, el hijo del Sol Egipcio, con una tropa de los suyos llegó al mar en barcos, siendo su guía el Nilo y, ayudado por los vientos, vino al golfo al que llamamos Ligustino. Allí fatigado él por la larga navegación, desembarcó con

263 Vemos cómo Boccaccio tiene noticias, gracias a Paulo Perusino, de Eustacio sin saber que éste es un comentarista de la obra de Hornero.

los suyos en la costa y puesto que, según los consejos de los suyos, continuaba hasta tierra adentro, a Genuino, uno de los suyos debilitado por el mareo, lo dejó en la costa con una parte de los suyos en calidad de guardián de las naves; éste, unido a los habitantes del lugar, fundó una ciudad para los hombres selváticos y la llamó Genua por su nombre; por su parte Erídano, superados los montes, al llegar a una llanura muy extensa y fértil y haber encontrado no obstante a hombres rudos y campesinos feroces, pensando que con su ingenio podría vencer la ferocidad, se asentó a la orilla del Po y, según cuenta el propio Paulo, parece que Eustacio sostiene que la ciudad de Turín fue obra suya, pero llamada Erídano. Después de haber reinado allí durante algún tiempo, dejando un hijo, Ligur, murió en el Po, por lo que el Po fue llamado Erídano. Los antiguos egipcios, para memoria de su compatriota, lo colocaron entre las constelaciones del cielo. Y así algunos parecen pensar que esto dio la causa a la fábula y sobre todo al hecho de que Faetón fue fulminado y arrojado al Po. Leoncio le añadía dos hermanos, a saber Ificlo y Fílace, mayores que Faetón; puesto que no hay ninguna otra cosa sobre ellos, no me he preocupado de añadirlos.

CAPÍTULO XLII

Sobre Ligo o Ligur, hijo de Faetón

Ligo, como queda claro por lo dicho, fue hijo de Faetón y lo sucedió al morir; éste llamó Ligures por su nombre a los pueblos que tuvo bajo su dominio.

CAPÍTULO XLIII

Sobre Faetusa, Lampetie y Iapetia, hijas del Sol

Faetusa, Lampetie y Iapetia, como dice Ovidio [II, 346-66] [M], fueron hijas del Sol y cuando lloraban la muerte de Faetón en las

[264] Ovidio sólo da los nombres de Faetusa *(Met.,* II, 346) y Lampetie (II, 348), sin indicar ningún otro nombre de las Helíades. Sobre los nombres de éstas véase Ruiz de Elvira, *Mit. das., p.* 447.

orillas del Po fueron convertidas en los árboles que destilan ámbar. Si buscamos la causa de esta ficción, no pienso que éstas fueran mujeres sino distintas clases de árboles que, por la acción del Sol, nacieron espontáneamente cerca de los cañaverales del Po y que al final de verano, cuando el calor del Sol comienza a ser menor, transpiran un líquido azafranado como si fueran lágrimas que, si se reúnen, se solidifica artísticamente en el ámbar y puesto que, como se ha dicho, nacen en los lugares húmedos por la acción del Sol, se han llamado hijas del Sol y de Clímene, esto es de la humedad, y por el Sol han recibido el nombre de Helíades.

CAPÍTULO XLIV

Sobre el río Alfeo, decimoquinto hijo del Océano, que engendró a Orsíloco

El Alfeo fue hijo del Océano y de la Tierra, al que Servio *[a Georg.,* III, 19] llama río de la Elide porque fluye por Pisa, ciudad de la Elide. Dice Virgilio [III, 692-7] que éste amó a la ninfa Aretusa, que fue convertida en fuente, y que la siguió hasta Sicilia: «Extendida en el golfo de Sicilia, frente al Plemurio lleno de olas, hay una isla; los más antiguos le dieron el nombre de Ortigia. Es sabido que el río Alfeo de la Elide hizo hasta aquí un camino oculto bajo el mar, río que ahora se mezcla con tu desembocadura, Aretusa, en aguas sicilianas, etc.» Sobre éste se ha hablado suficientemente antes, cuando se hizo sobre Aretusa; pero Servio *[a En.,* III, 694] pone al descubierto las llamas de su amor con estas palabras: «Elis y Pisa son ciudades de Arcadia, en la que hay una fuente enorme que produce de sí dos arroyos, Alfeo y Aretusa, de donde se deriva que se cree la ficción de que se unen en el final aquellos a los que no unió el origen.» Dicen que hijo suyo fue Orsíloco.

CAPÍTULO XLV

Sobre Orsíloco, hijo del río Alfeo, que engendró a Diocles

Orsíloco fue hijo del río Alfeo, como atestigua de manera diáfana Hornero, que dice en la *Ilíada* [V, 544-9]: «Este era descendiente

del río Alfeo, que fluye extensamente por el país de los Pilios. Este engendró a Orsíloco, soberano de muchos hombres. Orsíloco engendró al magnánimo Diocles. De Diocles nacieron dos hijos gemelos, Cretón y Orsíloco, buenos conocedores de todo tipo de combates, etc.» Dice Hornero [541-3] que este Orsíloco vivía en la ciudad de Feras, que está a orillas del Alfeo, por lo que queda bastante claro cuál fue la causa de esta filiación.

CAPÍTULO XLVI

Sobre Diocles, hijo de Orsíloco, que engendró a Cretón y a Orsíloco

Diocles, como ha sido bastante mostrado por Hornero, fue hijo de Orsíloco, del que no tengo nada a excepción de su nombre y su linaje y que fue padre de Cretón y de OrsÜoco.

CAPÍTULO XLVII

Sobre Cretón y Orsíloco, hijos de Diocles

Cretón y Orsíloco, como se ha puesto de manifiesto, fueron hijos de Diocles. Estos, en efecto, al levantarse los Griegos contra los Troyanos, conjurándose con el resto de los príncipes Griegos, llegaron desde Feras a la destrucción de Ilio. Allí, puesto que eran de gran ánimo y confiaban mucho en las fuerzas de su cuerpo, un día, trabado el combate, se atrevieron a levantarse en armas contra Eneas, por el que fueron muertos ambos y, con gran esfuerzo por parte de Menelao y de Antíloco, hijo de Néstor, fueron arrebatados sus cadáveres de las manos de los enemigos y confiados al sepulcro.

CAPÍTULO XLVIII

Sobre el río Criniso, decimosexto hijo de Océano, que engendró a Acestes

El río Criniso fue hijo de Océano y de la Tierra. Este en efecto fluye a través de Sicilia y de él cuenta Servio *[a En.,* I, 550] la siguiente fábula. Puesto que Laomedonte no pagaba el estipendio prometido a Neptuno y a Apolo por la edificación de las murallas de Ilio y Neptuno, enfurecido, había enviado a Troya cetáceos para que la devastaran, consultado Apolo, también indignado, dicen que respondió cosas perniciosas, a saber que se ofrecieran doncellas nobles a la bestia; después que se hizo así, Hipotes, un noble troyano, al ver a Hesíone, la hija de Laomedonte, encadenada no sin sedición, temiendo que le ocurriese lo mismo a su hija Egesta, la colocó a escondidas en una nave y la confió a la fortuna, prefiriendo que, sin que él lo viera, fuera absorbida por las olas antes de que fuera devorada en su presencia por el monstruo. Ella fue llevada por la violencia de los vientos a Sicilia donde el río Criniso, quizá cautivado por su hermosura, metamorfoseado en perro o en oso, la apresó y la violó y de ella tuvo a su hijo Acestes. Esta es la parte central de la historia de esta fábula. La ficción que se creó en torno al comienzo se expone donde se habla sobre Laomedonte. Y lo que hay en el final, dice Teodoncio que puede comprenderse a través de conjeturas, puesto que no encuentra nada que haya sido transmitido por los antiguos. Y por ello dice que es posible que esta doncella, aterrorizada por las amenazas de algún poderoso en las cercanías del Criniso, a donde había llegado, se lanzara a sus abrazos; pues los gritos estrepitosos de los que amenazan son muy parecidos a los ladridos de perro, o que la joven fue apresada y seducida por el osado abrazo de alguien, lo que parece tener que ver con el oso.

CAPÍTULO XLIX

Sobre Acestes, hijo del río Criniso

Acestes fue hijo del Criniso y de la troyana Egesta, como testimonia Virgilio en la *Eneida* [V, 36-9]: «Salió al encuentro Acestes,

erizado de jabalinas y con una piel de osa de Libia, al que engendró una madre troyana tras haberlo concebido del río Criniso. El, sin olvidarse de sus antepasados, etc.» Ya anciano fue el primero en recibir hospitalariamente a Anquises y a Eneas, que se dirigían a Italia y, muerto Anquises, lo enterró en compañía de Eneas en el monte Erix de Sicilia. Después volvió a recibir por segunda vez a Eneas, que se alejaba de Cartago, a donde lo habían impulsado los vientos. Entonces Eneas, fundando una ciudad para sus compañeros debilitados, por la madre de Acestes la llamó Egesta, que después recibió el nombre de Segesta, y la dejó bajo el gobierno de Aectes, al que nombraron su rey tanto los dejados por Eneas como los indi' genas.

CAPÍTULO L

Sobre el río Tíber, decimoséptimo hijo del Océano, que engendró a Ocno[265]

El Tíber o Tibris fue hijo de Océano y de la Tierra. Este, deslizándose desde la ladera derecha del Apenino separa a los Toscanos de los Umbros y, dividiendo también la ciudad de Roma, de los Campanos. Puesto que le tocó en suerte observar el dominio de las cosas ante sí, se hizo muy célebre por el mundo tan grande y por los versos de los poetas, hasta el punto de que superó al Janto y al Símois, célebres por el recuerdo de los Griegos. Tuvo muchos nombres, los cuales, si alguien lo desea, puede verlos donde escribí *Sobre los montes y los ríos.* Además, según la opinión de los primitivos, engendró un hijo: Ocno.

CAPÍTULO LI

Sobre Ocno, hijo del Tíber

Ocno fue hijo del río Tíber y de Manto, antaño hija de Tiresias, el adivino tebano, como atestigua Virgilio en la *Eneida* [X, 198-200]

[265] La edición de París dice *Ocnus,* nombre del hijo de Tíber, en cambio la de Bari, tanto en este capítulo como en el siguiente, dice *Cilheonus,* que se debe, sin duda, a una mala lectura de Boccaccio de *Aen.,* X, 198: *ciet Ocnus.*

al decir: «También el famoso Ocno[266] pone en movimiento un ejército desde las costas de su patria, el hijo de la profética Manto y del río Tusco, que te concedió, Mantua, murallas y el nombre de su madre, etc.» Servio *[a Buc,* IX, 60] dice que es llamado Bianor por Virgilio en las *Bucólicas.* Pero Pomponio en la *Cosmografía* [I, 17, 88] parece pensar de modo distinto sobre esta Manto o Mantón diciendo así cuando describe la costa de Asia: «Allí Lebedos y el santuario del Apolo Clario, que Manto, la hija de Tiresias, al huir de los Epígonos vencedores de los tebanos, y Colofón, que Mopso el hijo de esta misma Manto, etc.» Con estas palabras queda claro que ésta, al huir, no emprendió el camino hacia occidente sino hacia la salida del Sol. Sin embargo es posible que con el paso del tiempo viniese a Italia porque, aunque no está en absoluto comprobado, ¿quién negará a un vate tan brillante la credibilidad en torno al origen de su ciudad?

CAPÍTULO LII

Sobre el río Axio, decimoctavo hijo de Océano, que engendró a Pelegón

El río Axio fue hijo de Océano y de la Tierra, del que dice Hornero en la *Ilíada* [II, 849-51]: «Desde la lejana Amidon, desde las orillas del Axio que fluye extensamente, del Axio cuya cristalina agua se esparce por la tierra. De los Paflagones, etc.» Hornero [*Il.*, XXI, 138-43] dice que éste se enamoró de Peribea, la mayor de las hijas de Acesámeno, la sedujo y de ella tuvo a Pelegón.

CAPÍTULO Lili

Sobre Pelegón, hijo de Axio, que engendró a Asteropeo

Pelegón fue hijo del río Axio y de Peribea, según testimonia Hornero en la *Ilíada* [XXI, 158], del que no recuerdo haber leído ninguna otra cosa a no ser que engendró a su hijo Asteropeo.

[266] Aquí al citar Boccaccio el verso 198 suprime el verbo *ciet,* pero nosotras traducimos el original de Virgilio, que además recoge la edición de París, como hemos dicho en la nota precedente.

CAPÍTULO **LIV**

Sobre Asteropeo, hijo de Pelegón

Asteropeo, como atestigua Hornero *[Il.,* XXI, 140], fue hijo de Pelegón. Este, joven audaz y robusto, vino con los Peonios en auxilio de los Troyanos y, como confiaba en exceso en sus fuerzas, el undécimo día después de su llegada a Troya se atrevió a salir al encuentro de Aquiles, enfurecido por la muerte de Patroclo, y a provocarlo primero con las palabras y después a enfrentársele con las armas; golpeado desgraciadamente por aquél, murió.

CAPÍTULO **LV**

Sobre el río Asopo, decimonoveno hijo de Océano, que' engendró a Hipseo y a Egina

El río Asopo, según dicen, fue hijo de Océano y de la Tierra. Este fluye por Beocia, como dice Lactancio *[a Teb.,* III, 337] y desemboca en Epidamno, como afirma Vibio en *Sobre los ríos.* Afirman también que éste fue el padre de Hipseo y de Egina y que cuando supo que Egina había sido violada por Júpiter lo soportó tan mal que, agitado por el furor, declaró la guerra con sus aguas a los astros, según dice Estacio [VII, 319-23]: «Pues dicen que Egina, arrebatada de las aguas de su padre, se ocultó en el abrazo de Júpiter; se enfurece el río y se dispone a declarar la guerra como enemigo a los astros (todavía no estaban permitidas estas cosas ni siquiera a los dioses); se levanta desbordado en sus audaces furias, vino a las manos y no tenía a quién pedir ayuda, etc.» Dicen que Júpiter irritado lo fulminó, cosa que el propio Estacio atestigua cuando dice [324-7]: «Hasta que se retiró agitado por la violencia del trueno y el fuego del rayo; todavía entonces el valiente río se alegra al contemplar en sus anhelantes riberas la ceniza del rayo y las marcas del gran castigo y al lanzar al cielo vapores como los del Etna, etc.» La ficción de esta fábula oculta la siguiente verdad. Dice Leoncio que Asopo fue un rey de Beocia y que el río recibió el nombre de él, el cual, cuando el Júpiter Arcadio le robó a su hija Egina, convocadas sus fuerzas, declaró la guerra contra él y por él fue vencido y puesto en fuga. El

hecho de que fuera fulminado no tiene que ver con el rey sino con el río; porque, dado que hace su recorrido a través de campos de azufre y con sus aguas levanta humo de aquéllos, dio origen, según los antiguos, a la ira del rayo.

CAPÍTULO LVI

Sobre Hipseo, hijo del río Asopo

Hipseo fue hijo del río Asopo, como se demuestra en el poema de Estacio [VII, 309-18] cuando dice: «Pero sobre todo contempla a este Hipseo que da amplia sombra a los caballos excelsos de su cuadriga. Su mano izquierda se protege con un escudo de piel de toro en siete capas, su pecho enorme con la triple lámina de hierro, pues su espalda no tiene miedo jamás. Como lanza, la vieja gloria de las selvas para la que, una vez enviada, siempre hay camino a través de las armas y de los pechos y su mano nunca ha defraudado su deseo. Se dice que lo engendró el Asopo y su padre parece digno de él cuando rompiendo los puentes avanza muy tumultuoso o cuando vengador de su hija virgen agita hinchado sus aguas que desdeñan al Tonante como yerno, etc.» Este, como muestra el propio Estacio, llevó su ayuda a Etéocles contra Polinices.

CAPÍTULO **LVII**

Sobre Egina, hija del Asopo, que dio a luz a Eaco

Egina fue hija del río Asopo, como se ha dicho arriba. De ella se enamoró Júpiter, según dice Ovidio [VI, 113]: «Cómo siendo de oro engañó a Dánae, siendo fuego a la Asópide, etc.» Pues la engañó y la sedujo convertido en fuego y sostienen que de ella tuvo a Eaco quien después, como dice el propio Ovidio [VII, 473-4], llamó a la isla Enopia, en la que reinó, Egina del nombre de su madre, nombre que conserva hasta hoy. Pienso que se ha tomado que Júpiter se convirtió en fuego cuando se unió con Egina más por el valor de su descendencia posterior que por otra cosa; pues los Eácidas tuvieron

el valor del fuego, como podemos ver suficientemente en Aquiles, Pirro y los otros descendientes.

CAPÍTULO LVIII

Sobre el río Cefiso, vigésimo hijo de Océano, que engendró a Narciso

El Cefiso fue hijo de Océano y de la Tierra y se desliza a través de Beocia, como muestra Lucano [III, 174-5]: «Se reunieron los caudillos Beocios, a los que rodea el impetuoso Cefiso con su agua profética y la cadmea Dirce, etc.» Dicen que hijo suyo fue Narciso y que, tras haber sido abatido por la matanza del Zéfiro, fue sanado por la compasión de Apolo, según dice Lactancio *{a Teb.,* VII, 340]. Acerca de estas cosas, creo en primer lugar que las aguas del Cefiso se llaman proféticas porque en sus riberas estuvo antaño el templo de Temis al que fueron, puesto que todavía no existían los oráculos de Febo, Deucalión y Pirra para consultar a la diosa, y porque allí se daban respuestas y se enseñaba cuál sería el porvenir según el hado, el agua adoptó el sobrenombre y lo que era propio del templo de la diosa también fue apropiado para el agua. Y quizá los sacrificios que precedían a las respuestas según la antigua costumbre no podían realizarse sin agua del río; y así parecía que el agua tenía algo de aquella falsa divinidad. La intención de que fue abatido por la matanza del Zéfiro puede ser ésta. Dice Agustín en el libro *Sobre la Ciudad de Dios* [XVIII, 4] que Mesapo fue el noveno rey de Sición, quien también recibía el nombre de Cefiso. Quizá su palacio estaba en la región en que durante la época veraniega, al soplar el Zéfiro, había salud para los habitantes, pero al retirarse él, como ocurre, y al llegar otros vientos, el aire se corrompía y así sucedió que con la muerte del Zéfiro Cefiso cayó en una enfermedad de la que por el beneficio de Apolo, esto es de la medicina, puesto que Apolo es llamado el dios de la medicina, fue liberado Cefiso y devuelto a su salud. Y si queremos atribuirle estas cosas al rey, podríamos atribuírselas a la región por la que se desliza el Cefiso.

CAPÍTULO LIX

Sobre Narciso, hijo de Cefiso

Narciso fue hijo del Cefiso y de la ninfa Liríope, como muestra con claridad Ovidio [III, 341-6] cuando dice: «La primera en comprobar la credibilidad y poner a prueba el oráculo fue la azulada Liríope a la que en otro tiempo abrazó con su sinuosa corriente el Cefiso y la violó encerrada en sus aguas. La hermosísima ninfa dio a luz de su vientre repleto un niño que también entonces podía ser amado y lo llama Narciso, etc.» Sobre este mismo Narciso cuenta el propio Ovidio [III, 346-510] una fábula suficientemente conocida. Dice que, una vez nacido Narciso, fue llevado al adivino Tiresias para que diera una respuesta sobre los acontecimientos de la vida del mismo. Este respondió a los que le preguntaban que el niño viviría tanto tiempo cuanto tardara en contemplarse. Ciertamente este primer vaticinio fue motivo de risa para los que lo oían, pero al final no careció de efecto. Pues como había crecido hasta una hermosísima adolescencia, convertido en cazador fue amado por muchas Ninfas pero sobre todo por Eco, ninfa del Parnaso. Sin embargo, dado que era inflexible y hacía poco caso de quienes lo amaban, a ruegos de las ninfas fue pedido lo que ocurrió al poco tiempo. En efecto un día en que cansado tanto por la fatiga de la caza como por el calor de la época se retiró a un valle desconocido, sediento se inclinó en una cristalina fuente y, al ver su imagen que no había visto antes, creyendo que era la ninfa de la fuente, comprobó de repente su hermosura y fue cautivado y puesto que no podía tocar lo que pensaba que podía, ya que se había unido a sí mismo con una necia concupiscencia, olvidado de sí tras una larga queja murió allí mismo de inanición y, por compasión de las Ninfas, se convirtió en la flor de su nombre. De esta ficción se extrae el significado moral. Pues por Eco, que no habla a no ser después de lo que se ha dicho, yo entiendo la fama, que ama a cualquiera de los mortales como la cosa gracias a la cual existe. Muchos la evitan y la consideran en poco y en las aguas, esto es en los placeres mundanos, resbaladizos no de otro modo que el agua, se contemplan a sí mismos, esto es a su gloria, y hasta tal punto son aprisionados por sus pasiones que, despreciada la fama, mueren al poco como si no hubiesen vivido; y si por casualidad sobrevive algo de su nombre, se convierte en flor, que por la mañana es de púrpura y resplandeciente, pero por la tarde se hace lánguida, se marchita y se convierte en nada. Así, los de este tipo,

hasta el sepulcro parecen tener algún fulgor, pero una vez cerrado el sepulcro se desvanece y se pierde en el olvido a la vez que el nombre.

CAPÍTULO LX

Sobre el río Meandro, vigesimoprimer hijo de Océano, que engendró a Cianea

El río Meandro fue hijo de Océano y de la Tierra y engendró a la ninfa Cianea. Dice Tito Livio [XXXVIII, 13, 5] que éste nace en la parte más elevada de la ciudadela de Cilene y fluye por el centro de la ciudad, después se dirige a través de Caria y Jonia hasta el golfo del mar que está entre Priene y Mileto, del que habla así Ovidio [VIII, 162-6]: «No de otro modo que juega el Frigio Meandro en sus transparentes aguas y con dudoso deslizamiento avanza y retrocede y saliendo al encuentro de sí mismo contempla las aguas que se le acercan y ahora vuelto hacia sus fuentes, ahora hacia el mar abierto, agita las aguas inciertas, etc.»

CAPÍTULO LXI

Sobre Cianea, hija del Meandro

Cianea, hija del Meandro, amada y seducida por Mileto, hijo del Sol, dio a luz para él a Cauno y Biblis, como dice Ovidio [IX, 453]: «Dio a luz una prole gemela, a Biblis y Cauno, etc.»

CAPÍTULO LXII

Sobre Fílira, vigesimosegunda hija de Océano

Dice Paulo que Fílira fue hija de Océano y que, amada por Saturno, dio a luz para él al centauro Quirón.

CAPÍTULO LXIII

Sobre Esperquío, vigesimotercer hijo de Océano, que engendró a Menestio

El río Esperquío fue hijo de Océano y de la Tierra. Este, según dice Hornero *[Il.,* XVI, 173-7], de Polidora, hija de Peleo y esposa de Boro, engendró a Menestio. Y, como dice Pomponio [II, 3, 44], desemboca en el golfo Pagaseo y a él le había ofrecido Aquiles su cabellera, según dice Lactancio *[a Aquil.,* 239] si volvía sano y salvo a su patria de la expedición contra Troya.

CAPÍTULO LXIV

Sobre Menestio, hijo del Esperquío

Menestio, como dice Hornero en la *Ilíada,* fue hijo del río Esperquío y de Polidora, hija de Peleo. Este, puesto que era un joven distinguido, acompañó a Aquiles al asedio de Troya.

CAPÍTULO LXV

Sobre Sol, vigesimocuarto hijo de Océano

Dice Plinio en el libro de *Historia Natural* [VII, 56, 197], basándose en la autoridad de Gelio, que un Sol distinto de los anteriores fue hijo de Océano, sin que se indique su madre. Y dice que éste fue descubridor de la medicina y de la miel; esto se ha atribuido hasta ahora a muchos y no hay que sorprenderse de ello, pues es posible que hubiera muchos descubridores de este tipo de cosas en diversos lugares, puesto que en todas partes están en vigor los ingenios y las reflexiones; y así lo que creemos que en Grecia fue obra de Apolo o de Aristeo, no es obstáculo para que fuera posible que en la región del Océano naciera o llegara alguien que destacara del mismo modo con su ingenio y descubriera las mismas cosas con su

experiencia, al que los habitantes del lugar, para ensalzar su nombre y su linaje, llamaron Sol, y dijeron que era hijo de Océano quizá porque había llegado en barco.

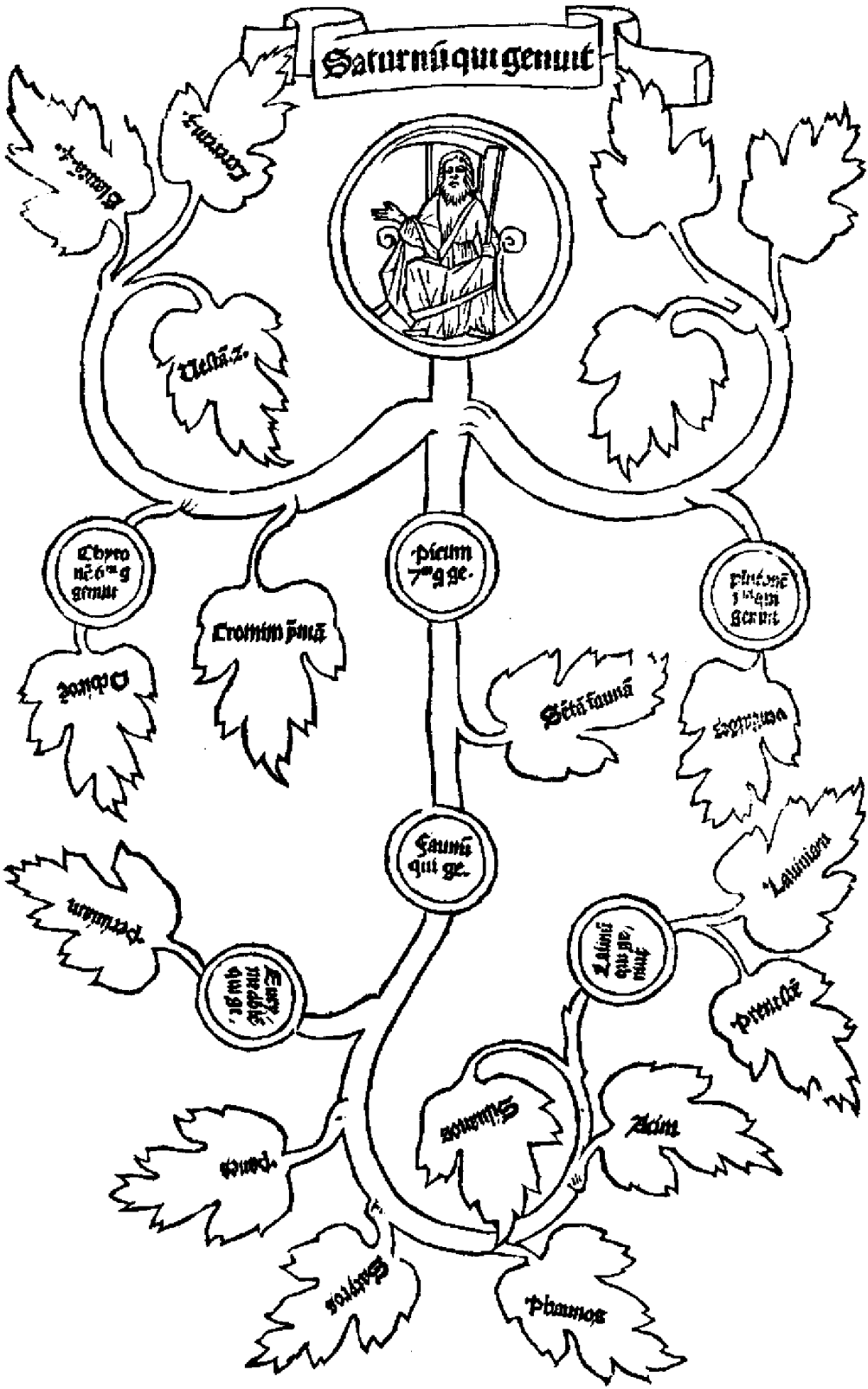
Nosotros, por nuestra parte, ya que está explicada toda la descendencia de Océano, pongamos fin al volumen séptimo.

Termina el Libro Séptimo de la Genealogía de los dioses paganos.

COMIENZA FELIZMENTE EL LIBRO OCTAVO DE LA GENEALOGÍA DE LOS DIOSES PAGANOS, SEGÚN JUAN BOCCACCIO DE CERTALDO

En el árbol grabado a la derecha, en cuya raíz se pone a Saturno, hijo del Cielo, se describe tanto en sus ramas como en sus hojas una parte de la descendencia de este mismo Saturno, puesto que toda la restante se describe en los cinco libros que siguen, bajo Juno, Neptuno y Júpiter, sus hijos.

Octauum saturnus habet cum parte suorum.



Proemio

Empezó a oscurecerse el cielo con nubes, a faltar la resplandeciente luminaria del Sol, a ser perturbado el aire por los vientos, a ponerse de manifiesto abundantes relámpagos, a oírse silbidos, a retumbar el suelo y de alguna manera hacer alboroto en las cavernas, a dirigirse a lo alto los cetáceos del mar y otros monstruos, a mezclarse las aguas y las tierras, a imponerse silencio a las quejumbrosas aves y empujarlas a las sombras de los bosques y las fieras a dirigirse a selváticos escondrijos, y de repente a entristecerse todo. Yo en un primer momento me asombré; después, aterrorizado por un cambio tan grande de las cosas, mientras contemplaba todavía los inventos de Sol en medio de las bocas del Esperquío, empecé a temer, cosa que no había temido en el Océano, que todas las cosas volvieran al caos primitivo y no tenía la decisión de qué podía hacer. Por fin, mientras estaba en suspenso, he aquí que desde el Océano oriental apareció, como si se dirigiera desde los Infiernos hacia lo alto, un astro lento y rodeado de nubes, cubierto por la neblina de la Estige. Mientras lo contemplaba mezclado con las nubes, acordándome de los preceptos del venerable Ándalo, me di cuenta de que era el odioso y nocivo astro de Saturno. Mientras llevaba a mi mente sus perniciosas costumbres, en ese momento acabó el terror y la admiración del repentino cambio y, como si al hacerse visible él con sus miserias yo fuera advertido del nuevo cambio de la situación, puesto que era el

último de los hijos del Cielo según el orden de la obra iniciada, me di cuenta de que estaba llamado a explicar la brillante descendencia de éste, no ciertamente en un volumen, puesto que es muy extensa, sino en estos seis que siguen a continuación. Pero, puesto que las historias de los antiguos testimonian que hubo cuatro Laberintos, a saber el Etrusco, el Egipcio, el Cretense y el de Lemnos, yo no pondría en duda que el que de éstos está más lleno de revueltas y de recovecos ofrece al que entra y avanza por él una salida más fácil que la que han de ofrecer los desgraciados circunloquios del anciano de mucha edad en cuya conversación nos introducimos. Porque, ya que hacia él se inclina casi toda la locura de la antigua equivocación y del paganismo, no será cosa poco importante llevar a su fin las diferencias de los que opinaban, las disonancias de los que vagaban errantes y los ambiguos relatos de los antiguos y volver a llamar rey a un expulsado a propósito, a un exiliado errabundo y agricultor. Así pues, no sin un cierto temor abandono las costas y la progenie de Océano para dirigir la proa de mi frágil navio entre escabrosos e inmensos escollos a los Infiernos hasta las hendiduras y los torbellinos de las aguas, y sobre todo cuando todavía no puedo darme suficiente cuenta, aunque lance mis ojos a través del negruzco aire, de a dónde voy a parar. Sin embargo espero que abra el inmenso mar hacia la salida deseada Aquel que, vencedor, vació las mansiones de Dite, amarillentas y terribles por su eterno hollín, haciéndolas transitables.

CAPÍTULO PRIMERO

Sobre Saturno, undécimo hijo del Cielo, que engendró a diez hijos, a saber primero a Cronis, 2.ª Vesta, 3.ª Ceres, 4.ª Glauca, 5° Plutón, 6." Quirón, 7° Pico, 8.ª Juno, 9° Neptuno, 10° el tercer Júpiter. Pero sobre Juno, Neptuno y Júpiter no se escribe en este libro sino en los cinco siguientes

Saturno fue hijo del Cielo y de Vesta, según escribe Lactancio en el libro de las *Divinas Instituciones* [I, 14, 1-12]. Antes que nada, lo unieron en sagrado matrimonio con su hermana Opis y le atribuyeron muchos hijos tenidos de ella, a todos los cuales dicen algunos que los devoró y en seguida los vomitó. Algunos que Júpiter

fue salvado por una artimaña de Opis y añade que a él, en lugar de éste, le fue presentada una piedra como si la hubiera dado a luz Opis. Sostienen además que él le había cortado a su padre Cielo los genitales con una hoz. Cosa que otros dicen le fue ocasionada a él por Júpiter. Después escriben algunos que fue expulsado del reino por Júpiter. Pero otros que fue encadenado en los Infiernos. Hay además quienes lo describen como un anciano, triste, sucio, con la cabeza tapada, perezoso, indolente y armado con una hoz. Lactancio muestra la razón de por qué es llamado hijo del Cielo y de la Tierra cuando en el libro de las *Divinas Instituciones* [I, 11, 55], poniendo por testigo a Minucio Félix, dice: «Que Saturno, después de haber sido puesto en fuga por su hijo y haber llegado a Italia, fue llamado hijo del Cielo, porque solemos decir que han caído del Cielo éstos cuyas virtudes admiramos o los que han llegado de repente; y de la Tierra porque llamamos hijos de la Tierra a los nacidos de padres desconocidos. Ciertamente estas cosas son muy parecidas a la verdad, pero no verdaderas puesto que se sabe que también fue considerado así cuando reinaba. Así puede argumentarse que Saturno, ya que era un rey muy poderoso, para conservar el recuerdo de sus padres, dio los nombres de éstos a los del cielo y la tierra, puesto que éstos eran llamados con otras palabras, con la misma razón con la que sabemos que se imponen los nombres a los montes y ríos.» Estas cosas Lactancio, quien en otro lugar [I, 13, 14]: «En efecto, dice Ennio en el *Evémero* que no reinó el primero Saturno sino su padre Urano.» Y él mismo en otro lugar [I, 11, 16]: «Está por tanto claro que no nació del Cielo, puesto que no puede ser, sino de otro hombre que se llamó Urano; testigo de que esto es verdad es Trismegisto quien, al decir que vivió un poco después, en aquellos en los que llevó a cabo su doctrina, llamó parientes suyos a Urano, Saturno y Mercurio, etc.» Que este Urano fue llamado Cielo por Saturno lo atestigua el propio Lactancio, al decir: «He leído en la *Historia Sagrada* que Urano, hombre poderoso, tuvo como esposa a Vesta y que de ella tuvo a Saturno, a Opis y a otros. Cuando este Saturno se convirtió en dueño del reino llamó Cielo a su padre Urano y Tierra a su madre, para con este cambio de nombres aumentar el brillo de su origen, etc.» Por otra parte, sobre su esposa Opis se han dicho muchas cosas antes. El que devorara a sus hijos y después los vomitara oculta un significado doble, a saber el histórico y el natural. Pues se lee en la *Historia Sagrada,* como se ha dicho en otros lugares, que Saturno, para conservar el reino, hizo con su hermano Titano el pacto de matar a toda la descendencia masculina que naciera de él; pero los varones que nacían eran guardados a escondidas de él por

su esposa y se le presentaban las hembras y así los hijos, en cuanto a Saturno, parecían tragados y que los vomitó cuando se presentaron para vengarlo frente a Titano. La explicación natural acerca de estas cosas la dice así Cicerón *[Nat. dios.,* II, 25, 64]: «Recibe el nombre de Saturno porque se satura con los años; pues se crea la ficción de que come a sus hijos porque la edad consume los espacios de tiempo y se llena insaciablemente con sus años pasados, etc.» Y esto se ha dicho en lo tocante a la acción de devorar a sus hijos; acerca de su vómito se hablará sobre los frutos anuales recibidos de la tierra; pues los frutos producidos en su época, aunque sean devorados, todos son vueltos a ofrecer al año siguiente en la misma época por Dios, que actúa en esa misma época. A causa de esta ficción de ningún modo entendida por los ignorantes, fue creído por algunos que nació ese detestable ritual de los sacrificios de algunos pueblos bárbaros, a saber con el que a Saturno, en efecto, le inmolaban, no ya los hijos ajenos sino los propios, como si obraran del mismo modo que él. Dice Macrobio en el libro de los *Saturnales* [I, 7, 31] que Hércules, vencido Gerion, cambió este sacrificio en Italia y ordenó que en lugar de cabezas humanas, con las que se llevaba a cabo, se pusieran en los altares de Saturno, una vez encendidas las antorchas, figurillas hechas de cera que imitaran la figura humana, lo cual fue observado después durante mucho tiempo. Dicen además que, nacido Júpiter, en su lugar fue mostrado a Saturno por su esposa una piedra; sobre lo cual dice Teodoncio que esta misma piedra fue Júpiter pero que se le enseñó a Saturno no su Júpiter sino el hijo de otro hombre y que se llamó Lapis[267], lo que quizá sucedió así. Pues dice Eusebio [46, 14-16] que cuando Dánao reinaba en Argos, un cierto Lapis gobernaba a los cretenses en la época en que, según algunos, ya podía haber empezado a reinar el Júpiter Cretense. Sobre la castración, que algunos pretenden hecha por Júpiter a Saturno, se ha hablado suficientemente antes cuando se ha hecho sobre la segunda Venus. Los historiógrafos consideran cosa muy cierta que Saturno fue expulsado del reino por Júpiter; la causa de esta acción la declara la *Historia Sagrada* en la que se lee que después de que Júpiter hubiera liberado a Saturno y a Opis, cautivos de los Titanes, quizá Saturno descubrió que sería expulsado del trono por Júpiter y por ello, para evitar su destino, tendió emboscadas a Júpiter para matarlo; cuando Júpiter se dio cuenta de ello, reunidas sus tropas, tomó las armas contra él. Como éste no fuera capaz de hacerle frente, y según sostienen algunos vencido en Flegra, emprendió la huida. Demuestra

[267] Piedra.

que es falso que fueran encadenados por Júpiter en los Infiernos la *Historia Sagrada*[m] en la que está escrito así: «Luego Titán, después de que supo que los hijos de Saturno habían sido engendrados y criados a sus espaldas, llevó consigo a sus hijos, que reciben el nombre de Titanes, y apresó a su hermano Saturno y a Opis, colocó a su alrededor una muralla y los puso bajo custodia.» Y un poco después de esto se dice: «Por último Júpiter, cuando oyó que su padre y su madre estaban encerrados entre murallas y encadenados, llegó con una gran muchedumbre de Cretenses, redujo a Titano y a sus hijos, liberó a sus padres de las cadenas, restituyó el reino a su padre y así él volvió a Creta.» Estas cosas allí. Por las que, dice Lactancio *[Div. Inst.,* I, 14, 9], Júpiter está libre del delito del más importante crimen, puesto que se cuenta que aprisionó a su padre con cepos. Pero si queremos seguir la opinión de este mismo Lactancio[m], quien en su *Comentario a la Tebaida de Estacio* [VIII, 44] dice que Saturno fue encadenado por Júpiter en los Infiernos, entonces diremos que como Saturno expulsado por Júpiter, como se dirá, se fue a Italia, que con relación a Grecia está más abajo, esto es más próxima al ocaso, parece que bajó a los Infiernos y que allí fue encadenado porque no podía volver a su reino, del mismo modo que también llamamos a veces encadenados a los exiliados. Que es un anciano triste con la cabeza velada, lento y sucio y adornado con una hoz son cosas que convienen todas al planeta y al hombre. Pues Albumasar en su más importante *Introductorio* dice que Saturno es en su constitución frío y seco, melancólico y de boca maloliente, cosas que parecen concernir al hombre triste. Dice además que él es un gran comedor, avaro, pobre hasta la indigencia, tramposo, envidioso, de gran ingenio, seductor y audaz en los peligros, y de poca conversación, soberbio, simulador, jactancioso, de la mayor reflexión y de profundo pensamiento, tardo para enfurecerse pero casi implacable, bueno, no deseoso de nada y devastador de los lugares. Es además el que indica la obra que tiene que ver con la agricultura, el indicador de las medidas y divisiones de las tierras, de las largas y fatigosas peregrinaciones, de las cárceles, de las tristezas y de las penas, de las vueltas de los ánimos, de los engaños y de las aflicciones, de las destrucciones, de las pérdidas de los muertos y de sus reliquias, de los vituperios y de los latrocinios, también de los cavadores de sepulcros y de los sepultureros, de los magos, de los hombres viles y

[268] En Lact., *Div. Inst.,* I, 14, 7 y 10.
[269] Vemos como Boccaccio confunde a Lactancio Firmiano, autor de las *Divinas Instituciones,* con Lactancio Plácido, comentarista de la obra de Estacio.

de los eunucos. No añado cuan conformes son todas estas cosas con las atribuidas al hombre Saturno, puesto que fácilmente lo verá un hombre clarividente y también se tocará parcialmente en lo que sigue. Pero queda por ver cuan conformes están con Saturno, sobre el que se habla. Se le imagina triste para que se ponga de manifiesto la constitución melancólica y la tristeza del exiliado. Anciano porque lo era cuando fue expulsado y porque los ancianos tienen un rostro feo y la mayor parte de las veces maloliente, y porque tuvo influencia con su pensamiento y astucia de la que se valen en gran manera los de muchos años. Sostuvieron que llevaba la *cabeza* cubierta por esta razón, para indicar el aspecto negruzco de la estrella de Saturno y el porte del que huye, la oculta sagacidad de los Saturninos, sus pensamientos y simulaciones. Dijeron que era lento porque, a causa de la pesadez de los miembros, los ancianos son lentos para andar, lentos para enfurecerse y el propio cuerpo del planeta es lento en su movimiento, pues completa en casi treinta años con su curso la órbita del zodíaco, lo que los otros hacen en un espacio de tiempo mucho menor. Pienso que se creó la ficción de que era sucio porque Saturno tiene como característica proporcionar costumbres impuras. O bien porque, expulsado del reino según la antigua costumbre, y colocado en la desgracia, se acercó sucio a Jano, su receptor, esto es vestido con la indumentaria que muestra la desgracia. O para poner de manifiesto que los que ejercen la agricultura no pueden vivir con limpieza. Y está adornado con una hoz para que nos demos cuenta de que por él mismo fue enseñado por primera vez a los ítalos todo tipo de cultivos de los campos que era desconocido para nosotros antes de su llegada. Así pues, explicadas estas cosas, me agrada añadir qué le ocurrió una vez expulsado, qué hizo mientras vivió, qué le fue consagrado ya muerto por los supervivientes. Por tanto, cuando vencido y puesto en fuga era perseguido en todas partes por su hijo, huyó por último a Italia, según atestigua Virgilio [VIII, 319-20] al decir: «Vino el primero desde el etéreo Olimpo Saturno, que huía de las armas de Júpiter y exiliado al haberle sido arrebatados sus reinos.» Y en Italia, según dice Macrobio *[Sat.,* I, 7, 21], fue recibido por Jano y *[En.,* VIII, 321-5] «reunió a la raza indómita y diseminada en los elevados montes y les dio leyes, y prefirió que se llamase Lacio porque se había escondido seguro en estas costas. Llaman de oro a los siglos que estuvieron bajo aquel rey: así gobernaba los pueblos en una plácida paz, etc.». Recibido, pues, en Italia, enseñó muchas cosas no conocidas antes y entre otras, puesto que hasta entonces la fortuna consistía en las pieles de

ganado endurecidas con fuego, él mismo fue el primero en acuñar monedas y dio un nombre a las acuñadas, grabando en la moneda por una cara la cabeza bifronte de Jano, su receptor, y en la otra una nave porque al huir había llegado en una nave, e hizo esto para que se mantuviera en sus descendientes el recuerdo de su llegada. Esto lo testimonia Ovidio en el libro de los *Fastos* [I, 233-40], aunque no diga que las monedas fiíeron acuñadas por él, como dice Macrobio, sino por sus descendientes, así: «Queda la explicación del navio; vino en barco hasta el río Tusco el dios portador de la hoz, habiendo sido recorrido antes el mundo. Yo recuerdo que Saturno fue recibido en esta tierra: había sido expulsado por Júpiter de los reinos celestes. Por ello permaneció durante mucho tiempo el nombre de Saturnia para esta raza. También la tierra es llamada Lacio, porque el dios se ocultó. Pero la piadosa posteridad cinceló una nave en el bronce para conmemorar la llegada del huésped divino, etc.» Dicen además que, porque reinaba en buena armonía con Jano y habían construido sus ciudades cercanas con una obra conjunta, a saber Saturnia y Janículo, fueron los siglos de oro porque entonces la vida era libre para todos, nadie era esclavo, nadie sometido a nadie, incluso se dice que ningún robo se hizo en sus fronteras y que bajo él nada fue particular de nadie. Y no estaba permitido marcar el suelo o dividir el campo con un límite, buscaban lo común[270]. Por este motivo con respecto a los siglos siguientes aquellos se llaman de oro. Y los Romanos quisieron que el erario público estuviera en el templo de Saturno, para que en él se colocara el dinero común, bajo el que todas las cosas habían sido comunes para todos. Además enseñó a los que no lo sabían a cultivar los campos, entregar semillas a las tierras, recolectar las maduras y fecundar en su momento los campos con estiércol, por lo que, ya que de los otros oficios no obtuvo ningún sobrenombre, fue llamado Esterculio. Para un dios tan grande y de tal clase es, sin duda, un nombre espléndido y brillante. Por fin, después de haber pasado su vida en muchas cosas de hombres para lo mejor, sucedió que de repente no volvió a aparecer. Por esta causa pensó Jano, según afirma Macrobio *[Sat.,* I, 7, 24] en un aumento de sus honores y en primer lugar llamó Saturnia a toda la tierra que obedecía a su mando. Después fundó un altar con sacrificios,

[270] Obviamente, al hablar de la Edad de Saturno, identificada con la Edad de Oro, no puede sustraerse Boccaccio al recuerdo del libro primero de las *Geórgicas,* vv. 125 ss. y en concreto aquí transcribe casi literalmente los versos 126-7, poniendo *solum* en lugar de *quidem,* que es lo que da el texto de Virgilio.

como si fuera un dios, que llamó Saturnalia y ordenó que él fuera considerado con la dignidad de la religión, como autor de la vida mejor. Su estatua tiene el indicio de este asunto, a la que se añadió una hoz, símbolo de la siega. A este dios le atribuyen los injertos de los vastagos, la cría de los frutos y el arte de cultivar todas las plantas fértiles de este tipo. Y, según dice el mismo Macrobio *ÍSat.,* I, 10, 20], fue convencimiento de algunos que él, junto con su mujer, eran el cielo y la tierra y fue llamado Saturno de siembra, cuya causa procede del cielo, y la tierra Opis, con cuya ayuda se buscan los alimentos de la vida humana o de la obra[m] por la que nacen todos los frutos y mieses. A esta diosa le hacen votos sentados y tocan la tierra deliberadamente demostrando que la propia madre tierra debe ser deseada para los mortales. Y así no sólo sostienen que Saturno es un dios sino incluso el Cielo que actúa conjuntamente con su esposa. Además, Filócoro[m], para poner de manifiesto que esto no fue tan sólo locura de los ítalos, dice que Cécrope erigió por primera vez en el Ática un altar para Saturno y Opis y que a ellos los honró como dioses en lugar de Júpiter y la tierra y estableció que los padres de familia junto con sus siervos se alimentaran de las cosechas y frutos iniciados por todas partes. Así también el cómico Apolofanes[m] dice en un poema épico que Saturno es como un sagrado *nous,* puesto que pensamiento en griego se dice *nous,* o el sembrador *nous,* como si fuera el pensamiento divino que crea todas las cosas, etc. Los Romanos, cuya mayor preocupación fue no disponer nada sin significado, cuando construyeron un templo para el dios, esculpieron en su tejado de doble vertiente Tritones con trompetas y enterraron sus colas en tierra, pretendiendo que por esto se entendiera que por la evocación de éste hasta nuestra época es clara y sonora la historia, que antes de él es muda, oscura y desconocida, lo que entienden por el enterramiento de las colas. Y sean dichas estas cosas sobre Saturno.

[271] Como se ve juega con la etimología de Saturno, derivado de *satus:* siembra y la de Opis, de *ops:* ayuda, y *opus:* obra.

[272] Citado por Macr., *Sat.,* I, 10, 22.

[273] Citado por Fulg., *Myth.,* I, 2, aunque no dice que Apolofanes sea cómico.

CAPÍTULO II

Sobre Cronis, primera hija de Saturno

Cronis, según Barlaam, fue hija de Saturno. Sin embargo, Lactancio dice que no fue una hembra sino un varón, que en latín recibe el nombre de Serpentario y que fue colocado entre las constelaciones por los Egipcios. Sin embargo, puesto que en latín significa tiempo, para que no parezca que el tiempo nace del tiempo, pienso que debe ser entendida como una determinada dimensión del tiempo. Y ya que los Griegos llaman Crónicas, a partir de Cronis, a los libros de hazañas que nosotros llamamos Anales, pienso que los antiguos entendieron esta dimensión de Cronis como el año, cosa que también parece mostrar con bastante claridad la antigua descripción del año de los Egipcios, a saber el Serpentario. Pues el Serpentario es un hombre que tiene en sus manos una serpiente que se enrosca en círculo sobre sí misma hasta el punto de que parece devorar la cola con su boca. Los egipcios hacían uso de este signo por el año antes de que les fueran entregados los caracteres de sus letras por Isis o por Mercurio; y así, Cronis será aquella dimensión del tiempo a la que solemos llamar año. Para designar este año Censorino, en el libro que escribe para Cerelo *Sobre el día del cumpleaños* [XIX, ss.] escribe una larga historia añadiendo muchas intercalaciones de años y de meses y restas y sumas de días y además las opiniones de distintos filósofos que yo omitiré para que sean investigadas por los curiosos, de manera que las seguiré con brevedad tomando sólo las cosas oportunas. Por tanto, el año es doble, a saber el corriente y el grande; antaño los Egipcios tuvieron un año corriente de dos meses, los Arcadios trimestral, los antiguos Romanos bajo Rómulo, su primer rey, tuvieron un año de diez meses desiguales, al que Numa Pompilio añadió dos para que fuera de doce meses, pero de trescientos cincuenta y cuatro días, que fue el año más antiguo de los Hebreos y que se mantiene hasta el día de hoy por los Israelitas. Pero como un año de este tipo requiere muchas intercalaciones para que las fiestas de las cosechas no fueran en invierno o los sacrificios invernales se realizaran en verano, Gayo Julio César, en su tercer consulado, adecuó el año al curso del Sol y determinó que fuera de trescientos sesenta y cinco días y un cuarto porque había averiguado que en este tiempo el Sol daba la vuelta alrededor de casi todo el Zodíaco. Y puesto que parecía difícil añadir esa cuarta

parte a cada año, determinó que cada cuarto año fuese siempre un año de trescientos sesenta y seis días añadiendo aquel día al mes de febrero en esta forma para que no pareciera aumentado: que se dijera dos veces el sexto día de las kalendas de marzo, a saber a los dos días seguidos en los que tocara llegar y éste es bisiesto. Los Romanos comenzaron este año por el mes de Marzo a causa del respeto a Marte por el que se llamó así aquel mes, pero otros de otro modo. Por su parte, el Año Grande es, según Aristóteles [274], el que el Sol, la Luna y los restantes planetas completan cuando vuelven todos a la vez al mismo punto del que partieron todos juntos, de manera que si todos están en el comienzo de Aries y empiezan a partir de ahí su curso, cuando acontezca que todos ellos se encuentren conjuntamente en el comienzo de Aries, entonces se habrá completado el Año Grande. Los antiguos consideraron que éste se realizaba de diferente modo, según muestra el propio Censorino [XVIII, 11]. Pues dice que Aristarco pensaba que este año estaba formado de dos mil cuatrocientos ochenta y cuatro años corrientes, pero Arete de Dirraquio de cinco ¿nil quinientos cincuenta y dos, Heráclito y Lino de diez mil ochocientos, Dión de diez mil ochocientos ochenta y cuatro, Orfeo de cien mil veinte, Casandro de tres millones seiscientos mil. Estas cosas aquél. Tulio, por cierto, parece pensar que se compone de quince mil años[275]. Pero Servio *[a En.,* I, 269] de doce mil novecientos cincuenta y cuatro. Ándalo, anciano venerable, y Paulo Geómetra, florentino, ambos astrólogos insignes, decían que estaba formado de treinta y seis mil. Sin duda, del conjunto de todos ellos nació el error al afirmar éstos que si sucede que los cuerpos celestes vuelven al mismo lugar desde donde en otro tiempo iniciaron su curso y vuelven a emprender el curso, necesariamente han de producir los mismos efectos que produjeron en otro momento, y así nosotros hemos de volver a esta vida una y otra vez hasta el infinito, creer lo cual es ciertamente ridículo.

[274] Citado por Censorino, *De die nat.,* XVIII, 11.

[275] En *De nat. deor..* II, 20, 51-52, Cicerón habla del *magnus annus* y de la duración de las órbitas del Sol y de los planetas, no hace alusión a la duración del Año Grande. Servio cita el *Hortensio* de Cicerón como fuente, para establecer una duración del Año Grande de 12.954 años, tanto en *Aen.,* I, 269, como en III, 284, y también cita a Cic, *De nat. deor., loe. ct.,* para una duración de 3.000 años, indicación ésta que nosotras no hemos encontrado en este lugar en que habla del Año Grande.

CAPÍTULO **III**

Sobre Vesta, segunda hija de Saturno

Dice Ovidio *[Fast.,* VI, 285-6] que Vesta fue hija de Saturno y de Opis: «Recuerdan que por Opis fueron engendradas Juno y Ceres con la semilla de Saturno. La tercera fue Vesta, etc.» Y así hubo dos Vestas, la madre y la hija de Saturno. Sobre ellas hablan confusamente los autores poniendo algunas veces a la una por la otra. Y cuando dicen que Vesta es la tierra porque está vestida de flores y de hierbas, debe entenderse que se habla de la madre de Saturno. Pero cuando la llaman virgen se designa la hija de Saturno, que pretendieron que era el fuego, como dice Ovidio *[Fast.,* VI, 291-4]: «Y no interpretes que Vesta es otra cosa que la llama viva, y no ves ningún cuerpo nacido de la llama. Por tanto con todo derecho es llamada virgen la que no devuelve ni toma ninguna semilla, etc.» Dice Alberico [III, 2, 5] que ésta fue nodriza de Júpiter, exponiendo que el fuego celeste se alimenta del fuego inferior. Yo, sin embargo, creo lo contrario, a saber que lo elementado se nutre del elemento, que está más alto. Pienso que corresponde a la historia que Júpiter fue nutrido por Vesta, puesto que, como se ha dicho antes, Júpiter fue alejado de la vista de Saturno y confiado a su abuela Vesta y alimentado por ella. Dicen también que ésta fue amada por Priapo, el dios de los huertos, lo cual es creíble, puesto que dice Ovidio *[Amores,* III, 4, 17]: «Nos esforzamos siempre en lo prohibido y deseamos las cosas que se nos niegan.» Así pues, sostienen que Vesta era virgen y los Romanos asignaron vírgenes para su servicio a las que los libidinosos siempre desearon, porque estaban guardadas con una vigilancia más cuidadosa. O bien, porque Priapo está abatido sin el fuego, esto es sin el calor. Además dicen que nunca se ha visto su estatua, cosa que dicen porque es desconocida; pues si vemos la llama, ¿qué efigie diremos que tiene? Dice además Agustín *[Ciud. dios.,* IV, 10] que alguna vez los antiguos llamaron a Vesta Venus porque, aunque parezca deshonesto desfigurar a una virgen con el nombre de una meretriz, esta ficción puede tener algún motivo. Porque decimos que los que llegan a Venus, esto es al placer, corren al fuego, coma Virgilio. Corren a las furias y a los fuegos, esto es a la lujuria; por tanto también este calor, por la similitud, podrá llamarse Vesta y en absoluto será extraño al entero significado de esta ficción, puesto que decimos que Vesta es hija de Saturno, esto es de la

saturación, saturación de la que nace no menos el fuego venéreo que el pudor virginal. Los Romanos honraron a ésta en gran manera y en su templo guardaban con vírgenes que la servían el fuego perpetuo, que renovaban siempre con grandes celebraciones el primer día de Marzo y obtuvieron este sacrificio, entre otros, de los Troyanos.

CAPÍTULO IV

Sobre Ceres, tercera hija de Saturno y madre de Prosérpina

Ceres, distinta de la anterior, es la conocidísima diosa de las cosechas e hija de Saturno y de Opis, como ha sido mostrado antes por Ovidio [*Fast.*, VI, 235]. Dicen que ésta fue del agrado de su hermano Júpiter y que de él concibió a Prosérpina. Como Plutón hubiese raptado a ésta y no fuera encontrada por Ceres, dicen que ella la buscó con antorchas encendidas y con gran griterío por todo el mundo; finalmente, enfurecida en la laguna de Ciane, tras haber roto los rastrillos, arados y demás instrumentos del campo que había inventado para el cultivo de la tierra, descubrió el cinturón de su hija y fue hecha sabedora por la ninfa Aretusa de que la había visto en los Infiernos. Cuando ella hizo ante Júpiter la acusación de la osadía de Plutón, le fue aconsejado en primer lugar por él que comiera adormideras. Cuando ella, cansada, lo hizo, se quedó dormida y cuando al despertar se presentó ante Júpiter obtuvo de él que podía recuperar a su hija en el caso de que no hubiera comido nada en los Infiernos, pero por la delación de Ascálafo se descubrió que ella había degustado tres granos del fruto púnico del huerto de Plutón. Por esta razón Júpiter, para mitigar la tristeza de Ceres, dispuso que Prosérpina estuviese seis meses del año con su marido y otros tantos entre los dioses de arriba con su madre. Cuentan también, y entre otros Lactancio [*a Teb.*, II, 382], que como Ceres, buscando a su hija, llegara a casa del rey Eleusio, cuya esposa era Hionia y ésta hubiese dado a luz un pequeño de nombre Triptólemo y buscase una nodriza para él, Ceres se ofreció voluntariamente como ama de cría para el niñito y al haber sido aceptada, queriendo hacer inmortal a su pupilo, durante el día lo alimentaba con leche divina, por la noche a hurtadillas lo sumergía en el fuego y así el niño crecía más de lo que

tenían por costumbre los mortales. Como el padre se admirara de ello, a escondidas observó una noche qué hacía la nodriza con el niño y al haber visto que éste era sumergido en el fuego, lanzó un grito, irritada por lo cual Ceres mató a Eleusio y entregó a Triptólemo un beneficio eterno; pues le dio granos para que fueran propagados por él y un carro tirado por dragones. Vencedor él con estas cosas sembró el orbe de las tierras con cosechas. Y después de que volvió a su casa, el rey Céleo intentó matarlo como a un rival pero, conocida la situación, por orden de Ceres entregó el reino a Triptólemo quien allí mismo fundó una ciudad a la que llamó Eleusis por el nombre de su padre y fue el primero en establecer los sacrificios a Ceres que los griegos llamaron Tesmoforias. Sin embargo, Ovidio *[Fast.,* IV, 537-62] dice que Triptólemo era un niño enfermo e hijo de una mujer pobre, al que Ceres curó en compensación del beneficio y después le entregó un carro y lo envió con trigo. Más tarde fue casi muerto en Escitia por el rey Linceo, al que Ceres metamorfoseó en el animal de su nombre. Hay además quienes dicen, y sobre todo Hornero en la *Odisea* [V, 125-6] que Ceres se enamoró de un tal Iasión y se unió a él en amistad y lecho. Y Leoncio añadía que Ceres dio a luz de Iasión a su hijo Plutón[275bis] y que finalmente Iasión fue fulminado por Júpiter a causa de la envidia. También se relatan además otras cosas, pero nosotros extraigamos el significado de lo dicho. Por tanto, Ceres es unas veces la Luna, otras veces la Tierra y alguna vez el fruto de la tierra y muy a menudo mujer y por ello cuando se la llama hija de Saturno y de Opis, es mujer y esposa de Sicano, el rey de Sicilia, como afirma Teodoncio y cuando de Júpiter da a luz a Prosérpina entonces es la Tierra, de la nace en primer lugar Prosérpina, esto es la Luna según la opinión de los que pensaron que todas las cosas han nacido de la tierra, o más bien es considerada la Luna hija de la Tierra porque, puesto que sube desde el hemisferio inferior hasta el superior, les pareció a los primitivos que ella salía de la tierra y así la llamaron hija de la Tierra. A ésta la rapta Plutón, que también es la tierra, pero la del hemisferio inferior, puesto que a partir del decimoquinto día empieza a no aparecer a la puesta del Sol y de ahí se produce que parezca que ella está tanto tiempo en el hemisferio inferior como en el superior, de donde se tomó aquella fábula de que Júpiter dictara la sentencia de que estuviera la mitad del año entre los dioses de abajo con su marido

275 bis Boccaccio da el mismo nombre a Plutón, el dios del Infierno, y a Pluto, personificación de la riqueza, hijo de Ceres e Iasión.

y otros tantos entre los de arriba con su madre. O de otro modo. Ciertamente Prosérpina debe ser considerada como el trigo que, a partir de la semilla arrojada a los surcos, a no ser que actúe la temperatura del cielo, no puede obtener un crecimiento y, si no es ayudada por el calor de éste, no podría llegar a la madurez. Júpiter es la templanza y el calor del cielo, con cuya acción en su tiempo debido crecen las mieses y alcanzan la madurez; y así Prosérpina nace de Júpiter y de Ceres. La cual es raptada por Plutón, esto es por la tierra, en el momento en que no se devuelve la semilla arrojada a la tierra, lo que a veces ocurre a causa de la siembra excesivamente repetida, a consecuencia de la cual la tierra es privada tanto del beneficioso líquido que exhausta no puede dar alimento a las semillas arrojadas. Por ello, irritada Ceres, esto es los agricultores, que pueden ser llamados hombres de tierra, rompe los instrumentos del campo, esto es reconoce lo que se ha hecho en vano y lo desatiende y con el grito femenino, esto es con la queja de los agricultores, con las antorchas encendidas, es decir con el incendio de los campos con el que se evaporan los líquidos adversos que están cerca de la superficie de la tierra hacia lo alto; y es aconsejado por Júpiter a Ceres que como adormideras, esto es que vaya al descanso, pues las adormideras tienen como característica proporcionar el descanso del sueño, descanso por el que debe entenderse la interrupción del cultivo para que, por esta interrupción, la tierra pueda recuperar los líquidos expulsados. La raptada Prosérpina, esto es la abundancia de las mieses, no puede volver a los dioses de arriba de manera inmoderada puesto que había comido granos del fruto púnico, por los que deben ser entendidos los principios de la vida vegetativa, que se inician en el momento en que a consecuencia de la humedad de la tierra se humedece y calienta la semilla arrojada y putrefacta por ello se precipita en las raíces, con cuya acción las cosechas se vivifican. Estos principios se designan mediante los granos del fruto púnico para que se entienda que son semejantes a la sangre y así como la sangre es el alimento del animal sensitivo, así aquellos principios lo son del vegetativo y, según opina Empédocles [276], del mismo modo que la vida de los animales sensitivos reside en la sangre, la de las cosechas en el líquido de la tierra. Pero por la sentencia de Júpiter, esto es por la disposición del cielo, se consigue que después del sexto mes, que señala la mitad del año, vuelva a los dioses de arriba Prosérpina, es decir la abundancia de las mieses, porque en

[276] Citado por Macrobio, *Comm. in Sotan. Scip.*, I, 14, 20.

el séptimo mes a partir del día o del mes de la siembra comienzan a aparecer las espigas de las mieses y a recoger los granos, e incluso a llegar a su madurez, granos que se mantienen en los lugares de arriba hasta la época de la nueva siembra. Teodoncio cuenta una historia muy antigua de esta Ceres, de la que parecen haberse tomado muchos motivos de la ficción anterior, y dice que Ceres, la hija de Saturno, fue la esposa del rey Sicano y reina de Sicilia, dotada de brillantísima inteligencia. Como ella veía a lo largo de la isla que los hombres errantes comían bellotas y frutos silvestres y no estaban sometidos a ningunas leyes, descubrió por primera vez en Sicilia el cultivo de la tierra y, tras ser inventados los instrumentos del campo, unció los bueyes y confió las semillas a las tierras, por lo que los hombres empezaron a dividir los campos entre sí, a reunirse y a vivir según las costumbres humanas, razón por la que ha sido dicho por Ovidio [V, 341-3]: «Ceres fue la primera que surcó los terrones con el ganchudo arado, la primera que dio cosechas y alimentos maduros a las tierras, la primera que dio leyes: todas las cosas son un don de Ceres, etc.» Dice que Prosérpina fue una mujer muy hermosa, hija de la reina Ceres y que a causa de la gloriosa fama de su belleza fue raptada y tomada como esposa por Orco, rey de los Molosos. Cosa que también atestigua Eusebio en el libro de los *Tiempos* [49, 19-26]. Pero de esto se hablará con más extensión después. Acerca de Triptólemo escribe Filócoro [276bls] que fue un rey muy antiguo de una región del Ática. Este al haber muerto su padre Eleusio en una época de gran penuria por una agitación del pueblo porque, mientras la plebe moría de hambre, él había alimentado abundantemente a su hijo, huyó y en una nave larga, cuya enseña era una serpiente, se marchó a regiones extrañas y, obtenida gran abundancia de trigo, volvió a la patria expulsado de la cual Céleo, que había ocupado la tierra, o según otros Linceo de Tracia, fue restituido en el reino paterno y, una vez restituido, no sólo repartió alimentos entre sus subditos sino que les enseñó, tras haber construido el arado, a cultivar la tierra, por lo que fue considerado pupilo de Ceres. Sin embargo, hay quienes sostienen que no fue Triptólemo sino Buzingues, un ateniense, el que descubrió en el Ática el buey y el arado. Dice también Filócoro que Triptólemo vivió muchos siglos antes de que Ceres fuera reina de los Sículos. Sobre el hecho de que Ceres amara a Iasión dice también Leoncio la siguiente historia: Como en la época del diluvio de Ogiges Iasión, un cretense,

[TM]V* **Cf. Jacoby, 328, F, 104 c.**

amontonara mucho trigo, lo vendió a su capricho a los que sufrían penuria a causa del diluvio y así del trigo consiguió una gran fortuna, y de ahí se dio lugar a la fábula de que de Ceres, esto es del trigo, tuvo a Plutón el dios de las riquezas, es decir sus riquezas. Se dice que Iasión fue fulminado por Júpiter por envidia porque a los amigos, a los que les era beneficioso, les pareció que había sido arrebatado antes de tiempo.

CAPÍTULO V

Sobre Glauca, cuarta hija de Saturno

Glauca fue hija de Saturno y de Opis y, según cuenta la *Historia Sagrada*[Tn], dada a luz en el mismo parto que Plutón y presentada ella sola a Saturno, siendo guardado a escondidas y criado Plutón; ella, todavía muy niña, murió.

CAPÍTULO VI

Sobre Plutón, quinto hijo de Saturno, que engendró a Veneración

Plutón, que en latín es llamado Dispater, hijo de Saturno y de Opis, fue dado a luz, como antes se ha dicho, en el mismo parto que Glauca y guardado a escondidas de Saturno. Los antiguos crearon la ficción de que éste era el rey de los Infiernos y le asignaron la ciudad de Dite, sobre la que Virgilio [VI, 54&-56] así: «Mira Eneas y de pronto bajo la roca de la izquierda ve anchas murallas rodeadas de triple muro, a la que ciñe el rápido río de torrentes de llamas, el Tartáreo Flegetonte, y hace rodar resonantes rocas; la puerta de enfrente es enorme y las columnas de hierro macizo, de manera que ninguna violencia de los hombres y ni siquiera los propios habitantes del cielo puedan romperlas con la guerra; una torre de hierro se eleva a los aires y Tisífone sentada, ceñida con un manto ensangrentado, cuida sin dormir noche y día el vestíbulo,

[m] Lactancio, *Div. Inst.*, I, 14, 5.

etcétera.» Su palacio y su majestad los describe así Estacio [VIII, 21-31]: «Sentado en el centro de la ciudadela de su triste imperio, el rey del Erebo reclamaba a los pueblos los crímenes de su vida, sin compaderse en nada de los hombres, enfurecido con todas las sombras. A su alrededor están las Furias, los distintos tipos de Muertes en orden y el cruel Castigo agita sus cadenas que hacen mucho ruido. Los Hados conducen las almas y las condenan con su dedo pulgar. Vence el trabajo: a su lado el buen Minos con su temible hermano advierte de las buenas leyes y suaviza al cruento rey; están presentes, hinchados de lágrimas y de fuego, Cocito y Flegetonte; y la Estige da a conocer los perjurios de los dioses, etcétera.» Determinaron para él un carro de tres ruedas, que se llama triga, y sostuvieron que era arrastrado por tres caballos, a saber por Meteo, Abastro y Novio. Dice Ovidio [V, 346-408] que éste, para no vivir soltero, se buscó una esposa. Pues como un día intentase Tifoeo, con sus enormes fuerzas, apartar Trinacria, que estaba colocada sobre él, le pareció a Plutón que si esto llegaba a suceder la luz del día penetraría hasta él; subiendo a su carro con este motivo para inspeccionar los cimientos de Trinacria, salió del Infierno y, cuando hacía un recorrido alrededor de la isla, vio no lejos de Siracusa a Prosérpina que recogía flores con unas doncellas, sus compañeras. Puesto que ella desdeñaba los fuegos de Venus, sucedió que de repente Plutón fue cautivado por su hermosura y por ello, dando la vuelta al carro, raptó a la doncella que no temía tal cosa, la llevó a los Infiernos y se unió a ella en matrimonio. Dicen además que fue hija suya Veneración o Reverencia y le asignan como guardián de su reino al perro Tricérbero. Dicen que éste era de tres cabezas, de una ferocidad inaudita y que lo devoraba todo. Acerca del cual habla así el tragediógrafo Séneca en la tragedia de *Hércules loco* [782-8]: «Después de estas cosas aparece la mansión de Dite. Aquí aterroriza a las sombras el cruel perro estigio quien, agitando sus tres cabezas con enorme ruido, guarda el reino. Su cabeza, sucia de sangre corrupta, la lamen las culebras, se eriza la cabellera de serpientes y una larga serpiente silba en su cola enroscada. Su ira es igual a su figura, etc.» Pienso que estas cosas deben entenderse así: Puesto que según Fulgencio *[Mit.,* I, 5] Plutón significa en latín riquezas y por ello es llamado por los Latinos Dispater, como si fuera el padre de las riquezas, y es manifiesto que las riquezas perecederas están en las tierras o son extraídas de la tierra y a la tierra se la llama Opis como muy a menudo se ha dicho antes, con toda razón se dice que Plutón es hijo de Opis. Pero, dado que las primeras riquezas en parte

se evidenciaron a consecuencia del cultivo de la tierra, al no estar descubierto todavía el oro, y Saturno enseñó a cultivar la tierra, es llamado padre de Plutón. Se concede a las riquezas una ciudad de hierro y Tisífone como su guardiana para que conozcamos las férreas mentes de los avaros y sus atrocidades en torno a la custodia y posesión de éstas. Dice Virgilio [VI, 563] que ningún justo penetra en esta ciudad: «No le está permitido a ningún hombre honesto pisar el umbral de los criminales, etc.», para que quede patente que no se puede buscar o guardar riquezas sin injusticia. Escribe nuestro Dante [!«/., 11, 19 ss.] que en esta ciudad se aplican los suplicios a los obstinados que no tuvieron ningún cariño al prójimo, ningún amor a Dios. Por el palacio y las angustias de múltiples preocupaciones que están alrededor deben entenderse las detestables fatigas para aumentar la fortuna y los miedos de perderlas con las que se angustian los que tienden a las riquezas con la garganta destrozada. El carro arrastrado por triple rueda designa los rodeos de los que desea enriquecerse, para que se muestre la fatiga de los que corren alrededor del peligro y la incertidumbre del futuro. Y así se dice que son tres los caballos que tiran de él, el primero de los cuales se llama Meteo, que se interpreta como oscuro, para que por él se entienda la loca decisión de adquirir, lo que no es en absoluto conveniente, por la que es arrastrado y empujado el deseo. El segundo es llamado Abastro, que significa igualmente negro, para que se ponga de manifiesto la aflicción y la tristeza que recaen casi siempre alrededor de los peligros y los miedos. El tercero recibe el nombre de Novio, del que pensaron que significaba tibio para que por él nos demos cuenta de que a causa del temor de los peligros se entibia a veces el deseo de adquirir. Para nadie debe ser dudoso que su matrimonio con Prosérpina, a la que hemos llamado abundancia, se hace con las riquezas y sobre todo a juicio del vulgo que lo contempla, cuya opinión es a menudo equivocada; pues a menudo, al contemplar los graneros repletos de un rico, piensa que allí habrá abundancia, cuando hay hambre y penuria, procurándolas la avaricia. Sin duda de este matrimonio no nace nada, es decir nada loable o digno de recuerdo. Cerbero, según piensan algunos, fue un verdadero perro al que se le llamaba de tres cabezas porque era de resonante ladrido, excesivamente mordedor y muy fuerte sujetando. Sin embargo, los antiguos, según creo, pensaron en otros significados reconstruidos bajo esta verdad ya que se le imagina como guardián de Dite y por ello las riquezas han de ser entendidas como Dite porque, como se ha demostrado, a nadie llamamos con todo merecimiento

guardián de éstas sino al avaro; y así por Cerbero debe ser entendido el avaro, al que le asignaron tres cabezas para designar las tres clases de avaros. Pues hay quienes desean el oro y corren hacia todo tipo de lucro queriendo incluso lo deshonesto, de manera que derrochan y gastan lo obtenido, los cuales, aunque no pueden ser llamados guardianes de las riquezas, son sin embargo hombres perniciosos y dañinos. Hay quienes con gran esfuerzo y con peligro propio amontonan en todas partes y del modo que sea. De manera que tienen, guardan y custodian y no se aprovechan ellos ni otros de las cosas adquiridas y éstos son una clase inútil de hombres. Hay quienes guardan con tanta vigilancia lo obtenido no por su propio esfuerzo sino con los sudores de sus mayores que, no de otro modo que si fuera un depósito ajeno, no se atreven a tocarlo; y éstos son indolentes y muy tristes y segurísimos guardianes de Dite. Las serpientes añadidas a Cerbero son las calladas y mordaces preocupaciones de la avaricia. Además a este Plutón lo llamaron Orco, como Cicerón en las *Verrinas* [II, IV, 50, 111] cuando dice: «Que como otro Orco vino a Hena[278] y no parecía haberse llevado a Prosérpina sino que había raptado a la propia Ceres, etc.» Dice Rábano [111, 429 C] que a éste se le llamaba así, como receptor de los muertos, porque acoge a los que mueren con cualquier tipo de muerte. Sostienen además que es llamado Februo no de fiebre, como muchos estúpidamente piensan, sino de una sagrada purificación establecida por los antiguos en su honor, mediante la que se creía que los Manes eran purificados y ésta se hacía en el mes de Febrero y por eso ese mes obtuvo el nombre, cosa que está dicha por Macrobio en el libro de los *Saturnales* [I, 13, 3] así: «El segundo lo dedicó al dios Februo, que está considerado el soberano de las purificaciones; pues era necesario purificar la ciudad en aquel mes en el que se estableció que igualmente se hicieran las ceremonias debidas a los Manes, etc.» Examinadas estas cosas, hay que añadir qué historia oculta esta ficción. Así pues, Lactancio habla de esta manera acerca de Plutón en el libro de las *Divinas Instituciones* [I, 11, 31]: «En efecto, está en lo cierto el hecho de que de tal manera repartieron y sortearon el reino del mundo que a Júpiter le cayó en suerte el imperio de oriente, a Plutón, cuyo sobrenombre fue Agesilao, le tocó la parte de occidente, ya que la región de oriente, desde la que se concede la luz a los mortales, parece superior y la de occidente inferior, etc.» Y Teodoncio habla un poco más abundantemen-

[278] *Herma* es una ciudad de Sicilia. Boccaccio no dice *Hennam* sino que escribe *Aetnam,* pero nosotras mantenemos el texto ciceroniano.

te de esto. A saber que Saturno tuvo como hijos a Júpiter, Neptuno y Plutón quienes, como al haber muerto él repartieran su imperio, le tocó a Plutón, el más joven, reinar en la parte occidental del reino en aquellos lugares en los que después permanecieron los Molosos, en las orillas del Mar Inferior, y fue llamado Orco por los pueblos que limitaban por todas partes con su reino porque era cruel y acogía a los hombres criminales y porque ante su enorme perro, al que llamaba Cerbero, tenía por costumbre poner hombres vivos para que los destrozara. Más tarde raptó a Prosérpina, doncella de Sicilia, después de haberla sorprendido, la llevó a su reino y la unió a sí como esposa. Estas cosas aquél. Eusebio en el libro de los *Tiempos* [49, 16-26] dice que éste fue llamado Aidoneo y que reinó en la época del rey Linceo en Argos y de Erecteo en Atenas.

CAPÍTULO VII

Sobre Veneración, hija de Plutón y esposa de Honor

Que Veneración fue hija de Plutón lo afirma Servio *{a En.,* VII, 327]. Sin embargo, Teodoncio la llama Reverencia, diciendo que es conveniente venerar a los dioses, pero reverenciar a los hombres mayores; y puesto que ella, que se muestra a los hombres no a los dioses, fue hija de Plutón, se la llama Reverencia y no Veneración. No se sabe de qué madre fue concebida ésta ya que todos afirman que Prosérpina fue estéril. Dicen Paulo y Teodoncio que se casó con Honor y que de él dio a luz a Majestad, como se ha demostrado antes. Yo opino de esta ficción lo que veo; hemos llamado antes a Plutón dios de las riquezas, riquezas de las que vemos con bastante claridad que nace la reverencia, puesto que sólo se muestra respeto ante los ricos, aunque los hombres sean perezosos, degenerados, ignorantes y particulares; de tanto aprecio son las riquezas entre los mortales.

CAPÍTULO VIII

Sobre Quirón, sexto hijo de Saturno, que engendró a Ocírroe

Sostuvieron que el centauro Quirón fue hijo de Saturno y de Fílira. Sin embargo, Lactancio *[a Aquil.,* 274] dice que fue concebido de Pelopia; existe la siguiente fábula de su nacimiento, a saber que Saturno, cautivado por la belleza de Fílira, la detuvo y cuando se unía a ella, según dice Servio *[a Georg.,* III, 93], al presentarse su esposa Opis, inmediatamente se metamorfoseó en caballo para no ser reconocido en su culpa. A consecuencia de esta unión Fílira concibió a Quirón y dio a luz un animal que desde el ombligo hacia arriba era hombre y de ahí hacia abajo caballo. Cuando éste hubo crecido, se alejó a las selvas y vivió en ellas. Dicen que a éste le fue confiado por Tetis el niño Aquiles, al que en persona alimentó y educó, y de modo similar a Esculapio. Por último, como Hércules lo hubiera visitado, sucedió por casualidad que una de sus flechas, untada con el veneno de Lerna, cayó en su pie; sin embargo, como había sido engendrado inmortal por sus padres, para que se cumpliera el vaticinio de su hija Ocírroe, con el que le había predicho que desearía ser mortal, atormentado por una grave enfermedad, deseando morir suplicó a los dioses que le permitieran morir. Concedido esto, fue llevado por ellos al cielo, colocado en el zodíaco y llamado Sagitario; y puesto que se destacó en el arte de augurar, delante de él fue colocado un altar en el cielo. De estas ficciones Teodoncio y Barlaam extraían un significado de este tipo: Quirón es llamado hijo de Saturno porque destacó mucho en lo referente a la agricultura y porque inventó el regadío de los huertos. Es llamado hijo de Fílira, como si fuera Filidros, esto es el guardián o amante del agua, porque utilizaba mucha en la irrigación de los huertos. Por otra parte, se ha dicho que Saturno, descubierto por su esposa en la concepción de aquél, se convirtió en caballo porque justificó su causa ante su enfurecida esposa diciendo que buscaba la unión con otras mujeres por si podía tener hijos varones puesto que, a causa de la promesa hecha a su hermano Titano, no podía conservar la descendencia del mejor sexo concebida de ella y así por eso pareció actuar con justicia y de ahí caballo, es decir justo[m]. Pero otros sostienen que la fábula tiene la causa en

[279] Absurdo juego de palabras entre *equus:* caballo, y *aequus:* justo, basándose en la igual pronunciación de los dos términos por la monoptongación de *ae.*

los precedentes. Pues, según dice Isidoro [IV, 9, 12], al haber visto los mortales que había descubierto a la vez la medicina de los hombres y de los animales, fue llamado hijo de hombre y de caballo y fue denominado Quirón para que se entienda que había inventado la cirugía, no la física, que se efectúa con una mano ligera y docta, pues en griego mano es *cheiros.* Dicen que es histórico que fue herido por una flecha de Hércules y puesto que durante algún tiempo curó con su arte la enfermedad mortal, le pareció a sus amigos que fue procreado inmortal aquél al que no mataba la fuerza del veneno. Finalmente, cuando llegó a la muerte, por los merecimientos de su virtud, ya que fue un hombre muy justo como dice Hornero en la *Ilíada* [XI, 832], fue colocado entre los astros por los antiguos para recuerdo eterno de su nombre.

CAPÍTULO IX

Sobre Ocírroe, hija de Quirón

Ocírroe fue hija de Quirón, tenida de una ninfa del río Caico, según dice Ovidio [II, 635-9]: «He aquí que llega, protegidos sus hombros con sus rojos cabellos, la hija del Centauro a la que al darla a luz en otro tiempo la ninfa Cariclo[m] en las impetuosas riberas de un río, llamó Ocírroe; ésta no se contentó con haber aprendido las artes de su padre, cantaba los secretos de los hados, etcétera.» Predijo a Esculapio que sería de provecho para todo el mundo y a su padre que desearía la muerte y que ella sería yegua. Cosas todas que sucedieron. Puede haber un significado de este asunto, puesto que dice Teodoncio que ella era Tetis, la madre de Aquiles y que se dice que se transformó en yegua porque engendró un caballo, esto es un hombre belicoso, como lo fue Aquiles, por cuyo furor también la propia Tetis, según dice Leoncio, recibe el nombre de diosa de las aguas. Porque entre los antiguos los caballos eran en todas partes presagio de guerras, como dice Virgilio [III, 537-40]: «Aquí, primer presagio, vi en el césped cuatro caballos de blancura como la nieve, que ramoneaban el campo a lo lejos. Y el padre Anquises: ¡Oh, tierra hospitalaria, traes la guerra!:

[280] Como se ve, Ovidio no da el nombre del río *(Cayci* en Boccaccio), sino de la madre de Ocírroe (= la de rápida corriente), la oceánide Cariclo.

los caballos se arman para la guerra, estos rebaños amenazan con la guerra, etc.»

CAPÍTULO X

Sobre Pico, séptimo hijo de Saturno, que engendró a Fauno y a Senta Fauna

Pico, rey de Ausonia, fue hijo de Saturno, como parece afirmar Ovidio [XIV, 320-1] cuando dice: «Pico, prole de Saturno, fue rey en las tierras de Ausonia, muy aficionado a los caballos útiles para las guerras, etc.» Y Virgilio [VII, 48-9]: «Lo sabemos; Pico es el padre de Fauno y éste te cuenta a ti, Saturno, como padre, tú eres el primer fundador de su linaje, etc.» Dice Servio *[a En.,* VII, 190] que éste fue amado por Pomona, diosa de los frutos, y que lo eligió como marido. Más tarde, como dice Ovidio [XIV, 340 ss.], un día, cuando cazaba, fue visto por Circe, la hija del Sol, y se enamoró de él y, como él hacía poco caso de ella, fue convertido por ella, enfurecida, en el ave de su nombre. Pero Ovidio discrepa de Servio al decir que Pico era el marido de Circe y que se enamoró de Pomona [281] y que por ello Circe, agitada por los celos, lo tocó con una vara de oro y lo metamorfoseó en el ave pico. Por parte de Servio parece pensarse que el efecto de esta ficción fue el siguiente, a saber que se dice que el rey fue convertido en el ave pico porque fue augur y tuvo en su casa un pico por el que conocía de antemano el futuro y así se encuentra en los libros de los pontífices. Algunos dicen que este Pico fue el marido de Circe y, puesto que a causa de su especial afición de domar caballos eran un hombre rudo en otras cosas, fue convertido por ella en docto y muy elocuente. Con esta elocuencia arrastró a su conveniencia a muchos campesinos y los hizo serviciales para él y por ello se creó la ficción de que fue convertido en el pájaro de su nombre. Pues el ave pico entre otras propiedades tiene ésta, que, al estar dotado de una lengua muy larga, en la época estival busca los lugares llenos de hormigas y arrojando su lengua entre ellas permite que suban a ella y la aprisionen con su mordisco; por último, cuando advierte que está llena de hormigas

[281] Ovidio lo que dice es que la esposa de Pico es la ninfa Canente y que Circe no consiguió el amor de Pico. Cf. nota 130.

la recoge y con ella las hormigas que se han quedado pegadas, de las que saca así su alimento. Así el rey Pico con su lengua, esto es con su elocuencia, arrastraba a los campesinos, que son semejantes a las hormigas, y los volvía a su comodidad, como se ha dicho. Y Agustín en *Sobre la Ciudad de Dios* [XVIII, 15], aunque tiene que ver con la historia, como si considerase en poco la ficción poética, empieza: «Ha surgido el reino de Laurento, donde obtuvo primero el reino Pico, el hijo de Saturno.» Y poco después sigue: «Pero estas cosas son consideradas ficciones poéticas y afirman que el padre de Pico fue más bien Esterces, del cual, agricultor muy entendido, dicen que fue invento cómo se fertilizan los campos con el excremento de los animales, que fue llamado estiércol por el nombre de éste. Algunos dicen que él fue llamado Estercucio, causa por la que pretendieron llamarlo Saturno. Con certeza también a este Esterces o Estercucio con todo merecimiento lo hicieron dios de la agricultura y de manera semejante también a su hijo Pico, etc.» Y así parece ponerse de manifiesto a través de Agustín que Pico no fue hijo de Saturno. Pero, puesto que pudo haber muchos Picos, creemos a Agustín que un Pico fue hijo de Esterces y otro Pico fue hijo de Saturno. Además afirma Plinio en el libro de la *Historia Natural* [VII, 56, 205] que fue invento suyo la pelota para jugar[282].

CAPÍTULO XI

Sobre Fauno, hijo de Pico, que engendró a los Faunos, Sátiros, Panes y Silvanos, a Acis, a Eurimedonte y a Latino y, según algunos, a Senta Fauna, que otros pretenden fue su hermana y esposa

Fauno fue hijo de Pico, como queda claro por el testimonio de Virgilio [VII, 48] que dice: «Lo sabemos; Pico es el padre de Fauno, etc.» También éste sucedió a su padre en el reino. Acerca del cual dice Lactancio en el libro primero de las *Divinas Instituciones* [I, 22, 9]: «Así como Pompilio fue en Roma el que instituyó los cultos de las doncellas, así antes de Pompilio, Fauno en el Lacio

[282] Plinio dice: *atbleticam Pittheus, pilam lusoriatn Gyges Lydus.* Para el nombre de *Pittheus* del manuscrito *M* hay las siguientes lecturas: *Pittheus, Pitus* (con la variante *Picus)* o *Pythus.* Cf. aparato crítico *ad locum* de la edición de Ian, L.-Mayhoff, C. Teubner, Leipzig, 1967 (= 1909).

estableció los impíos sacrificios en honor de Saturno y le consagró a Senta Fauna, su hermana y su propia esposa.» A la que, según dice Crispo Clodio[m] en el libro que escribió en griego, puesto que en contra de las costumbres y del decoro real, había bebido a escondidas una olla de vino y se había emborrachado, la golpeó con varas de mirto hasta la muerte; arrepintiéndose después de su acción, como no podía soportar la nostalgia de ella, le dedicó honores sagrados. Sobre este Fauno y sobre Fauna parece atestiguar Servio [*a En.*, VII, 47] que fueron convertidos en dioses así: «Este dios es Fatuclo, su esposa es Fatua; el mismo Fauno y la misma Fauna; son también llamados Fauno y Fauna a partir de vaticinar, esto es de hablar[284], de donde llamamos fatuos a los que hablan de manera irreflexiva; pues el nombre de Fauna y Fatua como áspero, etc.» Estas cosas aquél.

CAPÍTULO XII

Sobre Senta Fauna, hija de Pico y esposa o hija de Fauno

Senta Fauna, como se ha dicho inmediatamente antes, fue hija del rey Pico y esposa de Fauno, su hermano, según atestigua Lactancio. Y aunque Crispo Clodio escribe sobre ella algo poco honesto, Gabio Baso[285] dice que ella fue llamada Fatua porque tuvo por costumbre cantar los hados a las mujeres, como Fauno a los hombres. Varrón[286] escribe que fue de tan gran pudor que a ella, excepto su marido, nadie de sexo masculino la vio o escuchó su nombre mientras vivía; y por ello las mujeres tenían por costumbre hacerle sacrificios en lugares secretos y llamarla Buena Diosa. Pero sobre ésta, Macrobio en el libro de los *Saturnales* [I, 12, 20], con la autoridad de Cornelio Labeón, dice que es llamada Maya; y que a ella, bajo el nombre de Buena Diosa, le fue consagrado un templo en las kalendas de Mayo, que ella es la propia tierra y que esto se enseña con el ritual más misterioso de los sacrificios. Por último, que ella en los libros de los pontífices recibe el nombre de Opis,

[283] Citado por Lact., *Div. Inst.*, I, 22, 11.
[284] Basándose en la relación etimológica de estos nombres con *for, faris, fari, fatus:* hablar.
[285] Citado también por Lact., *Div. Inst.*, I, 22, 9.
[286] Cf. Lact., *Div. Inst.*, I, 22, 10.

Buena, Fauna y Fatua. Buena porque es la causa de todos los bienes para el alimento, Fauna porque favorece a todos los animales, Opis porque la vida consiste en su ayuda, Fatua de hablar, porque los niños recién nacidos del parto no emiten su voz antes de tocar la tierra. Y puesto que se la representa con un cetro real, hay quienes dicen que tiene el poder de Juno. Y otros piensan que es Prosérpina porque en su honor se hace un sacrificio con una cerda después de segadas las cosechas. Además, que ella no es la hermana y esposa de Fauno, como dicen algunos, sino su hija, y que éste se deslizó hacia el amor de ella y, puesto que estaba dominada por el vino, no quiso obedecer a su deseo y fue matada por él con varas de mirto; finalmente, al ser metamorfoseado él en serpiente, se creyó que había yacido con ella; y por ello en su templo era ilícito que hubiera una vara de mirto y se veía una vid extendida sobre su cabeza porque su padre había intentado engañarla con el vino. Al cual en su templo no se tenía la costumbre de llamarlo con su nombre, sino que el vaso en el que estaba echado el vino era llamado mielero y el vino recibía el nombre de leche. Y que las serpientes se mostraban en su templo inofensivas e impávidas y otras muchas cosas, como si quisiera que esta Fauna fuera la tierra. Yo, ciertamente, rechazo estas ambigüedades y rodeos y los omito de buen grado.

CAPÍTULO **XIII**

Sobre los Faunos, Sátiros, Panes y Silvanos, hijos de Fauno

Dice Teodoncio que los Faunos, Sátiros, Panes y Silvanos fueron hijos de Fauno. Pero Leoncio decía que de Saturno. Ya que de éstos no se conoce el nombre propio de ninguno o su obra, es necesario hablar de todos a la vez. Así pues, llamaba a los Faunos y a los Sátiros dioses de los bosques y, según dice Rábano [111, 197 B], que mostraban el futuro a los aldeanos que se lo pedían con la voz, no con un signo. Que en verdad los Panes son dioses de los campos, los Silvanos de las selvas, pero muy a menudo son tomados impropiamente por los poetas unos por otros, como hace Virgilio *[Georg.,* I, 10]: «Y vosotros, divinidades que favorecéis a los campesinos, Faunos, etc.» También pretendieron los antiguos que éstos fueran llamados medio hombres o semidioses, como es-

cribe Ovidio [I, 192-5]: «Tengo semidioses, tengo divinidades campestres, Ninfas, Faunos y Sátiros y Silvanos, que habitan los montes; a los que, puesto que no los consideramos todavía dignos del honor del cielo, al menos permitámosles vivir en las tierras que les hemos concedido, etc.» Yo no puedo creer que éstos sean hijos de Fauno ni de Saturno, puesto que éstos son hombres y aquéllos, de algún modo, animales brutos, sino que es posible que vivieran en torno a la época de Saturno o de Fauno, de la que nació la equivocación y desde entonces por primera vez empezaron a tenerse los relatos entre las mujerucas. Sin embargo, sobre ellos se cuentan algunas cosas admirables por importantes autores. Pues Pomponio Mela [III, 9, 95] dice que más allá del Atlas, cordillera de Mauritania, se ven de noche luces y un ruido de címbalos y de flautas se oye muy a menudo sin que nadie sea encontrado de día y se tiene como cosa muy cierta que son Faunos y Sátiros y animales de este tipo. Además dice Rábano [111, 197 B] que los Sátiros son hombrezuelos y que tienen narices ganchudas, cuernos en la frente y patas similares a las cabras y que uno de ellos fue visto por el beato Antonio cuando buscaba a través de los desiertos de Tebas a Pablo, santísimo varón que llevaba una vida de eremita, y que interrogado por él respondió que él era mortal y uno de los habitantes del desierto, uno de aquellos a los que con estúpido error el engañado paganismo honró como Faunos y Sátiros. Otros los consideraban hombres salvajes y los llamaban íncubos o Ficarios. De ellos escribe así Marciano en *Sobre las bodas de Mercurio y Filología* [II, 167]: «También a esta misma tierra, que es impracticable para los hombres, se dirigen coros de ancianos, que viven en las selvas, los bosques sagrados, los lagos, las fuentes y los ríos. Y se llaman Panes, Faunos, Fones, Sátiros, Silvanos, Ninfas, Fatuos, Fatuas o Fantuas o incluso Fanas, de las que reciben su nombre los lugares sagrados[m], puesto que suelen adivinar. Todos estos, después de una vida muy larga, mueren como hombres, pero sin embargo tienen el poder muy pronto de conocer de antemano, de atacar y de matar.» Estas cosas, Marciano. Dice Aristóteles[288] que éstos, como los Sátiros y las Ninfas, mueren después de mil años. Algunos paganos, entre otras tonterías suyas, llegaron a ésta, a preferir ser llamados hijos de éstos que de los hombres, pensando que al hacer la acusación del oficio de meretriz de sus madres, agregaban mayor esplendor a su nobleza, de los que se añaden unos pocos.

[287] Lugar sagrado: *fanum.*
[288] Citado por Serv., *Aen., X,* 551.

CAPÍTULO XIV

Sobre Acis, hijo de Fauno

Acis fue hijo de Fauno y de la ninfa Simétide, como claramente escribe Ovidio [XIII, 750]: «Acis era hijo de Fauno y de la ninfa hija del Simeto, etc.» Sobre él cuenta Ovidio la siguiente fábula, a saber que se enamoró de Galatea, ninfa de Sicilia y fue amado por ella, a la que también amaba el cíclope Polifemo y no veía que él fuera amado y, al verlos un día juntos, enfurecido emprendió la carrera contra ellos; pero Galatea se sumergió impunemente en las aguas, pues era una ninfa; en cambio Acis, menos veloz, fue capturado y destrozado por el Cíclope. Sin embargo, a ruegos de Galatea, por compasión de los dioses fue convertido en el río de su nombre. Teodoncio atribuye a esta fábula el siguiente significado: Dice que el Cíclope fue un tirano de Sicilia, que tenía un ganado muy abundante con cuya leche aumentaban mucho sus riquezas y por ello se dice que se enamoró de Galatea, esto es de la diosa de la leche. Y dice que Galatea amaba a Acis porque la leche se produce a partir de la humedad. Pero como las aguas del río Acis tienen esta propiedad, que secan las ubres de los ganados que las beben, por eso el Cíclope no sólo ordenaba que se alejaran los rebaños de aquel río en una determinada época del año, sino que alguna vez intentó vaciarlo mediante canales y desecarlo, aunque en vano. Leoncio decía que Acis fue un noble joven que amaba a Galatea, amante del tirano, y capturado por el tirano fue matado en el río y así dio su nombre al río; por su parte, Galatea, subiendo a una nave, huyó. Yo no creo que éste fuera hijo del rey Fauno sino tal vez de algún otro varón noble así llamado, o fue uno de esos que prefirieron ser llamados hijos de los Faunos a serlo de los hombres.

CAPÍTULO XV

Sobre Eurimedonte, hijo de Fauno, que engendró a Peribea

Eurimedonte fue hijo de Fauno, según opina Estacio en la *Tebaida* [VII, 262-5], donde dice: «Cerca está Eurimedonte, que tiene

los rebaños de pastores de su padre Fauno y que imita en su lanza las crines de los caballos, terrible en los bosques; y pienso que será así con el ensangrentado Mavorte, etc.» Como he dicho sobre Acis, pienso que éste no fue hijo de Fauno el rey de Laurento sino que, ya que vivía en los bosques, para exaltar su linaje se fingió hijo de Fauno. Estuvo, como el propio Estacio muestra, en la guerra de Tebas favoreciendo a los partidarios de Etéocles.

CAPÍTULO XVI

Sobre Peribea, hija de Eurimedonte y madre de Nausítoo

Peribea fue hija de Eurimedonte, como escribe Hornero en la *Odisea* [VII, 56-8] al decir: «En primer lugar engendraron a Nausítoo Posidón, que sacude la tierra, y Peribea, la más destacada en belleza de las mujeres, hija menor del magnánimo Eurimedonte.» Dice Leoncio, por otra parte, que Eurimedonte fue el soberano de los Gigantes y que murió con ellos; y así, aunque puede estar de acuerdo en su época con aquél del que se ha hablado, no hay que creer, sin embargo, que sea el mismo que el padre de Peribea, quien dio a luz para Neptuno a Nausítoo, como ha sido demostrado por Hornero.

CAPÍTULO XVII

Sobre Latino, rey de Laurento, hijo de Fauno, que engendró a Lavinia y a Preneste

Latino, rey de Laurento, fue hijo del rey Fauno y de la ninfa Marica, como se pone de manifiesto en el poema de Virgilio [VII, 45-8] que dice: «El rey Latino, ya anciano, gobernaba los campos y las apacibles ciudades con una larga paz. Sabemos que éste era hijo de Fauno y de Marica, ninfa laurente.» Justino *[Eptt. Pomp. Trogo,* XLIII, 1, 9] dice que no fue hijo de Fauno sino nieto por su hija. Pues escribe que, al volver Hércules de Hispania, vencido Gerion, violó a la hija de Fauno y de esta unión tuvo a Latino.

Servio [a *En.,* XII, 166] cuenta que, según Hesíodo en el libro que llama *Aspiodopia,* Latino fue hijo de Ulises y de Circe[289], a la que algunos llaman Marica; y por ello dice que Virgilio ha dicho sobre él [XII, 164]: «emblema de su abuelo el Sol, etc.», porque Circe fue hija del Sol; pero dice Servio [*a En.,* VII, 47] que no sale bien la cuenta de los tiempos y que por ello ha de aceptarse la opinión de Higino, quien dice que hubo muchos Latinos, para que entendamos que el poeta se sirve, como acostumbra, de la semejanza de los nombres. Pero, sea lo que sea lo que digan otros, puesto que la fama universal favorece a Virgilio, a saber que Latino' fue hijo de Fauno, hay que someterse a su poema y creer que Latino fue hijo de Fauno. Además, también sobre su madre Marica hay diversas opiniones. Servio dice sobre ella: Marica es una diosa de la costa de los Minturnenses junto al río Liris. Horacio [*Od.,* III, 17, 7-8]: «y fue dueño del Liris, que baña los litorales de Marica». Si quisiéramos entenderla como la Marica hija de Fauno, esto no encaja; pues los dioses del lugar, esto es locales, no pasan a otras regiones; pero por una licencia poética puede haberse hablado de Marica Laurente, aunque sea de los Minturnenses. Dicen otros que por Marica debe entenderse Venus, de la que hubo un templete junto a Marica en el que estaba escrito: AFRODITA DEL MAR. Estas cosas Servio. Sin embargo, esta duda puede disolverse con pocas palabras. Pues pudo haber muchas Maricas, como también se ha dicho antes sobre Latino. Este Latino fue rey de Laurento en la época en que Troya fue destruida y tuvo como esposa a Amata, hermana de Dauno el rey de Árdea, como se evidencia en Virgilio [VII]. Por su parte, Varrón, en el libro que escribió *Sobre el origen de la lengua latina* [V, 8, 53] dice que su esposa fue Palanto, hija de Evandro, y sostienen que él acogió al prófugo Eneas y, según lo había obtenido de la respuesta del oráculo, le dio como esposa a su hija Lavinia, ya prometida a Turno, hijo de Dauno. Por esta razón surgió una gran guerra entre Eneas y Turno, en la que dice Servio [*a En.,* VI, 760] que murió Latino.

[289] Hesíodo cuenta esto en *Theog.,* w. 1.011-13.

CAPÍTULO XVIII

Sobre Lavinia, hija de Latino y esposa de Eneas

Lavinia fue hija del rey Latino y de Amata, según Virgilio [VII]. Puesto que a ella, prometida al rey Turno, su padre Latino la entregó en matrimonio al troyano Eneas, surgió una importante guerra y, según dice Servio *[a En.,* VI, 760], casi en el primer choque murió Latino; y así, dotada con la sangre de su padre, se unió en matrimonio al extranjero. Y como en esta misma batalla hubiese perdido a su marido en el río Numico, temiendo la altanería de su vencedor hijastro, grávida de Eneas se refugió en las selvas y, según dice Servio, se fue a casa del pastor Tirro y allí dio a luz un hijo al que llamó Iulio Silvio Postumo porque había nacido en las selvas después de la muerte de su padre. A ésta la reclamó después Ascanio al reino paterno cuando se retiró a Alba, fundada por él. Reino que, puesto que la regia índole en el generoso pecho de la mujer nunca se resquebrajó a causa de situaciones contrarias, hasta tal punto lo conservó en su integridad que, crecido Silvio, se lo entregó más aumentado que disminuido. Por su parte Eusebio en el libro de los *Tiempos* [66, 1-7] dice que ella, después de la muerte de Eneas, se casó con un cierto Melampo y que de él concibió un hijo al que llamó Latino Silvio, Latino que también reinó tras la muerte de Iulio Silvio.

CAPÍTULO XIX

Sobre Preneste, hijo del rey Latino

Preneste fue hijo del rey Latino, según parece afirmar Solino cuando escribe *Sobre las maravillas del mundo* [II, 9] y dice que este Preneste construyó también una ciudad y la llamó con su nombre. Pues dice así: «Preneste, según Zenódoto, de Preneste nieto de Ulises, hijo de Latino, etc.» Sobre él no he leído nada más.

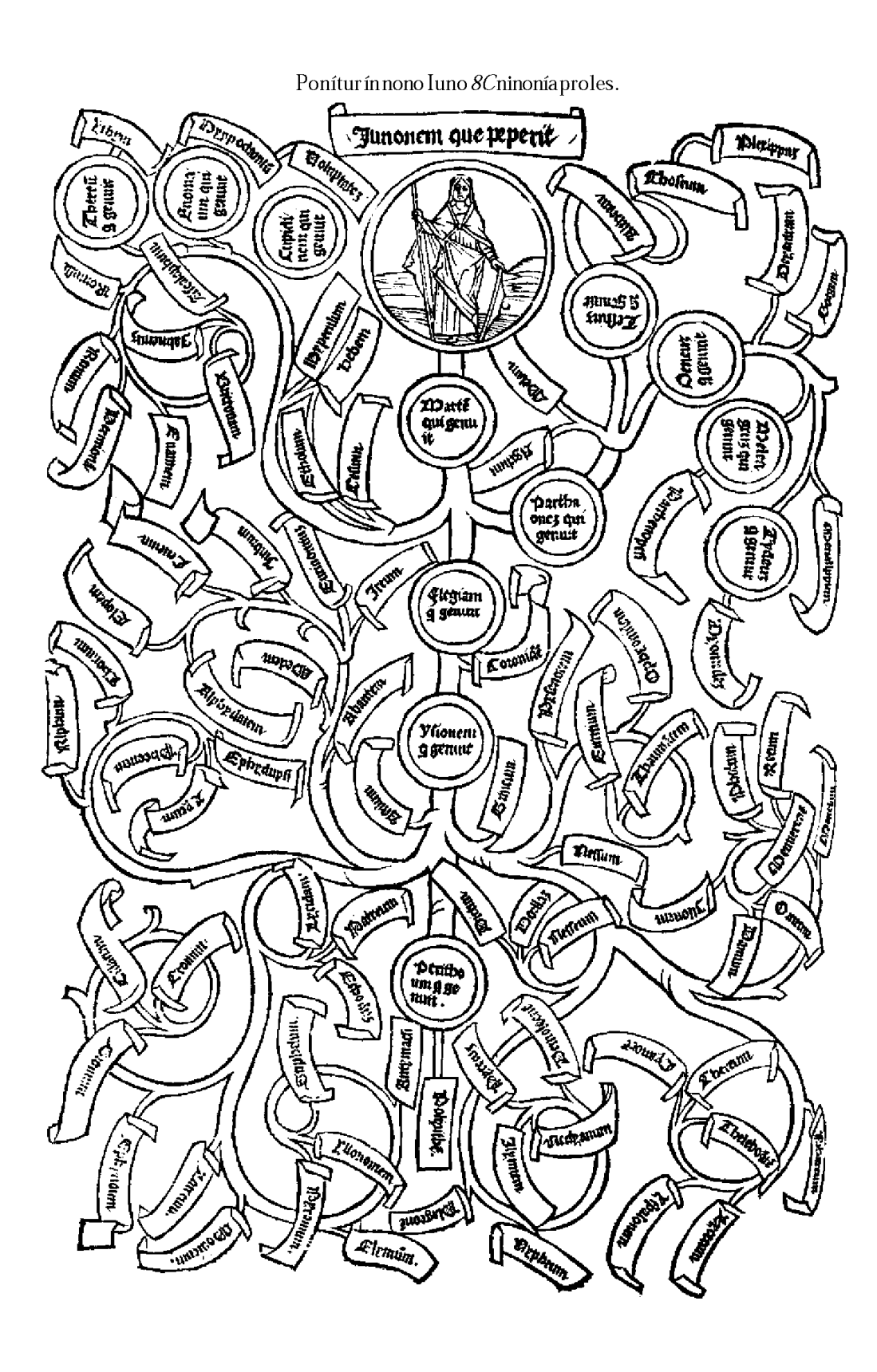
Sobre Juno, Neptuno y Júpiter, hijos de Saturno, y de sus descendencias, se escribirá en los que siguen, de modo que se ponga fin a este octavo librito.

Termina felizmente el Libro Octavo de la Genealogía de los dioses paganos.

COMIENZA FELIZMENTE EL LIBRO NOVENO DE LA GENEALOGÍA DE LOS DIOSES PAGANOS, SEGÚN JUAN BOCCACCIO DE CERTALDO

En el árbol grabado a la derecha, en cuya raíz está Juno, se describe tanto en las ramas como en las hojas solamente toda la descendencia ae la misma Juno.

Ponítur ín nono Iuno *8C*ninonía proles.


Junonem que peperit
Mars qui genuit
Partheones qui genuit
Elegiam q genuit
Ylionem q genuit
Perithoum q genuit
Pluto
Eternum
Pepbum
Eleiothoe
Ceres
Proserpina
Libera
Ebolus
Ebernum
Ebolus
Ebernum
Ebernum
Ebernum

Proemio

Con cielo ya más favorable había llevado la parte de la descendencia de Saturno, que había emprendido, hasta las costas de Laurento y he aquí que o bien fuera por la agitación del mar o bien por el empuje del viento de occidente, repentinamente fui arrastrado hasta el mar Egeo y a la vista de Samos, tiempo atrás espléndida isla, rey serenísimo, me descubrí fijado como con el ancla echada. Allí, mientras veía por un lado los medio corroídos techos de un antiquísimo templo elevado hasta el cielo y por otro las admirables columnas derribadas en pedazos, las basas arrancadas de sus asentamientos, arrasadas las bóvedas, igualadas casi con el suelo las enormes alas de las paredes, clavadas en tierra las cúpulas y toda la trabazón del enorme o más bien monstruoso edificio quebrantada y sumergida en un cúmulo de ruinas, con zarzas y arbustos silvestres que nacen por su propia naturaleza y cubiertos de desagradable musgo, mientras lo contemplaba con admiración y me preguntaba a mí mismo por regalo de quién tan grande mole pudo alzarse en su tiempo y alababa los magníficos gastos de los antiguos, me vino a la memoria que Juno había sido de Samos y honrada por los Simios antes que las restantes divinidades, y al punto comprendí que aquel templo, en otro tiempo admirable entre los demás del orbe y célebre por la antiquísima fama, había sido construido por los habitantes en honor de la misma Juno. ¿Oh, cuan grandes y duraderos esfuerzos agotados, cuántos sutiles ingenios de arquitectos, cuántas costumbres sagradas

de los pontífices, cuántos adornos entregados por importantes hombres y mujeres para ofrecer un regalo al diablo, han desaparecido? Y después, perseverando en mi reflexión un poco larga, lanzando un suspiro desde las profundidades de mi pecho, me dije: ¡Enrojezcan los desgraciados Cristianos, para los que en este tiempo es muy fácil, para aumentar su fortuna, horadar las entrañas de los montes, raer con garfios de pescador los interiores del mar y de los ríos, atravesar las nieves del Ártico[sa], conocer los soles de los Etíopes, engañar a los grifos hiperbóreos, superar en la carrera a los tigres de Hircania, dormir a las serpientes libias, alejar los leones marmáricos, surcar con naves el Océano, derribar a los elefantes de la India y, si se concede un camino, llegar hasta el cielo! Ay, infeliz, ¿por qué lloro? Quizá con alguna honestidad pueden estos trabajos realizarse; pero qué diré viendo que la piratería infesta los mares, bloquea los caminos, rompe las puertas, firma falsos escritos, ofrece venenos, mueve guerras injustas, derrama sangre justa, quebranta la palabra dada, tiende asechanzas y contra todos, mientras tenga fuerzas, ejerce la tiranía y la violencia para que podamos hacer un poco más grande la sustancia que ha de perecer. ¡Ciertamente hay que llorar y compadecerse de nuestra ceguera! Si se permite acumular lo que deseamos, pregunto ¿por qué es importante erigir palacios, adornar los lechos, procurarse caballos y siervos y prolongar los banquetes y días festivos, aparecer distinguidos con oro, piedras preciosas y púrpura, jugar a los dados, hacer más grandes las posesiones, preparar parques y lagos, ir a diversiones y neciamente pagar grandes sumas a Venus si nuestro honor, nuestro decoro, nuestra gloria, está ocupada por las cosas más indignas? Los paganos pudieron para su fama construir tan inexplicable templo a Juno, los Cristianos olvidan pagar lo debido al verdadero Dios y su Redentor. Si no queremos llevar la flota al mar, tomar las armas, embarcarnos, guerrear contra los enemigos de la fe católica, o más bien atacarlos, poner la vida por debajo de las heridas y la muerte y débiles no queremos recuperar un pequeño espacio de tierra de nuestro salvador Jesucristo, en la que sacrificado y muerto yació por breve tiempo, rendir culto, ingratos e indolentes no queremos venerarlo, levantemos al menos un templo a la Virgen Madre que exceda a los demás para pagar un homenaje singular, si débiles de ánimo no lo queremos para Cristo. ¡Ay, inexpiable ver-

[290] Boccaccio dice en realidad *nives Arcthoas,* o sea, las nieves de las Osas, del norte de donde Ártico.

güenza del nombre de cristiano! Pudieron los habitantes de una sola y pequeña isla sacar columnas de los montes, arrancar enormes piedras y llevarlas a la más grande obra, llamar a los más importantes arquitectos de todas partes, gastar sus tesoros, pagar con su sudor para construir un insigne templo para su desgracia eterna a Juno, la esposa del más cruel hombre, a la mujer mezclada con las mayores lujurias, hembra airada e impaciente, madre de hombres deshonestos, pero los Cristianos, desgraciados y tristes, perdidos por la avaricia, a la sagrada Virgen, madre de Jesús, para quien no hubo ningún placer, ninguna mancha de pecado, ninguna falta, para quien siempre hubo una íntegra e inmaculada virginidad, verdadera humildad, incomparable santidad y honestidad loable por encima de todos los demás, a la única a la que tocó por divina disposición, anunciándolo el ángel a sus oídos, concebir al Verbo Celestial, conservar a aquél mismo en su inmaculado útero hecho carne hasta el parto, criarlo como doncella con las mamas intactas y en sus brazos a Aquél al que había parido sin dolor, oponiéndose la apatía y la avaricia no quieren gastar útiles y fructuosos esfuerzos con los que superemos las obras de los paganos. Reconoceré que es bastante grande y espléndido templo el corazón contrito y humilde; si bastara esto, habríamos hecho en vano tantas pequeñas iglesias. Ciertamente no aconsejo esto como conveniente a la gloriosa Virgen, pues ella misma a la derecha del Hijo, rodeada por batallones de ángeles, como reina del cielo tiene un lugar para siempre en los cielos, sino para mostrar solamente nuestro amor hacia tan buena merecedora madre, hacia la esperanza segura y única de los mortales, hacia la patrona del género humano, la fuente inagotable de gracia y piedad, con cuyas preces al punto somos ayudados, arrancados de los peligros y conservados en buena disposición; y finalmente, teniendo fe, somos llamados y conducidos a ella hasta la eterna gloria, si lo merecemos. Pero, ¿por qué azoto los aires con palabras quizá superfluas? ¡Dios castigará a los necios y alejará vacíos a los ricos avaros! Nosotros, por nuestra parte, volvamos a nuestro propósito. Así pues, al contemplar las ruinas, que no quieren aumentar hasta aquí la vieja majestad del lugar, sino que se conservan con inapreciable magnitud, me di cuenta suficientemente de que era aconsejado por la delatora fortuna, puesto que de Júpiter y de Neptuno, a los que de la descendencia de Saturno había dejado a propósito para el final, habría de aplazarse un poco el tema, para introducir en medio la mítica descendencia de Juno, en la que se contiene toda la extensa prosapia del belicoso Marte. Entre el estrépito y los furores de éste pido que el suave Dios, que guió a David sus manos en la guerra, me conduzca con su piedad a la paz.

CAPÍTULO PRIMERO

Sobre Juno, octava hija de Saturno, que sin marido concibió y dio a luz a Hebe y a Marte

Juno, por equivocación de los paganos reina de los dioses, fue hija de Saturno y de Opis, nacida antes que Júpiter aunque en el mismo parto. Fue además también esposa de Júpiter, como dice Ovidio *[Fast.,* VI, 29-30]: «Si se mira al linaje, hice la primera padre a Saturno, fui la primera suerte de Saturno, etc.» Además dice Virgilio [X, 606-7]: «Entretanto Júpiter espontáneamente se dirige a Juno: Hermana y a la vez mi queridísima esposa, etc.» Y en otro sitio [I, 46-47]: «En cambio, yo que soy la reina de los dioses y hermana y esposa de Júpiter, etc.» Además dice Servio *[a Geórg.,* I, 246] que ésta fue criada por Tetis. Asegura Alberico [III, 4, 1] que ella fue criada por Neptuno. También Marciano dice que alimentó a Mercurio, hijo de Maya. Además la hacen diosa de los reinos y las riquezas. También del matrimonio, como escribe Virgilio [IV, 59]: «A Juno ante todos, quien se preocupa de los vínculos matrimoniales.» Y en otro sitio [IV, 125-26]: «Llegarán. Estaré presente y, si tu voluntad es segura para mí, os uniré en estable matrimonio y la llamaré propia, etc.» Además sostienen que asiste a las parturientas, según opinión de Plauto en la *Aulularia* [691-2] al decir: «Me muero, nodriza, te ruego, me duele el útero. Juno Lucina, tu auxilio, etc.» Así también Terencio en los *Hermanos*[M1] dice que una parturienta exclama: «Desgraciada de mí, me llevan los dolores; Juno Lucina, ayúdame, guárdame te pido, etc.» Además le atribuyen un insigne carro y armas, según Hornero muestra en la *Ilíada.* Y para que la reina de los dioses no avance sola, le atribuyen catorce ninfas como cortejo, según dice por boca de ella Virgilio [I, 71]: «Tengo catorce ninfas de hermoso cuerpo, etc.» Entre las cuales, le sirve principalmente Iris. También dijeron que el pavo estaba bajo su protección, en cuya cola dice Ovidio [I, 722-3] que ésta puso los ojos de su pastor Argos, muerto por Mercurio. También la llaman, además de Juno y reina, con muchos nombres, por ejemplo Lucina, Matrona, Curitis, Madre de los Dioses, Fluonia, Februa, Interduca, Domiduca, Unxia[292], Cintia, Soticena, Populonia y Prosérpina. Y dicen que ésta concibió a su hija Hebe al haber comido lechugas silvestres.

[291] La cita pertenece a la *Andriana,* v. 473, desde Juno Lucina.
[292] Interduca, Domiduca y Unxia aluden a que preside los matrimonios.

Así también, con una flor machacada, a Marte. Pero de Júpiter, su marido, dio a luz a Vulcano. Y cuentan muchas otras cosas sobre ella. Sobre lo anteriormente expuesto, de la misma manera que es mucho, así también han dicho muchos los distintos autores. Pues dice Barlaam que pensaron que Juno era hija de Saturno y de Opis los que creyeron que Saturno era el artífice de las cosas y Opis la materia y Juno la tierra o el agua. También Macrobio en *Sobre el Sueño de Escipión* [I, 17, 15] dice que ella es hermana de Júpiter ya que surgió de la misma semilla que Júpiter, puesto que afirma que Júpiter es el cielo y dice que Juno es el aire. Dicen que ésta nació antes que Júpiter porque, ya que Júpiter es el fuego y ésta el aire, no se ve entre nosotros que sin un soplo, que es el aire, pueda el fuego convertirse en llama, ni vivir nunca privado de aire, y por ello es oportuno que haya aire si quieres fuego o que se encienda el fuego con un movimiento de aire, como vemos que ha ocurrido en los bosques y en los lugares pantanosos muy a menudo; y así el aire nació antes que el fuego. Además se creó la ficción de que ella fue criada por Tetis porque por la humedad del agua se restaura lo que del aire debilitado se convierte en fuego. Se explicará que ella crió a Neptuno y a Mercurio cuando se haga mención de ellos.

Fue llamada esposa de Júpiter porque el aire se pone junto al cielo o al fuego. Además dice Servio *{a Geórg.,* II, 325] que algunas veces Júpiter es entendido como fuego y aire y algunas también por fuego. Así también Juno por tierra y agua y algunas veces por aire solamente y por ello, cuando Júpiter tiene la acepción de fuego y aire y Juno de tierra y agua con razón son llamados esposos, puesto que el fuego y el aire han de actuar y la tierra y el agua soportar; y así actuando los superiores en los inferiores con la ayuda de los cuerpos celestiales surgen entre nosotros todas las cosas. Pero cuando, como dice el propio Servio, Júpiter se pone en lugar del fuego solamente y Juno en lugar del aire, tanto por razón de la cercanía como por semejanza de suavidad y ligereza, se dice que son hermanos. Pero Teopompo en el poema *Chipriota* y Helanico en *Diospolitia*[m] dicen que Juno fue atada por Júpiter con cadenas de oro y oprimida por yunques de hierro. Pienso que éstos no quieren significar otra cosa a no ser el aire oprimido por la frialdad y dureza de la tierra, que está unida al fuego con cadenas de oro, esto es por las continuas sucesiones de luz. Pero Tulio *[Nat. dios.,* II, 26, 66] dice lo siguiente sobre este tema: «El aire, opinan los Estoicos, situado entre el mar y el cielo está divinizado con el nombre de Juno, que es hermana y esposa

[293] Otado por Fulg., *Myth.,* I, 3.

de Júpiter, porque se parece al éter y hay una íntima unión con él. Lo hicieron femenino y lo atribuyen a Juno, ciertamente nada hay más suave, etc.» Además dijeron que era reina y diosa de los reinos y de las riquezas Juno, a la que Fulgencio *[Mit.,* II, 1] describe con la cabeza cubierta y sosteniendo en su mano un cetro, pretendiendo demostrar, según yo mismo creo, no otra cosa que en qué parte están los reinos y las riquezas. Pues hemos dicho de Juno que es la tierra, en la que se ve claramente que están los reinos del mundo. Así pues, si ella misma tiene en sí los reinos, es la reina de los reinos; lo que evidentemente se demuestra mediante el cetro. Y por esta misma razón es diosa de las riquezas; pues en sus entrañas tiene todos los metales y piedras preciosas, lo que se pone de manifiesto mediante la cabeza cubierta, o en la superficie muestra y ofrece las cosechas y todos los frutos y ganados, en los que de hecho consisten las riquezas de la tierra. Sostienen que es la diosa de los matrimonios porque la mayoría de las veces se va al matrimonio con media dote, que es la dote de la ley de Juno. Además creyeron en algunas ocasiones que Juno es la luna y que tiene mucho poder sobre los actos humanos y sobre todo en los movimientos de un lugar a otro, y por eso pensaron que Juno guía a las doncellas casaderas que van de casa de sus padres a la del esposo y por ello es llamada Interduca. O por otra razón porque, según la costumbre antigua, solían enviar a las doncellas junto al esposo de noche; ruborizándose éstas, iban ocultamente a perder su virginidad; y puesto que, al brillar la Luna, parecía prestar una guía al camino, fue llamada Interduca. Y, ya que con esta guía parece que ellas eran conducidas antes a la casa del marido, también fue llamada Domiduca. Y porque al llegar las doncellas al umbral de la casa del esposo bajo la guía de Juno, según el rito antiguo, los postigos eran ungidos con varias unciones, Juno fue llamada por aquellas unciones Unxia y las prometidas después llamadas *unxores;* y después, como dice Alberico [III, 4, 3] se llegó hasta que se llaman *uxores.* Fulgencio *[Mit.,* II, 1] dice que la denominaron diosa de las parturientas porque las riquezas, a las que ella misma protege, siempre paren otras cosas de sí mismas, lo que sin duda no es sencillamente verdadero del todo y siempre, sino que es llamada diosa por las parturientas porque la Luna, a la que identifican con Juno, acostumbró a ser invocada por las parturientas bajo el nombre de Lucina y Juno, y decían que era propio de su función, como dice Macrobio *[Sat.,* VII, 26, 27], extender las aberturas de los cuerpos y relajarlas y facilitar el paso, lo que es excelente para acelerar los partos, y entonces es llamada Artemis en griego, en latín como si

cortara el aire[294]. Se le atribuyó un carro para designar por medio de él la continua órbita del aire alrededor de la tierra. Se le dieron armas para que parezca que ella aconseja o ayuda o prepara a los que luchan sobre todo por riquezas y reinos. Dicen que le siguen como don catorce ninfas para que conozcamos que se producen por distintas causas tantos accidentes, como por ejemplo, la Serenidad, el ímpetu de los vientos, Nubes, Lluvia, Granizo, Nieve, Escarcha, Rocío, Relámpagos, Truenos, Iris, Cometas, Vapores encendidos y Niebla. Sin embargo, algunos describen que hay otras cosas cogiendo algunas de las dichas y añadiendo otras que parecen provenientes de la tierra, como los terremotos, los incendios que exhala la tierra y otras de este tipo. Además, de éstas que sirven a Juno, es descrita por los poetas como la más servicial Iris, de la que sostuvieron que fue hija de Taumante, esto es de la admiración, porque es admirable por sus colores y por su aparición. La ponen al servicio de Juno, diosa de las riquezas, para designar, mediante la curva pintada de varios colores, los adornos de las riquezas, que ciertamente son dignos de admiración por su resplandor, y así como ascienden los que descienden y de la misma forma que ésta tan hermosa de repente desaparece, así también los esplendores de las riquezas en un momento se convierten en nada. Sostienen que se la llama Iris, casi Eris, que es lucha, porque a causa de las riquezas se originan muchas luchas. Y por ello algunos dicen que Iris siempre es enviada para hacer brotar la discordia. Ponen bajo la tutela de Juno el pavo para mostrar las cualidades de las riquezas. Pues el pavo es una ave chillona en el que se entienden los clamores, las voces altivas, las jactancias y el boato de los ricos. Habita el pavo palacios y siempre sube a lo más alto de los edificios, para demostrar que los ricos apetecen todas las cosas elevadas y, si no se las dan, las roban. Además brilla con plumas pintadas por todas partes y es agradado con loas y, para ostentación de sí mismo, es llevado hasta tal punto que, en su giro, su cola llena de ojos, elevada deja su parte posterior desnuda y fea. A través de ellas se pone de relieve la púrpura de los ricos, y el vestido dorado y la gloria vacía y la pompa inútil, los oídos atentos a las adulaciones, en las que sucede que, cuantas veces incurren sin darse cuenta, se descubre lo sórdido, que quizá habría podido ocultar, y aparece bajo aquel esplendor un mísero corazón lacerado por angustiosas preocupaciones, pereza, torpeza, necedad de costumbres, suciedad de vicios y algunas veces cadáveres bañados por una horrible peste. Falta dar cuenta de los nombres y especialmente de aquellos de los que nada se ha dicho.

[294] Macrobio dice *aerotemis*.

Sostiene Tulio *[Nat. dios.,* II, 26, 66] que se la llama Juno, como si ayudase a todos, lo que es propio de Júpiter[295]. Pero Rábano dice que es Juno como Portera, esto es la puerta en la limpieza de las mujeres, porque abre las puertas de las madres a los hijos y de las desposadas a los maridos. Leoncio dice, por su parte, que Juno en griego se llama Here, lo que sin duda viene de Era que es tierra, y se cambió E en H y surge Hera, a la que se le cambia la alfa en eta y se hace Here. De donde Juno es propiamente la Tierra. Es llamada Sotígena porque asocia y une en matrimonio a hombres y mujeres. También Populonia porque de las uniones de hombres y mujeres realizadas por ella nacen los pueblos. Y además Cintia, que es el nombre de la Luna; recibía el nombre de Cintia porque ella misma quitaba a las doncellas el cinturón de castidad, cosa ésta que, sea lo que sea lo que digan éstos, pienso que era misión de Venus a la que, según Alberico, llamaban Juno Domiduca al prestar ayuda en las bodas, porque en principio era oficio de Juno guiar lo que se refiere al matrimonio. Pero es oficio de Venus la unión sexual del hombre y la mujer y quitar el cíngulo de la virginidad, que atribuyen a la propia Venus y llaman cesto. Se la llama Matrona, porque solamente ayuda a estas mujeres que están preparadas para recibir al hombre y aptas para concebir y ellas mismas son matronas, aunque no se casen, o pueden ser llamadas así porque según su edad pueden ser madres. Dice Alberico [III, 4, 3] que la llaman Curitis, como real o fuerte o poderosa o, según Servio *[a En.,* I, 17], por el carro, porque los que guerrean utilizan carros, con los que afirman que ella ayuda con razón a la causa de las guerras. También la llaman Madre de los dioses porque piensan que la tierra es la madre de todas las cosas. Alberico dice que es llamada Fluonia por el flujo del semen o porque ayuda a las mujeres en el parto. Yo por mi parte pienso que se llama Fluonia por el flujo menstrual de las mujeres, que algunos consideran causado por la luna. También por las hemorragias es llamada Februa porque limpia a las mujeres después del parto con salidas favorables y lo mismo cada mes; pues *februo* es lo mismo que *purgo*[296]. Han sido dichas aquellas cosas que bajo una ficción poética parecen esconder cuanto se refiere a un significado natural. Ciertamente en la *Historia Sagrada* se lee que Juno fue hija de Saturno, rey de los hombres, y de Opis, esposa de Saturno, en el mismo parto que Júpiter, sin embargo dada a luz antes y que ésta fue cria-

[295] Juego de palabras entre *Iuno* y *iuvans:* la que ayuda, como se hace con *Iuppiter* y *iuvans pater*

[296] Verbos que significan limpiar o purificar.

da, según escribe Varrón[297], en la isla de Samos llamada antes Partenia. Y que después de haberse hecho adulta allí se casó con Júpiter y por esto su templo de Samos fue el más noble y el más antiguo y en él se adornó una estatua de Juno con vestido de doncella casadera y se celebraban los sacrificios anuales acostumbrados de ella según el rito de las bodas.

CAPÍTULO II

Sobre Hebe, hija de Juno, diosa de la Juventud y esposa de Hércules

Hebe, según dice Teodoncio, fue hija de Juno; el propio Teodoncio relata la siguiente fábula de este asunto. A saber, que Apolo había preparado un banquete en casa de Júpiter, su padre, para su madrastra Juno y entre otras cosas le había puesto lechugas silvestres; al comer éstas con deseo Juno, hasta entonces estéril, se quedó por ello grávida y de esta concepción dio a luz a Hebe. Ella, puesto que era hermosa, fue destinada por Júpiter al oficio de copero y convertida en diosa de la juventud. Finalmente, al ir éste junto con los restantes dioses a divertirse con banquetes a Etiopía, sucedió que, al servirles Hebe las copas y al caminar con poco cuidado por lo resbaladizo del lugar, cayó y en la caída, despojada de todas sus ropas, se mostró obscena en tal situación a los dioses; por esta razón sucedió que Júpiter la apartara del oficio de copero y en su lugar puso a Ganimedes, hermano de Laomedonte[m], rey de Troya. Al fin, acogido ya entre los dioses Hércules Eteo, la unieron a éste como esposa. Sin embargo Hornero en la *Odisea* [XI, 603] dice que ella fue engendrada por Júpiter. En realidad, puesto que encuentro que es considerada por los poetas latinos bija solamente de Juno, sin padre, yo no se la he atribuido a Júpiter. Lo que ha de tomarse de tal ficción, pienso que es esto. El venerable Ándalo decía que a Júpiter, al que llaman padre de Apolo, se le habían atribuido dos signos entre los del Zodíaco, a los que los astrólogos llamaron su domicilio, a saber: Sagitario y Pisces. Pero al estar el Sol, esto es Apolo, en Sagitario, en casa de Júpiter, estando ya cercano el invierno, se le dan a Juno, es decir a la tierra, lechugas silvestres, esto es el frío intenso; pues las

[297] Según Lact., *Div. Inst.*, I, 17, 8.
[298] Ganimedes, hijo de Tros, es hermano de lio, el padre de Laomedonte.

lechugas silvestres, según dicen los físicos, son muy frías; además el frío actúa sobre la superficie de la tierra para que, condensados los poros de la tierra, el calor mezclado con la tierra actúe sobre las interioridades de la tierra y, calentada la humedad de la tierra, haga abrir las raíces de las hierbas y plantas, y se llene de humedad por la que crezcan y se queden preñadas. Y así, al entrar el Sol en Sagitario, a causa del frío intenso la tierra aparece preñada, la misma que en otoño parecía estéril. Luego, al llegar el tiempo del parto, esto es en primavera, da a luz a Hebe, es decir a la juventud y a la renovación de todas las cosas, hojas, flores, y todas las semillas brotan en ese tiempo. Así, nada más llegar la primavera, que es cálida y húmeda, a los dioses, es decir a los cuerpos celestiales, los cuales, según se ha dicho en otros lugares siguiendo la opinión de algunos, se nutren de la humedad de los vapores que surgen de la tierra, se dice que ofrece copas, esto es humedades. Luego, al llegar el otoño, en el que el Sol comienza a tender hacia el solsticio de invierno, esto es hacia Etiopía, que está hacia el Antartico, dejan de verdear todas las cosas y empiezan a caer las hojas de los árboles y así se dice que Hebe, cuando desaparecen las hojas que la habían ocultado, está desnuda y aparece indecorosa y es apartada del servicio de copero y la sustituye Ganimedes, al que se le da el nombre de signo de Acuario, porque en ese momento hay un lluvioso invierno y proporciona con abundancia vapores húmedos a los astros. El hecho de que se una en matrimonio a Hércules, creo que se creó como ficción porque la juventud, es decir el verdor perpetuo, siempre era unido a las obras de los hombres brillantes y éste no les permite caer en la muerte y ni siquiera en la vejez.

CAPÍTULO III

Sobre Marte, hijo de Juno, que tuvo quince hijos cuyos nombres son éstos: el primero Cupido, 2° Enómao, 3° Tereo, 4° Ascálafo, 5° Y almeno, 6." Partaon, 7° Zesio, 8." Flegias, 9.ª Brictona, 10.ª Evadne, 11.ª Harmonía, 12° Hiperbto, 13." Etolo, 14° Remo, 15° Rómulo

Hay quienes sostienen que Marte fue hijo de Júpiter y de Juno, pero Ovidio en los *Fastos* [V, 229] demuestra que éste es hijo solamente de Juno sin padre, cuando dice que Juno, encolerizada porque Júpiter por sí mismo, sin tener ayuda alguna de mujer, procreó a

Minerva, buscaba a Océano para pedirle consejo acerca de la manera de poder concebir ella misma sin unirse a un hombre y dar a luz y, habiéndose detenido agotada a descansar junto a las puertas de la diosa Flora, esposa de Záfiro, preguntándole Flora a dónde se dirigía, se lo contó. Flora le prometió a ella una eficaz ayuda si se la ocultaba a Júpiter y ella, después de que juró por las aguas de la Estige que no se lo diría a nadie, le enseñó que en los campos Olenios hay una flor, con cuyo tacto al punto sin varón se concibe. Juno, habiendo hecho esta experiencia allí mismo sin varón, concibió y dio a luz un hijo, al que llamó Marte. En cambio otros dicen que Juno, golpeando el vientre, concibió a Marte. Todos dicen que éste fue un dios muy feroz y portador de armas y por esto afirman que favorece las guerras y las armas. Estacio en la *Tebaida* [VII, 34-41] describe su casa y sus servidores diciendo así: «Y el Cilenio penetraba en los campos de Tracia y a aquel que se desliza desde el quicio de la puerta de la Osa, la eterna tempestad de la región y los escuadrones de nubes que se extienden por el cielo y los primeros soplos del Aquilón lo arrastran a distintos lugares: el dorado manto crepita con el abundante granizo, y la sombra del casco arcadio no protege bien; aquí conoce los templos de Marte, los estériles bosques y se horroriza al contemplarlos, etc.» Y, señalada la región no sin misterio, finalmente describe la casa y sus habitantes diciendo [VII, 41-63]: «Donde con mil furores está rodeada su indómita mansión junto al hostil Hemo. De hierro es la trabazón de los ladrillos, con hierro están alisados los compactos umbrales, los techos descansan en columnas de hierro. La luminaria de Febo choca contra ella y la misma luz teme la mansión, y su duro resplandor oscurece las estrellas. Digna guardia para el lugar: el loco ímpetu sale de las primeras puertas y el ciego Crimen y las enfurecidas Iras y los Miedos exangües y ponen en pie las ocultas espadas las Insidias y la Discordia, empuñando su doble hierro. El palacio tiene estrépito de innumerables Amenazas: en medio, de pie, la tristísima Virtud y el Furor alegre y la Muerte armada se sientan con sangriento rostro. Sola la sangre de las guerras en los altares, y el fuego arrebatado de las incendiadas ciudades. Alrededor los despojos de las tierras y las gentes cautivas adornan los techos del templo y los pedazos de las puertas cinceladas con el hierro, y las guerreras naves y los carros vacíos y los rostros pisoteados por los carros, incluso casi los gemidos: hasta tal punto todo es violencia y todo es herida. Por todas partes era posible verlo a él mismo, pero nunca con rostro apacible: tal lo había producido Múlciber con su arte divina. El adúltero, todavía no descubierto por los rayos, no había pagado la vergonzosa unión en un lecho encadenado, etc.»

Además dicen que Belona fue su hermana, la que le atribuyen como auriga de su carro, como atestigua el propio Estado [VII, 70-4] al decir: «El mismo sube en el carro y con cruel salpicadura cambia los vastos campos y las multitudes lloran los despojos surgidos a su espalda. Los bosques y la alta nieve le proporcionan sitio; guía los caballos la negra Belona con mano ensangrentada y los azota con la larga jabalina, etc.» Y, para mostrar toda la ferocidad de su paso, dice también en otro lugar el propio Estacio [III, 423-31]: «El Furor y la Ira peinan los penachos, el Pavor, su escudero, da frenos a los caballos. Pero la Fama, vigilante a todo tipo de sonidos, ceñida de vanos tumultos vuela delante del carro e, impelida por el resoplido de los gimientes voladores golpea las temblorosas plumas con denso murmullo: pues el auriga la obliga con cruentos aguijones a contar lo hecho, lo no hecho, y, desde lo alto del carro, el hostil padre golpea con la lanza escita la espalda y cabellera de la diosa, etc.» Además, sostienen que este dios tan cruel y sanguinario fue amante y dicen que entre otras fue especialmente amada por él Venus, esposa de Vulcano, y que se unió a ella. Sobre esto cuenta Hornero la siguiente fábula en el libro VIII de la *Odisea* [vv. 265-369]. Pues dice que Marte amó muchísimo a Venus y que en una ocasión, al unirse a ella, fue visto por el Sol, acusado ante Vulcano, el esposo de Venus, quien colocó ocultamente unas invisibles cadenas alrededor de su lecho y fingió que se iba a Lemnos; Marte, creyendo esto, fue junto a Venus y, después de haber entrado desnudos en el lecho y darse cuenta de que habían sido cogidos en la trampa de Vulcano, de improviso Vulcano regresó. Al gritar éste a causa de la ofensa inferida, llegaron los dioses, y entre otros Neptuno, Mercurio y Apolo, pero las diosas no vinieron por vergüenza y, al reírse todos viéndolos capturados y desnudos, sólo Neptuno habló en favor de los apresados y durante largo tiempo rogó tanto hasta que Vulcano se doblegó a sus ruegos e hizo que los cautivos quedaran libres. Además, a este dios tan duro le ponen bajo su protección el lobo y, de las aves, el pico. Del mismo modo, de las hierbas, la grama. Se cuentan también sobre él muchas cosas que, dejadas para su momento, he dedicido omitirlas ahora para poner en el centro qué ocultan las cosas que se han dicho. Los antiguos sostuvieron que Júpiter era el padre de Marte para que no pareciese un hijo indigno de su padre, puesto que a menudo hemos dicho que Júpiter fue suave y benigno, cuando Marte es cruel y fiero. Por otra parte, que Juno se dirigiera a Océano y tomase un consejo de Flora, pienso que se ha puesto más para adornar el motivo del origen que por otra cosa y considero que la flor Olenia o nacida en los campos Olenios es la menstruación, porque sólo la

sufren las mujeres y ellas mismas intentan ocultar su fealdad con la belleza del vocablo, llamándola su flor, de la que dice Ovidio que es de los campos Olenios bien porque es maloliente o porque permanece en un lugar que huele mal. Sobre esto escribe Isidoro [XI, 1, 141] así: «La mujer es el único animal menstrual, en contacto con cuya sangre los frutos no germinan, los mostos se avinagran, las hierbas se mueren, los árboles pierden los brotes, el hierro se corrompe por el orín, el bronce se ennegrece. Si la comen los perros, se vuelven rabiosos. La cola de betún, que no se disuelve con hierro ni con agua, se disuelve manchada con esta misma sangre, etc.» Así pues, si se consideran sus efectos, de ninguna otra materia podía crearse tan cruel e inhumano animal para que el engendrado estuviera de acuerdo con el engendrador. Con Marte, esto es con la guerra enfurecida, no sólo no germinan los frutos sino que ni siquiera se siembran; cuando aparece el furor bélico se descuidan las viñas y así parecen convertirse en vinagre, mueren las hierbas oprimidas por las correrías, todos los frutos de los campos perecen por la acción de las violencias y rapiñas, el hierro gastado por un uso injusto se consume, se decoloran los bronces y los campos con la sangre de los muertos, los campamentos son destruidos si los que los persiguen se enfurecen con una rabia excesiva para ocuparlos, o las fortificaciones de las ciudades con cruel lucha o con largos asedios, las ciudadelas y las elevadas fortalezas y lo que se fortifica con el artificio de los hombres o incluso de la naturaleza; así pues, el fruto está bien de acuerdo con la semilla. O bien es llamado por otra razón hijo de Juno, a la que a menudo hemos llamado tierra y señora de los reinos y de las riquezas, puesto que por la insaciable ambición de los hombres sobre cosas de tal tipo surgen los litigios, riñas, disensiones y guerras. Pero, si queremos referirnos al golpe del aparato genital de Juno, diremos entonces que éste es golpeado cuando el apetito se excita con lo superfluo, de lo que muchísimas veces surge la discusión por la que alguna vez se llega a la guerra y así nace Marte. Así pues, el que éste habite entre los Bístones y Tracios, según describe Estacio, se comprende por una razón evidente. Junto al umbral Artoo, en efecto, puesto que es una región muy fría, hay hombres llenos de sangre que nacen allí mismo y esto no se hizo en vano por la muy sabia naturaleza, pues exangües no pueden resistir el frío; éstos, muy sanguinolentos, son devoradores de los alimentos, inmoderados tragadores de vino, perezosos en la decisión, abundantes en fraudes, fáciles para las caídas, gritones, furiosos, no deseando nada a no ser mediante lucha, pródigos en sangre y se ríen de las heridas, cosas todas que competen a Marte; por esta causa su palacio es descrito adecuadamente junto

a los de tal clase, rodeado de tempestades y batallones de nubes, de los estridentes aquilones y granizos, para que conozcamos los ímpetus, furores, rabia y los rumores y tumultos de los que emplean su tiempo en las guerras. Además se describe su casa de hierro para que reconozcamos las fortificaciones de los lugares sobre los que actúa la guerra, que son de hierro, esto es llenas de hombres armados y de espadas y dardos; cosas que ciertamente, puesto que la mayoría de las veces actúan para el mal, oscurecen la luminaria del Sol porque la luz ha sido creada para el bien. Además el resplandor de los rayos del Sol, que reflejan las armas, palidece un poco, palidez por la que la dorada luz del sol parece que se entristece y oculta un tanto. Finalmente, el primero de los siervos de Marte que sale del palacio es el ímpetu, con el que los desgraciados, que no lo podemos soportar, después de que parecen lanzarse las semillas de la guerra con palabras, corremos a las armas, y a éste lo sigue el ciego Crimen, porque cuando somos conducidos por el furioso ímpetu desaparece toda reflexión de la razón, quitada la cual, de manera irracional se llega al homicidio, al incendio, a la destrucción de los bienes y a las ruinas de las ciudades; y, así como el fuego al que se da vueltas hace la llama más grande, así también el crimen iniciado agudiza las iras y enciende los ánimos de los que obran mal; a los que describe enrojecidos porque el rostro de un hombre encolerizado parece de fuego o porque nacen de sangre encendida. Están además en esta casa de Marte, que ha de entenderse que lleva la guerra por todas partes, los exangües Miedos, a los que llamó exangües porque los que tienen miedo tienen por costumbre palidecer, pues toda la sangre, hecha volver al corazón de quien tiene miedo, deja las partes exteriores exangües. En efecto el miedo, puesto que es dudoso el resultado de la guerra, no sólo se apodera de los perezosos sino que también algunas veces se adueña de los valerosos púgiles y jefes por la acción de diversas causas. Están también allí mismo las Insidias, llevando las espadas ocultas para que se entienda el engaño de las víctimas de las insidias; acerca de éstas conviene que los jefes tengan mucha técnica, puesto que los que preparan celadas no hacen nada abiertamente a no ser según su máxima conveniencia. Dice que entre los siervos de Marte está la Discordia ceñida con doble espada, para que comprendamos que cuando los hombres llegan a esto, que no sienten del mismo modo sino que se inclinan a diversas opiniones, por esta diversidad de ánimos les son aconsejadas a cada bando las armas y la guerra para el porvenir. Hay también allí innumerables Amenazas, que son los dardos de los hombres ensoberbecidos hasta tal punto que alguna vez sólo se llevan a cabo las guerras con ellas, ya que algunas

veces los hombres que lanzan grandes amenazas no las realizan. Allí está la tristísima Virtud, cosa que dice porque, aunque el hombre de guerras es a menudo de mucha vista, es robusto y valeroso, es audaz y fuerte frente a los que le vienen encima, y constante, puesto que estas virtudes tienden al derramamiento de sangre, a las destrucciones de ciudades, a la rapiña; parecen estar tristes porque actúan para tristeza de otros. Junto a los otros está el alegre Furor y, puesto que muy a menudo interviene en las guerras, lo llama alegre porque acostumbra a surgir entre los llenos de comida y bebida y por ello alegres. Pues raramente vemos enfurecidos con el estómago vacío. Entre éstos está la Muerte armada y con el rostro ensangrentado, queriendo entender por ello las repetidas matanzas que se hacen en las guerras y el enorme derramamiento de sangre, cuando la describe armada y con el rostro ensangrentado. Queda el adorno del templo que tiende a mostrar en su totalidad la miseria de los vencedores y la gloria de los que triunfan, que debe omitirse, puesto que es bastante clara. También está Belona, sobre la que se ha hablado suficientemente antes cuando se ha hecho sobre la armada Minerva. Falta decir unas pocas cosas sobre el avance de Marte, cuyo comienzo parece surgir del Furor y de la Ira, que peinan sus penachos porque apremiando éstos no puede estar sin ímpetu, y esto es ha descrito antes, pero dice que éstos por deseo de Marte peinan, es decir adornan, los penachos, es decir las armas, para que entendamos que, ya que las armas que están hechas para declarar y llevar a cabo la lucha, parecen resplandecientes en el momento en que actúan impetuosamente. Pues dicen que lloran sobre el perezoso y blando soldado. Dice también que el Pavor prepara los caballos de Marte y que es su escudero, porque por el temor a los enemigos que se acercan o que forman estrépito en las proximidades tomamos los caballos y las armas. La Fama va delante de los caballos de Marte, esto es de la guerra que se acerca, contando casi siempre lo hecho y lo no hecho, cosas todas que fácilmente son creídas y aumentadas por los que esperan temerosos. Sostienen que este hombre inhumano y cruel estuvo enredado en el amor de Venus, bien porque pretenden ocultar bajo la ficción de esta fábula la costumbre de los que portan armas o la violencia natural de esta pasión o la historia, sobre todas las cuales daremos la explicación tocándolas por encima con pocas palabras. Leemos que muchos hombres belicosos son apremiados por esta peste. Los Centauros, cuando querían raptar a la esposa de Pirítoo, tuvieron una guerra con los Lápitas. Neso por amar en demasía a Deyanira, fue muerto por Hércules. Y el propio Hércules domeñador de monstruos sucumbió por el amor de Iole. Dejo de lado las necedades más

que amores de Júpiter. Del inicio de la discordia entre Agamenón y Aquiles fue causa Briseida, arrebatada por Agamenón a Aquiles. Pirro, por haber amado más de lo conveniente a Hermíone murió bajo la espada de Orestes. Sansón, vencido por el amor de Dalila, fue privado del cabello y reducido a esclavitud. David, olvidado de Dios por el amor de Betsabé, cometió adulterio y homicidio. Salomón, dejando a parte el culto al verdadero Dios a causa de una egipcia, ofreció sacrificios a ídolos. Cleopatra corrompió totalmente a Antonio. ¿Por qué referir más cosas de los antiguos? Yo he visto a varios caudillos de guerras, mientras lo aconsejaba la edad, hasta tal punto perdidos por el amor de algunas mujeres que casi parecía monstruoso que tan gran molicie del amor de una mujer, entre tan continuas y duras preocupaciones de la guerra, pudiera estar en el mismo pecho a la vez. Por lo que los antiguos, queriendo ocultar esto bajo la ficción, establecieron la fábula de las guerras del padre y los placeres de la madre. Pero, si queremos sacar un significado más agudo de esta ficción, pienso que puede entenderse por Venus el apetito concupiscente unido a Vulcano, dios del fuego, es decir al calor natural, en matrimonio con un vínculo indisoluble; cuando éste, según la costumbre del fuego, se encamina a un incendio mayor, se dice que ama a Marte, como si fuera muy ardiente, y que es amado por él, como semejante a sí y en el mismo deseo se encuentran los que encuentran placer, lo que por el Sol, -esto es por el hombre sabio, es criticado cuando es visto y, al superar el calor justo, es acusado. Pero cuando el ardor de una desordenada concupiscencia se dirige en dirección contraria, sucede que con ataduras ocultas, esto es con pensamientos y placeres, el ignorante se ata más estrechamente a los placeres, de los que debilitado no puede liberarse y por sus uniones vergonzosas, que se realizan ya al descubierto, es motivo de risa para los sabios. Neptuno, el único que interviene en favor de los cautivos, se convirtió en contrario del ardor lascivo. Así con éste, de la misma manera que el fuego con agua, se extingue el amor culpable y, cuando quiere el que lo sufre, es liberada la encadenada razón. Leoncio decía que Hornero no sólo consideró que éstos fueron descubiertos sino que también había relatado la historia sobre aquellos. A saber que Vulcano, hijo de Júpiter y de Juno y señor de Lemnos, tuvo como esposa a Venus, la más hermosa mujer hija de Dione; al ser éste un hombre de fea figura y tener un hermosísimo joven como escudero, del que dice que, según la opinión de algunos, era hijo de Neptuno, sucedió que fue amado por su esposa Venus y que fue a su lecho. Como esto hubiera llegado en secreto a oídos de Vulcano, quiso ver antes que dar crédito y, al fingir que él se iba a ir lejos, pilló a los despreve-

nidos amantes juntos. Pero el escudero huyendo evadió con facilidad las manos del cojo. Por su parte, como éste amara perdidamente a su esposa, no se atrevió a cometer ningún tipo de crueldad contra ella, pero no pudo renunciar a sus quejas. A éstas su tío Neptuno las aquietó, en consideración a su hijo, con continua persuasión. Explicadas estas cosas, se le atribuye el carro porque, según la costumbre antigua, los que luchaban utilizaban carro. Pero se le consagró el lobo, ya que es un animal rapaz y voraz, para mostrar la insaciable voracidad de los que siguen a los campamentos. Se le dedica como ave el pico porque la mayoría de las veces los hombres guerreros se aplican a augurios y auspicios y porque de cualquier azar al punto sacan augurios. O porque, de la misma manera que el pico con su pico penetra en los robles mediante golpe asiduo, así por la continua destrucción o por lo continuado de las luchas penetran en las murallas de las ciudades los guerreros. Alberico [III, 11, 10] dice que se le consagró la grama porque esta hierba, según Plinio, surge de la sangre humana y por ello, como él mismo dice, los Romanos que se dedicaban a la guerra, para hacer sacrificios a Marte, construían un altar de grama; yo pienso que es ridículo que la grama nazca solamente de la sangre humana, pero creo que el haber dedicado esto a Marte tiene su origen en otro sentido, puesto que los hombres belicosos acostumbraron a colocar los campamentos preferentemente en lugares abiertos y por eso la mayoría de las veces en lugares de grama, que no son cultivados a propósito por los agricultores, porque la grama recoge en sí toda la humedad de la tierra y no deja nada suficiente o módico y por los Romanos, y quizá por los antiguos, se inventó esto para mostrar el valor del luchador que presta bien sus servicios, que fueran coronados con hierbas de grama los que por la fuerza de las armas habían entrado los primeros en el campamento del enemigo. Además llamaron a Marte con otros nombres como Mavorte y Gradivo y ello, como dice Rábano en el libro *Sobre el origen de las cosas* [111, 430 B] porque se lucha entre los hombres, como si fuera hombre de Marte, y poco después dice: «Así mismo a Marte porque es el autor de las muertes, pues la Muerte recibe su nombre de Marte. Gradivo porque gradualmente avanzan en la guerra los que luchan o porque caminan con prontitud[299]", etc.» Hay quienes dicen que se le llamó Mavorte, como si derribara grandes cosas, porque a causa de la guerra las mayores son aniquiladas. Pero, para que se ponga de manifiesto que los poetas en sus ficciones imitan a los filósofos, me agrada añadir qué opinaron en otro tiempo los astró-

[299] Juego de palabras entre *Gradivus* y *gradior:* caminar.

logos sobre Marte, y sobre todo el que entre ellos tuvo mayor renombre, Albumasar. Según la opinión de éste Marte es ígneo por naturaleza, cálido y seco de repente, deseoso de alabanza y de gloria, irritable, de injusto juicio, depredador, astuto, criminal, impío, inconstante, imprevisor, precipitado, desordenado al hablar y obsceno, rápido en las respuestas, fiero, violento, impetuoso, amante de los adornos, despreciador de las religiones, desleal, engañoso, perjuro, asiduo ejecutor de malas acciones, disipador de los bienes, inestable y de pertinacia obstinada, desvergonzado, laborioso, diligente, burlón, vicioso, ávido del vergonzoso coito. Significa la juventud, fortaleza, fuego, ardores, milicia y alianzas de los reyes, instrumentos bélicos, latrocinios, destrucciones, cortes de los caminos, torturas, cautividades, temores, disputas, injurias, procuradores de heridas, soberanos del hierro, cavadores de sepulcros, desnudadores de cadáveres y cosas similares. Cosas de las que fácilmente se comprende cuánto concuerda la poesía con la filosofía. Ciertamente no quiero que pienses, insigne rey, que esto se ha añadido por causa tuya; ya hace tiempo conocí de oídas que estás muy familiarizado con los astros y que conoces inmejorablemente sus propiedades, sino para obsequiar a éstos que, además de ti, quizá vayan a leerlo.

CAPÍTULO IV

Sobre Cupido, primer hijo de Marte, que engendró a Voluptuosidad

Cupido, según dice Tulio en el libro *Sobre la naturaleza de los dioses* [III, 23, 60], fue hijo de Marte y de Venus. Tontamente los antiguos y los modernos sostienen que éste fue un dios de enorme poder. Lo que se ve claramente en unos versos del trágico Séneca que habla así sobre él en la tragedia de *Hipólito [Fed.,* 294-301]: «Y ordena que los dioses, dejando el cielo, vivan en la tierra con rostro cambiado. Febo, el que cuida el ganado tesalio, condujo el ganado y dejando el plectro llamó a los toros con flauta desigual. ¡Cuántas veces se vistió de figuras de seres inferiores el mismo que conduce el cielo y las nubes!, ora como un ave movió las blancas alas, etc.» En estos versos se muestra suficientemente cuan grande es el poder de Cupido. Y no menos claramente aparece en aquella fábula que sobre él cuenta Ovidio [I, 452 ss.] cuando relata que éste hirió a Apolo vencedor de Pitón con una dorada flecha, a causa

del amor por Dafne, y a Dafne con una de plomo, para que aquél la amase pero ella le tuviera odio. Su figura la describe así Servio *[a En.,* I, 663]: «Un niño desnudo y alado y ceñido de aljaba, que lleva arco y flechas.» Rábano [111, 432 C] añade también una antorcha. Francisco de Barbarino, hombre que no debe ser relegado, en algunos poemas suyos escritos en vulgar cubre los ojos de éste con una venda y le añade pies con grifos y lo rodea con un cinturón lleno de corazones. Apuleyo, en *El Asno de oro* [V, 22], describe su hermosura mientras duerme así: «Cuando ve la abundante cabellera de la dorada cabeza, la ambrosía embriagadora, el cuello blanco como la leche, las mejillas de púrpura, los mechones de cabellos dispersos, decoradamente colgados unos cayendo por delante, otros por detrás, con cuyo resplandor la propia luz de la lámpara vacilaba por los hombros del dios alado, las plumas humedecidas eran del tono blanco de una resplandeciente flor y aunque con las alas en descanso cada una de las plumitas tiernas y delicadas temblorosas pareciendo inquietas juguetean, por lo demás el cuerpo sin pelo y brillante, de modo que Venus no se arrepintiese de haberlo dado a luz, etc.» Cuenta además Ausonio *[Églogas,* VII] que se escribió sobre éste una fábula en un poema bastante largo, la que dice que fue bordada por los Treviros en el triclinio de Zoilo, a saber que volaba casualmente entre los bosques de mirto del Erebo Cupido cuando lo reconocieron las Heroidas que por su causa soportaban crueles suplicios y deseos deshonestos y muertes, y, agrupándose en un batallón, al punto se lanzaron contra él y al que en vano intentaba hacer uso de sus fuerzas, lo cogieron y allí mismo en un elevado mirto lo clavaron en una cruz y luego, al lanzar contra aquel que pendía sus afrentas, dicen que entre éstas llegó Venus a increparlo y a echarle en cara las cadenas de Vulcano y a amenazarlo con crueles suplicios; conmovidas las otras, dejando de lado sus improperios, consiguieron para aquél el perdón de Venus y lo bajaron de la cruz y él voló junto a los Dioses. Se cuentan además muchas cosas, dejadas de lado las cuales ha de escrutarse el significado de lo dicho. Pienso que es bastante posible que Cupido fuera hijo de Marte y de Venus e insigne por su belleza y de costumbres lascivas. Pero los que crearon la ficción pensaron poco sobre esto y por ello ha de investigarse qué pudo surgir de estas cosas entre las opiniones de los antiguos. En efecto, éste al que llamamos Cupido es una cierta pasión de la mente lanzada desde el exterior e introducida a través de los sentidos corpóreos y aprobada por las virtudes internas, ofreciendo para esto una especial disposición los cuerpos celestiales. Pues sostienen los astrólogos, según afirmaba mi venerable Ándalo, que, ya que tocó en suerte que Marte,

en el nacimiento de aquél, se encontrase en la casa de Venus, esto es en Tauro o Libra, y que fuese el signo de su nacimiento, pretendieron que éste, que nace entonces, había de ser lujurioso, vicioso, y que abusaba de todos los placeres de Venus, y que era un hombre criminal en tales asuntos. Y por esto un filósofo, cuyo nombre fue All[m] en su *Comentario al cuatripartito* [IV, 4] dijo que, cada vez que participa en el nacimiento de alguno Venus junto con Marte, puede conceder al que nace una disposición adecuada a las captaciones de amor, fornicaciones y lujurias. Esta aptitud trae consigo que tan pronto como uno así ve a una mujer, que es estimada por los sentidos exteriores, al punto es llevada a las virtudes sensitivas internas, porque ha agradado; y esto lleva en primer lugar a la fantasía, de ésta se transmite a la facultad reflexiva y de allí a la que recuerda; por estas sensitivas es llevada este tipo de virtud que es la más noble entre las del conocimiento, esto es al intelecto posible. Aquí está el receptáculo de las especies, según atestigua Aristóteles en el libro *Sobre el alma* [I, 1]. Allí conocida y comprendida, si por voluntad del que la sufre, en quien está la libertad de rechazarla o retenerla, sucede que se retiene como aprobada, entonces, fijada en la memoria la pasión de lo aprobado, que se llama ya amor ya deseo, se asienta en el apetito sensitivo y allí mismo, por la acción de distintas causas, algunas veces se hace tan grande y poderosa que obliga a Júpiter a dejar el Olimpo y a adoptar la forma de toro; algunas veces, no aprobada ni confirmada, se desliza y es aniquilada; y así la pasión no se genera de Marte y de Venus sino, según lo que se ha dicho antes, que surgen hombres aptos para recibir la pasión según la disposición de su cuerpo; no existiendo éstos, la pasión no se genera y así en sentido amplio Cupido es engendrado por Marte y Venus como por una pequeña causa remota. Pero como excusa de su flaqueza los míseros mortales presos de esta pasión crearon la ficción de que esta peste era un poderosísimo dios; a éstos los rechaza el poeta trágico Séneca en el *Hipólito* [195-205] diciendo: «Que el amor es un dios lo inventó la pasión para ayudar un vergonzoso servicio, y para ser más libre añadió a su locura el título de una falsa divinidad, Ericina envía a su hijo errante y rápido por todas las tierras; aquél, volando a través del cíelo, con su tierna mano pone en movimiento

[300] All ben Ridwan, médico y autor de un Comentario al *Cuatripartito,* conocido por Dante y Diño del Garbo. Esta obra es la traducción latina de la obra tolemaica hecha del árabe con el título de *De siderum iudiciis quadripartitum.* Sobre la importancia que tuvo para Ándalo del Negro y para Boccaccio el conocimiento de la obra de Ptolomeo a través de All, cf. Quaglio, *op. cit.,* p. 147.

los impúdicos dardos y el más pequeño ocupa tan gran reino entre los dioses. Un espíritu sin razón aprendió estas cosas vanas y creó la ficción de la acción divina de Venus y el arco del dios. Cualquiera que se regocija con exceso en la prosperidad y se disipa con el lujo, etc.» Además imaginan que es un niño para designar la edad de los que cogen esta pasión y costumbres; pues son jóvenes la mayoría de las veces y juguetean como niños y, no siendo suficientemente dueños de sí mismos, son llevados a donde los empuja el ímpetu de la pasión más que a donde ordena la razón. Se dice también que es alado para demostrar la inestabilidad del apasionado; pues los que con facilidad creen y desean, vuelan de pasión en pasión. Se creó la ficción de que lleva arco y flechas para demostrar la repentina cautividad de los ignorantes, pues los ojos casi son apresados de golpe. Dicen que éstas son doradas y de plomo y que el amor es llevado por las de oro y el odio por las de plomo, para poner de manifiesto la opinión de los amantes. Sostienen algunos que a causa de esta pasión los jóvenes, en otras ocasiones torpes y raros, se preparan para la virtud y buenas costumbres, que pasan su tiempo en cosas graciosas y en bromas, caminan limpios y arreglados, se deleitan con el canto y los coros, se hacen generosos y cosas de este tipo que parecen referirse al esplendor de la vida, y por ello sostienen que ésta es de oro, porque el oro es resplandeciente y viceversa que el plomo, puesto que es pesado y de algún modo parece un metal inerte y oscuro, ha de procrear el odio del que nace la tristeza y la aflicción del ánimo y la pereza de los jóvenes, porque se mantienen dentro de la puerta, están oprimidos por el miedo y por dañinos pensamientos y cosas de este tipo. Sobre las distintas acciones contra Febo y Dafne se ha hablado antes donde sobre Dafne. Le añaden a esto una antorcha para demostrar que esta pasión a veces enciende con tanto ardor los ánimos de quienes la sufren que no sólo los obliga a los suspiros sino que incluso los empuja a una ansiedad semejante a un incendio. Le cubren los ojos con una venda para que nos demos cuenta de que los amantes ignoran a dónde se dirigen, de que no tienen ningún juicio, no distinguen las cosas, sino que son llevados sólo por la pasión. Le ponen en los pies grifos para poner en claro que la pasión es muy persistente y que, una vez fijada, difícilmente se convierte en muelle ocio. El hecho de que esté clavado en la cruz, si reflexionamos, es una lección que ciertamente seguimos tantas veces cuantas, hecho volver el ánimo a sus fuerzas, vencemos nuestra molicie con el loable ejercicio y con los ojos abiertos miramos a donde éramos arrastrados por la pereza. Porque si lo hubiéramos comprendido y no lo lleváramos a cabo, habrá una nueva equivocación peor que la anterior.

CAPÍTULO V

Sobre Voluptuosidad, hija de Cupido

Voluptuosidad, según dice Apuleyo *[Met.,* VI, 24], fue hija de Cupido y de Psique, la fábula de cuya concepción se ha expuesto antes ampliamente cuando se ha hecho sobre Psique. La razón de esta ficción se descubre fácilmente. Pues cuando sucede que nosotros deseamos algo y alcanzamos lo deseado, sin duda nos alegramos de haberlo obtenido, y a esta alegría los antiguos la llamaron Voluptuosidad.

CAPÍTULO VI

Sobre Enómao, segundo hijo de Marte, que engendró a Hipodamía

Enómao fue rey de la Elide y de Pisa y, según opinión de Servio *[a Geórg.,* III, 7] y Lactancio *[a Teb.,* I, 274], fue hijo de Marte. Yo pienso, en cambio, que fue un hombre belicoso y por eso se creó la ficción de que fue hijo de Marte. Pues consta que tuvo una guerra contra Pélope y que fue vencido por Pélope y, al llegar a la paz con él, le concedió como esposa a su hija Hipodamía.

CAPÍTULO VII

Sobre Hipodamía, hija de Enómao y esposa de Pélope

Servio dice *[a Geórg.,* III, 7] que Hipodamía fue hija del rey Enómao y, como al ser muy hermosa tuviera muchos pretendientes y Enómao tuviera unos caballos muy veloces, que habían sido creados por el soplo de los vientos, fue puesta por Enómao a los pretendientes la siguiente condición, a saber que debían entrar en un certamen de carros y los vencidos morirían, pero el vencedor conseguiría su deseo. Y después de haber entregado a muchos a la muerte, llegó Pélope, hijo del rey Tántalo, floreciente en su brillante juventud, y

pidió en matrimonio a la doncella dispuesto a entrar en el certamen. Por su parte Hipodamía, al ver a Pélope, fue cautiva de su belleza y sobornó a Mirtilo, el auriga de su padre, con el pacto de su primera unión. Pero otros dicen que fue sobornado con esta misma promesa por Pélope. Mirtilo hizo el eje del carro de cera y así, cuando estaban en el estadio, habiéndose roto el eje del carro de Enómao, Pélope resultó vencedor; y así consiguió el matrimonio con Hipodamía. Dice Barlaam que ha leído en los anales de los Griegos que Pélope, por haberle sido negada Hipodamía, emprendió la guerra contra Enómao y que Enómao fue vencido por el engaño de su prefecto Mirtilo. Este Mirtilo, al reclamar a Pélope el pago del fraude, murió arrojado por este mismo al mar. Ella dio a luz para su marido Pélope a Atreo, Tiestes, Fístenes y a otros.

CAPÍTULO VIII

Sobre Tereo, tercer hijo de Marte, que engendró a Itis

Tereo fue rey de los Tracios y, como dice Teodoncio, fue hijo de Marte y de la ninfa Bistónide, seducida a la fuerza por él, lo que en parte escribe Ovidio [VI, 426-8] diciendo: «Al que poderoso en hombres y recursos y cuya estirpe provenía del grande y fuerte Gradivo, unió a sí Pandíon por el matrimonio con Progne, etc.» De éste se cuenta la siguiente historia con un final de ficción. Después de haber cansado Tereo a Pandíon, rey de los Atenienses, con una guerra y haber llegado por fin a firmar la paz, para que fuese más sólida tomó a su hija Progne, la de más edad, como esposa. Esta, después de haber dado a luz a su hijo Itis y haber caído en el deseo de ver a su hermana Filomela, pidió ser enviada a Atenas o que Filomela se acercase desde Atenas. Tereo, yendo a Atenas, consiguió de Pandíon conducir a Filomela junto a Progne. Al haberse enamorado Tereo de tan hermosísima doncella, la violó en una cabana de pastor; y al amenazarle ésta con que lo acusaría ante Progne, le cortó la lengua y la guardó encerrada en aquella cabana. Y, al llegar envilecido junto a Progne, dijo que Filomela había muerto de mareo. Pero Filomela, debilitada por la repugnancia de la prisión, escribió con una aguja en una tela todas las cosas que le habían ocurrido y las envió a su hermana por mediación de una criada. Como ésta, fingiendo alegría, hubiese ocultado su dolor, al llegar las orgías de Baco, de

noche, pues eran celebradas en esas horas del día por las mujeres Bistonias, adornada con tirsos y pieles se introdujo en las selvas y condujo a Filomela, engalanada de igual forma, a palacio y encendida por el furor, después de haber maquinado muchas cosas contra su marido, lanzó su cólera contra su pequeño hijo Itis que la aplaudía, y cortándole el cuello lo mató y cocido lo puso por la mañana ante su marido, que comía según lo acostumbrado. Como éste, desconocedor del asunto, lo llamase muy a menudo y continuamente le respondiese Progne: «está presente», y aquél no lo entendiera, antes de que se levantara de la mesa, Filomela, saliendo de su escondite, colocó ante él la cabeza de su hijo guardada para esto. El, de repente agitado de un lado a otro, cuando las perseguía con la espada sucedió que, por compasión de los dioses, Progne se convirtió en golondrina y con vestido oscuro cuidaba su propio palacio. La otra en cambio, metamorfoseándose en el ave de su nombre[m], se dirigió a las selvas que había abandonado de noche. Por su parte Tereo se convirtió en abubilla. Y así todo el palacio sufrió transformación. El significado de las ficciones, según opinión de Barlaam, es el siguiente. Fue Tereo un hombre impío y fiero que no deseaba o hacía otra cosa que la guerra y por esto mereció a Marte como padre, aun cuando fue hijo de Astogiro, príncipe de los Bístones. Este, porque a causa de su delito no se atreviese a nada contra su esposa y ésta por la vergüenza de la crueldad cometida nunca bajara al palacio sino que cubierta de negro vestido lloraba su crimen en la parte más alta de la casa y la desgracia de su hermana, dieron el motivo de esta transformación, y así también Filomela tanto por el nombre como por su regreso a las selvas. Dijeron que Tereo se convirtió en abubilla porque es un ave con penacho y su canto es ulular y las basuras su alimento, para que por el penacho se entienda la insignia de la cabeza del rey y por ulular los lamentos por el hijo perdido, y por el fétido alimento la memoria despreciable y fatigosa del hijo comido.

[301] Para las distintas versiones acerca de las metamorfosis de Progne y Filomela, véase Ruiz de Elvira, *MU. das.*, pp. 360-62.

CAPÍTULO IX

Sobre Itis, hijo de Tereo

Itis fue hijo de Tereo y de Progne, cuya edad y desgracias ya se han explicado suficientemente antes. Dicen que éste se metamorf oseó en una avecilla que llaman cardelina y que esto fue tomado así más por el vestido de niño que por otra cosa; ciertamente la cardelina es un ave pintada, de la misma manera que vemos que los hijos de los nobles llevan los vestidos bordados.

CAPÍTULO X

Sobre Ascálafo, cuarto hijo de Marte, y Y almeno, quinto hijo de Marte

Los hermanos Ascálafo y Yálmeno fueron hijos de Marte y de Astíoque, según opina Hornero en la *Ilíada* [II, 512-5]: «De estos eran caudillos Ascálafo y Yálmeno, hijos de Marte, a los que engendró Astíoque en el palacio de Actor Acidao, doncella respetuosa: cuando subió al palacio el fuerte Marte se unió con ésta ocultamente, etc.» Dice también Hornero, donde antes, que éstos fueron señores de Aspledón y de Orcómeno, ciudades de Minia, y llegaron a Troya con los Griegos con treinta naves. Yo, por mi parte, como se dijo sobre los restantes, pienso que fueron jóvenes luchadores y por ello considerados por los antiguos como hijos de Marte.

CAPÍTULO XI

Sobre Partaon, sexto hijo de Marte, que engendró a Agrio, a Mela, a Testio y a Éneo

Partaon, como dice Teodoncio, fue hijo de Marte y de Méroe, y su padre fue llamado por otro nombre Meleagro y rey de Calidón. Pero Paulo dice que éste fue hijo de Marte y de Estérope, hija de Atlas. Sin embargo Lactancio *[a Teb.,* I, 463] dice que éste no fue

hijo de Marte sino de Meleagro, hijo de Marte[302]. Finalmente Teodoncio dice que el verdadero Partaon fue hijo de Meleagro y de Mérope, doncella etolia, pero puesto que Meleagro fue el primero que con sus armas ocupó y obtuvo Calidón, ya que era hijo del Júpiter Arcadio, fue considerado Marte por los rudos habitantes y así llamado, y por ello Partaon fue llamado hijo de Marte. Hornero, presentando a Diomedes hablando, ofrece su genealogía en la *Ilíada* [XIV, 115-8] y muestra que Partaon tuvo como hijos a Agrio, Mela y Éneo, pero Teodoncio añade a éstos un cuarto, Testio, de ningún modo nombrado en Hornero.

CAPÍTULO XII

Sobre Agrio y Mela, hijos de Partaon

Agrio y Mela, según se ha dicho antes tomando por testigo a Hornero, fueron hijos de Partaon. Sobre éstos no ha llegado hasta nosotros nada a excepción del nombre puro y simple.

CAPÍTULO XIII

Sobre Testio, hijo de Partaon, que engendró a Toxeo, a Plexipo y a Altea

Testio, según dice Teodoncio, fue hijo de Partaon y de un ninfa de Calidón. Pero Paulo dice que de Altea y que así se llamó a la hija Altea porque al nacer ella, por el esfuerzo del parto, la madre murió, y, a excepción de lo dicho, no se tiene sobre éste ninguna otra cosa a no ser que engendró también a Altea, Toxeo y a Plexipo.

[302] Lactancio en realidad lo que dice es lo siguiente: «Marte fue padre de Meleagro, Meleagro de Éneo, Éneo de Tideo, aunque la mayoría dice que éste fue engendrado por Marte que tomó el aspecto de Éneo.» Cf., además, *CFC*, XI, pp. 265-66. En las ocasiones que Lactancio habla de Partaon, II, 481 y II, 726, lo hace sólo presentándolo como padre de Éneo.

CAPÍTULO XIV

Sobre Toxeo y Plexipo, hijos de Testio

Toxeo y Plexipo fueron hijos de Testio, como se ha dicho antes. Estos, al ser jóvenes robustos y valientes por su edad y ánimo, junto con los restantes jóvenes nobles de Grecia acudieron a la cacería del jabalí de Calidón que lo devastaba todo, según refiere Ovidio [VIII, 281 ss.]. Allí, como después de un prolongado esfuerzo mataran la bestia, viendo que Meleagro, hijo del rey Éneo, sobrino de ellos y jefe de la cacería, había dado la cabeza del jabalí a la doncella Atalanta porque había sido la primera en herirlo, de manera que la primera que lo hiere, según la costumbre de los cazadores, es adornada con el honor más importante de la caza, indignándose aquellos porque entre tantos jóvenes nobles una mujer fuera distinguida con el primer honor de tan gran esfuerzo, se lo arrebataron. Turbado por esta causa Meleagro, lanzándose contra ellos, habiéndoles quitado la cabeza, mató a éstos que se le oponían y restituyó a la doncella el honor que se le había sustraído.

CAPÍTULO XV

Sobre Altea, hija de Testio y madre de Meleagro

Altea fue hija de Testio y fue llamada así por el nombre de su madre, que murió cuando la dio a luz, según se ha dicho extensamente antes. Esta se casó con Éneo, rey de Calidón, al que dio entre otros hijos a Meleagro; cuando éste nació, vio y oyó a los Hados que decían en torno al fuego que el niño viviría tanto cuanto un leño, que entonces ardía en el fuego, permaneciera sin ser consumido por el fuego. Habiendo dicho esto, al irse las Parcas, Altea, levantándose del lecho, al punto lo quitó del fuego y lo guardó. Más adelante, cuando al hacer sacrificios por el honor conseguido por Meleagro en la caza, oyó entretanto que sus hermanos habían muerto a manos de éste, excitada por el furor, se precipitó a la venganza y, cogiendo el leño fatal, que había guardado cuidadosamente hasta aquel día, lo puso a arder en el fuego; consumido éste, su hijo Meleagro murió. Al oír esto la desgraciada, arrepintiéndose de lo

hecho, se precipitó contra la espada y miserablemente acabó su vida. Yo pienso que este leño es la humedad de las raíces, producida por la ley de la naturaleza para que, mientras ésta dure, la vida de los que nacen continúe, que al ser colocado por la madre, esto es por la naturaleza de las cosas, en el fuego, esto es en la sequedad, es necesario que el nacido muera.

CAPÍTULO XVI

Sobre Éneo, hijo de Partaon, que engendró a Deyanira, a Gorge, a Meleagro, a Tideo y a Melanipo

Éneo, rey de Calidón, según se ha dicho antes, fue hijo de Partaon, conocido más entre nosotros por sus hijos que por sí mismo. Su esposa fue Altea y tuvo muchos hijos, pero no es bastante conocido para mí si todos de Altea, puesto que no recuerdo haber leído nada sobre otro que no fuera **Meleagro.**

CAPÍTULO XVII

Sobre Deyanira, hija de Éneo y esposa de Hércules

Deyanira fue hija del rey Éneo, según atestigua Ovidio al hablar de la muerte de Meleagro [VIII, 542-4] diciendo: «Saciada por fin la Latonia por la matanza de la casa de Partaon, a éstas a excepción de Gorge y de la nuera de la noble Alcmena, etc.» Fue ésta doncella de hermosísima figura hasta tal punto que muchos la deseaban por esposa y la solicitaban; luego, como fuese prometida al río Aqueloo y finalmente casada con Hércules que la pretendía, surgió una lucha por causa de su boda y, vencido el Aqueloo, se retiró ante Hércules. Ella además fue muy amada por el centauro Neso quien, al saberse herido mortalmente con una flecha por Hércules que lo perseguía, entregó a su amada Deyanira, como prueba de su amor, un vestido empapado con la sangre envenenada, asegurando que el vestido tenía el poder de hacer volver a Hércules de cualquier amorío. Como ésta, confiada, lo conservase ocultamente, se lo envió a Hércu-

les cautivado por el amor de Iole para que se vistiera con él a fin de atraerlo hacia sí; pero al vestirlo Hércules, y al derretirse la sangre seca por el sudor y consumirse por los poros abiertos, angustiándolo la fuerza del veneno, enloquecido se arrojó al fuego y murió. Y así murió por el regalo de su esposa Deyanira. Teodoncio dice que la guerra tenida con el Aqueloo fue de la siguiente manera: que, al desear Hércules a Deyanira y al regar el río Aqueloo algunas veces casi todo Calidón con dos cauces y arrastrar consigo todos los sembrados, fue concedida a Hércules, que la pretendía, por Éneo, bajo la siguiente condición: si llevaba al Aqueloo a un solo cauce y lo fortificaba con terraplenes; como Hércules hiciera esto no sin gran esfuerzo, vencido el Aqueloo, consiguió a Deyanira.

CAPÍTULO XVIII

Sobre Gorge, hija de Éneo

Que Gorge fue hija de Éneo ya se ha demostrado con el testimonio de Ovidio. Pero Teodoncio dice que Gorge no fue una mujer sino un hombre y que murió en la guerra de Tebas.

CAPÍTULO XIX

Sobre Meleagro, hijo de Éneo, que engendró a Partenopeo

Meleagro fue hijo de Éneo, rey de Calidón, y de Altea, en cuyo nacimiento cuenta Ovidio que las tres Parcas fueron vistas por Altea, liberada del esfuerzo del parto, hilando cerca del fuego y, después de haber colocado en las llamas un leño, dijeron: « ¡Oh, recién nacido, la vida será para ti igual a este leño!» Altea, después de oír esto, cuando aquellas se alejaron, levantándose quitó el leño del fuego y para que no se quemase lo guardó con cuidado. Fue este Meleagro un hombre importante y muy ilustre en su tiempo por su fama; y, según cuenta el mismo Ovidio, sucedió que Éneo, su padre, por los dones recibidos, Según la costumbre sagrada, ofreció honores a todos los dioses, excepto a Diana solamente bien por indignación o por

olvido. Esta, irritada contra él, envió a los campos de Calidón un feroz jabalí que todo lo devastaba. Al reunirse por convocatoria de Meleagro todos los jóvenes ilustres de las ciudades vecinas para destruirlo, sucedió que llegó también convocada Atalanta, doncella hija de Ceneo o, según otros, del rey Iasio, notable por su belleza y juventud y experta en la caza. Como Meleagro al punto se enamorase de ella, ocurrió que, comenzada la cacería, al lanzarse todos contra el jabalí, ésta lo hirió antes que todos con su lanza. Después de que el animal fuera capturado y muerto, Meleagro, jefe de la cacería, bien guiado por el amor o porque así lo exigía la costumbre, dio a Atalanta, que había sido la primera en herirlo, la cabeza del jabalí. Lactancio *[a Teb.,* II, 481] añade que también la piel, que era tenida como el mayor honor entre los cazadores. No pudiendo soportar esto Plexipo y Toxeo o, como dice Lactancio, Agénor, hermanos de Altea, quitaron a la propia Atalanta la cabeza que le había sido ofrecida, o intentaron quitársela. Encolerizado por ello, Meleagro se lanzó contra ellos y los mató. Al celebrar los Calidonios un gran festín por la muerte del jabalí y al llevar dones a los templos y como Altea avanzara entre éstos alegre tanto por la muerte del enemigo como por la gloria de su hijo, conocida la muerte de sus hermanos, repentinamente se turbó y, lanzándose más a la venganza que a las lágrimas, cogiendo el leño fatal lo arrojó a las llamas. Consumido éste, también murió consumido Meleagro. Hornero en la *Ilíada,* en aquel discurso en el que Fénix intenta convencer a Aquiles de que tome las armas contra los Troyanos [IX, 434-605], hace una larga digresión sobre Meleagro, el hijo de Éneo y dice que, como por el homicidio de sus tíos fuese muy suplicado por su madre Altea, indignado, cuando llegaban los enemigos hasta la empalizada de la ciudad de Calidón, no quería tomar las armas, sino que con Cleopatra, hija de Idas y de Marpesa, hija de Eveno, a la que llaman Alcíone[m] porque muy a menudo lloraba a su perdida Alcíone, se divertía encerrado en su habitación, lo que no podía hacerse después de una muerte. Sin embargo, de aquellos que piensan que éste murió a causa de la muerte de sus tíos, hay quienes creen que no fue muerto a consecuencia de un leño consumido sino por conspiración de su madre. Barlaam dice que fue asesinado por ella con un palo mientras dormía. Pero Paulo piensa que él murió por casualidad después del honor de haber sido muerto el jabalí y que se añadió a la fábula el lugar del leño fatal, al que dice que considera como la humedad de

[303] Paráfrasis de *Il.,* IX, w. 556 ss., donde se explica por qué se da el sobrenombre de Alcíone a Cleopatra.

la raíz, faltando la cual falta también la vida. Pero con cualquier tipo de muerte o donde quiera que haya muerto, parece que piensa que tuvo amores con Atalanta y que de ella tuvo a Partenopeo. Así pues, Meleagro y esta cacería famosa existieron, según atestigua Eusebio en el libro de los *Tiempos* [59, 9-10], reinando Atreo y Tiestes en Micenas, en el año 4001 del mundo.

CAPÍTULO XX

Sobre Partenopeo, hijo de Meleagro

Partenopeo fue hijo de Meleagro y de Atalanta[304]. De ella dice Teodoncio que fue hija de Iasio, rey de Arcadia, y como era una muchacha de duro carácter y rechazaba el matrimonio, seguía a Diana en la caza; finalmente, vencida por la bondad de Meleagro, tuvo relaciones con él y dio a luz para él a Partenopeo, el cual, puesto que lo había ocultado durante largo tiempo, fue llamado así por la apreciada virginidad de la madre; pues en griego partenia significa virgen o virginidad. Sobre la belleza de éste y la llegada de su madre, conocido el asunto, escribe así Estacio [IV, 251-9]: «No había un rostro más hermoso en ninguno de los que iban al triste combate ni tanta dulzura de su sobresaliente belleza, y no le faltan los ánimos, ojalá llegue ahora una edad más robusta. ¿A qué señores de los bosques y divinidades consagradas a los ríos, a qué Napeas no arrebató con su gran fuego? Dicen que la propia Diana, cuando vio en la sombra del Ménalo al niño que dejaba sus huellas en la grama con su tierno paso, perdonó a su compañera y que ella misma había colocado en sus hombros los dardos dicteos y el amicleo carcaj, etc.» Como tuviese más ánimo que fuerzas, el muchacho, aún no en la edad de la pubertad, encendido con el deseo de la guerra, oyendo que los caudillos argivos iban a ir a Tebas, sin que su madre lo supiera, al haber sido convocados los pueblos, llegó al asedio de Tebas con Adrasto y los demás y, herido en la lucha, murió allí. Por lo demás, Servio opina sobre éste de distinto modo, pues dice que éste fue hijo de Melanipe y de Marte o de Milanión y rey de Arcadia, y que, siendo todavía niño, llegó a la guerra de Tebas, como se ha dicho.

[304] Cf. nota 63.

CAPÍTULO XXI

Sobre Tideo, hijo de Éneo, que engendró a Diomedes

Que Tideo fue hijo del rey Éneo lo confirma con toda claridad Estacio [I, 463-5] al decir: «La sangre se debilita con el llanto, verás que he nacido de la estirpe del gran Éneo, verás que no desmerezco de tener a Marte como ascendente paterno, etc.» Esto también parecen afirmarlo los demás, pero no están de acuerdo sobre la madre. Pues Lactancio *[a Teb.,* I, 669] dice que fue hijo de Altea. Pero Servio dice que de Peribea[xs]. Sobre éste, además, se cuenta una importante historia. Antes que otras cosas Lactancio *[a Teb.,* I, 401] dice que éste abandonó Calidón porque, sin darse cuenta, durante una cacería había matado a su hermano Melanipo[306]; y sigue Estacio [I, 390 ss.] que, ya avanzada la noche, fatigado por las lluvias y tormentas, llegó a la ciudad de Argos donde, sin conocer a nadie y buscando un refugio en el que poder pasar la noche, llegó junto al pórtico del palacio, al que poco antes, también empapado, había llegado el Tebano Polinices, tras haber hecho un pacto con su hermano Etéocles sobre el gobierno anual sucesivamente, y había colocado su caballo allí, y, como el lugar no parecía lo suficientemente capaz para albergar a dos, al no apartarse Polinices, llegaron a una disputa y de ahí a una pelea. Al haberla oído Adrasto, bajando los condujo, tras ser apaciguados, al interior del palacio. Y al ver a Polinices cubierto con una piel de león y a Tideo con la de un jabalí, al punto comprendió la ambigua respuesta del oráculo que había consultado acerca de las bodas de sus hijas. Había oído que él había de entregarlas, una a un león y la otra a un jabalí; y al reconocerlos por esto, como si le hubieran sido enviados los yernos, casó a Deípile con Tideo y a Argía con Polinices. Estos mismos, poco antes enemigos, al punto se unieron no sólo por parentesco sino por una completa amistad hasta el punto de que, al llegar el momento en el que, según lo pactado, Polinices debía recuperar el reino de su hermano, Tideo no permitió que nadie a excepción de él fuese como embajador

[305] Servio lo que dice en *Aen.,* VI, 479, es que Tideo es hijo de Éneo y Altea, no habla de Peribea como madre de Tideo. Romano, en su índice de fuentes, pone a Higino, *Vab.,* 69, como origen de este dato, pero es difícil pensar que Boccaccio conociera a este autor cuya editio princeps es de 1535. Para todo lo relativo a Higino, cf. Ruiz de Elvira, «Céfalo y Procris: elegía y épica», en *CFC,* II, pp. 97-123.

[306] Cf. nota 68.

a reclamar el reino para Polinices; como le fuera negado por encima de la ley divina y humana, a éste, según dice Hornero *[Il.,* V, 801-8] y después de él casi al pie de la letra Estacio, le fueron preparadas emboscadas por Etéocles. Y al irrumpir contra él, desprevenido, de noche cincuenta solados, sin aterrorizarse por ninguna parte, con la espada desenvainada se lanzó contra ellos y, después de una larga y cruenta lucha, herido con muchas heridas los mató a todos menos a uno[3m]. Finalmente con Adrasto y Polinices, y ya con un hijo tenido de Deípile, Diomedes, convocados los amigos, fue el asedio de Tebas. Pero allí, haciendo la guerra como suya, luchando a menudo valientemente, un día fue herido mortalmente por una flecha de un tal Melanipo. Al soportarlo con impaciencia y al darse cuenta de que, por la crudeza de la herida, era arrastrado a la muerte, casi enloquecido pidió a sus compañeros la cabeza de aquél que lo había herido. Estos, después que la consiguieron habiéndose derramado mucha sangre, se la llevaron y él, del mismo modo que un perro, ya fuera de sí, clavó los dientes en el cuello y, mientras la devoraba según la costumbre de las bestias, murió[308]. Además, según cuenta Lactancio *[a Teb.,* I, 463], hay quienes dicen que éste nació de Marte, quien adoptó la apariencia de Éneo, no entendiendo otra cosa salvo que Marte fue el más poderoso y significativo en el nacimiento de Tideo, hasta el punto de que parecía muy semejante a aquél en sus gestas.

CAPÍTULO XXII

Sobre Diomedes, hijo de Tideo

Diomedes, como es suficientemente conocido, fue hijo de Tideo y de Deípile. Este, en calidad de caudillo de los Etolios, acudió al asedio de Troya junto con los restantes Griegos. En ella se mostró hasta tal punto valeroso que, después de la muerte de Aquiles y de Ayax, fue considerado el más fuerte y valeroso de todos los griegos. Pues además de haber matado a muchos reyes, de haber realizado combates singulares con Héctor y Eneas y otros insignes príncipes Troyanos, y de haber capturado los caballos de Reso y robado el

[307] El superviviente es el hemónida Meón, que refiere lo ocurrido.
[308] Este acto de canibalismo impidió a Atenea conseguir la inmortalidad para Tideo. Cf. *ANUM,* XXXI, pp. 23-24.

Paladio a los Troyanos, en esta guerra hirió a Marte, según atestigua Hornero en la *Iliada* [V, 883] y también a Venus, que protegía a Eneas, según dice Hornero y, después de él, Virgilio [XI, 276]. Finalmente alcanzada la victoria, al volver a la patria, dice Leoncio que no fue acogido por su esposa Egialea, la cual, por consejo de Nauplio, el padre de Palamedes, se había unido a otro hombre. Dice Servio [*a En.,* VIII, 9] que, al haber conocido Diomedes que Egialea se había unido a Cilárabo [*a En.,* XI, 269], hijo de Esténelo[m], llevado por la vergüenza no quiso volver a su casa. Dice además Leoncio que esto fue una maldición de Dione cuando hirió a su hija. Pero éste, imponiéndose el exilio, se dirigió a Apulia y ocupado el monte Gargano, según opinan algunos, en su falda fundó la ciudad de Siponto; otros dicen que Arpo y allí, después de haber soportado muchas cosas como dice Virgilio [XI, 277], perdió a sus compañeros metamorfoseados en pájaros; Servio [*a En.,* IV, 427] dice que soportó estas cosas porque, según un oráculo, se había llevado consigo los huesos de Anquises y que por este motivo los devolvió. Aristóteles, cuando escribe *Sobre las cosas admirables de oír* [109] dice que Diomedes fue muerto mediante engaño por Eneas y que los lugares en los que había gobernado fueron ocupados. Pero una vez muerto, según afirma Agustín [*Ciud. Dios,* XVIII, 16], fue divinizado por los habitantes y se le construyó un templo en la isla que por él se llamó Diomedia y después de su muerte, sus compañeros, por el dolor de su pérdida, se convirtieron en aves y habitaban el templo y volaban a su alrededor; lo que también afirma Servio [*a En.,* XI, 271] diciendo que estas aves eran llamadas por los Latinos Diomedias, pero por los Griegos Erodios, diciendo además que éstas aplaudían a los Griegos que venían a Italia y que salían alegres a su encuentro, puesto que con vehemencia hacían huir a los Latinos, porque recordaban su origen y también que su jefe fue muerto por los Latinos. Pero Teodoncio dice que éstas aplaudían a los Griegos y que eran dañinas para otros pueblos y que cada año, llevando agua en sus picos, rociaban el templo de Diomedes. Pero ha de verse qué oculta esta fábula. Pienso que se dijo que Diomedes hirió a Marte porque quizá, al luchar con Héctor, que a causa de su insigne valor de soldado con razón podía ser llamado Marte, lo hirió. También a Venus, porque había herido a Eneas, hijo de Venus. Teodoncio dice que se creó la ficción de que sus compañeros fueron

39 pj Pfétida Cilárabes, sucesor de Esténelo en el trono de Argos, unifica los antiguos tres reinos. Cf. Ruiz de Elvira, *Mit. das.,* pp. 140-141.

transformados en aves porque se convirtieron en piratas que recorrían el mar en tan veloz carrera con la ayuda de los remos que parecen volar, y que éstos fueron perjudiciales para todos los pueblos, exceptuados los Griegos.

CAPÍTULO XXIII

Sobre Melanipo, hijo de Éneo

Melanipo, según opina Lactancio *[a Teb.,* I, 402], fue hijo del rey Éneo. Este, cuando cazaba junto con su hermano Tideo, fue muerto en el bosque por él de manera involuntaria.

CAPÍTULO XXIV

Sobre Zesio, séptimo hijo de Marte

Zesio, según dice Teodoncio, fue hijo de Marte, tenido de Hebe, la diosa de la juventud; sin embargo, para mí es totalmente desconocido

CAPÍTULO XXV

Sobre Flegias, octavo hijo de Marte, que engendró a Coronis y a Ixíon

Flegias, según dice Lactancio *[a Teb.,* I, 713], fue hijo de Marte, hombre malo, altivo y desdeñoso con los dioses. Este, según dice Servio *[a En.,* VI, 618], tuvo como hijos a Ixíon y a la ninfa Coronis. Al haberse enterado de que ésta había sido violada por Apolo, al punto arrebatado por la ira, incendió el templo de aquél en Delfos. Encolerizado Apolo por ello, la mató con sus flechas y encadenó su alma en los Infiernos bajo esta condición,

que se siente bajo una enorme roca que amenaza con precipitarse y sospeche y tema siempre que aquélla va a caer. Sobre éste Virgilio [VI, 618-20] dice así: «Y el desgraciado Flegias avisa a todos y con su fuerte voz entre las sombras los pone por testigos: advertidos aprended a respetar la justicia y no despreciéis a los dioses, etcétera.» Que Flegias quemó el templo de Apolo, según dice Eusebio en el libro de los *Tiempos* [47, 1-2], sucedió en el año vigésimo tercero de Dánao, rey de los Argivos, en el verdadero año 3.752 del mundo. Ahora veamos qué pensaron los antiguos sobre el castigo impuesto a Flegias. Fue llamado Flegias de *flegón,* que es llama, y por ello con razón es llamado hijo de Marte, porque es cálido y seco y son competencia suya los ardores e incendios. Lucrecio [310] piensa que fue condenado en los Infiernos con aquel castigo que se ha dicho porque los antiguos creyeron que las almas están entre los dioses antes de llegar a los cuerpos y, al llegar a los cuerpos, puesto que somos inferiores con respecto a los cuerpos celestes, ellas descienden a los Infiernos y que allí tienen distintos castigos según diferentes estados o ejercicios y así Flegias, viviendo en esta vida entre los mortales, fue condenado a este castigo. Macrobio, en *Sobre el Sueño de Escipión* [I, 10, 15], piensa que el castigo es el siguiente, diciendo que la negra sílice habrá de deslizarse y, semejante al que cae, está sobre las cabezas de aquellos que ambicionan los penosos poderes y la infausta tiranía, que nunca habrán de vencer sin temor y obligando al vulgo sometido a odiar con tal que teman, siempre habrán de obtener el final que merecen.

CAPÍTULO XXVI

Sobre la ninfa Coronis, hija de Flegias y madre de Esculapio

La ninfa Coronis, como dice Servio *{a En.,* VI, 618], fue hija de Flegias, la cual, al ser preclara belleza, fue del agrado de Apolo y por él fue violada, y de la unión con él concibió un hijo que después fue llamado Esculapio. Tulio en *Sobre la naturaleza de los dioses* [III, 22, 56] parece pensar que éste fue hijo de Valente y hermano del segundo Mercurio. Yo pienso que, puesto que so-

[310] Lucrecio, *De rer. nat.,* III, vv. 980-81, habla de Tántalo, quien sufre el castigo de tener una roca suspendida sobre su cabeza, castigo que tradicionalmente es el atribuido a Flegias.

bresalió en la medicina, fue llamado hijo de Apolo, porque Apolo recibió el nombre de dios de la medicina.

CAPÍTULO XXVII

Sobre Ixíon, hijo de Flegias, que engendró a los Centauros, cuyos nombres son éstos: Emito, Neso, Astilo, Ofionides, Grineo, Reto, Orneo, Lícidas, Medon, Pisénor, Taumante, Mérmero, Folo, Menelas, Abante, Eurinomo, Ireo, Imbro, Ceneo, Afidas, Elope, Paireo, Lico, Cromis, Dictis, Fareo, Biánor, Nediano, Liceto, Ipason, Tereo, Rifeo, Demoleon, Plageon, Ilon, Efínoo, Damo, Dorilas, Cilaro, una hembra Hilónome, Feo, Tomo, Teléboas, Pireto, Etodo, Efidapo, Neseo, Odites, Estífelo, Bromo, Antímaco, Elimo, Píramo, Latreo y Monteo y otros. Y además de a éstos engendró a Pirítoo[311]

Ixíon es considerado hijo de Flegias por todos. Algunos sostienen que por compasión de Júpiter fue llevado al cielo y convertido en secretario suyo y de Juno, donde, orgulloso por su oficio, se atrevió a perturbar a Juno con su deseo. Quejándose ella a Júpiter, por orden de éste adornó una nube a semejanza suya y la puso en su lugar junto a Ixíon. Este al yacer con aquélla engendró en ella a los Centauros. Y al ser arrojado del cielo a las tierras por Júpiter, se atrevió a vanagloriarse entre los mortales de que había conseguido la unión con Juno; por este motivo fulminado y atado a una rueda que da vueltas y está llena de serpientes, fue condenado en los Infiernos a un continuo giro; por ello dice Ovidio [IV, 461]: «Ixíon da vueltas y a la vez se persigue y huye de sí, etc.» La razón de esta fábula puede ser la siguiente. Ixíon fue tesalio y señor de

[311] La lista de Centauros que da Boccaccio sigue el catálogo que presenta Ovidio, *Met.*, XII, 219 ss., aunque los nombres que ofrece Boccaccio no coinciden totalmente con los ovidianos, que son los siguientes: Eurito o Euritión, Neso, Astilo, el hijo de Ofíon: Amico, Grineo, Reto, Orneo, Lícabas, Medon, Pisénor, Taumante, Mérmero, Folo, Melaneo, Abante, Eurinomo, Lícidas, Areo, Imbreo, Creneo, Afidas, Forbante, Pétreo, Lico, Cromis, Dictis, Hélope, Afareo, Biénor, Nedimno, Licope, Hipason, Rifeo, Tereo, Demoleon, Flegreo, Hilas, Ifínoo, Clanis, Dorilas, Cilaro, una hembra Hilónome, Feocomes, Ctonio, Teléboas, Pireto, Equeclo, Neso, Hodites, Estifelo, Bromo, Antímaco, Elimo, Piracmo, Latreo, y Mónico. Nosotras al tratar individualmente a los Centauros más relevantes respetamos el nombre tradicional y al hablar de ellos en grupo en el cap. XXXII seguimos nuevamente a Boccaccio, teniendo esta nota como punto de referencia.

los Lápitas, ávido del reino más de lo debido, hasta el punto que intentó ocuparlo por medio de la tiranía. Hemos dicho que Juno era bien el aire, bien la tierra y reina de los reinos y de las riquezas. Esta, en cuanto tierra, parece alargar el reino en las tierras y alguna estabilidad; y en cuanto aire, que es lúcido, parece añadir a los reinos algo de esplendor, que sin embargo es fugaz y fácilmente se convierte en tinieblas. La nube se forma por obra del sol, de los vapores del agua o de los que surgen de la tierra húmeda y que se condensa en el aire, por su naturaleza sombría sensible a la vista, no puede tocarse con la mano, no se apoya en ninguna raíz, es empujada suavemente por los vientos de un lado para otro; y finalmente se disuelve en el aire por el calor, o por el frío se convierte en lluvia. ¿Qué hay, pues, en lo dicho? Por la nube no entendemos el reino sino que, puesto que toma la apariencia de Juno, diremos que es lo que se posee con violencia en la tierra, con lo que hay alguna semejanza de reino en cuanto que, así como un rey domina a sus subditos, también éste se apodera violentamente de las cosas, mientras le ayudan las fuerzas, parece mandar sobre los suyos. Pero, de la misma manera que entre el aire puro y la nube condensada hay una gran diferencia, así la hay entre un rey y un tirano. El aire es luminoso, también el nombre regio; la nube es oscura y así también es sombría la tiranía. El nombre de rey es amable, el de tirano tétrico y odioso. El rey sube a su trono engalanado con las insignias reales, el tirano ocupa el mando rodeado de horribles armas. El rey por el descanso y alegría de los subditos, el tirano por medio de la sangre y miseria de los sometidos. El rey busca la paz y el aumento de sus leales con todas sus fuerzas, el tirano se preocupa de sus asuntos mediante el exterminio de otros. El rey descansa en el regazo de los amigos, el tirano, alejados los amigos y hermanos, pone su alma en el de hombres cómplices y criminales. Por eso, según se ve, puesto que estas cosas son muy diferentes en sí, el rey puede ser imaginado con razón como el aire resplandeciente y hay anejo a él algo de estabilidad, si puede hablarse de alguna estabilidad en las cosas caducas; cuando, respectivamente, el tirano es una turbulenta nube, sin acompañamiento de estabilidad alguna, y que fácilmente se disuelve o por el furor de los sometidos o por la desidia de los amigos. Con estas premisas, pienso que veremos sin dificultad qué pretende la fábula. Ixíon es llevado al cielo, puesto que examinamos las cosas elevadas con el espíritu, por ejemplo la púrpura de los reyes, los egregios resplandores, la importante gloria, el poder inextinguible y las cosas que, según el juicio de los tontos, son los infinitos beneficios de los reyes.

Y no sin razón parecemos convertirnos en secretarios de Júpiter y Juno, puesto que lo que a ellos atañe lo miramos, como en un espejo de divinidad, con ánimo presuntuoso, y entonces somos atraídos por el deseo de Juno, en el momento en que pensamos con necia opinión que estos fastos regios son algo distinto de lo que son. Ixíon perturba a Juno con su deseo cuando, sin ninguna razón previa, no aconsejándolo ninguna causa justa, el hombre particular pone su esfuerzo en tener el mando del reino violentamente. ¿Pero qué es si por casualidad se pregunta algo de igual modo? Se le presenta una nube que tiene la figura de Juno; de la unión de éstos, a saber del que ocupa y del poder ocupado, al punto nacen los Centauros. Ciertamente los Centauros fueron hombres armados, de espíritu soberbio e inmoderados e inclinados a todo lo fuera de la ley divina, como vemos a los cómplices y a los que están a sueldo y a los ministros de los crímenes, a cuyas fuerzas y lealtad inmediatamente recurre el tirano. Se dice que ellos nacen de una nube porque de las materias del reino particular, esto es de sus subditos, cogen los tributos, de los que los impíos se nutren para el exterminio de ellos. Finalmente, Ixíon es expulsado del cielo a la tierra por Júpiter, esto es por la naturaleza de las cosas; pues después de que el ávido penetra en el dominio, apartadas las reflexiones de los esplendores con las que con una zalamera esperanza y un engañoso pensamiento se deleitaba, es llevado a preocupaciones angustiosas y ciertas, a saber cuando comienza a conocer de qué esfuerzos, cuan continuos y amargos está lleno el imperio. Además, puesto que éste se jactaba de haberse unido a Juno, esto es se atrevió a considerarse rey, fue fulminado por Júpiter, a saber con el rayo con el que son abrasados los ignorantes quienes, cuando soñando piensan que son transportados al cielo con alas, de repente despertados descubren que han caído en la tierra. Pues cuando elevados por el hinchado soplo con gran violencia ocupan el imperio de los pueblos, cuando vuelven en sí arrojan de su vista el sueño de la tonta ambición, se dan cuenta de en qué angustias han entrado, en qué incertidumbres, en qué temores, en qué lazos antes desconocidos, observación con la que son atormentados no de otro modo que con el rayo de fuego. Este atormentado, si haciendo algún pacto acaba con la tiranía, no es condenado en los Infiernos con el suplicio de la rueda que gira, sino que, puesto que en el pecho de tal sin ningún descanso con un movimiento circular continuamente giran las preocupaciones, se renuevan las antiguas y se añaden nuevas, cuando por un lado temeroso siente miedo de las asechanzas de éste, de las fuerzas de aquél, y por otro lado del juicio de

Dios, se dice que está clavado en una rueda que gira, la que se representa llena de serpientes porque se agita no sólo con preocupaciones sin interrupción sino también punzantes. O bien de otro modo y más brevemente. Diremos que la nube habrá de ser la esperanza alcanzada del reino, la que algunos hacen muy segura con sus fuerzas mal equilibradas para sí. Se crea la ficción de que ésta es semejante a Juno porque al que espera le parece poseer ya lo esperado y dispone de lo que espera no de otro modo que si lo poseyese y por esto sucede que de esta esperanza tan segura, para conseguir el efecto, esperando prepara sus fuerzas, y así, por acción de la esperanza, esto es de la nube, surgen los Centauros, es decir que se preparan, y para conseguir con la obra lo que ya el ignorante tiene en la esperanza, hasta tal punto entra en trabajos que deja de lado las brillantes reflexiones y necesariamente se precipita a las turbulentas y así por Júpiter, es decir por la luz y el resplandor de las reflexiones, cae o es arrojado a tierra y, fulminado, es zarandeado en una rueda, según se ha dicho. Pero sobre esta rueda parece haber opinado de modo distinto Macrobio *[Sueño Escip.,* I, 10, 14], a saber que en los radios de la rueda cuelgan heridos quienes, no previendo nada con su decisión, no moderando nada con su razonamiento, y no acabando nada con sus virtudes, abandonándose a sí mismos y todos sus actos a la fortuna, siempre son agitados por acontecimientos inesperados. Otros, al decir que Ixíon era secretario de Júpiter y Juno, pensaron que Ixíon fue un augur porque en el aire se toman los augurios, a través de los cuales se creía que las cosas secretas, es decir las cosas futuras, eran conocidas por los de esta clase. Sobre el hecho de que de una nube haya engendrado a los Centauros, pretenden que no ha de entenderse otra cosa que el que vigilan por dinero la lealtad de los cómplices, que se disuelve al llegar un regalo superior, de la misma manera que lo hace la nube. Dice además Fulgencio *[Mit.,* II, 14] que Domócrites escribe en la *Teogonia* que Ixíon fue el primero que buscó en Grecia la gloria de un reino y que reunió el primero de todos cien jinetes, de donde Centauros, esto es cien armados. Pero yo me admiro de que Ixíon desease el primero un reino en Grecia, puesto que consta que antes del tiempo de Ixíon hubo muchos reyes en Sición y en Argos que también son griegos, pues Ixíon vivió siendo Dánao rey de Argos. Sin embargo, podría responderse que existieron otros reyes que lo precedieron por voluntad de los pueblos a los que habían gobernado; pero Ixíon fue el primero que intentó ocupar el trono mediante la violencia y la tiranía.

CAPÍTULO XXVIII

Sobre los Centauros, hijos de Ixíon, en general

Los Centauros fueron hijos de Ixíon y de Nube, como se ha puesto de relieve antes. Algunos sostienen que éstos domaron caballos en Tesalia antes que otros y llegaron a ser insignes jinetes, y, puesto que se reunieron cien a la vez, fueron llamados Centauros, como cien armados, o cien Martes, pues en griegro *arios* es Marte, o mejor cien aires; pues, de la misma manera que el viento vuela velozmente, así también estos cien parecían correr velozmente. Pero esta etimología es latina, la cual no es admitida por la pronunciación griega. Sobre éstos cuenta Servio *[a Geórg.,* III, 115] la siguiente fábula: Que como un rey de Tesalia, perseguidos sus bueyes por un tábano, mandase a sus siervos ir a buscarlos, y que, al no ser suficientes corriendo a pie, subieron a los caballos y con la velocidad de aquéllos alcanzaron a los bueyes y los hicieron volver a la casa con aguijones. Así fueron vistos éstos o al ir velozmente o al beber sus caballos cerca del río Peneo con las cabezas inclinadas, y la tonta credulidad encontró un lugar para la fábula, por lo que se creyó que era un animal compuesto de caballo y hombre y así se representó siempre en adelante. Finalmente, estos hombres orgullosos, en la boda de Pirítoo, saciados de comida y embriagados, intentaron arrebatarle por la fuerza a Pirítoo su esposa, pero fueron vencidos por la resistencia de Teseo. Virgilio *[Geórg.,* II, 455] dice que aquéllos fueron los Lápitas. Marte permitió que ellos fueran vencidos y destruidos porque no le habían ofrecido sacrificios cuando los habían hecho a los restantes dioses. Casi sostienen de esto que, omitida la severidad de Marte, pasando el tiempo con comidas y bebidas, se debilitan y así son vencidos. Si además de esto se contiene algo en estas fábulas, ha sido suficientemente expuesto antes al hablar de Ixíon.

CAPÍTULO XXIX

Sobre Euritión, hijo de Ixíon

Euritión, uno de los Centauros, como cuenta Lactancio *[a Teb.,* V, 263], viniendo a casa de Éneo, rey de Calidón, pidió en ma-

trimonio a Deyanira, que poco antes Hércules había pedido y había dado palabra de que él la convertiría en su esposa. Éneo, temiendo su fuerza, se la prometió y, llegado el día, cuando celebraba la boda de Euritión, llegó Hércules e iniciando una lucha con los Centauros que estaban en ese mismo lugar, los mató y se unió en matrimonio a Deyanira. Pero Ovidio [XII, 210] no lo dice así sino que dice que al casarse Pirítoo con Hipodamía, y al haber colocado las mesas en la cueva de los Centauros y enardecerse éstos al haberse festejado con abundante vino, llegaron a una excesiva inmoderación y audacia y, cogiendo Euritión a Hipodamía y arrastrándola, se levantaron Pirítoo y Teseo y, enfurecidos por el ataque contra él y sus compañeros, comenzaron una lucha, y después de que Teseo le arrebató Hipodamía a Euritión, mató a aquél que lo intentaba con las manos tras haber cogido un cratero.

CAPÍTULO XXX

Sobre Asbolo, centauro adivino, hijo de Ixíon y de Nube

Asbolo fue uno de los Centauros; y puesto que tenía el poder de la adivinación para conocer el futuro, había aconsejado a sus hermanos que no hicieran la guerra a los Lápitas. Luego, al encontrarse junto con ellos en una boda y ver que Driante duramente perseguía y ardientemente golpeaba en la desgracia a los que podía alcanzar, y viendo que muchos de los suyos también huían, temiendo su fuerza, él mismo emprendió la huida y dijo al centauro Neso que huía, según dice Ovidio [XIÍ, 308-9]: «Asbolo, él dijo a Neso que también temía las heridas: ¡no huyas! estás reservado para el arco de Hércules, etc.»

CAPÍTULO XXXI

Sobre Neso, hijo de Ixíon y de Nube

Neso fue el más famoso de los Centauros. Este, puesto que era un hombre especialmente astuto y había escapado de las manos

de los Lápitas, se fue a Calidón y deteniéndose junto al Eveno, río de esa región, se enamoró de Deyanira, hija del rey Éneo. Con el paso del tiempo sucedió que, yendo Hércules desde Calidón a su patria junto con su esposa Deyanira, fue detenido por el río Eveno, desbordado por las lluvias. Neso se ofreció a éste, como si fuese a prestarle ayuda, diciendo que si quería atravesar el río nadando él llevaría a Deyanira a la otra orilla. Hércules lo aceptó; pero al atravesar el río velozmente Neso, nadando todavía Hércules, pensando que se le concedía tiempo a su pasión, más rápido que el viento emprendió la huida con Peyanira. Sin embargo, Hércules, tomando el arco, lo alcanzó con una flecha. Este, al verse herido y saber que iba a morir, para no caer sin venganza, inventando un nuevo engaño, al punto se quitó su vestido empapado con la sangre y, como si fuera una prueba de amor, se lo dio a Deyanira, asegurando que éste tenía la virtud de que, si lo conservaba sucio, podía hacer volver a Hércules de un amor extranjero al suyo, con tal de que consiguiera que Hércules lo vistiese. La confiada Deyanira lo guardó y, después de un tiempo, cuando quiso hacer volver a su amor a Hércules, cautivo por el amor de Iole, según se explicará ampliamente más adelante, lo mató. Neso murió después de haber entregado el vestido, para que se cumpliera el vaticinio de Asbolo. Estacio llama a este río Eveno Centauro [m] por la muerte de Neso. Y Lucano [VI, 365-6] dice sobre éste: «Y teñido con la sangre de Neso el Eveno pasa a través de Calidón de Meleagro, etc.»

CAPÍTULO XXXII

Sobre los restantes Centauros, hijos de Ixíon

Ofiónides, Glineo, Reto, Orneo, Lícidas, Medon, Pisénor, Taumante, Mérmero, Folo, Menelas, Abante, Eurínomo, Ireo, Imbro, Ceneo, Afidas, Elope, Patreo, Lico, Cromis, Dictis, Fareo, Bianor, Nediano, Liceo, Ipason, Tereo, Rifeo, Demoleon, Plageón, Ilon, Efínoo, Damo, Dorilas, Cilaro, una hembra Hilónome, Feo, Tomo, Teléboas, Pireto, Etodo, Efidapo, Neseo, Odites, Estífelo, Bromo, Antímaco, Elimo, Píramo, Latreo y Mónico, todos fueron Centauros hijos de Ixíon y de Nube, y en las bodas de Pirítoo fueron

[312] Es Lactancio, *Theb.*, IV, 837, quien habla de esto.

muertos o puestos en fuga por los Lápitas, según atestigua con todo detalle Ovidio en su más importante obra [XII, 210 ss] [313].

CAPÍTULO XXXIII

Sobre Pirítoo, hijo de Ixíon, que engendró a Polipetes

Pirítoo fue hijo de Ixíon y no de la Nube que se le puso delante sino de su esposa, según dice Ovidio [XII, 210]: «Se había casado con Hipodamía el hijo del audaz Ixíon, etc.» Este, según se cuenta, estuvo unido por una total amistad al ateniense Teseo y, según Lactancio *[a Teb.,* I, 106], al casarse con Hipocatia, pero según Ovidio con Hipodamía, como dice Servio *[a En.,* VII, 304] llamó al banquete a los pueblos vecinos; consecuencia de lo cual fue que, al ser honrados en los sacrificios de bodas los demás dioses, fue tan sólo olvidado Marte; indignado por esto introdujo la locura en los Centauros que se enfurecieron; los cuales, alzándose en lucha contra los Lápitas, según se ha dicho antes, cayeron muertos muchos de los Centauros. Lactancio *[a Teb.,* II, 563], dice que en esta lucha los Lápitas fueron aniquilados, lo que ha de entenderse sobre estos Lápitas que eran Centauros. Además sostienen que Pirítoo, bien habiendo muerto Hipodamía o viviendo ésta y quizá repudiada, acordó con su amigo Teseo, que entonces estaba quizá soltero, que ellos no se casarían a no ser con las hijas de Júpiter, y al haber raptado Teseo ya a Helena, que era considerada hija de Júpiter y de Leda, y al no conocer en la tierra en aquel tiempo otra hija de Júpiter, excepción hecha de Prosérpina, la esposa de Plutón, puesto que no podían subir al cielo bajaron a los Infiernos para raptarla; pero Cerbero, alzándose contra Pirítoo, mató con su primer empuje a aquél al que Teseo intentaba ayudar, hubo un gran riesgo para su vida y por último fue retenido por Plutón. Luego, al volver Hércules de Hispania después de haber vencido a Gerion, y enriquecido por el enorme botín, conocidos el infortunio de Pirítoo y la cautividad de Teseo, descendió desde la cueva del Ténaro a los Infiernos[3M], según atestigua el trágico Séneca

[313] Cf. nota 311.
[3W] La razón del descenso de Hércules a los infiernos no fue rescatar a Teseo sino realizar su decimosegundo trabajo, que era traer a Cerbero a la luz de arriba.

en la tragedia de *Hércules loco* [782 ss.]; saliendo al encuentro de éste Cerbero, según se cuenta más extensamente en la misma tragedia, fue vencido por Hércules y atado con una triple cadena se lo cedió a Teseo. Algunos sostienen que Hércules le quitó la barba a Cerbero; al cual, después de haber sido liberado Teseo, lo condujo a través del Ténaro a los lugares de arriba apresado con múltiple cadena. Pero Pomponio en la *Cosmografía* [I, 19, 103] escribe que cerca de la entrada del Ponto Euxino, no lejos de la ciudad de Heraclea, está la cueva Aquerusia que se abre paso hasta los Manes, según cuenta la fama, y desde allí dicen los habitantes que fue traído Cerbero a los lugares de arriba. Además hay algunos que, para aumentar la credibilidad de la fábula, puesto que el lugar tiene gran cantidad de hierbas venenosas, dicen que éstas nacieron por primera vez de la espuma de Cerbero arrastrado y que al crecer no podían ser arrancadas por nadie; lo que de ficción se ha creado en esta historia pertenece igualmente a la historia. Pues al ir ocultamente, según la costumbre de los ladrones, no a la manera de jóvenes valientes, Teseo y Pirítoo de noche a raptar a Prosérpina, Pirítoo, según se lee, fue muerto por el can Cerbero y Teseo fue hecho prisionero por los que atacaban, en favor de cuya liberación Hércules, descendiendo a los Infiernos, es decir al reino de los Molosos, en primer lugar con la clava dominó al perro que salía a su encuentro y que se atrevía a todas las cosas, y lo encadenó y reclamó a Teseo ante Plutón bajo la amenaza de la guerra, el cual le fue concedido y así con el perro volvieron bien al Ática o a Beocia. Por la barba de Cerbero arrancada debemos entender la audacia y la fuerza de las que fue privado el perro, pues al conocer la clava de Hércules y ver la fortaleza del hombre, convirtiéndose en temeroso y mudo confesó que estaba vencido. En efecto, a los hombres se les concede la barba por la naturaleza como testimonio de virilidad, según opina Gregorio en sus *Morales;* pues cuantas veces la tocamos o vemos, debemos recordar que somos hombres y nos damos el consejo de guardarnos de aquello que no conviene al hombre. Sobre lo demás ya se ha hablado en otro lugar.

CAPÍTULO XXXIV

Sobre Polipetes, hijo de Pirítoo

Polipetes fue hijo de Pirítoo y de Hipodamía, según Hornero en la *Ilíada* [II, 740] cuando dice: «Los conducía Polipetes, fuerte en la guerra, hijo de Pirítoo, al que engendró el inmortal Júpiter. A este Polipetes lo tuvo de Pirítoo la gloriosa Hipodamía, etc.» Este, según expresa el propio Hornero en el catálogo de los Griegos, fue con éstos a la expedición contra Troya.

CAPÍTULO XXXV

Sobre Britona, novena hija de Marte

Britona o Briton fue una ninfa Cretense, según afirma Lactancio *[a Teb.,* IX, 632], hija de Marte. Esta, puesto que como doncella era seguidora de Diana y había hecho voto de eterna virginidad y dedicaba su tiempo a la caza, dado que era muy hermosa agradó a Minos, rey de Creta. Cuando éste quiso violarla, ella, que lo rechazaba, y no teniendo la doncella ninguna escapatoria, se arrojó al mar y así fue absorbida por las aguas. Después sucedió que su cadáver fue arrastrado en las redes de unos pescadores hasta la costa. Luego ocurrió, bien por la cólera de Diana o por la de Marte, que fue enviada una enorme peste a las islas, la que parecía que no podían hacer cesar los habitantes si no erigían un templo a Diana y la llamaban Dictina porque las redes de los pescadores, en las que fue transportado a tierra el cadáver de Britona, se llaman *dictia.*

CAPÍTULO XXXVI

Sobre Evadne, décima hija de Marte y esposa de Capaneo

Evadne, según la opinión de Teodoncio, fue hija de Marte, tenida de Tebe, esposa del río Asopo[315]. Esta Evadne fue la esposa de Capaneo, el más insolente de los hombres, y de él tuvo un hijo al que llamaron Esténelo. Yo creo que fue ésta una mujer muy feroz y que por ello se la llamó hija de Marte. Dicen que amaba a su esposo Capaneo hasta tal punto que al celebrarse en Tebas los funerales de éste, que había sido fulminado, y al colocarse el cadáver de Capaneo semiquemado en la pira, no pudiendo soportar en su ánimo tan gran dolor, se lanzó a las llamas que lo quemaban y así ardió junto con su marido y fue colocada en una urna con las cenizas mezcladas.

CAPÍTULO XXXVII

Sobre Harmonía[316], *undécima hija de Marte y esposa de Cadmo*

Dicen los poetas que Harmonía fue hija de Marte y de Venus, y que ésta fue tomada como esposa por Cadmo, rey de Tebas, una vez que Esfinge fue abandonada. Dicen que para ella hizo Vulcano un collar de insigne belleza, pero de mal agüero para quien lo llevase y que esto fue hecho por odio contra aquella, ya que había nacido del adulterio de su esposa. De ella tuvo Cadmo cuatro hijas y finalmente, según dicen, permanecieron hasta su muerte convertidos en serpientes. Lo escondido bajo esta fábula puede ser esto. En primer lugar, Harmonía fue hija de Venus en cuanto a Cadmo porque tuvo el poder por su belleza, o por su gracia, de. introducir en Cadmo las llamas de Venus, esto es la voluptuosa pasión, que es propia de Venus, y esto en cuanto a que por el deseo de ésta abandonó a Esfinge, su primera mujer. Puede ser llamada hija de Marte porque fue causa de guerra para el propio Cadmo, pues, según dice Eusebio [56, 20-24] poniendo como fuente a Paléfato, Esfinge,

[315] Existe una Tebe hija de Asopo, pero no esposa. Cf. *CFC,* XI, pp. 268-69.
[316] Cf. nota 65.

a causa de los celos de Harmonía, se separó de Cadmo, de quien era esposa, y al punto declaró la guerra contra él. Y así Cadmo tomó como esposa a la hija de Marte, esto es a la causa de la guerra. El nefasto collar fabricado por Vulcano puede entenderse por el fin nefasto de este matrimonio, porque fueron privados del reino por Anfión y Zeto y enviados al exilio[317]. El que se haya convertido en serpiente puede explicarse bien porque exiliada se mueve junto con su marido por lo más ínfimo, como caminan las serpientes, cuando mientras reinaba pasaba el tiempo en los lugares más elevados, o porque a través de lugares diversos, después del exilio, anduvieron errantes como serpientes por aquí y por allá; o porque afectados por la vejez caminaban con el pecho inclinado hacia tierra como hacen las serpientes, que caminan con el pecho.

CAPÍTULO XXXVIII

Sobre Hiperbío, decimosegundo hijo de Marte

Afirma Plinio en el libro de *Historia Natural* [VII, 56, 209] que Hiperbío fue hijo de Marte. Sobre el cual yo no recuerdo haber encontrado nada a no ser lo que el propio Plinio dice, a saber que fue el primero que mató a un animal, y pienso que a causa de esto, porque su obra pareció cruel, fue llamado hijo de Marte.

CAPÍTULO XXXIX

Sobre Etolo, decimotercer hijo de Marte

Etolo fue hijo de Marte, según atestigua Plinio en el libro de *Historia Natural* [VII, 56, 201] y dice que fue el inventor del dardo. Yo creo que este Etolo fue rey de Etolia y quizá por él fue denominada así aquella región en la que, puesto que hay pueblos muy belicosos y el mismo Etolo, como demuestra su invento, fue

[317] Cf. nota 82.

un hombre belicoso, fue llamado hijo de Marte por los propios Etolios.

CAPÍTULO XL

Sobre Remo y Rómulo, decimocuarto y decimoquinto hijos de Marte

Remo y Rómulo, o Romo, según afirmaron los antiguos romanos, fueron hijos de Marte tenidos de la virgen vestal Ilia. Dice Ovidio sobre éstos en los *Fastos* [III, 11 ss.] que al ir al agua Ilia a lavar una urna para los sacrificios, se sentó cansada bajo un sauce y, dormida con el arrullo de los pájaros, fue vista y violada por Marte; pero a ésta que dormía le pareció estar en presencia de los fuegos de Vesta y que habían caído en el fuego las bandas de lana con las que tenía la cabeza cubierta y que de ellas surgieron dos palmas, de las que la mayor ocupaba con sus ramas todo el orbe. Como su tío intentase cortarlas, fueron protegidas por el pico, ave de Marte, y por un lobo. Cuando ésta, por aquella unión que sufrió dormida, dio a luz dos gemelos, Amulio, su tío, rey de los Albanos, dio la orden de que fuesen precipitados en el Tíber. Como el río, a causa de la lluvia del día anterior, se hubiese desbordado, no pudiendo los encargados de arrojarlos llegar al cauce, los depositaron en la orilla; allí fueron durante algún tiempo alimentados por un pico, llegó una loba, que había perdido sus cachorros y acercando sus ubres a los pequeños labios de aquéllos, los crió. La explicación de esta fábula se deduce claramente de los anales de los Romanos. Pues se tiene por seguro que Ilia de padre desconocido dio a luz en un solo parto a Remo y a Rómulo, y así las bandas que dan testimonio de la virginidad cayeron al fuego. Dos fueron los hijos, dos las palmas, porque fueron jóvenes victoriosos, pero uno más, a saber Rómulo, que fundó el Imperio Romano, por el que se sometió todo el orbe, a saber por sus victorias y las de los suyos. El tío quiso atentar contra éstas cuando ordenó arrancarlas. Dijeron que fueron criados por el pico, porque el pico se alimenta de hormigas, por las que se entienden los campesinos; y así ellos mismos fueron recogidos y cuidados por el pastor real Fáustulo, que también era agricultor, y fueron alimentados por una loba porque fueron amamantados por Acá Larencia, mujer de Fáustulo y criados con cuidado maternal; a ésta la llamaron Loba porque fue una noble

cortesana y éstas son llamadas lobas por la avaricia, por cuya causa se prostituyen y desde entonces hasta hoy las habitaciones de las de tal clase se llaman lupanares. Se creó la ficción de que fueron hijos de Marte para ocultar el infame origen de los fundadores de tan ilustre nación, estando de acuerdo las costumbres de los jóvenes con la ficción, pues fueron inclinados al robo, salteadores y de ánimo orgulloso y belicoso. Sobre éstos dice Tito Livio [I, 3] que, después de que Amulio hubiese arrebatado el reino a su hermano Númitor, mató a su hijo Lauso[318] y a Ilia, para evitar la esperanza de descendencia, la consagró como vestal, de la que al nacer dos gemelos y ser expuestos por orden de Amulio, fueron criados por Fáustulo, conocedor de la situación, y llegados a la pubertad, como se dedicaran a saquear y a robar, conocedores de su origen y del fraude de Amulio, como fuesen llevados, de acuerdo con sus compañeros, uno cautivo y otro como acusador, junto con sus cómplices llegaron a presencia de Amulio. Alzándose contra el rey, por un lado el acusador y por otro el acusado, lo mataron y, confesando su origen, restituyeron el reino al anciano Númitor, su abuelo. Estos, donde ahora está Roma, fundaron su ciudad. Y mientras uno y otro querían poner su nombre a la nueva ciudad, llegaron de acuerdo a esta concordia, que si uno tomaba el augurio más favorable de los diferentes montes, éste pondría el nombre a la ciudad. Consecuencia de esto fue que Remo vio seis buitres, Rómulo doce; por esto, porque había visto más, llamó a la ciudad Roma por él. Pero Remo después, porque había saltado el surco fijado como muro en contra del edicto de Rómulo, o porque por otra causa fue ordenado por Rómulo, fue muerto Remo por Fabio, general de Rómulo, con un cuchillo de pastor. Y hay quienes piensan que fue sepultado allí donde atravesó la marca del futuro muro. Los modernos muestran una pirámide en el muro, que carece de piedras en lo alto, edificada sobre su cadáver.

CAPÍTULO XLI

Sobre Rómulo solamente, decimoquinto hijo de Marte

Rómulo fue hijo de Ilia y de Marte, según hemos dicho inmediatamente antes. Aunque Servio *{a En.,* I, 273] dice que fue

[318] Livio no da el nombre del hijo de Númitor.

llamado Romo, pero fue llamado Rómulo en lugar de Romo por lisonja, pues se complacen con el diminutivo las lisonjas. Este fue ciertamente el primer rey de los Romanos, hombre muy belicoso hasta tal punto que con razón se le consideraba hijo de Marte, pues para él nunca hubo reposo. Este puso bajo su dominio con la fuerza de las armas muchos pueblos de alrededor de su ciudad. Y, puesto que fue un hombre de guerras, pocas ceremonias religiosas hubo en el nuevo pueblo, que había reunido tras hacer un refugio de fugitivos y ladrones, y a los reunidos les había concedido las mujeres Sabinas raptadas mediante engaño; pero entre otras introdujo las fiestas Larentalia por esta razón, según dice Macrobio *[Sat.,* I, 10, 17], porque, como cuenta Macro en el libro de las *Historias,* Acá Larencia, la mujer de Fáustulo y nodriza de Rómulo y Remo, bajo el reinado de Rómulo se casó con un Carutio, rico etrusco, y se enriqueció con la herencia de Carutio, que murió antes, y a Rómulo, al que había criado, lo dejó como heredero y así por esto, por amor filial, instituyó la fiesta de los Larentalia. Algunos opinan de otro modo diciendo que éstos fueron introducidos no por Rómulo sino por la propia Acá Larencia y continuados por Rómulo. Esta opinión parece tomar fuerza con la autoridad de Fulgencio quien en el libro de los *Antiguos sermones* [9] dice así: Acá Larencia, nodriza de Rómulo, acostumbró a hacer sacrificios en el campo una vez al año junto con sus doce hijos, que precedían el sacrificio; después, al haber muerto uno, en gratitud a la nodriza, Rómulo prometió suceder al muerto; por esto el rito continuó con doce y estos doce que hacían sacrificios fueron llamados después hermanos Arvales, según recuerda Rutilio Gemino en los libros de los Pontífices. Además éste fue el primero entre los Romanos que ordenó el año en diez meses, de los que llamó al primero Marzo por su padre Marte. También instituyó que hubiera cien padres, a los que llamó senadores, y los que nacían de éstos eran llamados patricios. Luego, acabada la guerra de los Sabinos por el rapto de las mujeres, dividió al pueblo en curias y lo clasificó en tres centurias de caballeros y realizó otras muchas acciones más bélicas que concernientes a tiempos de paz. Después, célebre por muchas victorias, cuando presidía la asamblea para pasar revista al ejército junto a las lagunas de la Cabra, surgida repentinamente una tempestad con gran resplandor en el cielo y estrépito de truenos, fue cubierto por una grande y densa nube hasta que fue apartada su contemplación del pueblo y después nunca más fue visto en la tierra; se creyó que, porque parecía favorecer demasiado al pueblo, fue muerto por los senadores y su cadáver

arrojado a la laguna. Pero después de que la plebe guardara silencio por algún tiempo por el miedo de haberse quedado huérfana, dando algunos la señal, comenzaron a saludarlo como dios hijo de un dios y rey y padre de la ciudad de Roma y a presentarle ofrendas. Dicen que esta necia opinión se fortaleció por la decisión de un varón noble. Pues Julio Próculo, que era considerado de la estirpe de Eneas, lo mismo que Remo y Rómulo, habiendo dejado Alba había venido a Roma y en la ciudad, conmovida por la añoranza del rey perdido, se adelantó para hablar en la asamblea[319]: «Rómulo, ciudadanos, padre de esta ciudad, arrastrado repentinamente al cielo, en las primeras luces del día de hoy se me apareció. Como lleno de horror me detuviese respetuoso suplicándole que se me permitiera mirarlo de frente, 'Ve, anuncia', dijo, 'a los Romanos que los dioses quieren que mi Roma sea la cabeza del mundo; además que cultiven el arte militar y tengan conocimiento de ella y así transmitan a la posteridad que ningún recurso humano puede resistir las armas Romanas'; habiendo dicho esto», dijo, «se fue a lo alto». Consecuencia de esto fue que fuera invocado bajo la advocación de Quirino, porque así caminaba armado de *lanza,* y en lengua sabina lanza se dice *guiris, y* fuera llamado y considerado dios. Pero Plinio en *Sobre los varones ilustres* dice que Rómulo llamó a los Romanos Quirites de Cures, ciudad sabina. Ciertamente murió después de haber reinado durante treinta y siete años y comenzó a reinar en el año 4.445 del mundo, a los quince años, según escribe Eusebio en el libro de los *Tiempos* [88].

Y puesto que es el último de los encontrados de la descendencia de Marte, me agrada poner fin con él al libro noveno.

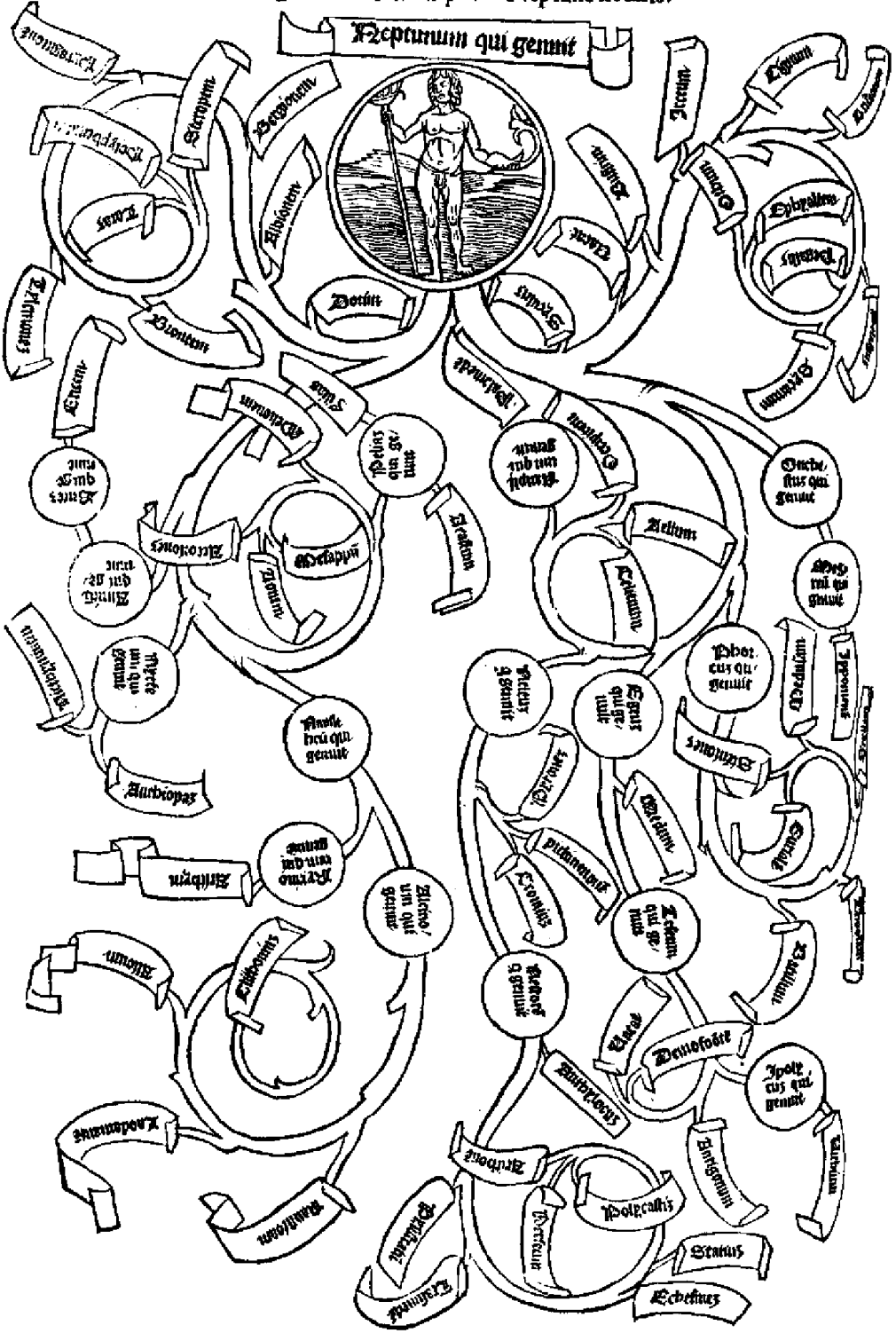
Termina el Libro Noveno de la Genealogía de los dioses paganos.

[319] Todo lo referente a Rómulo está tomado de Livio, I, 3 ss. y en concreto las palabras de Próculo son una transcripción casi literal de I, 16, 4.

COMIENZA FELIZMENTE EL LIBRO DÉCIMO DE LA GENEALOGÍA DE LOS DIOSES PAGANOS, SEGÚN JUAN BOCCACCIO DE CERTALDO

En el árbol grabado a la derecha, en cuya raíz está Neptuno, se describe tanto en las ramas como en las hojas toda la descendencia de este mismo Neptuno.

In decimo cum stirpe tua Neptūne notaris.


Neptunum qui genuit
Deum
Ceres
Ceres qui genuit
Ceres qui genuit
Ceres qui genuit

Proemio

Los hombres más antiguos creyeron que el mar Mediterráneo, limitado por las costas de África, Asia y Europa, notable por las mil islas, por obra de Hércules, ínclito rey, fue introducido entre Abila y Calpe, los promontorios occidentales a los que Pomponio [II, 6] llama columnas de Hércules, en nuestras tierras desde el Océano. Mediante lo que, mirando Dios con su generosidad por nuestros bienes, consiguió un gran provecho para los mortales. Pues, ¿qué al contemplar, con la ayuda de la luz divina, las naves, diseñadas con el ingenio humano y hechas con su artificio, surcando las olas con el remo, ora empujadas con una vela tensada por el soplo de los vientos, en las que se transporta todo tipo de enorme peso? ¿Qué pensar de la audacia de aquellos que se confiaron por primera vez a las desconocidas olas y a los no experimentados vientos? Ciertamente es un horror. Sin embargo, aunque no siempre, hubo ya mayoría de las veces tanta confianza o suerte en los que se atrevían que transportaron por mar en una larga peregrinación no diré sólo en su carrera sino arrastrados por un rápido vuelo, el oro y los restantes metales de Oriente, vestidos de púrpura y perfumes, piedras preciosas y marfiles a occidente, aves peregrinas y bálsamos, maderas desconocidas en nuestros bosques, gomas y las restantes destilaciones de los árboles, y las raíces que no son propias de todo suelo, de las que se extraen innumerables medicinas y deleites tanto para los cuerpos sanos como para los enfermos y,

lo que no es un bien pequeño para el estado del género humano, por obra de estas navegaciones en este mar, se hizo que el Cimbro y el Celta desde el otro ángulo del mundo conozcan alguna vez quiénes son los árabes, qué es el mar Rojo y qué destilan los bosques de Saba. Que el Hircano y el habitante del Tánais conozcan las Atlantíacas Hespérides y gusten sus dorados frutos. Que el helado Hiperbóreo y el Sármata visiten a los fervientes Etíopes y el Nilo y las pestes de Libia. Así también que el Hispano y el Moro visitado visite a los Persas e Indos y el Cáucaso. Y que la remota Tule recorra las costas de los Taprobanos y que, mientras recíprocamente intercambian sus bienes, no sólo admiren las costumbres y las leyes y su modo de vida; se produce además que, cuando uno ve a otro y se da cuenta de qué manera es de un mundo diferente y que él no está rodeado por el mismo e idéntico océano que aquél, mezcla los ritos, establece una confianza mutua con la venta de mercancías, hace tratados de amistad, y mientras enseñan su lengua aprenden también la extranjera, y así sucede que a los que la distancia de los lugares había hecho extraños, la navegación los une y los hace armoniosos. Hay además otras muchas cosas que, si no son tan dignas de admiración, son quizá más apreciadas por su continua utilidad. Ofrece este mar infinidad de beneficios para las barcas de los pescadores, con los que sucede que las opíparas mesas de los ricos se cargan con grandes y sabrosos peces y los pobres se alimentan con los más pequeños. Además de esto, cuando está en calma, son transportados desde las fértiles islas animales, bestias de carga, trigo y todo lo que es apropiado para la alimentación hasta el continente y a otras islas; regala baños a los sanos y enfermos y con su sal hace que lo insípido tenga sabor, proporciona humedad a las tierras adyacentes en todas partes y con su curso subterráneo llena los canales de los que tenemos las fuentes y los ríos que, si no hubiera un encargado de recogerlos, se secarían en las llanuras con una gran peste de los hombres. ¿Por qué voy a contar más cosas? Es éste un bien tan singular para todos que los poetas crearon la ficción de que en la división del reino de los otros hijos de Saturno tocó en suerte a Neptuno y fue llamado dios del mar. Puesto que voy a exponer su descendencia, me agradó dejarme llevar un poco a través de sus beneficios para que, si cuando al navegar investigando la descendencia de otros le permitió a mi barquilla surcarlo sin peligro, ahora se ofrezca en calma al que investiga la suya. Lo que pido que haga Aquél que lo hizo retirarse por debajo de la costa en el diluvio.

CAPÍTULO PRIMERO

Sobre Neptuno, noveno hijo de Saturno, del cual leemos que tuvo treinta y cinco hijos, cuyo nombres son éstos: el primero Doro, 2° Amico, 3." Forco, 4." Albíon, 5." Bergíon, 6." Tara, 7." Polifemo, 8." Télemo, 9° Brontes, 10° Estéropes, 11° Piracmon, 12° Nausítoo, 13° Melion, 14° Actorion, 15° Aón, 16." Mesapo, 17° Busiris, 18." Pegaso, 19° Nicteo, 20.° Hirceo, 21." Pelias, 22° Neleo, 23." Cieno, 24.ª Crisaor, 25° Oto, 26° Efialtes, 27° Egeo, 28." Onquesto, 29° Pelasgo, 30° Nauplio, 31.ª Celeno, 32.ª Aelo, 33.ª Ocípete, 34° Sicano, 35° Sículo

Neptuno fue hijo de Saturno y de Opis y al nacer fue escondido por su madre para que Saturno no le diera muerte, según se lee en la *Historia Sagrada*[320]. Los antiguos lo llamaron dios del mar, lo que se ve en el poema de Marón [I, 137-9] cuando dice: «Apresurad la huida y decid estas cosas a vuestro rey: no le ha sido entregado a él el dominio del mar y el cruel tridente, sino a mí en un sorteo, etc.», a saber a Neptuno. Lo que quizá ha sido tomado de Hornero, cuando por boca de Neptuno dice así en la *Iitada* [XV, 187-90]: «Pues somos tres hermanos hijos de Crono, a los que engendró Rea, Zeus y yo; el tercero, Hades, es el señor de los muertos. Todo se ha dividido en tres partes, a cada cual le ha tocado un honor, ciertamente a mí me correspondió habitar siempre el antiguo mar, etc.» Además dice Alberico [III, 5, 1] que su esposa se llamó Anfitrite y que tuvo una prolífica descendencia, pero de muchas mujeres. Y como le atribuyesen un carro y cortejo, describe Virgilio [V, 817-26] con gran belleza de qué modo camina por su reino diciendo: «El padre unció con oro los caballos y puso a los animales frenos bañados de espuma y con sus manos soltó todas las riendas. Vuela ligero con su cerúleo carro por la superficie de la llanura marina; las olas se calman y bajo el eje que retumba la llanura de agua se sosiega y las nubes huyen al vasto éter. Entonces surgen las variadas figuras del cortejo, las gigantescas

[320] En Lact., *Div. Inst.*, I, 14, 5.

ballenas, el coro de ancianos de Glauco, e Ino y Palemón y los rápidos Tritones, y todo el ejército de Forcis; a su izquierda están Tetis y Mélite, la doncella Panopea, Nisea y Espío y Talla y Cimódoce, etc.» Pero Estacio [III, 432-7] describe su carrera de otro modo cuando dice: «Como cuando el caudillo Neptuno conduce ante sí los vientos liberados de la cárcel de Eolo y los empuja propicios al gran Egeo; al avanzar brama alrededor de las riendas el triste cortejo, los Nubarrones y las espesas borrascas y las Nubes y la sórdida Tempestad removido el fondo de las tierras, etc.» Además tuvo éste una disputa con Minerva sobre el nombre que se le iba a poner a Atenas, cosa que, puesto que cuando se habló sobre ésta quedó suficientemente explicada, he pensado que era banal repetirla. Así también lo referente a los muros de Troya construidos por él y por Apolo se encuentra donde se lee acerca de Laomedonte. Sostienen que él fue criado por Juno y que lleva en lugar de cetro un tridente y que se le consagraron los fundamentos de las cosas. Ha de verse qué pensó sobre esto la engañada antigüedad. Neptuno fue llamado dios del mar por los que crearon esta ficción, ya que se lee así en la *Historia Sagrada*[321]: «Júpiter da a Neptuno el gobierno del mar para que reine en todas las islas y en todos los lugares que están junto al mar, etc.» A partir de aquí los poetas, después de que el historiógrafo dijo que era rey, dijeron mediante una fábula que era dios; esta fábula creció hasta tal punto que incluso los que se consideraban sabios quedaron prendidos en esta nefasta creencia. Dijeron que su esposa fue Anfitrite porque siempre está unido al mar el sonido, que está por todas partes en las olas que se arrojan contra el litoral, contra el perímetro del mundo, contra la tierra; pues se llama Anfitrite de *anfi,* que es alrededor, y de *tritón,* que es el sonido del mar, y así que suena alrededor. El carro ha de designar su movimiento en la superficie, que con el giro y el rumor hace que se produzcan las ruedas del carro. Sobre su modo de caminar y su comitiva, por lo que escribe Virgilio se pone la costumbre o la naturaleza del mar que vuelve a la calma. Pero Estacio explica lo contrario, a saber de qué modo a partir de un mar tranquilo se convierte en proceloso. Se dijo que el mar fue criado por Juno porque el aire consigue el incremento de las aguas, según se dijo al hablar de Juno. El tridente a él concedido como cetro muestra la triple propiedad del agua, pues es resbaladiza, se puede nadar y se puede beber. Le fueron consagrados los fundamentos porque por su acción se mueve la

[321] En Lact., *Div. Ittst.,* I, 11, 34.

tierra y por esto es llamado por Hornero muy a menudo Enosigeo, que es lo mismo que el que mueve la tierra; y a causa de esto los ignorantes sostuvieron que lo que le había sido consagrado debía ser custodiado por él. ¡Oh cuan mal han leído éstos aquel Salmo de David! [127, 1]: Si el Señor no ha edificado la casa, en vano trabajan quienes la edifican, y sobre todo éstos que aplican a Neptuno los fundamentos, puesto que nada es estable a no ser que se apoye en una piedra; y la piedra es Cristo. Lo llaman Neptuno, como dicen Rábano [111, 429 B] e Isidoro [XIII, 7, 2] porque cubre[3n], esto es el mar oculta la tierra o, según dice Alberico, es llamado así de nadar, como si fuera movido porque las cosas nadan en él. Es ridículo querer sacar del nombre impensado de un rey las cualidades de su reino.

CAPÍTULO II

Sobre Doro, primer hijo de Neptuno

Doro, según dice Servio *[a En.,* II, 27], fue hijo de Neptuno. Algunos sostienen que éste reinó en una región de Grecia y que fue allí de tan gran autoridad que todos, entre los que gobernó, fueron llamados Dorios por su nombre. Pero Isidoro en *Sobre las Etimologías* [IX, 2, 80] y Rábano en el libro *Sobre el origen de las cosas* [111, 440 D] dicen: Doro fue hijo de Neptuno y de Elepe, de donde toman su nombre y origen los Dorios. Hay una parte de Grecia, de la que recibe su nombre la tercera lengua de los Griegos, que se llama Dórica. La razón de por qué es llamado éste hijo de Neptuno parece ser la siguiente. En primer lugar es posible que éste fuese hijo del rey Neptuno, y tanto por su valor como por la autoridad de su padre llegó a tener un gran nombre, según sucede, y sobre esto se ha dicho bastante. Además, los antiguos, y especialmente los que eran de ánimo generoso, acostumbraron a hacer travesías desde sus lugares propios a otros, algunas veces por propia iniciativa por deseo de gloria y otras veces expulsados desde sus asentamientos u obligados por otra necesidad. Estos, puesto que todavía no eran accesibles por todas partes los montes y los bosques de tenebrosa vejez ocupaban todas las cosas, porque sólo

[322] Pone en relación Neptuno con *nubo:* cubrir.

ocupaban el litoral, casi despreciados los lugares de tierra adentro, se iban en navegaciones y donde se acercaban, o bien habiendo ocupado la costa por la fuerza o bien porque eran recibidos de buen grado por los habitantes, si según la opinión de los que los veían eran o parecían ilustres, si no se tenía otro conocimiento de sus pueblos por parte de los rudos habitantes, porque habían venido por mar y para engrandecer también la gloria de su origen, al punto lo atribuían a Neptuno y lo llamaban hijo de Neptuno. Si por azar un hombre de este tipo llegaba por itinerario terrestre, decían que él era hijo de la tierra. Lo que la ignorante antigüedad atestigua que ocurrió a muchos. Y para que no haya de repetirse muy a menudo esta opinión, así ha de entenderse sobre los restantes hijos de Neptuno si no se demuestra otra razón.

CAPÍTULO III

Sobre Amice o Amico, segundo hijo de Neptuno, que engendró a Butes

Amice o Amico fue hijo de Neptuno y de la ninfa Mélite, según Servio *[a En.,* V, 373] [323], quien dice que éste fue vencido en combate por Pólux. Lo que dice Lactancio *[a Teb.,* III, 353] explicando más ampliamente que, al dirigirse Pólux junto con los Argonautas al bosque de los Bébrices y al provocarlo Amico, rey de los Bébrices, a una lucha de cestos [324], y puesto que tenía siempre esta costumbre, que ponía asechanza a los que entraban en el bosque de los Bébrices y bajo la apariencia de una invitación a la lucha llevaba allí a los extranjeros y los mataba, sucedió que, como hubiera conducido a aquel mismo lugar a Pólux y vencido aquél quisiera matarlo, llamados por Pólux sus compañeros, lo mató en el mismo lugar en que él solía matar a otros. Teodoncio dice que fue éste hijo de Neptuno y de Melanto, hija del anciano Proteo. Pero yo creo más a Servio, puesto que dice Leoncio que aquél había llegado allí desde Melita, isla no lejos de Sicilia, y que con sus fuerzas se había apoderado del reino de Bebricia. Pues

[323] Servio la llama Melia. Cf. Ruiz de Elvira, *Mit. das.,* p. 50.
[324] Cesto era un guantelete o manopla de correas guarnecidas con puntas de metal, para combatir. Sobre la fortuna literaria del combate de Amico y Pólux véase *CFC,* XV, pp. 187 ss.

Bebricia es la región que más tarde se llamó Bitinia, cerca de la Tróade.

CAPÍTULO IV

Sobre Butes, hijo de Amico, que engendró a Erix

Butes, según afirma Teodoncio, fue hijo de Amico, rey de los Bébrices[H5]. Dice Leoncio que éste, a causa de la crueldad de su padre, muerto aquél por los Argonautas, fue expulsado del reino y, al ir a buscar a Melita el reino de sus antepasados, después de algunos rodeos en un pequeño navio llegó a Drépano de Sicilia y allí fue recibido como huésped por Licasta, noble y hermosísima meretriz de aquella época. A éste, como destacaba por su aspecto, costumbres y juventud, con facilidad lo amó Licasta; al cohabitar con ella tuvo de ésta un hijo al que llamó Erix. Y puesto que Licasta a causa de su famosa belleza y su oficio de meretriz era llamada Venus por los habitantes, se dio lugar a la fábula de que Butes tuvo de Venus a Erix.

CAPÍTULO V

Sobre Erix, hijo de Butes

Erix, según dice Teodoncio, fue hijo de Butes y de Venus. Pero Servio *[a En.,* I, 570, V, 24] [m] dice que fue hijo de Neptuno y de Venus y uno de los Argonautas, y dice que al pasear Venus por las playas de Sicilia, violada por Neptuno, concibió a Erix. Lo que no concuerda con lo dicho anteriormente. Aunque puede decirse que Butes fue un hombre extranjero y transportado por el mar puede ser llamado Neptuno. Este Erix, reinando en

[325] Butes es uno de los Argonautas y no aparece nunca en la tradición mitográfica como hijo de Amico. Quizá por ser uno de los Argonautas se le atribuya por confusión esta paternidad. Cf. *CFC,* XI, p. 270.

[326] Servio, en los lugares citados, acepta tanto la paternidad de Butes como la de Neptuno para Erix.

Sicilia y confiando en sus fuerzas, había puesto como condición a sus huéspedes que luchasen con él con cestos. Finalmente vencido por Hércules, que volvía de Hispania, murió. Pero Teodoncio, continuando la historia de su generación dice que, como poseía un gran dominio en aquel monte de Sicilia, tanto por el derecho de sus antepasados como por las grandes riquezas de Licasta ganadas con el oficio de meretriz, y ampliado incluso por las fuerzas de Butes, al morir ésta Erix, ensoberbecido tanto por el tesoro como por el importante renombre de su madre, aunque falso, se llamó rey del lugar e hizo que se construyera en la cima de un monte cercano a Drépano un enorme templo que dedicó a su madre y ordenó que se llamara de Venus Ericina. Finalmente, al ser demasiado insolente, fue muerto por Hércules y sepultado en el monte donde había construido el templo para su madre[327].

CAPÍTULO VI

Sobre Forco, tercer hijo de Neptuno, que engendró a Batilo, a Toosa, a Estila, a Medusa, a Esteno y a Euríale

Forco, según dice Servio *[a En.,* V, 824], fue hijo de Neptuno y de la ninfa Toosa. Dice Varrón[328] que éste fue rey de Córcega y Cerdeña y que fue vencido en un combate naval por el rey Atlas y destruido con gran parte de su ejército. Por esta causa los compañeros que le sobrevivieron, para consuelo suyo, dijeron que aquél se había convertido en una divinidad marina; y así fue llamado dios del mar, favoreciendo las ficciones poéticas el deseo de quienes lo atestiguan. Y así parece que en aquel hundimiento Forco busca a un dios como padre suyo y su condición divina.

[327] El monte recibe el nombre de Erix.
[328] En Serv., *loe. ct.* Cf. *CFC,* XI, p. 271.

CAPÍTULO VII

Sobre Batilo, hijo de Forco

Batilo, según dice Teodoncio, fue hijo de Forco y de un monstruo marino. Aunque se cuenta alguna otra cosa sobre éste, yo no he podido leerlo, perdidas casi las letras por los tachones, ni recuerdo haber visto nunca otra cosa en otra parte.

CAPÍTULO VIII

Sobre Toosa, hija de Forco y madre de Polifemo

Servio *[a En.,* V, 824], dice que Toosa fue la madre de Forco. Pero Hornero en la *Odisea* [I, 70-2] dice que fue hija del mismo Forco: «Polifemo, semejante a un dios, cuyo poder es el mayor entre todos los Cíclopes. Lo dio a luz la ninfa Toosa, hija de Forcis, el que cuida el estéril mar, etc.» Y así aparece que esta es hija de Forco y que de Neptuno dio a luz al Cíclope Polifemo. Y no está en contra lo que dice Servio de que ésta es madre de Forco, porque pudieron ser dos las llamadas con el mismo nombre, una de las cuales fue la madre, otra la hija.

CAPÍTULO IX

Sobre Escila, hija de Forco

Escila, como dice Servio *[a En.,* III, 420], fue hija de Forco y de la ninfa Creteide. A ésta, según dice Ovidio [XIII, 900 ss.] la amó Glauco, dios marino de la ciudad de Antedón y, puesto que la prefería a Circe, la hija del Sol que lo amaba, airada Circe envenenó la fuente en la que Escila tenía por costumbre lavarse, hasta el punto de que, al haberse introducido en ella Escila, según su costumbre, repentinamente se cambió en distintas formas hasta el bajo vientre; pero al horrorizarse de su deformidad, se arrojó al

mar cercano y por obra de su enamorado Glauco se convirtió en diosa marina. Otros dicen que se convirtió en un monstruo marino, cuya forma describe así Marón [III, 424-9]: «Pero a Escila, que muestra su rostro y atrae las naves contra los escollos, la oculta una cueva de ciegos recovecos. La parte de arriba tiene aspecto humano y hasta el bajo vientre es una doncella de hermoso pecho, la de abajo es una ballena de desmesurado cuerpo, mezclando colas de delfín con un vientre de lobo. Es mejor recorrer los confines del Paquino Trinacrio, etc.» Hornero, por su parte, en una larga tirada de versos, la describe de otro modo en la *Odisea* [XII, 85 ss.] casi con estas palabras: Dice que ladrando tiene voz de cachorro recién nacido, de horribe aspecto y que tiene doce pies juntamente con seis cabezas, y en cada cabeza una boca enorme con tres filas de dientes llenas de negra muerte, y que habitando en medio de la gruta envía fuera sus cabezas al profundísimo mar y que allí pesca para coger delfines o ballenas. Pero Leoncio cuenta una fábula distinta de la anterior sobre Escila. Dice que, como se hubiese unido Neptuno a Escila, su esposa Anfitrite, irritada por los celos, tras haber esparcido venenos en el agua en la que acostumbraba lavarse, convirtió a aquella en una fiera con aspecto de perro, a la que mató Hércules al volver con un botín, vencido el Hispano Gerion, porque le había robado las vacas; pero su padre la hizo volver a la vida. Con estas premisas, ha de escudriñarse qué ocultan. En efecto, hay quienes piensan que en otro tiempo en el litoral de Calabria, separado por un pequeño mar del Sículo, hubo una mujer extranjera de gran belleza y enorme astucia, y como fuese de ardiente deseo, con moderadas costumbres y boca honesta, con lo que fingía que era una doncella o una respetable matrona, a los huéspedes que atraía a su deseo los desnudaba de sus bienes, y esto dio ocasión a la fábula. Pero Fulgencio *{MU.,* II, 9] opina de ella de otro modo, trayendo igualmente la fábula a un significado moral y diciendo así: «Pues Escila en griego se dice como *exquina*[329], lo que en latín llamamos deshonor; *¿y* qué es el deshonor sino la lujuria? Glauco ama a esta lujuria; pues Glauco en griego es llamado miope, de donde a la ceguera la llamamos glaucoma. En efecto, todo el que ama la lujuria está ciego. Así pues, también es llamado hijo de Atedón; antedon en griego es como *antieidon,* que nosotros en latín decimos el que ve lo contrario; pues la oftalmía nace de la visión nociva, esto es de lo perjudicial para la vista. Pero Escila se pone al modo de las meretrices, porque toda lujuriosa es necesario que mezcle sus ingles

[329] *Aischyne.*

con perros y lobos, esto es con inmundos, sucios y codiciosos hombres. Así pues, con justicia está mezclada con perros y lobos. Se dice que Circe la odia. Circe es llamada juicio tajante de la mano o trabajo, como si fuera *cheironcrite.* Pues la mujer libidinosa no ama el esfuerzo de las manos y el trabajo.» Estas cosas aquél. Donde se habló antes sobre Circe ha sido entendido Glauco como la espuma del mar, de la que es abundante el monte de Circe en sus raíces a causa de los escollos, en los que el mar agitado se rompe y así el escollo de Escila. Pero sobre esto ya se ha dicho bastante al hablar de Circe. Salustio[330] por su parte dice que es una roca de hermosa forma para los que la ven desde lejos; crearon la ficción de que los perros y los lobos nacieron de ella porque estos mismos lugares están llenos de monstruos marinos y allí la dureza de las rocas imita el ladrido de los perros. Pero nosotros nos adaptaremos un poco a las ficciones claramente. Es cierto que de esta parte de Italia, a la vista de la costa Tauromentana, hay unos enormes peñascos, cavernosos y puntiagudos y que cortan como cuchillos y que tienden al mar de Sicilia; en el que, con el movimiento con el que continuamente se agita el mar, a saber flujo y reflujo, hasta tal punto es llevado el mar veloz e impetuoso que nada parece más rápido o más potente. Además, al soplar los vientos de las Osas al Austro y del Austro a las Osas con tanto ímpetu, en aquel mar lanzan las olas contra sí, de modo que con sus golpes parecen ser llevadas hasta el cielo; de tan impetuoso movimiento surge que, al entrar las olas en las cuevas de Escila, se produce un enorme rumor que, quebrantado por aquí y por allá, imita el ladrido de los perros y el aullido de los lobos. Y puesto que las aguas siempre se dejan conducir al vacío, sucede que, al descender hacia las cavernas de Escila el ímpetu poderosamente, si hay navios, los arrastra consigo; y así la fábula de Virgilio surge de la verdad de los hechos reales. Que ésta tenga muchas cabezas, como dice Hornero, no es otra cosa que la cantidad de escollos que allí mismo, cuando se retiran las aguas, sacan su cabeza hacia lo alto, para los que es oportuno que haya igual número de pies, esto es los puntos de apoyo de aquellos. Las diferentes bocas y las filas de dientes no muestran otra cosa que los numerosos estrechos que corren entre los escollos, los cuales están llenos de negra muerte, esto es de peligro de muerte para los que entran en ellos. Se dice que pesca delfines o ballenas porque aquel lugar siempre abunda en enormes y monstruosos peces. Leoncio decía que es evidente que Escila se une a Neptuno; pues, según se ve, la roca se extiende hacia

[330] Citado por Serv., *Aen.,* III, 420.

el mar y, puesto que allí hay temporal y continua sonoridad, por ello se creó la ficción de que fueran arrojados venenos por Anfitrite. Dice Teodoncio que se inventó la ficción de que Hércules la mató porque el hijo de un Cíclope murió entre los escollos de Escila; por esta causa, para vengarlo, el Cíclope cerró la boca de Escila con grandes moles arrojadas al lugar e hizo el paso del mar intransitable y se dijo que Escila murió por esto; sin embargo con el paso del tiempo, volviendo el mar a llevar las cosas lanzadas a él, volvió el lugar a su forma primitiva y así la hija fue reanimada por Forco. Dice Teodoncio que atestigua Filócoro[330bis] que Escila fue hija de Forco y que, al ser enviada desde Cerdeña a casarse con Esténelo, joven muy noble de Corinto, pereció allí y dio su nombre al lugar.

CAPÍTULO X

Sobre Medusa, Esteno y Enríale, Górgonas e hijas de Forco

Medusa, Esteno y Euríale fueron hijas de Forco, tenidas de un monstruo marino, según dice Teodoncio. Estas fueron llamadas Górgonas y, según atestigua la antigua fama, tuvieron entre las tres un ojo solamente, del que se servían alternativamente [m]; y, según escribe Pomponio Mela en la *Cosmografía* [III, 9, 99], habitaron las islas Górgadas [332], las que sabemos que están en el océano Etiópico enfrente de las Hespérides de Etiopía. Lo que parece atestiguar también Lucano [IX, 624-6] cuando dice: «En los últimos confines de Libia, donde la hirviente tierra recibe al Océano que se calienta con el sol hundido, se oscurecían ampliamente los campos de la Forcínide Medusa, etc.» Además dicen que éstas tenían la propiedad de convertir en piedras a quienes las miraban. Ovidio dice que ellas fueron sólo dos [IV, 774-5]: «En cuya entrada habitaban las dos hermanas Fórcides, que compartían el uso de un único ojo, etc.» [333]. Y éstas en todos los demás se dice que fueron tres. Ahora me agrada introducir el significado de las fábulas. Y antes de otras cosas, yo no

[330 bis] Cf. Jacoby, 328 F 174.

[331] Eso es propio de las Greas, otras Forcínides hijas también de Forcis y Ceto.

[332] El manuscrito *A* de Pomponio dice *Dor-cades*. Y *Mariangelus: Gorgades*.

[333] Ovidio aquí está hablando de las dos Greas, que Boccaccio confunde con las Górgonas.

pienso que ellas fueran hijas de Forco, el rey de Cerdeña del que hemos hablado antes, sino de algún otro Forco que reinaba en aquel tiempo en las islas Górgadas. Creo que por similitud fueron llamadas hijas de un monstruo marino. Pues la ballena es un monstruo marino entre cuyas propiedades dicen los que investigaron las naturalezas de los animales que está que, cuando abre la boca, se llena todo lo de su alrededor con tan gran olor que todos los peces cercanos llegan junto a ella y ella misma coge los que quiere hasta que llena su hambre; y ya que del mismo modo las Forcínides, por su admirable belleza, atraían a todos los hombres para que las viesen, son llamadas hijas de un monstruo. Sereno y Teognidio[334], historiógrafo de la antigüedad, parecen creer que se creó la ficción de que éstas tenían un sólo ojo porque tenían una igual belleza. Yo pienso que porque tenían la misma opinión sobre ellas todos los que las contemplaban. Considero que convertían en piedras a los que las miraban porque era tan grande su belleza que al verlas los que las miraban se quedaban atónitos y se convertían en mudos e inmóviles, no de otro modo que si fueran piedras. Son llamadas Górgonas, porque según dice Teodoncio, como al morir su padre quedaron muy ricas, hasta tal punto protegieron su hacienda que, aumentadas aún más sus riquezas, fueron llamadas por los suyos con este sobrenombre, que significa cuidadoras de la tierra, porque en griego los agricultores se dicen *georgí.*

Fulgencio [*Mit.*, I, 21] piensa de muy distinto modo. Pues dice que hubo tres clases de terror, que se especifica por los nombres de éstas. Pues Esteno se interpreta como debilidad, esto es comienzo del temor, que debilita sólo la mente. Euríale es lo mismo que inmensa profundidad, esto es estupor o locura, que con un profundo terror inunda la debilitada mente. Medusa significa olvido, que no sólo turba la mirada de la mente sino también comporta la tiniebla de la visión. Este terror opera en todos. Pero, salvado siempre el respeto a Fulgencio, estas cosas no parecen proceder de la mente de los que crearon la ficción, puesto que ellas no producen terror sino admiración.

[334] Sereno es citado por Serv., *Aen.*, VI, 289 y Teognidio lo es por Fulgencio, *Myth.*, I, 21.

CAPÍTULO XI

Sobre Medusa, hija de Forco, en particular

Medusa, hija de Forco, como se ha dicho, puesto que era una hermosísima mujer, tuvo entre otras cosas admirables de su encanto, según afirma Teodoncio, unos cabellos no sólo rubios sino de oro, cautivado por cuyo esplendor Neptuno se unió a ella en el templo de Minerva, unión de la que nació el caballo Pegaso; encolerizada a causa de esto Minerva, para que no permaneciese sin venganza la falta cometida contra su templo, cambió la cabellera de Medusa en serpientes, y así de hermosa se convirtió en monstruosa. Como la fama de este monstruo volara por todas partes, sucedió que vino para vencerla, armado con el escudo de Palas, Perseo, quien le cortó la cabeza y, al volver volando a su patria y llevar consigo la cabeza de la Górgona, sucedió que de las gotas de sangre que caían por los desiertos de Libia surgieron serpientes, de las que Libia está repleta [335]. Pienso que se creó la ficción de que Medusa tenía cabellos de oro para que comprendamos que era muy rica, puesto que por los cabellos se entienden los bienes temporales y a causa de estos bienes Neptuno, esto es el hombre extranjero, como fue Perseo, fue atraído a su deseo y la violó en el templo de Minerva, esto es la venció más allá de los límites de una prudente decisión; lo que también se demuestra por el escudo de Palas, que era cristalino para que por él se entienda la atención prudente; pues este cristal hace que vuelva a los ojos del que mira lo que se desarrolla fuera de él. Y así el caudillo sabio en su decisión ve qué pueden hacer los enemigos y así se protege cuando frustra las decisiones de aquellos vistos de antemano por él. De la unión del prudente y del jefe extranjero surge el caballo Pegaso, esto es la fama, como se verá más ampliamente en lo que sigue cuando se hable sobre él. La cabellera se cambia en serpientes cuantas veces uno es oprimido por razón de sus bienes; pues las cosas que acostumbraban a ser causa de esplendor se vuelven para quien las posee en hirvientes inquietudes y preocupaciones. Pues se corta la cabeza de Medusa en el momento en que se la despoja de los bienes por los que parecía vivir y tener mucho poder. Se dijo que nacieron serpientes en Libia de la sangre de la cabeza de Medusa más para robustecer la apariencia de la fábula que para ocultar algún significado. Eusebio

[335] Paráfrasis del relato ovidiano acerca del viaje de Perseo, que se contiene en *Met.*, IV, vv. 615-20.

atestigua en el libro de los *Tiempos* [52, 6-10] que esta Medusa fue vencida por Perseo, atraído por un botín de riquezas, y privada de reino y riquezas, cuando reinaba en Atenas Cécrope, y dice que fue escrito por Dídimo en la *Historia extranjera.*

CAPÍTULO XII

Sobre Albíon y Bergíon, cuarto y quinto hijos de Neptuno

Albíon y Bergíon, según atestigua Pomponio Mela en el libro de la *Cosmografía* [II, 5, 78], fueron hijos de Neptuno[336]. Acerca de ellos cuenta él mismo la siguiente fábula. Al pasar Hércules entre la desembocadura del Ródano, los lugares que después se llamaron las fosas Marianas, Albíon y Bergíon le salieron al paso, impidiéndole el camino. Al iniciar Hércules por esta causa una lucha contra ellos y al faltarle dardos, le fue concedida ayuda por su padre Júpiter, que había sido invocado por él, a saber una lluvia de piedras, de las que hasta tal punto abundaba el lugar que fácilmente pensarías que había llovido. Yo pienso que éstos fueron hombres rectos y extranjeros y que, habiéndose asentado allí mismo, temiendo quizá ser expulsados, le salieron al encuentro a Hércules o a otro que llegaba, por el que fueron vencidos y, al estar tiradas piedras por todas partes, encontraron un lugar para la lluvia de la fábula.

CAPÍTULO XIII

Sobre Tara, sexto hijo de Neptuno

Servio *[a En.,* III, 551] afirma que Tara fue hijo de Neptuno y dice que él fundó en los confines de los Salentinos Tarento, en otro tiempo famosa ciudad, y que la llamó así por su nombre. Aunque

[336] Tradicionalmente se habla de Yalebíon y Dercino como hijos de Neptuno. En Pomponio Mela, loe. ct., Bursian adopta la lectura *Alebiona et Dercynon,* lo que acepta C. Frick en su edición de Teubner, Leipzig, 1968 (= 1886), frente a la lectura que da el manuscrito *A,* donde aparece *Albiona et Bergyon,* de donde sin duda lo toma Boccaccio. Cf. *CFC,* XI, p. 272.

Justino *[Epit. Pomp. Trogo,* III, 4] parece sostener que fue fundada por los bastardos de los espartanos. Pero el propio Servio confirma que no fue fundada por Falanto, gobernante de ella, sino restaurada.

CAPÍTULO XIV

Sobre el Cíclope Polifemo, séptimo hijo de Neptuno

El Cíclope Polifemo, como todos los demás Cíclopes[337], fue hijo de Neptuno, tenido de Toosa, hija de Forco, según dice Hornero en la *Odisea* [I, 70-72]: «Polifemo semejante a un dios, cuyo poder es el mayor entre todos los Cíclopes; lo dio a luz la ninfa Toosa, hija de Forcis, el que cuida el estéril mar, etc.» Se sabe que éste fue el más conocido y poderoso entre los Cíclopes, al que Ovidio [XIII, 740 ss.] describe diciendo que amó a Galatea, ninfa siciliana, y que mató a Acis, amante de ésta. Además sostienen que tuvo un único ojo y que fue un hombre de enorme estatura y que cuidaba un enorme rebaño en los bosques de Sicilia y que finalmente Ulises lo privó de su ojo. Sobre él relata Hornero la siguiente fábula en la *Odisea* [IX]: Dice que cuando Ulises, errante después de la caída de Troya, habiendo dejado a los Lotófagos llegó a Sicilia, vio allí a un hombre peludo y erizado que cuidaba los rebaños y que él solo quitaba de su cueva una piedra que no podían mover veinte yugos de bueyes; finalmente, cuando entró en su cueva con doce de sus marinos, contó a Polifemo, que le preguntaba, quiénes eran y de dónde venían y pidió su ayuda para lo que ellos necesitaban, respondió de modo altivo el Cíclope, puesto que dijo que no temía a Júpiter y que él era mejor que aquél; y cuando preguntó dónde habían dejado la nave, Ulises, dándose cuenta de la perfidia del Cíclope, respondió que él había naufragado junto con sus compañeros. Después de esto el Cíclope, al ver a los otros, cogidos dos de ellos, los desgarró a la manera de una bestia y los devoró. Enfurecido por esta acción, Ulises pensó matarlo, pero advirtiendo que tan gran mole no podía quitarse de la puerta del antro desistió. El Cíclope, al amanecer, comió otros dos y, dejando a Ulises en la cueva con los demás, se fue con el rebaño. Ulises encerrado afiló un enorme cayado y lo cubrió con

[337] Todos los Cíclopes son hijos de Neptuno y Toosa a excepción de los forjadores del rayo, que lo son de Urano y la Tierra.

el estiércol y, como al volver por la tarde el Cíclope matase a dos más de los compañeros de Ulises, le ofreció Ulises un barril del mejor vino rogándole compasión. El Cíclope, habiendo bebido el vino, prometió su compasión si de nuevo le daba vino; después de haber hecho esto, al beber por tercera vez preguntó a Ulises su nombre. Este dijo que se llamaba *Outis,* que en latín significa Nadie. El Cíclope, en recompensa por la bebida regalada, le dijo: «te comeré el último». Finalmente cuando a causa del vino bebido el Cíclope, no acostumbrado, se durmiera fácilmente, Ulises, cogida la estaca que había enterrado en el estiércol, quemada ésta en el fuego, habiendo animado a los compañeros al crimen, con gran esfuerzo la metieron encendida en el ojo del Cíclope. Despertándose el Cíclope, con grandes gritos llamó en su ayuda a los compañeros vecinos de su cueva. Estos, al preguntar alrededor de la cueva quién le había herido, como oyesen al Cíclope responder que Nadie, pensando que estaba afectado por una enfermedad natural, dijeron al irse que implorase a su padre Neptuno en favor de su salvación. Cuando el Cíclope, triste, movió la mole de la puerta del antro y extendió los brazos para que ningún enemigo saliera de la cueva con los rebaños, después de haber examinado a cada animal, lo dejaba salir. Pero Ulises junto con sus compañeros, habiéndose cubierto con las pieles de los carneros muertos, salieron de la cueva a cuatro patas y sin ser reconocidos por el Cíclope; salidos éstos de entre el rebaño del Cíclope, se fueron rápidos a la nave. Al darse cuenta de ello el Cíclope, arrojada una enorme mole, casi alcanzó a la nave. Ulises, ya seguro, le dijo a aquél su nombre. El Cíclope al oírlo « ¡Ay!», dijo, «finalmente ha llegado el vaticinio del Cíclope Télemo Eurímida». Ulises se fue. Virgilio describe su figura y su Télemo Eurímida». Ulises se fue. Virgilio describe su figura y su casa, en boca de Aqueménides, uno de los compañeros de Ulises, ampliamente en pocos versos [III, 617-22] diciendo: «Mis compañeros, olvidándose de mí me abandonaron en la enorme cueva del Cíclope. Es una mansión de sangre putrefacta y de cruentos manjares, oscura dentro y enorme. El mismo es gigantesco y toca las altas estrellas (Dioses, ¡alejad de las tierras peste semejante!). Es difícil de ver y nadie puede hablarle. Se alimenta de las entrañas de los desgraciados y de negra sangre, etc.» Dicho esto de Polifemo, debemos ir al conocimiento de lo que hay detrás, y en primer lugar ha de verse por qué fue llamado hijo de Neptuno y Toosa. Sobre esto yo creo que, dando el motivo su madre, hija del rey de Cerdeña, llegó él desconocido a Sicilia; como desconocido ocupase parte de ésta o quizá toda, fue llamado hijo de Neptuno y,

convertido en tirano de la isla, mereció por otra causa a Neptuno como padre; pues así como el inexorable Neptuno se agita con la tempestad, así los inexorables tiranos son agitados por la ira o el deseo. Y muestra que ha sido éste de enorme figura, esto es de gran poder, el pastor del rebaño, es decir el tirano de los pueblos, que tuvo sólo un ojo, pues los tiranos se preocupan sólo de su situación, no toman en consideración ni a Dios, ni al prójimo, ni al pueblo sometido; devoran y corroen a los hombres vivos cuando vacían a los subditos de sus bienes, cuando condenan con el exilio, cuando ajusticia a los inocentes. Pero éstos con el vino, esto es con las lisonjas de los hombres astutos, se duermen y son cegados de su ojo, cuando son privados de sus bienes y dominio. Sobre Acis y Galatea ya se ha hablado con suficiencia antes. Pero Alberico [III, 11, 9] parece opinar de manera distinta sobre este Polifemo diciendo que éste es llamado Polifemo, como si fuera un hombre de muchas luces, para estar de acuerdo con Servio *[a En.,* III, 636] que dice: «que muchos han dicho que Polifemo tuvo un solo ojo, otros dos, otros tres, pero todo es inventado»; como si él mismo sostuviera que tenía uno solamente. Y por ello afirma que éste fue un hombre muy sabio y que tenía un ojo en la trente, esto es en el cerebro, pero que fue vencido en sabiduría por Ulises; lo que puede admitirse para una particular alabanza de Ulises de modo que, vencido el sentido tiránico con regalos, mediante una conversación de múltiples sentidos y engañosas demostraciones, ha huido del hombre clarividente y de la mano que prepara la violencia.

CAPÍTULO XV

Sobre Télemo, octavo hijo de Neptuno

Télemo Eurímida fue uno de los Cíclopes, según muestra Hornero en la *Odisea* [IX, 508] y, según son llamados los otros, también fue hijo de Neptuno, no se sabe de qué madre a no ser que sea por la que es llamado Eurímida[338]. Dice Hornero que éste fue un anciano y que tuvo gran poder entre los Cíclopes en el vaticinio y que predijo a Polifemo que iba a ser privado del ojo por Ulises.

[338] Télemo es llamado Eurímida por su padre Eurimo. Por tanto, no es hijo de Neptuno, como dice Boccaccio.

CAPÍTULO XVI

Sobre los Cíclopes Brontes, Estéropes y Piragmon, noveno, décimo y undécimo hijos de Neptuno

Brontes, Estéropes y Piragmon fueron importantes Cíclopes y, según dice Teodoncio, fueron hijos de Neptuno y de su esposa Anfitrite[339]. Consta que éstos fueron hombres artistas y endurecidos por el fuerte trabajo, que sostienen que fueron puestos bajo Vulcano, dios del fuego, para que bajo él fabricaran los rayos de Júpiter, en la isla de Lípari, según describe Virgilio en la *Eneida* [VIII, 416 ss.] en varios versos. Si queremos demostrar convenientemente el motivo del origen de aquéllos y de su oficio, necesariamente hay pocas cosas que deban decirse de antemano; puesto que en realidad parece que hay dos clases de Cíclopes, para que no se entienda sobre una lo que se ha dicho sobre la otra, hay que distinguirlas. La primera es aquella sobre la que hablamos donde se ha hecho sobre Polifemo y ésta, según aparece claramente, es la peor. La segunda, en cambio, es de hombres artistas, como se verá en lo que sigue. Y puesto que son distintas entre sí, es necesario que sea distinta la interpretación de su gentilicio, que tienen en común. Pues llamaron Cíclopes a éstos, que son hombres hábiles, de *cyclos,* que es círculo, y de *ops,* que es ojo, esto es ojo circular; o, para entender más brevemente el significado de las palabras, el que mira alrededor. Lo que conviene que sea un hombre artista; pues si no lo es, no pueden responder de manera congruente las cosas últimas a las primeras y por ello acostumbraron a mirar alrededor los artistas antes de poner mano a la obra, a contemplar en su mente el principal medio y el fin, para poder dar un comienzo de acuerdo con el fin y así comenzar la obra. Papias dice que los Griegos llamaron a las artes circulares porque el origen de aquellas está oculto como el comienzo del círculo. Podemos decir que a partir de este vocablo reciben su nombre los Cíclopes, como congruentemente se dice artista de arte. Dicho esto, examinemos por qué son llamados hijos de Neptuno. Pienso que porque casi todos los modelos de las cosas de todos los artistas parecen tomados del mar o del agua. En efecto, sostienen que se ha tomado de los peces el orden en que las formaciones son llevadas a la batalla. De estos

[339] **Estos tres Cíclopes son los forjadores del rayo a quienes nos referíamos en la nota 337.**

mismos, vistas sus escamas, de qué modo los hombres y los caballos se protegen con el hierro. De la espina del pez descarnado en la costa, se toma el modelo para construir las largas naves. Por el bivaro[340] se conoce el arte de construir las casas y los balcones. De la tortuga desprovista de carne se aprendió la composición de la cítara y el modelo de los techos. De las conchas y caparazones se saca la flexibilidad de las puertas y hojas y del mismo modo por las escalas que dan vueltas podemos subir a las elevadas torres. Así del mismo modo hacemos las trompetas. Además se aprendió a entremezclar los hilos y la preparación de las hierbas en el agua y los alargamientos salidos de los hilos y a tejer las telas. Y para dar variedad a las telas con el color, las primeras se hicieron con la sangre de los peces. El primer movimiento de éstos descubrió que había dado a los que lo meditaban la música y sus tiempos y la armonía. ¿Para qué decir más? Son innumerables los ingenios que instruyen a los artistas, que da el mar, de lo que sale que con razón llamemos a los artistas hijos de Neptuno y les demos el nombre de Cíclopes. Y según opinión de Hesíodo, como atestigua Plinio en el libro de *Historia Natural* [XXXVII, 61, 1] éstos, que son llamados Dáctilos, inventaron en Creta la fragua; dice el mismo Plinio que el hierro fue descubierto por los Cíclopes y los hombres de las cavernas. Por qué son llamados nacidos de Anfitrite pienso que por la vuelta de los sonidos, puesto que por todas partes resuenan los sonidos de los artistas. Son entregados a la tutela de Vulcano porque las cosas duras se ablandan con el fuego al usarlas los artistas y las blandas se endurecen, según se presentará más extensamente cuando se trate sobre Vulcano. Que las obras de fragua se hagan en Lípari se dijo para mostrar que los artífices han de coger lugares adecuados a su arte. Pregunto ¿qué haría un herrero en una laguna?, ¿qué un pescador en el monte?, ¿qué un agricultor en una roca?, ¿qué el médico en la soledad? Nada, por cierto, y por ello Virgilio describe en Lípari el taller de los herreros, porque es un lugar de fuego en el que los herreros ablandan los bronces. Pero queda buscar la razón de los nombres. Brontes, según dice Alberico [III, 10, 5] es llamado por trueno, porque surge tanto con los fuelles que soplan como con los martillos que golpean el yunque. Estéropes es llamado por el resplandor que surge del incendio. Dice que Piragmon toma su nombre de yunque caliente porque *pyr* se interpreta como fuego y *agmon* como yunque. Y se les ha atribuido estos nombres porque se ejercitan en el arte de las armas.

[340] *Bivaris* = *bever,* significa castor y se utiliza sobre todo en el latín tardío.

Pues no se les dan tales cosas al que construye una nave o un templo o un palacio. Por último, sostienen que los mató Apolo porque fabricaron para Júpiter el arma con que fue golpeado Esculapio. Cosa que yo entiendo porque Apolo se interpreta como el que extermina y el que expulsa la humedad. Porque el fuego hace que tales artistas mueran rápidamente si continúan una obra así, pues tanto por el continuo trabajo como por el fuego continuo se seca la humedad antes de tiempo y mueren.

CAPÍTULO XVII

Sobre Nausítoo, duodécimo hijo de Neptuno, que engendró a Rexénor y a Alcínoo

Nausítoo, rey de los Feacios, según opina Hornero en la *Odisea* [VII, 56-58], fue hijo de Neptuno y de la ninfa Peribea y sobre éste y su descendencia escribe así este mismo: «A Nausítoo lo engendraron primero Posidón, el que sacude la tierra, y Peribea, la más excelente de las mujeres por su figura, la hija menor del magnánimo Eurimedonte, etc.» Sobre éste no se encuentra ninguna otra cosa a no ser que tuvo como hijos a Rexénor y a Alcínoo.

CAPÍTULO XVIII

Sobre Rexénor, hijo de Nausítoo, que engendró a Arete

Rexénor fue hijo de Nausítoo, según dice Hornero en la *Odisea* [VII, 63] así: «Nausítoo engendró a Rexénor, etc.» Este Rexénor, como dice el propio Hornero, tomó una esposa y de ésta tuvo una sola hija a la que llamó Arete; golpeado por Apolo murió, pienso yo que exterminado por la fiebre.

CAPÍTULO **XIX**

Sobre Arete, hija de Rexénor y esposa de Alcínoo

Arete, según escribe Hornero en la *Odisea* [VII, 63], fue la única hija de Rexénor a la que Alcínoo, hermano de Rexénor y rey de los Feacios, tomó como esposa y de ella tuvo una hija, Nausícaa, y tres hijos. Junto a ésta llegó Ulises bajo la guía y consejo de Palas, transformada en la figura de la doncella Calpis, viniendo náufrago desde la morada de la ninfa Calipso, e interrogado le explicó muchas cosas y finalmente fue acogido por ella con grandes honores.

CAPÍTULO **XX**

Sobre Alcínoo, hijo de Nausítoo, que engendró a Nausícaa, a Laodamante, a Alíoo[Mi] *y a Clitoneo*

Alcínoo, rey de los Feacios, según dice Hornero en la *Odisea* [VII, 63], fue hijo del rey Nausítoo y esposo de Arete. Junto a éste, que estaba sentado en un festín, llegó Ulises, después de haber soportado un naufragio, y fue recibido por él con grandes honores, y le ofreció en matrimonio a Nausícaa; finalmente, después le dio grandes regalos y se le preparó una nave que lo condujera a la patria y le fueron ofrecidos marineros.

CAPÍTULO XXI

Sobre Nausícaa, hija del rey Alcínoo

Nausícaa fue hija del rey Alcínoo y de Arete, según atestigua Hornero *[Od.,* VI, 17]. Al haber salido ésta de la ciudad junto con sus compañeras y haber ido a la orilla del río a lavar los vestidos,

[341] El nombre que nos transmite la tradición mitográfica es el de Halio y al ser personaje de segunda fila tanto aquí como en el capítulo XXII dejamos el nombre que le da Boccaccio.

sucedió que vio a Ulises náufrago y desnudo en la playa y cubierto con ramas de árboles, y rogada con súplicas por él para que le diera alimento y vestidos, le dio lo pedido y luego le persuadió para que fuese a su patria y a su regia morada detrás de ella, según se hizo después, tal como cuenta extensamente Hornero en la *Odisea* [VI].

CAPÍTULO XXII

Sobre Laodamante, Alíoo y Clitoneo, hijos del rey Alcínoo

Laodamante, Alíoo y Clitoneo fueron hijos del rey Alcínoo y de Arete, según atestigua Hornero en la *Odisea* [VIII, 119]. Sobre los cuales no se encuentra nada excepto las generales alabanzas de su ilustre juventud y que junto con su padre Alcínoo y su madre honraron a Ulises y le dieron regalos.

CAPÍTULO XXIII

Sobre Molión y Actorión, decimotercero y decimocuarto hijos de Neptuno

Molión y Actorión[M] fueron hijos de Neptuno, según escribe Hornero en la *Ilíada* [XI, 750]. Pues presenta al anciano Néstor diciendo a Patroclo que él, todavía joven, había tenido una guerra contra los Arcadios y había matado a muchos y que, si Neptuno no hubiese ocultado en una espesa nube a sus hijos Molión y Actorión, igualmente los habría matado con los otros.

[342] Los Molíones Actóridas son los patronímicos dados a los gemelos Ctéato y Eurito, llamados así por su madre Molíone o su padre Actor, nombre éste del padre humano, pues el divino es Neptuno. Por tanto Boccaccio se equivoca al tomar estos patronímicos por nombres propios. Los Moliónidas murieron a manos de Hércules cuando intentaron ayudar a Augías.

CAPÍTULO XXIV

Sobre Aón, decimoquinto hijo de Neptuno

Aón, según dice Lactancio *[a Teb.,* I, 53], fue hijo de Neptuno y afirma que de él recibe su nombre Aonia, que es una parte de Beocia. Teodoncio afirma esto mismo y dice que Aón, expulsado de Apulia por una facción de los suyos, llegó en una nave a Eubea y de allí se fue a Beocia, y que allí había gobernado en las montañas a pueblos rudos hasta entonces y llamó a aquellos y a las montañas Aones por su nombre. Fue considerado por éstos hijo de Neptuno, aunque fue hijo de Onquesto, un riquísimo hombre de Apulia, y de su esposa Pariquia.

CAPÍTULO XXV

Sobre Mesapo, decimosexto hijo de Neptuno, del que proviene el poeta Ennio

Mesapo fue hijo de Neptuno, según dice Virgilio [VII, 691-2]: «Pero Mesapo, domador de caballos, prole de Neptuno, al que nadie podía derribar ni con el fuego ni con la espada, etc.» Pues éste, según atestigua el propio Virgilio, ayudó a Turno contra Eneas. A él lo siguieron los Fesceninos, los Ecuos, los Faliscos y los que habitan el monte de Soracte y los bosques y el lago del Cimino y además los Capenas. Pero Servio *[a En.,* VIL 691] dice que éste llegó a Italia por mar y por ello fue llamado hijo de Neptuno. Que él era invulnerable a la espada, porque nunca murió en la guerra, inmune al fuego porque era hijo de Neptuno, que consta que fue dios de las aguas. Cuentan que el poeta Ennio decía que él descendía de éste y que fue llamado domador de caballos porque son animales producidos por Neptuno.

CAPÍTULO XXVI

Sobre Busiris, decimoséptimo hijo de Neptuno

Busiris fue hijo de Neptuno, tenido de Libia, hija de Epafo, según dice Eusebio en el libro de los *Tiempos* [46, 17-18]. Este, según dice Agustín en el libro *Sobre la Ciudad de Dios* [XVIII 12], reinando Dánao en Argos, como rey o mejor como tirano inmolaba los huéspedes a sus dioses. Servio *[a Georg.,* III, 5] dice que éste fue muerto por Hércules porque, al ir junto a él, quiso matarlo de igual modo que a los otros. Y el propio Servio afirma que las alabanzas de este Busiris fueron descritas por Isócrates.

CAPÍTULO XXVII

Sobre el caballo Pegaso, decimoctavo hijo de Neptuno

Pegaso, el caballo alado, según atestiguan Servio *[a En.,* II, 616] y Lactancio *[a Teb.,* IV, 61], fue hijo de Neptuno y de Medusa, concebido en el templo de Palas, según se dijo donde se habló de Medusa. Ovidio dice que éste nació de la sangre que caía de la cercenada cabeza de Medusa, según dice en los *Fastos* [III, 451]: «Se cree que éste brotó del cuello grávido de Medusa muerta, con sus cabellos salpicados de sangre, etc.» Esta opinión de Ovidio la siguen Fulgencio *[Mit.,* I, 21] y Alberico [III, 14, 3]. Además dicen no sólo que fue muy veloz sino también alado, según atestigua el mismo Ovidio *[Fast.,* III, 453-4]: «Este que se desliza por encima de las nubes y por debajo de los astros tuvo por tierra el cielo y por pies alas, etc.» Dicen que con el pie hizo brotar para las Musas la fuente Castalia, según dice el propio Ovidio [V, 256-7]: «Ha llegado a mis oídos la fama de una nueva fuente que la dura pezuña del alado hijo de Medusa ha hecho brotar, etc.»[M3] Y poco después [V, 262-3]: «Empero, esa fama es verdadera; y Pegaso el

[343] En estos versos Ovidio alude no a la fuente Castalia del Parnaso sino a la fuente del Helicón llamada Hipocrene o «del caballo» precisamente por haber brotado al golpear Pegaso la tierra con su pezuña. La confusión de Boccaccio puede deberse a que, así como los dos montes son residencia de las Musas, así las dos fuentes están a ellas dedicadas.

origen de esta fuente. Y condujo a Palas hasta el sagrado licor, etc.» Además dicen que éste transportó a Belerofontes para ir a luchar contra la monstruosa Quimera. Así también a Perseo cuando fue junto a las Górgonas [344]. Pero Anselmo en *Sobre la imagen del mundo* [I, 118] añade a este caballo algunas cosas que ha descubierto que se han dicho con otro nombre. Pues dice que aquél tenía cuernos y que tenía aliento de fuego y pies de hierro, de modo que era totalmente semejante a un monstruo. Finalmente le dieron un lugar entre las estrellas, según atestigua Ovidio *[Fast.,* III, 455-8]: «Y ya había recibido en la enfurecida boca los nuevos frenos cuando la ágil pezuña hizo brotar las Aonias aguas. Ahora disfruta del cielo, al que antes se dirigía con las plumas y brilla con quince resplandecientes estrellas, etc.» Ahora, dicho lo anterior, ha de investigarse qué pudieron pensar los antiguos. Yo pienso que este caballo es la fama de las hazañas, cuya velocidad se designa mediante la carrera y el vuelo de este caballo. El cual es llamado hijo de Neptuno y de la Górgona porque de las hazañas en mar y en tierra surge la fama. Pienso que se creó la ficción de que fue concebido en el templo de Palas porque de las hazañas realizadas discreta y deliberadamente surge rectamente la fama, pero de las hechas por azar con ningún derecho surge la fama, de las hechas temerariamente más bien surge la infamia. Pienso que se ha dicho que este caballo tiene los pies de hierro para demostrar que, al ir de un lado para otro, nunca faltan fuerzas a la fama. Se le añaden cuernos para que se comprenda el orgullo de los famosos. También aliento de fuego para que se conozca el ardiente deseo de hablar de los charlatanes. Se dice con bastante claridad que aquél hizo brotar la fuente Castalia porque en el deseo de la fama y de gloria temporal algunos ponen toda su dedicación, por lo que cuantas veces se consigue lo deseado tantas veces surge la fuente Castalia, esto es abundante materia de conversación, fuente que, puesto que es propia de los poetas, por ello se dice que se ha consagrado esta fuente a las Musas. Que éste llevó a Belerofontes y a Perseo para cumplir las expediciones, puede decirse que se ha dicho porque por deseo de gloria fueron llevados a aquello que hicieron. O, según sostienen algunos, fueron llevados a esto en naves cuya insignia era un caballo alado. Alberico [III, 14, 2] escribe sobre este caballo una peregrina opinión tomando como fuente a Fulgencio *[Mit.,* I, 21]. Pues

[344] Es imposible que Pegaso llevase a Perseo puesto que Pegaso nace cuando Perseo corta la cabeza de Medusa. No obstante, esta confusión puede ser no sólo de Boccaccio, ya que alcanzará gran desarrollo en época posterior. Para ello cf. Ruiz de Elvira, *Mit. das.,* p. 159.

dice que éste fue llamado Pegaso del griego *pege,* que en latín significa fuente, y que éste era el nombre común de todos los ríos y por esto sostiene que río, esto es *pege,* es el caballo de Neptuno, esto es nacido de Neptuno, porque del mar nacen todos los ríos y por las alas se designa la velocidad de los ríos, y sostiene que de *pege* se dice pagos, que los antiguos acostumbraron a poner siempre junto a los ríos; y de ahí paganos como de un *pege,* esto es que beben de una fuente o río; y así nos damos cuenta de que la fuente que decimos que fue hecha por la pata de Pegaso procede de Neptuno. Pero qué opina sobre este caballo y fuente Fulgencio, que escribió muy ampliamente, ha de decirse en pocas palabras. Pues dice que Pegaso nació de la sangre de Medusa porque se convirtió en la figura de la fama; pues cuando el valor acaba con el terror genera la fama, al que llama alado porque, según se ha dicho, la fama es alada. Se crea la ficción de que hizo brotar con su uña una fuente para las Musas porque las Musas, para describir la fama de los héroes, o siguen las hazañas de los antiguos o las palabras de los importantes. Además dice el propio Fulgencio que se interpreta a Pegaso como fuente eterna, según pienso, porque la fama de los hombres ilustres es inagotable.

CAPÍTULO XXVIII

Sobre Nicteo, decimonoveno hijo de Neptuno, que engendró a Anttope y a Nictímene

Nicteo, según dice Lactancio *{a Teb.,* III, 507], fue hijo de Neptuno y, según afirma Teodoncio, lo tuvo de Cilene, hija de Atlas. Lactancio dice que fue rey de Etiopía y que tuvo dos hijas, Antíope y Nictímene y que, según algunos, fue amado con un incestuoso amor por Nictímene, con la que, sin saberlo, por obra de la nodriza, se unió; conocida la falta quiso matarla, si no hubiese huido. Otros dicen lo contrario, a saber que éste amó indecorosamente a Nictímene y que ella, cuando él intentaba violarla, huyó. Es posible que éste haya sido hijo de Neptuno, puesto que parece que fue contemporáneo del hombre Neptuno. Si no lo es, puede ser llamado hijo de Neptuno por la misma razón que son llamados los otros.

CAPÍTULO XXIX

Sobre Antiope, hija de Nicteo y madre da Anfión y de Zeto

Dice Lactancio *[a Teb.,* IV, 570] que Antiope fue hija del rey Nicteo, a lo que añade Teodoncio que fue hija de Amaltea, ninfa cretense. Según dice Teodoncio, Nicteo la dio como esposa a Lico, rey de la Tebas egipcia. Pero Lactancio dice que ésta fue violada por Epafo, hijo de Júpiter. Otros dicen que por Júpiter. Al conocer esto Lico, repudiada ella, se casó con Dirce. La cual consiguió de él que la encarcelase. Pero al llegar el momento del parto, por compasión de los dioses, rotas las cadenas, huyó al Citerón y dio a luz a Anfión y Zeto y los expuso. Estos, después de haber sido criados por unos pastores y habiendo llegado a la pubertad, fueron reconocidos por su madre y, conociendo por ella su linaje, mataron a Lico y ataron a Dirce a un toro salvaje y devolvieron a su madre su dignidad. El abuso de nombres enredó esta historia y, dado que antes al hablar de Anfión ya se dijo bastante, no tengo intención de repetirlo.

CAPÍTULO XXX

Sobre Nictímene, hija de Nicteo[MS]

Nictímene fue hija del rey Nicteo y de Amaltea. Dicen que ésta amó a su padre o fue amada por él; cuando huía de sus armas, por compasión de Minerva fue convertida en el ave de su nombre y tomada bajo su protección; la razón de esta fábula puede ser la siguiente: que Nictímene hizo uso de una sabia decisión, o bien por vergüenza de su crimen o del paterno, y nunca después de la falta salió a la luz y por ello es llamada lechuza[M6]. La razón de por qué llegó a estar bajo la protección de Minerva, se ha explicado donde se ha hablado sobre Minerva.

[345] Nictímene es hija de Epopeo, no de Nicteo.
[346] El nombre latino y científico de lechuza o mochuelo guarda una evidente relación con noche: *noctua- nox.*

CAPÍTULO XXXI

Sobre Hirieo, vigésimo hijo de Neptuno

Hirieo, según dicen Teodoncio y Paulo, fue hijo de Neptuno tenido de Alcíone, hija de Atlas, sobre el cual no recuerdo haber leído ninguna otra cosa.

CAPÍTULO XXXII

Sobre Pelias, vigesitnoprimer hijo de Neptuno, que engendró hijas y a Acasto

Pelias fue hijo de Neptuno y de Tiro, ninfa hija de Salmoneo, rey de Salamina, según escribe con bastante extensión Hornero en la *Odisea* [XI, 235 ss.]. Pues dice que ésta acostumbraba a pasear a la orilla del río Enipeo; por esta causa Neptuno, adoptando la figura del Enipeo, tomó a la doncella y se unió a ella y de esta unión engendró hijos gemelos, a saber a Pelias y Neleo. Después Tiro se casó con Creteo. A Pelias, cuando reinaba en Tesalia, según dice Lactancio *[a Teb.,* III, 516] le respondió un oráculo: que tendría la muerte próxima cuando, al estar haciendo sacrificios a su padre Neptuno, llegase uno con un pie descalzo. Al hacer los sacrificios anuales, llegó junto a él Jasón, nieto de su gemelo, con un pie descalzo; pues al apresurarse para ir al sacrificio se le quedó apresada en el barro del río una sandalia. Al ver esto Pelias, acordándose del oráculo, al punto temiendo no sólo por sí sino también por sus hijos a causa del reconocido valor de Jasón, convenció al propio Jasón para que emprendiese una expedición a Coicos para conseguir la gloria de su nombre, pensando, según contaba la fama, que era demasiado arduo y difícil poder arrebatar el vellocino de oro y que así fácilmente moriría. Como éste emprendiera la hazaña y, por encima de las esperanzas de Pelias, volviera con el vellocinio y con Medea como esposa, consiguió por obra de Medea que Pelias fuese muerto por sus hijas, quedando como superviviente Acasto. Sobre esta fábula, Leoncio decía que Pelias fue hijo del Neptuno humano y que éste, junto al río Enipeo, con la apariencia de un joven indígena amado por Tiro, se adueñó de aquélla que no le opuso

resistencia y que estaba engañada por la semejan2a de la figura y tuvo de ella dos hijos.

CAPÍTULO XXXIII

Sobre las hijas de Pelias

Está suficientemente claro que el rey Pelias tuvo hijas. Ovidio [VII, 300 ss.] lo cuenta entre otros, aunque no encuentro que sus nombres los haya dicho nadie. Estas, según es costumbre en las hijas, compadeciéndose de su padre Pelias, estaban junto a él continuamente. Dicen que a ellas las embaucó Medea con un engaño, hasta el punto de que su piedad se convirtió en una criminal acción contra su padre. Pues al darse cuenta Medea, según decía Leoncio, de que la vejez de Pelias se oponía al gobierno de Jasón, fingiendo una disputa con Jasón, se fue junto a ellas y, tras haberse quejado largo tiempo de la maldad de Jasón, dijo que, para perdición de aquél, ella quería restituir a Pelias su juventud con unas hierbas, como poco antes se la había restituido a Esón, y así convenció a las crédulas hijas de Pelias para que hicieran salir con el cuchillo toda la sangre fría y vieja del tembloroso cuerpo del anciano Pelias, para poder introducir en sus venas una nueva y vigorosa. Después de que las muchachas hicieran esto y después de que Pelias murió, Medea volvió junto a Jasón. Teodoncio dice que Medea sembró la cizaña entre Pelias y sus hijas y que, a causa de esto, se habían levantado con las armas las doncellas contra su anciano padre y lo mataron.

CAPÍTULO XXXIV

Sobre Acasto, hijo de Pelias

Acasto, según el testimonio del poeta Séneca en la tragedia de *Medea* [256-61], fue hijo de Pelias, pues dice así: «Sobrecogido por el terror, pues busca para ti el castigo y la muerte Acasto, el que domina los reinos de Tesalia. Lamenta a su padre muerto, temblo-

roso por la débil vejez, pesado por la edad, y los miembros hechos pedazos del anciano muerto cuando, cogidas por tu engaño las pías hermanas, se atrevieron a un crimen impío, etc.» Estas son palabras de Creonte a Medea.

CAPÍTULO XXXV

Sobre Neleo, vigesimosegundo hijo de Neptuno, que engendró a Néstor, a Periclímeno, a Crotnio y a la doncella Pero

Neleo fue hijo de Neptuno y de Tiro, según se ha demostrado antes donde se ha hablado sobre Pelias. Este, según escribe Hornero *[Od.,* XI, 281], expulsado de Tesalia por su hermano Pelias, fundó Pilos y allí habitó rindiendo culto a los dioses. Fue su esposa Cloris, hija de Anfión, rey de Orcómeno, de la que, según dice el propio Hornero, nacieron Néstor, Periclímeno, Cromio y una mujer Pero, y otros hasta doce, pero no tenemos los nombres de éstos.

CAPÍTULO XXXVI

Sobre Néstor, hijo de Neleo, que engendró a Antíloco, a Pisístrato, a Trasimedes, a Equefrón, a Estrático, a Perseo, a Areto y a Policaste, una mujer

Néstor fue hijo de Neleo y de su esposa Cloris, según se dijo. Tuvo doce hermanos, según atestigua Ovidio [XII, 553] al decir: «Fuimos doce hijos de Neleo, noble juventud, etc.» Fue éste un hombre de larga vida, según él mismo confiesa en tiempos de la guerra Troyana, diciendo en Ovidio [XII, 187]: «Devolver al espectador de muchas obras. He vivido doscientos años, ahora vivo la tercera edad, etc.» Además fue guerrero, pues entre otras cosas, viviendo todavía su padre, en su juventud temprana llevó la guerra contra los Epeos y mató a muchos en la lucha, según atestigua Hornero en la *Ilíada.* Después estuvo con Teseo en las bodas de Pirítoo, en la lucha contra los Centauros. Y, para callar las restantes cosas, anciano guerreó contra Troya con los griegos y a menudo se en-

frentó en combate a los Troyanos. Fue además célebre por su elocuencia, hasta el punto de que a menudo suavizaba la cólera de los príncipes y a los que discutían los volvía a la concordia. Tuvo como esposa a Eurídice, hija de Clímeno, según dice Hornero *[Od.,* III, 452], de la que atestigua el propio Hornero que tuvo siete hijos y una hija. Sin embargo, no recuerdo haber leído cuándo murió.

CAPÍTULO XXXVII

Sobre Antíloco, hijo de Néstor

Antíloco fue hijo de Néstor y de Eurídice, según se pone de manifiesto a través de Hornero en la *Odisea* [IV, 186] quien escribe que Pisístrato, hijo de Néstor, lloraba la muerte de aquél en casa de Menelao en Lacedemonia. Pues siguió a su padre en la guerra de Troya y allí mismo, en la lucha, cuando actuaba con valor, fue muerto por Memnón, el hijo de la Aurora.

CAPÍTULO XXXVIII

Sobre Pisístrato, hijo de Néstor

Pisístrato fue hijo de Néstor y de Eurídice. Néstor lo entregó como compañero a Telémaco, el hijo de Ulises, cuando quería ir a Lacedemonia a preguntar a Menelao si sabía algo de su padre Ulises.

CAPÍTULO XXXIX

Sobre Trasimedes, hijo de Néstor

Trasimedes fue hijo de Néstor y de Eurídice, al que Néstor condujo consigo, según atestigua Hornero [*Il.*, IX, 81] a la guerra de Troya.

CAPÍTULO XL

Sobre Equefrón, Estrático, Verseo y Areto, hijos de Néstor

Equefrón, Estrático, Perseo y Areto fueron hijos de Néstor y de Eurídice. Yo los he unido en un solo capítulo porque no he leído nada particular sobre alguno de ellos.

CAPÍTULO XLI

Sobre Policaste, hija de Néstor

Policaste fue hija de Néstor y de Eurídice, la más joven de las hijas de Néstor, según atestigua Hornero *[Od.,* III, 464], y así parece que tuvo otras, cuyos nombres no he conocido ni he oído ninguna otra cosa sobre ésta.

CAPÍTULO XLII

Sobre Vericlímeno, hijo de Neleo

Periclímeno fue hijo de Neleo y de Cloris, según atestigua Ovidio [XII, 556] afirmando que su abuelo Neptuno le concedió el poder de transformarse en las figuras que quisiera. Consecuencia de esto fue que, como Hércules combatiese con una dura pelea para vengar a los Epiros contra los Mésanos y los Pilios y Elipios, quizá conmovido éste por el dolor de sus hermanos muertos, convertido en pájaro atacó con gran fuerza a Hércules con uñas y pies y Hércules lo mató con una flecha cuando volaba. El hecho de que éste se convirtiera en la figura que quisiera, pienso que no es otra cosa que la agilidad de sus miembros, por la que saltaba como un ciervo y corría, parecía un ave que vuela y cosas de este tipo. Creo que murió al volar huyendo en alada carrera.

CAPÍTULO XLIII

Sobre Crotnio, hijo de Neleo

Cromio fue hijo de Neleo y de Clotis, según afirma también Hornero *[Od.,* XI, 286]. Este, en aquella lucha que hicieron los Pilios y Mesenios contra Hércules, murió junto con sus diez hermanos, según demuestra suficientemente Ovidio en su mayor obra [XIIÍ, 257 ss.].

CAPÍTULO XLIV

Sobre Pero, hija de Neleo y esposa de Biante

La doncella Pero fue hija de Neleo y de Cloris, según escribe Hornero en la *Odisea* [XI, 287]. Esta, según él mismo asegura, fue tan bella que casi todos los nobles de Grecia deseaban casarse con ella y se la pedían a Neleo. Quien no quiso casarla con ninguno si no se comprometía a quitar los bueyes de Ificlo, tío de la madre de Neleo, a los que retenía y no quería dar. Y como nadie se atreviese a hacer esta promesa, Melampo, clarividente vate en aquel tiempo, declara a su hermano Biante que podía hacer, después de algún tiempo, que se le arrebatasen a Ificlo los bueyes que alimentaba Neleo y lo persuadió a prometerlo a fin de que consiguiera el matrimonio con tan admirable doncella. Biante, creyendo a su hermano, prometió a Neleo lo que pedía y, al intentar la recuperación de los bueyes, fue capturado por orden de Ificlo y encarcelado. Libre después de algún tiempo, condujo de vuelta los bueyes y tuvo como esposa a Pero. Estas cosas casi se contienen en el texto de Hornero. Además de éste decía Leoncio que, al estar encarcelado Biante durante un año, se dio cuenta de que los gusanos hacían las vigas de la casa, los que seguramente llamamos carcoma y comprendió que la ruina habría de sobrevenir a causa de las vigas huecas; al anunciar esta ruina a Ificlo, mereció la libertad. Finalmente, al preguntarle Ificlo, que no tenía hijos, qué debía hacer para tenerlos, lo convenció de que bebiese el veneno de una serpiente. Hecho esto, la esposa de Ificlo concibió y dio a luz a su tiempo un hijo.

Por este motivo Ificlo le devolvió los bueyes. Llevados éstos, según se ha dicho, se casó con Pero, que le dio a Antífates y a Mantio[U1].

CAPÍTULO XLV

Sobre Cieno, vigesimotercer hijo de Neptuno

Cieno fue hijo de Neptuno, como afirma Ovidio [XII, 72-3]: «Ya Cieno, prole de Neptuno, había entregado mil hombres a la muerte, etc.» Este, según dice el propio Ovidio, había conseguido de su padre ser invulnerable al hierro; por esta ventaja se convirtió en un audaz auxiliador de los Troyanos; habiendo dado muerte a muchos de entre los Griegos, entabló un combate contra Aquiles. Este, al ver que aquél se vanagloriaba de que no podía ser herido con hierro, habiendo cogido una enorme piedra la lanzó contra aquél, cansado y ya espantado por los repetidos golpes. Cieno, impelido por el pesado golpe, cayó, al punto Aquiles se apoderó de él y, oprimiendo su pecho con la rodilla y la garganta con sus manos, lo obligó a ir a la muerte. Este, inmediatamente convertido por su padre en el ave de su nombre, dejó a Aquiles las armas. La aclaración de estas ficciones puede ser la siguiente. Cieno fue llamado hijo de Neptuno quizá por la blancura de su piel y la agilidad de sus miembros, puesto que los que son húmedos de constitución, que procede de Neptuno, padre de la humedad, son de color blanco, y de cutis como la suave pluma; a cuya humedad, si se le mezcla el calor en la debida proporción, éstos gozan así de la mejor agilidad; consecuencia de lo cual es que, avisados en evitar golpes, según vemos a algunos, no pueden ser heridos por el hierro y es necesario que sean vencidos por la fatiga, si hay quien quiera vencerlos así. El hecho de que se convirtiera en el ave de su nombre ha de ser entendido porque, muerto él, no quedó nada sobre él entre los mortales a excepción de su alado nombre.

[347] Boccaccio, quizá por seguir a Leoncio, confunde las actuaciones de Melampo y Biante. Es Melampo, no Biante, quien lleva a cabo todo lo atribuido a Biante, si bien el adivino lo hace para que su hermano pueda casarse con Pero. También hay confusión respecto a Ificlo, ya que quien retiene los bueyes es Fílaco, padre de Ificlo; no obstante, es Ificlo quien no tiene capacidad de engendrar, enfermedad que cura Melampo a ruegos de Fílaco. En cuanto a Antífates y Mantio, no son hijos de Biante y de Pero sino de Melampo y de una de las Prétides.

CAPÍTULO **XLVI**

Sobre Crisaor, vigesimocuarto hijo de Neptuno

Crisaor, según afirma Rábano en el libro *Sobre el origen de las cosas* fue hijo de Neptuno, y no hay nada más sobre él.

CAPÍTULO XLVII

Sobre Oto y Efialtes, vigesimoquinto y vigesimosexto hijos de Neptuno

Oto y Efialtes, según afirma Servio *[a En.,* VI, 582], fueron hijos de Neptuno y de Ifimedía, esposa del titán Aloeo[m], a la que violó el propio Neptuno, según atestigua Hornero en la *Odisea* [XI, 305]. Pero a esta Ifimedía Paulo la llama Electrione. Teodoncio, por su parte, Efimeida. Estos, puesto que nacieron de la esposa de Aloeo, son llamados la mayoría de las veces Alóadas, de la misma manera que a Hércules lo llamamos a menudo el Anfitriónida por su padrastro. Parecían crecer éstos nueve dedos cada mes; por esta causa en poco tiempo se hicieron admirables por la mole del enorme cuerpo. En efecto, dice Hornero *[Od.,* XI, 309] que tenían éstos un crecimiento tan grande porque se alimentaban de la tierra y que no vivieron más que nueve años y, explicando su tamaño, dice que tenían la anchura de nueve brazos y la altura de nueve pasos. Además dice Hornero en la *Ilíada* [V, 385] que tuvieron una guerra contra Marte y que éste fue capturado por ellos y atado con cadenas y retenido trece meses en una cárcel y, si Juno no se hubiese puesto de acuerdo con Mercurio[m] para actuar en favor de la liberación de aquél, habría muerto en la cárcel. Mer-

[348] Aloeo no es Titán ni hijo de Titán sino de Neptuno.

[349] Quien se puso de acuerdo con Mercurio fue la madrastra Eribea. Al hablar de «la bellísima madrastra Eribea» los comentaristas de Hornero no están de acuerdo sobre el hijastro. Así en los Escolios a la *Ilíada* se nos dice que es madrastra de Hermes. Antímaco de Colofón dice que es la madrastra de Oto y Efialtes. Eustacio, en sus Comentarios a *Il.,* V, 389, dice que es la nodriza de los Alóadas. Boccaccio al hablar de Juno sigue en la ambigüedad, pero parece ser que se refiere a esta diosa como madrastra de Mercurio, recogiendo por tanto la idea de los escolios aunque obviando el nombre.

curio lo raptó a escondidas y así fue liberado, cosa que Claudiano toca en *Sobre las alabanzas de Estilicón*[350]: «Cuando los dos hermanos, a los que engendró el duro Aloeo, sometieron a Marte a cadenas, etc.» Ellos, además de estas cosas, fueron enviados por su padrastro Aloeo a la Gigantomaquia, ya que él mismo, pesado por la edad, no podía ir. Según la opinión de algunos, perecieron allí mismo con los restantes fulminados por Júpiter, y sobre Efialtes fue colocado el monte Etna, sobre Oto un monte cretense. Pero dicen otros, entre los que está Hornero *[Od.,* XI, 315] que aquéllos, debido al gran tamaño de su cuerpo, se atrevieron a poner unos montes sobre otros y a atacar el cielo; pero, según dice Hornero en la *Odisea* [XI, 318], todavía imberbes fueron muertos por Apolo con sus flechas. Cuenta Virgilio [VI, 582-4] que fueron arrojados a los Infiernos diciendo: «Aquí también vi a los hermanos Alóadas, sus enormes cuerpos que intentaron romper el gran cielo con sus manos y arrojar a Júpiter de los reinos de arriba, etc.» Dichas estas cosas, ha de desvelarse el significado de la ficción. Barlaam decía que estos dos hermanos de gran poder fueron hijos de Aloeo, pero que fueron llamados hijos de Neptuno porque habían crecido por encima de toda medida propia de los cuerpos humanos, porque sostienen que atañe a Neptuno producir cuerpos enormes, y que ellos reinaron sólo nueve años, y por esto dicen que fueron alimentados por la Tierra, porque consumían mayores cosechas de las que poseían, y que tuvieron una guerra contra Júpiter que habitaba el Olimpo y que en aquella guerra ambos jóvenes murieron por una pestífera enfermedad, y de ahí se sacó que fueron muertos por Apolo con sus flechas. Otros dicen que éstos estuvieron al lado de Saturno contra Júpiter y que elevaron algunas fortalezas y por último fueron muertos con otros muchos por las fuerzas de Júpiter cuando se luchó en Flegra. Nada he encontrado sobre el cautiverio de Marte. Yo pienso que puede explicarse así. Que Marte fue un hombre insigne, imbuido de disciplina militar, robusto y guerrero, enemigo de éstos, quien, aunque era poderoso, sin embargo, como sucede a menudo que los más importantes caen y los menos vencen, fue cautivado y encarcelado por éstos. Y, puesto que no se encontraba medio alguno para su liberación, Mercurio, esto es el engaño, porque es el dios de los ladrones que roban a escondidas y con engaño, uniéndose a Juno, es decir al dinero con el que a menudo son sobornados los guardianes, Marte fue liberado por la astucia de Mercurio.

[350] Estos versos pertenecen en realidad a *Bellum Geticum,* 68 ss.

CAPÍTULO XLVIII

Sobre Egeo, vigésimo séptimo hijo de Neptuno, que engendró a Ieseo y a Medo

Egeo, rey de Atenas, fue hijo de Neptuno, según afirma Teodoncio, y dios marino. Este, dice Paulo, tuvo dos esposas, de las que la primera fue Etra, hija de Piteo rey de Trecén, de la que tuvo a Teseo. La segunda, según testimonia Ovidio [VII, 402] fue la prófuga Medea, a la que, repudiada por Jasón y fugitiva, no sólo acogió como huésped sino que se unió a ella en matrimonio y de ella, según opinión de Justino *ÍEpit. Pomp. Trogo,* XLII, 2], tuvo como hijo a Medo. Sucedió en el reino al rey Pandíon del que dice Teodoncio, según la verdad, que fue su padre y, reinando él, sucedieron muchos acontecimientos desfavorables para los Atenienses. En efecto, entre otros, soportaron durante largo tiempo con Minos, rey de Creta, la guerra que éste había declarado en venganza de la indigna muerte de su hijo Andrógeo; por último, cuando se hubieron rendido, fueron impuestas contra éstos por Minos unas condiciones, a saber que cada año enviasen a Creta siete jóvenes nobles para el Minotauro. Estos fueron enviados tres años, pero en el cuarto la suerte recayó en Teseo quien, con gran dolor de su padre Egeo, se embarcó para ir y, puesto que todos los ornamentos de la nave eran negros, negra la vela de la nave, le ordenó su padre que, si sucedía que obtenía un feliz desenlace en su actuación, al volver pusiera una vela blanca a la nave una vez arriada la negra, para que desde lejos conociera su suerte. Pero Teseo, vencedor por la ayuda de Ariadna, olvidándose de lo ordenado, volvía sin haber arriado la vela negra. Egeo, que miraba desde la elevada torre, al ver la vela negra, pensando que Teseo había muerto, se arrojó desde la torre ál mar y muerto fue consagrado por los Atenienses liberados como hijo de Neptuno y dios del mar para consuelo de Teseo.

CAPÍTULO XLIX

Sobre Teseo, hijo de Egeo, que engendró a Hipólito, a Demofoonte y a Antígono

Teseo, notable rey de Atenas, fue hijo de Egeo y de Etra. Joven de ánimo grande y generoso, realizó muchas hazañas dignas de recuerdo, hasta el punto de que es nombrado uno entre varios Hércules. Ciertamente éste, antes que otras cosas, se encargó junto con Hércules, que había sido enviado por Euristeo, de la expedición contra las Amazonas, según dice Justino *[Ep. Pomp. Tr.,* II, 4], y, después de haber dado muerte y haber capturado a muchas, entre otras cogieron a Melanipe y a Hipólita, hermanas de la reina Antíope. Pero Hércules devolvió a Melanipe a su hermana a cambio de las armas de la reina. Por su parte, Teseo a Hipólita, que le había tocado por sorteo del botín, la hizo su esposa, de la que tuvo a Hipólito. Además por su gran valor, como cuenta Estacio [XII][3M], reprimió el soberbio mando del rey Tebano Creonte e hizo que los oficios fúnebres que prohibía pudiesen hacerse a los reyes muertos en la guerra. Y mató en Maratón el toro que, enviado por Euristeo al Ática, todo lo devastaba. Así venció y dio muerte al ladrón Escirón que obligaba a sus huéspedes, mientras él se sentaba en una roca, a lavarle los pies o a que le adorasen y a éstos desprevenidos los arrojaba al mar; y también a Procrustres, igualmente ladrón, que vivía al lado del río Cefiso y que mataba de noche a sus huéspedes, lo venció y dio muerte. Además a Helena, doncella, la hermana de Castor y Pólux, famosa por su belleza divina, la raptó cuando jugaba en la palestra. Mató al Minotauro y liberó a Atenas de una odiosa servidumbre. Arrebató a su padre a Ariadna y a Fedra, hijas de Minos, y, abandonada Ariadna, se unió en matrimonio a Fedra, de la que tuvo algunos hijos. Hizo volver a la patria a los Atenienses que por diversas causas andaban errantes por doquier y recondujo a forma de ciudadanos a los diseminados y silvestres. Y, según opina Plinio en *Sobre la Historia Natural* [VII, 56, 202], inventó por vez primera los pactos. Luchó distinguidamente contra los Centauros en la boda de su amigo Pirítoo y los venció, y fue como compañero de aquél a los Infiernos para raptar a Prosérpina, pero no tuvo éxito en esto pues,

[351] Cf. *ANUM,* XXXI, pp. 32 ss.

muerto Pirítoo por el perro del Orco Tricérbero[352], él mismo estuvo en peligro de muerte si no hubiese llegado casualmente Hércules, quien lo liberó del peligro y lo condujo de nuevo a los aires de arriba. Y, al volver a Atenas, descubrió que su mujer se quejaba y acusaba falsamente de intento de violación a Hipólito, al que puso en fuga y en cuanto estuvo allí murió. Finalmente, ya anciano, fue expulsado por sus conciudadanos y acabó su vida en la pequeña isla de Esciros, después de haber gobernado a los Atenienses durante veintinueve años. Casi todas sus alabanzas las pone de relieve Ovidio en pocos versos cuando dice [VII, 433 ss.]: «Bajo inspiración cantan: a ti, grandísimo Teseo...», y luego durante once versos.

CAPÍTULO L

Sobre Hipólito, hijo de Teseo, que engendró a Virbio

Hipólito fue hijo de Teseo y de la Amazona Hipólita. Este, como pasaba su tiempo en la caza, llevando una vida célibe, y despreciaba por completo con ánimo firme a las mujeres, fue amado por su madrastra Fedra, en ausencia de Teseo y, al no querer condescender a su deseo, fue acusado por ésta ante Teseo cuando regresó. Este, enfurecido, deseó la muerte de su hijo. Pero Hipólito, temeroso, subiendo a su carro emprendió la huida. Al huir éste, casualmente unas focas, que salían a la costa, al oír el estrépito de los caballos, mientras se arrojaban al mar huyendo espantaron a los caballos de Hipólito. Los cuales, arrastrando el carro por entre las rocas contra el gobierno y las fuerzas de aquél, y destrozando con su violencia toda la trabazón, arrastraron al desgraciado joven enredado en las riendas por entre los escollos hasta el punto de que fue recogido por muerto por los vecinos. Aunque todos los poetas, y especialmente Séneca en la tragedia de este mismo Hipólito *[Fedra,* 1.085], afirman que estaba todo destrozado y desgarrado y muerto. Finalmente éste, por obra y auxilio de Esculapio, fue traído casi desde los Infiernos a su salud primitiva no sin gran trabajo. Ciertamente esto lo atestigua Virgilio [VII, 765-9] cuando dice: «Pues cuenta la fama que Hipólito, después de morir por las

[352] Cerbero de tres cabezas.

artimañas de su madrastra y de cumplir el castigo paterno con su sangre, descuartizado por unos caballos desbocados, vino de nuevo a las estrellas del éter y a los aires superiores del cielo reclamado por las hierbas Peonías[353] y el amor de Diana, etc.» Efectivamente consta que se dio lugar a la fábula de un hecho, a saber que Teseo había obtenido de su padre que por tres veces podría desear lo que quisiera, y porque en ese momento deseó que su hijo muriera, fueron enviadas por su padre las focas a las costas. Hipólito, para no conocer la tercera ira de su padre, que antes había matado a su madre Hipólita y ahora, sin oír a su hijo, le buscaba un castigo, abandonó el Ática y vino a Italia, no lejos del lugar donde después fue fundada Roma, y, cambiado el nombre, ordenó que se le llamara Virbio porque había sido dos veces hombre, una vez antes del suceso y de nuevo después que por beneficio de Esculapio pareciera haber vuelto a la vida, y por ello dice Virgilio [VII, 774-7]: «Pero la benefactora Trivia esconde a Hipólito en un recóndito lugar y lo confía a la ninfa Egeria y al bosque, donde en las selvas itálicas pase su vida solo y desconocido y donde con nombre cambiado sea Virbio, etc.» Dice Teodoncio que allí construyó una ciudad, que llamó Aricia por el nombre de la esposa que allí tomó. Dice además el propio Teodoncio que es falso que Hipólito pasase la vida soltero, sino que amó con amor secreto a Aricia, mujer noble de la región del Ática, a la que llamaba Diana, porque pasaba el tiempo de caza y afirmaba que él rendía culto a Diana, y dice que por obra de esta Aricia consiguió ser sanado por Esculapio, cuando Teseo ya lo creía muerto.

CAPÍTULO LI

Sobre Virbio, hijo de Hipólito

Virbio fue hijo de Hipólito y de Aricia, tenido después de la huida de Hipólito del Ática, Cuando éste creció, al venir Eneas a Italia después de que Ilio fuera destruida, fue enviado por su padre en auxilio de Turno, según describe Virgilio [VII, 761-3]: «Iba también a la guerra la hermosísima prole de Hipólito, Virbio, al

[353] De Esculapio.

que noble envió su madre Aricia después de haberlo criado en los bosques, etc.» Sobre éste, empero, no tenemos ninguna otra cosa.

CAPÍTULO LII

Sobre Demofoonte, hijo de Teseo

Demofoonte, según afirma Teodoncio, fue hijo de Teseo y de Fedra. Este fue con los restantes griegos a la guerra de Troya. Destruida Ilio, cuando volvía a su patria, fue arrastrado por una tempestad hasta Tracia y por Filis, hija del rey Licurgo, fue recibido como huésped y amante. Y después de haber estado con ella durante algún tiempo, habiendo oído que Menesteo, rey de Atenas, llevado de un lado a otro por las tormentas y molesto por los mareos, había llegado a la isla de Melos y había muerto allí, empujado por el deseo del reino, conseguido permiso de Filis por un tiempo, con las naves reparadas volvió a Atenas y después del año vigesimocuarto del exilio paterno, según dice Justino *[Ep. Pomp. Tr.,* II, 6], asumió el reino de Atenas y no se preocupó de la vuelta junto a Filis; y, después de haber gobernado durante treinta y tres años, murió; a éste lo sucedió Osintes; no estoy seguro de si éste fue hijo suyo.

CAPÍTULO Lili

Sobre Antígono, hijo de Teseo

Antígono, según dice Teodoncio, fue hijo de Teseo y de Fedra y, según dice Barlaam, fue mayor que Demofoonte y, después de que su padre fuera puesto en fuga por los Atenienses, todavía niño fue recogido por los Atenienses, convertido en rey y llamado Menesteo. El, al ir a Troya, no confiando suficientemente en el carácter de Demofoonte, lo llevó consigo. Al volver, empujado por una tempestad, murió en la isla de Melos.

CAPÍTULO LIV

Sobre Medo, hijo del rey Egeo

Medo, según cuenta Justino *[Ep. Pomp. Tr.,* II, 6], fue hijo de Egeo, rey de Atenas, y de Medea. La cual, dice el propio Justino, al ver a su hijastro adulto, se divorció de Egeo y se fue a Coicos con su hijo Medo. Ovidio [VII, 419 ss.] dice que huyó a causa de haber preparado un veneno contra Teseo, según se ha dicho antes cuando se ha hablado sobre ella. Algunos dicen, además, que ella volvió al favor de Jasón y que junto con él, expulsado de Tesalia, volvió a Coicos y desde allí este Medo fue a Asia y sometió bajo él muchos reinos con sus fuerzas, pero ocupó aquella parte que llamamos Media y le dio el nombre por el suyo o el de su madre.

CAPÍTULO LV

Sobre Onquesto, vigesimoctavo hijo de Neptuno, que engendró a Megareo

Onquesto, según Lactancio *[a Teb.,* VII, 272], fue hijo de Neptuno. Dicen Servio y Lactancio que éste fundó la ciudad de Onquesto, próxima al promontorio Micaleso y la llamó con su nombre. Y no he leído sobre él ninguna otra cosa a no ser que tuvo como hijo a Megareo.

CAPÍTULO LVI

Sobre Megareo, hijo de Onquesto, que engendró a Hipómenes

Megareo fue hijo de Onquesto, como claramente atestigua Ovidio [X, 605-6] cuando habla así Hipómenes: «Pues mi padre es Megareo de Onquesto, él tiene por abuelo a Neptuno, yo soy biznieto del rey de las aguas, etc.»

CAPÍTULO LVII

Sobre Hipómenes, hijo de Megareo

Está suficientemente demostrado que Hipómenes fue hijo de Megareo. Sobre éste cuenta Ovidio [X, 560-707] la siguiente fábula: Vivía en la ciudad de Esciros Atalanta, hija de Ceneo o de Iasio, doncella de notable belleza y de ligerísima velocidad. Esta habita en las selvas por consejo de los dioses. Al ser pedida por muchos en matrimonio, puso una condición, a saber que se la pidiera en una competición de carrera y, si eran vencidos por ella, serían castigados con la muerte, pero el vencedor conseguiría su matrimonio. Y como ya muchos vencidos, más audaces que felices, habían sido condenados con tan severa ley, Hipómenes, no habiéndola visto aún, se reía de la estulticia de aquéllos. Finalmente, al ocurrir casualmente que viera a aquella, admirado de su cara de rosa, de sus ojos estrellados, de su boca de canela, de su dorada cabellera, de su turgente pecho y de su cuerpo suave y de sus apacibles gestos, al punto se enamoró de ella, él que antes había censurado a los otros, y no dudó en pedirla en matrimonio y entrar en el riesgo de la severa condición. La doncella, compadeciéndose de la edad y belleza de aquél, en principio lo rechazó, solicitada luego lo aceptó. Hipómenes suplicó la ayuda de Venus, la cual le trajo desde el jardín de las Hespérides tres manzanas de oro y le enseñó el uso de las manzanas. Luego, cuando libres entraron en la carrera y la doncella iba delante, el joven avisado, inmediatamente al ver a la doncella, arrojó una de las manzanas; cautivada la muchacha por su resplandor, aminoró el paso para recogerla; y como, entretanto, el joven volase, ella más apresuradamente lo adelantó con facilidad. El arrojó la segunda manzana; mientras ella se detiene para recogerla, él como un ave se apodera del espacio, pero ella con ligera velocidad, recogida la manzana con una pequeña demora, deja atrás al que corre. Entonces él, al estar ya próxima la meta de la carrera, arroja la tercera, detenida por ésta la doncella, antes de que pudiera volar un ave, alcanzaba Hipómenes la meta. Vencida por esta causa, la doncella se casó con él. Cuando se iba con ella Hipómenes, lleno de alegría, hacia su patria, impaciente de ardor y olvidándose del regalo recibido de Venus, la condujo al sagrado bosque de Cibeles y allí se unió a ella. Por esto, bien por indignación de Venus o de la madre de los dioses, sucedió que los amantes fueron convertidos en leones y puestos en el carro

de Cibeles. Bajo esta fábula puede esconderse el siguiente significado. En primer lugar, si hay alguna obstinada dureza en las mujeres, puede quebrantarse con oro y regalos, puesto que todas las mujeres por naturaleza están deseosas y ávidas de oro. Se dice que fueron convertidos en leones porque se unieron en el bosque de Cibeles, esto es se excedieron en las delicias mundanas y por ello se ensoberbecieron y así fueron convertidos en leones, puesto que los leones son animales soberbios y por ello, a su vez, se unieron al carro de Cibeles, es decir informados en el avance por la naturaleza, puesto que todos estamos sometidos a las leyes terrenas, dado que vivimos en la tierra, y cuanto nos ensoberbecemos, finalmente somos reducidos a la tierra.

CAPÍTULO LVIII

Sobre Pelasgo, vigesimonoveno hijo de Neptuno

Pelasgo, según dice Teodoncio, fue hijo de Neptuno. Pero Isidoro en *Sobre las Etimologías* [IX, 2, 74] dice que éste fue hijo de Júpiter y de Larisa. Pero, puesto que de las noticias que tenemos parece que Teodoncio fue el investigador más inteligente de tales asuntos, pienso que ha de dársele más crédito a él en tales casos, y por ello he dicho que es hijo de Neptuno y no de Júpiter. Reinó en esa parte de Grecia que después se llamó Arcadia por Arcas, el hijo de Calisto, y por él fue denominada Pelasgia. Leoncio decía que los Pelasgos estaban en Asia y que había favorecido a los Troyanos contra los Griegos, según atestigua Hornero en la *Ilíada* [X, 429]. Pero estos Pelasgos sacaron su nombre de Pelasga, una mujer griega, que dicen que desde los Pelasgos atravesó el mar hasta Asia con sus tropas y fundó una ciudad a la que por su nombre llamó Pelasgia y por eso se llaman Pelasgos los que viven junto a Licia. Otros, por el contrario, sostienen que hubo en Asia un rey Pelasgo y que de él los Pelasgos y luego la mujer Pelasga pasaron de Asia a Grecia, donde después estuvieron los Pelasgos, y allí ocupada la región, dieron el nombre a los Pelasgos.

CAPÍTULO **LIX**

Sobre Nauplio, trigésimo hijo de Neptuno, que engendró a Palamedes

Nauplio fue hijo de Neptuno y de Amimone, hija del rey Dánao, según atestigua Lactancio *[a Teb.,* II, 433], quien cuenta sobre su origen la siguiente fábula: «Amimone, hija de Dánao, mientras se ejercitaba en las selvas con la jabalina, sin darse cuenta hirió a un Sátiro. Como el Sátiro quisiera violarla, ella pidió ayuda a Neptuno. Neptuno, después de poner en fuga al Sátiro, se apoderó de ella y de esta unión nació Nauplio.» Consta que este Nauplio reinó en la isla de Eubea y dice que fue hijo suyo Palamedes, muerto por la facción de los Griegos en Troya. Al soportar durante esto Nauplio y al no tener fuerzas para la venganza, vuelto al ingenio, al estar los Griegos en Troya, como era anciano, comenzó a viajar por toda Grecia y a entrar en los palacios de los príncipes griegos y allí, con las persuasiones que podía, podía atraer a las mujeres al adulterio con algunos, pensando que de esto saldrían más sediciones a la vuelta de los Griegos y que, por la acción de éstos, los Griegos se precipitarían contra su propia sangre y así, mientras se mataran entre sí, expiarían con sus muertes la muerte de Palamedes ajusticiado sin razón. Se creyó, según afirmaba Leoncio, que por obra suya Clitemnestra se arrojó a los brazos de Egisto, por lo que después Agamenón fue asesinado y luego Egisto y Clitemnestra. Que así también Egialea, la esposa de Diomedes, se unió a Cilárabes, hijo de Estáñelo, y, para callar a los demás, Licofrón intenta manchar la ínclita fama de Penélope con los consejos de Nauplio, sosteniendo que ésta con uno de sus pretendientes pasó algunas noches insomnes. Dicen además que el implacable anciano deseó la venganza con tan ferviente ánimo que, al volver los Griegos, devastada Ilio, a la patria, y llevados por una fuerte y horrible tempestad, subió al monte Cafareo y, encendiendo una antorcha en la noche, como si llamara a los que estaban en peligro a un puerto saludable, hizo venir a los escollos mortales a los ávidos de salvación y por esta acción él fue la causa de muerte para muchos; sobre lo que Virgilio [XI, 260]: «La estrella, los escollos Euboicos y el vengador Cafareo, etc.» Barlaam explica con pocas palabras la razón del Sátiro alejado y de Amimone violada por Neptuno diciendo: Que el Sátiro fue el maestro de la joven, Neptuno Lerneo un noble egipcio, del que Amimone fue concubina antes que esposa y por él se llamó Lernea la fuente y la provincia.

CAPÍTULO LX

Sobre Palamedes, hijo de Nauplio

Palamedes fue hijo de Nauplio. Este, cuando estaba con los Griegos cerca de Troya, y al levantarse éstos contra el mando de Agamenón, arrebatado el poder a Agamenón mediante una sedición engañosa, se convirtió en su lugar en el caudillo de la guerra. Tenía él aversión a Ulises, como dice Servio *{a En.,* II, 81] porque Ulises, fingiéndose loco, intentaba no ir a la guerra de Troya y, para simular la locura, uniendo al arado animales distintos, sembraba sal. Para probar la realidad de su locura Palamedes le puso ante el arado a su hijo Telémaco; al verlo Ulises, al punto detuvo el arado. Además, cuando fue a Tracia a buscar trigo y no trajo nada y decía que no lo había encontrado, yendo Palamedes lo trajo en abundancia. Indignado por ello, Ulises soportaba mal la gloria de aquél. Por esta causa consiguió con un engaño suyo que se escondiera por los siervos de Palamedes gran cantidad de oro bajo su tienda y luego, sobornados unos mensajeros con falsas cartas, acusó a Palamedes en la asamblea de los Griegos de haber tratado con Príamo acerca de la entrega de los Griegos y que éste había sido sobornado con oro, y ordenó que se cavara en su tienda para la evidencia de la traición emprendida porque, si allí se descubría oro, habría de darse crédito a las cartas y a los mensajeros. Por esto, descubierto el oro que él mismo había hecho enterrar, se creyó como cierta la acusación de Ulises y Palamedes fue cubierto de piedras como culpable.

CAPÍTULO **LXI**

Sobre Celeno, Aelo y Odpete, las Harpías, trigésimo primera, trigésimo segunda y trigésimo tercera hijas de Neptuno

Celeno, Aelo y Ocípete, las tres Harpías, fueron, según Servio *[a En.,* III, 241], hijas de Neptuno y de la Tierra. Otros dicen que de Taumante y de Electra. Virgilio [III, 214-8] describe su forma diciendo: «No se ha producido en las aguas de la Estige monstruo más triste que ellas ni una peste más cruel o cólera de los dioses.

El rostro de estas aves es de doncella, las deyecciones de su vientre espantosas, sus manos ganchudas y su faz siempre pálida de hambre, etc.» Este también describe en qué lugares viven y de dónde han venido cuando dice [III, 209-13]: «Reciben. Las islas llamadas con el nombre griego Estrófades están en el gran mar Jónico, en las que viven la cruel Celeno y las otras Harpías, después de que se les cerró la casa de Fineo y por temor abandonaron las mesas de antes, etc.» Sobre éstas, Servio *[a En.,* III, 209] cuenta la fábula que se ha escrito entera antes al hablar sobre Zetes y Calais, y que ha de entenderse por ellas también, y del mismo modo se han dicho algunas cosas sobre éstas cuando se ha escrito antes sobre Alecto y las otras Furias y por ello aquí quedan pocas cosas que decir. En efecto, sostiene Servio que éstas son llamadas hijas de Neptuno y de la Tierra porque habitan en islas, que son de tierra, pero rodeadas de mar. Yo pienso, en cambio, que son hijas de Neptuno porque son mostruosas, según aparece en el poema de Virgilio. Se llaman Harpías, según Fulgencio *[Mil., I, 91,* porque *arpae*[354] en griego es robar en latín; y por ello la primera de ellas se llama Aelo, como si fuera *aellonalon*[355], que es desear lo ajeno. La segunda Ocípete, que significa quitar con rapidez. La tercera Celeno, que significa negro, por lo que ha de entenderse la ocultación de la rapiña. Así en primer lugar se desea, en segundo se quita, en tercero se oculta. Dicen que tienen rostros de doncellas bien porque, como dice Fulgencio, la rapiña es estéril, a la que yo añado para quien es robado. Aunque pienso de otro modo. En efecto, los ladrones, según su costumbre se muestran a la vista de los hombres agradables y benignos para poder engañarlos con esta arte. No falta en la exposición que los ladrones tienen manos ganchudas. El que tengan la faz pálida no quiere pretender otra cosa que el hambre continua, el insaciable apetito de poseer, por el que los desgraciados e inclinados a la rapiña se angustian constantemente. La espantonsa deyección del vientre es propia de los ladrones, por cuanto que la mayoría de las veces el éxito de las rapiñas es espantoso. Pues de las rapiñas se va al juego, que consume todos los bienes y es padre de las miserias. Se va a la lujuria de los placeres y a la madre de los ocios que debilitan. Se va a la gula de los crápulas y a la vergonzosa y dañina cloaca de las enfermedades. Pienso que estas atañen a los avaros piratas y a los hombres sin escrúpulos, porque habitan las costas. Además, a las Harpías cita-

[354] Fulgencio dice *arpage,* de *harpazein:* «robar».
[355] En la edición *elon alio.* En Fulgencio *edon allon.*

das, Hornero [7/., XVI, 150] añadía una Harpía a la que llama Tiela[356] y decía que de ella tuvo Zéfiro los caballos de Aquiles. Decía Leoncio que ésta se interpreta como el ímpetu del viento o la tempestad, por la que se demuestra la velocidad de los piratas para la rapiña.

CAPÍTULO LXII

Sobre Sicano, trigésimo cuarto hijo de Neptuno

Sicano, según dice Teodoncio, fue un antiquísimo rey de Sicilia e hijo de Neptuno, y por él la isla, que era llamada por un nombre más antiguo Trinacria, se llamó Sicania. Sobre esto, Solino en *Sobre las maravillas del mundo* [V, 7], dice: «Mucho tiempo antes de la guerra de Troya, el rey Sicano dio el nombre a Sicania, habiendo llegado con una gran tropa de hijos, etc.» De éstos no ha llegado a mí el nombre de ninguno. Dice también Teodoncio que Ceres fue la esposa de éste y su hija Prosérpina, la que los poetas dijeron que lo era de Júpiter.

CAPÍTULO LXIII

Sobre Sículo, trigésimo quinto hijo de Neptuno

Sículo fue rey de Sicilia e hijo de Neptuno, según atestigua Solino en *Sobre las maravillas del mundo* [V, 8]. Reinó, según dice Teodoncio, después de Sicano y de él recibió su nombre Sicilia. Paulo dice que él fue hijo de Corito y de Electra y hermano de Dárdano. Fue llamado hijo de Neptuno porque navegó desde Etruria a Sicilia y enseñó muchas cosas a los hombres incultos.

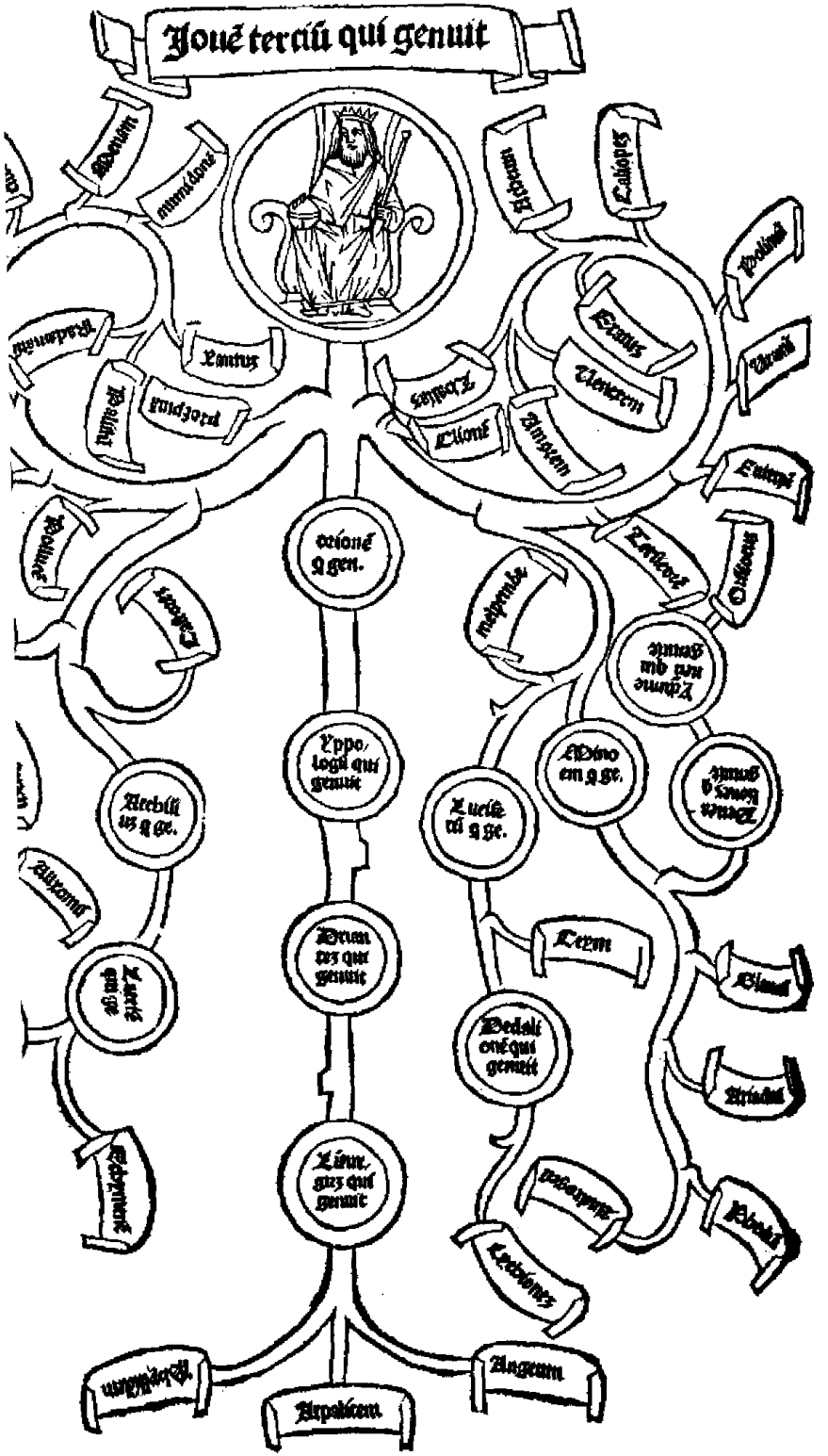
Termina el Libro Décimo de la Genealogía de los dioses paganos.

[356] Hornero la llama Podargue. Cf. n. 161.

COMIENZA FELIZMENTE EL LIBRO UNDÉCIMO DE LA GENEALOGÍA DE LOS DIOSES PAGANOS, SEGÚN JUAN BOCCACCIO DE CERTALDO

En el árbol grabado a la derecha, en cuya raíz está representado Júpiter, se pone, tanto en las ramas como en las hojas, parte de la descendencia del mismo Júpiter, puesto que en los dos libros siguientes se describirá el resto.

Iuppiter vndecimo generis cum parte notatur.


Iouē tertiū qui genuit
Minos
Rhadamanthus
Sarpedon
Minos
Minos
Minos

Proemio

Desde Acaya, entre el Paquino, promontorio de Trinacria, y la antigua Siracusa, me había llevado el Subsolano con su soplo bastante suave. Allí, habiendo llevado casi al fin toda la prole de Neptuno, mientras narraba la llegada de los más antiguos reyes a la isla más que sus hazañas, y reflexionaba conmigo mismo contemplándolo todo, me vino a la mente que habría de ir a aquella región del cielo hacia la que se inclinaba la proa de mi barquilla, ya sólo con vela, ya con remos, ya con los pies, para que no faltase ninguno de los hijos de Saturno, infausto anciano, del cual no ha sido descrita toda la progenie, a excepción de Júpiter, el que quisieron que fuera padre, señor y rey de los dioses y de los hombres. Me quedé atónito, lo confieso, rey serenísimo, y cayeron las fuerzas de mi ánimo y casi se oponía en mi camino un obstáculo insuperable, desesperando decía: Ay desgraciado, pude penetrar en el enorme remolino del Océano y remontar en una pequeña barca las olas que se alzan hasta los astros; pude recorrer todo el amplio litoral del Mediterráneo entre mil escollos y peñascos resonantes, subir escabrosos montes, hollar resbaladizos valles, penetrar en los tenebrosos antros, investigar los cenagales de las tierras y las apartadas sombras de las selvas y bosques, recorrer ciudades y fortalezas y, lo que es más terrible, de andar junto a los Manes y entrar en las oscuras mansiones de Dite y horadar con los ojos los entrañas de la tierra y así pone a la vista, como algo conocido, la descendencia de los otros dioses, que se resistía a la pluma. Pero

ahora, si no veo a Júpiter, ¿de qué modo podré escribir su descendencia, que es la más grande? Si quisiera ver a Júpiter, sería necesario ir al Cielo. Infeliz, ¿desde qué alto bosque, desde qué elevado monte me lanzaré sobre aquél? ¿Qué ímpetu de los vientos me levantará hasta él? ¿Qué condensada nube me llevará o el ave escudera del propio Júpiter? ¡Oh, ojalá saliera de los Infiernos Dédalo, el único que supo vestir de plumas al hombre y mostrar los caminos del cielo no acostumbrados al hombre! Quizá éste podría prestar ayuda a esta ocasión, porque si no se ofrece, de donde quiera que venga, después de tantos esfuerzos sufridos, tantos temores vencidos, también superados tantos obstáculos, sin acabar el camino iniciado habrá que detenerse no sin vergüenza de mi temeridad. Además, deseaba ver la patria de los celestiales y en qué orden aquellos santísimos teólogos de los paganos habían dispuesto los templos, palacios, atrios y moradas de los dioses. También con d mismo Júpiter ver su elevado trono, con qué ley reunía en uno aquella sagrada asamblea de los dioses, cuál era el mando de él mismo sobre aquélla, cuál el orden de sentarse, cuál la majestad del que presidía, qué leyes se promulgaban, qué mandos y con qué ceremonia se distribuían, para que hasta el fin debido esté gobernada la mortalidad del mundo, y otras maravillosas del dios que excede a todos. Por lo demás, mientras por un lado me angustiaba con el deseo de ver el cielo y de acabar el camino, por otra parte me oprimía la desesperación y he aquí que desde la costa Sícula, sin que yo dominara el timón, con un soplo repentino fui llevado hasta Creta; al contemplarla, no vi el monte Ida, liberada mi mente de sus tinieblas e iluminada con la luz del verdadero Dios, antes de conocer la cuna de Júpiter, de gran descendencia, y las bóvedas a su alrededor, y recordé en qué parte yacían sus huesos y cenizas y así consideré que aquél no sería el dios que ocupaba el trono del cielo, sino un hombre cuyas acciones, costumbres, no podían contemplarse con mayor esfuerzo que las demás de los otros dioses paganos desde atalayas terrenas. Así pues, recobradas las fuerzas para describir a aquél y a su numerosísima descendencia, entré en el camino que pensaba lleno de impedimentos pidiendo que me dirija al fin deseado Quien al pueblo que había de ser el más amado para sí lo sacó a través del mar Rojo con paso seco desde Egipto.

Sobre el tercer Júpiter, décimo hijo de Saturno, que engendró treinta y nueve hijos, cuyos nombres son éstos: la primera Cito, 2.ª Euterpe, 3.ª Melpómene, 4.ª Taita, 5.ª Polimnia, 6.ª Erato, 7.ª Terpskore, 8.ª Urania, 9.ª Calíope, 10." Aqueo, 11.ª Venus, 12.° Amor, 13ª Prosérpina, 14." Castor, 15° Pólux, 16.ª Helena, 17.ª Clitemnestra, 18." Palico, 19." Palico, 20° Iarbas, 21.ª Mena, 22° Mirmidón, 23° Janto, 24° Lucífero, 25° Orion, 26° Minos, 27° Sarpedón, 28° Radamantis, 29° Arcisio. Sobre estos veintinueve se trata en el presente Libro Undécimo. 30° Tántalo, 31° Dioniso, 32° Perseo, 33° Aón, 34° Eaco, 35° Pilumno, 36° Mercurio, 37° Vulcano. Sobre estos ocho, a saber del vigesimonoveno en adelante, se trata en el Libro Duodécimo. Sobre los restantes que siguen, esto es sobre Hércules, 38.°, y Eolo, 39°, se escribe en el Libro Decimotercero

Toda la antigüedad atestigua que el Júpiter Cretense, que es el tercero en esta obra, fue hijo de Saturno y de Opis. Este, nacido en el mismo parto que Juno, para que Saturno no lo matara a causa del pacto hecho con su hermano Titano, tan pronto como nació, fue llevado ocultamente por Opis al Ida, monte cretense, para que se criara allí y, según sostienen algunos, fue encomendado a los pueblos Curetes o, según dicen otros, a los Dáctilos del Ida. Pero Eusebio en el libro de los *Tiempos* [22, 17-26] dice que a Crete, rey de los Cretenses, y que éste guardó y crió a aquél en la ciudad de Cnoso en la que había un templo de su madre. Quienes dijeron que fue criado por los Curetes añaden que él fue llevado por ellos mismos a una cueva del monte Ida y allí cuando lloraba, según hacen los niños pequeños, para que no se le oyera, tocaban címbalos y tímpanos y escudos y armas. Al sonido de los cuales, según su costumbre, se reunían las abejas y llevaban miel a la boca de aquél. Por este favor, después convertido en dios, les concedió reproducirse sin coito. Pero, según opinan otros, fue entregado a las Ninfas para ser criado, entre las cuales, según afirma Dídimo en los libros de *Narración Pindárica*[151] había dos hijas de Meliseo, rey de los Cretenses, Amáltea y Melisa, que alimentaron a Júpiter con leche de cabra y miel. Por ello dice Lactancio en el libro de las *Divinas Instituciones* [I, 21, 38] que una cabra de la ninfa Amaltea

[357] En Lact., *Div. Inst.*, I, 22, 19.

alimentó con sus ubres a Júpiter niño y por esto dice Germánico César en el poema *Aratea*[358]: «Es considerada la nodriza de Júpiter, si realmente Júpiter niño acarició las ubres dignas de confianza de la cabra cretense, que en una resplandeciente estrella sirve de testigo del agradecido pupilo, etc.» Lo que también parece atestiguar el famoso poeta Francisco Petrarca en las *Bucólicas* [II, 34] en aquella égloga cuyo título es *Argos,* diciendo así: «Te conmuevan las ubres selladas por los tiernos labios, a no ser que, por casualidad te provoque olvido de la leche el néctar de aquel palacio colocado entre los astros. De entre el rebaño sin duda fue tu nodriza, etc.» Servio *ía Geórg.,* IV, 150] en cambio dice que fue llevado por su madre no al monte Ida sino al Dicteo y alimentado por esta misma. Junio Columela, al escribir *Sobre la Agricultura,* dice así en el libro noveno [IX, 2, 3] sobre el cuidado de Júpiter niño: «Ciertamente no es propio de un campesino preguntar si fue una mujer de hermosísima figura Melisa, a la que Júpiter convirtió en abeja o, según dice el poeta Evémero, que las abejas fueron creadas por los avispones y el sol, a las que criaron las ninfas Frixónides. Después dice que en aquella cueva de Júpiter estuvieron las nodrizas y que por regalo del dios obtuvieron por sorteo aquellos alimentos con los que ellas mismas criaron al pequeño pupilo.» Estas cosas aquél. De lo que se deduce que Júpiter fue criado sólo con miel. Finalmente, cuando creció, tuvo con los Titanes una guerra a causa de que sus padres estaban cautivos, y los liberó. Luego expulsó a su padre del reino porque descubrió que había tendido asechanzas contra su vida, lo que se ha dicho ampliamente antes cuando se ha hablado sobre Saturno; y por esto aquellos dicen que hizo una guerra con los Gigantes, sobre los cuales, vencidos, puso los montes, según se ha mostrado antes. Después, sometido el mundo, repartió el poder con sus hermanos, a Plutón se le dio el dominio de los Infiernos, a Neptuno el del mar, para él se reservó el Olimpo. Y como ya tiempo atrás hubiese tomado como esposa a su hermana Juno y convertido en un poderoso rey, ávido de gloria, comenzó a ir de un lado a otro y, no menos con astucia que con la guerra, buscó no sólo alabanzas humanas sino también honores divinos para sí, construyó en muchos lugares templos, según se lee en la *Historia Sagrada*[359], y los dedicó a su nombre y en cualquier región que llegaba se unía a los reyes y príncipes de los pueblos por medio de la hospitalidad, con su com-

[358] En Lact., *Div. Inst.,* I, 21 38.
[359] En Lact., *Div. Inst.,* I, 22, 21.

pañía y amistad, y cuando se iba de junto a ellos ordenaba que se le edificara un santuario y se le diera su nombre y el de su huésped, como si con esto pudiera conservarse el recuerdo de la amistad y del pacto. Y con esta astucia consiguió que se construyeran templos para Júpiter Ataburio, Júpiter Labriando, puesto que Ataburio y Labriando lo ayudaron en la guerra. También a Júpiter Laprio y a Júpiter Molion y a Júpiter Casio y los que son de este tipo, porque aquél pensó con gran astucia que adquiriría para sí honor divino y para sus huéspedes nombre perpetuo unido con la religión. Aquéllos se alegraban y con gusto seguían sus órdenes y celebraban ritos anuales y fiestas en honor de su nombre. Y de este modo, Júpiter sembró por el orbe terrestre la religión de su culto, y dio a los otros un ejemplo para ser imitado. Además éste vivió en el monte Olimpo, según se atestigua en la misma *Historia Sagrada*[360] donde se lee: «En aquel tiempo Júpiter pasaba la mayor parte de su vida en el Olimpo, y por esto venían junto a él para juicio si había algún asunto en litigio. Igualmente, si alguien había encontrado algo nuevo que fuera útil a la vida humana, venía allí y lo mostraba a Júpiter, etc.» Además, aunque era éste un hombre ambicioso para conseguir honores y era siervo del placer, sin embargo encontró e introdujo muchas cosas buenas y útiles para la vida humana, y quitó algunas malas y entre otras apartó de las costumbres de los hombres la costumbre de comer carnes humanas, que se comían en la época de Saturno. Este finalmente, ordenados sus asuntos, murió y de su muerte es testigo Ennio. Ciertamente él mismo en la *Historia Sagrada,* descritas todas las cosas que Júpiter llevó a cabo en su vida, al final dice así: «Luego Júpiter, después de que dio vuelta a la tierra cinco veces y dividió el mando entre todos sus amigos y parientes, dejó para todos leyes, costumbres, y preparó las cosechas, e hizo muchas cosas buenas, alcanzando inmortal gloria y memoria, dejó a los suyos recuerdos para siempre, cambió la vida llevada mal en Creta, y se fue junto a los dioses y los Curetes sus hijos cuidaron y decoraron un sepulcro para él en Creta, en la ciudad de Aulacia, y se dice que Vesta fundó esta ciudad y que en su sepulcro se escribió en antiguas letras griegas: Zeus, hijo de Crono.» Evémero dice que éste murió en Oceanía, pero que fue sepultado en la ciudad de Aulacia. Quizá este nombre de Oceanía fue el de Creta antes de que recibiera su nombre por Creta, la ninfa hija de Héspero según dice Plinio en *Sobre la Historia Natural* [IV, 12, 58]. ¿Ves, ilustrísimo rey,

[360] En Lact., *Div. Inst.,* I, 11, 35.

con cuánto ingenio, con cuánto favor de la fortuna, qué añoso nombre por los engaños del antiguo enemigo, qué vacía gloria y honores divinos buscó para sí este hombre? Me admiró de cuan gran locura de aquella inculta edad para ver un hijo de un hombre y posible mortal y considerarlo dios y el sumo señor tan neciamente. Sé que puede haber quienes digan que los mucho más recientes fueron no menos inclinados a esta ignorancia, puesto que hemos leído que el médico Lucas escribió en Listro de Licaonia que Bernabé y Paulo, santos varones y predicadores del dogma divino, porque hicieron, en el nombre de Cristo, que un jorobado de nacimiento se irguiera y pudiese andar, fueron considerados inmediatamente dioses por los Listros, Bernabé como Júpiter y Paulo como Mercurio, y que a ellos, que los rechazaban, les fueron dedicadas guirnaldas y sacrificios por los pontífices y el pueblo como a dioses, de lo que yo no me admiro, pues hicieron una obra divina para los ignorantes Listros, puesto que, como ellos mismos atestiguan, no fue por su obra sino por obra de Cristo. ¿Júpiter fue visto hacer alguna vez algo más allá de lo propio de un hombre? Nada, ciertamente. Fue un hombre victorioso, ¿esto no es suficiente, puesto que es obra de la fortuna, para que por esto deba ser considerado por alguien dios y rey del cielo? En efecto, los mortales de aquella época eran demasiado inclinados a la credulidad. Pero nosotros dejemos a los antiguos en su engaño y llevemos la pluma a lo omitido. Después de que se han dicho sobre Júpiter las cosas que atañen a la historia, sigamos qué dijeron sobre éste los que crearon la ficción. Dicen en primer lugar que él fue el padre y señor de los dioses y el rey del cielo, y le dan como cetro un rayo de tres brazos. Además le atribuyeron como árbol la encina. Así también pusieron bajo su protección el águila. Ahora veamos qué pudieron entender por esto. Este fue llamado padre y señor de los dioses porque en su reinado empezaron o florecieron los tiempos de los héroes, en los que empezó y floreció el estudio de los poetas o de los teólogos paganos en Grecia. Estos, al ver que aquél sobresalía por encima de los restantes mortales en aquella época y que aquél para sí, y no sólo entre los suyos sino también entre las naciones extranjeras, todavía en vida buscó honores divinos y era el padre o antepasado de aquellos que ya con su mirada eran alzados en las fábulas a la divinidad y porque Júpiter también favorecía su nombre, el que hacía tiempo ya que era famoso y atribuido a un dios verdadero y su lugar de vida el Olimpo lo favorecía, con cuyo nombre también llamaron al cielo, crearon la ficción de que éste era el padre de los dioses y el rey del cielo. Y a aquél no le bastó

atribuirse lo que había hecho, sino que muchas cosas de aquellas que se habían hecho antes de él durante muchos siglos y especialmente en tiempos de aquellos dioses a los que antes presentamos bajo el nombre de Júpiter, han sido atribuidas a éste por abuso de los nombres y se le asignaron no de otro modo que si se hubieran hecho en su época. Y, lo que fue más pernicioso, creyeron los ignorantes que muchas cosas que atañen al verdadero Dios, al señor de los dioses, escondidas bajo el velo de esta ficción y finalmente descubiertas, atañen al poder y divinidad fingidos de este hombre, y tanto creció esta ignorancia que no sólo creían que eran propias de Júpiter las cosas propias de un dios, sino que eran propias del Dios verdadero las que lo eran de Júpiter, como por ejemplo los adulterios, las guerras y cosas de este tipo. Pero cuantas veces los hombres ilustres entendieron en lugar de este Júpiter el verdadero Dios, porque no se escribe sobre Júpiter lo honesto, quisieron entenderlo por algún acto natural producido por la naturaleza hecha naturaleza, que es obra de Dios; cosa que yo no alabo, que el divino poder sea expresado mediante atractivas ficciones. Además no encontraron la multitud de dioses para creer que había tantos dioses, sino que los sabios sostuvieron que aquellas condiciones divinas adscritas a muchos dioses, eran el oficio del poder de un único Dios verdadero, pensando que Dios actúa por sus ministros de la misma manera que actuamos los mortales, lo que clarísimamente muestra Apuleyo en el libro *Sobre el dogma de Platón* [I, 11]. Nosotros creemos sobre Dios según el salmista lo que dijo y lo que hizo. Y sin embargo no negamos que Dios tenga ministros, unos de justicia, como los Démones, otros de gracia, como los Angeles, otros de lo oportuno y del alimento, como los cuerpos celestes; pero sobre esto en otro lugar. Los que crearon las ficciones quisieron mostrar por medio del rayo de tres brazos dado a Júpiter como cetro, porque es ígneo, que alguna vez éste debe ser entendido por el elemento del fuego y del aire, según afirma Servio *[a En., 1,* 47] y entonces sostienen que su esposa Juno es la tierra y el agua porque de ellos, según opinan algunos, nacen todas las cosas y así, según Varrón en *Sobre la Agricultura* [I, 1, 5] son llamados los dos grandes padres, Júpiter el padre y Juno la madre. Pienso que esta ficción tuvo su origen en éstos que pensaron que el fuego era la causa de todas las cosas y por su acción nacían y se alimentaban todas. Y así, cuando Júpiter es el fuego y el aire son obra suya los relámpagos y los truenos, amontonar y disolver las nubes, excitar los vientos y reprimirlos, lanzar rayos y cosas de este tipo, porque estas cosas se hacen en la región del aire por la

acción del fuego. Dijeron que el rayo era de tres brazos para designar la triple propiedad del rayo, pues es resplandeciente y corta y quema, acerca de los cuales, si alguno quiere verlo plenamente, que vea a Séneca el filósofo en *Sobre las Cuestiones Naturales* [II]. Sostienen que se le dio como árbol la encina porque con su fruto se alimentaron los primeros hombres y por ello pareció que se decía con razón que era su árbol, junto al que conviene criar a los hombres, que él mismo produjo o cuyo mando sostiene. Isidoro en *Sobre las Etimologías* [XVII, 7, 21] parece pensar que éste es el nogal y dice que fue llamado por los latinos nuez como fruto[361] de Júpiter, porque en otro tiempo había sido consagrado a Júpiter y continúa que el fruto de éste tiene tantas fuerzas que, si se mete entre hierbas u hongos de los que se sospecha, saca lo que hay de virulento en ellos, lo quita y ló extingue. Afirman que se puso bajo su tutela el águila. Lactancio describe la causa de este hecho por boca de otro diciendo *[Div. Inst.,* I, 11, 64]: «César también en la *Aratea* cuenta que Aglaoste decía que Júpiter, al ir desde la isla de Naxos contra los Titanes y hacer un sacrificio en la costa, como auspicio voló para él un águila que, aceptada, la puso bajo su protección al vencer por el buen augurio. En la *Historia Sagrada* también se atestigua que se le posó en la cabeza antes un águila y que lo llevó al reino.» Por qué de niño fue escondido de Saturno, por qué la guerra con los Titanes, por qué hizo huir a Saturno, se ha expuesto con bastante claridad cuando se ha hablado acerca de Saturno. Sobre el matrimonio con Juno, también se ha explicado al hacerlo sobre Juno. Así también acerca del nombre con bastante amplitud donde sobre el primer Júpiter. Y a partir de las cosas que se describen allí y aquí, si alguien quiere puede darse perfecta cuenta de cuánto este hombre está de acuerdo con las propiedades del planeta Júpiter y de que con razón es llamado Júpiter.

CAPÍTULO II

Sobre las nueve Musas, hijas de Júpiter

Las Musas son nueve, hijas de Júpiter y de Memoria, según la opinión de Isidoro en *Sobre las Etimologías* **[III,** 15, 1] y de Paulo

[361] *Iuglandem* en relación con *Iovis glandem,* siendo *glans, -dis,* fruto de cualquier árbol de la misma especie que las encinas.

Perusino. Teodoncio decía que fueron hijas de Memnón y de Tespia, quizá porque Ovidio [V, 310] las llama Tespíades. Los nombres de éstas son los siguientes: Clío, Euterpe, Melpómene, Talía, Polimnia, Erato, Terpsícore, Urania y la última Calíope. Se dice que éstas junto con las hijas de Piero, otras tantas en número, tuvieron una guerra. Y puesto que fueron vencidas por las Musas, las Piérides fueron convertidas en urracas y, por la victoria, las Musas tomaron el sobrenombre de aquéllas. Dicen además que fueron encerradas en cárceles por un Pireneo y que salieron volando de su cárcel para perdición de quienes las retuvo. También dicen que se les consagró la fuente Castalia y el monte Helicón y que ellas cantaban mientras Apolo pulsaba la lira. Dichas estas cosas, vamos a quitar el velo a la ficción. Es opinión de Isidoro, hombre cristiano y santo, que éstas fueron llamadas Musas de buscar, porque por ellas, según sostuvieron los antiguos, se buscaba la norma de los poemas y la modulación de la voz y por esto, por derivar de ellas, recibió el nombre la música, que es el conocimiento de la moderación. Y, según dice el propio Isidoro, y puesto que el sonido de las mismas Musas es algo sensible y que fluye al pasado y se fija en la memoria, por esto se las llamó hijas de Júpiter y de Memoria. Yo, en cambio, pienso, puesto que toda ciencia procede de Dios y no basta para comprenderla haberla conocido sólo, a no ser que uno envíe a la memoria lo comprendido y así hará salir de la memoria lo conservado de manera que uno se dé cuenta de que tú sabes como dice Persio [*Sat.,* I, 27]: «Nada es tu saber si otro no sabe que tú sabes esto, etc.» Lo que es oficio de las Musas, y por ello crearon la ficción de que eran hijas de Júpiter y de Memoria. Y pienso que fueron llamadas Musas de *mous,* que es agua; el motivo aparecerá en lo que sigue. Macrobio muchas veces intenta mostrar por qué son nueve en el segundo *Comentario sobre el Sueño de Escipión* [II, 3, 1] equiparándolas a las ocho esferas del cielo en sus cantos, sosteniendo que la novena es la armonía de todas las modulaciones de los cielos. Añadiendo después de una serie de frases [II, 3, 4] que también saben que las Musas son el canto del mundo los campesinos, quienes las llamaron Camenas, casi *canenas,* de cantar[m]. Sin embargo, sobre éstas da otra razón Fulgencio [*Mit.,* I, 15] diciendo que la voz sale de los cuatro dientes, a los que golpea la lengua cuando canta; si falta uno de éstos, es necesario que la voz emita más que un silbido. Además también de los dos labios como ajustados a los címbalos que modulan las

Cano.

palabras. También la lengua, que con una curvatura y su vuelta forma el soplo vocal como un plectro. Además también por el paladar, de cuya concavidad sale el sonido. Por último, para que sean nueve, se añade el conducto de la garganta, que con su redondo canal ofrece la salida del soplo. Además, puesto que muchos añaden a éstas a Apolo, cantando con ellas, el propio Fulgencio une a lo antedicho el pulmón como el conservador de la armonía, quien como un calderero ofrece y retira lo imaginado del fuelle. Y para que no parezca que quiere dar crédito solamente a una obra tan alejada de la naturaleza, presenta como testigos de tan exquisito argumento a Anaximandro de Lampsaco y a Zenófanes de Heraclea, de los que asegura que escribieron lo dicho en sus Comentarios. Afirma también que esto lo confirmaron otros filósofos igualmente ilustres, como el físico Pisandro y Euxímenes en aquel libro que llamó *Teologúmena.* Además el mismo Fulgencio, como si no aclarara plenamente lo que entiende sobre las Musas, para poner de relieve la razón de los nombres y de los oficios de cada una dice así: «Nosotros decimos que las nueve Musas son los modos de doctrina y ciencia, esto es: la primera Clío como el proyecto de aprender; pues *cieos* en griego significa fama y, puesto que nadie busca la ciencia a no ser que en ella prolongue la dignidad de su fama, por esto es llamada la primera Clío, esto es el proyecto de la ciencia. La segunda Euterpe en griego es lo que nosotros llamamos lo que deleita bien, porque es lo primero buscar la ciencia, lo segundo es que agrade lo que buscas. La tercera Melpómene, como *melenpio eotnene,* esto es la que hace que permanezca la reflexión, para que sea lo primero querer, lo segundo que agrade lo que quieras, la tercera estar meditando en aquello que deseas. La cuarta Talía, esto es la capacidad, como si dijera *Titonlia,* es decir poniendo semillas. La quinta Polimnia, como *polymneme,* es decir que da mucha memoria, porque la memoria es necesaria después de la capacidad. La sexta Erato, esto es *euronchomoeon,* lo que nosotros en latín decimos que encuentra algo semejante, porque después de la ciencia y la memoria, es justo que encuentre algo semejante a lo suyo. La séptima Terpsícore, esto es que agrada a la instrucción. Pues después de la invención conviene que tú distingas y juzgues lo que encuentras. Urania es la octava, esto es la celeste. Pues después del juicio tajante eliges qué decir, qué rechazar; en efecto es útil elegir y caduco rechazar la inteligencia celeste. La novena Calíope, esto es la de óptima voz. Así pues, este será el orden: Primero querer la doctrina, segundo que agrade lo que quieres, tercero estar en lo que agrada, cuarto captar aquello en

lo que estás, quinto recordar lo que captas, sexto encontrar lo semejante a lo tuyo en lo que recuerdas, séptimo juzgar lo que encuentras, octavo elegir de lo que juzgas, noveno llevar a buen término lo que has elegido.» Esto Fulgencio. Yo querría, si pudiera, que estuvieran de acuerdo los que, levantadas las enseñas y puestas en orden las formaciones, intentan ignorantes arremeter contra las Musas y exterminarlas tomando las armas si pudieran, y mientras los Beocios piensan que están armados con las palabras mal entendidas, desarmados se van al combate y, al ver preparadas las cosas dichas sobre las Musas, y digan si han visto a tan importantes mujeres en un lupanar, si se han servido de ellas, si creen que el salmista Isaías, Job y otros santísimos varones de Dios las han conducido de la mano desde su oficio de meretriz para colocarlas en sus santas obras. Sé que dirán que éstos nunca se han servido de éstas a las que indiferentemente llaman meretrices de teatro si no tuviera como testigo sagrado a Jerónimo, intérprete de las Sagradas Escrituras; para que no pueda ser apartado yo por el desconocimiento de aquél, me agrada describir sus palabras según están en el Proemio de Eusebio Cesariense [3-B, 14-26], pues después de muchas cosas Jerónimo dice así: «¿Por qué el salterio cantor ¿Qué contra la costumbre de nuestro Flaco y del griego Píndaro corre ora con el yambo, ora aparece con el aqueo, ora se entumece con el sáfico, ora camina con el semipié? ¿Qué más hermoso que el cántico del *Deuteronomio* y de Isaías? ¿Qué más grave que Salomón? ¿Qué más perfecto que Job? Todas las cosas compuestas en versos hexámetros y pentámetros, según escriben Josefo y Orígenes, corren entre los suyos, etc.» Pienso que tales no sabían que el oficio de las Musas era ordenar los tiempos, no sabían que las Musas disponían las cosas que debían hacerse en la ciencia, no sabían que ofrecían sus oficios a las fuerzas divinas para aumentar la majestad de sus letras. Así pues, que callen y que enfurecidos se muerdan a sí mismos quienes, al no comprender, intentan morder a otros y volvamos al camino abandonado. Pienso que ha de entenderse con este significado el hecho de que hubo un certamen sobre el canto con las Musas y las Piérides. Hay algunos de tan inepta audacia que, al no haber conocido ninguna instrucción, apoyándose sólo en su ingenio, se atreven a anteponerse a los instruidos, y no dudan en meterse en una lucha de discusión, lo que, cuando lo hacen a la vista de los sabios, no aparecen ante los sabios como científicos sino más bien como charlatanes con una vana presunción; y aunque parece que dicen muchas cosas a los ignorantes, sin embargo no dicen nada que esté de

acuerdo con la razón, y al hablar engañados no se entienden y por los sabios son considerados urracas, quienes, ciertamente, al gorjear, imitan la voces humanas más que la inteligencia y por eso se creó con razón la ficción por parte de los poetas de que los de tal clase se transforman en urracas. Pienso que sostuvieron que Pireneo las encerró no de otro modo que algunos para su ostentación son impetuosos y ávidos los que, despreciando el esfuerzo del estudio, después de que han llenado las bibliotecas con libros y casi han visto los techos de éstas, como si hubieran conocido todo lo que en ellas se contiene, se atreven a considerarse poetas o que son juzgados poetas por los que los ven. Pero al volar las Musas, a las que consideran encerradas en cárceles, si quieren salir a la luz, esto es a mostrar que saben lo que no saben, al punto caen en un precipicio. Yo he conocido a algunos de éstos que se consideraron maestros después de reunir un montón de libros y se precipitaron a la vista de los sabios. Fue consagrada a las Musas la fuente Castalia y otras muchas, y ello porque una límpida fuente tiene no sólo que agradar a los ojos del que mira sino también traer a la reflexión el ingenio con una virtud escondida y apremiar con el deseo de componer. Se les consagró un bosque para que entendamos por éste la soledad, de la que deben servirse los poetas, de los que es propio meditar los poemas, cosa que nunca se hace bien en el estrépito de las ciudades o en las encrucijadas del campo, sino que, según opina Quintiliano en *Sobre la institución oratoria* [X, 3, 4] en un lugar oscuro y tranquilo, como por ejemplo en la noche, lo que se demuestra con razón por los bosques, pues son oscuros por la densidad de las ramas y tranquilos' porque están apartados la mayoría de las veces de los lugares donde habitan los hombres.

CAPÍTULO III

Sobre Aqueo, décimo hijo de Júpiter

Aqueo, según opina Isidoro en *Sobre las Etimologías* [IX, 2, 73] fue hijo de Júpiter, y sostiene que de él recibieron su nombre los Aqueos o Aquivos. Con estas pocas palabras se contenta en recorrer el oficio de un hombre importante. Pero Teodoncio, después de que ha dicho que éste es hijo de Júpiter, añade que fue un anti-

quísimo príncipe de los Mesenios y que tuvo una gran cantidad de hijos, por obra de los cuales y porque había vivido piadosamente en Mesenia, consiguió apoderarse de toda la provincia que hasta hoy llamamos Acaya o por alianzas o por su mando y por ellos recibió el nombre de Acaya. Afirma que en él tuvo el origen toda la nobleza de Grecia, pero no expresa ninguno de entre el número de sus hijos ni el nombre.

CAPÍTULO IV

Sobre Venus, undécima hija de Júpiter, que dio a luz a Amor

Venus, según atestigua Hornero *[Il.,* V, 370], fue hija de Júpiter y de Dione, y es esta a la que Tulio en *Sobre la Naturaleza de los Dioses* [III, 23, 59] llama la tercera. Y dice que fue la esposa de Vulcano. Cuentan que ésta se enamoró de Marte, sobre cuyo adulterio y cautividad se ha hablado antes cuando se ha hecho sobre Marte. También dicen que fue la madre de Eneas, sobre la cual también se ha escrito antes cuando sobre Eneas. También al hacerlo acerca de Diomedes, en relación a la herida recibida de éste. E igualmente se ha contado donde sobre Adonis de qué modo amó a Adonis después de haber sido herida casualmente por su hijo. Y no faltan quienes creen que se ha dicho sobre ésta lo que se lee en la *Historia Sagrada*[m], a saber que Venus instituyó el oficio de meretriz. Lo que parece asegurar Agustín en *Sobre la ciudad de Dios* [IV, 10] cuando dice: «A ésta le ofrecían dones los fenicios, de la prostitución de sus hijas, antes de unirlas a sus maridos.» Además, Claudiano, en *Sobre las alabanzas de Estilicón*[M], describe en tu Chipre, óptimo rey, un deliciosísimo parque en el que fácilmente pueden enumerarse las cosas que atañen a la lujuria que persuade, pues empieza así: «Un gran monte da sombra con sus rocas el Jonio de Chipre, etc.» y persevera más abajo durante cuarenta y seis versos, que no escribí porque era demasiado prolijo. Y este mismo, descrito el parque, añade cuan grande es para Venus la preocupación por el culto y el ornato, diciendo [99 ss.]: «Entonces casualmente Venus arreglaba su cabellera apoyada en un

[363] En Lact., *Div. Inst.,* I, 17, 10.
[364] Estos versos pertenecen al *Epit. Honor.,* 49 ss.

resplandeciente trono, a derecha e izquierda estaban en pie las hermanas Idalias, una rocía con grandes lluvias de néctar, otra ara el espacio de muchas formas con el mordisco de marfil de numerosos dientes, pero la tercera hace hacia atrás varios nudos y divide el orbe con justo orden, dejando con afición la parte despreciada. Fue más conveniente el error, y el rostro del espejo no carecía de juicio, se mostraba semejante en todo el techo, es arrebatado a donde va mientras mira cada una y se aprueba, etcétera.» Puesto que antes, cuando se ha hablado sobre las Venus, se han dicho muchas cosas sobre las ficciones acerca de Venus, es superfluo volver a repetirlas aquí. Queda poner lo que se duda. Pues algunos piensan que esta Venus es la misma que Cipria. Yo pienso que fueron dos y que ésta ciertamente fue hija de Júpiter y esposa de Vulcano. Que la otra fue hija de Sirio y de Cipria o de Dione y esposa de Adonis. Quienes piensan que es una sola dicen que aquella es hija de Júpiter y de Dione y esposa de Vulcano primero y después de Adonis, y por su gran belleza celestial considerada Venus por los Chipriotas y fue llamada diosa y honrada con sacrificios como una diosa y tuvo en Pafos un templo y un altar y hacían que este altar estuviera perfumado sólo de incienso y flores porque Venus se deleita con los olores por varias causas. Dicen que, al haber sobrevivido a su marido, se agitó con tan gran deseo que casi cayó en un lupanar público y, para paliar su crimen, dicen que ella convenció a las mujeres de Chipre para el oficio de meretriz e instituyó que hicieran comercio con su cuerpo, consecuencia de lo cual fue que las doncellas eran enviadas a la playa para 'hacer ofrenda de su virginidad y del futuro pudor a Venus y para conseguir para sí una dote procedente de la unión con extranjeros. Teodoncio añade algo más diciendo que tan criminal acción no sólo se conservó en Chipre durante largo tiempo, sino que fue llevada a Italia. Lo que se confirma con la autoridad de Justino [*Ep. Pomp.* 17., XXI, 3] quien dice que entre los Loaros se realizó esta ofrenda durante algún tiempo.

CAPÍTULO V

Sobre Amor, duodécimo hijo de Júpiter

Todos sostienen que Amor fue hijo de Júpiter y de Venus, lo que yo no creo que sea de los hombres sino de los planetas. Pues

son ambos de constitución semejante, cálidos y húmedos; son además ambos benévolos y resplandecientes con luz igual y por ello se creó la ficción de que el Amor nació de ellos, y especialmente éste por el que convivimos y con el que nos unimos en amistad para que entendamos que, por el acuerdo de las constituciones y costumbres, surge entre los mortales el amor y la amistad. Lo que ciertamente no puede ser verdadero a no ser entre los virtuosos, como claramente demuestra Tulio en *Sobre la amistad* [27]. Y yo pienso que se dice que nació de éstos, que son ambos benévolos, más porque no puede ser benévolo uno a no ser que sea virtuoso. Sobre el amor concupiscente ya se ha hablado bastante antes.

CAPÍTULO VI

Sobre Prosérpina, decimotercera hija de Júpiter y esposa de Pintón

Prosérpina fue hija de Júpiter y de Ceres. La cual, porque despreciaba los fuegos de Venus, fue amada por Plutón y raptada y llevada a los Infiernos y convertida allí en su esposa. Al buscarla durante largo tiempo Ceres y descubrir, por indicación de Aretusa, que estaba en el Infierno, por haber comido tres granos del fruto púnico no pudo volver a tenerla. Pero se cumplió la sentencia de Júpiter de que viviese seis meses con su marido y seis con su madre junto a los dioses. Recuerdo que he explicado qué se oculta bajo esta ficción acerca de esta Prosérpina en lo anterior donde se habla sobre Ceres, y por ello no repetiré a no ser lo que atañe a la historia. Pienso que ésta fue hija del rey Sicano de Sicilia y de Ceres y que ésta fue raptada por Orco, rey de los Molosos, o Aidoneo, o Agesilao, según Filócoro[365], y unida a él en matrimonio en el año vigésimoctavo de Erecteo, rey de Atenas. Pero esta historia se contiene más detalladamente donde se habla sobre Plutón.

[365] En Eusebio, *Tiempos,* 49, 19-26. Cf. Jacoby 328 F 18.

CAPÍTULO VII

Sobre Castor y Pólux, decimocuarto y decimoquinto hijos de Júpiter

Castor, Pólux y Helena, según Fulgencio *[Mit.,* II, 13], fueron hijos de Júpiter y de Leda. De cuya concepción se cuenta la siguiente fábula. Como a Júpiter le agradase Leda, la esposa del rey Tindáreo, él mismo convertido en cisne comenzó a cantar, canto con el que atrajo a aquella no sólo para que lo oyera sino para que lo cogiera. Después de ser tomado por ella, él mismo la cogió y la sedujo y dicen que de esta unión Leda concibió y parió un huevo, del que nacieron Castor y Pólux y Helena. Pero otros sostienen que sólo Pólux y Helena y que Castor fue mortal e hijo de Tindáreo. Algunos, entre los cuales está Paulo, dicen que de aquella unión nacieron dos huevos, de uno de los cuales nacieron Castor y Pólux, del otro Helena y Clitemnestra[m]. Pero sobre Helena y Clitemnestra se hablará después. Toda la antigüedad atestigua que Castor y Pólux fueron unos jóvenes nobles y antes que otras cosas se lee que fueron unos de los Argonautas y que, al volver desde Coicos, Pólux mató a Amico, rey de los Bébrices, que quería actuar con violencia contra él. Luego, después de haber recuperado a su hermana Helena, raptada por Teseo, al ir a buscar a aquella misma llevada por Paris con las restantes naves griegas, hay quienes dicen que ellos no llegaron a Troya y no volvieron a Lacedemonia, sino que, arrebatados al cielo, se convirtieron en el signo de los Gemelos. Pero Tulio *[Nat., dios.,* III, 5, 11] escribe que Hornero dice que éstos fueron sepultados en Lacedemonia. Y Ovidio en los *Fastos* [V, 699] dice que, después de que éstos raptaron a Febe y a su hermana, las hijas de Leucipo casadas con los hermanos Idas y Linceo, fueron reclamadas con una guerra por los esposos, y que en ésta Castor fue muerto por Linceo, al correr contra él Pólux lo mató e Idas habría dado muerte a Pólux si Júpiter no hubiera conseguido que no pudiera herirlo. Lactancio, en el libro de las *Divinas Instituciones* [I, 10, 5] dice: «Castor y Pólux, cuando raptan las esposas ajenas, dejaron de ser gemelos; pues agitado Idas por el odio de la injuria, atravesó a uno con la espada, etc.» Además dicen que Castor destacó sobre todo en la equitación, Pólux en la lucha. Y, al ser Pólux eterno y ver a su hermano muerto, pidió de

[366] Para todo el problema del nacimiento de los hijos de Leda cf. *CFC,* VI, pp. 16-118.

su padre Júpiter que le permitiera compartir con su hermano la eternidad. Después de que Júpiter le concediera esto, ambos subieron al cielo y se convirtieron en el signo de los Gemelos. Los paganos quisieron que estuvieran bajo su protección los caballos. Ahora veamos qué ha de entenderse de las fábulas expuestas. Es opinión de Tulio, en el mismo lugar de antes *[Nat. dios.,* III, 21, 53] que Castor y Pólux fueron hijos del tercer Júpiter y de Leda, de un hombre no de un cisne ni de un dios, y que son aquellos a los que los Griegos llamaron Dióscuros. Quizá la antigüedad creó la ficción de que Júpiter se convirtió en cisne porque el cisne canta dulcemente, lo que es posible que Júpiter hiciera y con la dulzura de su canto, como vemos que a menudo ha sucedido, atrajera a Leda a su amor y pasión. Pues el canto es uno de los ganchos de Venus. O quizá Júpiter era ya un anciano y blanco por la vejez cuando amó a Leda; y quizá, porque por el ardiente deseo se hizo quejumbroso, se inventó que se había convertido en cisne, que es blanco y que canta cuando se acerca a la muerte. Que haya parido de la unión con él huevos, creo que se dijo no por otra cosa a no ser para que se viese en la ficción que el fruto era distinto de su padre. Es costumbre de las aves tener huevos. O porque nacieron ambos en un mismo parto envueltos en una película de carne, según vemos que alguna vez nacen los huevos en una telilla todavía no soldada al núcleo. Que Júpiter prohibió a Idas herir a Pólux, Leoncio lo consideraba la fuerza de la constelación. Que Pólux redimiera a su hermano con una muerte alterna[m] es visto por Alberico [III, 3, 7], como que, subidos al cielo, se convirtieron en el signo de los Gemelos y en él están de tal modo las estrellas que cuando sale una entonces se oculta la otra y la misma que se había ocultado después del ocaso de la anterior, aparece entonces poco después y así, mientras uno desciende a los Infiernos, a saber el que muere primero como mortal, el otro está como divino con los dioses; y al revés, mientras sube uno junto a los dioses, parece que es el divino, estando el otro un tiempo en los Infiernos como mortal. Se cree que fue tenido sólo Pólux como inmortal por el resplandor de la estrella que está en la cabeza de Pólux, que es con mucho mayor que ésta que se ve en la estrella de Castor que algunas veces, por el espesor de los vapores, no se ve, aunque la de Pólux se ve continuamente. Paulo dice que Castor fue añadido por obra de Pólux por los Lacedemonios al número de sus dioses y así se convirtió en inmortal; Pólux después, por la piedad

[367] Cf. Verg., *Aen,* VI, 121: *si fratrem Pollux alterna morte redemit.*

que tuvo para con su hermano y por ser un hombre notable, también fue deificado y unido a su hermano. Y así uno a otro se redimieron con muerte alterna. Pues en primer lugar Castor murió para que no muriera Pólux. En segundo lugar Pólux, para que su hermano fuera eterno, consiguió que lo hicieran dios y él mismo permaneció como mortal, dando a su hermano su condición divina. Añadiría la exposición de Fulgencio *[Mit.,* II, 13], pero la he omitido porque se va por lo sublime. Pienso que los caballos, que pusieron bajo su tutela, fue para mostrar el gusto y preocupación de los jóvenes mientras vivieron más que por otra cosa, diga lo que diga Servio *[a Geórg.,* I, 12].

CAPÍTULO VIII

Sobre Helena, esposa de Menelao y decimosexta hija de Júpiter

Está suficientemente divulgado que Helena fue hija de Júpiter y de Leda y se ha demostrado inmediatamente antes. Dicen que ésta fue la más hermosa entre las restantes mortales, según atestigua Tulio en el *Arte Antigua***. La belleza de ésta fue muy nociva en aquella época para los pueblos griegos y asiáticos y sobre todo mortal para los Troyanos. Sostienen que ésta, siendo todavía una muchachita y mientras jugaba en la palestra entre las de su edad, fue raptada por Teseo, rey de los Atenienses; luego, llevándolo él muy mal, fue devuelta por la madre de éste a Castor y Pólux que la reclamaban. Después se unió en matrimonio a Menelao, rey de Lacedemonia. Finalmente, según opinan algunos, Paris, bajo la apariencia de una embajada que reclamaba a Hesíone y siendo huésped de Menelao, estando él ausente, cautivado por su hermosura y atractivos, despreciando el derecho de hospitalidad, la raptó con todo su regio ajuar con el consentimiento de ella. Pero Lactancio *{a Aquil.,* 21] dice que él se dirigió a Esparta con una flota y, al no serle devuelta la reclamada Hesíone, según había ordenado Príamo asoló el país con una guerra y se apoderó por la fuerza de Esparta y condujo desde allí a Helena a Troya. Después todos los príncipes de los Griegos, habiéndose juramentado, al reclamarla inútilmente, la siguieron con un gran ejército a las órdenes de

[368] *De inventione,* II, 1, 1.

Agamenón y, después de muchas batallas, al cabo de un decenio, capturada Ilio, le fue devuelta a Menelao no sin mancha de traición, puesto que hay quienes dicen que, muerto Paris por Pirro, ella se casó con Deífobo y cuando la buscaban los Griegos, con su traición completó lo que parecía que no podía ocurrir con las armas, pues al simular de acuerdo la partida, ella, desde la fortaleza, mientras Deífobo dormía, con una antorcha encendida dio la señal a los Griegos para que se apoderaran de la dormida ciudad. Afirman que por este mérito obtuvo el perdón de Menelao. Pero otros dicen que la recibió espontáneamente Menelao porque ella había sido raptada por la fuerza y no por su propia voluntad. Aparece en el poema de Hornero que ésta estuvo veinte años en Troya, aunque la mayoría piensan que mucho menos, lo que ciertamente presenta Hornero en la *Ilíada,* cerca del final [XXIV, 765 ss] cuando presenta a ésta que con Hécuba y las demás mujeres troyanas llora la muerte de Héctor y dice: «Ciertamente para mí éste es el vigésimo año desde que vine de allá y he abandonado mi patria.» Pero Eusebio dice en el libro de los *Tiempos* [60] que ésta fue raptada por Alejandro en el primer año del reinado de Agamenón, y en el año decimoquinto de Agamenón fue tomada Ilio y destruida, y así no están de acuerdo. Servio *[a En.,* II, 601] hace dura la cuestión sobre la edad de Helena. Pues, ya que sus hermanos fueron Argonautas y recobraron a su hermana raptada por Teseo, que fue contemporáneo suyo, y después la guerra de Tebas fue hecha por los hijos de los Argonautas, cuyo hijos luego llegaron a Troya en la expedición por el rapto de Helena, le parecen muy admirable, como si pensara que ella era ya vieja. Para mí no es así. Pues, según se evidencia por las palabras de Eusebio [58, 13-15] Helena fue raptada por Teseo en el año decimosexto de su reinado, que era el año 3.984 del mundo, y era entonces Helena una niña pequeña. Luego fue raptada por Paris en el año primero del reinado de Agamenón, que fue en el año 4.007 del mundo, y así entre el primer rapto y el segundo no hubo un intervalo de más de veintitrés años. Y así Helena pudo tener treinta años, o cerca, cuando fue raptada por Paris, edad ésta en la que las mujeres nobles y de gran inteligencia convierten en más admirable su belleza, aumentándola con artificios si por casualidad una edad más avanzada les ha quitado algo. Además, por la experiencia se hacen más sabias en componer las costumbres, con las que no sólo se aumenta la belleza sino que también, alguna vez, se prestan para quitar fuerzas a la fealdad. Esta, tomada Ilio, fue devuelta a su Menelao, llevada de un lado a otro por la tempestad del mar, fue arrastrada en primer lugar

a Egipto, reinando allí el rey Tuor[369], al que Hornero en la *Odisea* [IV, 120 ss.] llama Pólibo. Luego volvió a Lacedemonia con Menelao.

CAPÍTULO IX

Sobre Clitemnestra, decimoséptima hija de Júpiter y esposa de Agamenón

Clitemnestra, según algunos, como se dijo antes, fue hija de Júpiter y de Leda, nacida de un huevo junto con Helena. Esta se casó con Agamenón y tuvo de él varios hijos. Luego, después de haberse ido como general en jefe a la guerra de Troya, muerto ya Palamedes por los Griegos, según opina Leoncio, por consejo del anciano Nauplio se unió a Egisto, hijo de Tiestes, sacerdote en otro tiempo, y al volver vencedor Agamenón a la patria después de la destrucción de Troya, y al traer consigo, según dice el poeta Séneca en su tragedia *[Agam.,* 867], a Casandra, hija del rey Príamo, que le había correspondido del botín, o bien movida por la persuasión del adúltero o por complicidad del crimen perpetrado, o por la ira de la concubina traída ante sí, después de haberlo recibido, según opinan algunos, hizo que fuera asesinado en un banquete de sacrificios. Séneca dice allí mismo que, después de convencerle para que se quitara los vestidos de guerra, y después de haberle preparado un atuendo en el que no había ninguna salida para la cabeza, entregó a aquél que se quejaba y estaba atado al adúltero para matarlo, e igualmente hizo que fuera asesinada Casandra. Después de morir éste, ocupó el palacio y, tras haber reinado junto con Egisto siete años, fue asesinada por su hijo Orestes junto con el criminal sacerdote.

CAPÍTULO X

Sobre los dos Palíeos, decimoctavo y decimonoveno hijos de Júpiter

Los Palíeos fueron dos hermanos y, según afirma Macrobio en el libro de los *Saturnales* [V, 19, 18], hijos de Júpiter y de la ninfa

[369] Cf. Eusebio, *Tiempos,* 61.

Talia, sobre los que cuenta la siguiente fábula: «En Sicilia está el río Simeto. Junto a éste la ninfa Talia grávida por obra de Júpiter, por miedo a Juno deseó que la tierra se le abriera, cosa que se hizo. Pero cuando llegó el tiempo de la madurez de los niños que ella había gestado en su vientre, la tierra se abrió y surgieron dos niños salidos del vientre de Talia y fueron llamados Palíeos[370] porque primero fueron sumergidos en tierra y por fin salieron de allí. Y no lejos de allí hay unos pequeños lagos, pero inmensamente profundos, siempre en ebullición por los torrentes de aguas, a los que los habitantes llamaron cráteres y les dan el nombre de Délos y piensan que son hermanos de los Palíeos, y son objeto de gran culto, sobre todo para pedir, etc.» Estas cosas Macrobio. Estos en verdad, según puede entenderse suficientemente a través de Macrobio, tuvieron un altar y un sacerdote, por lo que eran considerados como admirables. En efecto, Aristóteles, en el libro que escribió *Sobre las cosas admirables de oír* [57] dice: «En el Palico de Sicilia el agua es de diez codos, la cual levantándose con dos brazos hacia lo alto parece a los que la miran que sumerge el campo de su alrededor, pero al bajarse a su estado primitivo reposa y parece algo sagrado. Pues si alguno escribe en una tablilla cuantos juramentos quisiera y pone en el agua lo escrito, si son todos justos la tabliUa nada, si injustos se hunde. El perjuro se ensoberbece hasta tal punto que el sacerdote del lugar no recibe de él ninguna satisfacción en favor de la purificación.» Macrobio asegura *[Sat.,* V, 19, 20] que si había entre algunos una discusión de un robo o cualquier otro delito, y el acusado decía que quería purificarse junto a los cráteres, tomando los vados caminaban; si el que juraba lo había jurado según el rito y era inocente, salía ileso. Pero el que juraba falsamente al punto era privado de la vida en el lago. Son cosas dignas de admiración y grande era el poder del antiguo enemigo contra tales. De por qué son llamados hijos de Júpiter y de por qué su madre fue absorbida, da Teodoncio la siguiente explicación. Pues dice que no lejos de Palermo hubo una oscura fosa en el lugar que se llamaba Talia, en la que se sumergía toda el agua que desde aquella región caía por la lluvia del monte Etna. Y cualquier cosa que fuera arrojada a la caverna, no mucho después se la veía emerger en el lago o en las fuentes en ebullición de los Palíeos, por lo que parecía que la lluvia, la que sostienen que nació por obra de Júpiter, es decijr del aire, se escondía en

[370] Boccaccio habla de *Palisci* pero Macrobio los llama *Palici* por «surgir de nuevo»; *pdin:* «de nuevo».

aquel lugar bajo tierra y que de nuevo nacía junto al lago de los Palíeos. Y así los Palíeos nacieron de Júpiter.

CAPÍTULO XI

Sobre Iarbas, rey de los Gétulos, vigésimo hijo de Júpiter

Iarbas, rey de los Gétulos, fue hijo de Júpiter y de una ninfa Garamántide, según el testimonio de Virgilio [IV, 198] quien dice: «Este hijo de Amón y de una ninfa Garamántide raptada, etc.» Pero Paulo dice que éste fue hijo de Júpiter y de la hija del rey Bisaltes, a la que dice que Júpiter violó bajo la forma de carnero [m]. Pero la fábula de este asunto la relataba así el venerable Ándalo: Júpiter, volviendo de un banquete en Etiopía, al ver en la orilla del río Bragadas a la hermosísima ninfa Garamántide, que lavaba sus pies, como era proclive a la pasión, deseó unirse a ella inmediatamente; al ver la doncella que aquél venía hacia ella, aterrada quiso emprender la huida, pero un cangrejo próximo al pie de la ninfa, mordiéndole el dedo más pequeño del pie, retrasó a la ninfa por el dolor, la cual, al intentar apartarlo, fue apresada y violada por Júpiter que llegaba, y de esa unión concibió y dio a luz a Iarbas. Pero Júpiter, por el extraordinario servicio, colocó en el cielo al cangrejo y lo convirtió en un signo del Zodíaco [372]. Leoncio dice que se cree que Iarbas fue realmente hijo de Júpiter, puesto que éste, al dar la vuelta al mundo, con su pasión había envilecido todos los lugares, y que Garamántide fue hija de Garamante, rey de los Garamantes, y que éste fue apresada y violada por él a orillas del Nilo. Lo que yo pienso que se hizo en la época del solsticio de verano y por eso se creó la ficción de que la doncella detenida por el calor cerca del río, fue retenida por el cangrejo. Teodoncio dice que Iarbas fue hijo del rey Garamante y fue llamado hijo de Júpiter porque condujo a los Gétulos desde los últimos

[371] La hija de Bisaltes, ia ninfa Bisáltide, es una Teófane a la que se une Neptuno en forma de carnero. Cf. Ovidio, *Met.,* VI, 117 y de esta unión nace el carnero del vellón de oro. Cf. Higino, *Fab.,* 188. Véase Ruiz de Elvira, *Mit,,das.,* p. 298.

[372] En toda la tradición mitográfica el signo zodiacal de *Cáncer* es el cangrejo que Hera envía contra Hércules cuando éste intenta dar muerte, en el segundo de sus trabajos, a la Hidra de Lerna. El héroe mata al cangrejo y la diosa lo catasteriza.

desiertos de Etiopía y las arenas ardientes hasta las costas africanas y los instruyó en muchas cosas referentes a la humanidad. Además el ya citado Paulo escribe largamente de otro modo sobre este larbas en otro sitio. Pues dice que él ha leído que Garamántide fue una doncella bellísima y noble de aquella región y, al detenerse por el calor estival cerca de un río, fue raptada y violada por el rey Mesetulio y le dio como hijo a larbas, según la antigua costumbre llamado o considerado hijo de Júpiter por los habitantes a los que gobernó tras la muerte de su padre porque con óptimas instituciones convirtió sus costumbres salvajes en civilizadas. Este, según opina Virgilio [IV, 213], deseó a Dido como esposa.

CAPÍTULO XII

Sobre Mena, vigesimoprimera hija de Júpiter

Que Mena fue hija de Júpiter, aunque innoble, lo atestigua Agustín en *Sobre la ciudad de Dios* [VII, 2] diciendo: «Pero ahí está la diosa Mena, la que protege los flujos menstruales, aunque hija de Júpiter sin embargo es innoble, etc.» Papias dice que ésta es la luna, aunque Varrón atribuye este oficio a Juno, según pone de relieve allí mismo Agustín. Pienso que se consideró a ésta hija de Júpiter porque es producida por Júpiter. Pues *Men* en griego significa en latín defecto, que está en esta parte de las mujeres, en el útero de las cuales la sabia naturaleza conserva la sangre purísima para alimento del feto, que al mes, si la mujer no ha concebido, por el calor natural, por el que se entiende Júpiter, se corrompe y echa fuera lo corrompido.

CAPÍTULO XIII

Sobre Mirmidón, vigesimosegundo hijo de Júpiter

Mirmidón, como afirma Isidoro en *Sobre las Etimologías* [IX, 2, 75] y después de él Rábano [111, 440 B], fue hijo de Júpiter

y de la ninfa Eurimedusa[373], y sostienen que de él recibieron su nombre los Mirmidones, porque fue su jefe. Rábano dice también que éste fue rey de los Atenienses después de Cécrope. Pero Servio *[a En.,* IV, 402] piensa otras cosas sobre el nombre de los Mirmidones. Pues dice que en la región del Ática hubo una doncella, cuyo nombre era Mírmix. Como ésta fuese muy querida de Minerva por su castidad y sabiduría, sucedió que mostró a los hombres el arado escondido por Minerva por odio a Ceres; encolerizada por esto Minerva la convirtió en hormiga y la condenó a que nunca dejara de reunir granos; como ésta engendrase una gran multitud, sucedió que, al morir los Tésalos, de estas hormigas convertidas en hombres les fueron restituidos los subditos a Eaco, hijo de Júpiter, por lo que fueron llamados Mirmidones, porque las hormigas se llamaban *myrmices* por la doncella Mírmix convertida en hormiga. Pienso que Mirmidón fue algún hombre ilustre, por la acción de cuyos méritos dijeron que era hijo de Júpiter.

CAPÍTULO XIV

Sobre el río Janto, vigesimotercer hijo de Júpiter

El río Janto fue hijo de Júpiter, según atestigua Hornero en la *Ilíada* [XXI, 2] diciendo: «Del Janto que forma torbellinos, al que engendró el inmortal Júpiter, etc.» Ciertamente este río fluye en Ilio y cerca del mar mezcla sus aguas con las del Símois y junto con él corre. Pero es más largo por la fama que por las aguas. Hornero crea la ficción de que aquél hizo grandes cosas contra los Griegos. Pero hay que admirar que Hornero dijo en otro lugar que todos los ríos son hijos del Océano y que aquí dice que el Janto es hijo de Júpiter. Lo que evidentemente hizo dándose cuenta. Algunos dicen que el Janto es más un riachuelo que un río, entre los que está Lucano [IX, 974] quien dice: «Sin saberlo había atravesado el riachuelo que serpentea en seco polvo, que era el Janto, etc.» Y como se llena más por las lluvias que por una fuente, por eso no es hijo de Océano sino de Júpiter, puesto que en el aire, que es Júpiter, se producen las lluvias por las que corren los riachuelos.

[373] Boccaccio habla de *Corimosa,* pero tanto en Isidoro como en Rábano aparece Eurimedusa. El nombre que da Boccaccio puede proceder del manuscrito *Bernensis* de las *Etimologías* de Isidoro, donde se lee *Eorimose.*

CAPÍTULO XV

Sobre Lucífero, vigesimocuarto hijo de Júpiter, que engendró a Céix y a Dedalión[m]

Dice Barlaam que Lucífero fue hijo de Júpiter y de la Aurora y que se enamoró de una ninfa de Traquis y de ésta, violada por él, tuvo dos gemelos, a saber a Céix y Dedalión. Yo pienso que éste fue un hombre hermoso y benigno y por esto fue llamado hijo de Júpiter. Creo que se ha dicho que su madre fue la Aurora porque Venus, que se llama Lucífero al salir antes que el Sol y que la Aurora al amanecer, parece surgir del seno de la Aurora, y pienso que por esto surgió el acuerdo del nombre, y así Lucífero es celeste y así éste es llamado hijo de la Aurora. Y porque gobernó la provincia de Traquis se creó la ficción de que él la violó y tuvo de ella prole gemela.

CAPÍTULO XVI

Sobre Dedalión, hijo de Lucífero, que engendró a Quíone[375]

Dedalión fue hijo de Lucífero, como atestigua Ovidio [XI, 295-7] diciendo: «Era duro y fiero en la guerra y dispuesto para la la violencia, de nombre Dedalión y engendrado por aquel padre que llama a la Aurora y sale el último del cielo, etc.» Sobre éste cuenta Ovidio la siguiente fábula. Que como tuviese una hija, de nombre Quíone, y ésta por su belleza agradase a Febo y a Mercurio, ensoberbecida se atrevió a hablar contra Diana, consecuencia de lo cual fue que murió asaetada por aquélla. Al celebrarse los funerales, a causa del dolor quiso repetidas veces lanzarse al fuego en el que ardía el cuerpo de su hija; como no pudiera, al haber sido detenido tres veces, obstinado, al correr al fuego por cuarta vez, antes de llegar allí voló convertido en gavilán, cuyas costumbres tenía como hombre y mantuvo como ave. Teodoncio, quitando el velo de esta fábula, cuenta la historia diciendo que Quíone se casó

[374] Cf. *CFC,* XI, p. 280.
[375] Boccaccio la llama Liquione.

con Peón Epidaurense y que su padre Dedalión, hombre muy rapaz, fue expulsado por esto por su hermano Céix y recibido por Peón fue tenido con gran honor. Pero después de morir su hija, desesperado por el parentesco, al volver a su antigua costumbre, dijeron que se había convertido en gavilán.

CAPÍTULO XVII

Sobre Quíone, hija de Dedalión y esposa de Peón

Quíone fue hija de Dedalión. Esta, al alcanzar los catorce años, siendo muy hermosa, fue pedida por muchos como esposa, según dice Teodoncio, y se casó con Peón de Epidauro. Luego, al volver Mercurio del monte Cilene y Febo de Delfos, al verla, cautivos de su belleza, le pidieron separadamente la unión. Apolo dejó la esperanza de la unión deseada para la noche, Mercurio, con deseos más ardientes, sin esperar a la noche tocó a la doncella con el caduceo y la sumió en un profundísimo sueño y la violó mientras dormía y se fue. Febo, al llegar la noche, adoptó la figura de una vieja y llegó junto a ella y la violó. Y así sucedió que de uno y otro concibió y dio a luz de Mercurio a Autólico, que con el paso del tiempo, no desmereciendo de su padre, se convirtió en un habilísimo ladrón; de Febo dio a luz a Filamon, que fue importante en el canto y en la cítara. Pero como ésta, a causa de tan generosa descendencia y porque había agradado a dioses tan espléndidos, se ensoberbeciera, se atrevió a anteponer a la belleza de Diana su propia belleza. Enfurecida Diana por esta causa, mató con sus flechas a la soberbia. Ya se ha puesto al descubierto qué hay escondido bajo esta fábula antes, cuando se ha escrito sobre cada uno de éstos. Pienso que el hecho de que Quíone haya sido muerta por Diana no es otra cosa a no ser que ella acabó su vida por la acción de los fríos humores.

CAPÍTULO XVIII

Sobre Céix, hijo de Lucífero

Céix, rey de la región de Traquis, fue hijo de Lucífero, de lo que Ovidio [XI, 270-2] dice así: «Aquí gobernaba el reino sin violencia, sin muerte, Céix hijo de Lucífero, quien llevaba en su rostro el resplandor paterno, etc.» En efecto, como dice Ovidio, este hombre piadoso y bello tenía como esposa a Alcíone, a la que amaba por encima de todo y era muy amado por ella. Esta, al querer él ir a consultar a Apolo Clario y no poder hacer el viaje por tierra porque lo impedía la guerra de Forbante, se oponía todo lo que podía para que no viajara por mar. Pero Céix, confiando más en su deseo que en el consejo o el beneplácito de su esposa, embarcándose emprendió el viaje. Y al poco tiempo surgió una enorme tempestad, por la que naufragó el navio excesivamente cargado, y el infeliz murió absorbido por las aguas. Alcíone, en casa día y noche, honraba a Juno con ruegos y sacrificios en favor de la salvación de su esposo. La diosa, al no poder soportar los ruegos vanos de una mujer devota, se fue a la casa del Sueño e hizo que enviase a Morfeo, uno de sus siervos, a quien le era posible vestirse de distintas figuras de hombres, para que éste anunciase en sueños a Alcíone lo que había sucedido. Cuando ésta entristecida lo conoció en sueños, despertándose corrió hacia la playa, a la que casualmente había empujado la marea el cadáver de Céix. Al verlo, cuando no pudiendo soportar el dolor intentaba precipitarse a las aguas, por Compasión de los dioses y de Lucífero, ambos, tanto el cuerpo muerto como Alcíone que se precipitaba, fueron convertidos en pájaros y tienen el nombre de la amante mujer y hasta ahora conservan las playas y mares. Sobre éstos dice Ambrosio en el *Hexameron* [V, 13, 40]: «Han atribuido este tiempo a los partos, cuando más se alza el mar y el oleaje se estrella en las playas, y, lo que es admirable, dice que, puestos los huevos en la playa, al punto se calma el mar y caen todas las tempestades de los vientos, hasta que durante siete días Alcíone caliente sus huevos y nacen los polluelos y después ésta cría durante otros siete días a los nacidos, y así durante catorce días permanece el mar tranquilo para estas aves, como regalo de un dios, a estos días los marineros los llaman Alcioneos.» Así Ambrosio; si lo hubiese dicho un poeta, Ib hubiera considerado propio de una fábula. Teodoncio confirma esta historia y asegura que lo que de ficción hay en su parte final

fue imaginado por el suceso y el nombre de la mujer. Casualmente, al venir en aquella tempestad el exánime cuerpo de Céix al litoral empujado por las olas y Alcíone oprimida por el dolor sumergirse en la muerte, aquellas aves, cuyo nombre era alciones, aparecieron a los que estaban presentes, por lo que todos dijeron que muertos fueron metamorfoseados en las aves Alciones.

CAPÍTULO XIX

Sobre Orion, vigesimoquinto hijo de Júpiter, que engendró a Hipólago

Orion fue hijo de Júpiter, de Neptuno y de Mercurio, según Ovidio. Pero, puesto que acostumbraron a denominar lo común por lo más digno, es opinión de Teodoncio que se llama sólo hijo de Júpiter. Sin embargo, aunque los antiguos están de acuerdo sobre su origen, discrepan sobre el transcurso de su vida y su fin. Pues sobre éste, antes que otros, Ovidio *[Fast.,* V, 495 ss.] cuenta la siguiente fábula. A saber, que al recorrer las tierras Júpiter, Neptuno y Mercurio, sucedió que, llegando la noche y al no tener ninguna diversión, entraron en la cabana del anciano Hirieo, cultivador de un pequeño campo. Como éste hubiese recibido de buen grado a aquellos desconocidos, tan rápidamente como advirtió que eran dioses, matando un buey les ofreció un sacrificio. Conmovido Júpiter por esta devoción, le dijo que pidiera lo que deseara. Este dijo que no tenía esposa y que había prometido a su esposa muerta que él no tomaría ninguna otra, pero que deseaba un hijo. Júpiter, junto con los otros dos dioses, cogieron la piel del buey sacrificado y, después de haber orinado en ella, ordenaron al anciano que la dejase estar durante diez meses metida en tierra. Como éste lo hubiera hecho así, en el décimo mes salió un niño que fue llamado Orion. Este, hecho mayor y compañero de Diana en la caza, confiando en sí mismo se atrevió a decir que no había fiera a la que no pudiera vencer. Turbados los dioses por esto, ocurrió que la tierra al punto hizo surgir frente a él un animal, a saber un escorpión, vencido por el cual murió. Pero Latona, compadecida del satélite de su hija, lo trasladó al cielo y lo puso como signo celeste junto a Tauro y puso junto con él a su perro, al que llamaba Sirio. Estas cosas Ovidio. Pero Servio *[a En.,* I, 535] dice

que estas cosas le sucedieron al rey Enopión y que aquél ya mayor deseó unirse a Diana, por lo que, según el testimonio de Horacio *[Od.,* III, 4, 70 ss.], fue atravesado por sus flechas. Con esto está de acuerdo Hornero en la *Odisea* [V, 121] cuando dice que por el odio de los dioses fue muerto por Diana con sus flechas en Ortigia. Lucano [I, 836] por su parte dice que aquél murió por un escorpión enviado por Diana y que por compasión de los dioses fue subido al cielo y convertido en un signo indicio de las tempestades. Servio en otro sitio *[a En.,* X, 763] opina sobre esto de muy distinta forma, diciendo que como el hijo tenido de Enopión fuese de gran estatura y convertido en un excelente cazador, quiso violar a la hija de Enopión, por este motivo Enopión lo privó de la vista. Como éste recibiera un oráculo de que si por el mar se dirigía al Oriente, de tal manera que siempre tuviera la cuenca de los ojos enfrente de los rayos del sol, podría recuperar la vista, él intentó hacerlo y al oír el estrépito de los Cíclopes forjadores, siendo su guía el sonido, llegó junto a ellos y uno de éstos se colocó sobre sus hombros y, dirigiéndose al sol con la guía de aquél, recuperó los ojos. Esta fábula contada tan inútilmente oculta una razón física y la historia. Pues creo que los poetas en la veneración de Orion mostraron el origen de nuestra reproducción, entendiendo por Júpiter y Neptuno lo cálido y lo húmedo, que está unido al semen humano. Por la piel del buey el útero de la mujer, en el que, después de que llega el semen del hombre, no llega nada a no ser una natural frialdad, la que comprime y cierra la boca del útero y reúne el semen en uno y no estará en la matriz el semen. Sostuvieron que se entendía esta frialdad por Mercurio, que es frío de constitución. Por la piel cubierta con tierra, esto es de la mole corpórea de alrededor, salió un niño después del décimo mes. El hecho de que intentara violar a Diana puede entenderse porque, puesto que Orion es un signo celeste y al comenzar él a aparecer, lo que sucede en el mes de octubre, surgen las lluvias y el ímpetu de los vientos y las tempestades de las que surgen las inundaciones y los maremotos, y así parece que en esto quiere vencer a la luna, esto es a Diana, que es la causa de los movimientos de las aguas. Pero al faltarle su poder y perseverando el de la luna, aparece vencido por ella. O por la acción del movimiento de la luna sucede muy a menudo que, del mismo modo que se frenan los ímpetus de Orion y se domeñan las tempestades, así es herido por los dardos de Diana. La razón de que sea vencido por un escorpión salido de la tierra es la siguiente. La figura de Orion fue colocada por los antiguos astrólogos junto al signo

de Tauro y surge en oriente en el mes de octubre y entonces comienzan las tempestades, como se ha dicho, como si él las trajera consigo. La figura de Escorpión está situada en la parte opuesta del cielo y no comienza a subir a Oriente antes de que Orion se oculte por occidente; y puesto que en su orto cesan las lluvias y las tormentas y aparece el tiempo sereno y la primavera, se dijo que Orion fue vencido por Escorpión, quien se dice que salió de la tierra porque surge de la tierra o porque al surgir de oriente parece salir de la tierra. El que haya sido privado de la vista por Enopión y las restantes cosas fabulosas, pertenecen a la historia que relata así Teodoncio. Dice que Enopión fue rey de Sicilia y que su hijo Orion fue un robustísimo joven y dedicado a la caza y que un día, cansado por la caza, se metió en una cueva y se durmió y que le pareció en sueños que era persuadido por Venus para que, nada más levantarse, se uniera a una joven que pasaba. Este despierto, al salir de la cueva, se encontró con su hermana Candíope[m], que pasaba su tiempo igualmente en cacerías; como arrastrase a la que se oponía a la cueva, la violó y tuvo de ella un hijo al que llamó Hipólago. Al conocer esto Enopión indignándose le ordenó ir al exilio. Orion, privado de la esperanza del reino, consultó al oráculo, del que obtuvo como respuesta que si se dirigía a Oriente recuperaría el honor regio. Este, tomadas unas naves y a Candíope junto con su pequeño hijo, por obra de un experto marinero fue trasladado a Tracia, que es una provincia al oriente de Sicilia. Allí, después de haber sometido a los habitantes, con su valor y con el favor del cielo fue tenido en gran estima y llamado hijo de Neptuno. Vista esta historia, creo que se pone suficientemente de manifiesto la intención de la fábula.

CAPÍTULO XX

Sobre Hipólago, hijo de Orion, que engendró a Driante

Hipólago, según aparece arriba, fue hijo de Orion y de Candíope. Sobre él apenas recuerdo haber leído nada a no ser que engendró a Driante.

[376] A la hija de Enopión se la llama Mérope, no Candíope.

CAPÍTULO XXI

Sobre Driante, hijo de Hipólago, que engendró a Licurgo

Driante fue hijo de Hipólago, según atestigua Estacio [IX, 842-3] diciendo: «Y muere el horrendo Driante, quien tiene como autor de su sangre al turbulento Orion, etc.»[377]. Dice Teodoncio que por mediación de Hipólago, del que fue hijo, éste estuvo en la guerra de Tebas y favoreció a los partidarios de Etéocles. Este, como hiriese en la lucha a Partenopeo con una herida mortal, según opina Lactancip [*a Teb.,* IX, 876], fue muerto por Diana con sus flechas. Tuvo como esposa a Clustimena de Coicos, de la que tuvo un hijo: Licurgo.

CAPÍTULO XXII

Sobre Licurgo, hijo de Driante, que engendró a Angeo, a Harpálice y a Filis

Licurgo, según afirma Hornero en la *litada* [VI, 130], fue hijo de Driante, pues dice así: «Pues ni el hijo de Driante, el fuerte Licurgo, etc.» Sobre éste se cuentan muchas cosas. Hornero, en efecto, dice donde arriba que, como persiguiera a las nodrizas de Baco que se ocultaban en Nisa y el mismo Baco temeroso huyera al mar, Licurgo se hizo odioso para los dioses y fue privado de la vista. Servio *[a En.,* III, 14] dice que, como él despreciase a Baco y creyera que cortaba sus vidas, se cortó sus piernas. Lactancio *[a Teb.,* IV, 742] dice que éste fue rey de Tracia y se arrojó al mar, porque fue el primero que mezcló agua con vino e infectó con muchos venenos a la que era pura en la bebida. Estas cosas tan distintas pueden ser reducidas a una así. Pues dice Servio que éste fue abstemio y por ende que despreciaba el vino, y por ello fue abandonado por los dioses, porque ignoraba lo conveniente del glorioso licor tomado con moderación. Como lo despreciaba y cortara las vides, crearon la ficción de que se había

[377] Se ve en estos versos como padre de Driante a Orion y así lo atestigua Lactancio, *ad locum.*

cortado las piernas porque el beber vino hace a los hombres dispuestos a todo. El hecho de que se haya arrojado al mar no es otra cosa a no ser que éste, por su simplicidad, fue condenado por la naturaleza a beber eternamente agua, puesto que rechazaba el vino. O de otro modo. Sostienen que éste despreciaba a Baco porque, como gran devorador, parecía menospreciar las fuerzas de Baco y haber perdido los ojos por su excesiva glotonería, lo que sucede a la mayoría. El que se piense que cortó las vides de aquél no pretende otra cosa a no ser que, al beber mucho, creía que él enviaba la escasez del vino, pero se cortaba las piernas, es decir quitaba las fuerzas de sus piernas, como vemos que sucede a menudo a los ebrios, cuando caminan titubeantes cargados de vino. El que se haya arrojado al mar se ha dicho porque ya que el mar es salado y lo salado ha de aumentar la sed y los bebedores de este tipo cuanto más beben más sed tienen y parecen arrojados al mar, esto es que están en una sed eterna.

CAPÍTULO XXIII

Sobre Angeo, hijo de Licurgo

Angeo[378], según Lactancio *[a Teb.,* V, 399], fue hijo de Licurgo y, según dice Estacio [V, 398-9]: «Vemos a los Eácidas y a Anceo que amenaza enormemente los muros, etc.» Parece que fue uno de los Argonautas; por esta causa no creo que haya sido hijo de éste, puesto que leemos que Driante, el padre de Licurgo, murió en la guerra de Tebas, que fue después de largo tiempo. Además, Isidoro en *Sobre las Etimologías* [XV, 1, 48], dice que éste fundó Samos. De esto se sabe que él fue mucho más antiguo que Licurgo.

CAPÍTULO XXIV

Sobre Harpálice, hija de Licurgo

Papias dice que Harpálice fue tracia e hija de Licurgo y dedicada a la caza. Sobre la cual dice Virgilio [I, 316-7]: «O como

[378] El nombre que dan Estacio y Lactancio es *Ancaeus,* frente a Isidoro que da *Angeus.*

la tracia Harpálice fatiga los caballos y sobrepasa en su huida al alado Hebro, etc.» Teodoncio dice que ésta abandonó su patria y se fue junto a las Amazonas y allí gobernó. Servio *[a En.,* I, 317] escribe sobre ésta que, al saber que su anciano padre había sido capturado por los Getas, reunida al punto una gran multitud y más rápido de lo que puede pensarse en una mujer, lo liberó con sus armas y fuerza.

CAPÍTULO XXV

Sobre Filis, hija de Licurgo

Filis, según dice Ovidio en las *Epístolas [Her.,* II] fue hija de Licurgo, rey de Tracia; como llegase junto a ella, destruida Uio, Demofoonte empujado por una tempestad, fue recibido por ella como huésped y en su lecho y, como tras la muerte de Menesteo, rey de Atenas, quisiera volver a la patria, reparadas las naves y conseguido permiso por un tiempo, la dejó. Esta, al estar angustiada porque aquél no volvía al término del permiso, según sostienen algunos, se ahorcó. Otros dicen que, como quisiera arrojarse al mar, fue convertida por compasión de los dioses en un almendro y luego, cuando volvía Demofoonte, floreció a su llegada. La razón de esta ficción puede ser la siguiente: el almendro se llama en griego *phylla,* en el que permaneció el nombre de Filis al morir. Esta, al soplo del Zéfiro, que es el viento occidental y que yendo hacia Tracia pasa por la región del Ática, florece, puesto que este viento favorece las plantas y gramas hasta tal punto que florecen, y de aquí se originó la fábula, a saber que Filis se alegra y florece al venir de Atenas su amante.

CAPÍTULO XXVI

Sobre Minos, vigesimosexto hijo de Júpiter, que engendró a Andrógeo, a Glauco, a Ariadna, a Fedra y a Deucalión

Minos fue considerado hijo de Júpiter y de Europa, según dicen, engendrado de esta forma. Sostienen que Europa, hija de Agénor,

agradó al Júpiter Cretense y sucedió por obra de Mercurio que la doncella vino a la costa desde los pastos de la montaña, donde Júpiter, transformado en un blanco toro y mezclado en el rebaño del rey, se mostró hasta tal punto manso a la doncella que la doncella, atraída por su mansedumbre, en principio se atrevió a tocarlo con sus manos, luego se subió a sus lomos. Poco a poco Júpiter la lleva a la costa y desde allí se va a alta mar; la doncella, temerosa, se apoya en los cuernos y en los lomos con sus fuerzas y así el toro nadando la llevó hasta Creta donde, recobrada la forma de Júpiter, la violó y de ella tuvo a Minos, Radamantis y Sarpedón. Minos, llegado a la edad adulta, tomó como esposa a Pasífae, la hija del Sol, y de ella tuvo hijos e hijas. Entre éstos Andrógeo fue de excelentes cualidades. Este fue muerto por envidia por los Atenienses y Megarenses, porque los había vencido en la palestra. Para ir a vengar a éste, Minos pidió a su padre una víctima digna para su altar; Júpiter le dio un toro que resplandecía por su hermosa blancura. Agradado con este Minos, olvidándose del compromiso, prefirió ponerlo en sus rebaños antes que ofrecerlo como víctima y, realizado el sacrificio con otro, se fue a la guerra. En ésta, después de haber sometido a los Megarenses con el crimen de Escila, la hija del rey Niso, venció a los Atenienses en la guerra. A éstos los sometió a una ignominiosa servidumbre, a saber que cada año enviasen siete jóvenes a Creta para ser sacrificados como premio para los vencedores en el agón que había instituido para el aniversario de Andrógeo. Entretanto se hizo por la cólera de Júpiter y se cumplió por el odio de Venus contra la descendencia del Sol que Pasífae se enamorara del toro conservado por Minos y que se uniera a él con la ayuda de Dédalo y pariera un hijo semihombre. Por esta ignominia se mancilló bastante la gloria de Minos vencedor. Después de haber encerrado éste a Dédalo junto con su hijo Icaro en el Laberinto hecho por él, llegó Teseo, hijo del rey Egeo, enviado por los Atenienses mediante sorteo. El cual, vencido el Minotauro y liberados los Atenienses de tan ignominiosa servidumbre, saliendo de Creta a escondidas, llevó consigo a Ariadna y a Fedra, hijas de Minos. Y Dédalo, por otra parte, con unas alas fabricadas para sí y para su hijo, huyó volando de la cárcel hasta Sicilia. Al darse cuenta Minos de que éste se había ido, tomando las armas contra él lo persiguió. Pero en Camarina, ciudad de Sicilia, según opina Aristóteles en la *Política* [II, 10, *4]*[m] fue asesi-

[379] Aristóteles dice que acabó su vida junto a Cárnico. Efectivamente allí reinaba Cócalo, pero Aristóteles no lo nombra.

nado por las hijas del rey Cócalo. Los poetas dijeron que él, después de su muerte, fue juez en los Infiernos, según se ve en los versos de Virgilio [VI, 432-433]: «El juez Minos mueve las urnas; él convoca la asamblea de los silenciosos y está informado acerca de sus vidas y crímenes, etc.» Ha de entenderse con seriedad sobre estas cosas que están muy mezcladas con historias y ficciones. Que Minos haya sido considerado hijo de Júpiter hay quienes sostienen que es verdad y que entonces Júpiter fue un hombre y rey de Creta y que Europa fue tomada por un mediador y aconsejada y raptada del litoral fenicio, y no a lomos de un toro sino en una nave cuyo nombre o insignia fuese un toro, transportada a Creta y allí unida al rey Júpiter y que tuvo a Minos y los otros hijos. Hay quienes sostienen que fue raptada y violada por Júpiter y que luego se casó con Asterio, rey de Creta, y que de él tuvo los hijos que hemos dicho, según escribe Eusebio en el libro de los *Tiempos* [47, 7-11]. Y si es así, entonces se creó la ficción de que éste fue hijo de Júpiter o bien para aumentar su gloria o porque por sus obras se presentaba semejante al planeta Júpiter. Pues fue entre otras cosas un hombre justo y severo en la justicia para con sus subditos y dio a los Cretenses leyes, que todavía no tenían y, para que fueran mejor aceptadas por un pueblo rudo, él solo se retiraba a una cueva y cuando le parecía que había hecho algo conveniente, saliendo mostraba que él lo había obtenido de su padre Júpiter; con esta astucia quizá consiguió esto, ser tenido como hijo de Júpiter y las leyes por él creadas fueron tenidas en gran estima. No parece en modo alguno que por el tiempo se acepte que éste fue hijo de Asterio, puesto que consta que Asterio reinó en Creta, reinando Dánao en Argos, sobre el año 3753 del mundo, dado que la guerra tenida por él contra los Atenienses tuvo lugar reinando Egeo, quien reinó alrededor del año 3.960 del mundo. Se dijo que Dédalo voló porque, preparadas unas largas naves que tenían fuerza por una gran cantidad de remeros, se fue a escondidas como si volara. Fue llamado juez de los lugares inferiores porque entre los mortales, que con respecto a los cuerpos celestes somos los inferiores, componiendo leyes y mostrando el derecho a quienes lo pedían, realizó el trabajo de juez. Además no hay que omitir cuan distintamente opinaron los escritores sobre la época de éste. Pues se lee en Eusebio [49, 6-7] que Minos reinó en Creta en el vigesimosegundo año de Linceo, rey de Argos, que fue el año 3.796 del mundo. Y no mucho después [47, 25] aparece que reinando Acrisio en Argos fue raptada Europa por los Cretenses, en el año 3.879 del mundo, que dista mucho de lo anterior. A continuación

escribe allí mismo que reinando Pandíon en Atenas fue raptada Europa, lo que pudo haber sucedido alrededor casi del año 3.916 del mundo, y esto está de acuerdo mucho más que el tiempo de antes con lo que se lee sobre Minos. Pues, según dice el propio Eusebio [57, 1-3], se recuerda por parte de Paladio que, reinando Egeo en Atenas, Minos se adueñó del mar y dio leyes a los Cretenses. Lo que se entiende que fue en el año 3.953 del mundo. Y aunque se lee allí mismo que Platón convence de que esto es falso. Pero está de acuerdo con lo que se lee sobre Teseo y con lo que cuenta Filócoro[3m] en el libro de Atis sobre el Minotauro, aunque discrepan algo de estas cosas las que después dice Eusebio, quien afirma que en el año sexagesimoprimero del reinado de Atreo y Tiestes Minos tomó las armas contra Dédalo en Sicilia, lo que, según el cálculo de los años del mundo, sucedió en el año 4.002, año que dista mucho de los otros, aunque es posible que él viviera durante tan largo tiempo, si no estuviera en contra de la época de sus sucesores, como se verá en lo que sigue. Lo que se refiere al toro y a Pasífae ya se ha explicado antes cuando se ha hablado sobre Pasífae.

CAPÍTULO XXVII

Sobre Andró ge o, hijo de Minos

Andrógeo fue hijo de Minos y de Pasífae, un joven de destacado valor. Este, como venciera en Atenas a todos en la palestra, fue muerto por envidia por los Atenienses y los Megarenses. Alzándose su padre para su venganza, muerto Niso rey de Mégara, venció con una dura guerra a los Atenienses y los convirtió en tributarios suyos.

CAPÍTULO XXVIII

Sobre Glauco, hijo de Minos

Glauco, según dice Servio *[a En.,* VII, 796], fue hijo de Minos, no dice de qué madre. Este, como dice el propio Servio, viniendo

[380] Citado por Eusebio, *Tiempos,* 58, 1-11. Cf. Jacoby 328 F 17.

de Italia pidió para sí un reino, lo que no se le concedió en absoluto porque no ofrecía nada a los habitantes, como había hecho su padre, quien había mostrado el cinturón a los que iban sin ceñir. Por esta causa les mostró un escudo, por el que él mismo fue llamado Labico y los habitantes Labicos. Y así parece que Minos reinó algún tiempo sobre los ítalos. Lo que yo admiro y pienso que las palabras corrompidas no hacen que la historia esté corrompida.

CAPÍTULO XXIX

Sobre Ariadna, hija de Minos y esposa de Baco

Ariadna fue hija de Minos y de Pasífae, como a menudo atestigua Ovidio *[Her.,* X]. Esta amó a Teseo, enviado a Creta por los Atenienses, y a escondidas se unió a él, habiendo dado palabra de que la llevaría como esposa y a su hermana Fedra para Hipólito, le enseñó de qué modo podía entrar en el Laberinto y vencer al Minotauro y salir del Laberinto teniendo un hilo como guía. Aquél, después de haber llevado a feliz término todo, subiendo de noche a Ariadna y a Fedra en una nave, ocultamente se fue y en la isla de Quíos[M1], según dice Ovidio, o Naxos, como dice Lactancio *[a Teb.,* VII, 686], alejándose en la noche, abandonó a Ariadna allí mientras dormía. Esta despierta, al verse abandonada, comenzó a llenar toda la playa con gritos y gemidos propios de mujer. Pero Baco, que casualmente navegaba cerca, después de verla y enamorarse de ella se unió a ella en matrimonio y de ésta, según opinan algunos, tuvo a Toante, rey de Lemnos. Pero como Baco venciera al rey de los Indos y se enamorara de su hija y Ariadna se lamentara de esto durante largo tiempo, ablandada por Baco con abrazos y lisonjas, la corona que antes había hecho Vulcano y se la había dado a Venus se la había regalado a Ariadna, la subió al cielo y la adornó con nueve estrellas y luego fue llamada Ariadna por su nombre, e igualmente llevó consigo al cielo a Libera[382] y la convirtió en una figura celestial. Las islas de Naxos o Quíos son abundantes en buen vino; pienso que Ariadna fue presa de éste y por ello, borracha, fue abandonada por Teseo y, puesto que pa-

[381] Sin duda una mala lectura, ya que Ovidio habla de Día.
[382] Nombre de Ariadna.

saba el tiempo bebiendo, después fue llamada esposa de Baco. Luego, puesto que toda la honestidad de la mujer desaparece con el vino, le es dada una corona por Venus, esto es como señal de lujuria, que es llevada hasta el cielo, es decir al conocimiento de todos y no sólo como detestable deshonra de la infamia es llevada en boca de los hombres, sino que, por acción del vino, la mujer se dejará llevar al abrazo carnal de cualquiera.

CAPÍTULO XXX

Sobre Fedra, hija de Minos y esposa de leseo

Fedra fue hija de Minos y de Pasífae, según divulgó suficientemente la antigua fama. Esta, junto con su hermana Ariadna, se fue con Teseo, una vez vencido el Minotauro y, abandonada Ariadna, según se ha dicho antes, se convirtió en la esposa de aquél. Y de él tuvo a Demofoonte y a Antíloco. Después, como Teseo hubiera bajado a los Infiernos junto con Pirítoo para raptar a Prosérpina, se enamoró de su hijastro Hipólito. Al no querer Hipólito ceder a su pasión, ciega de furor lo acusó a Teseo cuando regresó de que aquél había querido violarla. Por esta causa Hipólito, huyendo de la cólera de su padre, según se ha dicho antes al hablar sobre Hipólito, arrastrado por los caballos, murió; pero como el rumor dijera que aquél había muerto, se arrepintió de la falsa acusación y, confesando su crimen a Teseo, se dio muerte ella misma con la espada de Hipólito. Servio *[a En.,* VI, 445] en cambio dice que acabó su vida ahorcándose.

CAPÍTULO XXXI

Sobre Deucalión, hijo de Minos, que engendró a Idomeneo

Deucalión, según opina Hornero en la *Ilíada* [XIII, 451], fue hijo de Minos, no se conoce de qué madre, pero puede considerársele sucesor de aquél, puesto que su hijo Idomeneo fue rey de los Cretenses.

CAPÍTULO XXXII

Sobre Idomeneo, hijo de Deucalión, que engendró a Orsíloco

Idomeneo fue hijo de Deucalión, como atestigua Hornero *[Il.,* XIII, 452]. Este guerreó con los Troyanos junto con los Griegos. Pero, según dice Servio *[a En.,* III, 121], cuando, destruida Ilio, volvía a la patria con sus naves, al sufrir una tempestad prometió por su salvación a los dioses que, si le concedían volver sano y salvo a su reino, él les ofrecería un sacrificio de lo primero que le saliera al encuentro. Cuando éste llegaba al litoral de Creta, sucedió que antes que otros su hijo salió a su encuentro por el deseo de ver a su padre. Como éste lo inmolase, según dicen algunos, o pretendiera sacrificarlo, como opinan otros, fue expulsado por sus ciudadanos a causa de su crueldad. Después de haberse embarcado en sus naves a consecuencia de esto, llevado hasta Salentino, promontorio de Calabria, y después de haber determinado llevar allí su exilio, no lejos de la costa fundó para sí y para los suyos la ciudad de Petilia.

CAPÍTULO XXXIII

Sobre Orsíloco, hijo de Idomeneo

Orsíloco fue hijo de Idomeneo, según escribe Hornero en la *Odisea* [XIII, 260] cuando describe la genealogía de éste desde Júpiter hasta él. Este siguió a su padre Idomeneo en la expedición contra Troya; después de haber tenido buenos resultados en toda la guerra según su deseo, al final, a causa de su insolencia, mientras se oponía con todas sus fuerzas para que del botín de la capturada Ilio no se le diera a Ulises lo que por sorteo le correspondía, fue muerto por él.

CAPÍTULO XXXIV

Sobre Sarpedón, vigesimoséptimo hijo de Júpiter, que engendró a Antífates

Hornero *[Il.,* IV, 196] dice que Sarpedón fue hijo de Júpiter y de Laodamía, hija de Belerofontes. Sigue las huellas de éste Servio *[a En.,* I, 100]. Pero Agustín parece opinar de otro modo diciendo *[Ciud. dios,* XVIII, 12]: «Por aquellos años, a saber reinando Dánao en Argos, se cuenta que fue raptada Europa por Janto, rey de los Cretenses, del que en otros encontramos otro nombre, y de ahí nacieron Radamantis, Sarpedón y Minos, por lo que se dijo más que fueron hijos de aquella mujer y de Júpiter, etc.» Otros dicen que éstos fueron hijos de Asterio. Y por eso yo no pienso que éste sea aquel Sarpedón, puesto que aquél fue muy anterior a éste en el tiempo. Pero, dado que sobre aquél no se lee nada, será suficiente dar el nombre y sigamos con las cosas que leemos sobre éste. Así pues, éste fue rey de Licia y siguió a los Troyanos contra Agamenón y los Griegos, fue un hombre insigne de armas y luchando hizo muchas cosas dignas de recuerdo, según escribe Hornero en la *Iitada* [II, 876]. Finalmente fue muerto por Patroclo y por orden de Júpiter su cuerpo fue quitado por Apolo de en medio de los que luchaban y lavado en el río y rociado con el líquido ambrosíaco y vestido de regias vestiduras y restituido a los suyos para que se le rindieran honras fúnebres. Lo que indica aquí esta ficción es insignificante, no pretende otra cosa a no ser que por obra del médico es curado el cadáver y ungido y rociado con ungüentos para su conservación.

CAPÍTULO XXXV

Sobre Antífates, hijo de Sarpedón

Antífates fue hijo de Sarpedón, según testimonia Virgilio [IX, 696-7] cuando dice: «Y el primero a Antífates, pues éste iba el primero, nacido de madre Tebana, del gran Sarpedón, etc.» Este, sometida Ilio, siguió a Eneas hasta Italia y allí, luchando contra Turno, fue muerto por él.

CAPÍTULO XXXVI

Sobre Radamantis, vigesimoctavo hijo de Júpiter

Radamantis fue hijo de Júpiter y, como sostienen todos, de Europa, y reinando Dánao en Argos, según Eusebio [47, 24-26], fue rey de Licia. Como éste era un severo ejecutor de la justicia, los poetas crearon la ficción de que él en los Infiernos examinaba las culpas de los culpables. Sobre éste, Virgilio [VI, 566-7]: «El gnosio Radamantis tiene estos reinos crudelísimos y castiga y oye los engaños y obliga a confesar, etc.» Sobre el origen de éste y la ficción ha de entenderse lo que se dijo sobre Minos.

CAPÍTULO XXXVII

Sobre Arcisio, vigesimoctavo hijo de Júpiter, que engendró a Laertes

Arcisio, según atestigua Ovidio [XIII, 144 ss.], fue hijo de Júpiter. Ovidio describe a Ulises hablando sobre éste y explicando su nobleza contra Ayax con estas pocas palabras: «Pues mi padre es Laertes, de él Arcisio, Júpiter de éste, etc.», a saber de Arcisio.

CAPÍTULO XXXVIII

Sobre Laertes, hijo de Arcisio, que engendró a Ctímene y a Ulises

Laertes, según se ha demostrado, fue hijo de Arcisio. Este tomó cosió esposa a Anticlea, hija de Autólico, y de ella tuvo a Ulises y sus hermanos. Y vio que Ulises no iba por su propia voluntad contra Troya y soportó durante largo tiempo una vida cansada de trabajos hasta que lo ve volver después de largo errar y vengar las injurias.

CAPÍTULO XXXIX

Sobre Ctímene, hija de Laertes

Ctímene fue hija de Laertes, según escribe Hornero en la *Odisea* [XV, 363-4] diciendo: «Junto con la venebrale Ctímene de largo peplo, a la que engendré la última de mis hijos, etc.», a saber Laertes. A ésta, según aparece en el mismo libro, sus padres la entregaron como esposa a uno que fue llamado Samindis[383].

CAPÍTULO XL

Sobre Ulises, hijo de Laertes, que engendró a Telémaco, a Telégono y a Ausonio

Entre los antiguos es dudoso el linaje de Ulises, importante héroe. Pues unos dicen que él fue hijo del ladrón Sísifo. En efecto, Servio *[a En.,* VI, 529] dice que su madre Anticlea, antes de su boda, se unió a Sísifo, hijo de Eolo, y concibió a Ulises. Lo que le echa en cara, proclamándolo públicamente, Ayax Telamonio en Ovidio [XIII, 31] diciendo: «Por qué el nacido de la sangre de Sísifo, etc.» Lo que también afirma Teodoncio diciendo: Que Anticlea primero se casó con Sísifo y ya grávida, abandonado aquél, llegó junto a Laertes y de la unión con Sísifo dio a luz a Ulises. Pero Leoncio dice que después de haberse casado Anticlea con Laertes e ir a consultar un oráculo, fue apresada y violada por el ladrón Sísifo, quien después fue muerto por Teseo, y grávida por esta unión dio a luz a Ulises. Otros, entre los que están Hornero *[Il.,* XV] y Virgilio, dicen que éste fue hijo de Laertes y la fama imperecedera de muchos siglos lo atestigua. Yo, siguiendo la autoridad de éstos, digo que Ulises fue hijo de Laertes. Este fue un hombre de importantes consejos y enorme ingenio, no se sabe si de más valía por sus engaños o valor. A éste lo llama muy a menudo Hornero de diferentes formas, como si tuviera una forma para todo. Ciertamente soportando muchas cosas, todas las venció con

[383] Hornero, *Od.,* XV, 367, dice que Ctímene fue entregada como esposa a alguien de Same: *Samende* que con iotacismo se pronuncia *Saminde.*

admirable fortaleza. El tomó como esposa a Penélope, hija de Icaro[384], doncella hermosísima por su virtud y cuerpo. Y de ella tuvo en seguida a su hijo Telémaco. Luego, raptada por Paris, cuando Palamedes hacía la leva de los Griegos, según dice Servio [a *En.*, II, 81], intentó evadir el ir a Troya fingiendo que estaba loco, y al llegar a Itaca Palamedes, unció al yugo para arar animales de distinta clase y se mostró sembrando sal. Pero Palamedes, sospechando la astucia del hombre, cogiendo al pequeño Telémaco para probar el engaño de su inteligencia, lo puso ante el arado. Ulises, al ver a Telémaco, al punto apartó el arado y, así descubierto, fue obligado a ir a la expedición. En esta conservó la amistad del etolio Diomedes durante la gran duración del asedio. Y después de haber llevado a Ifigenia para el sacrificio en pro de vientos favorables bajo la esperanza de sus bodas, llegó a Troya con los restantes, donde actuó con la mayor astucia para obtener la victoria de la empresa con la mayor oportunidad. Pues, según dice Teodoncio, se consiguió por su obra que Aquiles, escondido por su madre entre las hijas de Licomedes con hábito de doncella, fuera encontrado y conducido al asedio. Con su ayuda fueron encontradas las flechas de Hércules, sin las cuales decían los oráculos que Troya no podía ser tomada, y también fueron obtenidas de Filoctetes y llevadas a Troya. Por obra suya las cenizas de Laomedonte, que se conservaban en la puerta Escea de Uio, fueron cogidas con cautela. Después de esto, él junto con Diomedes robó de Troya el Paladio fatal. Del mismo modo, muerto Dolón, convertido en espía junto con Diomedes, mató de noche a Reso, rey de Tracia y condujo al campamento los caballos blancos antes de que bebiesen en el Janto. Y alguna vez, según dice Servio [a *En.*, I, 242], cubierto con ropa de mendigo soportó con su aquiescencia azotes para entrar en Troya como espía y con fidelidad relató lo descubierto, una vez conocido por Helena. Además, como se distinguía mucho por su florida elocuencia, desempeñó alguna vez el oficio de legado entre los Griegos y el rey Príamo en pro de la concordia. Y muy a menudo mostró en medio de las filas cuánto valor tenía con las armas. También en las asambleas ayudó mucho a los Griegos con sus consejos. Tuvo odios con Palamedes porque lo había arrastrado sin él quererlo a la guerra y porque había traído trigo desde Tracia, lo que él, que había sido enviado, no había querido hacer; por esta causa maquinó la muerte de aquél mediante

[384] **El nombre del padre de Penélope es Icario, como ya hemos visto, y no Icaro.**

un engaño, según se ha dicho antes al hablar sobre Palamedes. Por último, se cree que él preparó la traición con la que, con el arte de Sinón o por otro camino Ilio fue tomada y destruida. Tomada Troya, luego tuvo una querella con Ayax Telamonio por las armas de Aquiles y finalmente las obtuvo contra aquél con su elocuencia. Y muerto Orsíloco, hijo del rey de Creta, porque se oponía a que se le diese parte del botín de Troya como se daba a los restantes príncipes, y muerta Políxena y estrellado Astianacte en una roca, se embarcó en sus naves para volver a la patria. Pero le sucedió lejos de lo deseado pues, zarandeado por muchas tormentas, fue llevado a larguísimos rodeos y una peregrinación de diez años. En el primer azote de las tempestades, según él mismo cuenta en la *Odisea* [IX, 39 ss.] a Alcínoo, rey de los Feacios, fue llevado hasta los Cícones. Después de haberlos atacado y haber conseguido toda la ciudad de Ismaro como botín, perdidos unos pocos de sus compañeros, fue empujado por una tormenta junto a los Lotófagos, y obligó a volver a los que había enviado como espías cuando probado el loto no se preocupaban de la vuelta. De allí fue llevado a Sicilia, donde entró en el antro del Cíclope Polifemo con doce de sus compañeros. Como el Cíclope hubiese devorado a seis de éstos, destruyéndole el ojo con un palo encendido, envuelto en pieles de carnero salió del antro del Cíclope junto con sus compañeros supervivientes. De allí llegó a Eolia, consiguió de Eolo los vientos encerrados en un odre y, cuando ya estaba próximo a Itaca, desatado el odre por los compañeros que creían que era un tesoro, soplando viento contrario fue devuelto a Eolia, desde la que expulsado por Eolo navegando llegó a los siete días junto a los Lestrígones. Como le fueran hostiles, perdidas las naves y los compañeros, huyendo con su sola nave llegó junto a Circe. Como ésta hubiera transformado a los exploradores en bestias, él con un fármaco recibido de Mercurio se acercó a ella sin temor, y con la espada desenvainada la amenazó con la muerte si no devolvía al punto a sus compañeros sus formas primitivas; después de que lo hizo, se unió a ella; pasado ya un año, y teniendo de ella a su hijo Telégono, después de haber renunciado a la inmortalidad, fue instruido por ella de lo que debía hacer. Habiendo dejado a Elpénor, muerto casualmente debido a su embriaguez, se embarcó en la nave e impelido por un viento favorable en una noche llegó al Océano donde, realizados los sacrificios que Circe les había indicado, tuvo la entrada a los Infiernos, donde encontró entre otros a su madre Anticlea y a Elpénor que recientemente se había precipitado, y fue hecho sabedor de muchas cosas futuras

por el adivino Tiresias. Luego, volviendo a la nave, regresó junto a Circe y, sepultado Elpénor y conocedor del futuro, apartándose de Circe llegó a la isla de las Sirenas. Para no poder volverse junto a ellas, taponó con cera los oídos de sus compañeros y ordenó que lo ataran al mástil de la nave y así, mientras ellas cantaban, dejó atrás sus lugares. Luego pasó entre Escila y Caribdis no sin gran peligro y con igual trabajo de todos. Y como llegase a los lugares en que los rebaños del Sol eran guardados por las Ninfas, ordenó que nadie los tocara. Por esto, como mientras él dormía Euríloco convenciera a sus hambrientos compañeros y cogieran varios animales del rebaño, consiguieron una tempestad imposible de soportar. En la cual, dado que, al ser destrozada la nave, murieron todos sus compañeros, él solo y desnudo, asido al mástil de la nave, fue llevado durante nueve días por las olas y el viento de un lado a otro. Y finalmente empujado a la isla de Ogigia, fue acogido por la ninfa Calipso y retenido por ella siete años. Luego, después de haber conseguido a duras penas apartarse de ella y de haber obtenido una nave con compañeros, Neptuno, ofendido porque había matado a su hijo Cieno en la pelea y había hecho demoler la Troya que él mismo había construido y le había privado del Cíclope, hijo suyo, fatigado por el grandísimo ímpetu del mar, sumergida la nave, se lanzó a las aguas. Compadecida Leucotea de éste que nadaba, le prestó su vela; como con su ayuda llegase al tercer día a la costa y entrase en la desembocadura del río de los Feacios, lanzada la vela al mar se quedó desnudo entre las hojas de los bosques. Descubierto allí por Nausícaa, hija de Alcínoo, recibió vestidos y luego, por obra de Palas, fue conducido hasta Arete, esposa del rey Alcínoo, donde mereció también recibir regalos, naves y compañeros que lo llevaron de regreso a Itaca, en donde lo dejaron durmiendo junto con los regalos. Despierto, aconsejado por Palas sobre lo que debía hacer, transformado en un anciano mendigo, llegó a presencia de sus porqueros junto a los que vio a Telémaco y le habló. Luego, sin ser reconocido, fue llevado a la patria por el porquero Sibotoe[385], donde en su propia casa soportó algunas ignominias de los pretendientes de Penélope. Y más tarde fue reconocido por su nodriza Euriclea. Después, confesando que era Ulises, de improviso tomó las armas contra los pretendientes junto con su hijo y dos porqueros y los mató a todos en una dura lucha. Aunque Teodoncio dice que los privó de la vista y que los

[385] Boccaccio habla del porquero Sibotoe tomando el nombre común *sybotes,* que en griego significa porquero, por el nombre propio del porquero Eumeo.

condujo a tan gran desgracia que estaban en las encrucijadas pidiendo limosna para alimentarse. Luego, vista Penélope, se acercó a la ciudad para ver al anciano Laertes. Finalmente dice Teodoncio que éste, aterrorizado por distintos sueños, al buscar la interpretación de éstos tuvo como respuesta que se guardara de su hijo. El, apartándose a secretos lugares, evitó cuanto pudo los presagios de los sueños. Luego Telégono, que había nacido de Circe, como viniese a Itaca buscándolo, fue alejado de su casa. El, puesto que era un joven de robusta fortaleza, mató a muchos de los que le impedían llegar; Ulises al final envió contra él un dardo mortífero. Después, al haberlo evitado Telégono, cogido de nuevo lo envió contra su padre. Al darse cuenta Ulises de que iba a morir a causa de este golpe, preguntó quién era y después de oír su nombre conoció la patria y el hijo y, al no poder huir de los presagios, murió. Pero Leoncio dice que él fue tocado con una espina venenosa de un pez casualmente por Telégono, que lo buscaba, y por ello murió. Ciertamente la historia de éste es larga aunque narrada sucintamente y mezclada con algunas ficciones, de las que la mayor parte se mostró en lo anterior. Y por ello veamos en pocas palabras las que quedan, y en primer lugar veamos qué pretenden con los vientos atados por una cadena de plata en un odre y soltados por los compañeros. Sin duda, Hornero en la *Odisea* quiere presentar un hombre bueno y, queriendo mostrar entre otras cosas qué se nos da como regalo a los que nacemos por la bondad divina, dice que por Eolo, es decir por Dios, son dados los vientos, esto es el apetito concupiscente, en una piel de buey, es decir en el juicio de la edad viril que debe ser fuerte y constante como es la piel de buey, y éstos están atados con una cadena de plata, es decir con la famosa sonoridad de la resplandeciente virtud, en la que algunos de hecho conservan la piel mucho más reforzada que con la contemplación del amor divino. Sin embargo, los compañeros de Ulises, esto es los sentidos que dominan en nuestra razón por la desidia del cuerpo humano, sueltan la cadena pensando que hay botín, es decir pensando que es mejor y más dulce la vida en los placeres no sujetos a regla alguna que ligados en una sólida razón. Sueltos éstos cuando nos deslizamos a este y aquel placer, surgen tempestades en el ánimo, esto es vergüenzas, represiones, remordimientos de conciencia, fluctuaciones del ánimo, tristezas, carencia, enfermedades y mil clases de males que nos apartan de la patria, es decir de la tranquilidad. Pienso que Ulises fue al Océano y allí mismo se le abrió el camino con sacrificios para los Infiernos y que navegó en una noche hasta el

lago Averno en el golfo de Bayas y allí mismo realizó aquel obsceno sacrificio, muerto Elpénor, con el que los Manes son llamados junto a los de arriba, y tuvo una respuesta a sus preguntas por parte de los espíritus inmundos. Que se le haya prestado a Ulises náufrago una vela por Leucotea pienso que no fue otra cosa sino la esperanza inamovible de huir que se conservaba en su fuerte pecho. Esta hizo que al desesperar no se arrojase al mar. Una vez que consiguió lo esperado, arrojó atrás esta esperanza. Muy a menudo éste fue ayudado por Palas porque, instruido por sus advertencias, evitó muchos peligros e hizo muchas cosas convenientes para sí.

CAPÍTULO XLI

Sobre Telémaco, hijo de Ulises

Telémaco fue el hijo de Ulises, que su padre dejó pequeño junto a su madre. Este soportó muchas cosas por parte de los pretendientes de su madre, de los que se vengó finalmente junto con su padre.

CAPÍTULO XLII

Sobre Telégono, hijo de Ulises

Telégono fue hijo de Ulises y de Circe. Este, cuando buscaba ya adulto ver a su padre, lo mató sin conocerlo y yendo a Italia fundó Tíbur, según dice Ovidio *[Fast.,* IV, 71-2]: «Y ya se levantaban las murallas de Telégono, ya las de la húmeda Tíbur, que habían colocado las tropas Argólicas, etc.» Dice Papias que éste edificó Túsculo.

CAPÍTULO XLIII

Sobre Ausonio, hijo de Ulises

Ausonio fue hijo de Ulises, como escribe Paulo Longobardo en aquella historia que escribió *Sobre las hazañas de los Longobardos,* diciendo que por él toda Italia se llamó Ausonia. Tito Livio lo ve de otro modo en el libro IX de *Desde la fundación de la ciudad* [25] diciendo que las ciudades de Minturna y Vescia eran ciudades de los Ausonios, capturadas por la traición por ellos siendo cónsules M. Pelio y G. Sulpicio y casi fue destruido todo el pueblo Ausonio. Y así aquella parte de Italia fue Ausonia. Yo pienso que este Ausonio fue Latino, el que sostienen algunos que fue hijo de Circe y de Ulises, diciendo que fue tenido de la ninfa Marica, puesto que, según atestigua Servio *[a En.,* VII, 47], Marica es una diosa del litoral junto al río Minturnense Liris [386].

Nosotros, aunque quedan muchos de la descendencia de Júpiter, descansaremos un poco poniendo fin a este libro.

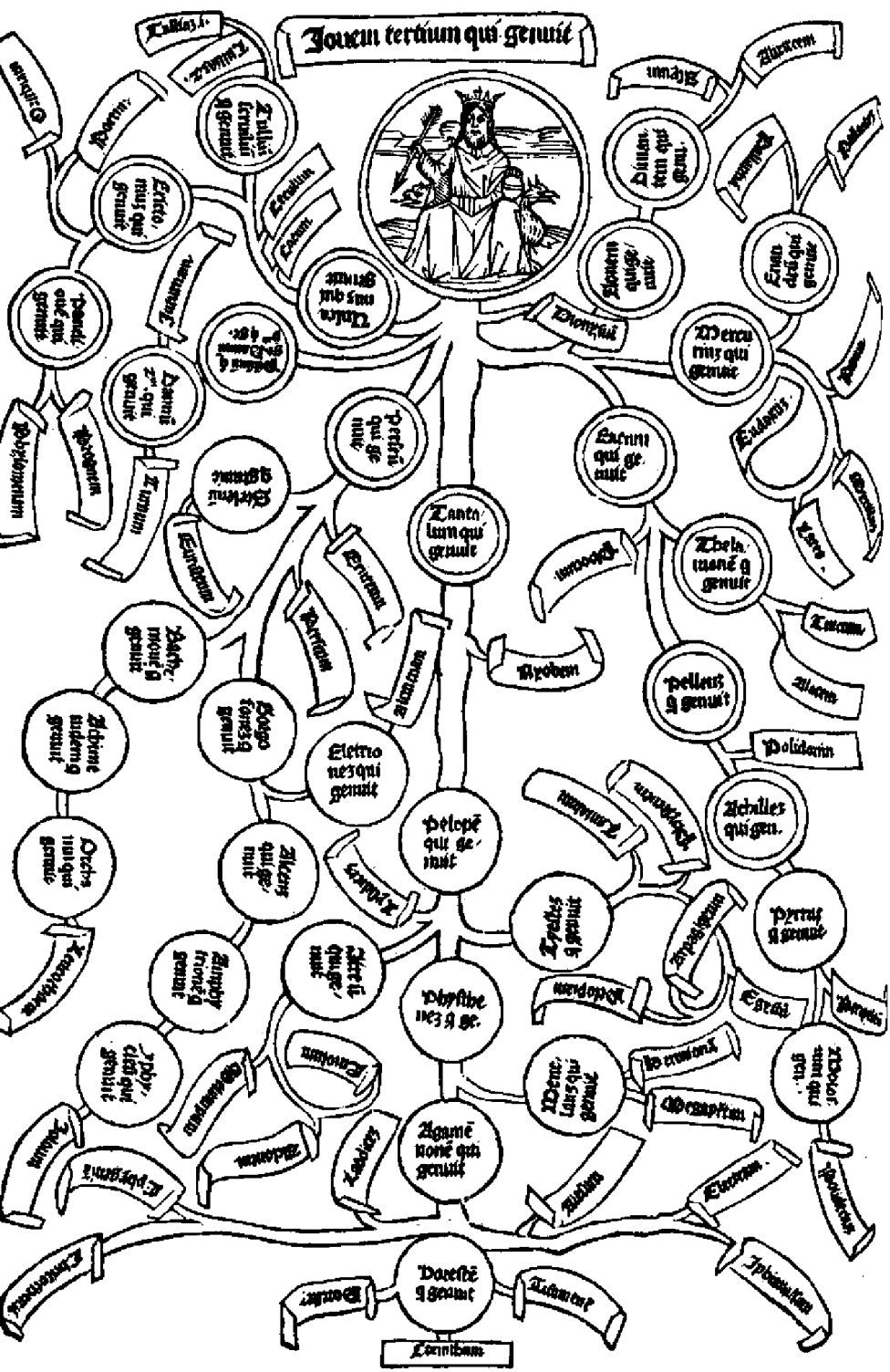
Termina el Libro Undécimo de la Genealogía de los dioses paganos.

[386] Para todo lo relativo a Ausonio cf. *CFC,* XI, pp. 279-80.

COMIENZA FELIZMENTE EL LIBRO DUODÉCIMO DE LA GENEALOGÍA DE LOS DIOSES PAGANOS, SEGÚN JUAN BOCCACCIO DE CERTALDO

En el árbol grabado a la derecha, en cuya raíz está colocado el tercer Júpiter, se describe en las ramas y en las hojas las descendencias antedichas de los ocho hijos de Júpiter, a saber de Tántalo, Dioniso, Verseo, Aón, Eaco, Pilumno, Mercurio y Vulcano.

Bis senus Iouis octo notat cum semine natos.



Proemio

Si después del largo recorrido del campo destinado de antemano, rey ilustre, aunque el camino no haya llegado a su fin, se concede al auriga experimentado quitar del carro a los jadeantes caballos y permitir que aquellos errantes un poco de tiempo descarguen la vejiga y se recreen en un fresco río y en un florido prado mientras él mismo junto a un pagado anfitrión se recupera con la bebida y el sueño. Y a un diligente labrador, aunque no esté todo el campo roturado por el arado, se le permite liberar del yugo a los bueyes hasta el fin de la parte del día que resta y permitirles ir a descansar y a los pastos, mientras él, con una brisa suave que acaricia, bajo la oscura sombra de los bosques intenta olvidar la dura fatiga satisfecho con el agreste canto. Y también al egregio caudillo de guerras, aunque no haya llegado el final del combate se le permite, dando la señal, llamar a los soldados agotados y cargados de sangre, para retirarlos del peligro de una matanza y para, con las fuerzas recuperadas con el ocio, enviarlos contra otros enemigos más fuertes. ¿Quién dirá que esto no me es permitido, aunque no haya llegado al fin de la numerosa descendencia de Júpiter Cretense, sin embargo relatada la mayor parte, detenerme un poco y recobrar el sentido como si hubiese llegado a una meta segura? ¡Pienso que nadie con justicia! Así pues, siguiendo la costumbre de otros, no de otro modo que si hubiese llegado a un seguro e insigne límite, cansado por la fatiga me detuve en la costa de Ausonia, aunque era inabordable, pensando además que se distingue con pequeñas señales, se coge fácilmente con

la comprensión y se recomienda más tenazmente a la memoria. Allí, al conducir los no cansados ojos a mi alrededor, comencé a investigar las huellas de los restos antiguos. Por aquí la antigua Cumas, obra de los Calcidicos, el templo de Dédalo y el túmulo de Miseno y las Aguas Julias tenían mi ánimo lleno de admiración y enfrente Inárime, antiguo albergue de monos y desde Inárime me arrastraban por la extensa Próquita. Así resonantes, por los torbellinos de los ríos que se agitan, las fauces de Vulturno y de Liris, las nieblas de Fucino, y los estanques de Linterno dignos de reverencia por el exilio y muerte con la nobleza del primer Escipión Africano; y casi a la vista de la pequeña villa de M. Escauro, hasta ahora insigne por su nombre y los casi destruidos vestigios de Formia y más lejos en los pies de los montes Caleño, Estelenate y Campano de campo importante por la admirable fertilidad y sobre un otero en los campos las ciudades de Suesa, Teano, Sidicino, Casilino, Telesia y otras muchas, tanto recuerdo de las obras Romanas como de las Cartaginesas; y todavía muchas de las que sería la historia más larga que útil para esta obra. Pero como ya, recreado por el breve descanso, mi ánimo prometiera fuerzas para el trabajo, volví a entrar de buen grado en el mar por donde se va a vela y transportado hasta Frigia tomé ánimo para buscar y describir la descendencia de Tántalo y algunos otros entre los hijos de Júpiter. Pido que haga que lo lleve a cabo Aquél que, al golpe de la vara de su servidor Moisés, envió desde una roca aguas que fluían abundantemente para un pueblo sediento.

CAPÍTULO PRIMERO

Sobre Tántalo, trigésimo hijo de Júpiter, que engendró a Níobe y a Pélope

Tántalo, como dice Lactancio *[a Teb.,* II, 436], fue hijo de Júpiter tenido de la ninfa Plótide[387]. Eusebio [51, 15-21] dice que éste fue rey de los Frigios, reinando Erecteo en Atenas. Y éste tuvo una guerra contra Tros, rey de Dardania y padre de Ganimedes, a causa del rapto de Ganimedes. Además sostienen que éste invitó a los dioses a un banquete y, para probar el conocimiento de la condición

[387] Llamada así por Lactancio, pero en los demás autores que de ella hablan aparece denominada Pluto.

divina de aquéllos, matado su hijo se lo puso despedazado miembro a miembro y cocinado para que lo comieran. Estos, después de apartarse horrorizados del alimento, no sólo se abstuvieron sino que, reunidos los miembros en uno, volvieron al niño a su forma primitiva y, sacada su alma de los Infiernos por Mercurio, se la restituyeron. Pero, al advertir que al niño le faltaba un hombro que había comido Ceres, pusieron en lugar del comido uno de marfil. Por otra parte, arrojaron a Tántalo al Infierno y lo condenaron al siguiente suplicio, que sumergido hasta la boca en un río sufra sed continua y cuando por casualidad incline la boca para beber, se inclinen tanto las aguas del río que no pueda alcanzarlas. Pusieron encima árboles cargados de frutos, que bajan hasta su boca, pero él, golpeado por una enorme y continua hambre, cuando intenta cogerlos, se alzan tanto que él se fatiga durante largo tiempo para alcanzarlos. Y así sucedió que, colocado entre los frutos y el agua, el desgraciado perece viviendo con hambre y sed. Ahora hay que ver qué ha de entenderse de estas cosas. Y concedido que él fue hijo de Júpiter o verdadero o atribuido por alguna semejanza. Y lo que respecta a Ganimedes se ha expuesto al hablar acerca de Ganimedes. Digo que se ha dicho que ofreció su hijo a los dioses porque, como fue un hombre muy avaro y se preocupó de aumentar mucho sus bienes, amaba el trigo del que sacaba el dinero del pueblo no de otro modo que a su hijo, lo que entonces puso a los dioses, mientras lo arroja a los campos cultivados es arrojado a los surcos en presencia de los cuerpos superiores, los que, viniendo por acción de los superiores a la cosecha, vuelven a su forma primitiva. Pero el hombro, esto es la semilla, devorado por Ceres, es decir consumida por la tierra, es restaurado de marfil cuando, al crecer la espiga, se le da fuerza para alimento. Su suplicio muestra con toda claridad la destetable vida del hombre avaro. Dice Fulgencio *[Cont. Vir.,* 101, 7] que Tántalo se interpreta como el que quiere la visión; lo que compete óptimamente a un avaro, pues no reúne el oro y el gran ajuar para usarlo sino para contemplarlos y, como no puede soportar en sí qué bien hacer con las riquezas reunidas, mezclado con ellas se muere de hambre y sed.

CAPÍTULO II

Sobre Níobe, hija de Tántalo y esposa de Anfión

Níobe fue hija de Tántalo y de Taígete, como ella misma atestigua en Ovidio [VI 172-4] diciendo: «Mi progenitor fue Tántalo, el único al que se permitió tocar las mesas de los dioses; mi madre es hermana de las Pléyades, etc.». Pero, salvado el respeto a Ovidio, su padre no fue el Tántalo que fue amigo de los dioses. Pues aquél fue un hombre piadoso y rey de los corintios y anterior en el tiempo. Lactancio [*a Teb.,* IV, 576] por su parte dice que ésta fue hija de Tántalo y de Pélope. Ella, según la opinión de Teodoncio, se casó con Anfión, rey de Tebas, para que Anfión favoreciera a los partidarios de Penélope, que llevaba la guerra con Enómao, rey de la Elide y de Pisa. De este Anfión tuvo ella siete hijos y otras tantas hijas; aunque Hornero en la *Ilíada* [XXIV, 603] dice que sólo tuvo doce hijos. Esta mujer de espíritu soberbio, cuando los tebanos hacían unos sacrificios a Latona por orden de Manto, la hija de Tiresias, comenzó a increparlos duramente con palabras y a anteponerse a Latona. Indignada por esto Latona y quejándose a sus hijos, sucedió que, mientras jugaban sus hijos e hijas en los campos, Apolo mató a los hijos con las flechas y Diana a las hijas, los cuales fueron sepultados en el monte Sípilo. Níobe, privada de marido e hijos, se quedó rígida convertida en piedra junto a las urnas de aquéllos. Sobre los hijos y Anfión ya se ha hablado antes. Tulio en *Sobre las Cuestiones Tusculanas* [III, 26, 63] considera que se fingió que aquélla se convirtió en piedra a causa del eterno silencio en su duelo. Pero Teodoncio añade algo a esta ficción diciendo que apareció su estatua de piedra en el Sípilo y hasta tal punto triste que se pensaba que le faltaban las lágrimas, lo que no está fuera de la naturaleza. Los antiguos pudieron poner, para memoria del enorme infortunio de una mujer soberbia, una estatua de piedra de una mujer llorando en el Sípilo y, puesto que la piedra es de constitución fría, al surgir hacia ella los vapores húmedos de la tierra, por la frialdad de la piedra, se disuelven en gotas de agua a la manera de lágrimas y por eso quizá piensan los ignorantes que Níobe se extingue llorando hasta ahora.

CAPÍTULO III

Sobre Pélope, hijo de Tántalo, que engendró a Lisídice, a Aireo, a Tiestes y a Plístenes

Pélope fue hijo de Tántalo y de Taígete y, como dice Barlaam, fue un hombre guerrero y muy distinguido. Este, reinando en Frigia, tuvo una guerra contra Enómao, rey de la Elide y de Pisa, que fue digna de recuerdo y muy importante, como dice Tucídides [I, 9, 2]. Paulo dice que la causa de la guerra fue Hipodamía, hija de Enómao, amada por Pélope y pedida en matrimonio y denegada. Servio [*a Geórg.*, III, 7] dice que esta Hipodamía tuvo muchos pretendientes por su insigne belleza, a los que le fue indicada por Enómao una condición, de ahí se siguió lo que se describe antes donde se habla sobre Hipodamía. Pero Barlaam dice que él no ha conocido así el asunto, sino que, al parecerle a Pélope una condición inhumana, movió sus fuerzas contra Enómao, y convocadas de aquí y de allí ayudas con el engaño del prefecto de armas de Enómao, Mirtilo, sobornado por astucia de Pélope, lo venció. Y así se apoderó de Hipodamía y del reino y arrojó al mar a Mirtilo que reclamaba la recompensa de la traición. Dice Eusebio en el libro de los *Tiempos* [52, 2-3] que éste tomó a Hipodamía como esposa en el año decimocuarto del reinado de Preto, rey de Argos, que fue el año 3857 del mundo, y poco antes [49, 17-18] dice que, reinando Linceo sobre los Argivos, Pélope reinó en Argos durante cincuenta y tres años y que éstos se llamaron Peloponesios por su nombre. Dice además [53,18] que, reinando Acrisio en Argos, Pélope estuvo entre los de Olimpia y luego movió las armas contra Ilio y él fue atacado por Dárdano en el año 3881 del mundo, aunque se lee que Dárdano fue anterior en mucho tiempo. Yo ignoro la verdad de tan discordes opiniones. Este tuvo de Hipodamía varios hijos.

CAPÍTULO IV

Sobre Lisídice, hija de Pélope y esposa de Electrión

Dice Lactancio [*a Yeb.*, VI, 6] que Lisídice fue hija de Hipodamía y de Pélope y esposa de Electrión, y que de él tuvo a Alcmena, la madre de Hércules.

CAPÍTULO V

Sobre Atreo, hijo de Pélope, que engendró a Alceón, a Melampo y a Eviolo [m]

Atreo fue hijo de Pélope y de Hipodamía. Este, según puede percibirse de las paalbras del poeta Séneca en la tragedia de *Tiestes,* reinó en el Peloponeso junto con su hermano Tiestes, pero alternativamente. Sin embargo luego entre ellos surgió la discordia. Lactancio *[a Teb.,* IV, 306] dice qne la causa de esto fue la siguiente. Pues consta, según se ha dicho antes, que Mirtilo, hijo de Mercurio, fue arrojado al mar y muerto por Pélope; soportando Mercurio muy mal esto, introdujo tanta cizaña entre Atreo y Tiestes que se hicieron enemigos. Además tenía Atreo un carnero del que habla el trágico Séneca *[Tiest.,* 225-33] así: «Hay en los grandes establos de Pélope un noble animal, un misterioso carnero, guía de un rico rebaño. Por todo su cuerpo cuelga vellón de oro, de su lomo dorados cetros llevan los reyes Tantálidas; el que lo posee ocupa el trono; a éste le favorece la fortuna de tan gran casa; en una parte apartada el animal sagrado pace en prados seguros, a los que cierra con un muro sagrado la piedra que oculta los pastos fatales, etc.» Tiestes, deseando obtenerlo, pensó que podía conseguirlo mediante la unión con Aérope, la esposa de Atreo; y no faltó ocasión al crimen; pues de ella tuvo hijos y se la quitó a su marido, por lo que los hermanos llegaron a guerrear y Tiestes fue expulsado del reino. Pero Atreo, no contento con el exilio de su hermano, lo hizo volver con amistad fingida y al crédulo le ofreció en un banquete sus tres hijos cocidos y le dio a beber la sangre de aquéllos mezclada en las copas, y al desgraciado padre repleto de tan nefasto alimento ordenó que se le presentasen las cabezas y manos de sus hijos y que se descubriera qué había comido. Al hacer esto, dicen que el sol saliente retrocedió al oriente, huyendo de la visión del crimen[389]. Pero, como dice Lactancio *[a Teb.,* IV, 306], Egisto, hijo de Tiestes, mató a este Atreo. Pienso que el vellón de oro inventado en esta historia ha de entenderse así, según parece entenderlo Varrón en *Sobre la agricultura* [II, 1, 6] cuando dice: «A causa de la carestía las reses tuvieron vellón de oro, como en Argos Atreo se lamenta de la que le ha arrebatado Tiestes, etc.» O mejor, por este carnero

[388] Los hijos de Atreo son Aleo, Melampo y Tmolo en Cic, *De nat. deor.,*

[389] Cf. *CFC,* VII, pp. 249-302.

de vellón de oro debe entenderse el tesoro, con el que los reyes tienen más poder y sin el cual no pueden hacerse los gastos oportunos para sustentar las guerras y el esplendor regio. El Sol vuelto a su nacimiento muestra que en aquel momento hubo un eclipse, que por ser desconocido para los hombres pareció algo prodigioso. Dice Lactancio *[a Teb.,* I, 269], sin embargo, que este eclipse fue anunciado por Atreo en Micenas y lo descubrió él por vez primera. Al ver que se probaban sus palabras, Tiestes, envidioso, se alejó de la ciudad.

CAPÍTULO VI

Sobre Aleo, Melampo y Tmolo, hijos de Atreo

Aleo, Melampo y Tmolo fueron hermanos y, como asegura Cicerón en *Sobre la natura'eza de los dioses* [III, 21, 53] fueron hijos de Atreo. Dice que los griegos los enumeran entre los Dióscuros; a causa de esto ha de creerse que fueron hombres célebres, puesto que entre éstos estuvieron Castor y Pólux. Sobre ellos no se encuentra nada más.

CAPÍTULO VII

Sobre Tiestes, hijo de Pélope, que engendró a Tántalo, a Plístenes, a Arpagiges, a Pelopia y a Egisto

Tiestes fue hijo de Pélope y de Hipodamía, que tuvo gran odio contra su hermano Atreo, como se ha dicho antes. Este, después de haber soportado de su hermano lo ya dicho, ávido de venganza consultó al oráculo. De él tuvo la respuesta de que de él y de su hija Pelopia podía nacer quien vengase la muerte de sus hijos. Al oír esto, como quien estaba inclinado a los crímenes y sobre todo a la lujuria, al punto fue a los brazos de su hija y tuvo de ella a Egisto, que después mató a Atreo, deshonró a Clitemnestra y también dio muerte a Agamenón.

CAPÍTULO VIII

Sobre Tántalo, Plísíenes y Arpagiges, hijos de Uestes

Tántalo, Plístenes y Arpagiges fueron hijos de Tiestes, tenidos de la esposa de Atreo, según se deduce por las palabras del poeta Séneca en la tragedia de *Tiestes,* aunque sólo nombra a dos, a saber a Tántalo cuando dice [717-8]: «El primer lugar (para que no pienses que falta piedad) está dedicado al abuelo: Tántalo es la primera víctima, etc.» Luego [726-7] nombra a Plístenes diciendo: «Entonces el cruel trae a los altares a Plístenes y lo añade a su hermano, etc.» Al tercero lo llama niño cuando dice [738-42]: «Y sosteniendo el hierro empapado por la doble *matanza.,* olvidando contra quién se precipita, con una mano llena de odio atravesó el cuerpo de parte a parte y al punto la espada recibida en el pecho del niño salió en la espalda; cae aquél, etc.» Teodoncio dice que este tercer niño se llamó Arpagiges. Y así sobre éstos, a excepción del crimen de su tío y la comida del padre, no se lee nada.

CAPÍTULO IX

Sobre Pelopia, hija de Tiestes

Pelopia, como dice Lactancio *[a Teb.,* I, 694], fue hija de Tiestes, no dice de qué madre. Como dice el propio Lactancio *[a Teb.* IV 306] a ésta Tiestes, habiendo obtenido la respuesta dicha antes, la violó y de ella nació un hijo al que ella misma al punto, por vergüenza del crimen, expuso a las fieras. Y así parece que Tiestes fue a la unión con su hija por lujuria, no por la respuesta del oráculo; la respuesta del oráculo, para paliar la ignominia de Tiestes, fue conocida después de la muerte de los suyos hecha por Egisto.

CAPÍTULO X

Sobre Egisto, hijo de Tiestes

Egisto fue hijo de Tiestes y de Pelopia, hija del propio Tiestes, como atestigua él mismo en la tragedia de Séneca diciendo *[Agam.,* 33-34]: «Obligada por los hados, mi hija soporta un pesado vientre, digno de mí, su padre. La naturaleza se ha cambiado, etc.» Este, tan rápido como nació, fue arrojado en las selvas por su madre a causa de la vergüenza del ignominioso crimen, para que despedazado por las fieras, viviendo no prestase testimonio de la vergüenza de su padre y abuelo y de su madre y a la vez hermana. Pero sucedió de otro modo. Pues o bien con la ayuda de unos pastores o porque un dios así lo permitió, por iniciativa de unas cabras, sucedió que fue alimentado en el bosque por unas cabras que le ofrecían sus ubres y por ello llamado Egisto, de *ege,* a saber de cabra nodriza. Este luego fue reconocido por los suyos y llevado a palacio; cuando creció y se hizo sabedor ya de lo pasado, por una pequeña recompensa o empujado por su padre, lo que se cree más, según opina Lactancio *[a Teb.,* IV, 306], mató a Atreo, a quien sucedió Tiestes, ocupado el palacio. Luego, muerto ya Tiestes, como reinaran Agamenón y Menelao y fueran a la destrucción de Troya a causa del rapto de Helena, Egisto, según opina Leoncio, por las persuasiones de Nauplio llegó a unirse a Clitemnestra, que lo deseaba, y finalmente a Agamenón, que volvía de la destrucción de Ilio, atreviéndose a un cruel crimen, lo mató con la ayuda de Clitemnestra y ocupó el palacio de Pélope durante siete años. Por último fue muerto por Orestes, hijo de Agamenón, junto con la adúltera Clitemnestra, no quedando superviviente de él.

CAPÍTULO XI

Sobre Plístenes, hijo de Pélope, que engendró a Agamenón y a Menelao

Plístenes, según dice Teodoncio, fue hijo de Pélope y de Hipodamía. Este, al morir joven, encomendó sus hijos Agamenón y Menelao, pequeños, a su hermano Atreo, quien los acogió y educó

como hijos y por ello, desaparecido el recuerdo de Plístenes con el paso del tiempo, fueron considerados hijos de Atreo y llamados por todos Atridas.

CAPÍTULO XII

Sobre Menelao, hijo de Plístenes, que engendró a Hermíone y a Megapentes

Menelao, rey de Lacedemonia, como opina Teodoncio, fue hijo de Plístenes y hermano de Agamenón. Séneca en la tragedia de *Tiestes* parece considerar sin duda que éstos fueron hijos de Atreo, en cuya persona dice así [325-30]: «Que Agamenón conocedor de mi decisión sea mi ayudante, y que Menelao sabedor se ponga al lado de su hermano. De este crimen se puede sacar garantía de esta dudosa descendencia; si rechazan la guerra y no quieren llevar a cabo los odios si lo llaman tío, es su padre, etc.» Y así parecen hijos de Atreo y de Aérope; que acepte el lector lo que prefiera. Menelao, según muestra Eusebio en el libro de los *Tiempos* [59, 22], fue llamado rey de Lacedemonia viviendo Atreo y Tiestes en el año 3997 del mundo, puesto que Agamenón, que sucedió a Tiestes, según Hornero comenzó a reinar en Micenas en el año 4007 del mundo. Tuvo como esposa a Helena, hija de Júpiter; a ésta, en el primer año del reinado de Agamenón y según Eusebio el décimo de Menelao, como dice Dares Frigio [9 ss.], estando ausente Menelao, que había ido a Pilos a casa de Néstor, la raptó Paris, enviado como embajador a Castor y Pólux, de la isla de Citera en la ciudad de Heleno, estando ella de acuerdo, cuando sus hermanos y Hermíone estaban con Agamenón. Pero Dictis [I, 1] dice que entonces Menelao había ido a Creta con Agamenón para repartir los tesoros que allí había dejado Atreo. De aquí surgió que Menelao, por consejo de su hermano, se quejara a los príncipes griegos. Pero cuando fue reclamada Helena inútilmente mediante embajadas, finalmente fue con un asedio y después de diez años, más gracias a un engaño que a las fuerzas, tomada Troya, ella fue recuperada y restituida a Menelao. Como éste, igual que los demás, se embarcase para volver a la patria, llevado por una tempestad, como escribe Eusebio [61], junto a Tuor, rey de Egipto, al que Hornero *lOd.,* IV, 126] llama Pólibo, fue llevado con ella y tomando consejo del adivino Proteo,

según se pone de manifiesto a través de Hornero en la *Odisea* [IV, 472], después de haber andado errante ocho años volvió a Lacedemonia, muerto Agamenón mucho tiempo antes y quizá por aquellos días Egisto. No he encontrado qué le sucedió finalmente, de qué o con qué muerte acabó su vida.

CAPÍTULO XIII

Sobre Hermíone, hija de Menelao y esposa de Pirro y luego de Orestes

Hermíone, según atestigua Ovidio en las *Epístolas [Her.,* VIII], fue hija de Menelao y de Helena. Esta fue prometida a Orestes, hijo de Agamenón; luego Pirro, como muerto Agamenón ocupase Egisto el trono y Orestes huyera y Andrómaca, en otros tiempos esposa de Héctor, a la que había llevado cautiva desde Troya, fuese concedida a Heleno, le quitó ésta a Orestes y la unió a él en matrimonio. Pero, muerto después a manos de Orestes, ella volvió a unirse a Orestes y le dio como hijo a Orestes.

CAPÍTULO XIV

Sobre Megapentes, hijo de Menelao

Teodoncio dice que Megapentes fue un hijo de Menelao, tenido de una cautiva Lidia después del rapto de Helena. Lo que parece atestiguar Hornero en la *Odisea* [IV 10-4] cuando dice: «A su hijo le dio como esposa la hija de Aléctor, de Esparta, el fuerte Megapentes, su hijo había nacido de una esclava de padres de edad avanzada; los dioses no dieron un hijo a Helena después de que le nació la deseada Hermíone, que tenía la belleza de la dorada Afrodita, etc.» Y así se ve por esto que Menelao dio como esposa a Megapentes la hija del espartano Aléctor. Al que encontró celebrando estas bodas Telémaco, el hijo de Ulises, al venir desde Itaca.

CAPÍTULO XV

Sobre Agamenón, hijo de Plístenes, que engendró a Ifigenia, a Crisótemis, a Laódice, a Ifianasa, a Electra, a Haleso y a Orestes

Agamenón fue hijo de Plístenes, según arriba, y dejado a Atreo cuando era pequeño por su padre. Este fue rey de Micenas y sucesor de Tiestes, como parece opinar Hornero en la *Ilíada* [II, 100 ss.] cuando escribe muchos versos sobre el cetro de Agamenón, que dicen aproximadamente esto: «En Troya Agamenón, caudillo de la asamblea de los Griegos, sostenía el cetro que había hecho el orfebre Vulcano y lo dio a Júpiter hijo de Saturno. Después Júpiter lo concedió al mensajero Argifonte. Hermes lo dio a Pélope, domador de caballos, después Pélope lo dio a Atreo, quien al morir lo dejó al belicoso Tiestes. Este Tiestes se lo dejó a Agamenón, que gobernaba en muchas islas y en todo Argos, etc.» En estas palabras no se guarda el orden descrito de la genealogía describiendo el cual yo sigo la autoridad de los latinos. Comienza a reinar Agamenón, según Eusebio [59, 24-26] en el año 4007 del mundo, año en que fue raptada Helena y toda Grecia incitada con igual consenso de todos contra los troyanos y, congregadas en Aulide las naves y el ejército, convertido en general en jefe, emprendió la guerra, abandonando a su esposa, Clitemnestra, de la que ya había tenido varios hijos. Y habiendo soportado en Troya muchas fatigas, aguantó las perfidias de algunos príncipes, por cuyas actuaciones fue apartado del mando y sustituyéndole Palamedes, el que fue muerto por el crimen de Ulises, Agamenón volvió a su mando con su gloria más grande que la ignominia con la que fue depuesto. Sufrió la cólera de Aquiles a causa de Briseida, que por él le había sido arrebatada. Luego, tomada Ilio y destruida, después que le tocó en suerte, con gran cantidad de botín, Casandra, la hija de Príamo, se embarcó para regresar a la patria. Pero, empujado por la tempestad, anduvo errante durante casi un año, según escribe Hornero *[Od.,* IV], antes de volver a su patria. Entre tanto, como atestigua el propio Hornero *[Od.,* IV, 519], Egisto, hijo de Tiestes, después de haberlo ocupado todo calladamente, puestos vigías en la costa y conociendo por ello la vuelta de Agamenón, colocó a veinte de sus amigos en emboscadas y él mismo con el restante séquito, con fingida alegría, le salió al encuentro y le preparó un gran banquete, en el que, con el acuerdo de Clitemnestra, mató a éste junto con sus compañeros mientras

se festejaba. El poeta Séneca parece opinar de otro modo sobre su muerte en aquella tragedia cuyo título es *Agamenón* [1.001 ss.]. Pues dice que Clitemnestra se agitó con un fuerte dolor porque Agamenón traía consigo a Casandra. Yo creo que por el temor del crimen cometido y junto con el adúltero Egisto, aunque en principio disconforme pero luego llevada al acuerdo como se ve, en el día en que entró en la patria y en la casa, preparado un banquete por Clitemnestra, el propio Agamenón mientras yacía altivo con un vestido pintado llevando los soberbios despojos del cuerpo de Príamo, su esposa le mandó quitarse los adornos del enemigo y vestir mejor un manto tejido por la fiel mano de la esposa; pero el vestido puesto no da salida a las manos y la cabeza la encierran amplios e inaccesibles pliegues, y entonces un eunuco, con diestra temblorosa, hiere el costado de Agamenón y lo mata envuelto en un vestido sin salida.

CAPÍTULO XVI

Sobre Ifigenia, hija de Agamenón

Ifigenia fue hija de Agamenón, como atestigua el propio Séneca en la tragedia de *Agamenón* [158]. Pero a ésta otros la llaman Ifanasa, como Lucrecio [I, 84-5] al decir: «En Aulide de la misma manera mancharán con la sangre de Ifianasa el altar de la virgen Trivia, etc.» Esta fue una doncella de notable belleza, de la que Servio *{a En.,* II, 116] cuenta la siguiente historia: Al llegar los griegos que iban a Troya a Aulide, Agamenón sin saberlo mató un ciervo de Diana; la diosa, irritada por esto, quitó el soplo de los vientos y, al no poder navegar por ello y soportar una peste además, los oráculos consultados dijeron que Diana se aplacaría con sangre de Agamenón. Así pues, traída Ingenia por Ulises con la apariencia de bodas y cuando ya estaba en los altares para ser inmolada, fue arrebatada por la compasión de la divinidad y fue puesta una cierva en su lugar. Por lo que dice Ovidio [XII, 32-4]: «La diosa se conmovió y puso una nube ante los ojos y entre el oficio y la muchedumbre del sacrificio y las voces de los suplicantes se dice que cambió a la Micénide por una cierva allí colocada, etc.» Pero la doncella, como asegura Servio, fue llevada a la región de los Tauros y entregada al rey Toante y convertida luego en sacerdotisa de Diana

Dictina y, habiendo aplacado a la divinidad con sangre humana, según la costumbre establecida, reconoció a su hermano Orestes, al que no había visto durante largo tiempo, quien, habiendo recibido un oráculo para estar sin furor, se dirigía con su amigo Pílades a Coicos y con éstos, matado Toante, cogió una estatua escondida en un haz de leños y así Diana fue trasladada a Laconia, llevándola Ingenia. No recuerdo haber descubierto qué hubo después sobre Ingenia. La ficción que se ha creado antes de que Diana puso una cierva en lugar de Ingenia, ha de entenderse que fue un artificio humano y que se imaginó para que todo el pueblo obediciera a Agamenón, a saber que él inmoló a su hija, la cual, arrebatada en medio del tumulto, para que no pudiera descubrirse el engaño, fue enviada a una lejana región y conservada bajo la apariencia de sacerdotisa.

CAPÍTULO XVII

Sobre Crisótemis, Laódice e Ifianasa, hijas de Agamenón

Crisótemis, Laódice e Ifianasa fueron hijas de Agamenón y de Clitemnestra, según pienso, puesto que Agamenón en Hornero [*Il.*, IX, 143-6] ofrece a Aquiles a la que de ellas prefiera diciendo: «Será mi yerno, lo honraré como a Orestes, mi hijo menor que se cría con mucho cuidado. Tengo tres hijas en el palacio bien construido, Crisótemis y Laódice e Ifianasa, etc.» Leoncio dice que esta Ifianasa es Ifigenia, lo que yo no creo. Pues ¿cómo habría dicho Agamenón que Ifigenia estaba en casa, la que sabía que había sido ofrecida en un sacrificio por vientos favorables o había sido llevada ocultamente a otro sitio?

CAPÍTULO XVIII

Sobre Electro, hija de Agamenón

Electra fue hija de Agamenón y de Clitemnestra, según se pone claramente de manifiesto a través de Séneca en la tragedia de *Agamenón* [910] en donde se ve que fue dejada niña por Agame-

non al irse a Troya. Esta, al ver a su padre asesinado, ocultamente encomendó a Orestes a Estrofio el Fócense, amigo de Agamenón, y luego lanzó duros reproches a su madre a causa del crimen perpetrado; por esta causa fue encarcelada por orden de Clitemnestra. No recuerdo haber leído qué siguió de ella luego.

CAPÍTULO XIX

Sobre Haleso, hijo de Agamenón

Haleso fue hijo de Agamenón, como dice clarísimamente Virgilio [VII, 723-4]: «Por aquí el hijo de Agamenón, enemigo del nombre troyano, Haleso unce los caballos al carro, etc.» Hay duda acerca de qué madre nació. Pues unos dicen que fue hijo de Briseida, otros de Casandra, lo que yo no creo; pues un hijo de Casandra no habría favorecido a Turno contra Eneas, no permitiéndolo la edad. Teodoncio parece opinar que éste, junto con Clitemnestra, pensó en contra de su padre y por esto que fue hijo de Clitemnestra y expulsado de su patria. Asegura Virgilio que éste, que abandonó su patria por la causa que fuera, vino a Italia y se asentó en Masico, monte de Campania, y luego, como enemigo del nombre Troyano, fue y favoreció a los partidarios de Turno contra Eneas. Pero Ovidio en *Sobre los Fastos* [IV, 73] parece pensar que éste fundó los Faliscos y por ello dice: «Había venido el Atrida Haleso llevado por los hados, del que la tierra falisca piensa que ha recibido su nombre, etc.» No hay ningún recuerdo de su descendencia.

CAPÍTULO XX

Sobre Orestes, hijo de Agamenón, que engendró a Tisámeno, a Corinto y a Orestes

Orestes fue hijo de Agamenón y de Clitemnestra, como se ha mostrado suficientemente en lo que precede. Dice Teodoncio que a éste se le prometió, aún pequeña, Hermíone, hija de Menelao y de Helena, cuando él mismo era pequeño. Este luego, muerto Agame-

non por Egisto, con el cuidado de su hermana Electra fue sacado ocultamente de Micenas y llevado y guardado por Estrofio el Fócense cuando su madre y Egisto lo buscaban para darle muerte. El, después de haberse hecho mayor, con el paso del tiempo, buscado el momento oportuno, habiéndole sido arrebatada Hermíone por Pirro, se abrá para vengar la muerte paterna y mató al adúltero Egisto, después de haber reinado siete años, junto con su madre Clitemnestra. Hecho esto dicen que se volvió loco al ver que le amenazaba la imagen de su madre asesinada armada de antorchas y serpientes y le amenazaba a una continua perdición, según dice Estacio[39o]: «Cuando huye de su madre armada de antorchas y negras serpientes y se sientan en el umbral las vengadoras Dirás, etc.» Unido a éste Pílades, hijo de Estrofio, que lo había hecho escapar en el tiempo de la muerte de su padre prometiéndole la salvación, huyó con él junto al altar de Diana Dictina a Coicos y allí Orestes recobró su sentido y alejó de tal hostilidad a su madre. Y reconociendo a su hermana Ingenia, que era allí sacerdotisa de la diosa, matando al rey Toante y cogiendo la estatua de la diosa y llevándosela en un haz de lefia, según algunos volvió al reino y por el engaño del sacerdote Macareo mató a Pirro, el hijo de Aquiles, en el templo de Apolo y recuperó a Hermíone como esposa. Otros sostienen que éste, antes de volver a su reino, fue a Italia y no lejos de Roma, en Aricia, colocó la estatua de Diana e instituyó impíos sacrificios. Pero cualquier cosa que se haya hecho, Eusebio en el libro de los *Tiempos* [62, 17-18] afirma que, después de haber dado muerte a Egisto, reinó durante quince años y que mató a Pirro en el año vigésimo del reinado de Demofoonte, rey de Atenas [63, 7-9]. Solino, en el libro que escribió *Sobre las maravillas* [IX, 4] dice que éste, prófugo, después de la muerte de su madre tuvo como compañera en todos sus avatares a Hermíone. Es dudoso en dónde murió. Aunque Servio *ía En.,* II, 116] dice que sus huesos, fundada ya Roma, fueron trasladados desde Aricia a Roma y enterrados ante el templo de Saturno, que está delante de la cuesta del capitolio junto al templo de la Concordia. Solino dice donde antes que los huesos fueron encontrados por los Espartanos, aconsejados por un oráculo, en Tegea en la quincuagésima octava Olimpíada, y que fueron de tal manera que llenaron siete codos de longitud.

[39o] No es Estacio sino Virgilio, *Aen.,* IV, 472-73.

CAPÍTULO XXI

Sobre Tisámeno, hijo de Orestes

Tisámeno, según escribe Eusebio [63, 14-15], fue hijo de Orestes y le sucedió en el reino.

CAPÍTULO XXII

Sobre Corinto, hijo de Orestes

Corinto fue hijo de Orestes, como dice Anselmo en el libro que escribió *Sobre la imagen del mundo.* En él afirma que éste construyó Corinto, la ciudad de Acaya, y que la llamó con su nombre. Y esto mismo lo afirma Gervasio Teliberiense. Quienes, aunque sean autores recientes, sin embargo son de no poco peso. Además Isidoro, en el libro de las *Etimologías* [XV 1,45] dice que Corinto, hijo de Orestes, fundó Corinto en Acaya. Yo no creo que ésta fuera fundada, sino restaurada, puesto que Eusebio escribe en el libro de los *Tiempos* [49, 3-4] que ésta fue fundada tiempo atrás por Sísifo y llamada Efira.

CAPÍTULO XXIII

Sobre Orestes, hijo de Orestes

Orestes, como atestigua Solino en *Sobre las maravillas del mundo* [IX 4] fue hijo de Orestes y de Hermíone, y afirma que por él fueron denominadas las gentes que se llaman Oréstides diciendo así: «Al matricida, prófugo de Micenas, como estuviese apartado mucho tiempo, le nació en Ematia un pequeño de Hermíone, a la que unió como compañera en todos los avatares; éste había ordenado que se le ocultara. El niño creció, llevando el nombre de su padre como aliento de su regia estirpe, y ocupado aquello que es lo que avanza hacia el golfo Macedónico y el mar Adriático, a la tierra a la que

gobernó la llamó Oréstide, etc.» De éste yo no he leído más, pero se cree que los suyos llegaron a una gran descendencia, hasta el punto de que Pompeyo Trogo [IX 6] afirma que Pausanias, el asesino de Filipo, rey de Macedonia, descendía de Orestes. Pero no encuentro con qué medios actúa la antigüedad.

CAPÍTULO XXIV

Sobre Dioniso, trigésimo primer hijo de Júpiter

Dioniso, como escribe Cicerón en *Sobre la naturaleza de los dioses* [III, 23, 58], fue hijo de Júpiter y de la Luna. Yo diría que éste es el mismo que Baco si no tuviesen madres diferentes, puesto que el propio Tulio piensa que a éste se le hacían orgías[391]. Es posible sin embargo, para que sea así, que, cambiada la ficción, entendamos mientras a uno y otro como el vino y no como un hombre. Pues Júpiter, esto es el calor del día, y la luna, con el rocío y la humedad de la noche, favorecen las vides y llevan las uvas a su crecimiento y madurez, y así éste será el que es venerado en la cumbre de Nisa, siendo el otro Baco santificado en las cumbres del monte Parnaso, porque abunda en viñedos, y se llama Dioniso como dios de Nisa, pues *dios* en griego significa dios en latín.

CAPÍTULO XXV

Sobre Verseo, trigésimo segundo hijo de Júpiter, que engendró a Gorgófone, a Esténelo, a Eritreo y a Baquemon

Perseo, al que los antiguos consideraron el padre de toda la nobleza de Grecia, fue hijo de Júpiter y de Dánae, hija de Acrisio, de donde Ovidio [IV 610-11]: «No cree que es un dios; ni creía que era hijo de Júpiter al que había concebido Dánae de lluvia de oro, etc.» De qué modo nació de Júpiter y de Dánae puede verse en

[391] Cicerón dice que a éste se le hacían los sacrificios órficos: *Dionysos multos habemus ... quartum Iove et Luna, cui sacra orphica putantur confia.*

lo anterior donde se habla sobre Dánae. Este, ya adulto, como dice Lactancio *{a Teb.,* I, 98], hizo una expedición contra la Górgona por orden del rey Polidectes, y tuvo el caballo alado Pegaso[392] y la égida de Palas y las sandalias aladas y la espada de Mercurio y comenzó a volar desde el monte Afesante, como se señala por Estacio [III, 460-5] con estas palabras: «El monte era llevado hacia los aires con una audaz cumbre —los habitantes de Lerna lo recuerdan con el nombre de Afesante— en otro tiempo sagrado para las gentes Argólicas; decían que desde allí Perseo, rápido, había profanado las nubes con su suspendido vuelo, cuando la aterrada madre del niño miró los pasos arrancados de la roca y casi lo siguió, etc.» Vio a esta Górgona con la tensada égida palantea[393] impunemente y la examinó y venció y le cortó la cabeza y al rey Atlas, que le negó la hospitalidad, mostrándole la cabeza de la Górgona lo convirtió en piedra. Luego, al volver a la patria, después de ver desde lo alto en la costa Siria, en los reinos de Cefeo, a la doncella Andrómeda encadenada a un escollo por la falta de su madre y la sentencia de Amón y expuesta así a un monstruo marino, y a sus padres llorando en la playa, voló allí y, conocida la causa, pactó con los padres su matrimonio con la doncella si la liberaba de la bestia. Lo que hizo. Pues cuando venía la mató. Luego, al celebrar su boda, como la reclamara Fineo, hermano de Cefeo, al que antes del pacto había sido prometida la muchacha, y como intentara arrebatársela por la fuerza como suya, emprendió una guerra contra él y, después de haber dado muerte a muchos de los enemigos, mostrando a los otros la cabeza de la Górgona los convirtió en piedras. Después de esto transformó en piedra al hermano de su abuelo, Preto, que había expulsado del reino a Acrisio y restituyó el reino a su abuelo. Además dicen que sostuvo una guerra contra los persas y que allí al Padre Líber, que se alzó contra él, lo mató en combate y que, sometida la nación, le dio su nombre y que allí edificó la regia ciudad de Persépolis, la que después, como escribe Quinto Curcio en *Sobre las hazañas de Alejandro* [V, 7, 4 ss.], Alejandro de Macedonia, embotado por el vino y los banquetes, la hizo arrasar. Pero cambió en piedra a su abuelo Acrisio, según dice Lactancio *{a Teb.,* I, 255]. Y además dicen que éste, junto con Cefeo y Casiopea y su esposa Andrómeda, fue llevado al cielo y colocado entre las estrellas del cielo, según atestigua Anselmo en *Sobre la imagen del mundo* diciendo: «A éste se une el rey Cefeo y la esposa

[392] Cf. nota 344.
[393] Acerca de Palas y su unión etimológica con Palante véase Ruiz de Elvira, *Mit. das.,* pp. 65-66.

de éste Casiopea, a la que se asocia Perseo, hijo de Júpiter y de Dánae, teniendo junto a sí la estrella de Andrómeda, etc.» Dicho esto, ha de llegarse al significado de las ficciones. Que Perseo fuera transportado por el caballo Pegaso, muestra que es llevado por el deseo de fama. Pero otros sostienen que éste tuvo una nave para hacer la travesía, cuya enseña o nombre fue Pegaso. Pienso que el escudo de Palas ha de entenderse por la sabiduría por la que percibimos los actos de los enemigos y nos protegemos a nosotros mismos de las asechanzas y dardos de aquéllos. Pienso que las sandalias aladas de Mercurio significan la rapidez y vigilancia en lo que vamos a hacer. Del mismo modo, la espada curvada y aguda por la parte externa muestra que en tiempo de guerra debemos traer a nosotros el botín de los enemigos y aplastarlos con nuestras matanzas. Sobre la Górgona y Atlas se ha dicho bastante con anterioridad, cuando se ha hablado sobre ellos. Pienso que el haber liberado a Andrómeda de una bestia es historia, puesto que Pomponio en la *Cosmografía* [I, 11, 64] dice: «Jope, según cuentan, fue fundada antes del diluvio; allí aseguran los habitantes que reinó Cefeo con aquel signo; los antiguos sostienen que invocaban el título de éste y de su hermano Fineo con gran veneración; además muestran los enormes huesos del monstruo marino como huella ilustre del asunto celebrado en poemas y fábulas y de Andrómeda salvada por Perseo.» Estas cosas aquél. Además el presbítero Jerónimo, en el libro que compuso *Sobre las distancias de los lugares*[m], dice: «Jope, ciudad marítima de Palestina en la tribu de Dan, donde también hoy se muestran las rocas en la playa en las que dicen que Andrómeda encadenada fue liberada en otro tiempo con la ayuda de su marido Perseo.» Estas cosas Jerónimo. Pero Plinio, el hombre más célebre entre los escritores, escribe *[Hist. Nat.,* IX, 5, 11]: «Los huesos de la bestia a la que se decía que fue expuesta Andrómeda, llevados a Roma desde la ciudad de Judea, Jope, siendo edil M. Escauro, muestran entre los restantes prodigios cuarenta pies de ancho, excediendo la altura de los costados a los elefantes indios, con un grosor de la espina de seis pies, etc.» Que Perseo convirtió en piedra a los enemigos y a Preto mostrando la cabeza de la Górgona pienso que no es otra cosa a no ser que, vencidos, los dejó callados y sosegados con las riquezas de la Górgona. Consta por Eusebio en el libro de los *Tiempos* [54, 4-6] que convirtió a Acrisio en piedra de otro modo, pues no lo mató voluntariamente y así se hizo semejante a una piedra por la perpetua frialdad. Pienso que debe seguirse la opinión de Tulio en las *Cues-*

[m] Jerónimo, *In Ionam,* I, 394, en *P. L.,* 25, 1123.

tiones Tusculanas [V, 3, 8] de que brilla estrellado en los cielos en la región septentrional, quien sobre éste y los otros dice: «Y no se contaría el estrellado Cefeo junto con su esposa, yerno e hija si el conocimiento divino de los cuerpos celestes no hubiera llevado el nombre de éstos al error de la fábula.» Estas cosas Tulio. Por lo demás, hay duda con respecto a la época de éste, puesto que Eusebio [52,6] escribe que mató a la Górgona en el año 3729 del mundo. Después en este mismo año, según otros, dice que éste junto con su esposa fue llevado al cielo. Poco después dice que en el segundo año del rey Cécrope, que fue el año 3857 del mundo, éste, muerta la Górgona, luchó contra los persas. Y no mucho después [53, 23-24] escribe que en el año trigésimo quinto del reinado de Cécrope fue muerto por él Acrisio y trasladó su reinado de Argos a Micenas, cosa que yo juzgo como verdadera porque este tiempo está más de acuerdo con sus hazañas.

CAPÍTULO XXVI

Sobre Gorgófone, hijo de Perseo, que engendró a Electrión y a Alceo

Gorgófone, según Lactancio *la Teb.* X 891] fue hijo[395] de Perseo y de su esposa, Andrómeda, sobre el cual no tenemos otra cosa a no ser que engendró a Electrión y a Alceo.

CAPÍTULO XXVII

Sobre Electrión, hijo de Gorgófone, que engendró a Alcmena

Electrión, según opina Lactancio *la Teb.,* X, 891], fue hijo de Gorgófone, del cual, si no tuviéramos a Alcmena como hija, sólo nos habría dejado la antigüedad del nombre desnudo.

[395] Lactancio, al igual que el resto de los textos mitográficos que hablan de Gorgófone, dice que fue hija, no hijo, de Perseo. Ahora bien, Gorgófone es en toda la tradición mitográfica no madre sino hermana de Electrión y Alceo, todos ellos hijos de Perseo y Andrómeda. Esta Gorgófone se casó con el Eólida Peñeres y fue madre de Afareo, Leucipo, Tindáreo e Icario.

CAPÍTULO XXVIII

Sobre Alcmena, hija de Electrión y esposa de Anfitrión

Alcmena, como dice Lactancio *[a Teb.,* IV, 147], fue hija de Electrión. Lo que también atestigua Plauto en *Anfitrión* [99] diciendo: «Con quién está casada Alcmena, hija de Electrión, etc.» Esta, como dice allí mismo Plauto, se casó con el Tebano Anfitrión y, amada por Júpiter y seducida por él con el aspecto de su esposo Anfitrión, dio a luz a Hércules, como se verá en lo siguiente, donde se hablará más detalladamente sobre Hércules.

CAPÍTULO XXIX

Sobre Alceo, hijo de Gorgófone, que engendró a Anfitrión

Alceo, como dice Paulo, fue hijo de Gorgófone, más conocido para nosotros por la fama de su hijo que por su esplendor; pues, según dicen, fue el padre de Anfitrión.

CAPÍTULO XXX

Sobre Anfitrión, hijo de Alceo, que engendró a Ificles

Anfitrión, como dice Paulo, fue hijo de Alceo, insigne hombre de armas, como muestra Plauto en la comedia de este mismo *Anfitrión.* Tuvo como esposa a Alcmena, con la que vivía en Tebas, donde, mientras él guerreaba en favor de los tebanos contra los teléboas [396], Júpiter, con su figura, sedujo a Alcmena y de ella tuvo a Hércules. Anfitrión en el mismo parto tuvo de ella a Ificles. Opina

3% No es qUe Anfitrión ayudara a los Tebanos contra los Teléboas sino que emprende una expedición de castigo contra ellos (expedición que ya proyectara su suegro Electrión) para cumplir así la condición que le impone Alcmena. Cf. Ruiz de Elvira, *Mit. das.,* pp. 165-167.

además Plinio en el libro de la *Historia Natural* [VII, 56, 203] que fueron invento de éste las interpretaciones de los prodigios y sueños[397]

CAPÍTULO XXXI

Sobre Ificles, hijo de Anfitrión, que engendró a Iolao

Ificles, como escribe Plauto en *Anfitrión,* fue hijo de Anfitrión y de Alcmena y dice que éste nació en el mismo parto que Hércules. Pero Ificles nació después de nueve meses de concepción; Hércules, con él, sin haber acabado el séptimo mes. Lo que parece no admitir Agustín en *Sobre la Ciudad de Dios* [V, 5], a saber, que una mujer pueda concebir distintos seres en distintos tiempos[398].

CAPÍTULO XXXII

Sobre Iolao, hijo de Ificles

Iolao, como afirma Solino en *Sobre las maravillas del mundo* [I, 61], fue hijo de Ificles. Este, según dice el propio Solino, yendo a Cerdeña, mitigó con la concordia los errantes ánimos de los habitantes y construyó Olbia y otras ciudades griegas. Los iolenses, llamados así por él, añadieron a su sepulcro un templo porque, imitando las virtudes de su padre, había liberado a Cerdeña de muchos males. Estas cosas aquél. Pero hubo también otros hijos de Ificles.

CAPÍTULO XXXIII

Sobre "Estáñelo, hijo de Verseo, que engendró a Euristeo

Esténelo, según opina Hornero, fue hijo de Perseo y de Andrómeda. Pues Hornero en la *Ilíada* [XIX, 114 ss.] presenta a Agame-

[397] Plinio, loe. cit., atribuye este invento a Anfictión, no a Anfitrión.
[398] Naturalmente Agustín habla de hermanos mellizos.

non pronunciando una arenga y exponiendo la genealogía de Euristeo y afirmando que Esténelo fue hijo de Perseo y padre de Euristeo. Este, según dice Eusebio en el libro de los *Tiempos* [53, 23-24], trasladado por Perseo el reino de los Argivos a Micenas, reinó después de Perseo, no se encuentra cuándo. Pues, muerto Acrisio, quien reinó treinta y un años, inmediatamente sigue el comienzo del reinado de Euristeo, pero intercalados cinco años y en el reinado de éste, a saber de Euristeo, descubre que se escribió que Esténelo reinó en Micenas durante cuarenta años; no puedo encontrar dónde murieron éstos.

CAPÍTULO XXXIV

Sobre Euristeo, hijo de Esténelo

Euristeo fue hijo de Esténelo, según se ha demostrado, sobre cuyo nacimiento cuenta Hornero *[Il.,* XIX, 115 ss.] la siguiente fábula. Como un día Júpiter hubiese dicho entre los dioses que en aquel día iba a nacer un hombre que gobernaría a todos sus vecinos, Juno hizo que lo confirmara con un juramento; al punto desciende a las tierras y retuvo a Uitía, a la que nosotros llamamos Lucina, diosa de las parturientas, junto a la esposa de Esténelo, que estaba grávida de siete meses, y de su útero hizo salir un hijo de siete meses que fue llamado Euristeo. Había de nacer aquel día Hércules, pero Alcmena no pudo dar a luz a causa de que estaba retenida la diosa de las parturientas. Y así sucedió que lo que Júpiter pensaba para Hércules se cambió para Euristeo, que después dominó a otros e incluso a Hércules, y reinó durante cuarenta y cinco años en Micenas y, al morir, dejó como sucesor a Atreo. Pero esta fábula ha reclamado para sí un lugar a partir de un acontecimiento, puesto que los hombres veían que Euristeo dominaba sobre Hércules, el más fuerte de los héreos.

CAPÍTULO XXXV

Sobre Baquemon, hijo de Perseo, que engendró a Aqueménides

Baquemon, según atestigua Lactancio *[a Teb.,* I, 719][399], fue hijo de Perseo y de Andrómeda y, como dice él mismo, éste gobernó en algunos pueblos orientales que por Aqueménides, hijo de este Baquemon, como dice Teodoncio, fueron llamados después Aqueménidas. Estos afirman que había inventado los ritos de los sacrificios a Apolo. Pues junto a ellos está el Sol en la caverna pérsica revestido con la tiara y oprimiendo con ambas manos los cuernos de un buey, pienso que para demostrar la inmensa fuerza de éste.

CAPÍTULO XXXVI

Sobre Aqueménides, hijo de Baquemon, que engendró a Orcamo

Aqueménides, como dice Teodoncio, fue hijo de Baquemon, aunque hay quienes sostienen que éste fue hijo de Perseo. Gobernó él sobre los pueblos Aquemenios y los llamó por su nombre y, al morir, dejó como sucesor a su hijo Orcamo.

CAPÍTULO XXXVII

Sobre Orcamo, hijo de Aqueménides, que engendró a Leucótoe

Orcamo, como se dijo antes por Teodoncio, fue hijo de Aqueménides, quien tuvo como esposa a Eurínome, hermosísima mujer, de la que tuvo solamente una hija, Leucótoe, a la que, porque se había sometido al Sol, que la amaba, enterró viva.

[399] En Lactancio Plácido no se habla de ningún Baquemon, sino que dice *Persae ab Achaemone.* Ahora bien, el manuscrito *Pa* ofrece *achemone,* de donde puede provenir esta duda de Teodoncio al entender *ab achcmene, Persei et Andromedae filio,* etc.

CAPÍTULO XXXVIII

Sobre Leucótoe, hija de Orcamo

Ovidio testifica que Leucótoe fue hija de Orcamo y de Eurínome en estos versos [IV, 208-12]: «En tiempo; Leucótoe te hizo olvidar a muchas, a la que dio a luz Eurínome, la más hermosa del país de los aromas, pero después de que creció la hija, como la madre venció a todas, tanto la hija venció a la madre. Su padre Orcamo gobernó las ciudades Aqueménidas, etc.» Según muestra Ovidio más adelante, a esta Leucótoe la amó sobremanera Febo y, cambiado en la figura de su madre Eurínome, fue de noche junto a ella y dando permiso a sus doncellas, como si ella le fuera a hablar en secreto, volvió a su forma primitiva y violó a la que no se resistía. Como esto llegase a oídos de Clitie, que era amada antes por Febo, agitada por los celos al punto lo relató como acusación a Orcamo. Este, encolerizado y severo en exceso, ordenó que se la sepultara viva. Febo, al no poder restituirle la vida, la convirtió en la vara de incienso. La razón de esta fábula, dada por algunos, es la siguiente: que una muchacha fue enterrada viva según la ley Sabea a causa del adulterio cometido con un distinguido joven y, como en aquel lugar nacía casualmente la vara de incienso, de las que es muy abundante la región, al salir del seno de la tierra hacia lo alto por la fuerza del sol, encontró un lugar para la fábula. Yo pienso que hay un lugar entre los Aqueménidas que tiene o ha tenido el nombre de Leucótoe y que, ya que es abundante en incienso, los habitantes dicen que fue amada por el Sol, quien, tomando la figura de su madre, esto es la constitución oportuna para nutrir las ramas de incienso, baja allí y se une a la humedad de la tierra, hasta tal punto que quien pone allí plantas vivas al punto las hace salir a lo alto.

CAPÍTULO XXXIX

Sobre Eritreo, hijo de Perseo

Eritreo o Eritra, según opina Solino en *Sobre las maravillas del mundo* [XXXIII, 1J, fue hijo de Perseo y de Andrómeda y tuvo

su reino en los confines del mar Rojo, aunque hay quienes dicen que fue rey de Egipto. Sobre éste el propio Solino escribe así: «Pues más allá del puerto Pelusiaco está Arabia, que se extiende hasta el Mar Rojo, del que dice Varrón que es llamado Eritreo por el rey Eritra, hijo de Perseo y de Andrómeda, no sólo por su color.» Estas cosas aquél. Este Eritreo fue de gran autoridad entre los Árabes, hasta el punto de que, al morir, le construyeron en una isla del Mar Rojo un sepulcro con una enseña más famoso que los demás y le rindieron culto como a un dios y por él llamaron al Mar Rojo Eritreo, nombre con el que todavía hoy lo llaman los Griegos, a saber Eritratalaso, pues *talaso* en latín significa mar. No tenemos nada sobre su descendencia.

CAPÍTULO XL

Sobre Verses, hijo de Perseo

Que Perses fue hijo de Perseo lo atestigua Plinio en el libro de la *Historia Natural* [VII, 56, 201], sobre el cual no he descubierto otra cosa de lo que el propio Plinio afirma, a saber que éste fue el primer descubridor de las flechas, lo que quizá es verdad entre los suyos, puesto que las hemos leído en otras naciones mucho más antiguas.

CAPÍTULO XLI

Sobre Aón, trigesimotercer hijo de Júpiter, que engendró a Dimante

Aón, como dice Paulo, fue hijo de Júpiter y de la ninfa Mnóside, por el que dice que Beocia fue llamada Aonia, puesto que reinó allí. Nosotros antes, siguiendo la autoridad de Lactancio *[a Teb.,* I, 33], hemos escrito que fue hijo de Neptuno. Teodoncio decía que fue hijo de Onquesto y expulsado de Apulia con una facción de los suyos llegó a Beocia y allí buscó como padre a Neptuno y nombró a la provincia con su nombre, pero no le asignaban ningún hijo, mientras Paulo afirma que Dimante fue hijo suyo.

CAPÍTULO XLII

Sobre Dimante, hijo de Aón, que engendró a Asió y a Alexírroe

Dimante, según dice Paulo, fue hijo de Aón y padre de Asió y y de Alexírroe, y no he leído ninguna otra cosa sobre él.

CAPÍTULO XLIII

Sobre Asió, hijo de Dimante

Asió fue hijo de Dimante, como escribe Hornero en la *Ilíada* [XVI, 717-8] al decir: «Asió, que era tío materno de Héctor, domador de caballos, hermano de Hécuba, hijo de Dimante, etc.» Por más que Hornero diga que éste fue hermano de Hécuba y tío de Héctor, decía Leoncio que lo fue por parte de madre, porque Asió y Hécuba nacieron de la misma madre, pero de distintos padres. Este ayudó a Príamo contra los Griegos.

CAPÍTULO XLIV

Sobre Alexírroe, hija de Dimante y madre de Esaco

Alexírroe fue hija de Dimante, según parece atestiguar Ovidio [XI, 761-3] cuando dice: «Aunque la hija de Dimante dio a luz a aquél, se dice que- ocultamente Alexírroe dio a luz a Esaco en el umbroso Ida, etc.» Así pues, ésta[400] dio a luz de Príamo a Esaco, que después fue metamorfoseado en somormujo.

*» Cf. nota 223.

CAPÍTULO XLV

Sobre Eaco, trigesimocuarto hijo de Júpiter, que engendró a Foco, a Telamón y a Peleo

Eaco fue hijo de Júpiter y de Egina, según dice Hornero en la *litada* [XXI, 189]: «El Eácida Peleo; pues Eaco nació de Zeus, etcétera.» De qué modo violó Júpiter a Egina, se ha dicho antes al hablar sobre Egina. Además dice Ovidio [VII, 523 ss.] que reinó en Enopia, a la que él mismo llamó Egina por el nombre de su madre. Como en ella muriesen los hombres con una peste y él viera en sueños una encina llena de hormigas que paseaban ora arriba ora abajo, le pareció que, mientras dormía, pedía a Júpiter que se convirtieran en hombres todas las hormigas que veía, lo que se cumplió, y así se restauró su ciudad y los ciudadanos se llamaron Mirmidones, pues *myrmix* en griego es en latín hormiga. Además dijeron los antiguos que éste, junto con Minos y Radamantis, examinaba las culpas de los hombres y les infería castigos según sus méritos. Bajo estas ficciones se oculta esto. En primer lugar, su ciudad, abandonada de ciudadanos por una peste, se restauró por los agricultores que, según la costumbre de las hormigas, recogen en verano las mieses de los campos y otras cosas convenientes para no morir de hambre en invierno. El los instruyó con leyes y les enseñó a vivir, y por esto fue'llamado hijo de Júpiter y juez de los lugares inferiores. Pues con respecto a los cuerpos celestes los mortales somos inferiores.

CAPÍTULO XLVI

Sobre Foco, hijo de Eaco

Foco fue hijo de Eaco, como se escribe en Ovidio [VII, 476-7] cuando se lee: «Busca; vienen al encuentro de aquél Telamón y, menor que Telamón, Peleo y el tercer hijo Foco, etc.» Este fue muerto por Peleo.

CAPÍTULO XLVII

Sobre Telamón, hijo de Eaco, que engendró a Ayax y a Teucro

Telamón fue hijo de Eaco, el mayor **de** los hermanos. Servio *la En.,* I, 619] dice que fue uno de los Argonautas y compañero de Hércules. Y cuando volvía de Coicos y al buscar Hércules a Hilas, el niño perdido en Misia y después de haber llegado al litoral Troyano, alejado por Laomedonte, declarándole la guerra, como viniese contra éste reunidas sus fuerzas, Telamón fue junto con él como partícipe de la injuria recibida y, tomada Ilio y muerto Laomedonte, por haber escalado el primero los muros de la ciudad, se le entregó del botín capturado a Hesíone, hija de Laomedonte, de la que tuvo a Teucro, después de haber tenido de otra a Ayax. Este bien expulsado, bien no acogido en su patria, se fue a Chipre y allí fundó la ciudad de Salamina.

CAPÍTULO XLVIII

Sobre Ayax, hijo de Telamón

Ayax, hombre muy belicoso, fue hijo de Telamón. Este junto con los demás griegos tomó las armas para destruir Troya y, para omitir las demás cosas dignas de admiración que realizó en los combates, se atrevió a acometer un combate singular contra Héctor y, si hay que prestar algún crédito a Hornero, si una noche demasiado rápida no lo hubiese interrumpido, habría vuelto Ayax vencedor junto a los suyos. Pero al llegar aquélla, después de que, según la antigua costumbre, Héctor le regaló la espada y recibió de él el tahalí, Ayax, apartándose fresco y animoso, permitió al agotado Héctor ir a Troya. Estos dones fueron nefastos según Servio *[a En.,* IV, 496], puesto que Ayax se dio muerte con esta espada y con el tahalí fue muerto Héctor por Aquiles. Ayax, tomada Ilio y destruida, tuvo un gran litigio contra Ulises acerca de las armas de Aquiles, muerto ya; finalmente, al ver que el valor guerrero cedía ante la elocuencia, enloquecido se mató con la espada que había recibido de Héctor y, según dice Ovidio **[XIII,**

391 ss.] se convirtió en la flor de su nombre[401]. En esto la antigüedad nos enseña que nuestras fuerzas fácilmente se resuelven en nada, como la caduca flor.

CAPÍTULO XLIX

Sobre Teucro, hijo de Telamón

Teucro fue hijo de Telamón y de Hesíone, la hija de Laomedonte. La que no parece que haya sido esposa de Telamón, puesto que Hornero alguna vez en la *Iliada* [VIII, 284] dice que Teucro fue bastardo. Este, sin embargo, fue un importante hombre y valiente en las armas y junto con su hermano Ayax fue a la guerra de Troya. Luego, acabada ésta, al volver a la patria sin su hermano, no habiendo sido acogido, se retiró a Chipre y allí construyó la ciudad de Salamina y vivió el resto de su vida. Yo creo que es más verdadero esto que lo que se dijo antes acerca de Telamón.

CAPÍTULO L

Sobre Peleo, hijo de Eaco, que engendró a Polidora y a Aquiles

Peleo fue hijo de Eaco e intervino durante su vida en grandes empresas, pues estuvo con Meleagro en la cacería del jabalí de Calidón. También luchó con Pirítoo contra los Centauros. Tuvo éste como esposa, según cuenta Ovidio [XI, 217 ss.] a Tetis, diosa de las aguas, de la que se enamoró Júpiter, pero desdeñó su unión porque había sabido por un oráculo que nacería de ella un hijo que sería más grande que su padre. Para conseguirla, le fueron convenientes audacia y fuerzas. Pues cuando Peleo, siguiendo el consejo del anciano Proteo, se apoderó de ella cierto día, ella,

[401] El jacinto. Lo que dice Ovidio es que la tierra, enrojecida por la sangre de Ayax, hizo brotar la flor en cuyos pétalos se lee *aiai,* que recuerda el nombre de Ayax. Gamo el propio Ovidio indica, el jacinto surgió por primera vez a consecuencia de la muerte de Jacinto, amado por Apolo, quien quiso que con estas letras la flor testimoniara su dolor por la muerte del joven.

cambiada en distintas figuras, hasta tal punto le aterró que fue liberada por él. El cual, volviendo junto a Proteo, fue convencido por este mismo para que no temiera aquellas transformaciones, sino que perseverara reteniéndola porque, si lo hacía, ella cedería a su deseo. Peleo, al día siguiente, al verla dormida en su cueva, la cogió. Pero ella, cambiándose en distintas figuras según su costumbre, al darse cuenta de que él la retenía, volviendo a su figura propia, consintió en el matrimonio. Luego, Júpiter convocó a sus bodas a todos los dioses excepto a la Discordia, la cual, indignándose al ver a Juno, Palas y Venus sentándose por orden en su sitio, cogiendo una manzana dorada la lanzó entre ellas y dijo que se entregara a la más digna. Como consecuencia de esto, al punto surgió entre ellas una disputa, puesto que cada una decía que ella era la más digna. Y, al no querer Júpiter dictar sentencia sobre esto entre ellas, las envió a presencia de Paris, que vivía en el bosque Ida. Este, a causa de la mujer más hermosa que le fue prometida por Venus, despreciados los ofrecimientos de las otras, la entregó a Venus como la más digna. Elle le concedió el rapto de Helena, consecuencia del cual fue la guerra de Troya y murió Aquiles, que nació de aquellas bodas a las que no había sido invitada la Discordia; y así se expió la injuria. En efecto, Peleo tuvo de Tetis a Aquiles y a Polidora[m]. Luego, después de haber matado a su hermano Foco, se fue al exilio por orden de la severa justicia de su padre. Y en primer lugar llegó junto a Céix, rey de Traquis, por el que fue acogido amigablemente. Después, marchándose de allí, se fue a Magnesia, donde fue purificado por Acasto de la muerte de su hermano. No sé qué siguió después. Ahora hay que ver qué ha de entenderse de estas ficciones. Tetis fue una mujer noble en cuyo nacimiento se vio que de ella iba a nacer un hombre que superaría en valor a su padre y por esto su padre Quirón sostuvo diferentes y abundantes deliberaciones sobre a quién se la concedería y, por acción de éstas, al pedirla Peleo, primero lo rechazó y así las variaciones de decisiones fueron los distintos cambios de figuras de Tetis. Luego, cuando de nuevo la pidió Peleo, después de muchas deliberaciones de su padre, le fue concedida. En la boda de éste, es decir en la procreación de Aquiles, fueron convocados todos los dioses, esto es todos los cuerpos celestes, a los que concierne, según sus distintos poderes, infundir diversos efectos en el cuerpo ya creado para que sea

[402] Polidora es en toda la tradición mitográfica hija de Antígona, la primera mujer de Peleo.

perfecto. Pero no es llamada la Discordia para que no separe la obra emprendida y perezca. Ella misma, luego, se mezcla cuando el hombre empieza a pensar cuál es la vida más espléndida de las tres, o la contemplativa, que se designa mediante Palas, o la activa, que se entiende por Juno, o la voluptuosa, que se muestra por Venus, sobre las que no quiere Júpiter, es decir Dios, dar la sentencia, para que no parezcan las demás condenadas por su sentencia y la necesidad lanzada sobre el hombre. Sobre estas tres ya se ha dicho suficientemente antes donde se ha hablado acerca de Paris.

CAPÍTULO LI

Sobre Polidora, hija de Peleo y esposa de Boro

Polidora, según dice Hornero en la *Iitada* [XVI, 173 ss.] fue hija de Peleo y fue amada y seducida por el río Esperquío, y así dio a luz a Menestio, quien siguió a Aquiles en la guerra de Troya. Esta se casó con Boro, hijo Peñeres.

CAPÍTULO LII

Sobre Aquiles, hijo de Peleo, que engendró a Pirro

Aquiles, el más valeroso de los griegos, como se ha demostrado, fue hijo de Peleo y de Tetis. Después de que su madre lo diera a luz, al punto lo llevó a los lugares inferiores y, para convertirlo en soportador de trabajos, lo sumergió entero en las aguas estigias, excepto el talón, del que lo sostenía; luego lo llevó al centauro Quirón para que lo criara. Este lo crió no según la costumbre con la que se crían los demás, sino que hacía que consiguiera aumento sólo de las entrañas de bestias cazadas por él y ello para que se fortaleciera con el constante ejercicio. Y por esta razón dice Leoncio que éste se llamó Aquiles, de *a,* que es sin, y *chiloSy* alimento, como nutrido sin alimento. Quirón le enseñó la astrología y la medicina y también a tañer la lira. Después, como

Tetis, una vez raptada Helena por Paris, conociera por un presagio que iba a haber guerra y que en ella habría de morir su hijo Aquiles, con la intención de si podía evitar su muerte, ocultamente raptó a éste todavía imberbe, mientras dormía, de la cueva de Quirón y lo llevó a la isla de Esciros a casa del rey Licomedes y, cubierto con vestidos de muchacha y avisado para que no demostrara a nadie que era varón, lo entregó a Licomedes para conservarlo como doncella entre las hijas. Pero no pudo estar oculto durante mucho tiempo que era varón a la doncella Deidamía, la hija de Licomedes, con la que, pasado el tiempo, se unió y, a causa de la conveniencia del amor, ella ocultó el sexo del joven, pero de él concibió y dio a luz un hijo, al que llamaron después Pirro. Por lo demás, al juramentarse los Griegos contra los Troyanos y al haber obtenido en una respuesta que Troya no podía ser tomada sin Aquiles, fue enviado Ulises a buscarlo. Como hubiese oído que éste se ocultaba con vestimenta mujeril entre las hijas de Licomedes, para no coger a una doncella en lugar de al joven inventó un nuevo engaño y, después de haberse fingido mercader y haber puesto ante las hijas de Licomedes los juguetes con las que las jóvenes tienen costumbre de divertirse, puso entre éstos un arco y una aljaba, pensando que Aquiles, si estaba mezclado con ellas, habría de coger el arco. Y no faltó el resultado a su pensamiento. Después de conocer al que traía el arco, fácilmente, con persuasiones, lo indujo a que le siguiese a la guerra. Cuando fue a ésta, habiendo quitado su vestimenta mujeril, se apoderó de muchas ciudades de los enemigos y cogió un gran botín y, entre otras cosas, a una doncella, hija del sacerdote de Apolo, que concedió a Agamenón, y a Briseida, de la que se había apoderado igualmente, se la reservó. Pero como, por orden de los dioses, sucediera que Agamenón restituyera la hija al sacerdote, le quitó a Briseida. Indignado por esto, Aquiles se mantuvo inactivo durante largo tiempo y no quiso tomar las armas contra los Troyanos por la persuasión o las súplicas de ninguno. Luego, cuando un día los Griegos eran acosados duramente por los Troyanos, por Néstor fue conducido ante él Patroclo para pedirle que, si no quería tomar las armas, al menos permitiese que él mismo vistiera las suyas en su lugar y subiera a su carro y condujera a los ociosos Mirmidones a la batalla. Aunque a duras penas soportaba esto Aquiles, sin embargo, para no negar nada a Patroclo, lo permitió. Este, al avanzar en el combate considerado por todos como Aquiles, llevó muchos males a los Troyanos. Finalmente Héctor, que había deseado durante mucho tiempo una lucha contra Aquiles, llegó considerándolo aquél y con poco

esfuerzo venció a Patroclo y despojó de sus armas al vencido y, como si hubiera vencido a Aquiles, vestido con sus armas entró en su patria con gran pompa. Turbado enormemente por esta desgracia, Aquiles lloró durante algún tiempo al amigo y le ofreció una honra fúnebre con gran fastuosidad y admirable honor. Luego, tomadas de su madre Tetis, que había venido a suavizar sus lágrimas, unas nuevas armas que ella había recibido de Vulcano, armado para vengar a su amigo muerto, fue a la guerra y, después de haber dado muerte a muchos de los Troyanos, mató también a Héctor. Y, para saciar su cólera, no le pareció suficiente el haberlo matado sino que, después de haber atado el cuerpo de aquél a su carro, dio vueltas alrededor de Ilio ignominiosamente mientras Príamo lo contemplaba, y luego mantuvo el cadáver junto al túmulo de Patroclo desnudo durante doce días. Finalmente se lo dio al anciano Príamo, que vino junto a él de noche y suplicante y ofreciendo grandes regalos. Después de estas cosas, mató en otro combate a Troilo. Conmovida Hécuba por este dolor, temiendo por los supervivientes y por la patria si vivía largamente Aquiles, con astucia femenina tendió asechanzas contra la vida de aquél. Había sabido que él estaba enamorado de Políxena, porque vista en un tiempo de tregua le había agradado, y por ello, por un intermediario, le prometió su boda si dejaba de combatir. Como asintiese a esto Aquiles, llegó a un acuerdo de tal clase que una noche debía ir solo a escondidas al templo de Apolo Timbreo, que estaba casi junto a los muros de Ilio, y allí mismo la encontraría con su hija y se casaría. Aquiles, enamorado y deseando esto, creyendo el acuerdo, entró de noche desarmado y solo en el templo. Al punto Paris, saltando de entre los emboscados, como era muy hábil en el arco, dirigió una flecha al talón de aquél y lo hirió y mató al que inútilmente corría con la espada contra los enemigos, y finalmente fue sepultado por los suyos en el promontorio Sigeo de Troya. En tan larga historia, relatada sin embargo en pocas palabras, nada hay de ficción a no ser que Aquiles fue sumergido en las aguas estigias excepto el talón y que murió por haber sido herido éste. Sobre lo cual opina Fulgencio *[Mit.,* III, 7] que un hombre cualquiera metido en las aguas de la Estige se endurece para los trabajos, puesto que la Estige se interpreta como tristeza, para que se entienda que nadie dura en las alegrías sino que se debilita más, sí se endurece otras veces. El hecho de que no haya sido sumergido el talón oculta un misterio físico; pues los físicos sostienen que las venas que están en el talón pertenecen a la parte de los ríñones y las piernas y los órganos viriles, y por ello por el

talón no sumergido en la Estige entendieron la libido invencida para Aquiles, que no fue arrebatado por otros endurecimientos, como se pone claramente de manifiesto, puesto que por la libido fue a las manos de los enemigos y muerto por ellos.

CAPÍTULO Lili

Sobre Pirro, hijo de Aquiles, que engendró a Peripelo y a Moloso

Pirro, según se ha demostrado, fue hijo de Aquiles y de Deidamía, llamado así, como dice Servio *[a En.,* II, 263] por la propiedad de sus cabellos, puesto que es llamado Neoptólemo con otro nombre. Este, muerto Aquiles, apenas un adolescente fue llevado a la guerra de Troya, fue un joven animoso a la manera de su padre y de duro carácter. El, aunque llegó cerca del final de la guerra, sin embargo no estuvo inactivo. Entró entre otros jóvenes valientes y audaces en el caballo de madera que los Griegos dolosamente hicieron construir, y llevado a Ilio, cuando se hizo de noche, con otros que vinieron desde Ténedos causó una enorme perdición a los Troyanos y entró hasta el más recóndito lugar de la regia mansión persiguiendo a Polites, hijo de Príamo, y lo mató en el regazo de su padre, y después se lanzó contra Príamo, que lo reprendía y hablaba censurando su crueldad por manchar con su sangre los altares que él mismo había consagrado. Luego, destruida Ilio, mató a Políxena, doncella de notable belleza, junto al sepulcro de Aquiles, para aplacar a los Manes paternos. Y al haberle tocado del botín troyano Andrómaca, en otro tiempo esposa de Héctor, la unió a sí como esposa. Esta, según algunos, le dio dos hijos, Peripelo y Moloso. Posteriormente, cautivado por la belleza de Hermíone, hija de Menelao, entregada Andrómaca a Heleno, hijo de Príamo, con una parte del reino porque el adivino le había aconsejado que no entrase en el mar como lo habían hecho los otros, arrebató a Hermíone a Orestes y la hizo su esposa. Posteriormente, forzado por la pobreza o impulsado a la rapiña por el fervor del ánimo, según opinan algunos, infestó el mar de naves. Esta navegación nociva para otros fue llamada por él pirrática y los que la ejercitan piratas porque él mismo la ejercitó el primero, como dice Paulo. Finalmente, al volver al reino Orestes desde la región Táurica, depuesta su locura, sobornado Macareo, sacerdote

del templo de Apolo Deifico, mató a Pirro en el templo. Y este fue el fin de aquél.

CAPÍTULO LIV

Sobre Peripelo, hijo de Pirro

Peripelo, como dice Paulo, fue hijo de Pirro y de Andrómaca. Teodoncio, en cambio, dice que de Hermíone, y no ha llegado a nosotros ninguna otra cosa sobre él.

CAPÍTULO LV

Sobre Moloso, hijo de Pirro, que engendró a Pólidecta

Moloso fue hijo de Pirro y de Andrómaca. Este, al suceder a su padre muerto, ocupó parte del Epiro y llamó a los habitantes Molosos por su nombre, pero hasta llegar a la adolescencia estuvo junto a su madre y padrastro y al morir dejó un hijo: Pólidecta.

CAPÍTULO LVI

Sobre Pólidecta, hijo de Moloso

Aunque no es suficientemente conocido para mí si Pólidecta fue varón o mujer, Paulo, sin embargo, afirma que éste fue hijo o hija de Moloso. Después de éste, no encuentro ningún Eácida sucesivamente, a no ser después de varios siglos, puesto que entre los Griegos durante mucho tiempo no se tuvo una descendencia más noble de los Eácidas. De los Eácidas fue Pirro, rey del Epiro, que llevó la guerra contra los Romanos en ayuda de los Tarentinos. También Alejandro Epirota, muerto por su secuaz Lucano y

Olimpia, ilustrísima reina de Macedonia y madre de Alejandro Magno, y otros muchos insignes por sus virtudes y títulos.

CAPÍTULO **LVII**

Sobre Pilumno, trigesimoquinto hijo de Júpiter, que engendró a Dauno

Pilumno, como dice Paulo, fue hijo de Júpiter. Servio *[a En.,* IX, 4] dice que tuvo como hermano a Pitumno y que ambos fueron dioses. Y dice que, de éstos, Pitumno inventó la costumbre de abonar los campos y por ello fue llamado Esterculinio, aunque Macrobio, en el libro de los *Saturnales* [I, 7, 25] dice que fue Saturno; y Pilumno la costumbre de moler el trigo y por ello le rindieron culto los que majan y la mano de mortero recibió de él su nombre. Dice Teodoncio que junto a éste fue llevado por un pastor Dánae, hija de Acrisio, que huía de la ira de su padre con su pequeño Perseo, a la que él, conocido su linaje, tomó como esposa y junto con ella, después de haber abandonado Apulia, donde era importante, porque se veía opuesta a Acrisio, llegó junto a los Rótulos y allí con Dánae fundó Árdea y tuvo de ella a Dauno.

CAPÍTULO **LVIII**

Sobre Dauno, hijo de Pilumno y bisabuelo de Turno

Dauno fue hijo de Pilumno y, según afirma Teodoncio, tenido de Dánae, hija de Acrisio. Este tuvo el reino de Apulia y por él fue llamada Daunia. Y dice el mismo Teodoncio que éste fue el abuelo del padre de Turno, quien también se llamó Dauno. Sobre su hijo y padre del segundo Dauno no recuerdo haber leído nada.

CAPÍTULO LIX

Sobre Dauno, nieto del primer Dauno, que engendró a Turno y a Yuturna

Dauno, según Teodoncio, fue descendiente del hijo del Dauno que precede. Su esposa fue Venilia, hermana de Amata, esposa del rey Latino, de la que consta que tuvo varios hijos, entre los que estuvo aquélla que dicen que se unió en matrimonio al propio Diomedes. Pero Paulo decía que el Dauno padre de Turno fue el hijo de Pilumno porque Virgilio [X, 76] dice: «El tuvo como abuelo a Pilumno, como madre a la divina Venilia, etc.», hablando de Turno. Sin embargo, yo creo más a Teodoncio, puesto que el propio Virgilio dice en otro lugar [X, 618] en boca de Juno: «El, sin embargo, saca el nombre de nuestro origen y su cuarto padre fue Pilumno, etc.» Lo que no puede ser según Paulo donde según Teodoncio se corresponde igualmente con el número.

CAPÍTULO LX

Sobre Turno, hijo de Dauno

Turno, rey de los Rútulos, fue hijo de Dauno y de su esposa Venilia y, como fue un joven importante en su época en la disciplina de las armas, fue tanta la fortaleza de su cuerpo que parecía que no debía prestarse ningún crédito a los antiguos si no se confirmara con un testimonio reciente. Y entre otros argumentos que persisten de su fuerza, Virgilio [XII, 896-901] escribe así sobre él, que luchaba contra Eneas en un combate singular: «Ve una enorme roca, una enorme roca antigua, que casualmente estaba tirada en el campo, puesta como mojón en el campo para discernir la querella de las tierras. Apenas doce hombres escogidos podrían subirla al cuello, semejantes a los hombres que ahora produce la tierra. Aquél la agitaba una vez cogida con mano nerviosa contra su enemigo, etc.» Lo que Agustín parece haber pensado en el libro decimoquinto de la *Ciudad Eterna* [XV, 8]. Además Palante o Palas, hijo de Evandro, muerto por él en el combate, añade mucha credibilidad. Pues leemos que reinando el César

Enrique Tercero, no lejos de Roma fue descubierto por un granjero que cavaba su cuerpo íntegro, como sepultado recientemente, y, sacado del sepulcro, por la anchura o la estatura superaba los muros romanos y en él aparecía hasta entonces el agujero de la herida hecha por la lanza de Turno, que sobrepasaba los cuatro pies de extensión. De lo que podemos deducir bastante bien cuan grande debió de ser Turno, cuan fuerte quien venció a un joven tan corpulento, que luchando llevó una lanza tan grande e hizo una herida tan grande. Virgilio muestra en célebres versos en la *Eneida* que tuvo éste una gran guerra contra Eneas porque Latino dio como esposa a Eneas a su hija Lavinia, que había prometido a Turno. Y, como muestra el propio Virgilio, después de muchas cosas, después de haber dado muerte a Palante y despojarlo del cinturón, él mismo lo llevaba por la insigne gloria del joven vencido; puesto que en aquel día, que fue el último para él en la tierra, luchaba contra Eneas en un combate singular según lo acordado y vencido por Eneas suplicaba la vida, lo habría conseguido si la vista del cinturón no hubiese llevado a Eneas a la piedad del amigo, y así fue muerto por aquél. Esto ha sido dicho según Virgilio que intenta con todas sus fuerzas alabar a Eneas; en cambio, según otros de otro modo. Dicen algunos hombres de no pequeña autoridad que Eneas fue vencido por Turno y muerto en su huida junto al río Numico y nunca más fue visto su cuerpo y que Turno después de esto fue muerto por Ascanio. Sobre estos se ha escrito antes ampliamente al hacerlo sobre Eneas.

CAPÍTULO LXI

Sobre Yuturna, hija de Dauno

Yuturna fue hija de Dauno. A ésta, según dice Virgilio [XII, 140 ss.], Júpiter le arrebató la virginidad, y como compensación del honor robado le concedió la inmortalidad y la convirtió en ninfa del río Numico. Esta hizo muchas cosas en ayuda de su hermano, que, aunque se diferencian en las fábulas, pienso que hizo sólo esto, que consiguió, poniendo en medio el río Numico, que por parte de los enemigos de Turno no se pudiera ir a los campos de Árdea y contra el propio Turno libre y expeditamente. Pero, al ver que Turno moría, triste se escondió en las olas. Hay quienes dicen que

ella tuvo amores a escondidas con el rey Latino; lo que, al hacerse público, avergonzándose, espontáneamente se mató lanzándose al río Numico y así fue violada por Júpiter, esto es por el rey, y convertida en la ninfa del Numico.

CAPÍTULO LXII

Sobre Mercurio, trigesimosexto hijo de Júpiter, que engendró a Eudoro, a Mirtilo, a los Lares, a Evandro y a Van

Mercurio fue hijo de Júpiter y de Maya, hija de Atlas, como se ha divulgado suficientemente. En efecto, según se ve en lo anterior, hubo varios Mercurios y, aunque casi todos son señalados por los antiguos con los mismos ornamentos, sin embargo no a todos se les atribuyó la misma condición divina. Pues uno fue dios de la medicina, otro de los comerciantes, pero otro de los ladrones y otro de la elocuencia, del que Teodoncio sostuvo que fue hijo de Maya; pero no describe qué lo determina y yo, después de que no lo he descubierto, no intento investigarlo con más rigor. Creo sólo que los antiguos sostuvieron que un Mercurio fue el dios de la elocuencia, pero que los matemáticos afirman que al planeta Mercurio le atañe disponer en nuestros cuerpos todo órgano que suene o caña y por esto creen algunos que fue llamado mensajero e intérprete de los dioses, porque por los órganos dispuestos por él en nuestros corazones se extienden las cosas intrínsecas, que pueden ser llamadas los secretos de los dioses, por cuanto que, a no ser que se expresen por un movimiento de cabeza o palabras, nadie a excepción de Dios conoce y en esto es intérprete de todos los secretos, porque las palabras, que son organizadas por los órganos, se interpretan dispuestas por él mismo y ponen al descubierto las cosas que no pueden ser percibidas con solo un movimiento de cabeza. Así pues, es mensajero e intérprete de los dioses y por ello dios de la elocuencia. Lo que se demuestra más claramente mediante los cargos atribuidos y las señales que se le han puesto. En efecto, Mercurio se cubre con el pétaso para indicar que contra los rayos de la envidia la elocuencia se conserva con una fuerte cobertura; lo que no es otra cosa que la gracia que el elocuente merece de los benévolos oyentes. Este conserva por mucho tiempo los escritos de los antiguos contra los mordaces y envidiosos, lo

que parece haber previsto para sí Ovidio [XV, 871-2] cuando dice: «Y ya he acabado la obra, la que ni la ira de Júpiter, ni el fuego, ni la espada, ni la vejez que consume podrá destruir, etc.» Mercurio lleva sandalias aladas para describir la velocidad de la conversación que en ese mismo momento sale de la boca del que habla y es recibida en los oídos del que escucha. Además muy a menudo designan la velocidad propia de los mensajeros. Lleva un caduceo para mostrar el oficio de mensajero. Pues ciertamente los mensajeros acostumbraron a llevar en algún tiempo caduceos como distintivo. Dicen que con este caduceo Mercurio llamaba a las almas del Orco y enviaba a algunas a aquél y así por ello podemos[1] entender las fuerzas del elocuente, con las que muchos son arrancados de las fauces de la muerte y algunos empujados a ella. ¿Quién arrebató a Milón[403] del Orco? ¿Quién a Popilio Léñate[404], para silenciar a otros sino la elocuencia de Cicerón? ¿Quién empujó allí a Léntulo, Cetego, Estatilio[405] y otros hombres de esta facción sino la durísima fuerza del discurso de Catón? Además dicen que Mercurio excitaba a los vientos con este caduceo para que advirtamos que el orador puede enviar furores, como el discurso de Curión contra César en Rímini. Así también traspasar las nubes, esto es quitar las turbaciones, como Tulio en *En defensa de Deyotaro* cuando, con un tranquilo discurso, calmó el corazón de Julio César airado contra aquél. El hecho de que este mismo caduceo quite y envíe sueños, es bastante claro que por la elocuencia los inactivos y dormidos se despiertan al ejercicio y a los demasiado exaltados los retrae a su decoro, a componerse y dormir. El caduceo está ceñido con una serpiente para que por la prudencia de la serpiente se entienda que es conveniente que el orador sea discreto sobre la elección de lo que va a decir, de los tiempos, lugares e incluso de las personas, para que el orador lleve a los oyentes a donde desea.

[403] Asesino de Clodio.
[404] Asesino de Cicerón. Tribuno militar, sicario de Antonio, a quien Cicerón tiempo atrás defendiera de una acusación de parricido.
[405] Cómplices de Catilina.

CAPÍTULO LXIII

Sobre Eudoro, hijo de Mercurio

Eudoro, según dice Hornero en la *Ilíada,* fue hijo de Mercurio y de Polimela, hija de Filante, sobre el cual habla así [XVI, 179-81]: «La segunda la mandaba el belicoso Eudoro, nacido de una soltera, al que dio a luz entre las doncellas la hermosa Polimela, hija de Filante, el poderoso Argifonte, etc.», esto es Mercurio. Hornero continúa con una fábula más detallada de éste, diciendo que Mercurio, al ver a Polimela, que con gracia bailaba en el corro con los cantantes en el coro de Diana, se enamoró de ella y, subiendo ocultamente al palacio, se unió a ella y engendró a Eudoro, el más rápido y belicoso de los hombres, que junto a Aquiles fue a la expedición contra Troya.

CAPÍTULO LXIV

Sobre Mirtilo, hijo de Mercurio

Mirtilo, como dice Lactancio *[a Teb.,* IV, 306], fue hijo de Mercurio y *[a Teb.,* IV, 244] auriga del rey Enómao; como Pélope pidiese a su hija Hipodamía como esposa, dispuesto a sufrir el certamen de la carrera, sobornó con la promesa de la primera unión a Mirtilo, quien hizo un eje de cera para el carro y, roto éste en medio de la carrera, Pélope obtuvo la victoria y la doncella. Pero arrojó a Mirtilo, que reclamaba lo prometido, al mar en el que, muerto, le dio su nombre y por él se llama Mirtilo. Por este engaño de Mirtilo, que era el prefecto de armas de Enómao, fue vencido Enómao en la guerra, según se ha escrito con más detalle antes donde se ha hablado sobre Pélope.

CAPÍTULO LXV

Sobre los Lares, hijos de Mercurio

Hubo dos Lares, hijos de Mercurio y de la ninfa Lara, según dice Ovidio *[Fast.,* II, 615 ss.]. Pero Lactancio en el libro de las *Divinas Instituciones* [I, 20, 35] dice que ésta se llama Larunda o Lara. Sin embargo, sobre el origen de éstos cuenta Ovidio la siguiente fábula. Que como Júpiter amara a Yuturna, ninfa del Tíber y hermana del rey Turno, obligó a las retantes ninfas del lugar a que detuviesen a la que huía para que, al seguirla él, ella no se sumergiera en las aguas. Pero Lara, hija de Almón, como dice Paulo, una de las Náyades, contó las órdenes de Júpiter a Yuturna y a Juno. Indignado por esto, Júpiter privó a Lara de la lengua y ordenó a Mercurio que la llevara a los Infiernos y que fuese allí una ninfa de la Estige. Este, al verla cuando la guiaba, cayó en deseos de ella y la violó en el camino. Ella, después de haber concebido le dio a luz gemelos a los que él mismo llamó Lares por el nombre de su madre. La ficción de esta fábula tiene bastante escondido el significado; pues Júpiter es el calor, que desea a la ninfa Yuturna, esto es la humedad contra la que actúa. Pero Lara, que es aquí el calor excesivo de la mujer, separa la obra de la acción del fuego, pero Mercurio, es decir la frialdad excitada por obra de la naturaleza, vaciada la mujer del calor excesivo reúne la semilla en uno y así Lara es privada de la lengua, esto es del poder de perjudicar. De este calor aplastado Mercurio, esto es la moderada prudencia de la naturaleza según los paganos, produce los Lares, no directamente de aquella sino que amada ella sucede que, según la opinión de algunos, los Lares nacen con el fruto creado o se crean aquellos que estando ella no habían podido crearse. Sobre estos Lares no todos los antiguos pensaron del mismo modo. Los antiguos pensaron que, puesto que el alma racional es llevada por Mercurio a un cuerpo nuevo, como he dicho en otros lugares, se creía que eran conducidos por Mercurio porque en el sexto mes, que se dedica a Mercurio, se cree que los fetos reciben el alma, que el dios o los dioses vienen como guardianes de la nueva alma, a los que algunos llamaron Genio o Genios, algunos los llamaron Lares, según se ha dicho poco antes. Y como asegura Censorino en *Sobre el día del nacimiento* [III, 1], donde sostiene que éste es llamado Genio o porque se preocupa de que seamos engendrados o porque es engendrado junto con nosotros, o porque siempre protege a los na-

cidos, y dice que este mismo Genio y Lar es confirmado por muchos antiguos y sobre todo por Gayo Flaco en aquel libro que dejó escrito para César en *Sobre los nombres de los dioses tutelares.* Y aunque dice que es un solo Genio o Lar, en lo siguiente añade, con la opinión del Socrático Euclides [III, 3], que se da un genio doble a todos y así hay dos Lares para cada uno, según la opinión de los antiguos. Esto puede confirmarse bastante con la autoridad de Anneo Floro, que en el libro cuarto de su *Epítome* [I, 4] escribe así: «Y al propio Bruto durante la noche, como resolviera pensamientos consigo mismo de distinta costumbre con la luz levantada, se le puso enfrente una negra figura, la cual, al ser interrogada, dijo: tu mal Genio. Esta se desvaneció a los ojos de quien la contemplaba, etc.» Este no habría añadido malo si no hubiese otro bueno y así dos. La verdad cristiana los llama Angeles, no engendrados con el que nace sino asociados al nacido, de los que uno bueno empuja al bien al que guarda, el otro malo se esfuerza por lo contrario, y casi como observadores de nuestros males y bienes y como testigos continuos, nos asisten hasta la muerte. Además creyeron que los Lares estaban en las casas de los particulares, como muestra Plauto al comienzo de la *Aulularia* [1 ss.] y los llamaron dioses familiares o domésticos, y del mismo modo que hemos dicho que estaban puestos para custodia del cuerpo, así dicen que éstos lo están para custodia de la casa y todos estos domésticos tienen en las casas un lugar común, a saber, donde pusieron el lugar del fuego, que los antiguos hacían en medio de la casa. Allí los veneraban con sacrificios según el rito antiguo. Lo que todavía entre nosotros no ha desaparecido. Pues, aunque aquel error ignorante se haya ido, quedan aún los nombres y algunas cosas que conocen la huella de los antiguos sacrificios. Pues tenemos los Florentinos, y también quizá algunos otros pueblos, como la mayoría en las habitaciones, donde se hace el fuego común de la casa para toda la familia, unos instrumentos de hierro puestos para sostener las maderas puestas al fuego, a los que llamamos Lares, y la tarde antes del día de las kalendas de Enero es convocada toda la familia por el padre de familia y, lleno el fuego de leños, se añade un gran madero del cual sólo la cabeza se quema al fuego, en el resto se sienta el padre de familia con los demás de pie a su alrededor, y cogiendo vino lo bebe el padre primero y luego derrama en la cabeza del madero encendido lo que ha quedado de vino en la copa y después, cuando han bebido los demás a su alrededor, como si hubiese acabado la solemnidad, se levantan a sus obligaciones. Muy a menudo de niño en la casa paterna vi que

estas cosas eran celebradas por mi padre, de hecho un hombre católico. Y no dudo de que hasta hoy son celebradas por muchos más en razón de la costumbre tomada de sus antepasados que engañados por alguna superstición de idolatría.

CAPÍTULO LXVI

Sobre Evandro, hijo de Mercurio, que engendró a Palante y a Palantia

Evandro, rey de Arcadia, como dice Paulo, fue hijo de Mercurio y de Nicóstrata. Hombre insigne por su fortaleza e inteligencia. Pues dice Servio *[a En.,* VIII, 51] que éste mató a Icerilo, un hombre cruel, del mismo modo que Hércules a Gerion y que éste, por su singular integridad, fue enumerado entre los muchos Hércules. Y el propio Servio dice que fue éste nieto de Palante, rey de Arcadia, y como hubiese dado muerte a su padre, a saber al marido de Nicóstrata, aconsejándolo la propia Nicóstrata, que era adivina, abandonando Arcadia llegó a Italia y, expulsados los Aborígenes, ocupó aquellos lugares en los que después fue fundada Roma y fundó una pequeña ciudadela en el monte Palatino y allí recibió a Hércules, que volvía de Hispania con la pompa de Gerion vencido. El cual lo libró de los ultrajes del ladrón Caco. Luego, después de la destrucción de Troya, recibió a Eneas, que buscaba nuevos asentamientos, y lo ayudó contra Turno, enviando con él a la guerra a su hijo Palante al que, muerto por Turno, lloró el anciano en su desgracia. Fue llamado hijo de Mercurio porque fue un hombre muy elocuente entre otros, como afirma Teodoncio.

CAPÍTULO LXVII

Sobre Palante, hijo de Evandro

Palante fue hijo del rey Evandro, como muy a menudo atestigua Virgilio en la *Eneida* [VIII, 100 ss.]. Este joven, admirable por su célebre virtud, unido a Eneas en amistad, lo siguió, con

tropas de auxilio reunidas, contra Turno, herido por el cual en el combate murió y fue sepultado por el infeliz padre. Su cuerpo, como refiere Martino en el libro que llama *Martiniana,* gobernando en Roma el emperador Enrique III, fue descubierto no lejos de la ciudad por un agricultor que cavaba un campo más profundo de lo acostumbrado, hasta tal punto íntegro que parecía recién enterrado, y tan grande de estatura que superaba con su dimensión la altura de los muros de la ciudad, y cuenta lo que ha de admirarse aún más, aparecía en él una abertura enorme de la herida inferida por Turno, de tal modo que sobrepasaba la extensión de cuatro pies, añadiendo que se veía sobre su cabeza una lucerna que ardía con perpetuo fuego y que no podría extinguirse ni con viento ni con líquido, finalmente se extinguió después de haberse hecho un agujero en el fondo. Además dice que estaba escrito en su sepulcro el siguiente epitafio: «Palante, hijo de Evandro, al que mató la lanza del guerrero Turno según su costumbre, yace aquí.»

CAPÍTULO LXVIII

Sobre Palantia, hija de Evandro

Palantia, como dice Servio *[a En.,* VIII, 51], fue hija de Evandro, quien asegura que esto lo cuenta Varrón *[Leng. Lat.,* V, 53]: dice que Hércules la violó y de ella engendró a Latino, rey de Laurento. Finalmente dice que ésta, cuando murió, fue sepultada en el monte que por su nombre fue llamado Palatino.

CAPÍTULO LXIX

Sobre Pan, hijo de Mercurio

Pan, no aquel que fue llamado dios de Arcadia sino otro, fue hijo,de Mercurio y de Penélope, como escribe Cicerón en el libro *Sobre la naturaleza de los dioses* [III, 22, 56]. Y aunque dice Licofrón ** que Penélope se unió a todos los pretendientes al no

[406] Esta afirmación no es de Licofrón, sino que aparece en *Schol. Lyc,* 772.

regresar Ulises y que de uno tuvo como hijo a Pan, hay quienes sostienen que por esto se dio origen a la ficción y que hay que entender que ocurrió que Penélope, por la elocuencia de alguno, llegó a unirse a él y de él dio a luz un hijo. Este, dado que parece buscado por la elocuencia, fue llamado hijo de Mercurio. Yo por mi parte he dicho otras cosas. No puedo creer que honestidad tan célebre como fue la de Penélope haya podido mancharse o doblegarse a la elocuencia de alguno o por otra acción. Ciertamente hubo también otras mujeres del mismo nombre que ella, pero no iguales en honestidad quizá, y así de una de ellas pudo nacerle a Mercurio su hijo Pan.

CAPÍTULO LXX

Sobre Vulcano, trigesimoséptimo hijo de Júpiter, que engendró a Erictonio, a Caco, a Céculo y a Tulio Servilio

Vulcano fue hijo de Júpiter y de Juno, como atestiguan casi todos los poetas. Este, por ser cojo y deforme, tan pronto como nació fue arrojado por sus padres a la isla de Lemnos y, según dice Teodoncio, criado por los simios. Sobre éste dice Virgilio en el poema *Bucólico* [IV, 62-3]: «A quien no han reído sus padres, ni un dios lo juzgó digno de su mesa ni la diosa de su lecho.»[m] Todos afirman que tuvo una esposa, pero no se muestra de igual modo por todos quién ha sido ésta. Pues Cingio, según cuenta Macrobio en el libro de los *Saturnales* [I, 12, 19] dice que Maya fue esposa de Vulcano; pero Pisón dice que fue Majestad. Hornero primero y luego Virgilio y los restantes poetas latinos escriben que fue Venus. Pero, ya que es cierto que hubo varios Vulcanos, es posible que todos éstos digan la verdad, puesto que no dicen de qué Vulcano fueron esposas Maya o Majestad. El que Venus haya sido esposa del Vulcano de Lemnos parece tenerse por bastante seguro. Además dicen que éste fue el herrero de Júpiter y atestiguan que en las islas Lípari Vulcano tenía las fraguas y a los Cíclopes como siervos para fabricar los rayos y las armas de los dioses. Y sostienen que por él se hizo todo lo compuesto artísticamente,

[407] Virgilio no hace alusión a Vulcano en estos versos; sí, en cambio, Servio, *ad locum.*

como las armas de Aquiles y de Eneas, el collar de Harmonía y la corona de Ariadna y cosas de este tipo. Además dicen que éste, después de que el Sol le mostrara el adulterio de su esposa Venus y de Marte, los ató a ambos con invisibles cadenas cuando estaban unidos. También lo llaman Múlciber y lo hacen padre de varios hijos. Al querer sacar el significado de lo dicho, ha de saberse en primer lugar que este Vulcano fue hijo de Júpiter y de Juno y que reinó en Lemnos y tuvo como esposa a Venus y que la descubrió en el lecho con el escudero, según se ha dicho antes al hablar sobre Marte, y esto en cuanto a la historia. En cuanto a otro significado, antes que otra cosa hay que advertir que entre nosotros el fuego es doble. El primero es el propio elemento del fuego, que no vemos, y a éste los poetas a menudo lo llaman Júpiter. El segundo es el fuego elementado causado por el primero y éste es doble. Pues el primero es el que sube en el aire a causa del velocísimo movimiento circular en las nubes y éste, cuando las rompe al salir produce relámpagos y truenos y con gran ímpetu es empujado contra las tierras. El segundo es el fuego que utilizamos, sacado por nosotros de la madera y otros combustibles, de la dura sílice y cuidado y conservado con ramas secas. Hágase mención de estos tres en esta fábula. Pues el primero es Júpiter, del cual, así como de las cosas aéreas y terrestres, que han de entenderse por Juno, nacen los dos restantes. De éstos, uno y otro es cojo; pues si contemplamos la ruptura de la nube, veremos que el fuego no camina rectamente sino que va ora a esta parte ora a aquella y así decimos que cojea. De igual modo veremos que las llamas de nuestro fuego nunca se elevan con igual paso hacia lo alto sino que, como un cojo, ya se dirigen más elevadas hacia lo alto o a lo bajo. El primero de éstos es lanzado del cielo a la tierra, según se ha mostrado, y no le ríen los padres porque tan pronto como nace es arrojado fuera. Y así no es digno en la mesa. Sostienen que fue arrojado a Lemnos porque a menudo en esta isla caen rayos. El hecho de que la diosa no lo considerase digno de su lecho, se mencionará un poco después en sobre Erictonio. Es alimentado por los monos aquel que está entre nosotros. Pues el mono es un animal que tiene por naturaleza esto, intentar hacer cuanto ve que hace el hombre, y puesto que los hombres intentan imitar con su arte e ingenio a la naturaleza en muchas cosas y en torno a tales actos es muy conveniente el fuego, se creó la ficción de que los monos, estos es los hombres, criaron a Vulcano, es decir cuidaron el fuego. Sobre éste, para que se conozca su conveniencia, escribe así Isidoro en su libro de las *Etimologías* [XIX,

6, 2]: «Sin fuego ninguna clase de metal puede fundirse y extenderse. Pues no hay casi nada que no se haga con fuego, pues además se hace el vidrio, el oro, la plata, el plomo, el cinabrio, los pigmentos, los medicamentos; con fuego las piedras se disuelven en aire, con fuego se produce y se domina el hierro, con fuego se consigue el oro, con el fuego se unen los cementos y muros con piedra quemada; el fuego blanquea, al cocerlas, las piedras negras, oscurece, al quemarlas, las blancas maderas, los carbones de resplandeciente nieve los hace negros, de dura madera los convierte en frágiles, de corruptibles en incorruptibles, suelta lo apretado, ata lo suelto, suaviza lo duro, vuelve lo duro blando.» Estas cosas Isidoro. Sostienen además que éste fue el herrero de Júpiter y el que crea todas las demás cosas artísticas, para que se entienda que todo lo artístico se hace con ayuda del fuego que en cuanto artístico se llama Vulcano, denominado de este modo por haberse llamado así algún insigne artista. Está suficientemente claro por qué se dice que sus fraguas estaban en las islas Lípari y Vulcano; pues son islas que vomitan fuego y el nombre de éstas favorece la ficción, ya que son llamadas Vulcanias, pero no reciben el nombre por Vulcano hijo de Júpiter sino por un Vulcano que, nacido en Emalio, las ocupó. Y sostuvieron no sólo que este herrero de armas o de juguetes era el fuego o Vulcano, sino que también sostienen que da el motivo para las reuniones de los hombres y el origen de la conversación, como parece afirmar Vitruvio en el libro *Sobre la Arquitectura* [II, 1] diciendo[408]: «En la Antigüedad los hombres nacían en las selvas, grutas y bosques y [como las fieras] pasaban la vida alimentándose de comida silvestre. Entretanto en un lugar los árboles densos, agitados por la tempestad y los crepitantes vientos, frotando entre sí sus ramas provocaron el fuego; y por ello aterrados por la persistente llama los que estaban cerca de aquel lugar, emprendieron la huida. Después, habiéndose tranquilizado y al acercarse más, como se dieran cuenta de que era de gran utilidad para los cuerpos, añadiendo leños al calor del fuego y conservándolo, lo llevaban a otros y explicándolo por señas demostraron qué utilidad se podía obtener de él. Cuando en aquellas [reuniones] de los hombres brotaron de diferente manera a partir del soplo voces, formaron según la costumbre diaria palabras como les había correspondido por suerte. Luego [empleando a menudo un significado] para las cosas al usarlo, comenzaron a hablar

[408] Como el texto que ofrece Boccaccio es en cierto modo incomprensible, hemos tomado el original de Vitruvio y lo que no aparece en Boccaccio lo entrecorchetamos.

por un hecho fortuito y así surgieron las conversaciones entre ellos. Así pues, después de que, a causa de la invención del fuego, nació entre los hombres al principio la reunión y la asamblea y la vida en sociedad, y en un lugar se reunieron muchos, obteniendo de la naturaleza un [premio] por encima de los restantes animales, de manera que no andaban inclinados sino erguidos, y que contemplaban la magnificencia del mundo y de los astros y [además] cogían con las manos y los dedos fácilmente lo que querían, comenzaron en esta sociedad unos a hacer techos con hojas, otros a horadar grutas en los montes, algunos, imitando los nidos de las golondrinas y sus construcciones, construían habitaciones bajo las que pudieran meterse, hechas de barro y cañas.» Estas cosas Vitruvio. Pero este importante hombre no había leído el *Pentateuco* en cuyo comienzo habría leído de manera muy distinta que Adán, como autor de la conversación, había dado nombre a todas las cosas. Y en otro lugar habría conocido que Caín no sólo construía casas sino también una ciudad. Pero sobre esto en otro lugar. Por qué se entregaron al servicio de Vulcano los Cíclopes, se explicó antes al hablar sobre los Cíclopes. Este herrero fue llamado Vulcano, como dice Servio *[a En.,* VIII, 414], casi Volicano, porque vuela por el aire. Pero Rábano dice: Vulcano, volante andar. Se llama Múlciber, según dice Alberico [III, 10, 4], casi el que suaviza[409] la lluvia, porque cuando las nubes se dirigen a lo más alto con el calor, se disuelven en lluvia. Yo pienso que es llamado Múlciber porque ablanda el bronce.

CAPÍTULO LXXI

Sobre Erictonio, hijo de Vulcano, que engendró a Procris, a Oritía y a Pandíon

Erictonio, al que Hornero *[Il.,* II, 547] llama Erecteo, fue hijo de Vulcano y de Minerva; sobre cuya creación se cuenta la siguiente fábula por los antiguos. Que Vulcano, después de haber fabricado rayos para Júpiter que luchaba contra los Gigantes, le pidió como premio que le permitiera unirse a Minerva. El mismo lo concedió permitiendo a Minerva que, si podía, conservase con sus

[409] *mulcens* (de *mulceo:* suavizar) *imbrem.*

fuerzas la virginidad. Como Vulcano entrase en el aposento de Minerva e intentase violar a Minerva que se defendía con dureza, sucedió que Vulcano, excitado por el excesivo deseo, derramó semen en el suelo del que dicen que nació Erictonio, y dicen que tuvo pies en forma de serpientes; para ocultarlos, una vez crecido, inventó el primero un carro, como dice Virgilio *[Geórg.,* III, 113-4]: «El primero Erictonio se atrevió a unir cuatro caballos y los carros, etcétera.» Agustín en el libro *Sobre la Ciudad de Dios* descubre la intención de la fábula así [XVIII, 12]. Pues dice que en Atenas hubo un templo común a Vulcano y a Minerva en el que se encontró un niño rodeado por una serpiente, que como presagiara en opinión de los atenienses que iba a ser un gran hombre, lo conservaron y, puesto que sus padres eran desconocidos, a éstos a los que les estaba dedicado el templo en el que fue encontrado, a saber a Vulcano y a Minerva, se lo dieron como hijo. Este además, como dice Anselmo en *Sobre la imagen del mundo,* subido al cielo entre las otras imágenes celestes, fue llamado Serpentario.

CAPÍTULO LXXII

Sobre Procris, hija de Erictonio y esposa de Céfalo

Procris fue hija de Erictonio o Erecteo[410] y esposa de Céfalo, según testimonia Ovidio [VI, 679-82] al decir: «Cuatro jóvenes había procreado y otras tantas del sexo femenino, pero dos de la misma belleza; de las cuales, Procris, te tuvo como esposa al feliz Eólida Céfalo, etc.» Cuál fue la suerte de ésta, cuál la muerte, se escribe después de esto en sobre Céfalo.

CAPÍTULO LXXIII

Sobre Oritía, hija de Erictonio y esposa de Bóreas

Oritía fue hija de Erecteo o Erictonio, según atestigua Eusebio en el libro de los *Tiempos* [50, 5-9][411]. La raptó el tracio Bóreas,

[410] Boccaccio confunde a Erictonio y a Erecteo.
[411] Eusebio sólo dice Erecteo.

hijo de Astreo, y se unió a ella en matrimonio. Ella dio a luz para él como hijos a Zetes y a Calais.

CAPÍTULO LXXIV

Sobre Pandíon, hijo de Erictonio, que engendró a Progne y a Filomela

Pandíon, según opina Lactancio *[a Teb.,* II, 720] fue hijo de Erictonio, rey de Atenas, y le sucedió en el reino, del cual no hay nada excepto el tiempo de su reinado, que fue, según Eusebio [47, 18-20], de cuarenta años, a no ser que tuvo dos hijos y otras tantas hijas. Agotado por la guerra que había llevado contra los Tracios, cuando se llegó a la paz, a una de éstas, a saber Progne, la dio como esposa a Tereo, rey de los Tracios; de la otra, a saber de Filomela, pudo llorar la desgracia; sobre ellas se ha dicho bastante antes.

CAPÍTULO LXXV

Sobre Progne y Filomela, hijas de Pandíon

Progne y Filomela, como bastante ampliamente dice Ovidio [VI, 436-674], fueron hijas de Pandíon, rey de Atenas. De éstas, a Progne la dio como esposa a Tereo, rey de Tracia, y ella tuvo de él como hijo a Itis. Tereo violó a Filomela, la segunda hija de Pandíon, cuando la llevaba junto a Progne y le quitó la lengua; consecuencia de lo cual fue que Itis fue muerto por su madre y entregado como alimento a su padre y después Progne se transformó en golondrina y Filomela en el ave de su nombre[412], Tereo en abubilla, según se ha visto antes claramente acerca de todos al hablar sobre Tereo.

[412] Ruiseñor. Cf. nota 301.

CAPÍTULO LXXVI

Sobre Caco, hijo de Vulcano

Caco fue hijo de Vulcano, como dice Virgilio [VIII, 193-9]: «Aquí en un espacioso lugar estuvo la apartada gruta que guardaba la terrible figura del semihombre Caco, inaccesible a los rayos del sol; siempre el suelo estaba humedecido por la reciente matanza y clavadas en las soberbias puertas colgaban cabezas de hombres pálidas de la terrible sangre corrupta. Vulcano era el padre de este monstruo; él se movía con su gran mole vomitando por su boca los negros fuegos de aquél, etc.» Se dice que éste arrastró las vacas de Hércules, que volvía de Hispania y que era huésped de Evandro, de noche por la cola hasta su cueva; como viese Hércules por la mañana que éstas habían mermado y no pudiera advertir hacia dónde habían errado, pues veía que las huellas de los pies venían de la cueva al rebaño, se marchaba con las restantes, pero como mugieran a causa de que se habían ido las demás compañeras, respondiendo al mugido las que estaban encerradas, se conoció el engaño de Caco. Cuando Hércules se dirigió contra él, lo sacó con violencia de la cueva y lo mató con la clava y recuperó las vacas. Pero otros sostienen que por Caca, hermana de Caco, le fue revelado a Hércules el hurto de su hermano y que por ello mereció ser venerada allí durante mucho tiempo con un altar y sacrificios. Servio [*a En.*, VIII, 190] dice que éste fue llamado hijo de Vulcano porque consumía con una rápida combustión las cosas de su alrededor. Alberico [III, 13, 1] dice que éste fue un malísimo fámulo o siervo de Evandro, lo que significa el propio nombre; pues *cacos* en griego significa en latín malo. Bajo la ficción de la fábula le parece a Solino en *Sobre las maravillas* [I, 8] que hay una historia. Pues dice que Caco vivía en un lugar cuyo nombre es Salina, donde después se hizo la puerta Trigémina de la ciudad. Luego dice que lo llamaron Celio porque, después de haber ido como legado del rey Marsias junto al Tirreno Tarcón y fuese entregado por él para que lo guardase al frigio Megale, alejado desde allí mismo había llegado con grandes ayudas y ocuparon un reino junto a Vulturno y Campania y, como atacaran a Evandro y a los Arcadios, teniendo como jefe a Hércules, quien estaba allí entonces casualmente, fue vencido Caco. Megale se retiró junto a los sabinos a los que había enseñado la ciencia de hacer augurios.

CAPÍTULO LXXVII

Sobre Céculo, hijo de Vulcano

Céculo, si ha de darse crédito a Marón, fue hijo de Vulcano. Pues dice así sobre éste [VII, 678-81]: «Y no faltó el fundador de la ciudad de Preneste, al que toda la época consideró hijo de Vulcano, rey entre las bestias salvajes y hallado junto al hogar, Céculo, etc.» De éste se cuenta la siguiente fábula. Hubo dos hermanos que tuvieron una única hermana; cuando ésta estaba sentada junto al fuego, voló a su regazo desde el hirviente fuego por casualidad una chispa, de la que dicen que la mujer concibió y dio a luz un hijo al que llamaron hijo de Vulcano, y a causa de la enfermedad de sus ojos lo llamaron Céculo[413]. Este un día, quizá atacado por el insulto de que no era hijo de Vulcano, pidió a Vulcano que le demostrara si era su hijo; y dicen que sin tardanza, por la acción de Vulcano, fue enviado un rayo por el que todos los que no lo creían se abrasaron y perecieron; por lo que fue considerado verdaderamente hijo de Vulcano por los supervivientes. Yo pienso que la razón de esta ficción es la siguiente: a saber que Céculo fue llamado de nombre propio Preneste y por la enfermedad de los ojos Céculo y que fue el mismo que Preneste, el hijo del rey Latino, sobre el que se ha hablado antes; y que por la chispa que voló hacia el regazo de su madre embarazada, fue adoptado por Vulcano y que castigó a sus enemigos con fuego e incendios y fundó la ciudad de Preneste y ayudó con sus tropas a Turno contra Eneas.

CAPÍTULO LXXVIII

Sobre Tulio Servilio, hijo de Vulcano, que engendró a las dos Tulias

Tulio Servilio fue hijo de Vulcano y de Cresia de Cornículo, como atestigua Ovidio en el libro de los *Fastos* [VI, 627-8] diciendo: «Pues el padre de Tulio fue Vulcano, la madre Ocresia[414] de Cornículo, ilustre por su belleza», y poco después [633-4]: «la cautiva

[413] *caeculus* es diminutivo de *caecus:* «ciego».
[414] Como se ve la madre de Servio Tulio recibe el nombre de Ocresia u Ocrísia.

ordenada se sienta en el hogar; Servio fue concebido por ella, tiene del cielo las semillas de la raza, etc.» Además dice Ovidio que éste fue amado por la Fortuna y que ella acostumbraba a ir junto a él a través de la ventana del palacio y estar con él donde después se hizo la puerta que de aquella ventana recibió el nombre de Fenestral. La intención de la fábula se toma de la historia narrada en excelente estilo por Tito Livio [I, 39]. Para explicarla en pocas palabras, digo que, tomado Cornículo por Tarquinio Prisco, rey de los Romanos, entre otras cautivas fue llevada al palacio por Tarquino una jovencita porque le parecía noble. Esta, grávida, dio a luz a Tulio Servilio. Siendo éste aún un niño y mientras dormía en la cuna, bajó desde lo alto un pequeño fuego y se posó sobre su cabeza sin hacerle ningún daño. Al verlo la reina Tanaquil, experta en augurios, convenció a su marido para conservar con cuidado al niño que iba a ser de gran importancia para su familia. Conservado por esto, como se convirtiera en fuerte, tomó como esposa a la hija de Tarquinio y, herido Tarquinio por los hijos de Anco Marcio y conservado muerto por la herida a escondidas por la reina, por orden de ella Servio ocupó el trono, aunque vivían aún pequeños los hijos de Tarquinio. Ocupado éste y anunciada la muerte de Tarquinio, Servio lo sustituyó como rey. Como tuviese dos hijas de su esposa las entregó como esposas a los hijos de Tarquinio Prisco. El mismo, después de haber hecho muchas cosas buenas para los Romanos, fue muerto por Tarquinio el Soberbio, su yerno, por instigación de su hija, después de haber reinado durante cuarenta y cuatro años. Así pues, aquella llamita, sobre la que se ha hablado antes, dio lugar a la fábula de que se le considerase hijo de Vulcano, lo que muestra Ovidio *[Fast.,* VI, 635-6] diciendo: «El padre dio las señas en el momento en que tocó la cabeza con fuego resplandeciente y en sus cabellos ardió una lengua de fuego resplandeciente, etc.» Sus éxitos demostraron que fue amado por la Fortuna. Plinio, en el libro de los *Varones Ilustres* dice que éste fue hijo de Publio Corniculario y de la cautiva Ocreatia.

CAPÍTULO LXXIX

Sobre las dos Tullas, hijas de Tulio Servilio

Las dos Tulias, según Tito Livio [I, 42], fueron hijas de Tulio Servilio y esposas de Arrunte y Lucio, hijos de Tarquinio Prisco.

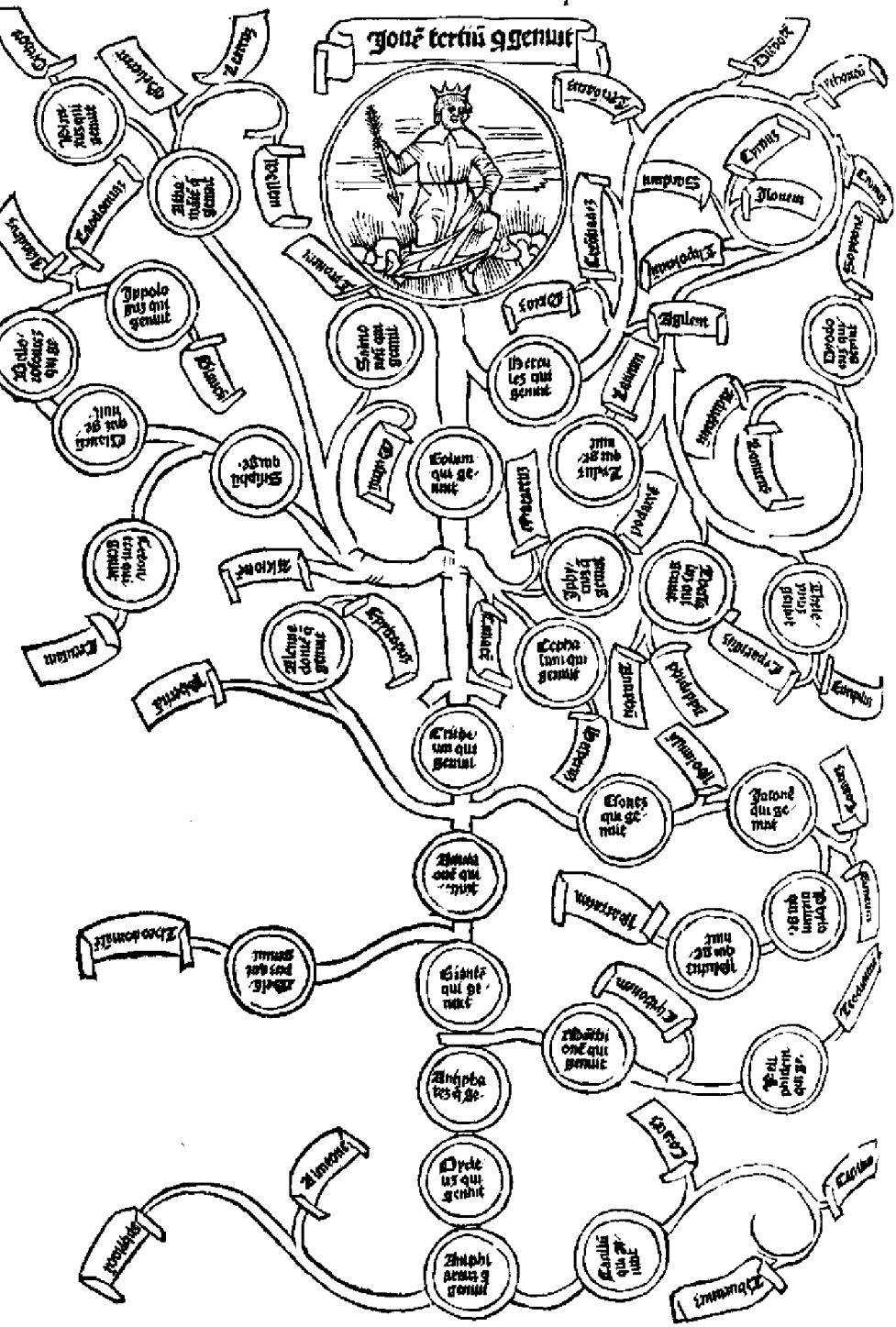
Ciertamente Tulia, la mayor, de espíritu severo e impaciente e inclinada a todos los crímenes, le correspondió a Arrunte, joven muy benigno. En cambio la menor, que era una mujer muy piadosa, fue dada a Lucio, joven de duro y ambicioso corazón. Tulia, la mayor, ardía en deseos de reinar y hostigaba a su inactivo esposo con reproches y censuraba su suerte porque no había sido dada a Lucio. Finalmente, sucedió que murieron Arrunte y Tulia la menor, por lo que la mayor inmediatamente se puso de acuerdo con Lucio y, soportándolo Servio más que aprobándolo, se unieron en matrimonio; y al punto la cruel mujer comenzó a irritar el ánimo de su esposo con palabras y a aguijonearlo hacia el reino, por lo que sucedió que entrara un día Lucio en la Curia y se sentara en lugar del rey; e hizo expulsar a Tulio, que venía, y luego seguirlo y matarlo. Al oír esto Tulia, subiendo a un vehículo, corrió alegre a saludar a su marido el rey. Pero, al volver a casa, al ver el auriga el cadáver de Servio tirado en medio de la vía y detenerse para que no lo pisase el vehículo al pasar, fue reprendido por Tulia, y pisado aquél lo atravesó. Ella le dio hijos a Lucio, entre los cuales a Sexto Tarquinio, a causa de cuyo estupro inferido a Lucrecia, la esposa de Colatino, por la violencia, Lucio y sus hijos con él fueron llevados al exilio y ella misma con ellos. La cual pudo oír que Sexto fue muerto entre los Gabios y ver que su marido languidecía en Cumas de Campania en una podrida vejez. No he leído cuál fue el fin de esta mujer.

Termina el Libro Duodécimo de la Genealogía de los dioses paganos.

COMIENZA FELIZMENTE EL LIBRO DECIMOTERCERO DE LA GENEALOGÍA DE LOS DIOSES PAGANOS, SEGÚN JUAN BOCCACCIO DE CERTALDO

En el árbol grabado a la derecha, en cuya raíz se representa el tercer Júpiter, se pone tanto en las ramas como en las hojas las descendencias de Hércules y de Eolo, hijos del mencionado tercer Júpiter.

Tertius a decimo sobolem Iouis explicat omnem.



Proemio

Dejada a popa, con la ayuda del verdadero Dios, la porción del mar inmenso y excesivamente agitado más extensa y más difícil para la navegación, puesto que ya se veían a lo lejos con una muy débil manifestación las blancas cimas de los montes de la costa de enfrente, había empezado a parecerme que el mar estaba tranquilo y no intransitable por ningún obstáculo y que suministraba olas más flojas de lo usual; con la esperanza y el afán de alcanzar la costa en la que se ofrecía el futuro descanso y los laureles a mi transportadora por haber superado las fatigas, era llevado por su propia iniciativa por los remos y la vela. Pero he aquí que, cuando una suave brisa me había llevado desde la desembocadura del Tíber hasta el mar de Eubea y había estado a la vista la Tebas de Cadmo y habían llegado a mi mente las islas Eolias, por las que había pasado de largo sin advertirlo, me di cuenta de lo que había quedado por hacer, a saber describir a aquel excelente domeñador de cosas monstruosas que con sus fuerzas sobresalía por encima de los demás mortales; y también al rey del enfurecido pueblo por cuya acción a menudo casi me convertí en náufrago, y después añadir sus descendencias bastante numerosas, por lo que se entibió un poco aquel ardor que me conducía ávido al litoral y me detuve y, al reflexionar conmigo mismo que no era fácil describir aquellos trabajos, para los que no era suficiente ninguno de los mortales salvo Hércules, y a aquel rey cuyos siervos parecían poder derribar el mundo, pensé que habría que descansar y volver a llevar a su vigor, con

algún tipo de tranquilidad, las fuerzas ya debilitadas, para que no desmayara entre los grandes sudores del Alcida o, cuando menos lo querría, débil ser arrastrado por Eolo. Y así, sin haber sido enumerada todavía en su totalidad la descendencia del tercer Júpiter, me detuve por segunda vez, oh rey ínclito, como si hubiese llegado a un límite incierto. Ya más robustecido por ello, levantándome para el resto del camino, despliego las velas de la barquilla, rogando, según lo acostumbrado, que me favorezca y me guíe al final de mi esfuerzo Aquél para quien fue facilísimo formar todas las cosas de la nada.

CAPÍTULO PRIMERO

Sobre Hércules, trigesimoctavo hijo del tercer Júpiter, que engendró a diecisiete hijos, cuyos nombres son éstos: Oxeas, Creontíades, Terímaco, Deicoonte, Itoneo, Cromis, Agileo, Hilo, Sardo, Cirno, Diodoro, Tlepólemo, Tésalo, Aventino, Télefo, Lido, Latniro

Hércules, como escribe Plauto en el *Anfitrión* [1.135 ss.] fue hijo de Júpiter y de Alcmena. Esta, según sostienen algunos, se casó con Anfitrión con esta condición: que vengase la muerte de su hermano muerto por los Teléboas; cuando Anfitrión estaba ocupado en esta expedición, según Plauto dice donde antes, Júpiter, apasionado por Alcmena, adoptó antes del amanecer la figura de Anfitrión en atuendo militar y, como si volviera de la expedición, se acercó a ella quien, como creyera que él era su marido, se unió a él y de esta unión, aunque estaba grávida de Anfitrión, concibió, concepción para la que sostienen que no fue suficiente una sola noche sino que dicen que, uniendo tres en una, se le concedió al adúltero Júpiter tiempo para regocijarse, lo que está escrito por Lucano[415]: «La Tebana Alcmena, mientras gozaba de la cual, el soberano del Olimpo había ordenado que Lucífero fuera tres veces Héspero, etc.» Y así a su tiempo dio a luz gemelos, de su marido Anfitrión a Ificles y de Júpiter a Hércules. Además también Hornero *[Il.,* XIX, 96-133]

[415] En Lactancio, *Theb.,* IX, 424.

cuenta otra fábula concerniente a su nacimiento, fábula que, puesto que la hemos escrito donde Euristeo, el hijo de Esténelo, sería superfluo repetirla aquí. A éste los antiguos lo ensalzaron con grandes alabanzas y dicen que era enorme en cuanto a la estatura de su cuerpo, hasta el punto de que sostienen que nadie superaba su altura y que ésta era de siete pies, lo que parece demostrar Solino [I, 88] cuando dice: «Así pues, aunque la mayoría determinan que nadie puede sobrepasar la altura de siete pies porque Hércules estuvo dentro de esta medida, etc.» Y, puesto que sostienen que sufrió las enemistades de su madrastra Juno y que prestó servidumbre al rey Euristeo, confirman que estuvo por delante de los demás en fortaleza de cuerpo y en ingenio. Casi todos afirman que sus trabajos principales fueron sólo doce, aunque yo descubriré que fueron treinta y uno, si bien no todos iguales. En efecto, en primer lugar, cuando todavía era muy pequeño y estaba acostado en la cuna con su hermano, perseguido por los odios de Juno, cuando dormían sus padres, fueron enviadas contra él dos serpientes para que lo devoraran. Al verlas, Ificles aterrorizado cayó de la cuna y con su llanto despertó a sus padres. Al levantarse éstos descubrieron que Hércules había cogido con sus manos a las serpientes y las había matado. Cosas de las que habla así el poeta Séneca en la tragedia de *Hércules loco* [215-21]: «¿La edad del niño? Venció monstruos antes de poder conocerlos. Serpientes de cabeza empenachada conducían sus dos bocas; hacia las que se arrastra de frente el niño contemplando los ojos de fuego de las serpientes con pecho tranquilo y apacible; soportó con rostro sereno los apretados nudos y aplastando con su tierna, mano las hinchadas gargantas, etc.» En segundo lugar, junto a la laguna de Lerna tuvo un combate con la Hidra, monstruo horrible; a ésta, puesto que tenía siete cabezas y al cortarle una le nacían en el mismo lugar siete, la destruyó tras averiguar el origen de los órganos vitales. De la que así el trágico Séneca donde antes [241-2]: «¿Qué? ¿A los terribles monstruos de Lerna, numerosa maldad, no los venció al fin con el fuego y les enseñó a morir?, etc.» En tercer lugar, como el león de Nemea infundiera terror a toda la región, recibido por el pastor Molorco, que vivía cerca del lugar donde estaba el león, se acercó a él valerosamente y, capturado y matado, lo desolló y, para distintivo de su valor, utilizó siempre en adelante su piel como capa; de donde Ovidio [IX, 197]: «Aplastada por estos brazos yace la mole de Nemea.» En cuarto avanzó contra el león del Teumeso, de ningún modo menos horrible que el Ñemeo, con pecho audaz y abatido lo degolló. De esta acción se acuerda Estacio en la *Tebaida* [I, 485-7] al decir: «A imagen de

aquél al que, hecho pedazos en el valle del Teumeso, vistió en sus años juveniles el Anfitriónida antes de las luchas del monstruo de Cleonas[41<s], etc.» En quinto, capturó el jabalí del Ménalo, que lo devastaba todo. Del que Séneca donde antes [228-9]: «Y al jabalí erizado del Ménalo, acostumbrado a agitar los bosques de Arcadia en los espesos desfiladeros del Erimanto, etc.» Y, según dice Lactancio *Ia Teb.,* IV, 298] llevó este jabalí vivo ante Euristeo. En sexto, a la cierva que tenía patas de bronce y cuernos de oro, huésped del bosque del Ménalo, a la que nadie podía alcanzar en la carrera, la venció corriendo y la capturó. Sobre la que dice Séneca donde antes [222-4]: «La ágil fiera del Ménalo, que dejaba ver su cabeza con abundante adorno de oro, fue capturada en la carrera, etcétera.» En séptimo, mató con su arco a las aves del Estinfalo, a saber las Harpías[417], de las que así el propio Séneca [243-4]: «Y a las Estinfálides, acostumbradas a ocultar el día con sus alas desplegadas, las alcanzó desde las propias nubes, etc.» En octavo, apresó el toro que devastaba la región del Ática. Pues dicen que Minos, cuando iba a iniciar la guerra contra los Atenienses, suplicó a Júpiter que le concediera una víctima digna de él que iba a realizar un sacrificio. Este dispuso para él un toro blanco. Pero Minos, complacido por la hermosura del toro, tomando otro, lo colocó a la cabeza de sus rebaños, por lo que Júpiter, indignado, hizo que su esposa Pasífae se enamorara de él y que de él tuviera descendencia. A éste lo llevó el vencedor Teseo al Ática donde, haciéndose inmoderado, devastó toda la provincia. Por último, murió cazado por Hércules. Al hacer mención de éste Séneca donde antes [230] dice: «Y al toro, miedo no ligero para cien pueblos, etc.» En noveno, venció al Aqueloo, la fábula de cuya gesta donde antes sobre el Aqueloo. Acerca del cual Ovidio [IX, 186]: «¿Vosotras, manos, oprimisteis los cuernos del poderoso toro?, etc.» En décimo, a Diomedes, rey de Tracia, cuya costumbre era matar a sus huéspedes y ponerlos ante sus yeguas como alimento, él mismo lo venció y mató y lo puso ante sus propias yeguas para ser comido; de donde el mismo Séneca [226]: «¿Por qué voy a recordar los crueles establos del rebaño bistonio?, etc.» En undécimo, como el rey Busiris, hijo de Neptuno y de Libia, asolara, enorme depredador, todas las riberas adyacentes al Nilo y sacrificara en honor de sus dioses a los hués-

[416] Ciudad de la Argólide próxima a Nemea. Cf. *CFC,* XI, pp. 290-291, en donde se dan las fuentes para este trabajo, que aparece también en Coluccio Salutati.

[417] Las aves del Estinfalo no tienen nada que ver con las Harpías, seres alados femeninos, a no ser las alas.

pedes extranjeros, acercándose Hércules, una vez vencido aquél, de nuevo hizo aquella región apacible, de donde Ovidio [IX, 182-3]: «Así pues, yo domeñé a Busiris, que mancillaba los templos con la sangre extranjera, etc.» En duodécimo, se dirigió a Libia y venció en la lucha a Anteo, hijo de la Tierra, en Sumito, ciudad de África, según dice Lactancio *[a Teb.,* VI, 869]. Del que dice el mismo Ovidio [IX, 183-4]: «Y arrebaté al fiero Anteo los alimentos de su madre, etc.» Recuerdo que he escrito la fábula de éste donde se habla sobre el propio Anteo. En decimotercero, colocó sus columnas en occidente, sobre la que dice Pomponio Mela en su *Cosmografía* [I, 5, 27]: «Después hay un monte muy alto, al que enfrente levanta barreras Hispania; a éste lo llaman Abila, a aquél Calpe, a los dos columnas de Hércules. La fama añade la fábula del nombre, que el propio Hércules separó las cimas antaño unidas por un desfiladero ininterrumpido y que así el Océano antes rechazado por la mole de los montes, a los que ahora admitido inunda, etc.» Y tampoco calló esto Séneca donde antes [237-8] diciendo: «Desunió por una y otra parte los montes tras romper la barrera e hizo un camino para el Océano que ya corría, etc.» En decimocuarto, arrebató las manzanas de oro a las doncellas Hespérides, matando al dragón siempre vigilante. Sobre lo cual dice así Séneca [239-40]: «Después de estas cosas, asaltando las casas del rico bosque, trajo el botín de oro de la insomne serpiente, etc.» En decimoquinto tuvo una guerra contra el triple Gerion y, vencido y muerto éste, condujo el ganado hispano y excelente hasta Grecia con gran pompa, de donde Séneca [231-4]: «Entre los alejados rebaños del pueblo de Hesperia fue matado el pastor de triple figura de la costa tartesia, el botín conducido desde el más alejado occidente y el ganado conocido del Océano pastó en el Citerón, etc.» En decimosexto trajo al rey Euristeo el cinturón de la reina de las Amazonas, tras ser vencida ésta. Sobre lo cual el mismo Séneca [245-6]: «No lo venció la reina sin marido del pueblo termodontio, la de lecho siempre célibe, etc.» En decimoséptimo, mató también a Caco, ladrón del Aventino; de donde Boecio en *Sobre la consolación* [IV, 7 (VII, 26)]: «Caco desfogó las iras de Evandro.» En decimoctavo Hércules venció en encarnizada guerra a los Centauros soberbios y que pretendían arrebatar a Pirítoo Hipodamía en el día de sus bodas. De lo que Ovidio [IX, 191]: «Y no pudieron hacerme resistencia los Centauros, etc.» En decimonoveno mató al centauro Neso que, bajo la apariencia de favor, intentaba robarle a su esposa Deyanira, como extensamente se pone de manifiesto antes donde se habla sobre Neso. En vigésimo

venció a Albíon y Bergíon[418], que le impedían su camino, no lejos de la desembocadura del Ródano, ayudado por Júpiter con una lluvia de piedras, según atestigua Pomponio en la *Cosmografía* [II, 5, 78]. En vigesimoprimero, liberó a Hesíone, la hija de Laomedonte, tras haber pactado su boda con ella, de un cetáceo, monstruo marino. Pues dice Teodoncio que, enfurecidos Apolo y Neptuno porque Laomedonte no había pagado lo prometido por la construcción de las murallas de Troya, fue enviada una peste a los Troyanos; para escapar de la cual respondió el oráculo que todos los días se colocara en una roca una doncella para el monstruo marino que se acercaba. Como esto se hiciera por sorteo recayó en Hesíone, quien, como se ha dicho, fue liberada por Hércules. En vigesimosegundo, destruyó Troya y mató a Laomedonte, bien porque fue alejado del litoral troyano cuando buscaba a Hilas, o bien porque no se le concediera la prometida Hesíone o porque hubiese negado a quien los reclamaba los caballos engendrados de semilla divina, según opina Servio *[a En.,* I, 619]. En vigésimotercero mató al ladrón Lacinio, que devastaba con sus latrocinios la costa más alejada de Italia y construyó un templo para Juno, al que llamó de Juno Lacinia. En vigesimocuarto, según atestigua Hornero en la *Ilíada* [V, 392-4], hirió a Juno en un pezón con una flecha de tres puntas. Dice Leoncio que hizo esto porque había oído del rey Euristeo que ella sería la causa de todas sus fatigas. En vigesimoquinto soportó el cielo sobre sus hombros. Dice Anselmo en *Sobre la imagen del mundo* [I, 111] que la causa de esto fue que, como los Gigantes atacaran a los dioses y todos los dioses se hubieran reunido en una sola parte del cielo, acumularon tanto peso que el cielo parecía amenazar ruina; para que no cayera, Hércules, juntamente con Atlas, puso debajo sus hombros. Pero hay una fábula más divulgada: que, cansado Atlas y deseando cambiar de hombro, entretanto Hércules puso debajo su hombro; de donde Ovidio [IX, 198], al describirlo quejándose, dice: «Con esta cerviz sostuve el cielo, etc.» En vigesimosexto Hércules bajó a los Infiernos y allí, según dice Hornero en la *Ilíada* [V, 395-7], hirió a Dite. En vigesimoséptimo liberó de los Infiernos a Teseo que temblaba de miedo, muerto Pirítoo, y lo condujo a los lugares de arriba. En vigesimoctavo, llevó de nuevo junto a su marido a Alcestis, esposa de Admeto, el rey de Tesalia. Pues dicen que, al ponerse enfermo Admeto y haber suplicado la ayuda de Apolo, le fue dicho por Apolo que él no podía librarse de la muerte a no ser que la arrostrara alguno de sus vecinos y de sus parientes. Al haber

[418] Cf. nota 336.

oído esto su esposa Alcestis, no dudó en dar su vida por la salud de su marido. Y así, muerta ella, fue liberado Admeto quien, teniendo mucha compasión de su mujer, rogó a Hércules que, yendo a los Infiernos, hiciera volver su alma a los lugares superiores, lo que también fue hecho. En vigesimonoveno, a Cerbero de tres cabezas, que le negaba la entrada, lo cogió por la barba y lo derribó, lo ató con una triple cadena y lo arrastró a la luz, como se pone de manifiesto donde se escribe sobre él antes. En trigésimo, al volver de los Infiernos, mató a Lico, el rey de Tebas, porque había querido emplear la violencia contra su esposa Mégara, como dice Séneca en la tragedia de *Hércules loco.* Así también enloquecido mató a sus hijos y a su esposa. Además, él mismo fundó los Juegos Olímpicos en honor de Pélope. Por último, para que lleguemos alguna vez al final de éste, no pudo superar su trigesimoprimer trabajo; pues después de haber vencido a los demás monstruos, sucumbió al amor de una mujer. En efecto, dice Servio *[a En.,* VIII, 291] que como Eurito, rey de Etolia, le hubiese prometido a su hija Iole como esposa, se la negó a quien la reclamaba, con la opinión en contra de su hijo, porque había matado a Mégara. Por esta razón, tomada la ciudad y matado Eurito, obtuvo a Iole. Así pues, abrasado por el amor de ésta, ordenándolo ella, se quitó el despojo del león y la clava e hizo uso de guirnaldas, ungüentos, púrpura y sortijas. Y, lo que es más vergonzoso, sentado entre las siervas de la joven amada, cogiendo el ovillo de lana, hiló. De donde dice Estacio en la *Tebaida* [X, 646-9]: «Así la esposa lidia se reía de que el Anfitriónida, despojado de la erizada espalda, dejaba caer los mantos sidonios de sus hombros, desordenaba los husos y rompía los tambores con su diestra, etc.» Pero en cambio, Ovidio en su mayor obra y Estacio, aquí, dicen que no fue la etolia Iole sino al lidia Onfala la que le ordenó hilar con la rueca. No obstante, es posible que sea verdad una y otra cosa, puesto que hubo muchos Hércules y así a distintos pudo sucederles varias cosas con distintas mujeres. Cuando era retenido por un amor tan seductor, acordándose Deyanira del regalo que en otro tiempo le fue entregado por el centauro Neso, creyendo que era cierto lo que él había afirmado al morir, queriendo hacer volver a Hércules al deseo de ella, le envió en secreto la túnica del Centauro y, como la hubiese vestido él sin darse cuenta y se fatigara en una cacería, la sangre envenenada ablandada con el sudor se deslizó a las entrañas a través de los poros más abiertos por el calor y lo abrasó con un dolor tan insoportable que decidió morir y, construyendo una pira en el monte Eta, entregadas

sus flechas y su carcaj a Filoctetes, hijo de Peante, subió a ella y ordenó que fuera encendida, y así exhaló el último suspiro. Séneca, en la tragedia de *Hércules en el monte Eta* [1.963 ss.], dice que éste fue recibido por Júpiter en el cielo y afirma que con él, reconciliado con su madrastra Juno, se casó Hebe, la diosa de la Juventud e hija de Juno. Pero Hornero en la *Odisea* [XI, 601-26] dice que él fue encontrado por Ulises en los Infiernos y le habló. Dice, no obstante, que aquél al que veía Ulises no era el verdadero Hércules sino su imagen. Además éste, tanto cuanto mientras vivía dejó asombrados a los mortales por su fortaleza, tanto o más, una vez muerto, embaucó a los insensatos. Pues invadió las mentes con tanta veneración hacia sí que era tenido por una divinidad muy notable. Y no sólo fue engañada con esta equivocación Grecia sino que, convertido en venerable para Roma y todo el mundo, establecidos templos, estatuas y sacrificios en su honor, fue honrado de manera muy santa, más bien muy estúpida, con un culto divino. Pero ya hay que darse cuenta de lo que pretenden las ficciones, y antes que nada qué significa el nombre de Hércules. Leoncio, por su parte, decía que se llamaba Hércules de *hera,* que es tierra, y *cieos,* y así Hércules es lo mismo que glorioso en tierra; o Heracles de *heros* y *cieos* y así héroe glorioso. Pero Paulo decía que se llamaba Hércules de *eris,* que es disputa, y *cleo* gloria, y así glorioso de disputas. Y Rábano, en el libro *Sobre el origen de las cosas* [111, 430 C] dice que, puesto que creían que Hércules es el dios del valor, se le llamaba casi *Heruncleos,* que en latín decimos fama de los hombres fuertes. Y escribe el mismo Rábano que fue escrito por Sexto Pompeyo que Hércules fue agricultor. Sin embargo, los griegos lo llaman Heracles, causa por la que nosotros deberíamos decir Heracles, no Hércules, pero, puesto que es llamado así por los antiguos por una costumbre muy antigua, parece excusarse la falta. Sin embargo, yo creo que este nombre de Hércules fue propiedad sólo de un hombre, a saber del que nació en Tebas de Alcmena, aunque se cree que fue el apelativo de muchos. Pues Varrón[419], después de haber enumerado a cuarenta y tres hombres con el sobrenombre de Hércules, dice que todos los que actuaron con valentía eran llamados Hércules; de ahí viene que leamos Hércules Tirintio, Argivo, Tebano, Libio y de este tipo. De lo que se deduce que no todos los trabajos antes escritos fueron de un solo hombre sino de muchos, los cuales, puesto que los mezcló el abuso

[419] Citado por Servio, *Aen.,* VIII, 564.

de los nombres, no se sabe a quién de todos ellos deben atribuirse ni tampoco cuáles fueron realizados antes o cuáles después y de ahí que se concedan sólo y confusamente a un Hércules; y de tantos no es imposible que uno, según Pompeyo, fuese agricultor, pues no es sólo propio de los nobles tener una naturaleza generosa, aunque las obras de los nombres las haga la fortuna más brillantes. La diversidad de las costumbres y de las obras inventó que en primer lugar fue engendrado Ificles y después, como consecuencia de otra unión, Hércules; pues como Ificles fuera un hombre tranquilo, fue concedido a Anfitrión y fue llamado el primogénito porque parecía a los astrólogos que la constelación que había en el momento en que pensaron que había podido ser engendrado era acorde con sus costumbres y seguía detrás a Hércules, y de ahí Hércules el segundogénito y, ya que era el vengador de las injurias e introductor de religiones y leyes, fue entregado a Júpiter como hijo. Yo, sin embargo, creo que fue hijo de Anfitrión y engendrado en la misma unión que Ificles, aunque la clarividencia de los matemáticos no pueda ver otra razón de por qué los gemelos fueron de costumbres diferentes que no sea las diversidades de las constelaciones. Así Esaú y Jacob, así también otros muchos incluso de nuestro tiempo fueron gemelos no concebidos en distintos momentos .sino en una sola e idéntica unión, según piensa Agustín en *Sobre la Ciudad de Dios* [V, 4] y la misma explicación de las diferentes acciones todavía no es suficientemente conocida a no ser para Dios, aunque puedan decirse muchas cosas que quizá parecerían conformes a la verdad. Pienso que la triple noche atribuida para la concepción de éste se ha tomado de las obras humanas; pues no terminamos los grandes edificios en un tiempo tan corto como si hiciéramos las casitas de los pobres y por ello, así como si la naturaleza empleara mucho tiempo y esfuerzo en la procreación de los grandes hombres, cuando en la concepción de los otros hombres parece ser suficiente una sola noche, a Hércules, que debía aventajar a los restantes, se le conceden tres. Creo que se ha creado la ficción de que él tuvo a Juno como enemiga porque el rey Euristeo, que dominaba sobre él, al que podemos tomar aquí por Juno diosa de los reinos, sospechando quizá de él a causa de su eminente valor, para que no tramara alguna revolución en el reino, lo mantuvo siempre alejado con continuas expediciones y así el poder real le fue hostil. Ya hemos dicho que los trabajos atribuidos a Hércules lo fueron de muchos y así se han desentrañado antes las ficciones de muchos cuando han recaído sobre éstos que fueron considerados del nú-

mero de tales. Y algunos incluso cuentan una sencilla historia, y por ello de muchos sólo quedan unos pocos ocultos bajo un velo poético, que vienen para que sea arrancado; dice Teodoncio que ha leído en algunos códices de los Griegos que Hércules fue hijo de Anfitrión y no de Júpiter y que de noche se acercaron a las cunas de él y de su hermano dos serpientes, según se piensa domésticas y atraídas por el olor de la leche, a la que son aficionadas, y cuando sus padres, que se habían acercado a las cunas por el llanto del temeroso Ificles, se encontraron a Hércules que, despierto y sin temor, las apartaba con sus manos tanto como podía, lo que fue considerado como algo extraordinario y por ello se pensó que el carácter del niño era tan importante que no sólo se creía que él habría de ser hombre admirable sino que incluso empezaron a pensar los ignorantes que aquél era hijo de un dios. De lo cual se hizo un lugar la fábula, a saber, que había sido concebido de Júpiter aquél al que había concebido una mujer honesta de su marido. La segunda gloria de Hércules es haber matado a la hidra de siete cabezas, ficción de la que Alberíco [III, 13, 4] relata la siguiente explicación. Dice que la Hidra fue un lugar que arrojaba agua desde distintos sitios, con las que eran devastados la ciudad y los lugares colindantes, ya que al cerrarse un canal irrumpían muchos. Al ver esto Hércules, quemó muchos lugares de los alrededores y así cerró los canales del agua. Yo, por mi parte, pienso que fue un hombre diligente que se dio cuenta de que las aguas, a causa de sus múltiples manantiales, convertían los lugares en pantanosos y fétidos, y de este modo, buscando el origen de esto, para que se volviera hacia otra parte, dejó seca la laguna de Lerna, a la que llamaron Hidra porque, según la costumbre de la hidra, daba vueltas sobre sí misma y se arrastraba, y también en griego *hydros* es agua; y puesto que el lugar donde antes testaba la laguna se quedó seco, por ello crearon la ficción de que la Hidra había sido quemada. Pero Eusebio en el libro de los *Tiempos [57,* 12-13] dice que opina de distinta manera sobre esta hidra Platón, del que dice que afirma que la Hidra fue una sofista muy hábil. Pues es costumbre de los sofistas, a no ser que alguien se dé cuenta, decir sus frases de tal manera que, resuelta una duda, surgen múltiples. Pero el filósofo astuto, dejados de lado los accesorios, se esfuerza por la destrucción del principal, apartado el cual se apartan los demás. Que él venció al Aqueloo se ha escrito antes donde sobre el Aqueloo, y se ha añadido la demostración de la ficción. De manera similar, también la fábula de Anteo donde sobre Anteo; y acerca de los frutos de las Hespérides donde sobre

éstas. En lo referente a la ficción de Gerion, dice Servio *[a En.,* VII, 662] que Gerion fue un rey de Hispania de tres cabezas o de tres cuerpos, que fue considerado así porque gobernó tres islas adyacentes a Hispania, a saber las Baleares, la Mayor y la Menor, y Ebuso. Dice que tuvo un perro de dos cabezas, pretendiendo que se entienda por esto que tenía mucho poder en el combate terrestre y naval. Junto al que dicen que llevó Hércules una olla de hierro y lo venció. Entendiendo por olla de hierro la nave sólida y guarnecida de bronce, embarcado en la cual se acercó Hércules a él. Otros, por su parte, lo llamaron de tres almas, porque Rábano [111, 197 D] entiende que él tuvo dos hermanos hasta tal punto en buena armonía con él que parecían estar insertas en uno solo de ellos su alma y las almas de los otros. Y Justino *[Epit. Pomp. Tr.,* XLIV, 4] dice así sobre él: «En otra parte de Hispania, que también tiene islas, hubo un reino en manos de Gerion. En ésta hay una abundancia de forraje tan grande que, a no ser que se interrumpa el engorde con la abstinencia, los rebaños se echan a perder. De donde se dice que los ganados de Gerion, que en aquellos tiempos se consideraban las únicas riquezas, fueron de tan gran hambre que atrajo a Hércules desde Asia por la magnitud del botín. A continuación dicen que el propio Gerion, no de triple naturaleza, como fue en las fábulas, sino que existieron tres de tan gran armonía que todos parecían ser guiados por un solo ánimo, no llevó la guerra contra Hércules por propia iniciativa sino que cuando vio que se le robaban sus rebaños reclamó los perdidos con la guerra.» Estas cosas Justino. Sobre Caco, ladrón del Aventino, se ha hablado antes al hacerlo sobre este mismo. Sobre los dos leones y el jabalí del Ménalo, puesto que se consideran historiográficos nada queda por decir. Y acerca de las aves Estinfálides se tiene donde sobre las Harpías. Así también acerca del toro donde sobre el rey Minos. Y sobre Diomedes, Busiris y las columnas, son historias. Y no menos sobre el cinturón de la reina de las Amazonas. Y también se ha hablado acerca de los Centauros vencidos donde sobre éstos. Y sobre el centauro Neso, y Albíon y Bergíon vencidos, y de Hesíone, sobre todos los cuales se hace mención arriba donde sobre cada uno de ellos en particular. Es historia muy conocida que él destruyó Troya. Y que mató a Lacinio no significa otra cosa que la muerte de un ladrón. Se ha dicho con impropiedad que soportó el cielo sobre sus hombros. Instruido por Atlas, sin duda astrólogo eminente en aquella época, bien porque aquél quisiera descansar o porque muriese, él en persona ocupó su lugar y penetró en el trabajo de enseñar las órbitas de los

cuerpos celestes. El hecho de que hubiera herido a Juno con una flecha de tres puntas describe el trabajo del sabio, pues el inteligente desprecia las riquezas y los altos poderes y los considera en poco por una triple razón. Pues las cosas de este mundo son angustiosas de gobernar, llenas de sospechas y de preocupaciones para guardarlas y dudosas y caducas en su situación, y así Juno es herida por Hércules con una flecha de tres puntas. Y que bajó a los Infiernos e hirió también a Dite tiene el mismo significado que se ha dicho sobre Juno, puesto que Dite es el dios de las riquezas, que es herido tantas veces cuantas se desprecian las riquezas, como leemos que hicieron algunos filósofos porque las consideraban enemigas de sus estudios. Pero que liberó a Teseo es más historia que ficción. Sobre Alcestis vuelta a traer desde los Infiernos junto a Admeto dice Fulgencio *[Mit.,* I, 22] que, como el padre de Alcestis hubiese puesto a quien la quisiera como esposa la condición de que pusiese ante un carro dos fieras diferentes, Admeto, con el servicio de Apolo y de Hércules, unció un león y un jabalí y así recibió a Alcestis. Así pues, dice que Admeto está colocado como la moderación de la mente y que es llamado Admeto casi como al que pudo presentarse el miedo[420]; éste desea a Alcestis como esposa. Pues *alce* en lengua ática se dice atrevimiento; así pues, la mente, esperando que se una a ella el atrevimiento, unce a su carro dos fieras, esto es asocia dos virtudes a su vida, la del alma y la del cuerpo, el león como virtud del ánimo, el jabalí como virtud del cuerpo. Y después hace propicios para sí a Apolo y a Hércules, esto es la virtud y la virtud. Así pues, el atrevimiento se lanza a sí mismo a la muerte en lugar del alma, como Alcestis. La virtud hace volver de los Infiernos el atrevimiento, aunque esté debilitado en peligro de muerte, como hizo Hércules. Pero yo opino de otro modo. Admeto es el alma racional al que se une Alcestis, esto es la virtud, pues en griego *alce,* en latín virtud, se une en el momento en que su carro, es decir la vida que se consume en rodeos, es arrastrado, esto es agitado, por el león o el jabalí, es decir por el apetito irascible y concupiscible. Pues la virtud no se une por otra causa a no ser para que las pasiones sean refrenadas por ella y así por la salvación del alma se pone a sí misma frente a las pasiones la virtud que, si alguna vez sucumbe por nuestra fragilidad, vuelta a llamar es levantada por la fortaleza. Sobre Cerbero arrastrado hasta los lugares de arriba, se ha hablado suficientemente antes al hacerlo

[420] Establece una relación entre *Admetus* y *quem adire metus.*

sobre Pirítoo. Que el rey Lico fue matado por él con los restantes se inclina a la historia. Se sabe que Hércules murió, según escribe Eusebio [60, 1-5] en el año sexagesimotercero del reinado de Atreo y Tiestes porque cayó en una enfermedad mortal y para remedio de sus dolores se lanzó a las llamas. Y éste fue el Hércules Tebano hijo de Anfitrión. Murió en el año quincuagesimosegundo de su vida, en el año 4.004 del mundo. Dicen que fue transportado al cielo porque fue descrito por los astrólogos entre las otras constelaciones celestes, ya que él mismo fue astrólogo. Se ha creado la ficción de que tomó como esposa a Juventud porque, por más que perezca el cuerpo de un varón ilustre, su fama y su nombre se une a la perpetua juventud. Se ha dicho que se reconcilió con Juno porque quien ha salido de lo humano, ya no puede ser más atormentado ni por el deseo de los reinos ni por ningún otro mortal que gobierne.

CAPÍTULO II

Sobre Oxeas, Creontíades, Terímaco y Deicoonte, hijos de Hércules

Oxeas, Creontíades, Terímaco y Deicoonte fueron hijos de Hércules y de Mégara, hija del Tebano Creonte. De tres de éstos, Creontíades, Terímaco y Deicoonte, dice Hornero en la *Odisea* que fueron hijos de Hércules y de Mégara y muertos por él a su vuelta de los Infiernos después de haber matado a Lico. Y el poeta Séneca en la tragedia de *Hércules loco* nombra a dos, Oxeas y Creontíades [421] y dice que fueron muertos por Hércules cuando volvía, y por eso yo he puesto cuatro, de los que no recuerdo haber leído otra cosa.

[421] Ni Hornero ni Séneca dan nombre alguno. En *Herc. fur.*, 989 ss., se narra la locura de Hércules y la muerte de sus hijos, pero no se especifican sus nombres. De Oxeas y Creontíades, hijos de Hércules y de Mégara, habla Lactancio, *Theb.*, X, 891.

CAPÍTULO III

Sobre Itono, hijo de Hércules

Itono, según opina Lactancio *[a Teb.,* II, 721], fue hijo de Hércules y de Pafies. Del que habla así Estacio [VII, 330-1], quien dice que favoreció a Etéocles en la guerra de Tebas: «Conduce a los Itoneos y a los escuadrones alalcomeneos de Minerva, etc.» Y en otro lugar, a los Itoneos, como él mismo antes [II, 721]: «Te alejas de la Aonia Itone.» Pues Itone es una ciudad de Beocia en la qua reinó éste. Y Lactancio dice en otro lugar lo que Estacio aquí; Itone da el sobrenombre a Minerva por la ciudad, que está en Macedonia, donde está su antigua sede.

CAPÍTULO IV

Sobre Cromis, hijo de Hércules

Cromis fue hijo de Hércules, según testimonia Lactancio *[a Teb.,* VI, 324] al decir: Se sabe que Cromis fue hijo de Hércules y que tenía los caballos de Tracia que Hércules había conducido, una vez muerto Diomedes, acostumbrados a alimentarse de carne humana. Y Estacio, defensor más antiguo de esta opinión, dice [VI, 346-7]: «Van Cromis e Hipódamo, uno hijo del gran Hércules, etc.», es decir Cromis. Y poco después [479-80]: «En seguida Cromis a Hipódamo, junto al círculo de la meta interior, con las fuerzas de Hércules y todo el vigor de su padre, etc.» Este fue con el rey Adrasto a la guerra de Tebas.

CAPÍTULO V

Sobre Agileo, hijo de Hércules

Agileo, según parece opinar Lactancio *[a Teb.,* XI, 45], fue hijo de Hércules, puesto que dice que por juventud tirintia deben

entenderse aquellos que con Agileo, el hijo de Hércules, estuvieron en la guerra de Tebas.

CAPÍTULO VI

Sobre Hilo, hijo de Hércules

Hilo fue hijo de Hércules y de Deyanira, según parece atestiguar el poeta Séneca en la tragedia de *Hércules en el monte Eta* [984-5], al hablar Deyanira a este mismo: «Si debes conseguir el verdadero amor filial, Hilo, mata ya a tu madre, etc.» Y poco después [987]: «Yo te arrebaté a Hércules, etc.» Y más abajo después de esto [996]: «Hijo del Alcida, ¿tienes miedo?, etc.» Este con los restantes que, supervivientes después de muerto el Alcida, fueron expulsados por el rey Euristeo, huyó a Atenas y allí junto con ellos construyó el templo de la Misericordia o de la Clemencia como testimonio de la ayuda a ellos dispensada por los Atenienses y como refugio de los expulsados en el futuro.

CAPÍTULO VII

Sobre Sardo, hijo de Hércules

Sardo fue hijo de Hércules, según dice Rábano [111, 357 D] y Anselmo, del que sostienen que con una muchedumbre se alejó de Libia y ocupó la isla de Cerdeña y a la que era llamada Ico por los Griegos la llamó Sardinia por su nombre. Pero Solino en *Sobre las maravillas* [IV, 1] dice que ésta fue llamada Sandaliote por Timeo e Ichnusa por Crispo[422] y que Sardo, hijo de Hércules, cambiado su nombre, la llamó Sardinia.

[422] Boccaccio dice «Vuniva por Crispo».

CAPÍTULO VIII

Sobre Cirno, hijo de Hércules

Cirno fue hijo de Hércules, según opina Rábano [111, 358 B]. Este afirma que por él fue habitada en principio la isla que hoy llamamos Córcega y que fue llamada Cirno por su nombre.

CAPÍTULO IX

Sobre Diodoro, hijo de Hércules, que engendró a Sofón

Diodoro, según escribe Josefo en el libro de las *Antigüedades Judaicas* [I, 241], fue hijo de Hércules, afirmando que Afras e Iafra, hijos de Abraham y de Cetura, recibieron en África la ayuda de Hércules y que le concedieron como esposa a Equea, hija de Iafra, y que él tuvo de ella a Diodoro, de quien fue hijo Sofón. Y así queda claro que este Hércules que engendró a Diodoro fue el más antiguo.

CAPÍTULO X

Sobre Sofón, hijo de Diodoro

Sofón, según afirma Josefo en el libro de la *Antigüedad Judaica* [I, 241], fue hijo de Diodoro y reinó en África y, según escribe el propio Josefo, los bárbaros de la región de Libia reciben el nombre de Sofaces de este Sofón.

CAPÍTULO XI

Sobre Tlepólemo, hijo de Hércules

Tlepólemo, según opina Hornero en la *Ilíada* [II, 657-9], fue hijo de Hércules y de Astíoque, a la que raptó de Efira, ciudad

de Laconia. Este, al hacerse mayor, según dice el propio Hornero *[Il.,* II, 660-7], mató a su abuelo, un anciano llamado Licimnio[423], que era del linaje de Marte, y construidas naves con multitud de pueblos, huyendo de sus hermanos y familiares entró en el mar y se alejó hacia Rodas y allí vivió y reinó también sobre los rodios. Después, cuando los Griegos iban a la expedición contra Troya, él también vino, como está suficientemente puesto de manifiesto por Hornero en el libro arriba mencionado.

CAPÍTULO XII

Sobre Tésalo, hijo de Hércules, que engendró a Fidipo y a Antifo

Tésalo, según dice Hornero en la *Ilíada* [II, 679], fue hijo de Hércules y engendró dos hijos con los que fue a la expedición contra Troya con los restantes griegos en armas.

CAPÍTULO XIII

Sobre Fidipo y Antifo, hijos de Tésalo

Fidipo y Antifo fueron hijos de Tésalo, sobre los que dice así Hornero en la *Ilíada* [II, 678-9]: «Conducían a éstos Fidipo y Antifo, los dos hijos del caudillo Heraclida Tésalo.» Dice Leoncio que en el poema de Hornero se ha colocado el patronímico Heraclida de Tésalo y por ello dice que Tésalo fue hijo de Hércules. En efecto, estos Fidipo y Antifo, acompañando a su padre, estuvieron en Troya con los Griegos.

[423] Boccaccio lo llama Licemon.

CAPÍTULO XIV

Sobre Aventino, hijo de Hércules

Aventino fue hijo de Hércules y de Rea, como indica Virgilio [VII, 656-61] diciendo: «Muestra sus caballos vencedores el hijo del hermoso Hércules, el hermoso Aventino, y lleva en su escudo la enseña de su padre: cien serpientes y la Hidra rodeada con las serpientes; al que en el bosque del monte Aventino dio a luz en un parto a escondidas la sacerdotisa Rea bajo las costas de la luz, mujer unida a un dios, etc.» Este ayudó a Turno contra Eneas. Y dice Teodoncio que éste es aquel Latino que sostienen tuvo de la hija de Fauno[424].

CAPÍTULO XV

Sobre Télefo, hijo de Hércules, que engendró a Eurípilo y a Ciparíso

Télefo, según Lactancio *[a Teb.,* IV, 298], fue hijo de Hércules concebido de Auge y, tras haber sido expuesto por ella en las selvas, fue alimentado por una cierva con su leche. Este, según afirma Leoncio, reinó en Licia sobre los Ceteos y al morir dejó dos hijos.

CAPÍTULO XVI

Sobre Eurípilo, hijo de Télefo

Eurípilo fue hijo de Télefo, según testimonia Hornero en la *Odisea* [XI, 519-21] al decir: «Sino sólo que mató con la espada al hijo de Télefo, al héroe Eurípilo y alrededor de este mismo fueron matados muchos Ceteos, sus compañeros, a causa de los regalos femeninos, etc.» Dice Leoncio que a Tros le fue entregada por

[424] Cf. Justino, XLIII, 1, 9, que el propio Boccaccio cita en VIII, 17.

Júpiter, como precio por el rapto de Ganimedes, una viña de oro que había llegado a Príamo como herencia. Al haber oído éste el valor de Eurípilo en lo relativo a los asuntos de la guerra, se la mandó a su madre para que ella se lo enviara como refuerzo. Ella, una vez aceptado el regalo, al punto lo envió. Pero éste fue muerto por Neoptólemo con muchos Ceteos, sobre los que había reinado después de su padre, en Troya.

CAPÍTULO XVII

Sobre Cipariso, hijo de Télefo

Cipariso, según dice Lactancio *[a Teb.,* IV, 460], fue hijo de Télefo. Dice Servio *[a En.,* III, 680] que de él se enamoró Silvano, el dios de las selvas. Como tuviera éste una cierva de gran mansedumbre y la amara profundamente, Silvano la mató sin darse cuenta, por cuya causa Cipariso, lamentándolo mucho, murió. Y Silvano lo convirtió en el árbol de su nombre[425]. Dieron motivo para esta ficción la coincidencia de nombre y que continuamente se lamenta.

CAPÍTULO XVIII

Sobre Lido y Lamiro, hijos de Hércules; este Lido engendró a Lanío

Lido y Lamiro[426], según afirma Paulo, fueron hijos de Hércules tenidos de Iole, la hija del rey Eurito. De los cuales la antigüedad no parece haber dejado otra cosa que los nombres desnudos, a excepción de lo que afirma el propio Paulo que de Lido nació Lanio.

[425] Ciprés.
[426] Quizá Boccaccio ha hecho dos nombres del Lidio Lamo del que habla Ovidio en *Her.,* IX.

CAPÍTULO XIX

Sobre Lanio, hijo de Lido

Lanio, según afirma el ya mencionado Paulo, fue hijo de Lido; de qué madre o qué hizo no lo contó en absoluto.

CAPÍTULO XX

Sobre Eolo, trigesimonoveno hijo de Júpiter, que engendró a Macareo, a Cánace, a Alcíone, a Miseno, a Creteo, a Salmoneo, a Ificlo, a Sísifo, a Céfalo y a Atamante

Descrita la descendencia del magnánimo Hércules, resta hablar sobre Eolo, el rey de los vientos. Del que Teodoncio, y después de él mismo Paulo, dicen que fue hijo de Júpiter y de Sergesta, hija del troyano Hipotes y por tanto hermano uterino de Acestes. Plinio por su parte, en el libro de la *Historia Natural* [VII, 56, 203], dice que él fue hijo de un cierto Helén y que descubrió la explicación de los vientos. Sin embargo, éste, según opinan ellos mismos, reinó en las islas que están cerca de Sicilia, frente a Italia. A las que, en efecto, unos llaman Eolias por este Eolo, algunos Vulcanias por Vulcano, en otro tiempo rey de ellas. La más poderosa de las cuales es Lípari. Los poetas llaman a éste rey o dios de los vientos, sobre el que, al describir su palacio y su menester, dice Virgilio [I, 52-63]: «Vino a Eolia. Aquí el rey Eolo con su gobierno reprime a los vientos que luchan y a las sonoras tempestades y los refrena con cadenas y la cárcel. Ellos, indignados, con enorme murmullo rugen alrededor de los cerrojos del monte; está sentado en la parte más alta de la fortaleza Eolo, sujetando el cetro, suaviza los ánimos y amengua sus iras. Si no lo hiciera, sin duda rápidos se llevarían consigo los mares, las tierras y el profundo cielo y los arrastrarían a través de las brisas; pero el padre omnipotente, temiendo esto, los encerró en negras grutas y les puso encima una mole y elevados montes y les dio un rey que, con determinado pacto, tras haber recibido sus órdenes supiese recoger y dar las riendas flojas, etc.» Sin embargo, el propio Eolo, según el testimonio de Virgilio [I, 78-80], confiesa que obtiene de Juno el

reino y el gobierno de los vientos al decir: «Tú me proporcionas el reino, tú el cetro y el favor de Júpiter, tú me concedes recostarme en los banquetes de los dioses y me haces señor de las nubes y de las tempestades, etc.» Además dice Hornero en la *Odisea* [X, 5-6] que, después de haber tenido seis hijos y otras tantas hijas y haber entregado éstas como esposas a los varones, llegó junto a él el errante Ulises y Eolo le entregó todos los vientos atados con una cadena de plata en una piel de toro, excepto el Zéfiro. Algunos atribuyen las siguientes causas de las ficciones. Pues dice Solino en *Sobre las maravillas* [VI, 3] que Estróngile es una de las islas Eolias y que ella desde la salida del sol es muy poco angulosa y que se diferencia de las restantes en sus llamas más claras, puesto que casi todas arrojan llamas. Por esta causa se produce que, sobre todo por su humo, los habitantes suelen saber con antelación qué soplo va a haber durante tres días. Por esto ha ocurrido que Eolo sea considerado el dios de los vientos, puesto que Paulo afirma que él, sin que todavía se hubieran dado cuenta los otros, fue el primero que durante algún tiempo hasta tal punto tomó en consideración los murmullos y los movimientos de las llamas que cuando las oía o las veía, inmediatamente predecía qué viento habría en aquellas regiones, no de otro modo que si él tuviera el poder de enviarlos. Y por ello, al tomar fuerza la fama de esta errónea credulidad, consiguió ser considerado dios de los vientos por los ignorantes. Hay, sin embargo, quienes sostienen que en esta ficción de Virgilio Eolo, que se sienta en la elevada ciudadela, es la razón que tiene su sede en el cerebro; y los vientos los apetitos lascivos que se alborotan en la cueva del pecho humano, los cuales, si no son refrenados por la razón, necesariamente llevan al que los deja salir al precipicio mortal y, todavía más, a veces devastan y hacen pedazos todo el mundo. Pues hemos podido conocer qué consecuencia se sigue de la pasión mal temperada de Paris; cuál de la estúpida presunción de Jerjes, rey de los Persas, cuál de la ambición de Mario, cuál de la avaricia de Craso y de otros muchos. En efecto, estos apetitos son concedidos por Eolo, es decir por Dios, a Ulises, esto es a todos los hombres, en una piel de toro, es decir en nuestro cuerpo mortal y que soporta las fatigas, atados con una cadena de plata, esto es domeñados por la doctrina sonora y brillante. Tan sólo se deja salir o no se encadena a Zéfiro y ello porque es un viento templado, para que a través de él nos demos cuenta de con cuánta temperanza deben hacerse salir los deseos para que no nos dañemos a nosotros mismos ni a los otros; pero los compañeros de Ulises, esto es los

sentidos corporales, pensando en el tesoro, es decir en vivir con lucro según su concupiscencia, desatan la piel, esto es el freno de la razón, e impetuosamente se lanzan a sus lascivias por las que, los que así obran, son arrastrados desde las cercanías del puerto, esto es de la salud, al mar, es decir a la amargura y a las tribulaciones que, en número incontable, son la consecuencia de las concupiscencias. Además, Virgilio toca artísticamente la causa natural de los vientos. Efectivamente se originan en las cavernas por la acción del movimiento del aire y saliendo de ellas se dejan llevar a través del aire y así dice que obtiene su reino de Juno, es decir del aire sin el que no pueden originarse los vientos. Y, puesto que se elevan hacia lo alto, alcanzan el favor de Júpiter en cuanto se hacen más cercanos a la región del fuego, se recuestan en las mesas de los dioses, esto es de los cuerpos celestes y, al mantenerse la conveniente disposición del aire para producirlos, también ellos se mantienen. Hay además quienes sostienen que los doce hijos de Eolo son doce vientos, según dice Aristóteles que son éstos en *Sobre los meteoros* [II, 6] y pretenden que seis de éstos son los que con su soplo tienen que hacer que la tierra haga salir o disponga sus fuerzas para producir el fruto, y seis los que la hacen dispuesta para recibirlo. Y así lo hacen actuando los varones y soportándolos a ellos las hembras. Se dice que Eolo tuvo hijos, pero como hay muchos Eolos[427], según se pondrá de manifiesto en lo que sigue, y no aparece con suficiente claridad quién fue el padre de ellos, se los atribuiré todos a éste.

CAPÍTULO XXI

Sobre Macareo y Cánace, hijos de Eolo

Macareo y Cánace, como muestra Ovidio en las Epístolas *[Her.,* XI], fueron hijos de Eolo; y, como ellos se amaban con amor deshonesto y se aprovechaban de las ventajas de la consanguini-

[427] En la mitología clásica aparecen tres Eolos, de los cuales los dos primeros son los más importantes. El primero es el hijo de Helén y padre de la importante genealogía tesalia. Un biznieto suyo es el Eolo rey de los vientos, conocido como el Hipótada por ser su padre Hípotes. Hay un tercero, hijo de Neptuno y Melanipe, hija de Eolo Hipótada. Cf. Ruiz de Elvira, «Varia mythographa», *Emérita,* XXXVIII, 1970, pp. 301-308.

dad, Cánace concibió de Macareo y dio a luz un niño. Cuando ella lo sacaba a escondidas del palacio con la ayuda de su nodriza para alimentarlo, el infeliz niño con su llanto se puso al descubierto ante su abuelo. Este, irritado por el delito de sus hijos, ordenó que se expusiera al inocente a los perros y por un criado le envió una espada a Cánace para que la usara según sus merecimientos. Qué se hizo después de ella, no lo sé. En cuanto a Macareo, huyó. Y hay quienes sostienen que este Macareo fue el que, convertido después en sacerdote del Apolo de Delfos, le dio su consentimiento a Orestes para que matara a Pirro, hijo de Aquiles.

CAPÍTULO XXII

Sobre Alcíone, hija de Eolo y esposa de Céix

Alcíone fue hija de Eolo, como está puesto de manifiesto por Ovidio [XI, 430-2] cuando dice: «Y que no toque tu espíritu la engañosa confianza de que tienes por suegro al Hipótada, quien retiene en su cárcel a los fuertes vientos, etc.» Pues tuvo como esposo a Céix, rey de Traquis, hijo de Lucífero. Sobre estos dos y su infeliz desgracia se ha hablado antes cuando se ha hecho sobre Céix.

CAPÍTULO XXIII

Sobre Miseno, hijo de Eolo

Miseno fue hijo de Eolo, según dice Virgilio [VI, 164-74]: «Al Eólida Miseno, más sobresaliente que el cual no hubo otro en convocar a los varones con la trompeta y en inflamar con su canto a Marte. Este había sido compañero del gran Héctor y, luchando alrededor de Héctor, afrontaba los combates insigne por su trompeta y por su lanza. Después que el vencedor Aquiles despojó a aquél de la vida, el valentísimo héroe se había unido como compañero al Dardanio Eneas, no siguiendo inferiores destinos. Pero

entonces, cuando por casualidad hace resonar los mares con su cóncava concha, loco de él, y con su canto convoca a los dioses a la lucha, el envidioso Tritón, si es digno de creerse, había enviado al varón arrebatado bajo la espumeante ola entre las rocas, etc.» Así pues, quién fue, cuál su cometido y de qué tipo su muerte, se ha demostrado en lo anterior. El propio Virgilio [VI, 232-5] escribe que éste, una vez muerto, fue enterrado por Eneas al decir: «Le pone encima un sepulcro de gran tamaño y en honor del varón sus armas, su remo y su tuba bajo un elevado monte que ahora se llama Miseno por él y guarda eternamente su nombre a través de los siglos, etc.» Ahora, puesto que no es verdad lo dicho sencillamente por Virgilio, hay que ver qué se oculta bajo la corteza de la ficción. Así pues, crea la ficción de que Miseno fue hijo de Eolo porque fue tocador de trompeta, pues el sonido de la trompeta no es otra cosa que el soplo emitido desde la boca a través de los tubos, del mismo modo que el viento es aire empujado y lanzado desde las cuevas a través de los agujeros de la tierra; y puesto que Eolo es llamado dios de los vientos, casi el autor de ellos, por la similitud de actuación, Miseno es llamado su hijo. Hay quienes creen que fue inventado por Virgilio que él fuera arrastrado y sumergido en las olas por Tritón, el tocador de trompeta de Neptuno, para ocultar una iniquidad de Eneas, al que siempre llama pío, porque consideran que fue asesinado en el lago del Averno por el propio Eneas cuando hacía aquel impío sacrificio a los Infiernos, del mismo modo que fue muerto Elpénor en el mismo lugar, ya que no podía llevarlo a cabo sin sangre humana. Y que le hubiera construido un sepulcro puede creerse fácilmente como recompensa de su vida arrebatada. Y no hay duda de que en Bayas hay un montículo, que todavía hoy tiene el nombre de Miseno, y no sé si este nombre se le ha dado por el hombre sepultado o más bien al hombre por el monte, según conviniera mejor a la ficción.

CAPÍTULO XXIV

Sobre Creteo, hijo de Eolo, que engendró a Esón, a Feres y a Amitaón y a Alcimedonte[428]

Creteo fue hijo de Eolo, como escribe Hornero en la *Odisea* [XI, 237]. Tuvo como esposa a Tiro, hija del rey Salmoneo, de la que tuvo a Esón, Feras, Alcimedonte y Amitaón.

CAPÍTULO XXV

Sobre Esón, hijo de Creteo, que engendró a Jasan y a Polimilo

Esón fue hijo de Creteo y de Tiro, como antes se ha dicho. Después de que éste hubiera engendrado a Jasón, joven famoso en su época en toda Grecia, y éste fuera enviado por Pelias a Coicos y después trajese de allí vencedor el vellocino de oro y trajese consigo a Tesalia como esposa a Medea, hija del rey Eetes, según afirma Ovidio [VII, 285-93], siendo ya anciano fue rejuvenecido por ella con el poder de las hierbas. Ficción cuyo significado puede ser el siguiente. A saber que a Esón se le proporcionó una alegría tan grande por el regreso inesperado de su hijo, lleno de gloria, de una expedición tan difícil, que parecía que su edad, que se inclinaba a la muerte, había retrocedido a una edad más floreciente.

CAPÍTULO XXVI

Sobre Jasón, hijo de Esón, que engendró a Toante, a Euneo, a Filomelo y a Pluto

Jasón fue hijo de Esón, según el testimonio de Ovidio [VII] del que cuenta la siguiente historia. Tío paterno de Jasón fue

[428] Boccaccio llama a Feres Feritas tanto en este capítulo como en el XXXIV. En cuanto a Alcimedonte, como se verá más adelante, es una confusión con Alcímede, la madre de Jasón.

Pelias, rey de Tesalia, a quien le había sido ordenado por un oráculo que todos los años hiciera un sacrificio en honor de su padre Neptuno, según dice Lactancio [*a Teb.*, III, 516], y cuando viera, celebrando éste, que alguien se acercaba al sacrificio con un pie descalzo, se daría cuenta de que él habría de morir pronto. Sucedió después que, al realizar él el sacrificio, Jasón, que se daba prisa para la ceremonia sagrada, perdió el calzado de un pie en el limo del río Anaurio. Al ver esto Pelias, temiendo por sus hijos, aconsejó a Jasón que fuera a Coicos a buscar el vellocino de oro, pensando que no volvería, puesto que había oído que era un trabajo insuperable para las fuerzas humanas. Este, preparada la expedición, fabricada para él por Argos una larga nave en el golfo de Págasas y llamada Argos por su constructor, convocó a casi todos los jóvenes nobles de Grecia, entre los que estuvo Hércules. Fueron además Orfeo, Castor, Pólux, Zetes, Calais y otros muchos jóvenes de brillantísimo linaje y virtud, a los que a causa de su virtud llama Estacio semidioses en la *Tebaida* [III, 517-9] al decir: «Ya floreciente con mi primera juventud, cuando el barco de Tesalia me llevaba entre los reyes semidioses, etc.» Estos reciben el nombre de Argonautas por el nombre del navio. Una vez reunidos éstos, soltó las amarras de la barca desde el golfo de Págasas y desde allí, empujando un viento favorable, fue llevado a Lemnos. Allí, como las mujeres hubiesen matado a todos sus hombres por desprecio al gobierno de los hombres y reinara Hipsípila, hija de Toante, antaño rey, vencidas éstas, como dice Estacio [V, 354 ss.], Jasón fue acogido por Hipsípila en hospitalidad y en su lecho. Después, como censurado por Hércules hubiese abandonado a Hipsípila grávida, llegó a Coicos. Allí, puesto que destacaba por su florida juventud y por su hermosura, fue amado por Medea, hija del rey de Coicos. Tras haber prometido en secreto que se casaría con ella, fue instruido por ella de qué manera podría domeñar a los toros de patas de bronce y someterlos al yugo, matar al dragón siempre vigilante y arrojar a los surcos sus dientes y que permitiera que los nacidos armados de los dientes se atacaran hasta su muerte[429] y, una vez realizado esto, de qué manera tendría expedito el camino hasta el vellocino de oro. El, tras haber realizado todas las cosas según las advertencias, llegó hasta el deseado botín y, arrebatado éste, emprendió a escondidas la huida con sus compañeros y con Medea. Pero se sabe con suficiente certeza que

[429] Estas son las pruebas que Eetes impone a Jasón para conseguir el vellocino de oro.

no emprendieron todos un solo camino en el regreso[430], puesto que se lee que Hércules y casi todos los restantes vinieron a la Propóntide y al Helesponto, mientras escriben los antiguos que Jasón se introdujo en la desembocadura del Istro y desde allí llegó hasta aquella parte en la que el Istro dividido se dirige al Adriático, y que se introdujo en ella y llegó a Adriático. Cosa que afirma Aristóteles en *Sobre las cosas admirables de oír* [105] al decir que, aunque allí los lugares son innavegables, Jasón los hizo navegables cuando se dirigía a Cianeas[431]; y al decir, como demostración de este itinerario, que aquellos lugares, por los que se dice que realizó el itinerario Jasón, están llenos de cosas admirables y se encuentran a lo largo de ellos abundantes altares construidos por Jasón, y que en una isla del mar Adriático hay un templo dedicado por Medea a Diana. Además la ciudad de Pola, por colonos de Coicos. A mi juicio estas cosas no prueban sino que permanece hasta nuestro tiempo, fue habitada en primer lugar que más bien podrían confirmar las que otros afirman que sucedieron, a saber que Jasón hizo el camino en barco durante todo el tiempo que pudo; después, al ser los montes un obstáculo para la navegación, llevando sus compañeros la nave sobre los hombros, franqueó los montes y llegó al río Istro Cisalpino y, viajando, hizo las aras y altares que se cuentan. Pero, cualquiera que fuera su ruta, se sabe que volvió a su patria con el vellocino de oro y que, según dice Lactancio *[a Aquil.,* 28], se le entregó a Creonte, rey de los Corintios. Por otra parte éste, después de haber tenido de Medea dos hijos y que por obra de ella Esón se hubiese rejuvenecido y Pelias destrozado por sus hijas, bien lo hiciera por la magnitud del crimen o por otra causa, la repudió y, según dice Lactancio *[a Teb.,* V, 403], tomó como esposa a Glauce. Pero el poeta Séneca, en la tragedia de *Medea* [920-2] muestra que él tomó a Creúsa, hija de Creonte rey de Corinto. A causa de esta indignación, tras haber visto que el palacio y su nueva esposa, según afirma Séneca, ardían con los maleficios de Medea, vio que ante sus ojos eran destrozados por ella misma con la espada los hijos que de ella había tenido. Y a continuación de esto puede suceder lo que afirma Lactancio, que tomó como esposa a Glauce. Finalmente, como Medea, que había sido recibida como esposa por Egeo, huyó de él a causa de su crimen, de nuevo, según dicen, fue acogida por Jasón, expulsado de Tesalia, y con ella volvió a hacer

[430] En efecto, los Argonautas emprendieron diferentes rutas en su regreso para dificultar la persecución de Eetes.
[431] Isla del Ponto Euxino.

la travesía hasta Coicos y a Eetes, el anciano padre de Medea expulsado del reino, lo restituyó en el reino y realizó además a lo largo de Asia muchas acciones gloriosas, hasta tal punto que fue honrado como un dios y se construyeron muchos templos en honor de su nombre. Más tarde éstos, por orden de Alejandro de Macedonia, quizá envidioso de su gloria, fueron demolidos. Sin embargo, de qué tipo fue su final, o dónde, no recuerdo haberlo leído. De la historia de éste, tan sucintamente relatada, hay algunas cosas bajo el velo de la ficción poética que, si podemos, deben ser descubiertas. Así pues, se lee en primer lugar que él domeñó a unos toros que tenían patas de bronce y que soplaban fuegos por sus narices, que yo considero que fueron los nobles del reino de Coicos, de fuerzas insuperables y de espíritu altivo, de los que pienso que fueron vencidos no con la guerra sino con la palabra y con engaños y que a los del pueblo, arrastrados a su parecer y al de Medea, los dispuso para la sedición y, muerto mediante un engaño el dragón siempre vigilante, esto es el puesto al frente de la custodia del reino y a causa de la muerte de éste, como si se hubieran sembrado los dientes, es decir las causas de las disensiones, los Coicos se armaron contra sí mismos y se mantuvieron en guerra hasta que se cansaron, de manera que por último fueron» fácilmente sometidos por Jasón y desnudados de sus riquezas y del vellocino de oro, es decir del rebaño que tenía un vellón de mucho valor. Piensa Plinio [VII, 56, 207] que fue éste el primero que navegó en una embarcación grande.

CAPÍTULO XXVII

Sobre Toante y Euneo, hijos de Jasón

Toante y Euneo fueron hijos de Jasón y de Hipsípila, como está suficientemente puesto de manifiesto por Estacio en la *Tebaida* [VI, 340-3]. En efecto, se sabe que ella se quedó grávida de Jasón, que se fue a Coicos, y, como puede comprenderse, al haber dado a luz gemelos y no estuviera permitido entre las Lemníades alimentar a varones, ella los envió a otro lugar para que fueran criados y, puesto que, a causa de haberse descubierto el hecho de haber salvado a su padre, fue expulsada del reino y, capturada por unos piratas, fue vendida o entregada como sierva a Licurgo, rey de

Nemea, después no los vio nunca. Estos, como se hubieran hecho adultos y fueran con el rey Adrasto a la guerra de Tebas y la escucharan en la selva de Nemea contándole a Adrasto sus desgracias, inmediatamente la reconocieron como su madre y la apartaron de la ira del rey Licurgo por haber cuidado mal a su hijo Ofeltes. Es para mí bastante inseguro qué se hizo después de eÚos.

CAPÍTULO XXVIII

Sobre Filomelo, hijo de Jasón, que engendró a Pluto

Filomelo, según escribe Rábano en *Sobre los orígenes de las cosas* [111, 356 D], fue hijo de Jasón y no se tiene de él ninguna otra cosa, salvo que engendró a Pluto.

CAPÍTULO XXIX

Sobre Pluto, hijo de Filomelo, que engendró a Pareantes

Pluto, según escribe Isidoro en *Sobre las Etimologías* [XIV, 6, 29], fue hijo de Filomelo[432]. Del cual no se tiene ninguna otra cosa a no ser que engendró a Pareantes.

CAPÍTULO XXX

Sobre Pareantes, hijo de Pluto

Pareantes fue hijo de Pluto, según escribe Isidoro donde antes. El cual, en el mismo lugar, dice que éste dominó la isla de Paros y que a ella y a su ciudadela la llamó con su nombre, puesto que antes recibía el nombre de Minoica.

[432] Isidoro habla de Filomelo y Pluto como hijos de Iasión, no de Jasón. Y dice, en efecto, que Filomelo engendró a Pareanto (no Pareantes como lo llama Boccaccio). Cf. *CFC,* XI, p. 287.

CAPÍTULO XXXI

Sobre Polimilo, hijo de Esón

Polimilo, según afirma Leoncio, fue hijo de Esón. Este Leoncio dice que Esón no tuvo ningún hijo a excepción de éste. Pero yo doy más credibilidad a la antigua fama, en la que tenemos que Jasón fue hijo de Esón, que a un autor nuevo; no obstante, es posible que Jasón tuviera dos nombres.

CAPÍTULO XXXII

Sobre Alcimedonte, hijo de Creteo, que engendró a Epitropo

Dice Leoncio que Alcimedonte fue hijo de Creteo, afirmando que por Ferecides[433] se relata que fue entregado por Alcimedonte, al morir, su pequeño hijo Epitropo a su hermano Pelias. Puesto que su madre lo confió al centauro Quirón para que lo alimentara, una vez adulto fue enviado por Pelias a Coicos.

CAPÍTULO XXXIII

Sobre Epitropo, hijo de Alcimedonte

Epitropo, según Leoncio, fue hijo de Alcimedonte. Este, según cuenta Ferecides, fue entregado por su madre al Centauro Quirón para ser criado y, después de hacerse adulto, regresando a su patria reclamó la herencia paterna a su tío Pelias, por quien fue enviado a Coicos a obtener el vellocino de oro.

[433] Como indicábamos en la nota 428, se confunde a Alcímede, la esposa de Feres y madre Jasón, con un Alcimedonte que no existe. Ferecides (schol. Apol. Rod., I, 45 y 230) dice, en efecto, que la madre de Jasón es Alcímede, hija de Fílaco. Como se ve, este supuesto «Epitropo», hijo de «Alcimedonte» tiene las mismas actuaciones que Jasón.

CAPÍTULO XXXIV

Sobre Feres, hijo de Creteo

Feres fue hijo de Creteo, tenido de Tiro, según cuenta Hornero en la *Odisea* [XI, 258-9].

CAPÍTULO XXXV

Sobre Amitaón, hijo de Creteo, que engendró a Melatnpo y a Biante

Amitaón, según se lee en la *Odisea* [XI, 258-9] de Hornero, fue hijo de Creteo, tenido de Tiro. Dice Hornero que éste fue un hombre muy belicoso, y nada más sobre él a no ser que engendró a Melampo y a Biante.

CAPÍTULO XXXVI

Sobre Melampo, hijo de Amitaón, que engendró a Tiodamante

Melampo, en otro tiempo gran augur, fue hijo de Amitaón, según atestigua Estacio en la *Tebaida* [III, 451-5] al decir: «Realizaron los sacrificios de los dioses. A ti, Anfiarao, se te concede la hábil preocupación del futuro y junto a ti el hijo de Amitaón, Melampo, ya anciano pero vigoroso en su espíritu e inspiración de Febo, une sus pasos a los tuyos; es dudoso a quién se inclinaría Apolo y llenaría generosamente sus bocas con el agua de Cirra, etcétera.» Y sobre este Melampo escribe Lactancio *[a Teb.,* III, 453] así: Preto, hijo de Abante, rey de los Argivos, que tuvo como enemiga de su felicidad la fecundidad de su esposa. Pues de ella tuvo tres hijas y las mantuvo hasta el momento oportuno de sus bodas, pero la incontenible lengua de las doncellas motivó las causas de su infelicidad. Dicen que ellas penetraron solemnemente en el templo de Juno y se consideraron superiores a la diosa, a las que la ofendida Juno transformó en vacas y les inculcó el deseo

ardiente de buscar las selvas. Sufrieron esto hasta que fueron curadas por Melampo, como se lee antes donde sobre ellas. Y así obtuvo como beneficios a una de ellas en calidad de esposa y parte del reino. Ciertamente, este Melampo fue gran conocedor del arte de las hierbas, según contaron los antiguos, y dejó como superviviente a su hijo Tiodamante. Opina Eusebio en su libro de los *Tiempos* [51, 6] que éste fue ilustre en la época de Abante, que fue el padre de Preto. Lo que no se diferencia mucho de lo que relata Lactancio.

CAPÍTULO XXXVII

Sobre Tiodamante, hijo de Melampo

Tiodamante fue hijo de Melampo, según el testimonio de Estacio [VIII, 278-9], quien dice: «Quieren a Tiodamante, ilustre por su fama e hijo del sagrado Melampo, etc.» Fue este Tiodamante un augur insigne hasta el punto de que, absorbido Anfiarao por la abertura de la tierra en Tebas, Adrasto y los restantes príncipes que con él asediaban Tebas lo pusieron como sustituto en el lugar del absorbido.

CAPÍTULO XXXVIII

Sobre Biante o Bias, hijo de Amitaón, que engendró a Mantio y a Antífates

Biante fue hijo de Amitaón, según dice Teodoncio. Sobre él cuenta Hornero *[Odis.,* XI, 287-97] [m] la historia de cómo se casó con él Pero, la hija de Neleo. Historia que, por cierto, se ha escrito en su totalidad antes cuando se ha hecho sobre Pero, y no se lee de él ninguna otra cosa salvo que vivió con su esposa en Pilos,

[434] Hornero habla de las hazañas de Melampo para conseguir que su hermano Biante, innominado en la *Iitada,* se case con Pero. También hace alusión a ello en XV, 236-38.

la ciudad de Neleo, y que de ella tuvo dos hijos, Mantio y Antífates[435].

CAPÍTULO XXXIX

Sobre Mantio, hijo de Biante, que engendró a Clito y a Polifides

Mantio, según escribe Hornero en la *Odisea* [XV, 247], fue hijo de Biante y de Pero y de él no cuenta ninguna otra cosa a no ser que engendró a Clito y Polifides.

CAPÍTULO XL

Sobre Clito, hijo de Mantio

Clito fue hijo de Mantio, según atestigua Hornero en la *Odisea* [XV, 249-51] donde dice que él, dado que sobresalía por su hermosura y su gloria, fue raptado por la Aurora y ya no volvió a aparecer. Sin embargo, dice Barlaam que éste se alejó a las regiones de Oriente y allí mismo, sin preocuparse del regreso a la patria, reinó sobre algunos pueblos, y que por ello se creó la ficción de que fue raptado por la Aurora.

CAPÍTULO XLI

Sobre Polifides, hijo de Mantio, que engendró a Teoclímeno

Polifides fue hijo de Mantio, como dice Hornero en la *Odisea* [XV, 249-53] donde dice que fue un importante adivino y que, al ser absorbido Anfiarao por una abertura de la tierra en la guerra

[435] Mantio y Antífates figuran en *Odisea,* XV, 242, como hijos de Melampo, no de Biante.

de Tebas, fue nombrado su sustituto por los Argivos[436], aunque Estado [VIII, 275 ss.] dice que a Anfiarao lo reemplazó Tiodamante, hijo de Melampo. Este engendró a Teoclímeno.

CAPÍTULO XLII

Sobre Teoclímeno, hijo de Polifides

Teoclímeno, según opina Hornero en la *Odisea* [XV, 256], fue hijo de Polifides. Y, como residiese en la ciudad de Argos y fuese considerado un adivino insigne, allí mató a un hombre. Como por este motivo se hubiera alejado de allí y venido a la ciudad de Pilos, desde allí se fue con Telémaco, el hijo de Ulises, a Itaca[437].

CAPÍTULO XLIII

Sobre Antífates, hijo de Biante, que engendró a Ecles

Antífates, según afirma Hornero en la *Odisea,* fue hijo de Biante[438], tenido de su esposa Pero. Y no se tiene ninguna otra cosa de él excepto que engendró a Ecles.

CAPÍTULO XLIV

Sobre Ecles, hijo de Antífates, que engendró a Anfiarao

Ecles, según atestigua el propio Hornero *[Od.,* XV, 243-4], fue hijo de Antífates y engendró al adivino Anfiarao. Algunos piensan que él fue hijo de Linceo, rey de Argos, y de Hipermestra.

[436] Hornero sólo dice que Apolo hizo a Polifides el más importante adivino después de Anfiarao.
[437] Cf. *Odisea,* XV, 271-286.
[438] Cf. nota 435.

CAPÍTULO XLV

Sobre Anfiarao, hijo de Ecles, que engendró a Alcmeón, a Anfíloco y a Calilo

Anfiarao, sea lo que sea lo que digan otros, fue hijo de Ecles, según atestigua Hornero en la *Odisea* y Estacio en la *Tebaida* [III, 619-20] que dice: «Finalmente obligado a salir el hijo de Ecles, etc.» Este es considerado el más brillante entre los antiguos augures. El, al estar Adrasto, rey de Argos, dispuesto a iniciar la guerra contra los Tebanos, subió junto con Melampo a un monte[439] para ver qué porvenir tendrían los Argivos si emprendían la guerra contra los Tebanos y como, entre otras cosas, viera que él no regresaría a la patria si iba a la guerra, buscó un lugar donde ocultarse y tan sólo hizo conocedora de su escondrijo, como persona de gran confianza, a su esposa Erifile[440], de la que ya había tenido algunos hijos. Pero como los príncipes Argivos persistieran en ir contra los Tebanos y lo buscaran sólo a él y no pudieran encontrarlo, aconteció que Erifile viera el collar de Argía, hija de Adrasto y esposa de Polinices, collar que en otro tiempo Vulcano había dado como regalo a Harmonía, hijastra suya y esposa de Cadmo, y lo deseara y por ello, tras llegar a un convenio con Argía, recibido el collar descubrió a Anfiarao, según escribe en su totalidad Estacio en la *Tebaida*[441]. Por tanto, puesto así al descubierto Anfiarao por el engaño de su esposa, fue con los otros príncipes Argivos a una guerra de la que no habría de volver. En ella, cuando un día, destacado con sus armas y su carro, se introdujo en el combate y luchaba valientemente contra los Tebanos, de repente se produjo un gran terremoto y fue absorbido en aquella parte en la que estaba por un torbellino de la tierra abierta, con gran consternación de quienes lo sobrevivían[442]. Describe Estacio [VIII, 1-85] que él bajó armado y vivo a la presencia de Dite y, según la costumbre poética, dijo que fueron muchas sus últimas palabras, que aquí nada aportan a lo propuesto. Sin embargo, en aquel tiempo era tan grande la ceguera de los antiguos que, al que veían englutido por la tierra según el juicio de dios, lo consideraban amigo de dios e, incluso más, un dios. Y en su honor, como para un dios, constru-

[439] El Afesante.
[440] Boccaccio la llama Eurídice.
[441] Para todo lo hasta aquí relatado cf. *ANÜM,* XXXI, pp. 13-15.
[442] Cf. *ANUM,* XXXI, pp. 22-23.

yeron un templo en aquella parte en la que sabían que había sido absorbido, y le dedicaron altares, realizaron sacrificios y lo honraron como a un dios. Dice Plinio en el libro de la *Historia Natural* [VII, 56, 203] que fue invento suyo la piromancia, cosa que yo no sé si creer. Pues recuerdo haber leído que entre los Caldeos fue obra de Nemrod, que precedió en muchos siglos a Anfiarao.

CAPÍTULO XLVI

Sobre Mcmeón, hijo de Anfiarao

Alcmeón fue hijo del adivino Anfiaro y de Erifile. A éste Anfiarao, obligado a ir a la guerra, le puso de manifiesto la perversidad de Erifile contra él y le dejó como herencia la venganza de su próxima muerte. El, una vez muerto su padre, acordándose de la orden, tomando el momento oportuno, para conservar el amor filial a su padre se hizo impío hacia su madre y la mató.

CAPÍTULO XLVII

Sobre Anfíloco, hijo de Anfiarao

Anfíloco, según dice Hornero en la *Odisea* [XV, 248], fue hijo de Anfiarao, tenido de Erifile, y no se lee nada más sobre él.

CAPÍTULO **XLVIII**

Sobre Calilo, hijo de Anfiarao^ que engendró a Tiburtino, a Calilo y a Coras

Catilo, según dice Solino en el libro de las *Maravillas* [II, 8], fue hijo de Anfiarao, sobre el que escribe así: «Pues Catilo, hijo de Anfiarao, después de la prodigiosa muerte de su padre en Tebas,

enviado por orden de su abuelo Ecles con todo lo producido a hacer el sacrificio de lo nacido en primavera, engendró tres hijos en Italia, a Tiburto, a Coras y a Catilo. Estos, expulsados de la ciudad de Sicilia los antiguos Sicanos, llamaron a la ciudad con el nombre de Tiburto, el hermano mayor.» Estas cosas aquél.

CAPÍTULO XLIX

Sobre Tiburtino o Tiburto, hijo de Catilo

Tiburtino o Tiburto fue hijo de Catilo, según Solinio [II, 8] y de él, ya que era el mayor en edad, recibió el nombre la ciudad de Tibur por parte de sus hermanos. Y Plinio, en *Sobre la Historia Natural* [XVI, 87, 237] dice que los habitantes de Tibur tuvieron su origen antes que Roma. Y dice que entre ellos había tres encinas muy antiguas, siendo Tiburtino su plantador, en las que se dice que se inauguró. Y cuentan que él, a saber Tiburtino, fue hijo de Anfiarao, que murió en Tebas, una generación antes de la guerra de Troya.

CAPÍTULO L

Sobre Catilo, hijo de Catilo

Catilo fue hijo de Catilo, el hijo de Anfiarao, como afirma Solino donde antes. Este, según dio pruebas Catón[443], fue Arcadio, fue el almirante de la flota de Evandro y fundador de Tibur.

CAPÍTULO LI

Sobre Coras, hijo del primer Catilo

Coras, según dice Solino en *Sobre las maravillas del mundo* [II, 8], fue hijo de Catilo, a saber de aquél que fue hijo de

«« En Solino, II, 7.

Anfiarao, y en unión de sus hermanos Tiburtino y Catilo se apoderaron de la ciudad de los Sículos, no lejos de Roma, a la que, como se ha dicho antes, llamaron Tibur por Tiburtino, su hermano mayor.

CAPÍTULO LII

Sobre Salmoneo, hijo de Eolo, que engendró a Tiro

Salmoneo, según dice Lactancio[444], fue hijo de Eolo y reinó en la Elide, hombre insolente e insoportable. Este, al no estar contento con la majestad regia, se propuso demostrar a los suyos que él era un dios y, habiendo fabricado un puente de bronce en alto, hasta el punto de que desde arriba ocultara una parte de la Elide, hacía que sobre él se moviera un carro que, tanto por su propio estrépito como por la sonoridad del puente de bronce, alcanzaba un sonido tan grande que parecía de truenos. Como hacía esto de improviso para simular el trueno, aterrorizaba a sus subditos. Además disparaba desde la altura con antorchas encendidas a semejanza de rayos, estando sus criados atentos para que, según su orden, cualquier fulminado, si no moría con la antorcha arrojada, fuera matado con las espadas. Y con esta fatuidad pretendía considerarse Júpiter fulminador. Pero el dios no soportó mucho tiempo esta locura sino que, golpeándole con un autético rayo, lo arrojó a los Infiernos, según cuenta Virgilio [VI, 585-6] al decir: «Vi también a Salmoneo, que paga sus crueles castigos mientras imita las llamas de Júpiter y los sonidos de Olimpo, etc.» A él le sobrevivió tan sólo su única hija Tiro.

CAPÍTULO **Lili**

Sobre Tiro, hija de Salmoneo

Tiro, según opina Hornero en la *Odisea* [XI, 235-59], fue hija de Salmoneo, rey de la Elide, y de ella Neptuno, después de haberla

[444] No hemos encontrado el lugar en que Lactancio pudiera hablar de Salmoneo. Las palabras de Boccaccio pueden estar inspiradas por Servio, *Aen.*, VI, 585.

seducido a las orillas del río Enipeo metamorfoseado con la apariencia de este mismo río, tuvo dos hijos, Neleo y Pelias, como se ha dicho antes. Ella después se casó con Creteo, hijo de Eolo, y dio a luz para él a Esón, Feres y Amitaón.

CAPÍTULO LIV

Sobre Ificlo, hijo de Eolo, que engendró a Podarces

Ificlo, según dice Leoncio, fue hijo de Eolo[us] y, puesto que era poderoso, robó los bueyes de Tiro, hija de Salmoneo y madre de Neleo, que se le debían a Neleo, y los retuvo hasta que los devolvió por obra de Biante, yerno de Neleo, o del augur Melampo, su hermano. Pues es éste el que, al no poder engendrar hijos, obtuvo de Melampo o de Biante que bebiera el veneno de una serpiente y, una vez bebido éste, inmediatamente engendró a Podarces. Dice Leoncio que el veneno de serpiente era una hierba de la que, si come una serpiente, inmediatamente muere y se aplica a los estériles.

CAPÍTULO LV

Sobre Podarces, hijo de Ificlo

Podarces, según afirma Leoncio, fue hijo de Ificlo, y no tenemos nada más acerca de él.

CAPÍTULO LVI

Sobre Sísifo, hijo de Eolo, que engendró a Glauco y a Creonte

Sísifo fue hijo de Eolo, como está suficientemente puesto de manifiesto por Ovidio [XIII, 26], que dice: «Restituye, donde

[445] Ificlo es hijo de Fílaco; es, por tanto, hermano de Alcímede, la madre de Jasón.

la pasada roca agobia al Eólida Sísifo, etc.» Y Horacio en las *Odas* [II, 14, 20]: «Sísifo, el hijo de Eolo, por el trabajo, etc.» Donde hay que advertir que hubo dos Sísifos y así que necesariamente hubo muchos Eolos, aunque Lactancio dice que hubo sólo dos. Pero primero veamos sobre los Sísifos. El primer Sísifo fue contemporáneo de Dánao, rey de Argos, o al menos de Linceo, hijo de Egipto, que sucedió a Dánao en el reino. Pues Eusebio ofrece testimonios sobre los dos en el libro de los *Tiempos* [49, 3-4]. Y dice que él fundó la ciudad de Efira, que después Corinto, el hijo de Orestes, llamó Corinto por él, durante el reinado de Dánao, a saber en el año 3.729 del mundo. Y no mucho después dice que, según otros, éste, a saber Sísifo, fundó esa Efira en el año decimoquinto del reinado de Linceo, que fue el año 3.794 del mundo. Y éste es llamado rey de los Corintios, esto es de Efira. Pues los que son denominados como rey de los Corintios empezaron mucho después, a saber en torno al año 4.100 del mundo, cuando sobre los Latinos reinaba Eneas Silvio y sobre los Atenienses Melanto, padre de Codro, y fue su primer rey Aletes. Y así éste fue hijo de aquel Eolo del que lo fueron Creteo, Salmoneo e Ificlo y otros contemporáneos de ellos. Esposa de éste fue Mérope, hija de Atlas, sobre la que Ovidio *[Fas.,* IV, 175]: «La séptima, Mérope, se casó contigo, Sísifo, un mortal, etc.» Y de éste fueron hijos los que siguen: Glauco y Creonte. Y hubo un segundo Sísifo y éste igualmente hijo de Eolo y sobre éste las autoridades anteriores ofrecen más testimonios que sobre aquél del que se ha hablado. Vivió éste siendo Egeo rey de Atenas. Pues, según dice Lactancio *[a Teb.,* II, 380], después de haber ocupado con cruel latrocinio el monte que recibe el nombre de Istmo, situado entre dos mares, a saber el Jonio y el Egeo, se ocupaba en este castigo de los mortales, a saber, sobrecargando a los hombres con una piedra enorme los mataba. Pero Servio dice que, tras haber capturado a los transeúntes, los llamaba para que le lavaran los pies sentado en un escollo y, cuando estaban atentos a su menester, los precipitaba desde la abrupta pendiente al mar de una patada. Dice Hornero *[Il.,* 152-4] que éste se detuvo en Efira, ciudad de Argos que después fue llamada Corinto. Otros dicen, además, que él fue secretario de los dioses y, por haber revelado los secretos de los mortales, fue condenado en los Infiernos con el siguiente castigo: dar siempre vueltas a una piedra de enorme peso, según dice Ovidio [IV, 460]: «O buscas o empujas, Sísifo, la piedra que ha de volver, etc.» Lo mató Teseo, según hemos escrito antes cuando lo hemos hecho sobre éste. Si éste fue hijo de Eolo, no lo fue de ese Eolo del que

lo fue el anterior Sísifo, que fue mucho más antiguo. Y no pudo serlo del Eolo que reinaba en Lípari, puesto que éste ya estaba muerto antes de que él naciera. Y así parece que hubo tres Eolos, a los que los poetas llaman indiferentemente dioses de los vientos, o a todos un solo dios de los vientos. Hay quienes creen que Ulises fue hijo de este Sísifo, como se ha dicho antes cuando se ha hablado de él. Dice Macrobio en su *Comentario al Sueño de Escipión* [I, 10, 15] que por el hecho de que suba la piedra hacia arriba y después la baje a los Infiernos debe entenderse que él pasaba la vida en ineficaces y fatigosos intentos, cosa que en efecto es propia de los salteadores.

CAPÍTULO LVII

Sobre Glauco, hijo de Sísifo, que engendró a Belerofontes

Glauco, según dice Hornero en la *Ilíada* [VI, 154], fue hijo de Sísifo, rey de Efira. Pues en boca de Glauco, biznieto de este Glauco, que lucha contra Diomedes en Troya, describe como sigue toda la genealogía de este mismo Glauco [VI, 152-211].

CAPÍTULO LVIII

Sobre Belerofontes, hijo de Glauco, que engendró a Laodamía, a Isandro y a Hipóloco

Belerofontes, según está en las mencionadas palabras de Glauco a Diomedes, fue hijo del antedicho Glauco. Fue ciertamente este Belerofontes un joven destacado por su ilustre belleza y famoso por su gran virtud. Dice Hornero que fue éste rey de Efira que, privado del reino por Preto, rey de Argos, vivió en su casa por orden suya. La esposa de aquél, Antea o, según Lactancio *[a Teb.,* IV, 589], Estenebea, cautivada por su hermosura, lo empujó a su pasión y al que se negaba lo acusó ante Preto de haber querido violarla. Este, indignado, al no haber querido matarlo, le entregó,

para que se las llevara a su suegro Arióbates[AA6], unas cartas en las que se ordenaba que se le matara. Y Belerofontes, al venir a Licia, fue enviado por Arióbates, para que muriera, a matar a la Quimera. En efecto, la Quimera era un ser monstruoso, como se ha dicho antes donde se ha hablado de ella. Pero Belerofontes, tomando el caballo Pegaso, voló hasta ella y la mató. Después, como Arióbates tuviera una guerra contra los Solimos, confiando en la virtud de Belerofontes, lo envió a la lucha; del mismo modo éste redujo y puso en fuga a los Solimos. En tercer lugar le ordenó tomar las armas contra las Amazonas que lo atacaban. Y Belerofontes las obligó, vencidas, a volver a sus fronteras. Al haber visto estas cosas el rey, se compadeció de él y, según dice Lactancio *[a Teb.,* IV, 589] le dio como esposa, junto con una parte del reino, a su hija Alcímene, hermana de Antea, de la que tuvo a Isandro, Hipóloco y Laodamía. Por su parte, Estenebea, o Antea, tras haber sabido que él era honrado por su padre, se suicidó. Y, según opina Servio, a causa de este crimen llegaron a la locura las hijas de Preto. Fulgencio *[Mit.,* III, 1] opina así sobre lo que de él hay aquí ficticio. Dice, pues, «que Belerofontes es casi *buleforunta,* que nosotros en latín decimos consejero de la sabiduría, que desprecia el placer, esto es a Antea; pues *antion* en griego se dice en latín perjudicial. Esta Antea es esposa de Preto, porque preto significa sórdido en lengua panfilia. ¿Y de quién es esposa la libido sino de lo sórdido? Y la buena deliberación, esto es Belerofontes, ¿en qué caballo se sienta sino en Pegaso? Como si fuera Pegasio, esto es la fuente eterna. Pues la sabiduría es la fuente eterna de la buena deliberación. Y alada porque con la rápida teoría de sus reflexiones ilustra toda la naturaleza del mundo. Además Belerofontes mata a la Quimera. Pues Quimera es casi quimeron, es decir la fluctuación del amor, a la que Fulgencio llama de tres cabezas, y de tres cabezas porque tres son los actos del amor, esto es iniciar, llevar a cabo y terminar. Pues cuando el amor llega de nuevo, invade ferozmente, como el león; lo que está en el centro, que se imagina la cabra, es la realización del placer, sin duda por este motivo, porque este animal está muy inclinado al placer. Pero lo que está al final se llama serpiente porque después de la realización causa la herida de la penitencia y el veneno del pecado, etc.» Pero sea lo que sea lo que dice Fulgencio, la historia contiene esto, que Quimera es un monte de Licia que en

[446] Los textos que hablan del padre de Estenebea lo llaman Ióbates, no Arióbates.

su parte más alta arroja llamas, después, un poco más abajo, alimenta a los leones, después cría cabras y por último en sus raíces abunda en serpientes. Como éstas lo hicieran inhabitable y dañino para los adyacentes, Belerofontes, como se ha dicho en otro lugar, eliminados los nocivos, lo hizo habitable. Además parece opinar Plinio en el libro de la *Historia Natural* [VII, 56, 202] que por éste fue descubierta por primera vez el ser llevado a caballo.

CAPÍTULO LIX

Sobre Laodamía, hija de Belerofontes y madre de Sarpedón

Laodamía fue hija de Belerofontes y de su esposa Alcímene. Esta, ya que era una doncella muy hermosa, agradó a Júpiter, quien se unió a ella y, según dice Hornero *[Il.,* VII, 198-9], de él dio a luz a Sarpedón, que después fue rey de Licia.

CAPÍTULO LX

Sobre Isandro, hijo de Belerofontes

Isandro, según escribe Hornero en la *Ilíada* [VI, 197], fue hijo de Belerofontes y de Alcímene. Y como hubiera una guerra entre Licios y Solimos, murió luchando valientemente contra los Solimos.

CAPÍTULO LXI

Sobre Hipóloco, hijo de Belerofontes, que engendró a Glauco

Hipóloco, según dice Hornero donde antes, fue hijo de Belerofontes. Sobre él no cuenta ninguna otra cosa, a no ser que engendró a Glauco.

CAPÍTULO LXII

Sobre Glauco, hijo de Hipóloco

Glauco fue hijo de Hipóloco, como él mismo dice en la *Ilíada* [VI, 206] a Diomedes que le pregunta. Pues como éste hubiese venido en ayuda de los Troyanos y un día luchase durante algún tiempo contra Diomedes, llegó por fin a un diálogo con él y, entre otras cosas, contó de qué manera descendía de Sísifo a través de Glauco, Belerofontes e Hipóloco. A causa de este relato Diomedes, acordándose de la antigua amistad de sus antecesores, llegó con él al acuerdo de que nunca más iniciarían un combate entre ellos. Y entregándose y recibiendo regalos de una y otra parte, se separaron. Sin embargo, este Glauco murió después en el combate.

CAPÍTULO LXIII

Sobre Creonte, hijo de Sísifo, que engendró a Creúsa

Creonte fue rey de los Corintios e hijo de Sísifo, como demuestra el poeta Séneca en palabras de Medea en la tragedia de esta misma [510-2] al decir: «Que no llegue nunca a los desgraciados un día tan malo que mezcle con una prole vergonzosa una prole ilustre, a los descendientes de Febo con los descendientes de Sísifo, etcétera.» Creo que aquí se entiende que este Creonte fue hijo del ladrón Sísifo y por este motivo Medea no quiere que los descendientes de tan vergonzoso linaje, los nietos de Sísifo, lleguen a ser de la misma sangre que sus hijos.

CAPÍTULO LXIV

Sobre Creúsa, hija de Creonte y prometida de Jasón

Creúsa, como se pone de manifiesto inmediatamente antes, fue hija de Creonte, rey de Corinto y prometida de Jasón. Enfurecida

Medea por este motivo, por medio de sus encantamientos encerró en una cajita un fuego inextinguible y, cerrada como un joyero, la envió mediante sus pequeños hijos a la propia Creúsa para granjearse su simpatía hacia sus hijos. Cuando ésta hubo abierto la cajita para ver qué regalo se le enviaba, inmediatamente salió de ella el fuego, que abrasó a Creúsa y a todo el palacio de Creonte cuando ya los hijos de Medea, advertidos de antemano, se habían alejado.

CAPÍTULO LXV

Sobre Céfalo, hijo de Eolo, que engendró a Héspero

Géfalo fue hijo de Eolo, como indican los versos de Ovidio [VII, 672]: «Ve al Eólida hecho de desconocido árbol[447], etc.» Fue la esposa de éste Procris, hija del rey Erecteo. Sin embargo, dice Servio *[a En.,* VI, 445], que fue hija de Ificlo. Fue también éste amado por la Aurora que, según dice Servio, le regaló un perro llamado Lélape y dos lanzas que alcanzaban todo lo que quisiera, puesto que era aficionado a la caza. Como ella le rogara sus abrazos, le contestó Céfalo que él había hecho con su esposa juramento de mutua pureza. A lo que la Aurora: «Te ruego que compruebes, cambiando tu aspecto, la pureza de Procris.» El, tras haberse fingido comerciante y haberle prometido grandes regalos, la inclinó a su deseo y, enfurecido, admitió que era su marido. Pero Ovidio dice que, como la Aurora gozó del abrazo de Céfalo y éste no amaba sino a Procris, fue dicho por la indignada Aurora [711-3]: «Deja tus lamentos, ingrato, ten a Procris, dijo. Pero si mi mente ve el porvenir, no querrás haberla tenido, etc.» Oídas estas cosas Céfalo empezó a sospechar del pudor de Procris y, para comprobarlo, se disfrazó de mercader y, al llegar a su casa, como viera todas las cosas acordes con la castidad, quiso desistir de sus proyectos. Por último, persistiendo en su propósito, con regalos acordó la unión con ella. Hecho esto, demostró que él era Céfalo. Por su parte Procris, consciente de su culpa, enrojeciendo se fue a las selvas y se unió a Diana y empezó a cazar en su compañía. Diana

[447] La frase de Ovidio, que se completa con el verso siguiente, dice: «Ve que el Eólida lleva en su mano una jabalina hecha de un árbol desconocido.»

le dio un perro y una jabalina. Después, como Céfalo la volviese a llamar a su lado con ruegos, obtuvo de ella el perro y la jabalina. Como él pasaba su tiempo cazando, al calentar el sol tenía por costumbre retirarse a las sombras llamando con un canto a la brisa para refrescarse. Un campesino, que pensó que la invocada era una ninfa, se lo contó a Procris. Ella, golpeada por los celos, se escondió entre la maleza del valle para ver quién era la que llegaba al ser invocada y, tras haber oído que Céfalo llamaba a Aura con acariciante voz, se mueve un poco para ver lo que no hubiese querido ver. Céfalo, al ver el movimiento de la maleza, pensando que era una fiera, lanzó la jabalina y, sin saber qué era, hirió a su esposa. Recogida ella en sus brazos, suplicando que Céfalo no tomara como esposa a Aura en su lugar, murió[A4i]. Anselmo parece creer que esta Aura fue una mujer y dice que Céfalo tuvo de ella a su hijo Héspero. Cosa que también piensa Teodoncio, y así será historia y no ficción lo que se cuenta.

CAPÍTULO LXVI

Sobre Héspero, hijo de Céfalo

Héspero, distinto del anterior, fue hijo de Céfalo y de Aura o de Aurora, según dice Anselmo en *Sobre la imagen del mundo.* Sobre el que, excepción hecha del nombre, no se encuentra nada más.

CAPÍTULO LXVII

Sobre Afamante, hijo de Eolo, que engendró a Frixo, a Hele, a Learco y a Melicertes

El rey Atamante fue hijo de Eolo, como está suficientemente puesto de manifiesto por Ovidio [IV, 512], Servio [*Brev. exp. a Geórg.*, I, 221] cuenta sobre él la siguiente historia. Dice, pues, que

[448] Este episodio de las *Mel.*, tiene un tratamiento sensiblemente distinto al que el propio Ovidio hace en *Ars amat.* Para las fuentes y diferencias entre las dos obras véase el excelente artículo de Ruiz de Elvira en *CFC,* II, 97-123.

Atamante se casó con Néfele de la que tuvo a Frixo y Hele, pero como, excitada por el furor del Padre Líber, se alejara a las selvas, Atamante tomó como madrastra para sus hijos a Ino, hija de Cadmo. Esta, maquinando la perdición de sus hijastros, según la costumbre de las madrastras, consiguió de las matronas que echaran a perder los frutos que iban a salir; hecho esto, fue consecuencia de ello un hambre violenta. Finalmente, al haber enviado Atamante a consultar a Apolo, Ino sobornó con engaños al que había sido enviado y consiguió que relatara que había sido dicho por el oráculo que, para hacer desaparecer el hambre, debían ser inmolados los hijos de Néfele, a los que también ella había acusado de incendiar el trigo. Atamante, temiendo el odio de la plebe, en público sometió a Frixo y Hele a la decisión de su madrastra; pero en privado les concedió el remedio para su salvación e hizo que Frixo llevara consigo un carnero de oro. Este, aconsejado por voluntad de Juno, subiendo al carnero junto con su hermana Hele, evitó la muerte y se fue. Añade después Ovidio [IV, 448 ss.] que Juno incitó desde los Infiernos a las Furias contra Atamante, las cuales, llegando al palacio en el que por casualidad estaba entonces Atamante, arrojando contra él sus serpientes lo llevaron a tan gran locura que, cuando vio que Ino se acercaba a él con sus dos hijos, creyó que ella era una leona y sus hijos cachorros de leona; por este motivo, lanzando un gran grito, corrió contra ellos y a uno de sus hijos, Learco, tras ser arrancado de los brazos de su madre, lo estrelló con todas sus fuerzas contra una roca. Ino, aterrorizada al ver esto, escapó con su otro hijo Melicertes y se precipitó al mar desde una roca que se llama Leucotea. No queda ninguna huella de qué se hizo después de Atamante. Dicen los poetas que Juno, diosa de los reinos y de las riquezas, fue muy a menudo contraria a los Tebanos a causa del abundante cambio de reyes entre ellos; consecuencia de ello, en efecto, son múltiples desgracias para los pueblos. Pero en lo que respecta a Atamante, dice Barlaam que el odio de Ino hacia sus hijastros hizo que, por obra de algún Aries, ayo de Frixo, el propio Frixo y su hermana Hele huyeran con todo el vestuario y el tesoro real; lamentando esto Ino, no sólo acosaba a Atamante con reproches porque había despojado al reino de las riquezas y el esplendor regio, sino que encendía a todos los nobles del reino contra él como asolador del reino; Atamante, empujado por estas cosas e irritado contra Ino, un día, como un loco, se lanzó no sólo contra ella sino también contra los hijos que de ella había tenido y consecuencia de ello fue lo que antes se ha dicho.

CAPÍTULO LXVIII

Sobre Frixo y Hele, hijos de Atañíante

Frixo y Hele fueron hijos del rey Atamante y de Néfele; como su madrastra Ino maquinara la muerte contra ellos y ellos mismos, según dice Lactancio *ía Teb.,* II, 281], se movían por la isla sin saber a dónde, les fue dispuesto por su madre un carnero con vellón de oro. Sin embargo, Servio antes *[Brev. exp. Geórg.,* I, 221] ha dicho que por su padre; y por orden de ella se subieron a él hasta Coicos buscando la salvación. Como el carnero los llevaba a través del mar, sucedió que Hele, aterrorizada, cayó al mar e inmediatamente fue arrebatada por el torbellino de las aguas; consecuencia de lo cual fue que impusiera su nombre para siempre a aquel mar. Pues aquella parte del mar en la que murió recibió siempre en el futuro el nombre de Helesponto. Frixo, por su parte, llegó sano y salvo ante Eetes, rey de Coicos, y al haber sido acogido de buen grado por él, siguiendo el mandato de su madre, consagró el carnero a los dioses. Otros sostienen que sólo lo consagró a Marte. Y, tal como escribe Pomponio Mela [I, 19, 108], junto a la desembocadura del río Fasis fue fundada una ciudad por el milesio Temistágora y llamada Fasis, en cuyas cercanías hubo un templo de Frixo y un bosque famoso por el carnero de vellón de oro. Por último, Eetes entregó a Frixo una hija como esposa, pienso que a Calcíope. Pero como hubiese oído, al haberlo dicho un oráculo, que se cuidara de la descendencia de Eolo y supiera que Frixo era nieto de Eolo, aunque le había entregado a su hija como esposa y Frixo ya había tenido hijos de ella, temiendo más por sí que mirando por su yerno, para evitar el peligro que se le había anunciado, mató al desprevenido Frixo. Aunque antes se ha explicado según la opinión de Barlaam lo que aquí parece fabuloso, me agrada añadir el significado de otros. Así pues, hay quienes dicen que a Frixo y Hele se les preparó, para su huida, una nave cuya insignia era un carnero de otro. Y Eusebio [50, 17-19] dice que por parte de Paléfato se afirma que se llamaba Aries el ayo por el que fueron librados de las asechanzas de su madrastra. ¿Pero por qué fue consagrado el carnero a los dioses o a Marte por Frixo si sólo fue una nave o un ayo? Yo, por mi parte, pienso que lo que dice Barlaam o es verdad o está cerca de la verdad. Y el hecho de que le fuera preparado por su madre puede entenderse así. Hemos dicho antes que ella no murió sino que se había refugiado en las selvas, la cual, todavía

viva, pudo revelar a su hijo, como conocedora de ello, el lugar del tesoro y así dispuso el carnero de oro. El carnero fue consagrado a Marte para que entendamos que los reyes acumulan tesoros y los guardan para, con la ayuda de ellos, poder declarar la guerra cuando quieran o alejarla de ellos al reclamarlo así la convivencia. Escribe además Eusebio que éste, según algunos [50, 12-16], vivió durante el reinado de Erecteo en Atenas, o de Abante en Argos, en el año 3.820 del mundo; y que, según otros [51, 23-26], cuando Preto en Argos, en el verdadero año 3.843 del mundo.

CAPÍTULO LXIX

Sobre Citoro, hijo de Frixo

Citoro fue hijo de Frixo, según atestigua Pomponio Mela en la *Cosmografía* [I, 19, 104]. Pues dice que en las cercanías del río Partemio está, entre otras, la ciudad de los Citosos, fundada por Citoro, el hijo de Frixo. Este, con los otros hijos de Frixo, según dice Lactancio *[a Teb.,* II, 281], muerto Frixo, se introdujo en el mar para refugiarse junto a su abuelo Atamante, pero zarandeado por un naufragio fue acogido por Esón, padre de Jasón, con sus hermanos, aunque no vemos los nombres de sus hermanos.

CAPÍTULO LXX

Sobre Learco y Melicertes, hijos de Atamante

Learco y Melicertes fueron hijos de Atamante y de Ino, hija de Cadmo, como se ha dicho antes. Estos, según hemos demostrado, murieron siendo niños; pues Learco murió estrellado contra una roca por su padre; y Melicertes, al haberse confiado a las aguas su madre Ino con él, fue absorbido. Dicen, sin embargo, que Venus, compadecida de ellos, suplicó a Neptuno que los incluyese en el número de los dioses del mar, cosa que fue hecha. Y por ello Ino recibió el nombre de Leucotea por la roca desde la que se arrojó al mar, aunque en latín se la llama Matuta. Y Melicertes fue

llamado Palemón, que en latín significa Portumno, y desde hace mucho tiempo fueron honrados con especial veneración en templos y sacrificios como dioses. Por su parte Servio *[a Geórg.,* I, 437] dice que Melicertes fue en barco desde Beocia al Istmo y que luego fue acogido por el rey Etíope y que los sacrificios ístmicos, que se celebraban en honor de Neptuno, se convirtieron en Melicerteos. Y de aquí procede el que fueron incluidos por Neptuno en el número de los dioses marinos. Teodoncio añade la causa diciendo que, como Ino destacaba por su belleza y juventud y Melicertes era un niño de aspecto muy hermoso y hubiesen llegado huyendo en barco hasta Sísifo, que es llamado por algunos Etíope, este mismo Etíope, inclinado a la lujuria, abusó de la unión con ellos y como recompensa los hizo dioses del mar, y así parece que Venus interpeló en su favor. Y en otro lugar dice el mismo Teodoncio que Etíope los puso al frente del puerto y que les concedió como pago diario todas las ganancias del puerto y por ello les fueron cambiados los nombres.

CAPÍTULO LXXI

Por qué el autor no coloca entre los hijos de Júpiter a Aléjandro de Macedonia y a Escipión Emiliano

Podría, si así me hubiese agradado, añadir a la descendencia tan extensa del tercer Júpiter dos hombres ilustres, a saber Alejandro de Macedonia, dominador de Asia, y a Publio Cornelio Escipión, a quien se le concedió recuperar las Híspanlas ocupadas por los Africanos y someter a los Africanos al yugo de los Romanos. Pero, puesto que ya en el tiempo de éstos parece haber caído en desuso aquella antigua estupidez con la que los insignes se gloriaban de ser atribuidos mediante ficciones al linaje de los dioses, y habían llegado aquellos siglos en los que la gloria se busca a través de la virtud, y ensalzarlos con este tipo de ficción más que esplendor parecería ridículo, he decidido omitirlos. Además lo que se consigue con ambición y fraude o se rechaza con el silencio, no se concede con bastante justicia. Pues en primer lugar Alejandro aceptó que se creara la ficción de que Júpiter, bajo la figura de serpiente, se había unido con su madre Olimpia y que él había nacido de aquel ayuntamiento. Después, no contento ya con los múltiples títulos

que la fortuna, favoreciendo su audacia, había añadido a su esplendor, lo que no parecía suficientemente obtenido por la fábula del vulgo, con engaños empezó a querer como padre a Júpiter, sobornando para ello a los sacerdotes de Amón de Libia. ¡Oh, loco deseo del ilustre joven! ¡Preferir haber nacido más del adulterio que del matrimonio, preferir más tener una madre incestuosa que honesta, preferir ser considerado hijo de una serpiente que de Filipo, rey eminente, y ser tenido más como bastardo que legítimo! ¡Oh, gloria no sólo vacía sino detestable de las mentes mortales; éste que continuamente ante los ojos de los amigos soportaba las cosas mortales, deseaba estúpidamente, a través de los encantamientos de las falsedades, ser considerado inmortal por estos mismos! ¿Pero qué por último? Por este motivo es despreciado, para que no se alegre con su engaño, el que podía ser alabado por su virtud. Escipión, por su parte, aunque según la murmuración del vulgo se decía que había sido engendrado por Júpiter, con figura de serpiente, introducido en el dormitorio de su madre y por ello, y porque cuando iba de noche al Capitolio nunca ladraban los perros que le salían al encuentro, y además por la acción de sus obras, parecía que se aumentaba la credibilidad de la fábula, aunque no lo negó, puesto que era un hombre muy sabio, nunca quiso confesarlo. Por esta razón, porque parecía renunciar calladamente a un honor frivolo, no es cosa mía concedérselo de manera expresa.

Y así, puesto que no he encontrado otros hijos o nietos de Júpiter y su descendencia ha llegado a su fin, yo se lo pondré igualmente al libro.

TERMINA EL LIBRO XIII
DE LA GENEALOGÍA DE LOS DIOSES PAGANOS,
SEGÚN JUAN BOCCACCIO DE CERTALDO,
Y COMIENZA FELIZMENTE EL LIBRO XIV
DE LA MISMA

En el que el autor, respondiendo a los reproches, arremete contra los enemigos del renombre poético.

Proemio

Hemos recorrido las mansiones del Orco, oscuras y muy alejadas del cielo, morada de las almas criminales, aunque con paso titubeante, si bien con la luz divina como guía, y no sólo hemos buscado los escabrosos litorales del muy extenso mar sino también todas las islas que están bajo distintos soles, con una navegación incansable en todo el recorrido, y además hemos surcado sus muy profundos remolinos con una investigación hasta tal punto perspicaz que hemos visto los azulados palacios de Neptuno y del anciano Proteo, también los coros y tálamos de las ninfas, e incluso los monstruos de este mismo piélago y los bancos de peces y los nacimientos de los ríos. Después de estas cosas hemos recorrido las famosas ciudades y los sombríos bosques, las inaccesibles selvas, los elevados montes, los peligrosos valles y las cuevas escondidas en las rocas, y aún más los mares larguísimos de atravesar y los desiertos que causan horror con su mismo nombre. Y como si hubiesen sido cogidas las plumas de Dédalo, arrastrados en un audaz vuelo con el pensamiento hasta el mismo cielo, hemos contemplado el áureo trono de Júpiter, el dorado palacio del Sol, los atrios de los dioses, enormes templos que se destacan por las piedras preciosas y el oro y el consistorio de los dioses, resplandeciente de una maravillosa luz y venerable, y los perpetuos brillos de las estrellas y sus giros en una y otra dirección y los movimientos dispuestos en un admirable orden; y por todas partes, rey clementísimo, según lo prometido, hemos recogido también los fragmentos del antiguo naufra-

gio hasta donde se nos ha permitido, y los hemos reducido a un solo cuerpo, cualquiera que sea, según las fuerzas de nuestra inteligencia; de tal manera que tomando el comienzo desde Demogorgón, al que los errados primitivos llamaron el primero de todos los dioses, hemos hecho salir, a través de las descendencias de éste por orden hasta el final, a Eolo, hijo del tercer Júpiter, a Atamante, hijo de este Eolo y a los hijos de Atamante, Learco y Melicertes, poniendo todo el empeño para que se cumpliera tu deseo. Pero luego, para que no parezca que en algo se haya alejado de tus deseos, hemos añadido los significados que hemos descubierto de los antiguos en todas las fábulas o los que he comprobado según mi opinión, para que tú mismo, con la ayuda de Dios, puedas verlos. Hechas así estas cosas, como si hubiéramos llegado al fondeadero o bahía buscado desde el principio, me persuadía el deseo de descanso a que saltara del navio al litoral y, llevando a cabo un sacrificio de acción de gracias según el rito al dios dispensador de bienes, poner laureles a la barquilla vencedora de las fatigas e ir después al deseado ocio. Sin embargo, Dios infundió desde arriba un deseo con mucho muy estimable a mi mente. Aconsejémonos, pues, con la autoridad de los sabios para que, a partir de las cosas pasadas, conozcamos de antemano mediante conjetura cuál será el futuro. También los más grandes navios tuvieron por costumbre ser agitados alguna vez por tempestades hostiles hasta su perdición a no ser que fueran advertidos de antemano; así pues, ¿qué futuro ha de esperarse para una barquilla si se deja suelta en medio del mar y sin timonel? En efecto, queda todavía un esfuerzo no pequeño, pues ha de unirse con la proa a tierra firme y ha de fijarse con fuertes anclas e incluso ha de cubrirse con las protecciones que podamos para que no se queme con los rayos encendidos del retumbante cielo o se deshaga con las lluvias mezcladas con el granizo o sea estrellada contra los escollos o la costa por el silbante Aquilón, el turbulento Austro, el furioso Euro, el Líbico y otros que soplan sin ningún orden, o quizá sea absorbida por las olas agitadas y perezca aquella a la que hemos conducido sana y salva hasta el final del camino con grandes sudores a través de los Euripos y de las resonantes rocas, por medio de la agitación del mar y mil peligros. Pienso que esto se habrá llevado a cabo realmente cuando yo haya puesto freno con verdaderos argumentos a las objeciones hechas ya hace tiempo o a las que vayan a hacerse contra la poesía o los poemas por los enemigos del renombre poético. Ciertamente sé y recuerdo cuántas y qué cosas han dicho ya los ignorantes, que no

tienen quien les replique; y por ello me doy perfecta cuenta de qué dirán contra los poetas y contra mí cuando lean esta obra. Así pues, que a este último esfuerzo, que se limitará a dos volúmenes, le infunda desde arriba ayuda el propio Padre óptimo que es alfa y omega de todas las cosas, principio y fin.

CAPÍTULO PRIMERO

El autor habla al rey

Con la ayuda de Jesucristo llegará esta obra, porque así me lo he propuesto, rey ilustre, antes de dirigir sus pasos a otro lugar, a las sagradas manos de tu Grandeza, para que en primer lugar se exponga al juicio de aquél por cuya orden se ha hecho y le preste vasallaje según sus fuerzas. Después de que, acogida con benignidad, la hayas visto toda y hayas escrutado con tu elevado ingenio sus partes, cualquiera que sea, pienso que te admirarás de que la petición de tu Grandeza se haya convertido en un volumen tan extenso, si bien considero que, por la escasez de los libros, en muchos lugares no está suficientemente completo. Y quizá al leer los significados, hasta hace poco ocultos bajo la ruda corteza y ahora sacados a la luz no de otro modo que si vieras brotar líquidos nuevos de un globo ígneo, contemplarás admirado y te alabarás a ti mismo con una moderada complacencia porque ya hace tiempo has pensado cosas verdaderas sobre los poetas, a saber que éstos no fueron simplemente unos hombres dedicados a la fábula, como sostienen algunos envidiosos, sino en verdad muy eruditos y dotados de un ¿nimo divino y de artístico ingenio. Pero, reunidas todas las cosas, no sé con bastante seguridad cuál habrá de ser tu opinión sobre la obra en conjunto; sin embargo, conmigo mismo pienso esto, que tú habrás de dictar una sentencia sana e íntegra, actuando tan sólo por la justicia, sobre el cuerpo y los miembros, y además considero que criticarás las menos aptas con tu real caridad y ensalzarás las que descubras que deben alabarse. En efecto, esto será para mí grande, e incluso lo más grande, y ya con la propia esperanza me alegro y me muestro gozoso. Por lo demás cuando aquella ya vista la entregues a las manos de los amigos para que la vean y tu permiso

la entregue al conocimiento público, pienso, no será sopesada con la misma balanza por todos; y esto no será nuevo bajo el sol, a cada uno lo arrastra su propio deseo[449]. Además, la mordaz lividez[450], epidemia mortal de los vivos, hasta tal punto se apoderó de los pechos de los hombres desde los primeros tiempos que, mientras ésta destruye, poquísimos juicios equitativos se conceden a quien sea. Por esta causa se levantan contra ella muchos con rabioso ladrido y con cruel mordisco arrancan y destrozan las partes que descubren fijadas con una solidez menos firme. Es necesario que con las respuestas adecuadas me lance contra aquellos cuyas palabras y objeciones ya profetizo según su antigua costumbre, como ya he dicho, para que un largo esfuerzo no se disuelva con facilidad y, por la acción de dardos encendidos, no vuele como ceniza y llama. Sin embargo, pido, rey óptimo, que tú mismo, para quien he trabajado tanto tiempo, presentes juntamente conmigo un pecho generoso, seguro de que, si lo haces, los enemigos de nuestro trabajo se desvanecerán en el aire como humo.

CAPÍTULO II

Unas pocas cosas contra los ignorantes

Correrán, como sucede, al espectáculo de la nueva obra no sólo el vulgo inepto, sino que también se reunirán los hombres eruditos; y después de que la hayan contemplado por todas partes, no dudo de que hay algunos hombres dignos de respeto, de mente íntegra y de ciencia que, siguiendo tus huellas, alabarán lo que debe ser ensalzado y, con una cierta disposición sagrada, criticarán lo menos aceptable. A éstos, yo tendré que bendecirlos, darles las gracias, rendirles vasallaje y alabar su justicia. Pero una muchedumbre mucho más numerosa, convertida en corona en círculo, meterá sus ojos en las fisuras de una obra no bien entramada, más ávida de ver qué puede morder que de encontrar lo que pueda aceptar. Contra éstos me queda la guerra, tengo que tomar las armas y es necesario que los pisotee con los mejores argumentos. Pero no contra todo el batallón a la vez, pues quizá rodeado sea yo oprimido con más

[449] Cf. Virgilio, *Buc,* II, 65.
[450] *livor* con el sentido de odio o envidia, tal como decimos «está amarillo de envidia».

facilidad, sino por líneas separadas, como acostumbran las tropas en combate y poco a poco son aplastados los enemigos, en primer lugar han de ser cogidos los dardos contra los más débiles. Son éstos, para dejar al restante vulgo, algunos hombres insensatos, en los que hay una charlatanería tan grande y tan detestable arrogancia que piensan llevar su opinión con gritos contra todas las cosas de los hombres más honrados, quienquiera que sean, estimarlos en poco, vilipendiarlos y, si pueden, condenarlos con sus torpes palabras. Estos, después de que con un sonoro rebuzno, como si anunciaran su mayor distinción, se han confesado idiotas, como si no se pudiera lanzar nada más contra su molicie, considerando el sumo bien pasar el tiempo en festines, en placeres y con ocio inútil en tabernas y lupanares teniendo ante sí las copas que espumean con el vino y eructando las comilonas del día anterior, intentan condenar con su sucia boca las vigilias, meditaciones, estudios, honrados trabajos y la modestia de los hombres eruditos e infamarlos con sus obscenidades; de lo que se tendrá el resultado de que, vista esta obra, digan riéndose: «¡Oh necio hombre, cuan dulce descanso ha perdido, cuánto tiempo inmejorable, cuánta fatiga frivola ha malgastado, cuántos pergaminos ha desperdiciado y cuántos renglones ha arado inútilmente! ¿No habría sido mejor haber amado, bebido, dormido y pasar un tiempo tan grande en los placeres que escribir estas banalidades? De hecho, quienes quieren ser tenidos por hombres sabios es una tontísima especie de hombres pues, perdiendo el tiempo en elucubraciones, antes de conocer un día feliz, condenando lo que debe ser alabado caen en una muerte igual para todos.» ¡Oh juicio sano, venerable, salido de las bacanales de los alcahuetes, del senado de los seguidores de Gnatón[451], de las tabernas de los comilones y bebedores, de las fraguas de las meretrices! ¿Pero por qué más? Yo considero espléndidas alabanzas de hombres ilustres los vituperios de éstos, puesto que juzgo partícipe de la vergüenza lo alabado por hombres vergonzantes. Así pues, que vayan los de tal clase y aplaudan graznando a los taberneros, lanistas, pescadores y mujerzuelas y, ajados por el sueño y el vino, dediquen sus alabanzas a aquellos y dejen a los hombres sabios y sus trabajos en su esplendor, puesto que no hay nada más indecente para un hombre ignorante, nada más fastidioso para un indocto; ciertamente antes del día mísero y caduco convirtieron su cuerpo en sepulcro de su alma infeliz. Es más, éstos huelen con tan fétida infamia que los sabios pueden con paciencia oír rebuznar a los asnos,

[451] Gnatón es el parásito del *Eunuco* de Terencio.

gruñir a los cerdos, mugir a las vacas, a éstos no pueden oírlos. Vayan de nuevo los de tal clase y sirvan al vientre y no se avergüencen tan sólo de reprender a otros sino de aparecer, si alguna vez están sobrios, en las asambleas de los hombres.

CAPÍTULO III

Contra aquellos que, aunque no lo son, desean parecer sabios

Contemplará también esta obra otra clase de hombres, quizá menos reprochable en sus costumbres que la anterior, pero no menor en sabiduría. Y éstos son quienes, antes de ver el umbral de las escuelas, piensan que son filósofos porque algunas vez han oído los nombres de algunos filósofos; o si no piensan que son considerados por los otros, lo desean y con una cierta gravedad fingida de palabras y ponderación de costumbres, habiendo visto en algún momento algunos libros de cosas vulgares, no hablan a no ser sobre lo superficial de las cosas; y para ser considerados lo que desean, se mueven entre los hombres muy eruditos esgrimiendo dudas sobre las cosas más elevadas, como por ejemplo de qué modo en tres personas hay solamente una divinidad, o si Dios puede crear a uno semejante a sí mismo, o por qué Dios no creó el mundo durante mil millares de siglos antes de hacerlo, y cosas de este tipo. Y cuando oyen las respuestas de los sabios, haciendo algunas pequeñas observaciones frivolas en contra y oídas las réplicas y conclusiones de los sabios, como si no les satisficiera suficientemente, moviendo si son vistos un poco la cabeza y torciendo el rostro con una sonrisa e incluso mirando a los de alrededor no de otro modo que si condescendieran ante el respeto del que contesta, se van. Y finalmente, lo que su intelecto débil y lento ha obtenido de la boca de los hombres más sabios y guardado en su memoria, en los talleres de las mujerzuelas, o más bien, si hay ocasión, en las encrucijadas, escuchándolos el ignorante populacho, charlataneando lo sueltan después de un largo suspiro, como si hubieran consultado al propio Dios, pretendiendo que se deduzca de esto que lo que han dicho ha sido arrancado no sin un gran esfuerzo, con su inteligencia e investigación, de los recovecos de la mente divina. Y para parecer totalmente sabios ante los ignorantes, con palabras ampulosas, pero no con el mismo ensamblaje de palabras, sino que saltando por

diferentes materias ora aquí ora allí y no concluyendo nada sobre alguna, sino que embrollándose a sí mismos y a sus oyentes, como si hubiesen conocido totalmente las artes liberales de las que muy a menudo no conocen ni los nombres, con colérica mordacidad demuastran haber despreciado a Prisciano, Aristóteles, Cicerón, Aristarco, Euclides y Ptolomeo y a otros varones insignes en estas artes[452], diciendo que ellos han sido arrastrados a cosas más elevadas por la dulzura de la teología. Así también sobre las costumbres de los hombres y las hazañas de los héroes, y sobre las sagradas leyes e instituciones y legisladores. Y si alguna vez ocurre que entablan una conversación sobre la poesía o los poetas, con tanto desprecio a aquéllos y a los poemas como si hubiesen conocido lo que van a despreciar, los condenan, vituperan, tienen en poco y muestran que se apartan de ellos de manera que con dificultad pueden tolerarlos incluso los ignorantes. Y balbuciendo dicen que las Musas, el Helicón, la fuente Castalia y el bosque de Febo y cosas de este tipo son banalidades de hombres que deliran y son ensayos para una gramática de niños. A partir de estas divagaciones yo sé bastante bien qué van a decir, contemplando este espectáculo, contra mí, qué contra mi obra, qué contra los poetas. Pero pienso que ha de tenerse compasión de su necedad antes de oponérseles con argumentos, pues, ya que no se entienden a sí mismos, mucho menos van a entender a otros; son ignorantes y, al carecer de la luz de la verdad, permiten ser arrastrados teniendo como guía a la sensualidad. A éstos, por mi caridad y no por su mérito, querría decirles que, abandonando los oficios ajenos, ejerzan los suyos y, si no son empujados por este deseo de gloria, para ser considerados sabios, que entren en las escuelas, oigan a los preceptores, desenrollen los libros, estén vigilantes y aprendan, y diligentes visiten las palestras de los que discuten acordándose, para no volar apresurados al doctorado, del precepto pitagórico mediante el cual se tomaba la precaución de que nadie, al entrar en su escuela, abriera la boca para hablar sobre los filósofos antes de haber escuchado durante cinco años. Cuando hayan hecho esto de manera loable y hayan llegado a un título bien merecido, si les place, que salgan a la luz pública, prediquen, discutan, critiquen y castiguen y con duro espíritu apremien a sus críticos; hacerlo de otra manera no es muestra de sabiduría sino de demencia.

[452] Estos autores hacen referencia a las diferentes artes del *Trivio* y el *Cuadrivio:* dos gramáticos, Prisciano y Aristarco; un retórico, Cicerón; un dialéctico, Aristóteles; un geómetra, Euclides, y un astrólogo, Ptolomeo Cf. P. G. Ricci, pp. 906-907.

CAPÍTULO IV

Algunas cosas contra los juristas, mezcladas con unas pocas alabanzas sobre la pobreza

Hay también algunos hombres insignes por la toga, las bolas de oro y un ornato casi regio, y no menos digno de contemplación por su andar, por la gravedad de costumbres y la elocuencia de su boca, seguidos por grandes masas de clientes y famosos por su enorme prestigio. Estos ciertamente son brillantísimos preceptores de las leyes y presidentes de tribunales; si por ellos se practica el derecho conforme a lo establecido, se refrenan las costumbres represoras de los hombres, se ensalza la inocencia y se concede lo que es suyo a cualquiera que lo reclame; en ellos no sólo se conserva en sus fuerzas el nervio del estado sino que se aumenta para lo mejor con la perenne justicia; así pues, son venerables y muy dignos del honor más destacado. Pero por más que con su prudencia purifiquen las culpas de los otros, sin embargo casi todos están contaminados con una marca: trabajan por el deseo de oro y no juzgan nada ni a nadie digno de alabanza si no refulge de oro. Yo pienso que éstos junto con los restantes habrán de llegar para ver si con sus leyes pueden lanzar alguna acusación contra nuestra obra; y si siguen la antigua costumbre, no se me oculta qué han de objetar. Ciertamente tuvieron por costumbre, abandonando los rostros y saliendo del pretorio, y sobre todo cuando llegan libres de preocupaciones a las reuniones de los amigos, si acontece que entre lo que se habla se hace mención de los poetas, ensalzarlos con alabanzas, puesto que han sido varones muy eruditos y muy elocuentes; finalmente, después de muchas cosas, echan fuera el veneno escondido bajo la miel, aunque no letal, y dicen que ellos han sido poco avisados en cuanto que, gastando todo el tiempo, han seguido una actividad de la que, después de largas fatigas, no se consiguen ningunas riquezas, añadiendo además que a causa de esto los poetas han sido hombres paupérrimos, no admirables por ningún esplendor ni notables por ninguna riqueza, por ninguna servidumbre, queriendo que a partir de estas cosas se entienda que, puesto que no fueron ricos, su actividad no ha de ser estimada en ningún precio. Estas palabras junto con su recóndita conclusión fácilmente penetran en los ánimos de los oyentes, dado que todos estamos inclinados a la avaricia y con estúpida credulidad consideramos que el mayor bien es poseer riquezas. Así pues, impulsados por esta peste, pienso

que si escudriñan nuestro trabajo ellos habrán de decir después de muchas cosas que la obra es bella, pero innecesaria, inútil mi sudor porque no se dirige en absoluto a donde tienden los trabajos de los restantes mortales; y así no sólo parecerá que ellos han dicho su opinión contra mí, sino que como consecuencia de ello parecerán haber condenado juntamente con la obra a los poetas con su pobreza como un mal muy grande y detestable. Es más, esta objeción parece piadosa, conforme a la humanidad y a la opinión del vulgo y muy digna de una acción de gracias, puesto que fluye abundantemente desde la fuente de la caridad; pero, puesto que toma su origen del ofuscado juicio del torpe apetito, debe ser motivo de risa y rechazable y hay que tener compasión de su prurito. Y, puesto que hay que someterse además a la dignidad de tales hombres, para que no se consideren postergados, pienso que su objeción debe volver a sus principios con más abundantes palabras. Así pues, espontáneamente confesaré lo que se ha dicho, que la poesía no reporta ninguna riqueza, que los poetas han sido pobres, si debe llamarse pobres quienes por propia iniciativa han despreciado la riqueza, pero no confesaré que han sido necios porque han seguido el estudio de la poesía, puesto que yo pienso que habrían sido muy sabios si hubiesen conocido católicamente al verdadero Dios. Ahora, tomando de nuevo el tema, para que no parezca que con una confesión tan espontánea he dejado el campo de lucha absolutamente a los objetores como si fueran vencedores, saquemos a la luz pública la primera objeción. Así pues, dicen los distinguidos intérpretes de las leyes que la poesía no reporta ninguna riqueza, queriendo por ello, como puede percibirse suficientemente, excluirla de las cosas dignas de imitación como si no tuviese ningún valor entre las demás ciencias. En efecto, para volver a decirlo de nuevo, es cierto que la poesía no reporta ninguna riqueza; pero no estoy de acuerdo, como sostienen éstos, con que suceda esto por su falta de nobleza sino porque no es propio de las disciplinas especulativas un oficio o intención de tal clase, sino de los artesanos mecánicos o de los usureros cuya intención se dirige en su totalidad a este fin, quienes, para que llegue con rapidez, no hacen absolutamente nada gratis. Así también los abogados quienes, por un lado de los delitos de los hombres, por otro del conocimiento de las leyes, construyen para sí fraguas en las que con el martillo de la lengua venal forjan monedas y con su verborrea obtienen oro de las lágrimas de los desgraciados, cosa que la poesía, acordándose de su generoso origen, aborrece por completo y rechaza. Por lo cual, si ha de ser condenada o estimada en poco, juntamente con ella no tendrá ningún valor

la filosofía, maestra de las cosas y por cuya obra aprendemos las causas de los entes; de ningún valor igualmente la teología, con cuyas demostraciones conocemos a Dios como es debido; de las que nunca he oído que tuvieran afán alguno de buscar tesoros. Si éstos no lo saben, la poesía se dedica a cosas mayores pues, ya que vive en los cielos entremezclada con las decisiones divinas, mueve desde lo alto las mentes de unos pocos hombres al deseo del renombre eterno y con su belleza los empuja a sublimes pensamientos y a los arrastrados les muestra las peregrinas invenciones y hace brotar exquisitas palabras de los ingenios eminentes. Y si alguna vez, invocada con plácida súplica, desciende desde su elevada sede acompañada por las sagradas Musas, no busca para habitarlos los excelsos palacios de los reyes ni las suaves moradas de los voluptuosos, sino que entra y habita en las cuevas y en los lugares escarpados de los montes, las sombras de los bosques, las plateadas fuentes, los retiros de los estudiosos, aunque sean muy pobres y vacíos de la luz perecedera; lo que quizá se mostrará más extensamente en otro sitio al exigirlo la materia. Y así, puesto que es etérea y perenne, no tendrá ningún comercio con las cosas perecederas, tiene en poca estima el esplendor hecho con la mano como fútil y vacío y lo rechaza y contenta con sus propios bienes no se preocupa de amontonar riqueza. Después de estas cosas, según la postura ya mencionada, añaden que fueron poco previsores los poetas, los cuales han seguido un dogma de tal tipo que de él no se consigue ninguna riqueza para los que lo siguen. Para responderles, pienso que la mayor obra del prudente consiste en elegir lo que hay en torno y por ello quisiera que éstos se pusiesen de acuerdo en quién ha de ser considerado con todo mérito el más sabio al elegir: un jurista o un poeta. Por Pólux, pienso que se ha actuado más prudentemente al haber elegido una mente que lleva a cosas elevadas antes que la que baja a las terrestres, antes la estable que la que ha de morir, la que presta un largo bien que la que lo ofrece muy pequeño. Los poetas han elegido una ciencia que lleva a las suyas, con la continua meditación, entre los astros, entre las mansiones de los dioses y los ornamentos celestes; si esto es verdad, sirvan de testimonio los propios poemas de los vates escritos con la pluma de los poetas en elegante estilo a impulsos de la que lleva. Pero los abogados, siguiendo la actividad de las leyes, se valen sólo de la memoria de los escritores, administrando justicia no gracias a su inteligencia sino por los escritos de los legisladores; y no hay que pensar, como puede verse con claridad, que ellos estén cerca de cosas elevadas o apartadas de la natura-

leza, como por ejemplo si el sol se dirige por un camino recto u oblicuo desde los Indos a los Hispanos, sino que si por un derecho hereditario o enfitéutico o precario Tito o Sempronio ocupará un pequeño campo, si ha de hablarse de deuda real o con intereses, si una mujer ardiente puede separarse de un marido frío. ¡Son cosas grandes y egregias éstas y alzadas desde el regazo de la naturaleza! Además la poesía, a la que han elegido de antemano los pobres poetas, es una ciencia estable y fija, fundada y consolidada en eternos principios, idéntica en todo lugar y en todo tiempo y no agitada nunca por ningún movimiento. Pero las leyes no son así; no vive con la misma ley un Sármata que un Etíope y no es la misma la autoridad de las leyes para los que se fatigan con la guerra que para los tranquilos con una feliz paz. Y a menudo aumentan y quitan mucho poder a las leyes las instituciones municipales y las constituciones de los reinos; las hace mudas el cierre de los tribunales. También envejecen y mueren alguna vez, pues hace tiempo estuvieron en la mayor consideración algunas que en nuestra época o han sido desdeñadas o han sido totalmente abolidas; y así no son siempre lo mismo, como se descubre la poesía. A partir de estas cosas, para no hablar más, está bastante claro que la actividad de las leyes no debe ser llamada ciencia; y cuánto aprovecha la ciencia a cualquier actividad, lo han conocido tanto los sabios antiguos como los modernos. Además la poesía ofrece un perdurable bien a los imitadores, si se ha de llamar bien aquello que todos parecemos desear, a saber que a la vida, al menos con la fama, si no se permite de otra manera, la llevan a una larga edad; pues, según se sabe con certeza, los poemas de los poetas son casi inmortales junto con el nombre del compositor; pero del jurista, aunque resplandezcan un poco con vestidos, muy a menudo muere el nombre junto con el cuerpo. ¡Muy poco es haber tenido vigor durante un siglo si se enumeran los siglos de Hornero! Y, para llegar a lo que deseo, no le parecerá dudoso a ningún erudito que los poetas han elegido sabiamente, cuando los entendidos en derecho han sido menos previsores en la elección, convertidos en ignorantes cuando intentan lanzar el vicio que es suyo contra los que no lo merecen. Gritan a plena voz que los poetas fueron muy pobres, bebiendo en la misma fuente que antes, y sobre todo porque esos mismos juristas son muy ricos, como si la pobreza fuese infame y detestable. Está clarísimo, ciertamente, que los peritos en leyes reunieron mucho oro de las lágrimas ajenas, de reveses ajenos, de los peligros ajenos y muy a menudo de las desgracias, como ya se ha dicho, y después avanzando cubiertos de palio, con franjas, pro-

tegidos con distintas pieles, refulgentes con los clavos de oro, siguiendo a su espalda una gran masa de clientes, pues así lo quiere la demencia de los mortales. Así no puede negarse que los poetas fueron pobres no por su indolencia sino por su inocencia y porque quieren, pero, cosa que éstos no quisieron en absoluto, fueron destacados por su insigne y perenne claridad; lo que no será difícil poner de manifiesto con ejemplos. Sabemos con seguridad que Hornero fue hasta tal punto carente de recursos que, privado de los ojos, no tenía dinero de dónde poder pagar a un niño como guía. Pero espera un poquito y verás si ésta ha sido una gloriosa pobreza. Vencido Darío, el más poderoso y rico rey de los Persas, por Alejandro de Macedonia, se sacaron a la luz pública sus tesoros, entre los que se descubrió un cofrecillo de oro de gran valor por su artesanía y sus adornos. Este fue reservado, tanto por el acuerdo unánime del rey como de sus proceres, no para los tesoros de Alejandro sino para los volúmenes de Hornero. ¿Qué honor tan espléndido fue consagrado nunca a los juristas cargados de oropeles? Nadie fue más pobre de bienes de fortuna que Plauto de Sarsina. En efecto, por su penuria, para alimentar honestamente su vientre, se cansaba de día en los molinos de mano por un salario; pasaba las noches sin dormir componiendo comedias cuyo número y arte hizo que el laurel, la más importante enseña de los emperadores victoriosos y triunfantes, no valorara en poco ceñir la cabellera de aquél por pobre que fuera. Cuyo olor y lozanía perdura hasta hoy para gloria de su nombre, mientras que los birretes de los intérpretes de las leyes los han devorado, sin que lo impidiera el oro, los ratones y las polillas. Además Ennio, hombre de Brindisi, aunque poeta muy ilustre, tuvo unas riquezas tan insignificantes que en el Aventino se contentaba tan sólo con la servidumbre de una esclavita; su escasez de servidumbre fue reparada con la abundancia de honores. De éstos, puesto que el hombre es famosísimo por sí mismo, me basta añadir uno solamente. Pues cuando murió los Escipiones, de quienes había sido amigo, quisieron sepultar su cuerpo en su sepulcro, no despreciando que las cenizas de un hombre de Brindisi se mezclaran con las cenizas de los Cornelios. Además, ¿quién no ha oído que Virgilio Marón fue pobre e hijo de un alfarero? No tuvo aquél entre sus bienes más que un pequeño campo heredado de su padre en la aldea de Andes, a la que hoy llaman Piétole, no lejos de Mantua, tenido en su poder no sin litigio. Por la acción de los méritos de sus estudios, fue amigo de Octaviano César, dueño de todo el orbe; por el cual, como hubiese ordenado al morir que se quemara la *Eneida,* para que se conservara el importante poema

fue pisoteada con los pies toda la autoridad de las leyes y fue ordenado en un elegante poema que se conservara y cuidara[453]. ¿Qué honor tan magnífico de los juristas, pregunto, por más que resplandecieran con piedras preciosas y oro, fue consagrado por tan glorioso príncipe? Llegaban además muchos destacados por alegre pobreza y honores iguales, pero ha de ponerse fin a los ejemplos, puesto que pienso que se ha mostrado suficientemente tanto con éstos como con los argumentos demostrados antes que los poetas fueron sabios y, aunque pobres, también resplandecientes, y que éstos vivieron con una fama inmortal, mientras que las riquezas y los nombres de los abogados se fueron al aire como humo, y pienso que por los mismos argumentos esta obra demuestra que, si tienen valor los poemas, no es en absoluto innecesaria ni frívolos mis sudores al componerla. Pero ahora, después de estas cosas, me agrada salir un poco del límite, si por casualidad puedo frenar el ataque de los que hablan contra la pobreza. Así pues, la pobreza, aunque muchos huyen de ella como un mal insoportable, según opina el vulgo, es la escasez de los bienes caducos, aunque yo pienso que ella ha de ser la enfermedad del espíritu por la que todavía los que tienen muchas cosas muy a menudo trabajan. En efecto, la primera, si carece del deseo de aumentar, es plácida y deseable y sus beneficios son infinitos; pero la segunda es enemiga de la paz y del descanso, atormentando infelizmente las mentes en las que habita. La primera fue la de los poetas, a los que éstos quieren pobres; en efecto, para éstos había bastante con tal de que hubiese lo que es suficiente para la vida. Pues con esta como guía, al quererla, conseguimos la libertad, la tranquilidad de espíritu y con éstas el ocio digno de alabanza, viviendo en medio de estas cosas gustamos en la tierra de las cosas celestiales. Ella está situada en un lugar seguro y no teme las amenazas o los dardos de la fortuna que muda las cosas mundanas: que desde lo alto lance rayos el éter, la impetuosa rabia de los vientos agite el orbe, lluvias continuas inunden los campos, se desborden los ríos, suene la trompeta, surjan tumultuosas guerras, corran por todas partes los ladrones; ésta, riéndose de las destrucciones y de los incendios, se alegra en su dulce seguridad. Esta, por el oráculo de Apolo en la persona de Aglao de Psófide, propietario de un pequeño campo, fue preferida a los tesoros del rey Giges[454]. Deleitados con ésta los poetas pudieron adornar el espíritu con virtudes, pasar su tiempo en las meditaciones de

[453] Alude a los versos condenatorios de la quema de la *Eneida,* atribuidos a Augusto y recogidos en *Ant. Lat.,* I, 672.
[454] Cf. Valerio Máximo, VII, 1, 2 y Plinio, VII, 46, 151.

las cosas celestes, componer poemas con resonantes versos y buscar un renombre perpetuo para sí. Deleitado con ésta, Diógenes, el más brillante príncipe de los Cínicos de su época, pudo repartir generosamente todas las riquezas de las que era muy abundante, y las regaló a quienes las querían, y prefirió vivir en un tonel, como en una casa móvil, que en los palacios, y comer lechugas silvestres lavadas con sus manos que adular a Dionisio para hacer uso de los manjares regios; este voluntario repudio de los bienes y la claridad de los estudios pudieron llamar para verlo al joven soberbio y que ya tenía en su ánimo el mando del mundo, Alejandro de Macedonia, que buscaba la amistad de aquél y en vano le ofrecía enormes regalos. Deleitado con ésta Jenócrates[455], contento con un huerto de pequeñas proporciones, pudo llevar el ánimo de este mismo joven al deseo de su benevolencia, que pidió con una notable embajada y regalos regios. Deleitado con ésta, Demócrito concedió espontáneamente los campos de su padre y las innumerables riquezas a la república de los Atenienses, considerando preferible estar contento con la libertad de los estudios junto con la pobreza que estar agitado por la preocupación servil de las riquezas. Deleitado con ésta, Anaxágoras, atraído por la dulzura de la filosofía, pudo despreciar las enormes posesiones afirmando que se habría perdido si las hubiese querido cultivar. Por obra de ésta, Amidas, un pobre marinero, solo de noche en el litoral, oyó sin temor a César que gritaba, cuya voz temían los reyes soberbios, y que golpeaba la puerta de una cabana[456]. También el pobre Arrunte, cuando Italia entera ardía con el incendio de la guerra civil, entre los montes de mármoles de Luna, contemplando los movimientos del cielo del sol y de la luna, se mantuvo firme sin miedo[457]. No ven estas cosas quienes vituperan la pobreza y huyen de ella. Digan, lo pido, si hubiese sido adecuado que Hornero tuviese un pleito con un campesino por un asunto agrícola o que exigiera las cuentas del cuidador de la casa sobre los asuntos domésticos, ¿cuándo hubiera podido crear un poema sobre Troya y alargar hasta hoy su nombre resplandeciente con la claridad de" los astros? ¿Cuándo Virgilio, cuándo los otros que siguen la actividad poética con pobreza? Pues efectivamente cubiertos de púrpura no la habrían despreciado porque ella avanza cubierta con un ligero manto raído, ya que es la primera

[455] También los *exempla* de Diógenes y Jenócrates proceden de Valerio Máximo, IV, 3.
[456] Cf. Lucano, V, 519-31.
[457] Cf. Lucano, I, 586. Sobre la ubicación de Luna y la importancia de sus mármoles, que se conocen hoy como de Carrara, cf. Ricci, p. 925.

gloria de los que estudian como es debido. Pues no sé, o mejor dicho sé, qué importancia tiene adornar el cuerpo con vestidos de oro si la mente se ensucia con el azote de los vicios. Esta pobreza, por si no os dais cuenta, está adornada con las delicias celestiales, que no pueden ver los ojos ofuscados por las neblinas de la avaricia. Y no avanza sola, como piensan los acompañados de una ansiosa muchedumbre; a ésta siempre la siguen los poetas engalanados con laureles, a ésta los emperadores revestidos con túnicas adornadas de palmas, es más a ella el renombrado Hornero, Hesíodo, Eurípides, Ennio, Terencio, Virgilio, Flaco y otros muchos la adornaron con divinos poemas. Así los Camilos, Quintos, Curcios, Fabricios, Escipiones y Catones, antaño más ricos por la envidia y la gloria de sus acciones que por el oro, la adornaron con sus admirables triunfos, la antepusieron a los excelsos reyes y la pusieron al frente del gobierno del mundo. Por tanto, ¿dirán los entendidos en leyes que ella, así acompañada y de tal manera adornada, camina sola y sucia? Quedaban muchas cosas que podría decir en alabanza de ésta si hacia ella, por la que se esfuerzan muchos que se consideran ricos, no me arrastrara el deseo. Así pues, la segunda pobreza es, de hecho, la de aquellos que intentan evitarla como si fuera un enemigo sin darse cuenta de que, cuando con el mayor empeño van tras las riquezas, se precipitan en el regazo de esta pobreza. Pregunto ¿qué otra cosa es la pobreza que el angustiarse en medio de la mayor abundancia por el deseo de amontonar? ¿Voy a llamar a Tántalo rico si rodeado de alimentos y bebidas perece de hambre y de sed? Lejos de mí; ha de ser considerado paupérrimo. Pero concedamos a nuestros juristas la opulencia de Darío y veamos qué placer pueden sacar de ello. Si damos crédito a la experiencia, siempre están oprimidos por una continua y ardiente preocupación los que se llaman ricos. Si aparece en el aire una nubécula, al punto desconfía de la lluvia y teme angustiado que sus demasiado abundantes sembrados sean echados a perder; si se levanta viento, teme que sean arrancados los arbustos o que sean tirados los edificios; si surge un incendio en las tierras, se desmaya por el miedo de que vuele a su casa; si se origina una guerra, desgraciado profetiza que la rapiña amenaza sus ganados y rebaños; si nace un acuerdo de las discusiones, llora como si fuera su desgracia. Siente pánico de la envidia de los amigos, la astucia de los ladrones, la violencia de los secuestradores, las., insidias de los parientes, las guerras civiles, angustiado por su continua cobardía. Podría añadir muchas cosas que no sólo convierten a estos ricos en verdaderamente pobres sino en mendigos. ¡En un lugar resbaladizo están pues-

tos los bienes de la fortuna sin afirmar en un apoyo seguro! Así pues, que dejen los desgraciados de lanzar insultos contra los que actúan bien y que vuelvan a recordar que no los hacen ricos ni sabios las cosas que se cuelgan en los hombros sino lo que se conserva en el sagrado pecho; y consideren que sería muy estúpido pensar que, si las riquezas fueran necesarias, la naturaleza de las cosas fue tan cruel y Dios tan severo que quisieron enviarnos desnudos a la vida que se escapa. La naturaleza de los hombres se contenta con pocas cosas y éstas se añaden suficientemente y nos han sido concedidas con ningún esfuerzo por nuestra parte y así, si queremos, podemos no ser pobres. Además, que los hombres se adornen con virtudes, no con palios. Por tanto pido que estos ilustres represores de las costumbres humanas dejen en paz a los poetas; pues nada tienen en común con los poetas de lo que pueda ocuparse su derecho. Los poetas cantan sus poemas en un lugar apartado, los juristas declaman los litigios mezclados con la multitud y con la concurrencia del foro en los rostros. Aquéllos desean la gloria y la fama ilustre, éstos el oro; a aquéllos les agrada el silencio y la soledad del campo, a éstos el pretorio, los tribunales y el griterío de los que querellan; la paz es amiga de aquéllos, de éstos las intrigas y la querella. Y si no quieren condescender a mis ruegos, que al menos sean condescendientes con la autoridad de Solón, importantísimo legislador quien, tras haber sido realizadas las diez tablas, se retiró, olvidándose de las leyes, a la poesía para llegar a ser de hecho otro Hornero si su vida hubiese sido más larga[458].

CAPÍTULO V

Quiénes son y qué cantidad de cosas añaden algunos a los poetas

Hay además, el más serenísimo de los reyes, como tú sabes mucho mejor, por regalo divino una casa en las tierras, hecha a imitación de la asamblea celestial, dedicada tan sólo a los estudios. En ésta, en un elevado trono, salida del regazo de Dios, la filosofía, maestra de las cosas, preside con augusta faz y brillante por el divino

[458] Igual contenido pero distinta forma en la edición de Bari y la de París, esta última seguida por Ricci en este pasaje.

resplandor, cubierta de regios vestidos y engalanada con una corona de oro, no de otro modo que como emperatriz de los mortales, con su mano izquierda sujeta los libros, con su derecha lleva el cetro real y con elocuentes palabras enseña a los que quieren oír cuáles son las costumbres dignas de alabanza de los hombres, cuáles las fuerzas de la madre naturaleza, cuál el verdadero bien y los secretos del cielo. Si entras en ella, no hay duda de que verás el santuario más digno de todo respeto y, si miras alrededor, verás con toda claridad qué pueden hacer los estudios humanos, qué investigar los ingenios, qué comprender las inteligencias, y hasta tal punto te admirarás que dirás contigo que una sola casa lo contiene todo, es más que es casi la propia representación de la mente divina. Y entre otras cosas muy dignas de la mayor veneración, hay allí detrás de la soberana colocados en una sede muy elevada unos hombres, aunque no muchos, suaves de aspecto y de palabra y también por la gravedad de sus costumbres, tan admirables por su honestidad y verdadera humildad que más creerías que son dioses que mortales. Estos, ya llenos de las enseñanzas de la que gobierna, llevan hacia otros con abundancia lo que han conocido. Hay además otra multitud estrepitosa de diferentes clases de hombres, de la que algunos, rechazada toda soberbia, vigilantes se consagran a los preceptos por si por casualidad pueden llegar con su estudio a un grado más alto. Pero hay otros que, nada más oír los principios de las cosas, con ánimo soberbio clavan sus rapaces manos en las vestiduras de la emperatriz y, arrancadas algunas partículas con dura violencia y engalanados con diferentes títulos, que a veces encuentran que son venales, no de otro modo que si hubiesen comprendido todo el pensamiento de la divinidad, inflados con un cierto fasto se lanzan fuera de la sagrada mansión; pero los sabios advierten con cuánto daño de los ignorantes. Estos, hecha una conjuración unánime contra algunas buenas artes, antes que otra cosa intentan representar un buen hombre, eliminan sus rostros para aparecer vigilantes, avanzan además con los ojos fijos en tierra para parecer que nunca se alejan de las meditaciones; también se mueven con un paso lento, para que crean los ignorantes que titubean por el peso excesivo de las elevadas investigaciones; utilizan un honesto aspecto en los vestidos no porque la mente sea honesta sino para engañar con la fingida santidad; su conversación es poco abundante y grave; interrogados conceden sus respuestas no sin haber lanzado un suspiro, haber dejado en medio un pequeño tiempo y haber elevado un poco los ojos al cielo, pretendiendo que los que los rodean deduzcan de estas cosas que ellos conducen las

palabras que van a pronunciar a los labios no sin dificultad desde el lejano arcano de los espíritus celestiales. Hacen profesión de piedad, santidad y justicia, utilizando muy a menudo palabras de los profetas, como «el celo de la casa de Dios me devora»[459]. Avanzando desde aquí a la ostentación de su admirable ciencia, condenan todas las cosas que no saben y no en vano, pues lo hacen o bien para que no se les interrogue sobre las cosas que no saben responder o para dar la impresión de que las desdeñan y las desprecian como cosas viles y nimias y conocidas por ellos, y que dedican su tiempo a cosas más importantes. Con estos engaños, cautivados los juicios de los ignorantes, presuntuosamente comienzan a pasear por las ciudades, a mezclarse en los negocios seculares, a dar consejos, a tratar matrimonios, a estar en los banquetes, a dictar las tablillas de los que hacen testamento, a tomar a su cuidado las ejecuciones de los testamentos y a hacer muchas cosas que no convienen a los filósofos, y continúan haciéndolo. Consecuencia de esto es que algunas veces llegan a la humeante fama del vulgo, por lo que se inflan con tan grande hinchazón que al andar desean ser señalados con el dedo por el vulgo y mucho más desean oír que son grandes maestros, ver que los nobles en las calles se levantan ante ellos, que los llaman «rabí», los saludan, los invitan, les dan la preferencia y los ponen al frente. Por estas cosas, dejando de lado toda consideración, se atreven a todo y no temen meter sus hoces en las mieses ajenas; consecuencia de lo cual es que, cuando intentan desfigurar ignominiosamente las demás cosas excepto las suyas, alguna vez recae la conversación sobre la poesía y los poetas, oído el nombre de los cuales repentinamente se encienden con un furor tan grande que dirías que ellos tienen los ojos de fuego, y no pueden detenerse, tiemblan y se agitan con ímpetu; luego, contra ellos, no de otro modo que si hubiera una conjuración contra enemigos mortales, prorrumpen en un loco griterío ora en las escuelas, ora en las plazas, ora en los pulpitos, escuchándolos alguna vez el vulgo inerte, de manera que los que están alrededor no temen sólo por los inocentes sino también por sí mismos; y dicen que la poesía es totalmente nula o una actividad fútil y ridicula, que los poetas son hombres fabulosos[l>eo] y, todavía más, los llaman alguna vez, para utilizar un vocablo más despectivo, fabulones[m], los cuales

[459] *Psalm.,* LXVIII y Juan, II, 17.
[460] Mantenemos el término latino, que tiene el sentido de creadores de fábulas o ficción.
[461] Palabra utilizada por Agustín, *De haeresibus,* 88, con el significado de «fabricantes de embustes».

viven en los campos, las selvas y los montes porque no están dotados de costumbres ni de urbanidad. Además dicen que sus poemas son demasiado oscuros, engañosos, llenos de lascivias y repletos de banalidades y de tonterías de los dioses paganos, poemas que afirman que Júpiter, un hombre adúltero y sucio, es ahora el padre de los dioses, ahora el rey de los cielos, ahora fuego, ahora aire, ahora hombre, ahora toro, ahora águila e inconveniencias de este tipo; que así también a Juno y a otros innumerables los hacen afamados de muchos nombres. Además gritan que los poetas son seductores de mentes y consejeros de crímenes y para mancharlos con una tacha más vergonzosa, si pudieran, predican que son los monos de imitación de los filósofos; y afirman, además, que haber leído o tener libros de poetas es un delito muy grave, y sin hacer ninguna distinción, apoyándose, según dicen, en la autoridad de Platón, que éstos deben ser expulsados no sólo de las casas sino también de las ciudades y que sus mujerzuelas escénicas, con la aprobación de Boecio, dulces hasta la muerte habrían de ser totalmente rechazadas y vetadas como detestables. ¿Qué más? Sería demasiado largo llevar a la luz pública todas las cosas que el odio mortal, hostigándolo la envidia, prepara para que las digan aquellos enfurecidos. Hay que creer, oh ilustre príncipe, que a estos jueces tan célebres, tan justos, tan benévolos, tan favorables llegará mi obra, en torno a la cual, lo sé, andarán según la costumbre del león hambriento para encontrar qué puedan devorar y, puesto que es poética en su totalidad, no espero una sentencia más suave que el que enfurecidos lancen rayos contra los poetas, y no sé ante qué dardos voy a presentar el pecho a no ser contra aquellos que el viejo odio ha demostrado; intentaré repelerlos. ¡Oh buen Dios, sal al encuentro de tan confusos y desconocidos gritos, y oponte al furor de estos dementes! Y tú también, óptimo rey, puesto que se ha llegado a los triarios, asiste con las fuerzas de tu generoso pecho, ayuda al que milita para ti, ahora hay necesidad de ánimos, ahora de pecho firme. Agudos y venenosos y no de pequeña fuerza son los dardos de éstos pues, aunque son jueces ineptos, sin embargo tienen influencia en otras cosas; y por ello me horrorizo y tiemblo, a no ser que en primer lugar Dios, que no abandona a los que esperan en él, y después tú me ayudes. Livianas son mis fuerzas y débil mi ingenio, pero grande la esperanza de auxilio, confiado en la cual me lanzaré contra ellos, teniendo como compañera la justicia.

CAPÍTULO VI

La poesía es una actividad útil

Al entrar yo, hombre de corta estatura, en el gimnasio contra estas gigantescas moles que afirman, con la autoridad que pueden, que la poesía será una actividad nula o fútil, si pregunto antes que otra cosa qué es la poesía o sobre qué versa su oficio, pienso que no hago otra cosa que buscar un nudo en el junco. Pero ya que ha de hacerse, pido que estos egregios preceptores de todas las actividades expliquen esto, para que se ponga de manifiesto sobre qué quieren que verse nuestra disputa. Sé que con obstinada frente, nunca bañada de rubor alguno, riendo dirán lo que poco antes malamente se ha dicho. ¡Oh buen Dios, estáte presente, contempla estas ridiculas objeciones y dirige sus pasos a algo mejor! Pues dicen condenando la poesía que ella es absolutamente nula. Si esto es así, quisiera saber ¿de dónde ya hace tiempo tantos ilustres varones se han procurado el nombre de poeta? ¿De dónde los muchos volúmenes de poemas? ¿De dónde surgió este nombre de poesía, si la poesía es nada? Ciertamente, si han de responder algo, pienso que irán por rodeos, puesto que por derecho no pueden responder nada que no esté contra su vacía posición. Pues es muy cierto, como se demostrará después de estas cosas en su lugar, que ésta, como las restantes disciplinas, tiene su comienzo en Dios, del que parte toda la sabiduría. Y, como a las demás, le ha tocado en suerte el nombre por su efecto, del que luego se derivó el célebre nombre de los poetas y, después, de los poetas el de los poemas. Estando así las cosas, no parece en absoluto que la poesía sea nada, como decían. Si esta es una ciencia, ¿qué dirán los gritones sofistas? Creo que echarán un poco atrás el pie o, mejor, pasando al vuelo a la segunda parte de la objeción gracias a la cópula disyuntiva, dirán: Si es una actividad, es una actividad fútil. ¡Oh ridiculez fastidiosa, hubiera sido mejor haberse callado que precipitarse con palabras frivolas a un error mayor! ¿No ven acaso los ignorantes que el propio significado del nombre de ésta, a saber el de actividad, demuestra siempre algún tipo de plenitud? Pero sobre esto en otra parte. Y pido que expresen estos hombres elegantes con qué derecho ha de decirse que la poesía es una actividad fútil, puesto que por su inspiración, con la ayuda de la gracia divina, hay tantos volúmenes ilustres, tantos poemas dignos de ser recordados, tantas invenciones resplandecientes y extranjeras.

Callarán, ciertamente, si lo soporta su presuntuoso prurito de ostentación. ¿Pero qué? ¿Callarán, digo? ¡Preferirían morir que confesar la verdad, ya no de bocas afuera sino con su silencio! Correrán a otro camino y haciendo una interpretación según su juicio dirán que este adjetivo fútil ha de ser entendido como nocivo y detestable porque los poemas que surgen de la poesía cantan los placeres de sus dioses y persuaden a cosas nefastas. Aunque esta interpretación puede ser refutada, puesto que no es fútil lo que está lleno de placeres, podría sin embargo soportarse con ecuanimidad si lo que sostienen mediante ella pudiese decirse con alguna razón, puesto que confieso de buen grado que puede haber algún poema que exprese esto que ellos afirman; por este motivo habrían vencido si una mala especie pudiese desacreditar un buen género. Pero pregunto, si Praxiteles o Fidias, doctísimos en escultura, pudieron esculpir un Priapo impúdico que se lanza de noche contra Iole más que contra Diana, insigne por su honestidad, o si puede pintar Apeles, o nuestro Giotto, más importante que el cual no fue Apeles en su época, a Marte uniéndose a Venus más que a Júpiter promulgando leyes a los dioses desde su trono, ¿diremos que estas artes han de ser condenadas? ¡Sería muy estúpido decirlo! Pues esto es la culpa de los ingenios lascivos. Del mismo modo, hace tiempo hubo algunos poetas, si tales pueden ser llamados poetas, quienes bien en razón de lucro, bien para ganarse la gracia del pueblo, pidiéndolo así aquel siglo y aconsejándolo la placentera lascivia, dejando de lado la honestidad, se precipitaron en estas necedades. Ciertamente éstas han de ser condenadas, detestadas y rechazadas, como se dirá después más extensamente. Pero por este delito de algunos creadores de ficción no ha de ser condenada toda la poesía, en la que leemos tantas persuasiones, consejos y enseñanzas de los poetas para la virtud, procedentes de éstos cuya preocupación fue escribir las meditaciones celestes con sublime ingenio y con gran honestidad, ornamento de estilo y de palabras. Pero, ¿por qué más cosas? La poesía no es solamente algo, sino una ciencia que ha de ser respetada y, como se ha visto muy a menudo en lo que precede y se pondrá de manifiesto en lo siguiente, es una actividad no fútil sino llena de jugo para los que quieren con su ingenio exprimir el significado de las ficciones. Y así aparece claro, para no alargar demasiado las palabras, que en el primer comienzo de la batalla estos generales han dado la espalda y que ellos, con muy poco esfuerzo por nuestra parte, han abandonado el campo del duelo. Pero ha de explicarse qué es la poesía para que ellos mismos vean con cuánta estupidez opinan que ella es una actividad fútil.

CAPÍTULO VII

Qué es la poesía, de dónde recibe su nombre, cuál es su oficio

La poesía, a la que los negligentes e ignorantes desprecian, es, en efecto, un cierto fervor de encontrar y decir o escribir con exquisitez lo que has encontrado[4*2]. Este, procedente del seno de Dios, se concede a pocas mentes, según pienso, en la creación, por lo que, ya que es admirable, siempre hubo muy pocos poetas. Los efectos de este fervor son elevados, como por ejemplo impulsar a la mente al deseo de decir, imaginar extrañas y nunca oídas invenciones, componer las pensadas con un orden determinado, adornar lo compuesto con una inusitada contextura de palabras y de pensamientos, cubrir la verdad con un velo fabuloso y bello. Además, si la invención lo exige, armar a los reyes, conducirlos a la guerra, sacar las flotas de los arsenales, describir el cielo, las tierras y los mares, adornar a las doncellas con guirnaldas y flores, señalar las acciones de los hombres según sus cualidades, estimular a los aturdidos, animar a los perezosos, refrenar a los temerarios, encadenar a los culpables, ensalzar a los famosos con merecidas alabanzas y muchas cosas de este tipo; si alguno de éstos, a los que se les infunde este fervor, ha hecho de manera incompleta estas cosas, a mi juicio no será un loable poeta. Además, por más que apremie los ánimos en los que ha sido infundido, raramente el impulso conseguirá algo encomiable si faltan los instrumentos con los que acostumbraron a perfeccionarse las cosas meditadas, como por ejemplo los preceptos de la gramática y de la retórica, cuyo pleno conocimiento es conveniente, aunque algunos hayan escrito ya admirablemente en la lengua materna y hayan caminado a través de cada oficio de la poesía. Por ello es necesario conocer al menos los principios de las otras artes liberales y morales y naturales; y aún más valerse de gran abundancia de palabras, haber visto las obras de los antepasados y aún más recordar la historia de los pueblos y, las situaciones de las regiones del mundo, de los mares, de los ríos y de los montes. Además son necesarias las soledades agradables por el artificio de la naturaleza, así también la tranquilidad de espíritu y el deseo de la gloria secular y muy a menudo beneficia mucho el ardor de la edad, pues, si faltan estas cosas, alguna vez el ingenio se entorpece ante lo pensado. Y puesto que de este

[462] Cf. Cicerón, *De inventione,* I, 79.

fervor, que agudiza e ilustra las fuerzas de los ingenios, nada sale a no ser lo hecho con arte, la poesía es llamada la mayoría de las veces arte. El nombre de esta poesía no ha derivado de donde la mayoría piensan sin darse cuenta, a saber de *poio poieis,* que significa lo mismo que *jingo, fingís*[Aa] sino de *poietes,* antiquísima palabra griega que significa exquisita locución. Pues los primeros que, animados con este espíritu, comenzaron a hablar exquisitamente en un siglo todavía rudo, como por ejemplo en verso, manera de hablar entonces totalmente desconocida, para que le pareciera también sonoro a los oídos de los oyentes, lo moderaron con tiempos sopesados y, para no arrancar la delectación por una brevedad excesiva o para que, desbordante de excesiva longitud, no pareciera provocar el aburrimiento, lo constriñeron medido con determinadas reglas y dentro de un número definido de pies y de sílabas. Pero lo que brotaba de este tan cuidadoso orden de hablar ya no era llamado poesía sino poema. Y así, como ya hemos dicho, tanto para el arte como para lo hecho con arte se obtuvo el nombre del efecto. Dirán quizá estos brillantes críticos, aunque yo he dicho que esta ciencia es infundida en las almas todavía puras desde el seno de Dios, que ellos no quieren conceder suficiente crédito a mis palabras, a las que podían haber aportado bastante fuerza con ánimos equitativos las cosas que vemos constantemente, pero todavía necesitamos testigos. Si leen lo que Tulio Cicerón, hombre filósofo no poeta, dijo en aquel discurso que pronunció en el Senado en defensa de Aulo Licinio Arquías, quizá llegarían a creerme con mejor disposición. Pues dice así [VIII, 18]: «Y así lo hemos sabido de hombres importantes y muy eruditos: Que los estudios de las otras cosas consisten en la doctrina, los preceptos y el arte, el poeta tiene valor por su propia naturaleza y es movido por las fuerzas de la mente y es inspirado por un cierto soplo casi divino, etc.» Por tanto, para no alargar más el discurso, puede parecer bastante claro a los hombres piadosos que la poesía es una actividad y que tiene su origen en el regazo de Dios y del efecto toma el nombre, y que a ella conciernen muchas cosas notables y prósperas, de las que se sirven continuamente los mismos que las niegan. Si buscan dónde o cuándo, está a la vista; que digan estos mismos con qué guía, por obra de quién componen ellos mismos sus ficciones cuando levantan hasta el cielo las escalas de distintos peldaños, cuando llevan igualmente hasta los astros los alargados árboles abundantes en ramas, cuando recorren los montes hasta la cima con revueltas. Dirán qui-

[403] Componer, inventar ficción, dar forma.

zá, para denigrar a ésta, desconocida por ellos, que es de la obra de la retórica de la que hacen uso, lo que yo en parte no voy a negar. Pues la retórica tiene sus invenciones, pero en las envolturas de las ficciones no hay participación de la retórica; es poesía pura lo que se compone y expone de manera exquisita bajo un velo.

CAPÍTULO VIII

En qué parte del mundo resplandeció por primera vez la poesía

Si tú, rey mío, buscas bajo qué región del cielo, en qué tiempos, por obra de quién apareció por primera vez ésta en las tierras, creo que a dudas penas podrá dársete una respuesta bastante segura. Pues hay algunos que piensan que ésta tuvo su origen con los sacrificios y ceremonias de los antiguos, y así que nació entre los Hebreos, porque las Sagradas Escrituras atestiguan que por ellos fue ofrecido por primera vez un sacrificio a Dios, en ellas se lee que Caín y Abel, hermanos y los primeros hombres nacidos en el mundo, hicieron un sacrificio a Dios; así también por Noé, al retirarse las aguas del diluvio, saliendo del arca fue realizado un sacrificio a Dios; además también por Abraham cuando, vencidos los enemigos, ofreció vino y pan al sacerdote Melquisedec. Pero puesto que de éstos no se obtiene lo que se busca, dado que vaticinando más que ofreciendo pruebas afirman que no ha de pensarse que estos sacrificios se hicieran sin pronunciar ninguna palabra, añaden que fue ejecutado en su totalidad por Moisés después de haber atravesado con pie seco el Mar Rojo junto con el pueblo de Israel, puesto que leemos que él instituyó los sacrificios, los sacerdotes y el tabernáculo, erigido a la manera del futuro templo, y las oraciones con que poder aplacar a la divinidad. Vistas estas cosas, parecerá que la poesía no tuvo su comienzo entre los Hebreos antes del tiempo de Moisés, guía de los Israelitas, quien cerca del fin de la vida de Maracio, rey de Sición, que murió en el año 3.680 del mundo, condujo a su pueblo y realizó los sacrificios[4*4]. Hay otros que pretenden conceder esta gloria a los Babilonios. Entre los cuales el Veneciano, obispo de Pozzuoli, grandísimo investigador de historias, habría acostumbrado a afirmar con abundantes palabras

[464] Cf. Eusebio, 41, 1-21.

que la poesía es mucho más antigua que Moisés, como por ejemplo nacida en los tiempos de Nemrod; pues decía que éste fue el primer inventor de la idolatría porque, como viese que el fuego era conveniente para los mortales y conociera algunas cosas que iban a suceder a partir de sus movimientos y de los distintos murmullos, afirmaba que aquél era Dios y por ello no sólo lo honró como si fuese Dios y convenció a los Caldeos, sino que le construyó templos, ordenó sacerdotes e incluso inventó plegarias. En estas plegarias demostraba que él utilizaba un lenguaje refinado, lo que es posible, aunque no explica claramente de dónde lo tomó. Pero yo, aunque muy a menudo he leído que el culto de la religión, el estudio de la filosofía y la gloria de las armas existieron en primer lugar entre los Asirios, sin embargo no creo fácilmente, sin otro testimonio más digno de fe, que arte tan sublime haya tenido origen entre pueblos tan bárbaros y tan fieros. Además, los Griegos piensan que la poética surgió entre ellos, según afirma con todas sus fuerzas Leoncio. Yo me inclino poco a esta creencia, recordando que algunas veces he oído del ínclito preceptor mío[465] que ésta tuvo tal tipo de comienzo entre los primitivos griegos. Pues como por primera vez entre hombres hasta entonces rudos, algunos del más elevado ingenio comenzaran a admirar las obras de la madre naturaleza y después mediante meditaciones a entrar en la creencia de que había uno solo, por obra y mandato del cual eran ordenadas y gobernadas todas las cosas que veían, y a éste único lo llamaron dios; luego, pensando que éste alguna vez habitaba las tierras, considerando que sería algo sagrado que al venir encontrase algunos habitáculos dedicados a su nombre, le erigieron moradas sagradas y las construyeron con grandísimo gasto, a las que hoy nosotros llamados templos. Después, para hacerlo propicio a ellos, imaginaron algunos honores especiales que debían realizarse en honor de aquél en tiempos determinados, a los que dieron el nombre de sacrificios. Finalmente, puesto que pensaron que tanto cuanto prevalecía por encima de los demás con su condición divina tanto debía ser honrado sobre los demás, se determinó que en sus sacrificios hubiera mesas de plata, cálices de oro, candelabros y todo tipo de vasos de oro; y quisieron que hubiera unos hombres de los más prudentes y nobles del pueblo, a los que después llamaron sacerdotes, y que al realizar los sacrificios no estuvieran revestidos de ropas vulgares sino engalanados con preciosísimas vestiduras, tiaras y báculos. Por último, puesto que parecía absurdo que los pontífices ofrecieran los sacri-

[465] Se está refiriendo a Petrarca.

ficios a la divinidad mudos y callados, quisieron que se compusieran palabras por medio de las cuales se mostraran las alabanzas y maravillas de la propia divinidad, y se expresaran los deseos del pueblo y se ofrecieran a esta misma plegarias según las conveniencias de los hombres. Y puesto que parecía incongruente hablar a la divinidad de la misma manera que si hablaras con un pueblerino o un siervo o un amigo inseparable, quisieron los más sabios que se inventara un modo refinado de hablar, sobre el que enconmendaron a los sacerdotes que discurrieran. Algunos de éstos, aunque pocos, entre los que se cree que estuvieron Museo, Lino y Orfeo, agitados por una cierta inspiración de la mente divina, idearon versos extraños regulados con medidas y tiempos y los inventaron en alabanza de Dios. En los que, para que fuesen de mayor autoridad, bajo una corteza de palabras pusieron los excelsos misterios de las divinidades, pretendiendo por medio de esto que la majestad de tales, que debe ser venerada, no se lanzara al precipicio del desdén por el excesivo conocimiento del vulgo. A este arte, puesto que pareció admirable y nunca oída hasta entonces, como hemos dicho antes, la llamaron por su efecto *poiesis* o *potetes,* que en latín significa exquisita locución, y quienes la habían compuesto fueron llamados poetas[466]; y, puesto que el nombre también favorece al efecto, se cree, para dejar de lado el canto y las restantes cosas añadidas a los versos, que la poesía tuvo su origen en Grecia. Sin embargo, se tienen muchas dudas sobre la época. Pues decía Leoncio que de Barlaam, calabrés preceptor suyo, y de otros hombres eruditos en tales asuntos, había oído muy a menudo que en tiempos de Foroneo, rey de los Argivos que comenzó a reinar en el año 3.385 del mundo, Museo, al que hemos nombrado como uno de los inventores de versos, fue un hombre célebre entre los Griegos y que casi en el mismo tiempo floreció Lino, de los cuales es bastante notable todavía hoy la fama, que atestigua entre nosotros que éstos también estuvieron al frente de los sacrificios de los antiguos y a éstos se añade el Tracio Orfeo y por ello son considerados los primeros teólogos. Pero Paulo Perusino decía que la poesía era más joven con mucho, sin cambiar los autores, asegurando que Orfeo, que se describe como uno de los antiguos inventores, alcanzó su cénit en tiempos de Laomedonte, rey de los Troyanos, quien en la época de Euristeo, rey de Micenas, detentó el poder en Troya en torno al año 3.910 del mundo y que este Orfeo fue uno de los Argonautas y no sólo sucesor de Museo sino maestro de

«« Cf. Isidoro, *Etym.,* VIII, 7, 1-3.

este mismo Museo hijo de Eumolpo, lo que también atestigua Eusebio en el libro de los *Tiempos* [56, 3-5]. A partir de lo cual queda claro, como se ha dicho, que la poesía en Grecia es mucho más joven de lo que se decía. Sin embargo, Leoncio respondía a esto que se consideraba por parte de los Griegos doctos que hubo varios Orfeos y Museos, pero el más antiguo, contemporáneo del viejo Museo y de Lino, fue griego, mientras el joven es llamado Tracio. Pero, dado que este joven inventó las orgías de Baco y las reuniones nocturnas de las Ménades e innovó muchas cosas respecto a los sacrificios de los antiguos y destacó mucho con su oratoria, cosas por las que estuvo en gran estimación entre sus contemporáneos, fue considerado por los posteriores el primer Orfeo. Quizá hay que adherirse a esta opinión, puesto que consta por el testimonio de algunos antiguos que también hubo algunos poetas antes del nacimiento de Júpiter Cretense, ya que se sabe por Eusebio [55-56] que Orfeo el Tracio alcanzó su cénit después del rapto de Europa por Júpiter. Así pues, puesto que entre sí son de tal manera discordantes y no aportan ningún testimonio de los autores antiguos suficientemente válido para corroborar sus opiniones, no tengo la suficiente certeza de a quién ha de darse crédito. Sin embargo, se ve claramente de los tiempos descritos, si ha de creerse a Leoncio, que la poesía apareció antes entre los Griegos que entre los Hebreos, y si al Véneto que antes entre los Caldeos que entre los Griegos. Pero si queremos dar crédito a Paulo se deducirá que Moisés fue maestro de ésta antes que los Babilonios o los Griegos. Yo, por más que Aristóteles[w] diga, quizá arrastrado por el argumento anterior, que los poetas fueron los primeros teólogos, considerando haberlos entendido como griegos, lo que parece aportar algún apoyo a la opinión de Leoncio, no creo que los sublimes efectos de la poesía hayan sido infundidos por primera vez, pasemos por alto que en aquella bestia de Nemrod, ni siquiera en Museo o Lino u Orfeo, aunque antiquísimos poetas (a no ser, como piensan algunos, que Museo y Moisés son uno y el mismo) sino más bien en los profetas, muy consagrados y dedicados a Dios, puesto que leemos que Moisés, incitado según yo pienso por este deseo, escribió la mayor parte del *Pentateuco* no en prosa sino en versos heroicos, dictándolo el Espíritu Santo. Y así algunos otros, del mismo modo, compusieron las grandezas de dios bajo el velo métrico-literal que llamamos poético. Yo, y quizá no tontamente, pienso que

[467] En Agustín, *De civ. dei,* XVIII, 14, que recoge a Aristóteles, *Metaph.,* I, iü, 983 b, 27.

los poetas paganos siguieron las huellas de éstos al componer sus poemas; pero donde los hombres divinos escribieron llenos del Espíritu Santo, empujándoles éste, así también los otros por la fuerza de la mente, por la que son llamados vates[468], apremiándoles este fervor crearon sus poemas. Tú, ínclito rey, puesto que no tengo otra cosa que decir sobre el origen de ésta, según el juicio de tu Serenidad toma lo que te plazca.

CAPÍTULO IX

Componer fábulas parece más útil que perjudicial

Aseguran además estos magníficos gritones que los poetas son hombres fabulosos y, para usar el vocablo más abyecto o más detestable, alguna vez indignados los llaman fabulones[469]. Y no dudo que tal objeción parece a los ignorantes muy abominable, pero yo no le hago ni caso. La inmundicia de la lengua de algunos no ha de infectar el glorioso nombre de los varones ilustres. Lo lamento al ver que éstos impulsados por el odio se lanzan desenfrenados contra los inocentes. ¿Pero qué por último? Admito que los poetas son fabulosos, esto es creadores de fábulas. Y no considero que esto es ignominioso, a no ser como para un filósofo haber formado un silogismo; pues si se demuestra qué es la fábula y qué clases de fábulas hay y de cuáles hacen uso estos fabulones, pienso que haber compuesto fábulas no parecerá un pecado tan grande como éstos pretenden. Pues la fábula, antes que otra cosa, toma su honesto origen de hablar[470] y de ella confabulación, que no significa otra cosa que coloquio; lo que está suficientemente demostrado por Lucas en el Evangelio [XXIV, 14-15] cuando escribe sobre los dos discípulos que después de la Pasión de Cristo iban al pueblo cuyo nombre era Emaús diciendo así: «Y ellos mismos hablaban entre sí sobre todas las cosas que habían pasado y sucedió que mientras conversaban y dialogaban y el propio Cristo acercándose iba con ellos, etc.» Por lo que, si componer fábulas es malo, también será malo coloquiar; ¡admitir lo cual es muy estúpido! Pues no les ha sido concedido a los hombres por la naturaleza de las cosas hablar

[468] Cf. Isidoro, *Etym.*, VIII, 7, 3.
[469] Cf. nota 461.
[470] *for, faris.*

solamente sino para que hablemos unos con otros y comuniquemos mediante palabras los conceptos de las mentes. Sin embargo, podrían objetar que esto ha sido concedido para las cosas convenientes no para las superfluas y que las fábulas son superfluas. Cosa que no podría negarse si el poeta hubiese pensado componer una simple fábula. Pero ya se ha demostrado durante mucho tiempo que lo cubierto por las fábulas es una cosa muy distinta de lo que significa la corteza. Y por ello algunos acostumbraron a definir así la fábula: Fábula es un modo de hablar con ejemplos o demostraciones bajo una ficción, quitada la corteza de la cual aparece la intención del compositor de la fábula[471]. Y así, si bajo la cobertura de la fábula se descubre algo juicioso, no será superfluo haber contado fábulas. Creo que hay cuatro clases de éstas y la primera de ellas carece por completo de verdad en su corteza, por ejemplo cuando presentamos hablando entre sí a los animales brutos e incluso a los insensatos[472]. Y el autor más importante de éstas fue Esopo, hombre griego venerable por su antigüedad y también por su seriedad. Y aunque de éstas hace uso la mayoría de las veces no sólo el vulgo de la ciudad sino también los campesinos, no sintió repugnancia de insertarlas alguna vez en sus escritos Aristóteles, hombre de inteligencia celeste y número uno de los filósofos Peripatéticos. La segunda especie mezcla alguna vez en la superficie lo fabuloso con la verdad, como cuando decimos que las hijas de Minias, que hilaban y despreciaban las orgías de Baco, fueron convertidas en murciélagos y que los compañeros del marinero Acetes, que maquinaban un robo contra Baco, fueron metamorfoseados en peces[473]. Inventaron éstas desde la primera edad los más antiguos poetas, cuya preocupación fue cubrir con ficciones igualmente las cosas divinas y humanas; *y* quienes siguieron a los más sublimes poetas lo llevaron a lo mejor, aunque algunos cómicos las deformaron preocupados más por el aplauso del vulgo lascivo que por la honestidad. La tercera especie es más semejante a la historia que a la fábula. De ésta se han servido de diversos modos poetas famosos. En efecto, los heroicos por más que parezca que escriben una historia, como Virgilio cuando describe a Eneas zarandeado por la tempestad del mar [I, 81 ss.] y Hornero a Ulises atado al mástil de la nave *[Od.,* XII, 158 ss.] para no ser arrastrado por el canto de las sirenas, sin embargo piensan bajo el velo de la ficción algo muy distinto de lo que se

[471] Cf. Isidoro, *Etym.,* I, 40, 6, y Agustín, *Contra mendacium,* XIII, 28.
472 Acepción de fábula como género literario.
[473] Para las metamorfosis de las Miniades, cf. Ovidio, *Met.,* IV, 389-415, y para los compañeros de Acetes, los Marinos Tirrenos, III, 573-691.

muestra. Además los cómicos más honestos, como Plauto y Terencio, también utilizaron esta especie de hacer fábulas no pensando otra cosa que lo que la letra significa, pero queriendo descubrir con su arte las costumbres y palabras de distintos hombres y entretanto enseñar a sus lectores y hacerlos cautos. Y si estas cosas en realidad no existieron, puesto que son comunes pudieron ser o podrían serlo [m]. Y que no la desdeñen los objetores, muy a menudo Cristo Dios utilizó esta especie en sus parábolas. Ciertamente la cuarta especie no tiene absolutamente ninguna verdad ni en la superficie ni en lo recóndito, puesto que es una invención de las extravagantes viejecillas. De las cuales, si estos críticos eximios condenan la primera especie, lo que leemos en las Sagradas Escrituras {*Juec,* IX, 8-15], a saber que los troncos de los bosques tuvieron una conversación para elegir un rey para sí, también habría de ser condenado. En cambio si se reprueba la segunda, habrá de reprobarse casi todo el sagrado volumen del Antiguo Testamento (lo que está lejos), puesto que lo escrito en él parece caminar con el mismo paso que las producciones de los poetas; y esto en cuanto al modo de componer. Pues, donde falta la historia, ni uno ni otro se preocupa de la posibilidad superficial y lo que el poeta llama fábula o ficción nuestros teólogos lo llamaron alegoría. Si esto es así, que lo vean los jueces más justos, sopesando con balanza equilibrada la superficie de los escritos de las visiones de Isaías, Ezequiel, Daniel y de otros hombres santos y después la de las ficciones de los poetas y, si las ven discrepantes en la manera de cubrir o descubrir, estaré de acuerdo con la condena. Si han dicho, cosa que no pueden, que la tercera ha de ser condenada, no será otra cosa que condenar esa especie de lenguaje de la que muy a menudo hizo uso Jesucristo, Hijo de Dios, Salvador nuestro, mientras estaba encarnado, aunque las Sagradas Escrituras no la llaman con el mismo vocablo que los poetas sino que la llamaron parábola. Algunos la llaman ejemplo, porque se dice a manera de ejemplo. Al hecho de que se condene a la cuarta, porque no parece que sea movida por un principio suficientemente congruente ni que se defienda con la ayuda de ninguna arte o sea llevada al fin debido con orden, no le doy importancia, pues en nada están de acuerdo con las fábulas de los poetas, aunque yo creo que estos críticos piensan que las poéticas en nada se diferencian de ellas. Ahora pregunto si hay que llamar fabulón al Espíritu Santo, si hay que llamarlo a Cristo

[474] Esto es precisamente lo que caracteriza la ficción frente a la historia, el *boia an genoito* frente a *ta genomena* de Aristóteles, *Poética,* IX.

Dios, quienes, los dos, bajo la misma divinidad pronunciaron fábulas. No lo creo, sin son listos. Yo, si me agradara alargarme en una digresión más larga, demostraría inmejorablemente que la diversidad de nombres no perjudica si están de acuerdo las cualidades del estilo; pero que ellos mismos lo vean. En verdad con las fábulas, a las que estos mismos desprecian así a causa del vocablo, leemos alguna vez que los ánimos excitados por un loco furor han sido suavizados y vueltos a llevar a la primitiva mansedumbre; como por ejemplo, cuando por Menenio Agripa, varón muy considerado, la plebe romana en desacuerdo con los senadores fue hecha venir desde el Monte Sacro a la patria mediante una fábula[475]. Con fábulas muy a menudo se restituyen las fuerzas a los espíritus de los hombres ilustres agotados por cosas más importantes, lo que no sólo se demuestra con un ejemplo antiguo sino con los cotidianos. Pues vemos que los príncipes, ocupados también en grandes cosas, como si fuese su maestra la naturaleza de las cosas, después de sublimes disposiciones de sus reinos para lo mejor, convocan, para restablecer las agotadas fuerzas a su vigor, a quienes recreen los ánimos fatigados con placenteras conversaciones. Con fábulas alguna vez se ofrece consuelo a los que se fatigan bajo el peso de la adversa fortuna, lo que se ve en Lucio Apuleyo [IV, 26-VI, 24]. En el que Carites, doncella noble cautiva para su desgracia por unos bandidos, llorando su cautiverio fue un poco reconfortada por una anciana con el encanto de la fábula de Psique. Ya hemos visto que con fábulas los ímpetus de las mentes que se precipitan a la pereza son reconducidos a una mejor utilidad. Y, para dejar de lado cosas menores y a mí mismo, he oído que ya hace tiempo el ilustre varón Jacobo de Sanseverino, conde de Tricario y Claramonte, después ínclito rey de Jerusalén y de Sicilia, fue un niño de tan torpe ingenio que no sin una grandísima dificultad de quien le enseñaba había aprendido los primeros elementos de las letras y como casi todos los amigos desesperaran sobre él en esta parte, con la hábil astucia de su pedagogo, que abría su ingenio con las fábulas de Esopo, fue arrastrado a tan gran deseo de saber y de estudiar que en poco tiempo aprendió no sólo estas artes domésticas, para nosotros liberales, sino que llegó hasta los propios secretos de la sagrada filosofía con admirable clarividencia; y que de sí mismo hizo un rey de tal clase que desde Salomón para acá los mortales no conocieron ningún rey más sabio. ¿Por qué más? Ciertamente son de tanta importancia las fábulas que los ignorantes se divierten

«s Cf. Livio, II, 32, 8 ss.

con la primera cobertura de éstas y los ingenios de los doctos se ejercitan en sus profundidades, y así con una misma lectura aprovechan y deleitan. Por tanto que estos nauseabundos no vomiten su odio y su ignorancia con tan erguido cuello, con tan nociva sentencia, contra los poetas; si son suficientemente cuerdos, que se preocupen de sus placeres antes de intentar ofuscar con las nieblas de sus maledicencias los esplendores ajenos. Que vean, que vean estos censores de qué y cuan perniciosos chistes hacen uso algunas veces para provocar la risa de las mujerucas. Y cuando se hayan purificado a sí mismos, que intenten purificar las fábulas de los otros, acordándose de que Cristo mandó que de los acusadores quien fuese inocente cogiese el primero la primera piedra contra la mujer adúltera.

CAPÍTULO X

Es estúpido creer que los poetas no han pensado nada bajo la corteza de las fábulas

De éstos, hay algunos de tanta temeridad que, sin apoyarse en autoridad alguna, no temen decir que es muy necio pensar que los más brillantes poetas han puesto bajo sus fábulas algún significado sino que las hicieron para demostrar cuan grandes poderes tienen las fuerzas de su elocuencia, y sobre todo cuando por obra suya son creídas por los ignorantes cosas falsas como verdaderas. ¡Oh iniquidad de los hombres! ¡Oh ridicula necedad! ¡Oh absurda maldad! Mientras hunden a los otros, los ignorantes piensan que se levantan. ¿Quién, a excepción de los ignorantes, dirá: los poetas han hecho fábulas vacías y vanas, que tienen valor tan sólo en la corteza, para demostrar la elocuencia, como si la fuerza de la elocuencia no pudiera mostrarse en lo tocante a cosas verdaderas? De hecho conocen mal la sentencia de Quintiliano, cuya opinión del más grande orador es que ningún vigor de la elocuencia puede apoyarse en las cosas falsas. Pero de esto en otro lugar. ¿Pues quién, para llegar hasta éstos, será tan loco y tan insensato que al leer en las *Bucólicas* [VI, 31]: «Pues cantaba de qué manera unidas por el' gran vacío», junto con algunos versos que siguen a este pensamiento, y en las *Geórgicas* [IV, 220]: «Que las abejas tuvieron parte de mente divina e inspiración», con las aplicadas a esto, y en

la *Eneida* [VI, 724]: «En el principio al cielo, las tierras y las llanuras líquidas», con los añadidos, de las que se exprime el jugo puro de la filosofía, no vea claramente que Virgilio fue un filósofo y considere que un hombre muy erudito para hacer ostentación de su elocuencia, con la que en efecto tuvo gran preeminencia, condujo al pastor Aristeo al fondo de la tierra junto a su madre Cirene o a Eneas hasta los Infiernos para ver a su padre y que lo hubo escrito sin ningún pensamiento escondido bajo el velo de las fábulas? ¿Quién tan desconocedor de sí mismo que, al advertir que nuestro Dante muy a menudo deshacía los enredados nudos de la sagrada teología con admirable demostración, no se dé cuenta de que él no sólo fue un filósofo sino un teólogo importante? Y si piensa esto, ¿apoyado en qué razón pensará que aquel grifo bimembre que arrastra un carro a la cumbre del severo monte, acompañado de siete candeleros y de otras tantas ninfas, con la restante pompa triunfal, para mostrar que sabía componer ritmos y fábulas? Además, ¿quién será tan loco que piense que el importantísimo y muy cristiano varón Francisco Petrarca, cuya vida y costumbres hemos visto dignas de alabanza por su completa santidad y, con la ayuda de Dios, las veremos durante mucho tiempo, y no conocemos a nadie que recupere más que él no diré el tiempo sino cualquier partícula del tiempo que se desliza, haya empleado tantas noches en vela, tantas sagradas meditaciones, tantas horas, días y años, cuantos podemos pensar que se gastaron justamente, si sopesamos la gravedad de su *Poema Bucólico,* si el adorno, si la exquisita belleza de las palabras, para imaginar que Galo pide a Tirreno sus flautas o que Panfilo y Mitión se lanzan reproches entre sí o igualmente otros delirantes pastores? ¡Por Pólux, nadie suficientemente dueño de sí asentirá; y mucho menos quienes vieron las cosas que escribió en prosa en el libro *De la vida solitaria* y en el que tituló *Sobre los remedios de una y otra fortuna,* para omitir otros muchos! En los que se percibe lo que de santidad y de clarividencia puede recogerse en el regazo de la filosofía moral con tan gran majestad de las palabras que no puede decirse nada más lleno, nada más adornado, nada más maduro, nada más santo para la enseñanza de los mortales. Podría presentar además mi *Poema Bucólico,* de cuyo significado yo soy conocedor, pero he pensado que debe ser omitido porque no soy todavía de tanta importancia que deba mezclarme entre los hombres sobresalientes y porque las cosas propias deben ser dejadas a las palabras de otros. Callen por tanto los ignorantes que chismorrean y guarden silencio los soberbios, si pueden, puesto que ha de creerse que ni siquiera

los hombres ilustres, criados con la leche de las Musas y que viven en las mansiones de la filosofía y endurecidos en los sagrados estudios han- puesto siempre profundísimos significados en sus poemas, sino que incluso ninguna anciana es alguna vez tan extravagante al inventar y contar, cerca del fuego de su lar doméstico en las noches en vela del invierno, las fábulas del Orco, o de las Hadas, o de las Lamias y cosas de este tipo, de las que muy a menudo se forman las invenciones, que no se dé cuenta, según las fuerzas de su poca inteligencia, de que bajo el pretexto de los relatos hay algún significado a veces en absoluto risible, mediante el cual quiere o introducir el terror en los niños, o agradar a las muchachas, o burlarse de los ancianos, o al menos mostrar las fuerzas de la fortuna.

CAPÍTULO XI

Para la comodidad de su meditación los poetas habitaron las soledades

He dicho que estos perturbadores dicen además que los poetas viven en los campos, en los montes y en las selvas porque no están dotados de urbanidad ni de costumbres. ¡Oh inútil clase de hombres, no se dan cuenta, golpeados por el furor, de que, mientras quieren probar la verdad con una falsa ayuda, se hacen embusteros! Yo no sólo confieso que los poetas habitan los campos, selvas y montes sino que, si no lo hubiesen dicho ellos mismos, yo habría de decirlo (¡y quizá ya lo he dicho!), pero no por la misma causa que afirman los engolados, a saber porque no están dotados de urbanidad, puesto que sus poemas atestiguan suficientemente que lo están. Si desdeñan darles crédito a éstos, que hojeen los escritos de los antiguos filósofos, que lean en profundidad los anales, y no dudo que descubrirán a menudo que los poetas usaron de la amistad y de los festines de reyes y nobles, mientras les agradó, cosas que no se conceden a los hombres viles y sin modales. Y no faltan algunas cosas que corran a testimoniar esta verdad. Sin duda si quisiera podría demostrar que el poeta Eurípides fue camarada de Arqueloo, rey de Macedonia, que el brindisino Ennio fue familiar de los Escipiones, que Virgilio fue muy amigo de Octaviano César. Y si los antiguos mantienen silencio, no faltan los actuales. Nuestro Dante estuvo unido con gran amistad a Federico de Aragón, rey de

Sicilia, y a Cañe della Scala, ilustre señor de Verona. Sabemos además, y es conocido en casi todo el mundo, que Francisco Petrarca fue muy querido y muy íntimo del emperador Carlos, de Juan, rey de Francia, e igualmente de Roberto, rey de Jerusalén y de Sicilia y de muchos Sumos Pontífices, y lo es de los vivos mientras quiera. Pero si estos murmuradores no lo saben, los poetas habitan y han habitado las soledades porque no hay lugar para la meditación de cosas sublimes ni en el foro de los libertinos, ni en los palacios, ni en los teatros, ni en los capitolios o plazas, o en los lugares públicos que se habitan o mezclados con las muchedumbres ciudadanas o rodeados de mujerucas, meditación sin la que casi continua no puede concebirse ni acabarse los poemas concebidos. ¿Qué además? Apenas creo que habrían dicho esto si hubiesen leído con mente sana lo que escribe Horacio a Floro *[Epist.,* II, 2]. Quien después de haber enumerado elegantemente, según su costumbre, algunos impedimentos de las ciudades dice preguntándole [65-6]: «¿Acaso piensas que pueden escribirse en Roma poemas entre preocupaciones y fatigas?», queriendo que por esto se entienda que no puede hacerse de ninguna manera. Y no contento con esto, añadidas algunas inconveniencias con las que continuamente se agitan las ciudades, casi trastornado dice [76]: «¡Ve ahora y medita contigo mismo versos sonoros! », como si dijera «no podrás»; y luego añade preguntando [79-80]: «¿Pretendes tú que yo cante en medio de los estruendos nocturnos y diurnos y que siga las huellas alcanzadas de los poetas?», y no mucho después añade indignado [84-6]: «Yo aquí en medio de las fluctuaciones de las cosas y de las tempestades de la ciudad ¿me dignaré a entrelazar las palabras que van a mover el sonido de la lira?» A partir de estas cosas, para no añadir más, queda bastante claro por qué los poetas buscan y habitan los lugares silvestres. Lo que leemos que también hicieron Pablo el eremita, Antonio, Macario, Arsenio y otros muchos venerables y santísimos hombres no por falta de urbanidad sino para servir a Dios con espíritu más libre. Aunque no es tan detestable como parecen pensar éstos vivir en las selvas, puesto que en ellas nada parece fingido, nada falso, nada dañino para la mente, en realidad todas las obras de la naturaleza son sencillas. Allí las hayas erguidas hacia el cielo y los restantes árboles que alargan con su oscuridad las sombras recientes; allí el suelo cubierto de hierbas que verdean y matizado con flores de mil colores, claras fuentes y plateados riachuelos que con suave murmullo se deslizan desde la frondosidad de los montes; allí moteadas aves con su canto y ramas que resuenan con el movimiento de una suave

brisa, animalillos retozones; allí rebaños y ganados, allí la casa del pastor o la cabana, no preocupada por ningún asunto doméstico, y todas las cosas llenas de tranquilidad y silencio. Estas cosas no sólo suavizan el espíritu, saciados los ojos y los oídos con sus delicias, sino que parecen recoger la mente en sí misma y volver a llevar el ingenio a sus fuerzas, si está cansado, y empujarlo al deseo de la meditación de las cosas sublimes y también al ansia de componer; estas cosas las aconsejan con admirable exhortación la compañía de los libros y los cantores coros de las Musas que actúan en corro. Si consideramos estas cosas adecuadamente, ¿qué hombre estudioso no antepone las soledades a las ciudades? Pero el delito de la soledad de los poetas, incluso si se puede llamar merecidamente delito, no mueve a estos hombres insolentes a la crítica, sino su mente imbuida de condenable ambición; dicen que los poetas, que están apartados de ella, son hombres detestables. En efecto, es costumbre de los hombres de malas costumbres desear ardientemente que los otros estén de acuerdo con ellos, para ocultar o defender con delito ajeno los suyos. Por tanto, ¡enrojezcan y enmudezcan si los poetas no actúan conforme a ellos mismos! Es más, los hombres respetables se horrorizan y consideran detestable desfigurar su rostro con una fingida palidez, y el barrer las ciudades con lento paso en continuos paseos. Se horrorizan y evitan comprar el favor y las alabanzas del vulgo sin talento con una vergonzosa y deforme hipocresía, y ser señalados con el dedo por los ignorantes. Sienten horror ya no de pedir sino de desear los cargos, de recorrer los palacios de los reyes o convertirse en aduladores de cualquier procer, de cazar con oro los adornos de los pontífices, para poder complacer más extensamente a su vientre y al inútil ocio, o acariciar a las mujerzuelas para quitarles los ahorros con la intención de buscar con dinero lo que no podían haber conseguido con sus méritos. Se horrorizan además y detestan con todos sus odios llevar hasta los cielos a los caturcenses [476] por causa del dinero y darles el puesto según la cantidad de su donación. Sin embargo, a los que éstos injurian, contentos con una frugal comida y con un pequeño sueño, con continua meditación y con'loable ejercicio, componiendo y escribiendo buscan para sí la gloria de la fama y que ha de durar durante siglos. ¡Oh especie ésta de hombres que ha de ser avergonzada con reproches, oh detestable soledad de los de tal clase! ¿Pero por qué insisto con palabras?' Sin duda tendría muchas cosas que decir si el respetable candor, si la virtud egregia,

[476] Usureros. Cf. Ricci, p. 976, nota 1.

si la vida loable de los poetas famosos no se defendiera por sí misma contra tales hombres con una muy poderosa fuerza.

CAPÍTULO XII

No ha de ser condenada la oscuridad de los poetas

Dicen estos embaucadores que muy a menudo los poemas son oscuros y esto por defecto de los poetas, que hacen que lo que es inexplicable parezca que ha sido compuesto muy artísticamente y pretendan que han hecho esto sin acordarse del antiguo precepto de los oradores en el que se dispone que el discurso debe ser llano y transparente. ¡Oh juicio de la perversa mente! ¿Pues quién, excepto un alma engañosa, se habría inclinado a un pensamiento tan nefasto que no sólo odie lo que no pueda alcanzar sino que, si puede, lo manche con una falsa acusación? Confieso que los poetas alguna vez son oscuros; pero que den, si quieren, ellos mismos la respuesta de si encuentran los escritos de los filósofos, en cuyo número ellos mismos impúdicamente se mezclan, tan llanos y transparentes como dicen que debe avanzar el discurso. Si lo afirman mentirán, puesto que entre los escritos de Platón y de Aristóteles, para mantener silencio sobre los demás, hay ambigüedades hasta tal punto embrolladas que, examinadas por muchos agudos varones desde el siglo de aquéllos hasta el día de hoy, todavía no han podido ser explicadas con suficiente claridad en una opinión común. ¿Pero por qué hablo de lo filosófico? ¿Acaso la divina palabra, de la que estos mismos desean ser considerados profesores, dicha, por el Espíritu Santo, no está muy llena de oscuridades y ambigüedades? Ciertamente lo está y si lo negaran la propia verdad manifiesta lo probará y hay muchos testigos. Entre los cuales, si les apetece, que pregunten a Agustín, santísimo y eruditísimo hombre y del que fueron tan grandes las fuerzas del ingenio que sin preceptor, como él mismo confiesa, aprendió muchas artes y lo que sobre las diez categorías dijeron los filósofos, y sin embargo no se ruborizó al confesar que él no había podido comprender el principio de Isaías. Por tanto las oscuridades no están tan sólo en los poemas. Así pues, ¿por qué no acusan a los filósofos como a los poetas? ¿Por qué no dicen que el Espíritu Santo en sus obras introdujo pensamientos oscuros para que parecieran más artísticas? ¡Como si él mismo no fuera el ar-

tífice sublime de todas las cosas! Yo no pondría en duda que en ellos hay tanta temeridad para hacerlo si no supieran que hay defensores para los filósofos y suplicios preparados para los que hablan contra el Espíritu Santo y por ello se lanzan contra los poetas porque los ven carentes de defensor, considerando además que no hay ninguna culpa allí donde al punto no sigue un castigo. Habrían debido ver éstos que algunas cosas parecen oscuras, aunque sean clarísimas, por el defecto de quien las contempla (en efecto, al que ve poco, cuando brilla el sol le parece nebuloso el aire que es transparente); que algunas otras son por su propia naturaleza tan profundas que no sin dificultad la agudeza incluso de una noble inteligencia puede penetrar en el secreto de éstas, como con el globo del sol, antes de que puedan tocarlo, algunas veces los ojos más agudos se embotan. Pero otras, aunque quizá son brillantes por su naturaleza, están cubiertas por tan gran artificio de los que las imaginan que a duras penas incluso alguno puede extraer con su ingenio el verdadero significado de aquéllas, como muy a menudo pueden los más doctos astrólogos comprender brevemente con la mirada de sus ojos en qué parte del cielo se mueve el enorme cuerpo del sol escondido entre nubes. Y según estas cosas no niego que lo sean alguna vez los poemas de los poetas. Pero no por esto deben ser condenados con razón, como quieren éstos, puesto que entre otros oficios del poeta está el no desentrañar lo cubierto con ficciones sino que, si se colocan a la vista de todos las cosas dignas de recuerdo y veneración, para que no pierdan su valor por una excesiva familiaridad, ocultarlas con cuanto artificio puedan y alejarlas de los ojos de los torpes. Y si astutos hicieron lo que a ellos les concierne, los poetas no llegarán a ser despreciados sino más bien revalorizados. Y por ello, como ya se ha dicho, digo que ellos alguna vez son oscuros, pero siempre explicables si a ellos se acerca una inteligencia sana; pero pienso que estos quejumbrosos tienen ojos de lechuza más que de hombres. Y no puede haber quien piense que las verdades son escondidas por los poetas en las ficciones por envidia o porque quieren negar a los lectores absolutamente el significado de lo escondido o para aparecer más artistas sino porque a las cosas que puestas a la luz habrían perdido valor, buscadas con el esfuerzo de los ingenios y comprendidas de modo distinto al ser finalmente descubiertas, las hacen más caras. Cualquiera que tenga una mente sana debe considerar muy cierto que el Espíritu Santo lo ha hecho mucho más. Lo que parece estar confirmado por Agustín en el libro XI [19] de la *Jerusalén Celeste* cuando dice: «La oscuridad de la palabra divina es útil también para esto, porque produce va-

rias sentencias de verdad y las trae a la luz del conocimiento mientras uno la entiende así, otro de otra manera.» Y en otro lugar el mismo Agustín en su *Comentario al Salmo* CXXVI[477] dice: «Quizá por ello es puesto más oscuro para que genere muchos intelectos y se aparten los hombres más ricos, quienes encontraron cerrado lo que se podía abrir de muchos modos, que si lo hubieran encontrado abierto de una sola manera.» Y para hacer más uso ahora del testimonio del propio Agustín contra los recalcitrantes, para que se den cuenta de que lo que él quiere que se entienda para defender las oscuridades de las Sagradas Escrituras quiero yo que se entienda en defensa de los poemas, digo que él escribe así en su *Comentario al Salmo* CXLVI[m]: «Aquí nada hay malo, pero sí algo oscuro, no para que te sea negado sino para atormentar al que debe comprenderlo, etc.» Y, para no hacer mayor uso del testimonio de los hombres sagrados sobre esto, no quiero que éstos consideren un fastidio oír que yo pretendo opinar sobre las oscuridades de los poetas lo que Agustín opina sobre las divinas, sino que quiero que, despejada un poco la frente, los que se oponen consideren cuánto más ha de entenderse sobre estas cosas que se aplican con respecto a unos pocos si se entienden sobre las Sagradas Escrituras, que se aplican a todos los pueblos. Si por casualidad quisieran condenar la dureza del texto, las figuras de dicción o el colorido de las frases y la belleza, desconocida por ellos, de las palabras extranjeras y por ello llamar a los poetas oscuros, no tengo otra cosa que decir a no ser que vuelvan a ir de nuevo a las escuelas de gramática, que sufran la férula del pedagogo, que estudien y aprendan qué licencia ha sido concedida a los poetas para tales cosas por la autoridad de los antiguos e investiguen escrupulosamente, además de las vulgares y familiares, cuáles son también las extranjeras. Pero, ¿por qué insisto en tales cosas? Podría haber dicho con muy pocas palabras: Que hagan que, quitado el antiguo, se revistan de un ingenio nuevo y noble, y lo que ahora les parece oscuro entonces les parecerá familiar y abierto. Y no crean que cubren el confuso espesor de su intelecto con el precepto de los antiguos oradores, del que no dudo que siempre se acordaron los poetas, sino que se den cuenta de que el orden de palabras se da de distinta manera al hablar que al componer poesía, y que las ficciones han de ser dejadas al arbitrio del que las crea como una obra de otra especie. En las cuales es guardada en gran manera por los poetas la majestad del estilo y mantenida la

[477] *Enarr. in Psdm.*, 126, 11, en *P. L*, 37, 1675.
[478] *Op. cit.*, 146, 12, en *P. L.*, 37, 1907.

dignidad del mismo, como dice Francisco Petrarca en el libro III de las *Invectivas contra un médico.* Ni, como estos mismos parecen pensar, es odiosa para los que no pueden gustarla sino que, puesta por delante una dulce fatiga, atiende a la vez al placer y a la memoria; pues son más queridas las cosas que hemos buscado con dificultad y son guardadas con más cuidado, como el mismo Francisco atestigua donde arriba. ¿Por qué más? Si éstos tienen un ingenio obtuso, que hagan reproches a su incultura no a los poetas, y no arremetan con frívolos ladridos contra aquellos por los que se ha obrado muy bien con ellos. Pues en el primer umbral, para que no se fatiguen inútilmente los ignorantes, desde el propio aspecto de las cosas se introduce el terror; que retrocedan, pues, a tiempo antes que, caminando con el entumecimiento fatigado los ingenios, sufran con rubor el rechazo. Y para decirlo de nuevo, por parte de quienes quieren entender y desatar los nudos de dudas debe leerse, debe insistirse, velar, preguntar, y las fuerzas del cerebro han de ser presionadas de todos modos. Y si alguien no puede llegar a donde desea por un camino, que emprenda otro, y si se le presentan obstáculos que coja otro hasta que, si sus fuerzas tienen vigor, les parezca claro lo que antes les parecía oscuro. Pues por consejo divino se nos ha prohibido dar a los perros lo santo y por esto mismo arrojar perlas ante los cerdos.

CAPÍTULO XIII

Los poetas no son embusteros

Además estos insultantes dicen que los poetas son embusteros e intentan reforzar este lugar con fuertes argumentos, si pueden, diciendo que muy a menudo se ha dicho que éstos en sus fábulas han escrito mentiras, como, por ejemplo, que un hombre se convirtió en piedra, lo que parece totalmente contrario a la verdad. Afirman además que los poetas dicen engañosamente que hay muchos dioses, aunque consta por una verdad totalmente cierta que hay sólo uno, el verdadero y omnipotente, añadiendo que Virgilio, el primero de los poetas latinos, relata la historia nada verdadera de Dido e inserta también otras cosas de este tipo. Creo que piensan haber vencido y hubiesen vencido si no hubiera quien con la verdad hiciera callar sus ignorantes griteríos. Por tanto ¿qué? Pensaba

que había respondido suficientemente en lo anterior a este lugar cuando describí con suficiente amplitud qué es la fábula, cuántas las clases de fábulas, de cuáles han hecho uso los poetas y por qué. Pero, si ha de volverse dé nuevo a este tema, digo que los poetas no son mentirosos como estos pretenden. Pues, según mi juicio, algún engaño de aquellos es muy parecido a la verdad, por el que lo verdadero es oprimido por algunos y se expresa lo que es falso. Agustín *[Sobre el engaño,* XIV, 25] afirma que hay ocho clases de éste de ninguna de las cuales, aunque algunas sean más graves que las otras, podemos hacer uso conscientemente sin pecado y sin una nota de infamia con la que somos llamados mentirosos. Si los enemigos del nombre poético contemplan con ecuanimidad la intención de esta definición, se darán cuenta de que carece de fuerzas este reproche con el que afirman que los poetas son embusteros, puesto que las ficciones de los poetas no se someten a ninguna de las clases de engaño porque no es propio de su mente engañar a nadie al crear las ficciones; y las ficciones poéticas no son, como lo es el engaño, la mayoría de las veces ya no muy parecidas sino ni siquiera semejantes a la verdad, sino que son totalmente diferentes y contrarias. Y aunque una especie de las fábulas, de la que hemos dicho que se parece más a la historia que a la fábula, sea muy parecida a la verdad, por el antiquísimo acuerdo de todos los pueblos está libre del azote del engaño, puesto que está permitido por la antigua costumbre que alguien pueda hacer uso de ella en razón de ejemplo, en el que no se busca la simple verdad ni está prohibido el engaño. Y si se contempla el oficio de los poetas, algunas veces demostrado en lo anterior, no están ligados a este vínculo de usar de la verdad en la superficie de las ficciones y, si se les quita el permiso de vagar por todo tipo de ficción, su oficio se convierte totalmente en nada. ¿Por qué más? Si todas las cosas que se han dicho como justa réplica son rechazadas, lo que pienso que no puede suceder, queda esto irrefutable: Nadie que ejerza legalmente su oficio puede caer por ello en la nota de infamia. El administrador de justicia, aunque castigue con la pena capital a los que han actuado mal contra la ley, sin embargo no es llamado homicida con justicia; y así no se llama saqueador al soldado que devasta los campos de los enemigos; ni el jurisconsulto, aunque dé un consejo poco justo a su cliente, mientras no se separe del límite de la ley, merecerá la marca de engañador; así también el poeta, por más que mienta al crear ficciones, no incurre en la ignominia de embustero, puesto que desempeña con toda justicia su oficio no para engañar sino para crear ficción. Pero si pretenden

insistir en esto: que lo que no es verdad es mentira, se llame como se llame, si no se hace, sin embargo no extenderé mis fuerzas más allá para destruir esta objeción sino que preguntaré, para ver qué han de responder, con qué nombre han de llamarse aquellas cosas que han sido dichas por Juan Evangelista en el *Apocalipsis* con admirable majestad de los significados, pero muy a menudo totalmente alejadas de la verdad en su primer aspecto. ¿Con cuál el propio Juan? ¿Con qué otras y otros que ocultaron con un velo las grandezas de Dios en el mismo estilo? Yo, ciertamente, no me atrevería a llamarlos engaños o mentirosos, aunque fuese lícito. Pero sé que dirán lo que yo mismo habría de decir si se me pregunta, a saber que Juan y los otros profetas fueron hombres muy veraces, cosa que ya se ha concedido. Añaden además que lo escrito por ellos no son ficciones sino más bien alegorías y así deben llamarse y, en consecuencia, alegóricos los escritores de éstas. ¡Oh risible dispersión, como si tuviéramos que creer que lo que es muy semejante en la corteza por el cambio o diversidad de nombre ha de producir diferentes efectos! Pero que no haya discusión sobre esto, son alegorías; pido que digan si en la corteza literal tienen verdad. Si pretenden que yo crea esto, no será otra cosa que cubrirme los ojos del intelecto con mentiras, como ellas ocultan la verdad escondida. Pero ya que éstos no deben ser llamados ni considerados mentirosos, porque no lo son, así tampoco los poetas, quienes según sus fuerzas se apoyan en las huellas de aquéllos al crear las ficciones. No se puede negar que los poetas han descrito a muchos dioses, aunque haya solamente un Dios, pero de ninguna manera ha de imputárseles como un engaño, ya que no lo escribieron creyéndolo ni afirmándolo sino creando ficción según su costumbre. ¿Pues quién es tan desconocedor de sí mismo que piense que alguien que habita en las mansiones de la filosofía sea de tan loca opinión que crea que hay muchos dioses? Si somos suficientemente cuerdos, fácilmente debemos creer que los hombres eruditos fueron afanosísimos investigadores de la verdad y que ellos han llegado hasta donde puede penetrar el ingenio humano y que sin ningún tipo de duda han sabido que hay solamente un Dios, conocimiento al que se percibe claramente en sus obras que han llegado los poetas. Lee a Virgilio y encontrarás que suplica [II, 689]: «Júpiter omnipotente, si te conmueves con algunas plegarias, etc.», epíteto que no encontrarás concedido a ningún otro dios. Y consideraron a la restante multitud de dioses no dioses sino miembros de Dios o misiones de la condición divina, cosa que también opina Platón, al que damos el nombre de teólogo. Pero a los de tal clase

les dieron, por respeto a la condición divina, un nombre de acuerdo con su misión. Sin embargo, pienso que éstos, hostiles, no descansarán con estas cosas; en efecto gritarán diciendo que los poetas han escrito muchas mentiras sobre el verdadero y único Dios, que decimos que han conocido y por ello con razón reciben el nombre de embusteros. Pero yo no pongo en duda que los poetas paganos opinaron incorrectamente sobre el verdadero Dios, y así escribieron alguna vez sobre El lo que no había sido verdad y así, según pretenden éstos, una mentira; pero no pienso que por ello deban ser llamados embusteros. Así pues, hay al menos dos clases de hombres embusteros, los primeros de los cuales mienten a sabiendas y dándose cuenta para dañar, o no dañar, o para beneficiar. Y éstos no sólo deben ser llamados embusteros sino, con un vocablo más apropiado, mentirosos; los segundos son los que, ignorando que dicen una mentira, sin embargo han dicho una mentira. Y entre éstos es conveniente una distinción. Pues de éstos hay algunos cuya ignorancia es intolerable y no recibe ninguna excusa, como por ejemplo: se garantiza con la ley pública que ningún ciudadano sirva a un ciudadano en una cárcel privada; Gayo retuvo a su deudor Sempronio y quiere defenderse del castigo con la ignorancia de la ley; esta ignorancia, puesto que se ve supina y crasa, a saber que un ciudadano ignora las leyes públicas, no puede defender al culpable. Así también el hombre cristiano de edad adulta no debe defenderse con la ignorancia de los artículos de la fe. Y hay otros cuya ignorancia parece excusable, como los niños si no conocen la filosofía, un hombre de la montaña si no conoce el arte náutica y el ciego de nacimiento si no conoce los caracteres de las letras, y otros de este tipo. Entre los cuales pueden enumerarse los poetas paganos quienes, aunque han conocido las artes liberales, la poética, la filosofía, no habían podido conocer la verdad de la religión Cristiana. Pues todavía no había brillado en las tierras aquella luz de la verdad eterna que ilumina a todo hombre que viene a este mundo, todavía no había recorrido el mundo los que invitaban a la cena del cordero llamando a cada uno. Este don había sido concedido desde lo alto solamente a los Israelitas para que conocieran con justicia al Dios verdadero y le rindieran el culto debido. Estos no sólo no invitaban a todos a compartir con ellos tan celebrado banquete sino que ni siquiera admitían a los que llegaban si eran extranjeros. Y así, si escribieron sobre el verdadero Dios opinando cosas no verdaderas, creyendo que escribían la verdad, excusados por esta ignorancia aceptable no deben ser llamados embusteros. Dirán, lo sé, que con cualquier ignorancia se dice una mentira,

el que la dice es embustero, lo que no puede negarse, aunque no han de ser señalados con la misma marca quienes han pecado con una ignorancia disculpable que quienes con la crasa y supina, como se ha dicho, puesto que a aquéllos no solamente los ha excusado la equidad sino también la austeridad de las leyes; y si es así no caen en la mancha de la mentira. Y si sostienen que éstos son totalmente y de cualquier manera embusteros, yo les daré como compañeros a los filósofos Aristóteles, Platón, Sócrates y otros, a los que ellos mismos honran en gran manera, como culpables del mismo crimen. Pienso que estos inmejorables censuradores levantarán de nuevo sus voces al cielo tocando el salterio y la cítara, puesto que no parece plenamente rechazada una sola partícula de esta objeción. ¡Oh ignorantes, si a un soldado se le rompe el escudo no se mueve de su sitio todavía la formación; por tanto, que no salten sino que recuerden que muy a menudo se han apartado los golpeados sin querer! Lo que objetan a Virgilio es falso. En efecto, aquel hombre sabio no quiso relatar la historia de Dido, pues sabía, como el máximo conocedor de tales cosas, que Dido fue una mujer destacable por su honestidad y que prefirió morir por su propia mano que mancillar con segundas nupcias el propósito de castidad clavado en su piadoso pecho. Pero, para conseguir con arte y velo poético lo que era oportuno para su obra, compuso una fábula semejante en muchas cosas a la historia de Dido; lo que, como se ha dicho poco antes, se concede a los poetas según una costumbre antigua. Podría, sin embargo, preguntar alguien digno de respuesta y quizá tú mismo, príncipe, para qué le era necesario esto a Virgilio. Para responderle dignamente, digo que él fue conducido a esto por una causa cuádruple. En primer lugar, para seguir la costumbre poética, en el estilo que había adoptado en la *Eneida,* y sobre todo el de Hornero, de quien fue imitador en este poema. Pues los poetas no hacen como los historiógrafos, quienes hacen surgir su obra desde un principio cierto y la llevan hasta el fin en una continua y ordenada descripción de las hazañas (lo que vemos que hizo Lucano, causa por la cual muchos consideran que él fue más un historiógrafo en verso que poeta) sino con un artificio mucho mayor empiezan cerca de la mitad de la historia o algunas veces cerca del fin lo que pretenden y encuentran para sí el motivo de relatar lo que parecían haber omitido sobre lo anterior; como Hornero en la *Odisea,* quien casi al final de las peregrinaciones de Ulises lo describe arrastrado como náufrago al litoral de los Feacios y lo presenta relatando allí al rey Alcínoo qué le había sucedido antes de aquel día desde que se alejó de Troya. Virgilio,

queriendo hacer esto, después de haber descrito a Eneas huyendo del litoral troyano tras la destrucción de la ciudad, no encuentra un lugar más apto al que llevar a aquél antes de entrar en Italia que la costa de África; pues hasta entonces siempre había navegado entre enemigos Griegos. Y como hasta aquel tiempo la costa africana estaba habitada por hombres rústicos, agrestes y bárbaros, para conducirlo ante una persona digna de respeto y por la que fuese acogido y por cuya exhortación pudiera contar los avatares de los Troyanos y los suyos, no encontrando a otra a no ser Dido, de la que se cree que, aunque no entonces, sin embargo habitó aquellos lugares algunos siglos después, convirtió en su anfitriona a Dido como si ya hubiese llegado y, según leemos, por orden suya contó sus infortunios y los de los suyos. En segundo lugar, cosa que permanece oculta bajo el velo poético, Virgilio intenta demostrar a lo largo de toda la obra con qué pasiones se atormenta la fragilidad humana y con qué fuerzas son superadas por un hombre constante. Y después de haber mostrado ya algunas, queriendo demostrar por qué causas somos arrastrados a la lascivia por el apetito concupiscible, introduce a Dido, distinguida por la nobleza de sangre, joven por la edad, admirable por su figura, insigne por sus costumbres, con abundantes riquezas, famosa por su castidad, notable por su prudencia y elocuencia, que gobierna a su ciudad y a su pueblo, y viuda, como si fuera más apta para los placeres de Venus por la experiencia. Todas estas cosas tienen que impresionar el espíritu de cualquier hombre noble y todavía más el de un exiliado y náufrago y arrojado a una región desconocida y necesitado de ayuda. Y así entiende por Dido el concupiscente y atractivo poder, armado de todas las conveniencias. Y a Eneas como cualquiera apto para lo lúbrico y finalmente cautivo. Mostrado finalmente con qué burlas somos arrastrados al delito, muestra por qué caminos somos reconducidos a la virtud, introduciendo a Mercurio, el intérprete de los dioses, que reprocha a Eneas sus diversiones y lo exhorta a acciones gloriosas. Por el que Virgilio entiende o bien el mordisco de la propia conciencia o el reproche de un amigo y hombre elocuente por los que somos despertados cuando dormimos en el fango de las vergüenzas y volvemos a ser llevados al camino recto y hermoso, esto es a la gloria. Y entonces desatamos el lazo del nefasto olvido cuando, armados con la fortaleza, despreciamos con ánimo constante las caricias, las lágrimas, los ruegos y cosas de este tipo que arrastran a lo contrario y, estimándolas en poco, las dejamos de lado. En tercer lugar se preocupa Virgilio con las alabanzas de Eneas de ensalzar el linaje de los Julios para

honrar a Octaviano César; cosa que hace cuando presenta a aquél despreciando y pisoteando con la fuerza de su mente los placeres y las inmundicias de la carne y las femeninas delicias. En cuarto lugar intenta sublimar la gloria del renombre Romano, cosa que hace suficientemente cuando describe las maldiciones de Dido próxima a morir. Pues a través de ellas se interpretan las guerras de los cartagineses con los Romanos y los triunfos que de ellas consiguieron los Romanos, en las que se ensalza suficientemente el nombre Romano. Y así Virgilio no fue embustero, como piensan los nada inteligentes, ni tampoco los otros, si hubo algunos, que creaban ficción de este modo.

CAPÍTULO XIV

Se condena estúpidamente lo que no se entiende bien

Además pretenden y gritan, maldiciendo el nombre poético, que deben ser abolidos totalmente los versos de los poetas porque están repletos de las lascivias y banalidades de los dioses paganos; y no es en modo alguno tolerable que se atribuyan a un sólo y único Dios múltiples formas y nombres, como hacen los poetas con su Júpiter o con otros. Entran en combate nuestros adversarios a la manera de un soldado estúpido que se lanza con tanto ímpetu para dañar a los enemigos que no mira por sí mismo; como consecuencia de lo cual se produce muy a menudo que él mismo reciba inerme los golpes que prepara contra otro. Yo pensaba que había respondido suficientemente a estas objeciones, reunidas en una sola envoltura, en lo que precede, en donde recuerdo haber escrito muy a menudo que bajo distintas formas, lascivias, banalidades y nombres, se encierran significados honestos y sabios. Lo que recuerdo haber abierto también según las fuerzas de mi ingenio, apartando la corteza de la fábula. Y no alabo ni recomiendo los actos de placer de los dioses paganos descritos de cualquier modo por los poetas, sobre todo por los cómicos sino que los detesto y considero que deben ser reprobados en esto tanto los que escriben como los propios actos. Ciertamente el área de crear ficción es muy grande y la poesía camina siempre con el cuerno lleno de ficciones; en efecto, no faltaron honestísimas coberturas a cada uno de los significados. Pero esta queja está ya hace tiempo apartada y dormida.

Pues las cosas fuera de lugar que en otro tiempo eran cantadas en las escenas y en los teatros por mimos, histriones y parásitos y hombres de este tipo, las apartaron por completo y reprobaron los antiguos Romanos, como atestigua Cicerón[479], y condenaron la propia escena y la profesión de comediante y castigaron a los autores con la marca infamante de los censores y los expulsaron de las tribus. Así también mediante edicto de los pretores se tuvo cuidado de que quienes salieran a escena para representar o declamar inmediatamente fueran considerados despreciables. Más adelante, después del César Constantino y del pontífice Silvestre, al extenderse por todas partes y crecer cada día la fe católica, se alejaron de la memoria del siglo los versos de tales cómicos o escénicos y permanecieron los libros y las obras de los ilustres y loables poetas, quienes contaron las hazañas y las acciones naturales con estilo muy elevado, con artístico donaire, con muy elocuente expresión bajo el velo conveniente de las ficciones y de las imágenes. Y así, a los que el semidiós Platón había ordenado expulsar de la ciudad y contra los que gritan estos nuestros, ignorantes de la verdad, ya han sido exterminados y rechazados. Pero, para responder algo a la segunda parte de la objeción de éstos que nos critican, digo que si ellos, previsores, antes de comenzar la lucha hubiesen contemplado con agudeza en qué lugares podrían ser heridos, hubiesen visto inmediatamente que el dardo que ellos mismos lanzan contra los poetas paganos se vuelve contra ellos y no se admirarían de que Júpiter haya sido descrito por los poetas ahora como dios del cielo, ahora como fuego del éter, ahora águila, ahora hombre o con las figuras que prefieras, si se acordasen de que el propio verdadero y único Dios está descrito por las Sagradas Escrituras ahora como sol, ahora como fuego, ahora león, ahora serpiente, ahora cordero, ahora gusano, ahora incluso piedra. Y del mismo modo nuestra muy venerada Madre Iglesia, a la que los volúmenes sagrados demuestran que se la invoca unas veces como mujer cubierta con el sol, otras veces como mujer vestida de diferentes modos, unas veces carro, otras nave, algunas veces arca, casa, templo y cosas de este tipo, lo que también recuerdo haber leído muchas veces sobre la Virgen Madre y sobre el enemigo del género humano. Sobre la multiplicidad de nombres tengo que decir esto mismo. Casi innumerables se le atribuyen a Dios entre nosotros, y otros tantos a la Virgen María y a la Iglesia, y esto

[479] Citado por Agustín, *De civ. dei,* II, 13, y que corresponde a *Rep.,* IV, 10, 102.

no se hace sin misterio ni lo hicieron los poetas. Por tanto, ¿qué rugen estos irreflexivos? En efecto, empujándoles la envidia, no quisieran que existiera lo que ellos mismos no conocen.

CAPÍTULO XV

Es demasiado detestable hacer juicios sobre las cosas desconocidas

Además estos celosos afirman que los poetas son consejeros de crímenes. Si hicieran distinciones en la acusación, quizá concedería en parte que ellos son vencedores. Pues se sabe con suficiente certeza que ya hace tiempo hubo algunos cómicos deshonestos, bien porque así lo aconsejara su criminal ingenio o porque así lo reclamara entonces la corrompida edad; y también el pelignio Nasón, poeta de brillante pero lascivo ingenio, compuso un libro del *Arte amatoria* en el que, aunque se aconsejan muchas cosas impías, no hay, sin embargo, nada inconveniente, puesto que en esta época no hay un jovenzuelo tan demente o una doncella tan simple que, moviendo su ingenio el lascivo apetito, no conozca, para llegar a lo que desea, cosas mucho más agudas que las que enseña éste que pensó que habría de ser el principal maestro de tales cosas. Por tanto si éstos, de los que hemos dicho alguna vez que deben ser rechazados, no han observado la honestidad de la actividad poética, ¿por qué los otros, destacados por su brillante honestidad, han merecido incurrir en esta falta y ser acusados junto con los infames? ¡Sin duda no se puede soportar! Y por ello, para que se ponga de manifiesto por qué son acusados los ilustres por éstos, pido que digan si han leído alguna vez los versos de Hornero, si los de Hesíodo, Horacio, Juvenál y los de otros muchos de este tipo, y si contestan que los han leído que indiquen dónde han encontrado estos consejos de crímenes para que nosotros mismos, al ver lo que todavía no hemos visto, condenemos junto con ellos a los que han actuado mal. ¡Sin embargo, es inútil preguntar! Pues ¿quién, oída la acusación, no se da cuenta de que nunca los han leído ya que debemos creer con toda claridad que si los hubiesen visto no hubieran llegado a tan estúpida opinión? Sin embargo, pienso que por esta pregunta han de añadir crimen sobre crimen; pues no pueden callar, tanto miedo tienen de que se crea por su silencio que no conocen todas las cosas. Y dirán con el rostro altivo, ha-

blando con toda su boca, quitado todo el rubor de su frente como si por esto llegaran a ser muy alabados: «¿Por qué habremos de ver estas tonterías? ¡Puah! ni las hemos visto ni hemos querido verlas, nos dedicamos a cosas más importantes.» ¡Oh buen Dios, si quieres hacer una pausa en tu obra eterna puedes y, si los ojos de tu divinidad lo desearan, podrías ir a dormir si quisieras: éstos se preocupan de tus asuntos! Ellos pasan por ti las noches en vela y por ti gastan sus sudores. En efecto, pienso que mueven el primer móvil cuando se dedican a obras mayores. ¡Oh necias mentes de los hombres, no se dan cuenta, cuando tan prudentemente desprecian a los otros, cuan miserablemente descubren su ignorancia! Así pues, nosotros podemos, si no somos más tontos que ellos, ver con suficiencia cuan justa es su acusación, cuan santa y tolerable su sentencia. Pero para que no haya quien piense que yo vaticino que ha de haber esta respuesta a partir de una frivola meditación, confieso que he sido traído aquí por una certísima conjetura. Pues ya hace tiempo oí que algunos respondían incluso más desdeñosamente a una pregunta semejante y, lo que para mí fue más grave, oí a un varón venerable por su edad y además notable por su santidad y conocimientos que no respondía sino que por su propia voluntad hablaba mucho más abominablemente. ¡No miento, Dios lo sabe, ilustre rey! Era este hombre, como se vio entonces, enemigo tan enconado del nombre poético que no parecía mencionarlo si no estaba indignado, lo que demostró cuando era menos oportuno para su honestidad. Pues cierta mañana en nuestro Estudio general leyendo en la cátedra el Sagrado Evangelio de Juan ante muchos oyentes, como por casualidad recayese en este nombre, con la cara encendida, los ojos llameantes y la voz más alta de lo acostumbrado y todo él agitado dijo muchas cosas fuera de lugar contra los poetas; y por último, para que quedara clara su justicia, dijo y casi reafirmó con un juramento que él no había visto ni había querido nunca ver ninguno de los libros de los poetas. ¡Oh santo Dios! ¿Qué han de decir los ignorantes si un hombre erudito en otras cosas, cargado de años y de 'autoridad, habló así? ¿Acaso podía hablarse más estúpidamente por un inculto? Querría yo saber si no los han visto, si no los han conocido, si estos censores emplean su tiempo en cosas más importantes, ¿de dónde conocen que los poetas son consejeros de crímenes? ¿Por qué ladran sobre cosas desconocidas para ellos? ¿Por qué no suben a los rostros como jueces idóneos para dictar sentencia sobre cosas desconocidas? ¿Por qué dictan sentencia sin ser escuchada y ni siquiera buscada una parte? Quizá dirán que ellos promulgan un decreto tan severo

contra los poetas bajo la inspiración del Espíritu Santo. Diría que es posible si creyera que el Espíritu Santo ya no que habita sino que penetra en tan sucias almas. ¡Oh crimen impío, oh execrable maldad, oh detestable temeridad, que un ciego de nacimiento se atreva a dictar sentencia en público sobre los colores! ¡Así en otro tiempo, como hacen estos venerables protectores, he oído que acostumbraban a actuar Foroneo entre los Argivos, Licurgo entre los Lacedemonios, Minos en Creta y entre los Mirmidones Eaco! Pero, para llegar a donde me lleva el ánimo, a lo que chismorrean estos respetables jueces, los poetas no son, como ellos pretenden, consejeros de crímenes sino que si se leen sus volúmenes con mente sana y no golpeados por un odio insano los encontrarán como impulsores, unas veces muy suaves, otras acérrimos, según la exigencia de los tiempos, hacia la virtud. Para que no parezca que yo me limito a probar esto con pocas palabras, me agrada poner ante los ojos de los que perturban al menos unas pocas cosas por las que puedan conocer esta verdad, si quieren. Y dejados de lado los consejos de Hornero que, por escribir en griego, es menos familiar para los latinos, si quieren que lean y relean las exhortaciones de Eneas a sus compañeros que hay en la *Eneida* para soportar los trabajos que surgen, qué ardor tuvo a través de las heridas de una muerte hermosa por la salvación de su patria, qué piedad para con su padre, al que transportó a un lugar seguro sobre sus hombros a través de las casas incendiadas por todas partes y los templos que se desmoronaban, y en medio de los enemigos y los mil dardos que volaban, qué clemencia hacia su enemigo Aqueménides, qué fortaleza de ánimo para burlar y romper las cadenas de un amor placentero, qué justicia y generosidad hacia amigos y extraños al presentar regalos a los que bien lo merecían cuando se realizaron los juegos en el aniversario de Anquises en la ciudad de Acestes, qué prudencia, cuánta discreción en el descenso a los Infiernos, qué consejos de su padre a él para su gloria, qué habilidad la suya para conseguir amigos, qué gran bondad y fidelidad para conservar los adquiridos, cuan piadosas lágrimas en la muerte de su amigo Palante, qué advertencias hechas continuamente a su hijo. ¿Por qué he de contar más cosas? Pido que estén presentes, que estén presentes éstos que rugen contra el nombre poético, que pesen las opiniones de este poeta, que sopesen sus pensamientos y, si lo soporta su ánimo, que expriman el fruto, que puede, de éstos; y, si es grato a Dios, verán si este poeta es consejero para una mala acción. Realmente, si Virgilio hubiera conocido debidamente a Dios y lo hubiera honrado, en su obra no se leería casi nada a no ser santo. Y si dicen

que las leyes no permiten que se apruebe algo con el testimonio de uno solo, que cojan al venusino Flaco, al volterrano Persio, al aquinate Juvenal, cuyos versos satíricos se lanzan con tan gran fuerza de verdad contra los vicios y los viciosos que parecen exterminarlos. Así pues, si estos otros son suficientemente abundantes, que callen esos que acusan a los poetas de consejeros de crímenes y domeñen su rabia con mansedumbre y no se consideren indignos de aprender antes que pretender juzgar con juicio ridículo los esfuerzos de otros, para que, al lanzarse contra los otros los dardos de su estúpida iniquidad, no provoquen contra sí mismos los rayos de la venganza divina.

CAPÍTULO XVI

A qué bien conducen los poetas a quienes los leen

Después de estas cosas dicen los acechantes acérrimos que los poetas son seductores de las mentes porque con su verso que suena dulcemente, con sus agradables palabras, con su cuidada y adornada expresión, introducen en sus lectores sus necedades y así arrastran a los ignorantes lectores a donde no les conviene. ¿Qué ignorante y que no haya visto a estos poetas (como son ignorantes estos mismos objetores y no han visto a los poetas ilustres y, si los han visto, no los han comprendido por la debilidad de su inteligencia) no creerá fácilmente que éstos se lanzan inmejorable, justa y santamente contra el verso poético? ¡Que lo vea Dios y que lo vean éstos a quienes les ha sido concedida por él la luz de la inteligencia! ¡Tú, citarista celestial, David, acostumbrado a mitigar la locura de Saúl con la dulzura de los versos, si has cantado algo suave, si algo dulce, esconde tus líricos versos! ¡Y tú, Job, que escribiste tus fatigas y paciencia en metro heroico, si algo agradable, algo adornado, haz lo mismo, junto con otros sagrados varones que con verso celestial cantaron los divinos misterios, y lo que digo a éstos que se le diga a Orfeo, a Hornero, a Marón, a Flaco y a otros, después de que se ha llegado a un punto en el que se encuentra quienes dicen impunemente que seducir las mentes de los hombres es decir expresiones en metro con dulce Sonido, con encanto y cuidadamente! ¡Oh Bavio y tú, Mevio, alegraos, después de que éstos han sido condenados se os ha concedido una ocasión, cosa que yo

en absoluto pensaba, y se os ha preparado un lugar muy amplio! Sé que dirán que ellos han dicho que es pernicioso haber escrito en sonoro verso majaderías y haberlas leído. Era, lo confieso, un añadido de no poca importancia si no se hubiera mostrado muy a menudo en lo que precede cuáles son las necedades de los poetas ilustres, las que éstos acusan, y por ello, lo que consideraban muy grande, se han convertido en nada. Sin embargo, para llegar más directamente a esto, puesto que dicen que los poetas son seductores de las mentes, en primer lugar quisiera saber, ya que hay muchos, qué poetas de éstos son los que son seductores de las mentes. ¿Y quién podrá dudar? No pueden decir ninguno a no ser los que ellos estudian. La propia acusación demuestra a quiénes estudian. Si le place a Dios estos celosos aman, piden y aplauden con ojos risueños a las mujerzuelas, dictan cartitas de amor, componen rimas y hacen cancioncillas con las que expresan sus afectos y suspiros y, al faltarles las fuerzas de su pequeño ingenio, recurren para una oportuna ayuda a los preceptores del arte amatoria. Por ello desenrollan los volúmenes de Catulo, Propercio y Nasón y con su consentimiento son arrastrados, seducidos y retenidos por los vanos consejos de tales, descritos en encantadores versos y adornados con el fácil entramado de las palabras, como inclinados a esto con todo su corazón; por ello han conocido los atractivos de los poetas; por ello, desagradecidos, acusan a sus preceptores y llaman seductores de las mentes a aquellos a los que, por su propia iniciativa, sin que nadie se lo pidiera han seguido. Así pues, nuestros críticos pasan su tiempo en grandes cosas y aún en enormes, pues no es cosa pequeña servir al amor, a cuyas fuerzas cedieron primero Febo, después el Alcida, domeñadores de monstruos. ¡Cuánto mejor les hubiese sido a los ignorantes callar que lanzar voces para su deshonra! Pues, si miran, cuando piensan que han acusado a los poetas se dan cuenta de que se han mostrado culpables ellos mismos; pues por esta acusación conocemos claramente cuáles son sus aficiones, cuáles sus deseos, cuál su justicia. ¿Pues qué podemos pensar sobre éstos si una doncella con gestos lascivos, con ojos insinuantes, con suaves palabras, les promete una nefasta esperanza, después de ser seducidos por mudos o callados versos? Por tanto, que sientan rubor los desgraciados y configuren de mejor manera su loco consejo y contemplen que Ulises, hombre pagano, despreció los cantos no de mudos poemas sino los dulces de las Sirenas como perjudiciales y pasó de largo y, para decir algo sobre la fuerza del vocablo que lanzan contra los poetas como algo detestable, deberían haber visto que, aunque se lanzó contra Cristo, nuestro salvador,

por parte de los Judíos, quienes ignominiosamente lo llamaron seductor, sin embargo no siempre ha de ser tomado en su mala acepción. Pues los hombres nefastos que abusaron de él no pudieron quitarle su antigua fuerza; pues alguna vez «seducir»[m] puede tomarse en el buen sentido ya que, cuando se preocupan del oficio pastoril, es propio del pastor diligente apartar del ganado infectado los bueyes todavía no atacados por la enfermedad; y así alguna vez los hombres sabios con sus consejos apartan los nobles ánimos de aquellos que se fatigan con la enfermedad de los vicios. A donde creo que apartan muy a menudo los poetas ilustres a los crédulos y los hacen mejores cuando éstos, seducidos y arrastrados por el suyo, no por el crimen de unos poetas menos honestos, a una mala acción, si pueden, intentan demostrarlo. ¡Oh buen Jesús, aparta esta peste de los crédulos ignorantes y modera a estos charlatanes y enséñales de tal manera que, con tu ejemplo, quieran obrar antes que enseñar!

CAPÍTULO XVII

Los poetas no son en absoluto monos de imitación de los filósofos

¡Además, algunos de éstos que se consideran superiores a otros dicen que los poetas son los monos de imitación de los filósofos! Pero no sé con suficiente seguridad si lo lanzan como risa para los hombres, como algunas veces hacen con sus chistes a las mujeres, o si más bien lo expresan por la opinión de su ánimo porque lo creen así, o por la incapacidad de su mente para burlarse. En efecto, lo primero debería soportarse con un ánimo desdeñoso por parte de los prudentes, cuando ven que por los ignorantes se demuestran bufonadas de hombres notables al vulgo, puesto que por todas partes por las esquinas se encuentran con facilidad asnos con bandas, cerdos enjaezados y bestias del tipo que prefieras que caminan cubiertas con pieles veteadas y variadas, de los que cualquiera podría de buen grado imaginar convenientemente cosas de este tipo. Pero si creyéndolo afirman, o hacen burla de ello, hacen una y otra cosa tan tonta como injustamente. Pues en los monos, como recordamos

[480] *Sedúcete:* alejar, apartar, conducir aparte. En este capítulo, en los ejemplos que a continuación pone Boccaccio, cada vez que aparece en nuestra traducción «apartar» se corresponde a *sedúcete.*

haber dicho en otro lugar, está clavado por la naturaleza según su costumbre esto, que cuando pueden quieren, al verla, imitar cualquier acción de los hombres; y así parece que éstos pretenden que los poetas son imitadores y por ello que son los monos de imitación de los filósofos, lo que es totalmente ridículo; ciertamente la mayoría de las veces los filósofos fueron hombres honestos e inventores de las buenas artes. Pero los indocumentados se engañan pues, si comprendieran suficientemente los versos de los poetas, se darían cuenta de que ésos no deben ser computados como monos de imitación sino del propio número de los filósofos, puesto que por ellos no está oculto bajo el velo de la fábula, según la opinión de los antiguos, nada a no ser de acuerdo con la filosofía. Además el simple imitador no se aparta en nada de las huellas de lo imitado. Lo que ciertamente no se ve en absoluto en los poetas, pues, aunque no se aparten de las conclusiones filosóficas, sin embargo no se dirigen a ellas por el mismo camino. El filósofo, como queda bastante claro, haciendo silogismos condena lo que considera no verdadero, y del mismo modo aprueba lo que entiende y esto muy abiertamente, según puede; el poeta, lo que concibe meditando, lo esconde lo más artísticamente que puede bajo el velo de la ficción dejando totalmente de lado los silogismos. El filósofo tiene por costumbre escribir muy a menudo en estilo prosaico y casi considerando en poco su adorno; el poeta en estilo métrico, buscando la más resplandeciente belleza con sumo cuidado. Además es propio de los filósofos entablar discusiones en los gimnasios; de los poetas cantar en las soledades. Y puesto que estas cosas no están de acuerdo entre sí, no será el poeta, como dicen, el mono de imitación de los filósofos. Si dijeran que son monos de imitación de la naturaleza quizá podría tolerarse con ecuanimidad, puesto que el poeta intenta describir en célebres versos según sus fuerzas lo que ella, lo que su obra realiza con plan perpetuo. Si éstos quieren verlo, verán las figuras, las costumbres, la manera de hablar y los actos de todos los seres animados, los cursos del cielo y de los astros, los fragores e ímpetus de los vientos, el crepitar de las llamas, los sonoros rumores de las aguas, las alturas de los montes, las sombras de los bosques y el discurrir de los ríos descritos con tanto cuidado que pensarían que estas mismas cosas están en las pequeñas letras de los versos. Yo confieso que en esto los poetas son monos de imitación, obra que yo considero muy honrosa, a saber intentar esforzarse con arte en esto que la naturaleza hace con su poder. ¿Pero por qué más? Sería mejor para los de tal clase hacer, si pudieran, que nosotros junto con ellos nos convirtiéramos en monos de imi-

tación de Jesucristo antes de tomar a risa los trabajos de los poetas desconocidos para ellos, puesto que muy a menudo sucede que los que intentan rascar la comezón ajena sienten con angustia en la suya las ensangrentadas uñas de los otros.

CAPÍTULO XVIII

No es pecado mortal leer los libros de los poetas

Estos arbitros de la justicia, o más bien de la injusticia, con ardiente rabia, deseando el exterminio del nombre poético como si contra él hubieran dicho pocas cosas, gritan además por aquí y por allá con altisonante griterío: « ¡Oh insignes varones, oh redimidos de la sangre divina, oh pueblo grato a Dios, si hay alguna piedad, si alguna devoción, si algún amor a la religión Cristiana, si hay en vosotros algún temor de Dios, arrojad estos nefastos libros de los poetas, quemadlos en las llamas y entregad sus cenizas a los vientos para que las conserven! ¡Pues tenerlos en casa, leerlos, incluso querer verlos de alguna manera es pecado mortal! ¡Con mortal veneno emponzoñan las almas, os arrastran al Tártaro y os hacen exiliados del reino celestial para toda la eternidad! » Después de estas cosas, aumentando el griterío, invocan como testigo a Jerónimo y dicen que aquél decía en la *Epístola a Dámaso* sobre el hijo pródigo *[Ep.,* XXI, 13, 4]: «Los versos de los poetas son alimentos de los demonios.» Y con estas cosas y muy semejantes gritan con toda su garganta a sus oyentes ignorantes. ¡Oh piedad, oh antigua fe, oh gran paciencia de Dios!, ¿qué soportas? ¿Por qué, fundador de las cosas, lanzas rayos contra las erguidas torres, por qué contra los montes elevados en su cumbre? Estos, santísimo padre, éstos son los que deben ser heridos, quienes con engañosa y embustera lengua buscan una gloria vana para sí con la perdición de otros y muy a menudo de inocentes. Los médicos cubren con tierra sus errores, éstos intentan ocultar su ignorancia con prohibiciones y llamas. ¿Qué hombre sencillo oirá a éstos que no piense que los poetas son hombres muy perniciosos, enemigos del nombre divino, camaradas de los demonios, crueles, malvados, que siempre pasan su tiempo en acciones criminales, en los que no hay ninguna preocupación de las buenas artes, ninguna piedad, ninguna fe o santidad? Y así por obra de estos ignorantes y por su injusticia hombres

famosos consiguen una ignominia de la que en absoluto han sido merecedores. Pero espero que Dios lo verá alguna vez. Nosotros, por nuestra parte, veamos, si podemos, cuál es tan terrible mal que estos gritan que se ha cometido si se tienen, se ven o se leen los versos de los poetas. Ya se ha explicado suficientemente arriba qué contienen los libros de éstos, qué aconsejan, qué condenan, qué enseñan. Pero, dejado eso aparte, sostengo que estos escribieron todas estas impiedades contra la verdad y las aconsejaron a sus lectores, ¿y qué? Fueron hombres paganos, no conocieron a Cristo, ensalzaron su religión, a la que consideraban sagrada, crearon ficciones que llevaban muy a menudo en su entraña frutos gratísimos y recomendables. ¿Pero qué después? Yo pido que estos elegantísimos declamadores digan si se les ha prohibido por alguna doctrina antigua o nueva describir los crímenes de sus dioses en el estilo que quieran. Ciertamente no lo creo ni siquiera a un Cristiano creador de ficción con tal de que su ficción, concebida de manera adecuada, no alumbre, una vez desentrañada, nada contra la verdad católica. Si no está prohibido, si leer a éstos no lo prohiben las leyes ni los profetas ni los sagrados decretos de los Pontífices, ¿qué hay de malo en tenerlos, qué en leerlos? Dirán que son seductores de las mentes con su dulzura. Un poco antes se ha contestado a esta objeción; pero si éstos son débiles y dúctiles que se guarden, acordándose del viejo proverbio que prohibe que entren en un combate de piedras quienes tengan casco de cristal. Sin embargo, digo espontáneamente que sería mucho mejor estudiar los libros sagrados que éstos, aunque sean inmejorables, y pienso que los que los estudian son más agradables para Dios, para el Sumo Pontífice y para la Iglesia; pero no todos ni siempre somos arrastrados por un mismo gusto y así alguna vez algunos son arrastrados a los poéticos. Y, si somos llevados o vamos a ellos espontáneamente, ¿por qué es esto un pecado, por qué es un mal? Impunemente podemos oír las costumbres de los bárbaros, acoger si queremos a los mismos bárbaros, ofrecerles hospitalidad, si lo piden administrarles justicia, hacer amistad con ellos, frecuentar sus banquetes; leer los libros de los poetas, si place a Dios, lo tenemos prohibido por estos varones doctísimos. Nadie prohibe que investiguemos los condenables errores de Maniqueo, de Arrio y de Pelagio y de otros heresiarcas para que los conozcamos. ¡Pero leer versos poéticos es horrendo según gritan éstos, y aún más, es pecado mortal! Podemos contemplar a los bufones que en las calles hacen juegos la mayoría de las veces deshonestos, oír en los banquetes a los histriones que cantan cosas vergonzosas, soportar a los bribones que blasfeman

en las tabernas, a los lenones en los lupanares, y no por eso somos arrastrados al Tártaro; ¡el haber leído poemas poéticos nos hace proscritos del reino eterno! Está permitido al pintor pintar incluso en los lugares sagrados el perro Tricérbero custodiando los umbrales de Dite, al marinero Caronte surcando los vados del Aqueronte, a las Erinies ceñidas de hidras y armadas de antorchas encendidas, al propio Plutón, príncipe del infeliz reino, infligiendo suplicios a los condenados; es funesto para los poetas haber escrito esto mismo en versos sonoros y un pecado imperdonable para el lector. Al mismo pintor se le ha concedido pintar en los palacios de los reyes y de los hombres nobles los amores de los antiguos, los crímenes de los dioses y de los hombres y cualquier invención de cualquiera, sin que lo prohiba ningún decreto de los mayores y está permitido que estas cosas sean contempladas por todos a placer; pretenden que las invenciones de los poetas, recubiertas de adornadas letras, leídas por los sabios, dañan más las mentes que las pintadas vistas por los ignorantes. ¿Por qué muchas cosas? Renuncio de buen grado, lo confieso, aunque podría advertir con qué fuerzas, con qué poder, el odio devorador y la ignorancia han podido empujar a estos gritones a tan gran locura. Al menos habrían debido saber lo que atestigua el vaso de la elección: no es un mal conocer el mal sino hacerlo; ¡y estos mismos novísimos preceptores, creo que para ser considerados más sabios por las mujercillas y para conseguir por ello más pingües bocados, no temen decir que es lo más perjudicial ya no digo conocer sino leer a los poetas! Oh fastidio escuchar, aunque los poetas fueran totalmente despreciables, que será malo recoger del fango una piedra preciosa si la ves, como si el fango, que se puede limpiar, la hiciera menos preciosa. Y no se avergüenzan estos intérpretes al pretender con esta presuntuosa y general prohibición suya que de la verdad se obtenga la mentira si alguna vez lo ha dicho un poeta, sino que niegan con toda su boca que ellos lo hayan dicho. Es dirículo oír que el enemigo del género humano, el diablo, ha podido decir alguna vez una buena palabra y que los poetas, aunque yo haya admitido un poco antes que son malvados contra la conciencia, puesto que a algunos no se les puede objetar con razón nada deshonesto a excepción de su mancha de paganismo, no puedan decir una palabra buena. También a veces es invocado por los hombres santos el demonio como testigo, invocar a un poeta es un pecado imperdonable por la autoridad de estos acusadores. Pero ahora pido a éstos que prohiben a los poetas y pregonan su destierro que digan por qué la poesía puede pecar más que la filosofía. Ciertamente la filo-

sofía es la mejor investigadora de la verdad y la poesía es la fidelísima conservadora de la encontrada bajo un velo; si aquélla la percibe incorrectamente ésta no puede guardarla rectamente. Es seguidora, es necesario que imite las huellas de la soberana; si aquélla se desvía, también ésta es necesariamente obligada a apartarse. Por tanto, puesto que citamos a los filósofos paganos con boca llena y conservamos sus opiniones y no afirmamos casi nada a no ser fortalecido por su autoridad, ¿por qué aborrecemos las palabras de los poetas y a los poetas y los condenamos al detestarlos? Es ensalzado Sócrates, honrado Platón, reverenciado Aristóteles, para dejar de lado a los otros, todos los cuales fueron paganos y muy a menudo hombres equivocados con doctrinas condenadas; Hornero es rechazado por nuestros objetores, condenado Hesíodo, despreciados Marón y Flaco, cuyas ficciones no significan otra cosa que las discusiones de aquéllos. Puesto que estudian los dogmas de aquéllos y de éstos, aunque con dificultad, no soportándolo el ingenio, han tomado algunos principios y los ensalzan como si los hubieran entendido. En cambio, puesto que desdeñan los escritos de los poetas y tampoco los entienden, los desprecian y los condenan. Sin embargo, que griten lo que quieran, que ladren, que ordenen o aconsejen; si pueden leerse los escritos de los filósofos, las hazañas de los bárbaros, las infidelidades de los heréticos, también pueden leerse, tenerse y oírse sin pecado los volúmenes de los poetas, si bien con mente íntegra y constante para que, si alguna vez dicen algo contra la fe ortodoxa, los lectores, como extraños a ella, no se dejen manchar. Ahora queda asestar más dura y abundantemente un palo al último grito de éstos puesto que, con la autoridad de un hombre muy famoso y santo, creen que han reafirmado todas las cosas que preceden. Pues dicen gritando las palabras de Jerónimo al papa Dámaso: « ¡Los versos de los poetas son alimento de los demonios! » Cosa que, si hubiesen entendido suficientemente lo ya dicho, se habrían dado cuenta de que también ha sido afirmada por nosotros, y sobre todo cuando hemos dicho una y otra vez ya antes que se condena y se rechaza la sordidez de los cómicos. Pero puesto que, sin hacer distinción alguna de los poetas, ofuscados por la neblina de la envidia, corren ciegos contra cualquiera de ellos, debe ser alejada la desidia de aquéllos y ellos mismos obligados a un perpetuo silencio. Así pues, si hubiesen leído cuidadosamente las epístolas, los volúmenes de Jerónimo, si hubiesen leído esta misma que presentan como testimonio o con cuya autoridad pretenden que los poetas sean condenados, hubiesen encontrado de hecho que esta frase había sido aclarada por Jerónimo y puesto de relieve su sig-

niñeado y que la objeción que hacen se había disuelto y sobre todo por la alegoría de la mujer esclava, con la *cabeza* rapada, con el vestido quitado, las uñas cortadas y depilada para ser unida en matrimonio a un israelita. Y si no quisieran ser más religiosos y más delicados que los santos doctores, descubrirían que este alimento de los demonios no sólo no es enviado a las llamas, como ordenan, tras haber sido rechazado sino guardado con gran cuidado, tratado y muy del gusto de Fulgencio, doctor y pontífice católico[481], según aparece claramente en el libro que él mismo llama de las *Mitologías,* en el que con elegantísimo estilo describe las fábulas de los poetas explicándolas. De igual modo descubrirán que Agustín, famoso doctor, no aborreció la poesía ni los versos poéticos sino que los estudió con diligente preocupación y los entendió; cosa que, queriendo negarla no podrán, puesto que muy a menudo presenta el santo varón en sus obras a Virgilio y a otros poetas; y a Virgilio casi nunca lo nombra sin la etiqueta de alguna alabanza. Así, para decirlo de nuevo, se darán cuenta de que Jerónimo, excelente y santísimo doctor y admirable conocedor de tres lenguas, al que éstos se apresuran a traer como testigo de su ignorancia, estudió con tan gran afán los versos de los poetas y los conservó en su memoria que parece que no ha afirmado casi nada sin el testimonio de ellos. Que vean, si no lo creen, entre otros el prólogo de su libro de las *Cuestiones Hebraicas* y se den cuenta de si perciben que aquél fue terenciano en su totalidad, que vean si presenta muy a menudo a Horacio y a Virgilio como sus defensores, y no sólo a éstos sino también a Persio y a otros. Que lean además su elocuentísima carta a Agustín y examinen si en ella el docto varón enumera entre los hombres ilustres a los poetas, a los que ellos intentan confundir si pudieran. Además, si no lo saben, que lean los *Hechos de los Apóstoles* [XVII, 19 ss.] y se darán cuenta de que Pablo, instrumento de la elección, ha estudiado y conocido los versos de los poetas. Encontrarán, efectivamente, que aquél, al discutir en el Areópago contra la obstinación de los Atenienses, no sintió repugnancia por utilizar el testimonio de los poetas y que en otro lugar *[Corint.,* I, 15, 33] él utiliza un verso del cómico Meandro cuando dice: «Las malas conversaciones corrompen las buenas costumbres.» Y, si recuerdo bien, añade *[A Tito,* I, 12] un versículo del poeta Epiménides que podría decirse muy adecuadamente con-

[481] Sobre Fabio Fulgencio Planciades, autor de las *Mythologiae* y de *Continentia Vergiliana,* y el obispo Fabio Claudiano Gordiano Fulgencio, véase la introducción de la edición de Fulgencio de Helm, Teubner, Stuttgart, 1970 (= 1898).

tra éstos al decir: «Los Cretenses son siempre mentirosos, malas bestias, vientres perezosos.» Y así el que fue arrebatado hasta el tercer cielo no consideró, lo que estos más santos sostienen, pecado o vergonzoso el haber leído y aprendido los versos de los poetas. Además, que investiguen qué escribió Dionisio Areopagita, discípulo de Pablo e importante mártir de Cristo, en su libro de la *Jerarquía Celeste* [3, 138, *P.* G.]. En efecto, según su intención cuenta y demuestra que la divina teología se sirve de las ficciones poéticas, diciendo entre otras cosas así: «Pues también la teología muy artísticamente se sirvió de formaciones poéticas sagradas en sentidos no alegóricos revelando, como se ha dicho, nuestro espíritu y cuidándolo con una dirección propia y conjetural y reformando para ello las Sagradas Escrituras en sentido místico», y otras muchas cosas que siguen esta opinión. Y para dejar por último a los demás que podría presentar contra la bestialidad de éstos, ¿acaso no dijo también Nuestro Señor y Salvador muchas cosas en parábolas, que se acomodan al estilo cómico? ¿Acaso él mismo *[Hec. Ap.,* IX 3-5] no se sirvió de las palabras de Terencio *[Form.,* 77-8] contra Pablo postrado, a saber: «duro es para ti dar coces contra el aguijón?» ¡Pero está lejos que yo piense que Cristo nuestro Señor tomara las palabras de Terencio, por cuanto existió mucho tiempos antes de que éstas fueran dichas! Me basta que sea suficiente para afirmar mis propósitos que nuestro Salvador haya querido que alguna vez su palabra y su opinión haya sido dicha por boca de Terencio, para que se vea claramente que en modo alguno los versos de los poetas son alimento de los demonios. ¿Qué dirán ahora los ilustres gritones? ¿Chillarán acaso? ¿Saltarán contra los versos de los poetas reprobados por su propio testimonio y vencidos y rechazados por el testimonio de otros muchos santos varones? Sin duda chillarán, su rabia es invencible. Pero tú, rey óptimo, verás cuan justamente, y lo verán aquellos para quien la razón es más amiga que obstinada la insolencia de éstos. Dios, el más justo de los jueces, a éstos que condenan tan absolutamente, les retribuirá alguna vez el mérito de la envidia y los medirá con la misma medida con la que ellos mismos miden a otros.

CAPÍTULO XIX

De ningún modo todos los poetas deben ser arrojados de las ciudades según el mandato de Platón

Le ha parecido excesivamente poco a nuestros ladradores haber hecho públicos todos sus esfuerzos para excluir, si hubieran podido, a los poetas de las casas y de las manos de los hombres. Y por ello he aquí que, puesto en orden de nuevo su batallón, se lanzan y, armados con la autoridad de Platón, vomitan sonoras voces de nefasta garganta diciendo que, por orden del ya mencionado Platón, los poetas deben ser arrojados de las ciudades; después, para ayudar al deficiente Platón, añaden para que no infecten con sus lascivias las costumbres de los ciudadanos. A esta objeción, aunque parece que ya se ha respondido suficientemente en lo anterior, no me molestará responder de nuevo ampliamente. Así pues, confieso que la autoridad de este filósofo es muy grande y no despreciable si se comprende correctamente; de hecho éstos sobre su significado o no comprenden nada o lo hacen mal, como se verá. Sin embargo, se les ha demostrado que los poetas habitan, por su propia iniciativa, en las soledades, razón por la que los llamaban hombres montaraces y necios. Pero si habitaran las ciudades violentamente, ¿qué dirían estos mordedores? Dirían que aquéllos son tiranos. Pero si ahora quieren cambiar su opinión y llamarlos habitantes de las ciudades, es falso. Se sabe que Hornero vivió entre las asperezas de los escollos, las regiones montañosas de los bosques, después de haber recorrido el mundo, con extrema pobreza en la costa de Arcadia, y viendo allí con la mente, aunque por enfermedad privado de los ojos, dictó aquellos enormes y admirables volúmenes de la *Ilíada* y de la *Odisea,* impregnados no de la miel hiblea sino de la castalia. Y Virgilio, no menor en su ingenio que Hornero, despreciada la ciudad de Roma, entonces señora de todas las cosas, y abandonado Octaviano César, príncipe de todo el orbe con cuya singular amistad se complacía, buscó para sí no lejos de Ñapóles, importante ciudad de Campania también entonces abundante en delicias y ocio, ün lugar apartado próximo al tranquilo y solitario litoral, como decía un hombre de gran espíritu, Juan Barrilis, entre el promontorio de Posilipo y Pozzuoli, al que casi nadie llegaba a no ser a buscarlo; en el que, después del poema *Geórgicas,* compuso la celestial *Eneida.* Octaviano, queriendo dar testimonio de aquella soledad elegida, cuando hizo que se trajeran los huesos del propio Virgilio desde Brindisi,

ordenó que se enterraran no lejos de la soledad escogida, junto a aquella vía que todavía hoy se llama Puteolana, para que muertos yacieran en el lugar en cuya vecindad había elegido vivir. Y, para que no divaguemos siempre por cosas antiguas que con facilidad niegan los acusadores por más que sean corroboradas por un favorable testimonio, Francisco Petrarca, hombre en efecto divino e ilustrísimo poeta en nuestra edad, ¿acaso, despreciada la Babilonia occidental[482] y la benevolencia del Sumo Pontífice, la que casi todos los cristianos desean y procuran ardientemente, y la de los cardenales del mundo cubiertos con el solideo y la de otros príncipes, se retiró a Vaucluse, lugar de la Galia famoso por la soledad, donde nace la Sorgue, reina de las fuentes, y allí mismo consumió casi toda su florida juventud contentándose con el servicio de un solo criado, meditando y componiendo? Lo hizo, en efecto, hay huellas y permanecerán durante largo tiempo, una pequeña casa y un huerto y, puesto que complace a Dios, viven muchos testigos. Así pues, para no nombrar más, si esto es así en absoluto es oportuno, por Pólux, que alguno consuma fatigas en estos para expulsar de las ciudades a los poetas que se van espontáneamente. Pero yo quisiera oír de éstos si piensan que Platón, cuando escribió su libro de la *República* en el que recomienda lo que éstos dicen, pensó acerca de Hornero, a saber si le agradaba la ciudad, que él debía ser expulsado de la ciudad. No sé qué habrán de responder pero yo no lo creo, puesto que ya he leído sobre él muchas cosas dignas de alabanza. Pues las sacratísimas leyes de los Césares lo citan una y otra vez como padre de todas las virtudes y muy a menudo los que las promulgan, para hacerlas dignas de un mayor respeto y reforzarlas con un sacrosanto testimonio, mezclaron entre ellas alguna vez versos de Hornero, según se lee al final del proemio del códice de Justiniano un verso de la *Ilíada* y en el mismo, bajo el título *Sobre justicia y derecho,* y también en *Sobre el contrato de compra* y en *Sobre los legados y los fideicomisos* y en otros lugares, como pueden comprobar los que no lo crean en las *Pandectas* de Pisa. Además muchas importantes ciudades de Grecia lo pretendieron como ciudadano suyo, incluso muerto y pobre, y sobre este promovieron querellas entre sí, como puede deducirse claramente de las palabras de Cicerón en su discurso *En defensa de Arquías* [VIII, 19] cuando dice :«Los de Colofón dicen que Hornero es conciudadano suyo, los de Quíos lo reivindican como propio, los de Salamina lo reclaman, pero los de Esmirna afirman que es suyo, y así incluso

[482] Recordemos que así llamaba Petrarca a Aviñón.

le dedicaron un templo en su ciudad. Además otros muchos luchan y rivalizan entre sí.» Estas cosas Tulio. Lo que también recuerdo haber leído que atestigua un antiquísimo poema griego bastante divulgado entre los eruditos *[Ant. Pal.,* XVI, 297] que dice así: «Siete ciudades rivalizan sobre el origen de Hornero: Samos, Esmirna, Quíos, Colofón, Pilos, Argos, Atenas.» Además el propio Platón, en el mismo libro de la *República* y en otros, muy a menudo lo presenta como testigo de sus conclusiones. Así pues, si es considerado por las leyes padre de las virtudes, si es considerado gloria de las leyes, si es reclamado también como ciudadano de tantas ciudades, si es tomado como testigo por el propio maestro Platón, ¡es muy estúpido pensar que Platón, también hombre muy sabio, ordenó que tal poeta debía ser expulsado de la ciudad! Además, ¡por esta orden de Platón vamos a pensar que debe ser expulsado de la ciudad Ennio quien, contento con su honrosa pobreza, a causa de su virtud fue tan querido a los Escipiones, hombres ciertamente importantes no sólo en las armas y en la guerra y por la nobleza de sangre sino cercanos a la filosofía e ilustres por la santidad de sus costumbres, que incluso después de su muerte quisieron mezclar sus cenizas y las de sus antepasados con las suyas y enterrarlo en su sepulcro! Si éstos lo creen yo no lo creeré; es más, pienso que Platón deseó que su ciudad estuviese llena de hombres de tal clase. Qué diremos además de Solón quien, dadas las leyes a los Atenienses, aunque ya era anciano se refugió en las cosas poéticas. ¿Diremos que ha de ser expulsado de la ciudad quien volvió a llevar una ciudad disoluta a una vida de costumbres civilizadas? ¿Qué, además, sobre nuestro Virgilio quien, para dejar las demás cosas, oía con tanto rubor de su frente y vergüenza de la mente entre los de su edad y otros algunas cosas nada decorosas, que por ello, todavía joven, era llamado Partenias[483], que en latín significa virgen o virginidad? De quien hay tantos consejos que persuaden a la virtud, como ya se ha dicho a menudo, cuantas son las palabras de sus versos. Para que no se quemara su divina obra, según el propio Virgilio había ordenado al morir, Octaviano César Augusto, pospuestas las preocupaciones del enorme imperio, compuso versos de prohibición que se leen hasta nuestro tiempo[484]. El nombre de éste se celebra todavía hoy con tanto honor

[483] Cf. Donato, *Vita,* 11, 35-36. Para otra interpretación de *Vartenias,* véase F. Moya del Baño, «Virgilio y la *Appendix Vergiliana»,* en *Helmantica,* XXXIII, 1982, pp. 416-417.

[484] Cf. nota 453. Véase también nuestro «Virgilio a través de Boccaccio»,

en Mantua que, puesto que no pueden honrar según sus deseos las cenizas llevadas por Augusto, honran su antiguo campo como un hombre vivo, llamado por su nombre, los ancianos padres lo muestran a sus jóvenes hijos como algo digno de veneración y sagrado, y solícitamente lo muestran a los extranjeros que llegan como para aumentar su gloria. Estas cosas no llegan sin el testimonio de una importante virtud, ¿y creeremos nosotros que Platón quiso que fueran expulsados de la ciudad los virtuosos? ¡Oh estúpido capítulo! Podría decir muchas cosas sobre Horacio Flaco, sobre Persio de Volterra, sobre el aquinate Juvenal, mediante las que se vería claramente que no estuvo en la mente de Platón que tales debían ser expulsados de la ciudad; pero el ánimo me arrastra a mostrar las cosas vistas y a añadir las que no pueden ser negadas por éstos con ninguna tergiversación. Así pues, ¿voy a creer yo que hubo tanta locura en Platón que pensara que debía ser expulsado de la ciudad Francisco Petrarca? Quien, llevando una vida célibe desde su juventud, hasta tal punto aborreció la porquería de la inadecuada Venus que fue un ejemplo de honestidad para los que conocieron a aquel santísimo varón, del que es enemiga mortal la mentira, quien es abominador de todos los vicios y venerable sagrario de la verdad, honra y alegría de las virtudes y norma de católica santidad; piadoso, benévolo y devoto y hasta tal punto respetuoso que puede ser llamado otro Partenias. Es además gloria de' la actividad poética, orador suave y elocuente para el que, puesto que le está abierto todo el regazo de la filosofía, hay una perspicaz inteligencia más allá de lo humano, una memoria tenaz y conocimiento pleno de todas las cosas, según puede tenerlo un hombre. De quien sus obras tanto en prosa como en verso, que son muchas, brillan con tanto resplandor, huelen con tanta suavidad, son admirables por el florido ornamento y por la dulce suavidad de las sonoras palabras, y sabrosas por el admirable jugo de las sentencias, que se consideran elaboradas más por el arte de un divino ingenio que de un hombre. ¿Qué más voy a decir? En efecto, supera lo humano y sobrepasa con mucho las fuerzas de los mortales. Y yo no pregono estas alabanzas como si ensalzara a un hombre antiguo y muerto muchos siglos antes, sino que, mientras place a Dios, cuento los méritos de uno vivo y con buena salud; al cual, egregios mordedores, si no creéis en mis letras, podéis ver con la fe de los ojos. Y no dudo que por ello ocurra lo que acostumbró a

comunicación al *Simposio Virgiliano,* Murcia, 1983, donde se recogen y traducen los versos atribuidos a Augusto.

pasar la mayoría de las veces con los hombres famosos, como dice Claudiano *[Gue. Gild.,* 385], que la presencia disminuye la fama, sino que con audacia afirmo que la presencia de éste supera su fama. Pues es tan notable por tan gran majestad de costumbres, por tan gran facilidad de palabra de su suave elocuencia, incluso por su cortesía y elegante vejez que de él podría decirse lo que se lee sobre Sócrates en Séneca, el filósofo moral *[a Lucilio,* I, 6, 6], a saber que sus oyentes obtuvieron más enseñanzas de sus costumbres que de sus palabras. Y para guardar silencio alguna vez sobre este celebérrimo varón, pido a éstos que digan si tales poetas son expulsados por Platón de la ciudad. Y, si son arrojados los de este tipo, que revelen a qué ciudadanos querría introducir aquél. ¿Acogerá a los lenones o sepultureros, a los seguidores de Gnatón, comilones, pescadores, o por casualidad a los picaros o a los semejantes a éstos? ¡Oh feliz, oh República de Platón que ha de permanecer durante mucho tiempo si expulsa a los poetas y tiene a éstos como ciudadanos y gobernadores de las costumbres y de la vida de los hombres! Pero está lejos que yo considere que este doctísimo hombre pensó lo que estos intérpretes opinan, sino que creo que los insignes poetas y cualquiera otros semejantes a ellos no sólo son ciudadanos de las ciudades o de su República sino príncipes y maestros. Pero dirán estos enfurecidos: «Si no es a éstos, ¿a qué poetas ordena expulsar Platón?» Habría de responderse a tales: «Buscad vosotros mismos, ineptos censores.» Pero, dado que hay que tener compasión de la ignorancia de cualquiera, aunque no lo merezcan, sin embargo ha de compadecérseles. Así como todos los licores tienen su poso, así también las actividades, y aunque éste sea abominable y rechazable, sin embargo el licor purificado no se hace peor; y del mismo modo la actividad. ¿Pues qué es más verdadero que la filosofía, maestra de todas las cosas? Esta tiene como residuo, para no hablar de los otros, a los Cínicos y Epicúreos, quienes envueltos en criminales errores casi intentaron envilecerla en algunas cosas, de manera que más parecían enemigos que servidores de ella. Pero pregunto, ¿a causa de éstos diremos que deben ser rechazados Sócrates, Jenócrates, Anaxágoras, Panecio y otros adornados con este mismo título? Sería estúpido y oficio de un necio purificador. ¿Hubo alguna vez algo más santo que la religión cristiana? Y ésta tuvo Donatistas, Macedonianos, Fotinianos y otros heresíarcas muy condenables por su muy fétido poso. Y no por causa de éstos diremos con justicia que son profanos Basilio de Cesárea, Juan Crisóstomo, Ambrosio de Milán, el Papa León y otros santos y venerables varones. Así también la poesía, para callar sobre lo

restante, tiene su poso, como lo fueron algunos que antes hemos llamado poetas cómicos; aunque entre éstos hubo algunos hombres honestos como Plauto y Terencio, la mayoría de las veces parecieron emponzoñar la espléndida gloria de la poesía con sus vergonzosísimas ficciones. Y algunas veces puede unirse a éstos el pelignio Ovidio. Estos, ciertamente, o por la innata lascivia de la mente o por afán de lucro y por deseo del aplauso del vulgo, compuestas fábulas impías, introduciendo a los mimos las recitaban en escena, a partir de las cuales los pechos de los lascivos eran incitados a acciones criminales y la virtud de los firmes se tambaleaba y casi toda la disciplina de las costumbres se volvía lánguida. Y lo que era mucho más perjudicial por más que la religión de los paganos haya de ser rechazable en otras cosas, habían conducido a los pueblos a tan vergonzosos sacrificios que incluso parecía que debían avergonzarse de los suyos. Ciertamente, como se ha dicho muy a menudo en lo que precede, no sólo la religión cristiana aborrece a los poetas de este tipo sino que incluso lo rechaza el propio paganismo. Ciertamente pienso que son éstos los que Platón ordenó que fueran expulsados de la ciudad; yo, por mi parte, considero que los de tal clase no deben ser barridos de la ciudad sino del orbe. ¿Pero a causa de éstos ha de ser expulsado de la ciudad Hesíodo, Eurípides, Estacio, Claudiano u otros semejantes? Yo no lo creo. Así pues, que éstos hagan distinciones y, si no actúan con odio indigno, que cojan a los que obran mal dejando en su paz a los notables.

CAPÍTULO XX

Las Musas no pueden ser corrompidas por el defecto de cualquier ingenio lascivo

Por último, ínclito rey, éstos que injurian el renombre poético, agitados por una criminal temeridad, se atrevieron a penetrar en los silencios sagrados, en los apartados rincones del antro de la Górgona, en las honestas mansiones de la venerable poesía y en los coros y divinos cantos de las doncellas y a turbarlos con gritos disonantes, y armados con las palabras de Boecio, santísimo y doctísimo varón (a saber, con aquellas que se leen en el principio de su libro *Sobre la Consolación* [I, 1, 8] cuando habla y dice la Filosofía: «¿Quién ha permitido que anden junto a este enfermo estas

putillas de la escena, que de ningún modo ayudarán a sus dolores con remedio alguno sino que además los alimentarán con dulce veneno?, etc.») a llenar todas las cosas con gritos como si fueran vencedores y a conmover las vanas mentes de los que se divierten con ignominiosos oprobios, si pudieran, y puesto que no comprenden qué pretende Boecio mediante aquellas palabras, mirando solamente la corteza, gritan que las honestísimas Musas, no de otro modo que si fueran mujeres de carne porque sus nombres son del género femenino, son deshonestas, obscenas, envenenadoras y meretrices y, porque Boecio utiliza el diminutivo, piensan que aquellas son de ínfima condición y que han sido arrojadas también en un ínfimo lupanar por la hez del vulgo. Y esto no es suficiente, sino que pretenden que los poetas son también hombres deshonestos llevando así su argumentación: «Si las Musas, según la afirmación de Boecio, son putillas, son mujeres deshonestas y así éstos, a los que les son familiares, es necesario que sean hombres deshonestos, puesto que la amistad y la familiaridad no puede entablarse ni permanecer a no ser por la concordancia de costumbres; se sabe con claridad que éstas son muy familiares a los poetas, atestiguándolo incluso los versos de aquéllos, y así, como ya se dijo, son hombres deshonestos.» ¿Ves, prudentísimo rey, a qué fin tiende la seductora astucia de éstos? Pero, cualquiera que sea, ha de ser confundida con la luminosa verdad. En efecto, cuántas y cuáles son las Musas, y con qué nombres están adornadas y que han entendido por ellas los ilustres varones, si me acuerdo bien, lo he demostrado antes en el libro decimoprimero de esta obra, pero todavía ha de trabajarse un poco, al no descansar la impiedad de éstos. Así pues, pienso que puede entenderse bastante por lo ya mostrado que hay dos clases de poetas de las cuales una es respetable y digna de alabanza y siempre grata a los hombres piadosos, pero otra obscena y detestable y ésta es la de los poetas que he dicho debían ser expulsados no sólo de la ciudad sino del orbe. De igual modo puede decirse sobre las Musas, de las cuales, aunque hay un solo género, puede decirse que hay dos especies; pues aunque cada una utiliza las mismas fuerzas y las mismas leyes cuando actúa, puesto que se cree que se exprime un distinto jugo de su acto, a saber éste dulce, aquél amargo, podemos pensar no de manera inconveniente que una es honesta y la otra deshonesta. Así pues, una de éstas, ensalzada con todas las alabanzas, habita los bosques de laurel, la fuente Castalia y cualquier lugar que conocemos por la religión digno de respeto, compañera de Febo, adornada con flores y guirnaldas y admirable por la dulzura del canto y la sonoridad de las voces; pero

la otra es la que, llevada por los cómicos deshonestos, ocupa las escenas y teatros y las calles y se exhibe agradable ante el vulgo ignorante con impías ficciones por una gratificación y no resplandeciente por ningún adorno loable. Esta no mitiga o sana las enfermedades de los debilitados ni con el consuelo de las virtudes ni con saludables antídotos ni tampoco con sagrados remedios, sino que con quejas y gemidos hasta la muerte las amplía con aquel placer con el que se deleitan los que están presos de las pasiones. Con estas cosas los enemigos de los poetas pueden ver suficientemente lo que ignoraban, a saber que Boecio, cuando llamaba a las Musas putillas de la escena, pensaba en la especie teatral de las Musas. Lo que muy nítidamente habrían podido ver estos objetores si hubiesen entendido lo que poco después se lee que está dicho por la Filosofía; pues dice [I, 1, 11]: «Pero dejad que éste sea curado y sanado por mis Musas.» Y para que se vea más claramente que habla de la segunda especie de las Musas, muy a menudo la Filosofía, para cuidar y consolar a Boecio, introduce en el mismo libro agradables versos y ficciones poéticas. Así pues, después de que la Filosofía las entremezcló con su arte, ha de pensarse que son honestas; y si son honestas, también éstos a los que les son familiares, según parece sostener la deducción de éstos, es necesario que sean hombres honestos. Y así son honestas las Musas y los poetas son hombres honestos, a las que y a los que han intentado manchar conjuntamente con una vergonzosa marca en vano.

CAPÍTULO XXI

El autor habla al rey

Con los razonamientos que pude, clementísimo rey, he quebrantado las malas palabras de estos celosos y, si no mirara por mi honestidad, me habría arrojado contra la temeraria presunción de éstos y contra su vida y costumbres con palabras más duras y con más agudos aguijones. Pero pienso que éstos habrán de decir muchas cosas además de las dichas; el querer responder a todas éstas alargaría demasiado el discurso y muy a menudo la excesiva abundancia de palabras acostumbró a ofender ya no los ánimos ocupados en cosas grandes, como son los de un rey, sino también los vacíos y ociosos. Y por eso, para no ser enojoso para tu grandeza y para

que no parezca que quiero hacer huir a éstos más allá de los confines de la tierra, pues hay que compadecerse más de su ignorancia que proceder a su merecido exterminio, mi pensamiento es poner fin a estas cosas; y, lo que ellos no harían, yo con tu permiso quiero hacerlo antes del final de este libro, a saber deponer toda la ira que se merecen y perdonar su perversidad y hablarles con palabras amistosas por si yo pudiera por casualidad empujarles a una opinión mejor.

CAPÍTULO XXII

El autor pide a los enemigos del renombre poético que se vuelvan a una opinión mejor

Así pues, vosotros, hombres prudentes, si sabéis, deponed ya las iras y apaciguad los irritados pechos, pues bastante, si no demasiado, se ha combatido con odio entre nosotros. Vosotros los primeros arrojasteis las armas contra los inocentes para barrerlos del orbe; yo por el contrario, he presentado mi pecho y lo hice según mis fuerzas, con la protección de Dios y la ayuda de los méritos de la causa, para que los que obran bien no fuesen atacados por enconados enemigos aunque, si contra vosotros estos mismos descendieran a un campo igual, conoceríais con tardo arrepentimiento cuánto sobrepasan vuestras fuerzas y las mías. Sin embargo, se ha luchado y se ha llegado a un punto en el que con alguna gloria de los ofendidos, aunque con mucho sudor, se ha reprimido un poco el deseo de vencer totalmente y en el que se puede ir a la paz con condiciones justas. Vayamos, pues, y tomémosla de buen grado y demos descanso a los esfuerzos; pues se han igualado los premios de la guerra, ya que vosotros la doctrina, yo llevo como botín un poco de consuelo y así se ha dejado bastante lugar a la paz. Creo que así lo queréis, puesto que os arrepentís de haber comenzado, y por tanto gocemos de sus bienes. Para que conozcáis que digo esto de buen grado yo, que he sido el primer ofendido, comenzaré el primero a observar las leyes de la amistad y, para que vosotros también lo hagáis, las pocas cosas que yo, vuestro amigo, he de decir caritativamente, tomadlas con ánimo justo y tranquilo. He aquí, honorables varones, que con las demostraciones que pude aclaré qué es la poesía, a la que vosotros considerabais nula, quiénes son

los poetas, qué el oficio de los poetas, cuáles sus costumbres, a los que vosotros llamabais también fabulones, hombres perversos, consejeros de crímenes y envenenados con mil maldades. Después he señalado qué son las Musas, a las que llamabais putillas y pensabais quizá que vivían en lupanares. A éstos, si son tan importantes, tan dignos de respeto, no sólo no debéis condenarlos sino honrarlos, ensalzarlos con alabanzas, amarlos y estudiar sus obras para haceros mejores. Para que no os aparte de esto una edad muy avanzada o el haber conocido actividades más famosas, esforzaos en poder por vosotros mismos aquello de lo que no se avergonzó por sí mismo el anciano príncipe y singular ornato de todas las virtudes Roberto, ínclito rey de Jerusalén y de Sicilia. Este, antaño importante filósofo y notable maestro de medicina e insigne teólogo entre los restantes de su tiempo, como hasta los sesenta y seis años de edad hubiese considerado en poco a Virgilio y dijera, según vuestra costumbre, que aquél junto con los demás era un hombre creador de ficciones y de ninguna estima, tan pronto como oyó a Francisco Petrarca relatando los profundos significados de los poemas, quitado el adorno de los versos, estupefacto se recriminó a sí mismo y, según yo oí con mis oídos cuando él lo decía, afirmó que él nunca había pensado antes que tan egregios y sublimes significados pudieran ocultarse bajo tan ridicula corteza como son las ficciones de los poetas, cuando se daba cuenta después de la demostración de un hábil hombre que estaban escondidos, y condenaba con admirable arrepentimiento su ingenio y su infortunio por haber conocido tan tarde el artificio poético, y no se avergonzó ni pudo ser detenido por la vejez o la esperanza de una vida corta para el futuro para comenzar a dedicarse, dejados de lado los estudios de las espléndidas actividades, a extraer de Virgilio su pleno significado. Pero una rápida muerte interrumpió su nuevo estudio que, si hubiese podido continuarlo, ¿quién duda que lo habría hecho salir como la máxima gloria de los poetas y provecho de los Italianos dedicados a tal estudio? ¿Pues qué? ¿Lo que le pareció sagrado a este sapientísimo rey, vosotros consideraréis indigno acometerlo? Apenas lo creería, pues pienso que vosotros no sois tigres o bestias feroces cuyo ingenio, como la crueldad de aquéllas, no pueda ser doblegado hacia lo mejor. Sin embargo, si a pesar de esta piadosa credulidad mía, se mantiene todavía en vuestro pecho un impetuoso ardor hostil para los que no lo merecen, al menos para vuestra honra cuantas veces os empuje a las palabras la picazón de la lengua, pido que por el sagrado pecho de la filosofía, de cuyas mamas algunas veces quizá habéis succionado, no os lancéis de

cabeza contra el renombre poético en su totalidad sino que, si sois cuerdos, haced siempre uso de la distinción donde sea oportuno. Ciertamente esta misma lleva a la concordia las cosas discordantes y, disipadas las nieblas de la ignorancia, clarifica el intelecto y lleva directamente el ingenio a donde quiere. Y haced esto para no mezclar a los poetas venerables con los deshonestos, de los que se mostró que hubo muchos entre los paganos. Sea suficiente para vosotros lanzaros contra los deshonestos cómicos, vomitar las iras contra éstos, contra éstos gritar; que contra éstos se dirija todo vuestro ingenio dejando en buena paz a los otros. Además perdonad a los Hebreos, pues no pueden ser heridos sin la indignación de la majestad divina, y se ha demostrado, según lo atestigua Jerónimo, que algunos de éstos han cantado sus profecías en estilo poético bajo el dictado del Espíritu Santo. También del mismo modo han de ser salvaguardados de las injurias los cristianos sin daño; pues muchos de los nuestros fueron poetas y todavía lo son, quienes bajo la corteza de sus ficciones han ensalzado los significados sagrados y devotos de la religión cristiana. Y, para mostrar algo de muchos, nuestro Dante, aunque escribía en lengua vernácula, pero artística, en el libro que él mismo tituló *Comedia* explicó admirablemente el triple estado de los muertos según la doctrina de la sagrada teología. Y el ilustre y más reciente poeta Francisco Petrarca en sus *Bucólicas,* bajo el velo de la conversación pastoril, señaló con admirable descripción las alabanzas del verdadero Dios y la ínclita Trinidad y sus iras contra los que pisotean con desidia la navecilla de Pedro. Están las obras y son evidentes los significados para quienes quieren entenderlos. Además tienen vigencia los versos de Prudencio y de Sedulio que expresan bajo cobertura la sagrada verdad. Y Arator, no sólo un hombre Cristiano sino sacerdote y Cardenal de la Iglesia romana, describió los hechos de los Apóstoles en verso heroico cantándolos según la costumbre poética. Juvenco, además, hombre hispánico pero igualmente cristiano, bajo el velo del hombre, del buey, del águila y del león, compuso en sus ficciones también todos los Hechos de Cristo, Hijo de Dios vivo, nuestro Redentor. Y, para no traer más a la luz, si ninguna humanidad os arrastra al menos a perdonarnos a nosotros, no queráis ser más severos que nuestra madre la Iglesia que, contemplando con loable consideración, no desdeña mostrarse benigna con muchos, y sobre todo con Orígenes. Pues tuvo este hombre tan grandes fuerzas al componer que parece que nunca se extinguió su ingenio para ello ni se fatigó su mano al escribir, por lo que se cree que superó los mil volúmenes de diferentes materias. De todos los cuales, como una hábil doncella que

recoge flores entre las espinas con los dedos ilesos y deja que se pierdan separadamente los pinchos de las espinas, apartadas las cosas que no se creen bien, tomó las dignas de alabanza y quiso conservarlas entre sus tesoros. Así pues, ved y examinad y con justa balanza pesad las palabras de los poetas y dejad las que se han escrito menos santamente. Y no condenéis las que están bien dichas, como si pensarais que, al elevar vuestro griterío contra los poetas, inmediatamente fuerais considerados por el ignorante pueblo Agustines o Jerónimos. Pues éstos, que tuvieron una prudencia igual a su santidad, nunca levantaron rumores contra la poética o el arte de la poética, sino contra los errores del mundo pagano relatados por ellas, a los que siempre condenaron con voz intrépida, incluso entre los enemigos de la verdad poética que estaban alrededor y de los que rechazaban, en otras cosas siempre los honraron, dándose cuenta de que sus escritos fueron compuestos con tanto arte de las palabras, agradables por tan gran dulzura, compuestos con tanta finura de las sentencias, incluso untados con tanto ornato que parece casi necesario que se busque en ellos cualquier tipo de belleza que uno quiera añadir a la lengua Latina. Y, para no llevaros a una conversación más larga, como dice Cicerón en su *Defensa de Arquías* [VII, 16 - VIII, 17]: «Estos estudios conducen la adolescencia, agradan a la vejez, adornan las cosas favorables, ofrecen refugio y consuelo para las adversas, deleitan en la casa, no son obstáculo fuera, pasan la noche con nosotros, nos acompañan al extranjero, nos siguen al campo. Si no pudiéramos alcanzarlas ni gustarlas con nuestro sentido, entonces deberíamos admirarlas incluso cuando las viéramos en otros, etc.» Así pues, puesto que la poesía no debe ser despreciada ni rechazada sino honrada y por ello los poetas, si sois sabios se ha dicho bastante; pero si obstinados perseveráis en la furia, aunque yo os compadezca, puesto que debéis ser despreciados, nada se podría escribir que fuera suficiente.

Termina el Libro Decimocuarto de la Genealogía de los dioses paganos.

COMIENZA FELIZMENTE EL DECIMOQUINTO Y ULTIMO; EN EL QUE EL AUTOR SE PURIFICA A SI MISMO DE LO QUE SE LE HA OBJETADO

Proemio

Amarré, serenísimo rey, con los aparejos que pude por aquí y por allá la barquilla para que no fuera arrojada al litoral por la tempestad del proceloso mar o el ímpetu contrario de los vientos y se deshiciera estrellada, una vez rota su trabazón. Y para que, al crujir desde lo alto las nubes disueltas en una lluvia hostil o lanzando rayos de fuego resplandeciente, no se inundara o se convirtiera en ceniza, le añadí la cobertura que consideré oportuna. Y también la encajé en los escollos con la proa y las maromas para que no fuera arrastrada al piélago por las olas que se retiran juntamente con ellas. Pero no prestan ayuda los obstáculos de los mortales contra la ira de Dios, y por ello pensé que debía ser dejada en sus manos. ¡Que El mismo, sin cuya ayuda nada puede hacerse en realidad, la guarde con su misericordia! Ahora me queda arrancar los dardos arrojados contra el fatigado marinero y, si puedo, apartarlos de cualquier manera. ¿Pues quién duda que es atacado por muchos? Pero, así como parece que quizá he soportado alguna vez con poca ecuanimidad los que han sido arrojados contra la poesía y los poetas, del mismo modo llevaré con gran paciencia los que han volado contra el marinero, enviados con cualquier esfuerzo. Y no está lejos la razón de esta paciencia. Pues indignamente, según mi opinión, han sido heridos la hermosa poesía y los hombres distinguidos en esta actividad, no sé si decir que más por las maledicencias de los soberbios o de los ignorantes. Pero no así el marinero. Pues si ha intentado según sus fuerzas conducir la

barquilla a lugar seguro a través de los vertiginosos rodeos del mar y de los estrechos inaccesibles por los escollos con el arte náutica, no podría criticársele justamente aunque sí que es desconocedor de muchas cosas y por ello puede ser criticado quizá con razón por las muchas cosas cometidas sin darse cuenta. Así pues, haré lo que pueda, con la ayuda de Dios, para que no parezca que ha llevado a cabo de una manera totalmente temeraria lo que ha hecho. ¡Que me arranque de las fauces de los malignos quien arrebató ilesos del horno del fuego ardiente a los niños israelitas que esperaban en El, y me conduzca al final de mi esfuerzo para gloria y honor de su santísimo nombre!

CAPÍTULO PRIMERO

Las cosas menos útiles a veces tienen más valor

Contemplarán, lo sé, por todas partes este Coloseo los egregios censuradores ya mencionados u otros con atentos ojos y, una vez visto, vaticino que habrán de decir quizá con piadosa intención (pues es arduo para el hombre conocer los pensamientos de los hombres) que tan gran obra es muy poco útil y por ello no ha de tener valor. Ciertamente éstos con estas pocas palabras hacen vacilar casi toda la obra, puesto que por una verdad expresada no suficientemente la objeción parece no sólo adquirir vigor sino aprobarse. Pues, ¿quién no dirá en una primera ojeada que las fábulas de los poetas son ya no digo inútiles sino superfluas, en las que se basa esta obra en su totalidad? Pero yo creo que ha de pensarse de otro modo. En efecto, digo que esta obra en su totalidad se basa en fábulas; así si admito que aquella no es útil, demostraré que muchas cosas no útiles, y entre ellas esta obra, son de mucho valor, y por ello mostraré que esta obra, puesto que es útil tanto para los asuntos públicos como para los privados, ha de ser enumerada también entre las útiles. Pues se muestra que son de valor, y del más grande, muchas cosas en absoluto útiles e inventadas por el arte de los hombres y hechas por obra de la naturaleza. Pues buscamos canteros, albañiles, carpinteros y arquitectos destacados cuando queremos construir unas casas que el rudo aldeano puede levantar útiles con barro y cañas palustres. Decoramos con pintura

superflua los templos, las plazas, los palacios de los reyes, del pueblo y de los príncipes, construidos con grandes gastos. Hacemos uso de vasos de oro y labrados, aunque los vidriados de Samos pueden ser de utilidad. Del mismo modo nos complacemos con coronas, con vestidos de púrpura y brazaletes de oro, aunque la simple lana de cualquier animal basta para el uso; y así las artes y los adornos, que en absoluto son útiles, han llegado a tener valor. Pero, puesto que alguien podría decir que éstos tienen valor por la ambición de los hombres, veamos si pretendemos decir que la muy discreta naturaleza de las cosas también es ambiciosa en lo superfluo y pregunto: ¿para qué es útil el pelo de la cabeza? ¡Nadie lo dirá! Pero muchos afirmarán que es hasta.tal punto precioso que si Venus camina sin él, aunque vaya acompañada de las Gracias, no puede gustar a Marte, y que fue estimado en tanto por el dictador César que consiguió de los senadores una corona de laurel perpetua para cubrir su calvicie[485]. ¿Para qué la barba de los hombres de la que, si alguien carece en la edad adulta, se mezcla no sin rubor entre los demás hombres? ¿Para qué los cuernos al ciervo? ¿Para qué les han sido concedidas plumas de colores a las aves? Por adorno, no puede contestarse que por otra cosa. Y así, para no extenderme por otras cosas, lo que en otras ocasiones no tenía valor, se hace precioso para adorno. Y si algo se hace precioso para adorno, efectivamente esta obra tendrá valor. ¿Pues qué más hermoso en las conversaciones de los hombres que mezclar algunas veces pequeñas fábulas en sus frases? ¿Qué más conveniente que aplicar a las mismas conversaciones los fructíferos significados de las fábulas? Y esta obra las ofrecerá de todo tipo en abundancia. Además está bastante claro que estas cosas aportan mucha belleza a los medidos y cuidados discursos, puesto que las leemos mezcladas por todas partes con los escritos de Cicerón, de Jerónimo y de otros prudentes varones. Así pues, podía bastar el haber mostrado que esta obra es preciosa para adorno, pero a éste se le añade la utilidad que de ella se obtiene, tanto pública como privada, por lo que se hace de mayor precio. Algunos pensaban que los poetas, hombres sabios, solamente habían compuesto fábulas simples, y por consiguiente los consideraban no sólo no útiles sino incluso perjudiciales y al seguir leyendo no sacaban ningún emolumento de las fábulas. Pero esta obra, puesto que quita el velo de las ficciones muestra que los poetas fueron hombres sabios y hace que las fábulas sean fructí-

[485] Cf. Suetonio, *Divus Iulius,* 45.

feras y deleitables a los que las leen. Y así los poetas, que parecían haber muerto por una falsa opinión, son devueltos como importantes para el estado y casi redivivos, y la utilidad que era rechazada especialmente como desconocida se recoge en ésta como algo evidente y los ingenios de los lectores son llevados a más profundos significados. Además espero, si Dios lo quiere así, como fueron hasta ahora, que se levantarán quienes eleven las mentes a las poéticas, a quienes se ofrecerá por medio de esta obra un no pequeño provecho cuando lean los monumentos de los antiguos, por lo que resultará preciosa al menos para tales. ¿Pero para qué decir más cosas? Si se retiran todas las cosas que se han dicho, con tal que, príncipe óptimo, por cuya orden emprendí el trabajo, se satisfaga tu deseo con esta obra, la considero preciosísima, aunque sea digno de *alabanza* haber agradado a muchos; del mismo modo, si es poco agradable a tu grandeza, aunque llegue a complacer y a ser aceptada por los restantes, para mí será de poca importancia. Así pues, está en tu mano hacerla valiosa o, si es tu gusto, rechazarla.

CAPÍTULO II

A menudo han permanecido inquebrantables durante mucho tiempo las cosas que parecen poco duraderas

Quizá hablarán con la misma piedad también otros y dirán después de haber visto esta obra con hendiduras que no está bien compacta, que no ha de durar largo tiempo, al abrise las hendiduras que muestra la ruina. ¡Yo con gusto doy las gracias a éstos que hacen advertencias! Pues alejan de mis ojos el sueño y me hacen hábil para que ofrezca ayuda a la utilidad. Pero, puesto que pensé que sucedería así, antes de empezar la obra, si te acuerdas, suficientemente, ínclito rey, afirmé esto mismo al principio mostrando con las razones que pude por qué pensaba que ésta sería bizca, mutilada, llena de cicatrices y, como se ve suficientemente y éstos dicen, no me engañó mi premeditación y ¡por ello vengo a excusarme, con razón, del defecto! Pero con los apoyos que pude la he llevado al vigor y después de que ha sido llevada no ha contraído hendiduras no pensadas o nuevas, sino las antiguas y previstas, lo que estos vaticinan pienso que no lo harán de repente pues, si que-

remos prever sobre cosas futuras según la costumbre de los mortales mediante conjeturas, esta obra persistirá largo tiempo. Pues hemos visto que muy a menudo fortalezas apoyadas en piedras van a la ruina más rápidamente que la casa de un pescador situada en el lodo de una laguna. Pero éstos que conocen edificios no suficiente firmes los contemplan vigilantes a menudo y así, si la conveniencia lo exige, restauran los cimientos, reparan las paredes, forran los techos con maderas y los balcones con variados apoyos y así las que parecía que iban a caer algunas veces son llevadas rectas por mucho tiempo. Por el contrario quienes consideran que las tienen fuertes, pues, cuando están en un seguro descanso he aquí que una sola piedra oprimida por un gran peso cruje triturada y consigo arrastra todo el edificio a la ruina. Hay también otros casos; la envidia rodea los palacios y los odios preparan la destrucción. Una casa pequeña, conocida para pocos y por el que la posee, persiste tan largo tiempo como es grato a Dios. ¿Quién hubiese podido pensar que Ilio, hasta entonces nueva ciudad de Príamo tan repleta de fuerzas, tan resplandeciente de riquezas, la fortaleza del reino de toda Asia que amenazaba a toda Grecia, iba a desplomarse más rápidamente que la cabana del pobre Aglao de Psófide? Del mismo modo vemos que jóvenes fuertes, engalanados de una vivaz y preclara salud, por la intervención de una fiebre muy pequeña o de otro accidente, casi se precipitan a una repentina muerte, cuando algunas veces ancianos sin fuerzas alargaron su vida más allá de lo que quieren. Pero, ¿por qué alargar con ejemplos, de los que es abundantísima la vida mortal? Que digan éstos lo que quieran y yo pienso lo que deseo. Pero sé que es muy cierto, si el Señor no custodia la ciudad, que vigilan en vano quienes la custodian; es propio de El conservarla y aplastarla; es propio sólo de El saber cuánto habrán de durar las cosas mundanas o cuan rápidamente habrán de caer. En El está toda la esperanza de los prudentes; ¡que El mismo lo vea! Yo, ya que supe que mi obra tenía hendiduras, le ordené a ésta humildad sabiendo que Dios concede la gracia a los humildes. Pero, ¿por qué hablo de la duración de esta edad, ya que para mí es lo más grande si puede llegar, oh mi rey, hasta tus manos hasta tal punto llena de hendiduras, hasta tal punto mutilada, hasta tal punto cavernosa como pude componerla para que conozcas no diré mi diligencia sino mi obediencia? Esto será para mí suficiente tiempo; si luego persiste más allá, pienso que ha de imputársele a la divina bondad y a la regia fortuna.

CAPÍTULO III

No han podido disponerse los miembros de ésta de modo más adecuado

Vendrán algunos, lo vaticino, y examinadas las cosas que otros han examinado, dirán: Sería más deseable para un sabio que esta mole cayera que el que durara largo tiempo, puesto que la caída haría desaparecer sus defectos, los que mostrará la duración y sobre todo éste, el que el amplio pecho se haya formado con el cráneo, las tibias con el pecho y los pies estén vueltos hacia la cabeza. ¡Oh opinión de Sócrates, feliz médico cuyos errores están cubiertos por la tierra, puesto que muy a menudo incluso las cosas bien dichas por los escritores, ya que están a la luz, son heridas por caninos dientes o al menos injuriadas por los ladridos! Lo que ha sido buscado y compuesto con gran fatiga y con la autoridad de hombres ilustres, cuando fue posible, confirmado es casi derribado por las palabras de los que pasan por delante. Pero ¿qué? Han de soportarse todas las cosas para que la insolencia sea pisoteada con la humildad. Pero hablando éstos así, no tengo qué responder a no ser que he sabido que muchos han opinado de diferente modo sobre el principio de esta *Genealogía,* lo que no fue omitido en el comienzo del primer libro de este volumen y fue mostrado, ya que lo tomé muy antiguo, para que se tuviese una cierta opinión sobre los otros; y a esta antiquísima cabeza, según pude descubrirlo, le apliqué sucesivamente el pecho y los restantes miembros. Si hay otras más verdaderas o que muestren un orden mejor, lo que no niego que sea posible, aunque he tenido mucho cuidado, confieso que no las he visto al revolver los muchos y variados volúmenes y no sé en qué orden pueden colocarse más adecuadamente los miembros de tan enorme cuerpo. Que ellos mismos saquen a la luz lo que saben, para que, una vez vistos, si con derecho han de ser condenadas las cosas que he escrito, se les preste a las suyas un total crédito; pues haber dicho solamente que yo he hecho el pecho con el cráneo y no haber mostrado otra cosa es más censurar injustamente que refutar loablemente y corregir con utilidad.

CAPÍTULO IV

No se ha puesto lo que no se ha encontrado

Quizá éstos u otros, además de la inconveniencia de la composición poco antes censurada, añadirán que han sido omitidas muchas cosas que debieran haberse puesto. Yo, aunque quiera negar esto, no puedo ya que recuerdo que he escrito al principio de esta obra, al menos para los que miran con desprecio la superficie de las fábulas, que a causa de la falta de libros faltarán muchos hombres de la progenie de los dioses. Pero aunque digan que se han encontrado los libros, ¿qué mortal será tan audaz que lanzándose con ímpetu diga que él los ha visto y los ha leído todos? Yo, por mi parte, ya que no he visto incluso los que otros han podido ver, confieso sin rubor en la frente que han sido dejados fuera muchos, y algunos quizá por culpa de la escurridiza memoria, pues no es suficiente para los vistos. Y pido que por ello me perdonen acordándose y lo que fue hecho por ignorancia y olvido no quieran equipararlo a la mala intención. Hay también otra cosa contra la que quizá puedan hablar los excelsos varones, a saber sobre las explicaciones dadas de los significados de las fábulas. Está lejos que yo quiera enfrentarme a éstos; ciertamente pienso que es posible, puesto que nunca me he atrevido a conjeturar por propia iniciativa tan grandes cosas sobre mí, ya que considero que yo no tengo capacidad para estos asuntos. ¿Quién buscará una obra perfecta de un imperfecto hombre? Es propio de Dios solamente componer una obra perfecta puesto que él mismo es perfecto. Pero si yo, impulsado por tus órdenes, óptimo rey, temerariamente he hecho algo de esto y si por ello no he actuado bien en esta parte, que tu Majestad me imponga el castigo. Pero yo ruego a éstos más prudentes por el venerable y santo nombre de la filosofía, que pienso honran, que así como con una autoridad de muy sabios no clavan los dientes en lo realizado no muy bien, del mismo modo también lo cuiden con piadosa humanidad. Pues no es desacostumbrado no ya que los hombres sabios vean lo que el indocto no había visto, sino que algunas veces vieran los indoctos lo que no habían visto los sabios. Así, pues, yo soy hombre y no es nuevo que el hombre yerre ni es admirable; pues dice Flaco *[Ars Poet,* 359]: «Algunas veces dormita el buen Hornero.» Además Argos tuvo cien ojos que dormían alternativamente de dos en dos, estando vigilantes los otros, y, sin embargo, no pudo precaver que alguna vez se les permitiera a todos ir al sueño; por

tanto, puesto que yo tengo sólo dos, si éstos alguna vez son vencidos por el callado sopor no es admirable. Así, pues, pido que expresen lo que ha sido omitido por mí y suplan las investigaciones de las fábulas, o si algo ha sido expuesto de modo indebido lo cambien y lo que se ha afirmado por una opinión no conveniente, reformándolo lo enmienden en algo mejor. Ciertamente yo, aunque no del todo, he pensado escribirlo real y santamente; si esto no se ha hecho no soy obstinadamente pertinaz hasta el punto de que no confiese con humildad mi falta y reciba la corrección con espíritu agradecido como un hombre que, aunque ya se dirija con sus pies totalmente a la vejez, no temo aprender, sino que deseo e investigo. Si hacen esto, la obra caminará más perfecta y yo, convertido en más sabio, seré más digno de alabanza por la generosidad de ellos.

CAPÍTULO V

No hay ninguna fábula o historia, a no ser las tomadas de los comentarios de los antiguos

Además de éstos surgirán también otros y casi quejumbrosos gritarán que he mezclado fábulas inauditas e historias para hacer los textos más pesados y complicados. Digo que no he mezclado fábulas o historias nuevas con las antiguas, sino quizá algunas de los Latinos, no oídas por muchos en esta época; de las cuales no he puesto ninguna a no ser recogida de los comentarios de los antiguos y no para componer textos más pesados y complicados, sino que se ha hecho porque así lo reclamaba la utilidad. En efecto, la queja de los que difieren y de los que no concuerdan consigo mismos es la siguiente: ¡No pueden soportar nada con ecuanimidad! Si has escrito textos fáciles y que son patentes por una espaciosa claridad, dicen que el estilo es pedestre y que huele a escuela de niños y despreciándolos los rechazan. Si lo has compuesto un poco más agudamente, fatigados con la primera ojeada, puesto que al punto no se dirige el sentido al encuentro de su ingenio, acusan al que escribe y lo llaman áspero, aunque esté delineado con fácil artificio, e indignándose lo desprecian. Yo pienso que no he escrito rodeado por ningún lazo y no veo, aunque lo hubiera hecho a propósito, qué dificultad u oscuridad pueden añadir entretejida en la

fábula por más que nunca la hayan oído. Pero pienso que éstos con una silenciosa astucia quieren condenar las fábulas e historias desconocidas para ellos como no verdaderas bajo el pretexto de un texto complicado. Ya se ha dicho que todas han sido recogidas de los comentarios de los antiguos, como lo atestiguan los nombres de los autores que las relatan que allí se ponen, las que no deben considerar como rechazables si por casualidad no las han visto en otro lugar, como si no pudieran ser verdad. Yo tengo la gran certeza de que ellos han visto muchas que para mí son totalmente desconocidas y así yo he podido leer las que todavía no han llegado a su conocimiento. Nadie a excepción tan sólo de Dios puede tener nunca el conocimiento de todas las cosas. Por tanto, que lean las cosas descubiertas por mí con el espíritu con el que quieren que otros lean las suyas y, si por casualidad les parece el contexto algo duro, lleven el ingenio a sus fuerzas y entendiéndolo adviertan que está clarísimo lo que consideraban oscuro.

CAPÍTULO VI

Son hombres destacados los que, de los autores nuevos, presenta como testigos

Pienso que ésta también será una queja de ellos, porque es dudoso para ellos que haya unos autores antiguos de los que nunca han oído nada y nuevos desconocidos como testigos de los escritos, a quienes ha de darse crédito. Ciertamente este lamento tiene algo de gravedad pues, por más que fueron nuevos quienes ahora son antiguos entre los autores, parece que lo que por muchos siglos ha durado ha sido aprobado por la duración del tiempo y que por ello han adquirido mucha autoridad. Lo que debe precisarse sobre todos los nuevos, aunque sean muy útiles, es visto por muchos en suspenso. Yo soy de esta opinión, que nunca han durado en su tiempo éstos cuya novedad no ha sido aprobada, puesto que es necesario que de su novedad se tome el comienzo de la aprobación, y así que aquéllos a los que invoco como nuevos, puesto que los he conocido y conozco vivos, por acción de sus méritos son hombres importantes y han de ser aprobados y me atrevo a llamarlos como testigos. Pues me consta esto de todos ellos, que se han dedicado casi todo el tiempo de su vida a los estudios sagrados, que ellos han sido en-

tre los hombres ilustres siempre versados en la ciencia y las costumbres, que son dignos de alabanza por su vida y que no han sido señalados por ninguna marca vergonzosa y que sus escritos o palabras también han sido aprobados por los más sabios. Creo que por obra de esto su novedad ha de ser puesta en parangón con la antigüedad. Pero para que nadie piense que yo he sacado a la luz hombres de menos peso y que quiero hacerlos dignos de aprobación con mi autoridad, me agrada escribir aisladamente algunas cosas sobre los más nuevos, para que por el juicio de otros, si he hablado suficientemente bien, se añada. Así, pues, he presentado muy a menudo al noble y venerable anciano Ándalo de Negro, Genovés, en otro tiempo maestro mío en los movimientos de los astros, del cual cuan grande fue su prudencia, cuan grande la dignidad de costumbres, cuan grande el conocimiento de los astros, tú lo has conocido, óptimo rey; pues, como él mismo decía, cuando todavía eras joven, por razón de la semejanza de aficiones te fue muy familiar y, como tú mismo pudiste ver, no sólo conoció los movimientos de los astros por las reglas de los antiguos, como hacemos la mayoría de las veces, sino que después de haber recorrido casi todo el mundo, convertido en conocedor por la experiencia de las puestas y reapariciones, en cualquier región, en cualquier horizonte conoció con la vista lo que nosotros aprendemos de oídas. Y, por esto, aunque he creído que debe dársele crédito en todas las cosas, pienso que también en aquellas que parecen referirse a los astros ha de dársele no de otro modo que a Cicerón en cuanto a la oratoria o a Marón en la poética. Además quedan muchas obritas de éste que demuestran los movimientos de los astros y del cielo, que muestran cuánta preeminencia tuvo él en tales cosas. Como a este anciano, también a Dante Alighieri, poeta florentino notable, lo invoco algunas veces como a un importante hombre. Ciertamente lo merece, pues fue digno de respeto por su importante nobleza entre sus conciudadanos y, por más que tuviera pocos recursos y siempre estuviese angustiado por las preocupaciones familiares y finalmente por un largo exilio, sin embargo imbuido de conocimientos filosóficos y teológicos pasó su tiempo dedicado a los estudios. Y, como todavía proclama la Villa de París[486], en ésta misma muy a menudo entró

[486] En este pasaje y en otro del *Trattatello in laude di Dante,* se basan los comentaristas para hablar de una posible estancia de Dante en París; cf. Ricci, pp. 612-13. Pero en este texto de la *Genealogía,* tanto en la edición de París como en la de Bari, nos encontramos con lo siguiente: *ut adhuc lulia fatetur Parisius, in eadetn...,* texto a todas luces incomprensible. Como se ve por nuestra traducción hemos conjeturado *Villa* en lugar de *lulia,* algo totalmente factible, haciendo la salvedad de que no hemos visto los manuscritos y nos

a discutir en la academia contra los que querían oponerse a sus respuestas o posiciones en torno a cualquier actividad. Fue también éste muy erudito en poética y nada le privó de la corona de laurel a excepción del exilio; pues había dejado firme en su ánimo que nunca la tomaría a no ser en su patria, lo que no se le permitió. Pero, ¿por qué más? Cómo fue, lo atestigua su importante obra, que bajo el título de *Comedia* escribió en rimas en el idioma florentino con arte admirable. En ella de hecho demuestra que él no es mítico sino católico y más bien un teólogo divino y, aunque es ya conocido en casi todo el mundo, no sé si la fama de su nombre ha llegado hasta tu majestad. Además recuerdo que, aunque raramente, he traído como testigo a Francisco de Barbarino, hombre ciertamente digno de alabanza por su honestidad de costumbres y por su notable vida. Este, aunque conoció los cánones sagrados mucho más que la poética, compuso, sin embargo, algunas obritas en rimas espléndidas en idioma vulgar, que atestiguan la nobleza de su ingenio, que permanecen y son dignas de estima entre los ítalos. Este fue un hombre de muy íntegra fe y digno de respeto al que, puesto que Florencia no lo desprecia entre los ciudadanos venerables, siempre lo tuve como un testigo óptimo y fidedigno en todo y ha de ser enumerado entre los hombres importantes. Además algunas veces traigo a Barlaam, monje de Basilio de Cesárea, hombre calabrés que era pequeño de cuerpo pero enorme en su conciencia y hasta tal punto erudito en las letras griegas que tenía los privilegios de los emperadores y príncipes griegos y de los hombres sabios, privilegios que dan destimonio de que ya no sólo en estos tiempos, sino que ni siquiera muchos siglos antes, hubo entre los griegos un hombre dotado de tan importante y gran ciencia. Por tanto, ¿no iba yo a creer a éste y sobre todo en las cosas que se refieren a los Griegos? En efecto, no he visto ninguna obra suya aunque he oído que compuso algunas; pero de las suyas tengo algunos escritos no reducidos a ningún libro ni señalados por título alguno que, aunque mostraban que aquél no estaba suficientemente instruido en las letras latinas, sin embargo, ponían de manifiesto que había visto muchas cosas y las había entendido con un conocimiento muy profundo. Del mismo modo mezclo con los demás también a Paulo Perusino, hombre muy noble. Este, de edad adulta, docto en el conocimiento

basamos en las ediciones citadas. A mayor abundamiento para corroborar el uso de *Villa Parisius,* referido n la ciudad de París, tenemos un dato que nos ofrece el *Glossarium ad scriptorcs inediae et infimae latinitatis* en la voz *villa* donde presenta el Juramento de la Universidad de París que acaba con: *Villa nosíra Parisius.*

de muchas cosas, fue durante largo tiempo maestro y director de la Biblioteca de Roberto, ínclito rey de Jerusalén y Sicilia. Y si alguna vez hubo un hombre más minucioso en buscar, también por orden de su príncipe, libros extranjeros de cualquier parte, historias y obras poéticas, fue éste; y por ello unido por singular amistad a Barlaam, por medio de éste extrajo de los Griegos innumerables datos que no podía obtener de los latinos. El escribió un enorme libro al que dio el título de *Colecciones* en el que, entre otras cosas que eran muchas y se referían a variados temas, lo que se puede encontrar sobre los dioses de los paganos no sólo entre los Latinos, sino también entre los Griegos pienso que lo coleccionó con ayuda de Barlaam. Y no temeré decir que yo, aun un jovencito, mucho antes de que tú arrastraras mi ánimo a esta obra, tomé de él muchas cosas más con avidez que con capacidad de comprensión y sobre todo todas las cosas que están puestas bajo el nombre de Teodoncio[487]. Para mayor detrimento de esta obra he descubierto que aquel libro se había perdido con muchos otros de los libros de éste mismo, muerto él, por culpa de Biela, su impúdica esposa. Así, pues, pienso que en el tiempo en que para mí, en primer lugar, fue conocido, nadie ha de ser equiparado a él. Después de éstos presento muy a menudo a Leoncio Pilato, varón de Tesalónica y, como él mismo afirma, discípulo del citado Barlaam. Ciertamente éste es un hombre de horrible aspecto, feo rostro, abundante barba y negro cabello y dedicado a una continua reflexión, inculto de costumbres y un hombre no demasiado educado pero, según la experiencia dio a conocer, hombre muy docto en las letras griegas y en cierto modo archivo inagotable de historias y fábulas griegas aunque no esté aún instruido suficientemente en las latinas. Yo no he visto ninguna obra de éste, sino que lo he conocido de aquello recitado por él, que lo contaba de viva voz, pues le oí leer a Hornero y conversar conmigo con singular amistad durante casi tres años, y no me hubiese bastado una memoria muy aguda para sus infinitos relatos, al oprimir el ánimo otra preocupación, si no lo hubiera encomendado a mis notas. Del mismo modo he pensado que debía ser tomado para estas cosas Paulo Geómetra, conciudadano mío, que sé que es para ti, ínclito rey, muy conocido por su fama, porque he sabido que en ningún otro tiempo a nadie ha abierto hasta tal punto todo su regazo la aritmética, geometría y astrología como lo abrieron para éste, en tanto que pienso que nada sobre aquéllas le fue desconocido. Y, lo que es admirable de decir y mucho más

[487] Cf. nuestra introducción en el apartado FUENTES.

de ver, lo que se habla sobre los astros y el cielo al punto, con las propias manos convertidas en instrumento para ello, lo demuestra con la fe de los ojos a los que quieren verlo. Y no es éste conocido solamente en la patria .o en Italia, ciertamente con mucho la fama de sus estudios es tan clara en París como entre los suyos y así también entre los Britanos, Hispanos y Africanos, entre los que estos estudios son de gran estima. Sin duda hubiera sido un hombre feliz si hubiese tenido un espíritu más ardiente o hubiese nacido en un siglo más liberal. ¿Qué finalmente? Presento también a Francisco Petrarca, florentino, muy venerable preceptor, padre y señor mío, recientemente engalanado con la corona de laurel por los propios senadores en Roma, por una decisión del Senado, con la aprobación de Roberto, ínclito rey de Jerusalén y Sicilia, el cual debe ser enumerado más entre los ilustres varones antiguos que entre los modernos. Al que no diré que todos los ítalos, de los que es singular y perenne honor, sino también toda la Galia y Germania y el remotísimo rincón del mundo, Inglaterra, y muchos Griegos han conocido como destacado poeta; y no dudo que hasta Chipre y a oídos de tu majestad la ínclita fama ha llevado su nombre. Pues ya están a la luz muchas obras de éste, métricas y prosaicas, muy dignas de recuerdo, que llevan por aquí y por allí seguro testimonio sobre el celestial ingenio de éste. Pues está, deseando la salida, hasta ahora encerrada bajo llave, la divina *África,* escrita en verso heroico, que narra las grandes hazañas del primer Africano; está el *Poema Bucólico,* ya por todas partes conocido por su celebridad; está el libro de las *Cartas a los amigos,* escritas en estilo métrico; están además los dos enormes volúmenes de *Cartas* en prosa, con tan gran abundancia de opiniones, de hazañas, con tan gran ornato artístico que un lector justo piensa que en absoluto han de ser pospuestas a las de Cicerón; están las *Invectivas contra el médico;* está el libro de la *Vida Solitaria* y el que después de pocos días saldrá a la luz como el más reciente, *Sobre los remedios para una y otra fortuna.* Además hay también varios en la fragua a los que rápidamente, si él vive, hará salir a la luz pública construidos con arte. Por tanto, ¿quién puede rechazarlo como testigo? ¿Quién rehusará prestar crédito a sus palabras? ¡Oh, si un poco antes no hubiese escrito con débil pluma, cuánto y cuántas alabanzas suyas podría haber añadido, a las que llegaría una mayor confianza en lo dicho por él!, pero ahora basta lo dicho. En efecto, he tenido estas cosas que podría decir sobre los nuevos. Pero para que no sea visto por éstos que se ha hecho omisión sobre los desconocidos antiguos, quedan por decir unas pocas cosas. Efectivamente, éstos dicen que yo pre-

sentó autores desconocidos por ellos, como si no hubiera de darse total crédito a éstos porque no han oído sus nombres. Ciertamente es propio del ignorante no creer nada fiable a excepción de lo que ha visto, ¡como si él mismo al leer hubiera unido la fe a lo leído! Manifiesto que yo he relatado palabras y fábulas de muchos autores cuyos nombres quizá son extraños a algunos de los modernos, porque, como ya he dicho antes, parecen aprobados por la antigüedad, y a todos éstos o los he visto o los he leído o los he descubierto recogidos por los más recientes; si estos quejumbrosos no los han visto o no han oído sus nombres, no es culpa de los autores, sino de su propia holgazanería, y por ello deben imputárselo a ellos mismos, no quejarse de mí. Pues, ¡las obras no pueden ir volando desde las bibliotecas a las manos de los aletargados ni quienes los han visto deben llevar de un sitio a otro los nombres! Que lean, que investiguen y encontrarán lo que no saben y de extranjeros se convertirán en de la patria y descubrirán que ellos así tienen valor por su autoridad, según piensan que la tienen aquellos a los que han leído. Así, pues, sostengo que estas cosas deben ser dichas sobre los autores tanto nuevos como viejos traídos por mí a la luz y si sus méritos no me hubieran inducido a presentarlos, me obligaría a ello la utilidad. Pues tienen leyes civiles y canónicas además de múltiples textos, siempre aumentados por la incapacidad de los hombres y su magnificencia contada por muchos hasta ahora muy doctos. Los libros de los filósofos tienen comentarios compuestos con mucho cuidado. Los libros medicinales tienen escritos de muchos, que aclaran toda duda. También las Sagradas Escrituras tienen muchos intérpretes; y es más, las actividades y artes restantes tuvieron sus propios comentaristas, a los que, si es oportuno, quien quiere tiene donde recurrir y elige de entre muchos a los que quiere. ¡Sólo la poesía, porque siempre ha sido familiar a muy pocos y no les ha parecido a los avaros que les reportaba lucro, no sólo despreciada y dejada de lado por muchos siglos, sino atormentada por varias persecuciones no tiene nada contado sobre ella! Por esta causa, al menos, es necesario que recurras por aquí y por allí al que puedas sin tan abundante selección y, si no mucho, al menos cojas de alguno lo poco que puedas. Cosa que para el inteligente se muestra claramente que yo he hecho muy a menudo, puesto que alguna vez no sólo me he apartado hacia los autores nuevos sino que incluso he tenido que recurrir a glosas carentes de autor. Y por esto que los quejumbrosos, queriéndolo así la conveniencia, acepten no sólo a los viejos de los que nunca han oído nada sino incluso a los autores nuevos.

CAPÍTULO VII

Los poemas griegos, por la acción de algunas causas, están entremezclados en esta obra

No pongo en duda que éstos u otros dirán que he insertado en mi obra versos griegos por ostentación. Lo que advierto claramente que se ha dicho no con el estímulo de la caridad sino por el impulso de la comezón de la impía envidia; ¡que esta objeción se vaya fuera del interior de un corazón curtido! Se ha hecho de manera impía, pero yo de hecho no me conmoveré, con la ayuda de Dios, sino que según la costumbre de siempre iré a responder con paso humilde. Por tanto digo que si cogiendo lo que no merecen lo ignoran: ¡Es necio buscar en los ríos lo que puedes obtener de la fuente! Yo tenía y aún tengo los libros de Hornero, de los que se han tomado muchas cosas útiles para nuestra obra. Y de éstos pueden conocerse muchas cosas tomadas de los antiguos, de los que, como de los ríos, no hay duda de que podría haberlos tomado y los he tomado muy a menudo; pero alguna vez me ha parecido mucho mejor tomarlo de la fuente que del río. Y no ha sucedido una vez sola que no se encontraba en el río lo que era muy abundante en la fuente, y así alguna vez me ha impulsado a esto de un lado la delectación, de otro la necesidad. Además agrada que los escritores introduzcan alguna vez algunas cosas en sus escritos que hagan que de algún modo se pare el lector y lo conduzcan a la recreación o al descanso para que, arrastrado al tedio por la excesiva perseveración y uniformidad de la lectura, no se aparte de la lectura; lo que quizá pudieron hacer alguna vez los versos mezclados. Además lo que está puesto en su propia forma tiene fuerzas más llenas de testimonio si por casualidad insiste un censurador. Por tanto, si hay quien no preste crédito al verso escrito por mí, encontrada la *Ilíada* o la *Odisea* podrá ver fácilmente si he escrito cosas verdaderas o falsas, y si son verdaderas la certeza estará más llena de testimonio. Y además yo no soy el único que ha mezclado griego con latín; es una vieja costumbre. Que hojeen, si les place, los libros de Cicerón, que vean los escritos de Macrobio, observen los libros de Apuleyo y, para no añadir más, que lean las obritas de Máximo Ausonio; encontrarán que éstos muy a menudo han insertado versos griegos en escritos latinos. Yo en esto he seguido sus huellas. Pienso que por ello dirán, aunque hace tiempo fue loable, que hoy es un trabajo frivolo, pues ya que no hay nadie que conozca las letras griegas,

la vieja costumbre ha sido abolida. Pero yo en esto compadezco a la latinidad que desprecia completamente los estudios griegos de modo que ni siquiera conozcamos los caracteres de las letras. Pues aunque se basta con sus letras y hacia ellas se ha vuelto todo el mundo occidental, aparecerían más brillantes sin duda asociadas con las griegas. Y además los antiguos latinos no trajeron consigo de Grecia todas las cosas, quedan muchas y en efecto desconocidas para nosotros con las que, al conocerlas, podríamos ser mejores. Pero sobre esto en otro sitio. Estos, además, no miran a quién dirijo yo esta obra, para quién gasto mi esfuerzo, ciertamente hubiesen visto que a un eruditísimo rey y que tiene conocimiento tanto de las letras griegas como de las latinas, si lo cuenta una fama verdadera, y junto al cual continuamente hay doctos hombres griegos, a quienes los versos griegos no les parecerán inútiles como a estos ignorantes. Pero, ¿por qué más? Complazcamos un poco a los censuradores. ¿He escrito versos griegos por ostentación? ¿Por qué, pregunto, he de ser mordido por ello? ¿A quién injurio si hago uso de mi derecho? Si no saben, mío es el honor, mía es la gloria, a saber la de usar versos griegos entre los Etruscos. ¿Acaso no fui yo quien apartó con mis consejos a Leoncio Pilato, que se dirigía a la Babilonia occidental de parte de los Venecianos, de una larga peregrinación y lo retuve en la patria, quien lo acogí en mi propia casa y lo tuve como huésped durante largo tiempo y con gran esfuerzo por mi parte me cuidé de que fuese acogido entre los doctores del Estudio Florentino, dándole unos honorarios del presupuesto público? ¡Fui yo en verdad! También fui yo mismo quien, el primero, con mis propios recursos hice llegar los libros de Hornero y algunos otros griegos a Etruria, de la que habían salido muchos siglos antes para no volver, y los conduje no sólo a Etruria sino a la patria. Yo mismo fui el primero de los Latinos que escuché la *litada* en privado a Leoncio. También fui yo mismo el que me ocupé de que se leyeran en público los libros de Hornero. Y aunque no lo comprendí suficientemente, comprendí cuanto pude y no hay duda de que, si aquel hombre vagabundo hubiese permanecido durante más tiempo junto a nosotros, lo hubiera comprendido más plenamente. Pero por poco que haya comprendido yo de muchos, sin embargo comprendí algunos íntegramente por la fecunda explicación del maestro y a éstos, según me ha parecido útil, los he introducido en esta obra. ¿Qué hay de malo en esto? Haber escrito las fábulas de los Griegos, de las que este libro está totalmente lleno, nadie dice que ha sido hecho por ostentación, se ataca el haber insertado unos pocos versículos escritos en letras griegas. Pudo Mario de

Arpiñas, vencidos los Africanos, Cimbrios y Teutones, utilizar como copa el vaso según la costumbre del Padre Líber; del mismo modo G. Duilio, quien venció el primero a los Cartagineses en un combate naval, al dirigirse del banquete a la casa siempre hizo uso de la luz de una antorcha de cera. Y estas cosas, por más que estaban fuera de la costumbre de la ciudad de Roma, los Romanos las soportaron con ecuanimidad. Pero contra mí algunos se encolerizan si, por encima de lo acostumbrado en nuestra época, mezclo con los latinos versos griegos y recojo poca gloria de mi esfuerzo. Ciertamente pensaba llevar a la Latinidad algo de renombre donde veo que contra mí levantan la niebla de la envidia. Con toda certeza lo lamento. Pero ¿qué? Pienso que los doctos no dirán estas cosas y de los restantes, aunque se ha de procurar ser tolerantes, sin embargo la paciencia tiene poder. Pero finalmente pido a todos que lo soporten con ánimo tranquilo acordándose, con Valerio como testigo, de que ninguna vida es tan humilde que no sea tocada por la dulzura de la gloria.

CAPÍTULO VIII

Los poetas míticos paganos son teólogos

Quizá algunos hombres religiosos, movidos por un sagrado celo, al leer las cosas precedentes dirán que ha sido inferida una injuria a la sacrosanta religión cristiana, puesto que decimos que los poetas paganos son teólogos, a los que únicamente instruidos por las letras divinas podemos considerar los cristianos engalanados con este honor. En verdad yo pienso que éstos son hombres dignos de respeto y a éstos, si alguna vez hay algunos que digan estas cosas, desde ahora les doy las gracias, pues me doy cuenta de que se preocupan de mi salvación. Pero, cuando no examinan las cosas que dicen, muestran claramente que ellos han visto muy pocos libros; pues si hubiesen estudiado muchos no debería haber quedado sin ver el libro de la *Jerusalén Celestial,* muy famoso entre otros. Porque en él podrían haber leído que Agustín en el Libro Sexto, al contar la opinión de Varrón, hombre muy docto, según la cual el propio Varrón pensaba que la teología es triple, a saber mítica, física y civil. La mítica es llamada fabulosa, de *mythicon* en griego que en latín significa fábula y ésta es la que conviene a las comedias y

al teatro, sobre la que hablamos arriba, que, a causa de las cosas vergonzosas representadas en escena es también reprobada por los poetas ilustres. La física que, según se comprende por la interpretación del vocablo, es natural y aún más moral, puesto que parece útil al mundo, es loable. En cambio la civil o política, que también puede llamarse propia de los sacrificios, se dice que concierne a la ciudad, que por la abominable deshonra de los sacrificios antiguos ha de ser condenada por el culto al Dios verdadero y por la rectitud de la fe. De éstas, pues, se atribuye la física a los poetas notables, porque bajo sus ficciones ocultan las acciones naturales, las morales y las hazañas de los hombres ilustres y algunas veces cosas que parecen concernir a sus dioses y especialmente cuando al principio compusieron versos sagrados para alabanza de los dioses y ocultaron bajo la corteza poética sus maravillas, como se ha dicho en lo que precede; por lo que por la antigua paganidad son llamados teólogos; y Aristóteles[488] dice que éstos fueron los primeros teólogos; y aunque les correspondió tal nombre no por el verdadero Dios, sino por las cosas dichas sobre un dios no verdadero, al llegar los verdaderos teólogos no pudieron perderlo, conservando su fuerza el vocablo, porque salió de algún dios. Pienso que los actuales advierten esto, a saber, que el nombre de teólogo dado por este motivo no puede quitárseles, para que no pueda entenderse sobre la teología mítica u otra ellos afirman que no sólo son teólogos sino profesores de sagrada teología. Y esto no ha de rechazarse con ningún empeño, como injurioso para el nombre cristiano. ¿Acaso nosotros no llamamos hombres a todos, sabemos que todos los mortales constan de alma racional y cuerpo, aunque unos son paganos, otros Israelitas, unos agarenos y otros cristianos y algunos hasta tal punto de perversas costumbres que más bien han de ser considerados crueles bestias que hombres? Y, sin embargo, al llamarlos a todos así no hacemos ningún ultraje a Cristo, Nuestro Redentor, del que sabemos que fue hombre además de Dios verdadero. De igual modo, si alguien llama a los poetas teólogos no injuria a nadie. Si alguien los llama sagrados, quién está tan loco que no vea que miente, aunque alguna vez, como se ve en lo que precede, su teología versa sobre cosas honestas, la cual muy a menudo ha de llamarse más bien fisiología o etología que teología, cuando sus fábulas ocultan cosas naturales o costumbres. Y ésta puede versar sobre la verdad católica, con tal que lo pretenda el autor de las fábulas. Lo que

[488] En Agustín, *De civ. dei,* XVIII, 14, que corresponde a Aristóteles, *Metaph,* I, iii, 983 b, 27.

sabemos que algunos poetas ortodoxos han hecho, por cuyas ficciones se ocultan sagrados documentos. Y no es difícil oír a éstos que así como los poetas alguna vez pueden ser llamados teólogos, del mismo modo quienes son sagrados, si lo exige la conveniencia, se convierten en físicos. Lo que si no sucede otras veces, al menos cuando expresan el significado de la fábula de los leños que forman un rey para ellos, de divinos se hacen físicos.

CAPÍTULO IX

No es deshonesto que algunos Cristianos traten de cosas paganas

Otros, quizá con el mismo ánimo que los anteriores, dirán que es deshonesto para el hombre Cristiano describir o investigar las supersticiones de los paganos, los nefastos sacrificios y las genealogías puesto que alguna vez tales cosas han llevado a erróneas opiniones las mentes de los lectores y muy a menudo a retenerlas con peligro del que opina. No negaré que esto se ha dicho con toda razón y pienso que algunos deben ser apartados del estudio de tales cosas y del mismo modo a algunos puede permitírseles sin ninguna desconfianza perjudicial. Pues si hubiera parecido necesario que todos se apartaran de tales cosas, no dudo que la Sagrada Madre Iglesia lo hubiera prohibido con un decreto para siempre. Pues fue muy útil en otro tiempo, al brotar apenas con nuevos gérmenes la Iglesia entre los paganos, porque tanto por el origen como por la sagrada perseverancia de la propia paganidad sabían todavía que persistían fuertemente las mentes de los hombres, los ritos paganos y las costumbres, para que los que leían tales cosas, como arrastrados por el garfio de la vejez a la manera de un perro no fueran llevados al vómito. Hoy por la gracia de Jesucristo se ha llegado a una firmísima fortaleza y se ha empujado el nombre execrable para todos de pagano, juntamente con sus yerros, al exterminio y las tinieblas eternas, y la Iglesia vencedora ocupa el campamento de los enemigos. Por esta causa se investigan y se tratan tales cosas casi sin peligro. Pero no niego que se hizo bien si se aparta el niño que tiene una tenaz memoria y una inteligencia aún muy tierna y para quien no es suficientemente conocida la religión cristiana. Así el hombre neófito, a quien la todavía no bien fijada creencia le permite fácilmente con las riendas flojas desviarse a lo resbaladizo. Y si

por casualidad algunos más endurecidos se han permitido deslizarse a tan obsceno crimen, aunque yo no he estudiado otra cosa, apenas puedo creer que pueda sucederme esto a mí. Pues llevado y lavado en la fuente de nuestra regeneración desde el útero de mi madre, lo que por mí, catecúmeno, prometieran los que me sacaron de aquél, según la capacidad de la fragilidad humana, lo he conservado hasta hoy, teniendo siempre como algo muy seguro lo que en la reunión de los hombres justos se canta, a saber que hay un solo Dios en tres personas distintas y que Este es verdadero y eterno y artífice de todas las cosas, gobernador de éstas con perpetua razón, conservador y rector, que contiene todo dentro de sí y no es contenido por ninguna. Y lo que se hizo por el arte de la propia divinidad, admirable e inaudito en otro sitio, a saber que su verbo eterno se hizo carne, con el velo del espíritu sagrado para abolir la mancha del género humano, contraída por la desobediencia de los primeros padres, en el útero de la casta Virgen, anunciándolo su mensajero celestial y nació en su momento con la inmaculada virginidad de la Virgen y así se hizo hombre mortal. Este todavía niño en el regazo de la madre fue adorado por los reyes de Saba, que le ofrecieron regalos, y al crecer en edad, como resolviese entre los doctores de la ley sagrada ambiguos problemas, fue considerado por ellos no Dios, sino un niño de índole admirable. Pues el resplandor eterno de la verdad no había quitado la niebla de las mentes de aquéllos para que reconocieran a aquél, a saber al Dios que les había sido prometido, al que veían nacido de carne mortal. Además tengo la certeza de que aquél que, abandonada la fortaleza del cielo y transformado de Dios en siervo y que entre los hombres vivía como hombre, al llegar a los treinta y tres años de edad, por un profeta rudo y que habitaba las selvas y Heno del Espíritu Santo desde el útero de su madre para abrir la puerta de la eterna salvación, fue lavado en el río Jordán mientras retumbó el cielo desde arriba y un fuerte murmullo de la nube que estaba encima se resolvió en la voz de la divinidad que decía: «Este es mi amado hijo, en el que me he complacido; ¡escuchadlo! » Además creo y he sabido que éste cambió el agua en vino en Cana de Galilea, para mostrar la divinidad escondida en el sagrado pecho, realizada ya la sagrada alianza. Que recorrió Judea y las ciudades de Fenicia, Samaria y Galilea y con dogma celestial enseñó a los pueblos en el templo y las sinagogas, limpió a los leprosos, hizo hablar a los mudos, devolvió a los ciegos la luz perdida o por la naturaleza o por alguna desgracia, hizo volver del Orco las almas a los cadáveres, dominó las fiebres, los vientos y las aguas y mostró de otras muchas formas los signos

de su divinidad. Después de estas cosas, al llegar su hora él, procurándolo la envidia de los sacerdotes hebreos, lavados por él los pies de sus amigos y celebrado aquel gran banquete en el que con sus manos y sus palabras se estableció aquel inefable sacrificio de nuestra comunión en el que ofreció su cuerpo como alimento y su sangre como bebida, tanto a los presentes como a los venideros, vendiéndolo en nada uno de sus compañeros, hecha en solitario la oración, fue capturado por la infame turba que lo buscaba con palos y antorchas y conducido a presencia de los príncipes y allí acusado de modo impío y con su paciente humildad fue culpado por los que atestiguaban falsamente y luego en el palacio del gobernador fue burlado, golpeado con varas, ceñido de una corona de espinas, manchado con esputos y bofetones, y finalmente condenado a la manera de los ladrones y clavado en una alta cruz y en ella bebió vinagre y hiél. Como vencida ya su condición humana por los suplicios hubiese llegado a su fin (o, y pienso que es mejor, según opina Tomás de Aquino, como voluntariamente reunidas sus fuerzas dejase salir el espíritu), tembló todo el orbe y la luminaria del sol casi en el mediodía se fue durante tres horas a las tinieblas, la luna por el contrario se ocultó (aunque Dionisio Areopagita escribe a Policarpo de otro modo, lo que yo admito). Luego su pecho perforado con la lanza por un imprudente soldado hizo salir sangre mezclada con agua, de lo que creo que toma origen todo el sacrificio de nuestra salvación. Y no estoy menos seguro de que éste, bajado de la cruz y sepultado, visitó con su alma las moradas inferiores y rotos los férreos cerrojos y arrancados los postigos de la antigua cárcel, sometido Plutón, sacó todo el viejo botín para la libertad y después en virtud de su divinidad, como habían cantado los antiguos profetas, después del tercer día, como Jonás de las entrañas de la ballena, así resucitó del vientre de la tierra, vencida la muerte, y redivivo se apareció muy a menudo a los suyos y en medio de ellos, viéndolo éstos, no impedido por ningún peso corpóreo, con el cuerpo verdadero, antaño mortal y ya inmortal, por sus propias fuerzas voló a los cielos junto a Aquél que lo había enviado; y desde allí envió aquel fuego celestial que nace igualmente de sí y del óptimo Padre, que vivifica todas las cosas, enseña todas las verdades, a sus notables compañeros. Ilustrados con él, al punto llevaron la guerra contra el príncipe del mundo y por su sangre y muchas heridas, sembrada por todas partes la semilla de la verdad y alcanzada la victoria, triunfantes siguieron a su señor a la patria. Del mismo modo se instituyó la piadosa reunión de los justos por el propio unigénito de Dios y aquel sagrado bautismo de regeneración, por el

que se priva a los mortales de las malas acciones junto con los propios venturosos y loables sacrificios de la misma reunión, con los que nos hacemos servidores de Dios y apartándonos de nuestra flaqueza resurgimos y de buen grado nos reconciliamos con Aquél y sin derramar por esto sangre humana, como hicieron ya muchos bárbaros paganos inmolando o jabalíes o toros según la antigua costumbre. Y esta verdad nunca fue apartada de mí sino que creía por el testimonio de los Padres que llegaría el último día en el que se disuelven todas las cosas que han de perecer, y por la gran obra de Dios de las propias cenizas todos los que antes habíamos sido mortales resurgiremos eternos con nuestros cuerpos y llegando al lugar determinado en el que el propio Cristo, juez del palacio, residirá con su propia majestad y apareciendo todas las muestras de su pasión, oiremos la sentencia final de nuestros méritos; del mismo modo a la vez habrá de llegar la vida en la que no por mis méritos sino por misericordia divina espero ver a Dios, mi Redentor, en mi carne y alegrarme con los felices en la tierra de los vivos. Así, pues, para no decir más cosas, esta fe sincera, esta eterna verdad está hasta tal punto fija en mi pecho que no puede ser arrancada ya no por algún impulso de la paganidad sino ni siquiera agitada en modo alguno o quebrantada. Pues aunque soy un hombre pecador, sin embargo por la gracia de Jesucristo no soy el adolescente Querea de Terencio[489], que al ver a Júpiter, pintado en un cuadro, caer desde el techo al regazo de Dánae, se animó a la fechoría por él deseada. Se fue con los más jóvenes años aquella ligereza, si la hubo alguna vez en lo que he dicho, ¡porque no me acuerdo!, dándome cuenta además de que el antiguo enemigo, con continuas trampas y redes extendidas por todas partes, como un león rugiente para encontrar a quien devorar, rodea las sendas de los inmortales e intenta empujarlos al precipicio, como Mitridates, aquel anciano rey del Ponto, quien con una gran empresa y magnífico gasto durante cuarenta años seguidos llevó una guerra grande y memorable contra el pueblo Romano, armó su pecho desde su juventud con fármacos contra el veneno mortal, así yo con la verdad evangélica, con las sagradas enseñanzas de Pablo y con los preceptos y consejos de Agustín y de otros muchos venerables padres y con persuasiones lo armé; ¡por lo que estimo en poco las armas paganas! Pues si como hombre cristiano he tratado por orden tuya, ínclito rey, las bagatelas de los paganos y he hecho esto para destruir la errónea credulidad de aquéllos, y si está permitido poner en parangón al-

[489] Alusión al pasaje del *Eunuco,* 583-591.

guna vez las cosas pequeñas con las mayores, he hecho lo que también han hecho con gran alabanza algunos santísimos varones como Agustín, Jerónimo y con algunos otros también Lactancio, hombre neófito. En verdad desde mi tierna infancia me es muy conocido, por la enseñanza del salmista, que todos los dioses de los paganos son demonios. Y por ello siempre me han disgustado sus necias acciones. Pero confieso que, dejando de lado su religión, me agradaron las costumbres y escritos de algunos poetas y por ello no sólo los he alabado sino que por sus valores los he defendido de las críticas de los que los acusan, tal como se ve claramente en lo que precede; y lo hice por esto, para que no lleguen a ser ultrajados por los ignorantes aquellos que si hubiesen conocido y honrado a Cristo serían tenidos entre los más destacados de nombre cristiano. Pero mirando a lo más alto alguno dirá: Has obrado bien, pues siempre fue loable fortificarse contra los enemigos, pero los que tratan con pez se manchan de pez; muchos ya, cuando se consideraban los más fuertes, empujados por el enemigo, también cayeron débiles. Y si faltan otros, cuyo número es grande, está empero Salomón como testigo más verdadero de la debilidad humana. A éste le fue concedida por Dios toda la sabiduría, todas las riquezas y un gran imperio, tuvo a los pueblos sometidos con la máxima justicia, edificó un admirable templo para Dios, hizo muchas cosas buenas y finalmente, ya en la edad madura, dejando de lado al dispensador de tantos honores, subiendo al monte de la ofensa adoró a Maloch, ídolo de los egipcios[490], con las rodillas flexionadas. Por tanto, ¿qué? ¿Acaso tú eres más fuerte que Salomón y más lleno de previsión? ¡Somos engañados al confiar excesivamente en nosotros mismos! ¡Ciertamente estas cosas no pueden negarse, son verdad! Pero para mí hay otro tipo de guerra con los yerros de la paganidad que la que tuvo Salomón con su esposa egipcia, la cual, al advertir con femenil astucia que con su hermosura había envuelto en lazos el alma de su infeliz marido y ávida de honrar a sus propios dioses bien con la unión amorosa, ya con suaves caricias, ya con lisonjas mujeriles, ora retozona en sus placeres, ora con los regalos, ora con las lágrimas, que las mujeres tienen de manera muy complaciente, ora con indignación fingida, sin interrupción, no sólo todos los días sino de noche, atacaba el espíritu de su amante esposo. ¡Oh cuan

[490] En *Reyes,* I, 11, 5-6, se habla de que Salomón adoró a Molok, dios de los ammonitas, pueblo arameo. Boccaccio afirma que Molok (en el texto Maloch) es una divinidad egipcia, quizá por confusión entre el pueblo de Amón, dios egipcio, y pueblo de Ammón o de los ammonitas. Quizá le empuje a la confusión el hecho de que Salomón estuviera casado con la hija de un Faraón.

pesadas y difíciles de soportar son las luchas de las mujeres amadas y sobre todo las nocturnas! Este, finalmente, como temía perder el amor de su mujer, a la que amaba sobremanera, dio la espalda e inerme sucumbió a las fuerzas de su armada mujer. Pero yo no tengo tal guerra contra las banalidades de los dioses paganos, rechazadas con mil verdaderas razones por mí conocidas. Y por ello con ellas, agotadas las fuerzas y rechazado el ejército, la lucha es liviana. Pero sé que confiar en sí mismo excesivamente es un fallo, aunque yo no confío en mí mismo sino en la gracia de Jesucristo, por cuya preciosa sangre he sido redimido. Ciertamente espero que El no permitirá que, quien de joven siguió sus huellas tanto tiempo por el camino recto, como anciano me aparte y, si llego a caer, alargue la mano con su piedad al débil y alivie al cansado con un tranquilo descanso. Pero, para llegar al final, puede sacarse suficientemente de lo dicho que, de la misma manera que no conviene que todos se ocupen de las cosas paganas, así tampoco es deshonesto para todos.

CAPÍTULO X

La mayoría de las veces seguimos los estudios a los que parece inclinada la inteligencia

Si algunos manifiestan que es verdad lo dicho, sin embargo pienso que no descansarán sino que imagino que dirán que habría sido mejor pasar el tiempo en estudios más santos que aprender tales cosas. ¡Si alguno niega esto, ciertamente no estará bastante cuerdo! Sé que estaban a la vista las leyes de los Césares y los cánones de los Pontífices y la medicina, cosas cuyo estudio la mayoría lo consideran muy sagrado puesto que por él muy a menudo se enriquecen los mortales ávidos de oro. Estaba también la Filosofía, por cuya inmejorable demostración se aprenden las causas de las cosas y a separar lo verdadero de lo falso, apetecible para cualquier noble ingenio. Estaban también los libros sagrados por los que sabemos estimar en poco a lo que ha de perecer y se ponen de manifiesto las maravillas de Dios y se muestra por qué camino nos dirigimos al reino celestial. De hecho este estudio ha de anteponerse a otros. Si hubiera cogido algo de estas cosas quizá los críticos dirían que yo he actuado santamente. ¡Pero si todos hiciéramos lo que debemos el administrador de las leyes subiría en vano a los

rostros! Pero no es tan fácil como piensan algunos querer todo lo que debemos y conseguirlo muy arduamente si lo queremos. Pues como el citarista de las distintas cuerdas, tocadas unas más lenta pero otras más largamente, dando a éstas un tintineo grave, a aquéllas agudo con docta mano y con el plectro produce una agradabilísima armonía de tan discordantes notas, así también la madre naturaleza, que tiene inagotables fuerzas y una perfecta inteligencia, produce estas cosas perecederas apropiadas para diversos oficios, para que de esta incoherencia de oficios salga la conservación del género humano, a lo que se dirige especialmente; y cuando una nueva producción no puede ir a una larga conservación, se da cuenta de que, si fueran creados todos uniformes, para dejar lo demás, no podrían los hombres nacidos persistir con razón alguna ni por un poco tiempo siquiera. Por tanto de aquí se deduce que por el sabio orden de la naturaleza, de entre los mortales éste nace como artesano de la madera, aquél marinero, otro mercader y algunos aptos para el sacerdocio o para el gobierno y algunos legisladores, jefes, poetas, filósofos o sublimes teólogos. ¡Es necesario que de los diferentes estudios de éstos resulte la conservación de tan enorme multitud de hombres! Porque puesto que concierne a cada uno, si es posible, subir a los estudios más sublimes, si vamos todos vigilantes a la teología y no hay un agricultor, ¿de qué frutos, pregunto, al seguir tan noble estudio, nos alimentaremos? Si falta el albañil, si el carpintero, ¿en qué habitáculos nos protegeremos de las lluvias, de los vientos, del frío y del calor del sol y de otras incomodidades que asiduamente nos acechan? Si no hay quien trabaje la lana, ni un zapatero, ¿de dónde sacaremos los vestidos y calzados? ¿Por qué enumerar más cosas? Así como para utilidad del cuerpo humano han sido puestos por la naturaleza los miembros diferentes entre sí por la cualidad y el oficio para que por esta diversidad se forme, como la melodía de la diversidad de los tonos, así también para que el género humano dure ha sido necesario que fuésemos creados para estudios diferentes entre sí. Y si por la misma naturaleza que dispuso así los cielos, las órbitas y cursos de los astros también con distinto movimiento, por la acción de Dios, cuando nos vemos producidos para oficios distintos sin ningún esfuerzo suyo, pregunto ¿quién felizmente se atreverá a intentar desde aquello para lo que nació el paso a otra cosa? Ciertamente yo no soy tan ignorante que no sepa que con el poder del libre arbitrio del que nos valemos todos podemos vencer las fuerzas de la naturaleza; lo que hemos leído que han hecho algunos. Esta obra ha de ser enumerada entre las cosas que suceden raramente, ¡con tan grande y casi in-

vencible necesidad somos atraídos a aquello para lo que nacemos! Y si somos engendrados para cosas distintas, nacemos y crecemos, si hacemos totalmente aquello a lo que somos atraídos, ciertamente basta, ya no queramos pasar a otra cosa; cuando ya hace tiempo algunos intentaban esto, perdieron lo que eran y no pudieron conseguir lo que buscaban. Pero la naturaleza ha producido a otros para cualquier actividad, ciertamente a mí me sacó del útero de mi madre preparado, siendo testigo la experiencia, para las reflexiones poéticas y, según mi opinión, nací para esto[m]. Pues recuerdo bien que mi padre desde mi niñez puso todos sus esfuerzos para que yo me convirtiese en hombre de negocios y a mí, que todavía no había entrado en la adolescencia, para ser instruido en aritmética me entregó como discípulo a un gran comerciante, junto al que durante seis años no hice otra cosa que gastar en vano un tiempo irrecuperable. Luego, puesto que, pareció por algunos indicios que lo mostraban, que yo tenía más aptitudes para el estudio de las letras, mi propio padre ordenó que yo me adentrase como discípulo en las leyes de los pontífices, de lo que me haría rico, y bajo un ilustrísimo maestro trabajé igual tiempo también sin motivo. Mi espíritu despreciaba estas cosas hasta tal punto que a ninguno de estos oficios podía inclinarse ni por la enseñanza del maestro, o la autoridad de mi padre con la que me angustiaba continuamente con las nuevas recomendaciones, ni con los ruegos de los amigos o con las censuras, ¡una singular afición lo empujaba de tal modo a la poética! Y mi ánimo se dirigía a toda prisa a la poesía no desde una decisión recién adoptada, sino que iba impulsado por una muy vieja disposición. Pues me acuerdo muy bien de que todavía no había llegado al séptimo año de mi vida y no había visto las ficciones ni había oído a ningún doctor, apenas conocía los primeros elementos de las letras y he aquí que por el impulso de la propia naturaleza se me presentó el deseo de crear ficciones y, aunque fuese de ninguna importancia, sin embargo saqué a la luz algunas pequeñas composiciones, pues las fuerzas del ingenio no eran suficientes para tan gran oficio en tan tierna edad. Pero ya casi convertido en maduro de edad y por derecho propio, sin impulsarme nadie, sin enseñarme nadie sino que con la oposición de mi padre, que condenaba tal estudio, lo poco que conocí de la poética lo tomó el ingenio espontáneamente y la seguí con gran avidez y con especial placer y vi y leí los libros de autores de ésta y como pude intenté comprender-

[491] Esto y lo que viene a continuación es un claro eco de Ovidio, *Trist.*, IV, 10, como ya hemos hecho constar en nuestra introducción.

los. Y es admirable de decir que cuando aún no había conocido con qué o con cuántos pies caminaba el verso, esforzándome con mis fuerzas fui llamado poeta, lo que aún no soy, casi por todos los conocidos. Y no dudo que, cuando la edad era más apta para esto, si mi padre lo hubiese tolerado con ecuanimidad, hubiera llegado a ser uno entre los poetas célebres, pero como intentó doblegar mi ingenio primero hacia artes lucrativas y luego a una actividad de lucro, sucedió que ni soy negociante ni salí canónigo y perdí ser un poeta importante. Ni seguí además de la actividad otros estudios, aunque eran agradables, puesto que no me empujaban así. Pero vi los libros sagrados, a los que, puesto que la avanzada edad y la ligereza de ingenio me disuadieron, los dejé, pensando que era muy vergonzoso que un viejo pedagogo, para decirlo así, comenzara nuevos estudios y era muy poco conveniente para todos intentar aquello que piensas no poder acabar. Y por ello, puesto que pienso que con el beneplácito de Dios yo he sido llamado en esta vocación, mi pensamiento es detenerme en ella y alabar, según se muestra en estos estudios, lo que he hecho hasta hoy: ¡Que otros busquen lo que les parezca! Por tanto, quienes toleran que el zapatero dedique su tiempo a la lezna y las cerdas, el lanista al rebaño, el escultor a las estatuas, pido que toleren también con ecuanimidad que yo me dedique a los poetas.

CAPÍTULO XI

Con perjuicio nos compadecemos de los reyes y dioses de los paganos

Habrá quienes se desvíen con sus pies del endurecido camino y de lado salten y griten que soy un hombre temerario porque presumo de cavar las tumbas de los antiguos reyes y levantar a un nuevo odio las cenizas descansadas ya en larga paz o de ocultar con nieblas nuevas los antiguos resplandores y, aún más, sacar a una vigilia no oportuna los semidormidos crímenes de los dioses, oyéndolo todos y bajo un honroso título, a saber las Genealogías de los dioses, relatar sus latrocinios e incestos. Larga es esta queja y complicada con muchos miembros, y según lo muestra ella misma advierto que éstos han entendido qué he escrito yo, y sobre todo cuando se quejan de que cuento los actos de los dioses paganos. Pero esta

queja huele al espíritu de los paganos y si con su mente tienen tanto conocimiento como significan las quejumbrosas palabras, todavía tiene vigencia en algunos aquel infame error, que pido a Dios quite y convierta en nada. Es muy fácil responder a las objeciones. En efecto, actúa temerariamente quien excede en demasía los límites de la audacia; recuerdo que opina así Aristóteles en el libro de la *Etica* [III, 7, 7]. Yo no pienso que éstos se han excedido, ciertamente atreverse a lo que está concedido por toda la necesidad, no es actuar temerariamente. A nadie le está prohibido por la ley describir las gestas de los reyes, ya sean honestas o incluso no honestas; pero era suficiente para los reyes haber actuado de modo que no pudiera contarse sobre ellos nada excepto lo honesto. No obstante, yo he escrito sobre éstos no en estilo ordenado ni en este preparado estilo, sino que lo he contado hasta la parte más alta y de cualquier modo, según alguna vez lo exigía el orden de la obra emprendida, si he insertado algo en algún sitio. Pero, aunque lo haya hecho no he realizado ni una nueva ni inusual acción; hay volúmenes tan antiguos como grandes de ilustres escritores, en los cuales en estilo notable y con total orden se relatan las hazañas de los reyes, de los que, si algo se ha añadido a esta obra, lo he tomado como lo más nuevo. Por tanto, si ha de hacerse esta queja, que se quejen también de aquellos historiógrafos más extensos y antiguos, cuyos celebérrimos escritos junto con su fama se han extendido hace ya largo tiempo por todo el orbe; de éstos, si algún odio puede generarse contra las cenizas ya tranquilas, tomo su origen. Pero pregunto, ¿qué piedad es ésta? ¿De qué alimento de caridad surge? ¿Cuál es la causa de esta piedad? Creo que los de tal clase desean parecer de espíritu noble porque se preocupan de los honores reales y muestran que se turban al escuchar ignominias. ¡Oh, en qué poco piensan los de tal clase comprar la nobleza, que se adquiere con nobles costumbres, justicia, santidad y ciencia! Sabrían éstos, si fuesen nobles, que no sólo es superfluo sino perjudicial compadecer no sólo a los paganos sino también a cualquier indigno; y por ello si son sabios que conserven esta piedad para lo mejor. Pero las vergonzosas ignominias de los dioses paganos ni duermen ni han estado dormidas, sino que por la sagrada doctrina de Cristo han sido sepultadas para la eternidad para no resucitar nunca y han sido cubiertas por una gran mole de condena y oprimidas. Yo he intentado aumentar el peso de esta mole y si no suficientemente con mis fuerzas al menos como un hombre cristiano, esperando conseguir por ello alabanzas y dignas, no reproches. Pero yo estimo en poco estos mordiscos, puesto que con el aguijón del

diente no pueden herir a nadie. Por tanto que éstos, si son cristianos, callen y se arrepientan si en ellos hubo alguna compasión por la crítica de los dioses paganos, puesto que entre otros este crimen no conviene en absoluto al cristiano.

CAPÍTULO XII

No ha de ser maltratado el de breve discurso o el de largo por este motivo

Quizá otros dirán que yo soy de breve discurso porque algunas veces paso más superficialmente que con amplio detalle al relatar fábulas o historias o al escudriñarlas. Y del mismo modo no dudo que hay quienes digan que yo muy a menudo soy más amplio que lo que es oportuno. A los primeros es necesario que les manifieste que es así. Pues hubo muchas razones de este hecho. Pero algunas cosas son relatadas en pocas palabras por esto, porque no había de donde pudiera describirlas más ampliamente a no ser si por mí mismo hubiese querido alargar o inventar fábulas e historias, de lo que todo hombre cuerdo ha de huir. Pero también al escribir algunas plenamente necesitaba de pocas palabras, de las que si se toma bien la intención hubiera sido imperfecto alargarlas más. ¡Pero hay también muchos que sin duda hubiesen soportado una mayor abundancia de palabras! Pero pregunto, ¿si dejamos todas las cosas que hubieran podido decirse o quizá que reclamase la materia, pero sólo hubiese querido escribir aquellas cosas que me venían a mí que escribía, sobre las larguísimas historias o fábulas acerca de todos los actos singulares tanto de los dioses como de los hombres, sobre los múltiples significados de las ficciones, sobre el testimonio de las fábulas o las autoridades de las historias antiguas, sobre las opiniones y relaciones de muchos y cosas de este tipo, cuándo piensan tales que yo daría fin a esta obra? ¡Ciertamente apenas habría bastado un siglo! Y habría hecho salir tan gran volumen que con la primera ojeada solamente hubiera aterrado a cualquier lector y por ello he considerado suficiente ocultar así hasta arriba las cosas que he dicho; pues no escribimos para un niño o para un vulgo sin talento sino que, como se ha dicho en otros lugares, para un doctísimo rey y para hombres adultos, si alguna vez de tus manos, serenísimo príncipe, ha de llegar a otros esta obra. Además para que

se ejerciten los ingenios no están escritas todas las cosas totalmente pues tiene por costumbre agradar más lo que se busca con algún esfuerzo y a conservarse con mayor cuidado que las que llegan espontáneamente a la comprensión de quien las lee. También ha de dejarse a la posteridad un lugar para hablar y escribir, para que no parezca que envidiamos los ingenios de los venideros y con una cierta arrogancia parezca que nos preocupa la fama de los seguidores, a la que todos aspiramos. Así, pues, ha de soportarse con ánimo benigno lo que por la acción de motivos honestos o se ha dicho brevemente o se ha omitido a causa de la brevedad. Pero a éstos que, si hay algunos, me dirán que he sido alguna vez más largo de lo debido, no les diré otra cosa a no ser que pensé que era oportuno o que, como sucede, me empujaba alguna vez la delectación del intelecto, la que algunas veces ofrece una pluma muy generosa a los más sabios. Pero ¿qué? Del mismo modo que han de ejercitarse los ingenios de los que lo consideran breve, así también no han de excitarse los de los que lo consideran muy largo; y por ello, quienes saben más, que se acuerden de que ellos mismos alguna vez fueron incultos y por ello lo toleren sin indignación, si se ha trabajado más ampliamente para los más jóvenes.

CAPÍTULO XIII

Esta obra ha sido compuesta por encargo verdadero, no fingido, del rey

Quizá habrá quienes digan lo que en alguna ocasión se ha dicho de algunos otros también ilustres varones, a saber que yo he inventado para gloria de mi nombre que he elaborado por tu orden, rey ínclito, esta obra, aunque no sea en absoluto verdad. ¡Lenta es la confianza para éstos o el ánimo nada verdadero! Lo que saben de sí mismos, consumiéndose por la envidia, lo hacen conjetura para otros. Es muy cierto que, para usar las palabras de Tulio *[Def. Arqu.,* XI, 26]: «Todos somos atraídos por el afán de alabanza y cada mejor es conducido totalmente por la gloria.» Y por esto, ya que es glorioso para un hombre pequeño poder ofrecer un servicio al máximo y mejor rey, descubrirá sin dificultad que la credibilidad ha dicho que algunos, para enaltecer su condición humilde, han inventado un engaño de tal tipo, pero puedo creer que nunca los es-

critores; pero sobre esto en otro lugar. Yo por mi parte, para llegar a mí mismo, no negaré que soy ávido de gloria, pero por más que la deseo no estoy hasta tal punto desenfrenado ni encendido por este deseo tanto ni hasta tal punto soy enemigo de lo honesto que me haya lanzado a mí mismo a tan vergonzoso engaño, no diré que con rubor de mi frente sino con el rechazo de mi mente. Confieso que en esto soy orgulloso si esto ha de llamarse orgullo; en tales cosas no llevaría sin ser buscado a no ser el honor o el título para el Dios del cielo y esto no lo mostraría a todos los que preguntan. Tú sabes, óptimo rey, que resistiéndome y rehuyendo las persuasiones y ruegos de Domnino, soldado tuyo, fui conducido a tu deseo, a saber a soportar este trabajo. Y con el paso de los años sucedió que Becchino Bellincione, amigo tuyo y conciudadano mío, llegando desde Chipre vino a hablar conmigo en la ciudad de Rávena y, después de mostrarme con agradables palabras la clemencia y el favor de tu majestad hacia mí que no lo merecía, con admirables exhortaciones, como decía, ordenándolo tú así, estimuló mi ingenio semidormido para esta obra. De igual modo tu amadísimo Paulo Geómetra alguna vez, mostrando cartas firmadas por el sello de tu majestad en las que estaban tus órdenes para mí, me volvió inquieto. Lo conoce Dios y tú sabes que nunca he visto tu preeminencia ni tú has podido verme a mí. Confié en estas órdenes y soporté tan gran peso sobre mis hombros. Si han sido llevadas a cabo estas cosas sin que tú lo supieras, he sido engañado por los ya mencionados, y así confieso que dicen la verdad quienes afirman que lo he compuesto no por tu orden; pero no por culpa mía, a no ser que alguien dijera que yo he pecado en esto, porque no haya dicho que yo lo iba a hacer, si lo hubiera recibido en tus cartas dirigidas a mí. Pero me pareció orgulloso, como si considerara que Domnino, insigne soldado, no decía la verdad. Pero Domnino, según he oído, casi en el año en el que había venido a hablar conmigo por primera vez, murió y por ello no puedo invocar su palabra. Vive Becchino y Paulo Geómetra vive; yo tengo a éstos y tu real confianza como testigos de esta verdad en las tierras. Por tanto te invoco junto con ellos, si la necesidad lo exige, es conveniente que este trabajo sea tuyo, a saber oponerse al ataque y purificar, con la afirmación de la verdad, mi nombre de tan vergonzosa mancha. Pero para, dejándote un poco de lado, ínclito rey, llegar a los objetores, responderé en mi derecho algo a su objeción. Opino que si en los rostros, estando en su sitio el presidente, ha de realizarse un juicio, yo tengo testigos vivos y no de impureza plebeya sino hombres ilustres, porque no era oportuno para mí que yo volara hasta Chipre a

causa de tan necia mentira si deseaba coronar mi obra con tan regio nombre; estaba cerca y no temeré decir que incluso presente el rey, quien si hubiera creído haber obtenido, después de que yo había comenzado, lo que no estaba en su ánimo, cuando vino Domnino a, hablar conmigo me hubiera rogado de viva voz que yo escribiera esta obra para su engrandecimiento, aunque el príncipe fuese menos inteligente, pensando que no me movía la gloria en su nombre sino que añadiría a mis letras honor eterno con su nombre. Y no es admirable, pues con ayuda de escritores también son insignes los nombres de los reyes. Por esto[492] aquel Alejandro de Macedonia que con poca cantidad de soldados se atrevió a atacar todo el mundo con gran ánimo, al ir contra los Persas llevó consigo muchos escritores de este tipo que escribieran sus hazañas y al llegar a Sigeo, en donde vio la tumba de Aquiles, no pudo callar sino que puso de manifiesto con palabras cuan grande le parecía la gloria que conseguían los reyes por los escritores, diciendo que aquél fue afortunado porque le tocó tener como panegirista a Hornero. Por esto Pompeyo Magno, quien consiguió igual fortuna con su valor, a Teófanes de Mitilene, como para hacer perenne su propio nombre, le concedió el derecho de ciudadanía en la asamblea de los soldados. Por ello los Escipiones, Tito Fulvio, Catón Censorino[493], Q. Mételo Pío, G. Mario, Cicerón y otros muchos varones ilustres se mostraron benévolos y generosos con los escritores para atraerlos a esto, a que escribieran sobre ellos. Por tanto, ¿por qué mezclar en mis letras a un ínclito rey en un engaño como si prodigase gloria a quien la rechazó y enturbiara la mía con una vergonzosa mancha? Si hasta tal punto fuera ávido de ensalzar mi gloria con engaños, hay también otras obras, de las que no hay ninguna adornada con ninguna dedicatoria de este tipo a excepción del *Poema Bucólico,* que pidió que se lo dedicara a él Donato de los Apeninos, hombre pobre pero honesto y notable amigo mío. ¿Por qué no pongo delante de todos los nombres de los reyes? Además, ¿es nuevo bajo este sol que los reyes deseen algunos escritos y los encomienden a los amigos? Ciertamente no. Recuerdo que en nuestra época Roberto, resplandeciente rey de Jerusalén y Sicilia y adornado con muchos títulos, pidió del insigne varón Francisco Petrarca que, si no lo había atribuido a otro, le dedicara el título del *África,* recientemente editada por él. Pregunto, ¿qué gloria iba a aumentar, la de Francisco o la suya? Realmente la suya. ¿Por qué más? En

[492] A partir de aquí, todos los recuerdos de los escritores que engrandecieron a hombres de Estado están tomados de Cicerón, *Pro Archia,* X, 24 ss.
[493] Obviamente Catón el Censor.

verdad los nombres de los grandes caudillos no convierten en ilustres a los escritores, sino que más bien los propios reyes son conocidos por la posteridad por obra de los escritores. Además, si ha de aprobarse la obra, ¿qué autoridad puede darle la adición a ella del nombre del rey o añadir qué gloria a un autor que lo merece? Y si ha de condenarse, ¿con qué derecho puede hacerla digna de aprobación aquella prescripción o quitar la mancha arrojada al autor? Así, pues, la aprobación de hombres ilustres quita honor y gloria al autor, no la adscripción al nombre de un rey. Yo, para decirlo de nuevo, soy tan orgullosamente obstinado que no hubiera escrito sólo la gloria de este poema a no ser para glorificar a Dios, cuyas cosas han de ser descritas en su totalidad, ni al dictador César que volviera a surgir, o a Escipión Africano, a no ser que me lo hubiesen pedido o si fuera mi amigo. Que sean dichas estas cosas, rey mío, con tu buena venia, pido, y finalmente suplico, si te toca alguna vez oír a los que hacen tales objeciones, como conocedor de la verdad, ordena con real indignación silencio y defiende con regia virtud lo que para tu nombre, habiéndolo pedido tú, te ha sido dedicado, es más compuesto por tu orden. Hay además muchas cosas, pero puesto que me parece que he dicho bastante, he decidido omitir lo restante y encomendar a Dios, dispensador de dones, y a ti la suerte de mi obra que, después de que haya llegado a tus manos, cuando plazca, sustentada por tu apoyo y por tu orden, saldrá a la luz pública.

CONCLUSIÓN

He aquí que por último, oh clementísimo rey, con ayuda de la piedad divina, se ha llegado al fin de la larga obra, en la que he descrito con la habilidad que pude, según las antiguas tradiciones, el linaje de los dioses paganos y su descendencia buscados por todas partes con muchas vigilias, en qué orden se dio y según el mandato de tu serenidad en la medida de las fuerzas de mi ingenio he añadido después de las fábulas los significados de las ficciones, bien tomados de los antiguos, bien sacados de mi pequeña comprensión. Además he demostrado, lo que consideré muy trabajoso para algunos, que los poetas, contra la opinión de los de tal clase, no diré que son todos justos sino que ni son ridículos ni simplemente fabulosos, por el contrario notables por su secular ciencia, ingenio

y costumbres e incluso de insigne claridad. Además he reforzado ingeniosamente el madero en la costa con las áncoras y las proas, confiando siempre más en la bondad divina que en la fuerza de las amarras. Así también he apartado del marinero las saetas que consideré más perjudiciales, aunque pienso que quedan muchas contra las cuales apenas creo que podría armarme suficientemente; pues ciertamente a él, por más que sea un belicosísimo soldado, nadie ha podido armarlo tan cautamente que no quedara un lugar para la hostil espada. Así, pues, que lo proteja el propio Dios, el único que conoce los subterfugios de los que obran mal y queriéndolo pudo aplastarlos. Pero puesto que soy un hombre y conozco que no hay ningún clarividente que, a no ser que haya protección de la mano divina, no caiga muy a menudo en peligro, pienso que es bastante posible que yo alguna vez haya omitido lo que debía decirse o haya escrito lo que no debe decirse, o no haya fortalecido con suficientes razones lo dicho o no haya llegado totalmente a tu deseo, o haya pecado de otras múltiples formas, de lo que me duelo. Y puesto que sé que mis faltas han de ser imputadas a mi desidia, suplicante pido tu perdón y humilde te ruego por la insigne gloria de tu cabeza que con la elevación de tu ingenio suplas los defectos, quites las cosas vanas, adornes lo dicho con menos cuidado y corrijas y enmiendes todas las cosas igualmente, según el juicio de tu mente sincera. Si por casualidad, ocupado en cosas más importantes, como estáis muy a menudo los reyes, no puedes dedicar tiempo a este trabajo, entonces a todos los hombres honestos, sagrados, piadosos y católicos y especialísimamente al célebre varón Francisco Petrarca, insigne preceptor mío, a manos de los cuales llegará alguna vez esta obra, les pido por la preciosísima sangre de Cristo que todos los errores, si por casualidad sin verlos los mezclé en mis palabras, los quiten con su piedad y benignidad o los lleven a la sagrada verdad; pues quiero que esta obra se ponga bajo su juicio y corrección. Además, oh ínclito rey, si algo bueno hay en ella, si hay algo bien dicho, si algo acorde a tus deseos, me alegro y regocijo y por ello me felicito por mi esfuerzo, pero no quiero que lo imputes a mi sabiduría, ni pido laureles u honores por esto; así, pues, pido que lo atribuyas a Dios, todo lo dado por el cual es lo mejor, y todo don es perfecto y a El le dedico los honores y le doy las gracias puesto que yo mismo, según mi costumbre, siempre tuve por norma después de acabar todos los trabajos honestos decirle aquello de David con la devoción que pude de mi mente

[*Salmos,* 115, 1]: «Señor, no a nosotros, no a nosotros, sino glorifica tu nombre.»

Acaba el Libro Decimoquinto y último de la Genealogía de los dioses paganos según Juan Boccaccio de Certaldo, dedicado al ilustre príncipe Hugo, rey de Jerusalén y Chipre.

ÍNDICES

ÍNDICE * DE NOMBRES MITOLÓGICOS **, que comprende los propiamente mitológicos, las abstracciones personificadas, Constelaciones y Vientos.

ABANTE: 145, 146, 148, 149, 167, 553 y n., 559, 771, 772, 789.
ABARBÁREA: 380.
ABASTRO: 497, 498.
ACÁ LARENCIA: 565, 567.
ACAO: 438 y n.
ACASTO: 601, 602, 710.
ACATES: 164.
ACERBA: 161, 163.
ACESÁMENO: 469.
ACESTES: 408, 467, 468, 760, 840.
ACETES: 823 y n.
ACIDALIA: 206, 211.
Acis: 441, 442, 504, 508, 509, 588, 590.
ACRISIO: 145, 147, 148, 165, 167, 341, 661, 683, 696-699, 702, 716.
ACTEA: 438.
ACTEÓN: 169, 228, 308, 324, 326.
ACTOR: 541, 595 n.
ACTORION: 575, 595.
ACUARIO: 374, 375, 526.
ADMETO: 313, 315, 327, 746, 747, 752.
ADONIS: 157-160, 639, 640.
ADRASTO: 150, 151, 152 y n., 153, 175, 316, 350, 547-549, 754, 769, 772, 775.
ADRIAS: 365 n.
AEDÓN: 353.
AELO: 289 n., 575, 619, 620.
AÉROPE: 410 n., 684, 688.
AERÓTEMIS: 246.
AFAREO: 553 n., 699.
AFIDAS: 553 y n., 559.
AFRAS : 576.
ÁFRICO: 281, 282, 289.
AFRO: 281.
AFRODITA: 212 n., 510, 689.
AGAMENÓN: 66 n., 193, 308, 316, 383, 387, 394, 397, 410 y n., 532, 618, 619, 645, 646, 666, 685-693, 701, 712.
AGANON (= AGAVO = AGAVON): 380,. 400.
AGAPENTE: 311, 439.
AGATON: 380, 400.
AGAVE: 166, 168, 438.
AGÉNOR: 141, 153-156, 160, 164, 166, 169, 264, 356, 546, 659.
AGESILAO: 499, 641.
AGILEO: 742, 754, 755.
AGLÁOPE: 445.
AGLAOSTE: 634.
AGLAYA: 354 n.
AGREO: 213, 325, 328.
AGRIO: 152 n., 541, 542.
AGRIPA SILVIO: 416, 417.
AIDONEO: 500, 641.
AIRE: 244, 246.
ALBA SILVIO: 415, 416.

* Este índice ha sido elaborado por María del Carmen Puche López.
** Quedan englobados bajo un mismo lema los diferentes personajes que responden a un mismo nombre así como las distintas advocaciones de los dioses.

ALBI'ON: 575, 587, 746, 751.
ALCÁTOO: 152 n., 406.
ALCEO: 52 n., 699 y n., 700.
ALCESTIS: 746, 747, 752.
ALCEÓN: 684.
ALCIDA: 52 y n., 742, 755, 840.
ALCÍMEDE: 765 n., 770 n., 779 n.
ALCIMEDONTE: 765 y n., 770 y n.
ALCÍMENE: 782, 783.
ALCÍNOO: 593-595, 670, 671, 838.
ALCÍONE: 23, 259, 262, 264, 546 y n., 601, 653, 654, 760, 763.
ALCÍONEs: 654.
ALCMENA: 21, 83, 84, 544, 683, 699, 700 y n., 701, 702, 742, 748.
ALCMEÓN: 151, 775, 776.
ALCO: 684 n., 685.
ALECTO: 187, 191-193, 620.
ALÉCTOR: 689.
ALEJANDRO (= PARÍS): 386.
ALETES: 780.
ALEXÍRROE: 396 y n., 706.
ALFÉNOR: 352.
ALFEO: 426, 442, 443, 465, 466.
ALÍOO: 594, 595.
ALMÓN: 722.
ALÓADAS: 299 n., 608 y n., 609.
ALOEO: 222, 290, 608 y n., 609.
ALTANO: 282.
ALTEA: 32, 542-546, 548 y n.
ALTES: 393, 395.
AMALEA: 352.
AMALEO: 353.
AMALTEA: 600, 629.
AMATA: 510, 511, 717.
AMATÍA: 438.
AMAZONAS: 611, 659, 745, 751, 782.
AMBROSIA: 259, 261.
AMENAZAS: 527, 630.
AMICLAS: 355, 356 y n.
AMICO: 553 n., 575, 578 y n., 579 y n., 642.
AMIMONE: 142, 144, 618.
AMITAÓN: 146, 765, 771, 772, 779.
AMÓN: 295, 648, 697, 791, 891 n.
AMOR: 92, 96, 206, 208, 629, 639, 640, 641.
AMULIO: 418, 419, 565, 566.
ANA: 1624.
ANA PERENNA: 164 y n.
ANCEO: 658.
ANCO MARCIO: 734.
ANDRÓGEO: 235, 610, 659, 660, 662.
ANDRÓMACA: 388, 390, 391, 689, 714, 715.
ANDRÓMEDA: 697, 698, 699 y n., 701, 703, 704.
ANFIANACTE: 147 y n.
ANFIARAO: 151 y n, 173, 316, 771-773, 774 y n., 775-777.
ANFICTIÓN: 701 n.
ANFÍLOCO: 151, 775, 776.
ANFÍNOME: 438.
ANFÍON: 149, 150 y n., 151, 167, 170, 233, 309, 323, 351-353, 564, 600, 603, 682.
ANFÍTOE: 438.
ANFITRIÓN: 21, 327, 700 y n., 701 y n., 742, 749, 750, 753.
ANFITRITE: 575, 576, 582, 584, 591, 592.
ANGENORIA (= ANGERONIA = ANGEONIA = = ANGITIA): 225, 242 y n., 243.
ANGEO: 657, 658.
ANQUISES: 22, 297, 374 n., 403-406, 408 y n., 410, 468, 503, 550, 844.
ANTEA: 147 y n., 781, 782.
ANTEGORO: 532.
ANTENOR: 384, 389, 390.
ANTEO: 81, 91, 92, 134, 457, 745, 750.
ANTICLEA: 138 n., 667, 668, 670.
ANTIDONA: 397.
ANTÍFATES: 607 y n., 666, 772, 773 y n., 774.
ANTIFO (= ANTÍFONO): 380, 397, 400, 757.
ANTÍGONA: 153, 170, 171 y n., 172, 174, 375-377, 710 n.
ANTÍGONO: 611, 614.
ANTÍLOCO: 401, 466, 603, 604, 664.
ANTÍMACO: 553 y n., 559.
ANTÍOPE: 146, 233, 234, 351-354, 599, 600, 611.
ANTISO: 380.
AÓN: 575, 596, 629, 676, 705, 706.
APIS: 122, 128-130, 140, 274, 449, 451-453.
APOLO: 25, 31, 62, 134-138, 171, 200, 202, 229, 248-251, 285, 295, 308-310, 312-315, 316 y n., 317, 318 y n., 319-321, 324, 325, 327-330, 332, 333, 336-339, 344, 351-353, 361, 365 n., 375, 376, 383, 386, 387, 389, 391, 400, 454-456, 467, 469, 472, 475, 525, 528, 534, 551-553, 576, 593, 609, 636, 652, 653, 666, 682, 694, 703, 709, 712, 713, 715, 746, 752, 763, 772, 774 n., 787, 807.
APSEUDES: 438.
APSIRTO: 237, 238, 240.
AQUELOO: 426, 444, 445, 544, 545, 744, 750.
AQUEMÉNIDAS: 703.
AQUEMÉNIDES: 589, 703, 844.
AQUEO: 629, 638.
AQUERONTE: 81, 93, 95, 112, 113, 186-194, 196, 197, 851.
AQUILES: 13, 25, 67, 139, 185, 285, 289, 378, 381, 382, 385, 387, 389, 391-393, 395, 400, 402, 406, 407, 410, 429, 438 y n., 441, 470, 472, 475, 501, 532, 546, 549, 607, 621, 669, 670, 690, 692, 694, 708-714, 721, 727, 763, 900.

AQUILÓN: 281, 282, 284, 425, 527, 796.
ÁRABE: 312, 338.
ARACNE: 126.
ARCAS: 294, 309, 363 y n., 364, 365, 617.
ARCISIO: 629, 667.
ARCTOS: 294.
ARDOR: 340.
ARÉMULO SILVIO (= RÓMULO SILVIO): 417.
AREO: 553 n.
ARES: 134.
ARÉSTOR: 449.
ARETE: 593-595, 671.
ARETO: 603, 605.
ARETUSA: 438, 442, 443, 465, 492, 641.
ARGALO: 365 n.
ARGÉNTEA (= LUNA): 244, 246.
ARGESTON: 281.
ARGÍA: 151-153, 172-174, 548, 775.
ARGIFONTE: 51 y n., 690, 721.
ARGIROTOXO (=SOL): 229.
ARGO: 766.
ARGONAUTAS: 21, 286, 287, 323, 324, 350, 579 y n., 642, 645, 658, 708, 766, 767 n., 820.
ARGOS: 51 n, 92, 240 n., 274, 449, 450, 452, 520, 766, 875.
ARGULO: 356 y n.
ARIADNA: 14, 40, 237 y n., 340, 344, 349 y n., 610, 611, 659, 660, 663 y n., 664, 727.
ARIARQUES: 134.
ARICIA: 613, 614.
ÁRIDA (= TIERRA): 81, 82.
ARIES: 209, 490, 787, 788.
ARIÓBATES: 782 y n.
ARISBE: 401, 402.
ARISTEO: 169, 312, 321, 322, 324-327, 434, 454, 475, 827.
ARMÁIS (=DÁNAO): 143.
ARPAGIGES: 685, 686.
ARQUÉMQRO: 352.
ARRUNTE: 734, 735, 808.
ARSÍNOE: 330.
ARTEMIS (= LUNA): 244, 246, 522.
ARTOFÍLACE: 363 n.
ASÁRACO: 373, 374, 403, 404.
ASBOLO: 558, 559.
ASCÁLAFO: 187, 196, 492, 526, 541.
ASCANIO: 382, 390, 403, 404, 408, 409, 411-414, 511, 718.
ASCLEPIO: 331, 332, 458.
ASIA: 257 y n, 259, 265.
Asió: 706.
ASIPO: 330.
ASOPO: 426, 470, 471, 563 y n.
ASTARTÉ: 159.
ASTEREO: 731.
ASTERIA: 237 y n., 248, 250, 251, 360.
ASTERIO: 165, 661, 666.
ASTEROPEO: 469, 470.
ASTIANACTE: 388-390, 670.
ASTICRACIA: 352.
ASTILO: 553 y n.
ASTÍOQUE: 541, 756.
ASTOGIRO: 540.
ASTREA: 277, 278.
ASTREO: 222, 277-280, 283, 284, 289.
ATALANTA: 149, 543, 546, 547, 616.
ATAMANTE: 33, 169, 193, 238, 760, 786-789, 796.
ATE: 66 n.
ATEDÓN: 582.
ATENEA: 126, 127, 362, 549 n.
ATIS: 172, 183, 184, 662.
ATIS SILVIO: 415, 416.
ATLANTES: 292.
ATLAS: 31, 52, 81, 131, 145, 257-265, 278, 307, 356 n., 372, 430, 541, 580, 599, 601, 697, 698, 719, 746, 751, 780.
ATREO: 539, 547, 662, 683, 684 y n., 685, 687, 688, 690, 702, 753.
ATROPO: 46, 74, 75, 111, 112.
AUGE: 758.
AUGÍAS: 595 n.
AURA: 782, 786.
AURO: 282.
AURORA: 107, 222, 226, 256, 277-281 378, 379, 604, 651, 773, 785, 786.
AUSONIO: 668, 674.
AUSTRO: 281, 282, 284, 299, 583, 796.
AUSTROAFRO: 281, 283, 284.
AUTOLIA: 138 y n., 139.
AUTÓLICO: 136, 138, 320 n., 652, 667.
AUTÓNOE: 97, 166, 169, 325, 354.
AUTUCO: 312, 325, 328.
AVENTINO: 417, 418, 742, 758.
AVERNO: 93, 95, 764.
AVES (= FURIAS): 190, 191.
Axio: 426, 469.
AYAX: 139, 388, 389, 549, 667, 668, 670, 708, 709 y n.

B

BABILONIA: 338.
BACANTES: 340.
BACO: 70 n., 168, 180, 261, 300, 308, 309, 321, 322, 339-348, 349 y n., 350, 358, 359, 539, 657, 658, 663, 664, 696, 821, 823.
BALAMEO: 449 n.

BALEO: 449 n.
BALIO: 289.
BAQUEMON: 696, 703 y n.
BÁRATRO: 93, 95.
BASAREO: 341, 346.
BASÁRIDES: 346.
BATILO: 580, 581.
BATO: 136, 137, 164, 324, 325.
BÉLIDES: 143.
BELEROFONTES: 33, 254, 598, 666, 781-784.
BELO: 140-142, 145, 146, 153, 154, 160-163.
BELOCO: 452.
BELONA: 361, 528, 531.
BERECINTIA: 184.
BERGÍON: 575, 587, 746, 751.
BÉROE: 168, 340, 438.
BIANOR: 469, 553, 559.
BIANTE: 606, 607 n., 771, 772 y n., 773 y n., 774, 779.
BIBLIS: 234, 235, 474.
BIÉNOR: 553 n.
BIMATRE (= BACO): 340, 346.
BisALTES: 648 y n.
BISÁLTIDE: 648 n.
BISTÓNIDE: 539.
BONA: 142, 144, 263.
BONA DEA: 81, 82, 263, 505, 506.
BOOTES: 358, 363 n.
BÓREAS: 281, 282, 284-286, 288 y n., 290, 730.
BORO: 475, 711.
BRANCO: 312, 318, 319.
BRIÁREO: 91, 93, 222, 247 y n., 248, 256.
BRICTONA: 526.
BRISEIDA: 13, 532, 690, 693, 712.
BRISEO: 341, 346.
BRITOMARTIS: 311, 439.
BRITONA: 562.
BROMIO: 340, 345.
BROMO: 553 y n., 559.
BRONTES: 575, 591, 592.
BRUTO: 414.
BRUTO (VIRIDESCOTO): 414.
BUCOLION: 375, 379, 380.
BUSIRIS: 141, 575m, 597, 744, 745.
BUTES: 297, 578, 579 y n., 580.
BUZINGUES: 495.

CACA: 732.
CACO: 724, 726m, 732, 745, 751.
CADMO: 40, 151 y n., 153, 154 n., 155, 160, 166-169, 325, 339, 351, 352, 563, 564, 775, 787, 789.
CAFAREO: 618.
CALAIS: 285-288, 351 n., 620, 731, 766.
CALATO: 309, 351 y n., 354.
CALCANTE: 385.
CALCÍOPE: 237, 240 y n., 788.
CALIANASA: 438.
CALIANIRA: 438.
CALIDÓN (JABALÍ DE): 149.
CALÍOPE: 320, 321, 445, 447, 629, 635, 636.
CALIPSO: 259, 265, 594, 671.
CALISTO: 292-294, 307, 363 y n., 364m 440, 617.
CALPIS: 594.
CAMENAS: 635.
CAMICO: 660 n.
CÁNACE: 760, 762, 763.
CÁNCER: 229.
CANDAVIA: 372, 373.
CANDÍOPE: 656 y n.
CANENTE: 241 n., 503 n.
CANTILENA: 317, 318.
CAON: 380, 391.
CAOS: 63, 65, 66, 68, 69, 70 n., 122, 247, 438 n.
CAPANEO: 563.
CAPIS: 403, 404.
CAPIS SILVIO: 416.
CAPRICORNIO: 295.
CARIBDIS: 308, 681.
CARICLO: 502 y n.
CARITES: 354.
CARMENTA: 366.
CARONTE: 92, 93, 112, 113, 851.
CARPENTO SILVIO: 416.
CARTAGO: 360, 361.
CARUTIO: 567.
CASANDRA: 380, 383, 646, 690, 691, 693.
CASIOPEA: 140, 141, 697, 698.
CASTIANIRA: 398.
CASTIGO: 497.
CATH: 458.
CASTOR; 32, 329, 357, 387, 611, 629, 642-644, 685, 688, 766.
CATILO: 775-778.
CATREO: 410 n.
CAUNO: 234, 235, 474.
CAURO: 281, 282, 289.
CAYETA: 408.
CEBRION: 380, 398.
CECIAS: 282.
CÉCROPE: 141, 310, 362, 363, 375, 451, 462, 488, 587, 650, 689.
CÉCULO: 726, 733.
CÉFALO: 548 n, 730, 760, 785, 786.
CEFEO: 697, 698, 699.
CEFISO: 426, 472, 473.
CEIX: 23, 264, 651-654, 710, 763.

CELENO: 259, 262-264, 289 n., 575, 619, 620.
CÉLEO: 493, 495.
CELOS: 98 y n.
CENEO: 546, 553, 559, 616.
CENTAURO: 747.
CENTAUROS: 32, 93, 531, 553 y n., 555-560, 603, 611, 709, 745, 751.
CEO: 85, 222, 248, 250, 251, 255, 310.
CERBERO: 59, 93, 94, 498-500, 560 y n., 561, 612 n., 747, 752.
CERES: 81, 82, 176, 180, 181, 186, 187, 196, 197, 223, 244, 335, 347, 348, 482, 491, 492, 493 y n., 494-496, 499, 621, 641, 650, 681.
CETEOS: 758, 759.
CETO: 584 n.
CETURA: 756.
CIANEA: 234, 235, 474.
CIBELES: 81, 184, 295, 301, 616, 617.
CÍCLOPE: 508, 584, 588, 589, 670, 671.
CÍCLOPES: 32, 247 n., 297, 313, 327, 581, 588, y n., 590, 591 y n., 592, 655, 726, 729.
CICNO: 575, 607, 671.
CICORO: 240 y n.
CIDIPE: 438.
CIELO (O CELIO): 31, 32, 60, 118, 122, 124, 174, 176, 181, 185, 186, 200-202, 205, 207, 212, 213, 216, 218, 222, 223, 225, 259, 260, 304, 309, 361, 426, 429, 478, 482, 483, 488, 628, 732.
CILA: 402 n.
CILÁRABES: 550 n., 618.
CILÁRABO: 550.
CILARO: 553 y n., 559.
CILENE: 131, 133, 599.
CILENIO: 264, 295, 527.
CÍLIX: 153, 155, 160, 166.
CIMÓDOCE: 438 y n., 440 y n., 576.
CIMÓTOE: 438 n., 440 n.
CÍNIRAS: 156, 157, 158, 214.
CINORTAS: 356 n.
CINOSURA: 294.
CINTIA: 312, 520, 524.
CINTIO: 315.
Cío: 318.
CIPARISO: 759.
CIPRIA: 640.
CIPSEO: 381.
CIRCE: 225, 231, 232, 240-243, 429, 440, 503 y n, 510, 581, 583, 670-674.
CIRCIAS: 282.
CIRCIO: 281, 282, 284.
CIRENE: 324, 325 y n., 328, 434, 454, 827.
CIRNO: 324, 742, 756.
CIRRA: 771.
CITEREA: 206, 211, 213.
CITISORO: 240 n.
CITORO: 789.
CLANIS: 553 n.
CLARIO (= APOLO): 316.
CLEMENCIA: 755.
CLEODOXE: 352.
CLEOPATRA: 288 n.
CLÍMENE: 259, 426, 430, 431, 438, 440, 462, 465.
CLÍMENO: 604.
CLÍO: 438, 629, 635, 636.
CLITEMNESTRA: 32, 357, 383, 618, 629, 642, 646, 685, 687, 690-694.
CLITIE: 704.
CLITIO: 375, 377.
CLITO: 773.
CLITONEO: 594, 595.
CLOANTO: 374 n.
CLORA: 289.
CLORIS: 150 y n., 289, 352, 603, 605, 606.
CLOTO: 46, 74-76.
CLUSTIMENA: 657.
CÓCALO: 600 n., 661.
COGITO: 93, 95, 101, 189, 199.
CODRO: 780.
COLATINO: 735.
CONCORDIA: 694.
CORAS: 776, 777.
CORAX: 443.
COREBO: 317 y n., 383.
CORIA: 437.
CORIBANTES: 182.
CORINTO: 693, 695, 780.
CORITO: 262, 372, 373, 621.
CORNETO: 372.
CORNIBEO: 414.
CORO: 281, 282.
CORÓNIDE: 259, 261, 328-330, 459.
CORONIS: 551, 552.
CORÚFICE: 437.
CORUSICES: 426.
CREMENON: 380.
CRENEO: 553 n.
CREONTE: 153, 170 y n., 171, 172, 239, 603, 611-, 753, 767, 779, 784, 785.
CREONTÍADES: 742, 753 y n.
CRESIA: 733.
CRETA: 631.
CRETE: 629.
CRETEIDE: 581.
CRETEO: 601, 760, 765, 770, 771, 779, 780.
CRETÓN: 466.
CREÚSA: 239, 365 n., 380, 382, 406, 410-412, 784, 785.
CRIMEN: 527, 530.
CRINISO: 426, 467, 468.

CRISAOR: 575, 608.
CRISEIDA: 13.
CRISOCOMAS (= SOL): 229.
CRISÓTEMIS: 690, 692.
CROMIO: 398, 603, 606.
CROMIS: 553 y n, 559, 742, 754.
CRONIS: 230, 482, 489.
CROMO: 112, 213, 575, 631.
CROTOPO: 317, 356.
CTÉATO: 595 n.
CTÍMENE: 20, 667, 668 y n.
CTONIO: 553 n.
CUPIDO: 25, 69, 70, 131, 136, 137, 208, 210, 212, 213, 216, 333-336, 526, 534-536, 538.
CORBAS: 282.
CURITIS: 520, 524.

D

DÁCTILOS: 592.
DAFNE: 454, 455, 535m 537.
DAFNIS: 386, 388, 457, 458.
DAMASICTON: 352.
DAMO: 553, 559.
DÁNAE: 148, 149, 471, 696-698, 716, 890.
DANAIDES: 143.
DÁNAO: 92, 142-145, 153, 160, 165, 166, 341, 451 y n., 484, 552, 556, 597, 618, 661, 666, 667, 780.
DÁRDANO: 31, 145, 262, 285, 288 n., 290, 304, 368, 371-373, 397, 403, 407, 412, 419, 621, 683.
DAUNO: 149, 510, 716-718.
DEDALIÓN: 138, 320, 651, 652.
DÉDALO: 55, 188 n., 236, 325, 628, 660-662, 680, 795.
DEICORONTE: 742, 753.
DEIDAMÍA: 712, 714.
DEÍFOBO: 380, 392, 400, 645.
DEÍPILE: 152, 153, 548, 549.
DEMOCOONTE: 397.
DEMOFOONTE: 14, 611, 614, 659, 664, 694.
DEMOGORGÓN: 30, 33, 46, 60, 61, 62 y n., 63, 65, 66, 68, 69, 73, 74, 76-79, 81, 92, 93, 122, 222, 796.
DEMOLEÓN: 553 y n., 559.
DÉRCETO: 446 n.
DERCINO: 587 n.
DEUCALIÓN: 266, 368, 274-277, 472, 659, 664, 665.
DEXA: 438 y n.
DEXÁMENE: 438 n.
DEYANIRA: 32, 445, 531, 544, 545, 558, 559, 745, 747, 755.
DEYOPEA: **438.**
DÍA: 92, 113, 122, 123, 181, 201, 202, 205, 207, 222, 663 n., 815.
DIANA: 12, 31, 122, 130, 137, 147, 149, 176, 212, 244, 245, 248-250, 294, 307, 309-313, 326, 329, 351, 352, 363, 364 n., 442, 545, 547, 562, 613, 651, 652, 654, 655, 657, 682, 691, 692, 694, 721, 767, 785.
DICTIS: 553 y n., 559.
DIDO: 22, 108, 109, 159, 161-164, 399, 404, 408, 649, 834, 838-840.
DIÉSPITER: 223.
DIMANTE: 396 y n., 705, 706.
DIMOCOONTE: 380.
DINÁMENE: 438.
DIOCLES: 466.
DIODORO: 742, 756.
DIOMEDES: 153, 398, 404, 405, 542, 548-550, 618, 639, 669, 717, 744, 754, 781, 784.
DIONE: 532, 550, 639, 640.
DIONISIO: 122, 134-136, 274, 277, 340, 341, 347, 456, 457, 629, 676, 696.
DIÓSCUROS: 32, 643, 685.
DIRÁ: 190.
DIRÁS: 190, 191, 694.
DIRCE: 225, 233, 234, 351, 472, 600.
DISCORDIA: 66, 93, 386, 527, 530, 710, 711.
DISPATER: 496, 497.
DÍTE: 93, 95, 221, 482, 496-499, 628, 746, 752, 775, 851.
DITIRAMBO: 341, 346.
DOLÓN: 669.
DOLOR: 186.
DOMIDUCA: 520 y n., 522, 524.
DORICLO: 380, 399.
DORILAS: 553 y n., 559.
DORIS: 185, 226, 426, 433, 437, 438, 441-443.
DORO: 575, 577.
DOTO: 438.
DRÍADES: 321, 439.
DRIANTE: 558, 656, 657 y n., 658.
DRIMO: 438.

EACO: 93, 381, 441, 470, 629, 650, 676, 707-709, 844.
EAGRO: 320 n.
EBALO: 356 n., 357, 358.
EBULEO: 134 y n.
ECLES: 774, 775, 777.
ECO: 473.

EDIPO: 31, 170, 171 n., 172, 173, 193.
EETES: 237 y n., 238, 240, 242, 251, 429, 765, 766 n., 767 n., 768, 788.
EETIÓN: 388.
EFIALTES: 290, 299 n., 575, 608 y n., 609.
EFIDAPO: 553, 559.
EFIMEIDA: 608.
EFÍNOO: 553, 559.
EFIRA: 438.
EGEO: 92, 239, 256 n., 323, 575, 610, 611, 615, 660-662, 767, 780.
EGEÓN: 222, 226, 247, 255, 256.
EGERIA: 613.
EGESTA: 467.
EGIALE: 354, 355.
EGIALEA: 309, 550, 618.
EGIALEO: 129, 238, 240, 542, 453.
EGINA: 470, 471, 707.
EGIPCIO SILVIO: 416.
EGIPTO: 142, 143, 145, 153, 780.
EGISTO: 67, 383, 618, 646, 684-691, 694.
EGLE: 258, 295, 298.
ELANO: 274, 276.
ELARA: 338.
ELECTRA: 145, 259, 262, 263, 372, 619, 621, 690, 692, 694.
ELECTRIÓN: 683, 699 y n., 700 y n.
ELECTRIONE: 608.
ELELEO: 341.
ELEO: 346.
ELEPE: 577.
ELEUSIO: 492, 493, 495.
ELIMO: 553 y n., 559.
ELISA: 161.
ELOPE: 553, 559.
ELPÉNOR: 670, 671, 673, 764.
ENCELADO: 85, 222, 248, 255.
ENDIMIÓN: 244, 245.
ENEAS: 22, 32, 163, 164, 285, 297, 355, 374 n, 375, 382, 389-392, 394, 399, 402, 404 y n., 405-407, 408 y n., 409-414, 466, 468, 496, 510, 511, 549, 550, 568, 596, 613, 639, 666, 693, 717, 718, 724, 727, 733, 758, 763, 764, 823, 827, 839, 844.
ENEAS SILVIO: 413-415, 780.
ÉNEO: 445, 541, 542 y n., 543-546, 548 y n., 551, 557-559.
ENFERMEDAD: 92, 105.
ENFERMEDADES: 93.
ENGAÑO: 92, 99, 101.
ENIPEO: 601, 779.
ENÓMAO: 188 n., 526, 538, 539, 682, 683, 721.
ENONE: 386, 388.
ENOPIÓN: 655, 656 y n.
ENOSIGEO: 577.
ENTELEQUIA: 336, 337.
ENTELO: 297.
ENVIDIA: 92, 98 y n.
EOLO: 33, 51, 169, 221, 279, 280, 307, 576, 629, 668, 670, 672, 738, 742, 760, 761, 762 y n., 763-765, 778-781, 785, 786, 788, 796.
EONAS: 65 y n., 225, 230.
Eoo: 226, 228.
Eos: 252, 254.
EPAFO: 31, 122, 140, 141, 233, 273, 279, 351, 352, 449, 451, 461, 600.
EPEO: 100.
EPIMETEO: 257, 265, 266, 268, 273, 274.
EPINICO: 352.
EPITESIA: 399.
EPITROPO: 770 y n.
EPOPEO: 600 n.
EQUEA: 756.
EQUEFRÓN: 603, 605.
EQUECLO: 553 n.
EQUEMÓN: 380, 398.
EQUÍON: 168.
ERATO: 629, 635, 636.
EREBO: 30, 46, 74, 76, 77, 83, 84, 92-108, 111-113, 116, 118, 121, 122, 221.
ERECTEO: 285, 500, 641, 680, 729, 730 y n., 785, 789.
ERETUSA: 258.
ERGASTES: 282.
ERIBEA: 608 n.
ERICINA: 536.
ERICTONIO: 127, 285, 372, 373, 397, 403, 726, 727, 729, 730 y n., 731.
ERÍDANO: 431, 461, 463, 464.
ERIFILE: 150, 151, 316, 775, 776.
ERÍGONE: 357, 358.
ERINIES: 62, 851.
ERINIS: 62.
ERISICTON: 103, 180.
ERITRA: 142, 704, 705.
ERITREO: 228, 696, 704, 705.
ERIX: 297, 523, 579 y n., 580 y n.
EsACÓ: 380, 396 y n., 706.
ESCAMANDRIO: 388, 390.
ESCAMANDRO: 397, 407.
ESCILA: 23, 93, 241, 242, 580-584, 660, 671.
ESCIRÓN: 611.
ESCITAS: 122, 174.
ESCORPIÓN: 209, 462, 463, 656.
ESCUALIDEZ: 98.
ESCULAPIO: 202, 312, 328-331, 459, 501, 502, 552, 593, 612, 613 y n.
ESEPO: 379, 380.
ESFINGE: 166, 267, 171, 563.
ESMICRO: 318 n.
ESÓN: 239 y n., 602, 765, 767, 770, 779, 789.

ESPARETO: 463.
ESPEO: 325 y n.
ESPERQUÍO: 426, 475, 711.
ESPÍO: 438 y n., 576.
ESTASIPO: 399.
ESTENEBEA: 146, 147 y n., 288 y n., 781, 782 y n.
ESTÉNELAS: 313.
ESTÉNELO: 142, 373, 459 y n., 550 y n., 563, 584, 618, 696, 701, 702, 743.
ESTENO: 580, 584, 585.
ESTERCES: 504.
ESTERCUCIO: 504.
ESTERCULINIO: 716.
ESTERCULIO: 487.
ESTÉROPE: 259, 264, 541.
ESTÉROPES: 575, 591, 592.
ESTIFELO: 553 y n., 559.
ESTIGE: 93, 95, 111, 121, 168, 187, 189, 194, 197-199, 336, 481, 713, 714, 722.
ESTILBÓN: 136, 137, 274.
ESTINFÁLIDES: 744, 751.
ESTRATICO: 603, 605.
ESTROFIO: 693, 694.
ETA: 225.
ETÉOCLES: 62, 151, 152 y n, 170, 172, 173, 471, 509, 548, 549, 657, 754.
ÉTER: 22, 30, 31, 46, 60, 92, 113, 116, 118, 121-123, 174, 176, 181, 222, 266, 451.
ETERNIDAD: 63-66.
ETESIAS: 282.
ETÍOPE: 460, 461, 790.
ETODO: 553, 559.
ETOLO: 526, 564.
ETON: 226, 228.
ETRA: 260, 261, 426, 430, 610, 611.
EUBULEO: 122, 134 y n.
EUDORA: 259, 261.
EUDORO: 719, 721.
EUFRÓSINE: 309, 354 y n., 355.
EUHAN: 341, 346, 350.
EUMÉNIDES: 93, 190, 191.
EUMEO: 20, 671 n.
EUMOLPO: 821.
EUNEO: 350, 765, 768.
EUQUIO: 341.
EURÍALE: 580, 584, 585.
EURÍALO: 380.
EURIANASA: 431.
EURICLEA: 671.
EURÍDICE: 321, 322, 604, 605, 775 n.
EURIMEDUSA: 650 y n.
EURÍLOCO: 232, 671.
EURIMEDONTE: 504, 508, 593.
EURÍMIDA: 590 y n.
EURIMO: 590 n.
EURÍNOME: 152, 312, 316, 354 n., **426**, 429, 703, 704.
EURÍNOMO: 553 y n., 559.
EURÍPILO: 758, 759.
EURISTEO: 33, 67, 69, 258, 611, 701, 702, 743m 744-746, 749, 755, 820.
EURITIÓN: 553 n., 557, 558.
EURITO: 553 y n., 559 n., 747, 759.
EURO: 281-283, 796.
EUROASTRO: 281, 283, 284.
EUROPA: 153, 155, 160, 164-166, 245, 659, 661, 662, 666, 667, 821.
EUTERPE: 629, 635, 636.
EVADNE: 526, 563.
EVANDRO: 365, 366, 408, 510, 717, 719, 724, 725, 732, 745, 777.
EVIOLO: 684.

FABÉTOR (= FOBÉTOR): 110 y n.
FABIO: 566.
FAETÓN: 23, 430, 431, 461-464.
FAETUSA: 225, 231, 232, 461.
FALANTO: 588.
FAMA: 81, 85-89, 224, 248 n., 271, 528, 531.
FANAS: 507.
FANETE: 46, 79, 80, 83, 181.
FANOS: 80.
FÁNTASO: 110.
FANTUAS: 507.
FAREO: 553, 559.
FATALIDAD: 66 n.
FATUA: 81, 82, 263, 505, 506.
FATUAS: 507.
FATUCLO: 505.
FATUOS: 507.
FAUNA: 81, 82, 263, 505, 506.
FAUNO: 32, 324, 503-510, 758.
FAUNOS: 439, 504, 506-508.
FÁUSTULO: 419, 565-567.
FAVONIO: 281, 282, 289.
FEBE: 192, 243, 244, 246, 642, 704.
FEBO: 107, 135, 226, 229, 235, 267, 329, 391, 425, 432, 472, 527, 534, 537, 651, 652, 771, 784, 801, 846, 861.
FEBRUA: 520, 524.
FEBRUO: 499.
FÉDIMO: 352.
FEDRA: 14, 235, 611, 612, 614, 659, 660, 663, 664.
FEGEO: 448, 453.
FENESTRAL: 734.
FÉNICE: 364 n.
FÉNIX: 153, 154, 160-162, 166, 170, 294, 546.

FENTRATE: 274, 277 y n.
FEO: 259, 261, 553, 559.
FEOCOMES: 553 n.
FERECRATES: 277 n.
FERES: 765 y n., 770 n., 771, 779.
FERITAS: 765 n.
FERUSA: 438.
FÉSILE: 259, 261.
FICARIOS: 507.
FIDIPO: 757.
FÍLACE: 431, 464.
FÍLACO: 607 n., 770 n., 779 n.
FILAMON: 138, 312, 320, 652.
FILANTE: 721.
FILIDROS: 501.
FÍLIRA: 201, 426, 474, 501.
FILIS: 14, 614, 657, 659.
FILÍSTENE: 160, 161.
FILÍSTENES: 312, 317, 318 n.
FILOCTETES: 381, 669, 748.
FILÓDOCE: 438.
FILÓGEO: 228.
FILOMELA: 285, 539, 540 y n., 731.
FILOMELO: 765, 769 y n.
FILÓN: 201.
FILOTES: 257.
FINEO: 286, 287, 288 y n., 620, 697, 698.
FÍSTENES: 539.
FLEGEO: 150, 151.
FLEGETONTE: 93, 95, 189, 199, 200.
FLEGIAS: 328, 526, 551, 552 y n, 553.
FLEGONTE: 226, 228.
FLEGREO: 553 n.
FLORA: 289, 527, 528.
FLUONIA: 520, 524.
Foco: 707, 710.
FOLO: 553 y n., 559.
FONES: 507.
FORBANTE: 380, 399, 451, 553 n., 653.
FÓRCIDES (= FORCÍNIDES): 576, 581, 584 y n., 585, 588.
FORCO: 575, 580, 581, 584-586, 588.
FORONEO: 128, 129, 448, 451-453, 844.
FORÓNIDE: 137.
FORTUNA: 394, 734.
FÓSFORO: 114 n., 212.
FRAGOR: 282.
FRANCO: 389.
FRAUDE: 92, 101.
FRIXO: 238, 240 y n., 786-789.
FRIXÓNIDES: 630.
FRONTIS: 240 n.
FTÍA: 352.
FURIA: 192.
FURIAS: 62, 189, 190 y n., 191-194, 206, 209, 279, 280, 497, 620, 787.
FUROR: 340, 527, 528, 531.
GALATEA: 438, 441, 442, 508, 588, 590.
GÁLICO: 282.
GALOS: 182, 183.
GANIMEDES: 373, 374, 525 y n., 526, 681, 759.
GARAMANTE: 312, 318, 648.
GARAMÁNTIDE: 648, 649.
GELANOR: 143.
GEMELOS: 642, 643.
GENIO: 722, 723.
GENIOS: 722.
GENUINO: 464.
GERION: 93, 101 y n., 484, 509, 560, 582, 724, 745, 751.
GIGANTES: 31, 91, 94, 194, 222, 225, 247, 290, 294, 295 y n., 296-298, 299 y n., 344, 414, 509, 630, 729, 746.
GLAUCA: 223, 482, 496.
GLAUCE: 438, 767.
GLAUCO: 241, 242, 265, 576, 581-583, 659, 662, 779-781, 783, 784.
GOFERIO: 414.
GORGE: 544, 545.
GORGITIO: 380, 398.
GORGÓFONE: 696, 699 y n., 700.
GÓRGONA: 62, 67, 148, 259, 295, 586, 598, 697-699, 860.
GÓRGONAS: 93, 258, 584 y n., 585, 598.
GRACIA: 92, 97, 354.
GRACIAS: 97, 206, 208, 211, 354 y n., 355, 871.
GRADIVO: 533, 539.
GRANICO: 396 n.
GREAS: 584 n.
GRINEO: 553 y n., 559.
GUERRA: 93.

H

HADAS: 828.
HADES: 575.
HADO: 74-77.
HADOS: 74-76, 497, 543.
HALESO: 690, 693.
HALIA: 438 n.
HALIO: 594 n.
HAMADRÍADES: 439.
HAMBRE: 92, 93, 103.
HARMONÍA: 40, 151 y n., 166-169, 526, 563, 564, 727, 775.
HARPÁLICE: 288 y n., 657, 658, 659.
HARPÍAS: 93, 190 y n., 191, 286, 287, 289

n., 619, 620, 744 y n., 751.
HEBE: 520, 525, 526, 551, 748.
HÉCATE: 62, 429.
HÉCATE (=LUNA): 244, 245.
HECATONQUIRES: 31, 247 n.
HÉCTOR: 375, 380, 381, 386-391, 395, 396 y n., 400, 438 n., 549, 550, 645, 689, 706, 708, 712-714, 763.
HÉCUBA: 13, 51, 380-388, 391-394, 396 n., 397, 401, 406, 407, 645, 706, 713.
HELE: 786-788.
HELÉN: 760, 762 n.
HELENA: 32, 308, 357, 381, 383, 384 n., 387, 392, 407, 434, 560, 611, 629, 642, 644-646, 669, 687-690, 693, 710, 712.
HELENO: 140, 380, 389, 391, 392, 400, 408, 689, 714.
HELÍADES: 464 n., 465.
HELICAON: 384.
HÉLICE: 294.
HELIO: 256 n., 429.
HÉLOPE: 553 n.
HEMONIO: 328, 329.
HEÓSFORO: 114 n.
HERA: 524, 648 n.
HERACLES: 748.
HERACLIDAS: 33.
HÉRCULES: 21, 31, 33, 37, 52 n., 67, 69, 91, 92, 122, 134, 135, 146, 152, 161, 163, 170, 193, 202, 250, 251, 257, 258, 297, 308, 309, 360, 361, 376, 377, 380, 381, 437, 445, 456, 457, 460, 484, 501, 502, 509, 525, 526, 531, 544, 545, 558, 559, 560 y n., 561, 573, 580, 582, 584, 587, 595 n., 597, 605, 606, 608, 611, 612, 629, 648 n., 669, 700-702, 708, 724, 725, 732, 738, 742, 743, 745-752, 753 y n., 754-760, 766, 767.
HERE: 524.
HERMAFRODITO: 201, 203, 204, 213.
HERMANOS: 81.
HERMES: 51 n., 201, 332, 459 n., 608 n., 690.
HERMIA (=HERMIAS): 201.
HERMÍONE: 387, 391, 532, 688, 689, 693-695, 714, 715.
HERMÍONE (= HARMONÍA): 40, 151 n.
HESÍONE: 375-377, 381 y n., 386, 467, 644, 708, 709, 746, 751.
HESPERETUSA: 258.
HESPÉRIDES: 257, 258, 574, 616, 745, 750.
HESPERIE: 396.
HÉSPERO: 114 n., 206, 211, 257-259, 631, 742, 785, 786.
HÍADES: 259, 261, 262.
HIANTIO: 326 y n.
HÍAS: 259-261, 430.
HICETAON: 375, 377.
HIDRA DE LERNA: 93, 247, 648 n., 743, 750, 758.
HILAS: 376, 553 n., 708, 746.
HILO: 742, 755.
HILÓNOME: 553 y n., 559.
HIMENEO: 339, 347, 348.
HÍMNIDES: 38, 439.
HIONIA: 492.
HIPASON: 553 n.
HIPERBÍO: 526, 564.
HIPERÍON: 31, 60, 209, 222, 225, 227, 235, 238, 241, 243, 244, 256 n.
HIPERMESTRA: 142-144, 145 y n., 146, 451 y n., 774.
HIPOCATIA: 560.
HIPODAMÍA: 404-406, 538, 539, 558, 560, 562, 683-685, 687, 721, 745.
HIPÓDAMO: 754.
HIPÓLAGO: 654, 656, 657.
HIPÓLITA: 611-613.
H)PÓLITO: 57, 235, 329-331, 611-613, 663, 664.
HIPÓLOCO: 781-784.
HIPÓMENES: 615, 616.
HÍPOTES: 467, 760, 762 n.
HIPÓTOO: 380, 400.
HIPSEO: 325 n., 454, 470, 471.
HIPSÍPILA: 349, 350, 766, 768.
HIRCEO: 575.
HIRIEO: 601, 654.
HODITES: 553 n.
HONOR: 194-196, 500.
HORAS: 225, 226, 230.
HORUS: 229, 230.
HUMO: 81, 82.
HURACÁN: 282.

IACO: 341, 346 y n.
IAFRA: 756.
IÁLMENO: 526.
IAPETIA: 461, 464.
IÁPETO: 222, 257 y n., 265, 266, 268.
IARBAS: 164, 629, 648, 649.
IASIO: 145, 149 y n., 150 y n., 151, 262, 372, 373, 546, 547, 616.
IASIÓN: 493 y n., 495, 496, 769 y n.
IAUCE: 318 y n., 319.
ICARIO: 359, 364 n., 669 n., 699 n.
ICARO (= ICARIO): 357 y n., 358, 359.
ICARO: 188 n., 660, 669 y n.
ÍCELO: 110 n.

ICERILO: 724.
IDALIAS: 640.
IDAS: 329, 546, 642, 643.
IDEA: 288 n.
IDEO: 386, 388.
IDÍA: 237 n., 238 y n., 240.
IDOMENEO: 406, 407, 664, 665.
IDOTEA: 433, 434, 436.
IFATES: 380, 401.
IFIANASA: 690-692.
IFICLES: 700, 701, 742, 743, 749, 750.
IFICLO: 431, 464, 606, 607 y n., 760, 779 y n., 780, 785.
IFIGENIA: 669, 690-692, 694.
IFIMEDÍA: 290, 608.
IFÍNOO: 553 n.
IFTIMA: 357, 359.
IGNÍGERA: 340, 345.
ILIA: 31, 32, 419, 565, 566.
ILIONA: 380, 384.
ILIONEO: 352, 373 n., 399.
ILITÍA: 702.
ILO: 373 y n., 374, 375, 412, 525 n.
ILON: 553, 559.
IMANTE: 316.
IMBREO: 553 n.
IMBRICITOR: 229 n.
IMBRIO: 385 n.
IMBRO: 553, 559.
ÍMPETU: 530.
INACO: 140, 141, 365, 426, 448453.
ÍNCUBOS: 507.
INFIERNO: 93, 95.
INO: 166, 169, 340, 343, 576, 787-790.
INQUIETUD: 335.
INSIDIAS: 527, 530.
INTERDUCA: 520, 522.
Io: 140, 141, 365 y n., 448-451.
IÓBATES: 147 n., 782.
IOLAO: 701.
IOLE: 531, 545, 559, 747, 759, 815.
ION: 365 n.
IPASON: 553, 559.
IPSEA: 238 n.
IRA: 340, 527, 528.
IREO: 553, 559.
IRIS: 286, 384 n., 520, 523.
ISANDRO: 781-783.
Isis: 81, 129, 130, 140, 141, 266, 268, 273, 274, 427, 449-451, 461, 489.
ISMENA: 170, 172.
ISMENO: 352.
Iso: 380, 397.
ÍTALO: 372.
ITATÓN: 110.
ITILO: 353 y n., 354.
ITIS: 539-541, 731.
ITONEO: 742.
ITONO: 754.
IULIO: 412.
IULIO ASCANIO: 406.
IULIO PRÓCULO: 417, 568.
IULIO SILVIO: 411-413, 417, 419.
IULO: 22, 409, 411, 412.
IXÍON: 93, 94, 551, 553-560.

J

JACINTO: 285, 709 n.
JANO: 241 n., 486, 487.
JANTO: 165, 289, 438, 629, 650, 666.
JASÓN: 21, 238, 239, 286, 323, 350, 601, 602, 610, 615, 765 y n., 766 y n., 767, 768, 769 y n., 770 y n., 779 n., 784, 789.
JENARCO: 352.
JONIO: 363, 365 y n.
JUICIO: 278.
JUNO: 22, 32, 66, 81, 125, 127, 146, 147, 168, 206 n., 223, 247, 249, 250, 263, 279, 280, 300, 301, 335, 338-340, 363, 364, 374, 377, 386, 407, 409, 410, 427, 449, 450, 452, 478, 482, 491, 506, 511, 514, 517-519, 520 y n., 521-529, 532, 553-556, 576, 608 y n., 609, 629, 630, 633, 634, 647, 649, 653, 702, 711, 717, 722, 726, 727, 743, 746, 748, 749, 752, 753, 760, 762, 771, 787, 813.
JÚPITER: 22, 30-33, 60, 66, 67, 72, 73, 75, 83-85, 88, 97, 115, 116, 118, 121-123, 124 y n., 125-128, 130, 131, 133-135, 140-142, 147-149, 154, 164-166, 168, 174, 176, 181, 182, 185-187, 190, 191, 194, 200, 206, 213, 216, 222-225, 230-234, 236, 243, 244, 247-253, 255, 256, 259, 262-265, 273, 274, 278-280, 286, 291-296, 298-301, 304, 307, 309-313, 329, 336, 338-343, 351-357, 360, 361, 363, 364 y n., 366, 368, 372, 374, 375, 379, 382, 386, 387, 389, 409, 427, 437, 441, 449, 451-453, 461-463, 470, 471, 478, 482-488, 491-494, 496, 499, 500, 519-522, 524-528, 532, 536, 542, 553, 555, 556, 560, 562, 576, 587, 588, 591, 593, 600, 609, 617, 621, 624, 627-635, 638-644, 646-651, 654, 655, 659-661, 665-667, 674, 676, 679, 680, 681, 688, 690, 696, 698, 700, 702, 705, 707, 709-711, 716, 718-720, 722, 726-729, 738, 742, 744, 746, 748, 750, 759-642, 778, 783, 790, 791, 795, 796, 813, 815, 821, 836, 840, 890.
JÚPITER INDIGETES {= ENEAS): 409.
JUSTICIA: 278.
JUVENTUD: 275, 748, 753.

LÁBDACO: 153, 169, 170.
LABICO: 663.
LACEDEMON: 154, 264, 309, 355, 356.
LACEDEMONA: 356.
LACINIO: 746, 751.
LAERTES: 20, 139, 265, 667, 668, 672.
LAMIAS: 440, 828.
LAMIRO: 742, 759.
LAMO: 759 n.
LAMPETIE: 225, 231, 232, 461, 464 y n.
LAMPO: 228, 375, 377.
LAMPSACIO: 155.
LANÍO: 759, 760.
LAOCOONTE: 380, 400.
LAODAMANTE: 594, 595.
LAODAMÍA: 666, 781-783.
LAÓDICE: 380, 384 y n., 690, 692.
LAOMEDONTE: 256, 324, 375-381, 403, 467, 525 y n, 576, 669, 708, 709, 746, 820.
LAÓTOE: 393, 395.
LAPIS: 484.
LÁPITA: 312, 315.
LÁQUESIS: 46, 74-76.
LAR: 723.
LARA: 722.
LARES: 719, 722, 723.
LARISA: 328, 617.
LARUNDA: 722.
LATINO: 32, 241, 323, 399, 408, 414, 504, 509-511, 674, 717-719, 725, 733, 758.
LATINO SILVIO: 415, 511.
LATONA: 180, 248-251, 310-313, 338, 339, 352,360,431,654,682.
LATREO: 553 y n., 559.
LAUSO: 418, 419, 566.
LAVINIA: 32, 408, 411-415, 509-511, 718.
LAYO: 169-171.
LEARCO: 33, 169, 308, 786, 787, 789, 796.
LEDA: 32, 357, 560, 642 y n., 643, 644, 646.
LÉLAPE: 785.
LEMNÍADES: 350, 768.
LENEO: 341, 346.
LEO: 229.
LEODAMANTE: 412.
LEONTODAME: 310, 439.
LETE: 199, 200.
LEUCIPO: 452, 642, 699 n.
LEUCO: 397.
LEUCONOTO: 282.
LEUCOSIA: 447.
LEUCOTEA: 169, 671, 673, 787, 789.
LEUCÓTOE: 703, 704.
LÍBER: 131, 134-136, 262, 323, 342, 347, 697.
LÍBERA (= SÉMELE): 663.
LIBIA: 140, 141, 259, 597, 744.
LÍBICO: 796.
LIBIO: 281.
LIBONOTO: 281.
LIBRA: 463, 536.
LÍCABAS: 553 n.
LICAÓN: 222, 292-294, 309, 363, 364, 380, 395.
LICASTA: 579, 580.
LICASTE: 311, 380, 384, 439.
LICEMON: 757 n.
LICEO: 73, 74, 311, 559.
LICETO: 553.
LÍCIDAS: 553 y n., 559.
LICIMNIO: 757.
Lico: 170, 233, 234, 351, 553 y n., 559, 600, 747, 753.
LICOMEDES: 669, 712.
LICOPE: 553 n.
LICORIAS: 438.
LIDIA: 689.
LICURGO: 349, 350, 614, 657- 659, 768, 769, 844.
LIDO: 742, 759, 760.
LIEO: 340, 345 y n.
LIGEA: 438.
LIGIA: 445, 447.
LIGO: 461, 464.
LIGUR: 464.
LIMNORIA: 438.
LINCEO: 143, 144, 145 y n., 146, 160, 166, 329, 352, 451, 493, 495, 500, 642m 661, 683,774,780.
LINCEO (= Lico): 351 n.
LINO (= LINCEO): 143, 145 y n., 312, 317 yn.,323,820,821.
LIQUÍONE: 651 n.
LIRÍOPE: 473.
LIRIS: 680.
Lis: 66.
LISANIAS: 123, 124, 293, 309.
LISIANASA: 316 n.
LISÍDICE: 683.
LISÍTOE: 134.
LITIGIO: 46, 66-69, 74, 81, 279, 280.
LOBA: 565.
LOCURA: 192.
LOXIAS: 229.
LUCÍFERO: 114 n., 206, 212, 320, 629, 651, 653, 742, 763.
LUCINA: 66, 89, 244, 245, 520, 522, 702.
Lucio: 734, 735.
LUCRECIA: 735.
LUNA: 115, 116, 225, 243-246, 300 n., 310, 429, 490, 493, 522, 524, 696.
LUTO: 93, 192.

M

MACAÓN: 328, 331, 332.
MACAREO: 694, 714, 760, 762, 763.
MAGNA MADRE (= TIERRA): 81, 82.
MAGNA PALES: 184.
MAJESTAD: 195, 196, 263, 500, 726.
MANTIO: 607 y n., 772, 773 y n.
MANTO: 316, 468, 469, 682.
MAR: 428.
MARCOMANO: 390.
MARICA: 509, 510, 674.
MARPESA: 546.
MARSIAS: 340, 344, 346, 732.
MARTE: 32, 40, 99, 116, 134, 167, 206, 209, 262, 264, 361, 377, 490, 519, 521, 526-536, 538-541, 542 y n., 547-552, 557, 560, 562-568, 608, 609, 639, 727, 757, 763, 788, 789, 815, 871.
MATRONA: 520, 524.
MATUTA: 789.
MAVORTE: 509, 533.
MAYA: 81, 259, 262, 263, 505, 520, 719, 726.
MEANDRO: 234, 235, 426, 474.
MECENCIO: 408, 412.
MEDEA: 21, 81, 237, 238 y n., 239 y n., 242 n., 601-603, 610, 615, 765-768, 784, 785.
MEDESICASTE: 380, 385 y n.
MEDO: 239, 610, 615.
MEDON: 553 y n., 559.
MEDUSA: 259, 580, 584-587, 597, 598 n., 599.
MEGALE: 732.
MEGAPENTES: 688, 689.
MÉGARA: 747, 753 y n.
MEGAREO: 615, 616.
MEGUERA: 187, 190, 193.
MELA: 541, 542.
MELAMPO: 146, 147, 415, 511, 606, 607 n., 684 y n., 685, 771, 772 y n., 773 n., 774, 775, 779.
MELANEO: 553 n.
MELANIPE: 547, 611, 762 n.
MELANIPO: 544, 548, 549, 551.
MELANTO: 433, 435, 436, 578, 780.
MELAS: 152 n., 240 n.
MELEAGRO: 32, 149, 152, 541, 542 y n., 543-547, 559, 709.
MELIA: 578 n.
MELICERTES: 33, 169, 786, 787, 789, 790, 796.
MELION: 575.
MELISA: 629, 630.
MELISEO: 629.
MÉLITE: 438, 576, 578.
MELÓ: 456.
MELPÓMENE: 445 n., 629, 635, 636.
MEMNÓN: 738, 739, 604, 635.
MEMORIA: 635.
MENA: 244, 246, 629, 649.
MÉNADES: 323, 821.
MENE: 438 y n.
MENECEO: 170 n.
MENECIO: 257 n.
MENELAO: 381, 387, 388, 393, 399, 433, 434, 436, 466, 604, 644-646, 687-689, 693, 714.
MENELAS: 553, 559.
MENESTIO: 475, 711.
MENTOR: 385 y n.
MENESTEO: 614, 659.
MEÓN: 549 n.
MERA: 146, 147, 438.
MERCURIO: 22, 31, 51 n., 115, 122, 131, 132 y n., 133, 135-138, 164, 165, 176, 181, 200-204, 213, 241, 263, 267, 271, 274, 301, 307, 313, 314, 320, 321, 330, 332, 335, 336, 351, 352, 365, 381, 399, 449, 450, 456-458, 459 y n., 460, 483, 489, 520, 521, 528, 552, 608 y n., 609, 629, 632, 651, 652, 654, 655, 659, 670, 676, 681, 684, 697, 698, 719-722, 724-726, 839.
MÉRMERO: 553 y *a.*, 559.
MÉROE: 541.
MÉROPE: 171, 259, 265, 431, 461, 542, 656 n., 780.
MESAPO: 472, 575, 596.
MESETULIO: 649.
MÉSTOR: 380, 401.
METEO: 497, 498.
METRAS: 162.
MIDAS: 102, 340, 343.
MIEDO: 92, 93, 99, 340.
MIEDOS: 527, 530.
MIGDÓN: 383.
MILANIÓN: 547.
MILETO: 225, 234, 474.
MIMANTE: 255.
MINERVA: 122, 126-128, 200, 267, 270, 291, 309, 361, 362, 383, 387, 402, 437, 446, 456, 527, 531, 576, 586, 600, 650, 729, 730, 754.
MINIADES: 823 n.
MINIAS: 431, 823.
MINOS: 23, 40, 93, 165, 234-236, 340, 349, 410 n., 497, 562, 610, 611, 629, 659-664, 666, 667, 707, 744, 751, 844.
MINOTAURO: 236, 237, 610, 611, 660, 662-664.
MIRMIDÓN: 629, 649, 650.
MIRMIX: 650.

MIRRA: 157, 158.
MÍRTILO: 188 n., 539, 683, 684, 719, 721.
MISENO: 408 y n., 411, 680, 760, 763, 764.
MISERIA: 92, 102.
MISERICORDIA: 755.
MNÓSIDE: 705.
MOLIÓN: 595.
MOLÍONE: 595 n.
MOLÍONES ACTÓRIDAS: 595 n.
MOLIÓNIDAS: 595 n.
MOLORCO: 743.
MOLOSO: 292, 391, 714, 715.
MÓNICO: 553 y n., 559.
MOPSO: 312, 316, 469.
MORFEO: 110 y n., 653.
MUERTE: 92, 93, 111, 527.
MUERTES: 497, 531, 533.
MÚLCIBER: 226, 527, 727, 729.
MUSAS: 32, 35, 38, 308, 313, 314, 439, 597 y n., 599, 634-638, 801, 860-862, 864.
MUSEO: 820, 821.

N

NAPEAS: 439, 547.
NAPTEAS: 439.
NARCISO: 472, 473.
NAUPLIO: 144, 550, 575, 618, 619, 646, 687.
NAUSÍCAA: 594, 671.
NAUSÍTOO: 509, 575, 593, 594.
NÁYADES: 235, 438, 722.
NEBRÓFONE: 310, 439.
NECESIDAD: 92, 93, 102.
NEDIANO: 553, 559.
NEDIMNO: 553 n.
NEERA: 231, 232, 352.
NÉFELE: 787, 788.
NELEO: 150 y n., 575, 601, 603, 605, 606, 772, 773, 779.
NEMEA (LEÓN DE): 743.
NEMERTES: 438.
NEOPTÓLEMO: 382, 714, 759.
NEPTUNO: 32, 90, 126, 127, 141, 144, 169, 213, 223, 247, 262, 264, 290, 362, 371, 375, 376, 407, 410, 428, 431-433, 435, 436, 467, 478, 482, 500, 509, 511, 519-521, 528, 533, 570, 574-576, 577 y n., 578, 579 y n., 580-583, 586, 587 y n., 588 y n, 589, 590 y n., 591-593, 595 y n., 596-599, 601, 603, 605, 607, 608 y n., 609, 610, 615, 617-621, 627, 630, 648 n., 654-656, 671, 705, 744, 746, 762 n., 764, 766, 778, 789, 790, 795.
NEREO: 247, 426, 428, 433, 437, 438, 440-442, 618.
NEREIDAS: 438-440.
NESEA: 438.
NESEO: 553, 559.
NESO: 531, 544, 553 y n., 558, 559, 745, 747, 751.
NÉSTOR: 150, 401, 466, 595, 603-605, 688, 712.
NICOSTRATA: 365, 366, 724.
NICTEIDE: 351.
NICTELIO: 341, 346.
NICTEO: 233, 575, 699, 600 y n.
NICTÍMENE: 599, 600 y n.
NILO: 92, 426, 456-458, 460, 463, 744.
NINFAS: 38, 311, 433, 437, 438, 440, 441, 443, 473, 507, 629, 671.
NINIA: 154.
NIÑO: 142.
NI'OBE: 128, 150 n., 180, 351, 352, 451-453, 680, 682.
NIÓBIDAS: 352 n.
NIÓBIDES: 352 n.
NISA: 457.
NISEA: 438 y n., 576.
NISEO: 346.
Niso: 136, 340, 660, 662.
NOCHE: 30, 74, 76, 77, 81, 83-85, 96-106, 108, 111-113, 118, 122, 189-193.
NOMIO: 312, 313, 315, 325, 327.
NÓRAX: 458, 460.
NOTO: 281, 283, 425.
Novio: 497, 498.
NUBE: 557-560.
NUMITOR: 418, 419, 566 y n.

OAXIS: 318 y n.
OCÉANO: 31, 60, 176, 185, 198, 216, 237, 260, 261, 364, 425-435, 437, 444, 448, 454, 456, 463, 465, 467-470, 472, 474-476, 481, 482, 518, 527, 528, 573, 627, 650, 670, 745.
OCÍPETE: 289 n, 575, 619, 620.
OCÍRROE: 328, 501, 502 y n.
OCNO: 468, 469.
OCRESIA (= OCRISIA): 733 y n.
ODITES: 553, 559.
OFELTES: 317 n., 349, 350, 769.
OFÍON: 553 n.
OFIONIDES: 55, 559.
OGIGES: 249, 495.
OGIGIO: 128.
OGIME: 352.
OLVIDO: 107.
ONFALTA: 747.

ONQUESTO: 575, 596, 615, 705.
OPIS: 81, 176, 181-184, 186, 223, 263, 311, 438, 460, 482-485, 488 y n., 491-493, 496, 497, 501, 505, 506, 520, 521, 524, 575, 629.
ORCADES: 439.
ORCAMO: 703, 704.
ORCO: 93, 95, 122, 223, 495, 499, 500, 612, 641, 720, 795, 828.
ORCÓMENO: 338.
ORESTES: 391, 532, 646, 687, 689, 690, 692-696, 714, 763, 780.
ORFEO: 79, 181, 312, 317, 320 y n., 321-324, 341, 490, 766, 820, 821.
ORFNE: 196, 197 y n.
ORION: 212, 463, 629, 654-656, 657 y n.
ORITÍA: 285, 286, 438, 729, 730.
ORNEO: 553 y n., 559.
ORÓNCADES: 439.
ORSÍLOCO: 465, 466, 665, 670.
OSA MAYOR: 294, 363 y n.
OSA MENOR: 363, 364 n.
OSAS: 188, 364, 425, 518 n., 527, 583.
OSCIRA: 460.
OSINTES: 614.
OSIRIS: 129, 253.
OTO: 290, 299 n., 575, 608 y n., 609.
OXEAS: 742, 753 y n.

PADRE LÍBER: 97, 122, 134, 140, 206, 232, 315, 323, 341-344, 346, 347, 357, 787.
PAFIES: 754.
PAFO: 155-157, 254.
PALAMEDES: 550, 618, 619, 646, 669, 670, 690.
PALANTE: 291, 697 n., 717, 718, 724, 725.
PALANTIA: 724, 725.
PALANTO: 510.
PALAS: 126, 127, 247, 291 y n., 295, 298, 386, 586, 594, 597, 598, 671, 673, 697 y n., 698, 710, 711, 717.
PALEMÓN: 169, 288, 576, 790.
PALENE (= PALANTE): 222, 291.
PALES: 184.
PALICO: 629.
PALICOS: 646-648.
PALIDEZ: 92, 98, 106.
PALINURO: 408.
PAMON (= PAMMON): 380, 390.
PAN: 46, 66, 69-73, 244, 295, 301, 335, 360, 364, 719, 725, 726.
PÁNDARO: 387.
PANDÍON: 165, 285, 288 n., 344, 451 y n., 539, 610, 662, 729, 731.
PANDORA: 266, 267, 273.
PANDORO: 273.
PANDRASO: 414.
PANES: 439, 504, 506, 507.
PÁNOPE: 438.
PANOPEA: 576.
PANTO: 110.
PARCAS: 66, 69, 74 y n., 75, 76, 77 y n., 112, 543, 545.
PAREANTES: 769 y n.
PAREANTO: 769 n.
PARIQUIA: 596.
PARÍS: 380, 386-388, 392, 400, 407, 642, 644, 645, 669, 688, 710-713, 761.
PARTAON: 264, 526, 541, 542 y n.
PARTÉNOPE: 446, 447.
PARTENOPEO: 149, 150, 307, 545, 547, 657.
PASÍFAE: 40, 225, 234-236, 660, 662-664, 744.
PASITEA: 309, 354 y n., 355.
PATREO: 553, 559.
PATROCLO: 389, 398, 438 y n., 441, 470, 595, 666, 712, 713.
PATRÓN: 318 n.
PAVOR: 99, 192, 528, 531.
PEANTE: 748.
PÉDASO: 379, 380.
PEGASIO: 782.
PEGASO: 575, 586, 597 y n., 598 ti., 599, 697, 698, 782.
PELASGA: 617.
PELASGO: 575, 617.
PELEGÓN: 469.
PELEO: 441, 475, 707, 709, 710 y n., 711.
PELÍADES: 239 n.
PELIAS: 238, 239, 575, 601-603, 765-767, 770, 779.
PÉLOPE: 188 n., 360, 538, 539, 680, 682-685, 687, 690, 721, 747.
PELOPIA: 352, 501, 685-687.
PENATES: 407.
PENÉLOPE: 351-360, 618, 669 y n., 671, 672, 682, 725, 726.
PENEO: 324, 325, 426, 454, 455.
PENTEO: 167 n., 168, 169, 180, 308.
PEÓN: 652.
PERIBEA: 401, 469, 508, 548 y n., 593.
PERICLÍMENO: 603, 605.
PERIERES: 699 n., 711.
PERIPELO: 714, 715.
PERISTERA: 210.
PERO: 603, 606, 607 y n., 772 y n., 773.
PERSA: 426, 429, 430.
PERSE (= PERSEIDE): 237, 240, 429 y n.
PERSEO: 32, 67, 140, 148, 258, 259, 457, 586 y n., 587, 598 y n., 603, 605, 629,

676, 696-698, 699 y n., 701-705, 716.
PERSES: 705.
PERTINACIA: 92, 102.
PÉTREO: 553 n.
Pico: 32, 241 y n., 242, 482, 503 y n., 504, 505.
PIÉRIDES: 635, 637.
PIERO: 635.
PIGMALIÓN: 155, 156, 161-164, 254.
PÍLADES: 692, 694.
PILUMNO: 148, 149, 629, 676, 716, 717.
PIRACMO: 553 n.
PIRAGMON: 575, 591, 592.
PÍRAMO: 553, 559.
PIRENEO: 638.
PIRETO: 553 y n., 559.
PIRINEO: 460.
PIRÍTOO: 531, 553, 557-562, 603, 611, 612, 664, 709, 745, 746, 753.
PIRODES: 155, 160.
PÍROIS: 226, 227.
PIRRA: 81, 265, 266, 274-276, 472.
PIRRO: 292, 381, 382, 385, 387, 391, 392, 402, 472, 532, 546, 689, 694, 711, 712, 714, 715, 763.
PISCES: 525.
PISÉNOR: 553 y n., 559.
PISÍNOE: 445.
PISI'STRATO: 603, 604.
PITEO: 610.
PITÓN: 79, 80, 249, 250, 314, 317, 431, 455, 534.
PITUMNO: 716.
PLAGEON: 553, 559.
PLEÍONE: 262, 264, 265, 356 n.
PLEXAURO: 259, 261.
PLEXIPO: 288 n., 542, 543, 546.
PLÉYADES: 212, 262, 356 n., 426, 430, 463, 682.
PLÍSTENES: 683, 685-688, 690.
PLÓTIDE: 680.
PLUTO: 493 n., 680 n., 765, 769 y n.
PLUTÓN: 75, 180, 187, 190-192, 196, 223, 482, 492, 493 y n., 494, 496, 497, 499, 500, 560, 561, 630, 641, 851.
PODARCES: 381 n., 779.
PODARGA (= PODARGUE): 289 n., 621 n.
PÓLIBO: 171, 316 n., 646, 688.
POLICASTE: 603, 605.
POLIDIMANTE: 384.
POUDECTA: 715.
POLIDECTES: 259, 697.
POLIDORA: 709, 710 n., 711.
POLIDORO: 51, 153, 154 y n., 380, 393-395, 407, 410, 475.
POLIFEMO: 297, 442, 508, 575, 581, 588-591, 670.
POUFIDES: 773, 774 y n.
POLIMELA: 721.
POLIMÉSTOR: 384, 393.
POLIMILO: 765, 770.
POLIMNIA: 629, 635, 636.
POLINICES: 151, 152 y n., 153, 170, 172-174, 471, 548, 549, 775.
POLIPETES: 560, 562.
PÓLIPO (= IMBRIO): 385 n.
POLITES: 381, 382, 400, 402, 714.
POLÍXENA: 13, 380, 385, 387, 670, 713, 714.
POLO: 46, 78, 79.
PÓLUX: 32, 357, 387, 578 y n., 611, 629, 642-644, 685, 688, 766.
POMONA: 241 y n., 503.
POPULONIA: 520, 524.
PORFIRIO (= PORFIRIÓN): 222, 225, 292.
PORTUMNO: 790.
POSIDÓN: 509, 593.
PRENESTE: 509, 511, 733.
PREOCUPACIONES: 93.
PRÉTIDES: 146, 607 n.
PRETO (=PRITO): 146-148, 375, 683, 697, 698, 771, 772, 781, 782, 789.
PRÍAMO: 13, 140, 324, 375-378, 380, 381 y n., 382-386, 388-402, 406, 407, 410 y n., 619, 644, 646, 669, 690, 691, 706, 713, 714, 759.
PRIAPO: 491, 815.
PROCAS SILVIO: 418, 419.
PROCRIS: 548 n., 729, 730, 785, 786.
PROCRUSTRES: 611.
PROGNE: 107, 539, 540 y n., 541, 731.
PROMETEO: 56, 81, 140, 141, 257, 266-269, 271, 273, 274, 276, 450, 451.
PROSÉRPINA: 32, 81, 122, 130, 131, 134-136, 159, 196, 197, 201, 244, 245, 321, 336, 445, 446 n., 448, 492-495, 497-500, 506, 520, 560, 561, 611, 621, 629, 641, 664.
PROTEO: 226, 426, 428, 433-436, 441, 578, 688, 709, 795.
PROTESILAO: 388.
PROTO: 438.
PSÁMATE: 317.
PSIQUE: 25, 312, 332-338, 538, 825.
PSÍTACO: 274, 276.
PURPÚREO: 291.

QUEJA: 92, 104.
QUEDRIA: 254.
QUIMERA: 93, 252, 254, 598, 782.
QUÍONE: 138, 320, 651, 652.

QUIRINO: 568.
QUIRÓN: 201, 328, 330, 441, 474, 482, 501, 502, 710-712, 770.

R

RADAMANTIS: 93, 165, 629, 660, 666, 667,
REA: 81, 184, 575, 758.
REA SILVIA: 418, 419.
REMO: 23, 31, 32, 419, 526, 565-568.
RESO: 381, 669.
RETO: 255, 553 y n., 559.
REVERENCIA: 195, 196, 497, 500.
REXÉNOR: 593, 594.
RIFEO: 553 y n., 559.
Rocío: 244, 246.
ROMA: 413.
ROMO: 565, 567.
RÓMULO: 23, 31, 32, 409, 410, 489, 526, 565-567, 568 y n.
RÓMULO SILVIO: 417, 418.
RUMOR: 248 n.
RUNCO: 222, 291, 292.

SAGITARIO: 501, 525, 526.
SALACIA: 431.
SALMACIS: 204.
SALMONEO: 93, 601, 760, 765, 778 y n., 779, 780.
SAMINDE (= SAMINDIS): 20, 668.
SAMIO: 390.
SARDO: 742, 755.
SARPEDÓN: 165, 629, 660, 666, 783.
SÁTIRO: 618.
SÁTIROS: 71, 504, 506, 507.
SATURNIA: 295.
SATURNO: 32, 60, 115, 124, 142, 176, 181, 182, 186, 200, 201, 212-214, 223, 298, 429, 474, 478, 481-486, 487 y n., 488 y n., 489, 491-493, 495, 496, 498, 500, 501, 503-507, 511, 517, 519-521, 524, 574, 575, 609, 627, 629-631, 634, 690, 694, 716.
SELENE: 365.
SEMACO: 277.
SÉMELE: 154, 166, 168, 264, 295, 339-343, 346n., 347, 356.
SENTA FAUNA: 503-505.
SEPTENTRIÓN: 281, 282, 284, 294.
SERAPIS: 129, 130, 453.
SERGESTA: 760.
SERPENTARIO: 730.
SERVIO TULIO: 733 y n., 734.
SEXTO TARQUINIO: 735.
SIBILA DE CUMAS: 404 n., 408 n.
SIBILA ERITREA: 223.
SIBÓTOE: 20, 671 y n.
SICANO: 186, 372, 493, 495, 575, 621, 641
SICARBAS: 161, 163.
SÍCULO: 575, 621.
SILENO: 340, 343.
SILVANO: 70, 759.
SILVANOS: 504, 506, 507.
SILVIO POSTUMO: 406, 412415, 511.
SIMÉTIDE: 508.
SIMETO: 508.
SIMIO (= EPIMETEO): 266.
SINÓN: 138, 139, 670.
SÍPILO: 352.
SIQUEO: 161-163.
SIRENAS: 444, 445 y n., 446 y n., 448, 671, 823, 846.
SIRINGE: 70-72.
SIRIO: 358, 640, 654.
SÍSIFO: 33, 93, 94, 139, 262, 265, 309, 668, 695, 760, 779-781, 784, 790.
SÍSIMO: 138, 139.
SOFÓN: 756.
SOL: 31, 73, 79-81, 83, 116, 122, 130, 158, 187, 206, 209, 210, 225-228, 229 y n., 230-236, 237 y n., 238, 240-244, 251, 256 y n, 261, 262, 270, 278, 281, 283, 285, 299, 300, 312, 313, 315, 319, 320, 331, 345, 347, 426, 429-431, 433, 444, 449, 450, 460-463, 465, 474476, 481, 489, 490, 493, 503, 510, 525, 526, 528, 530, 581, 651, 660, 671, 685, 703, 727, 795.
SOLANO: 282.
SOPOR: 93.
SORON: 129.
SOTICENA: 520.
SUBSOLANO: 281, 283, 627.
SUBVÉSPERO: 282.
SUCRÓN: 318, 319 y n.
SUEÑO: 92, 107-110.
SUPERNAS: 282.

TAGES (= TAÍGETE): 81 y n., 89, 90.
TAÍGETE: 153, 154, 262, 264, 356 y n., 682, 683.
TÁLAO: 149-152, 316 y n.
TALÍA: 438 y n., 576, 629, 635, 636, 647.
TALIA: 354 n.
TANAQUIL: 734.

TÁNTALO: 31, 93, 94, 309, 351, 352, 360, 374, 375, 538, 552 n., 629, 676, 680-683, 685, 686, 809.
TARA: 575, 587.
TARCÓN: 732.
TARQUINIO: 734.
TARQUINIO PRISCO: 734.
TARQUINIO EL SOBERBIO: 734.
TÁRTARO: 81, 89, 92, 95, 252, 851.
TAIMANTE: 523, 553 y n., 559, 619.
TAURO: 261, 262, 463, 536, 654, 656.
TEANO: 384.
TEBE: 563 y n.
TELAMÓN: 377, 385, 398, 707-709.
TELÉBOAS: 553 y n, 559.
TÉLEFO: 742, 758, 759.
TELÉGONO: 140, 141, 241, 451, 668, 670, 672, 673.
TELÉMACO: 359, 604, 619, 668, 669, 671, 673, 689, 774.
TÉLEMO: 575, 590 y n.
TELSIEPIA: 445.
TELUMÓN: 81, 82.
TELUS: 81, 82.
TELUS: 81, 82.
TEMIS: 74 n., 472.
TEMISTÁGORA: 788.
TECLÍMENO: 773, 774.
TEÓFANE: 648 n.
TEREO: 285, 526, 540, 541, 553 n, 559, 731.
TERÍMACO: 742, 753.
TERO: 311, 439, 539, 553.
TERPSÍCORE: 445, 629, 635, 636.
TERSANDRO: 153, 173, 174.
TERROR: 192.
TÉSALO: 742, 757.
TESEO: 14, 93, 94, 237, 239, 256 n., 434, 557, 558, 560 y n., 561, 603, 610-615, 642, 645, 660, 662-664, 668, 744, 746, 752, 780.
TESPÍADES: 635.
TESPIA: 635.
TESTIO: 541-543.
TESTORIO: 380, 401.
TETIS: 185, 247, 429, 438 y n., 441, 501, 502, 521, 576, 709, 710, 713.
TETIS MAGNA: 176, 181, 185, 261, 364, 396, 427, 430, 431, 433, 434, 437, 520, 711, 712.
TEUCRO: 377, 380, 385, 397, 398, 407, 708, 709.
TEUMESO (LEÓN DE): 743.
TÍBER: 426, 468 y n.
TIBERINO: 416, 417.
TIBURTINO: 776-778.
TIBURTO: 777.
TIDEO: 152 y n., 153, 172, 173, 542 n., 544, 548 y n., 549 y n., 551.
TIELA: 289 y n, 290, 621.
TIENE: 259, 261.
TIERRA: 31, 32, 46, 79, 81, 82 y n., 83, 85, 86, 88-93, 134, 181, 184, 187, 197, 198, 222, 224, 226, 247 y n., 248, 252, 253, 255-257, 263, 277, 290, 292, 294, 295, 298, 299, 301, 338, 339, 371, 426, 444, 448, 456, 462, 465, 467-470, 472, 475, 483, 493, 524, 588 n., 609, 619, 620, 745.
TIESTES: 193, 539, 547, 646, 662, 683-688, 690, 753.
TIFOEO (= TIFÓN): 91, 129, 222, 252-255, 295 y n., 299, 497.
Tus: 353, 354.
TIMETES: 380, 401, 402 y n.
TINDÁREO: 32, 329, 356, 357, 642, 699 n.
TINIEBLA: 92, 106.
TIODAMANTE: 771, 772, 774.
TIONE (= SÉMELE): 346 n.
TIONEO (= BACO): 339, 340, 346, 349 y n.
TIRESIAS: 62, 316, 468, 469, 473, 671, 682.
TIRO: 601, 603, 765, 771, 778, 779.
TIRRO: 511.
TISÁMENO: 693, 695.
TISÍFONE: 93, 94, 187, 192, 193, 496, 498.
TITÁN: 31, 81, 82 n, 83, 186, 187, 218, 221, 222-225, 247, 248, 252, 253, 255, 256 y n., 257, 259, 277-279, 290-292, 301, 307, 483-485, 608 n.
TITANES: 31, 85, 89, 93, 94, 187, 197, 223, 224, 244, 247 y n., 248, 256 n., 292, 294, 298, 484, 485, 630, 634.
TITÁNIDES: 31, 247 n.
TITANO: 31, 82 y n., 176, 186, 187, 216, 222-224, 248, 292, 371, 485, 501, 629.
TITIO: 91, 93, 94, 309, 338.
TITONO: 256, 375, 377, 378.
TLEPÓLEMO: 742, 756.
TMOLO: 684 n., 685.
TOANTE: 339, 349 y n., 350, 663, 691, 692, 694, 765, 766, 768.
TOE: 438 y n.
TOMO: 553, 559.
TOOSA: 580, 581, 588 y n., 589.
TORBELLINO: 282.
TORO: 236.
TOXEO: 542, 543, 546.
Toxio: 176, 181, 216.
TRABAJO: 92, 93, 97, 98.
TRACIAS: 282.
TRASÍMEDES: 603, 604.
TRICÉRBERO: 497, 612, 851.
TRIPTÓLEMO: 492, 493, 495.
TRISTEZA: 335.
TRITÓN: 226, 426, 431, 432, 764.
TRITÓNA: 431.

TRITONES: 427, 428, 432, 446 ti., 488, 576.
TRITONIA: 126-128, 361.
TRITOPATREO: 122, 134.
TRIVIA (= LUNA): 244, 245, 613, 691.
TROFONIO: 459.
TROILO: 13, 380, 381, 387, 392, 713.
TROS (=TROYO): 373, 375, 403, 525 n., 681, 758.
TULIAS: 733-735.
TULIO: 735.
TULIO SERVILIO (= SERVIO TULIO): 726, 733 y n., 734, 735.
TUOR: 646, 688.
TURNO: 164, 408, 409, 412, 510, 511, 596, 613, 666, 693, 716-718, 722, 724, 725, 733, 758.
Tusco: 469.

U

ULISES: 20, 100, 138, 174, 231-233, 241, 242, 265, 359, 360, 390, 397, 446, 510, 511, 588-590, 594, 595, 604, 619, 665, 667-669, 671-674, 689-691, 708, 712, 726, 748, 761, 774, 781, 826, 838, 846.
UNXIA: 520 y n., 522.
URANIA: 629, 635, 636.
URANO: 31, 32, 181, 247 n., 483, 588 n.

VALENTE: 330, 459, 552.
VALOR: 340.
VEJEZ: 92, 93, 105.
VENERACIÓN: 496, 500.
VENGANZA: 66 n.
VENILIA: 717.
VENUS: 12, 22, 31, 32, 40, 75, 97, 115, 137, 156-160, 167, 176, 181, 201, 203-205, 206 y n., 207-216, 221, 233-236, 238, 241, 275, 295, 297, 301, 332, 333, 335, 336, 347, 348, 354, 382, 386, 387, 404-406, 408-410, 484, 491, 497, 510, 518, 524, 528, 531, 532, 534-537, 550, 563, 579, 580, 616, 629, 639-641, 643, 651, 656, 660, 663, 664, 710, 711, 726, 727, 789, 790, 815, 839, 871.
VÉSPERO: 114 n., 211.
VESPERÚGINE: 206, 212.
VESPERUGO: 212.
VESTA: 81, 181, 182, 185, 186, 223, 224, 418, 426, 482, 491, 565, 631.
VICTORIA: 187, 194, 195, 197.
VIENTOS: 277, 279, 280.
VIRBIO: 612, 613.
VIRGILIAS: 262.
VIRGO: 261, 278, 358.
VIRTUD: 195, 527, 631.
VOLICANO: 729.
VOLUPIA: 243.
VOLUPTUOSIDAD: 336, 338, 534 538.
VULCANO: 31, 60, 82, 126, 127, 151, 167, 176, 181, 200, 206, 263, 361, 429, 441, 456, 460, 461, 521, 528, 532, 535, 563, 564, 591, 592, 629, 639, 640, 663, 676, 690, 713, 726 y n., 727-730, 732-734, 760, 775.
VULTURNO: 281-283, 425, 680, 732.

X

XUTO: 365 n.

YALEBÍON: 587 n.
YÁLMENO: 541.
YANASA: 438.
YANIRA: 438.
YERA: 438.
YOCASTA: 170 y n., 171 y n., 172, 173.
YUTURNA: 190, 717, 718, 722.

ZÉFIRO: 281, 290, 311, 334, 335, 337, 372, 472, 527, 621, 659, 761.
ZESIO: 526, 551.
ZETES: 285-288, 351 n., 620, 731, 766.
ZETO: 167, 233, 309, 351 y n., 353, 564, 600.
ZEUS: 32, 74 n, 125 y n., 575, 631, 707.

ÍNDICE GENERAL

INTRODUCCIÓN 7

El autor 9

Obras 11

«Genealogía de los dioses paganos» 16

Fuentes 20

Estructura de la obra 29

Influencias 37

Nuestra traducción 39

Bibliografía 42

COMIENZA FELIZMENTE EL LIBRO PRIMERO DE LA GENEALOGÍA DE LOS DIOSES PAGANOS, DEDICADA AL ILUSTRE HUGO REY DE JERUSALÉN Y DE CHIPRE, SEGÚN JUAN BOCCACCIO DE CERTALDO 45

COMIENZA FELIZMENTE EL LIBRO SEGUNDO DE LA GENEALOGÍA DE LOS DIOSES PAGANOS, SEGÚN JuAN BOCCACCIO DE CERTALDO 117

COMIENZA FELIZMENTE EL LIBRO TERCERO DE LA GENEALOGÍA DE LOS DIOSES PAGANOS, SEGÚN JUAN BOCCACCIO DE CERTALDO 175

COMIENZA FELIZMENTE EL LIBRO CUARTO DE LA GENEALOGÍA DE LOS DIOSES PAGANOS, SEGÚN JUAN BOCCACCIO DE CERTALDO 217

COMIENZA FELIZMENTE EL LIBRO QUINTO DE LA GENEALOGÍA DE LOS DIOSES PAGANOS, SEGÚN JUAN BOCCACCIO DE CERTALDO 303

COMIENZA FELIZMENTE EL LIBRO SEXTO DE LA GENEALOGÍA DE LOS DIOSES PAGANOS, SEGÚN JUAN BOCCACCIO DE CERTALDO 367

COMIENZA FELIZMENTE EL LIBRO SÉPTIMO DE LA GENEALOGÍA DE LOS DIOSES PAGANOS, SEGÚN JUAN BOCCACCIO DE CERTALDO 421

COMIENZA FELIZMENTE EL LIBRO OCTAVO DE LA GENEALOGÍA DE LOS DIOSES PAGANOS, SEGÚN JUAN BOCCACCIO DE CERTALDO 477

COMIENZA FELIZMENTE EL LIBRO NOVENO DE LA GENEALOGÍA DE LOS DIOSES PAGANOS, SEGÚN JUAN BOCCACCIO DE CERTALDO 513

COMIENZA FELIZMENTE EL LIBRO DÉCIMO DE LA GENEALOGÍA DE LOS DIOSES PAGANOS, SEGÚN JUAN BOCCACCIO DE CERTALDO 569

COMIENZA FELIZMENTE EL LIBRO UNDÉCIMO DE LA GENEALOGÍA DE LOS DIOSES PAGANOS, SEGÚN JUAN BOCCACCIO DE CERTALDO 623

COMIENZA FELIZMENTE EL LIBRO DUODÉCIMO DE LA GENEALOGÍA DE LOS DIOSES PAGANOS, SEGÚN JUAN BOCCACCIO DE CERTALDO 675

COMIENZA FELIZMENTE EL LIBRO DECIMOTERCERO DE LA GENEALOGÍA DE LOS DIOSES PAGANOS, SEGÚN JUAN BOCCACCIO DE CERTALDO 737

TERMINA EL LIBRO XIII DE LA GENEALOGÍA DE LOS DIOSES PAGANOS, SEGÚN JUAN BOCCACCIO DE CERTALDO, Y COMIENZA FELIZMENTE EL LLBRO X I V DE LA MISMA 793

COMIENZA FELIZMENTE EL DECIMOQUINTO Y ÚLTIMO; EN EL QUE EL AUTOR SE PURIFICA A SÍ MISMO DE LO QUE SE LE HA OBJETADO 867

ÍNDICE DE NOMBRES MITOLÓGICOS 905